Enero 1919

PACIFICO MAGAZINE

PRECIO UN PESO



VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



PINOT RESERVADO

Es y será siempre el preferido

33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646



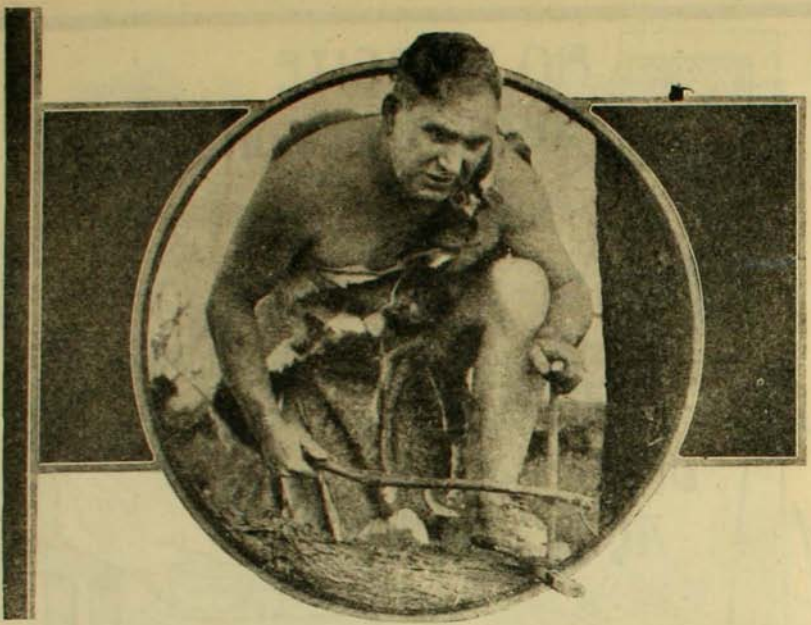
LECHE EVAPORADA

"MIRAFLORES"

Unicos Agentes: WILLIAMSON BALFOUR & Co., Valparaíso

WILLIAMSON & Co., Santiago, Concepción, Valdivia, San Felipe, Antofagasta, Tocopilla, Taltal, Etc., Etc.

SOC. COM. HARRINGTON MORRISON & Co., Iquique



Joe Knowles, que vive la vida primitiva en las selvas de Norte-América, para ganar dos cosas, una de las cuales revela su espíritu genuinamente americano: la salud y... una gruesa apuesta de dinero.

APARECIO

EL GRAN LIBRO DEL DIA

"EL CONFLICTO DESPUES DE LA VICTORIA"

Por JULIO PEREZ CANTO

Ex-Encargado de Negocios de Chile en el Perú

La mejor defensa de Chile, que dejará nula la infame propaganda peruana en contra de nuestro pais

A la venta en todo el Pais al precio de $ 5.00 ejemplar

EDITORES: EMPRESA ZIG-ZAG - SANTIAGO



Fabricantes de ropa blanca bordada y cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar con ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

Nuestros precios tienen una enorme ventaja sobre cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

Agradaceremos pida datos, muestras y precios a otra parte y confrontar con los nuestros y se convencerá de la gran ventaja de los artículos de nuestra fabricación.

FLLI. CASTAGNETO.

SANTIAGO



Esta fotografía (sin retocar) representa a John Smith, que habita en Bemidji, Minessotta, Estados Unidos. Dice él que tiene solamente ciento treinta y un años de edad, y que está muy conservado, pero, a juzgar por su aspecto, Matusalén debió morir muy prematuramente...

ANTE LAS FIERAS

El hecho acaeció recientemente en los bosques de Fontainebleau.

Un automóvil rueda lentamente por las sendas, cubiertas de musgo, húmedo de rocío.

CON SOLO $ 5.00

usted puede participar en todos los afamados sorteos de los bonos del Canal de Panamá, que se verifican en París cada trimestre: el 15 de febrero, el 15 de mayo, el 16 de agosto y el 15 de noviembre.

En el sorteo del 15 de noviembre salieron premiados: con doscientos cincuenta mil francos, el número 752.194; con cien mil francos el número 1.946,207; con diez mil francos el número 605.690; con cinco mil francos, el número 1.458.619.

No es lotería; todos los bonos que no salen premiados son reembolsados; nadie pierde su capital. El pago de los premios y el reembolso de todos los bonos son garantidos por el Gobierno francés.

Compra y venta. Entrega inmediata. Lista de cada sorteo, gratis.

M. MASBOU. Sto. Domingo 969. Casilla 1485

Ponemos en conocimiento del Comercio en general que la única persona autorizada para contratar avisos en esta Revista es el señor Guillermo Benavides, Casilla 670, Teatinos 666.

Cómodamente instalados un señor y una dama en el automóvil, se abandonan al placer de respirar el aire tonificante del bosque.

¡Qué grato gozar, lejos del tumulto de las ciudades, la dulce paz campesina!

De pronto percibióse un rumor en el boscaje. Acaso un ciervo, a quien no asusta el rodar del auto silencioso. Las ramas se abren, dando paso a la bestia.

La dama, aterrada, exclama:

—¡Cielos!... un león, un león!...

La fiera ruge. La señora lanza un grito de terror y se desvanece.

El caballero, sereno de ánimo, aumenta la velocidad del auto, mientras que el rey de los animales contempla irónico la fuga del carruaje.

Gracias al aire fresco, la señora vuelve en sí.

Sin embargo, despertóse para recibir otra desagradable sorpresa.

Junto al camino había otra bestia, de piel amarilla con rayas negras.

—¡Una pantera!

Después de lanzar este grito de horror, la dama cayó otra vez desvanecida.

Ya con un poco de miedo también, el señor hace partir el auto a toda velocidad, aún a riesgo de estrellarse. ¿Adónde va? No lo sabe... Huye... Por todas partes cree ver surgir leones, tigres, panteras y chacales.

El auto sigue su carrera. Al cabo de algún tiempo, la señora se reanima y dice:

—Eduardo, allá lejos, hay unos hombres... ¿Los ves?

En efecto; hay un grupo de hombres en el cruce de varios senderos. El automóvil avanza. Pero, ¿quiénes son? Allí están una docena de mozos, envueltos en paños blancos, con casco en la cabeza y escudo al brazo. Algunos llevan largos tridentes.

Los dos viajeros del auto se sorprenden, y, con razón. ¿Se tratará de locos? ¿Serán ellos los que sueñan? Acaso sean fantasmas.

Uno de los extraños personajes avanza y dice:





EL AIRE PURO Y FRESCO ES INDISPENSABLE PARA DESARROLLAR UNA CONSTITUCION ROBUSTA Y SANA EN LAS GUAGUAS

Un coche para Guagua es una gran ayuda para asegurarle diariamente bastante aire fresco y puro.

Un coche que es ajustable a una posición sentada, reclinada, o acostada como es necesario para la comodidad de la guagua.

Coches plegadizos y fijos, a precios moderados, se encuentran en nuestro tercer piso.

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO SANTIAGO

Importadores de Alfombras, Linoleum, Etc.

—Señores, ¿han visto ustedes a nuestras fieras?

Nueva estupefacción.

Al fin se explica uno de los presentes:

—Tal vez se extrañen ustedes de estos trajes. Estamos impresionando películas de cinematógrafo. Se han soltado, para ello, entre el boscaje, un león y una pantera, después de adormecerlos con morfina. Se reconstruye una escena en que nosotros representamos los bestiarios que capturan las fieras destinadas a devorar a los cristianos.

Y el señor y la dama rompen a reír.

NOTAS CIENTIFICAS



La construcción de Santa Sofía, ordenada por el emperador bizantino, Justiniano. Un arquitecto trabajando en ella.



La fundación de la famosa basílica de los griegos, en Constantinopla: Justiniano inspeccionando el plano que le presentan los arquitectos Artemio de Tralles e Isidoro de Mileto.



Antes que Constantinopla fuese tomada por los turcos, en 1453, y que la iglesia quedara convertida en mezquita de Santa Sofía.



EL GRAN COGNAC NACIONAL

BANDERA CHILENA

Fabricado con los mejores Piscos de Chile

Según cartas certificadas de don Tomás Cox Méndez, del fundo Cucha-Cucha, Chillán; de Juliá Vicens y Cía., de Rapel; y de don Enrique Appelgren, Los Andes, se recomienda no sólo por su excepcional calidad, sino por su moderado precio, estando al alcance TANTO DE LAS FAMILIAS COMO DE LOS OBREROS.

Se encuentra en los principales almacenes y por mayor en la Fábrica

Calle RIO JANEIRO Núm. 397 - Casilla 265
Teléfono Inglés 148 - SANTIAGO
Establecido en 1882.
CORINA LOPEHANDIA y Cía.



KOLODINE

Insuperable para Hermosear y Conservar el Cutis

PARA PRESERVAR el cutis de las quemaduras del sol y los demás factores que contribuyen a su destrucción, NADA HAY MEJOR que usar con constancia la **KOLODINE.**

KOLODINE que tiene la propiedad de ser completamente absorbida por la piel, lo que da mayor encanto al cutis y lo perfuma deliciosamente.

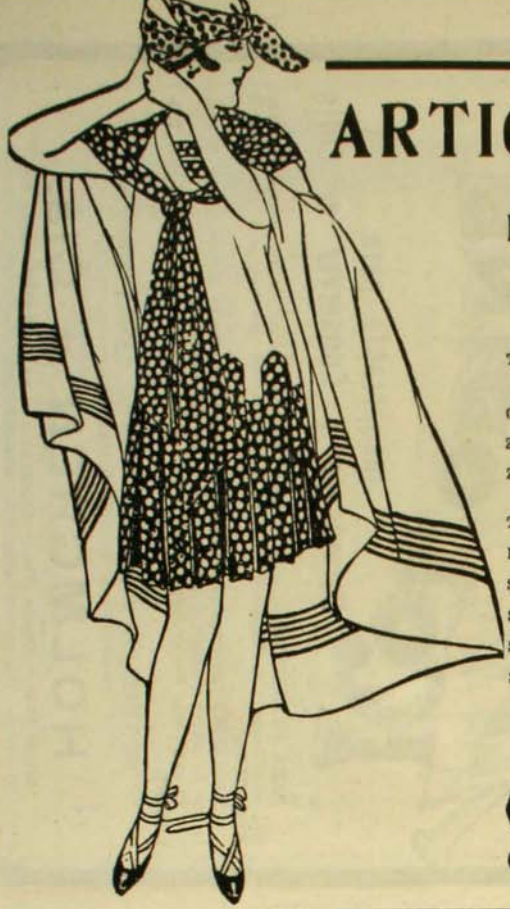
El cutis más feo se torna radiante de hermosura a los pocos días de usar **KOLODINE.**

DE VENTA: En las principales Droguerías, Boticas y Perfumerías.

CONCESIONARIOS:

HOLMGREN y Cía.

Estado 32-36 — Casilla 2738 — SANTIAGO — VALPARAISO, Casilla 376
Casilla 915, CONCEPCION



ARTICULOS PARA BAÑO

Nuestra casa tiene un surtido espléndido a precios MUY REBAJADOS

TRAJES para señora, modelos bonitos y cómodos, c|u. a $ 68.00, 58.00, 48.00, 28.00 y.	$ 21.80
GORRAS DE GOMA, nuevo surtido, bonitas formas, c|u. desde.	2.90
ZAPATILLAS de lona con adornos lacres o azules, a $ 5.00 y.	4.80
ZAPATILLAS de género satinado, con suela, en color azules y negras, el par, a.	12.50
TRAJES para hombres, blusa y pantalón, azules, c|u. a $ 39.50 y. . . .	26.50
MAMELUCOS rayados, lacres y azules, tejido jersey, c|u. a.	8.50
SABANAS de baño, clase fina, blancas y de color, desde.	15.00
SALIDAS de baño, varios modelos, c|u. desde.	28.00
SALVAVIDAS, forma chaleco, varios tamaños, c|u. desde.	32.00
SALVAVIDAS con flotadores, c|u. desde.	18.00

Gath & Chaves L.

LOS DOS METODOS



ANTAÑO.—Para preservarse de resfriados, toses y bronquitis, se usaban capas, bufandas, chales, cobertores, paraguas, etc.

HOGAÑO.—Con tomar ALQUITRAN GUYOT es suficiente.

El uso del Alquitrán Guyot, a todas las comidas y a la dosis de una cucharada cafetera por cada vaso de agua, basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo aún la tos más rebelde, y para curar el catarro más tenaz y la bronquitis más inveterada. Es más; a veces se consigue dominar y curar la tisis ya declarada, pues el Alquitrán detiene la descomposición de los tubérculos del pulmón al matar a los malos microbios, causa de dicha descomposición.

Desconfiad del consejo, realmente interesado, si, en lugar del verdadero Alquitrán Guyot, os propusieran tal o cual producto! Para lograr la curación de bronquitis, catarros, resfriados antiguos descuidados, y, necesariamente, el asma y la tisis, es absolutamente preciso especificar bien en las farmacias que lo que deseáis es el **verdadero Alquitrán Guyot.** Aunque lo mejor para evitar todo error es fijarse en la etiqueta que, si es del verdadero Alquitrán Guyot, lleva el nombre impreso en grandes letras y **su firma en tres colores: violeta, verde y rojo,** al biés, así como las señas: **Maison L. FRERE, 19, rue Jacob, Paris.**

El tratamiento sólo cuesta **unos 10 céntimos al día—y cura.**

Advertencia.—Como hay personas para quienes el sabor del agua de brea no es agradable, podrán reemplazarla con las Cápsulas Guyot de Alquitrán de Noruega **(de pino maritimo puro)** y tomar dos o tres cápsulas a cada comida; las cuales producen idénticos efectos saludables y una curación igualmente cierta. **Las verdaderas Cápsulas Guyot son blancas, y la firma de Guyot va impresa en negro sobre cada cápsula.**



UN DON DEL CIELO

lo es todo producto legítimo, como las Tabletas Bayer de Aspirina, porque su eficacia está reconocida por la profesión médica mundial. La dosis exacta y la cualidad están garantizadas por la Casa Bayer, y la mejor protección para el público con respecto a su legitimidad la ofrecen los tubos originales con veinte tabletas de medio gramo, ostentando la Cruz Bayer.

Si se compran las tabletas sueltas, pueden identificarse fácilmente como legítimas poniéndolas en un vaso de agua, pues se deshacen fácilmente y no ocasionan daño alguno al estómago.

NUESTRA PORTADA.

UN ASUNTO DE IMPORTANCIA.

CUADRO DE MARIA BASCHKIRTSEFF

SUMARIO

Págs.

Don Crescente Errázuriz, Paulino Alfonso. 1

Cartas de París, Joaquín Díaz Garcés. 11

La muerte de un poeta. 17

La luz en el monte, Miguel de Fuenzalida. 19

¿Quién es Diego Zamora? 35

Los dos enemigos. 38

Roosevelt, el cazador de fieras. 41

¿Se puede bombardear la luna? 53

Sobre el siútico criollo, Ricardo Valdés. 63

El honor está salvado, François Coppée 67

¿Quiere Ud. tener una espalda poderosa? Bernarr Macfadden 73

En la Armería Real, Silvio Lago. 77

Curiosidades 82

Las tetralogías de "El Ticiana", Roberto Rengifo . 85

Mr. Grex de Monte-Carlo, E. Phillips Oppenheim.—Folletín. 97

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación, es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

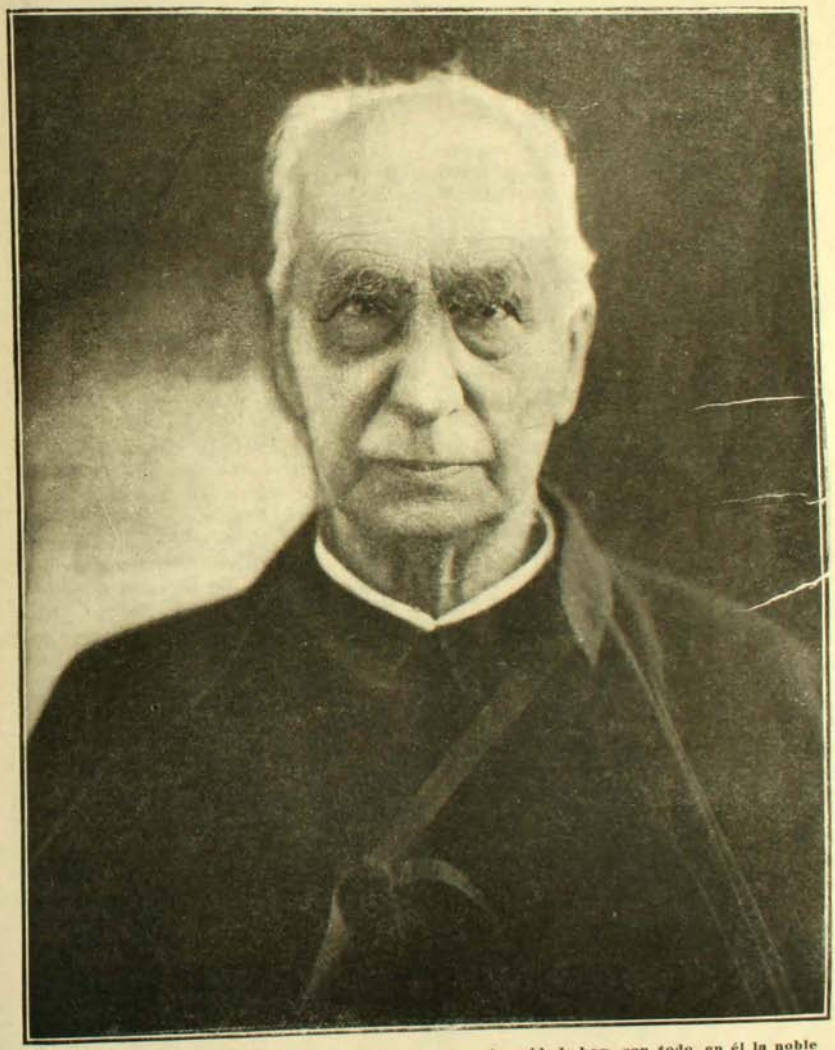
—**EL PACIFICO MAGAZINE** irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. XIII.—Santiago de Chile, enero de 1919.—Núm. 73 | — Que mañana

PROPIETARIOS: Alberto Edwards, Joaquín [illegible]

DON CRESCENTE ERRÁZURIZ



No faltarán imbéciles que le tengan por feo de solemnidad: hay, con todo, en él la noble hermosura de lo que está en carácter y grandeza. Parece su efigie tallada en aquel mismo mármol puro en que se tallaban las cabezas de los senadores romanos. Ensáyese quitar algunas líneas a su maciza nariz o a esa amplia boca, y se producirá una calamidad nacional.

Don Crescente Errázuriz

(Bosquejo)

Por Paulino Alfonso

ES personalidad descollante y característica, de las que son porque son, y serían aún cuando se pretendiera que no fuesen.

Hermano de un presidente, esclarecido, si les hubo, tío de otros dos, y de una presidenta, primo de elocuentísimo orador, sobrino carnal de grande arzobispo, lo Errázuriz y lo Valdivieso, si se me permite decirlo así, no disminuyen en él lo Crescente; antes esto avalora aquello. Hízole naturaleza único y típico, con carne y sangre de ilustres.

No faltarán imbéciles que le tengan por feo de solemnidad: hay, con todo, en él la noble hermosura de lo que está en carácter y grandeza. Parece su efigie tallada en aquel mismo mármol puro en que se tallaban las cabezas de los senadores romanos. Ensáyese quitar algunas líneas a esa maciza nariz o a esa amplia boca, y se producirá una calamidad nacional.

Los ojos son, empero, pequeñísimos, profundos y emboscados entre poderosas cejas. El ojo es la intensidad, la luz, el diamante, el reflejo del alma. "La lámpara del cuerpo es el ojo, y si en tu ojo hubiere luz, todo tu cuerpo será luminoso".

Concéntrase, por lo general, la inteligencia en la pupila, e irradia sobre la frente, alabastro de la lámpara; manifiéstase, por lo común, la bondad en la nariz y en los carrillos; y se comprime en los labios y se acentúa en la barba, la energía.

Sonríe el señor Errázuriz con el rostro entero, y es inmensa, iluminadora su sonrisa; pero, si le acontece sonreír más bien con los ojos, es su rostro picardía, maleante a veces; y si con la boca, es pródiga benevolencia. Resulta, en todo caso, una sonrisa que subraya las donosuras de su ingenio, desatando las arrugas de la vejez, aquellos profundos surcos de la vida, que suele borrar en las placas fotográficas la insidia de los retocadores.

Con su expresión ordinaria, es el rostro de don Crescente de varonil austeridad, reveladora de alma serena y firme.

Cubierta por la mitra, la pálida, inconfundible, poderosa testa, tiene algo de hierático, de inquisitorial.

Cuando con aquel su robusto continente, que fué un tiempo rígida flacura, paséase dentro del ancho manteo, apoyado en un bastón, digamos por los alrededores del Parque Forestal, parecería un águila vieja, que principia a fatigarse, pero que extiende aún con firmeza el solemne y espaciado vuelo.

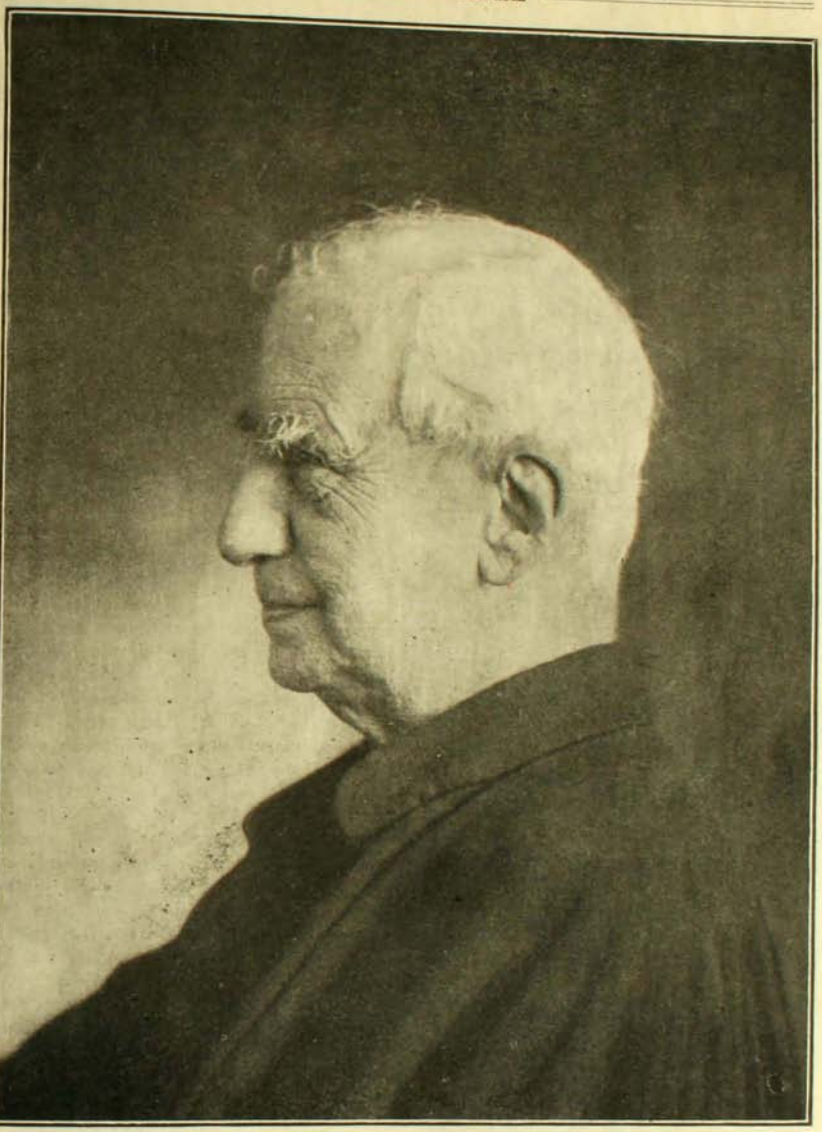
II

El señor Errázuriz ve claro y lejos.

De acuerdo con la fina altitud de su cráneo, sin protuberancias marcadas, es su inteligencia más talento que fantasía, más penetración que rapto, más luz que fuego; inteligencia normal de disciplinas serias, de análisis exactos, de organizaciones lógicas, inclinada a las amenidades y humorismos; profunda y bella inteligencia de estudioso, de consejero, de historiador, que le ha servido de norte durante la vida entera.

Sin ser, ni deber ser, abanderado y precursor de tiempos nuevos, ha recibido su mentalidad el impulso de muchos vientos, la luz de muchos soles, el agua de muchas lluvias, y ha ido convirtiéndose, por tanto, en ciencia, experiencia, bien entendida liberalidad y tolerancia.

Sabe del corazón humano, le son familiares sus flaquezas, no es fácil conducirle al escándalo, y colabora con Cristo. "Misericordia quiero, no sacrificio". Aquel su rostro casi adusto, puede hacerse pastoral, y llegado el caso, paternal.



Los ojos son, empero, pequeñísimos, profundos y emboscados entre poderosas cejas. El ojo es la intensidad, la luz, el diamante, el reflejo del alma. "La lámpara del cuerpo es el ojo, y si en tu ojo hubiere luz, todo tu cuerpo será luminoso".



Cuando con aquel su robusto continente, que fué un tiempo rígida flacura, paséase dentro del ancho manteo, apoyado en un bastón...

Desde muchos años, reconócesele autoridad en el imperio de las conciencias, sálesele dispensador de fuerza espiritual, y a él acuden en busca de consuelo, estímulo o esperanza, los náufragos, heridos o claudicantes de la vida.

Ayúdanle poderosamente como hombre, sacerdote o consultor, el espíritu práctico, la bien templada energía, el conocimiento del mundo.

No es orador: su íntima organización cerebral *oblígale, por el contrario,* a no raras interrupciones de dicción; pero esto *mismo, como* su pensamiento no se debilita, antes parece intensificarse con el obstáculo, da carácter especialísimo, sabrosa originalidad a sus palabras: la frase así interrumpida, afianzada por el intermitente parpadear del ojo, y por la enérgica presión de los labios, suele valer infinitamente más que otras muchas frases peinadas y continuas. Y es que en aquella transparente sombra de receso, a lo Rembrandt, hay la bastante luz para perseguir la idea, y para cogerla en la dulce castidad de la penumbra.

A pesar de esa dificultad, puede que, en parte, por esa dificultad misma, es admirable conversador *don Crescente,* conversador de formas claras, y de fondo con pepas de oro, en que la modesta sencillez no impide el vívido chisporroteo.

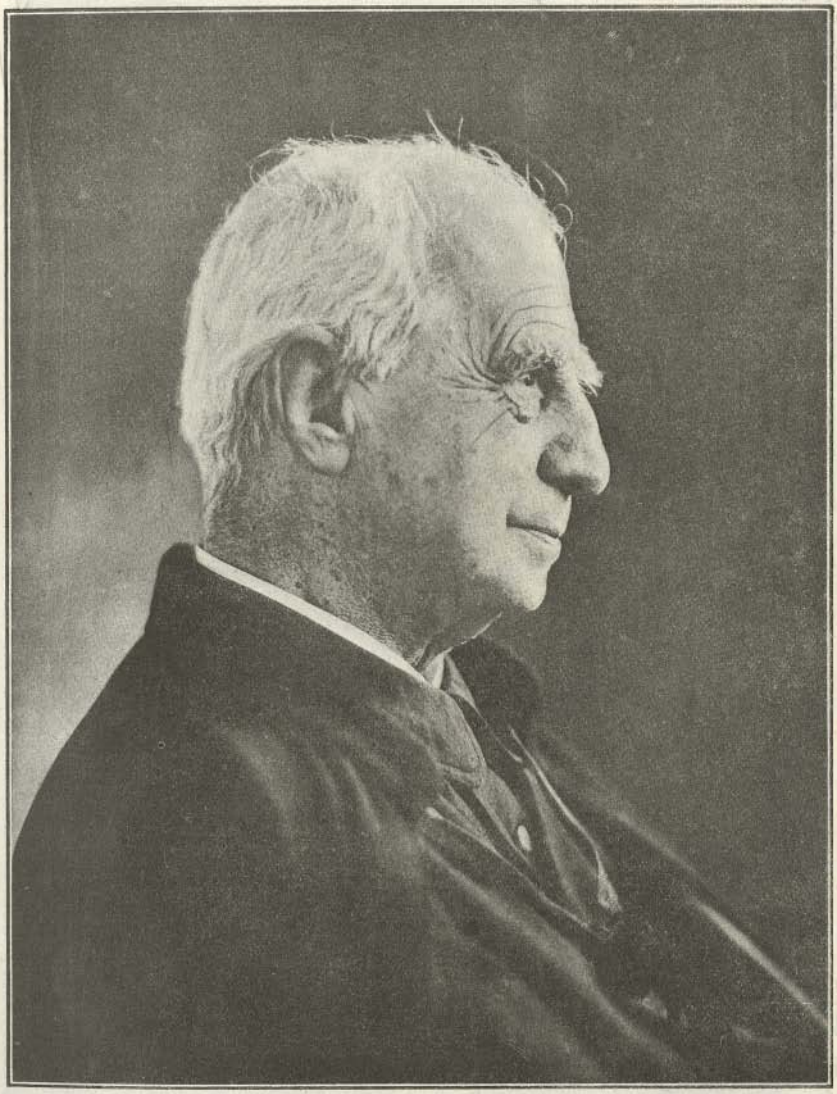
La sencillez, la divina palabra, la divina cosa de la palabra, la sincera expresión de la verdad, la adorable línea de los cuerpos puros, la simple majestad de las almas grandes, la sencillez que, en ética y en estética, es limpio lago y claro espejo de la hermosura, no constituye sólo en el señor Errázuriz, el más noble atributo de la conversación, sino de toda la vida.

Siendo como es, y apareciendo varonil y magno, no tiene por qué ni para qué disimular: es la hipocresía hija de las almas, que, en el fuero íntimo, *se reconocen* pequeñas. Y nació don Crescente, se crió y *educó sencillo, entre* gentes virtuosas y cultas; y no le cuesta serlo, con distinguida naturalidad, como no le cuesta ser caballero desde y hasta la médula de los huesos.

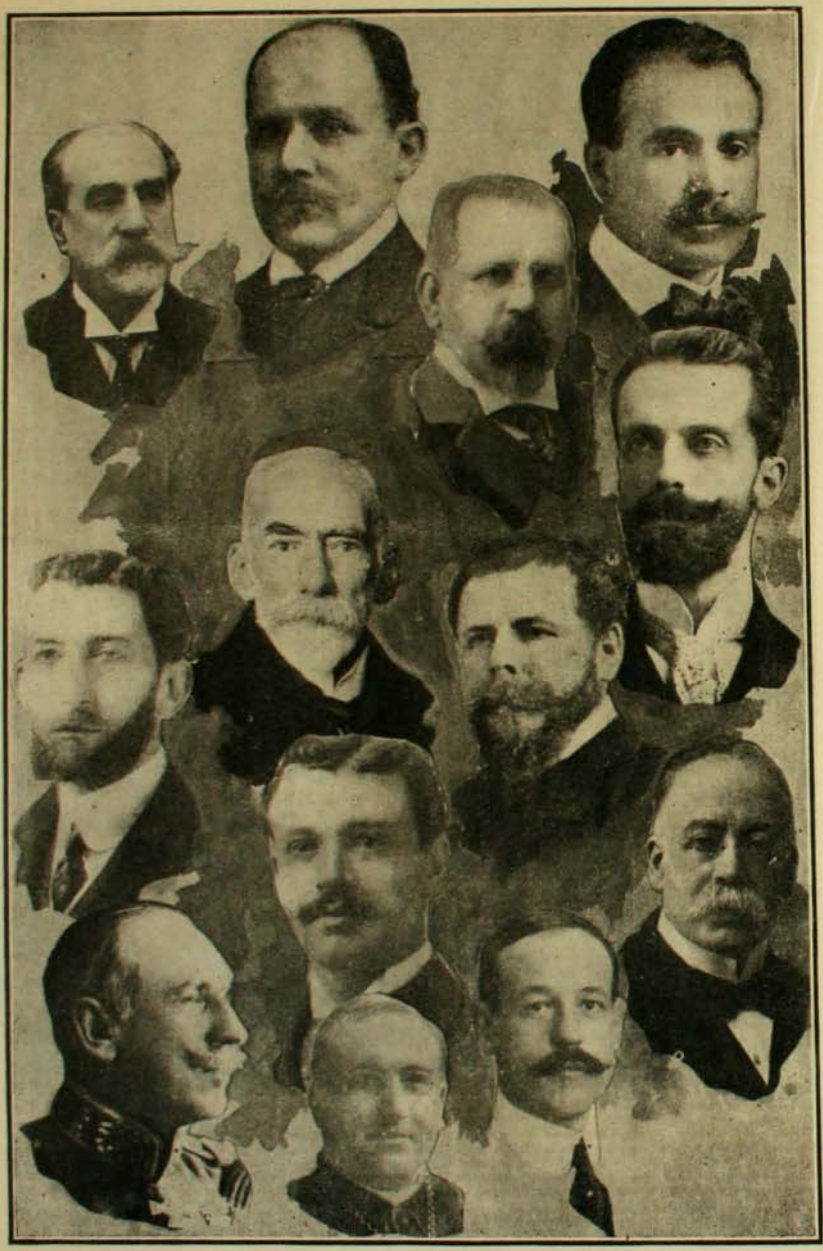
III

Otros varios, poderosos influjos, se han ejercido sobre el señor Errázuriz.

Desde luego, la educación sistemática, de las mejores que entonces se daban, y que se

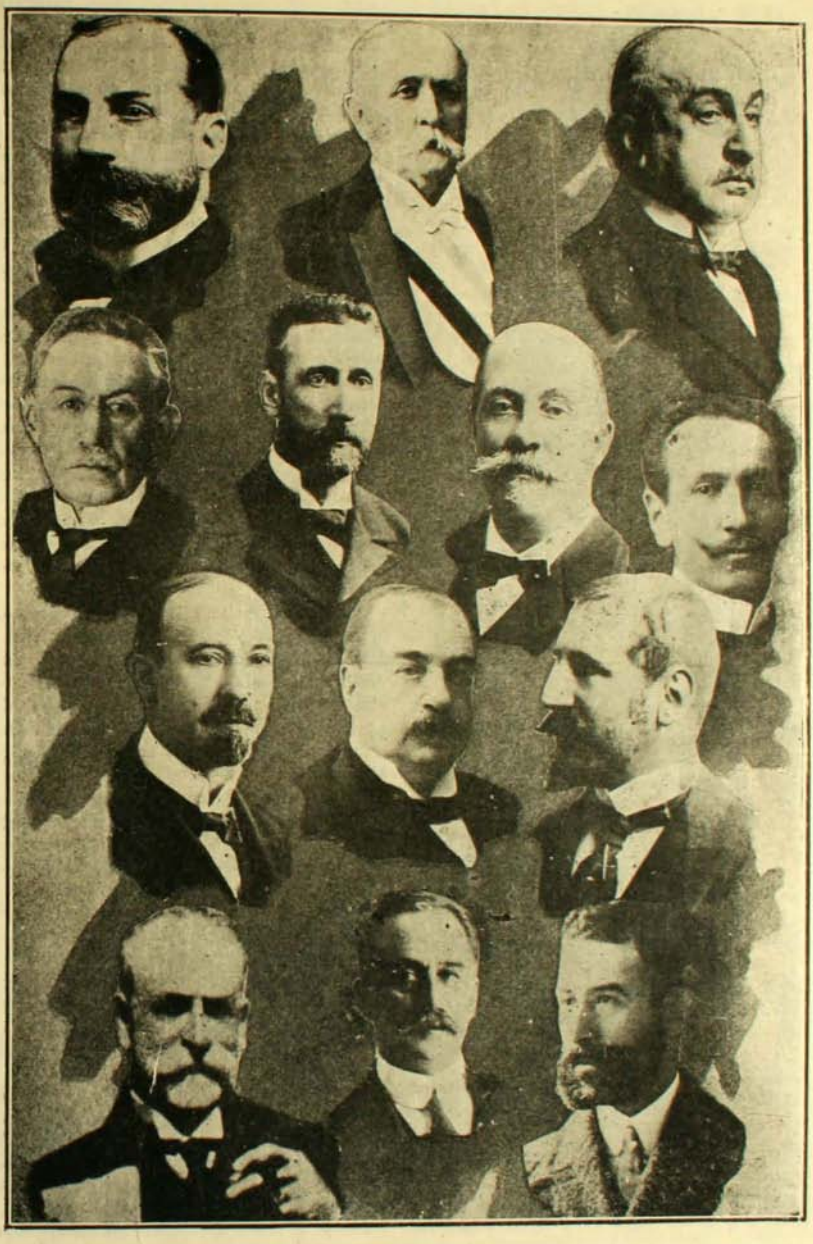


Sonríe el señor Errázuriz con el rostro entero, y es inmensa, iluminadora su sonrisa; pero, si le acontece sonreír más bien con los ojos, es su rostro picardía, maleante a veces; y si con la boca, es pródiga benevolencia. Resulta, en todo caso, una sonrisa que subraya las donosuras de su ingenio, desatando las arrugas de la vejez, aquellos profundos surcos de la vida, que suele borrar en las placas fotográficas la insidia de los retocadores.



Señores: Ismael Tocornal, Eleodoro Yáñez, Joaquín Echenique, Enrique Zañartu Prieto, Carlos Balmaceda, Alberto González Errázuriz, Enrique Föster Recabarren, Antonio Huneeus, José María Bari, Juan de Dios Vial Vial, Miguel Claro, Francisco Javier Correa Errázuriz, Daniel Feliú.

DEL ILTMO. SEÑOR ERRAZURIZ



Señores: Jorge Montt, Ramón Barros Luco, Domingo Amunátegui, Gonzalo Bulnes, Fernando Lazcano, Macario Ossa Cerda, José Pedro Alessandri, Manuel Cortés, Carlos Riesco Errázuriz, Rafael Errázuriz U., Carlos Irarrázaval, Luis Barros Borgoño, Emilio Aldunate Rascuñán.



...parecería un águila vieja, que principia a fatigarse, pero que extiende aún con firmeza el solemne y espaciado vuelo.

dirigió desde temprano al rumbo de su vocación.

Después, la cátedra de filosofía, que desempeñó cuando joven en el Seminario y la de Derecho Canónico que desempeñó más tarde en la Universidad del Estado. Imprime carácter el magisterio de la enseñanza; pero la cátedra de filosofía y las de derecho revisten especiales importancias, por sus vínculos respectivos con el estudio del pensamiento, y con el de las relaciones jurídicas de los hombres entre sí.

Sus estudios sobre el Derecho Canónico, del que escribió un conciso texto, le confieren especialísima autoridad en las materias de jurisdicción eclesiástica.

El haber sido desde casi niño, y por muchos años, **ad-latere** del señor Valdivieso, colocóle sobre las gradas del sillón arzobispal; le dió los medios de conocer las sustancias y formas del gobierno eclesiástico: escrito estaba que por donde empezó había de culminar.

Tocóle en suerte conocer a los treinta años buena parte de Europa. Salió de Italia cuando entraba a Roma Víctor Manuel por la puerta Pía, derrocando el poder temporal, no el espiritual de los Pontífices.

Son los viajes la más vívida y extensa, la más rápida y multiforme de las enseñanzas objetivas; y día llegará, cuyo advenimiento facilita el progreso de los medios de comunicación, en que persona alguna pueda considerarse cabalmente educada, sin una vuelta al mundo, o a parte considerable de él.

La vecindad del señor Errázuriz al solio del austero, pero ardiente arzobispo, y las controversias de la época en orden a las relaciones de Iglesia y Estado, hiciéronle organizador y mantenedor de publicaciones periódicas o diarios, y en especial, del flamante y batallador "El Estandarte Católico". Hubo de desplegar entonces excepcionales dotes de polemista, a la par acerado y culto; y más de una vez le envolvieron los vendavales de la política.

El periodista reveló en don Crescente al hombre de letras.

Bajo el hábito sacerdotal, y la escondida cota de malla del luchador, fué despuntando la honda, trascendental serenidad del estudioso desinteresado y del artífice de la pluma: era el claro historiador de la Iglesia y de la Colonia, el que alboreaba.

Llevó el señor Errázuriz al desempeño

de esta tarea, su amor a la verdad, su ansia por desentrañarla de lo pasado, su sentido, su intuición de los lugares y de los tiempos, sus hábitos de método y claridad. Aunque fragmentarios, son sus estudios trozos de naturaleza y de vida, cuadros de épocas.

Sus merecimientos de escritor hiciéronle desde antiguo miembro de la Academia Chilena de la Lengua, y miembro correspondiente de la Real Española. Reorganizada no ha mucho la primera, eligióle su Director, cargo que en él parecería de derecho propio, y que ejerce con unánimes aplauso y regocijo de sus colegas.

En lo más alto de la edad viril, se fué al claustro a envejecer, a mirar el mundo desde una isla que juzgó de reposo, a contemplar tranquilamente cómo caía la noche; y estúvose allí, de cerquillo, vestido de blanco, con el nuevo nombre apasionado, místico, evocador, de "Raimundo", obedeciendo y mandando alternativamente, como un cuarto de siglo.

¿Pudo convencerse de que la pasión no va a morir al claustro, como la ola en la playa, de que el hombre es hombre, con sus flaquezas y pesares, hasta la muerte?

Ello es que, casi tullido, y ya vuelto al clero secular, vínose de la Recoleta Dominica a su casita de la Vera Cruz, con capilla y jardín, en la cual, mientras escribía y desempeñaba su virtual obispado de las conciencias, llegó a buscarle la mitra.

IV

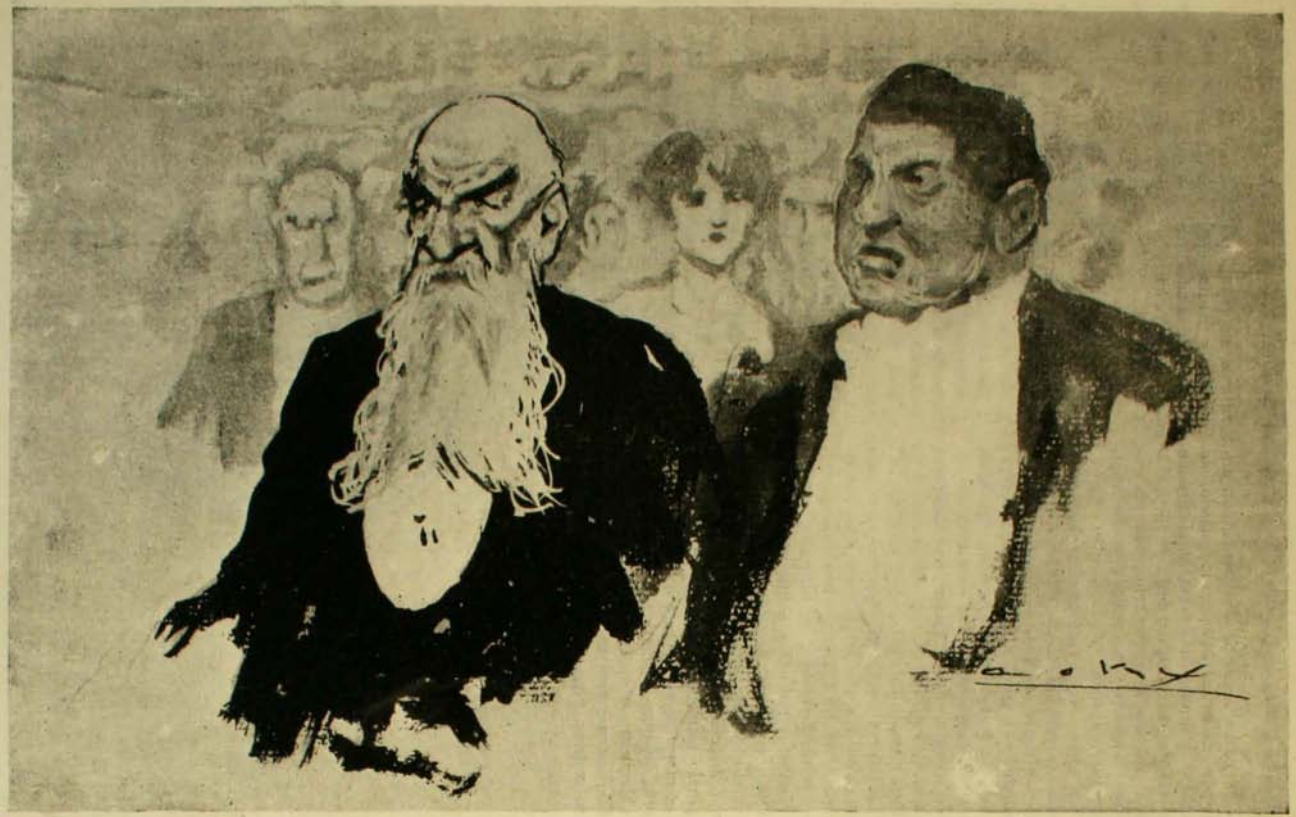
Opusiéronse a la preconización del señor Errázuriz su calidad de exclaustrado, y su larga edad.

No constituía la primera impedimento "dirimente", en el lenguaje canónico; y respecto a la segunda, cuando la edad no es decadencia, es experiencia y prudencia.

Fué verosímil imaginar que esta personalidad, ya del todo serena, y aún vigorosa, constituiría el rasgo de unión, acaso breve, pero indispensable, entre un período de nuestra historia político-religiosa, que se cierra, y otro período, tal vez más diáfano, de la misma, que se abre.

Hay corruptelas que extirpar, hay reformas que acometer, hay soluciones que perseguir. No necesita para ello el señor Errázuriz largos años más: lo que necesita, lo que, sin duda, hará, es elevarse sobre las ambientes mediocridades y miserias, y mirar con limpio corazón el porvenir.





Delante de mí, un señor alto, esbelto al parecer, lucía una gran calva, sobre la cual se reflejaban todas las luces de la araña colgada en el plafond.

Joaquín Díaz Garcés

CARTAS DE PARIS

La Dama de las Camelias

El restaurant de Rancagua y la Torre de Eiffel.

Ilustraciones de Jorge Délano.

OIR en París y en 1908 La Dama de las Camelias, representada por lo que queda de Sarah Bernhardt, es algo así tan extraño y anacrónico como entrar al Museo del Louvre y convidar a la Victoria de Samotracia a cenar en un restaurant de Montmartre. Pero, sin exageración, es como navegar por placer en buque de vela; como encender un cigarro con yesca y piedra de chispa; como subir a ver a la novia por una escala de cuerdas, habiendo ascensor en la casa. Y, sin embargo, en una noche de septiembre del año pasado, se ha podido ver a Margarita Gautier en el teatro Sarah Bernhardt, representada por este esqueleto glorioso; mientras las lágrimas brotaban a sus ojos secos que jamás habrían llorado ni de risa. O Dumas es eterno, o Sarah inmortal, o quedamos aún algunos cándidos en el mundo. La sombra de la gran actriz usaba ese día un largo cuello con barbas, para disimular los pliegues que hace su piel tan sacudida, en torno de su cuello que fué esbelto; pliegues lamentables que recuerdan los del papel de seda en torno del gollete de la botella de Champagne cuando se le envuelve con una vigorosa vuelta de mano. La augusta armazón de huesos no había podido adornar su silueta demacrada con los coquetos cachirulos del peinado de Margarita Gautier, ni con la crinolina de la época, so pena de profanar la solemnidad de su vejez realista, con esos graciosos aderezos de la juventud romántica. Se había contentado con un sencillo traje blanco y con un peinado a la moda del día; y así, los ojos elocuentes que fueron y las hermosas manos que aún son, pudieron, a la discreta media luz del escenario, lanzar un último destello de los antiguos triunfos.

¡Qué triste condición de la humanidad! Una bombonera, un ropero, un diván, hasta un violín, ganan con la edad; y el sér más perfecto de la creación, vale una mirada menos por cada arruga más. Sin embargo, la gran actriz tiene como una aureola de entusiasmo sobre la cabeza, como un fulgor de lejana estrella en sus ojos; y las largas manos blancas parece que describieran en su acción nerviosa el epitafio de una gran tumba, donde la humanidad va a detenerse para oír el eco de los versos antiguos.

Por esto lloraba la concurrencia; pero lloraba con timidez, con pudor. Los pañuelos de encajes y de batista salían empuñados en las manos pequeñas, pasaban sigilosamente a flor del cuerpo, y llegaban hasta los ojos, para hacer un rápido movimiento y enjugar la pequeña gota que fué conocida hasta hace poco con el nombre de lágrima. Todos nos avergonzábamos de vivir media hora de 1908 en media hora de 1830.

Pero había un sér fuerte, sano, antiguo, vigoroso, que lloraba con franqueza, casi con estruendo. Delante de mí, un señor alto, esbelto al parecer, lucía una gran calva, sobre la cual se reflejaban todas las luces de la araña colgada del "plafond". Usaba largas patillas blancas bifurcadas, un frac muy bien cortado, y el chorro de lágrimas que salía de sus ojos producía un general movimiento de ternura, de admiración, de respeto. Yo recorría inútilmente con la memoria las páginas de las revistas ilustradas, el capítulo de recepciones de soberanos y príncipes de familia

real; pero la fisonomía de mi vecino no coincidía. Uno de los grandes duques de Rusia no podía ser, porque un ruso no debe llorar en la Dama de las Camelias, mucho menos si además de ser ruso es gran duque; porque es sabido que el lagrimal se seca a medida que se sube en le escala social. ¿Quién era este hombre que se estremecía con Armando y vibraba con Margarita y vice-versa? Con mi natural tendencia de monologar por la parte de adentro, comencé a dirigirle un apóstrofe mudo: "Alma tierna, alma de selección, que seguramente has amado y has sufrido mucho. ¿De dónde vienes? ¿Adónde vás? ¿Cuál es tu historia? ¿Cuál tu destino? ¿Qué eres? ¿Escritor, que has hecho leer al mundo el poema de tu vida? ¿Vividor, que llevas un tomo de filosofía en tu calva prematura? ¿Artista, que has hecho el retrato de tu esfinge, y como Leonardo, no quieres separarte de él? ¿Aventurero, que has recorrido el mundo para olvidar tus desengaños? ¿Amigo de Dumas, que conoces la febril gestación de su libro? ¿Amante de la Duplessis, que te contó sus triunfos en la obra inmortal?"

Evidentemente era un hombre de la época. Sus lágrimas abundantes, calientes, espontáneas, lo decían bien claro. Habría dado cualquiera cosa por conocerlo. El momento se acercaba, sin embargo. Un concurrente retardado entreabrió la cortina de la entrada, una corriente de aire helado penetró en la sala, y varias personas sintieron un pequeño hielo en la nuca y un inesperado picor en la nariz. Entre estas personas me contaba yo, y sin poderlo reprimir, un violento estornudo se me escapó, y un tenue rocío fué lanzado sobre la calva ardiente de mi respetable vecino. Este se dió vueltas para mirar al mal educado, y yo casi dí un grito. Era don Salvador Peralta. Como no creo en espíritus, hube de convencerme de que el popular empresario del restaurant Rancagua estaba allí en cuerpo y alma. Don Salvador no pareció conocerme; le dí mis excusas en francés; él las recibió, y enjugando sus lágrimas volvió a sumirse en la butaca. ¡Qué mal me había hecho despejar la incógnita de mi vecino! El espectáculo se alejó en el acto para mí; apenas veía a lo lejos las figuras moverse como en una proyección borrosa y las voces me llegaban como al través de una muralla; y en cambio veía, claro y concreto, como la realidad, el expreso del sur, devorando distancias al través de San Francisco, Hospital, Graneros, y deteniéndose miedosamente en la estación de Rancagua. Veía descender a los pasajeros a todo escape y entrar a la gran sala en cuya puerta estaba don Salvador Peralta, no ya lloroso como ahora, sino radiante, saludando a los antiguos conocidos, preguntándole al diputado tal por la Alianza Liberal, al otro por la cosecha, y teniendo para todos una palabra amable. Veía la espaciosa sala del comedor, llena de sirvientas regordetas y rosadas, con delantal blanco, colocando en cada mesa un plato de rabanitos y las servilletas en forma de bonetes; sentí el ruido de los pejerreyes al saltar sobre la sartén, de los bisteques al darse vueltas en la parrilla, de los sifones al dejar caer su chorro en las copas; miraba al conductor engullir su cazuela y a los pasajeros atisbarlo para saber si tienen tiempo para acabar con la lista. Era inútil que clavara los ojos sobre la escena; porque ni veía, ni oía. El ruido de platos de la cocina, las voces de orden: "**un pollo para dos!**", "**tres hígados!**" "**una lengua!**" me dejaban apenas comprender que la tos de Margarita arreciaba y que Armando se daba ya cuenta del heroísmo de su amiga.

En medio de grandes aplausos, el telón cae y el drama ha terminado. Mi vecino sale con los ojos húmedos aún, recoje su abrigo y se pierde entre la muchedumbre rumoreante y agitada. Al día siguiente le encuentro en el consulado y Manuel Amunátegui hace nuestra presentación en presencia del comandante Gómez Carreño y de Jorge Matte. Cito nombres para evitar desmentidos. Los presentados nos inclinamos y cada uno asegura haber oído hablar del otro alguna vez. El señor Peralta me cuenta que ha comprado en Berlín diez mil marcos en batería de cocina, de **puro níquel**. ¡Cómo envidio a los pasajeros del expreso del sur!

* *



Tuve sueños desordenados e incongruentes: a veces veía a Sara Bernhardt almorzando en el restaurant de Rancagua y a don Salvador Peralta arrodillado a los pies de Margarita Gautier.

La presencia de don Salvador Peralta en la Dama de las Camelias, alteró esa noche por completo mi equilibrio mental. Tuve sueños desordenados e incongruentes: a veces veía a Sarah Bernhardt almorzando en el restaurant de Rancagua y a don Salvador Peralta arrodillado a los pies de Margarita Gautier; y otras veía a un ingeniero colocar una turbina bajo el chorro de lágrimas de don Salvador, una turbina con fuerza de 1|8 de caballo, que podía mover un molinillo de café y un espanta moscas con aspas de choleta negra.

Pero las incongruencias de estos sueños parecieron ordenarse un momento y dar lugar a otro que conviene salvar del olvido y ponerlo en este mismo artículo bajo los auspicios del señor Peralta.

Me veía—porque en los sueños uno se ve siempre a sí mismo, lo que no suele pasar despierto—abstraído en la contemplación de París, atardeciendo, en uno de los puentes sobre el Sena. Pasaban las embarcaciones llenas de paseantes que volvían de Saint Cloud. A la luz moribunda del día podía entrever las parejas que cantaban, las mujeres cargadas de flores y de frutas, los cazadores con sus mochilas vacías. Al mirar las siluetas de Notre Dame, del Louvre, de los Inválidos, de las torres del Trocadero, pensaba en los compatriotas con quienes había discutido en el día: "Esta es Europa, les decía; la tradición, la espiritualidad, el pasado, la leyenda, el arte; páginas comenzadas con estas siluetas monumentales como las de los antiguos antifonarios, con las grandes iniciales pintadas sobre oro. Lo que ustedes buscan, calles bien pavimentadas, casas nuevas, adelantos edilicios, eso tiene allí su monumento: la torre de Eiffel, el riel, la armazón industrial, el ascensor absurdo, la chimenea gigantesca, el pararrayos formidable, la materia elevándose a trescientos metros de altura, para convencerse de que el espíritu sube más alto." (En sueños se habla muy bien).

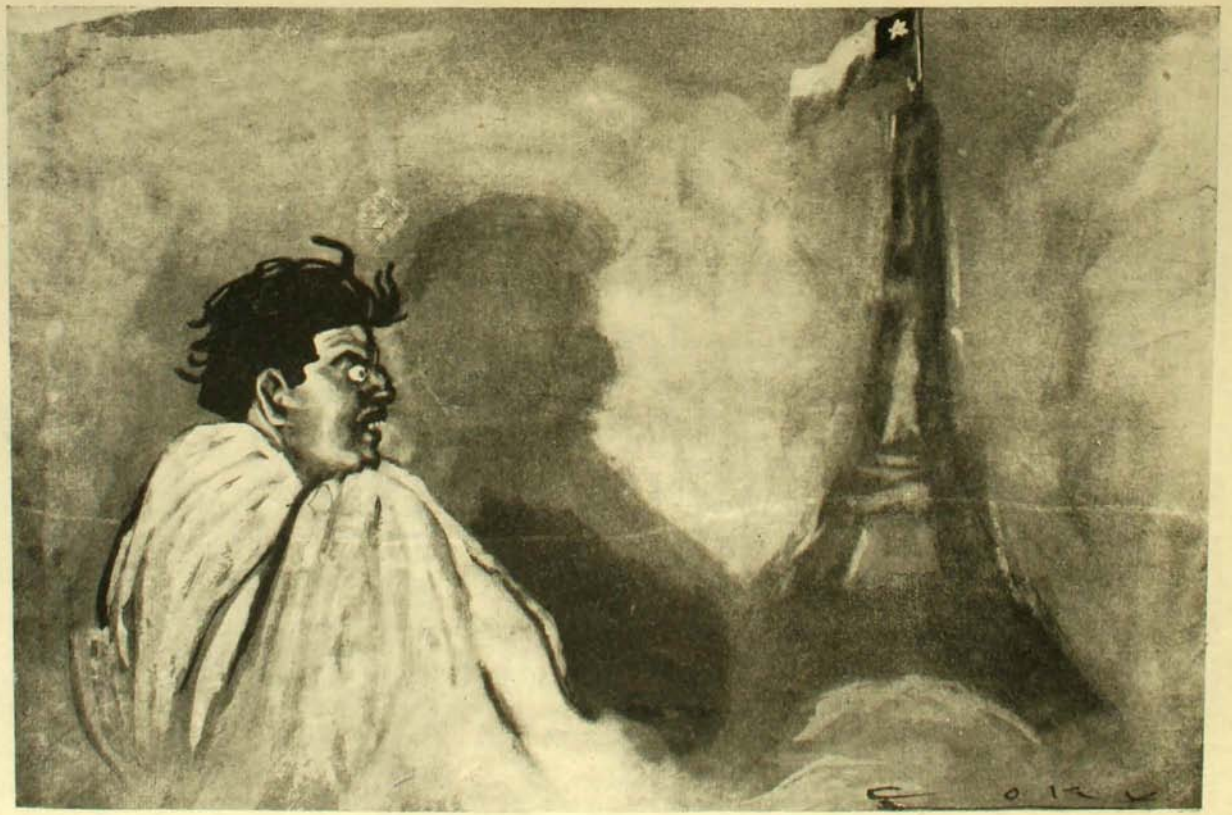
Esta idea de la torre de Eiffel se fué desarrollando en mi sueño. Había oído, había leído, que antes de que el colosal pilón sirviera al progreso general como estación de la telegrafía sin hilo, se había proyectado seriamente hacerla desaparecer. Entonces veía cómo todo París se entregaba febrilmente a saber qué se haría con la torre y a hacer suposiciones sobre quién se quedaría con ella. Un diario propone una lotería; pero el número gordo sería un presente griego. El que se lo sacara tendría que gastar mucho dinero en desarmar la torre y en seguida en colocarla en un sitio. ¿Y dónde? No se trataba de un kiosko que se pudiera poner en un parque, para almorzar debajo y hacer un palomar en la punta; ni para otros usos en que la altura es inconveniente o por lo menos superflua. "Le Matin", propone la subasta pública. "No faltaría —dice, pequeñas repúblicas sud-americanas que quisieran gastarse unos millones en colocar la torre de Eiffel en la plaza de una de sus capitales. El Gobierno puede excitar la rivalidad de estos países y hacer subir el precio de la torre casi al nivel de su altura."

Me hiere profundamente que quede Chile englobado en la injuriosa suposición. Siento ímpetus de ir a un diario y de declarar a nombre de todos los habitantes de Chile e islas adyacentes que el país no se interesa por la Torre de Eiffel; que en materia de torres feas tiene muchas, y en materia de edificios de fierro por armar no le falta ocupación.

Me veo corriendo de la Legación al Consulado. Es necesario—le digo a Amunátegui—evitar a todo trance que Chile figure entre los rematantes de la Torre. Es necesario quedar de una vez por todas como una nación seriamente pobre o pobremente sería. Que se lleven la Torre de Eiffel a Río de Janeiro o a Buenos Aires y que si en la última ciudad la encuentran chica que le agreguen un piso.

—Sí—me decía el Cónsul, mientras caviloso se pasaba la mano por su larga barba, pero no me negarás que puesta en el Morro de Arica, con la bandera chilena encima haría buen efecto.

—Pero es patriotería y además es caro como mástil de bandera. Es necesario cablegrafiar para que no vaya a venir orden tan absurda. Es necesario hacer una rogativa a San Simón Estilita que vivió cua-



Esta idea de la torre de Eiffel se fué desarrollando en mi sueño.....

renta años sobre una columna y que debe saber bien lo que son estas cosas.

En fin, en el desorden de mi sueño, ví precipitarse los días y llegar la tarde del remate. La función se efectuaba en el Hotel Drouot y el día se presentaba mal porque todo subía a precios inverosímiles. Dos millonarios habían hecho subir mucho una peineta que había pertenecido a Lucrecia Borgia. En seguida llegó el remate de la torre: "Un monumento nacional en buen uso, de 300 metros de altura, libre de gravámenes, etc." Los argentinos tenían fiebre de quedarse con ella porque habían abierto suscripciones en Buenos Aires, y además los cimientos para colocarla. El personal de la Legación de Chile estaba en masa, con gran estupefacción de mi parte. La puja fué porfiada, y en el momento en que Chile hacía una gran oferta, el martillo cayó sobre la mesa y la torre de Eiffel le quedó adjudicada. Me pareció que caía sobre mí cada uno de los fierros, tornillos y remaches de la torre y perdido el conocimiento me desvanecí sobre un gran catre imperio que había pertenecido a Paulina Bonaparte, y que estaba, naturalmente, desarmado bajo el peso de la historia.

¡Qué hemos hecho! ¡Qué burla cae sobre nosotros!

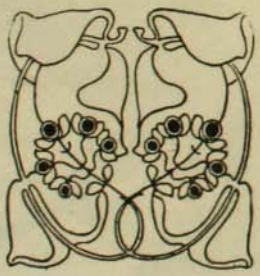
Como todo se precipita en los sueños, luego llegó "Le Matin". Lo abrí, y ví grandes títulos: **Chile remata la Torre Eiffel. Declara que no va a armarla. Da garantías de esto diciendo que desde hace diez años tiene sin armar un pabellón. La colocará como rieles en el ferrocarril de Arica a La Paz. La idea de colocar la Torre de Eiffel horizontalmente revela un gran país.**

Yo me reía de gusto, cuando golpearon a la puerta. Desperté y ví entrar un chileno.

—¿Sabes—le dije—que don Salvador Peralta está en París? ¿Sabes que la Torre de Eiffel!...?

Pero me acordé que lo último era un sueño.

París, 1908.





Don Luis Rodríguez Velasco

La muerte de un poeta

Recuerdos. . . .

—

¡Con qué pena siento venir los recuerdos
Del tiempo ¡ai tan lejos! que fué mi niñez.
Tan dulces entonces, ¡Parece que hoi vienen
Para hacer mas triste la triste vejez

Un dia de aquellos, no supe la causa
La casa paterna debimos dejar;
Y mimos i juegos i objetos queridos,
Pensando en la vuelta quedáronse allá

Los perros, las aves, las cosas sin vida
Llorar parecían al vernos partir. . .
¡Adiós! yo les dije, i ¡adiós! me dijeron
La gente, la tierra, la casa, el jardín.

Volver no se pudo ¡hermanos i hermanas
Fortuna contraria después dispersó
Secretos del hado! ¿Quién nunca pensara
Que aquel adiós fuera para siempre adiós!

Luis Rodríguez Velasco.



El camino era pésimo y se extendía interminable, dando vueltas y revueltas entre oscuros bosques, aquí y allá quemados por recientes rocas.

La luz en el monte

Por Miguel de Fuenzalida

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux.

LLENO de temor y casi con remordimiento, sólo después de vencer las vacilaciones más crueles, me he decidido a confiar al papel la verdadera historia del extraordinario acontecimiento que voy a referir. Dos únicos testigos tuvo la escena culminante de este drama. Uno de ellos acaba de bajar a la tumba: el otro soy yo... Dios sabe cuán sinceramente deseo que conmigo desaparezca hasta el recuerdo de ese secreto terrible, guardado religiosamente hasfita ahora en lo más recóndito de mi conciencia. Sin embargo, el destino reserva a los hombres sorpresas crueles; puede que llegue un dia en que el conocimiento de esta trágica verdad que sólo a mí pertenece, sirva a los mismos a cuya dicha importa hoy que se mantenga oculta. Remoto y casi inverosímil es que ello ocurra; pero nada hay imposible bajo el sol. Por si el caso llega, creo de mi deber, por la parte que casi involuntariamente tomé en esos sucesos, dejar por escrito exacto testimonio de ellos.. Plugue al cielo, no sea nunca necesario que la mirada de otro hombre recorra este papel.

En el verano de 19... decidí emplear las vacaciones en una gira por el sur de Chile. Mi itinerario comprendía una corta temporada en los baños de Guadava, modesto y casi ignorado establecimiento termal perdido en lo más recóndito y enmarañado de las selvas que cubren las faldas de los Andes del alto Cautín. Habíanme ponderado los bellos paisajes, la caza abundante, y el excelente clima de ese paraje, al que sólo faltaba, según mis informantes, un poco de confort y algún réclame para atraer a los turistas. No me desagrada salir a veces de los caminos trillados, e imaginé que algunos dias de aislamiento casi completo en el seno de aquella Naturaleza salvaje harían bien a mis nervios, fatigados por la vida intensa y febril de la ciudad.

Apenas me dejó el tren en la pequeña estación de Quepe, cuando ya comencé a arrepentirme de mi resolución. Hube de encaramarme a un viejo, polvoriento y desvencijado coche, arrastrado por media docena de escuálidos jamelgos, máquina inverosímil para un viaje de veinte leguas.

Un agricultor de la Frontera, gordo y sudoroso, y una señora de la clase media, abigarradamente vestida y de formas no menos abundantes, iban a ser mis compañeros en aquella larga y fatigosa jornada, que apenas hicieron soportable las bellezas un tanto monótonas y melancólicas del paisaje.

El camino era pésimo y se extendia interminable, dando vueltas y revueltas por entre obscuros bosques, aquí y allá quemados por recientes roces. ¡Cuánta tristeza en esos troncos desnudos y escuetos, esqueletos gigantes de la selva destruida, restos informes del espléndido ropaje con que vistió a la legendaria Araucanía la mano del Creador, mudos testigos hoy de la implacable codicia de los hombres!

Envueltos en nubes de polvo, bajo un sol de fuego, avanzamos lentamente por un terreno onduloso siempre igual a sí mismo. Ya bajábamos al lecho cubierto de piedras de un riachuelo casi seco; ya ascendíamos con lentitud la pendiente áspera de otra y otra cuesta. A la derecha e izquierda y hasta donde alcanzaba la vista, agrestes espesuras, selvas impenetrables, vestigios de talas y roces, todo obscuro e inmóvil, bajo un cielo azul de reflejos cárdenos, en medio de una atmósfera en que flotaba en menudas partículas la ceniza de los bosques difuntos...

En los matorrales, cerca del camino, chirriaban las cigarras, ebrias de calor y de luz, algún palo seco crugía en la espesura, y los pájaros del Sur, que cuando cantan parecen llorar, interrumpían de cuando en cuando ese murmullo monótono de la soledad, más imponente que el silencio mismo.

A medida que nos acercábamos a la Cordillera, el aire se hizo más sutil, los bosques, humedecidos por una lluvia reciente, presentaron tonos más vivos y animados. Respiré con ansia el soplo fresco de los Andes, una de cuyas cumbres, cubierta de nieves, apareció un instante entre dos robles colosales.

Caía ya la tarde cuando nos aproximamos a los baños de Guadava. El sol, muy cerca de su ocaso, parecía un globo carmesí entre las brumas de occidente, sucias y pardas por los despojos de los incendios... A nuestro alrededor, un desierto de follaje verde obscuro. Muy a lo lejos, una débil humareda azulada subía del fondo de un barranco. Era todo cuanto nos anunciaba al hombre.

Nos detuvimos junto a un vulgar edificio de madera, circuido en su piso inferior por una galería abierta. Alrededor sólo el bosque, a medias destrozado. Eran los baños de Guadava. Algunos pobres diablos, pintado el aburrimiento en sus rostros, aguardaban como una fiesta la llegada del coche.

Me dejé conducir, resignado a medias, hasta la pieza que me destinaron. Estaba seguro de marcharme de allí al día siguiente... La fatalidad lo dispuso de otra suerte.

Era ya de noche cuando entré al comedor. De una ojeada comprendí que el personal de bañistas distaba mucho de ser interesante y menos distinguido. Iba a aburrirme regiamente...

De pronto no pude contener una exclamación de alegre sorpresa. Sentado junto a una de las mesillas vi a un santiaguino auténtico, a un buen amigo... ¡Enrique Manzano en aquellos andurriales? ¿Qué diablos estaba haciendo allí?

Apenas tuve tiempo de formularme esta pregunta. Enrique venía a mi encuentro, como siempre afable y simpático...

—¡Miguel!... También tú en este rincón del mundo... Eres un buen pierna de Judas. Sólo a ti se te ocurre.

—Pero, ¿y tú...?

—Yo vine sin que se me ocurriera—me repuso Enrique en tono enigmático.—Me trajo el destino...

—No veo por aquí la cara del destino—observé sonriendo—mientras dirigía una mirada por todos los ámbitos del modesto y nada limpio comedor...

—El destino no tardará en venir: come tarde...

—¿Estás enamorado?

—Algo peor que eso... Estoy loco... Cuando la veas comprenderás todo... Es la mujer que siempre había soñado... Digo mal: nunca soñé cosa semejante... No hay fantasía capaz de concebirla.

—¿Quién es ella?

—Su nombre... ¿Qué importa su nombre? Luego vas a verla.

Nada más extraño que semejante delirio en Enrique Manzano. Siempre le tuve por hombre de corazón y un si es no es inclinado al sentimentalismo, pero sabía mostrarse siempre frío, discreto y hasta taciturno. Era demasiado gran señor para permitirse arranques muy expresivos. Tenía por otra parte treinta años muy largos y una reputación de cordura que defender. A la verdad, su actitud de aquella tarde me pareció inverosímil.

El debió comprenderlo.

—Ya te lo he dicho: estoy loco,—agregó sonriendo con melancolía;—discúlpame... he pasado diez días solo en estos pesierte y necesito un desahogo.

Ella entraba al comedor en ese momento. A la verdad, nunca he visto una mujer más hermosa. Así modelaron los griegos a sus divinidades. Al verla en aquel sitio miserable y lejano, me pareció a mí también ser juguete de un sueño. Sus cabellos de un castaño ceniciento, casi rubio, sombreaban maravillosamente unos ojos obscuros de acerados reflejos, tan intensamente expresivos, que una vez vistos no pueden olvidarse. Lo confieso: desde entonces esos ojos me persiguen como una pesadilla. Había en ellos algo que hablaba de un mundo ideal que no es el nuestro. Pero lo que no puedo describir es la armonía llena de contrastes de esa criatura celestial. Serena y majestuosa, como una reina de cuentos de hadas, había también en ella cierta dulzura, suave, cariñosa, sugestiva, que invitaba a la confianza y al amor. Era diosa y mujer al mismo tiempo. Enternecía y subyugaba.

Me sentí por un momento transladado a esos tiempos de la vieja caballería, en que

el culto de una dama inspiraba las acciones más heroicas. Me imaginé que María Estuardo debió tener algo de la mujer que estaba viendo... Comprendí las terribles pasiones que agitaron la Escocia en aquel siglo, las guerras, las matanzas y los odios que encendiera esa niña dulce y angelical arrojada por el destino en medio de las bárbaras concupiscencias del áspero feudalismo del Norte... Todo ello pasó en un instante por mi alma con la rapidez del ensueño... Fué una especie de delirio.

La desconocida saludó a Enrique con una graciosa inclinación de cabeza acompañada de una sonrisa divina...

—¿Lo comprendes ahora? me preguntó mi amigo.

Le contesté con un gesto. Estaba de veras conmovido.

II

Acompañaba a la dama un apuesto caballero ya entrado en años de fisonomía imponente, en cuyos ademanes correctísimos y benévolos se adivinaba al gentilhombre por sobre todas las cosas.

—Es su padre, me dijo Enrique.

—Pero ¿quién es ella?

—Luego vas a saberlo, repuso mi amigo con cierto misterio... Oye primero mi historia... Salí de Santiago para Puerto Montt hace menos de dos semanas y al tomar en San Rosendo el tren de la Frontera, encontré en el carro a la mujer que acabas de ver... No necesito ponderarte lo que entonces experimenté... Todo en adelante me fué indiferente... Soy ahora otro hombre: mi destino está irrevocablemente fijado. Desde el primer momento resolví seguirla hasta el



Apenas dejé el tren en la pequeña estación de Quepe...

cabo del mundo... No quise saber al principio ni su nombre ni nada de ella. Ebrio de amor, ardiendo en el delirio de la aventura, me dejé arrastrar sin resistirme por ese sentimiento nuevo, lleno de inexplicables audacias, que acababa de invadir todo mi sér. El pasado, el presente y el porvenir, todo cuanto soy, todos los problemas de mi vida, se fundieron y aniquilaron en un instante... No hice sin embargo locuras, porque, te lo juro, tengo la cabeza tan sana como siempre... Mi secreto es que estoy enamorado, como jamás pude imaginar que alguien lo haya estado en el mundo... No me compadezcas, pues... Quiero más ese amor, aún desgraciado e imposible, que cuanto en la tierra ambicionan los hombres. El Enrique Manzano de otro tiempo, el político, el hombre de negocios, ya no existe... esto a nadie debe importarle porque tampoco me importa a mí... Vivo sólo por ella y para ella.

Aquel extraño lenguaje me hubiera parecido en cualquiera ocasión insensato y absurdo. Pero tenía delante una visión radiante, capaz de explicar aún mayores desvaríos.

—¿Por qué hablas de desgracias y de imposibles?—le pregunté más enternecido de lo que quise aparentar.—Ella puede ser tu mujer.

El semblante de Enrique se puso lívido.

—No,—repuso balbuceando,—no puede ser mi mujer...

—¿Es casada?

—No es casada.

—¿Entonces?

—Escucha... En el tren no tuve ojos sino para ella.. Todo lo demás pasaba por delante de mí como una sombra irreal... Ella hubo de comprender lo que pasaba en mí y me sonrió por vez primera... Una sonrisa pura, dulce, melancólica, de bondad infinita, de reconvención cariñosa... No hubo en ella nada de aliento a mis locas esperanzas... Su corazón de mujer salió por un momento a su mirada y a sus labios: eso fué todo; pero si te hubiera sonreído así, estarías tan loco como yo...

Una frase banal, indiferente, casi sarcástica, me sacó de mi arrobamiento.

—Linda mujer, amigo Manzano.

El que así hablaba era un antiguo conocido mío, Felipe Rosas, un pencón frío y taciturno como una niebla del Bío-Bío.

Le saludé con toda la serenidad que pude. El se sentó a mi lado. Es de esos hombres que no saben leer en las almas ajenas. Acaso vió en mi actitud un "flirt" como cualquier otro, con una hermosa niña que se encuentra ocasionalmente yendo de viaje.

—¿No la conoce usted?—me preguntó...— Es la viuda de Paulino Esquella, aquel miserable... ¿No recuerda?

No sé lo que pasó por mí en ese momento... La diosa de mis ensueños tenía ahora un nombre... era una mujer como las demás... Se había casado... Un hombre fué dueño de su amor...

—¡No hay, pues, imposibles!—pensé.

Recordaba, por otra parte, vagamente a Esquella. Le ví muchas veces en Santiago. Era lo que suelen llamar un buen muchacho, es decir, que no le faltaba casi ningún vicio... Muy rico, de gran familia, extraordinariamente simpático y nada tonto, fué en su tiempo un excelente partido. En el Sur y en la Frontera no los había ciertamente mejores...

Interrumpí a mi amigo:

—Por lo que me cuentas,—dije—la hermosísima mujer que tenemos delante es la señora doña Rosa Valdivieso de Esquella, y el caballero que le acompaña su padre, don Diego Valdivieso, ex-senador de Arauco y radical aristócrata a la manera de ultra-Maule. Conozco a la familia y sé la historia... ¡Pobre niña! Debió casarse muy enamorada... Esquella, como dices, era todo un Lovelace, y sus exterioridades las de un perfecto caballero. Se le suponía muy rico y lo era, en efecto, hasta cierto punto. En aquella sociedad apática y retraída de Concepción supo reinar en los salones y en las reuniones sociales tanto como en el Club, en los garitos y... en todas partes... Rara avis in terra. Después vino el derrumbe, la vergüenza, la terrible catástrofe final que debes conocer...

—Algo he oído—repuso Enrique, pálido como la cera.

—Paulino Esquella, aunque mala cabeza, no pasaba por hombre malo. Se casó y los primeros meses de su matrimonio fueron felices...



Al verla en aquel sitio miserable y lejano, me pareció a mi también ser juguete de un sueño. Sus cabellos, de un castaño cenicieuto, casi rubio, sombreaban maravillosamente unos ojos oscuros de acerados reflejos, tan intensamente expresivos que una vez vistos no pueden olvidarse.

—Con una mujer como ésa es imposible no ser bueno y feliz... ¿Cómo explicar la catástrofe de que hablas?

—Tenía ese hombre, a más de sus vicios, un criterio hecho a palos, como suele decirse. Carecía de sentido común hasta un extremo inverosímil y su carácter corría parejas con su cordura. Acostumbrado a una vida fácil y ociosa, le sorprendió la ruina... la ruina inevitable. Los malos negocios por una parte, el juego por la otra: la historia, en fin, de tantos. Entonces vino la infamia. Estafó toda su fortuna a una tía solterona que le adoraba, la dejó en la miseria y aún le acusaron de haberla asesinado. Esto último no pudo probarse... Encontraron a la pobre señora cosida a puñaladas en su lecho. Se suponía que Esquella iba a ser su heredero universal, pero, abierto el testamento, se supo que la difunta había dispuesto de casi todo en favor de la Junta de Beneficencia de Concepción. El chasqueado sobrino, que administraba los bienes de la señora, hubo de rendir cuentas. El optó por el suicidio... No quedaba ni un solo centavo de esa fortuna que se creía estimar por lo bajo en más de un millón de pesos... Así fué destruído el honor de ese hogar y la dicha de esa pobre niña...

—Lo sabía,—murmuró Enrique Manzano—lo sabía, y he jurado una vez más consagrar mi vida entera a vengarla de las crueles injusticias del destino... Todo cuanto pueda darla el amor de un hombre lo tendrá...

—Eres bueno y noble... ¿Por qué hablas entonces de imposibles?

—No lo sé a punto fijo y tiemblo de llegar a saberlo... Quiero que juzgues por ti mismo de tan extraño misterio... No me fué difícil averiguar que el anciano y la niña se

dirigían a estos baños de Guadava. Como lo imaginas, inmediatamente decidí seguirlos hasta acá... Hicimos el viaje en el mismo coche, y antes de mucho éramos casi amigos. Don Diego es un excelente señor, algo chapado a la antigua, bondadoso, con sus puntas de soberbio y Gutibamba... Un apellido como el que llevo, fué para él la mejor carta de introducción. Desde luego, puedo asegurarte que las atenciones que me vió prodigar a su hija no le disgustaron, ni mucho menos...

—Es natural... Ya tienes un nombre... No eres en Chile un desconocido... Saben lo que vales... Pero, ¿y ella?

—He tratado a muchas mujeres—dijo tristemente Enrique—pero se trata en este caso de una criatura absolutamente excepcional. ¿Qué sabemos de cómo quieren los ángeles? Sus miradas y sus sonrisas prometen el cielo. Habla con una entonación cariñosa, suavemente melancólica... Lo confieso... Al principio creí que su corazón iba a ser mío... Pero, tímido como un colegial, dejé transcurrir algunos días antes de hablarla de amor. Fué una mañana, allá en el camino del Norte. Yo me sentía fascinado, casi loco... Ví en ella un abandono tan dulce que me atreví... Ella no me dejó concluir la primera frase... Se puso pálida como un espectro y todo su cuerpo temblaba...

—No me hable usted de amor,—me dijo con una voz extraña que nunca hasta entonces notara en ella,—hay entre el amor y yo un abismo imposible de llenar...

Quise interrumpirla... Iba a declararla que no ignoraba la terrible tragedia de su vida y que eso era un motivo más para adorarla.

—No, Enrique—continuó—sé muy bien lo que va a decirme... He leído en su corazón, y, créamelo...

Aquí se detuvo sollozando...

—¿Qué iba a decir?—murmuró.—No... es una blasfemia... No pregunte usted más... Es un imposible absoluto... Si pronuncia usted una palabra más, será la última vez que nos veamos...

Y, al hablar de imposibles, la voz de esa mujer parecía acariciarme... Hube de obedecerla, sin embargo, y me callé...

Aquella tarde volvimos a conversar como buenos amigos, pero adiviné en su semblante cierto misterio insondable y terrible... No la hablaré otra vez de amor...

Yo miraba a la dulce niña que a pocos pasos de nosotros comía tranquilamente con su padre, y apenas podía imaginar que hubiese una tragedia en esa alma pura y serena, tras de esa mirada suave y esa sonrisa de ángel.

—No entiendo,—dije.—Tu caso es grave... Estás todavía más enamorado de lo que tú mismo crees... Me temo que hayas forjado una novela.

Enrique se sonrió con amargura.

—Me lo temía—agregó.—Tú y cuantos me oigan, me juzgarán un loco... Es que no la has oído... hay algo de sobrenatural y extraño en esa mujer... ¿Sabes lo que se dice de este sitio en que estamos? Por favor, no te rías... Mírala a ella y mira cuanto nos rodea... ¿No ves en todo este espectáculo nada de sugestivo?

Quise encogerme de hombros, pero temí ofenderle.

—Habla—urgió él.—Di, sin vacilar, tu pensamiento... Cuando ella entró en este comedor plebeyo y vulgar, ¿no experimentaste una sensación extraña?... Ella aquí, en este sitio y en cualquier otro... ¿No te hace el efecto de algo desusado y fuera de los caminos ordinarios de la vida?

—Es, efectivamente, demasiado dama y demasiado hermosa para los baños de Guadava,—dije con cierta indiferencia.

—¡Estás insoportablemente vulgar!... Yo te diré lo que siento y lo que creo... Rosa Valdivieso es algo más que una mujer... Es algo que ni tú ni yo somos capaces de sondear ni comprender... Existe algún lazo misterioso entre ella y otro mundo que no conocemos...

—Ahora sí que deliras,—exclamé al ver los estragos del amor en aquella cabeza que siempre tuve por una de las más sólidamente organizadas del país.—Lo que estás diciendo no tiene el menor asomo de sentido común. ¿La imaginas una reina o una princesa disfrazada, un genio del mundo invisible?

—No me lo preguntes porque no sabría qué contestarte... Necesito de toda mi cordura, pero, ¿a qué ocultártelo? Este sitio apartado y siniestro oculta un misterio... un mis-

terio que estoy seguro no es extraño a esa mujer... Las gentes de este lugar son terriblemente supersticiosas... Me han hablado de fantasmas nunca vistos, de hombres de fuego que retuercen el cuello a los caminantes, de una mujer hermosa y pálida que vaga gimiendo de noche por la selva... Todo ello me conmueve y me confunde...

—¡Hombre de Dios! ¡No te creía capaz de tomar por lo serio tan absurdas consejas!... Estás poniendo a muy dura prueba la opinión que sigo teniendo de ti...

—Hablo de lo que he visto,—balbuceó Enrique, en voz tan tenue que parecía un suspiro.

Yo lo miré fijamente.

—Luego, ¿has visto esos fantasmas de fuego y esa mujer errante en medio de la noche? ¿Has, acaso, reconocido en ella a la hermosa niña que en este momento sale del comedor y que te acaba de dirigir una sonrisa de cielo?... ¡No seas loco!

Por toda respuesta, Enrique me tomó del brazo.

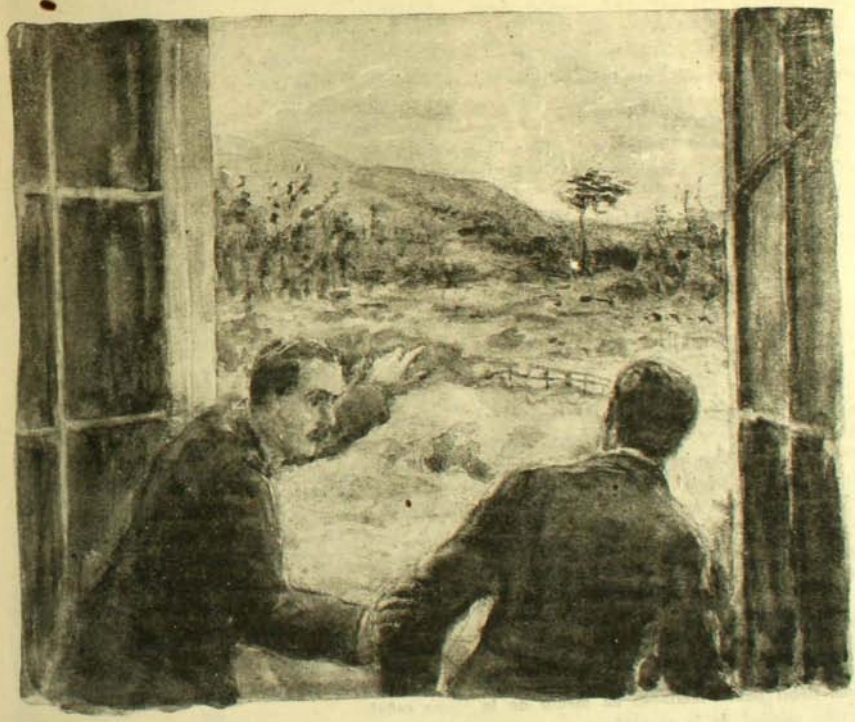
—Ven,—me dijo muy bajo,—subamos a mi dormitorio.

III

El alojamiento de mi amigo, como el que me habían destinado, estaba en el piso superior del edificio. A esa hora, reunidos los huéspedes en el comedor o en el verandah que circuía los bajos, reinaba a nuestro alrededor la obscuridad y el silencio.

Enrique me llevó hacia la ventana, que encontramos abierta de par en par.

Había anochecido ya casi por completo,



—Mira bien... ¿La has visto?...
—¿Qué cosa?
—La luz... la luz misteriosa...

aunque el largo crepúsculo de los veranos del Sur teñía aún de un rosa sucio, casi amarillento, el horizonte de occidente, sobre el cual resplandecía la estrella de la tarde. Salvo aquella luz indecisa y lejana, el vasto y selvático paisaje que se extendía a nuestros pies, se encontraba ya envuelto en las tinieblas. Apenas se distinguían sus líneas generales como confusas manchas obscuras. Un aire húmedo y bastante fresco, cargado de aromas silvestres, subía hacia nosotros desde la inmensidad del bosque. Sentíamos casi sin ver. Algunos árboles, más elevados que los demás, destacaban sobre la claridad del cielo sus formas caprichosas, de un negro intenso por el contraste... Más acá, nada definido, sino los ruidos y emanaciones de la selva... El conjunto era de una sublimidad triste y sugestiva.

Enrique se acercó a mi oído.

—¿Ves,—me dijo muy quedo,—aquel gigantesco coihue que se levanta casi hasta el cielo, y cuya copa hace recordar vagamente los pinos parasoles tan característicos de los paisajes italianos... Allá muy lejos, casi a un kilómetro de distancia...?

Le contesté afirmativamente... El coihue referido era una de las líneas más salientes del paisaje.

—¡Ahora!—añadió temblando—¡Ahora!... Mira bien... ¿La has visto?...

—¿Qué cosa?

—La luz... La luz misteriosa... Desde aquí es casi invisible... Ha desaparecido de nuevo... Aguarda un momento... Aparece al pie del coihue.

Entre curioso y escéptico, dirigí mi vista hacia el sitio indicado. Por otra parte, me parecía absurdo que un hombre como Enrique Manzano diera una importancia tan solemne a un hecho tan trivial.

De pronto brilló en realidad una estrellita muy tenue en medio de la obscuridad cada vez más profunda del bosque... Fué como un faro: lució sólo un momento para volver a apagarse. Contagiado acaso por las aprensiones de mi amigo, por lo lúgubre y desolado del paisaje, por el misterio de la hora, sentí una especie de escalofrío al contemplar aquel débil punto luminoso en medio de la agreste soledad de la montaña.

Quise, sin embargo, hacer del espíritu fuerte.

—¿Y esa luz,—pregunté—es la mujer que vaga llorando o alguno de los monstruos de fuego de que me hablabas?

—No lo sé,—repuso Enrique, sin molestarse por el tono burlón de mi pregunta.

—Pues yo voy a decírtelo,—continué con cierta animación.—Esa luz pertenece a la cabaña de un indio o al horno de un carbonero...

—Ni lo uno ni lo otro,—dijo Enrique con espantosa calma.—Esa luz no pertenece a nada de lo que estamos acostumbrados a ver en el mundo... He ido tras esa luz, helado de espanto, estas dos noches pasadas; he llegado hasta el pie mismo del coihue. Allí no hay nada que sea visible para ojos mortales, ni cabaña, ni horno de carbonero, ni siquiera rastro alguno del paso del hombre; sólo la soledad augusta y silenciosa de las selvas de Arauco...

—Acaso entonces un fuego fatuo...

—¡A esta distancia! ¡Un fuego fatuo que se enciende y apaga sin mudar de sitio! Eso sí que es absurdo.

—Optaremos entonces por el hombre de fuego.

—No te burles... Yo no digo que esa luz sea un hombre de fuego. No tengo la pretensión de explicar el misterio. Me limito a señalártelo. Ahora, respóndeme con entera franqueza: ¿confiesas o no confiesas que este sencillísimo hecho de que eres testigo, sale por completo de lo ordinario y normal?

Me encogí de hombros.

—Eso no es responder. Te digo que junto a ese coihue aparece una luz que tú mismo acabas de ver y que no es producida por ningún agente luminoso conocido, que no es ni puede ser un fuego fatuo, que brilla con regularidad matemática, como obedeciendo a un poder inteligente... Tú te encoges de hombros. Eso no te da nada que pensar.

—Alguien que lleva un farol.

—Ese alguien se movería... Además, ¿con qué objeto encender y apagar ese farol en forma alternativa, casi todas las noches y siempre en el mismo sitio?...

—Tu pregunta es la respuesta. Puede ser una señal.

—Vas resignándote a lo extraordinario.



Era una pluma bellísima, de color gris de plata... La cogí. Seguramente no era una pluma de garza, y aunque como viejo cazador conozco muy bien nuestra fauna ornitológica.

—Los ladrones y los bandoleros nada tienen de extraodinario. Sabido es que suelen comunicarse en esa forma...

Aquí, a pocas cuadras del hotel... Casi a la vista de tanta gente... ¿Con qué objeto?

Hube de callarme. La lógica de Enrique parecía irredargüible. La luz apareció, siempre tenue e indecisa, una vez más.

—¿Sabes,—me dijo mi amigo,—cómo llamo yo esa luz?... El misterio de Rosa... Estoy seguro que a ese débil e inexplicable punto luminoso está ligado su destino, su felicidad y su desgracia... Piensa en lo que acabas de ver... Espero de ti mañana una respuesta.

Me quedé solo frente a la soledad negra de la noche y ante el misterio. La luz no volvió a aparecer... La estrella de la tarde acababa de ponerse también... ¿Sería acaso la luz aquélla el pálido reflejo del resplandeciente planeta sobre la superficie de un charco de la selva?

Preferí imaginarlo así.

IV

Me habían recomendado los baños de Guadava como un paraje muy abundante en caza.

Al día siguiente, apenas hube almorzado, salí a probar fortuna en compañía de un muchacho de las cercanías.

Anduvimos mucho por el monte, sin encontrar algo que valiera la pena. Sobre las descarnadas ramas de los altos robles, se posaban silenciosas y lúgubres aves de rapiña. Aparte de ellas, la vida animal parecía ausente de aquella Naturaleza exuberante y pomposa. Iba quizás a verme en el caso, tan desagradable para un cazador, de regresar al hotel con el morral vacío.

De pronto lancé un grito de alegría. Acababa de ver una numerosa bandada de garzas posarse sobre un árbol gigantesco, a un centenar de metros delante de mí. Me acerqué a ellas con todas las precauciones imaginables, y, cuando las tuve a tiro, disparé al blanco grupo mi escopeta cargada con gruesos perdigones. Las aves se pusieron en fuga con raudo vuelo, pero yo estaba bien seguro de haber visto caer una a lo menos, y me dí a buscarla por entre los espesos matorrales de las cercanías.

Mis pesquisas resultaron inútiles.

—No se canse en balde, señor,—me dijo el niño que me sirviera de guía.—No la encontrará usted... Este sitio está encantado...

No me reí, como acaso lo hubiera hecho en cualquiera otra circunstancia, al oír un disparate de aquel estilo.

—¿Encantado?... ¿Hay por aquí brujos?

—Quién sabe; pero he oído que andan alicantos... El pájaro que usted mató debe ser uno de ellos.

Supe entonces que el alicanto es un pájaro poco mayor que una perdiz, que tiene las plumas de oro o de plata y que brilla en la obscuridad como una braza de fuego. No era, pues, poca fortuna haber apuntado a un ave tan extraña. Era, sí, lástima y grande, no poder encontrarla.

Pensaba en ello, cuando mi vista tropezó con un objeto realmente curioso. Era una pluma bellísima, suave y sedosa, de color gris de plata, enredada en las ramas de un arbusto. La cogí. Seguramente no era una pluma de garza, y, aunque como viejo cazador conozco muy bien nuestra fauna ornitológica, estaba seguro de que ese despojo no pertenecía a ningún pájaro chileno de los que han sido descritos por los sabios.

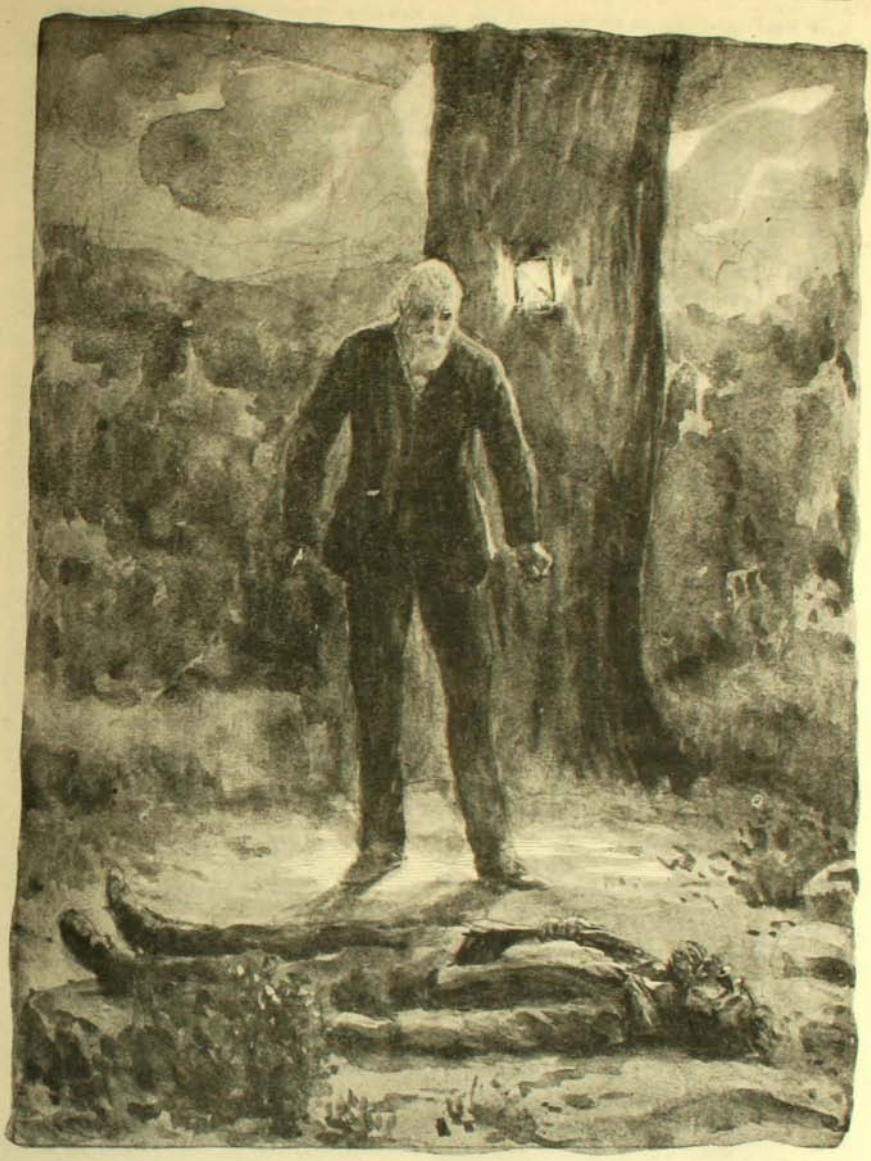
—Debe ser una pluma de alicanto,—me dijo mi compañero, con mucha convicción.

Iba, por mi parte, a asentir a aquella conclusión supersticiosa cuando, al llevarme casualmente la pluma al rostro, percibí que se desprendía de ella un perfume delicioso, bien conocido como uno de los más célebres productos de Coty...

La pluma aquélla no se había, pues, desprendido de ninguna ave ni vulgar ni mitológica, sino del vestido de una mujer...

Miré a todos lados con ansiedad y no pude menos de estremecerme. Sobre mi cabeza se erguía el extraño e inmenso coihue en forma de parasol, a cuyo pie observáramos con mi amigo Enrique la luz misteriosa del bosque, la noche precedente. A lo lejos, iluminadas por el sol, brillaban las blanqueadas paredes del hotel, entre la verde espesura. Distinguí las ventanas de nuestros dormitorios. No cabía duda... Ese era precisamente el sitio...

Regresé al hotel muy pensativo. Ya no encontraba tan absurdas las aprensiones de En-



Tembloroso, inmóvil, trágico, se alzaba junto al cadáver la imponente figura de don Diego Valdivieso.

rique Manzano al ligar la luz del monte con la hermosa y elegante mujer a quien amaba. A lo menos, era evidente que ella había estado en ese sitio, pues en muchas leguas a la redonda no se habría encontrado otra persona de su sexo capaz de usar un perfume tan caro.

Nada dije a mi amigo, sin embargo, del extraordinario indicio que la casualidad me había mostrado... Era capaz de cualquier locura, pero estaba resuelto a penetrar hasta donde pudiera aquel misterio.

Tomé aquella tarde un lunch tan abundante que me dispensara de la comida, y salí furtivamente del hotel con dirección al sitio consabido.

El sol iba a ponerse cuando llegué bajo el extraño coihue. Era aquél, por cierto, un paraje harto romántico. Los rojizos rayos del ya moribundo astro del día iluminaban fantásticamente las copas de los árboles y esparcían en los confusos matorrales algo como un palpable polvo de oro. De la tierra humedecida se desprendía un penetrante aroma de naturaleza virgen.

Busqué un escondite. A pocos pasos del tronco retorcido del coihue un montón de rocas erráticas cubiertas de enredaderas montaraces me pareció el observatorio más a propósito. Oculto entre esas breñas esperé la noche...

Nunca me pareció más largo el interminable crepúsculo de Arauco. El sol se puso tras su rosado cendal de nieblas y cenizas y la majestuosa obscuridad de la noche comenzó poco a poco a envolver la tierra. La luna, muy adelantada en su creciente, comenzó a brillar entonces, aunque oculta de cuando en cuando por nubarrones grises, empujados por un húmedo viento del Norte. A lo lejos se distinguían, indecisas, las iluminadas ventanas del hotel.

Volví entonces la vista hacia el coihue y quedé como helado de estupor. Una luz brillaba colgada del tronco, a la altura de la cabeza de un hombre... Nada había en ella de sobrenatural. Pasada la primera sorpresa, pude distinguir perfectamente un farolillo de los que suelen alumbrar las calles en los pueblos pobres y remotos. ¿Quién lo habría colocado allí?

Momentos después una sombra se interpuso entre la luz y mi vista. Eran los negros contornos de una figura humana... A lo que me pareció, era un hombre de elevada estatura y de espesas y enmarañadas barbas... Nada más me fué posible distinguir por entonces... La sombra desapareció muy luego y la luz brilló de nuevo... ¿Sería acaso una señal?... ¿Quién acudiría al extraño llamado?

Transcurrió cerca de media hora. Yo contenía hasta el ruido de mi respiración anhelante.

El crujir lúgubre de algunas hojas secas, el rozar de unas faldas en el silencio de la noche, un bulto indeciso que se perfilaba entre los matorrales... ¡Era ella!... Un rayo de luna que apareció en ese momento entre dos nubes muy espesas iluminó repentinamente la escena... La reconocí... La bellísima dama, serena y majestuosa como una reina... la dulce niña de purísimo mirar, cuya sonrisa evocaba la de los ángeles, acudía a deshoras a una cita misteriosa en un sitio salvaje y lejano.

Me estremecí... ¿Qué podía significar aquello?

A la distancia en que me encontraba, no me era posible distinguir sino el lejano murmullo de la conversación... Parecióme escuchar ecos perdidos de sollozos y una voz ronca y suplicante de varón... ¿Era aquello amor?... El pensarlo se me antojaba, sin embargo, un sacrilegio.

La entrevista duró una media hora muy larga...

—¡Hasta mañana!... Recuérdalo, Rosa, es tu deber...

Esas únicas palabras, pronunciadas con salvaje energía, fueron las únicas que llegaron a mis oídos...

No tuvieron más respuesta que el sollozar angustioso de la dama... Sentí de nuevo el ruido de sus menudos pasos sobre las hojas secas. La negra silueta del hombre misterioso continuó perfilándose inmóvil contra la luz colgada en el coihue...

Así transcurrieron algunos minutos que me parecieron siglos.

Repentinamente, oí un brusco ruido en el ramaje, la seca detonación de un arma de fuego, un grito de agonía, y el hombre se des-



Todos creímos en un suicidio, sobre todo cuando esa tarde las olas arrojaron a la playa su sombrero, como fúnebre despojo.

plomó pesadamente bajo el farol encendido.

Me lancé hacia el caído...

Temblloroso, inmóvil, trágico, se alzaba junto al cadáver la imponente figura de don Diego Valdivieso.

Me detuve horrorizado.

Don Diego avanzó lentamente hacia mí...

—Está muerto y bien muerto,—me dijo con voz ronca...—Yo lo maté...

Por unos instantes, ambos permanecimos en lúgubre silencio. El fué el primero en romperlo.

—Sí, lo maté,—continuó como hablando con su propia conciencia...—lo maté, y bien muerto está.

Parecía incapaz de formular otro pensamiento.

De pronto el viejo se echó a llorar... Apoyóse trabajosamente en mi brazo.

—Dios mismo ha querido que usted sea testigo de esta horrible tragedia,—añadió con voz entrecortada por los sollozos...—He muerto a ese hombre, pero, se lo juro, no soy un asesino... Acabo de comprar bien caro la dicha de la criatura más angelical que pisa la tierra... Ese cadáver es el precio de la felicidad de mi hija...

Me lo mostró con el dedo...

—¿Le conoce usted?—preguntó.

Me incliné sobre el difunto.

Un rostro correcto, aunque curtido por las intemperies, facciones algo duras, medio ocultas por una barba salvaje... No... Yo no conocía a aquel hombre.

—Ese fué en la vida,—añadió don Diego con acento solemne—un asesino, un falsario y un ladrón... ¡Cómo no lo ha usted adivinado!... Se llamó en la vida Paulino Esquella... Fué el marido de mi hija... Su cadáver ahora ni siquiera debe tener un nombre...

—¿No se había, pues, suicidado?—balbucié.

—¡Ah! ¡No!... Mintió hasta en la muerte... Usted conoce su historia... Cuando vino la vergüenza, la perspectiva del presidio o del cadalso, no tuvo valor ni para arrostrar las consecuencias de sus culpas, ni tampoco para lavar su infamia con la muerte... Su indigna comedia nos engañó a todos... Estaba bien preparada. Aquella mañana desapareció de casa... sucedía esto en Constitución... Le vieron dirigirse al alto acantilado que domina la tempestuosa barra del Maule... No se le vió más... Todos creímos en un suicidio, sobre todo cuando esa tarde las olas arrojaron a la playa su sombrero, como fúnebre despojo... Mi hija tuvo la debilidad de llorarle... Perdonó a su trágico fin lo que no le hubiera perdonado vivo. Pasaron algunos meses de calma... Rosa olvidó, y la felicidad pudo de nuevo sonreirle... Murió entonces mi hermano Antonio, dejándola por su heredera... Era de nuevo rica... Ese miserable debió saberlo.. Un día, inquieta, triste, pálida como un espectro, me pidió que la trajera aquí... No pude sospechar la causa de tan extraño capricho, pero nunca supe sino complacerla... Dios me reveló el horrible misterio como acaso se lo ha revelado a usted... Esa luz me lo mostró... Quería el miserable llevarla consigo a extrañas tierras donde pudiera gozar de su fortuna, donde no le amenazara el castigo de su delito... Yo vi para siempre tronchada la vida de mi hija, y no vacilé... Ahora, está muerto...

Sin decir una palabra, alargué mi mano a la del matador... El la estrechó... Yo era ya su cómplice.

. . . . . .

V

Don Diego se alejó lentamente hacia el hotel... Yo no tuve por de pronto el valor de seguirle. Me incliné hacia el cadáver... La bala del matador habíale traspasado la sien derecha...

Entonces ejecuté el acto que más me cuesta confesar... pero es preciso hacerlo... No quiero dejar oculta ninguna parte de la verdad. Dios, que la sabe toda entera, me ha de juzgar algún día. Pensé en la bella niña que Enrique amaba, y en cuánto importaba a la felicidad de ambos que nunca en la vida se supiese lo ocurrido. Casi con repugnancia comencé a buscar algo en los bolsillos del muerto... Mi ánimo era destruir todo vestigio de su personalidad... Sólo encontré cosas insignificantes, y un revólver cargado con seis tiros... Con mucha calma extraje



Por la tarde del siguiente día, cuando ya comenzaba a oscurecer, unos indios trajeron en parihuelas el cadáver de Esquella.

uno de ellos, y, ayudado de mi cortaplumas, saqué una de las balas del cartucho; coloqué este último con la pólvora sola en su sitio, apunté a la sien del muerto y disparé. El fogonazo quedó marcado en la frente... En seguida, tomando la diestra aún tibia del cadáver, empuñé entre sus dedos el arma...

. . . . . .

Al llegar al hotel, me dirigí silencioso y sombrío al dormitorio de don Diego y llamé a la puerta.

—Adelante,—me contestó una voz temblorosa.

El pobre viejo, pálido y demacrado, yacía sobre un sillón.

—¿Nada sabe aún la niña?—pregunté.

Movió negativamente la cabeza.

—Nunca tendré valor—balbució...—Al fin lo he muerto... y era su marido...

La voz parecía expirar entre sus labios.

Le referí entonces lo que acababa de hacer.

—Paulino Esquella se suicidó en Constitución el año pasado,—dije con ruda energía. —Todo lo demás debe ser para nosotros un sueño... Mañana encontrarán el cadáver de otro suicida... de un desconocido... Es preciso que para Rosa... y para los que la quieren bien, sea así.

Volvió a estrecharme la mano.

. . . . . .

Así es como fuí cómplice de un homicidio. La conciencia no me acusa.

Por la tarde del día siguiente, cuando ya

comenzaba a obscurecer, unos indios trajeron en parihuelas el cadáver de Esquella... Nadie conocía a ese hombre en aquellos contornos... Los huéspedes se agruparon alrededor de los tristes despojos.

Enrique vino a buscarme tranquilo y sonriente.

—Han encontrado el cadáver de un hombre que se ha suicidado en el monte...—me dijo...

Ni una sombra de duda, ni el más pequeño recelo empañaba su frente.

Fuimos delante del cadáver... Por primera y última vez me sentí también su matador...

Ví una sombra llorosa desfilar junto al muerto... Se alejó lívida y silenciosa...

. . . . . .

Han pasado algunos años, y Enrique Manzano y Rosa viven felices... Don Diego ha muerto, llevándose a la tumba su parte del horrible secreto. Si yo desaparezco, quedará sepultado para siempre en las sombras del olvido... Así sea.



¿Quién es Diego Zamora?

Desde su próximo número, "Pacífico Magazine" contará con un nuevo colaborador de especie tan extraordinaria y anormal que a la verdad no sabemos cómo presentarlo a nuestros lectores.

Ante todo repetiremos la pregunta que en cabeza estas líneas... ¿Quién es Diego Zamora?

Debemos declarar con la mayor franqueza que nosotros mismos lo ignoramos. En obsequio, sin embargo, a la muy natural curiosidad del público, hemos decidido referir acerca de este personaje piramidal, todo cuanto ha podido llegar a nuestro conocimiento.

No ha mucho, uno de los directores de la revista se solazaba—era la tarde de un cálido domingo de verano—leyendo en el jardín de su casa una novela aterradora de Gastón Leroux. De pronto le anunciaron que un caballero joven deseaba hablarle de un asunto relacionado con el "Pacífico".

Momentos después, nuestro colega de redacción se encontraba frente a un joven, llamémoslo así, de facciones correctas, mirada enigmática y profunda y distinguidísimos modales. A primera vista se adivinaba que aquel sujeto no pertenecía al vulgo de los intelectuales ni mucho menos a la inacabable horda de los modernistas y poetas decadentes. El aseo de su persona, su vestido a la última moda y el agrado caballerezco de su trato lo demostraban bien a las claras.

Esto predispuso desde luego a su favor a nuestro amigo, que sabe por una ya larga experiencia que el genio de cierta casta de literatos es demasiado profundo para ser comprendido por los lectores.

—¿Nos trae algo, para "Pacífico"?

—Sí... hasta cierto punto...

Nuestro colega no supo qué pensar de



Un nuevo colaborador del "Pacífico"



El extraño novelista, elucubrando las más despampanantes historias.

una respuesta tan anfibiológica y se quedó mirando de hito en hito a su estupendo visitante...

Nunca lo hubiera hecho... Unos ojos de color de acero se clavaron en los suyos... sintió que la poderosa fuerza magnética de esa mirada, sin igual en el mundo, le fascinaba... por un momento estuvo a la merced del desconocido... ya no tenía voluntad propia...

Fué cuestión de un instante. El raro individuo, transformado con la rapidez de una mutación de biógrafo, le sonreía ahora con rostro indiferente y banal.

—Soy un distraído, dijo, no me he presentado... aquí tiene usted mi tarjeta.

En ese trozo de cartulina sólo se leían estas sencillas palabras: "Diego Zamora".

—¿El señor es escritor? preguntó el director de la Revista.

—No, señor, o mejor dicho, no me he ensayado en escritos para el público... Mi género han sido los discursos parlamentarios, las proclamas guerreras, la correspondencia de estado y las cartas de amor... No he tenido tiempo para otra cosa... pero redacto con alguna corrección y, sobre todo tengo muchas cosas interesantes que referir... Lo que traigo para el "Pacífico", más que obras de imaginación, son verdaderas memorias de mi vida.

A nuestro colega se le cayó el alma a los pies... Valiente lata iban a ofrecerle.

El señor Zamora comprendió inmediatamente lo que estaba pasando por el pensamiento de su interlocutor, y se sonrió.

—Pierda usted cuidado, dijo, mi auto-biografía no aburrirá a nadie. Todo lo contrario... Pero antes de continuar querría hacerle una pregunta... ¿Viene a veces por aquí don Miguel de Fuenzalida?

—Casi todas las semanas.

—Pues bien, yo deseo guardar un riguroso incógnito... Ese nombre de la tarjeta no es el mío, pero es necesario que nadie en el mundo me conozca por otro... Si al señor Fuenzalida se le ocurriese pedir a su amigo Román Calvo que descubriese mi identidad, ese demonio sería muy capaz de hacerlo... No puedo confiar a usted las razones que tengo para temer esta contingencia por sobre todas las cosas... Antes de que continuemos hablando es preciso, pues, que usted obtenga de los señores Fuenzalida y Calvo, una promesa solemne de no mezclarse en mis asuntos. Usted por su parte me jurará no revelar de mi persona al público sino lo que yo mismo permita... ¿Puedo confiar en ello?

El interpelado tuvo serias tentaciones de no tomar en serio aquellas extravagancias, pero la fascinadora mirada del desconocido, se fijó nuevamente en él... Entonces aquél vino a comprender que se encontraba al frente de un misterio portentoso, y bajando la vista hizo el juramento requerido.

—Esta bién, dijo Zamora; el próximo Domingo vendré por la respuesta de los señores Fuenzalida y Calvo... Hasta la vista.

... ...

A la hora exacta de la cita, el hombre de la mirada magnética apareció nuevamente frente a nuestro amigo.

—¿Los señores en cuestión están conformes? ¿No es así?

—Conformes.

—Lo sabía, dijo el otro. Aquí tiene usted mi primera colaboración... Para comenzar... Es el secreto del atentado de Petrograd en 1916... Tiene algún interés... Estuve bastante mezclado en ello... Usted lo verá...

Recorrió el director las primeras páginas de aquel escrito y no pudo menos de palidecer... ¿Quién era el hombre que tenía delante? ¿Cómo pudo penetrar en tales arcanos?

—¿Se sorprende usted? preguntó Zamora.

—¡Ya lo creo!... ¿Y dice usted que desea conservar el incógnito?... Cualquier ruso algo familiarizado con los acontecimientos de su país comprenderá que sólo dos personas pueden saber lo que aquí está escrito... El Czar Nicolás II y.....

(Aquí se ha debido borrar a solicitud de Zamora, el otro nombre).

—Suponga usted que yo soy el otro, y supondrá mal, repuso Zamora, con mucha calma... Hubo en el negocio un tercero y ese soy yo... Usted lo verá si lee con paciencia. ¿Cree acaso que yo publico esto por pasar el tiempo?... Me interesa que el mundo sepa la verdad en este negocio, pero no mi nombre... mi verdadero nombre.... Por eso he adoptado mis precauciones... Por eso he venido hasta este rincón del mundo... Hay varios otros incidentes en mi vida por el mismo estilo... Los revelaré todos por el mismo medio... y, créalo usted, no atinarán a individualizarme...

—Pero, la policía...

—¿La policía de Chile? No se burle usted... Por otra parte esta es la última vez que usted me verá en este mundo, a lo menos con el rostro que llevo puesto. Recibirá el resto de mi colaboración por el correo.

El desconocido se levantó para retirarse.

—Pero ¿Qué diremos al público?

—Escriba usted sencillamente lo que ha ocurrido... Reserve sólo el nombre de... aquel que usted supuso malamente que era yo... Lo exijo.

—Está bien.

Al levantarse aquel hombre para retirarse, le entregó a su inesperado confidente dos fotografías que le representaban, cubierto el rostro con una careta.

—Déle usted al público ese rompecabezas... Desafío a que alguien me reconozca...

—Sin embargo, para alguien que le haya visto con frecuencia...

El pretendido Zamora se sonrió... Su rostro enigmático se trasfiguró entonces como por encanto... Sus cejas se arquearon; una mirada de fuego surgió de sus ojos verdosos; la comisura de sus labios se contrajo; su frente pareció hacerse más elevada y dominadora...

Era otro hombre... Nadie hubiera reconocido en él a Zamora...

—Todavía no me ha visto usted sino a medias, exclamó el individuo, y adoptando como por arte de magia su anterior fisonomía, desapareció.

A la verdad, en un principio estuvimos decididos a no publicar el trabajo del presunto Zamora, por interesante que él pareciera. Se comprenderá fácilmente por qué.

Sin embargo, hace pocos meses, encontrándose nuestro citado colega en la capital de un país extranjero, tuvo ocasión de presenciar las festividades que se hacían en honor de cierto conspicuo y célebre personaje. De pronto y sin saber cómo, vino a encontrarse a solas con el festejado en una encrucijada del hotel, en que ambos se alojaban.

¿Cuál no sería su sorpresa, cuando aquella elevadísima personalidad, a quien hablaba por vez primera, le pasó una pequeña esquela, acompañada de estas solas palabras: De parte de Diego Zamora"?

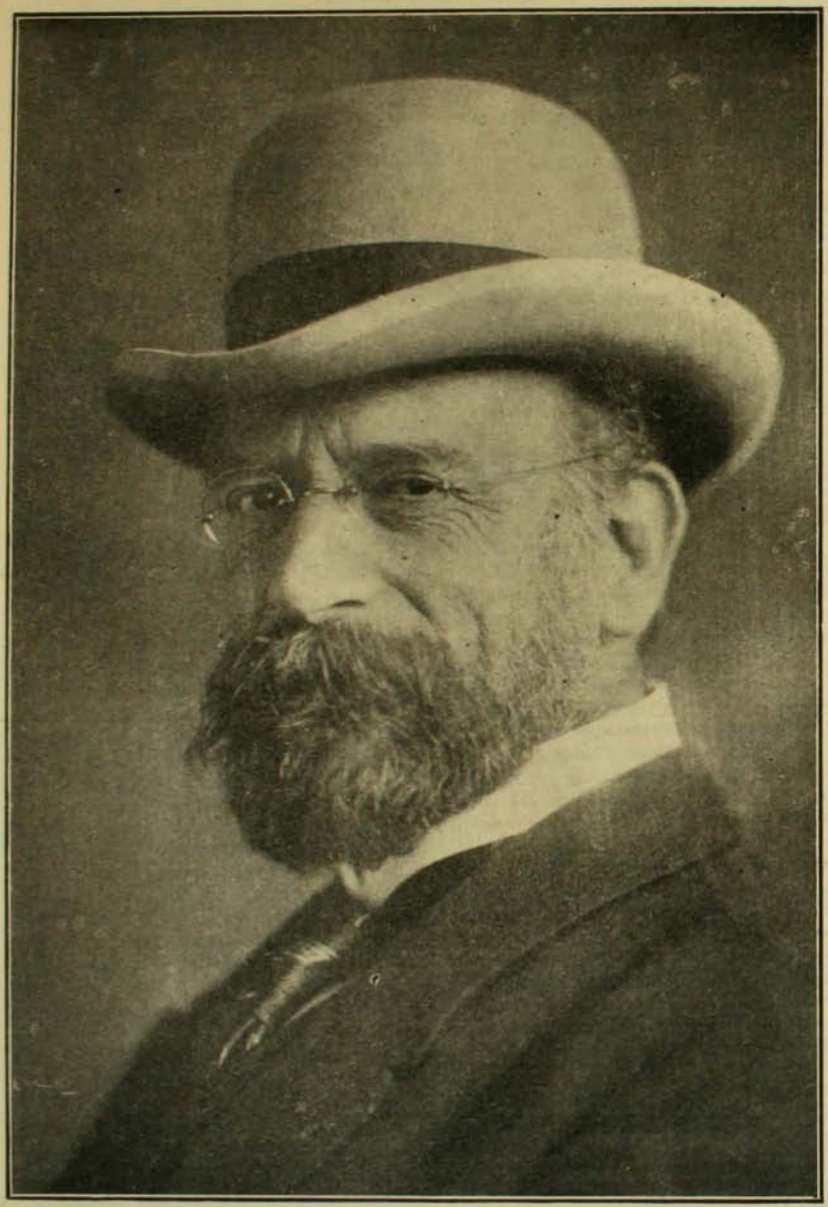
La esquela contenía una sola línea y materialmente cuatro letras.

"Lo Convenido"

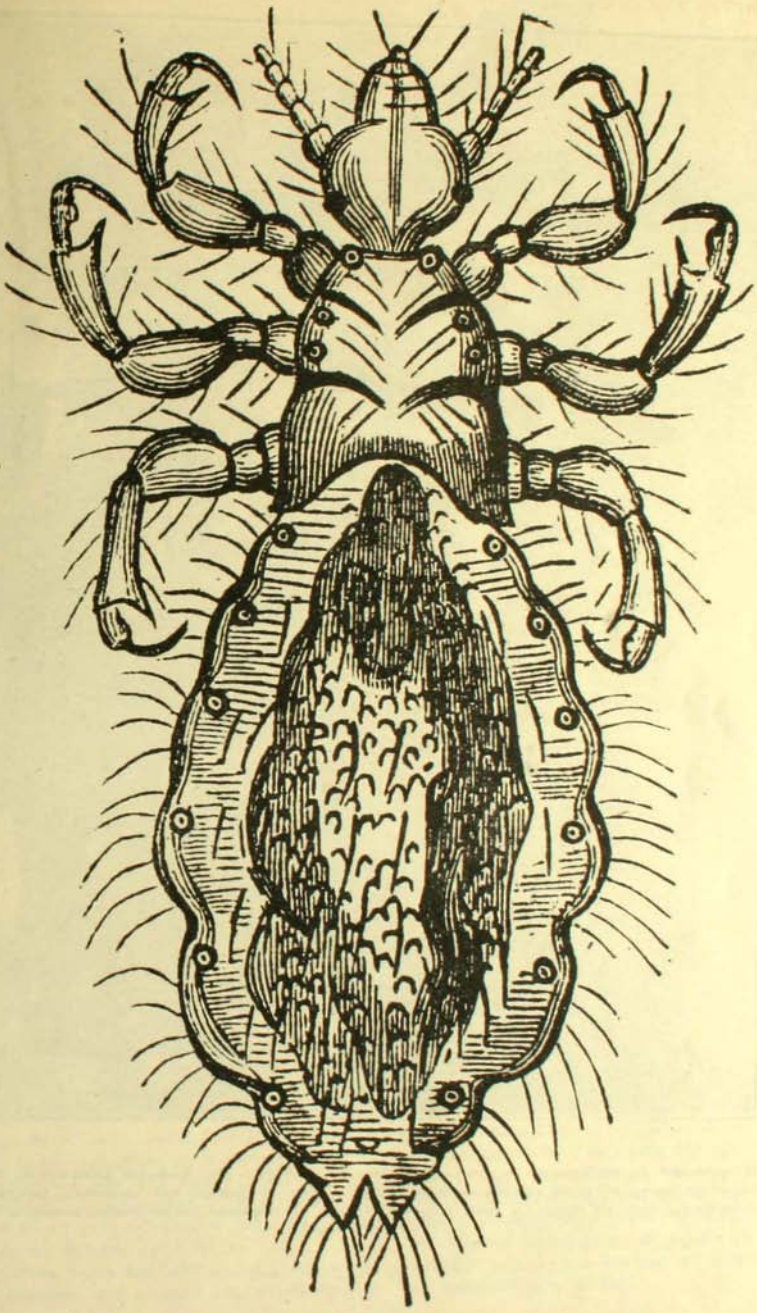
Diego Zamora.

Conforme pues a lo convenido, y ante el temor de complicaciones peores, reproduciremos, pues, en el próximo número el extraordinario manuscrito.

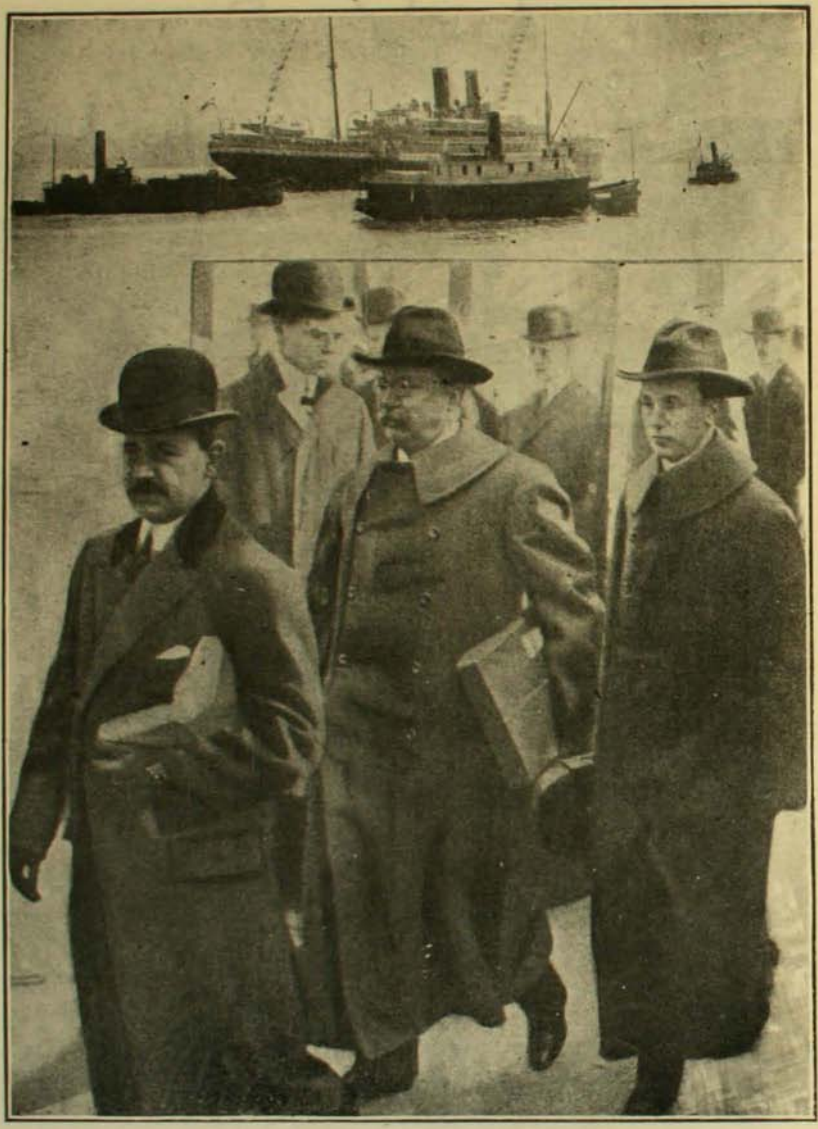
LA DIRECCION.



Director de Sanidad, Dr. Corbalán Melgarejo, que deberá emplear, por ahora, toda su actividad en combatir al "pediculus vestimenti", o piojo del cuerpo, trasmisor del tifus exantemático.



El "pediculus vestimenti", en toda la excelsa grandeza y notoriedad que le ha dado su propaganda del tifus exantemático.



El embarque de un Nemrod de nota.—Precedido de su yerno, Mr. Nicholas Longworth, Mr. Roosevelt, cerca de quien camina su hijo Kermit, gana el puente del paquebot, llevando tiernamente bajo su brazo el fusil favorito. Arriba, el paquebot empavesado, presto a levar anclas.



SPORT

ROOSEVELT, EL CAZADOR DE FIERAS

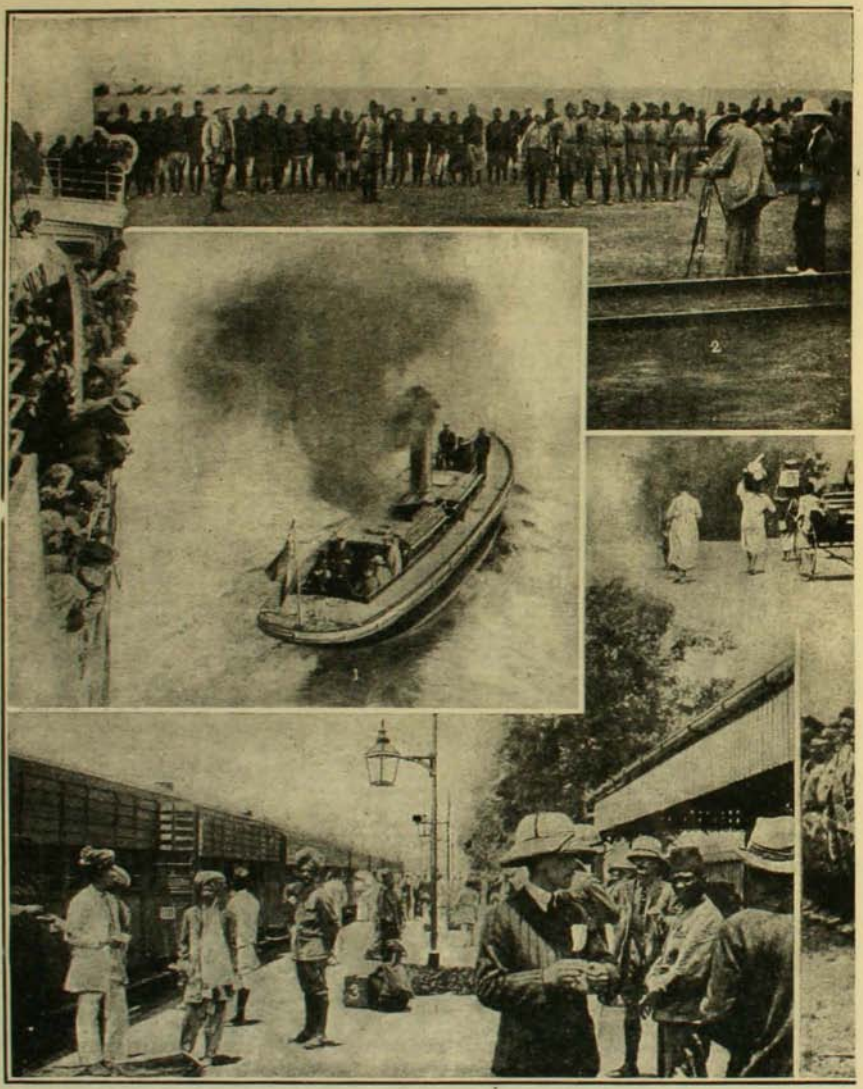
En marcha para el Uganda.—Prefiriendo el aire libre al sofocamiento de los vagones, Mr. Roosevelt, a quien se puede ver aquí sentado sobre la parte delantera de la locomotora, hizo de este modo la mayor parte del viaje de Monbassa a Nairobi. El Presidente y su primera víctima.

CUANDO Roosevelt preparaba la más grande de sus cacerías—la que realizó en 1909 en el Uganda—los diarios americanos evocaron la heroica silueta de Tartarín de Tarascón. Y, aunque la exageración resultaba poco caritativa, no era menos cierto que Mr. Roosevelt ofrecía un buen blanco al espíritu sarcástico de sus compatriotas, enumerando complacidamente, en el oído atento de los repórters, los preparativos gigantescos de una expedición que, más que una cacería, semejaba una exploración geográfica... que tuviera inscrito en su programa el redescubrimiento de las fuentes del Nilo...

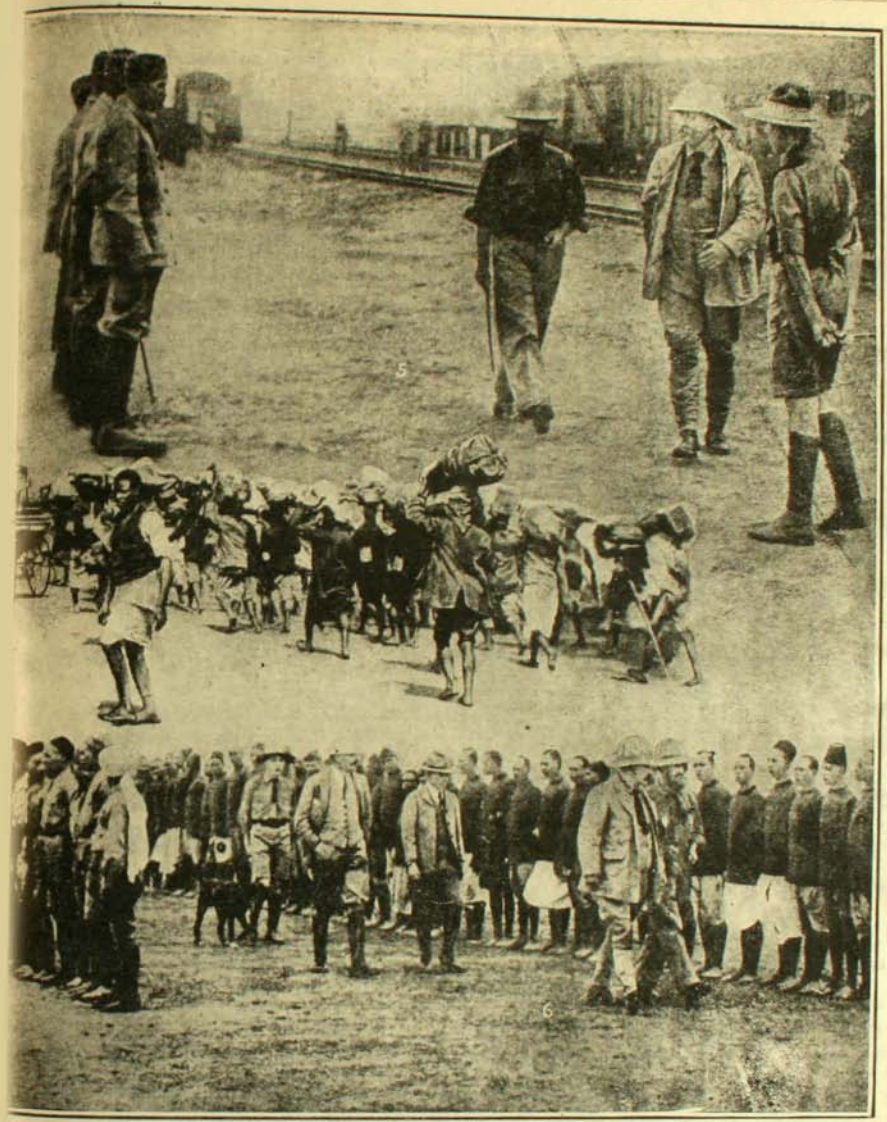
Para darse una idea de las grandes proporciones que alcanzó esa expedición, es útil saber que a ella se agregó toda un cohorte de naturalistas, fotógrafos y sabios... Los repórters que examinaron de cerca el equipaje personal del ilustre estadista no pudieron reprimir una sonrisa al ver que había ahí... dos docenas de escobillas de dientes...

Por lo que hace al arsenal, basta decir que hubo necesidad de ocupar treinta hombres en el transporte de los fusiles de todos calibres que lo componían, desde el fusil ligero fabricado especialmente por el ex-Presidente, hasta la carabina de balas explosivas, cuyos favores fueron reservados a los elefantes y rinocerontes.

La suma de dinero que costó tan magna expedición — un medio millón de pesos, aproximadamente — no parecerá en extremo exagerada si se piensa que ella duró más de dieciocho meses, durante los cuales Mr. Roosevelt, su hijo Kermit, y sus compañeros, avanzaron cazando por el interior del Uganda hasta ganar la región de los grandes lagos, para en seguida alcanzar, en lentas etapas, el Nilo.



Supremos preparativos de una larga expedición.—1. Durante una escala en Gibraltar, el ex-Presidente toma pasaje en la chalupa del gobernador, que lo ha invitado a visitar la ciudad.—2. Mr. Roosevelt, fieramente plantado delante de su regimiento de auxiliares, posa dócilmente delante del objetivo de su hijo Kermit.—3. La estación de Nairobi, donde descendió Mr. Teodoro Roosevelt, antes de internarse en Uganda.—4. Los mozos cargados de



los numerosos equipajes de la expedición, se encaminan hacia la primera etapa.—5. El cazador de leones examina de pies a cabeza a los cuatro "ehikaris" (cazadores-guías) que deben conducir la caravana.—6. Como un gran general en la víspera de una batalla, el ex-Presidente pasa delante del frente de sus tropas, es decir, delante del personal indígena de la caravana.



A Nueva York.— Antes de embarcarse para su lejano viaje, el ex-Presidente, acompañado de su hijo Kermit (a la izquierda), se deja entrevistar por un repórter.

Y, bajando por el río en uno de esos confortables steamboats de que está sembrado, desde el Sudán egipcio hasta el Cairo, la expedición hizo su brillante entrada en el mundo civilizado.

El paraíso de los cazadores.

El Uganda es considerado justamente como el país más abundante en caza, de la tierra. A esta particularidad se une la de estar habitado por las más grandes fieras que se conocen. Se encuentran ahí frecuentemente enormes bandadas de elefantes y de jirafas, rebaños numerosos de zebras y verdaderas hordas de antílopes. El catálogo oficial de la colonia acusa la existencia de cincuenta especies de animales de gran talla, comprendiéndose entre ellos el rinoceronte y el hipopótamo.

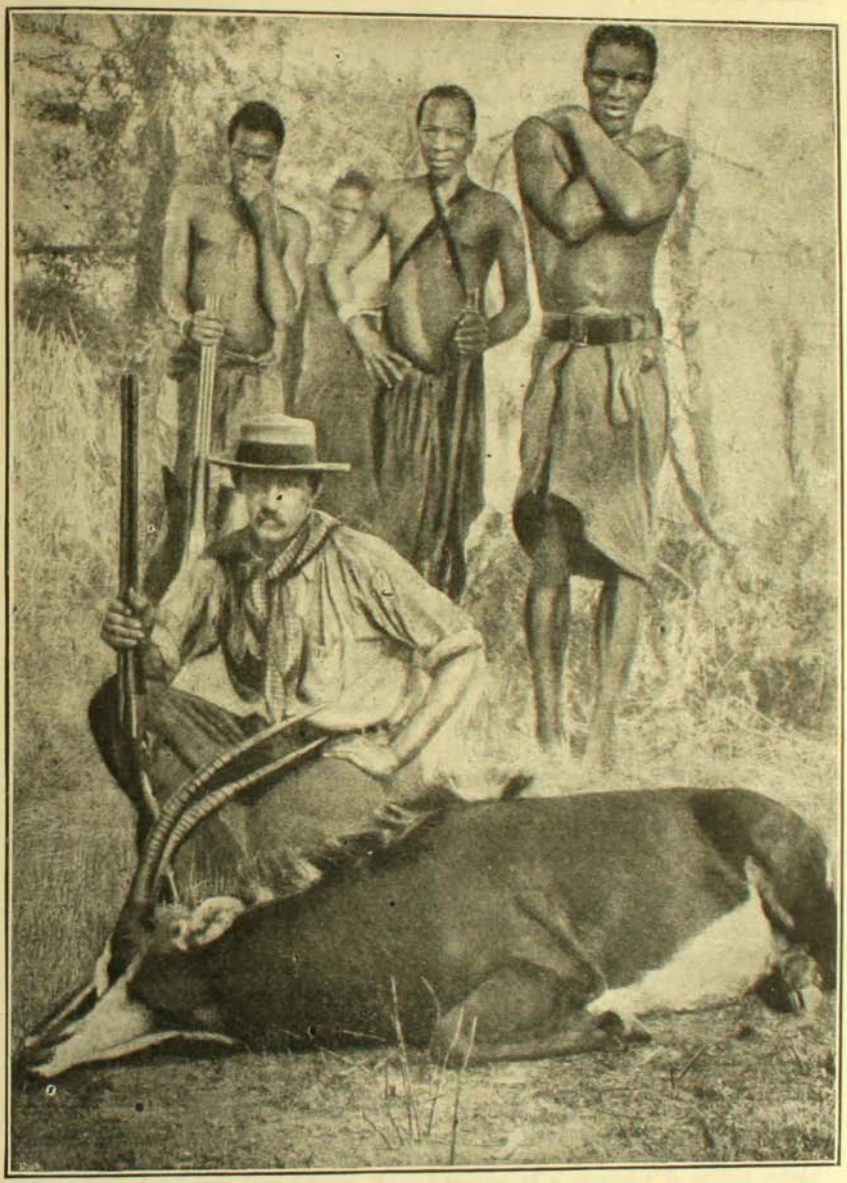
Y no olvidemos que es éste uno de los últimos distritos del continente negro, donde los leones son todavía bastante numerosos, para que se les pueda cazar en jauría. ¡Jaurías de diez y veinte leones! Conocido este dato, no hay por qué admirarse de que el Uganda sea el rendez-vous favorito de los cazadores de grandes fieras.

Estos carniceros son ahí tan numerosos, aún en las cercanías inmediatas de las ciudades, que han dado nacimiento a una industria especial. De ella viven muchos hombres. La tarde misma de su llegada a Nairobi, reposaba Mr. Roosevelt de las fatigas de la jornada en el veranda del hotel, cuando un Somali, que acababa de detenerse respetuosamente en la primera grada de la escalera, le hizo un signo para indicarle que deseaba hablar con él.

En una jerga inglesa, apenas inteligible, el indígena explicaba el objeto de su misión. Ejercía la profesión de **chikari** (cazador pagado). Especializado en la caza del león, se comprometía, mediante una remuneración de 10 libras esterlinas (200 pesos de nuestra moneda), pagadera la mitad por adelantado, a echar por tierra, en un plazo de 48 horas, un **zimba**, un león macho.

¿Está comprendida en ese precio la cuenta del cirujano y la propina de los sepultureros?— inquirió riéndose Mr. Roosevelt.

Ahí quedó el trato. El **chikari**, sin comprender tal vez el sentido de la burlona réplica, se daba sin embargo cuenta de que no había caído esa vez sobre un émulo de Tartarín, ávido de llevar, cueste lo que costare, un trofeo glorioso. Más, parece ser



La muerte del antílope.—Estos graciosos animales se encuentran por millares en las vastas llanuras del Uganda. ¡Oh tentación peligrosa! El cazador sería castigado con una pesada multa, si matara más de dos representantes de cada especie.

que estos cazadores profesionales por cuenta ajena, tienen pocos momentos de ocio...

Desde que los trenes funcionan regularmente entre la costa y Nairobi, numerosos turistas, que reculan ante los gastos que demanda la organización de un **safari** (expedición de caza), aceptan el ofrecimiento de estos corredores de nuevo género. A este propósito, conviene decir—por si algún chileno intenta la aventura—que los ingenuos Tartarines sufren casi siempre una decepción, cuando el **chikari**, una vez realizado su trabajo, les presenta una minuta de gastos cinco veces superiores a la suma estipulada.

COMO se puede cazar en el Uganda con poco gasto.

Siempre con la intención de dar noticias ciertas a aquellos de nuestros compatriotas que quisieran ir a batirse contra las heras del Uganda,—¿no tenemos acaso fama de valientes y de aventureros los chilenos?—indicaremos rápidamente lo que puede costar una expedición. El cazador debe ante todo premunirse de una **licencia de sportman**, que le cuesta 1.250 pesos, por el término de un año y que le da derecho para derribar un número de piezas, compuesto de dos elefantes, machos y adultos, dos rinocerontes, dos hipopótamos, dos zebras y catorce antílopes o gacelas, con más doce animales, cuyas especies sería largo enumerar.

El personal agregado a un cazador no puede comprender menos de cuarenta personas, de las cuales, un jefe de caravana, dos portadores de fusiles, un intérprete y treinta mozos. Los salarios mensuales de estos hombres varían entre 50 y 25 francos, y tienen derecho a comida como también a un abrigo de lana.

Es indispensable que la expedición se asegure los servicios de un guía experimentado, antes de entrar en campaña. Privado de sus sabios consejos, el sportman se expondría a violar frecuentemente los **game laws**, código promulgado por la colonia del Africa oriental, que castiga con fuertes multas el asesinato o la captura de los animales protegidos por la ley. La observancia de los reglamentos es tanto más difícil cuanto que nuevos decretos los modifican sin cesar.

Cuando los informes de los agentes especiales indican que tal o cual especie de antílope ha decrecido (a consecuencia de una epizotia o por otra causa cualquiera), se prohibe inmediatamente a los cazadores su persecución. Además, las autoridades han constituído vastos territorios donde está formalmente prohibido disparar un tiro, como no sea contra los leones y los leopardos.

Felizmente,—según refería Mr. Roosevelt en un diario americano—este peligro constante de los procesos verbales puede ahora ser evitado, gracias a la intervención de una agencia sportiva fundada en Nairobi por dos jóvenes ingleses, los señores Newland y Tarlton. Ella es la providencia de los aficionados a las grandes cacerías, a quienes despeja la vía de todo obstáculo. Ella les procura, mediante una simple orden telegráfica, guías e intérpretes, recluta en su nombre todo el personal necesario, y lo mismo los caballos de silla y las bestias de carga; les evita las engorrosas diligencias que demanda la obtención del permiso; en suma, se ingenia para preparar la expedición en sus menores detalles.

El sportman no tiene sino que desembarcar en Monbassa y ahí tomar el tren para Nairobi; su caravana lo espera con el arma al brazo. Al día siguiente de su llegada, puede partir a las tierras de caza.

Resumiendo este largo preámbulo, diremos que MM. Newland, Tarlton y Cía., organizan estas expediciones cinegéticas sobre la base de 2.500 pesos por mes y por cabeza. Como su duración media es de tres meses, fácilmente se calcula que un sportman de fortuna mediana puede, sin caer en ruina, darse el lujo de una partida de gran caza en el Africa Oriental. Todo comprendido, pasaje de aquí a Francia o a Inglaterra, paquebot, ferrocarril, permiso de caza, caravana, etc., puede costarle unos 18.000 pesos, sin incluir en esta cifra aproximada, la compra de armas y municiones.

¡Y cuántas emociones viriles no se adquieren con esa suma!



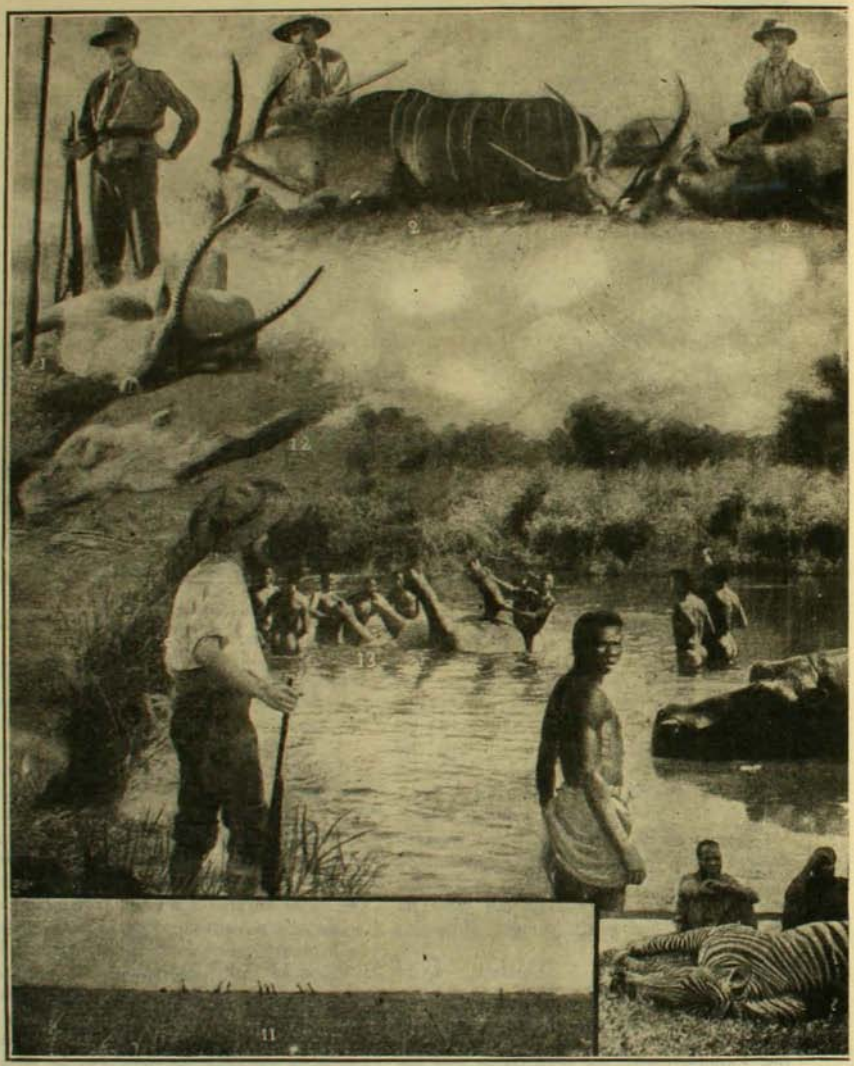
La llegada a tierra africana.—En tenida de explorador, Mr. Roosevelt se presta amablemente a las impertinencias del objetivo. Cerca de él, M. Selous, el famoso cazador de leones. A la derecha, Kermit Roosevelt.

Pero, no nos detengamos más en describir las cacerías que no ofrecen ningún peligro a sus autores, aún cuando la persecución de los inofensivos herbívoros que pululan en ciertas regiones del Uganda, no carece de apasionantes peripecias. Los dichos de los viajeros aparecen como coloridas exageraciones, cuando cuentan que los **dongas** (los valles), abrigan a menudo tales multitudes de zebras y antílopes, que una piedra que cayera del cielo no podría tocar tierra sin romper antes un espinazo!

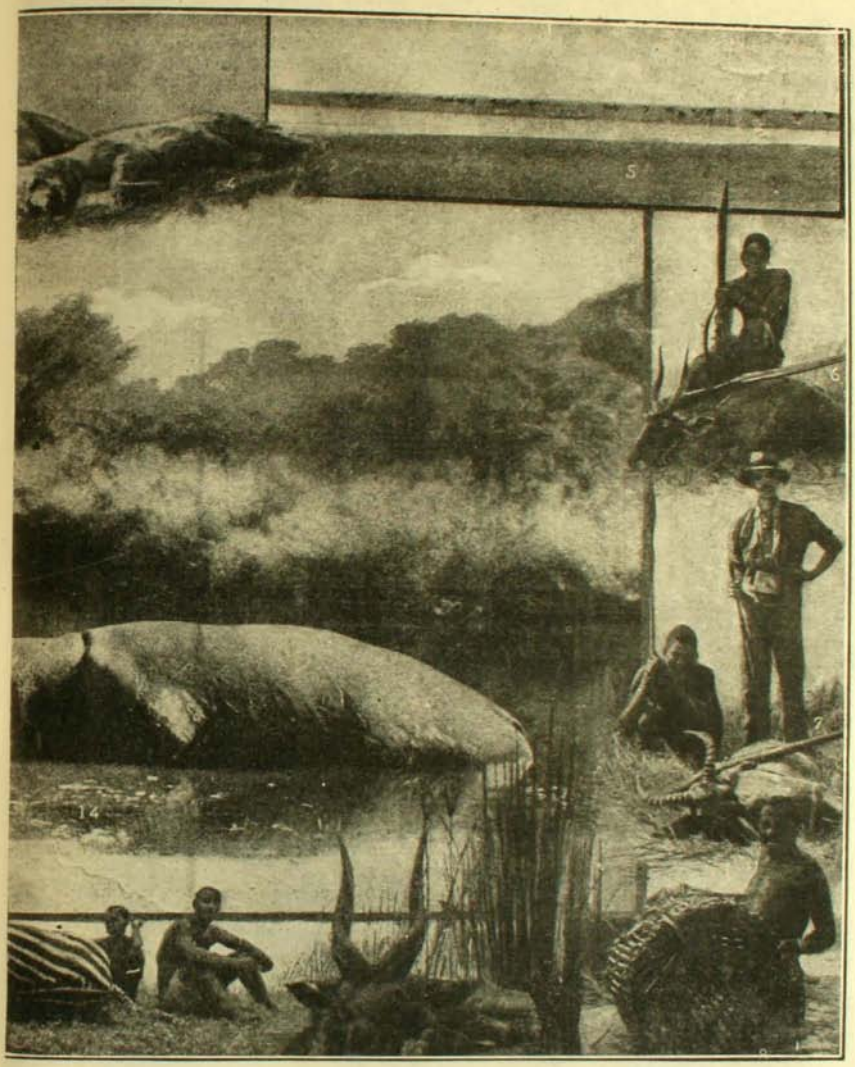
Sin embargo, tal es la abundancia de la gran caza que en las orillas mismas de la vía férrea, la mirada del viajero no cesa un instante de percibir formas vivientes. Familiarizado, por otra parte, con las largas cintas de acero, el león no se aleja al aproximarse un tren, a menos que las balas de algún pasajero silbaren demasiado cerca de su majestuosa persona. Roosevelt hablaba de dos descarrilamientos, ocasionados por rinocerontes que cargaron sobre los trenes en marcha!

Si no fuera por las leyes que limitan estrictamente las proezas de los cazadores, los vastos rebaños de zebras y antílopes del Uganda no serían a estas horas sino un vago recuerdo. La caza habría degenerado muy pronto en matanza... Un tirador listo no tiene otra cosa que hacer que dejar obrar a sus auxiliares indígenas.

Después de aproximarse lo más posible de la **donga**, sin llamar la atención de los rebaños en vista, los hombres se acuestan sobre la hierba y se ponen a blandir unas varillas, cuya extremidad deja flotar en el aire un paño rojo. Luego un antílope advierte la pequeña bandera (es la misma bandera de los maximalistas), y su curiosidad triunfa sobre su desconfianza. Avanza en seguida, un poco, otro poco, lentamente, y arrastra a sus compañeros hacia la



La gran caza del Africa.—Este cuadro representa un pequeño número de las especies que se ofrecen al plomo del cazador, como también algunas escenas esencialmente africanas. 1, 2, 3, 6, 7 9: Antílopes de diversas especies.—4. Hiena.—5. Bandada de avutardas sobre



el borde de un pantano.—8. Un Masai pescando.—10. Zebra.—11. Bandada de jirafas emergiendo a lo lejos de una llanura boscosa.—12. Jabalí africano.—13. Episodios de una caza de hipopótamos.—14. Hipopótamo en un pantano.

emboscada y hacia la muerte. Si el viento no lleva hasta las imprudentes bestias un olor humano, su cuerpo gracioso,—blanco ofrecido a la carabina pronta a vomitar el plomo asesino—irá a aumentar el cuadro del cazador.

UNA aventura de caza poco común

Toda anécdota sobre esta categoría de caza parecería anodina al lado del más incoloro episodio de una caza al león. De hecho, es esta caza, ella sola, la que atrae en Uganda al verdadero sportman. A sus ojos, una hermosa piel con negra melena vale por todos los trofeos de cuernos del mundo!

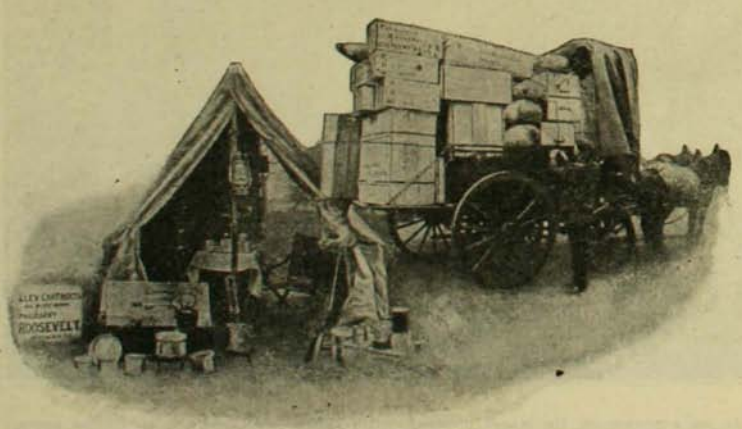
Las cacerías trágicas son frecuentes en Uganda. Hace algunos años, las gacetas de Londres registraban en pocas líneas, la muerte de un joven noble de nombre histórico, "provocada por un acceso de fiebre". ¡Piadosa mentira imaginada por los compañeros del desaparecido, cuidadosos de no aumentar el dolor de la familia. Podemos restablecer aquí la dramática verdad, con las confidencias directas y personales que hizo a Mr. Roosevelt uno de los actores de esta sangrienta tragedia africana.

Cinco jóvenes ingleses, establecidos en Nairobi, casi todos muchachos pródigos, desterrados a ese rincón perdido, por el resentimiento paterno, habían formado un club de caza, al cual pronto la opinión dió su verdadero nombre de club de suicidas.

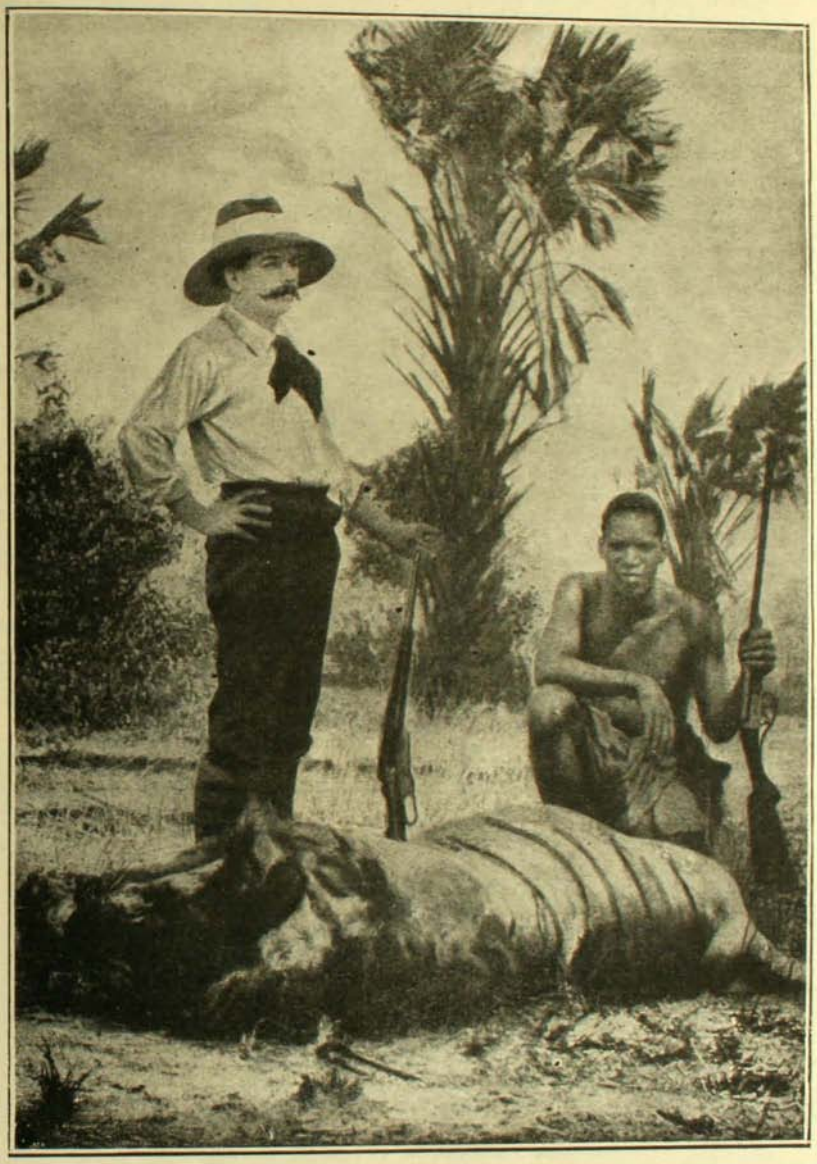
Sus miembros, despreciando la caza en batida o al acecho, que no encontraban suficientemente peligrosa, habían imaginado correr al león, como si se tratara de un mofensivo cabrito. Montados sobre poneys ágiles y rápidos, se lanzaban en persecución de los leones, sin inquietarse de que la pista les llevara sobre los rastros de una bestia aislada o si les pondría en presencia de una horda.

La suerte les fué fiel durante mucho tiempo. Por docenas apilaron las pieles de león en los **bungalow** que abrigaban sus alegres moradas. "Pero, he notado,—decía Mr. Roosevelt—que la caza de las grandes bestias es siempre fértil en sucesos imprevistos..."

Cansado de acantonar en los alrededores de Nairobi, Lord X y uno de sus camaradas, que llamaremos Lord W., habían decidido internarse muy adentro, lejos de los senderos frecuentados. La expedición debía durar seis días, pero la suerte dispuso las cosas de otra manera.



Los accesorios de una expedición de caza en el Uganda.—Se puede ver por esta fotografía la importancia del equipaje que Mr. Roosevelt llevaba consigo.



La muerte del león.—¡Matar un león! No hay cazador que no haya alimentado algún día ese sueño ideal!... Sólo en el Uganda se le realiza corrientemente.

Desde la segunda jornada, los cazadores percibieron a lo lejos, con ayuda de sus anteojos de larga vista, un soberbio león de melena negra.

Glorioso galope hicieron a través de la llanura sin fin, respirando el aire vivificante de las mañanas del Africa! Aumentando su talla a medida que el peligro le parecía más cercano, la bestia se esforzaba en ganar el hueco de un zarzal rodeado de grandes rocas. Pero los poneys eran demasiado rápidos para su resistencia, y su agotamiento se evidenciaba minuto a minuto. Algunas centenas de metros más, y los compañeros podrían abatir el monstruo.

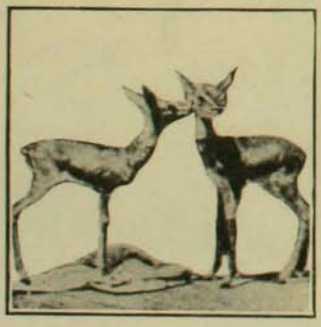
Lord X. está a la cabeza. No se halla sino a una treintena de pasos del león, cuyos roncos rugidos traicionan la respiración cansada. Ya su mano acaricia la nuez del revólver. La bestia no tendrá tiempo de empuñar sus armas! Con esa soltura propia de los felinos, el león, clavando sus uñas en el suelo, detiene su arranque. Ha corrido sólo el espacio de un segundo y ha bastado un salto prodigioso sobre Lord X., para convertirlo en pedazos.

Pronto como el rayo, Lord W. ha disparado, pero sin causar una herida mortal al carnicero, que se lanza sobre él, le echa al suelo incrustándole sus garras en el muslo, para saltar de nuevo sobre su primera presa. Pero, Lord W. no ha soltado el revólver; y, recogiendo todas sus fuerzas, se arrastra hasta el sitio donde está su [illegible] con tanta ligereza como su agotamiento se lo permite, y se aproxima por último lo bastante cerca para alojar una bala en el cerebro del león.

Dos cuerpos inanimados y sangrientos, tendidos cerca del cadáver de la fiera, formaban el cuadro de caza, espantoso, digno del Africa Oriental.

¿Cómo pudieron los dos mutilados volver a Nairobi, arrastrándose a través del desierto? ¡Otro prodigio realizado después de su resurrección! Debemos resumir el fin de la trágica aventura. Lord W. recobraba con bastante rapidez sus fuerzas, gracias a la abnegación de los médicos. Pero su ciencia se confesaba impotente para curar las terribles heridas de Lord X.: si sobrevivía quedaría ciego y manco.

Y el joven lord escogió morir. Por la última vez, el **hunting-club** se reunió a su cabecera. Jamás había sido más alegre la comida semanal. Sin pose, sin afectación, el herido había expuesto su resolución de evadirse, a la edad de veinticinco años, de una existencia que sería demasiado pesada. En seguida, después de un último adiós, alegremente subrayado por un discurso con champagne, el alma del matador de leones huía de la envoltura mutilada que le causaba horror, en medio del estrépito de una detonación.



Regalo conyugal.—En los comienzos de su expedición cinegética en el Uganda, Mr. Roosevelt capturó vivas, estas dos jóvenes gacelas y las envió a su esposa.



PASEO POR MAR

Cecilio Pla.



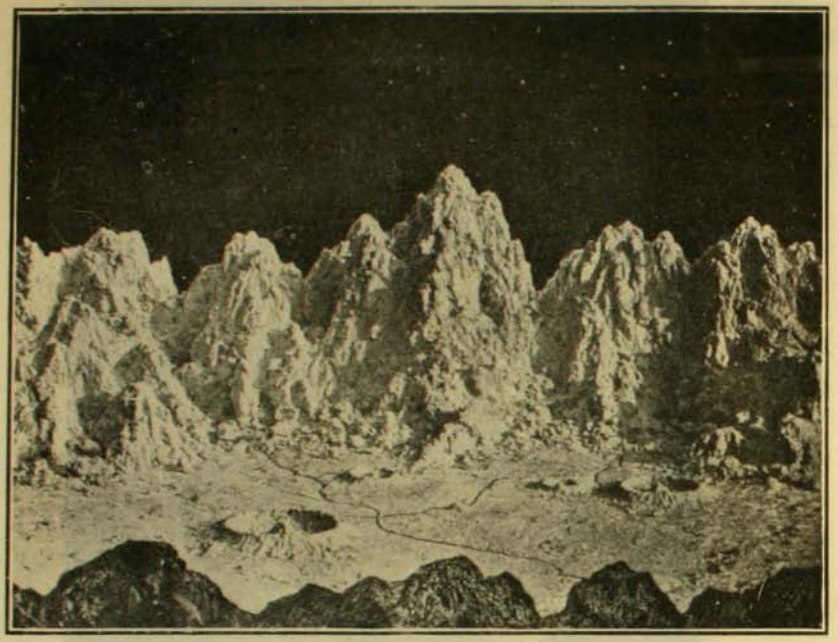
Luna llena.

¿Se puede bombardear la luna?

Las fantasías de Julio Verne han sido casi todas realizadas por la ciencia. Una de sus más impresionantes visiones del porvenir: un obús que lanzado desde la tierra cae en la luna, ¿habrá llegado a ser posible? Un sabio, cuyo nombre hace autoridad, va a decirnos lo que podemos pensar de un tal sueño que, hace algunos años, hubiese parecido una gran locura.

LA hazaña de los alemanes, que bombardearon París a ciento veinte kilómetros de distancia, ha despertado el espíritu de los artilleros y de los aficionados a la balística; el problema de tiros de largo alcance está a la orden del día, y nos deja ya entrever que los norteamericanos habrán de construir de aquí a poco un cañón que tire dos veces más lejos que el de los alemanes.

¿Vamos, pues, a ver también resucitado el sueño de Julio Verne, aquel que desarro-



Grupo de montañas lunares.

lló de tan magistral manera en su "Viaje alrededor de la Luna"? Se recuerda el caso: Barbican, director de la artillería durante la guerra de Secesión, se propone construir un cañón bastante poderoso para lanzar un proyectil hasta la luna.

En la época en que el célebre autor de los fantásticos relatos de viajes, que han hecho la deliciosa distracción de nuestra juventud, imaginaba esta maravillosa ficción, el problema del tiro a muy largo alcance estaba lejos de ser resuelto. Nuestros obuses se deslizaban muellemente sobre su trayectoria, y las velocidades iniciales realizadas en el curso de las más sensacionales experiencias, no pasaban más allá de 800 metros por segundo. El promedio de esas velocidades en las bocas de fuego repartidas entre las diversas potencias, era de 650 metros apenas.

En cuarenta años, esas cifras han sido notablemente sobrepasadas, y la guerra recién pasada ha dado a las cuestiones balísticas un progreso enorme.

En este momento, las más grandes esperanzas son permitidas, y los más tímidos entre los artilleros no se atreven a fijar el límite de nuestras ambiciones. ¿Estaremos, pues, en un próximo porvenir, en condiciones de poder bombardear la Luna? Quién sabe...

Examinemos la cuestión en todas sus fases y precisemos los elementos del problema.

La balística moderna no es sino una ínfima parte de un dominio más extenso, y que tiene por nombre: mecánica celeste. Cuando Képler, en los comienzos del siglo XVII, formuló las leyes que llevan su nombre y que rigen los movimientos de los cuerpos celestes planetarios, no se figuraba que medio siglo después, Newton demostraría que esos principios no eran sino un caso particular de las leyes de la atracción: ellas obran en la Tierra de la misma manera que en el cielo.

La fuerza que hace caer la piedra lanzada por la honda del muchacho, como el pesado proyectil del mortero de 370, es la misma exactamente que retiene nuestro sa-

télite alrededor del globo terrestre, la misma también que hace girar tierra y planetas alrededor del sol...

"Todos los cuerpos del universo, decía el gran geómetra, se atraen proporcionalmente a sus masas, pero esta fuerza de atracción decrece como la distancia elevada al cuadrado. "Es decir, que un cuerpo que contiene tres veces más de materias que otro, tendrá una fuerza de atracción tres veces más grande; pero si la distancia está cuadruplicada, esta fuerza será de $4 \times 4 = 16$ veces menor.

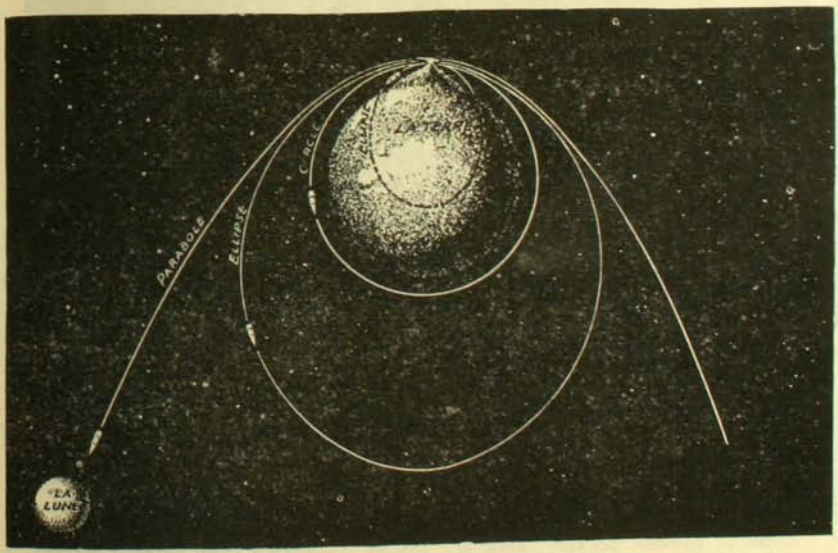
De esta ley, tan simple en apariencia, el genio de Newton hizo salir toda la mecánica celeste. Las fórmulas se aplican a toda suerte de trayectorias, sean circulares o muy elípticas, como las de los cometas. Estas nociones van a ayudarnos a comprender lo que ocurriría si lanzáramos proyectiles en el espacio con velocidades diferentes

DE lo alto de una montaña

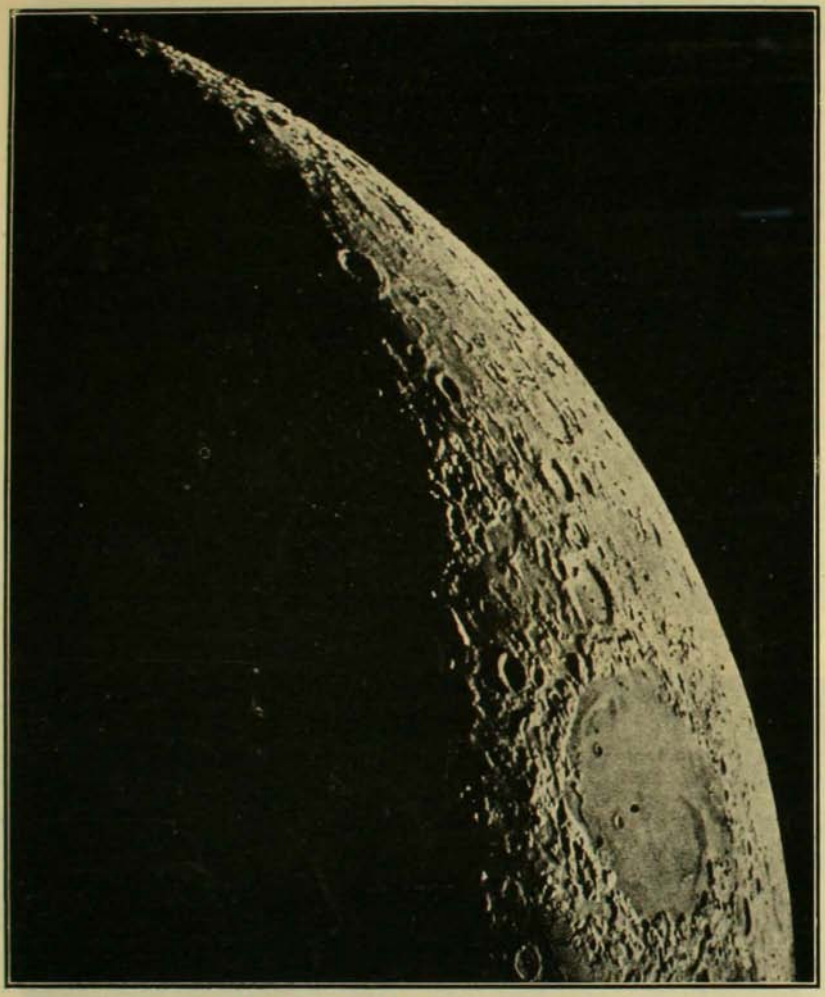
Instalémonos sobre una montaña elevada y, con un cañón colocado en posición horizontal, lancemos un obús. A las velocidades que actualmente realizamos y que no alcanzan todavía a dos kilómetros por segundo, en la partida, nuestro proyectil no irá muy lejos y volverá a caer en la Tierra.

Si nuestro globo terrestre fuera reducido a un punto, conservando siempre su potencia de atracción, nuestro obús no encontraría ningún obstáculo y tendría libertad para moverse. Las leyes de Newton indican que pasaría por debajo del centro de la Tierra y volvería a su punto de partida, después de describir una elipse alargada y muy estrecha. Así lanzado en la dirección del norte, nuestro proyectil nos alcanzaría por la espalda, viniendo por el sur; y, como en los ejemplos que seguirán no tomamos en cuenta la resistencia del aire, no vemos ninguna razón para que la energía comunicada al obús por la explosión de la pólvora sea perdida o disminuida; teóricamente, el proyectil sería transformado en satélite de la Tierra.

Si aumentamos ahora la velocidad inicial, la elipse primitiva se hinchará y tenderá hacia la forma circular. Con una velocidad de 7.900 metros, la trayectoria sería un círculo perfecto, y el obús, girando alrededor de la Tierra bastante cerca de su superficie, volvería a su punto de partida al cabo de una hora 24 minutos 42 se-



Para lanzar un obús sobre la luna.



Mar de la Crisis. — Monte Taurus.—Córnea boreal.

gundos. Cumpliría pues su revolución en mucho menos tiempo del que precisa la Tierra para volver sobre sí misma. Un ejemplo de este género no es extravagante en los fastos de la astronomía. ¿No vemos, en efecto, a Phobos, el más próximo satélite de Martes, girar alrededor de este planeta en 7 horas 40 minutos, en tanto dura la revolución de ese mundo enigmático 24 horas 37 minutos? Del mismo modo, el borde interno de los anillos de Saturno va más ligero que el ecuador del planeta.

Pero, volvamos al obús, satélite de la Tierra. El menor aumento de velocidad transformaría el círculo descrito en una elipse cuyo centro del globo sería un foco: tal es el caso de la Luna, cuyas distancias perigea y apogea ofrecen notables diferencias.

Una velocidad inicial de 10.000 metros

por segundo nos daría aún una trayectoria elíptica, pero si pasamos bruscamente a una velocidad de 11.180 metros por segundo, la curva difiere absolutamente: ya no tendremos una elipse sino una parábola, es decir, una trayectoria no cerrada. Esta vez nuestro obús no volvería más y sería lanzado en el infinito... a menos que no encontrara en su camino un cuerpo planetario, la Luna por ejemplo, que podría recibirlo.

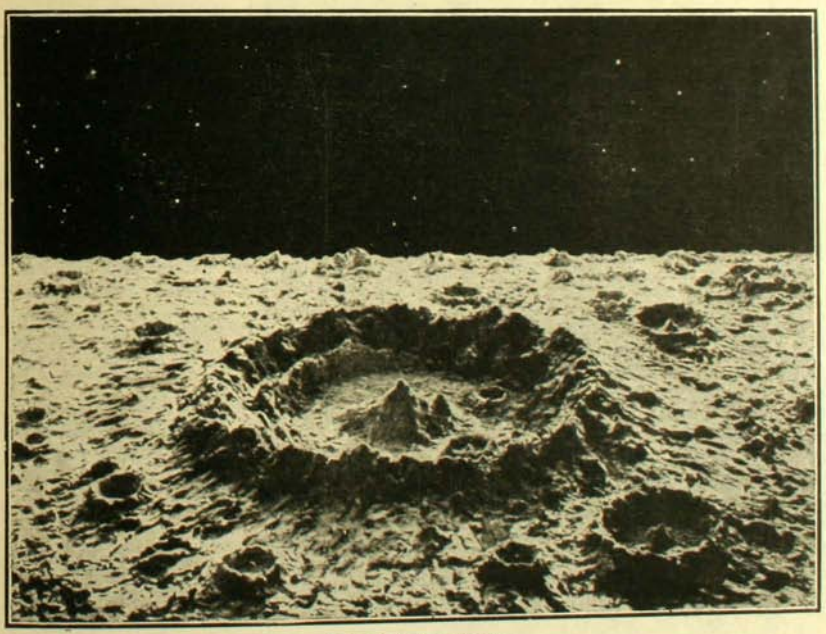
La conclusión es, pues, que para lanzar un obús a la Luna y hacer franquear al proyectil la zona neutra de atracción, sería preciso comunicar a este objeto una velocidad a lo menos igual a 11.180 metros por segundo.

Este número es el que se llama la "velocidad parabólica" a la superficie de la tierra: él depende a la vez de la atracción ejercida por nuestro planeta y del radio de la tierra. La velocidad parabólica varía, pues, siguiendo los cuerpos celestes tomados en cuenta, y algunos cálculos sencillos permiten fácilmente indicarlo para cada planeta del sistema solar. El cuadro siguiente da su valor:

	Metros.		Metros.
Mercurio. .	3.759	Júpiter. . .	60.490
Venus. . . .	10.474	Saturno. . .	36.320
La Tierra. .	11.180	Urano. . . .	22.300
Marte. . . .	5.034	Neptuno. . .	23.200

LA luna ha podido bombardear la tierra

Con sólo mirar el cuadro anterior, vemos que si los grandes planetas, Júpiter y Saturno, tuvieran habitantes, éstos podrían estar mucho tiempo en la imposibilidad de bombardear sus satélites. Para llegar a este resultado los Jovianos (habitantes de Júpiter) deberían realizar velocidades superiores a 60 kilómetros por segundo. Sobre el Sol, donde la intensidad de la pesantez es 28 veces más fuerte que en la Tierra, la velocidad parabólica alcanza casi a 613 kilómetros. No corremos, pues, ningún riesgo de ser bombardeados por el Sol. Por el contrario, en las épocas geológicas primitivas, cuando la



Un cráter de la luna.



Los Apeninos lunares. Arquímedes, etc.

Luna estaba ta' vez habitada, los Selenitas tuvieron una buena oportunidad. Si les hubiera tomado la fantasía de lanzarnos proyectiles, les hubiera bastado con realizar velocidades iniciales de 2.370 metros.

Los materiales sobre los dos globos son más o menos los mismos; las fuerzas de expansión de los gases han debido ser idénticas, pero, sobre la Luna, los vapores encerrados baj› presión no tuvieron, en el momento de las erupciones, que luchar contra causas antagónicas tan poderosas como las hay entre nosotros. Sobre ese pequeño mundo, subalterno nuestro, la pesantez se ejerce de una manera seis veces menos fuerte; la más pequeña pieza de artillería pudiera tirar por encima del monte Blanco, y, puesto que vemos a nuestros volcanes terrestres lanzar sus materiales de expulsión hasta 60 kilómetros de a'tura, el Krakatoa por ejemplo, ninguna duda cabe que sobre la Luna las velocidades de materias eruptivas hayan podido sobrepasar notablemente el valor de 2.370 metros, que fija el mínimum requerido para que un proyectil deje definitivamente la Luna.

En verdad, por especulativa que parezca esta hipótesis, ella encierra la explicación plausible de los aerolitos con que la tierra es bombardeada.

No ignoramos que los trabajos recientes sobre los cometas y los enjambres de estrellas errantes, tienden a atribuir a los dos fenómenos un orígen común. Según esta hipótesis, los cometas, por lo menos su núcleo, no serían sino un montón de piedras más o menos grandes, o también, a veces, una fina polvareda que la atracción poderosa del Sol tiende sin descanso a disgregar. Todos esos corpúsculos se desgranan poco a poco a lo largo de su órbita común, y si ésta corta en un momento dado nuestra trayectoria celeste, asistimos entonces a una lluvia de estrellas errantes.

El fenómeno está sometido a leyes matemáticas conocidas, y, yo mismo he observado a menudo la aparición de enormes bólidos en los períodos de encuentro de un enjambre de meteoros.

Entre un meteorito que pesa centenas de kilógramos y el polvo fino que se desprende de la combustión de una estrella errante, no habría sino una cuestión de grado. Esta teoría puede ser verdadera, pero ella no lo explica todo.

Desde hace cincuenta años, se ha tratado en vano de agrupar las direcciones desde donde parecen venir los meteoritos que se han visto caer. Y bien, esas direcciones parecen no obedecer a ninguna ley; están repartidas sobre todos los puntos del espacio indistintamente. Y sería esto mismo lo

que podríamos comprobar si la Luna hubiese bombardeado la Tierra.

Lanzadas en el espacio siguiendo todas las direcciones y siguiendo trayectorias parabólicas o aún hiperbólicas, según las velocidades iniciales, las escorias volcánicas emitidas por los cráteres lunares, se han visto engullidas a su paso por la atracción terrestre, y buen número de ellas no se han precipitado inmediatamente sobre nosotros, pero han sido transformadas en verdaderos satélites de la Tierra. El juego de perturbaciones y revoluciones celestes debe traer fatalmente la caída de esos restos a intervalos más o menos largos. La naturaleza misma de los meteoritos recogidos, cuyo carácter es las más de las veces netamente volcánico, parece no dejar ninguna duda a este respecto.

La resistencia de las capas de aire.

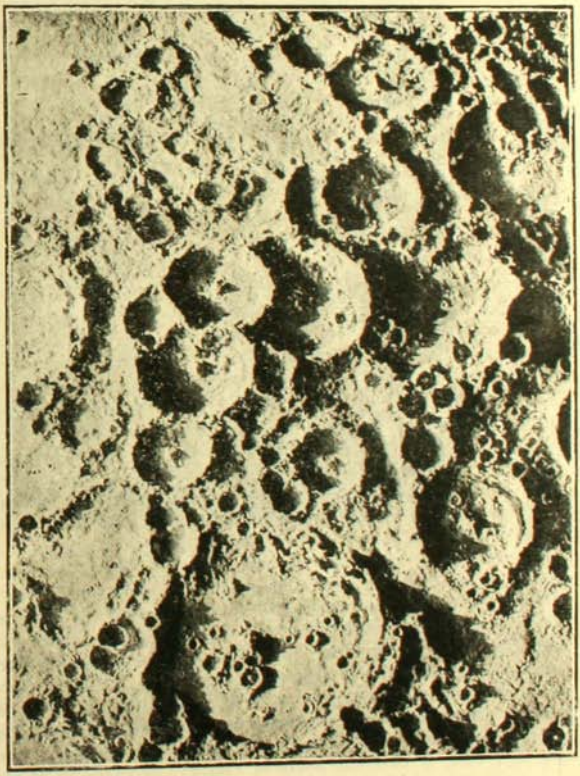
Por el contrario, parece bien difícil admitir una acción análoga de la Tierra para con la Luna.

Hemos visto que la velocidad mínima requerida para bombardear nuestro satélite es de 11.180 metros. Parece casi imposible realizar tales velocidades por medios naturales.

Las piedras lanzadas por nuestros volcanes no han alcanzado jamás esas velocidades formidables, y siempre han vuelto a caer sobre la Tierra. Por último, este valor de 11 kilómetros es puramente teórico. Estudiaremos entre tanto el fenómeno que interviene en la cuestión.

La tierra está rodeada de una delgada película de aire cuya ligereza no excluye la resistencia. Mucho se ha discutido sobre el espesor de eso que llamamos el océano aéreo. Los fenómenos de auroras boreales, como también la iluminación de las estrellas errantes muestran que a más de 500 kilómetros por encima del suelo, existen todavía trazas de gases rarificados; toda la cuestión se reduce a buscar la ley de variación de la densidad de este medio.

Laplace ha ensayado dar una fórmula para calcular esa densidad a medida que uno se eleva sobre el nivel del mar; pero su ley, basada sobre la experiencia, falla desde que sobrepasamos la altura de las más altas montañas del globo. Ha sido necesaria la precisión de los datos que nos suministran los globos-sondas para llegar a resultados precisos.



Cráteres lunares.

En la hora actual, se puede decir que hemos explorado de una manera positiva los 35 primeros kilómetros de la capa gaseosa que cubre la Tierra. Es poco, dirán ustedes: eso basta, sin embargo, para darnos una idea bastante precisa de la disminución de densidad a medida que nos elevamos.

Teniendo en cuenta la temperatura, que decrece muy rápidamente con la altura, hemos calculado la disminución de presión y el peso del metro cúbico de aire en relación con la altura, y, basándonos sobre datos recientes, logramos llegar a cifras notablemente diferentes de aquellas que habitualmente se encuentran en los tratados antiguos de meteorología. He aquí algunos de los resultados obtenidos:

Altura Metros	Presión en mm.	Peso del metro cúbico de aire.
	760	1 kg. 293
2.000	603	1 kg. 060
4.000	474	0 kg. 867
6.000	371	0 kg. 710
8.000	283	0 kg. 581
10.000	212	0 kg. 475
20.000	35	0 kg. 102
30.000	6,73	0 kg. 019
40.000	1,28	0 kg. 003
50.000	0,24	0 kg. 0007
60.000	0,04	0 kg. 0001
70.000	0,008	0 kg. 00002

Según nuestros cálculos, la presión atmosférica, que es de 760 milímetros de mercurio al nivel del mar, no es sino la mitad de ese valor a 6.000 metros, la vigésima parte de ese valor a una altura de 20 kilómetros, donde el peso del metro cúbico de aire está reducido a 102 gramos solamente! A 50 kilómetros, la atmósfera no existe, por decirlo así; la presión no alcanza a "un" milímetro de mercurio y el metro cúbico de aire no pesa ni un gramo.

Todos estos datos son extremadamente interesantes para el cálculo de las resistencias de las capas de aire a los diferentes proyectiles. Se sabe, en efecto, que las piezas de artillería pesada, de alcance considerable, están obligadas, precisamente para alcanzar un objetivo lejano, a lanzar sus proyectiles en trayectorias, no tendidas ni horizontales, sino muy curvadas, que por error se asimilan a parábolas. Hemos visto que, en efecto, la parábola sobre la Tierra no puede ser realizada sino con velocidades a lo menos iguales a 11 kilómetros: las trayectorias de que hablamos no son pues otra cosa que arcos de elipse poco curvados. Con piezas del género de las que bombardearon Dunkerke a una distancia de 45 kilómetros, el obús alcanzó alturas vecinas de 13.000 metros. Este valor está notablemente sobrepasado por la trayectoria del cañón alemán que bombardeó París, cuyo proyectil sube a cerca de 40 kilómetros.

Se comprende ahora qué poderoso interés encuentra la balística en conocer la densidad de las capas de aire atravesadas. Por lo demás, a partir de 20 kilómetros, el obús avanza en un medio de tal manera rarificado que la resistencia de aquéllas es casi nula.

Si volvemos, pues, al problema que nos ocupa, a la posibilidad de enviar un proyectil sobre la Luna, comprendemos inmediatamente que con velocidades iniciales vecinas de 11 kilómetros, las capas de aire que provocan resistencia serán netamente sobrepasadas al cabo del segundo "segundo."

PROBLEMAS finales

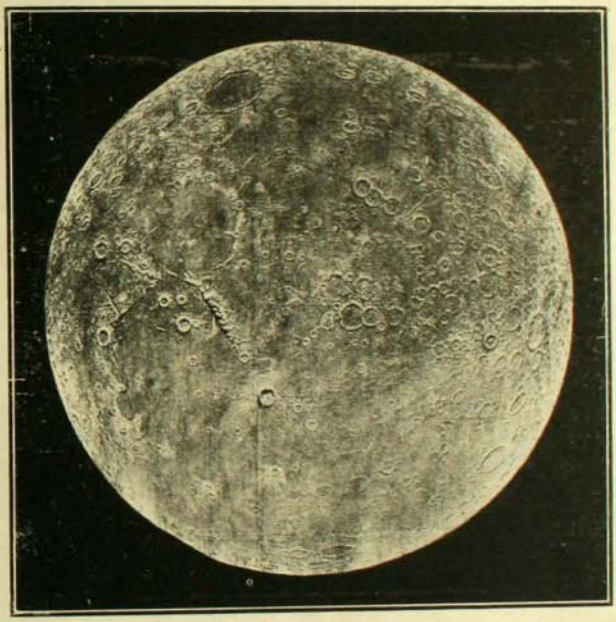
Pero aquí el problema se complica; el cálculo de las resistencias es sobre todo de orden experimental, y no hemos hecho jamás el ensayo de que se trata. Nuestras fórmulas no son, pues, válidas sino para el límite alcanzado hasta aquí. De todos modos, se puede admitir que la resistencia, a partir de las grandes velocidades iniciales, sobrepasando notablemente el kilómetro está en relación simple con la velocidad. En estas condiciones, el cálculo muestra que todo ocurre como si el proyectil atravesara un cuerpo duro, pero que, dando a este proyectil una velocidad inicial de 12 kilómetros (en vez de 11 km. 180), podríamos vencer la resistencia del aire y bombardear la Luna.

Queda la cuestión del lanzamiento del obús; no parece imposible de resolver. Un cañón de paredes muy espesas, con una enorme carga de pólvora, quemada lentamente, podría dar el resultado que se busca.

¿Es todo? Aún no. Antes de alcanzar la altura de 45 kilómetros, nuestro obús lanzado a la velocidad inicial de 12 kilómetros por segundo, se calienta en tal forma, que se funde en el camino.

Con todo, con un proyectil bastante grueso, la fusión no sería sino superficial. Ocurriría como con los meteoritos que encuentran la atmósfera con velocidades del orden de 70 kilómetros por segundo: arden como el acero rojo sumergido en oxígeno, lanzan chispas, pero la masa del bólido continúa su carrera por los espacios interplanetarios.

Lo que la naturaleza realiza, nosotros podemos llegar a producirlo. Día vendrá en que el hombre, sin duda, bombardeará la Luna con tanta facilidad como los alemanes bombardearon París. Pero, para esto es preciso esperar que los representantes de la humanidad terrestre no se hagan la guerra entre ellos: eso será, al parecer, en la época de la "Sociedad de las Naciones", que verán quizás nuestros biznietos y tataranietos.



Mapa de la Luna.

BIOGRAFO PARA HERIDOS



Se ha dado un nuevo uso al cinematógrafo en los hospitales norte-americanos. El techo, convertido en pantalla, entretiene el aburrimiento de los enfermos que no pueden sentarse en la cama.

SOBRE EL SIÚTICO CRIOLLO

Por Ricardo Valdés

Ilustraciones de Eduardo Cruz Correa.



A mi juicio de psicólogo incipiente, el tipo del "siútico" chileno es más comprensible por la exposición pintoresca de sus dichos y sus hechos que por las meras definiciones literarias.

Iris, Joaquín Edwards y otros escritores de aptitudes, han procurado definir últimamente el siútico, con un acierto relativo, a mi entender.

Complementar esas fórmulas por una serie de observaciones del natural sobre actos y dichos de la más genuina cepa siútica, es el objeto de estas desaliñadas líneas de revista.

Conviene dejar establecido que la siutiquería—hay quienes dicen siutiquez—no depende del origen de un sujeto, sino de su criterio. No es, por tanto, como más de alguno se imagina, una prevención aristocrática contra las clases bajas de la sociedad.

Existe el caballero siútico—siútico por el criterio—que bien puede descender de la Casa Real de España, al lado del plebeyo más humilde, sin asomo el que menor de siutiquez, como el huaso de los campos, el pescador o el marinero.

"El siútico suele delatarse por el aspecto general, por la manera de vestirse y de peinarse, de marchar y saludar," hasta por el modo de mover los ojos con estudiada languidez, antes de que el observador pueda identificar su calidad por la sindéresis.

Ensayaré una filiación. "Un señor de flamante panamá", chaqué azul ribeteado de cinta negra, guantes color patito, zapatos de charol muy puntiagudos y de caña clara y una calavera de coral pendiente de la laboreada cadena del reloj, si no es un ejemplar de siútico magnífico, lo simula lindamente.

El siútico habla con afectada pulcritud. Dice "mi residencia" por la casa donde

habita, "onomástico", "sepelio", por las sencillas voces de cumpleaños, entierro que empleamos la mayoría de los mortales. Se dirige en diminutivo a sus amigas aunque se trate de jamonas formidables. Conversa por teléfono con esmerada afectación; su "aló" es inconfundible de intencionado y coqueto. Las telefonistas lo conocen y lo atienden con esmero.

El siútico se desvive por las palabras extranjeras: boudoir, chaise longue, comme il faut.

Llama Mary a su novia, una María muy criolla y negra como él. Bautizará a su hija de Isolé. Cuando publica versos (versos, naturalmente, modernistas) firma con todas sus letras: Jocelyn de Champfleury. Es una oportuna adaptación francesa para su verdadero nombre de Atalívar Ponce Lagos.

El siútico se muere por el biógrafo. Identifícase en los galanes melosos y floridos que besuquean a la Bertini, y adopta sus entradas en escena, sus gestos y ademanes, muy especialmente sus saludos estudiados.

Como pianista, el siútico es un estruendoso ejecutante. "Otras veces toca cítara, pulido y lánguido, mientras la siútica amada entona melopeas con voz melíflua".





En política, el cursi es por lo común decidido demagogo que perora de "oligarquía" y "obscurantismo", cita a Renan a todo trance y sueña con ser Ministro de la Guerra, en la parada del 19 de septiembre. Y más vale así: el siútico conservador, que también suele producirse entre nosotros, es realmente insoportable.

Mi cliente (el siútico) conoce al dedillo el lenguaje de las flores y el significado de cada movimiento de abanico. La rosa encarnada quiere decir pasión furiosa, el clavel amarillo desprecio profundo y cada corola tiene un sentido especial para su cursi fantasía. No me detendré en la clave calurosa del abanico de la siútica, sino para expresar que un cierre brusco significa: ¡Todo por ti!...

El siútico va de smoking a una boda y de levita a una comida. Combina el frac con corbata negra, el levitón con jipi-japa y anda en bicicleta con chaqué. Viste de luto con una estrictez abrumadora; lleva sombrero de paja negro, bastón de ébano, co-

lleras de azabache, negrísimo pañuelo. Deplora no encontrar camisas de fúnebre crespón para exteriorizar mejor el duelo de su alma.

El teatro chico tiene gran encanto para el siútico. Es preciso observar la complacencia con que escucha a la encorsetada tiple de zarzuela cuando canta:

No sé que siento aquí
Que el alma me cegó...
No hay nada para mí
Como el Chateau-Margaux...
... ...

Me he circunscrito a describir el lado pintoresco de los siúticos criollos.

Hay otro aspecto que considerar de este desgraciado engendro humano. Y es el de la actitud de su temperamento, que si no es común a todos ellos, está, en todo caso, muy desarrollada en la inmensa mayoría.

Y a propósito de esta índole agriada, pongo término a mi desordenada exhibición de definidas filiaciones de gran siutiquería, con una anécdota que me refirieron hace poco.

Dios, cansado de dar forma a las diversas clases de seres, quiso demostrar una vez más su poder creador e hizo surgir al siútico de una hosta de caballo.

"La nueva creatura se encaró al punto con el Todopoderoso y lo increpó violentamente en estos términos:" "¿Qué queréis...? (aquí la palabra inmortalizada por Cambronne)"

El cuento pinta bien la idiosincrasia del siútico chileno...





"EN LA FUENTE"

(Por Lord Leighton).



Los viejos cuentos franceses.

El honor está salvado

Por François Coppée

HACE una treintena de años todas las personas que componían el minúsculo faubourg Saint-Germain y la alta burguesía de Vannes, estaban de acuerdo en declarar que la señorita de Saint-Avé era la más hermosa niña de la sociedad. Todos ponderaban también su gran piedad, sus maneras llenas de nobleza, sus costumbres caritativas, y la abnegación con la cual cuidaba la vejez de su abuelo, único pariente que le quedaba, pues su madre había muerto al darla a luz, y su padre, uno de los últimos Chouans, había recibido una bala en el pecho, el 6 de junio de 1832, en el combate de Chêne, muriendo en los brazos de la duquesa de Berry, que curaba su herida.

Huérfana a los cuatro años, Blanca había sido educada por su abuelo, el barón de Saint-Avé, antiguo emigrado que, en 1842, o sea a la fecha de esta historia, contaba ochenta y dos años de edad.

El viejo gentilhombre y la hermosa señorita eran, pues, el orgullo de la pequeña ciudad bretona. Y así, cuando alguno de Vannes mostraba las curiosidades de la aldea a un extranjero, no dejaba jamás de llevarlo a la calle de los Joyeros y de hacerle admirar el antiguo alojamiento de los Saint-Avé, una casa del siglo quince, edificada sobre pilares, de alto techo puntiagudo y tres pisos, con figuras grotescas esculpidas en los ángulos exteriores de la pared fronteriza. Y el provinciano agregaba siempre, orgullosamente:

—Aquí es donde vive la señorita de Saint-Avé, la más noble y la más bonita persona de la ciudad.

¿La más noble? Ciertamente que sí, porque la familia de Saint-Avé databa del combate de los Treinta. ¿La más bella? Muy cierto también, porque cuando en la gran misa de la catedral, llegaba, del brazo de su abuelo, que era un magnífico an-

ciano, la grande y orgullosa niña de cabellos de oro, esbelta como una Diana de Jean Goujon, un estremecimiento y un murmullo corrían por la asamblea de los fieles.

Solamente que, como la noble señorita era pobre, no había encontrado novio a los veinticinco años; y si alguien la hubiera visto, cuando estaba sola y pensando en eso, morderse los labios rojos, se habría espantado de la pasión que quemaba en sus ojos negros.

* *

En otros tiempos, cuando el barón de Saint-Avé llevaba el saco y el fusil de voluntario en el ejército de los príncipes, tenía cerca de él, como valet, o mejor dicho, como una especie de caballerizo, a un muchacho del país llamado Loic Huelgoat, que no le había dejado más después de aquella época, y que causó la admiración de los burgueses de Hamburgo,—donde vivió el gentilhombre durante la emigración, —con su sombrero y demás curiosa indumentaria. Envejecido al par de su dueño, este servidor, cuya fidelidad era tan sólida como los dólmenes de Carnac, componía, con dos campesinas, todo el personal doméstico de la casa.

La existencia era austera y monótona en la antigua morada. El abuelo y la nieta vivían allí con la pobre renta de algunas tierras, pagadas en especies por los hacendados. Una que otra visita de alguna vieja ridícula de los alrededores o de algún cura, hacían el movimiento social. Cuando el día era hermoso, se permitían un paseo bajo los viejos árboles que rodean el puerto, donde el barón saludaba a las personas de su conocimiento y donde la señorita de Saint-Avé repartía limosnas entre los muchachitos harapientos que saltaban a su encuentro de las lanchas varadas en la playa. Pero, cuando llovía, y en el Morbihan llueve dos días de tres, quedábanse en casa; y mientras el abuelo, arrimado al fuego que ardía invierno y verano en el salón húmedo, se dormía sobre la Gaceta de Francia, la señorita Blanca, sentada cerca de la ventana, desde donde sólo se veía una melancólica encrucijada y, por encima de los tejados la torre de San Pedro, hacía voltejear entre sus manos con mitones los palillos para hacer encajes.

Y la tarde se deslizaba así, sin un acontecimiento; y las horas de plomo caían lúgubremente contadas por el enorme reloj de la catedral; y el silencio aplastante pesaba sobre la ciudad muerta, solamente interrumpido de cuando en cuando por el ruido de algunos pasos en el pavimento de la calle.

Loic Huelgoat, el viejo doméstico, era viudo y tenía un hijo, que el barón y Blanca habían tenido en sus brazos en la fuente bautismal, y que, ahora, un mozo de dieciocho años, acababa de salir del seminario. Cuando niño, Sulpicio acompañaba a la señorita Saint-Avé en sus visitas a los pobres, como una especie de paje campesino, llevando bajo el brazo el canasto de las provisiones; y al presente, nadie se extrañaba, los domingos que el barón estaba enfermo, de ver a su nieta ir a los oficios, teniendo a su lado a ese adolescente muy buenmozo, aunque torpe y mal vestido.

—Es el hijo de Loic, decían las devotas, entre ellas; usted sabe, el que estudia para clérigo.

El gentilhombre había querido agradecer de este modo los largos años de fidelidad de su viejo servidor. En la Edad Media, le hubiere hecho arrodillarse, y dándole un espaldarazo con la espada, le hubiese armado caballero. Pero, como las costumbres habían cambiado, quería a lo menos recompensar a Loic, haciendo de su hijo único lo que más cerca andaba de un noble en la antigua jerarquía: un sacerdote. Sulpicio había hecho, pues, excelentes estudios a costa del barón; mas cuando se trató de ser tonsurado y de tomar la sotana, el joven declaró a sus superiores que no sentía ninguna vocación para el ministerio. Fué una gran decepción, un verdadero pesar para el señor de Saint-Avé y para Loic. El buen hombre hizo comparecer solemnemente a su hijo delante del barón, que le sermoneó durante dos largas horas desde el fondo de su sillón; pero Sulpicio, aunque protestando de su reconocimiento y de su respeto por su bienhechor, se mantuvo firme. Hubo necesidad de acceder al deseo del joven que mostraba, en



suma, un alma escrupulosa, y se le colocó como escribiente en una de las notarías de la ciudad.

Todos los domingos venía a comer en la vieja casa de la calle de los Joyeros, en esa mesa a la cual su padre también se sentaba en tal día por favor excepcional, y por la tarde leía en voz alta al barón

y a su hija. El viejo no tardaba en dormirse y el escribiente, de codos bajo los rayos de la lámpara, continuaba leyendo tan alto como era menester para dominar el ligero ruido de los palillos que la señorita Blanca, sentada en el otro extremo de la mesa, no cesaba de mover entre sus ágiles dedos. Al cabo de un tiempo, la noble niña le decía con su voz grave.

—Ya es bastante, Sulpicio... Debe estar usted fatigado.

Y él se quedaba ahí, sin decir palabra, todo turbado por encontrarse en esa soledad, en esa sombra y en ese silencio, delante de su bella madrina, admirando su lindo talle, sus cabellos de oro, sus manos pálidas que temblaban continuamente sobre el encaje acribillado de alfileres; y sentía latir su corazón de una manera desaforada, no atreviéndose a mantener su mirada cuando la niña levantaba sus ojos sobre él.

Porque la deseaba con todo el ardor de sus dieciocho años, ese Sulpicio que había leído tantas novelas a escondidas, cuando estaba en el seminario, y que, en la mansarda donde dormía, en casa del notario, acababa de pasarse dos noches devorando el peligroso libro de Stendhal, "le Rouge et le Noir." Se atrevía a soñar en eso, él, el niño educado por caridad, él, el hijo de un sirviente! El había formado ese deseo imposible, había hecho ese sueño monstruoso!; y vivía constantemente con este pensamiento entre ceja y ceja, con esa obsesión que le hacía escribir distraídamente el nombre de Blanca en medio de un acta, sobre el papel timbrado de la notaría; y era un espantoso deseo sin ternura, que se irritaba y se exaltaba cada día más en los sentidos y en la imaginación de Sulpicio. Tenía horas de rabia, en las cuales pensaba en su madrina como en un crimen.

* *

Una tarde de primavera en que, como de costumbre, el barón dormía profundamente en su ancho sillón, y en el instante en que Mademoiselle había ordenado a Sulpicio que cesara su lectura, el joven, que nunca como esa vez había sufrido tanto con su deseo, no bajó los ojos cuando Blanca, olvidando un segundo sus palillos, levantó bruscamente los suyos sobre él. Mas ella, a su turno, no bajó tampoco los párpados, y Sulpicio se puso extremadamente pálido al sentir las miradas de Blanca fijarse ardientemente en él.

Fué aquélla para él una emoción de morirse. En un relámpago, adivinó lo que el aburrimiento del celibato y de la provincia habían zapado en esa mujer tan altiva, y comprendió que si tenía la audacia de un Julián Sorel, podría ser suya.

Bruscamente se levantó, avanzó hacia ella, y antes que ella pudiera decir: "Sulpicio, ¿qué hace usted?..." la tomó en un abrazo furioso, y a dos pasos de su abuelo dormido, le cerró la boca con un beso!

Vergonzosos, horribles, fueron los amores de Sulpicio y de la señorita de Saint-Avé. Venía él en la noche, caminando como un ladrón, buscando las sombras cuando había luna, colándose en el ángulo obscuro de las puertas cocheras cuando oía los pasos de algún traseunte retardado; y redoblaba las precauciones al aproximarse a la vieja casa.

Poseía una llave, siempre cuidadosamente aceitada, y penetraba en las tinieblas, palpando con una mano el muro y llevando en la otra sus zapatos, porque la antigua casona tenía maderas secas que crujían al menor sacudimiento. Subía muy lentamente la escalera, haciéndose lo más ligero que podía, reteniendo la respiración, parándose en cada grada; pero, desde las primeras que alcanzaba, el oído, alerta en el silencio, advertía allá arriba otra respiración que también se quería retener, pero a la cual la emoción, demasiado fuerte, arrancaba, de tres en tres segundos, un sordo, un profundo suspiro. Luego una mano encontraba la suya, la conducía dulcemente, muy dulcemente, y después... Después, era una hora de voluptuosidad en la angustia, de besos helados por el terror, caricias interrumpidas al menor ruido, por el toc-toc de un "reloj de la muerte" bajo los tapices, por la caída de una gota de agua de la llave cercana.

Y estos miserables amantes se sentían presos de espanto al sentir los latidos locos de sus dos corazones, cuando estaban abra-

zados; y, por un castigo singular, no podían hacerse ilusión sobre su ignominia, diciéndose al menos, aún en voz muy baja, mentidas palabras de amor!

Porque no se amaban: no habían cedido sino a sus sentidos, y continuaban por cobardía, por vergüenza de confesarse tan viles, suponiéndose cada uno una pasión sincera. Y cuando estaban separados, cuando pensaban, él, que deshonraba a su bienhechor, ella que profanaba la casa paternal, les tomaba el horror de sí mismos que les atingía el corazón.

—¡Si nos sorprendieran! le murmuraba ella un día al oído, temblando de pies a cabeza.

—Ya lo he pensado, le respondió él en la misma forma. Quede tranquila, porque tengo un medio de salvarlo todo... Pero si eso llega, será algo terrible!...

Y, con insistencia, la recomendó que habituara a las gentes de la casa a ver un cuchillo sobre su velador, tomando la costumbre, por ejemplo, de cortar las páginas de su libro de la tarde con un puñal persa que había en el salón. Ella creyó que la intención de su amante era la de matarse ambos, en caso de sorpresa, y, llena de asco por la vida, obedeció y fingió olvidar el arma en su cuarto.

* *

Lo que debía llegar, llegó.

Una noche, al penetrar en el dormitorio de su amante, Sulpicio dió un paso en falso y cayó, arrastrando consigo una silla, que hizo un enorme ruido.

—Estamos perdidos, dijo Blanca con voz estrangulada.

En efecto, la casa se llenaba de rumores.

La señorita de Saint-Avé enrolló sobre la varilla la cortina de la ventana; un claro de luna inundó la pieza y vió a Sulpicio tomar el puñal persa.

—Nos matamos, ¿no es cierto? gritó ella casi con alegría, como libertada.

—No, respondió él en alta voz, es preciso que yo muera solo.

Pero, en ese momento, oyó ella a su padre, salido ya de su cuarto, que llamaba en la escalera:

—Loic, Loic... A mí!... Oigo una voz de hombre en el dormitorio de mi hija... A mí, Loic, y toma tu fusil... Hay una desgracia o una infamia en mi casa.

Entonces, Sulpicio tomó del brazo a Blanca, y, hablándole en el rostro:

—Soy un gran culpable, pero al menos puedo todavía salvar su honor y el de su padre. Cuando el barón entre aquí, yo habré muerto... Dígale que yo había venido aquí para violentarla... y que usted me mató, defendiéndose.

Y Sulpicio, hundiéndose el cuchillo en el corazón, cayó pesadamente.

Ya era tiempo. El viejo barón abría la puerta y aparecía sobre el umbral, en larga bata de dormir, con los cabellos blancos desgreñados, una luz en la mano, una pistola en la otra, con un aire de justicia terrible.

Loic estaba detrás de él.

Mas, al ver a Sulpicio muerto sobre la alfombra, con un cuchillo en el pecho, el barón reculó un paso, estupefacto, sin comprender.

Blanca, que había caído medio muerta al pie de su lecho, recordó entonces las últimas palabras de Sulpicio, y, a la mirada interrogadora de su padre, respondió, mostrándole el cadáver y con voz temblorosa:

—Sí... había penetrado hasta aquí para ultrajarme... Me he defendido... Eso es todo!

El viejo gentilhombre lanzó un grito de alegría; temblando de emoción, depositó sobre un mueble su arma y su candil, corrió hacia Blanca y la apretó contra su pecho, en el cual escondió ella su rostro con horror.

Eres una verdadera Saint-Avé, le dijo... Gracias, hija mía!

En ese momento estalló en el cuarto un sollozo, tan doloroso que Blanca levantó la cabeza, y vió entonces al pobre de Loic, arrodillado cerca del cadáver de su hijo, que tendía hacia ella sus manos suplicantes, y que le dijo cuando ella le miró:

—Perdón, señorita!

El honor estaba salvado.

Loic Huelgoat murió de pena quince días después, y el barón no tardó en seguirle, pero no sin haber asistido al triunfo de su hija que pasó, por mera fórmula, ante la

Corte de Assises, que fué declarada inocente en medio de atronadores hurras de entusiasmo.

La señorita de Saint-Avé ha quedado solterona, y se muestra todavía a los extranjeros la casa de la calle de los Joyeros.

—Ahí es donde vive hoy día la famosa señorita de Saint-Avé, que fué en su tiempo la más hermosa de la ciudad, y que mató con un cuchillo al hijo del sirviente de su padre, que quería tomarla por fuerza... Ella sufre de una enfermedad al corazón desde aquel suceso... que bien se comprende, pobre señorita! Se dice no pasará el invierno... Es lástima, ¿verdad? ¡Una gran mujer!



¿Quiere Ud. tener una espalda poderosa?

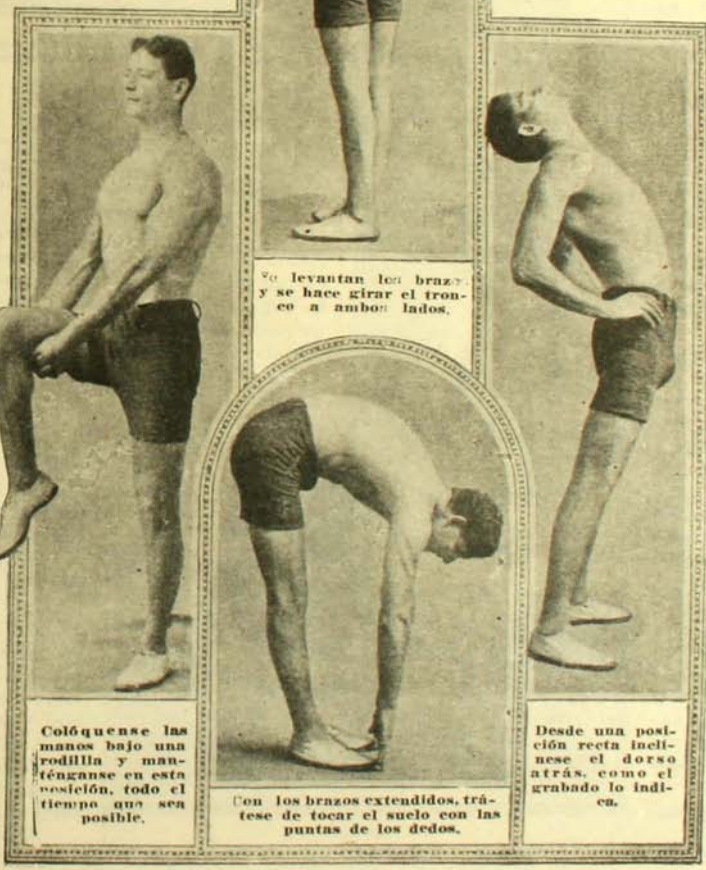
Bernarr Macfadden

SI alguien no tiene la robustez necesaria en la espina dorsal, es a causa de que no se halla bien. Esto se aplica en cualquier forma que usted quiera tomarlo.

Si usted no tiene una buena columna vertebral, su cuerpo no vale mucho.

Si usted no posee un justo refuerzo de moral en el dorso, su carácter y personalidad no serán de gran valía.

Quizás el principal motivo que obligue a hacerse de una buena espina dorsal sea el hecho que su fuerza espiritual dependa en gran parte de que aquélla sea recta y vigorosa. Una columna



Se levantan los brazos y se hace girar el tronco a ambos lados.

Colóquense las manos bajo una rodilla y manténganse en esta posición, todo el tiempo que sea posible.

Con los brazos extendidos, trátese de tocar el suelo con las puntas de los dedos.

Desde una posición recta inclínese el dorso atrás, como el grabado lo indica.



Tendido en el suelo, con las manos unidas en la espalda, levántese la cabeza y trátese de mantener algunos instantes esta posición.



Como en el caso anterior, pero apoyada la cabeza sobre los brazos, levántense los pies.

de excepcional energía y vigor son invariablemente aquellas que poseen buenas espaldas. Hablar de un buen dorso equivale a hablar, antes de todo, de una perfecta columna vertebral acompañada de un grado proporcional de fuerza y desarrollo de los músculos y ligamentos de la espalda. Si usted pone en duda la importancia de la espina dorsal en lo relacionado con la robustez del cuerpo en general, y en particular al bienestar del sistema nervioso y al funcionamiento de los órganos, un osteopatólogo o un cirujano podrá darle razones que lo convenzan. Por ahora es suficiente decir que son tres las bases de la construcción de una espalda perfecta: rectitud, flexibilidad y robustez. Al hablar de un dorso recto no significa que la columna vertebral sea recta como un garrote, sino que indica que el cuerpo incluyendo la cabeza se mantenga derecho como uno se mantiene cuando quiere medir una estatura. Con los métodos cuidadosos de detenerse y caminar la mayoría del pueblo vertebral derecha y fuerte no sólo va acompañada de un cuerpo de buena presencia, sino que da también valor, respeto de sí y todas las otras cualidades que son necesarias al valer del hombre y de la mujer.

Cuando usted ve un individuo que se inclina como si su dorso fuera de gelatina en lugar de descansar sobre una columna vertebral, comprende inmediatamente con quien tiene que habérselas. Pero cuando usted encuentra un hombre o una mujer que se mantiene en la posición recta que todos deberían tener, sabe inmediatamente que tiene ante sí una "persona normal".





Con los pies sujetos a un mueble y con el cuerpo apoyado.

Las personas

no alcanza a desarrollar su mayor estatura. En los más de los casos la cabeza se inclina hacia adelante, los hombros se detienen y se redondean y la presencia es enfermiza y deforme.

Hasta el presente la prevalecencia de la gimnasia militar ha enaltecido en forma enfática el valor de una perfecta posición recta. Y por eso nosotros hablamos después de haber contemplado una figura propiamente recta cuyo poseedor tiene un perfecto dorso. En realidad, existen ciertas curvas naturales que son normales en la espina dorsal humana, incluyendo una pequeña inclinación hacia adelante que sirve para dar al cuerpo una cierta soltura, cualidad que no podría tener si la columna vertebral fuera tan recta como un bastón o un palo de paraguas.

Por tanto, para hablar de dorso recto deben considerarse estas curvas normales; pero debe tenerse presente que ninguna forma de curvatura le da a alguien una apariencia enfermiza y lamentable como tampoco conduce al funcionamiento débil y defectuoso del sistema nervioso.

La flexibilidad es la segunda condición de la espina dorsal. La flexibilidad o elasticidad de la columna vertebral es característica de salud y de juventud.

Olvidando esta flexibilidad y desenvolviendo la rigidez nos acercamos rápidamente a ese estado de decadencia física que llamamos ancianidad. Se puede tener treinta años y ser anciano, y tener setenta y hallarse en plena juventud. Si la espina dorsal se hace rígida se puede uno transformar en anciano en el acto sin necesidad de esperar que vengan los años. Esta rigidez debida al endurecimiento de los cartílagos va a menudo acompañada de cierta deformidad de la espina dorsal en general y de la interrupción de la corriente nerviosa que los nervios de la columna vertebral arrastran a varias partes del cuerpo. Por esta razón cualquier endurecimiento y deformidad de la espina dorsal, por cualquiera causa y a cualquier edad, es seguido o acompañado por un desperfecto en el trabajo de los órganos vitales y de los varios funcionamientos del cuerpo. Conservar la espina dorsal flexible y recta significa la continuación de la salud y de la juventud.

La tercera condición de una buena espalda es la robustez. Esta depende no sólo de la conservación de la espina dorsal recta y flexible sino del mantenimiento de la fuerza en los ligamentos y en los músculos de la espalda. Recordemos que la columna vertebral consiste en un columna donde se alternan vértebras y cartílagos y que no podría mantenerse derecha por sí sola si no tuviera el soporte de una complicada estructura de músculos y ligamentos. En otras palabras, una espalda fuerte consiste en una buena espina dorsal y en un buen desarrollo muscular del dorso.

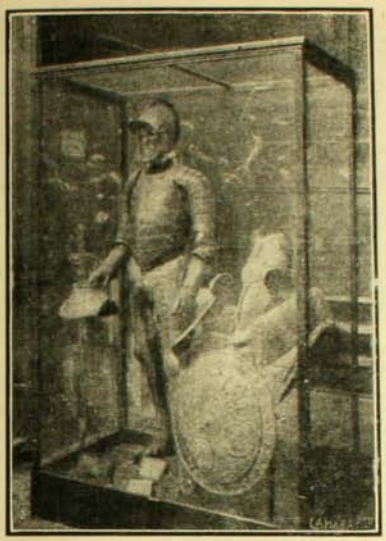
No debe haber rigidez en una espalda poderosa. La fuerza combinada con la flexibilidad darán a cualquiera un dorso perfecto. Aunque la columna vertebral esté construída por una serie de vértebras conectadas con cartílago, es realmente de una estructura poderosa cuando se halla en condiciones normales. ¿Es usted capaz de desarrollar todo el trabajo que su espalda puede soportar? Cuando el hombre de fuerza levanta en el circo un caballo desde una elevada plataforma, lo hace sólo porque su espalda es fuerte. Aquí se comprende que la delicada y complicada estructura de la espina dorsal tiene grandes posibilidades de reformarse hasta llegar a darle esa fuerza. Pero esta fuerza y resistencia sólo se alcanza por medio de ejercicios.

Considerando la importancia de esta parte del cuerpo, se comprende que debe ser ella la que debe tomarse primero en cuenta en cualquier sistema de cultura física. En otras palabras, si usted dispone de poco tiempo para hacer ejercicios durante el día, los pocos que haga debe dedicarlos al desarrollo de la espalda. La gimnasia para el cuerpo es esencial, pero en ella debe dársele preferencia a los movimientos del dorso.

El ejercicio ideal para la espina dorsal consiste en movimientos del tronco hechos en todos sentidos. Aquí, con ese objeto, se presenta un sistema sencillísimo. Usted puede agregar a éstos una infinita variedad de movimientos si desea prestar especial atención a esta gimnasia. Inútil será advertir que si a estos ejercicios no se dedican unos cuantos minutos diariamente no se podrá conseguir el fin deseado.



Vista de conjunto del interior de la Real Armería de Madrid.



Armadura de Felipe II



Armadura de Carlos V.

En la Armería Real

Por Silvio Lago

¡Epopeya de la muerte!
¡Cementerio de las armas!
Hoy las huecas armaduras, en que un día
los heroicos corazones palpitaban,
son apenas un tumulto de recuerdos
que se yerguen sigilosos a manera de
fantasmas.
¡Epopeya de la muerte!
¡Cementerio de las armas!

JOSE SANTOS CHOCANO: **Alma América.**

ENTRARON en la Real Armería por un capricho súbito y sentimental.

En la plaza, cuadrada por piedras y verjas, era el sol de una alegría mansa; a la izquierda, como un fondo de Velásquez detrás de una balaustrada tizianesca, la austeridad de El Pardo, acotado para Su Majestad, empenachado por el libre blancor azulino de la Sierra.

Sobre la arena unos niños jugaban, lejos de las piernas y la charla soez de niñeras y soldados. En el cielo azul se fragmentaba la nieve alígera de las palomas.

Antes de entrar discutieron riendo. Ella era una forasterita, linda y afanosa de hacer acopio de visiones y emociones que maravillen de ensueño sus futuros, y con sabor a viejos días provincianos.

El un madrileño a quien agradaban más los cuerpos femeninos repletos de juventud que las armaduras vacías e inmóviles.

Ella mordiscaba, sonriendo, un nardo, y

el aroma intenso de la flor, mezclado al de su cuerpo juvenil, embriagaba un poco al mozo, que sentía en su corazón rebullicio de eróticas estrofas.

Pero al verse repentinamente en la luz de acuario, donde los espectros bélicos tienen la turbiedad de un sueño, sintieron enfriarse su espíritu y se les enserió el rostro.

Iban y venían por entre los maniquíes y las vitrinas unas inglesas con botas de correas y manos de hoja seca sobre la sangre seca de los Baedeker. Soldados con el barboquejo caído y las manos refugiadas en el correaje de las cartucheras. Algún alemán, cuyas pisadas retumban, cuyos brazos tropiezan contra las armaduras y cuyos ojos tienen una mirada inexpresiva y desdeñosa frente a los cascos, tan distintos a las modernas caretas contra los gases germánicos.

La forastera examinaba atenta y silenciosa, con un leve temor, los arneses de justa, de batalla y de parada; los maniquíes de infantes y jinetes; las bardas de los corceles con sus testeras, capizanas y pretales; se enternecía frente al lebrel recubierto de hierro y con sus airosas plumas en lo alto del minúsculo capacete. Preguntaba los nombres de las diversas piezas que constituyen las armaduras, y sonreía de algunos que le parecían harto [illegible] y poco caballerescos: **babera, falda, cangrejos, bacinete, sobaqueras, rodilleras, pancera, culera**...

En cambio ¡cómo sonaban a romance heroico y qué altiva gallardía tenían otras piezas que su amigo iba enumerando: los guanteletes, la cota de mallas, el yelmo, los lambrequines, la celada, las escarcelas, el ristre, el puñal de misericordia!...

Luego inquiría la pertenencia de las armaduras, sobrias y fuertes, de combate y de aquellos otros arneses de gala, tan ricos en repujados, nielados y damasquinados que el Tiziano copiara muchas veces. De los erguidos y de punta en blanco sobre los caballos de madera y asidos a sus lanzas, y de los demasiado infantiles, como de juguete para los príncipes de ocho años, de diez años, y que la enternecían a la forastera tanto como la armadura cómica del lebrel.

Momentáneamente parecían moverse las armaduras como si respondieran a la lista militar de los nombres de emperadores, reyes, príncipes, grandes capitanes y aventureros ilustres.

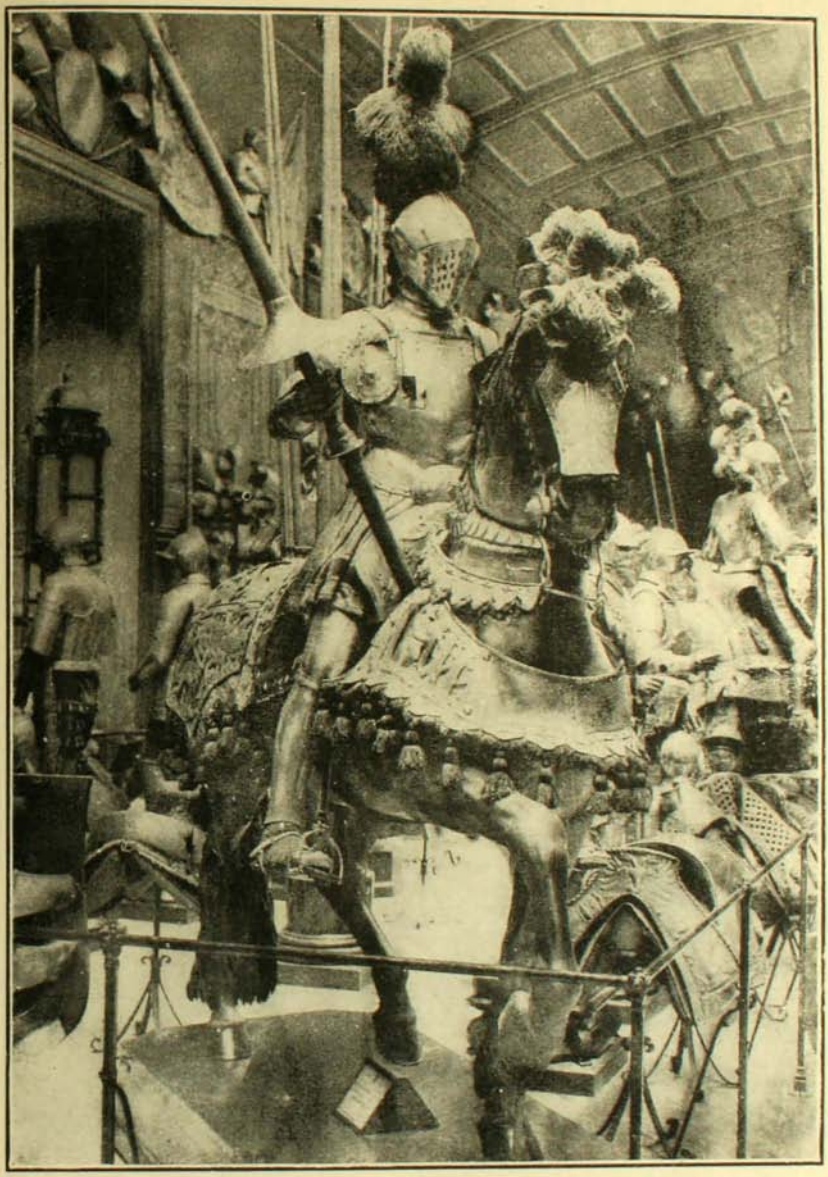
—¡Cuántas son de Carlos V!—exclamó ella, asombrada.

Y el madrileño, sonriendo, añadió:

—El César llena todo este cementerio de armas. Tanto, que, a faltar las suyas, aun serían más reducidas de lo que son estas ilustraciones a la Historia. Del César son la mayor parte de las armaduras: los arneses de justar a pie y a caballo, los de fajas espesas y los suntuosos de parada, los grabados ricamente en Asburgo, Imsbruck y Nuremberg, y las duras milanesas, y las forjadas en Tolosa y Pamplona. De él, rodelas y escudos donde hábiles cinceles inmortalizaron episodios bélicos o mitológicos; suyas las espadas, las lanzas de torneo y de batalla, las ballestas y bolsas de caza, los pistolones pesados y fanfarrones. De sus propios caballos estos pretales, que salpicó la sangre ajena, y estas gualdrapas deshilachadas, con los colores muertos. De su hijo Juan, el gentil bastardo que era más hijo suyo que el legítimo, la gloria seca en las armas moras y en los estandartes imaginíficos. De su hijo Felipe, el tétrico, el enfermo de odios y de fanatismo, las ricas y vanidosas—como para no servir—armaduras. En la tienda de Francisco I recordamos la frase histórica que a Carlos V reconoció el triunfo: **De toutes choses ne m'est demeuré que l'honneur et la vie qui sauve.** Fíjese, amiga mía, cómo por casi todos los maniquíes corre su mandíbula de prognato, que había de imponer el uso de la barba por disimulo de fealdad. Y de él también surte la amargura que senderea al espíritu por otros derroteros, viendo esta levita y estos de Don Alfonso XII, **el Pacificador**, entre sus esmaltes y sus banderas. Razón tiene el poeta, amiga mía, todos estos maniquíes férreos "son apenas un tumulto de recuerdos, que se yerguen silenciosos a manera de fantasmas..."

—Entonces ¿no siente usted el contagio guerrero?

—No. La soy franco. No me siento vibrar al romancesco orgullo de la raza, ni



Armadura del Emperador Carlos V

recuerdo estrofas de Zorrilla, ni siento roerme las entrañas aquel ratoncillo que, según **Clarín**, se movía dentro de una armadura para producir los oquedosos versos de Núñez de Arce.

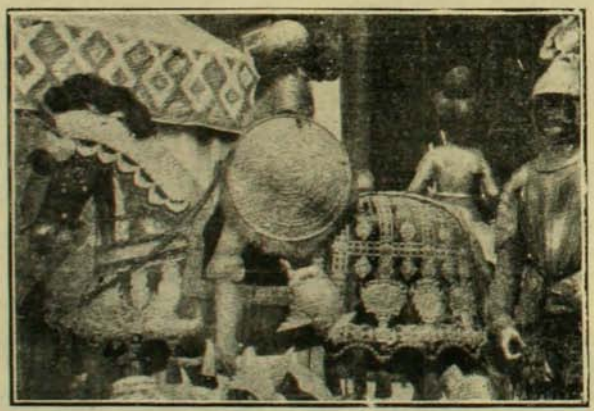
Ahora sólo me agradan estos maniquíes por el recuerdo de amorosos torneos entre el revuelo de los galantes motes y bajo la fulguración de femeninas pupilas premiando bizarrías de valientes justadores.

—Sin embargo, si de pronto todos estos fantasmas de hierro adquiriesen vida y salieran al galope de sus corceles o con la pesada marcha de sus armaduras de cincuenta kilos ¿no cree usted que España volvería a ser lo que fué?

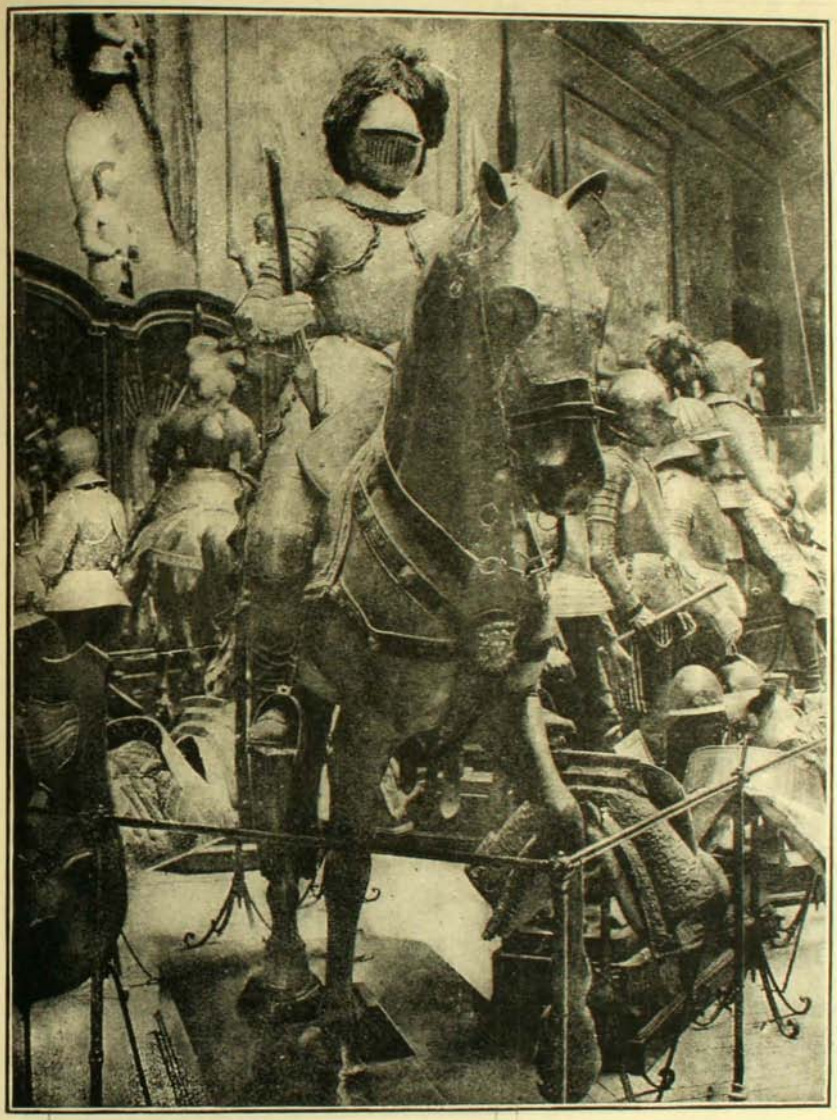
—En primer lugar, todo esto, tan caballeresco, tan evocador de gallardías, es una cosa perfectamente inútil en las guerras actuales. Ya Cervantes se dolía de que los **endemoniados instrumentos de la artillería** dieran al traste con el más aguerrido caballero, sin dejarle emplear sus armas, ni le pudiera servir su férrea vestidura. Y si no podían resistir las balas de arcabuz o de mosquete, ¡imagine qué sería ahora frente a las ametralladoras, bajo los aeroplanos, contra los tanques, envueltos en los gases asfixiantes o herrumbrosas por la humedad en el fondo de las trincheras! Además, amiga mía, el español de hoy ha inventado una palabra que no conocían ni quisieron conocer jamás los españoles de los siglos XV, XVI y XVII: **neutral**. Los españoles de entonces eran siempre intervencionistas. Intervenían en América, en Francia, en Italia, en Alemania, en Holanda, en Bélgica...

—¿De modo que usted cree?...

—Yo no creo, amiga mía, sino que sería oportuno volver de nuevo a la luz del sol y ver cómo luchaban los pedacitos de nardo de sus dientes con los otros pedacitos níveos de la flor menuda que tan intenso perfume tiene...



Armaduras de Felipe III

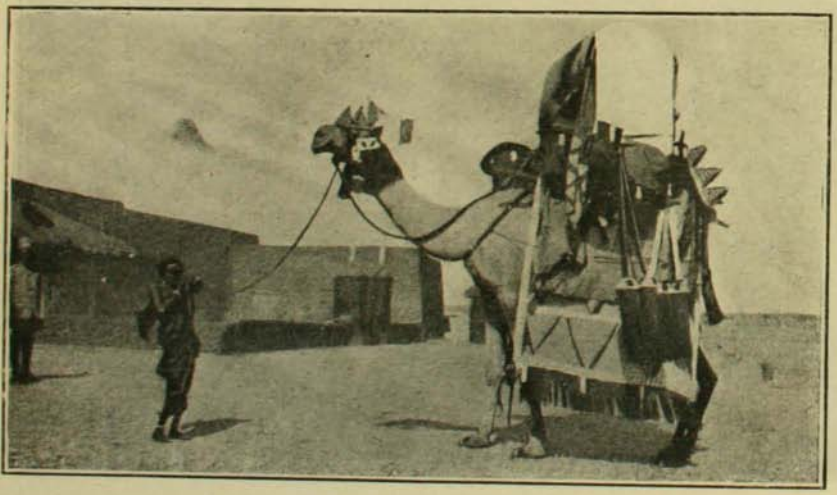


Armadura del Rey D. Felipe IV, construida en Pamplona.



LA CORTESIA EN EL UGANDA

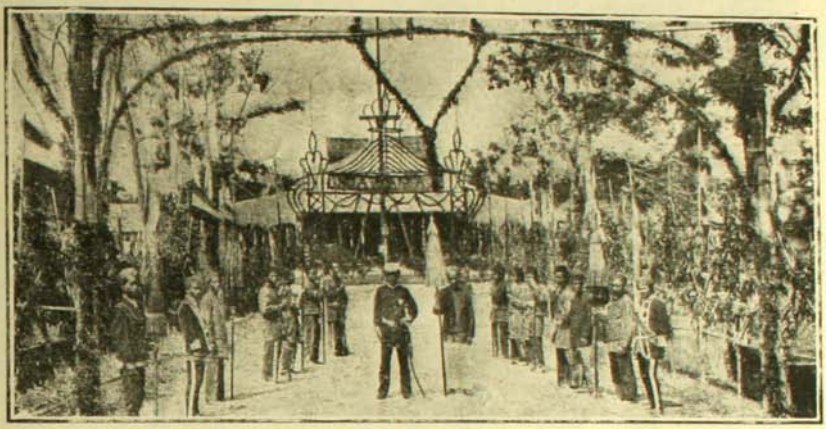
La forma del saludo difiere según las razas. Entre los Masaïas del Uganda, los niños exteriorizan su respeto por las personas mayores, frotando contra su vientre la cima de sus cráneos; y los mayores responden acariciando con el pulgar el cráneo del niño.



DROMEDARIO GIGANTE

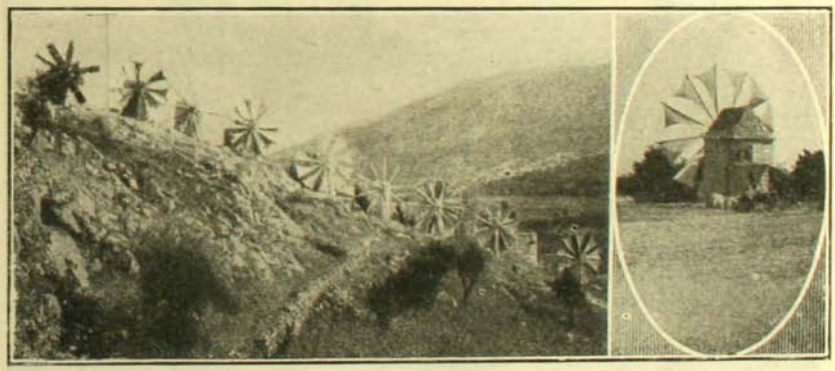
Este dromedario, que pertenece al cheik árabe de Andurman, la antigua capital del Mahdi, y que sirve para transportar en el rabie (palanquín) a la familia del notable, pasa por ser el gigante de su especie, en la cual no faltan, sin embargo, los más hermosos especímenes.

EL ARTE EN MALESIA



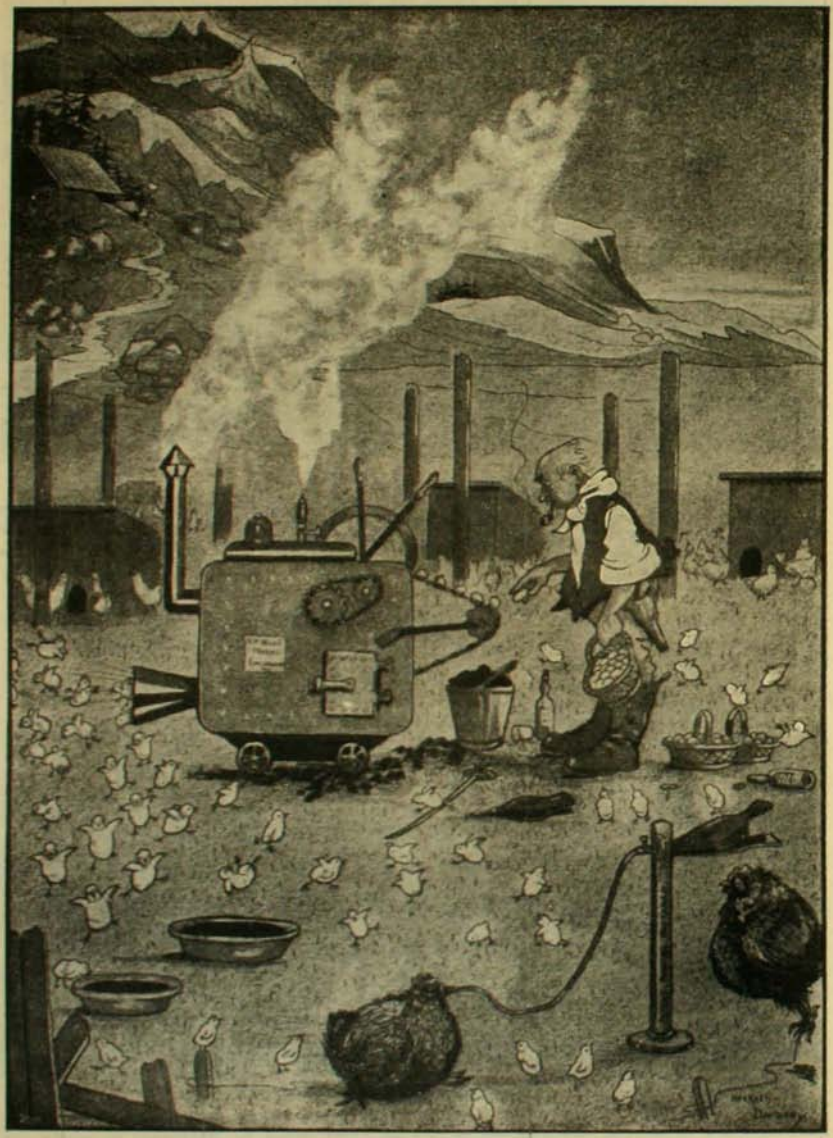
Esta puerta triunfal, hecha de bambúes, y que adorna la entrada del magnífico parque de Oude-Foor, cerca de Batavia, fué erigido por un monarca indígena a la gloria de sus antepasados, antes de la conquista de la isla por los holandeses, que remonta a los comienzos del siglo XVII.

ESCALA DE MOLINOS

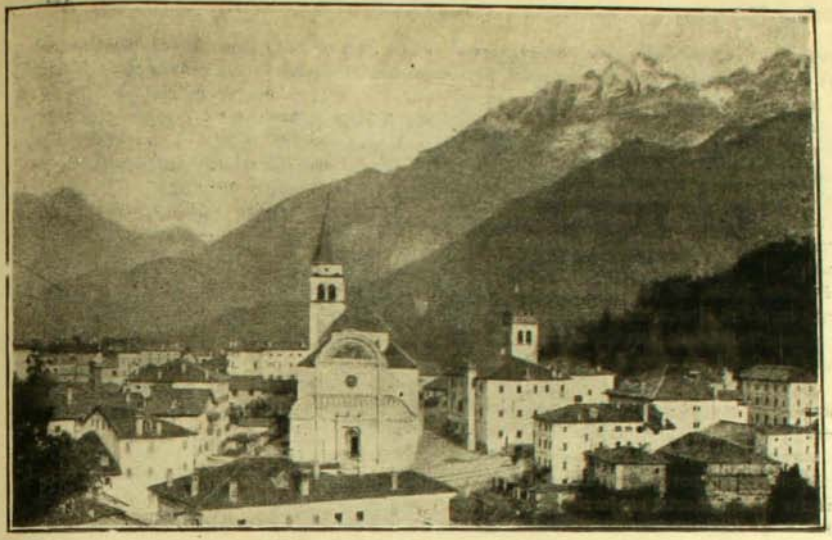


Esta curiosa serie de molinos, unos con las alas abiertas, otros con las alas cerradas, se encuentra en la sección francesa de la isla de Creta, cerca de Nikitiano. Se puede ver, gracias a la fotografía de la derecha, que tienen mucha semejanza con los molinos de Valachire.—2. En Valachire. Las alas de los molinos de Valachire están compuestas de telas triangulares que se hinchan como velas.

Un gallinero en el siglo XXI



¡Nuestros pobres antepasados tenían gallineros, sin comprender cuánto más sencillo es tener una máquina de pollos!



Piero di Cadore, donde nació el Ticiano.

Las Tetralogías de "El Ticiano"

Un cuadro suyo en Santiago

Por **ROBERTO RENGIFO**

El señor don Roberto Rengifo Profesor de Historia del Arte, en el Instituto de Educación y miembro de la Sociedad de Historia y Geografía, halló hace algunos años, entre un montón de cosas viejas que se vendían, una tela de antiguo corte y en malas condiciones de conservación. La compró a muy bajo precio, y a la fecha, aún forma parte de su estimable galería de cuadros.

Este distinguido investigador sostiene ser el tal cuadro del mismísimo Ticiano. Funda su observación en que, teniendo aquel genio por costumbre la de pintar cuatro cuadros sobre un mismo tema, o más bien dicho, sobre continuaciones, ampliaciones o variaciones del mismo tema, y habiendo el señor Rengifo dado con una de esas tetralogías,—o series de cuatro cuadros—trunca, se le ha puesto entre ceja y ceja que el suyo completa la dicha serie.

El señor Rengifo avalúa su tela en muchos miles de libras, o en la satisfacción equivalente de poseerla... por muchos años.

En la época en que terminaba la Edad Media. El moro perdía Granada y era arrojado definitivamente de España; el turco subyugaba al imperio cristiano de Oriente y se apoderaba de Constantinopla; un genovés descubría las tierras del hemisferio ignoto y las incorporaba a la civilización occidental; los cristianos del norte protestaban del sometimiento al Pontificado de Roma y se independizaban; los Papas Borgias, Médicis, Borgheses, Farnecios, de la Róvera, etc., luchaban políticamente en todas las cortes extranjeras, y militarmente en Italia, como soberanos de Roma. El mundo se agitaba en un nuevo despertar.

La batalla de Lepanto detuvo el avance del turco hacia Occidente, y fué dada por galeras de todos los reinos y repúblicas; una vez conjurado el peligro y asegurada la existencia libre, llegaron a su apogeo todas las artes, especialmente las dos plásticas más bellas: la escultura con Miguel Angel, y la pintura con Ticiano.

En Italia, fuera del reino de Roma en el centro y el de Nápoles en el sur, todas las demás regiones tenían gobiernos locales inde-

pendientes, representados por los Signorios que encabezaban los Gonfoloneros o los Ducs en las repúblicas, y los príncipes o duques en las demás, cuando éstos eran los soberanos; los ejércitos se arrendaban al que los necesitaba, y los organizadores que los dirigían y contrataban eran los Condotieros. Algunos de éstos fueron patriotas y merecieron estatuas, como Colleone en Venecia y Gattamelata en Mantua.

En esta Italia, al parecer anárquica, fué donde surgió el Humanismo, es decir, el afán de conocerlo todo, de estudiarlo todo, de investigar sobre las ruinas del Imperio Romano que tenían en su propio suelo; de recoger todo el arte greco-bizantino que huía de los turcos y se asilaba en la península; de traducir y editar a los clásicos latinos y griegos, de filosofar paganamente, conforme a ellos; de filosofar católicamente, conforme a los Evangelios y al Antiguo Testamento, para cuyo efecto existían las órdenes de frailes no mendicantes, como los Dominicos y Agustinos; de explicarse los símbolos antiguos, de aplicarlos al ambiente nuevo y de crear otros conformes con el ardiente despertar de la inteligencia occidental, formulándolos en obras de arte que tienen tanto de sabiduría como de sentimiento, y tanto de los pasados tiempos como de las contemporáneas reformas y aspiraciones.

Una familia de comerciantes, después banqueros, más tarde duques de Florencia, también papas, y dando esposas a los reyes de Europa, fué el eje del Renacimiento, instituyeron el crédito bancario internacional y se llamaron los Médicis.

Venecia, la más oriental república, la más antigua, la más bizantina en su arte y la más voluptuosa, no descolló en la escultura, pero en la pintura y el color fué la primera. Florencia representó más el espíritu occidental, ático, científico. Roma más el catolicismo, en su voluntario movimiento de someter, continuando a los antiguos emperadores; Venecia quería sentir y disfrutar; le importaba más el comerciar riquezas y cread bellezas sensoriales.

Ticiano, en su pintura, representa fielmente a su patria; es considerado el jefe de la escuela veneciana; vivió más de noventa y cinco años y llegó a ser conde palatino del emperador Carlos V; fué pensionado por éste, por Felipe II y por su patria republicana; fué llamado a Roma por los papas y desechó prebendas que se le ofrecieron; pintó con amor para sus protectoras, las soberanas de Ferrara, de Urbino y Mantua.

En la inmensa obra que dejó, se ven con claridad los primeros ensayos indecisos de maneras de pintar y de pensar; la segunda época, acentuada y propia, y la última, temblorosa en la mano, pero aun conceptuosa en el forjar creaciones.

Sus cuadros delatan con claridad su ánimo: en unos se ve el encargo ejecutado según pedido y por cumplir; en otros al psicólogo que retrata adivinando el punto sensible del modelo, y en otros se conoce que el artista es dueño absoluto de su obra, nacida espontánea y libremente de él, según sus sentimientos y según sus preocupaciones mentales. Estas son las más bellas en el concepto y en la forma, y sus temas son el amor y la mujer.

Cuantas veces los críticos y los amantes de las bellas artes han revistado las obras que pintó Ticiano Vecelio, han sentido, además del deleite de los colores armonizados con robustez canora, con variedad sinfónica y con sutilezas melódicas, sólo por él descubiertas, que hay en el fondo de sus composiciones un misterioso sentir filosófico.

Parece que el tema en que él siempre pensó fué el alma de la mujer; bello enigma para el hombre; bello sentimiento, si buscaba a través de la hermosura física, de que él era un profundo conocedor y un mago creador, la idealidad del alma, la bondad instintivamente abnegada y conscientemente elevada a lo más generoso del ideal.

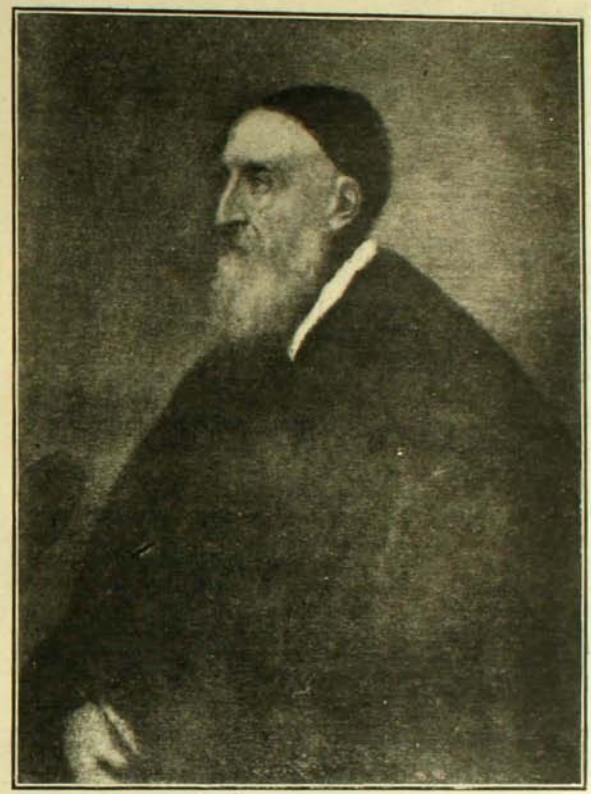
Revistando toda su obra se ve, aparte de los retratos y cuadros religiosos, varias series de composiciones espontáneas, en que trata de aquilatar la psicología femenina mostrándola en sus cambiantes faces de joya preciosa que tiene sombras, luces y destellos. Los críticos han sentido en sus cuadros las cavilaciones del pensamiento de Ticiano; se han detenido ante el famoso "Amor Sagrado y Profano" y han visto dos figuras de mujer que se contraponen, pero no han querido o no han podido descifrar

el misterio; algo también han maliciado de que entre otras telas hay estrechas relaciones, porque los modelos se asemejan y los símbolos se repiten.

Si el autor de este artículo se atreve a profundizar un poco en esto, es por la circunstancia especial de poseer un nuevo dato, bastante luminoso, que no han conocido los críticos europeos, el cual consiste en un hallazgo de un cuadro en Santiago, que viene a completar y a explicar una de las Tetralogías (tema desarrollado en cuatro cuadros) más elevadas del Ticiano.

Para hacer llegar al lector paulatinamente a comulgar con estas interpretaciones, iremos por grados y daremos a la estampa tres de las Tetralogías.

No todos los temas están desarrollados de esta manera definitiva que, por una tendencia o ley ignorada de las bellas artes, es la misma forma a que llegó Beethoven en sus más altas obras, las Nueve Sinfonías, haciéndolas constar de cuatro partes, y a lo mismo que llegó Wagner, desarrollando un tema en cuatro óperas.



Retrato del Ticiano, por el mismo.

En 1512, cuando Ticiano contaba ya treinta años, pintó el "Noli me tangere" con Cristo y la Magdalena, y parece que en este cuadro es en el que principia a componer, simbolizando sus pensamientos. El blanco que envuelve el busto de Magdalena simboliza, como siempre, la pureza del corazón, y el rojo que envuelve el cuerpo significa el ardor biológico de la cortesana; el bote de cristal parece representar la fragilidad y ella la aplasta contra el suelo. El cuadro se encuentra hoy en Londres.

Sugerido por éste, pintó al año siguiente, 1513, la antítesis, en que un pastor joven soporta las curiosidades de su ama, más joven aún. Ella tiene en las manos dos flautas, e interroga al desnudo pastor sobre su uso; al fondo hay un viejo decrépito, a quién ya no interesa el amor y contempla o estudia dos calaveras, y al lado derecho, en primer término, hay dos niños, hombre y mujer, durmiendo entrelazados, sobre los cuales trata de subir inútilmente el Amor alado. El cuadro se titula: "Las Tres Edades del Hombre" y se encuentra en Londres también.



Alegoría en honor de Alfonso de Avalos.



Alegoría.



Alegoría.



La educación del amor.

Al año siguiente, 1514, y sugerido seguramente por los dos anteriores, pintó el que han titulado "Amor Sagrado y Profano", pero que no son sino dos temperamentos opuestos y extremos de mujer: la campesina al lado del paisaje con horizonte, de rostro manso e inocente, mira una flor desechada por la que está al lado del paisaje alto, coronado por un castillo. La campesina está desnuda, se ha libertado de la túnica roja, ciñendo sus caderas con un blanco velo y levanta su cristal pequeño, como un bote de aromas. Cerca de ella, y sobre el brocal de mármol de la fuente, hay un plato vacío, como posible recipiente de donativos, pero ella no atiende a eso por mirar tristemente la rosa rota y despreciada que hay cerca de la castellana. Esta, con más determinación que bondad en el rostro, está vestida de frío e indeciso gris, pero con gran escote y asomando el rojo de su túnica interna en el brazo, cuya mano desnuda oprime flores que no son rosas, tal vez son silvestres, en tanto que con la izquierda, enguantada también de gris, cubre y acerca un gran cristal cerrado con guarnición de oro. El Amor, detrás de la fuente, entre las dos, no se declara por ninguna y juega, distraído, con el agua. Está en Roma.

Se comprende que todo este simbolismo es propio de un ardiente e inteligente artista de treinta años, y en los tres cuadros se ve una sucesión lógica de las ideas que preocupan a la juventud que entra en la hombría.

Se ve el proceso mental de Ticiano en cada caso. De un primer cuadro, hecho obligadamente bajo cierta forma, él no queda conforme y las múltiples formas que hubiera querido darle las desarrolla después por cuenta propia, con más libertad y franqueza.

Entrando en los temas de cuatro cuadros, vemos el mismo procedimiento. En 1533, tuvo que ejecutar un cuadro para Alfonso de Avalos, que fuera retrato de él y su esposa, pero significando algo más, de lo cual resultó una alegoría del Amor en el matrimonio. No era de despreciar el tema y ejecutó otras en 1534 y 1535, y la cuarta, años después.

En la primera se ve al general victorioso, que tiene la mano puesta sobre el corazón de su esposa, y ella tiene entre las manos una esfera que mira atentamente y en la cual ve reflejarse el mundo; el Amor se le acerca con un pesado haz de dardos que casi lo abruma. La opinión pública la representan una figura que admira ingenuamente y otra en la sombra que, envidiosa, se echa atrás. Naturalmente, esta alegoría simboliza el aspecto del amor militar o, mejor dicho, de su matrimonio; es el caso de la numerosa familia de los antiguos coroneles chilenos. El cuadro está en el Louvre.

Los dos cuadros que siguieron a éste, están en Viena. En uno se simboliza el matrimonio con un cortesano rico que le presenta un espejo en que ella mira sus atavíos de joyas y su hermosura; la envidia está cerca de ellos llevándose un bulto inexplicable, que parece algo inflado y vacío; el Amor está desarmado y amigdo, acoquinado y hundido; en la mano derecha apenas retiene ella unos chamizos para el fuego del hogar. En el tercer cuadro no faltan joyas, y ella, aunque no sencilla como la mujer del militar que vive del reflejo de las glorias o la ilusión de las esperanzas, está menos preocupada de sí que la cortesana envidiada. Es el matrimonio con un hombre acomodado y laborioso, quizás un agricultor, un productor de vinos y leche, que ambos ostentan en sendos tiestos. El Amor está feliz, y cargado con un buen haz de leña que puede dar calor al hogar, se dirige a ella francamente; sólo está la admiración contemplándola extasiada.

El cuarto cuadro, que está en Roma, en la galería Borghese, representa, no "La Educación del Amor", como lo titulan, sino la educación de una princesa para el matrimonio. Con sus propias manos venda al Amor amigo, al que le es familiar y se le acerca de frente, al mismo tiempo que las cortesanas Conveniencia y Dignidad, lo han despojado de sus armas y están atentas para adornar con ellas al que resulte designado por un consejero, a quien oye atenta, el cual le habla quedo, confianzudamente, por la espalda, y parece un político en su gesto y acción, a pesar de estar también disfrazado de Amor. Hay una cierta aflicción en la figura que porta las flechas; tal vez representa a la Ternura, pero habrá de someterse al cálculo frío de la que tiene el arco, que debe representar los diversos aspectos de las conveniencias,



Lavinia, su hija.—Cuadro del Ticiano.

bien aceptados por la princesa y muy bien expresados por el pintor, en su rostro.

Esta Tetralogía es sobre el Amor en los matrimonios. La siguiente es sobre la mujer en sus defectos y virtudes, y se forma de un cuadro de Munich, otro de Florencia, un tercero del Louvre y el cuarto que está aquí.

El primero que pintó fué el titulado "La Flora", en 1516, poco después de haber hecho "El Amor Sagrado y Profano". Su modelo es la joven Violante, hija de Palma, el viejo, y se comprende que en ella ha pintado la belleza inocente, con flores en la mano derecha y sujetando con ademán natural, obediente al pintor o los pintores, su padre entre ellos, las ropas con la mano izquierda. Aquí no hay símbolos de fragilidad, ni de ardor, ni de codicia o vanidad; es la belleza pura, juvenil e inocente en la mujer; es la virtud de la hermosura física, unipersonal.

En esta Tetralogía hay una virtud y un defecto unipersonales o egoístas, y un defecto y una virtud duales o relacionados con segunda persona.

El cuadro que hizo en 1523 representa el defecto de "La Codicia" o venalidad; en Munich, donde se encuentra, lo titulan "Vanidad". Es un modelo semejante al anterior. Se le ha puesto cabellera negra, tiene las mismas facciones y la inclinación de cabeza, con la misma rozagancia de carnación y morbidez llena de la mano. Si es verdad la suerte que dicen que corrió Violante después de andar sirviendo de modelo, es muy compren-

TETRALOGIA DE LAS VIRTUDES Y DEFECTOS DE LA MUJER



Flora.



La Vanidad.



La toilette de una jóven dama.



El cuadro que posee el Profesor Rengifo, y que atribuya al Ticiano.

sible este capítulo de las alhajas que se reneja en el espejo que sostiene con su diestra. Se le llama también "La Mujer de las Alhajas", de Munich.

Paralela a esta preocupación de Ticiano es la de Laura Dianti, quien, después de la muerte de Lucrecia Borgia, casó con el viudo soberano de Ferrara, y como amigos que eran, lo protegió liberalmente en su corte. El cuadro que hay en el Louvre titulado "Una Dama en su Toilette" creen los franceses que representa a Laura Dianti, y que el hombre que le sostiene los espejos es el mismo Alfonso de Ferrara. Este cuadro, sin embargo, acusa el mismo modelo de los otros dos, por lo menos en las manos, el escote y la cabeza, aun cuando las facciones puedan tener algo de Laura, pues en el retrato que de ella se conserva en Berlín se ven, aunque más maduros y adelgazados, rasgos análogos. Bien puede ser, como dicen varios investigadores, que Laura hubiera servido de modelo a Ticiano desde antes de ser duquesa, porque, para heredar el tálamo de Lucrecia Borgia, no precisarían mucho las gazmoñerías de la gente vulgar. El cuadro se pintó en 1520, antes que el de las alhajas, y representa el derecto de la Vanidad, o la seducción por halago de la hermosura. El papel del hombre está expresado de más, pues le presenta un espejo de frente y otro por detrás; ella hace un ademán medio alterado ya por la sensación de gratitud hacia el que la llena de satisfacción, y está a punto de abandonar el pomo de cristal que sólo toca con los dedos. En el traje el corsé es verde y de la cintura pende un lazo, diagonalmente, lo mismo que en el cuadro encontrado en Santiago.

Así como el cuadro del Louvre junta rasgos de Violante y Laura, el de Santiago, que es de fecha posterior, como lo veremos después, 1530 más o menos, reúne a los rasgos de los anteriores los de la duquesa de Urbino, segunda protectora de Ticiano. En este cuadro se ha representado la más alta virtud generosa de la mujer: "La Abnegación Filial". No es la abnegación para con el hijo, común a todas las madres en la Naturaleza, ni con el esposo, en lo cual hay algo de la conservación propia o del hogar, sino que es la abnegación con el padre viejo y decrépito, prisionero entre hierros y condenado a morir de hambre. La hija, al atravesar la guardia, es registrada para que no lleve alimento al viejo; le rompen telas y vestidos, pero ella pasa, se abraza de los hierros, y el viejo, sediento, aplaca su sed y su hambre en el seno de su hija. Este es el episodio de Simón y Pera, denominado "Caridad Romana", que más tarde volvió a pintar varias veces Guido Reni y también otros posteriores. Ninguna de esas composiciones se acercan a ésta en sobriedad y energía, menos en la expresión indefinible de ternura gozosa y sollozante a la vez que se refleja especialmente en los ojos húmedos, pintados misteriosamente. Si los otros tres cuadros de esta Tetralogía son orgullo de tres museos rivales, éste, a juicio de quien bien lo examine, sería mayor causa de satisfacción para el que lo poseyera.

Antes de tratar una tercera y última Tetralogía, quiero hacer notar que hay también una de Madonas con algunas otras santas, en que discute el tema de la Castidad y la Fecundidad, que es el mismo de otra serie de cuadros paganos en que se figuran las Bacanales. Uno de los cuadros de Madonas, pintado en 1530 y que está en París, representa a la Virgen con el Niño, el cual tiene una manzana en la mano, que fué el símbolo de la Venus fecunda. Ambas tienen un aire distraído y no acogen con atención la palma de la castidad que les presenta Santa Inés, simbolizando el tema opuesto, y corroborado por la inocencia del cordero, que la santa de su homónimo (Agnes) toma con la otra mano.

Me detengo en este cuadro, al cual siguen otros contrapuestos en el desarrollo del tema, para explicar por qué he asignado la fecha de 1530 al cuadro encontrado en Santiago. El modelo es el mismo y no aparece antes ni después de esta fecha en la obra de Ticiano, a no ser con la vaga semejanza que siempre tienen los tipos idealizados de un mismo pintor.

Tal vez esa modelo tendría la inclinación a la virtud de Santa Inés y por contraposición le sugirió la idea de la Fecundidad abnegada, que es la del cuadro descubierto: ha querido explicarle cómo el menoscabo físico da medios para adquirir más altas bellezas morales. Quizás esta es Eleonora Gonzaga,

que luego fué duquesa de Urbino y cuyo retrato hecho por esos años es conocido con el nombre de "La Bella", y se encuentra en Florencia.

Según la serie de cartas y documentos coleccionados para poner en claro la vida de Ticiano, por esos mismos años la república de Venecia, que le daba una pensión de 120 ducados, se los retira y lo obliga a pagar lo recibido en 20 años, por no haber pintado nada para los Ducs. El cómo salió de este imposible para él, no se ha explicado; pero tiene que haber sido mediante la protección de un soberano o soberana; que no para otros era realizable tal empresa.

¿No será, pregunto yo, el estallido de agradecimiento hacia la mujer que lo salvó el que le hizo concebir esa composición tan sentida y tan vigorosamente ejecutada? Falta mucho que precisar todavía en la existencia del rey de la pintura.

Otra de las Tetralogías es la de las Danaes. En el primer cuadro sobre este tema, pintado en 1545 y que se conserva en Nápoles, el modelo está juvenil y placentero, pero ya el Amor comieza a huir en cuanto se vislumbra la lluvia de oro en que comienza a transformarse Júpiter para seducirla; hay algo de casto todavía y de sencillez.

Los tres posteriores los pintó en 1554 y en cada uno de ellos acentuó más la caída de la mujer venal. En el que se conserva en Viena, aún caen algunas flores a su lecho junto con mucho oro que una sirviente joven recoge asombrada en una gran jofaina de metal. Danae está algo marchita y como dolorida. En el que se conserva en "El Ermitaje" de Petrograd, la lluvia de oro ha disminuído, pero la sirviente vieja que extiende el delantal para recibirla, aún recoge; todavía no hay pobreza. En el último, que se encuentra en "El Prado" de Madrid, ya es una mendiga la que extiende el burdo trapo y aunque el cielo está revuelto y tormentoso, la gran lluvia de oro no cae cerca, ya no hay cobijas finas. Danae cae en triste resignación y un perrito que duerme simboliza el pasar de las horas en el "dolce o triste far niente", que antes siempre era grato a los italianos del sur.

El hacer el análisis completo de la obra del Ticiano daría materia para una grande y extensa obra, al final de la cual tendría que declararse lo insuperable de este genial pintor o, por lo menos, que tiene derecho a inclinarse sólo ante el verdadero genio de Vinci, para que los demás se inclinen ante él: los posteriores, que de él tomaron, y que son los más conocidos, con mayor razón.





EL MARISCAL FOCH

(Cuadro de Sir William Orpen).



Yo me considero inglés, afirmó Draconmeyer.

FOLLETÍN

Mr. Grex de Monte-Carlo

Por E. Phillips Oppenheim

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux.

CAPITULO PRIMERO

Un encuentro inesperado

LOS ojos del visitante que contemplaba aquella escena fantástica y desordenada experimentaron a los pocos momentos una curiosa transformación. Tenían delante uno de los mayores espectáculos del mundo.

Aglomerada en torno a la mesa de la ruleta, en dos o tres filas, una muchedumbre heterogénea en que estaban representados individuos de todas las clases sociales y de todas las nacionalidades, el juego ardía de entusiasmo. A un lado se veía a una hermosa inglesita que era una duquesa, aunque parecía otra cosa; al otro, una francesa no menos hermosa, que no era duquesa pero lo parecía. Por todas partes damas lujosamente ataviadas al rigor de la moda. El visitante paseaba la vista por el magnífico espectáculo de aquel salón, con aire tranquilo y satisfecho.

De pronto cambió por completo su fi-

sonomía. Había visto, de pie, a un extremo de la mesa de la ruleta, una mujer. Por un momento su aspecto tranquilo e indiferente retrató la impresión más honda; pero fué fugaz como un relámpago. En seguida, acomodóse mejor en su asiento y observó.

La que había sacudido su espíritu un momento, era una hermosa dama rubia, esbelta; llevaba un amplio abrigo de alto cuello, color gris, ancho sombrero negro, bajo cuyas alas asomaba el rubio dorado de sus cabellos y al cuello lucía un magnífico collar de gruesas perlas. Como casi todas las damas allí presentes jugaba tranquilamente aunque no sin cierto interés. Representaba unos treinta y dos años escasamente y de toda su persona se desprendía un aire de distinción inconfundible, que la hacía parecer no sólo lo que en realidad era, una gran dama de alto linaje, sino algo más, algo así como una imponente realeza, a la que apenas se hubiera atrevido uno a dirigir la palabra tal como lo hubiera hecho con cualquiera de los que rodeaban la mesa de juego.

Violeta aquí! exclamó por lo bajo el visitante, Violeta!...

Hubo un murmullo trágico al caer la bola, sonó la voz del croupier y la gran dama, retirando una gran cantidad de fichas y monedas que acababa de ganar, levantó sus ojos de la mesa. Y mientras echaba en un bolsón de raso las ganancias de la última jugada, sus miradas se encontraron de frente con las del visitante. Por un momento quedaron fijas en él, cual si viese la imagen de un aparecido. Luego la voz del croupier haciendo juego, la imprecación de un desafortunado que jugaba el último cartucho, y el brusco movimiento de un jugador que desde las filas de atrás estiró el brazo para hacer su postura, la volvieron a la realidad. Su aspecto se normalizó entonces y con perfecta tranquilidad saludó al que de enfrente la miraba.

Este correspondió el saludo con una ligera inclinación de cabeza, gravemente.

De nuevo la voz del croupier chilló con voz de cotorra.

"Hagan juego, señoras y caballeros".

La dama pareció indecisa. De pronto se levantó de su asiento, y retirándose a un rincón de la sala, se sentó en un diván. En su aristocrático rostro se dibujó una arruga reveladora de un desagrado. Casi al mismo tiempo pudo ver delante de sí al hombre cuya mirada se chocara con la suya momentos antes.

—Buenas tardes, dijo éste con voz insegura.

Sin saber por qué, quiso seguir hablando, pero la lengua se le paralizaba.

—Con su permiso, agregó por fin, sentándose cerca.

—Tanto lugar demás, y se le ocurre a usted sentarse aquí precisamente.

—¿Tiene algo de particular?

—Así pienso, y usted ha de pensar lo mismo. Me parece que escenas como ésta tienen muy poco de atrayente para que usted las busque.

—Repito que nada le encuentro de particular.

—¿A qué viene usted, entonces?

El visitante permaneció en silencio. Sobre su frente acentuóse una profunda arruga.

—Tal vez yo pueda ayudarle, agregó ella, a contestar. Ud. ha venido porque no está satisfecho de las informaciones que le manda su espía, ese espía que usted me ha puesto para que vigile todos mis pasos. Ha querido usted ver por sus propios ojos.

Se acentuó aún más la arruga en la frente del visitante. Con tono amargo pero enérgico protestó al momento.

—Me extraña que usted tenga de mí tan pobre concepto. Puedo asegurarle que está usted profundamente equivocada en sus injuriosas suposiciones y que soy incapaz de esa bajeza.

Ella sonrió un tanto incrédula, pero su sonrisa no era natural.

—Mi querido Henry, replicó, no puedo abrigar la presunción de que haya en el mundo otra persona que tanto se interese hasta en mis menores movimientos.

—¿Piensa usted realmente que yo la espío? preguntó ansiosamente él.

—No es que lo piense; es que estoy firmemente persuadida de ello. Se me ha venido espiando en Cannes, en Londres, en todas partes y a todas horas. Aquí no se me deja tranquila un solo día y en todo momento me sigue y vigila un individuo

de traje gris y sombrero de paño. Y le diré francamente, esto me subleva. ¿Es que no puedo tener un momento de libertad? Yo llevaré desde hoy un diario y le daré cuenta hasta de mis minutos.

—Basta, interrumpió él; yo aseguro a usted bajo mi palabra de honor que nada tengo que ver con el espionaje ése de que usted se queja.

Ella quedó un momento suspensa, fijando en él una mirada interrogadora. El tono de su voz era convincente, y por otra parte no era Sir Henry persona cuyo honor se pudiese poner en tela de juicio.

—Pero, Henry, replicó ella, yo le repito a usted que estoy segura de lo que digo. No me cabe duda al respecto. Se me acecha día y noche, y a mí, que soy una mujer insignificante y que a nadie sino a usted puedo inspirar tal interés.

Mr. Henry no replicó. Su pensamiento parecía que estaba muy lejos en aquel momento. Cuando volvió a hablar su voz había perdido todo acento de resentimiento.

—No le guardo rencor por su sospecha, dijo tranquilamente, aunque vuelvo a repetirle que jamás me pasó por la imaginación idea tan poco noble, y nunca la habría acariciado ni aún en mis ratos de mayor desesperación.

—Me alegro y me felicito de oírle hablar así, aunque estoy convencida de que el espionaje existe. Y no me podrá usted negar que el hecho es curioso.

—¿Y no podrá ser que sea para alguno de sus compañeros esa persistente vigilancia? Porque me presumo que no estará usted sola aquí.

—Estoy con los esposos Draconmeyer.

Ni el más pequeño gesto cambió el rostro de Mr. Henry, pero a pesar de que casi esperaba la respuesta, ésta le molestó.

—Los esposos Draconmeyer! exclamó con amargura.

—Sí. Ya sé yo que no es de su agrado esta compañía, pero...

—¿Aún sigue inválida Mrs. Draconmeyer?

—Todavía sigue.

Parecióle a ella que había en la pregunta un dejo irónico, y recelosa clavó en él la mirada, echó un poco atrás la cabeza y como con gesto desafiante quedó esperando....

¿Podría yo saber, dijo Mr. Henry, con pausado tono, cómo ha llegado a su poder el collar que trae usted al cuello? Porque yo no recuerdo habérselo visto antes de ahora.

Ella lanzó una mirada de indignación.

—¿No le parece a usted que se extralimita un tanto en sus derechos?

—Nada absolutamente, afirmó él. Es usted mi esposa y aún cuando en cierta cuestión usted se ha rebelado contra mí, aún está usted bajo mi autoridad. Yo la veo llevando en público alhajas que hace muy poco no tenía, y que ni su fortuna ni la mía...

—Permítame que le interrumpa. No siga en sus juicios. Este collar de perlas no es mío. Es de Mrs. Draconmeyer.

—¡Mrs. Draconmeyer!

—Yo lo llevo por ruego especial de ella. Ella no puede aparecer en público luciendo sus joyas por causa de su triste estado, y la agrada en cambio que yo las luzca.

Mr. Henry permaneció callado un momento. En realidad se sentía angustiado. Pero tenía, por hábito, tal dominio de sí mismo que nadie hubiera podido traslucir por su rostro, las impresiones que experimentaba en su interior. Sólo el que le conociera muy a fondo podía conjeturar algo por el rápido encoger y estirar de sus dedos y cierto apretar de los labios. Ella, que le conocía, no podía dejar de advertir lo que por él pasaba en aquellos momentos.

—Toda vez que usted ha desafiado mi autoridad, dijo al fin Mr. Henry, mal podré esperar que acceda usted a mis deseos.

—Según y conforme, replicó ella.

—Sería mi mayor deseo, prosiguió él, que ni en público ni en privado apareciera usted nunca con alhajas ajenas.

Ella pareció reflexionar por un momento. Realmente pensaba que aquella petición era muy justa y razonable.

—Lo siento mucho, contestó al fin. Pero no veo que mi proceder tenga nada censurable en este caso. Yo doy con esto un gran placer a Mrs. Draconmeyer, la que, ya que no puede llevarlas ella misma por su deplorable estado, gusta al menos verlas lucir en mí. Y a mí también—es natural—me proporciona esto una gran satisfacción

que cualquiera se explica; sólo usted parece no comprenderlo. Siento mucho no poderlo complacer.

—¿Ni aunque se lo suplique?

Quedó ella mirándolo fijamente como queriendo penetrar en lo íntimo de su corazón y leer en él los celos horribles que se manifestaban en sus palabras. Pero su examen introspectivo pareció no dejarla satisfecha.

—Siento que dé usted tanta importancia a un asunto tan insignificante. Usted es siempre poco razonable. Prueba de ello su exigencia de este momento. Mil veces he llevado alhajas y más valiosas que ésta, antes de venir usted; esto me proporciona un placer intenso, y ahora usted quiere privarme de ese gusto. No estoy dispuesta a complacerle.

El inclinó la cabeza contrariado. Ella comprendió que su actitud no era justa y que no debiera mostrarse tan obstinada con aquel hombre que aún era su marido. Pero como nada replicó él y apareció impasible después de sus palabras de rebelión, ella no se desdijo.

—¿Podría yo saber dónde se hospeda usted aquí?

—En el Hotel París.

—Qué desgracia, exclamó él. Tendré que cambiarme mañana mismo.

Ella se encogió de hombros.

—Monte Carlo está lleno de hoteles, observó ella, pero de todos modos no creo que haya necesidad de que usted se mueva. Hay lugar de sobra para los dos.

—No será mucho, replicó él, cuando Londres mismo pareció a usted pequeño para ambos. Yo sentiría mucho venir a molestarla.

—Este lugar me parece muy a propósito para las querellas domésticas. Permítame buscar nuevas cuestiones. ¿Podría saberse cómo pudo ocurrírsele venir ahora a Monte Carlo?

La pregunta le dejó perplejo. Había también en ella un no sé qué de irónico.

—¿Y por qué no había yo de poder venir ahora a Monte Carlo? respondió él. El Parlamento no es muy divertido que digamos cuando se está en la oposición; yo no soy amigo de la caza. Aquí todo el mundo se divierte.

—Pero no usted, replicó ella al momento. Conozco a usted demasiado, mi querido Henry. No hay nada en este sitio ni en este ambiente que pueda atraerle. Aquí no hay trabajo para usted, y el trabajo es la sola cosa que usted ama en la vida y ha amado siempre.

—¿Soy tan malo como usted dice? preguntó ansiosamente.

—Quizás no tenga yo el derecho de echárselo en cara, asintió ella. Yo siempre he seguido mi camino. Pero si me es permitido echar una mirada atrás, hacia el pasado, ¿podría usted decirme una hora, un minuto en que el trabajo no haya sido la razón suprema, el ídolo de su vida? ¡Cuándo hasta en nuestra luna de miel se dedicó usted a investigaciones!

—No tuve otro remedio, por ciertas circunstancias, replicó él.

—De todos modos lo habría hecho lo mismo. La única literatura que usted conoce es la del libro azul y la única música de que gusta es la armonía del Big-Ben.

—Usted habla así, porque ese es su modo de pensar. Pero no obstante, antes de casarse usted conmigo ya sabía usted que yo tenía alguna ambición y que nunca he pensado llevar una vida inútil.

—Ah, sí, ya lo sabía, asintió ella secamente. Pero nos estamos alejando del punto de partida. Todavía estoy sin saber qué es lo que le trajo por acá. ¿Viene usted directamente de Inglaterra?

Movió negativamente la cabeza.

—Vengo de Bordighera.

—Más y más misterio, recalcó ella. Me parece que me había dicho usted que venía de Riviera.

—Efectivamente, afirmó él.

—Y usted no ha venido a vigilarme, prosiguió ella; y el misterio del hombrecito gris que me espía por todas partes, aún permanece sin explicación.

—Nada sé referente a esa persona, y no tenía ni idea de que usted estuviera aquí.

—¿En cuyo caso usted no habría venido? preguntó ella.

—Su presencia aquí, afirmó él, no hubiera alterado mis planes en lo más mínimo.

—Luego su venida aquí obedece a algún plan, a algún objeto! exclamó ella al momento.

El no hizo signo ninguno de aprobación, pero sus labios permanecieron mudos. Ella lo miraba fijamente.

—Ya nada me extraña, continuó ella. No creo que haya en el mundo una mujer capaz de vivir siempre con un hombre para quien el misterio es una necesidad imprescindible, como el aire mismo que respira. No es de admirar, mi querido Henry, que los políticos hablen de ti con tanto elogio y te auguren tan brillante porvenir.

—No sé que siempre haya sido contigo tan misterioso como crees verme en esta ocasión. Sin embargo, durante los últimos meses de nuestra vida conyugal, recordarás que te empeñaste en recibir en el círculo de tus amistades a una persona a quien yo considero....

Ella lanzóle al punto una mirada de furor. El bajó su voz hasta hacerla casi imperceptible. Un hombre se acercaba en aquel momento.

—A quien yo considero como un enemigo, terminó.

CAPITULO II

¿Casualidad o designio?...

El que llegaba y venía en dirección a Sir Henry Hunterleys y su esposa era un hombre de no vulgar apariencia. Era alto, recio; en su negra y espesa cabellera empezaban a platear algunas canas; usaba lentes de oro. Tenía aspecto de extranjero, aunque al hablar, su tono no revelaba ningún acento.

—Mi querido Sir Henry, exclamó. ¡Esta sí que es sorpresa! En cualquier parte del mundo hubiera creído poder encontrarlo menos en Monte Carlo. Y menos aún en el Sporting Club! Vaya, vaya!

Hunterleys, que permanecía indiferente, con las manos a la espalda, lo miró. Los dos hombres eran de tipo completamente opuesto. Hunterleys, fino y distinguido, tenía aspecto de atleta. Iba vestido con toda sencillez. Sus ojos profundos y expresivos y su boca de labios finos contrastaban poderosamente con los del otro, gruesos y carnosos. Había sin embargo en ambos un aire de fortaleza, fuerza desarrollada tal vez de diferente manera, pero una y otra bien notables.

—Dicen que aquí viene todo el mundo, contestó Hunterleys. ¿Por qué no había de ser yo uno de tantos?

—Naturalmente, muy bien pensado, confirmó Draconmeyer alegremente. Espero nos hará usted el honor de comer con nosotros esta noche. Estaremos completamente solos

Hunterleys hizo un signo negativo

—Mil gracias, contestó. Tengo una invitación pendiente.

Mr. Draconmeyer se lamentó amargamente, pero no insistió en su invitación.

—¿Y cuándo llegó usted?, preguntó.

—Hace pocas horas, respondió Hunterleys.

—¡Ah!

La exclamación de Draconmeyer era interrogativa. Hunterleys vaciló un momento.

Después prosiguió, haciendo un ligero movimiento de hombros.

—He estado en San Remo y Bordighera.

Mr. Draconmeyer se mostraba interesadísimo.

—¿De modo que ha venido usted a enterrarse aquí?, agregó. Ya leí en los diarios que se había usted tomado un descanso de seis meses. Seguramente no encontró usted la costa italiana muy divertida.

—Voy a estar fuera un tiempo, prosiguió Hunterleys.

Mr. Draconmeyer sonrió burlonamente.

—Ya decía yo. No desmiente usted su fama. Dicen que usted hasta cuando descansa trabaja.

Hunterleys se volvió hacia su mujer.

—No he probado nunca fortuna, le dijo; creo que es ésta una buena ocasión para ello. ¿Tiene usted la bondad de conducirme a la sala de baccarat?

Lady Hunterleys se puso en pie. Pero en ese momento intervino Mr. Draconmeyer. Tomó a Mr. Hunterleys del brazo y le dijo:

—Sir Henry, nuestro encuentro ha sido puramente casual, pero puede decirse que es providencial. ¿Sería usted tan amable

que me concediese cinco minutos de conversación?

—Con mil amores, replicó Hunterleys. Todo mi tiempo está a su disposición si es que usted tiene algo que comunicarme.

Draconmeyer atravesó el salón repleto de gente, y por un pasadizo condujo a Mr. Hunterleys a un pequeño bar. Allí, en un ángulo solitario, ocuparon dos sillas. Draconmeyer dió una orden a un mozo. Por unos momentos su conversación fué completamente trivial.

—Soy de opinión de que habrá usted visto a su esposa bien predispuesta, comenzó Draconmeyer. Su compañía es de un valor inestimable para mi pobre mujer.

—¿La conversación que desea usted tener conmigo es para hablarme de Lady Hunterleys?, preguntó su marido tranquilamente. Si es así, yo desearía decir a usted unas palabras antes de nada, para poner las cosas, así lo espero, en su verdadero terreno, y no tener lugar a equivocaciones.

Draconmeyer se agitó nerviosamente en su asiento.

—Pienso yo que usted no es muy partidario de la amistad de mi esposa con Lady Hunterleys.

Hunterleys apareció medio cohibido.

—No lo soy, ciertamente. Usted no ignorará seguramente que mi esposa y yo estamos accidentalmente separados. La razón principal es el yo haberla prohibido la amistad con ustedes.

Draconmeyer estaba confundido ante claridad tan extraordinaria para expresarse.

Mi querido Sir Henry, protestó éste, usted me confunde. No me explico su actitud en este caso.

—No hay necesidad tampoco de que se la explique, replicó Hunterleys con energía. Yo reclamé el derecho de controlar las visitas de mi mujer. Ella lo rehusó.

—Aparte de sus derechos de esposo, insistió Mr. Draconmeyer, ¿querría usted decirme por qué considera usted a mi mujer y a mí mismo indignos de la amistad de su esposa?

—Nadie está obligado a dar cuenta de sus simpatías, replicó Hunterleys. De su mujer nada sé. Tengo solamente por ella una gran conmiseración por su lastimoso estado; eso es todo. Me disgusta que mi mujer vaya con ustedes; me disgusta que su nombre aparezca junto con el de ustedes en ninguna circunstancia; me disgusta estar, en este momento, yo mismo aquí sentado con usted. Sólo espero que los cinco minutos que usted me pidió para que conversáramos, no se prolonguen.

Mr. Draconmeyer aparentaba el aire de una persona profundamente apenada.

—Sir Henry, exclamó; no es posible que yo continúe oyéndole expresarse en esa forma. Lamento su opinión y le pido disculpas, pero su franqueza me asombra.

—Nada me importa, dijo Hunterleys tranquilamente; la política y el disimulo no dicen bien cuando se trata de expresar los propios sentimientos y las simpatías personales.

Mr. Draconmeyer quedó un momento como paralizado en su silla; después se atusó la barba, fijó la vista sobre la mesa y quedó como absorto en la resolución de un problema.

—Me ha dejado usted estupefacto, dijo al fin. El concepto que usted tiene de mí es de tal naturaleza que no puedo conformarme con él.

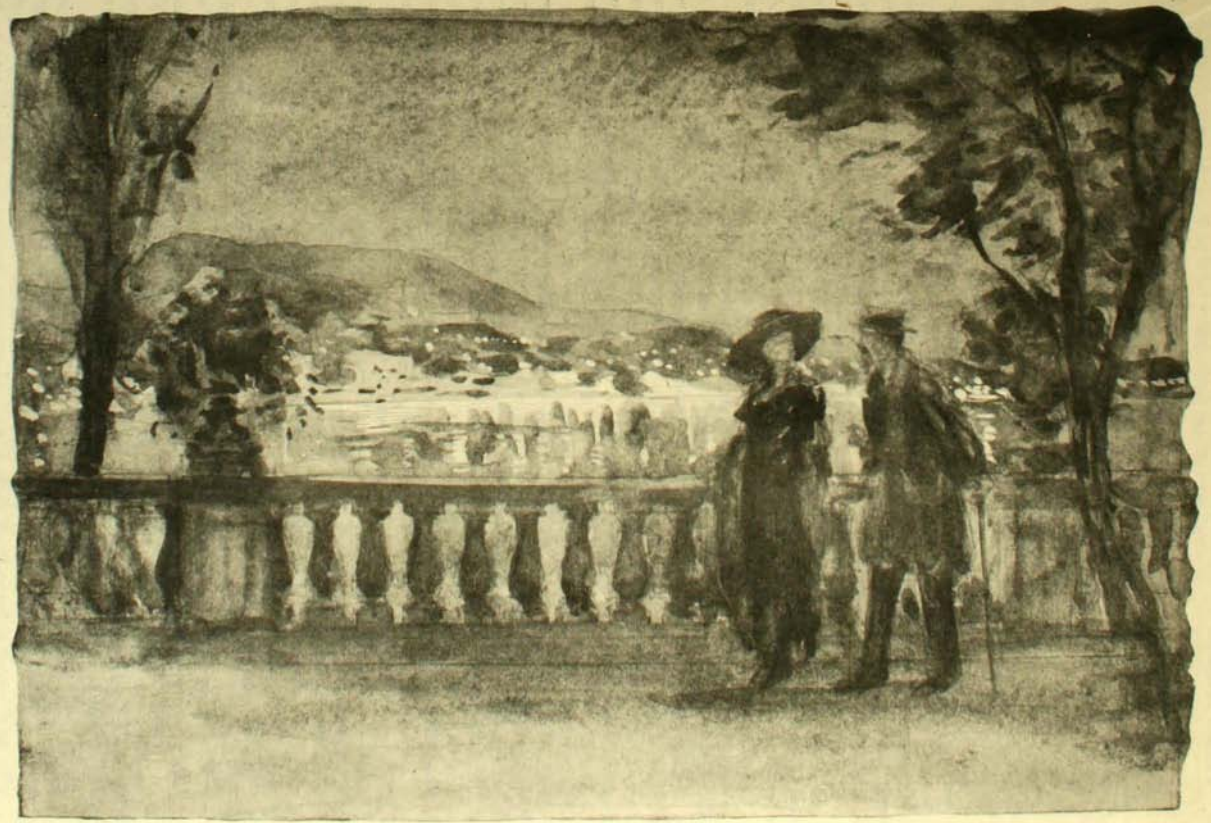
—Eso, replicó Hunterleys, es cuestión de usted; por mi parte tengo mi opinión formada y difícilto que la cambie.

—Pues bien, asintió Mr. Draconmeyer, voy a tratar de hacerle cambiar de parecer. Al efecto voy a proponerle, no precisamente una alianza (que esto no sería posible entre los dos) sino una especie de convenio por el que yo pueda hacerle a usted un servicio y usted a mí.

—¿De qué manera?

Yo me considero inglés, afirmó Mr. Draconmeyer. Amo a Inglaterra y sus costumbres. Sin embargo soy, como usted sabe, alemán. En Londres gozo la envidiable posición de presidente del mayor Banco Alemán del mundo entero. Dirijo las finanzas alemanas; con el dinero alemán he hecho mi fortuna. Pero, para hablarle con franqueza, después de tantos años que resido en Londres, he llegado a considerarme, más que nada, inglés.

Hunterleys escuchaba tranquilamente sentado. Su cara aparecía rígida, sin ex-



Si Ud. quiere pasearse por aquí, permítame que la acompañe.

presión. Escuchaba, sin embargo, con interés.

—Por otra parte, prosiguió Mr. Draconmeyer, yo deseo decirlo sinceramente, quisiera seguir siendo alemán. Así lo exige el interés de mi patria, que ha de ser siempre lo primero. Pero en Alemania hay, como usted sabe, dos partidos: el de la guerra y el de la paz. Yo pertenezco al de la paz y si entre ambos partidos hubiese un choque, yo tomaría mi puesto decididamente en las filas del partido pacifista.

Hunterleys permanecía siempre impasible, pero escuchaba y pensaba con marcado interés.

—Hé aquí lo que yo quería decirle.

Esta es la realidad de las cosas. Ahora veamos. ¿Puedo yo, en reciprocidad a mi franqueza, esperar su ayuda para conseguir esta paz que ambos deseamos?

—Usted espera mi ayuda—dijo Hunterleys pensativo—¿en qué sentido? ¿qué es lo que desea usted de mí?

—Ninguna información política—se apresuró a declarar Draconmeyer, cuyos ojos fulguraban tras los cristales de sus anteojos. Para esto no hubiera acudido nunca a usted. Sólo deseo que me conteste usted con franqueza una pregunta. ¿Está usted aquí en Monte Carlo para vigilar a su esposa, o ha venido en busca de aire, descanso, distracción? ¿O hay alguna otra razón que le haya traído a Monte Carlo en esta época tan extemporánea?

La actitud de Hunterleys era la del que tiene en su mano un nudo y no sabe por dónde comenzar a desatarlo.

—Está usted algo misterioso esta tarde, Mr. Draconmeyer, dijo Hunterleys. Realmente no comprendo el objeto de su pregunta.

—Que usted la conteste—insistió Mr. Draconmeyer.

Hunterleys sacó un cigarrillo de su petaca y lo encendió tranquilamente.

—Si piensa usted,—dijo—que yo he venido a espiar a mi esposa o a inmiscuirme de alguna manera en sus asuntos, está usted profundamente equivocado. Yo ni siquiera sabía que Lady Hunterleys estaba en Monte Carlo. Estoy aquí porque dispongo de un descanso de seis meses, y para un inglés un descanso entre enero y abril se pasa generalmente, como usted sabe, en la costa. Yo he estado en Bordighera y San Remo. Me he aburido allí lo mismo que me aburro aquí y, por último, no tendré más recurso que volverme a Londres.

Mr. Draconmeyer insistió:

—Usted salió de Londres a principios de diciembre. Estamos a 28 de febrero. ¿Querría decirme qué ha estado haciendo todo este tiempo en Bordighera y San Remo?

—Ahora caigo,—observó Hunterleys.—Todo su afán es saber dónde he pasado el tiempo y por qué estoy en Monte Carlo. Francamente, Mr. Draconmeyer, ese interés excesivo de usted por mis pasos lo considero una impertinencia. Mis viajes no han tenido importancia ninguna, pero esa es cuestión que a nadie le importa. A nadie tengo que dar'e cuenta de mis actos y de haber alguno, entiendo que no sería usted el llamado a pedírmela.

—¿Sospecha usted de mí, acaso?

—No, por cierto,—afirmó Hunterleys.—Sencillamente es el caso que usted no me es simpático, que me repugna el que mi esposa aparezca en compañía de usted, y que por esta razón mi mayor placer sería no verle siquiera.

Mr. Draconmeyer, no sabía qué hacer. Por primera vez en su vida aparecía confundido y avergonzado. ¿Era aquel hombre que estaba sentado junto a él simplemente un marido celoso, o tenía alguna sospecha de la gran maquinación que se fraguaba en torno suyo? ¿Tendría, por casualidad, alguna parte en ella?

—Su franqueza,—dijo con amargura Mr. Draconmeyer,—es desconcertante. Supongamos que yo le comunico que puede usted, dentro de poco, encontrarse aquí con dos políticos amigos míos, con quienes pudiera usted cambiar ideas. Supongamos que yo le ofrezco mis servicios como intermediario. ¿No haría con esto un gran servicio a su país? Es usted un hombre de Estado y una personalidad influyente en su partido. Yo no soy más que un banquero, es cierto, pero me he ganado la confianza de los que rigen los destinos de mi país.

Hunterleys contestó, con marcado enojo:

—Le agradezco infinito; pero no me parece Monte Carlo lugar a propósito para discusiones políticas, a más de que yo no

tengo ningún carácter oficial. Mientras mi partido esté ligado al poder, nada nos queda sino esperar tiempos mejores. Discúlpeme, pero, por ahora, creo que lo más acertado es irme a jugar una partida de baccarat.

En el mismo momento de retirarse, se abrió la puerta que comunicaba con la sala de juego y apareció un hombre de interesante presencia, grueso, de cabellos canos y abundosos; su cara completamente limpia y afeitada, aparecía en ese momento bañada en una sonrisa de satisfacción.

—Amigo Draconmeyer,—exclamó con voz estentórea—el baccarat es el mejor juego del mundo. Acabo de ganar cien luises. Esto es delicioso. No hay en el mundo sitio como éste. Vamos a beber juntos una botella de champaña la señorita y yo; la señorita ha sido mi buena estrella y mi maestra. Después vamos a ir donde el joyero, ¡cómo no! Hay que partir las ganancias,—cincuenta luises para cada uno—cincuenta para mí y cincuenta para ella, para una pulsera. Y después...

De repente se interrumpió. Su gesto era casi dramático.

—¡Vaya un olvido!—exclamó extendiendo su mano a Hunterleys—qué olvido! Sir Henry, hay muchos que se olvidan de mí como humilde secretario de mi jefe, pero pocos que me olvidan por mi físico. Yo soy Seligman. Nos encontramos en Berlín hace como seis años. Usted iba con su gran secretario del Exterior.

—Me acuerdo de usted perfectamente—aseguró Hunterleys, estrechando la mano del recién llegado.—Creo que nos encontraremos de nuevo.

Selingman cogió del brazo a Hunterleys para impedir que se retirase.

—No se vaya todavía—exclamó.—Voy a presentarles a ustedes: Mr. Draconmeyer, el gran banquero anglo-germano; Sir Henry Hunterleys, insigne político inglés; la señorita Estella Nipon, del Teatro de la Opera. Ahora ya nos conocemos todos. Seremos buenos amigos y nos beberemos una botella de champaña.

—¡Una botella para cuatro!—exclamó riendo alegremente la señorita. No se nos subirá a la cabeza.

—A ver, un mozo!—gritó Selingman, con voz de trueno.—Pronto, un mozo! Sentémonos aquí, en esta mesa redonda. Señorita, aquí estaremos bebiendo champaña hasta que se nos acabe el dinero o la vida. Señorita, si alguno le hace el amor, no le haga caso. He sido yo el que he echado cincuenta luises en su bolsón para una pulsera. A Sir Henry no le conquistará; es inexpugnable.

Por regla general, el famoso Selingman era inexcusable; así es que ni Draconmeyer ni Hunterleys trataron de evadirse. Juntos se sentaron a la mesa, juntos bebieron champaña y escucharon a Selingman, que hablaba por siete.

—Este es un país maravilloso,—declaró al levantar el vaso por quinta vez.—Bebamos por él, por Monte Carlo. Aquí es donde vienen de todas partes del mundo damas tan encantadoras que nos roban el corazón,—dijo mirando a su compañera,—banqueros opulentos a cuya palabra surgen los millones, políticos eminentes. Por última vez, a la salud de Monte Carlo!... Por Monte Carlo, estimada señorita, señores!...

Bebieron después del brindis, y breves minutos después Mr. Hunterleys se marchó. Los dos se quedaron mirándole alejarse. Poco a poco se dibujó la sonrisa en los labios de Selingman y su cara tomó un aspecto curioso.

—Anda, vete a traer tu capa, querida,—le dijo a la joven.

Esta obedeció al punto. Selingman preguntó precipitadamente a su compañero:

—¿Qué es lo que hace aquí Hunterleys?

Draconmeyer hizo un movimiento de hombros.

—¡Quién sabe!—contestó.—Tal vez ha venido a vigilar a su esposa. Ha estado en Bordighera y San Remo.

—¿Eso es todo lo que has podido averiguar?

—Eso es todo. Está receloso.

—¡Bordighera y San Remo!—murmuró Selingman.—Tal vez por un día o dos.

—¿Qué sabe usted sobre este particular?—preguntó Draconmeyer a su vez.—Yo tengo mis sospechas desde que le ví hace una hora. Salió de Inglaterra a principios de diciembre.

—Así es—asintió Selingman.—Estuvo en

París y volvió a Inglaterra. La misma noche salió para Alemania. Le perdimos de vista en Viena y le volvimos a encontrar en Sofía. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué hace este hombre?

—He estado hablando con él veinte minutos, aquí mismo, antes que usted llegase —dijo Draconmeyer.—He tratado de ganar su confianza. Nada me ha dicho. Ni siquiera ha hecho mención de tales viajes.

Selingman tamboreaba con los dedos sobre la mesa.

—¡Sofía!—murmuró.—Y ahora aquí. Draconmeyer, aquí hay tarea para nosotros. Conozco al hombre; te aseguro. Sé lo que es Hunterleys. Le he vigilado, le he oído en Berlín seis años atrás. Estaba entonces con su jefe, pero nada tenía que aprender de él. Es de los diplomáticos de talla. Lo lleva en la sangre. Tenemos tarea, Draconmeyer.

—¡Cuando usted guste!—interrumpió la señorita, un poco enfáticamnete, poniéndose sobre los hombros su piel de boa, que había ido a buscar.

Selingman apuró su copa y se levantó. Una sonrisa característica se dibujó en su rostro al ponerse su sombrero de paño gris y bajar la escalera al lado de su amiga.

—Hemos bebido champaña en Monte Carlo—dijo a ésta al atravesar la terraza —pero, mi querida Estella, es preciso que la bebamos siempre que la suerte se nos muestre tan propicia. Créeme, querida, todo lo demás no vale la pena. Aquí en Monte Carlo se practica la verdadera filosofía de la vida. Tú y yo la estamos practicando.

CAPITULO III

Un aviso

Hunterleys comió solo en el gran restaurant anexo al hotel París. A su alrededor la escena era interesante y pintoresca. Una banda de músicos amenizaba la escena. Las damas ostentaban sus toilettes maravillosas y ricas. El salón estaba regiamente adornado. Todo era animación y alegría, pero una negra sombra pareció interponerse de pronto cuando Mrs. Draconmeyer, dando el brazo a su marido y acompañada de Lady Hunterleys, atravesó el salón en dirección a su mesa. Los ojos de Hunterleys siguieron al pequeño grupo. Su esposa iba de negro y se había quitado el collar de perlas que luciera aquella tarde. En su lugar llevaba un collar de diamantes, regalo de él. Al mirar desde su mesa a su mujer, constató Hunterleys lo que constatara doce años atrás, cuando la vió por primera vez: que era hermosa sin comparación. No había en todo el aristocrático grupo de damas allí presente ninguna que se le pudiese comparar en belleza, distinción y elegancia. Hunterleys miraba indiferente al parecer, pero la amargura rebosaba en su corazón al ver a Draconmeyer inclinarse hacia ella, aceptar sus insinuaciones respecto al menú, tratando de agradarla hasta en lo más mínimo. Indudablemente había sido la fatalidad la que lo trajo a Monte Carlo!

Terminó apresuradamente su comida y se fué a sentar en una mesita, afuera, en el Café París, donde pidió el café. En torno suyo había una multitud cosmopolita. Se oían hablar todos los idiomas, el alemán sobre todo. Por regla general, le interesaban estas multitudes. Aquella noche sus pensamientos estaban en otra parte. Olvidóse de su agitada vida de los últimos meses, de la curiosa sucesión de acontecimientos que lo habían llevado extemporáneamente a Monte Carlo. Olvidóse que estaba en medio de grandes acontecimientos en los que él había de tomar parte principalísima. Sus pensamientos por esta vez, cosa rara en él, tomaron un carácter puramente personal y sentimental. Recordaba los primeros días de su matrimonio, cuando con su esposa se paseaba por los jardines en su vieja mansión señorial de Wiltshire, en una tarde de primavera, hablando del porvenir. Una oleada de ternura invadió su espíritu y siguió divagando en su imaginación.

De pronto lo trajo a la realidad la voz del camarero:

—El café, señor.

Llegó a dar un salto en su silla. Había pasado el sueño. Sorbió su café y echó en derredor una mirada. Tres o cuatro veces consultó impaciente su reloj. A las nueve en punto un individuo salió de entre la concurrencia y vino a sentarse en una silla vacía junto a él.

—¿Tendría la bondad, señor, dedarme un fósforo?

Hunterleys se volvió hacia el recién venido mientras le alargaba su caja. Era un hombre joven, de regular estatura, de complexión robusta, de bigotes rubios. Tenía el cabello ligeramente gris, los ojos azules y todo el aspecto de un escocés. Acercó su silla un poco más a Hunterleys.

—Mil gracias, dijo. Hermosa noche, ¿verdad?

Hunterleys asintió.

—¿Tiene usted algo que decirme, David?

—Estamos sobre la pista, contestó éste, en tono confidencial. Hay más noticias de las que quisiera.

—Podemos pasearnos por la terraza, sugirió Hunterleys.

—No se mueva usted de este sitio, dijo el joven. Se le vigila a usted y a mí también. Desde luego lo que aquí pretenden son mis revelaciones. Toda esta multitud de alemanes que nos rodea, sin que quede una silla vacía en torno nuestro es la mejor barrera que nos puede defender. Fíjese. Aquí está Selingman.

—Le ví esta tarde en el Sporting Club, murmuró Hunterleys.

—Douaille llegará pasado mañana si es que no ha llegado ya. Se dijo en París que salía para Marsella y de allí a Tolón a pasar tres días con la flota. No se sabe exactamente cómo llegará, pero se cree que llegue en auto.

—¿Está usted seguro de que es el mismo Douaille en persona el que viene?, preguntó con ansiedad Hunterleys.

—Absolutamente. Su mujer y su familia llegaron antes a Mentone como para justificar la presencia de él aquí. Douaille traerá poderes plenos y la conferencia será en Villa Mimosa. Este será el cuartel general... Fíjese, Sir Henry, ya nos han visto. El del sombrerito de paño gris conversa con un agente. La noche pasada trataron de meterme en un lío. Me temen como periodista. Saben que algo traemos entre manos. Yo me voy. Ya sabe usted dónde encontrarme.

El joven se separó de Hunterleys y casi en el mismo momento un hombre delgado, de traje gris, de bigote negro kaiseriano, ocupó la silla vacía. Cuando Hunterleys le miró, el joven se quitó el sombrero y sonrió.

—¿El caballero amigo se fué?, preguntó. ¿Está desocupado el asiento?

—Ya lo ve usted, contestó Hunterleys.

El hombrecito dió los gracias sonriente, se sentó y pidió un café al mozo.

—¿El señor es sin duda extranjero en Monte Carlo?

—Es la segunda vez que vengo, contestó Hunterleys.

—Yo soy un habitué, continuó el hombrecito. Puede decirse que soy un residente. Por lo tanto todas las caras me son conocidas. Desde luego ví que usted no era un asiduo visitante de estos lugares. Hunterleys giró un poco en su asiento y miró de reojo a su curioso vecino. Este estaba sentado correctamente y hablaba el inglés con un ligerísimo acento. Sus espaldas y sus bigotes le daban aspecto militar.

—No hay nada en la vida que más me encante, prosiguió, que este Monte Carlo. Hay aquí mucho que ver, mucho que conocer.

Hunterleys no hacía esfuerzos para atajar la conversación de su interlocutor. Este dijo por fin.

—Si no es para usted una molestia y si no es por mi parte una libertad, haré mi presentación. Me llamo Hugot. Soy medio francés, medio inglés. Hace años se quebrantó mi salud y acepté aquí un puesto en un Banco. Desde entonces sigo entre los millones. Si hay algo que me encante en la vida es ser el cicerone de los extranjeros que llegan a Monte Carlo. Si el señor quiere dispensarme el honor de dedicarme algunas horas esta noche, u otro día, yo le garantizo que trataré de que se distraiga.

Hunterleys movió la cabeza. Pero observó no obstante una perfecta cortesía. Tenía la convicción que aquel era el hombre que espiaba a su esposa.

—Es usted muy amable, señor, replicó Hunterleys. Estoy aquí sólo por unos días y por motivos de salud. No me atrevo a trasnochar. Puede ser que nos encontremos en otra ocasión.

Se levantó, y al bajar las escaleras del Casino lanzó una mirada hacia el hotel

París. Precisamente en ese mismo momento salía una mujer con una ligera capa sobre los hombros, y acompañada de una sirviente. Hunterleys reconoció a su mujer y se quedó mirándola con curiosidad. Esta se dirigió hacia la terraza. El tomó al punto la misma dirección. Atravesó ella los jardines del Hotel París, y Hunterleys, tomando hacia la izquierda, sino a encontrarse con ella en la misma terraza. Al pasar junto a ella se le acercó.

—Violeta, exclamó.

Ella se detuvo.

—Usted disculpe, dijo ella; no tengo el honor de conocerle.

—¿No le han dicho, prosiguió él imposible, que la terraza es peligrosa para una dama a estas horas? •

—Muchas veces, asintió ella sonriendo. Pero desgraciadamente me encanta el peligro. Y además vengo con mi doncella.

—Una mujer no es una defensa para otra, afirmó Hunterleys.

—Susana puede gritar, dijo ella. Tiene buenos pulmones y le gusta ejercitarlos. A la más mínima provocación, gritaría.

—Y entre tanto, agregó irónicamente Hunterleys, mientras ella ejercita sus pulmones, sucede una desgracia. Si usted quiere pasearse por aquí, permítame que la acompañe.

Vaciló ella por un momento. Después prosiguió su camino.

—Es usted muy amable. Quizás es usted como yo, que gusto de estos lugares tranquilos más que de barullos.

Atravesaron lentamente la terraza, desierta casi a aquella hora, pues sólo había alguna pareja amante de la soledad, y que se ocultaba en las sombras. A su frente un arco de luces deslumbrantes señalaba a lo lejos la deliciosa bahía de Mentone, y la distante playa de Bordighera; más arriba, las luces de las aldeas titilaban sobre los altos picachos. A sus pies cantaban las olas mansamente al besar las arenas de la playa, reflejando en sus aguas los millares de luces de la costa.

—Ya que nos hemos encontrado, Henry, dijo Lady Hunterleys al fin, quisiera decirle una cosa.

—¿Qué es ello?

Ella miró para atrás. Susana marchaba a respetuosa distancia.

—Ocurre algo en Monte Carlo, dijo Lady Hunterleys, que yo no sé explicarme. Mr. Draconmeyer sabe algo de esto, me parece, aunque él no esté personalmente mezclado en el asunto. Nada ha querido decirme, pero yo sé que por uno u otro motivo su presencia de usted aquí es molesta para alguien. Por qué sea esto lo ignoro, y quisiera que usted me lo dijera. Dígame la verdad. ¿Está usted seguro de que su venida aquí no ha tenido por objeto vigilarme?

—Segurísimo, afirmó categóricamente. No sospechaba que estuviera usted aquí. Si lo hubiera sabido...

Ella volvió la cabeza sonriendo y ligeramente sus ojos brillaron.

—¿Si lo hubiera sabido? murmuró ella.

—Mi visita aquí en estas circunstancias hubiera sido más tarde, replicó Hunterleys, inmutable.

Violeta volvió a mirar hacia atrás y al tomar de nuevo la palabra había cambiado su tono completamente.

—Le estoy hablando a usted en interés suyo. Mr. Draconmeyer no está seguramente mezclado en este asunto aun cuando pudiera estarlo, pero es un hombre extraordinario y sabe muchas cosas. Esta noche, antes de comer, me ha dado un pequeño aviso. No me ha dicho que se lo dijera a usted, pero estoy seguro que él piensa que se lo diría. El no se lo habrá dicho a usted, porque usted no le habría escuchado. Puede usted no hacer caso de lo que le digo, pero al menos convendrá en que se lo digo por su propio interés. Mr. Draconmeyer opina que su presencia aquí se presta a muchas interpretaciones falsas. Una persona a quien él atribuye mucho poder está intrigada con esto. Hablando claramente, está usted en peligro.

—Me siento orgulloso, recalcó Hunterleys, de este interés que usted demuestra en obsequio mío.

Ella le miró fijamente. Su cara, a la suave luz de la luna parecía, por, lo insensible y severa, la de una estatua de mármol.

—No tiene por qué, replicó ella amar-



Un caballero y una señorita llegaban a la terraza del restaurant

gamente. Lo que yo hago es sencillamente humanitario; yo lo haría por cualquiera. En ese momento llegaban al extremo de la terraza y volvieron hacia atrás.

—Le agradezco infinito, Violeta, dijo Hunterleys. En correspondencia yo también quiero decirle algo. Si hay algún peligro que me aseche a mí o amenace los intereses que yo represento, ese hombre que usted ha elegido por amigo íntimo es más culpable de lo que usted piensa. Ya le he dicho en otra ocasión que Draconmeyer es algo más que un simple banquero. Es ambicioso, más de lo que usted supone, y su estadía en Londres en estos quince últimos años ha sido lo más funesto que podía suceder a Inglaterra. Es para mí una desgracia el que haya usted despreciado mi consejo y haya aceptado la amistad de ese hombre...

—No es Mr. Draconmeyer el amigo mío, interrumpió ella, sino su esposa a la que no puedo abandonar. Usted parece que se olvida siempre de esto. Yo la he conocido mucho antes que a su esposo. Fuimos compañeras de colegio, y hubo un tiempo, antes de enfermarse ella, que fuimos inseparables.

—Esto podrá haber sido en un principio, pero desde entonces las cosas han cambiado.

No puede usted negarlo, Violeta, este Draconmeyer la ha impresionado y fascinado no sé como; usted lo admira. Siente usted un gran placer con su amistad. Sin-

ceramente, ¿no es ésta la verdad por el momento?

Violeta aparecía turbada.

—Ciertamente que me agrada su amistad, admitió ella. Y no puedo concebir que haya alguien a quien no le agrade. Es un músico inspirado, maravilloso, un charlador delicioso, un anfitrión generoso y un compañero insuperable. Me ha tratado siempre con la más respetuosa deferencia y estoy convencida de que es usted muy injusto al juzgarle tan desfavorablemente.

—¿Mucho siente usted mi opinión?

—Muchísimo, aseguró ella enfáticamente.

—¿Y si yo le dijera a usted, prosiguió Hunterleys, que ese hombre está enamorado de usted?

—Contestaría que está usted loco.

Hunterleys se encogió de hombros.

—Sólo me resta decirle, Violeta, que es usted la que está loca o ciega. Le aseguro a usted que conozco al hombre. Más tarde o más temprano (y pronto, a lo que creo) tendrá usted la consiguiente escena. Si es usted prudente, aléjese y vuélvase a Inglaterra.

—Eso es un absurdo. ¿Cómo? Si acabamos de llegar. Deseo ganar algún dinero (no porque su generosidad sea poca, agregó precipitadamente) sino porque hay cierta fascinación en el juego, como usted sabe. Y al mismo tiempo, no es posible que deje a Mrs. Draconmeyer. Al fin y al cabo, ella no hubiera venido aquí de no acompañarla yo.

—Es usted muy dueña de obrar como guste, dijo Hunterleys. De acuerdo con lo estipulado, yo no coartaré en lo más mínimo su libertad de acción, pero le repito a usted que Draconmeyer es mi enemigo, y es enemigo de todos mis intereses. Yo nada digo de Mrs. Draconmeyer; pero ella está enferma y no puede por tanto ir a ninguna parte. La consecuencia de esto es que su marido acompaña a usted en todo momento. Yo lo miro como un compañero detestable para mi esposa y me indigna verle aparecer en público con usted.

—No hablemos más de este asunto, dijo ella resueltamente. Desde nuestro primer disgusto no ha tenido usted otra aspiración que romper mi amistad con los esposos Draconmeyer. Mientras yo no tenga motivos para ello no le retiraré mi confianza.

Pasaron frente a la fachada de la Opera y se volvieron a sus habitaciones.

—He de pensar entonces que ha concluído la discusión. Unicamente debo decirle que no olvide de que yo siempre...

Se detuvo. Ella volvió la cabeza rápidamente. Sus ojos se fijaron en él, y si él la hubiera mirado en aquel momento, tal vez habría terminado su frase de distinto modo.

—Siempre sigo interesándome por sus asuntos.

—No esperaba menos de su amabilidad, replicó ella con acento duro. ¿No he hecho yo lo propio con usted? Acabo de darle un aviso, que espero ha de tener la prudencia de no olvidar.

Llegaban a la entrada del Hotel. Hunterleys se detuvo.

—No tengo por qué temer nada de ese misterioso asunto de que usted me habló. El único enemigo que yo tengo en Monte Carlo es Draconmeyer mismo.

—¡Enemigo!, repitió ella descorazonada. ¡ay Henry! el día que usted deseche alguno de sus prejuicios, cuánto más tratable será usted!

Mr. Henry se quitó el sombrero y saludó. Su semblante aparecía profundamente apenado.

—El hombre sin prejuicios, mi querida Violeta, es un hombre sin voluntad.... Felicidad.

Violeta subió rápidamente las gradas del Hotel y se despidió, al entrar, con la mano. El se quedó parado mirándola hasta que desapareció en el interior.

CAPITULO IV

El americano

Lady Weybourne tomaba el lunch en la terraza del restaurant Ciro, con su hermano. Era delgada, vivaracha; su hermano Ricardo Lane era en cambio, alto, fornido, de aspecto vigoroso, cara afeitada, carácter un poco taciturno. Aquella mañana lo estaba más que de costumbre, y aunque Lady Weybourne, que era una gran charladora, procuraba por todos los medios

hacerle hablar, su distracción vino a hacerse por fin intolerable. Miraba ansiosamente cada vez que algún nuevo personaje aparecía en la terraza, y las contestaciones que daba a las preguntas de su hermana eran casi incoherentes.

—Dicky, me parece que no te agrada mucho mi conversación de esta mañana, le dijo ella por fin, mirándole sonriente. Siempre eres callado, pero lo que es ahora estás imposible. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Alguna mala noticia de Harris, o es que has perdido anoche algún dinero?

Teniendo en cuenta que la renta de Lane procedía de un capital de más de nueve millones de dólares, que Harris era un capitán modelo que gobernaba su yacht celosamente y cuyas quejas eran siempre no tener bastante que hacer, se comprenderá fácilmente que las preguntas de Lady Weybourne eran un simple pretexto para hacer hablar a Ricardo.

—Estas cosas no me preocupan, contestó éste. Harris está perfectamente en el puerto. Yo le he prometido que en unos días más haremos una excursioncita a Cannes.

—Magnífica idea, exclamó Lady Weybourne. Me gusta, y no menos le gustará a Harris. Podemos organizar juntos una buena excursión. Están aquí los Pelhams, deseando una novedad; están aquí el capitán Cardner y Frank Clowes y todas sus nietas. ¿Por qué no fijamos la fecha, Dick?

—Todavía no, replicó su hermano.

—¿Y por qué nó?

—Estoy esperando hasta poder invitar a la joven que deseo.

—¿Y por qué no la invitas ya?, preguntó ella.

—No puedo, porque no la conozco aún, explicó el joven tristemente.

Lady Weybourne echóse atrás en el respaldo de su silla, riéndose a carcajadas.

—¡Así estamos! exclamó, ahora comprendo por qué estás aquí sentado toda la mañana como un buho en espera.

¿Enamorado de una desconocida, Dick? Mucho cuidado, mucho cuidado. Monte Carlo está lleno de jóvenes a las que es preciso conocer muy bien antes de invitarlas a bordo.

—Aquí no hay cuidado, afirmó el joven. Mi desconocida no es de ésas, tengo la evidencia. Mira, Flossie, agregó, ¿has visto tú en tu vida una criatura como ésa?

¡Qué sé yo, si no la conozco! respondió Lady Weybourne.

—Pues eso es precisamente lo que yo quiero suplicarte: que la conozcas, replicó su hermano ingenuamente. Le oí decir esta mañana a ese señor que va con ella, y que debe ser su papá, que dentro de una hora estaría aquí. Faltan sólo algunos minutos.

—¿De modo que para eso me has hecho levantarme tan temprano y me has tenido aquí almorzando en tu compañía? Dick, eres un grandísimo bribón!

—Perdóname, dijo al momento el joven, pero, después de todo, siempre he sido bueno contigo; es menester que me ayudes a conquistar al viejo, que por lo visto no gusta de una alianza con un inglés.

—Oh, yo haré cuanto de mí desees. Sea ella quien sea, espero que la he de conocer. ¿Qué te pasa, Dick?

La cara del joven se había trasformado de repente. Lady Weybourne siguió la dirección en que él miraba. Un señor y una joven, llegaban a la terraza del restaurant y miraban en derredor como escogiendo una mesa en que sentarse. El **maitre d'hotel** se apresuró a recibirlos entre profundas reverencias.

El señor era de regular edad, de cabellos y bigotes grises. Su porte era arrogante. La joven que iba con él era de una hermosura extraordinaria. Iba sencillamente vestida con un traje sastre de piqué blanco, sombrero negro. Su cabello era rubio como el oro. Lady Weybourne la miró, e hizo una señal de aprobación.

—¿La conoces?, preguntó Ricardo ansiosamente.

Ella movió la cabeza.

—Mucho lo siento, pero no la conozco. Probablemente hace poco que ha llegado.

Con gran ceremonia los nuevos huéspedes fueron conducidos a la mejor mesa de la terraza. El era indudablemente un habitué. Apenas se habían sentado, el mozo les sirvió un vasito de vino con algo parecido a vermouth. Mientras lo bebía, fumaba un cigarrillo ruso y anotaba la lista del menú. A los pocos momentos llegó

apresuradamente el administrador mismo del restaurant. Cuando tras breves momentos de conversación se retiró, lo hizo con el aire de quien está sirviendo a un rey. Lady Weybourne estaba intrigada.

—No sé quiénes sean, Dick, afirmó ella, pero conozco bien el terreno que piso y desde luego puedo asegurarte que son gente de importancia. Puedes persuadirte desde luego de que son aristócratas. En este restaurant, saben cómo se trata a cada cual.

—Naturalmente que son figuras de importancia, confirmó el joven. Eso lo ve cualquiera a primera vista. Siento mucho que tú no les conozcas, pero, escúchame, Flossie, no te será difícil conseguirlo, ¿verdad?

—Si no fuera por ti, mi querido Dick, no podría yo conseguir estas amistades. Pero tú eres una joya de hermano.

—Bien, bien, te prometo ese coupé de que tan antojada estás, si logras conseguir mi presentación a esa joven en el término de veinticuatro horas.

Lady Weybourne abrió tamaños ojos.

—¡Qué es lo que oigo! exclamó. Dick ¿hablas en serio o en broma?

—En serio, por la primera vez en mi vida, contestó él.

Ella lo miró pensativamente. Tenía ya Ricardo veintisiete años, y a pesar de su juventud, su salud, y su inmensa fortuna, parecía indiferente a todo lo que fuera amor, y no habían logrado cautivarle ni las encantadoras misses londinenses ni las opulentas jóvenes de New York.

—Está bién, le dijo, yo haré cuanto esté de mi parte por complacerte. Sólo espero, Dick, que sea...

—Què sea ¿qué?, se apresuró a preguntar nerviosamente.

—Quiero decir que no sea casada o cosa parecida. Tengo que reconocer, Dick, aunque para una hermana nada puede haber que no merezca un hermano, que has tenido un gusto exquisito. Esta joven es la más bonita y distinguida que he visto nunca en Monte Carlo.

—¿Y cómo vas a conseguir mi presentación?, preguntó él impaciente ¿Tienes algún plan?

—No creo que me sea difícil, afirmó ella. Déjalo eso de mi cuenta, Dick. Con el **maitre d'hotel** empezaré mis indagaciones. Después vendrá lo demás.

—Parece buena persona.

—Y míralo, aquí viene. Sé lo precipitado que eres. Déjate de locuras. Si haces alguna inconveniencia no respondo del resultado.

—Lo comprendo, respondió él brevemente. Pero aquí viene Carlos. Preguntémosle.

Llamó al **maitre-d'hotel** y trató con él sobre el menú del almuerzo. Poniéndole después un luis en la mano le preguntó quedamente al oído.

—¿Quiere usted decirme el nombre de ese caballero y esa señorita que están sentados allí, en la mesa del rincón?

El **maitre-d'hotel** miró disimuladamente en la dirección indicada, pero no respondió una palabra; aparecía indeciso, casi confundido.

—Lo siento mucho, señor, dijo por fin, vacilante; pero tenemos órdenes estrictas. Mr. Ciro no gusta de que sus empleados lleven cuentos a los clientes, y ese caballero es un gran personaje. La joven que está con él es su hija.

—Muy bien, dijo al punto el joven. No es éste el primer caso por el estilo, Carlos. Vaya usted al escritorio, escriba usted el nombre de esa persona y tráigamelo, que aquí hay un billete de a cien francos esperándole. No es preciso que ese nombre lo pronuncien sus labios, de modo que no hay chisme ninguno y así usted obedece las órdenes de su patrón.

El **maitre-d'hotel** se inclinó y se alejó. A los pocos momentos volvía y dejaba sobre la mesa un sobre.

—El señor me disculpará que le recuerde que no debe hacer sobre este punto la más mínima mención...

Ricardo asintió y le despidió.

—Pierda usted cuidado, dijo.

Abrió el sobre y examinó nerviosamente el papelito que venía dentro.

Después se lo pasó a su hermana. Uno y otra quedaron intrigados.

—¿Quién diablos es este Mr. Grex? exclamó Ricardo confundido.

CAPITULO V

¿Quién es Mr. Grex?

Después de tomar el café pensó Lady Weybourne que debían salir del restaurant y dar un paseo por la playa.

—¿Y qué piensas hacer?, preguntó él.

—No tengo sino una cosa que hacer. Preguntar a todas las personas que conozco si conocen a Mr. Grex y a su hija. Cuando dé con alguno que los conozca entonces empezaré a desarrollar mi plan.

—Me parece muy bien, convino él.

—Vayamos hasta la terraza y allá veremos.

—Pero, mi querido Dick, protestó la hermana, yo no tengo ganas de ir ahora a la terraza. Tengo que ir donde mi modista. Mi programa es éste; durante mi diligencia averiguaré en todas partes discretamente y no dejaré amistad sin preguntarle lo que me interesa. Tú puedes entre tanto divertirte como quieras, hasta las cuatro. Ahí tienes a Sir Henry Hunterleys tomando café. Vete a hablar con él un rato. Quién sabe si él te saca de apuros. Hasta luego.

Saludó con una ligera inclinación de cabeza y se marchó. Su hermano, tras breves momentos de vacilación, se acercó a la mesa donde estaba sentado Hunterleys solo.

—¿Cómo está, Sir Henry?

Hunterleys, correspondió su saludo ceremoniosamente al principio. Después, recordando sin duda al joven que le saludaba, le tendió su mano.

—Ah, ya caigo. Usted es Ricardo Lane, ¿no es así? Siéntese y acompáñeme a tomar una tacita de café. ¿Y qué hace usted por aquí?

—Tengo el yacht en el puerto, replicó Ricardo tomando una silla. He estado en Argel una temporadita con unos amigos y ahora he venido a dar una vuelta por acá. Acabo de almorzar con mi hermana. ¿Y usted está solo?

Hunterleys vaciló.

—Sí; solo.

—Hermoso país, agregó el joven. Aquí hay gente de todas partes del mundo. Usted no habrá a quien no conozca, agregó, llevando la conversación al terreno que le convenía.

—Todo lo contrario, aseguró Hunterleys. Yo soy aquí casi un extraño. He andado paseando por la costa.

—¿Conoce usted por casualidad un señor Grex?, preguntó Lane con marcado interés.

Hunterleys tardó largo rato en contestarle. Parecía como si tratase de recordar ese nombre.

—Grex, repitió. Parece más bien un seudónimo, ¿verdad? ¿Por qué lo pregunta usted?

—Es que he visto a un señor de edad con una señorita, una o dos veces, explicó Lane. Me han parecido muy interesantes y me han dicho que el nombre de él es Grex.

—Tengo entendido que vive aquí una persona con ese nombre, dijo Hunterleys, que habita en Villa Mimosa por la temporada.

—¿No le conoce usted personalmente?, preguntó el joven con ansiedad.

—¿Personalmente? No, apenas si le conozco de vista.

Ricardo se mostró contrariado. Su primera tentativa fracasaba. Hunterleys quién sabe por qué motivo, parecía dispuesto a cambiar de conversación.

—La joven que va siempre con él, insistió, Ricardo, ¿será su hija?

Hunterleys giró un poco en su asiento y miró a Ricardo fijamente.

—Dígame, joven, dijo en tono de buen humor, ¿me permite usted que a mi vez le haga una pregunta? ¿Qué fin lleva usted con tales averiguaciones?

Ricardo titubeó. Había algo en la cara de Hunterleys y en sus maneras que invitaba a la confidencia.

—Me he enamorado perdidamente, confesó éste. Pero no me juzgue usted un atolondrado. No tengo por costumbre dedicarme a galanteos. Mi pasión es seria y busco el medio de conseguir una presentación.

Hunterleys meneó la cabeza compasivamente.

—Cuánto siento, dijo, no poderlo servir en esta ocasión. Pero puedo darle un consejo que le será muy provechoso.

—¿Qué consejo es? dijo al pronto Ricardo.

—Si habla usted en serio, continuó Hunterleys, y yo no puedo menos de creer que así es, haría usted mejor en volverse a su yacht y dedicarse a la caza de piratas.

—¿A la caza de piratas? ¿Qué me quiere usted decir con esto?

—Que es mucho más fácil que tenga usted éxito en esa empresa, que el que consiga usted algo de esa hermosa estatua que tanto le ha impresionado.

Ricardo quedó por un momento anonadado.

—¿Entonces usted la conoce?

—La conozca o no la conozca, dijo gravemente Sir Hunterleys, lo que le digo a usted es un aviso digno de tomarse en cuenta. Si me escucha será lo mejor que puede hacer en su vida.

Ricardo lo miraba estupefecto.

—Me deja usted asombrado, dijo al fin.

Hunterleys se levantó.

—Usted me disculpará, pero tengo una diligencia urgente y me retiro. Sea usted prudente, joven, agregó, golpeándole el hombro cariñosamente, haga caso de lo que le digo.

Una vez solo, Ricardo se dirigió hacia la terraza. No quería encerrarse, y buscó un asiento lo más retirado posible del tiro al pichón. Allí se sentó, mirando frente al mar. No podía explicarse las palabras de Mr. Hunterleys; su imaginación ardía como un volcán. El era un hombre vigoroso, morigerado, hasta cierto punto idealista. Parecíale que llevaba años enteros esperando aquel momento solemne. Pasaban por su imaginación las viejas noches de New York, Londres y París. Abrigaba el presentimiento de que algo trascedental iba a sucederle. Gozaba con aquellos momentos de soledad. Al cabo de un rato, después de una lucha terrible de mil pensamientos encontrados, se levantó de su puesto dispuesto a no seguir los consejos de Hunterleys. Había solamente dado unos cuantos pasos cuando se encontró de frente con Lady Hunterleys y Mr. Draconmeyer. Sin notar que ellos esquivaban su saludo, acudió presuroso a su encuentro con grande entusiasmo.

—Acabo de estar con su esposo, en este momento, Lady Hunterleys, exclamó un tanto intrigado. Me pareció oírle que estaba solo aquí.

Ella sonrió.

—No tiene nada de extraño dijo. No hemos venido juntos y nuestro encuentro aquí ha sido puramente casual. Henry ha estado en Bordighera y San Remo y yo estoy con los señores Draconmeyer.

El joven se inclinó cortésmente y dijo a Draconmeyer, que permanecía un poco retirado, como queriendo cortar la entrevista:

—Tal vez Mr. Draconmeyer no se acuerde de mí! Tuve el gusto de conocerlo en casa de mi hermana, Lady Weybourne, poco antes de Navidad.

—Lo recuerdo perfectamente, asintió Mr. Draconmeyer, así como recuerdo el soberbio yacht que usted tenía en el puerto.

—Precisamente en él vengo haciendo una gira desde hace meses. Sería para mí un placer que ustedes me acompañasen. Mi hermana les haría los honores; van con nosotros los Montressors.

Ambos agradecieron, excusándose. Ricardo prosiguió, consecuente con su propósito.

Acabamos de llegar de Argel, prosiguió Ricardo, esforzándose por continuar la conversación. Traigo conmigo a Freddy Montressor, a su hermana, y a Fothergill.

—Mr. Montressor está en el hotel París, observó Lady Hunterleys. ¿Y qué asuntos tiene usted por Argel?

—Sencillamente el gusto de viajar. Este puerto es el más atrayente y el más frecuentado por el gran mundo. ¿Ustedes conocerán aquí a casi todos?

—Yo, por lo menos, no. Mr. Draconmeyer es aquí mi guía. Tal vez él sí que conozca.

—¿Ninguno de ustedes conoce a un tal Mr. Grex?, preguntó Ricardo con estudiada indiferencia.

Por primera vez Mr. Draconmeyer dió señales de interés, y quedó mirando fijamente al joven.

—Grex, repitió. Un nombre muy poco conocido.

—Efectivamente, afirmó Ricardo. Se trata de un caballero de edad, de aspecto distinguido, y de una hija de éste, muy hermosa e interesante.

Mr. Draconmeyer se quitó los anteojos de oro, que limpió cuidadosamente con el pañuelo.

—¿Por qué es la pregunta?, inquirió, ¿Es mera curiosidad?

—Más que esto, dijo Ricardo descaradamente. Es verdadero interés.

Mr. Draconmeyer volvió a ponerse los anteojos.

—Mr. Grex, dijo, es un caballero de gran fortuna y de ilustre linaje, que ha arrendado una magnífica villa y quiere pasar por una temporada una vida de retiro. Esto es todo lo que yo y cualquiera puede informar a usted.

—¿Y qué sabe usted de la joven? insistió Ricardo.

—Esa joven, respondió Mr. Draconmeyer, es, como usted ha dicho, su hija... Vámonos, Lady Hunterleys.

Ricardo quedóse un momento indeciso y contrariado.

—Mr. Draconmeyer, exclamó con desesperación, ¿cree usted que habría posibilidad de que se me presentase a esa joven?

Mr. Draconmeyer sonrió al principio y en seguida se echó a reír a carcajadas, como si le hicieran cosquillas. Quedóse mirando al joven, y éste saludó.

—Me parece que mi pregunta no es para tomarla a risa, dijo amoscado. ¡Buenas tardes!

Lady Hunterleys se contagió entonces con la risa de su compañero, y ambos prosiguieron su paseo.

—Este joven está enamorado, ¿no le parece?, dijo ella alegremente.

—Ya lo creo, replicó su compañero, y por cierto que es una mala cosa. Sin embargo el asunto no tiene importancia. A su edad el amor no es más que una humorada. Pasará como pasan todos los caprichos.

Ella se volvió y quedó mirando fijamente a su acompañante.

—¿Piensa usted que la juventud es incapaz de amar?, preguntó incrédula.

Detuviéronse por un momento fijando su vista en el puerto. Mr. Draconmeyer se quitó el sombrero.

—Tal vez, contestó éste, sea materia discutible, pero por mi parte contestaría a usted categóricamente. No creo que la juventud sea capaz de amar, porque en un principio suele confundirse lo que es amor. Yo pienso que el verdadero amor llega sólo cuando estamos en la edad madura.

Ella se quedó mirándolo, no poco sorprendida. Siempre reflexivo, siempre simpático, siempre atrayente, era muy raro oírle hablar de ese sentimiento. De repente apartó él su vista del mar y sus ojos buscaron los de ella.

—Su pregunta, continuó, toca una de las grandes tragedias de la vida. A los que han conservado su corazón libre en su juventud debe de exigírseles un gran tributo. La naturaleza decretó que sintieran eso que ellos llaman amor. Se casan y al poco tiempo vienen a comprender que lo que ellos creyeron la felicidad no es más que una enorme piedra que pesa sobre su libertad. Porque es solamente en la edad avanzada cuando el hombre viene a conocer perfectamente lo que es la pasión, cuando, aunque posea la fortuna, ve que ya es demasiado tarde para conseguir el amor.

Lady Hunterleys se sorprendió; estaba intranquila. Sentía que estaba aproximándose un acontecimiento que ella quería alejar a todo trance.

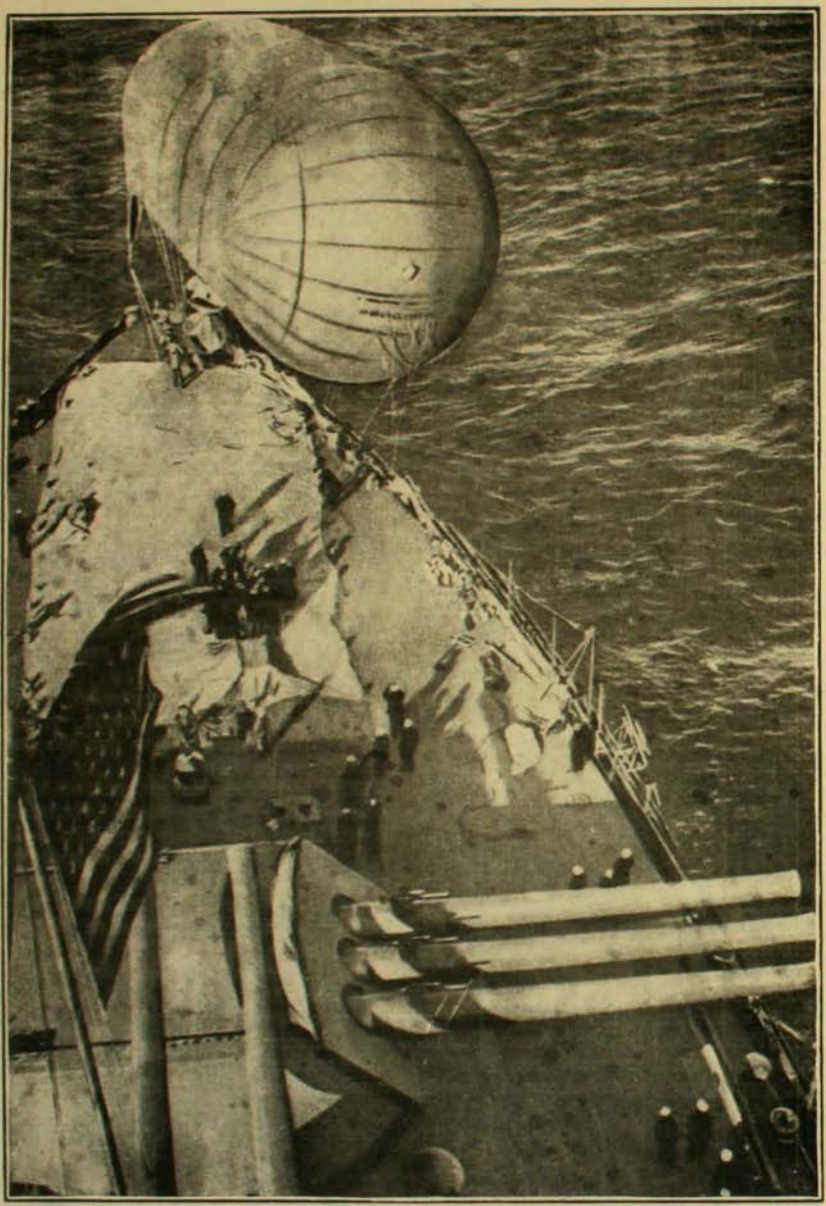
El recuerdo de su esposo, que también la aconsejara, se le representó vivamente. Sentía sobre sí el influjo magnético de las palabras de su acompañante, el poder sugestionador de su mirada.

—Este es exactamente mi caso, prosiguió apoyándose ligeramente en ella; yo estoy en este caso...

La Providencia intervino. Nunca había sonado en los oídos de Lady Hunterleys tan agradablemente un nombre de mujer, como entonces.

—Aquí viene Dolly Montressor, interrumpió ella, deseosa de saludarnos.

(Continuará).



La campaña submarina excitó el ingenio de los Aliados, en el sentido de inventar métodos para combatir y destruir tan tremendo azote. Aparatos destructores, de notables cualidades fueron inventados. Singularmente, los Estados Unidos no se durmieron en materia de estratagemas para descubrir submarinos debajo del agua, obligarles enseguida a tomar la superficie y bombardearlos con toda comodidad. La presente fotografía fué tomada a bordo de un dreadnought norte-americano, y muestra un anti-submarino, aéreo, elevado sobre la cubierta del buque.



SUAVIZA, REFRESCA, QUITA LAS MANCHAS Y HERMOSEA EL CUTIS

SIN RIVAL

PARA LA BELLEZA DE LA MUJER

CREMA IRIS



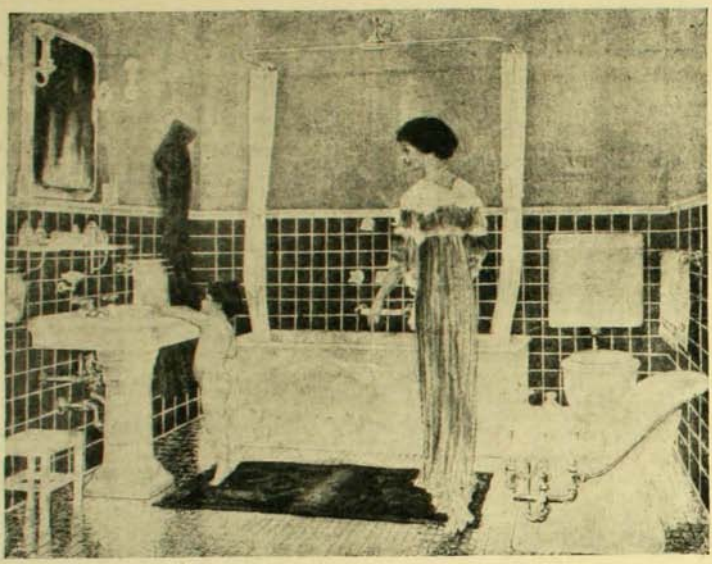
GODOY ATRAVESO LA CORDILLERA; ALIMENTO MEYER TAMBIEN. — La modestia nos impide afirmar cuál de esas dos hazañas ha causado mayor contento entre el pueblo argentino.

PACIFICO MAGAZINE

Febrero 1919

UN PESO





Enfermedades contagiosas prevalecen en todas partes y por esto los dueños de casa deben persuadir a sus familias de tudiar cuidadosamente todo lo relacionado con la higiene personal.

Una pieza de baño bien equipada; con su piso de baldosas o linoleum incrustado; instalación completa de un blanco puro; accesorios útiles y elegantes, proporciona de una manera eficaz el deseo de usarla constantemente y así ayudar a desarrollar una constitución robusta y en contra de enfermedades predominantes.

Solicitamos cordialmente pasar a examinar nuestras existencias de artículos sanitarios y ayudarle en la instalación de una pieza de baño confortable y elegante.

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO SANTIAGO



LECHE EVAPORADA

"MIRAFLORES"

Unicos Agentes: WILLIAMSON BALFOUR & Co., Valparaiso

WILLIAMSON & Co., Santiago, Concepción, Valdivia, San Felipe, Antofagasta Tocopilla, Taltal, Etc., Etc.

SOC. COM. HARRINGTON MORRISON & Co., Iquique

agazine-1

CON SOLO $ 5.00

sin riesgo de perder un centavo usted puede participar en todos los afamados sorteos de los bonos del Canal de Panamá que se verifican en París cada tres meses: el 15 de febrero, el 15 de mayo, el 16 de agosto y el 15 de noviembre, con premios de 1,000 hasta 500,000 francos.

Números premiados en el 172.o sorteo: 752,194 con 250,000 francos; 1.946,207 con 100,000 francos; 605,690 con 10,000 francos; 1.458,619 con 5,000 francos.

Sociedad cooperativa. Todos los bonos que no salen premiados son reembolsados. Nadie pierde su capital. No es lotería.

El pago de los premios y el reembolso de todos los bonos son garantidos por el Gobierno francés.

Compra y venta. Entrega inmediata. Lista completa de cada sorteo: gratis.

M. MASBOU. Santo Domingo 969. Casilla 1485.

LA VEJEZ DE PARIS

Te he llamado—dijo el pintor a su amigo,—porque necesito de tu consejo. Quiero comenzar un cuadro y vacilo entre tres modelos diferentes, que habrían de sugerir tres obras absolutamente distintas.

Eran ya viejos ambos pintores: abrumado de medallas y de cargos académicos, el solicitante; limpio de tales inútiles aditamentos, el solicitado, pero más íntegro, en cambio; de una belleza interior que se traslucía en sus cuadros, desconocedores del ambiente mefítico de los certámenes nacionales.

Ya en el estudio, sentóse el amigo y fueron desfilando ante él las tres mujeres, con la triple y seductora fragancia de sus encantos distintos.

Vestía la una su cuerpo moreno con estos afrancesados goyismos que ahora gustan a cupletistas y bailarinas. Su rostro cálido, con las pupilas muy negras, los labios muy rojos y venteadora la nariz, era una promesa de lascivia.

Rubia y altiva, otra de las modelos, movíase dentro de señoriles galas, como una dama que fuera a una fiesta aristocrática. El perfil de su rostro sostenía un gesto de frío desdén.

Y detrás de sus compañeras sonreía la tercera modelo entre sus campesinos indumentos, que evocaba norteños pueblos. Era tan dulce y suave su sonrisa que parecía iluminarla toda.

Largo tiempo, y en un silencio donde se oían respirar los senos femeninos y latir el corazón del viejo amigo, permaneció el solicitado frente a las tres mujeres. Luego, volvió a su amigo el rostro, y dijo:

—En idéntico aprieto que Júpiter al hijo de Príamo y de Hécuba me has puesto, y, como entonces, Venus, Juno y Minerva solicitan la elección viril, y en mis manos parece fulgir la áurea manzana, con su inscripción **pulchriori detur**, origen de discordia.

—¿Y a cuál eliges?

—Un momento, amigo mío, un momento. Si fueras joven, te aconsejaría Venus, que aquí se nos muestra, no en toda su desnudez como la hija de las ondas y madre del amor, sino agravado su sensual influjo por este traje de holgorio que la moldea el cuerpo y esa mantilla negra que la acaricia las facciones. Toda ella representa el venusino placer y habría de ser representada como tal, como una palpitante y encendida estrofa de Ovidio o como una página turbadora del Kama Sutra. Para ello, es preciso, amigo, el fuego de la juventud, tan propicio al gustoso pecado como a sus plásticas representaciones, en el sentido de no hacerlas grotescas o repugnantes. Dieras con la exacta expresión de esta moza, y siempre sería triste tu senil salacidad.

Venus hizo un mohín picaresco y, tarareando un cuplé, moviendo con lúbrico contoneo sus caderas, fué lentamente hacia el cuarto de vestir, desabrochándose el corpiño durante el camino, cual una malicia más...

—Si fueras rico, te aconsejaría esta Juno, en todo el esplendor de su hermosura orgullosa y señoril. Pero ha de ser pintada en un ambiente que realce su altivez y su desdeñosa apostura. La imagino en un sarao cortesano o en su íntimo **boudoir** de gran dama. Habría de sugerir la vida fácil, la distinción natural, la limpia herencia de la sangre patricia... ¿Y es posible todo esto para ti, que lo desconoces y que te asomaste muy de tarde en tarde a la vida donde Juno triunfa? Nada tan absurdo, amigo mío, como esos libros donde se retrata la vida de los poderosos y de los aristócratas por un pobre hombre que compra de ese modo el alivio de su miseria. ¿No has temblado ante el peligro de que sonría despreciativa una auténtica Juno frente al cuadro donde esta buena muchacha, a quien enloquece el fausto de los trajes y la

(Pasa a la vuelta).

KOLODINE



PARA HERMOSEAR Y CONSERVAR EL CUTIS

hay que desechar toda preparación que contenga materias grasas, colorantes, cera y otros ingredientes que sólo ocultan momentáneamente las imperfecciones del cutis y lo destruyen con el tiempo.

KOLODINE

es un producto maravilloso para el cutis, al cual renueva cuando está destruído, lo hermosea y lo conserva contra todos los agentes que contribuyen a su destrucción.

KOLODINE es un producto exclusivo para el cutis del rostro, cuello, brazos y manos.

Para ambos sexos — Para todas edades

Pídase "KOLODINE" en todas las principales Droguerías y Boticas.

Ponemos en conocimiento del Comercio en general que la única persona autorizada para contratar avisos en esta Revista es el señor Guillermo Benavides, Casilla 670, Teatinos 666.

(De la vuelta)

fría belleza de su cuerpo, parodiase la riqueza y el bienestar?

La segunda modelo volvió la espalda a los dos pintores, y lentamente, entre el frufuteo de sus sedas y el revuelo de sus encajes, estelando un perfume demasiado penetrante, se dirigió al cuarto de vestir, como María Antonieta debió ir hacia la guillotina.

—Pero si Venus te es negada por tu vejez y Juno haría ridícula tu pobreza, he aquí a Minerva, que ha substituído el casco, el escudo y la lanza por el pañolillo donde su cabellera se oculta, el mantón que la cubre cautamente el busto y la ramita de brezo silvestre, que parece florecer sobre su sonrisa cuando lo mordisquea para disimular el rubor. He aquí la suprema sabiduría de la Naturaleza. He aquí el límite ofrecido a los verdaderos artistas de la sencillez, la pureza y la claridad. Todo nuestro arte está ligado por una serie de esfuerzos y desalientos que nos llevan a ella. Los jóvenes no pueden comprenderla, los ricos no se molestan en buscarla. Es el privilegio de los viejos y de los humildes. Huele a campo y nos aquieta el espíritu con su ingenuidad. Este es el modelo, amigo, de tus obras futuras... Ten, muchacha, no puedo darte más.

Y Páris, viejo, pobre, entregó a Minerva, disfrazada de campesina, una moneda de plata, donde no había grabada la frase **Sea dada a la más hermosa**, sino **Alfonso XIII, por la gracia de Dios**, que, después de todo, tiene más valor en el mercado.

JOSE FRANCES.

¿Al fin será éste el microbio del cáncer?

¿Se habrá llegado a descubrir el origen de uno de los mayores flagelos que afligen a la humanidad? ¿Conoceremos definitivamente el agente del cáncer?

Las afirmaciones que acaba de hacer el profesor Bosc de Montpellier, nos abren esta esperanza, y el mundo médico se preocupa seriamente del asunto.

El doctor Bosc, profesor de anatomía patológica de la facultad de medicina de Montpellier, ha dedicado más de 20 años de su vida al laboratorio, y al estudio de los tumores cancerosos.

Ha observado que raspando esos tumores y colocando las raspaduras en una preparación de cultivo hecha con sangre coagulada se producen desde el décimo quinto hasta el quincuagésimo día, grupos de protozoarios, a los que el doctor Bosc atribuye la propiedad de engendrar el cáncer.

—Este parásito—dice—excita las células del organismo; las hace evolucionar con una rapidez mórbida en la que pierde su forma y su función para servirle sólo a él; de suerte que la inmensa fuerza generadora que constituye el tumor puede estimarse como medio de defensa del organismo, que busca con la ayuda de esa fuerza un medio para envolver o encerrar al mismo parásito que la engendra.

Pero, por medio de la difusión en todo el organismo de las células del tumor, que arrastran consigo el parásito, la fuerza generadora se presenta sucesivamente en todos los órganos y el organismo perece por la generalización de un método de defensa, que aplicado en un solo sitio pudo haber dado resultados excelentes.

El doctor Bosc no presenta todavía resultados de inoculaciones, con los que no cabría duda respecto a la naturaleza del agente descubierto, pero ha hecho observaciones que favorecen su tesis.

—Los protozoarios—dice—se encuentran principalmente en el agua, y en especial en las aguas estancadas.

La mayor parte de los insectos, de los pescados y de los animales de sangre caliente les sirven de vehículo: por lo que se observa que el cáncer es más frecuente en las poblaciones atravesadas por ríos, pudiendo descubrirse que su accidente originario se ha producido generalmente por efecto de una picadura.

Al doctor Bosc se le ha presentado el caso de un cáncer en la lengua, iniciado en



Las Rebajas

que Gath y Chaves está efectuando en muchos de sus departamentos, siguen con éxito creciente, atrayendo la atención del público que afluye a estos Grandes Almacenes, en demanda de las oportunidades que ofrece Gath y Chaves a precios verdaderamente bajos

Gath & Chaves Ld.



el mismo punto en que penetró una espina de trucha.

Ha constatado igualmente otro caso de cáncer en la cara, que se desarrolló con rapidez, generándose en el sitio mismo de la picadura de un insecto.

Finalmente ha observado que el cáncer de las vías digestivas es más frecuente en las poblaciones donde se consumen caracoles (escargots) y en aquellos en que los conejos están atacados de una afección parasitaria del hígado; fenómeno sobre el que se ha llamado hace poco la atención de la Academia de Ciencias.

Si se piensa en todos los hechos en que se apoya la teoría microbiana del cáncer y de los que es el más sorprendente el comprobado por el doctor Julierat, respecto a las casas en que se ha presentado tan horrible enfermedad; si se considera el valor de las observaciones reveladas al mundo científico por el doctor Bosc, hay fundado motivo para confiar en que muy pronto se resolverá uno de los problemas de mayor importancia para la ciencia y para el hombre.

X. X.

La fiesta de Kapurthala

Anita Delgado, la actual princesa de Kapurthala, la protagonista de oriental leyenda que recuerda la fantástica de las **Mil y una noches**, ha organizado allá en su deslumbrante palacio de la India una fiesta benéfica, de carácter aristocrático, a favor de las familias de los soldados de aquel **Marajalato** que luchan en campos europeos en unión de las tropas inglesas.

La colonia extranjera se apresuró a responder a su invitación, y Anita Delgado, activa como siempre, que no en vano lleva sangre andaluza en las venas, inició el programa, un programa largo, pero variadísimo, atrayente, de gran originalidad en aquellas regiones asiáticas.

De la dirección musical encargó a Mr. A. U. Lane, un inglés que es un notable maestro, y durante muchos días la aristocracia de Kapurthala se dedicó a preparar la fiesta con todo el esplendor que el caso requería.

Circuló la invitación, de buen gusto artístico, redactada en inglés, y en que se hacía constar de un modo expreso que el acto estaba organizado por Anita, o sea por la H. H. **The Rane Saheba of Kapurthala.**

Llegó la noche fijada, que fué la del 12 de junio, y los salones del palacio del Rajah se vieron llenos. Los altos funcionarios ingleses como los indios ostentaban sus vistosos uniformes, el elemento militar se fundía con el civil y S. M. el soberano kapurthaleño hacía los honores.

Comenzó el acto con una pieza musical a toda orquesta y después bandas militares dejaron oír las mejores obras de sus repertorios, como prólogo de la solemnidad.

La parte de concierto, a cargo de bellas damas y aristocráticos aficionados, nada dejó que pedir; pero la atención estaba fija en los cuadros plásticos que se presentaron.

Fué uno de ellos el de **Cleopatra**, interpretando la protagonista Anita Delgado, que estaba hermosísima con su traje de antigua reina africana, capaz de volver loco, no a Marco Antonio, sino a todos los romanos y no romanos que la viesen.

La **Canción bohemia**, que cantó míster Liveray, resultó aplaudidísima; pero la nota saliente fué la representación de algunas escenas de **Carmen**, la ópera de Bizet, con sus danzas apropiadas, sus trajes de toreros y famosas cigarreras sevillanas. Los coros estuvieron admirables, afinadísimos.

Anita no vaciló, en provecho de la fiesta, en recordar otros tiempos y, según reza el programa, bailó la **Chulapona**, a continuación de la **Farruca**, que estuvo a cargo de varias señoritas inglesas y de Mr. Liveray.

El resultado no pudo ser mejor para el

(Pasa a la vuelta).

ROPA BLANCA FINA



Fabricantes de ropa blanca bordada y cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar con ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

Nuestros precios tienen una enorme ventaja sobre cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

Agradeceremos pida datos, muestras y precios a otra parte y confrontar con los nuestros y se convencerá de la gran ventaja de los artículos de nuestra fabricación.

Fratelli Castagneto

Fabricantes, SANTIAGO

fin benéfico que se proyectó. Ingresaron miles de duros, y la gentil española vió compensada su generosa idea, repartiendo el producto entre las familias necesitadas, que bendecían a la caritativa princesa que el amor de su soberano llevó al trono de Kapurthala.

Acabamos estos apuntes dando la noticia de que tal vez en plazo breve se publique, traducido al español, el libro que en francés ha escrito Anita con el título de **Mis impresiones**, que resulta curioso por más de un concepto.



ESTATUAS VEGETALES.—La moda de los arbustos tallados está muy lejos de morir. Jardineros hay que saben darle formas inesperadas, como se ve en el grabado.



EL GRAN COGNAC NACIONAL

BANDERA CHILENA

Fabricado con los mejores Piscos de Chile

Según cartas certificadas de don Tomás Cox Méndez, del fundo Cucha-Cucha, Chillán; de Juliá Vicens y Cía., de Rapel; y de don Enrique Appelgren, Los Andes, se recomienda no sólo por su excepcional calidad, sino por su moderado precio, estando al alcance TANTO DE LAS FAMILIAS COMO DE LOS OBREROS.

Se encuentra en los principales almacenes y por mayor en la Fábrica

Calle RIO JANEIRO Núm. 397 - Casilla 265
Teléfono Inglés 148 - SANTIAGO
Establecido en 1882.
CORINA LOPEHANDIA y Cía.

VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



PINOT RESERVADO

Es y será siempre el preferido

33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646

ROSSINI Y SU PADRE

Las relaciones entre Rossini y su padre eran por demás curiosas: el uno, compositor joven y renombrado y el otro, humilde corneta, que, por cierto, se distinguía por la perfección con que hacía desafinar al instrumento, nunca estaban de acuerdo. El padre, a pesar de aquel defecto, creía ser el primer instrumentista de Italia; pero su hijo hacía todo lo posible para desengañarlo. Cuando Rossini llegó a los quince años de edad, anunció a su padre que nunca sería una de estas dos cosas: tenor o trompeta; tenor, porque no tenía bastante voz, y trompeta porque este instrumento era para él muy antipático y difícil.

—Entonces, ¿qué vas a ser?—le preguntó su padre.

—Compositor de óperas—replicó Rossini.

—¡Tontería! Te morirás de hambre y así te lo pronostico.

—Bueno, papá—replicó el futuro hombre célebre;—espero que serás tan buen profeta como eres buen corneta.

Algún tiempo más tarde, asistía Rossini al ensayo general de una de sus óperas, y el tocador de corneta desafinaba admirablemente.

—¿Quién es ese bárbaro que lastima así mis oídos?—preguntó Rossini.

—Soy yo—contestó una voz temblorosa.

—¡Ah! ¿Eres tú? Bueno, pues echa a correr hacia tu casa y llévate el instrumento más que de prisa.

¡El desgraciado corneta era el padre de Rossini!

UN AEROPLANO DIRIGIDO POR LA TELEGRAFIA SIN HILO

El ingeniero alemán Falk, estudia un aeroplano dirigido por medio de las ondas Hertzianas. El ingeniero pretende poder ascender y descender el aeroplano a voluntad, hacerlo seguir el itinerario que él deseara, dirigirlo a distancia para el lanzamiento de bombas y la toma de clichés fotográficos.

El insiste, además, sobre el hecho que economizando el peso de sus aviadores, el aeroplano errante podrá ir provisto de blindajes espesos.

Hé aquí lo que cuenta un periódico alemán titulado: "La escuadra aérea".

¿Será verdad?

APARECIO

EL GRAN LIBRO DEL DIA

"EL CONFLICTO DESPUES DE LA VICTORIA"

Por JULIO PEREZ CANTO

Ex-Encargado de Negocios de Chile en el Perú

La mejor defensa de Chile, que dejará nula la infame propaganda peruana en contra de nuestro país

A la venta en todo el País al precio de $ 5.00 ejemplar

EDITORES: EMPRESA ZIG-ZAG - SANTIAGO

SUMARIO

	Págs.
La población de Chile, Alberto Edwards	117
La liga de las naciones	125
Artistas americanas de hoy	137
Los pintores ilustres, Maurice Guillemot	141
Interior de la casa de Teodoro Roosevelt	150
El mensajero de la muerte, Diego Zamora	153
A la memoria de Julio Bertrand Vidal, Ricardo Valdés	173
¿Puede aclimatarse en Chile la Palta Peruana?, A. E.	177
El Pediculus vestimenti y la Pulex irritans	180
Viajes.—Entre salvajes civilizados, Chasseau Flaviens	187
El verdadero origen de "El Conde de Monte Cristo", Adolfo Aderer	197
Cartas de Inglaterra, Eça de Queiroz	201
El arte de trinchar en la mesa	207
Mr. Grex de Monte Carlo, Phillips Oppenheim. (Folletín)	213

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación, es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—**EL PACIFICO MAGAZINE** irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

NUESTRA PORTADA

CUADRO DEL PINTOR CHILENO DON EUCARPIO ESPINOZA, ADQUIRIDO RECIENTEMENTE POR EL SEÑOR FRANCISCO BOZO VALENZUELA



Excmo. Sr. Emilio Bello Codecido, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile en Bolivia.

Excmo. Sr. Diego Dublé Urrutia, Ministro de Chile en Colombia.

Sr. Emilio Rodriguez Mendoza, secretario de la Legación de Chile en Bolivia.

Excmo. Sr. Julio Garcés, Ministro en Centro América.

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. XIII.—Santiago de Chile, febrero de 1919.—Núm. 74 | — Que mañana

PROPIETARIOS: Alberto Edwards, Joaquín Díaz Garcés.

La población de Chile

A cuánto asciende.-Cómo se ha formado.-En qué proporción crece.

Por Alberto Edwards

—¿Qué dice la Estadística? ¿Estamos ya en los seis millones de habitantes?

He aquí una pregunta que se me dirige varias veces por semana y que, francamente, estoy ya aburrido de contestar. Haré, pues, lo que ese cajero de banco a quien le robaron el reloj y que, cansado de narrar su aventura a cuantos acudían a cobrar un cheque, acordó imprimir un relato fidedigno del suceso con todos los detalles imaginables y lo pasaba junto con el respectivo rollo de billetes a los oficiosos preguntones.

—¿Quiere usted estar tan impuesto como yo de cuanto se refiere a la población de Chile? diré en adelante a los que me hablen del asunto. Pues, si no le cree a las publicaciones oficiales, compre el "Pacífico Magazine" del mes de febrero. Allí encontrará mi opinión personal.

La Sinopsis de 1917, estima la población de Chile el 1.o de Enero de ese año, en 3.944,000 habitantes. Siendo yo el Director del Servicio de Estadística y habiendo hecho personalmente la referida estimación, es casi inútil decir que la juzgo más aproximada a la verdad que otra cualquiera.

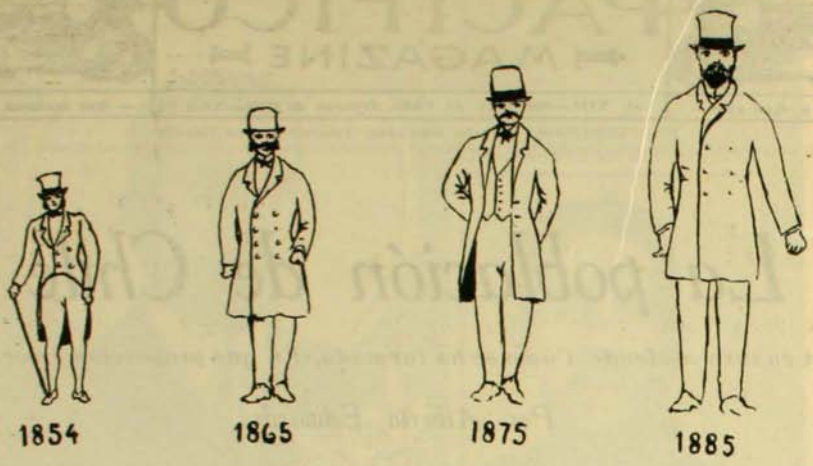
Lo que la Sinopsis no explica, y es natural que así sea, es la forma cómo se procede a las avaluaciones, y los motivos que existen para creérselas fidedignas, dados los medios de que se puede disponer.

La base de ellas es el censo, que como todos saben, consiste en el recuento individual, hecho en un día determinado, de todos los habitantes del país.

Aquí comienza, sin embargo, el escepticismo de la gente. Cuando los resultados de un censo no corresponden a los anhelos patrióticos y a las fantasías optimistas de cada cual, se afirma ex-cátedra que está mal hecho, y que no debe tomársele en cuenta. Mucho más ha de creerse, según tales estadísticos de ocasión, a los cálculos hechos a ojo de buen varón en un momento de entusiasmo y sin base de ningún género.

Aunque al contar la población puede incurrirse en algunos errores, salta a la vista que el resultado será siempre más digno de fe que el obtenido mediante la apreciación de personas del todo inexpertas en la materia.

Salvo el caso de mala fe o falsificación con propósitos electorales, y entonces se tiende de ordinario a aumentar la población y no a disminuirla, un censo, por defectuoso que sea, no puede omitir más del 5 por ciento de los habitantes. Cualquiera que haya tomado parte en una operación de esa índole podrá atestiguar, por otra parte, que es muy difícil que llegue a producirse un error semejante. Ahora bien, no es necesario decir que el más experto calculista a ojo, no puede calcular ni



siquiera la población de una ciudad, con una probabilidad de error menor de un treinta por ciento. Nada más absurdo, pues, que condenar los resultados de un censo por lo que a uno le parece o mejor dicho, desea.

He dejado aparte el caso de falsificación intencional, que en Chile se ha producido, particularmente en 1885. Ese año se realizaron tuttis estadísticos en los varios departamentos, a objeto de hacerles llegar a 12,000 o 32,000 habitantes, cifras exigidas entonces por la Constitución para elegir uno o dos diputados.

Hay al respecto ejemplos muy típicos. Mulchén tuvo 18,233 habitantes en 1875, 18,850 en 1895 y 21,616 en 1907. En el censo de 1885, intermediario entre los dos primeros, alcanzó, sin embargo, de golpe y zumbido a 33,424 habitantes, un poco más de los que necesitaba para tener constitucionalmente dos representantes en la Cámara joven. El caso de Lontué es idéntico: de 19,791 habitantes en 1875, pasó a 32,121 en 1885 para bajar en seguida a 22,187 en 1895 y a 25,299 en 1907.

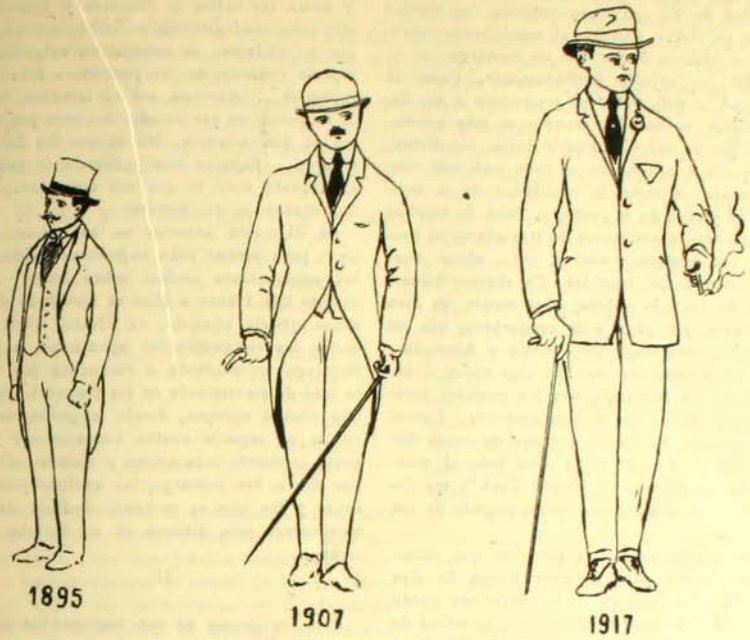
No es éste el único medio de descubrir tales máquinas. Cuando se falsifica un censo, todos los datos estadísticos se resienten de ello; en el feliz departamento que por medios tan poco decorosos crece en población, se produce ipso-facto incurrenda la esterilidad de las mujeres, y la nupcialidad y la mortalidad **relativas bajan** en forma extraordinaria. Ello se explica, porque las mujerse, como los demás habitantes de la localidad, son en buena parte imaginarias y ni conciben, ni mueren, ni menos se casan.

Como se ve, un censo no es una operación sin control.

Si la población de Chile fuera muy diferente de la que nos dió el Censo, que juzgo bastante perfecto, de 1907, toda nuestra estadística denunciaría este hecho. Pues bien, sucede lo contrario. Si calculamos, por ejemplo, el consumo de azúcar, controlado como está por la Aduana, vemos que él corresponde por cabeza de habitante a lo más ordinario y corriente en países de análogas costumbres al nuestro. Lo mismo ocurre con el café, el té, el trigo, etc.

Es cierto que nuestra natalidad y nuestra mortalidad aparecen enormes, con relación a la de los países de la Europa Occidental y Estados Unidos, pero en cambio la Rusia y los Estados Balkánicos exhiben cifras de mortalidad relativa superiores a las nuestras, y es claro que nuestra civilización es más comparable a la de estas naciones que a la de Francia, Suiza o Alemania...

Contra las muchas razones científicas que atestiguan como verdadero o muy cercano a la verdad nuestro último censo (más adelante expondremos otras irredargüibles) existe sólo el natural deseo de tener una po-



blación mayor. Contra esta pasión, muy patriótica y explicable, no habrá argumento bastante poderoso.

En Talca, en 1907, la ciudad entera ardía en deseos de tener muchos habitantes. Se hizo de ello cuestión de amor propio. Gobernaba entonces aquella provincia, mi malogrado antecesor, don Valentín del Campo, y él mismo me refirió las minuciosas precauciones que se adoptaron a fin de que ningún talquino quedara sin ser empadronado. En los Clubs se discutía apasionadamente sobre el probable resultado del censo y se cruzaron infinitas apuestas. Los que hablaban de menos de 50,000 habitantes eran mirados de reojo, como indignos de haber visto la luz en las márgenes del Piduco.

Se concibe cómo trabajarían los comisionados del censo. Cada manzana contó con varios empadronadores... Se sumaron los resultados con apresuramiento febril... Talca tuvo 38,040 habitantes...

En Santiago, salvo algunas personas muy habituadas a los viajes, nadie consentía en que la ciudad pudiera bajar de 500,000 habitantes. Este resultado lo anunciaban en vista de argumentos tan contundentes como el de la inmensa muchedumbre de gente que se reúne a ver pasar la procesión del Carmen, etc... Sucedió lo que en Talca, y nadie quizo creer en el Censo...

Santiago es una ciudad que puede engañar a gentes muy expertas. Para comprenderla es preciso subir a la cumbre del Santa Lucía o del San Cristóbal. Está habitada en **periferia de las manzanas**. Fuera del centro, en todo el resto del recinto urbano predominan los huertos, los jardines y hasta los potreros.

Sólo está edificada la cáscara, lo que se ve desde la calle.

El movimiento extraordinario de los tranvías ha servido también de pretexto plausibles a las ilusiones de muchos.

Es cierto que en relación a la población los tranvías santiaguinos transportan más

pasajeros que en la mayor parte de las ciudades de Europa, pero también es verdad que en Norte América el movimiento relativo es todavía mayor que en Santiago.

Ello se explica perfectamente. Como la ciudad es muy vasta en proporción a sus habitantes, el uso del tranvía es más necesario que en otras capitales donde las distancias son menores, porque todo está más concentrado. Además, la modicidad de la tarifa, la pereza de la gente, la falta de hábitos de ahorro, la costumbre de trasladarse al centro por cualquier motivo, etc., obran aquí en favor de los tranvías. Un obrero chileno, aún de los más pobres, mira menos los diez centavos que paga a la conductora, que un burgués acomodado de Francia o Alemania. No nos agrada caminar. Si algo choca al extranjero en Santiago, son los modales perezosos y lentos de la muchedumbre. Parece que a todos les cuesta grandes esfuerzos dar un paso. "Los primeros días todo el mundo me atropellaba en Nueva York", me decía ayer un santiaguino recién llegado de esa ciudad.

Veo continuamente a personas que suben a un tranvía para recorrer menos de diez cuadras. No exagero... Al revés: me quedo corto. En la línea de Huérfanos, la mitad de los pasajeros descienden antes de Colegio o Brasil. Este hecho lo observo diariamente... Y entre las calles de Bandera y Brasil hay sólo ocho cuadras!! Sin embargo, hay quienes, por no andarlas, se encaraman colgados del repleto vehículo en las posiciones más inverosímiles... Ahorran así el inmenso trabajo de poner un pie delante del otro por espacio de diez minutos. No es que les falte el tiempo... Esperan con paciencia el paso de un tranvía todo lo que sea menester... Lo importante es no moverse.

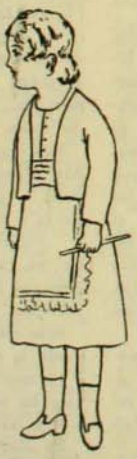
La digresión anterior no es ociosa. Ella sirve para probar cuán engañosas pueden ser las avaluaciones hechas sobre bases tales cuando hay frente a ellas el resultado de un censo. ¿Sería absurdo, en efecto, decir que dadas las circunstancias apuntadas, hay en Santiago un cuarenta o cincuenta por ciento más de movimiento en los tranvías, que en una ciudad europea, donde la población vive en un espacio cuatro veces menor y la gente es mucho más activa y económica? Nó, nor cierto. Sin embargo, las avaluaciones del censo y las que se pretende deducir de ese movimiento sólo difieren en un treinta por ciento.

II

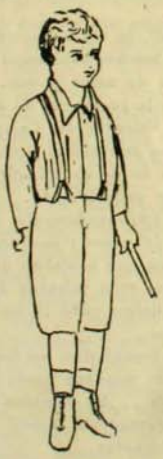
Pero los censos no son impugnados únicamente "a ojo". Es muy frecuente oír, par-



Chile.



Australia.



Argentina.



Rumania.

ticularmente a los viejos, frases parecidas a éstas:

—¿Cómo?... Dice usted que Chile sólo tiene 3.900,000 habitantes... Casi lo mismo que cuando estudié Geografía.

Inútil es decir que se trata en este caso de una simple ilusión. Cuando los que tal afirman estudiaron Geografía, la población de Chile no alcanzaba ni siquiera a la mitad de esa cifra.

He aquí el resultado general de los últimos censos:

Años	Población
1854	1.439,418
1865	1.819,223
1875	2.075,971
1885	2.527,320
1895	2.712,145
1907	3.249,279
1917 (Calculada)	3.944,035

A primera vista el aumento no parece muy grande, pero lo es en realidad. Un país que no recibe una inmigración considerable, crece únicamente por el exceso de los nacimientos sobre las defunciones. Si la población inicial es pequeña, el aumento en números absolutos no puede ser muy grande, así como la renta de un capital exiguo es siempre insignificante, por bueno que sea el interés que gane. Ahora bien: el tanto por ciento de nuestro aumento anual ha sido siempre muy satisfactorio, a pesar de lo crecido de la mortalidad. Entre 1854 y 1865 fué ese aumento de 2% y hoy alcanza todavía a una cifra bastante elevada (1.65%). Para dinero sería un interés pequeño, pero para una población es de lo más alto que conocemos en países que no reciben una fuerte corriente inmigratoria.

Es cierto que en los Estados Unidos el aumento anual de la población ha fluctuado entr 2.07% y 3.59%; pero si se descarta el aumento por inmigración, estas cifras quedan reducidas a un máximum de 2.80% en 1840 y a un mínimum de 1.49% en 1900; cifra esta última muy inferior a la de Chile.

Los estadísticos llaman aumento **vegetativo** de la población el que resulta del excedente de los nacimientos sobre las defunciones, sin tomar en cuenta la inmigración y la emigración. Es satisfactorio dejar constancia de que Chile es uno de los países más favorecidos del mundo a este respecto. La Argentina apenas nos supera; la Australia nos iguala; todos los demás países están en condición inferior a la nuestra.

En el cuadro siguiente encontrará el curioso lector el aumento vegetativo anual de los países civilizados de la tierra:

Argentina	1.8%
Australia	1.7%
Chile	1.7%
Rumania	1.6%
Holanda	1.5%
Estados Unidos	1.5%
Serbia	1.4%



Holanda.



Serbia.



Dinamarca.



Rusia.



Alemania.



Finlandia. Noruega. Italia. Hungría. Inglaterra. Escocia.

Dinamarca	1.4%
Alemania	1.3%
Finlandia	1.3%
Noruega	1.2%
Italia	1.2%
Hungría	1.2%
Gran Bretaña	1.1%
Suecia	1.1%
Austria	1.1%
España	1.0%
Suiza	1.0%
Bélgica	0.8%
Irlanda	0.6%
Francia	0.3%

Se comprende que en los países en que no existe movimiento inmigratorio o emigratorio considerables, o en que están más o menos compensados ambos, como es el caso de Chile, el aumento absoluto de la población es idéntico al vegetativo. En cambio los países que reciben muchos inmigrantes, (Argentina, Australia, etc.) ven aumentar sus habitantes en mayor proporción. Lo contrario sucede a los países que son teatro de una emigración considerable, como sucede en Italia, Alemania, España, etc.

Tampoco Chile, apesar de no ser desde muchos años atrás un país de colonización intensa, puede quejarse de la proporción de su crecimiento relativo. Sólo le aventajan a este respecto algunas naciones y colonias que reciben anualmente una enorme afluencia de inmigrantes.

El cuadro siguiente es muy instrustivo al respecto:

Países	Aumento % anual
Argentina	5.20
Canadá	3.78
Australia	3.26
Rumania	2.03
Estados Unidos	1.72
Serbia	1.72
Chile	1.65
Rusia	1.60
Holanda	1.41
Alemania	1.36
Finlandia	1.30
Japón	1.23
Suiza	1.17
Bélgica	1.08
Dinamarca	1.05
Inglaterra	1.04
Italia	1.03
Noruega	0.95
Austria-Hungría	0.80
Suecia	0.74
Escocia	0.27
Francia	0.15

Como se vé sólo aumentan más rápidamente que el nuestro seis países, de los cuales, los Estados Unidos y la Serbia apenas nos aventajan en unas pocas unidades. Las grandes cifras corresponden, como es natural, a la Argentina, el Canadá y la Australia que están recibiendo casi todo el excedente de la po-



Suecia. Austria. España. Suiza. Bélgica. Irlanda. Francia.

blación europea desde que los Estados Unidos dejaron de dar facilidades a la inmigración.

Nada, pues, menos fundado que la idea de que nuestra población aumenta con mucha lentitud. Estamos a la altura de los países más prolíficos del mundo y casi al nivel de los Estados Unidos. Quizás el espectáculo de la Argentina entra por mucho en las apreciaciones pesimistas que es frecuente oír, y los cargos que se hacen a nuestra estadística, porque no registra una progresión más rápida. Se olvida que la Argentina ha realizado en los últimos cuarenta años una evolución que se produjo en Chile durante la colonia, transformándose de país exclusivamente ganadero en agrícola e industrial.

Es cierto que no somos un país de colonización, pero de ello no debe culparse ni a los gobiernos ni a los habitantes. Por el contrario, la circunstancia de que el territorio esté ya casi en su totalidad ocupado y colonizado, nos honra más bien. Ello es un efecto de nuestra organización más temprana y del carácter laborioso y emprendedor de nuestra raza.





MISS BILLIE CARLETON

hermosa actriz inglesa, que hace furor actualmente en los teatros londinenses, en el género de revistas y piezas musicales. Ultimamente obtuvo su mejor éxito, como heroina de una revista de actualidad internacional, intitulada "La libertad de los mares" (The freedom of the seas).

La Liga de las Naciones

EL deseo de suprimir conflictos como el que hemos presenciado, llevó a las naciones a tratar de evitar en lo posible el que las guerras formen parte de la triste herencia de la humanidad.

El Presidente Wilson ha enunciado en catorce puntos principales lo que formaría la Liga de las Naciones, es decir, el Tribunal Internacional que controlaría las relaciones de unos pueblos con otros, que evitaría los choques y trataría de solucionar cuanta dificultad se presentase en lo relativo a tratados, residuos de guerras antiguas, conflictos modernos o aspiraciones injustas de conquista.

No es la primera vez que se ha tratado de formar este Tribunal. En otros tiempos, reyes, conductores de pueblos y filósofos entrevieron la necesidad de que existiese en el mundo una autoridad suprema, una policía o un poder judicial superior a quien los estados respetasen, y fuese el obstáculo puesto a las guerras muchas veces criminales que han ensangrentado y destruído campos, ciudades y naciones. Pero eso era difícil; los intereses encontrados de los pueblos hacían ilusorio ese proyecto y cada vez que se trató de llevarlo a cabo el fracaso fué la consecuencia de los más generosos y constantes esfuerzos.

Veamos lo que en la historia de la Humanidad se ha hecho en pro de la Liga de las Naciones.

Los discípulos de Confucio fueron los primeros gestores de esta jurisprudencia. La China de entonces no era lo que hoy, sino que estaba formada por un gran número de estados que habían formado una Liga de Naciones, con ejércitos asociados dispuestos a castigar a la nación que de entre ellos no se atuviese a las leyes de la sociedad.

Cinco siglos antes de Cristo existía en Grecia la Federación de las Naciones, formada por doce pueblos. Cada uno de ellos enviaba un número de diputados al Gran Consejo que se reunía en las Termópilas, a la sombra del templo de la Diosa de la Paz, o en Delfos, bajo la invocación de Apolo, dios de la equidad. Allí juraban no destruir ningún pueblo federado, no cortar las aguas potables ni aún en guerra y si alguna de las naciones faltaba a esta promesa, el resto unido enviaba un ejército para castigar y destruir sus ciudades.



Enrique IV.

No haremos la historia de la formación de los imperios de Alejandro y de Roma, ni su disgregación ni de las divisiones en minúsculos reinos, y pasaremos a los tres primeros siglos de la Edad Media, en los cuales empezaron los proyectos de establecer una autoridad común para toda Europa, que sin mezclarse en sus asuntos internos pudiese obligarles a vivir en paz. El más serio de todos los proyectos fué el del Duque de Sully, primer Ministro de Enrique IV de Francia, elaborado a raíz de una guerra que estuvo a punto de estallar entre España y Francia a principios de 1609. El rey francés concibió entonces el proyecto, utópico para la época, "de formar de toda la Europa una República pacífica por medio de un consejo compuesto de diputados de todos los soberanos" (Anquetil).

Sully en sus "Economías Reales" explica y amplía el famoso proyecto.

Para llegar a una paz perpetua, era necesario establecer el equilibrio agrandando las pequeñas naciones y achicando las grandes. España perdería Flandes e Italia, quedándole sólo la península; a Alemania se le quitaba Hungría y Bohemia para formar con ellas reinos separados; a Suiza se la agrandaba con el Franco Condado, el Tirol y la Alsacia; las Provincias Unidas se unían a las provincias belgas y de los pequeños estados italianos se hacía una confederación bajo la presidencia del Papa.

De esta manera Europa quedaba constituída u organizada en quince estados. Seis monarquías hereditarias: España, Francia, Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Lombardía; seis monarquías electivas: Roma, Venecia, Alemania, Polonia, Hungría y Bohemia;

tres repúblicas federales: Helvecia, Bélgica e Italia.

De esta Europa cristiana, el bearnés excluía al bárbaro moscovita y al turco infiel.

Solamente tres religiones podrían gozar del libre ejercicio de su culto: el catolicismo, el luteranismo y el calvinismo. La Europa así reconciliada se hubiese reunido para acabar con el enemigo común: el turco.

Los diferentes estados tendrían que someterse a consejos modelados sobre los de Jonia. Había siete consejos; uno general para todos los asociados y seis particulares. El consejo general, compuesto de 40 miembros, "para juzgar y aconsejar", había de estar apoyado por un ejército y una marina federales.

Anquetil (antes citado) se burla del proyecto y en realidad él cayó en el vacío y no se volvió a hablar de él hasta un siglo más tarde.

En 1716, el abate Saint Pierre, publicaba un libro que dedicaba a Luis XV para que patrocinara su idea en el que proponía a todos los soberanos de Europa que hiciesen entre ellos una Liga de paz perpetua e irrevocable, que sería sostenida por un consejo permanente de embajadores; consejo que arreglaría todas las divergencias entre los diferentes estados, y el que no se sometiese, sería castigado por el ejército que contra él mandarían las restantes naciones confederadas.



Luis XV.

Este proyecto de paz perpetua se leyó y comentó mucho. Voltaire se burló de la "impracticable paz", pero, en cambio, Juan Jacobo Rousseau lo tomó en serio, lo defendió con calor, siendo su verdadero apóstol.

Poco después, en 1795, el gran filósofo alemán Manuel Kant, arregló y publicó estas mismas ideas.

Los grandes revolucionarios franceses también predecían la paz universal. Robespierre, Petion y sus secuaces juraban que Francia no quería más guerras ni conquistas, que todas las naciones debían ser libres y que la paz universal sería un hecho. Dos años después la Asamblea obligaba a Luis XVI a declarar la guerra a Austria y diez años más tarde los soldados de la libertad se lanzaban a conquistar el mundo.

Después, a principios del siglo pasado, los soberanos coaligados de Europa firmaron un tratado de alianza para mantener la paz y sostener un ejército de 150,000 hombres, mientras Bonaparte no renunciase a sus ambiciones.

En el año 1848, Víctor Hugo, en su famoso discurso en la Asamblea legislativa, pronunció la célebre frase de "los Estados Unidos de Europa", y diecisiete años después Federico Passy pedía la creación de una Liga internacional y permanente de la paz. Se organizó un Congreso y en las listas de adhesión figuraban nombres como los de Víctor Hugo, Lamartine, Julio Simón, Pelletán, Stuart Mill, Young, Renán y otras notabilidades.

Estaba este consejo reunido en Basilea en 1870, cuando estalló la guerra franco-prusiana, como para demostrar la utopía de la paz universal perpetua.

Pero ahora, después de la horrible experiencia que ha sufrido el mundo, esa utopía se va convirtiendo en realidad y la Liga de las Naciones está ya formada, aunque todavía no entra, ni entrará tan luego, a practicar los principios de policía y justicia internacionales a que está destinada.

Según los deseos expresados y las opiniones vertidas en las sesiones del Congreso de la Paz, la "Liga de las Naciones" moderna cuando entre al terreno práctico de la política, servirá de instrumento para la abolición de aquellos factores sociales y económicos que tan gran parte tuvieron en precipitar la guerra. Se hará una tentativa para adaptar prácticamente en la constitución y procederes de ella la esencia de los catorce puntos del Presidente Wilson, así como los propósitos de guerra enunciados por Gran Bretaña y los aliados.

El cuerpo de mandatarios de la Liga será compuesto primero por las grandes potencias, que presentarán un documento completo al que se añadirá en el momento oportuno lo que interese a aquellos países que entraron en guerra con ellas. Luego se añadirá lo de los neutrales y por último lo que provenga de los países enemigos, que ya han dado pruebas convincentes de que sus sentimientos han cambiado.

Los dominios británicos tendrán sus repre-

sentantes en el directorio principal de la Liga. Esta tendrá sus cuarteles generales en un lugar que se designará oportunamente.

Una de las propuestas interesantes que tendrá que considerar, será la de la neutralización de Gibraltar y Algeciras, pero este proyecto aún está por resolverse.

En tiempos normales, las funciones de la Liga serán las de observar que las relaciones internacionales se desarrollen normalmente, mirando la oportunidad para ofrecer sus buenos oficios para evitar toda disputa y dificultad que aparezca.

De acuerdo con los planes proyectados hasta ahora, tendría también la facultad de hacer observar los términos en que se concluyan los Tratados de Paz, observando que se lleven a cabo hasta el fin todas sus cláusulas.



Voltaire.

En aquellos casos en que las disputas presenten un carácter serio, los miembros que formarán la Liga se comprometen a que la cuestión, siempre que sea de carácter que permita el arbitraje, sea sometida ya al Consejo, ya a la Conferencia plenaria de la Liga, que impondrá su mediación o sugerirá el arbitraje.

En caso de disputa entre miembros de la Liga y de Estados que no pertenezcan a ella, probablemente se dispondrá que los extraños acepten sus buenos oficios, y en todo caso dispondrán de sus fuerzas comunes en contra de los que rehusen escuchar las razones o atacar a los miembros de la Liga.

En caso de que el arbitraje o la mediación sea aceptada por ambas partes, éstas se obligarán a no entrar en lucha.

En caso de que este compromiso fuera alterado, o de que una guerra injusta fuera provocada, todos los miembros de la Liga se pondrían en guerra en contra del ofensor, lo que posiblemente tendrá el carácter de un boycot económico. Pero si las operaciones de guerra fueran necesarias, recaería en la Liga la obligación de decidir cómo los miembros de ella proveerían con las fuerzas necesarias.

En caso de guerra, la Liga tendría a su cargo que las operaciones se ajustaran a las reglas establecidas de antemano, desde la prohibición del envenenamiento de los pozos hasta la libertad de los mares.

Pero no es tanto por la virtud de este mecanismo para impedir las guerras, por lo que la Liga será considerada, o por el gran resultado de la Conferencia de Paz, sino por la sanción y el reconocimiento que se hará de reglamentar razonable y humanamente las relaciones internacionales, que, como es natural, reducirán el límite de las antiguas causas de conflictos.

Habrá en la Liga tres grupos activos, correspondientes a los tres grupos de la Conferencia de Paz. El primero será un Consejo Supremo compuesto de delegados probablemente escogidos entre los Embajadores y Ministros radicados en la ciudad que sea designada como sede de la Liga; el segundo será un Consejo Ejecutivo compuesto más o menos como el Consejo de los Diez; pero probablemente con la adición de representantes de otras potencias; el tercero será, sin duda alguna, una secretaría permanente internacional, que si ha de ser de utilidad no podrá ser un cuerpo meramente consultivo, pues no podría esperarse que una nación que quisiese ir a la guerra la fuese a consultar al respecto y cualquiera amenaza obligaría a poner en movimiento la organización de la Liga, ya fuese que se tratase de miembros de la Liga o no.

En caso de tratarse de miembros de la Liga, existirá alguna garantía que resguarde su integridad territorial. Por lo que se sabe del proyecto, no aparece la intención de formar una corte internacional de justicia, pero esto será dejado a la Liga misma, que tratará estos puntos más tarde.

El Presidente Wilson, en la sesión de las Conferencias de Paz, efectuada el 14 del presente, leyó por fin el memorándum de Constitución de la Liga de las Naciones, que copiamos a continuación:

PROEMIO

Con el objeto de promover la cooperación internacional y de asegurar la paz y la seguridad internacionales, por la aceptación de la obligación de no acudir al recurso de la

guerra, por la prescripción de francas y honorables relaciones entre las naciones, por el firme establecimiento de las prescripciones del Derecho Internacional, para la regulación de la conducta de los gobiernos entre sí y por el mantenimiento de la Justicia y de un escrupuloso respeto por todos los tratados y obligaciones contraídas en el trato de los pueblos organizados, las potencias signatarias de este convenio adoptan la siguiente

CONSTITUCION DE LA LIGA DE LAS NACIONES

Artículo 1.o—La acción de las Altas Partes Contratantes, según los términos de este convenio, se ejercerá por intermedio de las reuniones de una asamblea de Delegados que representen a las Altas Partes Contratantes; de las reuniones en intervalos más frecuentes de un Consejo Ejecutivo y de una Secretaría Internacional Permanente, que se establecerá en la sede de la Liga.

Art. 2.o— Las reuniones de la corporación de delegados se celebrarán en las fechas preestablecidas, y de tiempo en tiempo, cuando las circunstancias lo exijan, con el propósito de tratar de las materias dentro de la esfera de atribuciones de la Liga. Las reuniones de la corporación de delegados se celebrarán en la sede de la Liga o en otra localidad si así se estima conveniente. Como se ha dicho, esta corporación estará formada por delegados de las Altas Partes Contratantes.

Cada una de las Altas Partes Contratantes tendrá un voto y no podrá tener más de tres representantes.



Rousseau.

Art. 3.o—El Consejo Ejecutivo estará formado por representantes de los Estados Unidos de América, del Imperio Británico, de Francia, de Italia y del Japón, conjuntamente con representantes de otros cuatro estados que sean miembros de la Liga. La selección de estos cuatro estados será hecha por la Asamblea de Delegados, observando los principios y obrando en la forma que estime conveniente. Pendiente la designación de estos representantes de los otros estados, los representantes de... serán miembros del Consejo Ejecutivo.

Las reuniones del Consejo Ejecutivo se celebrarán periódicamente, como las circunstancias lo exijan, o por lo menos una vez al año, en el lugar que se decida, y no acordándose nada en este punto, en la sede de la Liga de las Naciones. Podrá tratarse en las reuniones de este Consejo de todas las materias dentro de la esfera de actividad de la Liga o de las que afecten a la paz del mundo.

A las naciones afectadas directamente o en sus intereses por las materias que hayan de discutirse en el seno del Consejo Ejecutivo, se les enviará invitación para que asistan a las respectivas sesiones, y ninguna resolución adoptada en estas reuniones será válida respecto de la potencia que no haya sido invitada en esta forma.

Art. 4.o—Todas las cuestiones de procedimiento que se susciten en las reuniones de Asamblea de Delegados o del Consejo Ejecutivo, incluída la designación de Comités para investigar cuestiones particulares, serán reglamentadas por la Asamblea de Delegados o por el Consejo Ejecutivo y deberán ser decididas por la mayoría de los estados representados en la sesión.

Para su primera reunión, la Asamblea de Delegados y el Consejo Ejecutivo serán convocados por el Presidente de la República de los Estados Unidos de Norte América.

Art. 5.o—La Secretaría Permanente de la Liga será establecida en... que constituirá la sede de la Liga.

Esta Secretaría tendrá tantos secretarios y empleados como sean necesarios, bajo la dirección general y control de un Secretario General de la Liga, que será elegido por el Consejo Ejecutivo; el personal de la Secretaría será nombrado por el Secretario General, designación que deberá ser confirmada por el Consejo Ejecutivo.

El Secretario General tendrá capacidad para actuar en todas las reuniones de la Asamblea de Delegados o del Consejo Ejecutivo.

Los gastos de la Secretaría serán cubiertos por los Estados miembros de la Liga, de acuerdo con el prorrateo establecido para los

gastos de la Oficina Internacional de la Unión Postal Universal.

Art. 6.o—Los representantes de las Altas Partes Contratantes y los funcionarios de la Liga, cuando estén ocupados en los negocios de ella, disfrutarán de los privilegios y las inmunidades diplomáticas, y los edificios ocupados por la Liga, por sus funcionarios o por los representantes que asistan a sus reuniones gozarán del beneficio de la extraterritorialidad.

Art. 7.o—La admisión a la Liga de los Estados que no firmen este convenio o que no estén nombrados en el Protocolo como invitados para adherir a él, deberá reunir el consentimiento de no menos de los dos tercios de los Estados representados en la Asamblea de Delegados, y estará limitada a los países completamente independientes, incluídos los dominios y las colonias.

Ningún Estado podrá ser admitido en la Liga, a menos que pueda proporcionar garantías efectivas de su sincera intención de observar sus obligaciones internacionales, y a menos que se conforme a los principios que puedan ser establecidos por la Liga respecto a sus fuerzas navales y militares y a sus armamentos.

Art. 8.o—Las Altas Partes Contratantes reconocen el principio de que la mantención de la paz exigirá la reducción de los armamentos nacionales a la más baja proporción compatible con la seguridad nacional y la necesidad de obligar por medio de la acción conjunta el cumplimiento de las obligaciones internacionales, teniéndose especialmente en cuenta la situación geográfica y las circunstancias de cada Estado. El Consejo Ejecutivo formulará los planes para efectuar tal reducción. El Consejo Ejecutivo determinará también, para la consideración y acción de los diversos Gobiernos, qué equipo militar y qué armamentos son equitativos y razonables para cada país en proporción a la escala de fuerzas militares consultadas en el programa de desarme; y estas limitaciones, una vez adoptadas, no podrán ser excedidas sin el permiso del Consejo Ejecutivo.

Las Altas Partes Contratantes convienen en que la manufactura por empresas privadas de municiones y elementos de guerra, se presta a graves objeciones, y piden al Consejo Ejecutivo que indique los medios de evitar los peligrosos efectos que pueden originarse de esa producción, tomando en debida consideración las necesidades de los países que no pueden producir por ellos mismos las municiones y elementos bélicos necesarios para su seguridad.



Kant.

Las Altas Partes Contratantes se comprometen a no ocultarse las unas a las otras las condiciones de sus industrias que sean susceptibles de ser adaptadas a propósitos de guerra, ni la proporción de sus armamentos, y acuerdan en que se verificará un completo, franco y recíproco intercambio de informaciones por lo que respecta a sus programas militares y navales.

Art. 9.o—Se constituirá una Comisión Permanente para informar y aconsejar a la Liga sobre la ejecución de las disposiciones del artículo 8.o y sobre las cuestiones militares y navales en general.

Art. 10.—Las Altas Partes Contratantes se comprometen a respetar y preservar contra la agresión externa la integridad territorial y la independencia política actual de todos los Estados miembros de la Liga de las Naciones. En caso de que se realizase una agresión de esta especie, o en caso de amenaza o peligro de tal agresión, el Consejo Ejecutivo indicará los medios por los cuales esta obligación debe ser cumplida.

Art. 11.—Cualquiera guerra o amenaza de guerra, afecte o no afecte inmediatamente a las Altas Partes Contratantes, es declarada por la presente como materia que concierne a la Liga de las Naciones, y las Altas Partes Contratantes se reservan el derecho de tomar la acción que les parezca aconsejable y adecuada para la salvaguardia de la paz de las naciones.

También por el presente artículo se declara y se acepta el derecho amistoso de cada una de las Altas Partes Contratantes para llamar la atención de la Asamblea de Delegados o del Consejo Ejecutivo sobre cualquiera circunstancia que afecte el intercambio internacional o que amenace turbar la paz internacional o las buenas relaciones entre las naciones, de las cuales depende la paz.



Robespierre.

Art. 12.—Las Altas Partes Contratantes se comprometen a que en caso de que entre ellas se suscite un conflicto que no pueda ser solucionado por las vías ordinarias de la diplomacia, en ningún caso apelarán al resurso de la guerra sin someter previamente las materias y cuestiones origen de la disputa al arbitraje o a la investigación del Consejo Ejecutivo de la Liga, ni antes de transcurridos tres meses desde la fecha en que el árbitro expida su fallo o el Consejo Ejecutivo emita sus recomendaciones sobre el particular. Además, se comprometen a no declarar aún entonces la guerra, contra el miembro de la Liga que cumpla el fallo del árbitro o las recomendaciones del Consejo Ejecutivo.

En todo caso, de acuerdo con la prescripción de este artículo, el fallo deberá ser dictado por el árbitro en un tiempo razonable, y la recomendación del Consejo Ejecutivo deberá ser expedida dentro de los seis meses contados desde la fecha en que se sometiera el conflicto a su conocimiento.

Art. 13.— Las Altas Partes Contratantes convienen en que siempre que entre ellas se origine alguna disputa o dificultad y ellas reconozcan que son adecuadas para someterlas al arbitraje y que no pueden ser satisfactoriamente resueltas por la vía diplomática, someterán toda la materia al arbitraje. Para este propósito, la Corte de Arbitraje a que deberá someterse el caso deberá ser la que las partes interesadas hayan convenido o la estipulada en alguna convención vigente entre ellas. Las Altas Partes Contratantes se comprometen a cumplir íntegramente y de buena fe el fallo que fuere expedido, cualesquiera que fueran sus disposiciones.

En caso de que no se diere cumplimiento a la sentencia del árbitro, el Consejo Ejecutivo propondrá las medidas que deban adoptarse para cumplirla.

Art. 14.—El Consejo Ejecutivo formulará los proyectos para el establecimiento de una Corte Permanente de Justicia Internacional y este tribunal una vez establecido será competente para oír y fallar cualquiera materia que las partes reconozcan que es adecuada para someterla al arbitraje, de acuerdo con el artículo anterior .

Art. 15.—En caso de que entre las naciones miembros de la Liga se originara algún conflicto que probablemente pudiera conducir a la ruptura diplomática,— materia que no sería sometida al arbitraje como las anteriores,—las Altas Partes Contratantes se comprometen a deferir el asunto al Consejo Ejecutivo. Las partes implicadas en la disputa deberán dar aviso de su existencia al Secretario General, quien adoptará las medidas necesarias para una completa investigación y consideración del asunto. A este propósito, las partes convienen en comunicar al Secretario General, tan pronto como sea posible, sus alegaciones o argumentaciones conjuntamente con los hechos relevantes y los documentos a ellos referentes, debiendo más adelante el Consejo Ejecutivo dirigir la publicación de todos los antecedentes. En caso de que los esfuerzos del Consejo condujeran a la solución de la disputa, se dará a la publicidad una declaración que consigne la naturaleza del conflicto y los términos del arreglo, conjuntamente con las explicaciones que sean del caso. Si la cuestión no ha quedado arreglada, se publicará un informe del Consejo en que se expongan todos los hechos y explicaciones necesarias y la recomendación que el Consejo estime justa y adecuada para el arreglo de la disputa. Si el informe es unánimemente adoptado por los miembros del Consejo que no sean parte interesada en la disputa, las Altas Partes Contratantes se comprometen a no ir a la guerra contra la parte que cumple la recomendación del Consejo. En caso de que alguna parte se niegue a cumplirlo, el Consejo indicará las medidas adecuadas para poner en vigencia lo que sea razonable.

Si no ha habido tal unanimidad, será el deber de la mayoría y el privilegio de la minoría lanzar declaraciones que indiquen la forma en que estiman los hechos y que contengan las razones que ellas consideran que son justas y pertinentes.

El Consejo Ejecutivo podrá, en todo caso— y de acuerdo con este artículo— deferir la disputa a la Asamblea de Delegados. Así se procederá también a petición de cualquiera de las partes interesadas, siempre que esa petición se haga dentro de los catorce días siguientes a la fecha en que el caso se haya

sometido al Consejo. En todo caso, deferida la cuestión a la Asamblea de Delegados, todas las disposiciones de este artículo y las del artículo 12 relativas a la acción y facultades del Consejo Ejecutivo se aplicarán a la acción y facultades de la Asamblea de Delegados.

Art. 16.—Si algunas de las Altas Partes Contratantes llegara a quebrantar o a no tomar en cuenta los compromisos del artículo 12, se entenderá que por el sólo ministerio de la ley ha cometido un acto de guerra contra todos los demás miembros de la Liga, los que se comprometen a someterla inmediatamente a la interrupción de todo comercio o de relaciones financieras, a establecer la prohibición de todo intercambio entre sus nacionales y los nacionales del estado infractor y a impedir todo intercambio financiero, comercial o personal entre los nacionales del estado infractor y los nacionales de cualquier otro estado, ya sea miembro de la Liga o no lo sea.

En este caso será deber del Consejo Ejecutivo indicar las fuerzas efectivas militares y navales con que los miembros de la Liga deberán contribuir para la formación de las fuerzas armadas que deberán ser utilizadas en la protección de los convenios de la Liga.

Las Altas Partes Contratantes convienen aún en que se apoyarán recíprocamente en las medidas financieras y económicas que deban adoptarse en virtud de lo dispuesto en este artículo, a fin de reducir a su ínfima expresión las pérdidas e inconveniencias que de su aplicación resultaren, y se comprometen a prestarse ayuda recíproca para resistir a cualquiera medida que contra ellas pretenda establecer el estado infractor y también a proporcionar paso libre por su territorio a las fuerzas de cualquiera de las Altas Partes Contratantes que vayan a cooperar a la mantención de los pactos de la Liga.

Art. 17.—En el caso de conflictos entre un estado miembro de la Liga con otro que no lo es, o entre estados que no son miembros de la Liga, las Altas Partes Contratantes acuerdan que el Estado o Estados que no sean miembros de la Liga, serán invitados a aceptar las obligaciones que impone la calidad de miembro de la Liga para el caso de tales disputas, de acuerdo con las condiciones que el Consejo Ejecutivo estime justas, y a contar desde la aceptación de tal invitación, las anteriores disposiciones serán aplicadas con las modificaciones que sean estimadas convenientes por la Liga.

Una vez hecha la antedicha invitación, el Consejo Ejecutivo iniciará inmediatamente una investigación de las circunstancias e importancia de la disputa y recomendará la acción que juzgue más adecuada y más efectiva para las circunstancias.

En el caso de que la potencia así invitada se negare a aceptar las obligaciones inherentes a la calidad de miembro de la Liga para el sólo efecto de dirimir la disputa, o iniciare alguna acción contra un estado miembro de la Liga,—lo que en el caso de un estado miembro de la Liga constituiría una violación del artículo 12— se aplicarán las disposiciones del artículo 16 contra el estado que adoptara tal actitud.

Si las dos partes en litigio en el caso de ser invitadas se negaren a aceptar las obligaciones inherentes a la calidad de miembro de la Liga, para el sólo efecto de dirimir la disputa, el Consejo Ejecutivo podrá adoptar resoluciones y hacer recomendaciones que impidan la iniciación de las hostilidades y que den como resultado el arreglo del conflicto.

Art. 18.— Las Altas Partes Contratantes convienen en que se confiará a la Liga de las Naciones la supervigilancia general del comercio de armas y municiones con los países en que el control de este tráfico sea necesario para los intereses comunes.

Art. 19.— A las colonias y territorios que como consecuencia de la última guerra han cesado de estar bajo la soberanía de los estados que anteriormente los gobernaban y que están habitados por pueblos aún incapaces de gobernarse por sí mismos en las agitadas condiciones actuales del mundo, se les aplicará el principio de que el bienestar y desarrollo de tales pueblos están confiados a la sagrada guarda de la Civilización, y de que las seguridades para el ejercicio



Victor Hugo.

de esta guarda deberán incluírse en la Constitución de la Liga de las Naciones.

El mejor método de dar una realización práctica a estos principios es el de confiar el tutelaje de tales pueblos a las naciones más avanzadas que en razón de sus recursos, de su experiencia y de su situación geográfica, pueden comprometerse más bien a esa responsabilidad y a ejercer esa tutela como un mandato de la Liga de las Naciones.

La extensión del mandato diferirá de acuerdo con el grado de desarrollo, con la situación geográfica, con las condiciones económicas y con otras circunstancias similares de los territorios sometidos a administración.



Lamartine.

Ciertas comunidades que anteriormente pertenecían al imperio turco, han llegado a un grado de adelanto tal que su existencia como estados independientes puede ser provisionalmente reconocida, siempre que se les someta al consejo administrativo y a la ayuda de una potencia administradora, hasta el tiempo en que sean capaces de gobernarse por sí mismas. Los deseos de estas comunidades deberán constituir un principio para la elección de la potencia administradora.

Otros pueblos, especialmente los del Africa Central, están en tal grado de atraso, que la potencia mandataria deberá ser responsable por la administración del territorio, que estará sujeta a limitaciones que garanticen la libertad de conciencia o religiosa, dentro de los límites del mantenimiento del orden público y de la moral, a la prohibición de abusos tales como el tráfico de esclavos, de armas o de licor, a la prohibición de establecer fortificaciones o bases militares o navales y del entrenamiento militar de los nativos para otros propósitos que los de policía y defensa del territorio. También deberán establecerse la igualdad de las oportunidades comerciales para los otros miembros de la Liga.

Hay territorios tales como el Africa Sur Oriental y ciertas islas del Pacífico meridional, que, debido a la escasa densidad de su población, a su pequeñez, a su lejanía de los centros de civilización o a su continuidad geográfica con el Estado mandatario, estarán mejor administrados de acuerdo con las leyes de ese Estado, como parte integrante de su propio suelo, aunque teniéndose siempre en cuenta las limitaciones y restricciones ya expresadas y establecidas en interés de las poblaciones nativas.

En todo caso, el Estado mandatario deberá presentar a la Liga de las Naciones un informe anual respecto del territorio que se le haya confiado.

El grado de autoridad o administración que será ejercitado por la potencia mandataria, será en cada caso— si no se establece previamente por el acuerdo de las Altas Partes Contratantes,—definido explícitamente por el Consejo Ejecutivo en una acta o documento especial.

Las Altas Partes Contratantes convienen también en establecer en la sede de la Liga una Comisión de Mandatos, para que reciba y examine los informes anuales expedidos por las potencias mandatarias, y para que ayude a la Liga a asegurar la observación de las cláusulas de todos los mandatos.

Art. 20.—Las Altas Partes Contratantes tratarán de asegurar y de mantener condiciones equitativas y humanas de trabajo para los hombres, mujeres y niños, tanto en sus respectivos territorios como en todos los demás países a los cuales se extiendan sus relaciones comerciales e industriales; y, con este objetivo en vista, acuerdan establecer como parte de la organización de la Liga una Oficina Permanente de Trabajo.

Art. 21.—Las Altas Partes Contratantes acuerdan que se dicten disposiciones por medio de las instituciones de la Liga, para asegurar y mantener la libertad de tránsito y un tratamiento equitativo para el comercio de todos los Estados miembros de la Liga, debiendo tenerse en consideración— entre otras cosas—acuerdos especiales para proveer a las necesidades de las regiones devastadas durante la guerra del año 1914-1918.



Julio Simón.

Art. 22.—Las Altas Partes Contratantes acuerdan poner bajo el control de la Liga a todas las Oficinas Internacionales ya establecidas por tratados generales, si las partes en tales tratados lo consienten.

Más aún, acuerdan que todas las oficinas Internacionales que se establezcan en lo futuro, serán colocadas bajo el control de la Liga.

Art. 23.—Las Altas Partes Contratantes acuerdan que todo tratado o acuerdo internacional que pacte de aquí en adelante cualquier estado miembro de la Liga será enviado al Secretario General y registrado y publicado tan pronto como sea posible por éste, acordándose además que ninguno de esos tratados o acuerdos internacionales será obligatorio mientras no sea registrado en la forma indicada.

Art. 24.—La Asamblea de Delegados tendrá el derecho de indicar periódicamente la reconsideración por los estados miembros de la Liga de los tratados que se hayan convertido en irrealizables y de las condiciones internacionales de cuya supervivencia pudiera resultar un peligro para la paz del mundo.

Art. 25.—Las Altas Partes Contratantes acuerdan que una vez aceptado el presente convenio, quedan abolidas todas las obligaciones internacionales que son incompatibles con sus cláusulas y se comprometen solemnemente a que en lo futuro no entrarán en tratado alguno que contenga disposiciones contrarias a las suyas. En caso de que alguna de las potencias firmatarias del presente convenio o de las que posteriormente sean admitidas en la Liga hubiera contraído antes de ingresar a ella obligaciones incompatibles con los términos de este convenio, será de su deber iniciar las gestiones necesarias para procurar su exención de tales obligaciones.

Art. 26.—Las reformas a este convenio entrarán en vigencia cuando sean ratificadas por los Estados cuyos representantes forman la Asamblea de Delegados".

He aquí el proyecto que se someterá a la consideración del Congreso Americano y que será la base de la Liga o Sociedad de las Naciones. Pero... en la práctica ¿serán eficaces los trabajos, los fallos y las decisiones de esta corporación internacional?

Sin tomar en cuenta el problema de la posesión definitiva de las ex-colonias alemanas ni el originado por el anhelo francés de llegar hasta el Rhin, los asuntos de que tendrá que ocuparse la Conferencia de Paz ahora y la Liga de las Naciones más tarde, son múltiples y dificultosos. Basta para convencerse de ello, ver lo que desean los diversos estados europeos.

Todos los países que han combatido, han experimentado pérdidas enormes y de todas clases y es natural que anhelen resarcirse de tanta destrucción, de tanto gasto y tantas existencias jóvenes tronchadas por la hoz implacable del flagelo. Es necesario haber estado en las trincheras de Francia para poder apreciar lo que han penado sus hijos. Es necesario visitar la región azotada por el cataclismo, para darse cuenta de lo que se ha perdido. Hay que llegar hasta los hogares para ver lo que se ha llorado y hasta los hospitales para darse cuenta del sufrimiento ilimitado, que ha sido el único horizonte de los franceses durante cuatro años. Hay que visitar las ciudades y los campos en que han tenido lugar los combates para apreciar los millones arrebatados a la riqueza pública de Francia y hay que ir a los ministerios y a las empresas comerciales para darse cuenta cabal del retroceso económico que la guerra importa a la más generosa y valiente de las naciones aliadas.



Pelletán.

Mr. Wilson, que ha visto la guerra desde lejos y que no ha contemplado cuadros de horrores, ni ha gobernado un país abruma-



Wilson y el rey Jorge V.

do por el paso de los ejércitos enemigos, ve todas estas cosas desde un sitial muy elevado; su espíritu justiciero está, dicen, por encima de los odios y las venganzas y aconseja a los franceses con frases sonoras y profundas, la tranquilidad, la conformidad, la justicia, el altruismo y muchas otras virtudes, cuya práctica los llevaría a ser menos exigentes... Clemenceau encuentra que este raciocinio del ilustre Presidente americano es un poco fuerte y que si los Estados Unidos hubiesen luchado y sufrido como la Francia, la opinión de su Jefe sería menos idealista y más en consonancia con las necesida-

des materiales y utilitarias que son base de la prosperidad de las naciones.

He aquí, pues, un tema difícil y laborioso que ya es discutido en las Conferencias de Paz y que más tarde pasará a formar parte del memorándum de asuntos por estudiar que tendrá de su responsabilidad la Liga de las Naciones.

¿Y los demas pueblos que formaron la Entente?

Rumania desea retener la parte de la Bessarabia rusa que le fué acordada por el tratado de Bucarest y quiere la parte meridional de la Dobrudja, la anexión de las provincias de Hapsburgo, de la Bukovina, de Transilvania y de considerable parte del rico distrito agrícola del Banat, donde sus pretensiones se encuentran en conflicto con las de Serbia.

Serbia pide la Bosnia, la Herzegovina y la Croacia, excepto la región de la costa de Fiume, lo que no es contrario a los propósitos aliados. En cambio, los yugoeslavos y los italianos se encuentran enérgicamente contrapuestos en lo que se refiere al problema de la costa del Adriático.

La unión serbio-montenegrina, como la facción que representa al Rey Nicolás, protesta **toda unión que prive a** Montenegro de su autonomía local. También existe disparidad entre los planes de los estadistas yugoeslavos y los sustentados por los del Estado Tcheco-eslovaco, quienes desean una amplia faja de terreno que vaya desde la Bohemia hasta el Adriático.

Grecia ha hecho presente sus aspiraciones sobre la parte norte del Epiro y de la Tracia, con excepción de Constantinopla y de las costas del Bósforo y de los Dardanelos, que deben ser internacionalizadas. También pide el vilayeto de Smirna en Asia Menor y los territorios anteriormente otomanos en el Adriático oriental, incluídos los del Dodecanese también pretendidos por Italia.

Aun cuando Bulgaria capituló incondicionalmente, su Gobierno espera que se le concedan buenas extensiones de territorio.

Las pretensiones territoriales del Estado Tcheco-eslovaco son casi todas a expensas del antiguo Imperio austro-húngaro.

Ya se han agregado al nuevo Estado el antiguo reino de Bohemia, la Moravia y las regiones eslovacas del norte de Hungría; pero hay conflicto entre los polacos rutenos y rumanos alemanes y los magyares austriacos respecto de las pretensiones tchecas sobre parte de la Sajonia y de la Silesia.



Renán.

Los polacos tratan de establecer su posesión sobre los territorios de la Polonia rusa y de la Galicia, que constituyen el núcleo de la Nueva Polonia, y solicitan, además, la Galicia oriental, que incluye a Lemberg, y la disputada provincia de Cholm, en la pequeña Rusia.

También pretenden la Silesia alemana, Posen, la Prusia occidental y Dantzig, a fin de tener salida al mar.

Bélgica, por su parte, quiere que los alemanes le paguen antes que todo por lo menos 15,000.000,000 de francos por el concepto de indemnización de perjuicios y una suma mucho mayor, en caso de que no le devuelvan las maquinarias llevadas de su territorio. También desea que Holanda le entregue la ribera izquierda del Escalda y la península de Lastritch, que se interna en el Limburgo belga. El Luxemburgo decidirá por un plebiscito si quiere unirse a Francia o a Bélgica o si quiere conservar su autonomía. Es indudable que Holanda se resistirá a una modificación de sus fronteras.

Se espera que el Japón devuelva Tsing Tau a China, pero probablemente retenga ciertas concesiones hechas anteriormente a los alemanes en la Península de Shantung. Fuera de ésto el Japón desea retener las islas alemanas del Pacífico al norte del Ecuador.

Los delegados chinos piden garantías contra la agresión y el imperialismo extranjeros y desean la abolición gradual de los derechos consulares y el reconocimiento de su derecho para imponer contribuciones aduaneras más subidas. También pide la devolución de Kiao Chao.

Suiza quiere acceso al mar mediante la internacionalización del Rhin, en lo que concuerda con los deseos franceses.

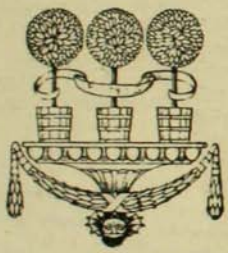
Dinamarca sólo pretende la anexión de

Schleswig septentrional, habitado por una población casi en su totalidad danesa. Noruega sustenta ciertas aspiraciones sobre Swiztzer Land, pero no hará hincapié en ellas.

En Suecia se ha iniciado un potente movimiento socialista en favor de la anexión de las islas Aland a Suecia, pero esto va contra la soberanía del Gobierno filandés.

Los delegados de las cinco grandes potencias que entenderán en estos asuntos deberán tomar en cuenta todas las apasionadas aspiraciones raciales y la historia secular de Europa.

En Asia no se sabe aún lo que se hará de la Siria ni de la Mesopotamia ni si se satisfarán los deseos expresados por el rey de Hedjaz. Ahora bien ¿todos estos problemas quedarán dilucidados en forma satisfactoria? ¿Todos los pueblos acatarán las sentencias del Tribunal? No podemos decirlo ni saber si la humanidad está preparada para el nuevo método de evitar las guerras y las injusticias internacionales.

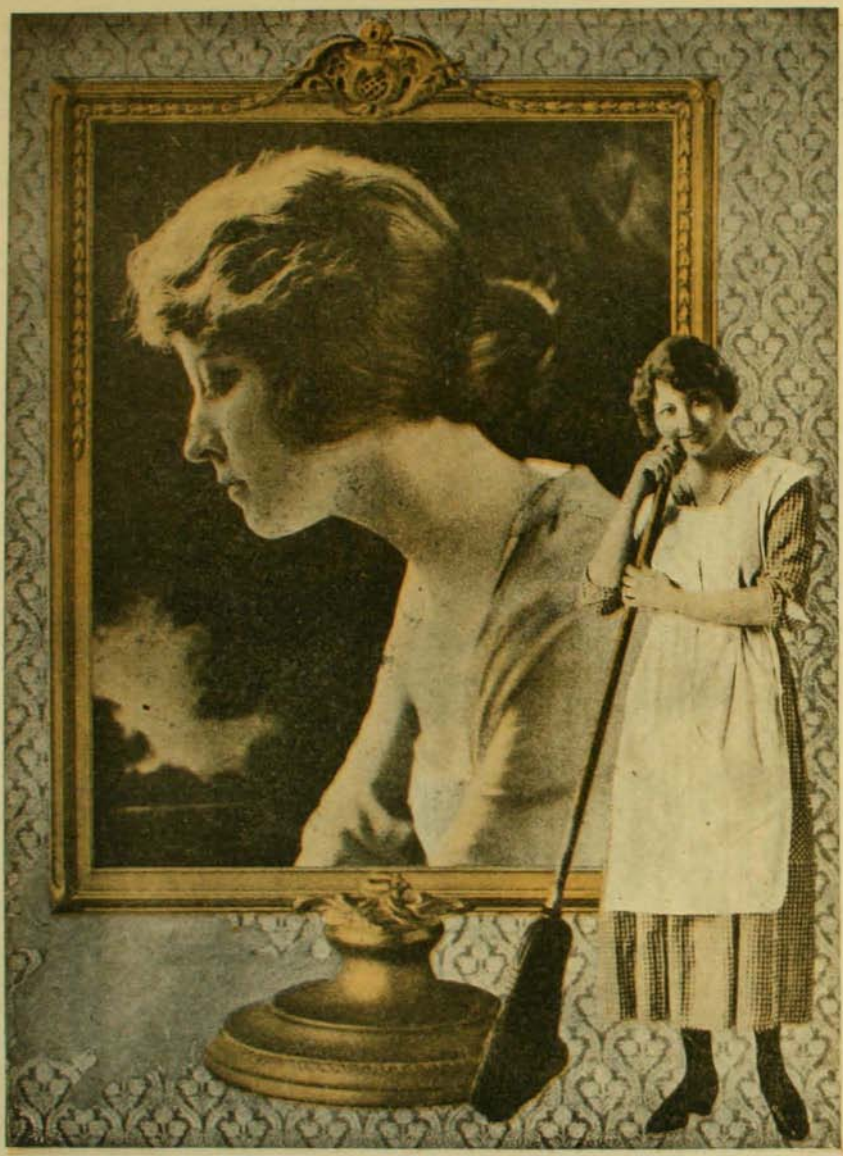


ARTISTAS AMERICANAS DE HOY



WILDA BENNET, que ha dejado la gran ópera para dedicarse, con éxito enorme, a la opereta.

ARTISTAS AMERICANAS DE HOY



LORRAINE FROST es buscada siempre que haya necesidad de desempeñar el papel de joven madre, del cual ha hecho una verdadera creación.

ARTISTAS AMERICANAS DE HOY



MARION SAKI's, graciosa bailarina que trabaja actualmente en el New York Hippodrome. Es de origen japonés-escandinavo, pero hija del Japón por nacimiento. Dirigida en los comienzos de su educación artística por su propio padre, ha debido la perfección de su arte a la Pawlowa, de quien fué discípula.

ARTISTAS AMERICANAS DE HOY



EMILIA LEA es una encantadora niña, nacida en Estados Unidos, pero trasladada en seguida a Australia, donde aprendió el canto y la danza. Su estreno en América fué hecho en el New York Folies-Bergere, y su doble talento le ha valido muy buenos contratos. Se ha hecho célebre últimamente desempeñando un gracioso papel en la notable revista con música, intitulada "Glorianna".

Los Pintores Ilustres

Pintados por ellos mismos



Rembrandt, Reynods, y Madame Vigée-Lebrun, pintados por ellos mismos.

Entre las obras de los pintores, los retratos que de ellos hicieron son particularmente curiosos porque sus autores, han fijado sus rasgos como ellos querían que todo el mundo les viera.

CUANDO se llega a una ciudad de Europa, lo primero y lo último que hace el viajero es visitar los museos y las iglesias en busca de sensaciones estéticas. Y de lo que se ha visto, contemplado, admirado, se desea guardar un recuerdo real: la imagen fotográfica, aun cuando solamente fuese en una pequeña tarjeta postal, vale por un precioso testimonio.

Para el turista privilegiado que puede visitar los museos de Europa, es ése un recuerdo de sus viajes; para el sedentario o el pobre de recursos existe el magazine, el libro ilustrado, el artículo documentado; en nuestros estantes de libros, al lado de los clásicos venerados, es menester que exista una Historia del Arte.

Por los pintores conocemos las fisonomías del pasado; ellos nos revelan realmente a los seres cuyos actos relatan los archivos: Juan Fouquet nos muestra a Carlos VII, Juan Clouet, a Francisco I, hermoso y conquistador, a Carlos IX, enfermo y atormentado. Pierre Mignard, que al día siguiente de la muerte de Le-Brun fué, en una sola sesión de la Academia Real, nombrado académico, profesor, rector, canciller, director, nos ha legado las efigies de los Papas, Inocente X y Alejandro VII, las del cardenal-ministro Mazarino, de Moliére, de Luis XIV, de Ninón de Lenclos, de la condesa de Fouquiéres, etc. No se encuentra ahí quizás la intensidad de expresión de las telas de Felipe de Champaigne, pero, para conocer al Gran Rey es preciso poner, al lado de la cera impresionante de Antonio Benoist, los diez retratos de Mignard.

Largilliere, en manera suntuosa, con decoraciones de ricas tinturas, hizo a lo menos quinientos retratos; Rigaud







Botticelli, Fra Angélico y Rafael, pintados por ellos mismos.

es el autor del Luis XIV, del Louvre, en traje de gala, del Bossuet teatral, del Felipe V amarillo y pálido, y, por fin, del duquesito de Lesdiguieres.

La mujer del siglo XVIII, antepasada coqueta, deliciosa, seductora de la parisiense de hoy día, tuvo sus pintores hábiles, y sus obras son maravillas firmadas por Nattier, Van Loo, La Tour, Vigée-Lebrun, Perronneau.

De Watteau a Millet

Valenciennes, donde Watteau tiene su estatua, donde Carpeaux tiene su monumento, ha sido siempre, a causa de su origen flamenco, tal vez, una ciudad pródiga en artistas; como el pintor de las fiestas galantes nació allí, el 10 de octubre de 1684, gozó desde su juventud de un ambiente especial, y cuando fué a París, a la edad de dieciocho años, llevaba en sus ojos las visiones cálidamente coloreadas de los Van Dyck y de los Rubens.

Lancret fué su alumno, y de la humanidad de ese tiempo de elegancia, hizo representar las hermosas marionettes, eternamente enamoradas, en escenas encantadoras que recuerdan las mascaradas coquetas de la comedia italiana.

Fragonard es la sonrisa voluptuosa, licenciosa a veces, de ese exquisito siglo

XVIII; Fragonard, que murió de edad avanzada en Grasse, después de huir de la Revolución, supo tratar como nadie la anécdota amorosa, y su nombre es inseparable de dos mujeres cuya seducción ha quedado célebre: Mme. Dubarry, la favorita, y Mlle. Guimart, la bailarina.

Chardin, más casto, gran pintor también desde el punto de vista técnico, tomó sus modelos en la vida burguesa: fué un *intimista*, para usar de una palabra que expresa bien al pintor de salones.

Greuze es un falso sentimental, y de la bacante riente a la tímida novia de la aldea, termina el siglo por un hermoso bouquet de rostros tiernamente rosados.

Mme. Vigée-Lebrun ha escrito memorias muy interesantes y ha dejado numerosos retratos, entre otros el suyo con su hija. Con la Rosalba merece ser la patrona de las mujeres-pintores, innumerables hoy. Luis David ha sido el hombre que ha operado una revolución en el arte: el ligero siglo dieciocho desaparece, las ninfas de Bouchier y los amantes de Watteau son reemplazados por "los bomberos" de *El Rapto de las Sabinas* y del *Juramento de los Horacios;* es una concepción muy diferente de la pintura, y la influencia del maestro, continuada por mucho tiem-



Holbein, Leonardo da Vinci y el Ticiano, pintados por ellos mismos.







Franz Hals, Murillo y Van Dick, pintados por ellos mismos.

po, continuará todavía y, en toda justicia, no se podría maldecir del hombre que ha hecho el *Retrato de Pío VII* y el *José Bara moribundo*, del Museo de Avignon, bosquejo que es un verdadero chef-d'oeuvre.

Ingres es la continuación de David, menos pintor que éste, pero supremo dibujante. Corot poetiza la Naturaleza, en la cual Millet, como La Bruyére, ve los figurantes tales cuales son; las ninfas del estanque de Ville-d' Avray se han desvanecido, dejando sitio al hombre de la azada del campo de Barbizón.

En las bóvedas del Panteón están enterrados hombres políticos, guerreros, escritores, sabios; en Inglaterra se ha discernido un honor semejante a los pintores, y Reynolds tiene su estatua en la Catedral de San Pablo, en Londres.

El siglo XVIII, francés e inglés, es una apoteosis de la mujer, y los retratos de Gainsborough, como los de Reynolds, forman una antología deliciosa.

"Es preciso tener continuamente delante de los ojos las obras de Miguel Angel, el modelo de sus estatuas, las copias de sus dibujos", ha dicho Reynolds; los chefs d'oeuvre de Italia han sido siempre la gran fuente inspiradora, y todos los artistas van en peregrinaje al otro lado de los Alpes para

admirar los frescos de Fra Angélico y de Botticelli, las madonnas de Rafael. "Hemos podido aburrirnos, ha escrito Gustave Geffroy, de oir ponderar la seguridad, la serenidad, el equilibrio, la perfección de Rafael, pero enseguida que uno contempla sus obras, son los mismos términos, repetidos por la admiración de los siglos, los que vienen a nuestro espíritu".

La Vida irradia, en Rubens y Van Dyck; y es alegre en Franz Hals

La obra de Rubens es considerable, poderosa de vida, rica de colorido, decorativa y magnífica; la Historia, la Religión, la Mitología, todos los asuntos son tratados por su pincel suelto y pródigo; su fecundidad parece increible, la ejecución resulta prestigiosa, violenta la admiración.

Van Dyck, con su efigie de Carlos I, convida más a la reflexión, calmada y lenta, pues que brilla con una elegancia menos brutal y tiene un toque más fino.

Es la alegría riente, la salud abierta la que Franz Hals pone en la escuela holandesa, donde todos son empequeñecidos por la enorme personalidad de Rembrandt van Ryn, el pintor de la luz, el genial pintor de *La Partida de la Compañía del Capitán Cocq.*



Velázquez, Rubens y Van Loo, pintados por ellos mismos.







Chardin, Largilliere y Greuze, pintados por ellos mismos.

Cuando se camina en la calma de esas ciudades de Florencia, ciertas casas evocan la conquista española, como en Francia, en Vesoul y Besancon; y Velázquez ha conocido a Rubens; pero sin sufrir su influencia, es claramente de su país de orígen, es el pintor de ese rey Felipe IV.

A su vigor amplio, a su visión escrutadora, sucedió la gracia de Murillo, cuya *Cocina de los Angeles* es verdaderamente un titulo revelador de la manera en que los ángeles hacen prever los amorcillos del siglo XVIII.

La sonrisa de La Gioconda

Después de la torpeza ingenua de los primitivos, su convicción ardiente y esencialmente religiosa, Leonardo de Vinci pone en sus figuras más humanidad real; el hombre de ciencia se añade en él al pintor, busca el misterio de la fisonomía como busca la solución de un problema, y aporta el mismo ardor encarnizado, y la misma avidez de precisión, tanto para sus cuadernos de matemáticas como para sus esbozos de Virgen, y conquista la inmortalidad con una sonrisa de mujer. Esa efigie de Monna Lisa, cuyo rasgo característico es su sonrisa turbadora, permanece en la mente de quien quiera que haya visitado una vez

el Louvre; no se puede olvidar, sobre ese fondo de paisaje de movimiento y calma a la vez, la nobleza amable de esa mujer cuya sonrisa, apenas indicada por los labios, se completa por la dulzura hechicera de la mirada; no es ni una virgen ni una cortesana, sino un sueño encarnado en un sér de belleza, del ideal materializado, justamente lo bastante para que a la admiración se una un florecimiento de seducción; la actitud es tranquila, las manos inactivas, la cabeza muy derecha sobre el cuerpo, la carne ambarada del cuello y de la garganta vive y palpita en una serenidad inmutable, la cabellera se expande en ondas discretas; la *Gioconda* es una esfinge de la cual se sufre su enigmático atractivo, un retrato del que se quisiera conocer el modelo con las menudencias de la biografía detallada, una extraña figura femenina que será siempre amada por las generaciones futuras, como lo ha sido desde hace cuatro siglos.

Y el poeta que creó a esta inmortal, que sobre la muralla de un convento en Milán, trazó el fresco célebre de *La Cena* era, al mismo tiempo que pintor, ingeniero, y calculó los datos del problema de la aviación. Es una de las más altas cimas intelectuales de la Humanidad.



El barón Gros, Ingres y Courbet, pintados por ellos mismos

El alma revelada por el pincel

Hans Holbein es un descubridor de almas; pinta minuciosamente como sobre una página de misal; no omite nada de su modelo, no olvida una verruga, pero ve a la luz de los ojos los movimientos del cerebro, agrega al parecido exacto de la fisonomía lo que ella transluce de su personalidad intelectual.

Su retrato de Erasmo, que ha sido tan bien grabado por el maestro Bracquemond, es un chef-d'oeuvre; ya no es el color que nos entusiasma, la habilidad del pintor que nos seduce, sino su investigación habilísima del sér pensante, y es a Bale donde hay que hacer un peregrinaje de devoción para apreciar realmente a este sugestivo artista.

Agrupándolas por épocas y por países, se podría constituir una historia completa del Arte. Estos chefs-d'oeuvre de que hablamos, son un patrimonio glorioso de que pueden estar orgullosos los franceses, porque por ellos se manifiesta la gloria de la Patria tanto o más que por batallas y victorias.

De las civilizaciones desaparecidas, de los pueblos extinguidos, de las ciudades muertas, ¿qué queda? Una estatua de bronce, un fresco sobre trozo de muralla, una efigie de dios o de rey sobre una moneda. La obra de arte sobrevive a todo; es de todo el testimonio eterno.

MAURICE GUILLEMOT.



Eugenio Delacroix, pintado por el mismo.

Los últimos cuadros adquiridos por la Galería Nacional de Gran Bretaña



Retrato de Lady Bampfylde, por Sir Joshua Reynolds.



Sultán Mahomed II, por Gentile Bellini.

Durante la guerra, el Directorio de la National Gallery (Galería Nacional de Gran Bretaña) adquirió un cierto número de cuadros para las colecciones nacionales, unos por donación o legado, otros por compra-venta; y cuarenta de estos tesoros de arte fueron exhibidos al público durante el último tiempo. La exposición fué abierta en la Sala 19, con fecha 5 de diciembre próximo pasado. El retrato de Lady Bampfylde, por Sir Joshua Reynolds, fué legado a la nación británica por el finado Mr. Alfredo de Rothschild. El cuadro de Gentile Bellini, el Sultán Mohamed II, que capturó Constantinopla en 1453, es uno de los retratos históricos más interesantes que existen. Bellini fué invitado de Venecia a Constantinopla para pintar al famoso Sultán, inmediatamente después de haber sido tomada la última ciudad. Manet, el maestro del Impresionismo, está representado por un retrato de su esposa con el gato favorito, en su habitual y característica manera.



Mmme. Manet con un gato, por Eduardo Manet.



Retrato de M. de Norvins, por J. A. D. Ingres.



"El acueducto Claudiano", por J. B. C. Corot.



"San Juan Bautista entre el cardenal Zeno y Catalina de Alejandría", por Bartolomeo Montagna.

Interior de la casa de Teodoro Roosevelt

OSTER BAY. — NEW YORK

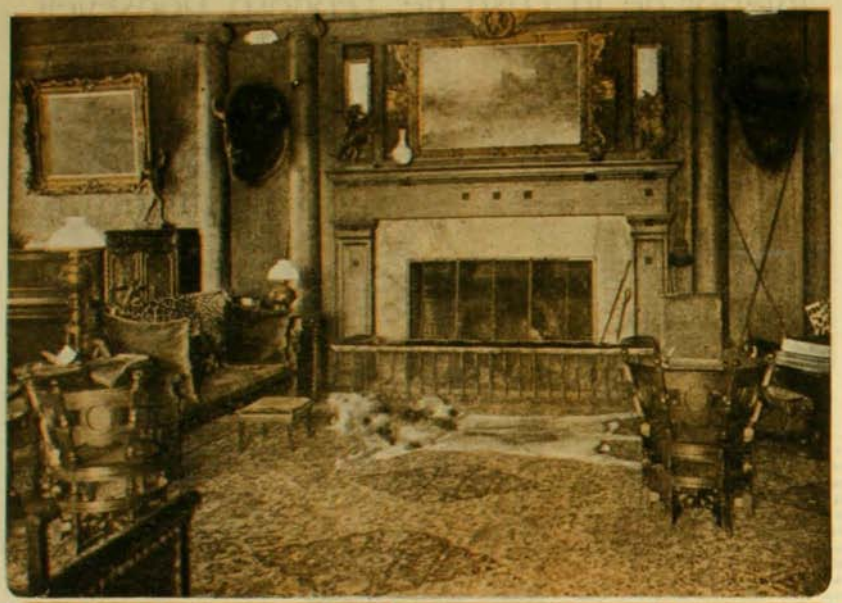


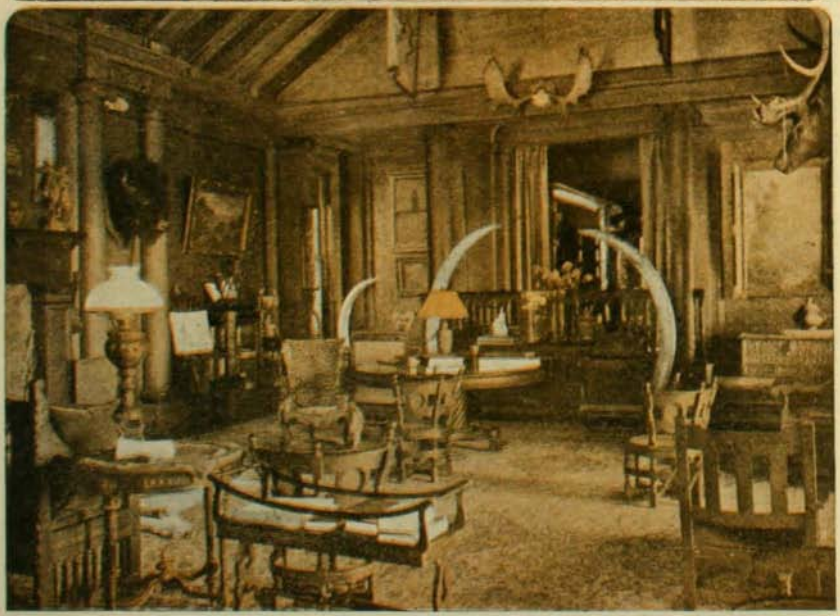




1. La sala de recepción ha visto reuniones de las más prominentes figuras del mundo. Uno no puede menos de sentir que aquí un hombre es seguramente un héroe para sus propias sillas.—2. Una cabeza de búfalo, ciervos, una gran chimenea adornada con colmillos de elefante, una bandera de servicio con tres estrellas azules y una de oro. Un hall de hombre en todos sus detalles. — 3. Naturalmente uno espera encontrar trofeos de los innumerables días pasados por Roosevelt en el campo. Juego de cabezas en las paredes, pieles de osos y zebras debajo de los pies, esto es característico.—4. La personalidad del propietario está patente en todas partes. Amante de los libros, de la vida al aire libre, de la acción; todo el registro de una existencia activa se muestra a lo largo de esa muralla de la librería.







1. Africa y América reunidas alrededor de la sala de trofeos. Las cabezas de bisonte adornando la repisa, y la piel del león en el piso, sugieren dos de los mejores y más conocidos libros del coronel Roosevelt.—2. Una vista más general de la sala de los trofeos revela en mayor grado la virilidad de la casa entera. Aquí no hay nada frágil, nada que no haya sido estimulado por su gran carácter.



Por Diego Zamora

Ilustraciones de Eduardo Cruz Correa.

Muchas veces se me ha preguntado el origen de mi bastón-ametralladora. Circunstancias que se explicarán en el curso de este relato me habían impedido, hasta hoy, contestar a esta interrogación; pero actualmente puedo darme el placer de explicar, rememorando una curiosa historia, la manera cómo llegó a mis manos uno de los pocos ejemplares que existen en este mundo de un arma tan ingeniosa como terrible.

El bastón-ametralladora, con el cual puede un hombre solo defenderse contra dos o tres mil individuos, me fué obsequiado por mi augusto amigo el Zar Nicolás II.

El mecanismo que lo compone es sencillo. Se trata de un bastón simple de caña que se abre fácilmente en dos partes como si poseyera bisagras invisibles. En el interior existe una cinta giratoria que se envuelve en ambos extremos en diminutas bobinas metálicas, al igual que una película de cámara fotográfica. Sobre la cinta, a un lado y otro, están dispuestos miles de pequeños balines. Es una verdadera joya de la industria moderna. La empuñadura es una cabeza de chino en cuyo interior está el gatillo. Los balines pasan por medio de un resorte a esta parte superior del bastón. Se aprieta la oreja izquierda de este descendiente del celeste imperio, y un pequeño cañoncito que simula la lengua del chino, sale hacia afuera, adquiere un movimiento de abanico al mismo tiempo que ondulatorio y expulsa cuarenta proyectiles por segundo.

El estuche que contiene esta diminuta ametralladora es de cuero de serpiente coral, una de las más venenosas que habitan las regiones amazónicas. La ley de los contrastes se observa en el orbe entero: mi real obsequiante gustaba enormemente de rodearse de los productos de la Zona Tórrida por lo mismo que su vida se desarrollaba en un clima glacial.

La aventura que voy a referir podría ser tachada por aquellos que no se han encontrado en duras situaciones, de fantástica y extraña. Sin embargo, para mí, no tiene proporciones.

Héla aquí expuesta en el menor número posible de palabras.

—No importa el año ni el día. Descansaba yo, no por consejo de los médicos, a quienes suplo por mi propia experiencia, en un clima frío: en Rusia. Mi salud, que pocas veces se quebranta, sufría esta vez las dolorosas consecuencias de una larga cazería efectuada a orillas del río Yurúa, uno de los afluentes del Amazonas, región cálida y en que abundan los vampiros. Una noche no alcancé a llegar hasta el campamento y, medio extraviado, tuve que dormir al aire libre. El despertar fué desagradable: varios de mis compañeros yacían exánimes por el suelo, cubiertos de inmensos forúnculos. Los vampiros, mientras dormíamos, habían agitado sobre nuestros cuerpos el rapidísimo temblar de sus alas que, como se sabe, producen, al mover el aire en infinitas vibraciones, el frío anestésico del cloretilo. Después hincaron sobre nosotros sus dientes y nos chuparon la sangre hasta hartarse. Muchos de los míos sucumbieron; mi recia naturaleza me salvó. Sin embargo, me sentí debilitado y hube de buscar el restablecimiento de mi salud entre los fríos de San Petersburgo, ciudad donde tengo viejos amigos de saber y de experiencia.

Mi estada en esa capital no fué tranquila como yo lo esperaba. El monje Rasputín, a quien había conocido hace muchos años en Kasan, cerca de los montes Urales, descubrió, ignoro de qué manera, mi llegada a San Petersburgo. Yo no lo veía desde aquella dolorosa época en que el célebre consejero de la Emperatriz fué expulsado violentamente de la casa paternal a causa de los síntomas histéricos que le caracterizaban, los cuales le hacían muy inepto para el trabajo y muy inclinado a la ociosidad y al misticismo. Rasputín era pobrísimo, hijo de muy modestos campesinos, y cuando recién se dió a la predicación hubo de sufrir muy serios contratiempos que fueron salvados con no poca intervención de mi parte. Tuve, mal de mi grado, que asistir numerosas veces a las veladas de la Corte en el Palacio de Invierno. Aunque soy admirador de la elegancia y conozco la mayor parte de las Cortes europeas, prefiero con mucho las rudezas de las montañas y las luchas contra las fieras que se ocultan en los parajes abandonados por los hombres. Además, amo mi libertad sobre todas las cosas de este mundo, y no era para mí sitio apropiado aquel en que había de inclinar mi cabeza ante la epilepsia de Rasputín y la vana superficialidad de gentes adoradoras del éxito y del oro. Si no hubiera sido porque el favorito de la Corte me agradecía, más de lo que era de desear, los favores que podía deberme y que con ello me retenía, tal vez habría dejado de mano aquel medio meloso y aterciopelado.

Mi mayor agrado lo constituía en aquella época mi amistad con Kropotkin, el célebre filósofo del anarquismo que acaba de caer bajo el peso de sus propias ideas. Este conocía mis relaciones con Rasputín y aquél mi estimación hacia éste. Sin embargo, ello no constituía un motivo de enfriamiento de nuestras relaciones, porque ambos sabían por demás que la ruda existencia que hasta ahora he llevado, mi conocimiento del mundo y mi habitual dureza de espíritu, eran una garantía contra toda debilidad o sentimentalismo.

Una noche en que el cielo de San Petersburgo estaba cubierto de una niebla obscura como la muerte y pesada como el remordimiento, y en que gozaba yo, a pesar del frío imperante, en la contemplación de la naturaleza sin clemencia, se detuvo bajo mis ventanas un hombre mal cubierto con escasas pieles, y al parecer aún no maduro. Era éste el portador de una carta del viejo Kropotkin, la cual no contenía más que las siguientes palabras escritas en dialecto finlandés: "Le necesito; venga Ud. Además, verá Ud. algo que le interesa". Calé mi abrigo, mi gorro de pieles y salí del hotel a la Avenida de Neuski. Era el frío tan intenso y tan obscura la noche que el gran movimiento corriente en esa arteria central había disminuído mucho. No me fué posible, al principio, encontrar vehículo alguno: todos iban ocupados y los tranvías no funcionaban desde hacía cuatro días a causa del temor que había producido en los obreros la muerte misteriosa y súbita de ochenta de aquellos que durante una huelga habían regresado al trabajo. Atravesé frente a la Catedral de Kazan y llegué hasta el Monasterio de San Alejandro Neuski, que está al final de la larga avenida, tan descansado como si mi marcha se iniciara en ese momento. Verdad es que tengo costumbre de hacer largas jornadas y caminatas; pero también es cierto que la curiosidad me aguijoneaba extraordinariamen-

te. Al torcer hacia la izquierda, siguiendo la dirección del Neva, encontré al fin un pequeño trineo tirado sólo por un caballo. Subí en él y comenzamos a marchar lenta y suavemente, en medio de la noche tenebrosa. La campanilla colocada en lo alto del collar de forma arábiga, me hacía recordar el ruido lejano de las señales de las caravanas en medio de la reconfortante soledad de los desiertos africanos.

Algunos pasos antes de llegar a la mansión del viejo filósofo, situada a la orilla de uno de los canales que comunican a San Petersburgo con los ríos que van a los mares Blanco, Negro y Caspio, detuve mi vehículo y lo abandoné. Momentos después me encontraba en la sala pobre y sencilla en que Kropotkin solía recibir a sus íntimos. El cuarto estaba completamente obscuro, y ya este detalle me llamó la atención. Mi amigo me hizo sentar a su lado. En medio de las tinieblas divisábase el color plateado de sus barbas patriarcales; los ojillos grises de' maestro brillaban como luciérnagas ocultas en el enmarañado bosque de sus cejas.

—Oiga Ud., me dijo con voz quela Cosas graves acaecen. El Zar desaparecerá en ocho días más y el imperio de la libertad se establecerá en Rusia.

Suspiró el viejo al decir estas últimas palabras y continuó:

—Necesito de los conocimientos de medicina que Ud. posee. No me atrevo a depositar mi confianza en ningún profesional.

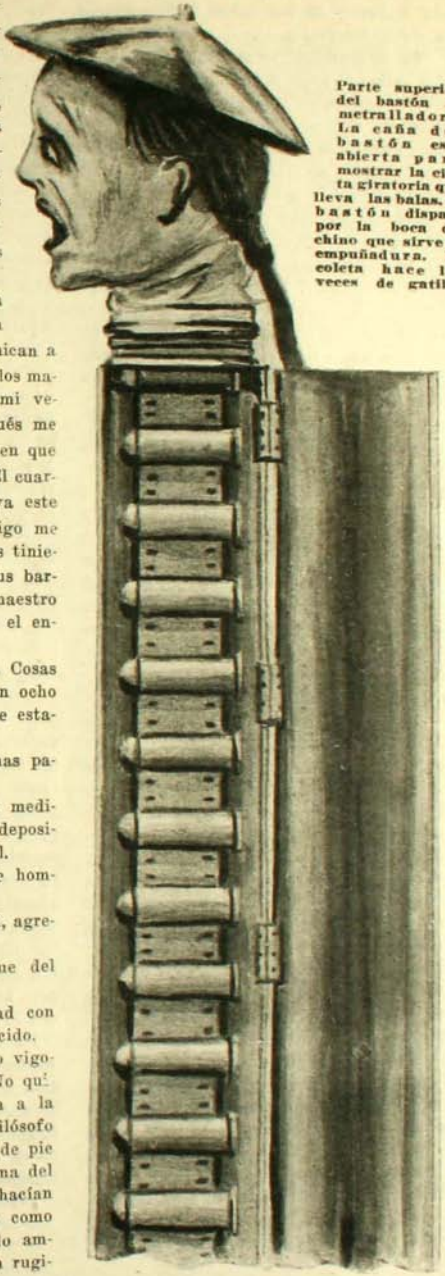
—Soy cazador de fieras, pero no de hombres, respondí violentamente.

—Ud. olvida el bien de la humanidad, agregó Kropotkin.

—No comprendo ese bien a trueque del traidor asesinato de un hombre.

—Yo sí comprendo ahora su amistad con Rasputín, me replicó el filósofo enfurecido.

Sentí que en ese momento una mano vigorosa y nervuda me asía por el cuello. No quise hacer resistencia. Acostumbrado ya a la obscuridad, vi los brazos del viejo filósofo caer a lo largo de su cuerpo. Me puse de pie y escruté con mi mirada la tosca persona del anarquista cuyos rudos perfiles se deshacían en la sombra. Oí un quejido extraño como un gemido. Kropotkin se había llevado ambas manos a la cara y sollozaba con un rugi-



Parte superior del bastón ametralladora. La caña del bastón está abierta para mostrar la cinta giratoria que lleva las balas. El bastón dispara por la boca del chino que sirve de empuñadura. La coleta hace las veces de gatillo.

do sordo, destemplado, como una hiena herida. Salieron de sus labios, entrecortadas, las siguientes frases:

—La humanidad no me comprenderá jamás: quiero el amor y el mundo cree que sólo deseo la sangre. ¡Salga Ud! Salga. No le quiero ver más.

Se estremecían el rostro y las patillas del viejo filósofo y su cabeza de titán se inclinaba como la del león herido con la flecha envenenada de un indio rodesiano.

Abandoné lentamente la habitación, crucé un ligero corredor y salí a la calle. Ahí me detuve un instante. Mi pensamiento no vagó largo rato. Un hombre debía morir en ocho días más. Kropotkin lo había dicho. Al fin y al cabo, nada tengo de filósofo. Soy hombre de acción. No era posible permitir un alevoso asesinato.

Me introduje de nuevo a la casa del filósofo. Avancé resueltamente a impedir la realización del hecho que ahí debía acordarse. El silencio era completo. Llegué a la obscura habitación desde donde Kropotkin me había expulsado. Al querer franquear la puerta que me separaba del cuarto contiguo, sentí un vago rumor de voces e hirió mis ojos un débil resplandor. Me detuve un instante y apliqué el oído a la cerradura. Un hombre hablaba lentamente con voz cascada y un tanto quejumbrosa. Alcancé a oír que decía.

—Comencé mis estudios cuando vivía en Irkutsk, de donde me era fácil visitar las márgenes del lago Barkal. El transiberiano me permitía llegar hasta aquí a hacer mis ensayos de laboratorio. La sustancia que sirve de base a este explosivo la encontré precisamente a orillas de ese lago. Creo que ella se produce debido a la calcinación media de los huesos de animales prehistóricos. Ya en la desembocadura del Lena, en las costas del Mar Artico y en las Nuevas Islas Siberianas, donde se han encontrado numerosos fósiles, se observa en el ciénago que queda después del deshielo, un lodo de color muy semejante al que pude ver en el lago Barkal. Aquí hice mis primeras observaciones a este respecto. Reducido a polvo este lodo y mezclado con ciertos nitratos que se producen por medio de la concentración del aire en algunas grandes fábricas de Noruega, se llega a obtener este explosivo cuya eficacia es tal, que un grano de él puede destruir una coraza blindada de 10 o 15 centímetros de espesor.

Sentí que una ola de coraje estremecía mi cuerpo. Sin duda que con aquel horroroso descubrimiento se proyectaba hacer saltar la mitad de la ciudad de San Petersburgo. Abrí violentamente la puerta, y ciego de los ojos y del espíritu, me precipité en la sala que abrigaba a tan misteriosos personajes. En verdad, poco pude ver: la habitación estaba escasamente alumbrada. Sin duda había allí numerosas personas. Las sombras vagas que alcancé a divisar y la atmósfera cargada de humo de tabaco, me lo demostraron así. En una mesa central se veía apenas un pequeño paquete envuelto cuidadosamente en papel rojo, y al lado, un objeto que brillaba claramente en los medios tintes de sombra y luz que cubrían aquella endemoniada pieza. De pie al lado de la mesa e indicando con un dedo el paquetito rojo, continuaba hablando el hombre del explosivo. Sin titubear avancé y en un momento de rabia y de violencia, arrojé a un extremo de la habitación al fatal descubridor. Tomé en mis manos el papel encarnado y su contenido, y me dispuse a huir con él. Un solo grito de espanto, compuesto de muchas voces, llenó los ámbitos de la sala. Veinte, treinta manos se apoderaron de mí. Oí gritos:

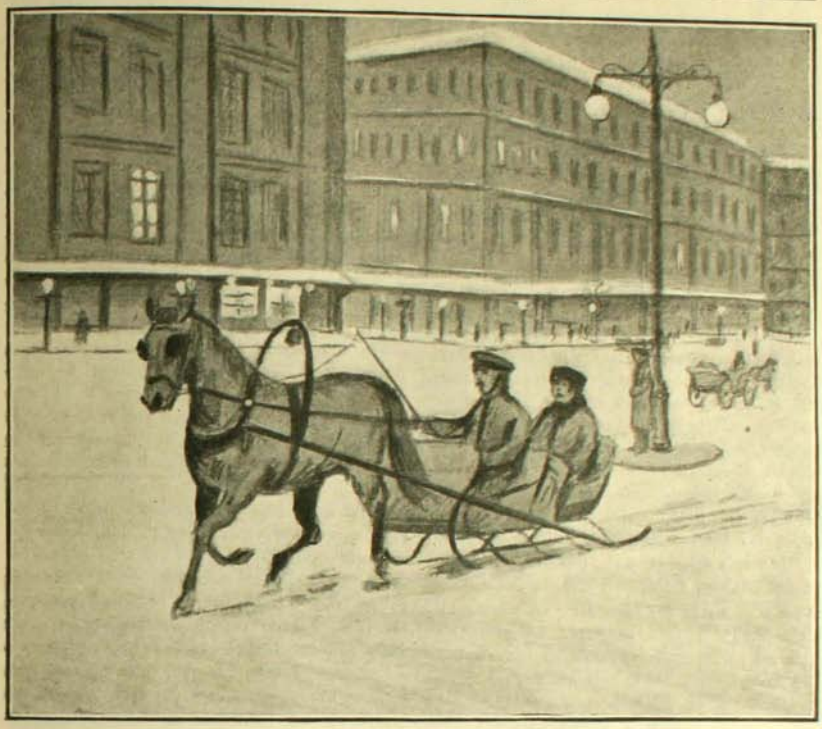
—Qué horror! Va a estallar...

Solté el paquete sobre la mesa y me sentí trasportado a una desvencijada silla situada en un rincón del cuarto. Rostros de torpe expresión, dulces miradas de apóstoles, lívidas caras de ascetas, fulgores de ojos vandálicos me rodearon en un instante. Toda aquella extraña mezcla de bandidos y de mártires, de vicios y de virtudes, había acudido hacia mí para observarme y descubrir en mi rostro el secreto de irrupción tan inesperada como peligrosa. El viejo Kropotkin separando con ademán manso y tranquilo a los que me rodeaban, dijo dulcemente:

—Es un lobo de la estepa. No comprende los grandes sentimientos de la humanidad; pero no es posible dejarle marchar ahora porque lo ha visto todo.

No había aún concluído estas palabras el apóstol, cuando un sujeto de recia constitución trató de atarme los brazos con una correa que llevaba al cinto. Luché violentamente contra él; pero otros y otros más vinieron en su ayuda y al fin vencido, amarrado, me trasladaron al centro de una pieza contigua.

Desde el sitio donde me dejaron me era



Encontré al fin un pequeño trineo tirado sólo por un caballo.

imposible distinguir otra cosa que un vago rumor de voces. Temblaba de coraje dentro de mis ligaduras y la impotencia a que me veía reducido hacía rechinar mis dientes.

Por fin, girando sobre mí mismo e imitando las contracciones de los reptiles, logré acercarme lenta y penosamente hasta la puerta que me separaba de la sala en que se tramaba el horrible crimen.

Hablaba ahora una voz delgada y fina, y decía con marcado acento polaco:

—Juro que sabré cumplir con mi deber por horrible que sea morir hecho pedazos; y lo juro en nombre de los Litrowski, quienes no sólo han dado la vida por la patria, sino que ahora la darán por la Humanidad.

Nadie respondió a este juramento. Alguien preguntó:

—¿A qué hora tendrá lugar la conferencia que os ha concedido Nicolás II?

La voz atiplada respondió:

—De aquí en ocho días a las tres de la tarde. Mi carácter de noble polaco me ha permitido obtener esta entrevista que sólo durará cinco minutos. Así me lo ha expresado el Gran Chambelán de la Corte.

Temí ser sorprendido y volví de nuevo al sitio en que me dejaron, mediante los mismos movimientos que me habían servido para acercarme hasta la puerta divisoria. Pasaron lentamente dos horas, a lo menos. Las cuerdas con que me habían atado comenzaban a herir mis carnes. Muchas veces pensé volver a acercarme hacia la puerta que me separaba de los conspiradores; pero la sangre fría que nunca me ha abandonado ni aún en medio de los mayores peligros, me aconsejaba no exponer mi vida a trueque de poder evitar el delito que se preparaba y cuyos alcances no me era dado, por el momento,

calcular. Los anarquistas seguían hablando. Voces de diversos tonos se entremezclaban en confuso rumor. Había silencios, altercados, y, de vez en cuando, la voz serena y tranquila del filósofo dominaba las ásperas tonalidades de las gargantas de los hombres de acción.

Sentí rumor de sillas que se mueven, de pasos en todas direcciones, y comprendí que el momento final de la asamblea y las despedidas habían llegado.

Cuando todo volvió a su silencio habitual, esperé la presencia del filósofo. Pasaron varios minutos y continuaron pesados y tranquilos el silencio y la soledad. El frío tornaba mis carnes más sensibles y mis ligaduras herían ya de tal manera que preferí permanecer rígido e inmóvil para que las cuerdas no rozaran mis carnes ateridas. Sin duda se había resuelto dejarme allí hasta que se consumara el atentado. Situaciones peores que aquella he conocido en mi existencia y estaba resuelto a todo mientras un rayo de esperanza me alentara la posibilidad de detener la mano criminal que se alzaba en medio de las sombras y del misterio.

Un leve ruido me hizo salir de mis meditaciones. La puerta se había abierto. Dos hombres penetraron y avanzaron hasta mí.

—Amigo Kropotkin, dije en voz alta, no me tiene Ud. en posición muy cómoda.

El silencio respondió a mis palabras. No era el filósofo ninguno de los dos individuos que se acercaron a mí. Me tomaron de los pies y de la cabeza; cruzaron varias habitaciones y llegaron por fin a una que estaba débilmente alumbrada. Sobre un jergón, tendido en el suelo, abandonaron mi cuerpo adolorido. Uno de los hombres, calzado con sólidas botas y vestido con una chaquetilla de terciopelo que le llegaba hasta la rodilla, me dijo secamente:

—La culpa es vuestra, osado aventurero. Nosotros no hacemos mal a nadie. Queremos el bienestar de la humanidad, pero vuestra actitud nos obliga a guardaros aquí hasta que el reino de la justicia impere sobre la Rusia. Tendréis comida.

Dicho esto, desaparecieron los dos hombres y sentí durante algunos momentos el crujir de sus pesadas botas que se iba haciendo cada vez menos sensible a medida que esos extraños sujetos se alejaban.

Cuando todo rumor se apagó, cuando el silencio envolvió la habitación y la casa en su fúnebre ropaje, volví mi cabeza a ambos lados para darme cuenta del sitio donde me encontraba.

Era una pieza pequeñísima y miserable, de techo muy bajo y con las vigas descubiertas. A mi derecha, sobre un cajón vacío, había un icono a cuyos pies ardía una lamparilla de aceite, única luz que permitía divisar los ámbitos asquerosos de aquel albergue. Comprendí que se trataba de la habitación de un criado. Kropotkin no era hombre capaz de adorar iconos, ni menos de encender lámparas a sus pies.

Me ahogaba la atmósfera pesada de aquella estancia. Las ligaduras debían haber producido ya la sangre en mi cuerpo, de tal manera me torturaban, y en mi cabeza se confundían la rabia, el deseo de liberación y las energías aniquiladas por aquella situación especial.

Volví a recorrer el miserable cuarto con mirada escrutadora. Mis ojos se detuvieron un instante en la lámpara de aceite. No titubeé un momento. Haciendo un esfuerzo formidable, traté de sentarme. Por tres veces consecutivas caí de espaldas, haciéndome gran daño con las ligaduras. Por fin, giré sobre mí mismo, y logré acercar mis manos, que estaban atadas a mi espalda, a la lámpara de aceite. Si las ligaduras se quemaban antes que mis manos, estaba salvado. Al principio, soporté estoico el dolor de la quemadura. Un marcado olor de carne tostada llegaba a mis narices. Parecía que el fuego aún no tocaba las cuerdas que me oprimían, porque si éstas hubieran comenzado a quemarse la atmósfera hubiera olido de una manera bien diversa. En mis continuados viajes a la India he aprendido la resistencia al dolor por medio de la auto-sugestión, sistema tan usado por los fakires, y ello me permitía tolerar tan horrible suplicio. Me agitaba nerviosamente en la esperanza de que las cuerdas, ya medio debilitadas por el fuego, hubieran de ceder. Pero éstas permanecían tan firmes como si estuvieran recién compradas en la feria de Nigri-Novogorod.

Un extraño calor comenzaba a ascender por mis espaldas y llegaba hasta abrasarme el cerebro. Comprendí el peligro que corría de morir quemado. Ante la inutilidad de mi



Chundro en esos momentos era el emblema del valor y de la generosidad.

sacrificio, me resolví a pedir auxilio. Quise gritar y no pude: la columna de humo alcanzaba hasta mi cabeza se dividía en dos, rodeando mi cuello, y me llegaba hasta la boca. En el momento en que intenté dar voces, aquel humo maldito me llenó los bronquios y el pulmón, y sólo salió de mi garganta un gemido ahogado, seguido de las convulsiones del paroxismo de la desesperación. Mi cuerpo torturado por el dolor y próximo a quedar exánime, se agitó en un postrero movimiento de exasperada violencia, y entonces sentí que mis manos quedaban libres. Rápidamente deshice los nudos que ajustaban las ligaduras y en un instante sentí de nuevo la posesión independiente de todos mis músculos. Pero mi paletó de pieles ardía por la espalda, las mangas despedían llamas y el humo en pesadas olas envolvía todo mi sér y me producía vértigos. Tomé de las orillas el infeliz cobertor sobre que estaba tendido y a trueque de ahogarme, me envolví en él desde la cabeza hasta los pies. Mi pecho se levantaba como un globo pronto a estallar y se hundía después hasta formar un verdadero ángulo. El dolor de mis manos era ya intolerable, extraños zumbidos me atormentaban.

Permanecí así algunos minutos, entre la vida y la muerte, y cuando ya creí que la falta de oxígeno había ahogado mi propio incendio, me deshice de la envoltura que me cubría, y lentamente me deslicé entre las sombras. Mi cabeza no estaba aún despejada, no conocía bien la disposición de la casa del filósofo y la mano izquierda me dolía en forma atroz. Sería difícil precisar cómo llegué hasta la calle. El temor de ser descubierto, el estado de semi asfixia y el ardor de mis ojos irritados por el humo, no me permitían darme cuenta cabal de mis acciones. Lo único que sé es que después de un largo corredor encontré una puerta baja y pequeña que abrí fácilmente, y que, luego después, un aire frío y cortante azotó mis sienes abrasadas. Nevaba en forma inclemente. La callejuela obscura y estrecha estaba completamente solitaria. A lo lejos, una pequeña penumbra delataba las luces del centro de la ciudad. Marché con rapidez, sin orientarme aún, y avancé hacia donde la Providencia quisiera llevarme.

—Deja el nitrato de plata, Chundro, dije a mi criado hindú. Esta operación me molesta suficientemente y veo que la podredumbre de las carnes no mejora.

Chundro, con la humildad propia de los nativos de la India, se quedó inmóvil, contemplando mi mano izquierda, que estaba seriamente amenazada por la gangrena. Después de mi evasión de la casa de Kropotkin me había sido imposible mejorar de esa maldita quemadura que me ocasionara la lámpara de aceite que ardía a los pies del icono Chundro me había cuidado con toda dedicación y esmero. Su cara no se alteraba ni temblaban sus dedos cuando oprimían el lápiz de sal de plata que iba destruyendo los tejidos gangrenosos de mi herida. Chundro no conoce el discernimiento: obedece y calla. Para él todo es indiferente, tanto el dolor como la alegría, y es raro ver que su cutis bronceado a la intemperie se recoja para dar lugar a un movimiento de sonrisa.

Conocí al padre de este leal servidor en Calcutta, donde se ocupaba en el oficio más esclavizado que he conocido en mis viajes: en agitar noche y día, con un palo, un enorme tapiz, a fin de mover el aire pesado de la casa de su amo. Es éste el sistema de ventiladores más usado en la India.

Huyendo los calores de la dicha Calcutta, pasé un verano en Darjiling, al pie de los montes Himalayas, ciudad donde llueve casi continuamente y que constituye uno de los refugios de los europeos durante la canícula.

Ahí Chundro desempeñaba muy modestos oficios. Me cautivó su aire grave y sereno, su naturaleza recia y musculosa y su absoluta falta de temor a todo peligro. Chundro me acompaña todavía. Tal vez su vigor ha disminuído a causa de los años y de las privaciones; pero su lealtad se conserva como en vaso sagrado. Lo único que jamás he podido conseguir de él, es que abandone su traje hindú, ese lienzo blanco que con tanta gracia anudan alrededor de su cuerpo los naturales de la India.

Al ver que mi mano continuaba cada vez peor y que mi actividad era necesaria para impedir la consumación de aquel delito que la casualidad me hizo conocer, me inquietaba y puedo decir que casi me tornaba nervioso. La impotencia, la falta de acción han sido las únicas causas capaces de perturbar mi tranquilidad en este mundo.

Había escrito a Rasputín, solicitando una entrevista con él; y comprendía que después de la conversación pedida, debían seguirse consecuencias que harían indispensables mi entero restablecimiento.

Chundro conocía muchos secretos medicinales, sin duda, y tal vez él, con un procedimiento sencillo, podía curarme. Me decidí a interrogarle:

—Chundro, le dije, sabes que no me gusta la inacción, necesito ahora de todas mis fuerzas: ¿Nada brota de esa cabeza morena para salvar la mano de tu amo?

El criado se inclinó profundamente y me respondió:

—Chundro daría su piel viva para reemplazar la piel enferma de su señor.

Sin agregar una sola palabra el hindú se acercó a mi mesa de noche; encendió una cerilla y la aplicó a la vela. Extrajo de los pliegues de sus vestiduras un afiladísimo cuchillo y serenamente como quien se entretiene en un momento de ocio, pasó la hoja del arma por la llama de la bujía de tal manera que ésta recorriera el acero de un extremo a otro.

Yo le miraba atónito y sorprendido, sin adivinar a dónde concluirían las manipulaciones de este originalísimo cirujano.

Después que hubo hecho esta operación durante varios minutos, se acercó a mí y me dijo inclinándose de nuevo profundamente:

—Dadme vuestra mano herida, señor, y no os movais, es corriente en mi patria que la carne viva supla a la muerta.

Retiró los algodones que cubrían aquel miembro enfermo y observó atentamente la quemadura. Luego después desnudó su brazo de acero y, sin titubear, en un rápido movimiento trazó con la punta del cuchillo sobre la región del biceps una circunferencia de tres centímetros de diámetro más o menos. Numerosos hilillos de sangre corrieron lentos y rojizos hasta llegar al antebrazo.

—Detente, exclamé, ¿qué vas a hacer?

Chundro clavó en mí sus brillantes pupilas y me obligó a guardar silencio. En ellas brillaban el imperio y la grandeza de alma. Suavemente, con infinito cuidado el filo del cuchillo iba desprendiendo la negruzca epidermis del indio. Este no daba señales de dolor alguno. Su destreza en la operación era maravillosa. El brazo de mi criado estaba enteramente rojo y algunas gotas de su sangre hirviente habían caído sobre su albo traje.



Hasta el día de hoy conservo sobre mi mano izquierda los rastros de esa operación curiosa.

El espectáculo que veía me hinchaba el alma de placer. Chundro en esos momentos era el emblema del valor y de la generosidad.

Por fin se desprendió entero aquel semicírculo de carne viva. El criado, sin preocuparse de su herida, lo aplicó sobre mi quemadura libre momentáneamente de corrupción a causa de la inmediata aplicación de nitrato de plata.

Sentí sobre mi mano una impresión dulce

y tibia y dejé obrar tranquilamente a este hombre maravilloso. Rápidamente extendió sobre la quemadura aquel jirón de su cuerpo, y enseguida me ató la mano con fuerza.

Se inclinó respetuosamente y salió fuera de mi dormitorio. Algunas gotas de sangre oriental manchaban la alfombra.

Hasta el día de hoy conservo sobre mi mano izquierda los rastros de esa operación curiosa. El cutis del hindú se adhirió fácilmente a mi epidermis europea y mi sangre alimenta hoy con indiferencia uno y otro campo. Sólo se observa que la carne oriental está arrugada y dura mientras que la mía propia, permanece dúctil y tersa.

En la tarde de ese mismo día, recibí la visita de un alto dignatario de la Corte, el cuál me manifestó, a nombre de la Zarina, que Rasputín me esperaba en el Palacio de Invierno esa noche y que sentía Su Majestad no poderle autorizar para llegar hasta mí por motivos que luego después me serían explicados.

A pesar de mi herida y no obstante mi poca afición por las reuniones de etiqueta, vestí el frac y a las 11 de la noche, más o menos, partí en dirección al Palacio de Invierno. Sabía yo de antemano que la Corte había de reunirse en fiesta íntima para oír música de César Cui y de Rachmaninoff, los más aplaudidos compositores rusos de la época. Comprendía bien que el momento no era del todo propicio para solicitar de Rasputín un servicio de consideración, pero en todo caso, no era posible oponerse a los deseos de la Zarina que, más que deseos, eran caprichos nacidos de sus temores y de sus alucinaciones histéricas.

No diré que, una vez en la corte el monje favorito me recibió con cortesía. Su actitud fué la de un hombre que está preocupado y que hace esfuerzos por aparecer amable ante quien es acreedor de servicios. Mientras un pianista algo obeso y de no muy artística figura ejecutaba prodigiosamente "El Convento" de Cui, un oficial me condujo con todo sigilo a una especie de escritorio-oratorio, donde Rasputín rezaba con fervor.

El monje oyó mis saludos y mis palabras con aire distraído y en sus breves respuestas se observaba ese tono terminante que acusa la impaciencia por concluir rápidamente una entrevista.

Cuando le pregunté si era exacto que Bruno Litrowsky hubiera conseguido una entrevista con Su Majestad, me respondió secamente:

—Sí, tiene derecho a ello, es noble polaco y viene a tratar sobre ciertas garantías que solicitan sus compatriotas.

—Desearía asistir a esa conferencia, repliqué.

—Es imposible, agregó. La costumbre no lo autoriza. Ningún extraño fuera del oficial de compañía puede encontrarse al lado de Su Majestad, cuando él se halla solo en conferencia privada.

—Aceptad mis excusas, dije, y me encaminé hacia la puerta.

En el momento en que iba ya atravesar el dintel, tuve una idea que me detuvo. Me volví de nuevo hacia Rasputín y le pregunté:

—¿Sería posible que la policía me instruyera acerca de la nueva casa de Kropotkin?

El monje abrió vivamente los ojos y con un rápido movimiento se acercó hacia mí.

—¿Qué es lo que sabéis?— me interrogó.

—Nada, respondí, sólo tengo la certeza de que el filósofo no vive ya en su misma habitación.

—Decídmelo todo, necesito conocerlo. ¿Cómo habéis adivinado su guarida? inquirió nerviosamente Rasputín.

Luego después, al observar mi mano cubierta de vendajes, agregó:

—Estáis herido, algo debe acontecer; el secreto en que Kropotkin ha efectuado su cambio de domicilio ha sido ya causa de alarmas para los que vigilamos la sagrada persona de Nuestro Padrecito el Zar. Vuestra herida, vuestras preguntas, todo contribuye a afirmar en mí la seguridad de que algo extraordinario pasa. He implorado durante horas, de rodillas ante el Icono, la luz divina, y aún ella no desciende sobre mí.

Rasputín se agitaba cada vez más y su voz había llegado a adquirir tonalidades de extraña ronquera.

—Habladme, gritó, os conjuro a hacerlo en nombre de Dios.

—Tranquilizaos, respondí, nada sé de definitivo, pero tengo los hilos de una posible conspiración que sólo vos podéis evitar.

—¿Cómo?, interrogó fuera de sí el favorito.

Muy sencillamente, repliqué, teniendo confianza en mí y accediendo a mis pedidos.



Metí la mano por el hueco...

—Lo que solicito es poco: la nueva dirección de Kropotkin y el permiso para asistir a la entrevista que Bruno Litwosky ha de celebrar con Su Majestad.

El monje retorcía febrilmente sus manos y no parecía muy del todo tranquilo. Agregó:

—Referid, contad, por favor.

—Nada se avanzaría con ello, respondí, depositad vuestra confianza en mí en la certeza de que si hay necesidad hablaré.

Rasputín, con los ojos humedecidos por las lágrimas, me dijo, al mismo tiempo que estrechaba mis manos entre las suyas:

—Será como queráis; en todo caso, amigo, gracias.

Mal de mi grado, tuve que permanecer aún una hora o más en el concierto de la corte.

La charla banal de las gentes de salón no satisface mi espíritu. La situación política, las intrigas cortesanas, la última gira de la cantatriz Litvinne, la fuga de la princesa Boroff con un marqués italiano de dudosos antecedentes, eran los temas preferidos de conversación.

A la una y media de la mañana, más o me-

nos, pude abandonar el Palacio de Invierno. Fuí conducido a casa en un coche perteneciente a la Policía y me acompañó durante el trayecto un oficial de elevada estatura y de finos modales.

Al llegar frente a la puerta de mi domicilio, el dicho oficial me dijo:

—Tenga usted la bondad de excusar el que yo no descienda con usted; pero tengo órdenes estrictas al respecto. Además, debo hacer a usted entrega de este sobre.

Y me alargó una carta con varios timbres.

Una vez en mi pieza, cerré cuidadosamente las puertas y abrí el sobre misterioso. Dentro de él existía sólo un papel corriente sobre el cual estaban escritas las siguientes frases: "Kropotkin, calle Lambowskoia número 112. Preséntese en el Palacio de Invierno el 28 del corriente, a las dos de la tarde y muestre la orden adjunta". En verdad, el sobre contenía también una tarjeta roja que no era otra cosa que una citación del General Malakieff, Jefe de la Policía.

Llamé a Chundro para que procediera a curarme la herida de la mano y después de ello mudé mi frac por vestidos menos livianos.

Salí a la calle y tomé la dirección de la nueva casa de Kropotkin.

Me ví obligado a marchar a pié por no despertar sospechas en los cocheros o conductores de trineo. La distancia que había de recorrer era larga y el frío, intensísimo. Afortunadamente no nevaba.

Luego que estuve lejos del centro de la ciudad me encontré en barrios desprovistos casi enteramente de alumbrado y, a pesar de que conozco más o menos bien las calles de San Petersburgo, y de que tengo un magnífico sentido de orientación, me extravié varias veces.

Según los cálculos que yo me hacía, la nueva casa de Kropotkin debía encontrarse en los alrededores de la capital y después de la fábrica de azúcar de propiedad de los célebres millonarios Ulroff. Llegué claramente al barrio industrial de San Petersburgo y me interné en él con toda confianza. Después de caminar una media hora larga sentí campanillas de trineos, lo cual me indicó que me acercaba de nuevo al centro en vez de alejarme de él. Tendí la mirada para orientarme y alcancé a divisar la mole de la Catedral de San Isaac. No me cupo la menor duda de que marchaba en dirección perfectamente errada. Volví mis pasos hacia atrás y comencé a caminar rápidamente. Al llegar de nuevo frente a las usinas que se levantaban solemnes y silenciosas como espectros en medio de la noche, divisé a dos hombres que venían a mi encuentro con paso distraído. Conversaban animadamente, pero en tono bajo. A medida que se iban acercando, el rumor de la conversación se hacía más distinto. Me pareció oír una voz atiplada que no me era desconocida. Aunque mis recuerdos no eran nítidos, creí, sin embargo, recordar aquel tono afeminado que me causaba extraña impresión, y me resolví a ocultarme bajo el marco de una gran puerta que parecía dar acceso a un almacén o depósito de mercaderías. Los dos hombres se aproximaban ya y el cristal de la voz atiplada se dejaba sentir como un débil campanilleo, a pesar de los esfuerzos que su dueño hacía por disminuirlo.

No me cupo ya la menor duda: aquella voz pertenecía al conspirador polaco Litrowski.

Al pasar ambos hombres junto a mí, me acerqué cuanto pude a la puerta, a fin de no ser descubierto. La obscuridad de la noche me favoreció, y se alejaron sin sospechar, siquiera, que habían sido vistos y, lo que es peor, oídos. En efecto, Litrowski había dicho:

—Ya no nos reuniremos hasta el Martes.

El Martes era justamente el día anterior al fijado para la conferencia que este extraño noble polaco había de celebrar con Su Majestad.

A pesar de que este dato me era suficiente para el desarrollo de mis planes, la curiosidad pudo más que yo y me resolví a seguir a ambos anarquistas con el fin de obtener alguna otra información.

La vida al aire libre, las cacerías y la costumbre de atisbar desde lejos al rinoceronte o al jaguar que se aproximan, aguzan mucho el oído. Esta facultad me permitiría oír algo de lo que mis hombres iban comunicándose, por más que la conversación se desarrollara en voz muy baja. Además, flotaba en la atmósfera una pequeña brisa sur que me traería el eco de las palabras que ellos pronunciaran.

Habrían avanzado unos veinte pasos cuando salí de mi escondrijo y comencé a deslizarme pegado a la muralla, aprovechando de la completa obscuridad reinante.

Uno de ellos, decía:

—Usted será el más grande apóstol con que el anarquismo...

Y la voz se perdió.

Un momento después el polaco agregaba:

—No es el miedo a la muerte, amigo. Tiemblo ante el dolor previo.

—No hay por qué. Boris ha dado garantía y aunque no es médico aún, es un estudiante en quien se puede confiar.

No me atrevía a apurar el paso por temor de hacer ruido, y los anarquistas ganaban cada vez más distancia, porque marchaban de prisa. Comenzaban ya a circular algunos hombres de trabajo y también algunos vehículos. Al llegar a una esquina, ambos hombres se detuvieron y cambiaron algunas frases de despedida. Entonces si que me decidí a apurar el paso y antes que el apretón de manos hubiera lado fin a la misteriosa charla, pasé al lado de ellos.

—Valor y confianza en la causa, compañero Litrowski, dijo uno.

—Nada me importa, siempre que no me haga astillas yo sólo, contestó el interpelado.

Cuando me hube alejado un poco, me fijé que uno de los conspiradores me había mirado intensamente. Este detalle me inquietó y volví la cabeza hacia atrás. Pude ver que de espía que era hacía un instante, me había transformado en espiado. Indudablemente que el anarquista seguía mis pasos. Como ya había sido observado en mi movimiento de temor al mirar a aquel que me perseguía, no me quedó otra cosa, para no despertar mayores sospechas, que detenerme y comenzar a dirigir mi vista a una y otra dirección, como quien espera un carruaje. El hombre llegó hasta mí, se detuvo, y, clavándome dos ojos que brillaban como ascuas, me dijo secamente:

—¿Distará mucho de aquí el muelle inglés?

—Mejor que yo lo sabrá usted, respondí fingiendo acento italiano.

—¿Es usted extranjero?, agregó el hombre sin cesar de mirarme.

—Sí, repliqué.

—No deja de ser extraño que un extranjero se aventure a estas horas por tan alejados barrios, me dijo el hombre en tono amenazador y acercándose cada vez más a mí.

Comprendí que la situación era difícil, pues no tenía para defenderme, en caso de ataque, sino una mano, pues la otra estaba herida. Miré en varias direcciones para ver si divisaba algún coche salvador; pero sólo circulaban pesados carros de carga que no habrían servido para mi objeto. Por fin, me decidí a todo y recordando los sistemas usados por la policía japonesa, resolví ponerlos en práctica.

—Y al fin y al cabo, dije acercándome lo más posible a mi interlocutor, ¿qué derecho tiene usted para hacerme tales preguntas?

Y acto continuo, en un rapidísimo movimiento, separé mi dedo índice de mi dedo tercero y con toda fuerza los clavé ambos en las pupilas del anarquista.

El hombre lanzó un grito ahogado y se llevó ambas manos a los ojos. Aproveché la ocasión y me alejé casi corriendo. Media hora más tarde, Chundro curaba mi mano antes de entregarme a un sueño reparador.

El tiempo que trascurrió hasta llegar el Martes, día en que debía celebrarse la última reunión en casa de Kropotkin para consumar el atentado, según lo dicho por Litrowski, fué para mí largo y pesado.

Rasputín me acosaba a preguntas, ante las cuales yo permanecía perfectamente mudo, temeroso de que una confidencia hecha al monje, epiléptico y nervioso, echara a perder mis planes. Luego después las frases que oí a los anarquistas en el barrio manufacturero me llenaban de curiosidad: ¿qué tenía que ver la medicina con un atentado dinamitero? O tal vez se trataría de envenenar al Zar. ¿A qué dolores podía haberse referido Litrowski si, como según parece, era él el encargado de arrojar la bomba? Dada la eficiencia del explosivo, sin duda que el polaco no tendría tiempo al morir de experimentar otro desgarramiento que el de la separación de su alma. Por fin todos estos misterios inquietaban, en general, a mi espíritu acostumbrado a luchar frente a frente con enemigos perfectamente visibles y no con fantasmas

El día Martes comí tarde y frugalmente: un poco de caviar, un koulibiac al repollo y un kache (crema favorita de los polacos que se prepara con avena y leche).

Después de fumar mi pipa, llamé a Chundro para que me ayudara a vestir un raído y

asqueroso traje de moujik, que compré a un ropavejero judío. Calé sobre mi cabeza un grasiento gorro de pieles, y ataviado en esta forma marché a pie en dirección a la casa de Kropotkin.

Como durante los días transcurridos había hecho a plena luz varias excursiones al barrio que ahora habitaba el filósofo anarquista, no tuve dudas esta vez, y, más o menos, a las doce de la noche me encontraba frente al sitio en que tan curiosos hechos habían de acaecer.

Rondé cuidadosamente la casa y, a pesar de la obscuridad, encontré al fin la ventana que yo buscaba. Los volantes parecían herméticamente cerrados. Hice una pequeña presión sobre ellos y comprendí que estaban fuertemente asegurados por recias barras de fierro. ¿Me habría engañado Chundrof Volví de nuevo a tentar con la palma de la mano los maderos y entonces sentí un débil crujido. Empujé con alguna fuerza y dentro del mismo volante se abrió una pequeña puertecilla que giraba sobre diminutas bisagras.

El hindú había pasado por mi orden cuatro o cinco noches consecutivas observando la habitación de Kropotkin y había podido descubrir esta fina puertecilla que, según parece, servía para observar desde adentro a las personas que llegaban, e impedir así una sorpresa de la policía.

Metí la mano por el hueco y traté de alzar las barras que afirmaban la ventana por dentro, pero, o estaban aseguradas muy recíamente con algún candado, o mi única mano disponible no tenía fuerza suficiente para levantarlas. Saqué de mi bolsillo el **octozumum**, que es un aparato muy usado por los naturales mejicanos. Se compone de una de esas sierras finísimas que sirven para romper hasta el acero; lleva en su parte anterior un pequeño globo de caucho en el cual se introduce el zumo exprimido de una yerba, especie de ortiga, que se produce en los valles cercanos a Guanajuato. Este zumo tiene la propiedad de atacar rápida y violentamente el más fuerte hierro Dicho ácido poderoso va vertiéndose por medio de una aguja hueca que va en el lomo de la sierra, sobre el lingote que se trata de dividir; así la sierra y el ácido trabajan conjuntamente y una barra de fierro de dos centímetros de espesor queda partida en un minuto. El nombre de este ingenioso aparatito viene de la acepción vulgar de la yerba que en él se emplea para su funcionamiento.

Como se comprenderá bien, mi tarea no fué larga. Los hierros cedieron con facilidad y cayeron, haciendo, desgraciadamente, un gran ruido. Cerré cuidadosamente las alas del ventanillo y esperé, con mi revólver amartillado, el desarrollo de los acontecimientos.

Pasaron cinco o diez minutos y nadie dió señales de vida. Lo que más tarde ví me explicó la atención que todos los que dentro estaban, ponían en lo que sucedía en la reunión que allí se celebraba, y no me extrañó que no hubieran sido capaces de oír un cañonazo de la torre de Londres.

Volví a abrir la puertecilla y deslicé mi mano hacia adentro, y entonces, con toda facilidad, pude descorrer el cerrojo que por dentro unía los volantes. Con toda cautela me introduje a la habitación que daba a la calle. La operación no fué difícil, pues el antetecho no distaba más de un metro y medio del suelo. A tientas atravesé aquella pieza cuyo contenido ignoro hasta el momento actual. Después de vagar rozando muebles y encontrando a cada momento sujeto el paso por algún obstáculo, mi mano se topó con una nueva cerradura que abrí fácilmente. Era una puerta que se abría hacia afuera. Crucé el dintel y me encontré en una especie de pequeñísimo vestíbulo cerrado, algo así como una **antichambre**. Varias puertas daban a este sitio vagamente iluminado por una débil claridad que se filtraba de una de las habitaciones con acceso a él.

Me detuve un instante. Un inmenso silencio reinaba en aquella casa en que el misterio y la muerte se habían anidado. Un quejido tímido, como la expresión de una fatiga dolorosa, era el único ruido que interrumpía de vez en cuando la solemnidad de ese aterrador silencio. Me acerqué suavemente a la puerta que cerraba la habitación con luz, apliqué el oído a la cerradura y entonces distinguí claramente un sonido gutural y doloroso como el de una persona que se ahoga o que ronca presa de una pesadilla.

Aquel extraño respirar adquiría a veces los tonos agudos de un silbido, y, por fin, una tos horrible, violenta como un estallido hirió sin consideraciones la calma de la sombra y de la nada.

Varias voces hablaron, una dijo:

—Dejémosle descansar. Parece que la sonda es muy delgada y se dobla.

Alguien contestó:

—No puede emplearse otra más gruesa porque es necesario dejar el aparato cerca del píloro donde los movimientos peristálticos del intestino se hacen más tenues.

A mis oídos llegaba claro el ronco resonar de una respiración fatigosa que acusa un pesado cansancio.

Los vidrios de la puerta que me separaba de la habitación misteriosa estaban empavonados. Saqué un pequeño cortaplumas y con ella retiré la pintura blanca, de modo que quedara un círculo del diámetro de la cuenca de un ojo. Apliqué allí bien mi cara y pude observar lo siguiente:

Litrowski estaba tendido sobre una mesa; un joven imberbe tenía en una mano un pequeño objeto del tamaño de un huevo de paloma y en la otra una larguísima sonda. Litrowski parecía preso de un infinito malestar.

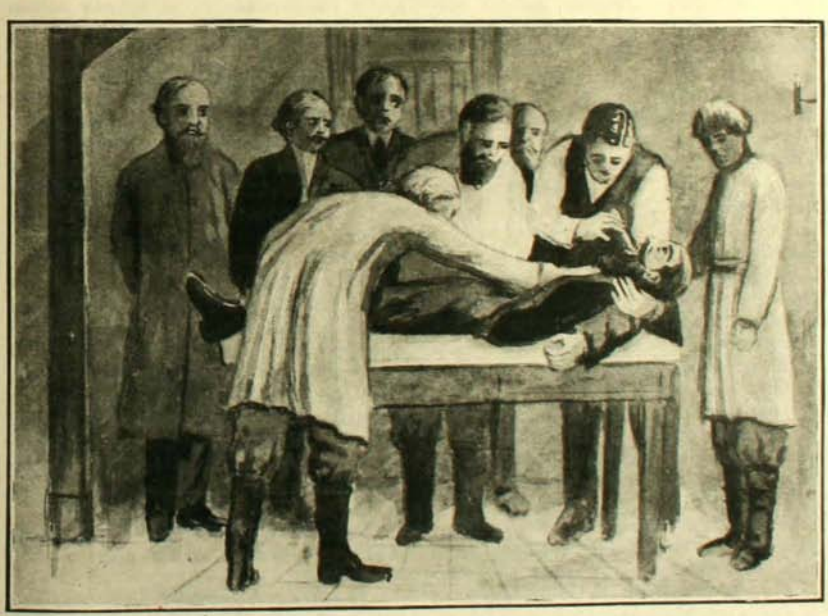
Después que dieron a oler a la víctima el contenido de un frasco, el imberbe separó suavemente las mandíbulas del noble polaco e introdujo en la boca de éste el huevo de paloma, y en seguida comenzó a empujarlo suavemente con la sonda, mientras otro hombre hacía sobre el pecho de Litrowski una especie de suave masaje.

Los roncos quejidos volvieron a repetirse. Las órbitas del infeliz polaco amenazaban salirse de las cuencas; sus manos se crispaban y un copioso sudor cubría la frente.

Ninguno de estos sufrimientos llegaban a las fibras nerviosas de aquellos hombres que continuaban imperturbritos su obra.

Dos o tres veces Litrowski estuvo a punto de morir asfixiado y hubo que suspender la operación por orden de un anciano barbudo que vigilaba el pulso.

Por fin el polaco con rudeza indescriptible, soportó el martirio. El huevo de paloma había atravesado el esófago y no había ya amenaza alguna de asfixia. El imberbe y su acompañante trabajaron ágilmente en el ma-



Litrousky estaba tendido sobre una mesa.

saje, y, por fin, el operador dijo con voz queda:

—Ha llegado al pilloro, ya no hay nada que temer.

Litrowski, pálido como un cadáver, con los ojos salientes, enrojecidos con sangre, se puso de pie Fué un momento solemne. Muchos hombres surgieron de rincones donde la luz no penetraba y abrazaron religiosamente al polaco. Este, alto y macilento, recibía las manifestaciones de sus amigos, mientras las lágrimas y las gotas de sudor se unían en un sólo hilo y se deslizaban por sus escuálidas mejillas de asceta

Divisé entre las sombras la plateada barba de Kropotkin.

—¿Está bien calculado el aparato de relojería? dijo el filósofo

—No hay temor alguno, contestó el viejo que en noches anteriores había hecho la descripción de un explosivo de rara potencia. A las tres y cuatro minutos, deberán unirse los contactos y estallará la sustancia explosiva.

—¿Qué proporciones tomará el estrago? interrogó el filósofo.

—Nuestro amigo Litrowski, nuestro mártir, replicó casi llorando el químico, morirá; pero morirá también el Zar; probablemente se ocasionarán perjuicios en la sala de la conferencia, y estoy cierto de que el oficial que acompañe al autócrata de las Rusias, no salvará.

Sigilosamente me retiré por donde había venido y salí a la calle. No necesitaba oír más. Todo aparecía claro ante mi mente: Litrowsky había ingerido un extraño objeto compuesto de un terrible explosivo y de un pequeño aparato de relojería. La máquina infernal debía estallar a las tres y cuatro minutos del día siguiente, o sea, en los precisos instantes en que el noble polaco estaría frente al Zar, ya que, según mis informaciones, la conferencia concedida por Su Majestad a tan peligroso sujeto debía realizarse desde las tres hasta las tres y cinco minutos.

De esta manera el anarquista realizaría sus planes a pesar del registro reglamentario en Palacio.

Los conspiradores confiaban en la exactitud matemática que reglamenta las horas de la vida de los soberanos, exactitud que se hace aún más precisa, si ello puede decirse, en la reglamentación protocolaria de las horas de audiencia. Estaba cierto de poder salvar la vida de Nicolás II y cuando al día siguiente, Chundro llegó hasta la orilla de mi cama con un caliente y perfumado tazón de té, me sentí alegre, lleno de fuerzas y de vida como al anochecer en los campos de Bengala a la espera del tigre sanguinario y elegante.

A las dos y media en punto de ese día, presenté en el Palacio de Invierno la citación del General Malakeff.

No fué el supremo Jefe de Policía quien me recibió, sino que un simple oficial de la Guardia de Palacio me introdujo, después de pasar por varias salas y vestíbulos, hasta el aposento que sirve de dormitorio al militar que durante noche y día vigila a la sagrada persona del Emperador.

—Tened la bondad de esperar un momento, me dijo, hay listo un uniforme que os vendrá a maravilla

Salió fuera de la sala y pocos momentos después regresó trayendo él mismo las diversas prendas del uniforme de la Guardia Imperial.

Vestí todo aquello y en un minuto me encontré transformado en un apuesto militar.

El oficial me miró de alto abajo y en seguida me dirigió las siguientes palabras:

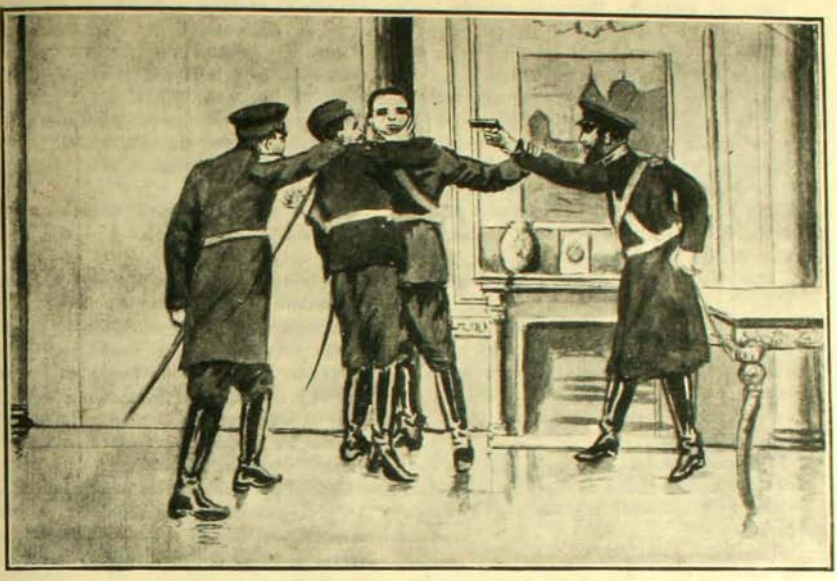
—De orden de S. M. el Zar, reemplazaréis hoy al oficial de compañía durante la entrevista que se ha concedido al noble polaco Litrowsky. Sabed que durante cinco minutos responderéis de la persona de Su Majestad y de la tranquilidad de la Rusia, y no olvidéis que no está lejana la fortaleza de San Pedro y San Pablo.

—Está bien, respondí secamente.

Momentos después me encontraba en una pequeña sala de recibo donde el autócrata de las Rusias solía conversar con aquellas personas que inspiraban plena confianza a la Corte y a la Policía Eran contados los individuos que llegaban hasta aquel recinto y sólo la extirpe noble de Litrowsky y el sumo interés que el Gobierno tenía en la tranquilidad de la Polonia podían justificar esta especial deferencia guardada para con este ciudadano de Varsovia.

El oficial, una vez que estuvimos dentro de la sala, sacó de su bolsillo un pequeño revólver y me dijo:

—Tomad, señor, esta arma puede seros muy útil. Fijáos bien en la hora que marca este



No sé cómo pude desilizarme en medio de los brazos que me sujetaban.

reloj y señaló uno hermosísimo de bronce que descansaba sobre las alas del Aguila Imperial esculpida también en el mismo metal. A las tres en punto Litowsky será introducido por esa puerta del fondo e inmediatamente después entrará Nicolás II por la de la izquierda. A las tres y cinco en punto, usted advertirá en forma militar al visitante que la audiencia ha terminado. Si este pretende quedarse un minuto más frente a Su Majestad, le sacaréis a viva fuerza. Que San Isaac os guarde, agregó; y haciéndome un saludo militar se retiró rápidamente.

Revisé con ojos celosos el lujo oriental de la habitación. Conozco ya tanto las iglesias y las mezquitas tapizadas de pedrerías y de objetos de valor incalculables, he visitado tantas soberbias mansiones de príncipes hindúes y de rajahs que no me llaman ya la atención ni la riqueza ni el fausto de las más brillantes Cortes.

Miré atentamente las manecillas del reloj que me indicara mi introductor. Faltaban diez minutos para las tres.

Acaricié el revólver que acababa de entregarme mi introductor y no pude menos de sonreírme. Era una arma de buena marca y bastante precisa: pero, ni con mucho podía compararse a la pistola que yo había ocultado en el interior de mi casaca. Con las armas es necesario proceder como con los amigos, conocerlas bien antes de confiarse en ellas. Podía ser espléndido aquel revólver del oficial, pero mi pistola había sido mi salvaguardia y mi ayuda en aquellas situaciones en que se prueba la capacidad y la eficiencia de una cosa o de un sér. Quería aquella arma con el afecto y el respeto que se guarda a un protector amable.

Volví a mirar los punteros que marcaban las horas a la vida de uno de los más poderosos soberanos de Europa. Estaban ya casi en ángulo recto, o sea a punto de marcar las tres de la tarde.

Esperé un instante. Como aplicados sobre cristal de baccarat sonaron nítidos y armónicos tres golpes. Sin quererlo conté en mi mente: uno, dos, tres. La vida del Zar dependía de mi rapidez y arrojo. La fortaleza San Pedro y San Pablo estaba cerca; el oficial de guardia lo había dicho.

Un ligero ruido de mampara que se abre

llamó mi atención. Dirigí mi mirada hacia la puerta del centro y vi aparecer por ella, pálido y un tanto tembloroso, a Bruno, Barón de Litrowsky, el anarquista.

Un instante después, Nicolás II entraba por la derecha con paso calmado y el aire un tanto taciturno. Vestía un traje sencillo de oficial de alta graduación del 24 Regimiento de Caballería. Llevaba la cabeza un poco gacha y su pequeña barba color de miel caía sobre su pecho ocultando el brillo de las insignias de una Gran Cruz.

Me cuadré militarmente y permanecí rígido como una estatua.

El Zar me dirigió a hurtadillas una mirada y, en seguida, levantando la frente, clavó sus ojos en mí. Sin duda que ignoraba el cambio ordenado por Rasputín y que no reconocía en mi persona a ninguno de los oficiales de su confianza.

Tomó asiento tras una ancha mesa de ébano con incrustaciones de marfil y dirigió al visitante una mirada más amplia y menos dura.

Litrowsky parecía haber perdido el uso de la palabra. Semejaba un sér cuya alma hubiera partido a otras regiones. Sus ojos estaban rodeados de profundas ojeras y las pupilas brillaban en el fondo de ese círculo obscuro como pequeños carbones encendidos en el bosque sombrío y silencioso. Los perfiles de sus pómulos y de su barba se habían afilado en forma tal que la cara del polaco parecía tallada en alguna piedra dura y cortante.

El labio inferior del anarquista había adquirido una vibración rapidísima y casi imperceptible.

Nicolás II habló primero:

—Podéis exponer lo que deseáis

Litrowsky, sin sentarse, y sin hacer ninguna de las reverencias de estilo, comenzó a decir, con voz entrecortada y queda:

—Majestad, los habitantes de la Polonia viven agradecidos a los beneficios que continuamente les concede el Gobierno Imperial y especialmente la persona de Vuestra Majestad; pero sufren.

No puse más atención a aquellas palabras y fijé mi vista en el reloj. Eran las tres más dos y medio minutos. Comprendí que no había tiempo que perder, pues a las tres y cuatro minutos debía estallar la máquina infernal que se anidaba en las duras entrañas de aquel revolucionario.

Introduje la mano en el bolsillo interior de mi casaca, extraje la pistola, avancé dos pasos hacia Litrowsky y le hundí el cráneo con dos proyectiles que dieron perfectamente en el blanco. La víctima se desplomó sobre el mullido tapiz que cubría el suelo de la habitación.

El Zar se había puesto de pié y echaba mano a su faltriquera como para sacar un arma.

No le di tiempo para proceder y, pasando por encima de todo el respeto que se debe a la sagrada persona del autócrata de todas las Rusias, estreché con mi brazo izquierdo el cuerpo de Nicolás II en forma de imposibilitar el movimiento de la mano que debía manejar el arma, y con la diestra le tomé por el cuello de la casaca y, casi en el aire, le arrastré hasta la sala vecina.

A pesar de que esta escena se había desarrollado en dos o tres segundos, ya había trascurrido el tiempo necesario para que acudieran, al ruido de los disparos, diez o doce palaciegos.

Al sentir que me golpeaban y que querían detenerme, grité con todas las fuerzas de mis pulmones:

—Pasad, pasad a la otra sala, si no queréis morir todos.

No sé cómo pude deslizarme en medio de los brazos que me sujetaban y de los revólvers que se apuntaban a mis sienes, hasta llegar a la habitación contigua.

—Ha querido asesinar al Zar, gritaban unos.

—Matadle, exclamaban otros.

Yo respondía:

—Medio segundo más y lo sabréis todo; dejadme con vida, escuchad, oíd...

Un terrible estallido conmovió el edificio e hizo caer en pedazos los vidrios de las mamparas que separaban las habitaciones unas de otras. Una densa columna de tierra penetró por los agujeros que dejaron los cristales rotos, desde la sala íntima del Zar hasta las salas contiguas.

Las caras palidecieron, sonaron los sables al salir de sus vainas y toda aquella extraña mezcla de soldados, funcionarios y nobles, se precipitó al sitio de la hecatombe. En el instante en que se produjo la explosión, recibí,

no sé de dónde, un terrible puñetazo, con el cual se pretendió tal vez dejarme aturdido para que no me escapara.

Sin embargo, mis quijadas no son de aquellas que se doblan al soplo de la brisa, ni mi cerebro se conmueve tan fácilmente de modo que resistí perfectamente el golpe, y pude seguir tras de los que corrían hacia el teatro del atentado.

Nada había quedado en su sitio en la elegante sala: la mesa de ébano, el reloj de bronce, las estátuas todo había caído, y una capa de tierra cubría el suelo. Sobre el tapiz yacían los despojos de Litrowsky. Habría sido difícil reconocerle: la mandíbula inferior se había desprendido totalmente de la caja craneal; los ojos estaban fuera de sus órbitas; en la región intestinal podía verse como un gran agujero negro, de donde se desprendían aún los gases del explosivo olientes a quemadura y a extrañas materias. No pude observar gran cosa más.

Un hombre de regia talla y de grandes barbas rubias, en el cual reconocí al General Malakieff, dijo con voz tonante:

—Un hombre en cada puerta. De aquí no sale nadie.

Inmediatamente se dirigió a los presentes y haciendo la señal de la cruz, con el pulgar y el índice de la mano derecha, dijo:

—Todos vosotros, testigos de este miserable atentado, olvidaréis lo que acaba de acaecer y juraréis por la señal de la cruz no repetir una palabra de lo que aquí habéis visto. Jurad.

Veinte voces respondieron:

—Sí, juramos.

—Acordaos, prosiguió el General Malakieff, que la Siberia no respeta ni a los grandes ni a los humildes cuando se trata de la tranquilidad del Imperio.

Luego después agregó calmadamente.

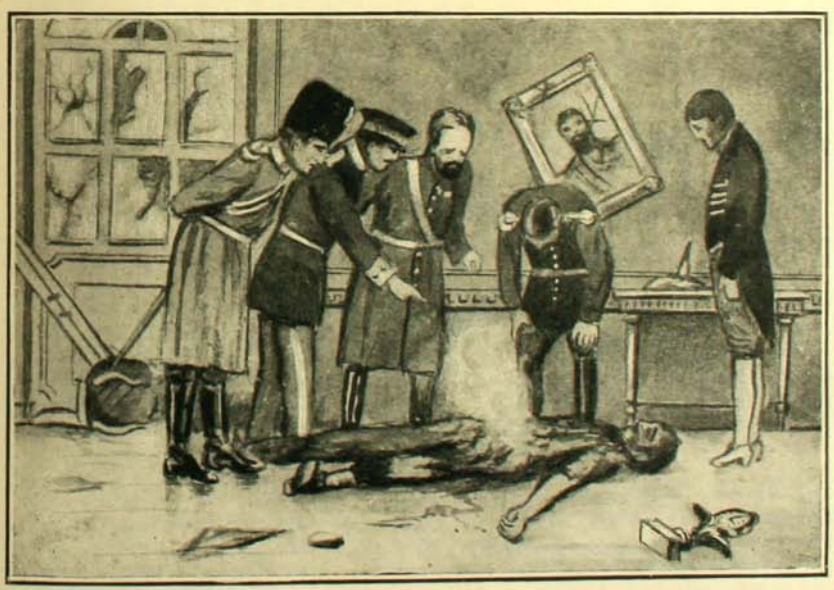
—Tomad a ese hombre.

Dos oficiales se apoderaron de mi persona y me trasladaron a la sala contigua.

Al llegar allí se abrió violentamente una puerta y por ella penetró el Gran Duque Miguel, quien dijo secamente:

—Dejad a ese hombre que me siga. Su Majestad quiere hablarle.

En pocos instantes me encontré en una habitación sencilla donde el Zar conversaba, paseándose agitadamente, con el Monje Ras-



Sobre el tapiz yacían los despojos de Litrousky.

putín. Este, al verme se puso de pie y me abrazó estrechamente.

—Gracias, querido amigo, me dijo. Comprendo bien que habéis salvado la vida de Su Majestad y el porvenir de la Rusia. Hablad, por favor, me dijo. Explicad a nuestro augusto Soberano, que aún no puede darse cuenta de lo que ha acaecido. En verdad, continuó el Monje, yo estoy cierto de vuestra inocencia; pero la discreción que habéis usado para conmigo mismo tampoco me permite unir bien los hilos de este extraordinario atentado.

Su Majestad detuvo su paseo y mirándome fijamente con aire todavía un tanto receloso, me dijo:

—Podéis hablar.

Me incliné profundamente y, sin sentarme, comencé el relato de esta larga historia.

Al concluir la exposición, Su Majestad me oprimió con su mano derecha mi diestra y me dijo:

—Dadme vuestro nombre y vuestra nacionalidad para otorgaros el Gran Cordón de San Andrés.

Miré a Rasputín como pidiendo un consejo. Me incliné de nuevo profundamente y dije en voz baja mi nombre y mis antecedentes.

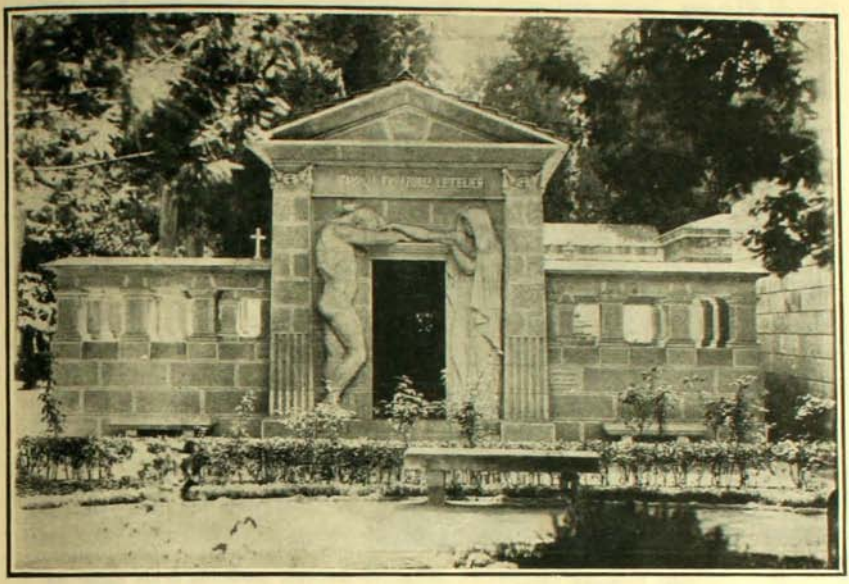
Nicolás II cambió de actitud y me invitó a sentarme a su lado. En sus ojos se pintaba una gran sorpresa y no dejaba de recorrerme con la mirada.

—Amigo, me dijo. Esta noche comeréis conmigo y mañana recibiréis un regalo, muestra de mi agradecimiento por vuestra fiereza y vuestra generosidad.

Me incliné profundamente y me dispuse a salir. En ese instante Rasputín me advirtió:

—Acordaos del secreto; nada habéis hecho ni nada habéis visto. Al día siguiente, muy de mañana, recibí de manos de un oficial el estuche y el bastón ametralladora que he descrito al iniciar esta colaboración.

Desposeído mi augusto amigo Nicolás de su trono, de sus derechos, y tal vez hasta de su vida, he podido ahora trazar a grandes rasgos la historia de esta pequeña aventura que se cuenta entre las varias que han amenizado mi vida de lucha y esfuerzo.



Mausoleo de la familia Errázuriz Letelier. Construcción hecha por don Julio Bertrand Vidal.

A la memoria de Julio Bertrand Vidal

Por RICARDO VALDES

—¿Quién es ese joven tan distinguido que estaba con usted? Así me interrogó una señora, una de esas creaturas femeninas que imprimen un sello de idealidad a cuanto expresan, cierta vez que me despedí de Julio Bertrand Vidal para acercarme a saludarla.

¡Ese joven distinguido!... Eso era, justamente, como una persona fina que jamás lo había visto supo adivinarlo, el amigo a quien dedico estos tardíos renglones de recuerdo que un quebranto de salud me impidió escribir a la fecha de su fallecimiento prematuro.

Julio era distinguido por natural y por escuela, por gustos innatos y por el desarrollo de su fructífera existencia, útil y helénica, refinada y laboriosa a un tiempo mismo.

Lo conocí cuando era un bello niño blondo que ensayaba los pasos primeros y lo traté con mucha asiduidad en sus últimos años. Supe de su vida de hogar, plácida, de la placidez de los idilios.

Aparte de tan larga amistad, nos ligó una relación de negocios cuyo giro me brindaba frecuentes coyunturas de acudir a su oficina de arquitecto y de apreciarlo bajo la fase de gran trabajador. Nos unían, además, las afi-



Julio Bertrand Vidal.

nidades estéticas, el amor a la pintura y la afición por las antigüedades coloniales. Estoy autorizado, entonces, para esbozar una semblanza del amigo que se fué cuando un bello porvenir le sonreía.

Julio Bertrand era, desde luego, de un físico muy interesante. Pálido y rubio, esbelto y grácil, inclinaba levemente las sienes, cargadas de pensamientos y coronadas por abundosa cabellera de oro. Sus ojos eran azules y profundos; correctos todos los rasgos de su rostro pensativo.

Había en el exterior de Julio una atracción que alcanzaba a interesar aun a los observadores más superficiales. Cierto contraste entre la gravedad de sus maneras, rara a sus años, y la esmerada elegancia de sus vestidos, que revelaba afanes juveniles, atraía la atención de muchas personas que tuvieron oportunidad de conocerlo en la última época de su existencia breve.

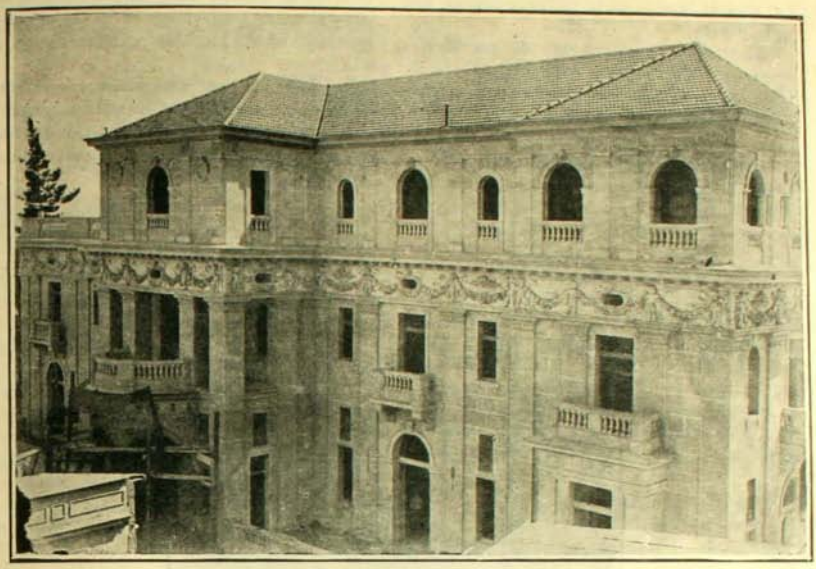
La personalidad moral de mi amigo era, como lo he insinuado al comienzo de este recuerdo, plena de interés. Inteligente y bueno—una conjunción de atributos difícil de encontrar en los humanos, porque la habilidad de muchos seres los inclina al desprecio de los convencionalismos sociales y los induce a portarse con cinismo—tan ilustrado como hábil, tan fino de espíritu como enérgico de índole, Julio era siempre hombre de arte, sin dejar de comprender jamás las realidades de la vida, y práctico siempre, sin perder nunca de vista su calidad de esteta, absolutamente bien determinada.

Resultado de esta feliz combinación de cualidades, fué su vocación por la arquitectura, que es mezcla de arte amable y de trabajo rudo.

Desde muy temprana edad lo habían interesado los estilos y las decoraciones. En el ejercicio de su hermosa profesión debía hallar an-



Casa de don Ricardo Valdés, construida por don Julio Bertrand Vidal.



Casa del senador don Augusto Bruna, construida por don Julio Bertrand Vidal.

cho campo para el despliegue de privilegiadas facultades de hombre de gusto exquisito y de grandes energías.

He tratado a muchos cultores del arte en el curso de los años. Ninguno recuerdo más completo, como artista y gentilhombre, que Bertrand.

Le debo, en su carácter de arquitecto, el agrado de habitar una morada en armonía completa con mis gustos y puedo atestiguar sus dotes profesionales de excepción.

Julio dominó el arte raro de combinar el poético sello de lo antiguo con las necesidades de la existencia prosaica del presente.

No era anticuario por manía, acogiendo toda vejez artística por el solo hecho de ser vieja, sino que adaptaba a maravilla el noble clasicismo de las antiguas construcciones a la comodidad de los habitantes de sus edificios armoniosos. El estilo románico de una fachada airosa no se oponía en sus proyectos



Casa de don Carlos G. Avalos construida por el señor Bertrand Vidal.

al confort interno de la vivienda inglesa, alegre y sana.

Santiago muestra, en uno de sus barrios más luminosos, algunas construcciones de sólido cemento que recordarán por muchos años el arte de mi amigo.

Los humanos están divididos por profundas divergencias acerca del insondable misterio de la muerte. Unos afirman que es término fatal de toda vida y otros la juzgan el comienzo de una vida perfecta de las almas.

No pretendo yo, naturalmente, dilucidar estos problemas, pero al escribir algunas líneas a la memoria de Julio Bertrand Vidal, pienso que algunos muertos siguen viviendo en el recuerdo de los vivos...



Casa de don Ramón Balmaceda, construida por don Julio Bertrand Vidal

¿Puede aclimatarse en Chile la Palta peruana?

EL Palto, que en otros países de la América española llaman Aguacate, es el Avocado de los ingleses y el Avocatier de los franceses. Como todos saben, produce una fruta deliciosa que tiene, a lo menos entre nosotros, numerosos aficionados.

Es un árbol de hermoso porte, de hojas lanceoladas y de follaje persistente, verde obscuro. En el Perú he visto una variedad, originaria de la región amazónica, que se distingue por sus brotes de color sonrosado y sus hojas mucho más anchas.

Los botánicos conocen el palto con el nombre de Persea gratissima. El género Persea, de la familia de las Lauríneas, comprende unas cincuenta especies que crecen en los trópicos de América y Asia. Sin embargo, en Chile tenemos dos en estado silvestre, el Persea Meyeniana, que es el Lingue de las provincias centrales, y el Persea Lingue, que es el Lingue de las provincias del Sur. Quizás puedan servir para injertar el palto.

Según parece, todos los paltos cultivados son variedades de la misma especie: la susodicha Persea gratissima, originaria de las Antillas, pero esparcida ahora en todos los países cálidos del mundo.

Mucho se ha discutido y se discute sobre si la Palta chilena es superior o inferior a la peruana. En realidad se trata de dos cosas diferentes y muy difíciles de ser comparadas. La palta peruana, de sabor mucho menos pronunciado y no tan aromática como la nuestra, es más propiamente una legumbre que una fruta. Por mi parte la prefiero, sobre todo comida en su país de origen: empalaga menos.

¿Podríamos obtener aquí esta variedad?

Hé aquí el problema.

En Chile se producen dos clases de paltas, de sabor y aroma casi idénticos, que se diferencian sólo por el color de la piel, que es morado obscuro en la una y verde en la otra. Según el Catálogo del Criadero de Arboles de Santa Inés, la variedad verde es probablemente la palta peruana, sembrada de semilla en nuestro país. Sin embargo, don Miguel Varas Velásquez pretende que en el fundo de su señor padre, en Renca, existe una tercera variedad mucho más parecida a la del Perú, en la forma, en el tamaño y en el sabor.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que todas las paltas chilenas que hasta hoy he probado (no están en este caso las del señor Varas) se parecen entre sí, no sólo por su gusto peculiar, sino por lo sutil de su corteza.

Los agricultores saben que los árboles frutales multiplicados por semilla, forman de ordinario nuevas variedades, o, a lo me-





nos, no reproducen sino casualmente las características de la fruta de donde proceden. Es casi seguro que el palto, árbol muy sujeto a variaciones, como se ha observado en otros países, tienda siempre a producir en Chile, clase de tipo análogo a las que ya conocemos. Para obtener otros tipos, sería, pues, necesario importar plantas ya crecidas.

Fundado en esta consideración muy lógica, don Benjamín Errázuriz me encargó el invierno pasado traerle dos paltos formados en los trópicos, los que, según tengo entendido, continúan hasta ahora en estado de prosperidad. Puede que ellos produzcan frutas parecidas a las peruanas.

Acabo de leer un artículo sobre el cultivo del palto en California, que parece

confirmar la teoría del señor Errázuriz.

En ese país, bajo un clima casi idéntico al de nuestras provincias centrales, existen numerosísimas variedades de paltos que los horticultores clasifican en dos tipos principales que parecen coincidir con lo que nosotros llamamos palta chilena y palta peruana. Las primeras se distinguen por ser las más pequeñas, piel fina y de gusto más "pronunciado"; las segundas son más grandes, de carne más blanda, su piel es "extraordinariamente" gruesa y rugosa. Allá también, según el articulista, hay partidarios de las unas y de las otras.



Se ve por la descripción anterior que en California no sólo cultivan una palta parecida a la nuestra, sino también otra parecida a la peruana "de sabor muy diferente", dice el artículo. ¿Cómo lo han conseguido? Precisamente por el sistema ensayado por el señor Errázuriz, es decir, llevando de los trópicos plantas formadas. Las del tipo peruano las importan de Guatemala y las del tipo chileno de Méjico.

Tienen razón, porque, plantando simplemente de semilla, cualquiera que sea el orígen de ésta, nunca podrá adivinarse el resultado que, en tal caso, depende mucho más del clima, suelo y condiciones naturales del país en que se hace la plantación que de la calidad de la semilla.

Es de advertir que las dos clases de paltos californianos no se diferencian sólo por el tamaño, el sabor y la consistencia del fruto, sino por la forma del árbol mismo. Las hojas de la variedad peruana son más angostas que las de la otra.

Creemos, pues, que mediante ensayos análogos al recordado del señor Errázuriz, lograremos aclimatar en Chile la verdadera palta peruana.

El éxito obtenido en California, bajo condiciones climatéricas tan parecidas, permite abrigar esa esperanza.

A. E.





El Pediculus vestimenti y las Pulex irritans









"Pacífico" dió en su número anterior un retrato de cuerpo entero del Pediculus vestimenti, temible propagandista del tifus exantemático.

Como complemento de esa información simplemente gráfica, publica hoy la biografía completa del odioso personaje.

Es una larga historia la suya, y de tanta importancia que en muchos casos, como se verá, ha tenido puntos de contacto con la Gran Historia.

Tiene el pediculus vestimenti un a prima hermana, cuya existencia es en extremo pintoresca: la Pulex irritans, o pulga común. De ella, daremos también algunas noticias.

El piojo vive sobre el cuerpo del hombre, principalmente sobre la espalda y el pecho, y se disimula en los vestidos; y es él quien con más crueldad martiriza a los soldados en campaña o en los cuarteles. La apariencia delgada de este insecto se debe, no solamente a la estrechez de su cuerpo, sino también al encogimiento en forma de cuello que presenta la parte posterior de su cabeza, como además a la estrangulación de las junturas.

Las hembras ponen sus huevos entre las costuras de la ropa interior, por lo cual este gusano intolerable **se encuentra sobre todo entre las personas que no cambian esa ropa tan a menudo como la limpieza lo exige.**

La Phthiriasis, o enfermedad pedicular, ha sido a menudo observada, y la historia nos ha trasmitido relatos de esta enfermedad, que a tantos reyes y hombres ilustres hizo perecer: Herodes, de cuyo cuerpo se veían salir los piojos como una fuente que emana de la tierra; Antíoco, el dictador Sila, el filósofo Pherecydo, Agripa, Valerio Máximo, el cardenal Duprat, Felipe II, rey de España, Foucquau, obispo de Noyon. Este último poseía tan inmenso número de piojos, que hubo necesidad de coserlo en un saco de cuero antes de ser enterrado.

Diodoro de Sicilia afirma que los comedores de Langostas, en Africa, mueren generalmente de esta enfermedad; según él, este insecto, que emana del bajo vientre y del pecho y que produce en sus comienzos una picazón semejante a la de la sarna, sería una especie de "Piojo alado". Pero, como esta enfermedad no ha hecho una nueva aparición desde los orígenes de la ciencia, es probable que ese pretendido piojo quede sepultado en la sombra junto con todos los efectos que se le atribuyen.

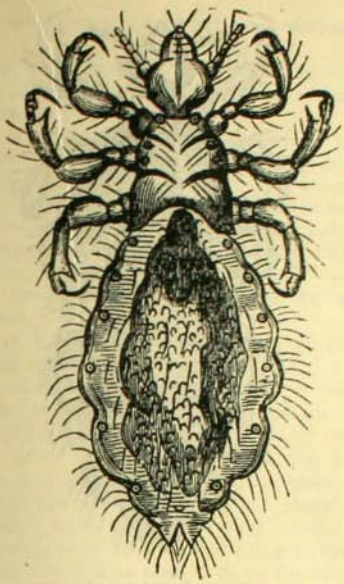
Moufet trasmite, a propósito de Phthiriasis, los relatos más espantosos y las noticias más sorprendentes.

Amatus Lusitanus, médico portugués del siglo XVI, cuenta ingenuamente que los piojos se producían tan rápidamente y en tanta abundancia sobre un rico señor atacado de esta enfermedad, que dos sirvientes se ocupaban exclusivamente en conducir al mar canastos llenos de los gusanos que salían del cuerpo de su señor.

Bremser halló una miriada de piojos en un tumor de la cabeza.

Hoy día la Phthiriasis es todavía común en ciertas partes de Europa donde los habitantes son sucios y desgraciados. No son raros en Galicia, las Asturias y la Polonia.

El hombre salvaje está asaltado por los diferentes parásitos que se adhieren a nuestra especie. En su cabellera espesa, grasosa y enmarañada, abundan los piojos. Y un gran número de pobladas salvajes tienen la costumbre de comerlos.



El piojo del cuerpo.

Según informes de viajeros, existen también parásitos del mismo género en los cabellos de los negros de Africa, de los indios asiáticos y americanos y de los habitantes de la Nueva Holanda.

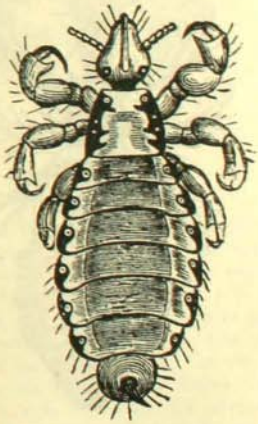
He visto, dice Houzeau, familias de indomejicanos sentarse en línea sobre la tierra, y tomar cada uno de los gusanos de su vecino. Una opinión popular atribuye el desenvolvimiento rápido de los parásitos, entre los indígenas de América, a la dulzura de la sangre de esos pueblos, que no usan casi la sal en sus comidas. Pero la fecundidad de estos insectos es bastante grande para que sea inútil buscar otra causa favorable que no sea la insuficiencia de limpieza.

De Martius, citado por Perty, hace notar que los indios del Brasil no tienen piojos, en tanto que es frecuente hallarlos en ciertos colonos europeos, cuya pereza y mugre son extremadas. Se ve algunas veces, según él, el caso de madres que rehusan casar a sus hijas para no verse privadas de la ocupación de buscarles piojos. Justino Goudót nos enseña que los piojos son raros entre los indios de la Magdalena, en Colombia.

Del mismo modo que la perra masca las pulgas de sus crías y que los monos toman el gusano y lo comen, ciertos salvajes se llevan el piojo a la boca después de pillarlo. Los indios de la antigua América rusa, hoy Alaska, a quienes la subsistencia les demanda mucho trabajo, comen sus piojos cuando los víveres son raros. El Capitán Portlock cuenta que estando en Portlock's Harbourg, hubo de dejar en rehenes a uno de los marinos; y cuando volvió a buscarle, le halló tan cubierto de piojos como los indios en medio de los cuales vivía. "La costumbre no lo había hecho insensible a esos molestos huéspedes, por lo cual tenía su situación como muy desagradable. Por fin, consiguió de una mujer que lo librara de ellos; y ésta, mirando sin duda los insectos parásitos como un plato escogido, se puso a la obra de todo corazón, y muy pronto le tuvo completamente limpio."

Leyendo este relato, nuestra imaginación se traslada involuntariamente al cuadro de Arago y del general Berthenice en el molino de Rosas, cuando los prisioneros se sentían felices haciéndose mascar los gusanos por los monos que había entre ellos.

En las islas Aleucianas, los salvajes se alimentan ávidamente de sus parásitos. Los Algonquines, dice Stearn, comen los piojos



El piojo de la cabeza (macho).

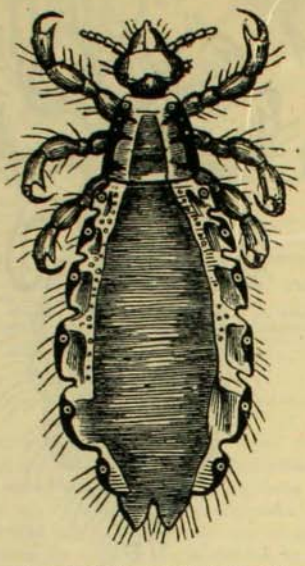
que hallan en su cuerpo. Los Hotentotes, dice Sparmann, se buscan los piojos y los comen.

Labillardiére ha escrito que las mujeres de las infelices pobladas de la Australia comían los piojos que hallaban en las cabezas de sus niños; los Hotentotes tienen también esta sucia costumbre, que participan con los monos.

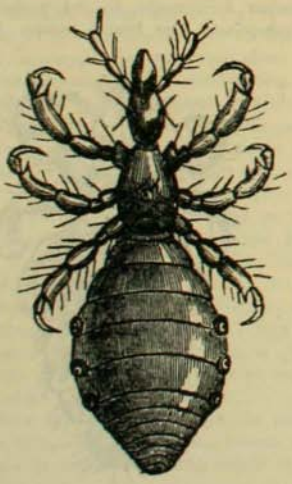
Se ve, pues, que este hábito subsiste en razas diferentes y parece inherente al estado social.

Pero si el estado salvaje es el único en el cual el hombre come los parásitos a la manera de las bestias, la raza bárbara nos ofrece todavía el espectáculo de la profusión de parásitos en todas las clases de la sociedad, y el estado civilizado nos muestra los restos del mismo cuadro limitado a las clases inferiores.

Cuando el misionario Huc, hallándose en Lhassa en una reunión de los más altos funcionarios, pidió un piojo para colocarlo bajo el microscopio, uno de los asistentes, cuenta él, metió la mano bajo el brazo y mostró el animal pedido. Esto en cuanto a los bárbaros. Si se trata de la civilización, recordaré, dice Houzeau, un rasgo de costumbres citado por Twiss. Había en Lisboa, en el siglo pasado, hombres cuyo oficio consistía en tener monos para matar piojos. Los arrendaban a tanto por cabeza. El mono montaba sobre las espaldas del paciente y le sacaba los piojos de los cabellos.



El piojo de la cabeza (hembra).



El piojo del mono.

Pulex Irritans.—

La pulga común es conocida como habitante del mundo entero. Es en la época de verano cuando más nos importuna. Son especialmente terribles en los climas calientes.

Una hembra fecundada pone alrededor de doce huevos, grandes, elípticos y alargados, en los rincones sucios y polvorientos. En verano, seis días bastan para el desarrollo completo de la larva en el interior del huevo; en invierno necesitan una docena de días en las habitaciones calientes. La larva aparece bajo la forma de un pequeño gusano, blanco y delgado, cuya cabeza lleva un cuerno frontal, antenas, dos palpos y dos ojos.

Cuando la pulga quiere picar, separa las dos valvas de la vaina que protege sus lancetas, introduce estas últimas y se dispone a chupar la sangre.

La pulga ha sido cantada por los poetas.

Etienne Pasquier, Courtin de Cisse, Claudio Binet, Boileau, Goethe, le dedicaron sendas composiciones.

En el siglo XVII, gozaron las pulgas de verdadera consideración. Feliz aquel que entonces lograba hallar una sobre la persona amada: la pobre bestia era encerrada en un medallón de cristal y puesta al cuello como una reliquia. Desbarreaux, consejero del Parlamento, ha relatado cómo aprisionó una pulga que descubrió en el brazo de Marion Delorme.

Olaus Borch, en latín Borrichius, célebre filólogo, médico y químico danés, muerto en 1690, cuenta que entrando un día en el dormitorio de una mujer enferma, esta mujer le pidió que esperase el fin de la cena de una pulga adherida a su mano. Borch vió, en efecto, una pulga bien alimentada, ligada a una pequeña cadenita de oro, que chupaba la sangre de su señora. La pulga vivió de esta suerte cerca de siete años (!) y no murió sino debido a la torpeza de un sirviente.

A menudo se ataba simplemente la pulga a un mueble, por medio de una cadena de extremada delgadez. "He visto en Augsbourgo, escribía Missón en 1702, una curiosa baratija: pulgas encadenadas por el cuello con cadenas de acero. Esta cadena era tan delicada que la pulga podía levantarla al saltar... El animal encadenado valía diez sueldos."

Alfredo de Vigny ha escrito sobre la pulga rabiosa de mademoiselle de Coulanges:

"Las lindas mejillas de mademoiselle de Coulanges palidecieron repentinamente, su hermosa frente se contrajo de una manera horrible, y su boca bermeja que se había puesto azul en ese momento, exclamó:

—"¡Vean ustedes si no es una pulga!

—"¡Oh felicidad perfecta, dijo Luis XV, con un tono un si es no es burlesco, es un grano de tabaco! ¡Quieran los dioses que no esté rabioso!

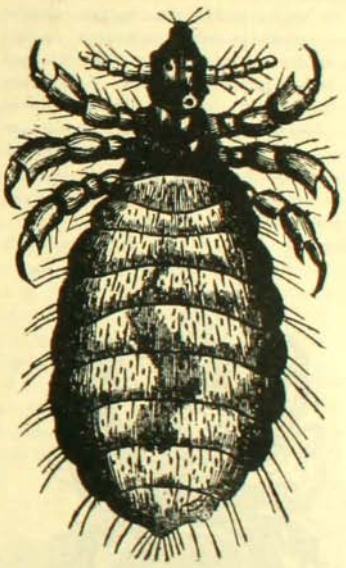
"Y el doctor curó la picadura hecha por la pulga en la espalda de alabastro de la querida del rey".

De la esclavitud a la cual las bellas damas reducían a la pulga, a la utilización industrial de sus talentos dramáticos, no ha habido sino un paso—íbamos a decir un salto.

Se ha sabido, hace tiempo ya, educar a las pulgas, amaestrarlas en ejercicios extraordinarios, y darlas en espectáculo público. Muchos no han querido otorgar fe a estos relatos; ellos son sin embargo absolutamente verídicos.

Hoock cuenta un hecho sorprendente. Un obrero inglés había construído una carroza de marfil de seis caballos, un cochero sobre el pescante con un perro entre las piernas, un postillón, cuatro personas en la carroza y dos lacayos atrás, y todo este equipaje era tirado por una pulga.

Lemery dice haber visto una pulga de me



El piojo del perro.

diocre grosor encadenada a un pequeño cañón de plata, que ella tiraba. Este cañón era largo como la mitad de la uña, grueso como un estuche de agujas, hueco, pero de un peso ochenta veces mayor que el de la pulga; estaba sostenido por dos pequeñas ruedas: en una palabra tenía exactamente la figura de un cañón de guerra. Solían colocarle pólvora y la encendían. La intrépida pulga no se espantaba ni se alarmaba con el fuego de semejante artillería.

En 1830, todo París pudo ver las pulgas sabias en la Plaza de la Bolsa por la suma

de sesenta céntimos. "Yo las he visto y examinado, decía Walckenaer, con mis ojos de entomólogo armados de diversas lentes.

"Treinta pulgas hacían ejercicios y se sentaban sobre sus patas traseras, armadas de una pica, que era un pequeño trozo de madera delgadísimo.

"Dos pulgas estaban puestas a una berlina de oro de cuatro ruedas, con postillón, y ellas tiraban la berlina; una tercera pulga estaba sentada sobre el sitio del cochero, con un pequeño palito que representaba la fusta. Otras dos pulgas tiraban un cañón. Todas estas maravillas y otras más se ejecutaban sobre un espejo pulido. Las pulgas caballos estaban amarradas con una cadena de oro de los muslos traseros, y se me advirtió que jamás les quitaban su cadena. Así vivían hacía dos años y medio, y ninguna había muerto durante este intervalo. Cuando se negaban a tirar el cañón o la berlina, el hombre tomaba un carbón encendido que paseaba por encima de ellas, lo que las obligaba a proseguir sus ejercicios.

"Estas maravillas estaban descritas en un


AVIS INTÉRESSANT

LES

PUCES SAVANTES

SONT ARRIVÉES

Ce que l'on n'a jamais vu ici!

VISIBLE POUR QUELQUES JOURS

C'EST INCROYABLE, ET CEPENDANT C'EST VRAI!

Il faut le voir pour le croire.

Véritable chef-d'œuvre de patience qui a coûté des années de travaux d'études à M. CHARLES DE WAGNER pour arriver à atteler les puces, l'insecte le plus insaisissable, avec un soin prodigieux. Elles sont attelées comme des chevaux, traînent des voitures, locomotives, canons, jusqu'aux chemins de fer, etc.

Toutes les principales villes de l'Europe et à Paris ont vu cela avec beaucoup d'intérêt; j'espère qu'il en sera de même dans cette ville.

ENTRÉE: 25 centimes.

Visible de 10 heures du matin à 10 heures du soir.

Sur la Place, au Champ de Foire.

NOTA. Repas des insectes Lilliputiens à 11 heures du matin et 6 heures du soir.

POUR LES SÉANCES EXTRAORDINAIRES LE PRIX D'ENTRÉE SERA DE 1 FR.

P. S. On achète les puces à 1 fr. la douzaine, mais pas les puces d'animaux.

CHARLES DE WAGNER
Directeur et Dompteur des Puces.

Programa de un domador de pulgas (facsimil).

programa impreso que se distribuía gratis y que, salvo la énfasis de las palabras, no contenía nada que no fuese exacto y verdadero".

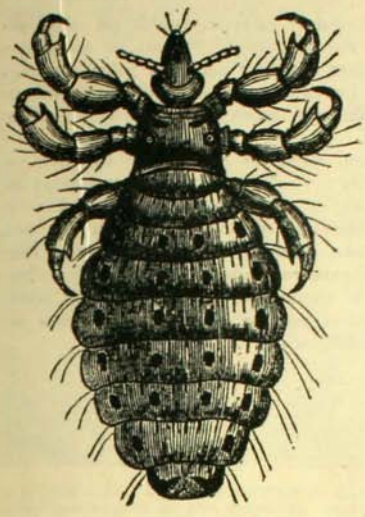
En 1834, un señor Cucchiani mostraba en París pulgas revestidas de trajes militares, y otras que ejecutaban evoluciones sobre un campo de batalla, danzaban con una cierta regularidad, se batían en duelo, conducían carruajes y tiraban agua con baldes proporcionados a su talla.

Obicini fué un célebre domador de pulgas. Un día, el 16 de Enero de 1846, tuvo el honor de ofrecer un espectáculo al rey Luis Felipe. Una de sus pensionistas, una robusta pulga napolitana, llamada Lucía, tuvo la inconveniencia de perderse en la espalda del duque de Aumale. Este la encontró en la tarde y la devolvió dentro de un sobre a su propietario, con estas palabras: "Ella ha comido".

"Son tan inteligentes, decía el signor Obicini, que se hace con ellas todo lo que se quiere. Cierta tarde una de ellas que se lla-



El piojo del chancho.



El gran piojo del buey.

maba Leonora, y que estaba molesta conmigo, se disimuló en mi cuerpo durante quince días y ni mi mujer ni yo pudimos encontrarla. Y me picaba bestialmente por todas partes.

En 1845, brillaba en Inglaterra, cuyas ciudades principales visitaba de tiempo en tiempo con sus artistas, un caballero italiano que se daba el título de profesor (¿por qué no?) y se llamaba signor Bertolotto. Hizo una fortuna considerable y se retiró de... la enseñanza. Reveses de fortuna lo obligaron a volver a su antigua profesión cerca de los sesenta años, y daba, pues, en 1875 innumerables representaciones en New York, Unión Square N.o 39.

El elenco del signor Bertolotto contaba con cien primeras partes, todas pertenecientes al sexo débil, porque el otro sexo era reconocidamente rebelde a toda educación.

La representación se abría con un asalto de armas entre **Don Quijote y Sancho Panza**, montados sobre pequeños caballos de papel y que se atacaban con la lanza, llenos de resolución.

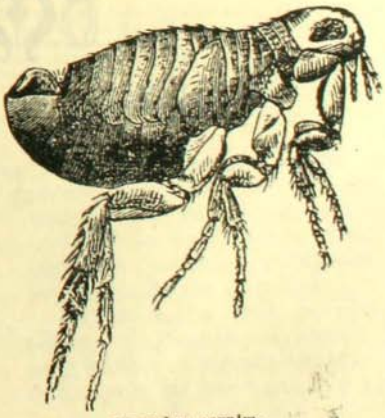
Después de esto aparecía una pulga tirando una carreta de oro que pesaba doce veces su propio peso, y que hacía, sin embargo, rodar alrededor de la mesa, con una de sus camaradas sentada gravemente en el pescante.

En el fondo de la sala estaba la orquesta en la cual cada músico tenía su instrumento en posición clásica. Una cuadrilla de bailarinas esperaba en el centro. En un rincón, sentados sobre un sofá, una pareja se entregaba a las apariencias de un flirt en toda regla. Todos estos pequeños personajes, muy gentilmente vestidos, ofrecían un espectáculo verdaderamente curioso.

Y cuando la música comenzaba los acordes de una contradanza, todo el mundo se ponía en movimiento conforme al rol especial que cada uno debía desempeñar.

La representación terminaba por un cañonazo disparado por una pulga. El aparato que servía en esta operación estaba concebido de una manera muy ingeniosa. Una pulga está atada a una pequeña manivela, que al marchar la pulga, gira. En el lado opuesto, un hilito de platino lleva en su extremidad inferior una gota de ácido sulfúrico. El líquido llega por encima del hueco del cañón: ahí cae sobre la pólvora, formada por una mezcla de clorato de potasa y azúcar en polvo, que, como se sabe, tiene la particularidad de inflamarse al contacto del ácido sulfúrico. El golpe parte y se oye una detonación muy apreciable.

Hubo todavía otros industriales que se dedicaron al amaestramiento de las pulgas: citaremos a Carlos de Wagner que tomaba el pomposo título de Director y Domador de



La pulga cornim.

Pulgas. Reproducimos como una curiosidad el facsímil del prospecto que repartía a su clientela.

He aquí los medios usados para amaestrar pulgas. Parece ser que amarrando una pulga por medio de un cabello o un hilo de seda muy fino a un obstáculo fijo, se llega fácilmente a hacerla tirar un fardo relativamente considerable. El cabello dispuesto en nudo corredizo, es pasado al cuello de la pulga, sobre su corselete, de manera de no estrangularla: esta operación no se puede hacer sin ayuda de lente. Cuando la pulga, después de muchos esfuerzos para escapar, saltando según su costumbre, comprende la inutilidad de su tarea, cambia sus saltos por una marcha regular. Ya está en disposición de tirar cualquier cosa. La pulga despliega una fuerza muscular admirable. El resto de la educación exige una paciencia de prisionero.

Pero, dirán los lectores, ¿cómo podía el público ver este maravilloso espectáculo? Es preciso, en efecto, una explicación. Los espectadores se sentaban delante de una tela provista de lentes, como se hace en el Diorama para ver paisajes y monumentos. Gracias al engrandecimiento dado por el lente, se podían admirar en todos sus detalles estos prodigios del arte.



LA GIRA DE UN PROPIETARIO LAPON.—En medio de este país glacial y árido, las manchas negras de los renos, de los trineos y de los lapones se perfilan como sombras chinescas: es un propietario de inmensos rebaños, seguido de su hijo, que hace, a largas distancias, una gira de inspección.

VIAJES

ENTRE SALVAJES CIVILIZADOS

Chusseau-Flaviens no es un literato; es todo lo contrario: es un aficionado a la fotografía. No exijan, pues, los lectores de "Pacífico" una pintura de costumbres escrita con arte, como podría hacerla, vgr. Pierre Loti. Deberán limitarse a encontrar en este artículo algunas noticias curiosas e instructivas acerca de un país que bien poco conocemos. Y en todo caso, ¿estas hermosas fotografías no merecen el honor de ser reproducidas?

EN el interior de Laponia el aire es tan frío que ahí el espíritu de vino se hiela. En las partes meridionales, los más largos días y las más largas noches son de veinte horas, pero, durante esas interminables noches de invierno, la obscuridad se disminuye por la claridad de la luna, el vivo resplandor de las auroras boreales y la larga duración del crepúsculo.

Me habían indicado en Suecia la persona de un lapón como el más letrado y el más advertido de sus compatriotas, como el más idóneo, en una palabra, para soportar con brillo la impertinencia de una entrevista.

—Vaya usted a verlo, pero no sabemos,—me dijeron—si logrará hacerle hablar: los lapones son muy discretos, y de tal modo que, por ejem-



UNA RICA LAPONA FUMANDO.—La mayor parte de las laponas tienen por el tabaco una inclinación muy acentuada.

plo, no le dirán a usted jamás el número de renos que poseen. Mickel Nilsson Nia, a quien dirijo esta carta de recomendación, es rico e instruido, no obstante cubrirse con pieles de renos, como el más humilde de sus pastores, y beber la sangre caliente de las bestias que mata, y comer con delicia una especie de pastel fabricado con mezcla de esa sangre y de harina. Es un curioso ejemplo de asimilación y resistencia, a la vez, del medio civilizador.

Como me informara de las costumbres locales, un coronel sueco me dijo:

—El lapón es en extremo aficionado a los licores excitantes: consume doce o quince tazas de café por día y muchos vasos de ponche. No es raro encontrarlo completamente borracho en las calles de Tromsoe, sobre todo si la venta de la carne de sus renos ha sido fructuosa; pero el crimen y el robo son desconocidos por allá: todos son de una admirable honradez. Y le voy a dar un ejemplo: cazando una vez en esas tierras, había yo perseguí-



MICKEL NILSSON NIA.—Este Rothschild lapón no posee menos de nueve mil cabezas de renos.

do sin éxito, con un lapón, a una enorme loba que logró despistarnos enteramente. Fatigado, abandoné la persecución. Pues bien, algunos dias más tarde, recibí la visita de mi lapón: me llevaba la piel de la loba, muerta por fin, al cabo de largas horas de caza Me dijo, riéndose: "Quiero compensarle su trabajo; no sería justo que yo aprovechara solo de este éxito..." Y mi interlocutor concluyó de esta manera:

—Vaya usted allá y trate de verse con Mickel Nilsson Nia. Pero, ármese de paciencia. No se conoce allá el valor del tiempo, y un lapón puede muy bien presentarse a una citación con cinco horas de adelanto u ocho de atraso. Observe con ellos una cortesía refinada, porque son muy orgullosos y se imaginan tener esencia divina. He aquí, según ellos, el origen de su raza: Dios decidió sumergir el Universo mediante una gran lluvia—el Diluvio—. El mundo fué, pues, sumergido, y todo sér viviente ahogado, salvo un lapón y una lapona. Dios, entonces, los tomó del brazo y los condujo a Vasso-



AMOR FRATERNAL.—El joven lapón cuida, divierte, consuela y toma en peso a su hermanito con inagotable paciencia; el espíritu de familia está muy desarrollado en estos países.

Vara. Ahí, la pareja se separó: el hombre se fué de un lado, la mujer de otro; viajaron durante tres años y regresaron a Vasso-Vara sin haber encontrado un solo sér humano. Tres veces recomenzaron esta experiencia; y al cabo de nueve años reconocieron que eran ellos los únicos habitantes del mundo. Se casaron y tuvieron numerosos hijos, y esos pueblan hoy día la tierra. Los que no viven en Laponia son los degenerados!

No insistiré sobre mi viaje. Tromsoe, Hanuchfest, Lyngseedt, son grandes aldeas muy frecuentadas; los nómades hacen pacer sus renos en los alrededores; los animales comen una especie de liquen llamado "musgo de renos", que en el otoño corona las montañas de nieve. Se encuentran innumerables cazadores de osos que efectúan muy fructuosas cacerías: yo vi en un depósito cuatrocientas pieles de osos, recién traídas. Penetré en las barracas de ramaje y tierra donde las familias laponas viven fraternalmente con los animales, en medio del olor nauseabundo de cuero y café hervido.

Compré de esos cuchillos primitivos que los habitantes llevan a la cintura, y cuyos mangos de hueso de reno están esculpidos delicadamente por artistas más minuciosos que inspirados. Me familiaricé con con el tipo la-

pón, que no tiene nada de repugnante: ciertos viejos se parecen extrañamente a nuestros campesinos; tienen la piel morena, los cabellos negros, la boca grande, las mejillas flacas y salientes, el mentón largo y puntiagudo. Me ofrecieron el café en las barracas sórdidas con maneras de la más noble hospitalidad; y yo ofrecí en cambio bombones de chocolate, que fueron acogidos con transportes de reconocimiento. Tenía la sensación de pasearme entre campesinos muy atrasados, y dudé un poco, lo confieso, de la intelectualidad de Mickel Nilsson Nia. Los lapones se prestaban, por lo demás, con una buena voluntad perfecta, a mis exigencias de fotógrafo, tomando *poses* mejor que los mismos franceses y sin manifestar jamás una curiosidad fuera de lugar. Por fin, en Narvick, una institutriz lapona se ofreció para servirme de guía y conducirme a casa de su célebre compatriota. Hicimos una marcha a través de tierras desoladas, de un paisaje de muerte, donde no se veían sino algunos pastores, miserablemente vestidos, arriando sus flacos rebaños de renos.

—Esa es la casa de Mickel,—me dijo la institutriz.

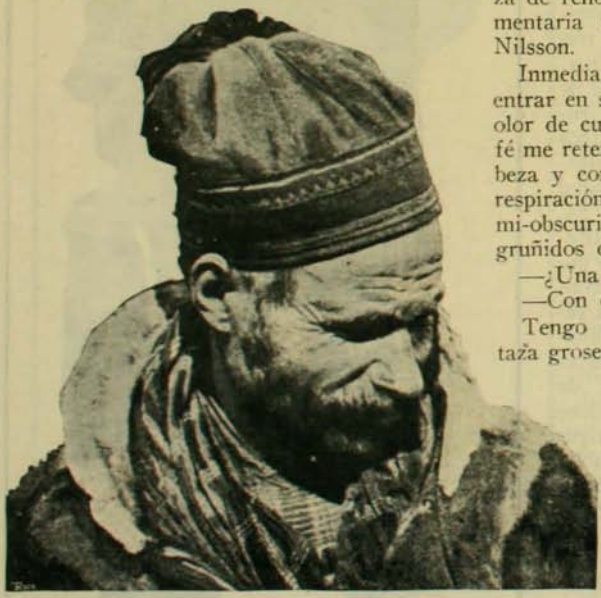
Dos mujeres, en la puerta, preparaban una piel de reno; una vieja y una joven vestidas idénti-



UN VENDEDOR DE RECUERDOS.— Ha hecho fortuna en el comercio; esto le permite un traje de alta fantasía y botas de lujo. ¡Y qué irresistible sonrisa!

camente con una corta falda de lana grosera, que dejaba ver una especie de pantalones hechos con tiras de diversas telas; estaban cubiertas con un chal gris, calzadas con enormes zapatos de cuero de reno y tenían en la cabeza un bonete de campesina de color azul y cubierto de encajes,—los solos colores usados son el blanco, el negro, el gris, el azul y el verde—. Cuando nos vieron, dejaron de trabajar y nos acogieron con una alegre sonrisa. El lapón es jovial y cada uno de ellos se honra con algún sobrenombre burlesco. Mi guía se dirigió a la joven y por ella supimos que no era ésa la barraca de Mickel Nilsson. Estaba más lejos.

Caí, por fin, en medio de un grupo de hombres entre los cuales peroraba, como jefe, aquel a quien yo buscaba. En el camino, por intermedio del intérprete, había interrogado a uno de mis acompañantes; y él me dijo que el Rothschild lapón poseía nueve mil cabezas de renos. Como cada reno vale veinticinco francos, era, pues, una fortuna de doscientos veinticinco mil francos la que poseía ese pequeño lapón de figura expresiva que, puesto al corriente de mi deseo, llevóse la mano a su bonete y me estrechó la mía con afabilidad. Estábamos en un día de fiesta. Mickel Nilsson Nia vestía su traje de ceremonia. Imagínense una especie de gorra semejante a la que llevaban en tiempos de Luis Felipe los falsos vendedores de Carnaval, con más un pompón rojo del efecto más sorprendente. Una magnífica piel de reno blanco, y sobre ella, colgando del cuello, una medalla regalada por el rey Oscar como recompensa por su crianza de renos, y he aquí la indumentaria de fiesta de Mickel Nilsson.



CAMPESINO LAPON.—De este tipo son todos los lapones de la clase alta. No hay gran diferencia entre este tipo y el de los campesinos de ciertos lugares de Francia: es la misma expresión a la vez de bonhomía y diablura, la misma piel dura y como curtida por los trabajos continuos al aire libre.

Inmediatamente me invitó a entrar en su barraca. Vacilé. El olor de cuero podrido y de café me retenía. Agachando la cabeza y conteniendo un poco la respiración, penetré en una semi-obscuridad, en medio de los gruñidos de los animales.

—¿Una taza de café?

—Con el mayor gusto.

Tengo entre las manos una taza groseramente enlozada, que lleva esta inscripción fatídica: *Made in Germany*. Bebo heroicamente la mezcla, que no es tan mala por lo demás, y comienzo mi interrogatorio:

—¿Está usted satisfecho de su crianza de renos?

Si el lapón no es de origen divino co-

mo él lo pretende, de seguro que su origen es normando. Mickel no responde ni sí ni no.

—¿Cuántos animales posee usted?

Nuevamente se me escapa. No tiene tantos como antaño. Y me muestra en la colina un rebaño de unas trescientas bestias, pero inmediatamente me agrega que no todas le pertenecen: algunas son de los vecinos, que las han puesto bajo la custodia de pastores comunes. Y dejo de mano la cuestión comercial para tomar la literaria. Mickel Nilsson es instruído y letrado. Consagra a la lectura todos los momentos que le deja libres su explotación nómade. Habla con orgullo de la literatura lapona.



ESCULTORES EN HUESOS DE RENO.—La fotografía de arriba muestra trabajando a dos escultores en huesos de renos, entre los cuales hay algunos que poseen una habilidad prodigiosa.

—Nuestra primera escuela fué fundada bajo Gustavo Adolfo. La dirigía un cura llamado Nicolás Androe, que recibió del rey la misión de traducir y de hacer imprimir en lapón los libros que juzgara necesarios. Por su parte, el cura escribió un ritual dedicado a la gloria de Gustavo Adolfo. Los jóvenes lapones acudieron en gran cantidad a la escuela; y algunos hicieron tales progresos que luego fueron admitidos en la Universidad de Upsal para regresar en seguida a servir de maestros a sus camaradas. Cada maestro tenía derecho a 54 toneladas de cebada como emolumentos. Una Biblia traducida al lapón alcanzó una venta de 4.000 ejemplares,—y no hay sino 40.000 lapones. La dificultad consistía en la diversidad de dialectos usados en Laponia. Fjalestroem y Hoegstroem vencieron esta dificultad empleando un dialecto medio. Entre nosotros, — dice Mickel,—la literatura es esencialmente popular. Nuestros poetas cantan lo que ven, celebran nuestra vida cotidiana, nuestros trabajos. He aquí una muestra de poesía lapona:

"Los renos han emprendido su carrera... ¡Cómo brincan en la llanura, a través del mundo, las bestias caprichosas, las nobles bestias! El hombre vuela en su persecución y suda en gruesas gotas. Ah! cómo estoy fatigado! Pero, ¡quiero alcanzarlas!...



MADRE E HIJO EN TRAJE DE FIESTA.—El lapón, al cual la infertilidad de su suelo le hace ser poco pródigo, es no obstante vanidoso. Y todo el pobre lujo que puede desplegar lo consagra a su vestido. Hé aquí una lapona en toilette de aparato: su bonete está ricamente bordado, su chal y su vestido de la más hermosa tela (agreguemos que los lapones detestan los colores vistosos, en lo cual no se parecen a los chilenos). El niño lleva unas cintas admirablemente bordadas.

"Ah! el precioso animal! ¡Su carne! ¡Su piel! ¡Sus cuernos! ¡Sus venas! ¡Sus huesos! ¡Cómo es todo bueno en él! ¡Qué bondad la suya! Ah! ah! ah!

"Vedlos: doscientos, trescientos, millares en un mismo sitio! Huyen siempre, se precipitan en los lagos y en la nieve para refrescarse. No saldrán de ahí sino cuando el sol se ponga... Llega la noche, y salen; vuelve el día y se esconden, y no se oyen sino los dulces balidos de sus pequeñuelos".

La Laponia es un país civilizado

Pido a mi intérprete que manifieste mi admiración a Mickel Nilsson, mientras éste saca un legajo de diarios ilustrados suecos, me los muestra y los comenta no sin orgullo. Pero, un pastor ha venido a buscarle. Se levanta y yo me despido. Entre mis dos guías regreso a través de ese país áspero y desolado, que sólo agrada a algunos originales o intrépidos cazadores; donde no hay hoteles ni casas, un país que nos vuelve a los tiempos primitivos, cuando seres sencillos y buenos arriaban sus rebaños cantando la gloria del sol y la dulzura de la vida pastoril.

¡Qué recuerdo traer de ese país extraño donde el reno es rey; donde, sin este animal bienhechor, todo caería en una miseria definitiva! No hay sino huesos de renos esculpidos. Algunos están hechos con un realismo sorprendente por un cuchillo tan experto, que algunos escultores a quienes los mostré se declararon maravillados.

Como todos los verdaderos artistas, como los japoneses por ejemplo, el lapón no reproduce sino lo que ve, y así el hueso de reno no presenta sino renos: renos en reposo, renos brincando, renos tirando trineos, renos en libertad, renos pastando. Es una verdadera obsesión. Pero, ¡cuánta realidad hay en esos animales reproducidos por artistas inconscientes, que agotan las reglas más elementales del oficio! ¡Qué observación en esos movimientos fotografiados, por decirlo así! ¡Qué decisión en el contorno, qué sencillez! Una sencillez sabia, que hace que al ver trabajar a un lapón escultor, sobre huesos de renos, tiene uno la impresión de ver laborando a un artesano de otros tiempos, del tiempo en que no había reglas establecidas, consagradas por el uso y los maestros, en que cada pintor o cada escultor se dejaba llevar de su inspiración personal y se fiaba en el don con que la Providencia le había regalado.



EL COMERCIO DE ESCULTURAS.—Es largo y complicado, porque los turistas que alcanzan hasta Laponia son raros, por lo cual el mercader trata de sacar el mejor partido.

Y ahora ven ustedes cómo en ese país donde se pretende que no hay nada, se puede, sin embargo, encontrar financistas, poetas y artistas; lo que constituye, en suma, una nación civilizada.

Sólo la música es desconocida en Laponia: es que no hay necesidad de dulcificar las costumbres...

CHUSSEAU-FLAVIENS.



Un puente con pilotes humanos.—Tropas británicas cruzando un estero.—Incidente del último avance verificado antes de celebrarse el armisticio.

El verdadero origen de "El Conde de Monte Cristo"

Por Adolfo Aderer

Ilustraciones de Naurac



LA casualidad hizo que cayera en mis manos un documento que, con toda seguridad, inspiró a Dumas o a Maquet, la idea de la célebre novela de **Monte-Cristo**. Este documento fué revelado, la primera vez, en 1830, por Monsieur Peuchet, archivero de la policía; de modo que ambos novelistas tuvieron tiempo para meditarlo, desde 1841 hasta 1845.

En 1807, un tal Gilles Mathieu Loupiau, tenía un café en París, cerca de la plaza Sainte-Opportune. Su establecimiento era el punto de cita de algunos notables del barrio. Había entre éstos un joven zapatero, llamado Francisco Picaud. Era un buen mozo. Un día, anunció éste a sus contertulios, que se había comprometido con Margarita de Vigouroux.

—El Martes me caso,—les dijo. Quedan ustedes invitados a la misa en Saint Leu, y al baile, que se verificará en el **Bal Champêtre**, en los **Bosquets de Vénus**, calle de **Ours**. La novia era bonita y rica.

—¡Vaya con el partido que se lleva este muchacho!—dijo el cafetero, cuando Picaud hubo salido.

—¡Y con un obrero!—apuntó uno de los clientes.

—Apuesto,—dijo en seguida Loupiau,— a que yo hago retardar la boda.

—¿Cómo?—preguntó Guilhem Solari.

—Escucha. El comisario ha de venir, como siempre, a jugar dominó... Aparentando creer que no nos oye, hablaremos de Picaud, y yo diré que bien podría ser éste un agente secreto de Inglaterra.. ¿Me comprenden?... Después de esto, le prenderán, lo someterán a un interrogatorio. Y así, durante diez días a lo menos, la boda no sabrá sobre qué pie bailar. Es el caso de decirlo.

Otro de los contertulios, Antonio Allut, hizo algunas objeciones.

—Loupiau,—dijo—me parece un mal negocio. Usted no conoce a Picaud. Si él sabe quien le ha jugado esta mala pasada, es capaz de vengarse duramente.

—¡Qué importa!—dijeron los otros. La cuestión es divertirse de alguna manera en Carnaval.

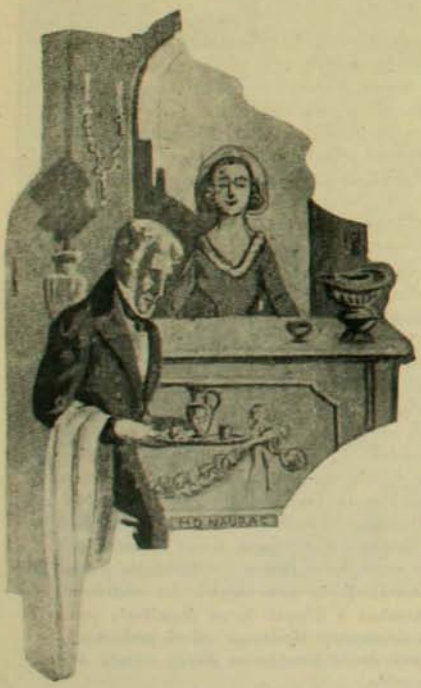
—Como quieran—dijo Allut;— pero no me mezclen a mí en el asunto.

Loupiau no quiso renunciar a su broma. El mismo día, el comisario redactaba su informe sobre la conversación que había creído sorprender. El duque de Rovigno, Ministro de la policía, encontró que la nota concordaba con otro informe recién llegado y relativo a un comienzo de revuelta en la Vendée. Supuso entonces que Picaud servía de intermediario entre los realistas del Mediodía y los del Oeste. Y, la ante-víspera del matrimonio, sacaban a Picaud de su dormitorio con tanta destreza y sigilo que ni el portero ni el dueño de la pensión se dieron cuenta de lo ocurrido.

Picaud fué encerrado, con el nombre de José Lucher, en el castillo de Fenestrelle, en

el Piamonte. Ahí se encontró con otro personaje, con el abate Baldini, rico eclesiástico milanés que le cobró mucha afección. El sacerdote se quejaba de su familia, porque gozando como gozaba de todos los intereses de su fortuna, nada hacía por conseguir su libertad. Y, cuando él murió en su prisión, el 4 de Enero de 1814, legó a su compañero siete millones que tenía en el Banco de Hamburgo, en el Banco de Inglaterra y en el de Amsterdam. Le había revelado, además, el secreto de un tesoro que contenía alrededor de un millón doscientos mil francos de diamantes y no menos de tres millones en especies monetarias, tanto en ducados de Milán, florines de Venecia, como en luises de Francia y en guineas inglesas.

En el mes de Abril de 1814 Picaud fué puesto en libertad. Partió para Milán, conservando su nombre de cautiverio, José Lucher, y ahí hizo rebuscas secretas que terminaron con el descubrimiento del tesoro. La cajuela, enterrada en el lugar indicado, contenía, a más del oro y los diamantes, una preciosa colección de camafeos y de piedras antiguas. Picaud pasó en seguida a Amsterdam, a Hamburgo y a Londres, donde se hizo reconocer por legítimo propietario de las sumas depositadas en los diferentes bancos. El abate Baldini le había instruído en los juegos de especulación, y el antiguo zapaterito supo colocar de tal suerte sus fondos que, reservándose los diamantes y un millón en cartera, se creó una renta de seiscientos mil francos.



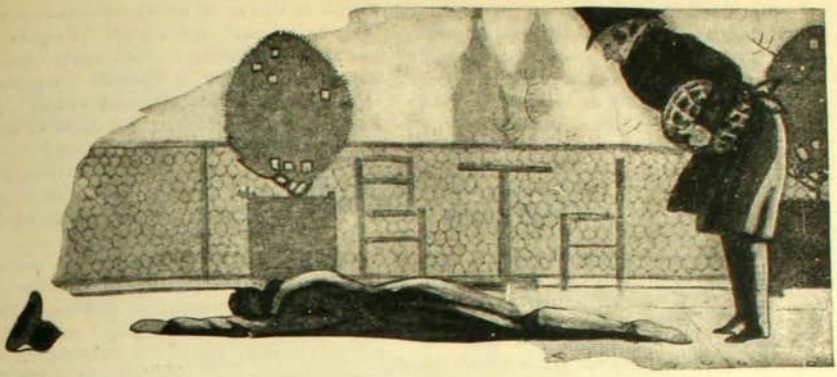
En París, durante este tiempo, un pobre viejo sin empleo entraba de mozo en el café de Loupiau

El 15 de Febrero de 1815, llegó a París, y ahí cayó enfermo. Juzgó prudente prolongar su convalecencia hasta después de la segunda abdicación de Napoleón. Su primera salida fué para acudir al café de la plaza Saint-Opportune. Contaba con encontrar allí a algunos de sus antiguos amigos, y saber de ellos quizás la causa de su arresto, que ignoraba todavía. La casa tenía otro dueño. Loupiau se había casado en 1811 con Margarita de Vigouroux, la novia de Picaud, y, con su dote, había comprado uno de los más brillantes cafés del boulevard.

Picaud hizo averiguaciones en el barrio y en la antigua casa que habitaba. Algunas personas recordaban el caso de un zapatero desaparecido misteriosamente la víspera de su matrimonio, y contaban que uno de los antiguos contertulios del café, Antonio Allut, se había vanagloriado de conocer la clave del enigma. El tal Allut se hallaba actualmente en Nimes, su ciudad natal.

Picaud, disfrazado de eclesiástico italiano, partió en posta para Nimes, y, habiéndose presentado en casa de Allut, éste no le reconoció. De él, obtuvo, a trueque de un diamante, el relato completo de lo que habían maquinado contra él Loupiau y sus compañeros Chambard y Solari. Del mismo modo, en el **Conde de Montecristo**, Dantés, con el nombre de el abate Busoni, va a encontrar a Cadeiousse a quien le regala un diamante y le hace revelar los nombres de sus enemigos.

Allut cedió el diamante de Picaud a un joyero por el precio de 62,000 francos, pero supo, pocos días después, que éste lo había vendido a su vez en 102,000 francos a un negociante turco de la feria de Beaucaire. Furioso, acusó al joyero de haberle robado y



Y Loupiau cayó ultimado por una feroz cuchillada.

lo mata de una cuchillada. Debió huír a Grecia con su mujer.

En París, durante este tiempo, un pobre viejo sin empleo entraba de mozo en el café de Loupiau. Era Picaud, de tal manera disfrazado que nadie soñó en reconocerlo, ni aún su antigua novia. Chambard y Solari eran contertulios del café del boulevard, como lo habían sido antes del de la plaza Saint-Opportune. Picaud les servía todos los días su copa de vino. Una mañana, el cadáver de Guilhem Solari fué hallado sobre el puente de las Artes. Sobre el mango del cuchillo que le atravesaba el pecho, se leían estas palabras en letras de imprenta: "Número uno".

Algún tiempo después, una hija de dieciséis años que Loupiau había tenido en su primer matrimonio, fué seducida por un elegante joven que frecuentaba el café. El seductor consintió en reparar su falta. Se decía noble, titulado, rico. La boda fué celebrada en el **Cadran bleu**. Al fin de la comida, un mensajero llegóse a hablar al oído del novio. Este se excusó en seguida ante los convidados, porque le llamaban—dijo— de las Tullerías: sin duda, el Rey quería hacerle algún regalo con motivo de su matrimonio. La comida continuó alegremente en su ausencia; pero, cuando se quitaron los platos para servir eñl postre, cada invitado encontró bajo el suyo una carta anónima en la cual se refería que el esposo desaparecido era un forzado en libertad. Cuatro días después, un incendio consumía el café Loupiau y la casa adyacente. El propietario atacó al cafetero, a quien se hizo responsable, y quedó éste arruinado.

El desgraciado pudo arrendar un pequeño café bien modesto en la calle Saint-Antoine. El mozo Próspero le siguió. Era tan fiel a su dueño, que le pidió licencia para servirlo sin sueldo. Chambard había seguido también a su amigo en su nuevo establecimiento. Una tarde, después de haber bebido, como de costumbre, su vaso de vino, se sintió de súbito presa de los más violentos cólicos: murió en la noche. Cuando el empleado de la policía procedió a levantar el cadáver, notó un papel adherido con alfileres a la túnica mortuoria. Decía estas palabras: "Número dos". A pesar de todo, y aun cuando no faltó quien ligara esta muerte a la de Chambard, nadie pensó en que ambas tuvieran relación con el ya olvidado asunto de Picaud.

El hijo de Loupiau, llevado de malas compañías, se perdió. Una tarde, con una banda de ladrones sitió un cabaret y asesinó al cabaretier. Al joven Loupiau, el único arrestado, se le condenó a veinte años de prisión. Cuanto a la hija de Loupiau, se había convertido en la querida del sirviente Próspero. La hermosa Mme. Loupiau murió de vergüenza.

Una tarde de Carnaval, Loupiau caminaba en el crepúsculo de una sombría avenida del jardín de Tuilleries. De repente, un hombre enmascarado le ataja, se quita la máscara y le dice:

—¿Te acuerdas de 1807? Eu tu sirviente Próspero, reconoce a Picaud, a quien perdiste. Me he vengado. Yo soy el causante de tu ruina, del incendio de tu casa, de la mala conducta de tu hija y de tu hijo. Ve a reunirte con Solari. ¡Eres el número tres!

Y Loupiau cayó ultimado por una feroz cuchillada.

El epílogo de una venganza

En este instante, una mano se abatió sobre la espalda del asesino: era la de Antonio Allut. El diamante cedido por Picaud le había causado una larga serie de infortunios.



En ese momento, una mano se abatió sobre la espalda del asesino: era la de Antonio Allut.

Vuelto de Grecia, le habían condenado a prisión, de la cual logró evadirse. Después de buscar al falso abate italiano, había concluído por adivinar que el visitante del funesto regalo era Picaud; había comprendido que Picaud tenía interés en saber de él el nombre de sus enemigos para vengarse. Ahora estaba en París para hacer fracasar sus planes. Y fué él quien citó a Loupiau en el jardín de las Tullerías, con el objeto de advertirle el peligro que corría.

Picaud, golpeado y apaleado, fué muerto por Allut, sin que aquél hubiera querido decirle dónde estaba oculta su fortuna. Allut, después del asesinato, se refugió en Inglaterra, en Londres. Ahí murió en 1828. Un sacerdote francés le oyó en confesión y fué autorizado por el moribundo para dar a conocer su historia. El confesor hizo el relato que acabamos de leer en una carta dirigida al prefecto de policía; y de Los Archivos de la Policía, fué exhumado por M. Lefevre Saint-Ogan. Ahí se lee este párrafo: "Antonio Allut ha buscado vanamente el sitio donde se hallan los fondos de su víctima. Ha penetrado sigilosamente en el departamento de Picaud, y ningún registro, título o documento, ninguna suma de dinero ha caído en su poder".

...Al leer toda esta historia, tan extraña, no podrán menos los lectores que hacer una comparación con la novela de Alejandro Dumas. El castillo de If, es el fuerte de Fenestrelle, y el abate Faría recuerda al abate Baldini. Allut, es Caderousse, que Dantés, oculto bajo el nombre del abate Busoni, va a interrogar en su posada del puente de Gard, cerca de Beaucaire. Mercedes, del mismo modo que Margarita de Vigouroux, se ha consolado del desaparecimiento de su novio, desposándose con Fernando. Monte-Cristo tiene también tres enemigos, de los cuales se venga: conduce a Morcerf al suicidio, deshonra a Villefort, arruina a Danglars, haciéndole presentar como magnífico partido para su hija, al forzado Benedetto, que lleva el falso título de príncipe Andrea Calvacanti.

No insisto más. El relato de las aventuras de Loupiau ha sido fecundado por una imaginación extraordinaria, en la cual se admira más su riqueza y su fuerza, conociendo su verdadero origen.



Aquí es una vieja y devota duquesa, llena de entusiasmo por las cuestiones sociales, que se arrellana en su cómoda poltrona de tapicería, para mejor saborear la noble oratoria de Sir William, y que de repente, perpleja, mira el "Times" limpia los anteojos, imaginando haber leído mal...

Eça de Queiroz

Cartas de Inglaterra

Una broma dada al "Times"

ES al mismo tiempo lamentable y pintoresco lo sucedido al "Times".

Este noble infolio diario, que inspira orgullo a todo inglés sinceramente patriota, y que a los ojos respetuosos del extranjero aparece como una de las más fuertes columnas de la sociedad inglesa, como la propia conciencia de Inglaterra puesta en letra redonda; este augusto periódico, que nunca, desde su fundación, citó el nombre de un colega, ni jamás descendió a una controversia, por las mismas razones de inflexible etiqueta que impidieran a Luis XIV discutir con Colbert; esta gaceta austera, que preferiría destruir sus magníficas máquinas a consentir que en ellas se imprimiese un **bon-mot**, un chiste, una linda bagatela o una jovial anécdota; este papel tan púdico, que evita el nombre de Zola como una indecencia; el "Times", en fin, el venerando "Times", fué hace poco víctima de una de esas **jugadas**, como nosotros decimos, **graciosa hazaña**, como dicen los americanos, que son al mismo tiempo nefandas y regocijantes, que nos sonrojan de indignación y nos hacen sonreír, vituperar públicamente al farsante y saborear secretamente la farsa, como si viésemos un rabo de papel colgando del manto del rey, o sobre la

cabellera ensortijada de Nuestro Señor de los Pasos un sobrero de copa.

Toda persona que haya hojeado las vastas sábanas de materia impresa que constituyen un número del "Times", saben que su quinta página está ordinariamente destinada a la publicación de los discursos pronunciados por hombres eminentes de la política, de la literatura, de la ciencia, del arte, en **meetings,** comicios, banquetes, inauguraciones, **conversazioni,** en todas estas reuniones de **ladies and gentlemen** donde Inglaterra derrama su tumultuoso flujo labial.

El "Times" es famoso por estas reproducciones.

No son resúmenes ni extractos: son las arengas, palabra por palabra, especialmente taquigrafiadas para el "Times" por un personal experimentado, con las interrupciones correctamente trasladadas, los murmullos religiosamente marcados, sin que falte un "¡pues bien, señores!", sin que se pierda un "¡oh!" o un "¡ah!", y revisadas, escudriñadas, reflejadas como si hubiesen caído de los labios de Sócrates o de Cristo predicando otro Evangelio.

Este servicio tan sólo cuesta por un año al "Times" millares de libras, pero tiene en cambio la ventaja de ser el acta oficial de la palabra pública en Inglaterra.

Todos los periódicos de Europa así lo reconocen; cuando se discute un discurso del señor Gladstone, una conferencia del profesor Huxley o un sermón del arzobispo de Cantorbery, se tiene presente como texto sagrado, el texto del "Times".

Un orador puede negar la incorrección de un adjetivo, la violencia de un apóstrofe, cuando el apóstrofe o el adjetivo hayan aparecido en los rápidos resúmenes de otro periódico; jamás, cuando hayan aparecido en las columnas infalibles del "Times". Se sabe los dispendios, el desvelo, la minuciosidad empleados para lograr la exactitud, y ésta nunca es discutida.

Cuando el señor Gladstone, en la campaña electoral de Escocia, pronunció la famosa invectiva contra los Hapsburgos, la protesta cortés del Embajador de Austria se apoyaba en citas del "Times".

Un orador, que queriendo dejar un monumento perdurable de su arte, reúne sus discursos en volúmenes, recurre al texto seguro del "Times".

El "Times" tiene en esto el valor de una reproducción fotográfica.

Insisto para hacer más vivo el horror de la hazaña.

Hace unas semanas, Sir William Harcourt, el Ministro del Interior, hizo un discurso en Manchester, discurso notable, muy anunciado, muy esperado, tratando todas las cuestiones que inquietan ahora a Inglaterra: la anarquía de Irlanda, el tratado de comercio con Francia, la intervención en Egipto, la creación del gobierno municipal de Londres y más cosas graves todavía.

Esta arenga, taquigrafiada por el personal del "Times" en Manchester, telegrafiada a la redacción del "Times" en Londres, fué compuesta, leída por los censores, revisada por el secretario de Sir William Harcourt, examinada, comprobada, releída nuevamente y, en fin, definitivamente instalada en su respectiva página. Y aquí viene la hazaña.

Pero es necesario primero, para mayor indignación y mayor gozo, conocer a Sir William Harcourt.

De todos los miembros del Ministerio Gladstone, Sir William es el más austero. Su aspecto ya amenaza: grueso, membrudo, de hombros compactos, con un rostro imperioso, pálido, rasurado, Sir William tiene las líneas solemnes y marmóreas del busto de un César.

Y dentro de esta forma romana habita un espíritu rígido de doctrinario, liberal (en comparación con el marqués de Salisbury, que es cuadradamente feudal), Sir William representa en el Gobierno la tradición, la fórmula **whig.** Es el contrapeso conservador de este Ministerio radical; permanece allí como un bloque de granito constitucional para impedir que los demás ministros Chamberlain, Sir Charles Dilke, los discípulos de Stuart Mill, se adelanten mucho por el gran camino de la Revolución; y tiene para esto esa amplia solemnidad de maneras, esa cadencia pomposa de expresión, de quien se honra guardando las cosas supremas: la corona, la iglesia, la aristocracia territorial, los privilegios, la integridad del Imperio... Es un solemne. Aun abotonado en su levita, parece envuelto en una toga.

Es lento, pesado, incapaz de sonreír; tiene esa especie de majestad oficial que recuerda al mismo tiempo a Guizot y a un elefante.

Y cuando la gente le contempla en el Parlamento, grave, rígido, vestido de **negro, no**

puede concebirle en las actitudes triviales de la vida: fumando un cigarro en un sofá, con las piernas cruzadas, y mucho menos de rodillas con una linda mano de mujer entre las suyas, murmurando cosas tiernas y tontas...

Y es esto lo que hace atroz y deliciosa la broma.

El discurso solemne de este solemne estadista estaba, pues, dispuesto para pasar a las máquinas, cuando, aprovechando un momento en el que la policía interior de los talleres del "Times" casualmente aflojara la vigilancia, **alguien**, un monstruo, un malvado, sutilmente, de puntillas llegó al discurso, le arrancó diez o doce **líneas**, y las sustituyó por otras compuestas de antemano, ¡pérfida y hábilmente compuestas! ¡Y qué líneas! ¡Santo Dios! ¿Cómo podré yo castamente explicarlas a los lectores de la "Gaceta de Noticias"?

Estas líneas intercaladas en el severo discurso del severo Ministro, eran (tiemblo al decirlo), ¡eran líneas eróticas!

Y para exquisitez de la hazaña, no discordaban, no chocaban, pareciendo bruscamente y sin ligazón, como un montón inmundo entre rosadas flores de retórica.

No; había sido **encajado** con habilidad diabólica. Sir William Harcourt acusaba a los conservadores de afectar una patriótica melancolía ante supuestos peligros que, bajo el régimen liberal, corrían los grandes principios monárquicos, la integridad misma de Inglaterra.



Allá es una pareja de novios que, arrullados en el mismo sofá al pie del fuego, con los brazos entrelazados recorren el "Times", no para enterarse de la cuestión de Egipto, sino para leer el "compterendu" de otros casamientos elegantes, o las noticias de París, donde piensan finalizar su luna de miel...

Y aquí les preguntaba (naturalmnete, con el adecuado movimiento de oratoria):

¿Para qué esos gemidos? ¿Para qué esa exageración del pesimismo público? Es cierto que las cuestiones de Irlanda y Egipto son graves; pero el gobierno de Su Majestad sabe que las soluciones provechosas y de gloria no tardarán... Nosotros estamos tran-

quilos. Yo, personalmente, me encuentro en la situación de quien, después de cumplir un deber oficial, tiene como recompensa la sonrisa serena y aprobatoria de la conciencia, etc., etc.''





En otra casa es una fresca y rubia criatura de diez y ocho primaveras, puro lirio doméstico, que lee el "Times" a un viejo tío general, tullido de gota, reliquia veneranda de las guerras peninsulares...

Y precisamente las líneas perversas aparecían trazadas con naturalidad, desenvolviendo más esta afirmación de contento íntimo, mostrando la exuberancia espiritual de un Ministro alegre, que, en presencia del glorioso estado de la cosa pública, admite que el regocijo de la Nación tome la forma excéntrica más justificable de una tremenda bacanal, de un placer de destruirlo todo... Sir William proseguía (comprendan que uso sólo expresiones aproximativas y atenuadas; traducir con exactitud lo que apareció en el ''Times'' sería arruinar para siempre la seriedad de la ''Gaceta de Noticias''); Sir William continuaba:

''Yo por mí, estoy contento. ¡Me siento capaz de una gran locura! ¿Por qué no gozar de una bacanal con vino y mujeres? ¡Oh, las mujeres! Señoras que me escucháis: tirad los sombreros, quitaos los vestidos y preparaos a saborear una rica orgía! **Evohé.** ¡Viva la relajación! ¡Olé el **champagne**! ¡Abracémonos, deliremos!''.

Esto es sólo para dar idea; lo que se leía en el ''Times'' tenía otra crudeza de expresión, otro arranque de orgía.

Imagínese el efecto al día siguiente, cuando millares de números del ''Times'', conteniendo esta abominación, penetraran en esos recatados interiores ingleses, donde (según aquí dicen) habita el tipo superior de familia cristiana. El ''Times'', el periódico más apreciado, la hoja más querida de la aristocracia, de la alta burguesía, de los grandes financieros.

No se comprende un **gentleman** inglés del patrón clásico sin que por la mañana recorra concienzudamente el ''Times''; es como el corazón de Inglaterra, que él siente un momento en sus manos, y donde comprueba cada día un mayor acrecentamiento de fuerza, una pulsación de más vitalidad.

Ordinariamente es a la hora del almuerzo cuando se lee el ''Times''; y esa mañana, viéndose en la cuarta página, en letras gruesas, **El discurso de Sir William Harcout, en Manchester**, se acudía naturalmente a él con curiosidad, ya por el interés nacional, por la simpatía que inspira Sir William, su nombre histórico, la sólida pureza de sus principios, su alta posición...

¡Imagínense las escenas! Aquí es una vieja y devota duquesa, llena de entusiasmo por las cuestiones sociales, que se arrellana en su cómoda poltrona de tapicería, para mejor saborear la noble oratoria de Sir William, y

que de repente, perpleja, mira el "Times", limpia los anteojos, imaginando haber leído mal; vuelve a releer el periódico, pasa la mano trémula por la frente, busca ansiosamente su frasco de sales, vuelve de nuevo a comprobar si no fué una alucinación, y tirando, en fin, lejos le gaceta inmunda, abandona la sala, ofendida, pensando que son éstos los resultados de un siglo de democracia, de materialismo y de libertinaje.

Allá es una pareja de novios que, arrullados en el mismo sofá al pie del fuego, con los brazos entrelazados recorren el "Times", no para enterarse de la cuestión de Egipto, sino para leer el **compte-rendu** de otros casamientos elegantes, o las noticias de París, donde piensan finalizar su luna de miel; ven el discurso de Sir William con mirar distraído; cuando de repente salta entre líneas el choro inmundo de apóstrofes eróticos.

En otra casa es una fresca y rubia criatura, de dieciocho primaveras, puro lirio doméstico, que lee el "Times" a un viejo tío general, tullido de gota, reliquia veneranda de las guerras peninsulares; el viejo escucha, poco atento a la política del día, que detesta, pero mucho al encanto de aquella voz que suena a su lado; de repente el pobre ángel tartamudea, pára, se sofoca, enrojece, tiembla, su vergüenza es tal que le acuden lágrimas a los ojos, y huye, dejando el inmundo "Times" en manos del asombrado general: o si no, caso peor, la dulce muchachita, con su candor de flor de estufa, no comprende, imagina que **aquello es política**, y continúa leyendo con su voz de oro, y el venerable tío oye de repente salir de los labios de botón de rosa, hechos sólo para murmurar lo más casto de la música de Weber, un torrente de bajas lúbricas.

¡Horrendo!

Un aspecto curioso del incidente es que este negro atentado no fué descubierto en la redacción del "Times" hasta las once de la mañana; esto es, cuando ya el periódico estaba distribuído en Londres, llevado en los trenes de madrugada a provincias, y por el correo de Dover a toda Europa.

La administración del "Times" telegrafió en seguida a todos sus agentes del mundo entero para que suspendieran la distribución y **compraran a cualquier precio** los torpes números ya repartidos.

Sólo estos telegramas costaron cerca de diez mil pesetas.

Pero lo más notable fué que apenas se supo la historia de la catástrofe, y que el "Times" compraba a cualquier precio el número maldito, fué un valor, un papel de crédito, base de especulación, con cotizaciones en el mercado, iguales si no superiores a los fondos de muchas naciones civilizadas. Yo sé de un **restaurante** que compra a diario cuatro números del "Times", que vendió los ejemplares inmundos a dos libras cada uno.

Se hicieron, sin embargo, negocios mejores. El "Times" no regatea, paga. Y se dice que ha gastado hasta hoy en comprar la fatal edición cerca de cuarenta mil duros.

El autor de la broma no ha sido descubierto. Es sin duda un monstruo, y verdaderamente merece la tremenda sentencia con la que los tribunales ingleses le triturarían si apareciese.

Nunca, seguramente, desde la invención de la imprenta le sucedió a un periódico publicar, en su página preferente, en letras llamativas, doce líneas de tan desvergonzada obscenidad; y el ser el "Times" el más pesado, tardo, solemne, pedagógico, reverente de todos los periódicos que han existido desde la invención de la imprenta, es, digan lo que quieran, divertido.

Y para terminar, pido a las almas caritativas y justas una gran carcajada a costa del "Times".



GOLPE MAESTRO

—Apunto a un conejo, mato una vaca, y mi perro me trae una pulga.

El arte de trinchar en la mesa

LLAMA la atención que el arte de trinchar se halle tan descuidado en este país. Es esto un hecho curioso si se considera en relación con el gran desarrollo que ha tenido la cocina en Inglaterra en los últimos años, a pesar de que el consciente historiador de las costumbres de nuestro tiempo está obligado a no hacer la menor admisión de ella.

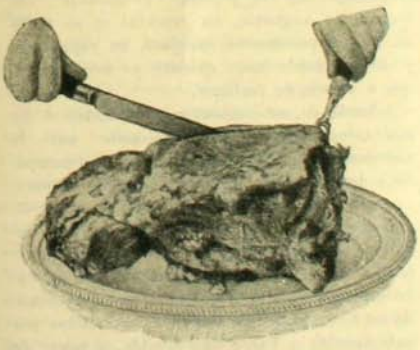
Lo que realmente apena, es que el inglés no tome el asunto suficientemente en serio, y lo mire sólo como un descuartizamiento mecánico y considerable que acompaña a la comida. Esto constituye un grave error. Trinchar bien es una graciosa combinación de ciencia y arte, y el verdadero trinchador debe trinchar tan simétrica como económicamente aun cuando se encuentre en la situación de dividir un lechoncillo entre dos personas. Al considerar la importancia y el uso que esto tiene, uno se queda pasmado que la mayoría de la gente no haga el menor esfuerzo para trinchar a lo menos de una manera aceptable. La explicación quizás estribe en el hecho que el trinchar ocupa un lugar entre aquellas artes que cada hombre cree poder practicar mejor y más científicamente que nadie en el mundo.

Ahora, sucede a menudo que cuando sobreviene un impedimento, el hombre murmura del cocinero cuando en realidad la falta no recae sino sobre quien corta la vianda.

La mayoría de los que comen en los restaurantes elegantes y que se las dan de buenos gastrónomos, nunca trata de aprender por medio de la experiencia o del ejemplo; antes bien cada cual habla a su vecino de las últimas novedades, del tiempo y de sus asuntos personales, mientras el "maitre d'hotel" está dando ejemplos de un arte cuya adquisición le ha costado un largo estudio y que contiene quizás el secreto de un gran suceso gastronómico.

Sin duda, el primer trinchador del mundo es hoy Joseph, propietario del Restaurant Marivaux, de París, y en otros tiempos director del Savoy Restaurant de Londres. El ver a Joseph trinchar un ave, merece ser descrito como la octava maravilla del mundo.

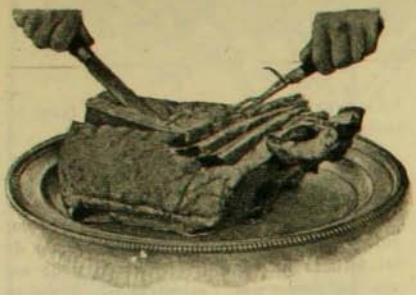
En su propio restaurant se presta toda ayuda a este **tour de force**: la orquesta calla, y tomando su puesto, el maestro rebana los pedazos uno después de otro con golpes sencillos y vigorosos manteniendo el ave en el tenedor que sujeta con la mano izquierda. El Teniente-Coronel Newnham Davis en sus "Dinners and Dinners", da una admirable idea del efecto producido por Joseph al trinchar, cuando dice: "En un momento irreverente recordé la tortura china del Ling Chi en la cual el ejecutor da cincuenta cuchilla-



I. Lomo de buey.

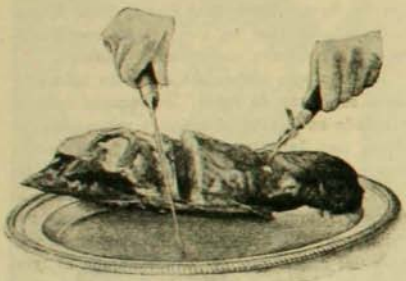


II. Lomo de buey.



III. Lomo de cordero.

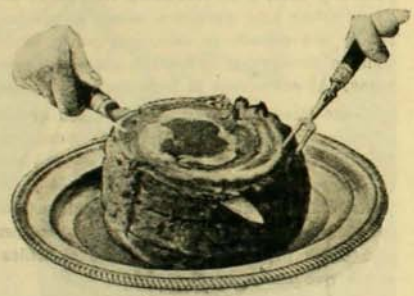
das a su víctima, sin golpearla en una parte vital, cuando ví a Joseph calmada y solemnemente, con absoluta exactitud despedazar un ánade con un cuchillo largo y delgado."



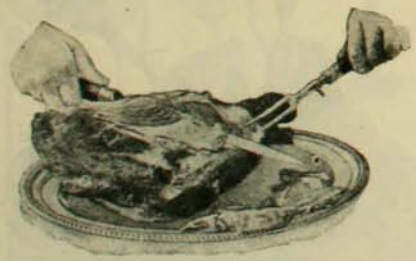
IV. Paletilla de cordero.

Es necesario llamar la atención a que el aficionado ordinario no podrá llegar a alcanzar la preminencia de un Joseph o de un Ritz, pero todo hombre está obligado a aprender a lo menos a trinchar algunos de los platos simples que aparecen todos los días en el servicio de la casa británica.

En verdad, el caso de un hombre que es enteramente ignorante en el arte de trinchar es digno de comentarios. Todos hemos tenido ocasión de verlo, atendiendo a sus huéspedes y tratando por medio de la fuerza de reemplazar su falta de conocimientos; con el rostro enrojecido y traspirando de vergüenza, hace esfuerzos y tartamudea ante el plato colocado ante él y a cada tentativa sus venas se señalan en la frente, mientras que la curiosidad aumenta en el rostro de sus huéspedes, y aumenta a cada instante, ante el presentimiento que el plato terminará por rodar al suelo. Sin esperanza al fin, estropea y corta vergonzosamente y termina por servir rebanadas trapientas, aun cuando este resultado tan demoroso haya causado ya el enfriamiento de los platos. Y durante ese tiempo su angustia, en especial si se trata de un temperamento nervioso, es espantosa, y desagradable para quienes se ven obligados a servir de testigos.



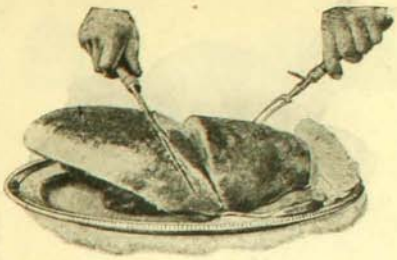
VI. Landrecilla de buey.



V. Paletilla de cordero.

Además de este inconveniente material, un mal trinchador se halla incómodo ante la conversación en la mesa, en la cual desempeña o desempeñaría un importante papel, pues, el puesto de trinchador ha llegado a envolver considerables obligaciones sociales e implica a su poseedor el presidir la fiesta. Carlos Lamb, en su Capitán Jackson, nos ha dado un ejemplo del trinchador que aun cuando no tiene nada que trinchar, contribuye por entretención a hacer una comida, a pesar de la escasez.

"Déjenos vivir mientras podamos", me parece que oigo exclamar a la sencilla criatura; "mientras tengamos, déjenos necesitar; aquí hay permiso de sobra; desear sin ningún fin", y muchos otros proverbios, estimulantes del apetito y viejos compañeros del salón de fumar y de los encargados de fiestas. Después, deslizando una pequeña ración de Single Gloncester sobre los platos de su mujer y de su hija, vacía el resto en el suyo con una alegra alusión al "Cerca del hueso, etc.", y declarando que por sobre todo prefiere la parte de encima.. Y aunque de todo no existen más que los gestos ante una soberbia comida imaginada, agrega que "los pedazos son sagrados para los huéspedes". Pero de uno u otro modo se procura-

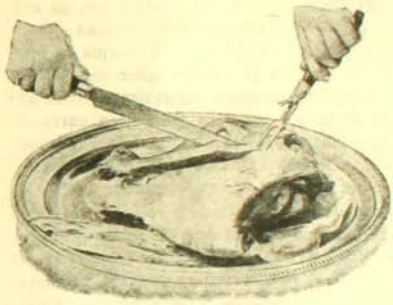


VIII. Corvejón.

pedazos olvidando el verdadero valer de cada uno. Esto tiene mucha importancia, y debe ser tomado en cuenta para evitar dar a una sola persona diferentes trozos suculentos



VII. Pierna de cordero.



IX. Cabeza de ternera.

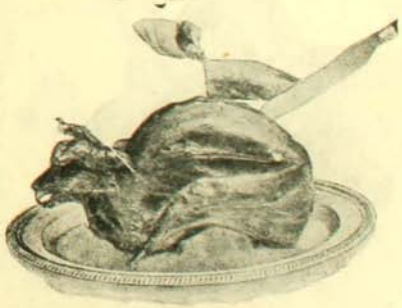
ba un buen almuerzo y al terminarlo manifestaba que no había nada que desperdiciar".

¿Y quién se hubiese atrevido a decir que éste no era un excelente trinchador en el verdero y perfecto sentido de la palabra?

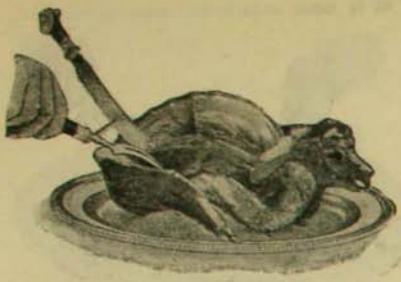
Son muchas las ventajas que acarrea el arte de trinchar, siendo la principal, cortar el mejor pedazo para cada plato y disponerlo al mismo tiempo en forma económica. El verdadero artista corta de tal manera que cada pedazo que sirve se ve proporcionado, sin que llame la atención por lo ancho o por lo delgado. Posee un conocimiento de la construcción de las articulaciones, conocimiento indispensable a toda persona que desee progresar en este arte.

El gastrónomo de hoy día es demasiado complejo en sus gustos y mezcla diversos

arrancados de la misma articulación. Por ejemplo, no es nada agradable la mezcla del corte superior y posterior de un lomo de buey.



X. Liebre.



XI. Liebre.

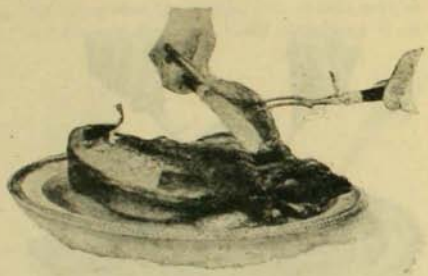
En un corto artículo no se pueden dar instrucciones para trinchar toda clase de aves y articulaciones, pero algunos apuntes para el tratamiento de varios platos corrientes pueden quizás servir de guía a los novicios.

El filo del cuchillo es, desde luego, de una importante consideración y conviene tener una idea del uso de la lima aunque la operación sea más propia del taller que del comedor; o del sirviente que debiera hacerla antes de la comida. Pero como gran parte de los criados es olvidadiza, el trinchador deberá hallarse prevenido para estos casos.

Para afilar el cuchillo, manténgase la lima en la mano izquierda y colóquese al nivel del codo, de manera que la punta quede en dirección al hombro derecho, y sujétese el cuchillo, casi perpendicular, con la mano derecha. Colóquese la parte de la hoja del cuchillo cercana al mango en el extremo de la lima y arrástrese la hoja inclinada de manera que toda la longitud del cuchillo roce la lima primero en un sentido y luego en otro, de tal modo que la punta del cuchillo termine siempre en el extremo del afilador. La hoja deberá estar siempre de plano sobre la lima.

Cuando se trincha un trozo de carne, después de la primera incisión no debe alterarse el ángulo en que se mantiene el cuchillo, si no se quiere obtener un pedazo desigual. Cuando se conoce el medio de controlar este manejo, se posee ya la clave del arte de trinchar.

El corte debe ser directo y firme. Nunca debe entrar en el corte la apariencia de algo que se está aserrando.



XII. Liebre.

El jamón y la carne vacuna deben ser trinchados en trozos finos, y el cordero y el cerdo en hermosos pedazos. Las articulaciones que deben ser trinchadas deberán servirse en platos sin ninguna salsa o aderezo.



XI-A. Liebre

Lomo de buey

Para trinchar la parte superior. (Fig. I):

Hágase una incisión de más o menos tres pulgadas de profundidad justamente encima del hueso que se halla en el centro, y arrástrese el cuchillo a lo largo, de manera que cuando se trinche como indica la ilustración, los pedazos sean fácilmente arrancados del hueso.

Dése vuelta el trozo para hacer el corte posterior y trínchese perpendicularmente al hueso como en la Fig. II.

La gordura se encontrará justamente en la

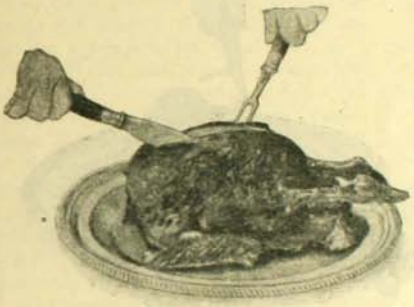
parte donde está puesto el tenedor en la Fig. 2.

Lomo de cordero

Trínchese, como en la Fig. III, a cualquier lado de la espina dorsal, separándola del resto. Este trozo es trinchado de diversas maneras, pero la mencionada es la generalmente admitida. Otro camino bueno es cortar en tiras estrechas, perpendicularmente a la espina dorsal.

Paletilla de cordero

Levántese la parte más alejada de la vianda y córtese en trozos como lo indica la Fig. IV.



XIII. Pavo.

Cuando se trincha de esta manera sólo sirve el primer corte, pues, el resto disminuye considerablemente. El medio más económico es trinchar la parte baja cortando alrededor como está señalado en la Fig. V. De esta manera se aprovechan todos los cortes.

Landrecilla de buey

Hágase primero el corte exterior y trínchese entonces en trozos delgados como en la Fig. VI.

Pierna de cordero

Trínchese como indica la Fig. VII. La gordura se encontrará en el rincón interior del extremo grueso. Este trozo también se



XIV. Pavo.

trincha dirigiéndose en el primer corte al nudillo y siempre oblicuamente al medio.

Corvejón

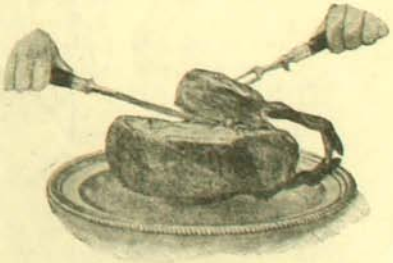
Se trinchará en la forma indicada en la Fig. VIII. También se trincha dirigiendo el primer corte al nudillo, gradualmente oblicuo al medio.

Cabeza de ternero

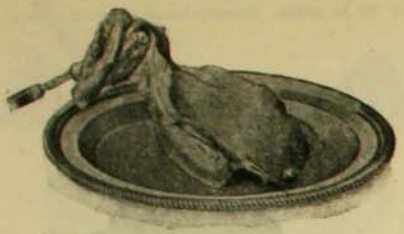
Se trincha en tajadas estrechas dirigidas de la oreja al hocico como en la Fig. IX. Córtese medio a medio del hueso, y cada pedazo será arrancado fácilmente.

Liebre

Colóquese la liebre en un plato, con la cabeza dirigida hacia la izquierda. Hágase una incisión y córtese a lo largo de la espina dorsal desde más o menos el centro del lomo



XV. Anade.



XVI. Pollo cocido.

hasta el extremo. Entonces córtese entre el costado y el centro y arránquese la parte indicada en la Fig. X. La parte que se ha arrancado se ve más claramente en la Fig. XI. Córtese entonces la pierna posterior de la manera que señalan las ilustraciones XI y XI A, y en seguida la pierna anterior como en la Fig. XII.

Pavo

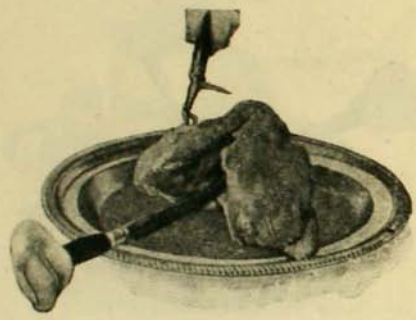
Hágase una incisión de más o menos una pulgada en el hueso de la pechuga, córtese directamente por el medio, como en la Fig. XIII, y arránquese el ala que caerá naturalmente fuera como en la Fig. XIV; rómpanse las ligaduras que unen el hueso de la pierna al resto del esqueleto y ésta será arrancada de la misma manera. Trínchese entonces la pechuga en pequeños trozos. Las piernas y las alas no se sirven a menudo en la mesa, pues sólo la pechuga es considerada realmente fina. Las Figs. XV (ánade), XVI y XVII (pollo) indican diversas maneras de arrancar las piernas y las alas.

Anade

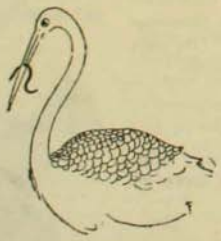
El ala y la pierna se arrancan del mismo modo que las del pavo, y el ave es trinchada en la misma forma (Fig. XV).

Pollo cocido

Primero se arranca el ala como en la Fig. XVI y luego la pierna como en la Fig. XVII. El cuchillo se hundirá entre el centro del ave y el punto de donde ha sido arrancada el ala y se hará un corte que llegue hasta el extremo del ave. La vianda podrá así ser servida fácilmente.



XVII. Pollo cocido.



Mr. Grex de Monte-Carlo

Por E. Phillips Oppenheim

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

(CONTINUACION)

CAPITULO VI

Pasteles y consejos

EL Sporting Club se llenó completamente aquella tarde tan pronto como se abrieron sus puertas. A las cuatro y media una infinidad de gente rodeaba la mesa de la ruleta, en dos y tres filas. Selingman muy sofocado, con la mirada un tanto fosca, separóse de la primera fila de jugadores y tomando del brazo a Mr. Grex y Draconmeyer los condujo hacia el salón de té.

—¡He perdido seis luises! exclamó furioso. Ando con una suerte de todos los diablos. No juego más por ahora. Vamos a tomar el té juntos.

Se acercaron a una mesa vacía en un rincón del restaurant. Selingman mordió un pastel de chocolate y dijo moviendo vigorosamente la cabeza.

—Me agradan estos sitios públicos para conversar. Como ustedes ven, nadie hay tan cerca que pueda imponerse de lo que hablamos. ¿Qué irán a decir los que sospechan de nosotros al vernos tomar el té juntos?

—No pueden decir nada porque nada tiene de extraño nuestra reunión. Son estos los mejores sitios para hablar de nuestros asuntos y yo tengo algo que decir precisamente.

Mr. Grex sorbió su té. No comía pasteles.

—Supuesto que usted es un individuo listo, mi querido Selingman, dijo éste, no es difícil suponer de qué tiene usted que hablar. ¿Del inglés?

Seligman asintió, exclamando enfáticamente.

—Tenemos por delante un asunto sumamente delicado. De un momento a otro llega nuestro amigo de París. ¿Cómo nos las arreglaremos con él?, ¡Dios lo sabe! Pero una cosa es evidente. A la vista de Hunterleys ha de alarmarse. Seguramente, no querrá entrar en ninguna discusión seria. Hunterleys sabe esto y he aquí por qué se presenta en público descaradamente, por qué está rodeado de agentes secretos de su país, en espera de la venida de Douaille.

—Lo que me parece a mí, dijo tranquilamente Draconmeyer, es que vamos a tener que deshacernos de Hunterleys.

Mr. Grex miró por un momento afuera por la ventana.

—Por mi parte, soy aquí un extraño. Vengo a esta conferencia como invitado, lo mismo que viene nuestro amigo de París. Si algún pequeño trabajo se ofrece, requerido por las circunstancias, pienso francamente que es usted, mi amigo, el encargado de llevarlo a cabo.

—Así es, asintió Selingman. Unicamente que la cosa ha de hacerse con toda la reserva y urgencia del caso, en gracia a nuestro amigo que llega.

—Mi situación, interrumpió Mr. Draconmeyer, es hasta cierto punto delicada. La desaparición repentina de Sir Henry Hunterleys pudiera por algunos relacionarse con la estrecha amistad que existe entre su esposa y la mia.

—Yo creo, agregó Selingman, que la presencia de Hunterleys aquí obedece a un fin determinado...

Draconmeyer acercó más su silla hacia la mesa y dijo en tono confidencial.

—Permítame, amigo Selingman, decirle algo que ha de corroborar la idea que usted tiene en su cabeza. Hunterleys no está aquí por puro gusto. Estaba usted perfectamente informado cuando me dijo que su estadía en San Remo y Bordighera fué sólo de unos días. Yo voy a decirle una cosa. Hace tres semanas estuvo él en Buca-

rest. Pasó dos días con Noviscko. De allí fué a Sofía. Después se le vió en Constantinopla. Después en Belgrado. Puedo asegurar a ustedes que Hunterleys es la persona que destruyó nuestra obra en los Balkanes. El fué quien reveló la inteligencia secreta con Turquía. Desde aquí se embarcó Hunterleys con dirección a las costas de Italia. Estuvo en Bordighera por salvar las apariencias. Ahora está aquí para frustrar nuestra conferencia. Hunterleys es el individuo más peligroso que Inglaterra....

—Un momento, interrumpió Selingman. Hasta cierto punto pienso como usted; pero ha de tener presente que Hunterleys es un simple miembro de la oposición, por ahora. Cuando su partido llegue al poder, seguramente Hunterleys será el Ministro de Relaciones Exteriores y habrá que tenerle cuidado; pero por el momento no es más que un particular.

—No pienso como usted. Hunterleys es un individuo independiente de un partido. Es amigo íntimo del actual Ministro de Relaciones y me consta que se le ha consultado últimamente con motivo de la crisis ministerial. El actual Gobierno no ha de permanecer más de dos años en el poder y tenga usted la seguridad de que con cualquier cambio de Gobierno, Hunterleys será Ministro del Exterior. Tenemos que habérnoslas con uno que...

—No me satisfacen estos pasteles, interrumpió Selingman al ver al maitre d'hotel, que se acercaba; son muy chicos, tienen poca crema.

Ninguno habló una palabra, pero todos se dieron cuenta de la situación.

Hunterleys y Ricardo Lane entraban en ese momento y se sentaban en una mesa contigua. Selingman prosiguió hablando ahora a voces.

—Todavía me queda sitio para comerme otra docena, sin perder el apetito para la comida. Nuestro amigo, continuó por lo bajo, se ha conseguido un buen guardia de corps, grande y fornido.

Draconmeyer vaciló un momento; después, dirigiéndose a Mr. Grex, dijo:

—¿Se ha fijado usted en ese joven que se ha sentado en la mesa de al lado? Va a divertirle a usted, cuando sepa la insolencia y el atrevimiento que manifestó esta tarde. Es un joven americano que conocí en Londres. Se me acercó en la terraza con la pretensión de que le presentase a Miss Grex. En este mismo momento, agregó Draconmeyer, bajando más la voz, trata de separarse de Hunterleys para reunirse con nosotros.

Ese joven, dijo pausadamente Mr. Grex, es un imbécil y le daré una lección.

Selingman interrumpió:

—Bueno; estoy viendo que la tarea que nos hemos impuesto va a caer sobre mis hombros. Cumpliremos lo mejor que se pueda... Y ahora cambiemos de tema. Estos seis luises que he perdido me tienen desesperado. Voy a tratar de recuperarlos. Vámonos.

Se levantaron y se dirigieron al salón de la ruleta. Ricardo Lane los miró pasar contrariado y pesaroso.

—Explíqueme, Sir Henry, por qué no habría de haberme acercado a ese grupo y pedirle a Draconmeyer que me presentase.

Hunterleys meneó la cabeza.

—Le aseguro que Draconmeyer no lo hubiera hecho. En primer lugar nosotros no acostumbramos a hacer las presentaciones con la facilidad de ustedes, los americanos. Por otra parte... bueno, omito las razones... Escuche, Lane, siga mi consejo. Si está usted tan enamorado como dice, váyase a bordo y dedíquese a la caza de piratas; sacará más provecho.

El joven dijo con resolución:

—Por nada del mundo dejo yo Monte Carlo antes de entrar en relaciones con Miss. Grex.

CAPITULO VII

El arrojo de Ricardo

Hunterleys se separó de sus compañeros en el salón de la ruleta.

—Le repito, Lane, que siga mi consejo. Busque algo mejor en que pensar. Si quiere a todo trance hacer una locura, eche al tapete unos cuantos miles de dólares. Esto le traerá menos consecuencias.

Ricardo no replicó. Miró alejarse a Hunterleys y se sentó frente a la puerta de entrada esperando la llegada de su hermana. Esta llegó a las cinco menos cuarto.

—¡Tan tarde que llegas! Flossie, refunfuñó éste. Dijiste que vendrías a las cuatro.

—El tiempo pasa sin sentir, replicó ella. Pero si me he demorado, Dick, ha sido en interés tuyo. He ido a la Villa Rosa, a hacer una visita, pero con mala suerte. La condesa de Hauson, que vive allí, los conoce y me mostró desde la ventana la Villa Mimosa, donde viven ellos, pero ninguna noticia me pudo dar. La Villa es la mejor que hay en Monte Carlo, y siempre ha estado ocupada por gente de tono. Dice la condesa que no quieren mezclarse en sociedad, que ha oído decir que ese nombre de Grex es supuesto.

—A mí también me parece, dijo él. Hunterleys los conoce, pero no quiere decirme quienes son. Otro tanto pasa con Draconmeyer.

—¡Sir Henry y Mr. Draconmeyer!, repitió ella abriendo tamaños ojos. Mi querido Dick, esto me parece sospechoso.

—Tal como te lo digo, insistió él. Hunterleys sobre todo, que acaba de separarse de mí hace media hora, me ha persuadido que no piense más en esto. No sé explicarme el motivo, pero el hecho es éste. Yo he resuelto obrar por mi propia cuenta. Mr. Grex está ahora aquí con Mr. Draconmeyer y un alemán gordo. Si hubiera estado solo me habría acercado a ellos y habría tratado de conseguir una presentación, pero Hunterleys no me dejó.

—De modo que, a lo que veo, el coupé se va poniendo difícil.

De pronto Ricardo dejó a su hermana con la palabra en la boca y se fué.

Ella lo vió atravesar el salón y colocarse a poca distancia de la joven que tan preocupado le traía. Ricardo estaba nervioso e intranquilo. Sacó unas fichas de su bolsillo y se dispuso a jugar. Entonces observó que la joven tenía un billete en la mano y llamaba la atención del banquero pidiéndole cambio.

—¿Me hace el favor de darme sencillo?, la oyó decir a la joven.

El banquero no se dió cuenta. Ricardo se ofreció galante.

—¿Me permite usted que yo le ofrezca?

El primer impulso de la joven, al oirle, fué de rechazar el ofrecimiento. Quedóse mirando al joven sorprendida. Ricardo era bien parecido, pero la cualidad predominante de su persona era una cierta sinceridad que se hacía más relevante en aquella circunstancia. El tipo del joven debió parecerle extraño. Luego, alargándole el billete, murmuró:

—Un millón de gracias.

Ricardo le dió cambio. Ella se quitó el guante de su mano para recibir las monedas que una a una iba él entregándole.

Entonces se fijó Lane que no había en sus dedos ningún anillo de compromiso.

—Está muy bien, dijo ella; ha sido usted muy amable en molestarse.

Hablaba el inglés correctamente con un ligerísimo acento extranjero. El la miró una vez más a los ojos.

—No es molestia, es un placer, señorita, afirmó él.

Ella sonrió amable, haciéndole perder la cabeza con la gracia de su sonrisa. Llena la mano de fichas y monedas buscó un sitio y se sentó un poco más retirada. El quedó como clavado en el mismo sitio, mirándola fijamente; después se alejó en otra dirección. Pareciale que su primer paso había sido afortunado. Ella se mostró en un principio dispuesta a rechazar su ofrecimiento. Lo había mirado fijamente y había cambiado de parecer. Al retirarse le había sonreído. Sería ridículo, pero a él le parecía que había dado un gran paso. En aquel momento Lady Weybourne, al dirigirse a la sala del baccarat, pasó por delante de él y le dijo:

—¿Qué tal, Dick, buena suerte?

—Siéntate aquí un momento, Flossie, suplicó él. He hablado con ella.

—¿Estás loco?, exclamó ella horrorizada.

—No, nada de eso, contestó él. No creas que he cometido alguna inconveniencia. Estaba ella buscando cambio de un billete y entonces yo me ofrecí galantemente a cambiárselo. Ella aceptó, me dió las gracias y se retiró sonriéndome.

Lady Weybourne se sentó en el diván y empezó a reír de buena gana.

—Bueno, bueno, dijo ella; yo te traigo otra oportunidad.

—¿Qué es ello?, preguntó él.

—Es una invitación, le dijo, del directorio para una comida en La Turbie Golf



—Caballero, ¿tendría Ud. la amabilidad de escucharme un momento?

Clubhouse, esta noche en la montaña. El paseo no es muy tentador que digamos. Cuesta lo menos una hora la subida allá, casi entre las nubes; pero creo que va todo lo mejorcito y he visto el nombre de Mr. Grex entre los invitados. Como creo que irán, ahí tienes una ocasión.

—Decididamente voy, contestó Ricardo. Dame la invitación. Cuánto te lo agradezco, Flossie.

—Si así es, exclamó Lady Weybourne riendo, puedo considerar ya ganada una rueda del coupé.

Alejóse riendo al salón del baccarat, y Ricardo se volvió a la mesa de la ruleta donde aún estaba jugando la joven. Procuró no acercarse a ella sino que se situó enfrente y un poco distante para observarla disimuladamente. La joven aparecía indiferente siguiendo las alternativas del juego. Al volver él la vista a un lado notó que en un diván enfrente estaba Mr. Grex sentado, fumando un cigarro y mirándole fijamente. Ricardo se sintió cohibido ante aquella mirada, como un ladrón sorprendido in flagranti. De pronto se levantó resueltamente y se dirigió a Mr. Grex.

—¿Tendría usted la amabilidad, caballero, de escucharme un momento?

El rostro de Mr. Grex, expresó la sorpresa y la curiosidad.

—¿A mí desea usted hablarme?; preguntó.

Lo dijo con un tono capaz de desanimar a cualquiera, pero ya era tarde para volverse atrás.

—Quisiera hablar con usted, si me lo permite, continuó Ricardo.

—No recuerdo, dijo Mr. Grex, haber tenido ocasión de conocerle.

—No me conoce usted, admitió Ricardo, pero es lo mismo; yo desearía hablar con usted.

—Puesto que usted insiste, dijo Mr. Grex, sea; pero permítame usted que le diga que considero una impertinencia su pretensión de hablarme sin conocerme.

—Aún pensará usted peor de mí cuando me oiga, exclamó Ricardo desesperadamente. ¿Me permitiría usted sentarme?

—Estos asientos, replicó Mr. Grex fríamente, están a disposición de cualquiera.

A pesar del tono frío y despectivo de Mr. Grex, tan poco incitador a las confidencias, el joven tomó asiento en el diván. El corazón le palpitaba aceleradamente.

—Siento infinito molestar a usted, empezó Ricardo. He visto que usted me estaba mirando mientras yo contemplaba a su hija. Seguramente me considerará usted un impertinente.

—Su perspicacia, observó Mr. Grex, me parece mayor que su educación! ¿Tal vez usted está poco acostumbrado al trato social?

—No sé que decirle, contestó Ricardo amargamente. He estado en el colegio mezclado con toda clase de individuos. Mi cuna no es muy elevada que digamos, si es que usted concede a esto alguna importancia.

Algo así como la sombra de una sonrisa irónica se dibujó en los labios de Mr. Grex.

—¿Que si doy importancia a esto?, repitió éste entornando los ojos un momento. Prosiga usted, joven.

—Yo soy americano, continuó Ricardo. Me llamo Ricardo Lane. Mi padre era riquísimo y yo soy su heredero. Tengo una hermana, Lady Weybourne. Estaba hoy almorzando con ella en el restaurant de Ciro cuando ví a su hija. Creo poderle afirmar que soy una persona honorable. Tengo muchos amigos que pueden abonarme. Quiero casarme con su hija, dijo por fin desesperadamente Ricardo, notando que cuanto más pretendía explicarse, peor lo hacía.

Mr. Grex sacudió la ceniza de su cigarro.

—¿Está su cuidador por aquí cerca, joven?, preguntó éste.

—Estoy perfectamente cuerdo, afirmó Ricardo. Comprendo que mi pretensión le parezca una locura, pero no lo es. Tengo veintisiete años y nunca he pretendido a una mujer. Esperaba que... quedóse con la palabra en los labios. La actitud de Mr. Grex al escucharle era descorazonante.

—Estoy desesperado; insistió de nuevo. Todo el día he estado buscando un amigo que quisiera presentarme a su hija. ¿Quiere usted hacerlo? ¿sería tan amable?

—No señor, replicó Mr. Grex secamente.

—¿Por qué, no?, suplicó Ricardo. Yo no pido más que una oportunidad para hablar con ella.

—No hablemos más de esto, contestó Mr. Grex. Le he consentido a usted decir cuanto ha querido, a pesar de la enorme impertinencia de su propósito. Ruego a usted que se retire y que deseche de una vez y para siempre esa idea la más estúpida

que cabe en la cabeza de un hombre cuerdo al parecer.

Ricardo se levantó.

—Muy bien señor, replicó éste. Me iré, pero le advierto a usted que nada me importa su opinión.

—¿Que no le importa? repitió Mr. Grex frunciendo el entrecejo.

—En absoluto, confirmó Ricardo. Ignoro los motivos que usted tenga para oponerse a mis deseos, pero confío que algún día cambiará usted de parecer. He solicitado la amistad de usted. Más tarde quizas no la desprecie.

—¿Más tarde?, murmuró Mr. Grex.

—Cuando me haya casado con su hija, dijo finalmente Ricardo, retirándose con porte altanero y provocativo. Mr. Grex lo vió alejarse hasta que desapareció entre la multitud.

CAPITULO VIII

En la montaña

Ricardo, al pasar por el hotel París aquella tarde en su auto de carrera, vió a Hunterleys de pie en la escalera del hotel y le gritó:

—¿Que, no va usted a La Turbie?

Hunterleys contestó.

—Voy a comer allá y estoy esperando el auto del hotel que llegará dentro de unos momentos.

—Véngase conmigo, convidó Ricardo.

Hunterleys quedóse indeciso contemplando la soberbia máquina.

—¿Se atreve usted a subir?; preguntó. El camino es peligroso.

—No tenga usted cuidado, contestó el joven.

Subió Hunterleys al auto y atravesaron la población camino de la montaña. En su camino de ascensión brillaban por todas partes las luces de las viviendas. Poco a poco pasaron a una atmósfera diferente. El aire se hacía frío al contacto de las nieves de la montaña. Hunterleys se abrochó la americana y se quitó el sombrero.

—Amigo mío, exclamó, esto es maravilloso.

—La subida es soberbia, asintió Ricardo, y buena para abrir el apetito.

Detuvieronse un momento en el alto de la Turbie. A su frente una cadena de lucecitas indicaba la bahía de Mentone, y a sus pies las luces de Monte Carlo rompían la oscuridad. Siguieron su camino de ascensión. Este se hacía cada vez más angosto y tortuoso. Por fin llegaron a la cumbre, donde la morada del club resplandecía entre raudales de luz.

—Dejaremos el auto entre los árboles, dijo Ricardo, donde no estorbe el paso.

Hunterleys entregó su abrigo y su sombrero al mozo del club. De pronto quedóse como petrificado. Acababa de ver a su esposa, que salía del guardarropa quitándose los guantes. Ella también lo vió y se puso un tanto pálida. Al punto se acercó a ella Hunterleys.

—Agradable sorpresa, murmuró éste.

—Estoy aquí con Mr. Draconmeyer, le dijo ella bruscamente.

—¿Pero no solos? inquirió Hunterleys.

—Sí, contestó ella. Yo no pensaba venir. Mr. Dracomeyer había prometido al director Mr. Pericot venir en compañía de su esposa, pero a última hora ésta no se sintió bien y me rogó que yo viniese en su lugar.

—¿Tendré necesidad de repetirlo?, dijo Hunterleys. Usted sabe cómo miro yo esta amistad de ustedes.

—Mucho lo siento, contestó ella. Si yo hubiera previsto que iba a encontrarle aquí no habría venido.

—Al menos es usted considerada, recalcó él amargamente. ¿Me permitirá usted que la felicite por su toilette?

—Como es usted el que paga, respondió ella, está usted en su derecho.

Hunterleys se mordió los labios. Había cierta provocación en las palabras de Violeta. Hunterleys cambió al punto de conversación.

—¿Sigue molestándola aún, preguntó, ese sujeto de que me habló?

—Siempre me sigue espiando, contestó ella secamente.

—Yo he hecho algunas averiguaciones, contestó Hunterleys, y he llegado a la conclusión de que está usted en lo cierto.

—Y todavía insiste usted en afirmar que nada tiene que hacer con usted ese sujeto?

—Aseguro a usted bajo mi palabra de honor que nada tengo que ver con él.

En aquel momento llegó Mr. Draconmeyer. Saludó con una simple inclinación de cabeza a Hunterleys y formuló una pregunta a Violeta. Después llegó Ricardo y pasaron todos al salón de recepciones donde tres encantadoras señoritas francesas recibían a los invitados. Minutos después se anunciaba la comida. Ricardo arrugó el entrecejo.

—No ha venido ella, murmuró. ¿Supongo, Sir Henry, que no le disgustará que regresemos pronto?

—Cuanto antes mejor, asintió Hunterleys al momento.

De pronto sintió éste que unas tenazas de hierro le oprimían el brazo.

—¡Ha venido! exclamó Ricardo alborozado. Mírela: viene toda de blanco. ¡Cuánto me alegro de haber venido!

Hunterleys sonrió. Juntos pasaron al comedor. Como no había asientos reservados sentáronse en una mesita retirada.

Hunterleys estaba de mal humor, pero su compañero aparecía loco de contento.

—Lo siento mucho por usted, Sir Henry, que tenga que acompañarme mientras yo gozo contemplando a esta joven. Pero, dígame con franqueza ¿ha visto usted en su vida cosa más preciosa?

—Sí, la he visto, afirmó Hunterleys.

El joven se mordió los labios.

—Lane, dijo Hunterleys, yo he dado a usted hoy día algunos consejos ¿no es cierto?

—Efectivamente, confirmó Ricardo, tanto usted como mi futuro suegro han hecho todo lo posible por quitarme mis ideas de la cabeza. Pero todo es inútil, se lo aseguro.

—Siento mucho tener que repetirle en conciencia que este asunto ha de acarrearle la desgracia si insiste usted en pensar en esa joven. Más explicaciones no puedo darle.

—Pero si esa joven no es casada.

—No importa, objeto Hunterleys.

—Ni tampoco está comprometida: me he fijado en su mano izquierda, prosiguió Ricardo. En una palabra, no sé quién es ella ni me importa, pero yo le garantizo a usted que será mi esposa.

Hunterleys apuró su café.

—Joven, le dijo, supongamos por un momento que esa señorita es como usted supone, hija de un noble. Cuando ella sigue a su padre de riguroso incógnito, es muy probable que esté relacionada con jóvenes de la más alta nobleza de otros países. ¿Por qué ha de pensar usted que ha de renunciar ella a todo esto?

—Porque yo la amo, contestó el joven simplemente.

—Es preciso que usted recuerde, afirmó Hunterleys, que no todos los nobles son tal y como ustedes los pintan en sus papeles y caricaturas. En Austria y Rusia hay caballeros de la más alta cultura, dignos, cumplidos. Usted conoce poco el gran mundo, ¿no es cierto? Es una temeridad pretender, por el sólo hecho de llegar de una oficina de New York, confiado sólo en la fortuna, y contando con un año más o menos de turismo, entrar de golpe en la sociedad de gentes que tienen veinte veces eso y mucho más. Yo le hablo a usted francamente, joven amigo, en interés suyo. Usted está acostumbrado a conseguir con su dinero todo cuanto quiere. Hé aquí por qué no tendrá usted éxito en un país en que el dinero nada significa. Yo estoy al cabo de muchas cosas y puedo asegurarle que su dinero no influirá mucho con Mr. Grex.

—Nunca he pensado que influya, admitió Ricardo. Lo único que pienso es que ella se dé cuenta que la amo más que nadie. Por eso no desisto de mi empeño.

El señor director se presentó confundido.

—Señoritas y caballeros, dijo, tengo el gran pesar de comunicarles, rogándoles disculpen mi obligada inhospitalidad, que deben prepararse inmediatamente para retirarse. Nuestra fiesta tan agradable, y honrada por ustedes, ha quedado deshecha. ¡Tenemos encima la niebla! Ruego a ustedes, por tanto, se den prisa para regresar lo antes posible y que procuren bajar con el mayor cuidado. Puedo asegurarles, agregó, que no hay peligro ninguno si ustedes ordenan a sus choferes que vayan con precaución. Al mismo tiempo, como no es probable que la niebla levante antes del día, yo aconsejaría a ustedes, por su propio in-

terés, que buscasen albergue en el punto más próximo.

Todos se levantaron, Ricardo y Hunterleys, entre ellos.

—Esta noche va a ponerse a prueba su habilidad, le dijo Hunterleys. ¿Y de nervios, cómo estamos?

Ricardo sonrió.

—Los locos y los enamorados, contestó, tenemos una deidad especial que nos protege. Esté usted tranquilo, que conmigo va seguro.

CAPITULO IX

Bajo la niebla

El primer vistazo que dieron alrededor, al salir Hunterleys y Ricardo, fué para desalentarlos. Nada absolutamente se veía en todo el contorno sino un espeso velo de niebla, a través del cual se notaba el resplandor de las luces de los automóviles que esperaban a la puerta. El señor director iba apresuradamente de acá para allá, dando órdenes para la mayor seguridad de sus huéspedes.

—Si yo creyese que esto ha de ser pasajero, decía, yo rogaría a todos ustedes que permaneciesen aquí; pero cuando la niebla se presenta como ahora no hay esperanza de que desaparezca en veinticuatro horas, y, por desgracia, yo no tengo dónde acomodarlos para descansar una noche. Si se apuran, es sólo cuestión de dos millas dejar atrás la neblina.

Hunterleys y Lane, con los cuellos de sus abrigos levantados, fueron en busca de su coche, apostado en un extremo de la avenida. Desde allí, mirando hacia abajo, vieron las lucecitas de los autos que se alejaban cautelosamente por el tortuoso sendero envueltos entre la niebla. Nada más se veía sino la densa neblina, que en menos de cinco minutos había escarchado sus cejas y bigotes.

—Bonito panorama, exclamó Lane. ¿Había usted visto cosa igual?

Prendieron las luces del auto, subieron, encendieron un cigarrillo y se dispusieron a emprender la marcha. El director ordenaba la partida dejando de uno a otro carruaje un intervalo de tres minutos para normalizar la ruta. De pronto Lane oprimió el brazo a su compañero.

—¡Ahí va ella!, exclamó.

La joven, seguida de Mr. Grex, subía a su Mercedes brillantemente iluminado por las ampolletas eléctricas.

Inmediatamente el auto se deslizó con precaución.

Hunterleys y Ricardo lo siguieron con la vista hasta que desapareció entre la niebla; después ellos, a su turno, partieron también.

—Encomiéndese usted a todos los santos, dijo Lane en el momento de partir. Yo lo haré todo lo mejor que sepa, pero no es muy fácil tarea la de bajar una montaña escarpada por un camino tortuoso y bajo una niebla de mil diablos, expuesto a cada momento, por un tropiezo, a irse a la eternidad.

Partieron. Al principio les ayudaban en su ruta los potentes focos del Club. En seguida los envolvió la obscuridad más completa. Lane guiaba con toda cautela, despacito, tomando siempre el centro del camino y desviándose de las orillas.

Una vez, sin embargo, perdió la ruta yendo a estrellarse contra un peñasco, pero con mano segura empujó hacia atrás la palanca y evitó un desastre. Otra vez casi resbaló por una hondonada hasta el abismo. Poco después un brusco recodo del camino estuvo a punto de precipitarlos al precipicio. Más allá se encontraron de pronto con un soberbio carruaje que se había apartado de su camino y estaba allí entre unos pinos, percibiéndose apenas sus luces entre la niebla.

—¡Aló, gritó Lane parándose de pronto, ¿han perdido ustedes el camino?

—Mi patrón va a quedarse aquí toda la noche, contestó el chofer.

Un hombre asomó la cabeza por la ventanilla del coche y comenzó a hablar rápidamente en francés.

—Es increíble que haya quien se atreva a bajar con esta noche. Lo que es yo no me muevo de aquí hasta que pase la niebla.

—Que pase buena noche, le grito Lane alegremente.

—No se podrá negar que usted es precavido, agregó Hunterleys sonriente.

Siguieron su marcha y dos veces tuvieron que detenerse para limpiarse la escarcha que empapaba los guantes de Lane impidiéndole conducir.

—Da usted buena prueba de sus nervios, amigo mío, recaleó Hunterleys. ¿No siente usted los efectos de esta niebla?

—Nada absolutamente, replicó Lane; no comprendo por qué esto de partir separados cada tres minutos; mejor hubiera sido partir todos juntos y despacio.

Prosiguieron su marcha durante otros veinte minutos siempre con los mismos incidentes, pero afortunadamente sin consecuencias a pesar de los continuos peligros. Al volver un recodo parecióles ver por entre la enorme grieta de un peñasco una especie de carpa iluminada, a gran distancia.

—Vamos bien, exclamó Lane esquivando un gran tronco que se interponía en el camino, pero, ¡demonios!, en mi vida me he visto en tales apuros! ¿Qué es eso? Alguien está en peligro!

Delante de ellos se veía una luz en un continuo ir y venir en medio del camino. Lane paró el auto. Apenas lo había hecho cuando sintieron alrededor ruidos de pasos.

Dos hombres los sujetaron por detrás casi intantáneamente.

—Señores, tengan la bondad de bajarse, les dijeron en un francés gutural.

—¿Qué es esto?, gritó Lane.

—Bájense de una vez, ordenó una voz imperiosa.

A la luz de una linterna que llevaba el que mandaba, pudieron ver Hunterleys y Lane unos doce hombres armados. Hunterley echó a andar escoltado por dos hombres a cada lado.

—¿Qué significa esto?, preguntó indignado.

—No tenga cuidado, contestó la misma voz gutural; es sólo asunto de unos momentos. Y usted, señor, prosiguió el hombre dirigiéndose a Lane, hágame el favor de poner su coche en ese recodo próximo y dejarlo ahí. Después véngase conmigo.

Ricardo tomó asiento en el auto y empuñó la palanca. De pronto se le ocurrió que Mr. Grex y su hija estarían tal vez entre los prisioneros. Entonces inmediatamente cambió de opinión.

—Con mucho gusto, señor; usted me dira dónde quiere que deje el auto.

Anduvo unos cuantos metros más allá del recodo y dejó el carruaje junto a otros varios que allí estaban estacionados, con sus luces apagadas.

—Este es una especie de picnic muy agradable!, exclamó al parar su auto.

¿Y ahora qué hacemos, señor?

—Hágame el favor de seguirme, fué la contestación.

Ricardo quedó un momento indeciso. No le agradaba la idea de entregarse sin resistencia; pero pudo notar que no sólo su captor estaba armado sino que había además dos hombres a su lado y otros más detrás. Marcharon todos por un senderito cuesta arriba y llegaron a un gran caserón, el mismo que le pareció a Ricardo haber visto iluminado mientras caminaban. Al entrar, se presentó a sus ojos una curiosa escena. En fila, junto a la pared del fondo de una estancia estaban unos doce huéspedes de los que les habían precedido en su marcha del Club. Sólo uno de ellos tenía las manos atadas a la espalda. Los otros estaban libres al parecer. Mr. Grex era el único que aparecía herido, y un pequeño hilo de sangre corría de su mano derecha. A su lado estaba la joven. Un hombre quitaba con ligereza a las señoras sus alhajas y las echaba en un saco. En un rincón estaba un grupo de choferes vigilados por dos hombres armados. Lane recorrió con su vista toda la escena. Allí estaba Lady Hunterleys y a su lado Draconmeyer; Hunterleys estaba un poco separado de los demás, Freddy Montressor, que estaba apoyado en la misma pared, se echó a reír al ver entrar a Lane.

—¿No ha estado malo el golpe, verdad, Dicky? ¿Traes mucho encima?

—Nada que valga la pena, contestó Ricardo.

Sus ojos estaban ahora fijos sobre el bergante que hacía la recolección de alhajas y se acercaba a Miss Grex. Sintió hervirle la sangre. El hombre que parecía el capitán y que estaba en la misma puerta y con una ampolleta eléctrica en una mano



—¿Llegó a tocarla ese animal con su manaza?...

y un revólver en la otra, dió un paso hacia adelante.

—Señoras y caballeros, dijo, una vez más ruego a ustedes que no se alarmen. Tan pronto como dejen ustedes lo que llevan de valor, quedarán en libertad. Si no se resisten, nadie sufrirá lo más mínimo. Nosotros no queremos hacer daño a nadie.

El que recogía las alhajas estaba frente a la joven. Esta se quitó el collar y se lo entregó.

—Este dijecito que llevo, dijo tranquilamente, vale poco. Deseo conservarlo.

—Imposible, replicó el hombre. Entréguelo.

—¡Pero si no quiero!; insistió ella. Es un recuerdo.

El hombre se rió brutalmente. Su manaza se posó sobre el albo cuello de la joven. En este momento Lane, presa de la desesperación, derribó por el suelo a uno de sus guardias y arrancándole el fusil de las manos avanzó hacia adelante.

—Animo, compañeros, gritó lanzándose sobre el ladrón de las alhajas. Estas armas no están cargadas. Sólo uno de estos bandidos tiene revólver.

—¡Y ya es mío! gritó Hunterleys lanzándose de repente sobre él y arrebatándole el arma.

Formóse un laberinto de mil diablos. Gritos, carreras, desmayos, luchas y para colmo obscuridad completa, pues todas las luces se apagaron.

—¡Duro con ellos, Freddy! gritó Lane cogiendo del pescuezo a uno de los bandidos. Usted también, Hunterleys; no hay cuidado por las armas. Están descargadas.

Fué cuestión de un momento. Los bandidos en la confusión huyeron como ratones todos, menos uno al que un puñetazo de Ricardo había tendido en el suelo sin sentido, y el recolector de las alhajas a quien Hunterleys alcanzó a sujetar por el cuello. Ricardo cortó las ligaduras que sujetaban las manos de Mr. Grex, pero lo hizo mecánicamente, sin darse apenas cuenta de lo que hacía. Sin saber cómo, encontró entre las suyas las manos de la joven.

—¿Llegó a tocarla a usted ese animal?, preguntó anheloso.

—No, gracias a usted, murmuró. ¿Pero le consta a usted efectivamente que las armas no estaban cargadas?

—Me pareció que no lo estaban, contestó Ricardo. De todos modos, cargadas o no, jamás hubiera permitido que ese bestia llegase a tocarla ni la ropa.

Mr. Grex se acercó encendiendo un cigarrillo:

—Mucho le debemos a usted, joven amigo, dijo. Su arrojo, que en la vida diaria puede no ser muy político, prosiguió él secamente, es en estos casos de una eficacia admirable.

Mr. Grex cruzó la estancia en dirección a Hunterleys, que aún tenía sujeto al ladrón de las alhajas.

Una de las señoras estaba escogiendo apresuradamente las suyas. Los choferes habían corrido a tomar posesión de sus autos y prender las luces.

—Tengo que decirle a usted algo, dijo Ricardo acercándose más a la joven. No se enoje usted conmigo. Esta tarde hablé con su papá. Me trató como a un loco. Nada pude conseguir con él. La estaba mirando a usted cuando él me vió. No quise que me considerase un insolente. Traté de que me conociese, pero se negó a escucharme. Yo quisiera decirle a usted, ahora que se presenta la oportunidad, que es usted...

Sonrió ella abiertamente.

—¿Qué es lo que soy yo-, preguntó ella.

—La criatura más adorable, contestó él decididamente.

Hubo un momento de silencio embarazoso. Afuera se oía el ruido de los motores al reanudar los autos la partida. Lane no oía ni veía nada sino los ojos de la joven que lo miraba entre sorprendida y vacilante.

—La amo a usted, repitió Ricardo angustiosamente.

—Pero si yo no le conozco y apenas si le he visto en mi vida, contestó ella mirándole atónita.

Eso no importa, replicó él. Usted comprende que digo la verdad, su corazón no puede engañarla. Yo necesito tratarla a usted. No soy despreciable. Yo la amo sinceramente.

Ella sonreía amable, pero en su rostro

se dibujaba la incertidumbre, tal vez la pena.

—Estoy tan apenada, murmuró ella.

Esto no es más que un repentino capricho suyo, ¿no es cierto? Se ha portado usted tan valiente esta noche que yo no puedo menos de estarle agradecida, muy agradecida. En cuanto a su amor, es una honra para mí, pero yo le ruego que me olvide. Su amor es imposible. Creo que ni siquiera mi amistad puedo ofrecerle.

Hubo de nuevo un breve silencio.

—¿Es usted casada? Preguntó al cabo Ricardo bruscamente.

Ella movió la cabeza.

—¿Prometida?

—No.

—¿Quiere usted a alguien?

—Nó, contestó sin vacilar.

El joven la condujo fuera de la estancia.

—Salgamos un momento, suplicó él. No quiero verla a usted en este sitio en que ese bergante trató de ponerle encima sus manos. Aquí está su collar.

El salió y ella lo siguió obediente. A fuera estaban todos formando pequeños grupos entre las sombras. Algunos autos habían partido ya, otros se disponían a partir. Las nubes se habían alejado y una estrella brillaba reluciente.

—Se fué la niebla, exclamó Ricardo. Puesto que nadie hay de por medio por qué no ha de haber una esperanza para mí. No soy un sabio, soy un sér insignificante, pero la adoro a usted. Y la adoraré siempre como ninguno. Nunca he sabido lo que es amor, pero ahora lo sé.

Ella escuchaba impasible, infundiéndole con su actitud tan pronto el desconsuelo como la esperanza.

—¿Cómo es su nombre? le preguntó ella.

—Ricardo Lane, contestó. Soy americano.

—Bueno, señor Ricardo Lane, prosiguió ella amablemente, siempre me acordaré de usted y de esta noche, y tal vez me cause pena que sea un imposible lo que usted pretende.

—¿Imposible?, murmuró él.

Ella asintió amargamente.

—Algún día, continuó ella, cuando esté lejos de Monte Carlo, yo le escribiré, si usted quiere, y le diré la razón de este imposible.

Calló Ricardo mirando hacia abajo de la montaña, donde las nubes barridas por el viento huían apresuradamente y las luces de Monte Carlo iban viéndose brillar cada vez más claras.

—¿Podría influir algo, preguntó de pronto, el saber que yo soy rico, muy rico?

—Nada, en absoluto, contestó ella.

¡Nada! exclamó él volviéndose de pronto hacia ella y hablándole apasionadamente y con amargura. ¿Y tampoco influiría el hecho de que un hombre le haya entregado todo su corazón, aunque éste sea poca cosa? ¿Qué voy a hacer yo si usted me rechaza? Nada me resta en la vida.

—Vivirá usted como ha vivido hasta ahora, replicó ella.

—Imposible, contestó él con energía. Eso es imposible. El mundo será para mí un cementerio.

De pronto sintió Ricardo entre sus manos una de la joven.

—Estimado amigo, suplicó ésta, deseche usted esas tristes ideas y cuando usted sepa la causa de este imposible se conformará. Pero si no puede usted desechar el pensamiento de mí, recuerde siempre que he sentido en el alma no poderle corresponder.

Sintió que estrechaba la joven su mano, y de repente, antes que él pudiese detenerla, ella huyó. Trató de seguirla, pero en ese momento se vió rodeado de varias personas. Lady Hunterleys le golpeó el hombro cariñosamente.

—Realmente, exclamó ésta, a usted y a Henry, debemos la salvación. Nunca había experimentado tan intensa emoción como esta noche. Le deseo, agregó bajando un poco la voz, buena suerte y felicidad.

El contestó vagamente. Ella se volvió hacia su marido cuya herida vendó con un pañuelo.

—Ahora voy a vendarle la cabeza, dijo ella. Agáchese.

El obedeció. Junto a la sien derecha tenía otra herida, producida por el revólver del bandido que Hunterleys había desarmado.

—Cuánto siento molestarla, dijo éste.

— Y qué menos puedo hacer, declaró ella,

riendo nerviosamente. Disculpeme si me tiemblan las manos. Es la impresión de cuanto ha sucedido.

Hunterleys callaba. Parecía que las palabras se negaban a salir de sus labios.

—Ha sido usted temerario, dijo ella pausadamente. ¿Con quién bajaba usted?

—Con Ricardo Lane, contestó, en su auto de carrera de dos asientos.

Ella se mordió los labios.

—Yo no pensaba venir sola con Mr. Draconmeyer, explicó. Pero a última hora resultó que su mujer no se sentía bien.

—¿Sería así efectivamente?, preguntó Hunterleys.

Interrumpióles una voz. Mr. Draconmeyer estaba junto a ellos.

—Vaya, exclamó éste, podríamos resumir la jornada de esta noche calificándola como la escena de una **ópera bufa.**

Lady Hunterleys tiritó. Acercóse más a su marido. Tenía el abrigo desabrochado. Hunterleys se inclinó hacia ella y se lo abrochó.

—Gracias, dijo ella. ¿Por qué no se viene usted con nosotros?

—¿Hay cabida para mí? preguntó.

—¡Cómo nó!, se apresuró a contestar ella. Vamos sólo Mr. Dracomeyer y yo.

Por un momento se quedó Hunterleys indeciso. Sorprendió entonces una sonrisa en el rostro del hombre aborrecido.

—Le agradezco, contestó él, pero no debo dejar solo a Lane.

Hunterleys fué a reunirse con Ricardo y partieron.

—Parece que ha pasado el peligro, dijo éste en el momento de partir.

—Tal vez, replicó Lane tristemente. Por mi parte creo que para mi no ha desaparecido; más bien empiezan mis angustias.

CAPITULO X

Señales de tormenta.

A las diez de la mañana del siguiente día cruzó Hunterleys los asoleados jardines en dirección al Banco Inglés para recibir quizás la mayor impresión de su vida. Minutos más tarde estaba contemplando atónito una hoja de papel que el gerente le presentó. Tenía pocas palabras y sencillas, pero que para él constituían un mensaje trágico. La esquela era del hotel París y la fecha de la noche anterior, las palabras pocas, pero terminantes: "Al gerente del Banco Inglés. Sírvase entregar mi correspondencia al portador. Henry Hunterleys".

Lo leyó cien veces, palabra por palabra. Después levantó la vista, y habló con voz extraña, sorprendido.

—Tenía usted razón, dijo. Esta esquela está falsificada.

El gerente estaba confundido. Condujo a Hunterleys a su oficina particular.

—Tome asiento un momento, Sir Henry. Se trata de un asunto serio y quiero ventilarlo con usted.

Pasaron a un saloncito reservado y Hunterleys se dejo caer pesadamente en una butaca.

—Siento infinito haber incomodado a usted con esta esquela, Sir Henry. Pero usted convendrá que la cosa pudo tener peores consecuencias. Afortunadamente es entre nosotros costumbre invariable no entregar a nadie por ningún concepto la correspondencia de nuestros clientes. Si usted hubiera estado enfermo, se le habría llevado desde luego la correspondencia al hotel. En este caso, siendo su correspondencia hasta cierto punto oficial, tenía que fracasar necesariamente todo intento de secuestro. Jamás nos expondríamos a que ésta cayese por alguna circunstancia en manos extrañas.

Hunterleys comenzó a reponerse poco a poco. Tomó el montón de cartas que el gerente había puesto a su lado.

—Tenga la bondad de aceptar esta salita, suplicó el gerente, para leer su correspondencia y contestarla, si desea, inmediatamente. Yo llamo siempre a éste, agregó sonriendo, el santuario inviolable de Monte Carlo.

—Es usted muy amable, replicó Hunterleys. ¿No le molestaré a usted?

—De ningún modo. No tengo en este momento nada urgente que despachar. Voy a entretenerme leyendo "The Times". ¿Tiene usted un cigarrito?

Hunterleys se engolfó en su correspondencia leyendo y destruyendo la mayor parte de ella. Por último tomó dos gran-



Caminó presuroso sin rumbo, al azar.

des sobres lacrados, en los que se veía un sello: "Del servicio de S. M." Los abrió leyéndoles detenidamente con toda atención. Después sacó un par de tijeras y rompió las cartas en pequeños pedacitos. Verificada ésta operación escrupulosamente, se levantó y salió.

—Tengo que ir al telégrafo a poner unos cuantos despachos. Mil gracias por su amabilidad. Si usted no tiene inconveniente desearía llevarme esta esquela falsificada.

El gerente vaciló.

—No sé si deba..., observó indeciso.

—¿Podría usted reconocer a la persona que la trajo; usted o su empleado?

—Imposible, replicó éste, yo no estaba aquí, desgraciadamente, cuando la trajeron. El joven Parsons, que era el único que había en el Banco, contestó que las cartas no se entregaban nunca sino personalmente al interesado; y se puso inmediatamente a atender a otras personas. No recuerda más sino que la trajo un hombre.

—Por lo tanto de nada le sirve a usted el documento, observó Hunterleys. Nada podría usted hacer sin una plena identificación, cosa imposible en este caso.

Mr. Harrison se la dió.

—Puesto que usted lo quiere...

—Mil gracias. Sólo me interesa por mera curiosidad. La imitación de la firma es casi perfecta.

Hunterleys se puso el sombrero. Entonces se quedó un momento indeciso con una mano en la puerta.

—Mr. Harrison, dijo por fin, yo estoy, como usted sabrá sin duda, empeñado en ciertas investigaciones en interés de alguien a quien no es preciso nombrar. Estas investigaciones han llegado a un punto que tal vez me coloquen en una situación, vamos, podría decir peligrosa. Usted y yo sabemos que hay gentes en este lugar sin escrúpulos y dispuestas a todo. Ruego a usted que esté alerta. Tengo muy pocos amigos en quien pueda confiar. Tengo el propósito de venir yo mismo todas las mañanas por mi correspondencia a las

diez; si a las diez y media no hubiera llegado yo algún día, es señal que algo me ha ocurrido. ¿Usted comprende lo que quiero decirle?

—¿Quiere decir que le amenaza un asesinato?, preguntó gravemente el gerente.

—Ni más ni menos, afirmó Hunterleys. Esta mañana he recibido un aviso. Hay de por medio un asunto tan importante que para llevarlo a feliz término temo que los interesados en él se expongan a todo. He telegrafiado a Londres pidiendo socorro. Si éste llegara demasiado tarde yo ruego a usted que en cuanto note mi desaparición, aun cuando sólo fuera temporal, lo comunique usted a Londres, ya sabe usted cómo, inmediatamente.

—Así lo haré, contestó el gerente, pero confío en que el asunto no ha de envolver tanto peligro. Mr. Billson vivió aquí muchos años tranquilamente.

Hunterleys sonrió ligeramente.

—Yo no soy un agente secreto. El sucesor de Billson vive aquí actualmente y trabaja conmigo bajo el corriente aspecto de un corresponsal de diario. No creo que le amenaze ningún peligro. Pero mi situación es diferente y mis negocios en Oriente, durante las últimas semanas, me han hecho excesivamente antipático para mucha gente poderosa. Sin embargo se trata sólo de un peligro posible contra el que me quiero precaver.

Hunterleys salió del Banco, se fué al telégrafo donde expidió varios telegramas, se fué después a la Terraza y hallando un asiento retirado sacó la esquela falsificada del bolsillo. Palabra por palabra fué estudiándola y cuanto más la examinaba más difícil veía la solución del asunto. La letra, de una imitación exacta, era la misma de su esposa, exceptuando la firma que era imitación de su misma letra. ¿Habría su mujer hecho aquello contra él a instigación de Draconmeyer? Le parecía que era imposible, pues a pesar de su separación, tenía fe y confianza en ella y aun esperaba que llegaría pronto la reconciliación. Era Draconmeyer sin duda el autor de aquella superchería! Por su cabeza pasaron mil ideas de venganza. Le era muy fácil hacerse justicia, desenmascararlo públicamente y obligarlo a huir de Monte Carlo. Pero de pronto se acordó de su deber. La casualidad había puesto en su mano muchos hilos de un plan diabólico, y debía desbaratarlo. Tiempo tendría después de ejercitar su venganza personal. Por ahora lo reclamaba el servicio de su patria... Sintió la necesidad de cambiar de escena. Atravesó la terraza y por las calles más desiertas cruzó la ciudad y se dirigió a la montaña. Caminó presuroso sin rumbo, al azar. Almorzó en una pequeña posada en el camino de Cannes y eran más de las tres cuando regresó a casa. Volvió ahora por el camino real y llegó cubierto de polvo por el eterno rodar de los autos y carruajes. El ejercicio le hizo bien. Tenía la mente despejada para pensar y darse cuenta exacta de la situación. Estaba solo, en país extraño, rodeado de enemigos dispuestos a todo. Por eso necesitaba que lo ayudasen y por eso había pedido a Londres ayuda inmediata. Por otra parte el complot que se fraguaba contra su patria aún no había abortado y la persona encargada de efectuarlo no había llegado todavía, ni sabía cuándo llegaría...

Hunterleys apagó su sed en un cafetín del camino, compró un paquete de cigarrillos y prosiguió su excursión. Estaba ya a las puertas casi de Monte Carlo cuando por centésima vez tuvo que retirarse a un lado del camino para dejar paso a un auto que pasó envolviéndole en una nube de polvo. Casualmente miró Hunterleys al automóvil que pasaba y a pesar de los anteojos y de la gruesa capa de polvo que lo cubría pudo reconocer al pasajero solitario que iba en el carruaje. Era el hombre que había preparado el complot. Paul Douaille el gran canciller, en cuyas manos hasta el más inteligente de los Premiers deseaba encomendar los destinos de su patria!

Hunterleys no quiso seguir el paseo; tomó billete en la primera estación y se dirigió a Monte Carlo.

Entró primero en su habitación, se bañó, se cambió ropa y se fué en seguida al Sporting Club. La primera persona que halló en su sitio de costumbre en la mesa de ruleta fué su esposa. Ella le vió acercarse. A su lado había una silla vacía que le ofreció.

—Gracias, le dijo, no me siento. No estoy en disposición de jugar. ¿Usted está con suerte esta tarde?

—Todo lo contrario, confesó ella al punto. Todo el día he estado perdiendo.

Se levantó Hunterleys, sintiendo por ella una repentina conmiseración. Se la veía apenada. Sus ojos denotaban la tristeza, la infelicidad.

—Quisiera tomar un poco de té, exclamó ella con acento de amargura.

El la invitó al restaurant. Entonces se acordó de pronto de aquella maldita esquela falsificada que llevaba en el bolsillo. Dudó un momento. Una voz familiar sonó a su lado.

—¿Quiere usted ya tomar el té, Lady Hunterleys. Está preparado en una mesita junto a la ventana.

Hunterleys se dispuso a retirarse.

—¿Por qué no tomas el té con nosotros? suplicó su esposa.

De nuevo vaciló Hunterleys. En cierto modo presentía que la situación del momento era crítica. Entonces sintió sobre su brazo una mano que le estrechaba, mientras alguien le decía al oído.

—¿Señor, tendría usted la bondad de escucharme un momento para un asunto de importancia?

—¿Quién es usted? preguntó Hunterleys.

—Un agente de policía, a sus órdenes.

CAPITULO XI

Consejos a Hunterleys

Hunterleys, accediendo a este ruego, siguió al agente y juntos entraron en un saloncito reservado.

—¿Qué es lo que usted desea?, interrogó Hunterleys bruscamente tan pronto como estuvieron solos.

El representante de la ley se mostraba misterioso y hablaba casi imperceptiblemente.

—Mi simple presentación a usted le explicará mi misión, Sir Henry, murmuró éste. Soy un jefe de la policía local. Vengo a hablarle a usted en nombre de una alta personalidad que no nombro, pero cuya identidad puede sin duda averiguarla.

—Muy bien, replicó Hunterleys. ¿Y cuál es la misión que trae para mí?

—Vengo sobre el asunto de la otra noche.

—¿El asunto de la otra noche?, repitió Hunterleys extrañado. Bueno ya he nombrado mi abogado para que se encargue del asunto ante los tribunales.

—¡Muy bien!, muy bien! Pero entre tanto se ha traslucido algo; usted y el joven americano, Mr. Ricardo Lane fueron los únicos que se resistieron. Por ustedes fallo el complot. Estoy seguro, Sir Henry, que no habrá quien no sepa apreciar su arrojo y su presencia de ánimo.

—Gracias, replicó Hunterleys. ¿Es eso lo que tenía que decirme?

El otro meneó la cabeza.

—¡Desgraciadamente no, señor! He venido para comunicarle una noticia. El jefe de la banda, Armando Martín, a quien usted atacó, se encuentra en estado grave. Los doctores suponen que hay lesiones internas ocasionadas durante la lucha.

—Mucho lo siento, contestó Hunterleys al momento; pero él se lo buscó, que sufra las consecuencias.

—Desgraciadamente, prosiguió el comisionado, las leyes son curiosas a este respecto. Si el hombre muere, como es lo probable, su posición, Sir Henry, se hace difícil. Es inevitable su arresto y no se admite fianza ni garantía para la persona directa o indirectamente responsable de una muerte. Yo vengo a darle a usted lo que pudiera llamar un aviso oficial. Si usted se ausenta de repente mañana mismo por la mañana nadie puede extrañarlo; asuntos urgentes pueden haberlo obligado a regresar a Inglaterra. De este modo usted se evitaría muchas molestias y las autoridades de aquí no se verían obligadas a proceder contra usted en forma no deseable.

Hunterleys se dió al fin cuenta de la situación.

—Ya comprendo, observó éste; se me avisa que debo marcharme, ¿no es eso?

El comisionado asintió con la cabeza.

—Tiene usted rápida comprensión, Sir Henry. Su partida esta noche o mañana a primera hora evitará muchos desagrados. He cumplido mi misión y ruego a usted piense seriamente en lo que le digo. Es

la voluntad del alto personaje a quien represento que ninguna molestia sufra tan distinguido visitante del principado. Buenos días, señor.

Retiróse el agente y Hunterleys, después de un rato de vacilación, salió a la calle inundada de sol. De pronto sintió que alguien le cogía del brazo. Era Ricardo Lane.

¿Dónde va usted, Sir Henry?, preguntó.

Hunterleys sonrió ligeramente.

—En realidad casi no lo sé, contestó. A Londres, si obro con cordura.

—Acompáñeme al Club, le rogó Ricardo.

—Acabo de dejarlo, le dijo Hunterleys. Además odio ese sitio.

—¿Sabe usted si estará allí Mr. Grex?, inquirió Ricardo.

—No lo he visto, respondió Hunterleys; ni tampoco he visto, recalcó intencionadamente, a Miss Grex.

—Bueno, yo voy a echar un vistazo, decidió Ricardo. Usted puede seguir su camino. Allí no hay nada que hacer hasta la hora de comida.

—Dígame, Lane, preguntó Hunterleys con curiosidad, ¿ha oído algo acerca de alguna de las víctimas de nuestra lucha de la otra noche, quiero decir de los dos hombres a quienes atacamos?

Ricardo hizo un signo afirmativo.

—He oído que uno de ellos está grave, dijo; pero nada más sé respecto de esto.

—Me acaban de decir que el que yo atagué está muriéndose, contestó Hunterleys.

El joven se sonrió, incrédulo.

—¡Cómo!, yo estuve esta mañana en la cárcel y nada oí de que estuviera muriéndose alguno de esos bandidos. El capitán, que fué el que usted atacó, estaba fumando y hablando un lenguaje... Bueno mejor es que no le especifique.

—Está bueno esto, exclamó Hunterleys, irritado. El comisionado que acaba de estar conmigo me dijo que estaba muriéndose y que mi única salvación estaba en huir inmediatamente de Monte Carlo.

—¿Y se va usted?

Hunterleys movió la cabeza.

—Tengo mucho que hacer aquí para pensar en irme ahora, contestó Hunterleys.

Invitó a Ricardo a tomar una copa y juntos entraron en el bar y tomaron dos asientos desocupados.

—Mi querido amigo, empezó Hunterleys, después de pedir su bebida, si usted fuese inglés y no americano, podría participarle el motivo que tengo para no dejar ahora Monte Carlo.

—No veo la diferencia, declaró Ricardo. Usted sabe que soy amante de la madre patria.

—Le conozco a usted, agregó Hunterleys, pensativo. Y le digo francamente que es muy fácil que muy pronto necesite su ayuda.

—Estoy a su disposición, aseguró Ricardo sinceramente. ¿Qué es lo que hay que hacer?

Hunterleys apuró su copa de whisky con soda.

—Lane, le dijo, voy a hacerle a usted mi confidente. Hasta cierto punto esto es una locura, pero para hablarle con franqueza, me siento inclinado a ello. Usted sabe que yo soy miembro del parlamento y tal vez haya usted oído decir que si mi partido no estuviera lejos del poder yo sería Ministro de Relaciones.

—Efectivamente que lo he oído, asintió Lane. Le he oído ponderar a usted como un político modelo. Y precisamente por lo mismo que se considera usted miembro de un partido, está usted exento de servir a su país en toda forma hasta que su partido esté en el poder.

—Así es en efecto, admitió Hunterleys, y para decir a usted la verdad no sé como explicarle a usted. Le diré que cuando los míos quedaron en la oposición, yo pensé que esta situación no sería eterna y por mi parte continué aportando mis conocimientos a la causa común y cooperando a la labor del canciller, máxime cuando era éste realmente una excelente persona. Después solicité un permiso de seis meses y se supuso que lo hacía por motivos de salud. Estuve primero, agregó bajando la voz, en los Balkanes.

—¿Y qué diablos fué usted a hacer allá?

—No podría decirle a punto fijo, replicó Hunterleys. Desgraciadamente, mis enemigos son recelosos y me han espiado terriblemente. Saben perfectamente lo que yo voy a decirle ahora: que he estado fuera comisionado secretamente por el Gobierno.

He estado en Grecia, Serbia y Rumania y, aunque no creo que haya un alma en el mundo que lo sepa, he estado también en San Petersburgo.

—¿Y a qué tanto viaje?, insistió Ricardo. ¿Qué ha hecho usted en tantas parte?

—Sólo puedo contestar a usted vagamente, afirmó Hunterleys. Hay un complot enorme contra mi patria. He hecho lo posible por desbaratarlo. Ultimamente, en el momento de dejar Sofía con destino a Londres, descubrí casualmente que la consumación de este complot debería verificarse en Monte Carlo; así es que dí la vuelta por Trieste, me detuve en Bordighera y San Remo unos días para despistar y por fin llegué aquí. Actualmente hay personas en Monte Carlo que sospechan de mi presencia aquí y harán todo lo posible por deshacerse de mí. Por el momento nada puedo yo hacer en contra de ellos, pero como sus planes son en extremo delicados, temen que mi presencia los desbarate.

Ricardo escuchaba atónito.

—Magnífico, exclamó, esto me gusta. Algo había oído yo de esto, pero apenas le dí crédito. Y dígame ¿qué piensa usted hacer en este caso, Sir Henry?

—No hay más que una cosa que hacer, replicó Hunterleys. Permanecer aquí a todo trance. Ellos tratarán de evitarlo. Tengo la seguridad de que el amable aviso que me han dado esta tarde a propósito de ese asunto de la noche pasada, proviene de los del complot. En una palabra, no me voy.

—¿Pero qué va usted a hacer aquí?

—Bueno, quizás comprenderá usted mejor mi proyecto cuando le diga que yo tengo formado un contra complot. El servicio secreto de Inglaterra tiene aquí permanentemente un agente bajo el disfraz de corresponsal de prensa; éste está en contacto diario conmigo, y tiene a su vez diversos espías que lo secundan. Sin embargo, el individuo peligroso soy yo. Los demás son meros ayudantes. Estos hacen sus averiguaciones, pero no están al cabo de su importancia. Si esa gente logra alejarme de aquí antes de que llegue una persona que me sustituya, habrán dado un golpe magistral.

—Creo inútil decirle que si en algo puedo ayudarle..., ofreció Ricardo.

—Ya casi lo ha hecho, replicó Hunterleys. He estado casi tres meses sin poder hablar con alma viviente. Espero que ni una sóla palabra de cuanto le he dicho saldrá de sus labios.

—No hay cuidado, prometió al punto Ricardo. Pero dígame, ¿no puedo yo hacer algo? No soy inglés, pero soy de la raza. Detesto a esos extranjeros.

Hunterleys sonrió.

—Bueno, aquí iba yo, dijo. Le agradecería a usted que llamase a la puerta de mi cuarto del hotel París número 189, todas las mañana a la misma hora, por ejemplo, las diez y media. Llegar y darme un apretón de manos. Eso es todo. No habrá nada que me impida verme con usted a esa hora. Por ningún motivo mandaré a usted recado de que estoy ocupado o ausente. Si cuando usted llame no me ve, es que algo me ha sucedido.

—¿Y qué hago entonces?

—A eso vamos, continuó Hunterleys. No deseo mezclarlo a usted demasiado en este asunto. Todo lo que usted debe hacer es ir al Banco Inglés, verse con Mr. Harrison, el gerente, y decirle que no me ha encontrado. El entregará a usted una carta para mi esposa y sabrá los pasos que ha de dar.

—¿Eso es todo? preguntó Ricardo desilusionado. ¿No hay ninguna cosa de peligro o algo así?

—Quién sabe, contestó Hunterleys. No puedo anticiparle nada, pero yo le prometo a usted que pediré su ayuda si la necesito. Puede usted sin embargo rehusármela.

—No tenga cuidado, se apresuró a asegurar Ricardo. Eso no lo haría jamás, Sir.

Hunterleys se levantó. Estaba asombrado de ver cuán cordialmente había estrechado su amistad en pocas horas con aquel joven.

—Le dejo a usted; sé que le gusta dar una vueltecita por la sala de juego para ver si encuentra alguno de sus amigos de la otra noche. Yo también tengo que hacer algo urgente. Luego nos veremos.

Hunterleys se retiró. En seguida se encontró frente a frente con Draconmeyer y pasó sin mirarlo. Pero Draconmeyer le detuvo.



Sintió sobre su brazo una mano, mientras le decían...

—¿Sabe usted, Sir Henry, que hay una orden de prisión próxima a cumplirse?

—Acabo de recibir el aviso, contestó Hunterleys; me han dicho que el hombre que yo ataqué está muriéndose.

Draconmeyer tomó una actitud misteriosa y miró alrededor para convencerse de que nadie le oía.

—Supongo, Sir Henry, que no sospechará usted de mí si le digo en confianza una cosa. Nunca he tenido el honor de contar con su amistad, y en este enojoso asunto de las discusiones entre usted y su esposa he tenido que colocarme de parte de ésta, debido a su grande amistad con la mia. Pero créame usted que a pesar de todo no abrigo para usted ningún sentimiento de hostilidad.

—Es usted muy amable, murmuró Hunterleys.

La cara de éste permanecía imperturbable.

—La ley a este respecto es muy curiosa, continuó Draconmeyer. Hay artículos que están lo mismo que hace cien años. He averiguado por persona entendida que si ese hombre muere, a pesar de las circunstancias del caso, se vería usted en una situación comprometida. Si me es permitido dar a usted un consejo sincero, yo le insinuaría que se volviese usted a Inglaterra por una o dos semanas, y eso cuanto antes.

Le brillaban los ojos. Con todo ahinco observaba el efecto de sus palabras. Hun-

terleys no hizo más que inclinar pensativo la cabeza, como si le hubiera impresionado el consejo recibido.

—En realidad tiene usted razón, admitió éste. Voy a consultar el caso con mi esposa.

—Ahí está jugando, advirtió Draconmeyer. ¿Antes de irse, me permitiría usted una palabra más en interés suyo? En gracia de la amistad que existe entre nuestras esposas, estoy seguro que creerá usted lo desinteresado de mi consejo, pero estaría bien que aconsejase usted a Lady Hunterleys un poquito más de moderación en el juego.

Hunterleys quedó verdaderamente suspenso un momento.

—¿Quiére usted decirme que juega más de lo que le permiten sus medios?

Draconmeyer se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo decir eso, cuando no sé los medios con que cuentan ni usted ni ella? Yo sólo sé que ella cambia con más frecuencia los billetes de mil que yo los luises. Opino que tal vez una palabra de usted, que tiene el derecho de hablar, puede ser conveniente.

—Mucho le agradezco a usted el consejo, contestó Hunterleys gravemente. Hablaré con ella de este asunto.

—Y por si no lo vuelvo a ver a usted, concluyó Draconmeyer, mirándole fijamente, buen viaje!

Hunterleys aparentó no ver el movimiento de la mano que se le tendía, y se dirigió hacia el punto donde su esposa estaba jugando. Draconmeyer lo miró alejarse con gesto misterioso. Selingman, que estaba sentado cerca de allí, se levantó y fué a acercársele.

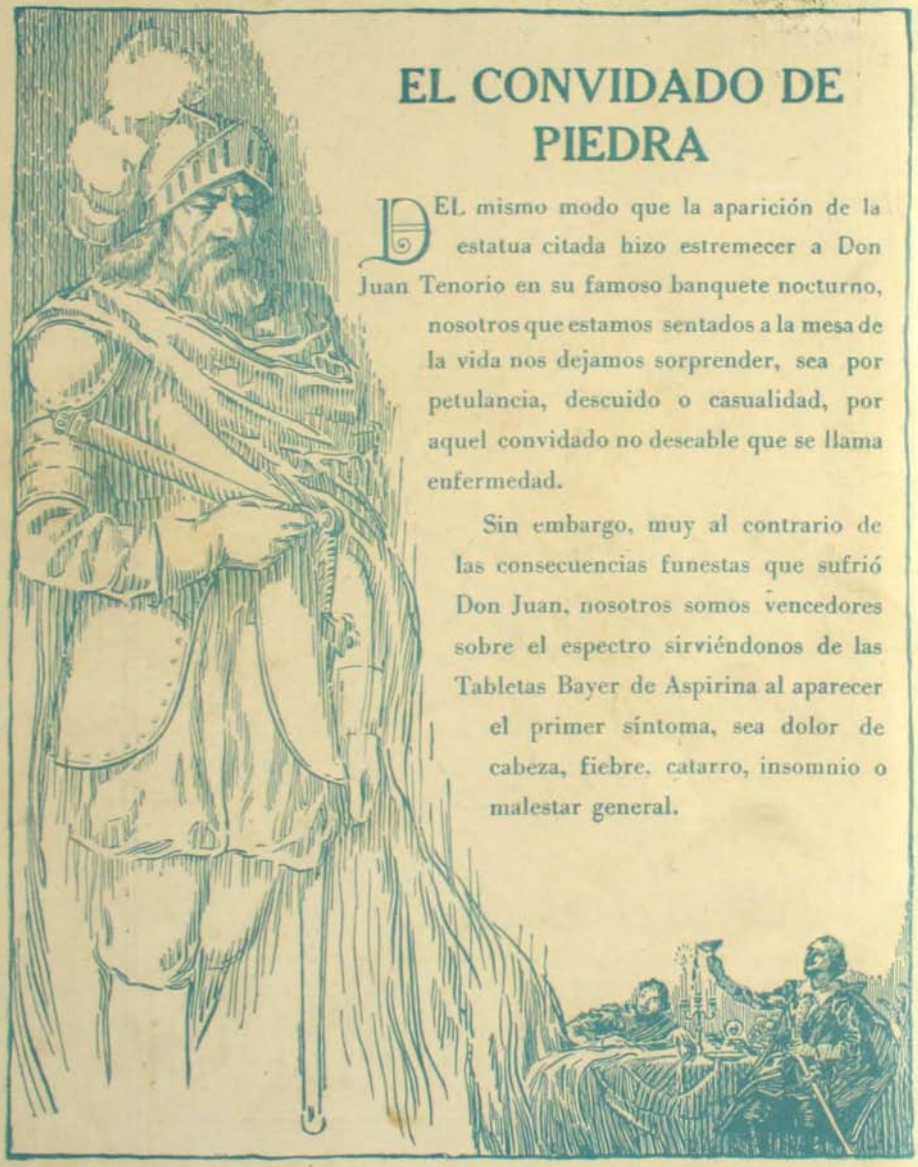
—¿Se irá?, le preguntó al oído.

Los ojos de Draconmeyer estaban todavía fijos en la silueta de Hunterleys, que se perdía por las salas de juego. Sentía que en su breve entrevista con Hunterleys había errado el tiro, y había notado en toda la conversación en las maneras y en la actitud de Hunterleys un no sé qué de irónico y despectivo.

—No sé si se irá, replicó secamente. Sólo sé que si se queda, veremos medios de que se arrepienta.

(Continuará).


El mejor
alimento
para niños,
enfermos
y
convalecientes
DOCTOR MEYER
ALIMENTO MEYER



EL CONVIDADO DE PIEDRA

DEL mismo modo que la aparición de la estatua citada hizo estremecer a Don Juan Tenorio en su famoso banquete nocturno, nosotros que estamos sentados a la mesa de la vida nos dejamos sorprender, sea por petulancia, descuido o casualidad, por aquel convidado no deseable que se llama enfermedad.

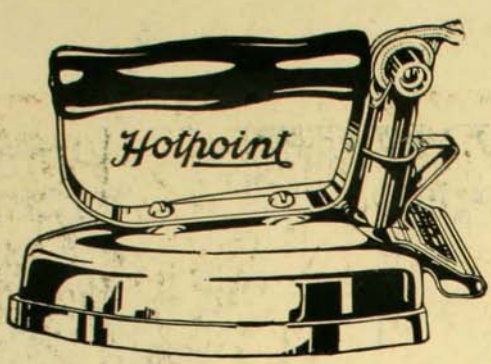
Sin embargo, muy al contrario de las consecuencias funestas que sufrió Don Juan, nosotros somos vencedores sobre el espectro sirviéndonos de las Tabletas Bayer de Aspirina al aparecer el primer síntoma, sea dolor de cabeza, fiebre, catarro, insomnio o malestar general.

MARZO 1919

PACIFICO MAGAZINE

PRECIO UN PESO





Haga su aplanchado por medio de

PLANCHA ELECTRICA

Hotpoint

Simplemente conectarla al soquete para ampolleta eléctrica y en dos minutos está lista para usarse. No hay nada de las molestias que se ocasionan al usar planchas económicas o de gas!

Tiene su soporte adjunto; el mango nunca se calienta y el elemento de calor colocado de tal manera que la punta queda siempre caliente.

TODAS LLEVAN UNA GARANTIA DE BUEN FÚNCIONAMIENTO

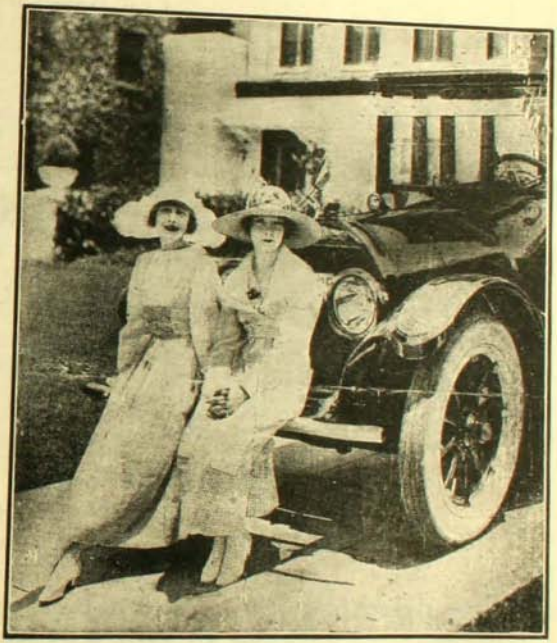
Precios desde $ 12.00 *oro*

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO **SANTIAGO**

Cadillac

Elegancia, sencillez, comodidad y resistencia, son las características de este automóvil, que ha logrado adjudicarse el primer lugar entre los carros americanos importados hasta la fecha.



Unicos Importadores:

WILLIAMSON BALFOUR & Co,. Valparaíso

WILLIAMSON & Co.

Santiago, Concepción, Valdivia, San Felipe, Antofagasta, Taltal, Tocopilla, & &

SOC. COM. HARRINGTON MORRISON & Co., Iquique

Magazine-1

Ponemos en conocimiento del Comercio en general que la única persona autorizada para contratar avisos en esta Revista es el señor Guillermo Benavides, Casilla 670, Teatinos 666.

COMO SE DIVIERTEN LOS ELEFANTES

El elefante, con todo su aspecto de filósofo y su desmesurada talla, es uno de los animales más divertidos, aún en su natural estado de salvajismo.

En la India, estos colosales paquidermos se reúnen en las noches de luna para divertirse a su manera, acudiendo con este objeto a aquellos puntos de la selva en que el hombre o las tormentas han derribado los árboles formando una especie de plazoleta.

En estos sitios, los elefantes celebran una especie de baile, pataleando a compás y armando con sus pisadas y alaridos un estrépito capaz de dejar sordo a cualquiera. Si en el mismo sitio o cerca de él hay una rampa, y sobre todo si ésta es la superficie de una gran peña inclinada, los elefantes se entregan a otro género de diversión, que consiste en sentarse y dejarse resbalar hasta abajo.

Esta manera de divertirse es la que más gusta a los elefantes salvajes, y si alguna vez encuentran una cuesta a propósito en medio de un campo cultivado, penetran en él para entretenerse un rato, destrozando de paso cuanto les parece más digno de su atención. Ya se comprenderá que estas visitas nocturnas son para el labrador peores que una pesadilla.

En muchos bosques de la India, el viajero encuentra plazoletas con el suelo removido por las pisadas de los elefantes que han estado jungando por la noche. En el sud de la India hay una montaña cuya cima está formada por una de estas plazoletas. Le llaman "Anachaddi", que precisamente quiere decir "campo de juego de los elefantes", y se dice que allí se reunen todos los elefantes del Travancore para entregarse a sus extrañas diversiones.

APARECIO

EL GRAN LIBRO DEL DIA

"EL CONFLICTO DESPUES DE LA VICTORIA"

Por JULIO PEREZ CANTO

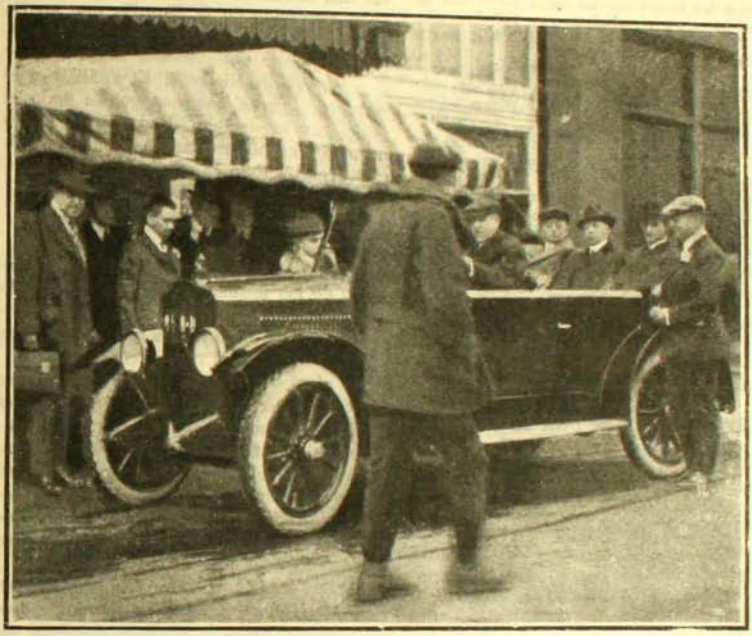
Ex-Encargado de Negocios de Chile en el Perú

La mejor defensa de Chile, que dejará nula la infame propaganda peruana en contra de nuestro pais

A la venta en todo el Pais al precio de $ 5.00 ejemplar

EDITORES: EMPRESA ZIG-ZAG - SANTIAGO

Como la primera exhibición del "Essex" fué recibido en Detroit



Esta fotografía demuestra un grupo de interesados esperando para probar el automóvil-demostración "Essex", en la tarde de su debut. La sala de ventas fué estrecha para contener el gentío, y los vendedores estuvieron ocupados desde la mañana a la noche desde la apertura de la Exposición, que resultó una fiesta de gala.

Los señores Graham Rowe & Cía. han sido nombrados Agentes de los Automóviles "Essex".

CON SOLO $ 5.00

Ud. puede tomar parte en todos los afamados sorteos de los bonos del Canal de Panamá, que se verifican en París cada tres meses: el 15 de febrero, el 15 de mayo, el 16 de agosto y el 15 de noviembre.

Premios anuales: 2.200,000 francos, divididos en dos premios de 500,000 fr., dos de 250,000 fr, cuatro de 100,000 fr., cuatro de 10,000 fr., cuatro de 5,000 fr., veinte de 2,000 fr y doscientos de 1,000 fr.

Todos los bonos que no salen premiados se amortizan y se reembolsan con 400 fr. cada uno. NADIE PIERDE SU CAPITAL; no es lotería.

En el 172.° sorteo salieron favorecidos: el N.° 752.194, con 250.000 fr., el 1,946 207, con 100 000 fr., el N.° 605 690, con 10.000 fr., y el 1 458.619, con 5.000 fr.

El pago de los premios y el reembolso de todos los bonos son garantidos por el Gobierno Francés.

No hay inversión más segura, más atravente y más democrática en todo el orbe. Es el mejor regalo para los niños; el mejor ahorro y el mejor seguro.

Compra-venta. Entrega inmediata.

M. MASBOU

Santo Domingo 969.—Casilla 1485

EN EL PANTEON DEL PARNASO

Dice un lírico:

Tres grandes tristezas afines descuellan en el romanticismo: la tristeza burlesca de Enrique Heine, emocionante y macabra como una calavera; la tristeza parisiense de Alfredo de Musset, fina en el desconsuelo, apacible como el declive de las grisetas; y la tristeza de Gustavo Adolfo Becquer, llena de luna, de ensueño, de ruiseñores, de naranjales y guitarras andaluzas.

Heine va con su tristeza en íntimos coloquios de amistad, llevado por el canto fatídico de Loreley en las noches del Rihn; o en trémula barquilla hacia la isla de los genios donde danzan las fantásticas neblinas "inconsolables por el ancho mar". La sombra de los viejos castillos, la torre aguda de Colonia, los viñedos del Mosela, la serenata del esqueleto a la niña, la mujer del ahorcado, los granaderos franceses la flor del suicida, Pedro enamorado y el baile fúnebre de doña Clara, pasaron con sardónica mueca por sus labios. Sus versos escritos con lágrimas rojas, dan la sensación de una vieja sacristía de catedral. Aquel padre Loreno, de Shakespeare que filosofaba al amanecer, en la hortaliza, con la fácil amabilidad de Cristo, dió lecciones al hombre triste de Alemania que, al revés de Cervantes, se burlaba del mundo con su dolor. Le enseñó como a Julieta el camino del campamento para hallar el amor, y cantó el amor con los espectros, viviendo triste de vivir y hastiado de despertar. Y risueño de ver y triste de reír esperó sin tregua su blanca desconocida, en la vía dolorosa en que se sentó más tarde a tocar una serenata el divino Schubert. Heine vivió amargado de la filosofía que no resolvió nada; que enredó a Kant en la obscuridad; que desenamoró a Schopenhauer y enloqueció a Nietzche. El análisis y el carpintero impío que nos golpea bajo el pecho, no lo dejaban descansar. "Acaba mi ataúd carpintero, acaba pronto y déjame dormir." Esto es; acaba porque ya supe el risible fondo de la vida.

Alfredo Musset, parece que fuera el hermano de las mismas costureras de vestido gris, que amó desde su balcón en los ardientes mediodías, de aquellas humildes novias que le cubrieron el alma de estrellas

No sé si sus amigos plantaron sobre su tumba el sauce que pedía; pero más de una póstuma enamorada cubren de ramas y coronas su epitafio en las tardes necrológicas de París; y ahí vela su sueño la sombra de Lucía cuando las nieves cubren el cementerio. ¿Se acordarán de sus amores las que cantan y beben, las que ríen y engañan en los cafés del antiguo barrio latino?

¿Quién eras tú, misteriosa amada a quien el poeta legó su recuerdo para cuando brotara en su tumba la silvestre flor? No escuchas en las noches el "acuérdate de mí" del que se durmió con el corazón roto para siempre? ¿Cuando tu seno mórbido palpita al reclamo ardiente del placer, cuando el querube de los sueños besa en las sombras tu nevada sien, no escuchas el "acuérdate de mí" en el confín del bosque o en el rumor de de alguna playa? No sientes junto a ti, ¡oh amada misteriosa! su alma inmortal, como una hermana cariñosa y tierna? Ya se cumplió el término: recuerda ahora el amor; recuerda que nada son para el pecho enamorado los años, ni la triste ausencia. Piensa en el corazón que hirió el pesar sin esperanza en la amargura del supremo adiós y en vuestro destino que los

(A la vuelta)



Fabricantes de ropa blanca bordada y cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar con ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

Nuestros precios tienen una enorme ventaja sobre cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

Agradeceremos pida datos, muestras y precios a otra parte y confrontar con los nuestros y se convencerá de la gran ventaja de los artículos de nuestra fabricación.

Fratelli Castagneto

Fabricantes, SANTIAGO

(De la vuelta)

hados lograron separar. Donde estés ¡oh amada misteriosa, acuérdate de que su espíritu constante vela junto a ti!

Duerme en paz ¡oh triste poeta! Yo también te digo como a Hamlet: "Muy buena noche ¡oh dulce príncipe mío!" No temas por la blanca sombra que ronde tu sepulcro como la imagen de tu musa. Es un rayo de luna, es un rayo de luna; nada, nada más.

Y cuando las obscuras golondrinas volvieron a colgar sus nidos en el balcón, ya no estabas tú, pobre Becquer! Sólo estaba la novia, viuda y enlutada. Nuevas madreselvas han florecido muchas primaveras. Muchas lluvias convirtieron tu cuerpo todo, en nardos y campánulas; las tórtolas recogieron tus rimas en los olivares y las carreteras de Andalucía; algún celaje rosado del estío te recuerda solitario sobre un puente de Toledo; pero tú dijiste que tu espíritu se sentaría a las puertas de la muerte para aguardar a tu amada y hablar con ella todo cuanto callaron en el mundo. Era corta la vida para soñar y para amar, y la prolongaste más allá. Era ancha la herida mortal que te abrió su hierro en las entrañas, y aun aplazaste a la infiel, purificada ya en el Jordán de ultratumba, para perdonarla y para amarla de rodillas, como sólo tú creías hacerlo, "como se adora a Dios ante el altar."

Viviste contemplando en tu pobreza una selva indostánica, un patio de Sevilla; una danza de bayaderas y un golfo azul. Fuiste un rajá de ilusiones; besaste los ojos negros bajo blancas mantillas; vivías en el paraíso de tus contemplaciones y viajabas en tu góndola de marfil al lunar de las tardes y de las lunas para soñar mejor que eras un Dux. Un día te arrodillaste ante la mujer de los ojos verdes en la fuente de los álamos; te dió un beso helado, te abrazó como a Fernando y te llevó al fondo de su lago a delirar de felicidad en su lecho de esmeraldas y corales.

Y así compensaste la crueldad de tu suerte; ya que fuiste en realidad un maldito de la ventura, melancólico del sudor de nacer y de la soledad en que viven los muertos.

Fuiste un gran triste de ensueños imposibles; como Musset fué un triste de amor y Heine un triste de filosofía.



EL GRAN COGNAC NACIONAL

BANDERA CHILENA

Fabricado con los mejores Piscos de Chile

Según cartas certificadas de don Tomás Cox Méndez, del fundo Cucha-Cucha, Chillán; de Juliá Vicens y Cía., de Rapel; y de don Enrique Appelgren, Los Andes, se recomienda no sólo por su excepcional calidad, sino por su moderado precio, estando al alcance TANTO DE LAS FAMILIAS COMO DE LOS OBREROS.

Se encuentra en los principales almacenes y por mayor en la Fábrica

Calle RIO JANEIRO Núm. 397 - Casilla 265
Teléfono Inglés 148 - SANTIAGO
Establecido en 1882.
CORINA LOPEHANDIA y Cía.



Novedades de Otoño

Gath y Chaves exhibe en su tercer piso una preciosa colección de modelos recién llegados de las principales Casas de los grandes modistos parisienses.

La riqueza, variedad y hermosura de estas confecciones acusan el alto criterio, exigente y delicado, con que han sido seleccionados por los compradores de Gath y Chaves en París.

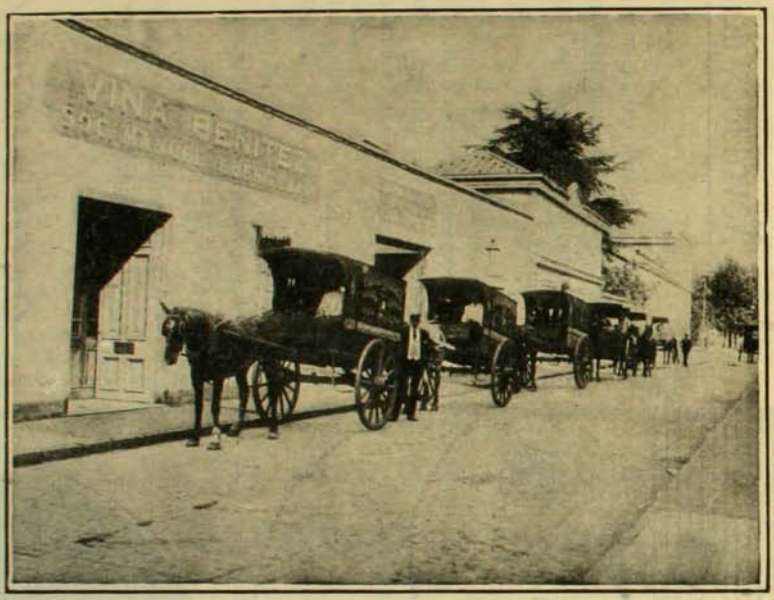
El encanto y novedad de estos trajes y tapados harán ciertamente las delicias de nuestras damas, cuyo reconocido gusto y delicada formación artística sabe apreciar los méritos de esta clase de Exposiciones.

A la opulenta colección actual se siguen añadiendo novísimos modelos que por cada vapor están llegando a

GATH & CHAVES LTD.

VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



PINOT RESERVADO

Es y será siempre el preferido

33 - RIQUELME - 33

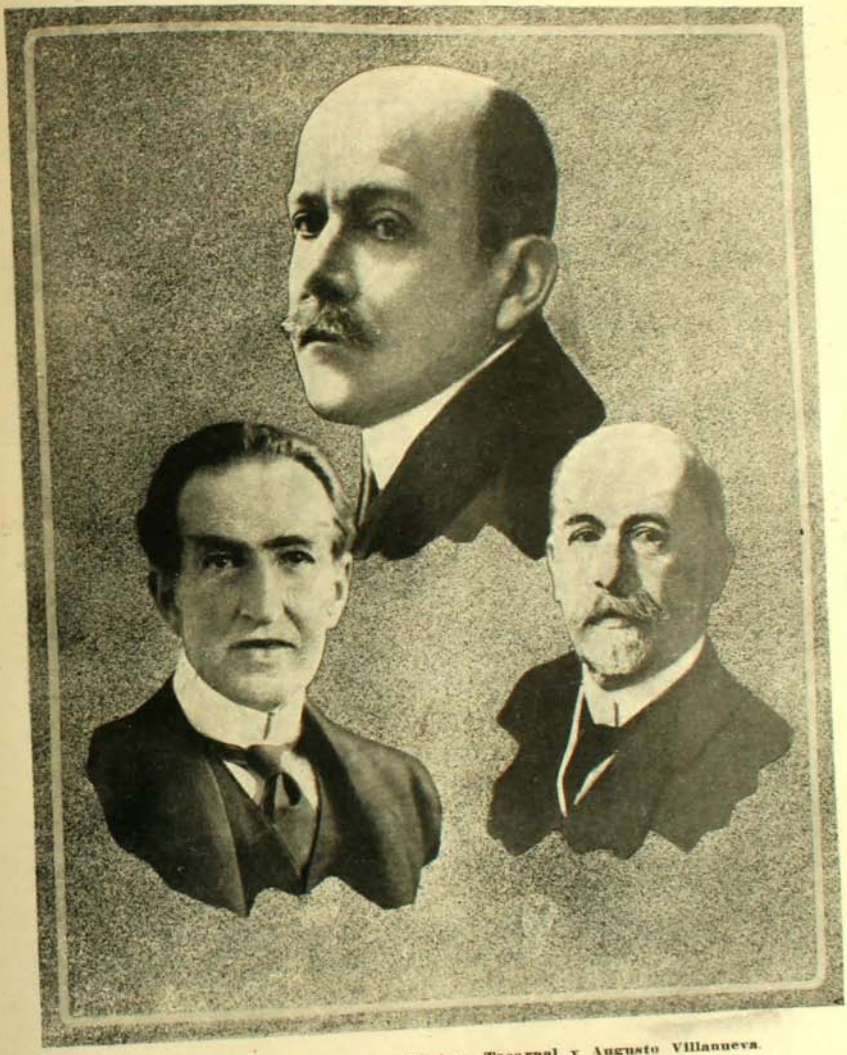
TELEFONO Núm. 646

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. XIII.—Santiago de Chile, marzo de 1919.—Núm. 75 | — Que mañana

PROPIETARIOS: Alberto Edwards, Joaquín Díaz Garcés.

LA COMISION FINANCIERA Y COMERCIAL QUE VA A EUROPA



Señores Eliodoro Yáñez, Juan Enrique Tocornal y Augusto Villanueva.

SUMARIO

	Págs.
La Novela Picaresca en Chile, Guillermo Rojas Carrasco	231
El Sarahara	239
El monumento a don Bernardo O'Higgins, Rafael Maluenda	247
Psicología de la nariz, F. N.	257
Artistas norteamericanas	265
El marido de la señorita Sutter, Miguel de Fuenzalida	269
Miniaturas de ojos, Dr. G. C. Williamson	293
El arte de perder en las carreras, M. P.	297
El comendador Pinho, Eça de Queiroz	304
El arte en el hogar	308
Los ojos de oro, Muriel F. Hine	311
Los panes negros, Anatole France	321
Mr. Grex de Monte-Carlo, (Folletin) E. Phillips Oppenheim	325

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación, es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—**EL PACIFICO MAGAZINE** irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

NUESTRA PORTADA

RETRATO DE LA SEÑORA ESTHER BRIELICH DE MERINO JARFA, POR PLAZA FERRAND

La Novela Picaresca en Chile

Por Guillermo Rojas Carrasco

ANTES de entrar de lleno en materia y para evitar las confusiones a que suele dar lugar este término de "picaresco", tócanos hacer algunas consideraciones generales sobre este género y para ello entresacaremos algunas noticias de un trabajo que tenemos sobre la novela picaresca en España.

Entendemos por novela picaresca aquella forma especial de la novela de costumbres que tiene por héroes a personajes que figuran en una baja esfera social, hombres sin profesión conocida, que para vivir tienen que recurrir, o por necesidad o por inclinación natural, a su industria, a los ardides que les sugiere un cerebro aguzado por el hambre, sin reparar en la corrección o incorrección del acto; hombres que haciendo caso omiso de las convenciones sociales tan sólo se preocupan de satisfacer su vida diaria. Seres de esta clase han existido y existen en todos los países modernos, y si ya no tenemos una literatura propiamente picaresca, es porque los gustos y la sociabilidad han cambiado; pero los pícaros siempre existen, sobre todo en las grandes capitales.

Sin embargo, la novela picaresca española es propia únicamente de los siglos XVI y XVII.

Esto se debe a que España que al finalizar el siglo XV vió trocarse las joyas de la magnánima Isabel por un mundo no sospechado, alcanzó en los siglos XVI y XVII, el más grande esplendor que jamás nación alguna haya tenido: la riqueza fué enorme y constantemente llegaban procedentes del Nuevo Mundo, galeones cuyos vientres iban repletos del metal que ablanda rocas y quebranta voluntades.



Y ese oro que tan poco trabajo había costado obtener, se derrochaba a manos llenas; los nobles gastaban sin medida, y así nada tiene de extraño que innumerables zánganos de la sociedad se dedicaran a explotar a esos ricos tan poco cuerdos ora haciéndoles abrir la puerta de la generosidad por medio de la adulación, que pocas veces encuentra oídos sordos, ora hurtándoles lo que no podían quitarles buenamente.

Espíritus observadores comprendieron que del relato de la vida de cualquier pícaro, idealizada un poco, se podía formar una novela que sin duda alguna haría las delicias de los contemporáneos, ya que en ellas se relataban aventuras de personajes que si bien tenían algo de imaginario, tenían también gran parecido con esos seres con que los lectores topaban diariamente. Fué así cómo nació la novela picaresca que tuvo como padre del género a "Lazarillo de Tormes" (1554), de autor desconocido.

En conocimiento de estos antecedentes veamos si en la literatura chilena existe tal clase de novela.

En conocimiento de estos antecedentes veamos si en la literatura chilena existe tal clase de novela.

El tema desde el principio se nos presenta con ribetes de estéril, ya que todo el género de la novela ha sido en Chile bastante pobre, por no decir desgraciado, excepción hecha de las obras de Alberto Blest Gana, el más grande de los novelistas americanos, y de unas cuantas más. Entre las novelas chilenas abundan las de costumbres, o que por lo menos pretenden serlo, pues, casi siempre son costumbres falseadas, caricaturizadas, o bien, trazadas bajo la influencia de novelas extranjeras. En cambio, nuestra literatura es rica en cuentos de costumbres populares, cuentos que a veces podríamos considerar, si se nos permite esta calificación, como "momentos picarescos". Pero tal literatura popular no cabe en nuestro tema, como tampoco cabe aquí la novela criminalista que podría considerarse hasta cierto punto, como una degeneración de la picaresca, lo mismo que la obscena o pornográfica.

II

Así, pues, la primera novela, en el orden del tiempo, de rasgos acentuadamente picarescos con que nos hemos encontrado después de haber leído infructuosamente un sinnúmero de obras es: "**Las Aventuras de un Pije**", aparecida en 1871, y publicada con el pseudónimo de **Pedro Urdemales**, bajo el cual se ocultaba Víctor Torres Arce (1847-1883), periodista, autor de "Poesías Líricas" (1877) y de algunas piezas dramáticas de poco mérito. Examinaremos el argumento de esta novela de 168 páginas distribuídas en 34 capítulos, incluso el epílogo.

El héroe de la novela, el pije, es Jacobito, hijo de un zapatero remendón y de una negra. Aprendidas con un maestro las primeras letras y no deseando seguir el oficio de su padre, Jacobito pone todas sus esperanzas en hacerse caballero, lo que cree conseguir vistiendo unas mal llevadas prendas y adoptando exagerada y ridículamente sus modales a los consejos de un manual de urbanidad.

Sus aventuras comienzan con la asistencia a una tertulia en casa de su adorada Chepita, hija de una familia de medio pelo. Dicha tertulia, durante la cual su Chepita se solaza casi en sus narices con un cómico, termina como casi todas las de esta clase de gentes, en sopapos y mojicones, de resultas de lo cual todos van a dar a la cárcel, incluso el malparado Jacobito. A continuación de esta aventura, nuestro héroe se hace actor aficionado; pero Chepita, que no entiende de comedias y fingimientos, creyendo que Jacobito requiere de amores de verdad a la dama de la compañía, representa una más divertida comedia con dicha dama, terminando ambas por "irse a las mechas", suceso que da por tierra con las esperanzas de Jacobito de hacer dinero como actor. Esa misma aciaga noche, aloja en casa de su prenda y queriendo visitarla a altas horas de la noche, es víctima del perro guardián; pero don Jacobo no ceja, consigue una cita para la noche siguiente y decide ir acompañado, en previsión de algún percance; pero resulta que el acompañante disfruta lo que él bien quisiera, mientras que el desgraciado tiene que huir ante la furia del futuro suegro que en la obscuridad de la noche no lo reconoce. En su huída tropieza con un franciscano, a quien ya se había introducido en la obra, y que andaba en busca de la Maritornes de la casa, y quien recibe los palos del furioso don Bartolo. Poco después de esa noche, fecunda en sucesos, Jacobo idea un paseo al Resbalón, donde, queriendo lucirse en una topeadura, queda tan malparado como don Quijote después de su descomunal batalla con el ejército de carneros. Y no es esta la única desgracia que le acontece. A la vuelta del paseo los alcanza un grupo nada tranquilizador que les da la voz de ¡alto!, pero por fortuna estos que aparentaron ser bandoleros, no lo eran, y una vez declarada la broma todos se van a casa de Don Bartolo donde se organiza la remolienda de costumbre.

Algún tiempo más tarde y después de muchas andanzas, Jacobito logra conseguir para su boda la suma de trescientos pesos de los cuales le roban la tercera parte, por

lo que se ve en apuros para arreglar los preliminares de su boda. Pero Jacobo anda de mala suerte en todo, pues el mismo día de la boda, el cómico aquel que vimos figurar al principio como gozando de los favores de Chepita, ayudado de varios hombres se roba a la novia. El robador en su huída se encuentra con una partida de bandoleros que lo asesinan, cayendo Chepita de este modo en manos del capitán. Trascurrido algún tiempo se logra averiguar el paradero de la niña y así logran apoderarse de ella (que parecía estar muy contenta con su situación) y se celebra por fin el tan deseado matrimonio.

Esta novelita tiene, pues, marcado sabor picaresco aunque, en verdad, su héroe sería un pícaro al revés, porque no es él quien hace las diabluras, sino que, al contrario, tiene que sufrir las de los demás; es algo así como un pícaro quijotesco a quien todo lo que emprende le sale mal.

Tiene de común con la casi totalidad de las novelas picarescas españolas la tendencia anti-clerical que puede notarse en el modo ridículo en que se hace obrar al fraile franciscano, que es una de las figuras que más se destacan de la obra, y de quien se pintan todos los vicios. Y no sólo en esto sino también en pasajes como el siguiente en que, refiriéndose a los sacerdotes, el autor dice "que han llegado por fin a creerse tan superiores a ella (a la sociedad) que han dado en llamarla, con raro tino por cierto, su **rebaño**, que es como si dijéramos **ganado**, manada de carneros, de la cual ellos son los pastores, es decir, los que la arrean, la llevan al redil, le dan de palos; aunque es verdad que no se afanan mucho en darle buenos pastos. Pero de todos modos jamás se olvidan de **trasquilarla**". (Cap. XII, 62-63.)

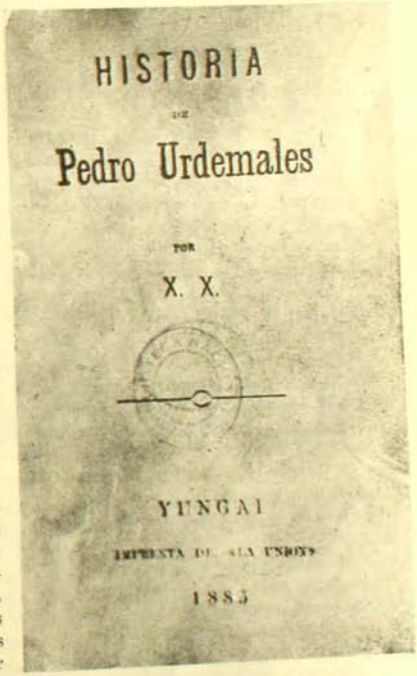
En cuanto al estilo, diremos que incurre con frecuencia en incorrecciones de lenguaje como ésta: "nuestro pije **vivía situado** en un conventillo, etc. (Cap. VII, p. 39); y así como éstas, tiene muchas otras que nos chocan y que, por lo tanto, afean la obra, y que nos están mostrando claramente que el autor no se descubría ante la gramática, o que sus tareas y costumbres de periodista no le permitían revisar sus escritos, aunque no es explicable que por ligero que se escriba puedan cometerse faltas del tamaño de una torre. Se notan también resabios dejados por la lectura de los clásicos, o quizás sólo del **Quijote**, en la construcción de frases v. gr. "Un par de baúles viejos que bajo la cama estaban". (Cap. XVII, p. 139.)

Estos y otros defectillos dan la impresión de un pobre estilo, poco o nada pulido; pero a pesar de todo, a veces reímos de buenas ganas con la lectura de esta novela por la gracia que en sí tienen las situaciones mismas.

Una vez más, es necesario repetir que no consideramos esta novela como propiamente picaresca; pero por tener mucho de común con el género hemos creído oportuno incluirla en este estudio.

III

Si seguimos examinando en orden cronológico las novelas producidas en Chile



desde la fecha de la aparición de la novela ya estudiada, tenemos que experimentar el desconsuelo de ver desfilar ante nosotros un sinnúmero de obras sin que demos con lo que buscamos. Cierto que Liborio Brieba publicó en 1872, "Las camisas de Lucifer"; pero esta obra no es, como pudiera creerse, picaresca, por la misma razón que no lo es "El Diablo Cojuelo" del español Vélez de Guevara, aunque algunos erradamente la hayan clasificado como tal.

Sólo en 1885 nos encontramos con una verdadera obra picaresca en la forma, aunque muy pobre de estilo y de inventiva: nos referimos a la "**Historia de Pedro Urdemales**", de autor anónimo, impresa en la imprenta de "La Unión" de Yungay y que consta de 99 páginas.

Narra esta obrita las aventuras de Pedro Alegría "nacido entre correntosas aguas, para dar más tarde un ejemplo de picarescas aventuras, por las cuales todos le llamaron Pedro Urdemales". (pág. 5). Quienquiera que haya sido el autor, nos parece fuera de duda que conoció "El Lazarillo de Tormes", pues empieza imitándole en el nacimiento de su héroe: así como Lázaro nace en un molino que se encuentra en medio de la corriente del río Tormes, Pedro nace precisamente en los momentos en que el Maule se desborda, resultando así que, como aquél, ve por primera vez la luz en medio de las aguas. Al volvernos a encontrar con él ya ha cumplido quince años y lo encontramos de porquero de un hacendado para vengarse del cual (por negarle su sueldo), valiéndose de una treta un tanto burda, le roba todos los cerdos.

Pasa a servir a diversos amos y sigue haciendo sus diabluras: engaña posaderos, frailes, ladrones, policiales, etc., hasta que se casa con una orgullosa mujer a quien consigue hacer reír y hablar, condición preliminar para obtener su mano. Muere, entregado a la bebida, víctima de la pena que le produce el haber muerto equivocadamente a un lego.

Como puede verse por esta breve exposición de su argumento, es ésta una obra netamente picaresca; pero está muy lejos de ser una buena novela. El inteligente lector comprenderá la brevedad con que está narrada cada aventura al saber que fuera de la introducción, las noventa y nueve páginas de que consta (en 8.o menor, impresas en letra de tipo grande) están distribuídas en 25 capítulos de los cuales veinte y cuatro son otras tantas aventuras. Cada aventura lleva su nombre.

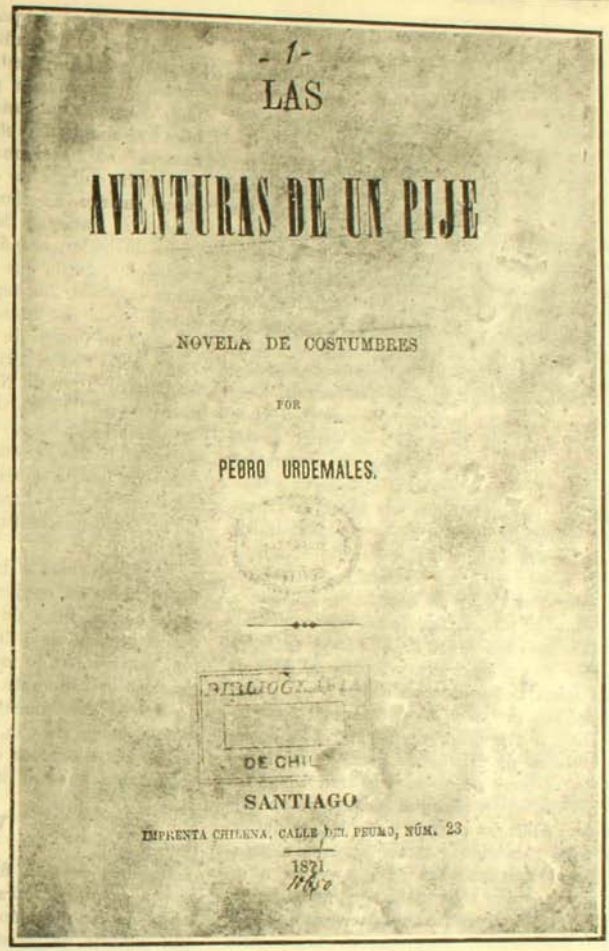
Para abreviar, la impresión que deja este libro, es la de que estamos leyendo una colección de chascarros que no tienen entre sí otra relación que la de tener como protagonista a un mismo personaje. En efecto, están incluídas entre las aventuras de Pedro, muchas que son populares en todas partes de Chile, cuentos que pertenecen al folk-lore. Tanto más nos viene a confirmar en la idea de que no se trata sino de una serie de asuntos de chascarros reunidos para atribuir esas aventuras a un solo hombre, el que cada nueva aventura empiece con fórmulas como éstas: "Había una vez un posadero", etc., fórmula consagrada para empezar los cuentos. No hay, pues, relación ninguna entre una aventura y otra, y nada sabemos de lo que en el ínterin sucede a Pedro. Quizás si el anónimo autor no tuvo otro propósito, como habíamos dicho, que reunir unos cuantos chascarros y para dar a esto una forma más atrayente, le dió a todos un protagonista común.

Por lo demás, la mayoría de las aventuras, la mayoría de los engaños que hace Pedro, en vez de ser ingeniosos de tal modo que se crea posible que la víctima pueda caer, en vez de esto, decimos, son sencillamente, en su mayoría, burdos, estúpidos (perdón!), y ni un zorzal con ser zorzal podría ser engañado con ellos. Agréguese a esto un estilo lánguido y pobre, y faltas tan demasiado frecuentes y graves que nos hacen pensar en un aficionado a las letras de muy escasa preparación (y que tal vez hizo bien en ocultar su nombre), y habremos tenido así una idea más o menos completa de lo que son las aventuras de Pedro Urdemales.

IV

En 1899 apareció con el título de "**Memorias de un Roto**", una obra que **suponemos** de carácter picaresco; pero como no nos ha sido posible encontrar un ejemplar de ella, nada podemos decir al respecto.

Pasamos, pues, a examinar una obra aparecida en 1893, muy superior a las anteriores tanto por la forma cuanto por el ingenio con que está escrita, y que lleva el título de "**Memorias de un perro, escritas por su propia pata**", debida a la fecunda pluma de Juan Rafael Allende, autor dramático, prosista, poeta, y periodista, excomulgado por el arzobispo Casanova en 1895.


- 1 -

LAS

AVENTURAS DE UN PIJE

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

PEDRO URDEMALES.

BIBLIOTECA DE CHILE

SANTIAGO

IMPRENTA CHILENA, CALLE DEL PERÚ, NÚM. 23

1893

Así como los personajes que figuran en una novela picaresca española son dos perros ("Coloquio de los perros", de Cervantes), así también, tenemos que en esta chilena el protagonista es un perro el cual nos cuenta su vida y milagros. Se adopta, pues, la forma autobiográfica que tienen casi todas las novelas españolas de este género, y se oculta al protagonista dándole la forma aparente y convencional de un perro. El nombre de este perro es "Rompecadenas, hijo legítimo de Fierabrás y de Filidora" (pág. 6). Huérfano, pronto resuelve huir de la casa en que está por el maltrato que recibe y se deja robar por una solterona en cuya casa no lo pasa muy bien debido al gato que era romano, "y yo detesto todo lo que viene de Roma". La solterona lo llena de agasajos; pero luego tiene que huir, porque aquélla lo obliga a hacer algo que va contra la moral y contra su dignidad. Se resuelve entonces a seguir a un viejo soldado aunque de antemano se hace la reflexión de que "este pobre inválido que ha perdido una pierna y un brazo por darle territorios y glorias a su patria, vivirá a ración de hambre, como viven todos los buenos servidores de esta tierra". El veterano le pone un nuevo nombre de guerra, Chorrillos, y le enseña ejercicios militares, lo que le permite, al exhibirlo, reunir algunos centavos. En estas exhibiciones lo des-

cubre un italiano dueño de un circo, quien lo compra al veterano y lo convierte en un perro artista. En el circo mantiene amores con la perra Musidora y a causa de haber sido sorprendido y castigado, huye y se refugia en un convento, donde debido a la devoción que demuestra inclinándose ante las imágenes, resuelven dejarlo en la compañía y se le da el nombre de fray Can-pino. En el convento, Can-pino es testigo de divertidas y amorosas aventuras de los congregados; pero huye de este convento a pesar de la buena vida que en él lleva, y resuelve refugiarse en la casa de cierta casada de vida poco ejemplar. Se retira de esta casa, porque el amo en vez de reconocer sus servicios al querer denunciar con sus ladridos al que le quita la honra, lo castiga. Va a dar a una casa de monjas en donde se detiene apenas lo necesario para contemplar ciertas lindezas como las anteriores y luego sale a vagar, tocándole observar frente a la Moneda, cómo ciertos ciudadanos son conducidos a la cárcel, teniendo él mismo que seguir ese camino. Este hecho lo hace hablar del Gobierno que hacía apresar a los que no compartían de sus ideas para así ganar las elecciones. En la cárcel vuelve a saber de su Musidora y conoce al hijo de su amor. Salido de presidio se va a servir a los mismos amos de su "mujer", que tenían una chocolatería en el Mercado, donde es testigo de chistosas escenas; pero luego toda la familia canina tiene que tomar las de Villadiego y pasan al servicio de un curtidor. Amenazadas sus vidas huyen nuevamente, y marido y mujer vuelven a separarse. Rompecadenas pasa a servir a un ciego a quien roba todo su dinero, con lo cual queda rico y tiene para colocar su hijo en una escuela congregacionista, y para darse él mismo una buena y donjuanesca vida, olvidando a su Musidora quien al verse en la miseria, le es infiel. En su azarosa vida contrae una enfermedad y después de haber gastado su dinero en médicos es recogido (pobre, viejo y gastado), por un filántropo que le aconseja escribir sus memorias y en cuya casa muere después de haberse reconciliado con Musidora.

Esta novelita tiene 99 páginas, sin contar los grabados, distribuídas en 18 capítulos (con el apéndice).

Como se ha visto por la exposición de su asunto, es de marcadísima tendencia anticlerical, cosa que también sucede en la mayoría de las novelas picarescas españolas; pero tenemos que anotar una diferencia: mientras que en las obras españolas parece notarse una risa franca y sana, la risa en esta obra chilena se convierte en algo de sabor amargo. Es claro que esto último se deberá al carácter del autor que, de espíritu luchador, creyó tal vez, equivocadamente por cierto, que era ese el mejor modo de combatir los representantes de ideas que no eran las suyas. Esto mismo puede verse en un folleto de 21 páginas aparecido ya en 1885 con el título de **"Memorias de un Clérigo"**, por O. N. E., publicada por la imprenta de "El Faro del Sur", de Chiloé, que también se ha atribuído a Juan Rafael Allende. Dicho folleto, excesivamente tendencioso, podría considerarse, en parte, como obra de propaganda anti-clerical y, en parte, como un capítulo picaresco de escaso mérito.

Pero volvamos a las **"Memorias de un perro"**. En su conjunto es esta una excelente obrita, llena de ingenio, de un estilo que si bien no deja de tener algunos defectos, cautiva por lo movido y ligero, por lo gracioso e insinuante. Todas estas cualidades hacen que lamentemos su corta extensión, y hacen de ella, sino la única, la mejor novela picaresca de las poquísimas con que cuenta nuestra literatura nacional.

V

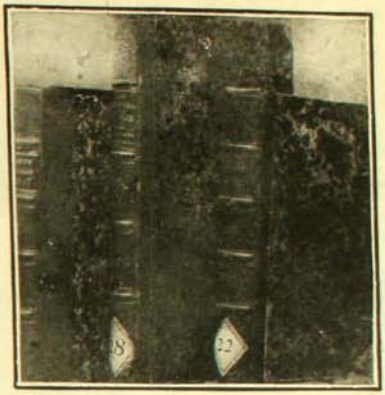
Después de esta última obra, no volvemos a encontrar otra de rasgos picarescos hasta la publicación de **"Diablofuerte". (La historia de un suplementero)**, por Jotavé, seudónimo bajo el cual se ocultó el sacerdote señor **J. L. Fermandois.** La novelita nombrada se publicó como folletín en el "Diario Popular" de Santiago desde el viernes 8 de diciembre de 1905 al jueves 25 de enero de 1906.

Empieza la obra con la compostura que de los pantalones de Diablofuerte hace al aire libre una vieja verdulera a quien, como agradecimiento, aquél roba un melón. Se retrocede en seguida once años y nos encontramos con el héroe en la forma de un niño

de escasos días que ha sido abandonado en una garita de los carros y que, por lo tanto, es conducido a la casa de huérfanos. Nuevamente nos hace avanzar el autor ocho años y nos presenta a don Jerónimo Púa y Valverde que, bajo el título de padre, se presenta a la casa de huérfanos a reclamar a Diablofuerte. Púa, casado sólo por la iglesia con la madre de Diablofuerte se burla de ella y la infeliz muere tísica y en la miseria. Una vez huérfano, el niño entra a formar parte del gremio de los suplementeros, ayudado por uno de los cabecillas de ellos apodado "el Pato". Diablofuerte progresa y hace una serie de pilatunadas; así, cuando cumple sus 15 años, él y el Pato deciden divertirse y para equiparse de lo que no tenían recurren a su ingenio: en una iglesia roban el sombrero a un devoto caballero, luego engañan a un mercader a quien compran un par de pantalones que pagan con un billete falso, y en seguida consiguen engañar a un zapatero: finge Diablofuerte que el Pato le ha robado los zapatos viejos y sale en su persecución llevándose puestos los nuevos. Se avanza otros tres años: Diablofuerte ha cumplido los dieciocho y está en constante acecho de su desnaturalizado padre de quien desea tomar venganza por los sufrimientos que hizo pasar a su madre. Consigue robarle en cierta ocasión un reloj de oro. Pronto Púa y Valverde es condenado a presidio por estafador del Fisco, y Diablofuerte, no contento con esta caída a la que él contribuye, mata a un contendor a quien ha provocado deliberadamente, pues su intención es ir también a la cárcel para allí tomar mayor venganza de su padre. Consigue su propósito y en la cárcel mata a su padre en singular duelo y él mismo muere a causa de las heridas recibidas.

Como por su argumento se comprenderá, esta obra no es picaresca en toda su extensión: la última parte pertenece más bien al dominio de la literatura criminal y de venganza. Pero como veíamos, hasta el momento del robo de los zapatos es picaresca y además de esto es popular, tanto por las escenas y tipos que se describen cuanto por el lenguaje empleado que trata de reproducir el dialecto vulgar usado por el bajo pueblo.

Su forma no es autobiográfica.



En cuanto a sus tendencias no parece necesario decir que son todo lo contrario de las obras anteriormente examinadas, esto es, se exalta el catolicismo y sus representantes, se dedican algunos párrafos a atacar el libre pensamiento, y hasta se llega a hablar de las ideas "del ateo Valentín Letelier", lo que pone una mancha al libro, pues nos parece que si el autor deseaba atacar ideas no tenía para qué dar nombres propios, más aún tratándose de un hombre de la talla intelectual del señor Letelier.

Dejando a un lado éstas y otras digresiones, esta obra no carece de bien descritas escenas populares en sus primeros capítulos; pero la impresión última que deja su lectura es la de una obra de muy mediocre valor literario.

VI

Y vamos a abordar ahora un asunto que hemos tenido algunos escrúpulos de incluir en este estudio; pero, por las razones dadas más adelante, creemos que no se nos tachará por ello de disparatados. Nos referimos a las "Aventuras de Usebio Olmos", debidas a la pluma de Juan M. Rodríguez **(Juan del Campo)**, y que por tanto tiempo costearon la risa de los lectores de "Monos y Monadas" (1).

En efecto, creemos necesarias unas cuan-

(1) En tiempos que dicha revista era más seria que en la actualidad.

tas consideraciones sobre ellas, porque todas forman un conjunto que por su índole no dudamos en clasificar como pertenecientes al género picaresco. Y más aún si tomamos en cuenta que la forma es autobiográfica, la más apropiada para esta clase de escritos. Es claro que el género popular reclamará también como suyas (y con justa razón) estas páginas del gracioso escritor; pero esto no impide que se les dé un lugar en el picaresco.

Cómo decíamos, estas aventuras llenas de una risa sana, aparecieron desde los primeros números de "Monos y Monadas", es decir, , desde el año 1910, encabezadas siempre con el nombre de "Cinematógrafo Porteño", pues se da como escenario de ellas el puerto de Valparaíso. El último cuento de Usebio Olmos lo encontramos en el número de la revista ya dicha correspondiente al 31 de Agosto de 1913. El autor recopiló una primera série de ellas con el nombre de **"Aventuras de Usebio Olmos"**, libro de 109 páginas, publicado en 1913 y que contiene veinte aventuras, que son a nuestro juicio, las mejores. En ellas se narra la vida y milagros de un muy bien esbozado rotito chileno que las va contando en su lenguaje peculiar. Son aventuras llenas de sal, renniendo y arreglando las cuales, y "mutas mutandi", el autor pudo haber escrito una excelente novela picaresca.

VII

Para terminar, diremos que el examen histórico-analítico que hemos hecho de la novela picaresca en Chile, nos lleva a asentar la afirmación de que este género no se encuentra entre nosotros sino en estado incipiente y que, probablemente, no alcanzará mayor desarrollo por cuanto los gustos han cambiado: podremos tener una literatura popular; pero hay que repetir una vez más que no se debe confundir ésta con la picaresca.

Y antes de poner punto final tenemos que confesar sinceramente que este trabajo no pretende ser completo: el único mérito que debe reconocérsele es el de ser lo primero que se escribe sobre este tema aún virgen. ¡Ojalá, pues, que otras personas de mayor preparación y que tengan a su alcance mejores fuentes de investigación que nosotros, completaran su estudio! Creemos que esto, como cualquier otro estudio sobre literatura nacional, sería de interés, porque nos encontramos en el caso de que los chilenos conocemos más o menos satisfactoriamente las literaturas extranjeras: pero no sabemos lo que tenemos en casa.



En estos tres tomos de la Biblioteca Nacional y sin llenarlos totalmente se encierra toda la literatura picaresca chilena.



En el desierto.

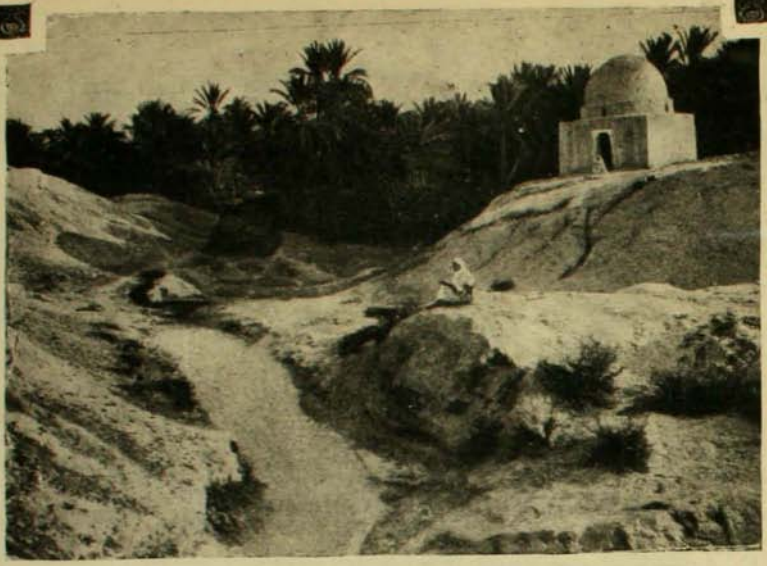
EL SAHARA

Es el mar de arena, con olas de polvos impalpables que el simún levanta a veces en tempestad, descubriendo las osamentas blanqueadas de aquellos que, humanos o animales, han osado violar esa soledad.

Más todavía que cuando se ve perdido en medio del océano, el hombre está solo en el desierto tan uniformemente llano, tan devastado por el fuego de un sol siempre abrasador.

A su alrededor nada turba el silencio de muerte: está bien aislado. Pero ¡qué hermoso colorido hay en esa tan completa soledad!

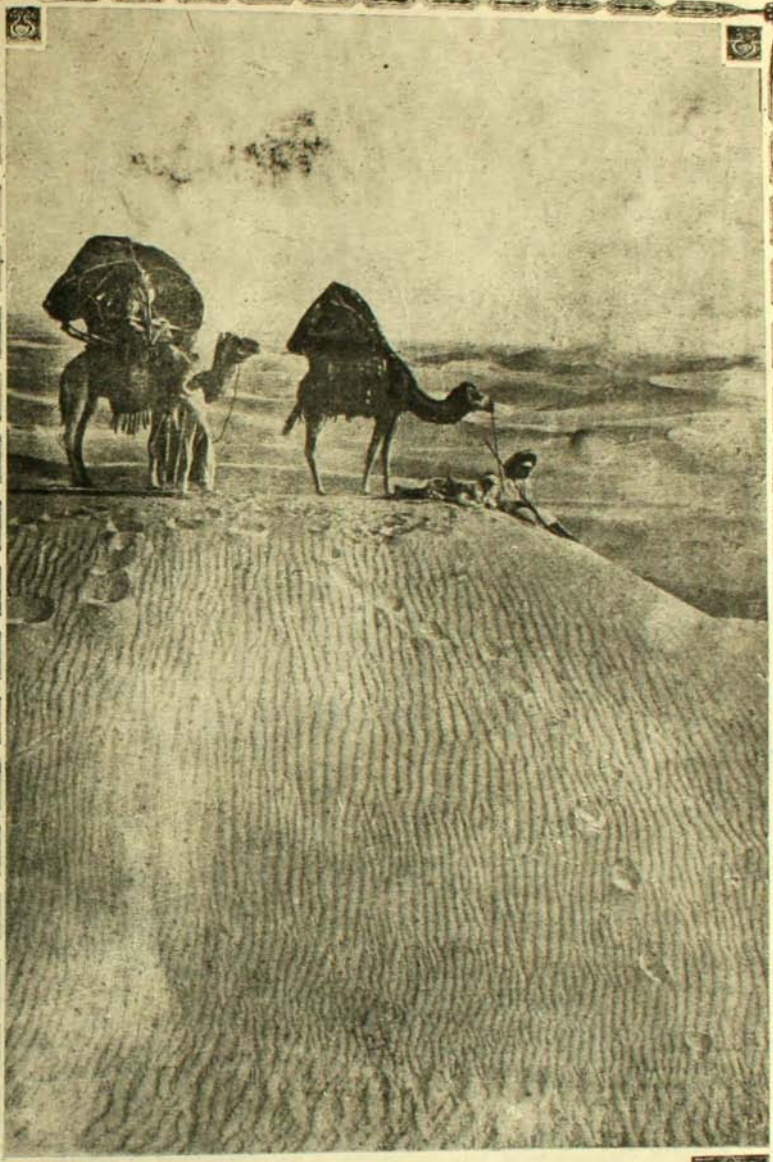
Muchas veces, hallándome en el Sudán, me ocurrió abordar el desierto por el Sur, y más tarde, al pasar para Algeria, he visitado las regiones del antiguo valle de Igharghar. Pero, jamás he tenido una impresión tan fuerte como aquel día en que, escalando el minarete de la mezquita de Ouargla, fuí testigo de un espectáculo que no se borrará nunca de mis ojos. Desde lo alto de la aguja blanca descubría a mi alrededor todo el oasis de Ouargla con casas cúbicas enlucidas de cal brillante, que formaban un primer círculo. Y haciendo corona, por detrás de las casas, estaba el palmeral con la verdura sombría de sus datileras. Después, más allá de un tercer círculo formado por los lagos de plata bruñida herían la vista los rayos de las dunas



Un morabito en un oasis.



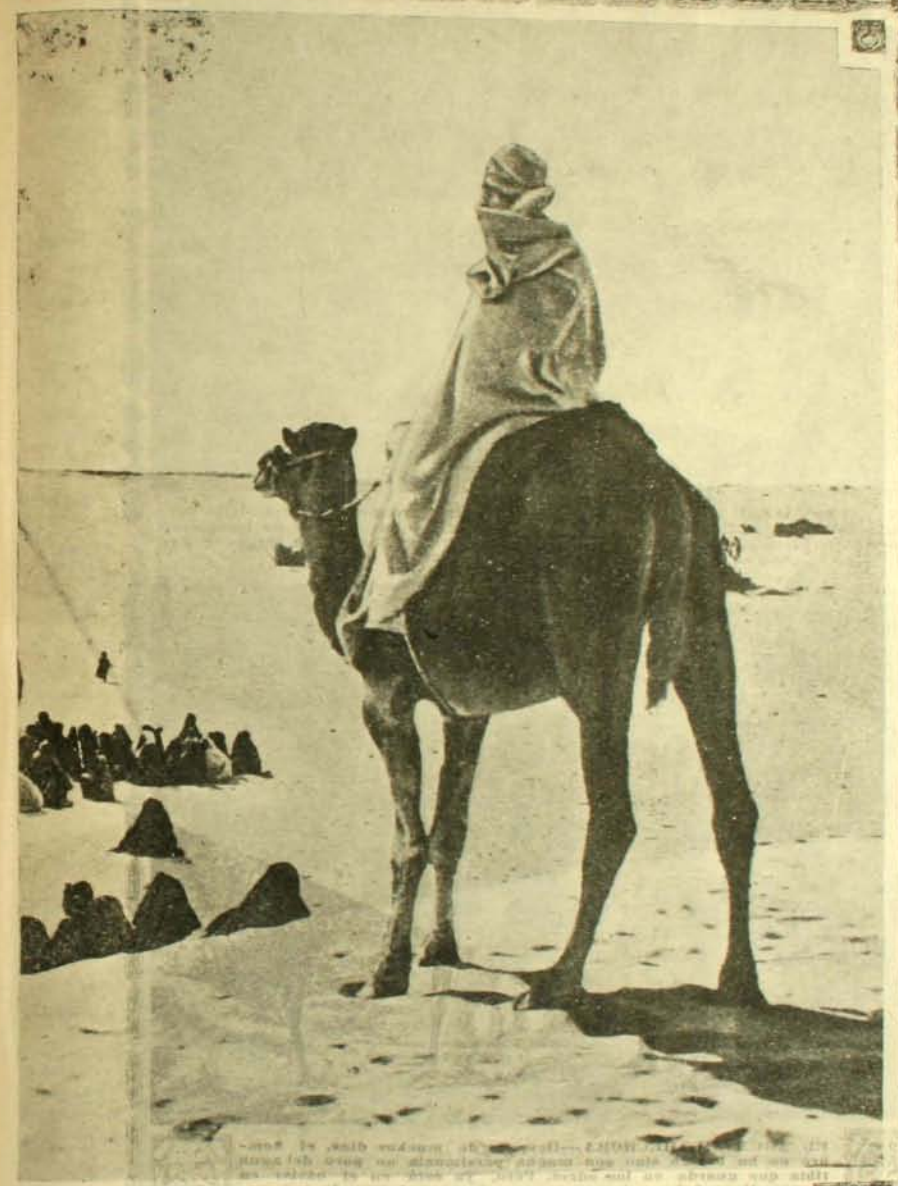
LA ORACION DE LA TARDE.—El hombre y la bestia han caminado todo el día, hundiéndose a veces hasta la cintura en la arena suelta. En medio de rayos de luz de un esplendor maravilloso, el árabe se ha prosternado para adorar a Alá



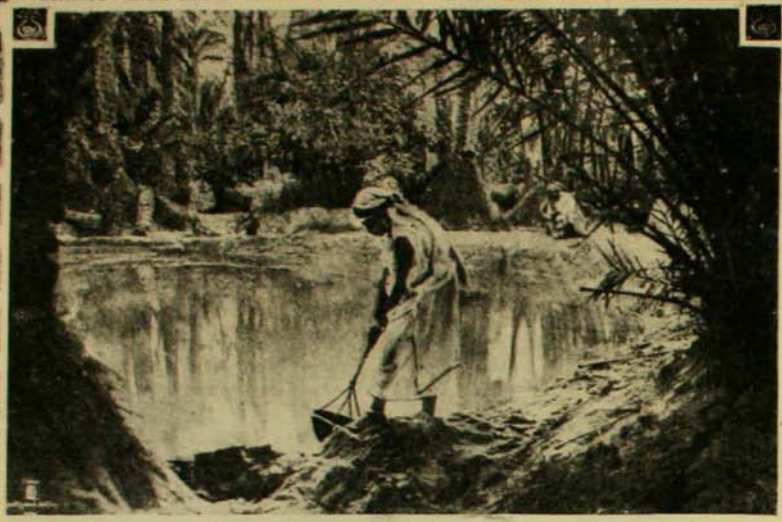
LAS OLAS DE ARENA.—Las ondulaciones movientes de este verdadero mar espantan a los camellos, a los cuales es necesario calmarles con la voz.



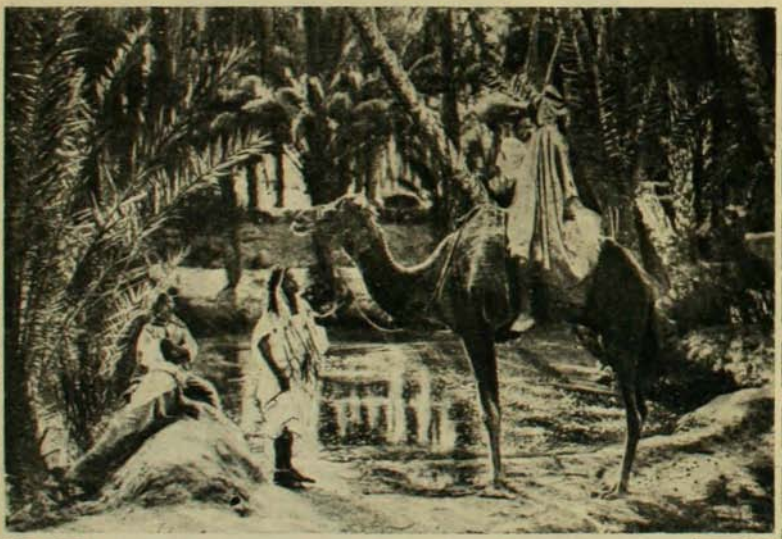
FRENTE A LA INMENSIDAD.—El día ha llegado: desde lo alto de la duna, borde extremo de la región del desierto, el árabe, en el momento de tomar el camino de las caravanas, hace su oración; la arena reemplaza al agua para sus abluciones; se



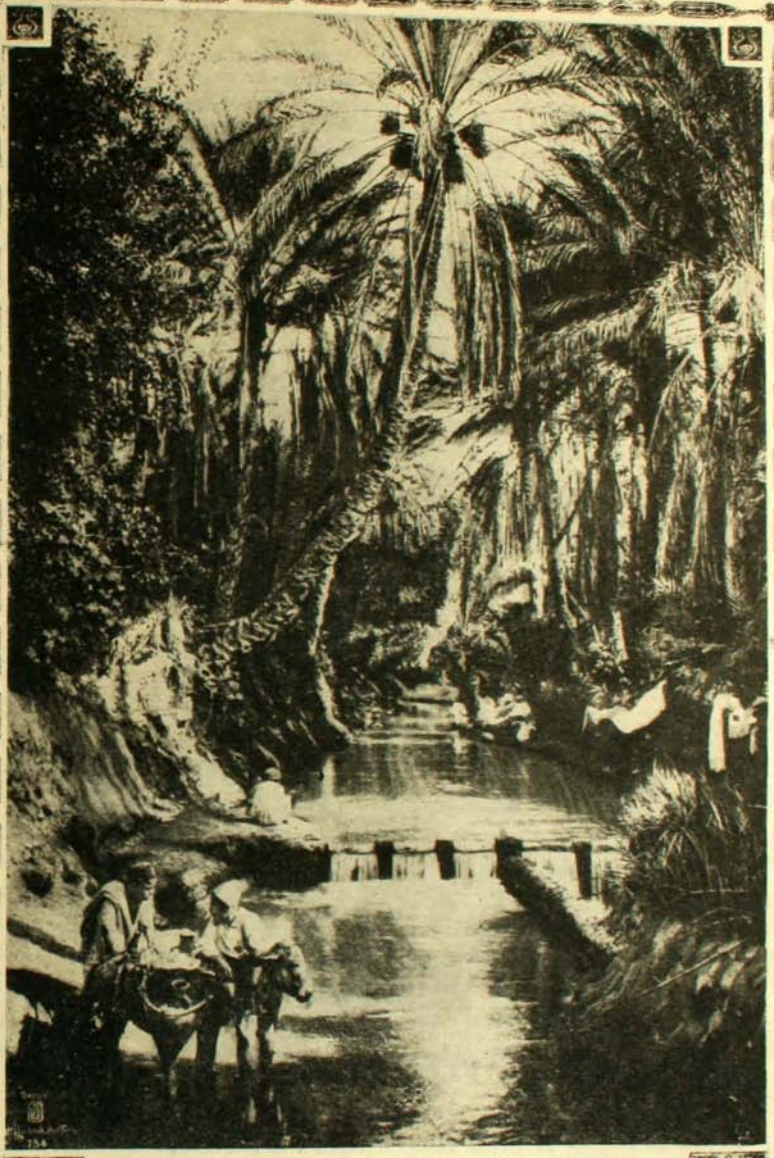
vuelve hacia la Meca, se recoge religiosamente, invoca la protección de Alá; y después, con la conciencia tranquila, va a todo lo largo del quemante día, afrontando esa enorme extensión desolada.



EL PALMERAL DE TOZEUR.—El palmeral de Tozeur, como asimismo el de Nefta, se hallan en el límite mismo del Sahara. El agua que proviene de las cascadas subterráneas es el fin que persiguen los peregrinos, después de largas jornadas de sufrimientos a través de las arenas quemantes.



EL AGUA BIENHECHORA.—Después de muchos días, el hombre no ha bebido sino con mucha parsimonia un poco del agua tibia que guarda en los odres. Pero, ya está en el oásis: en cuanto llega bebe a largos tragos el agua fresca de los manantiales.



EL PALMERAL DE NEFTA—Al sur de Gafsa-Mehaoui, en el límite del desierto, a la orilla de los lagos, se encuentra el riente palmeral de Nefta, donde el agua corre entre palmeras. Las caravanas reposan allí antes de su última etapa.

doradas por un sol deslumbrante. Y por fin, a gran distancia, el último círculo que se borraba suavemente en el infinito, en tonos rojos, señalando el comienzo del verdadero desierto.

Los tonos de esos cinco círculos se reflejaban en la atmósfera, y yo me hacía la ilusión de estar en el centro de una gran esfera, cuyos colores iban y venían del cielo a la tierra y de la tierra al cielo.

Sin embargo, el Sahara no es ya el país desconocido, invencible en todos los tiempos. El hombre ha dominado por fin a la naturaleza en uno de sus últimos refugios y próxima está la hora en que el desierto no será desierto. Efectivamente, toda la cuestión social en la parte del Africa situada al norte del ecuador, se reduce al problema del agua.

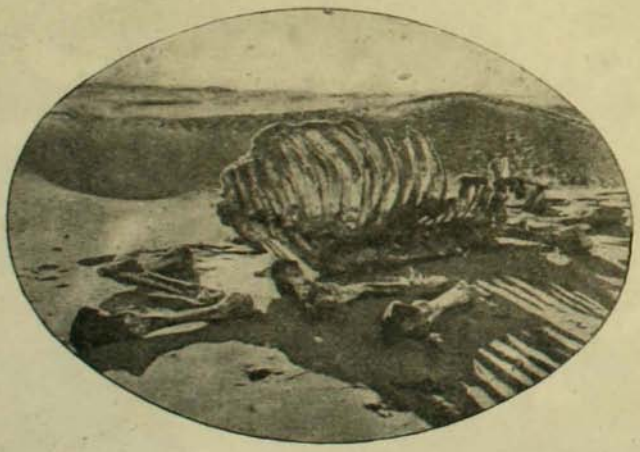
No es que no haya agua en el Sahara: la hay y en mucha cantidad. El desierto está surcado por ríos enormes, comparables a los más grandes de los demás continentes. Sólo que, en vez de correr por la superficie, hacen su curso a profundidades que varían de 10 a 2.000 metros y aún más.

Y es en el trayecto de estos ríos subterráneos donde surgen los pozos artesianos, naturales o artificiales que permiten la invasión lenta pero segura del Sahara.

Cuando Europa ha querido explorar, conquistar y ocupar el Africa, el Sahara le ha opuesto su invencible barrera. Por eso fué que los civilizadores hubieron de abordar el continente negro por los ríos de la región tropical.

En seguida, cuando el explorador logró forzar la barrera de arena, buscó los medios de permanecer impunemente en el desierto, es decir, buscó el agua.

Poco a poco la vida apareció entonces sobre las riberas de ese paisaje fúnebre. Y el día en que se encuentre el medio de llevar las aguas subterráneas a la superficie, el Sahara llegará a ser una región habitable, de una riqueza y de una fecundidad fenomenales, porque poseerá de una manera permanente el agua y el sol, que son la razón misma de la vida vegetal.



LA BESTIA VENCIDA.—El simún lo ha derribado; y su caballero ha debido dejarlo morir después de dirigirle un último adiós. Al varrarse, el pobre buque del desierto ha balanceado dos o tres veces su cabeza de ojos melancólicos y se ha dormido para siempre. Sus huesos, secados por el sol, señalan las rutas de las caravanas.

Rafael Maluenda

El monumento a don Bernardo O'Higgins

EL 18 de diciembre de 1918, a las 12 del día fué colocada sobre su pedestal la estatua de bronce con que la provincia de Ñuble ha querido inmortalizar para las generaciones del porvenir, la figura colosal de este Padre de la Patria, nacido sobre la heroica tierra chillaneja. Y cuando al caer la tarde nos dimos el placer de contemplar el monumento, tal cual ha quedado, después de la aventurada gestación que todos los chillanejos siguieran con febril impaciencia, dos impresiones se hicieron en nuestro espíritu como dos revelaciones: primero, que esta estatua es sin duda el más bello monumento erigido en Chile; después, que el artífice que la esculpió y fundió no es ni puede ser un industrial (como la ligereza de juicio de algunos lo expresara en pasada ocasión) sino un artista, para cuya reputación y prestigio bastaría en cualquier parte del mundo esta estatua donde la grandeza y sobriedad arquitectónicas se confunden con el acierto de la concepción y con las maestrías de un modelado que transforma el bronce en algo vivo, animado y vibrante.

En efecto, estudiando la figura principal del héroe hay en ella un raro "acierto del instante", quiero decir de el momento de su vida elegido como síntesis de toda su gloria. No se le buscó para eternizarlo en el bronce, en las horas de las batallas, en los instantes de su actuación de soldado. Se recogió para la estatua aquel momento supremo en que arrancándose del pecho la banda del mando declara arrojándola a los que exijen su dimisión: "Desprecio ahora la muerte como la he despreciado en los campos de batalla"



Sr. Roberto Negri, autor.

Yo no sé si para los historiadores será este minuto de la vida de don Bernardo O'Higgins ese instante que en toda vida tiene el prestigio de cristalizar una existencia entera; pero tengo para mí que jamas fué tan grande el grande hombre como cuando en aras de la paz y tranquilidad de la República, por cuya libertad había derramado su sangre, entregó el mando supremo para coronar con el más heroico ademán de su historia la cadena gloriosa



Relieves que coronan el monumento. Batalla de Rancagua y el Pueblo, que glorifica a su héroe.

de sus merecimientos y de sus sacrificios.

Negri ha sabido tratarlo en forma sencillamente admirable. La figura aparece aislada, libre de añadidos, que sin significación ideal sólo se injertan en las estatuas para darles solidez material. La figura se recorta limpia, grave, serena. Se siente que algo como un desplome la viste de dolor. Todo en ella es severo: la apostura erguida con naturalidad, el vigor del brazo derecho que parece señalar sobre un punto ideal el pliego de las exigencias de sus conciudadanos, la energía con que el brazo izquierdo se dobla sobre su pecho de soldado buscando la banda del mando supremo, y la expresión de adusta formalidad del semblante hasta el cual parece ascender la potencia de una voluntad indomable que no desmaya, que no claudica, que no acusa vencimiento, sino que emplaza a un pueblo para el porvenir.

Toda la estatua se viste de una emoción que hace aparecer al general como a un vidente respondiendo a las determinaciones de un destino inmutable.

Los detalles de la vestimenta están estudiados con cuidado prolijo, con severidad histórica. No tienen una falla, no acusan un error.

Y en el conjunto total de la corpulencia y de las formas se ha conseguido dar la impresión de majestad que corresponde a esa difícil conjunción de un soldado viviendo en un estadista, de un batallador alentando en un conductor de pueblos.

Esta figura así esculpida, así concebida, así trasladada al bronce, en cualquier sitio y no importa a quien, arrancaría una exclamación:

"Ese es un héroe"...

Porque en ella toda mezquindad de inspiración y de ejecución ha sido alejada: en ella todo es generoso, potente, monumental. Y hé aquí, por sobre sus méritos artísticos, su virtud esencial: es heroica.

Y no se crea que esta cualidad sea lo menos digno de mención en la efige de un héroe, porque no es fuerza que por tratarse de la estatua de un héroe ella "tenga que ser heroica". No. Hay que hacerla heroica y consiguiéndolo el artista ha triunfado.

Conocemos los mejores y más aplaudidos

monumentos de la República y en ellos cuán bien puede evidenciarse que no siempre el propósito responde a la ejecución. Nos basta recordar el monumento a Montt y Varas, estatua que por su arquitectura en algo recuerda la concepción de ésta de don Bernardo O'Higgins. Allí sobre un pedestal exiguo para el aplomo de las figuras se alzan los dos estadistas, pero ¡en qué condiciones! Son dos hombres cansados, apretujados, sin energía: nadie sin conocer su historia y significación podría decir que aquellas dos figuras de bronce eternizan a dos estadistas de almas grandes y potentes.

En cambio, mirad esta figura de O'Higgins de perfil: avanza, se desprende de su pedestal, se la siente por sobre una muchedumbre, erigida en dignidad: aquel paso y aquel gesto no son los de un cualquiera; por debajo de las ceñidas vestiduras palpita un corazón gigante, vibra una energía indomable y dolorosa: uno reconoce que "ese" que así aparece ante nosotros no puede ser más que un triunfador!

Es una figura animada, que vive, que vibra, que se impone. El artista esculpiéndola dominó el bronce inerte y dejó circulando eternamente en las metálicas arterias de la estatua toda su alma inspirada en un ideal.

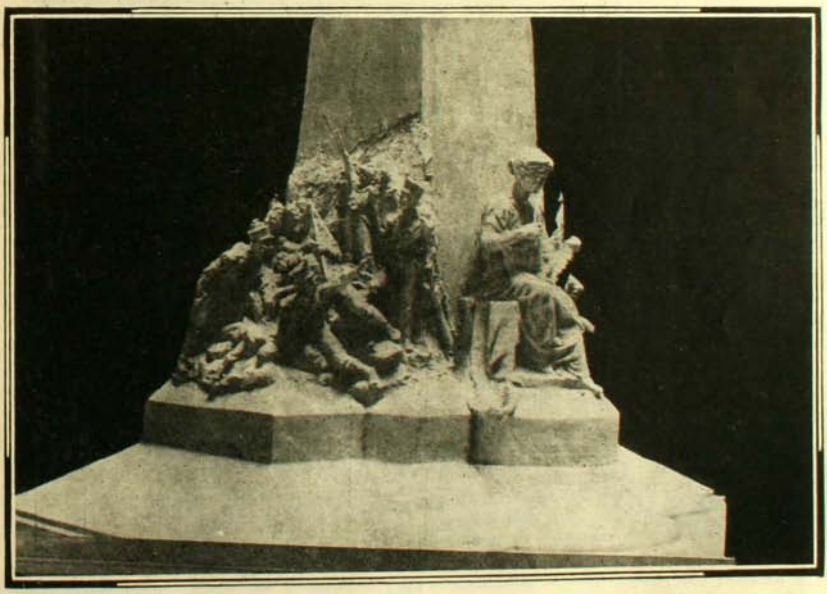
❦ ❦

Si se recoge en una impresión de conjunto toda la arquitectura del pedestal, se descubren en él cualidades sobresalientes: son, primero la esbeltez; luego hay en él liviandad y justa armonía; hay una acertada proporción entre la base, la altura y el chapitel; hay elegancia en sus líneas oblicuas y verticales y un movimiento armonioso en todas las graderías que comienzan al pie de los altos relieves.

Finalmente, aun cuando no se podrá apreciar este detalle sino cuando el monumento quede libre de cerco, hay en todo su conjunto una estabilidad firme y justa.

❦ ❦

Estudiando los cuatro altos relieves que contornan el pedestal se ve la mano maes-



Relieves que coronan el monumento. Batalla "El Roble" y la Historia.



Fragmento del relieve Batalla de El Roble.

tra del modelador y la vibrante inspiración del artista.

Estos relieves se juntan en torno al pedestal con raro acierto, unos arrancan de otros: no parecen cuatro trozos de escultura sino una sola composición que se completa con la fusión de todos.

De los dos altos relieves que representan escenas guerreras de la vida militar—la Batalla del Roble, en el costado norte y la Batalla de Rancagua, en el sur—no sé cuál es más bello.

La Batalla de Rancagua tiene una composición extremadamente difícil; su perspectiva es honda, el cerco que el general rompe se desenvuelve armonioso, se desprende de la columna, avanza hacia nosotros y se recoge por el lado derecho de la composición. Esa figura del soldado español herido que se dobla con un gesto desesperado está esculpida con raro talento.

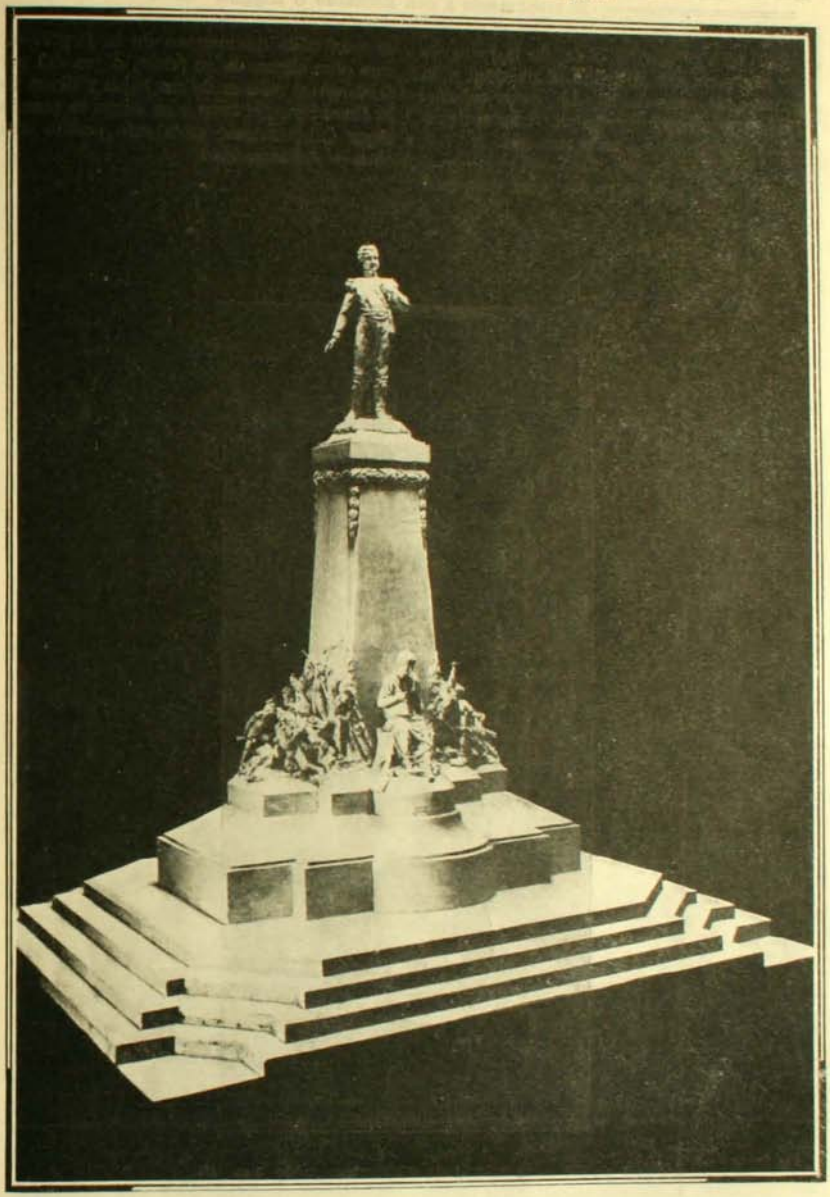
Un detalle: los rostros de los soldados, por sí solos, sin la aclaración de sus vestimentas, acusan la raza española; mientras las facciones de los soldados que se apelotonan junto al héroe llevan impreso el sello de la raza chilena.

En la Batalla del Roble, el artista ha conseguido un igual triunfo sobre la perspectiva y sobre la composición. La figura de O'Higgins al fondo se destaca con tal energía alzando en la diestra el fusil que atrae la vista a pesar de su pequeñez delante de las figuras de primer término.

Hay aquí en este relieve un trozo que por sí solo constituye un triunfo artístico: es el soldado herido del lado izquierdo que se desploma agonizante y que está tratado con tal maestría que parece desgajarse del conjunto en un movimiento armonioso: se le ve resbalar.

La figura del "Pueblo coronando a sus héroes" y la de la "Historia" son trozos esculturales de positivo valor.

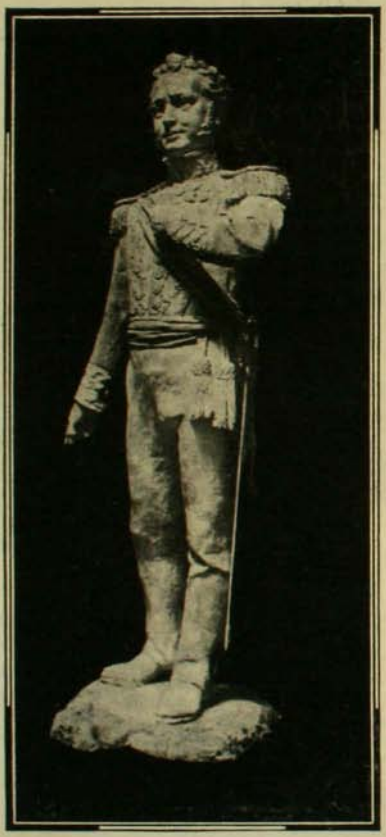
Cada uno de estos alto relieves vale por sí solo una obra completa: son bellísimos, muy acertados de tema, compuestos con arte, modelados con amor, concebidos con emoción.



Vista total del monumento. Mide 11,50 metros.

Si como se nos ha dicho en el proyecto de concurso sólo se pedía el pedestal y la estatua, la innovación de estos relieves hecha por Negri resulta un acierto digno de todo aplauso, de todo encomio.

Chillán ha erigido en su plaza principal el más bello monumento de la República, una obra digna de su héroe, digna del patriotismo y cultura de sus hijos y digna de la Comisión que tuvo a su cargo la pesada labor de conseguir para este pueblo una obra de tal magnitud.



Estatua principal: O'Higgins: mide 3 m. 15.

Una niña de Chile, pintada por Zuloaga



SEÑORITA MARIA DE LA LUZ OSSA CONCHA.

ZULOAGA nos ha mandado el retrato de una niña bellísima, de gracil y al mismo tiempo sólida contextura, que tiene, como símbolo de su tierra, una mirada curiosa e inocente de Eva infantil, que se ve hija de Chile y nieta de España. La representa vestida de blanco con traje de tul que cae en tres volantes suavemente plegados, desde la cintura. El corsé parece de tela más fuerte y revela un dibujo firme, pericia anatómica y una elegante y fugitiva gracia que no conocíamos en otras obras del maestro, salvo en el gran retrato de la condesa Mathieu de Noailles.

OTROS CUADROS DE ZULOAGA



Retrato de Zuloaga por el mismo.



Al balcón.



Retrato de la condesa Mathieu de Noailles.



La víctima de la fiesta.



Lolita.

OTROS CUADROS DE ZULOAGA



Paisano vasco. Retrato de mi padre. La cardadora. El Segovianito.

PSICOLOGIA DE LA NARIZ

Por F. N.



UNA NARIZ CÉLEBRE. — Coquelin Aîné en el papel de Cyrano de Bergerac.

Nuestros lectores—que no son tan faltos de memoria como para olvidar lo que han leído hace apenas tres meses—recuerdan de seguro un artículo publicado en "Pacífico", con el título de "Cómo se enmiendan las narices feas".

Era un médico francés el autor de ese artículo, y como médico primero y como francés después, ponía mucho ardor en ponderar el arreglo de la nariz por medio de la cirugía.

Con toda franqueza, nosotros no participamos de la fe del devoto doctor. Nos bastó una simple observación de los casos fotografiados, para comprender que, si bien las narices perdían curvas y salientes y ganaban en rectitud, restaban al individuo un ochenta por ciento de su carácter propio, de su personalidad.

Leyendo este artículo y, especialmente, observando los grabados que lo ilustran, los lectores se pondrán de acuerdo con nosotros—si no lo estaban de antemano.

SI la nariz no estuviere situada en medio del rostro, obligados nos veríamos a demostrar que es la más importante de las partes de que el rostro se compone. No está demás decir, sin embargo, que cuando alguna persona pretende describir someramente a otra, no es a los ojos, ni a las orejas, ni a la boca, a los que recurre—a menos de ser estos órganos muy especialmente configurados—sino a la nariz. "Es un señor narigón..." "Es un individuo ñato". Y efectivamente, lo primero que choca al observador es la nariz.

Lo curioso del caso es que, siendo la nariz un órgano inmutable—cosa que no sucede con ninguno de los otros órganos del rostro, incluso las orejas, que no falta quien las mueva—es el que da el carácter a la persona. Ninguno de los movimientos pasionales que agitan al individuo son reflejados en la nariz: los ojos lanzan llamaradas de furor, la boca se pliega en un gesto de desprecio, hay miradas de espanto y muecas de horror; y hasta la frente se arruga y ensombrece con negros pensamientos. La nariz sola permanece insensible, indiferente. No obstante, es ella la que da la distinción primera, fundamental, simple, entre una persona y otra.

La única influencia directa que la nariz recibe es la del alcohol,—y he aquí que la nariz vuelve a ser fuente de distinción—se distingue al borracho del sobrio en el color de su nariz.

Hay una raza entera a la cual se co-

noce por la forma de su nariz: la raza judía; y el salto mayor que dan las especies animales al llegar al hombre—supuesta la teoría de la Evolución—es el de adquirir de golpe y porrazo una buena nariz. Y dentro de la raza humana, la nariz grande, recta, fina, es señal de aristocracia; en tanto que la corta, chata, gruesa, denuncia inmediatamente al plebeyo.

Tal vez por esto, la mayor preocupación de una madre y de cuantos rodean a un recién nacido, es la forma de su nariz. Cuando ella es fea, no falta quien traduzca así un consuelo: ¡la nariz cambia tanto! Y en efecto, la nariz es fuente de muchas sorpresas en la evolución estética del individuo. Ella marca también el paso de una edad a otra: a los catorce años, la nariz se hincha y crece desmedidamente, comunicando al púber un marcado aspecto de idiota. De él dice la mamá: ¡Pobre, está en la edad crítica!



BARTOLOMEO PANCIATICI, POR BRONZINO.—La nariz de este patricio florentino es notable por su largo y por su forma extremadamente afilada, lo cual no le resta, sin embargo, ni elegancia ni distinción.

Todas estas desordenadas reflexiones pueden explicar el por qué de la existencia de la "nasología", o sea, uno de los capítulos fundamentales de la ciencias fisio-psicológicas; y de la cual se puede decir que no es ni la menos seria, ni la menos profunda de cuantas ciencias se ocupan en el estudio del carácter humano.

Una prueba de que en la forma de la nariz reside la esencia misma de nuestro carácter, la da el hecho cien veces observado de que a cualquiera le basta ponerse una nariz postiza—en tiempos de carnaval o en la Fiesta de los Estudiantes—para quedar convertido instantáneamente en otro hombre u otra mujer. No hemos de seguir nosotros a los "nasólogos" en la larga y sutil clasificación que hacen de las narices, y a cuyas diferentes especies ligan otros tantos caracteres morales; nos limitaremos buenamente a una clasificación esencial: así como hay gentes honradas y sujetos bribones, inteligentes e imbéciles, así también podemos distinguir las narices gruesas y finas, largas y cortas, colgantes y arremangadas. Con ella basta.

Pero, ¿en qué nos fundaremos para decidir cuándo una nariz es corta o cuándo es larga? Es claro, en efecto, que no podríamos someter el caso a una apreciación meramente subjetiva... ¿Cuál es entonces la nariz ideal, ni demasiado larga ni demasiado corta, cuyas dimensiones se conformen al canon de la belleza perfecta?

El pintor Horacio Vernet ha fijado estas dimensiones muy exactamente en un tercio del rostro, y por entendido se calla, que este tercio debe entenderse sobre el largo y no sobre el ancho.

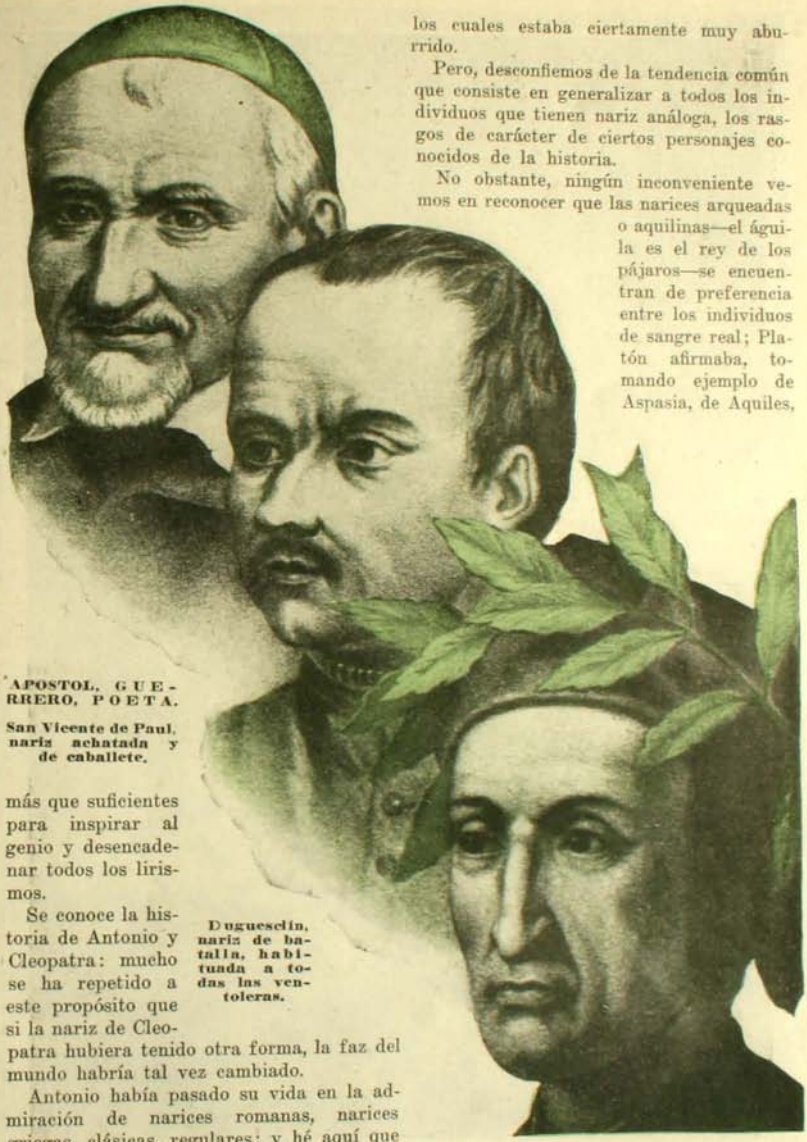
¿Quiere esto decir que una nariz que sobrepase la medida indicada, o que no la alcance, es bastante a comprometer el equilibrio de un rostro hermoso?

Sin contestar directamente la pregunta, se puede decir que mucho más conviene tener nariz larga que no tenerla del todo, y que la atroz característica de la "cabeza de muerto" parece residir en tal ausencia.

"Ciertos fisiólogos, escribía Teófilo Gautier, pretenden que el largo de la nariz es el diagnóstico del ingenio, del valor, y que no se puede ser grande hombre sin tener una gran nariz."

Fué a propósito de Cyrano de Bergerac que Teófilo Gautier pronunció el elogio de la nariz.

Edmond Rostand y Coquelin ainé popularizaron la nariz de Cyrano por una eternidad en la memoria de los hombres; pero hay que convenir en que la materia era rica, y en que esa nariz tenía cualidades



APOSTOL, GUERRERO, POETA.

San Vicente de Paul, nariz achatada y de caballete.

Duguesclin, nariz de batalla, habituada a todas las ventoleras.

El Dante, nariz alargada del soñador.

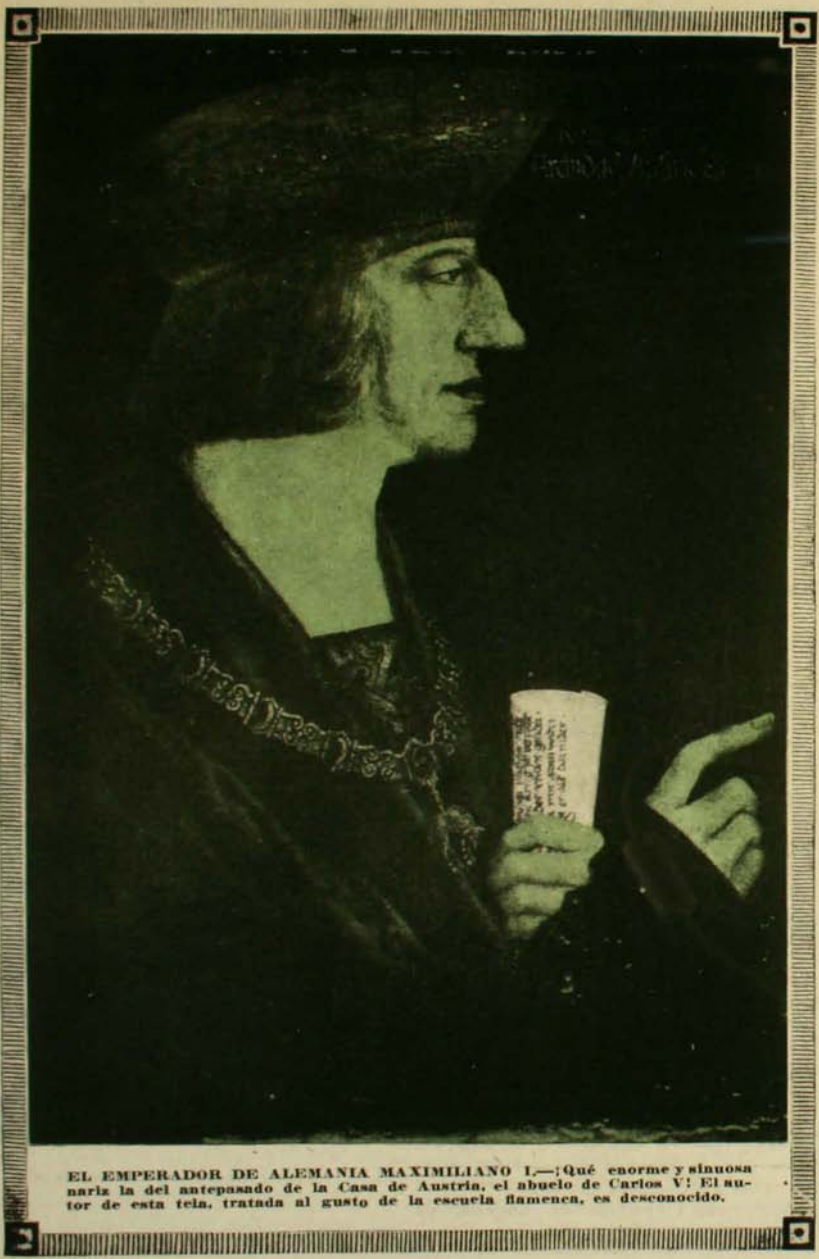
los cuales estaba ciertamente muy aburrido.

Pero, desconfiemos de la tendencia común que consiste en generalizar a todos los individuos que tienen nariz análoga, los rasgos de carácter de ciertos personajes conocidos de la historia.

No obstante, ningún inconveniente vemos en reconocer que las narices arqueadas o aquilinas—el águila es el rey de los pájaros—se encuentran de preferencia entre los individuos de sangre real; Platón afirmaba, tomando ejemplo de Aspasia, de Aquiles, más que suficientes para inspirar al genio y desencadenar todos los lirismos.

Se conoce la historia de Antonio y Cleopatra: mucho se ha repetido a este propósito que si la nariz de Cleopatra hubiera tenido otra forma, la faz del mundo habría tal vez cambiado.

Antonio había pasado su vida en la admiración de narices romanas, narices griegas, clásicas, regulares: y hé aquí que Cleopatra le presenta una naricita arremangada y espiritual, que hacía olvidar al general esos "perfiles de medalla, de



EL EMPERADOR DE ALEMANIA MAXIMILIANO I.—¡Qué enorme y sinuosa nariz la del antepasado de la Casa de Austria, el abuelo de Carlos V! El autor de esta tela, tratada al gusto de la escuela flamenca, es desconocido.



EL DUQUE DE URBINO.—Es difícil imaginar una nariz más singular que la de este noble toscano, guerrero y magistrado, de quien el pincel de Piero de la Francesca nos ha legado su poco banal fisonomía.



LA NARIZ DEL REY-CABALLERO.—Bravura personal y humor galante, tales son las conclusiones que los nasólogos han sacado de esta nariz gruesa, larga y colgante de Francisco I, padre de los Valois.

de París y de Ciro que la nariz aquilina era la nariz por excelencia.

Dicho sea esto en honor de los Borbones, cuya nariz no es sino una nariz aquilina exagerada....

La nariz borbónica existe, no es una fábula, y bastaría para convencerse de ello con observar el retrato de la reina María Amelia de Borbón, que tenía, sin embargo, tan pocos deseos de ser reina, tan buena, tan piadosa y dotada de todas las virtudes domésticas: ¡fué a causa de su nariz borbónica que el rey Luis Felipe, que no era entonces sino duque de Orleans, se enamoró de ella, hallándose desterrado en Palermo?

Antonio cedió al encanto de la nariz arremangada de Cleopatra; la nariz borbónica de la hija de Fernando IV, rey de las Dos Sicilias, puso amor en el corazón del duque de Orleans...

Que una cierta forma de nariz se trasmita en una familia, es, en suma, lo que ha ocurrido con la nariz de los Borbones, y nada más, como que evidentemente es cosa más común trasmitir a su descendencia una nariz que no una corona.

Pero esta importancia y esta influencia



NARICES DE MUSICOS.—A la izquierda, el compositor Weber, de nariz larga, de una sensibilidad excepcional.



A la derecha, el violinista italiano Paganini: su nariz de arista saliente, se acomoda con su temperamento fogoso e indomable.

de las narices de los antepasados hace indispensable que nos detengamos a observar una nariz como la del Emperador Maximiliano I, puesto que es él el gran antepasado de la casa de Austria, puesto que él inauguró esa suerte de matrimonios más fructuosa que las victorias, y que hizo de él el propio abuelo del gran Carlos Quinto.

Y es bastante curioso comprobar, dejando de mano la diversidad de formas, que la longitud de la nariz de Maximiliano no es sin analogía con la de la nariz de Francisco I; y que ambos hayan merecido, por una misma valentía personal y un parecido humor galante, el sobrenombre de "rey-caballero".

¿Se seguirá de aquí que la longitud de la nariz, la nariz a lo Maximiliano de Austria o a lo Francisco I, sería desde luego indicio de caballería?....



UNA NARIZ REAL.—La reina María Amélia de Borbón, mujer de Luis Felipe.

Se habla de perfiles florentinos, y, por dicho se calla, que en un perfil todo lo hace la nariz.

Puede verse en el Museo de los Oficios de Florencia, una nariz florentina por excelencia, la nariz de Bartolomeo Panciatici, cuya punta afilada hizo con tanto amor Bronzino, que no parece sino una prolongación de las dos puntas cuidadosamente rizadas de la barba.

Pero, hay, en el mismo Museo de los Oficios, otra nariz como no se sabría soñar otra más distinta de la precedente, una nariz de curva atormentada, que contrasta violentamente con

la fina y distinguida de Bartolomeo Panciatici.

Y, sin embargo, es siempre un gibelino el que nos representa con esta nariz, Piero de la Francesca; es Federico de Montefeltro a quien su heroísmo, sus virtudes y sus alianzas valieron el primer título de duque de Urbino.

¿La nariz de Federico de Montefeltro es una nariz más florentina, digamos, que la de Bartolomeo Panciatici? Más acertado sería escoger la de este último, porque en ella brillan las más nobles cualidades florentinas, mezcla de virtudes guerreras y de cultura artística.

Y para mayor prueba, se debe reconocer que una nariz florentina, célebre entre todas las narices florentinas, la del Dante, es de las narices Panciatici y no de las Montefeltro.

¿Quiere esto decir que bastó al Dante su nariz para escribir la Divina Comedia?

Al menos, esto permitirá a cualquiera novia, entristecida por lo alargado y chato de la nariz de su novio, consolarse pensando: "Tiene la nariz del Dante."

No vayamos, sin embargo, a poner un violín en las manos de nuestro hijo, simplemente porque tiene la nariz de Paganini; y las gamas de nuestra hija pueden reservarnos muchas decepciones aún cuando tuviere la nariz de Weber: narices largas, delgadas y finas, ambas son decididamente "narices de artista".



EL ACTOR HYACINTHE. — Desde que aparecía en escena, la vista de su enorme nariz desencadenaba la risa.

Por fin, narices hay que son por sí mismas verdaderas obras de arte, narices con las cuales no hay necesidad de elocuencia ni de talento para que su dueño sea notado: Ghirlandajo en su cuadro del Louvre, "El Anciano y el Niño", nos ha dibujado una de esas narices. Era natural que el pintor soñara con dar por testigo a un niño de esta apoteosis de la nariz, en cuyo cuadro se ha cumplido esa mezcla de extrañeza y admiración con la cual el niño contempla la nariz del anciano, que lo hace representativo y simbólico. El niño parece, en efecto, pensar: "Quién dirá que quizás yo tendré algún día una nariz semejante!" Y al mismo tiempo: "¿Seré yo alguna vez digno de llevar una nariz como ésa?



"EL ANCIANO Y EL NIÑO", DE GHIRLANDAJO.—En su célebre cuadro del Louvre, el pintor florentino, que vivió en el siglo XV, ha expuesto un caso patológico frecuente aún.

Mucho acierto tuvo el pintor al realizar la apoteosis de la nariz en un cuadro intitulado: **El Anciano y el Niño**: la nariz toma así todo su significado y su verdadero valor físico y filosófico: "una nariz como ésa, parece decir el Anciano, amiguito mío, es quizás el coronamiento de una carrera, el resultado de toda una vida...!"

ARTISTAS NORTE-AMERICANAS



JULIA SANDERSON tiene gracia, encanto, arrebadoras miradas y una voz preciosa: todo lo cual hace de ella la más celebrada de las estrellas de la opereta.



PEGGY HOPKINS, se distingue por su enorme habilidad dramática.



JEANNE EAGELS, ha tenido en pocos meses tan señalados triunfos, que con toda razón la prensa norte-americana le augura una brillante carrera.



FRANCES PRITCHARD, bailarina de teatro de variedades, muy celebrada.



Leí detenidamente algunas de esas cartas.

Román Calvo el Sherlock Holmes chileno.

El marido de la señorita Sutter

Por Miguel de Fuenzalida

LAS horrorosas convulsiones que desde hace ya cerca de un lustro, tienen desvencijados los quicios del mundo, han embotado nuestra sensibilidad hasta tal extremo que apenas hay algo que ahora sea capaz de interesarnos o conmovernos. Estamos ahitos de lo sensacional, y creo que presenciaríamos casi con indiferencia el estallido definitivo del planeta. ¿Qué se espera a los pobres periodistas cuando no puedan ofrecer de pasto a sus lectores, cada veinticuatro horas, una bárbara hecatombe, un imperio que se derrumba o una revolución sangrienta y caótica?

Antes era otra cosa. Un crimen sensacional, femenino y con sus ribetes de político en la novedosa y parlera Francia, las hazañas de cualquier caudillejo semi bandido en el desventurado Méjico, parecían objetos más dignos de nuestra atención que estos acontecimientos de ahora por trágicos y trascendentales que sean en sí mismos. Sin exagerar nada, podemos decir que en 1913 la suerte de Pancho Villa nos preocupaba más que en 1919 la de Guillermo II de Hohenzollern.

Estas reflexiones me han venido a las mientes al recordar la extraordinaria sensación que produjo hace algunos años, el viaje a Chile de Mr. Sherlock Holmes, el

célebre policía londinés, popularizado por Conan Doyle.

Durante quince días no se habló de otro tema. El señor Holmes pagó bien caro las consecuencias de nuestra hospitalidad tan celebrada: en vano quiso sustraerse a las manifestaciones de que se le hizo objeto. Hubo de soportar infinitos banquetes y almuerzos; le hicieron comer, **horresco referens**, casi todos nuestros platos nacionales; escuchó y dictó conferencias en la Universidad, en la Sociedad de Historia y en el Club de Señoras; le atragantaron con el polvo de los caminos en diversas excursiones campestres, y, cuando exánime se dispuso a abandonar el país, oficiosos periodistas le hicieron declarar diplomáticamente que no había en el mundo clima como el de Chile, ni mujeres más lindas, ni sociedad más distinguida y agradable. El manto y los pequeñuelos tuvieron naturalmente su parte en los elogios no del todo espontáneos de Sherlock Holmes.

El doctor Watson, inseparable y optimista compañero del gran detective, gozó lo indecible con los triunfos de su amigo. El sí que lo encontraba sinceramente todo bueno. Bastábale ver a Holmes admirado y festejado, para encontrarse en el quinto cielo. Simpático personaje de quien habríamos tenido mucho que aprender en este país de gente descontentadiza, crítica, envidiosa y regañona. Aquel hombre ha hecho su vida, cantando las alabanzas de un tercero. Para ello es necesario haber nacido en Inglaterra.

Lo confieso: pagué como tantos otros mi tributo a la curiosidad y fuí a la entonces recién abierta estación del Mapocho a contemplar la llegada del celebérrimo y anunciado personaje. El andén estaba repleto de repórteres y de fotógrafos, sin faltar por supuesto algunos de esos haraganes elegantes que ocupan su tiempo en recibir y agasajar extranjeros ilustres.

Holmes y Watson bajaron del tren como una exhalación, ardiendo seguramente en deseos de tomar un baño y de reposar en su alojamiento de las fatigas del viaje. ¡No contaban con la huéspeda! Dicho se está, que comenzaron a molestarlos desde el primer momento. Rodeóles un verdadero enjambre de importunos que se atropellaban por estrecharles las manos y dirigirles necias preguntas en mal chapurreado inglés. Los fotógrafos de la prensa (el quinto poder del Estado, como dice don Ramón Barros Luco) los detenían para retratarlos. Uno que se dijo comisionado por la policía secreta, les espetó un interminable y absurdo discurso de bienvenida; otro señor se consideró obligado a darles cuenta del programa de festejos, elaborado ad hoc... En fin, sólo faltó el carruaje de Gobierno y un edecán del Presidente de la República, para completar aquel siniestro cuadro.

Quizás de todos los circunstantes, yo era el único que conocía personalmente a Holmes. No quise sin embargo acercarme a él, temeroso de ser un molesto más entre tantos otros, y apenas el ilustre huésped y su acompañante consiguieron tomar el automóvil que oficiosamente les tenían preparado, me puse en camino de mi casa, reflexionando en lo muy incómodo que es en este mundo llegar al pináculo de la celebridad.

De pronto sentí que alguien me golpeaba el hombro. Era Román Calvo.

—¡Hola! ¡También tú por aquí! Has querido, sin duda, contemplar a tu colega, le dije sonriendo.

—No te burles, Miguel, repuso él, sin pizca de malicia. Ya ves como para recibirle echan la casa por la ventana, y a mí no me conocen ni los perros.

—Nadie es profeta en su tierra.

—El sí; en su tierra y en todas partes...

—Gracias a su historiador que vale mucho más que el tuyo, repuse modestamente; pero supongo que perdonarás mi deficiencia en gracia de la buena intención...

Dije aquello impensadamente y a la ventura, pero Román imaginó que yo había pretendido arrancarle una opinión laudatoria de mis trabajos, y quiso chasquearme.

—Poco importa el historiador, dijo casi con brutalidad; lo esencial es que refiera cosas que valgan la pena.

Me mordí los labios.

—Te equivocas, repliqué con algún calor. ¿Quién era Ulises? Un reyezuelo de Itaca, algo como el subdelegado de la Quiriquina, un griego embustero y ladino, cuyas habilidades me recuerdan las de nuestros hua-

sos macucos de Colchagua, y aún eso, haciéndole favor. Sin embargo los viajeros afluyen de todos los rincones del mundo para contemplar el miserable islote que lo recuerda, los raquíticos matorrales que cubren las faldas del Nerito, el peñón a cuyo pie apacentaba sus rebaños el fiel Eumeo, la fuente de Aretusa y hasta las ruinas harto hipotéticas de la casa en que la hermosa Penélope tejiera su famosa tela... ¿Qué hay en medio de todo ello? No lo negarás: el genio del divino Homero.

—Hay también que la Grecia y el mundo eran jóvenes cuando Homero y Ulises vivieron, y aún nos gusta embriagarnos con ese lejano perfume de juventud... También son relativamente jóvenes esos pueblos en que brilla la personalidad de Holmes... Nosotros sí estamos viejos, prematuramente caducos, como esas frutas marchitas antes de madurar por completo... Sólo sabemos analizar y gruñir... Penélope no estudiaba filosofía fundamental: por eso sigue siendo amable al través de los siglos.

—A ti te da también por lo melancólico.

—No lo niego. Es contagioso, está en la atmósfera misma que respiramos. Pero dejemos a un lado las divagaciones. Dicen que Sherlock Holmes acaba de resolver un estupendo problema policial por encargo de una familia chilena. ¿Qué hay de cierto?

—¡Cómo! ¿Lo ignoras? exclamé estupefacto.

—Naturalmente. En todo este último tiempo he pasado en las sierras de Arauco, haciendo entomología: nada desarrolla más el espíritu de investigación.

—Pues bien, pasaremos a beber un trago de cerveza aquí donde Camino y te referiré el caso. Siempre me extrañó que no acudieran a ti ¿qué necesidad tenemos de ese inglés?

—Si Holmes ha acertado, lo mismo da, repuso Román sonriendo. A ver, cuéntame.

—Como la prensa no ha publicado detalles, sólo tengo una idea muy general del asunto. ¿Conociste a Godofredo Valverde?

—Creo que sí. ¿Un ingeniero, empleado en la Dirección de Obras Públicas?

—El mismo... Era un hombre de cierto mérito...

—¡Cómo! ¿Era? Luego ha muerto.

—Ha muerto o ha desaparecido: ese es precisamente el problema que acaba de resolver Sherlock Holmes.

—¿Y qué encontró mi ilustre colega, el hombre vivo o su cadáver?

—Nadie lo sabe sino él o acaso el doctor Watson. Holmes ha declarado a la esposa de Valverde que lo más conveniente para ella y para todo el mundo es que todo quede como está... Ya comprenderás cuántas murmuraciones y supuestos se habrán originado de esta opinión del detective...

—Me lo imagino; ya se ve, en un país de gente tan caritativa y benévola. Sabes que el negocio se va poniendo endiabladamente interesante... Continúa...

Nos sentábamos en ese momento junto a una de las muchas mesitas de la pastelería de Camino.

—Godofredo Valverde fué siempre algo singular. Tenía talento, buen corazón y hasta no pocos rasgos de buen sentido; sin embargo, su carácter era desigual, flotante y extraordinariamente débil. Por meses y aún por años, andaba por buen camino: hacía vida de hogar, atendía con acierto sus negocios y llegó a labrarse una modesta fortunita. Carecía sí de constancia; cualquier capricho, una actriz de la ópera, una mala compañía, un cambio de tiempo, perturbaban su vida. Más de una vez dió que hablar con sus escándalos y entonces el funcionario modelo, el excelente marido, se transformaba en una especie de bohemio de la peor especie. Le recuerdo en esas temporadas de tenorio, de borracho o de tahur... Aquello felizmente no duraba mucho, como que era el resultado más bien de las flaquezas de su voluntad que de un temperamento vicioso. Su adorable mujercita, la primera víctima de tan extrañas transformaciones, le quería a pesar de todo, y siempre estuvo dispuesta a perdonar sus debilidades a ese marido pródigo... En el último tiempo, las cosas tomaron peor aspecto: Godofredo se dió a jugar, inconscientemente al principio, después para resarcirse de lo perdido. Su fortuna sufrió un serio quebranto y se encontraba al borde de la ruina, cuando emprendió la estu-

penda aventura que acaso le ha costado la pérdida de la vida y del honor...

—Permíteme felicitarte, interrumpió Román, has comenzado muy bien. Para apreciar un caso de esta índole, conviene conocer de cerca al personaje y tu retrato es excelente... Ahora, ¿cómo fué esa aventura?

—Valverde era de Copiapó y conservaba entre sus muchas curiosidades uno de esos derroteros tan célebres entre los mineros del norte que, según la tradición, confiara un viajero cateador moribundo, a un sacerdote tío abuelo de nuestro héroe.

—El cuento de siempre... Esas minas perdidas de fabulosa riqueza no se encuentran nunca. Según mi experiencia, tales engañifas no valen en general mucho más que los pretendidos tesoros ocultos guardados por los brujos. Sólo conozco un caso de éxito...

—Pues vas a conocer dos, interrumpí: esta vez la mina fué encontrada y resultó una riqueza muy efectiva...

—¡Interesante!... ¡Muy interesante!... Tu historia es a la verdad maravillosa.

—Valverde, en la situación angustiada a que lo redujera el juego, dió en la idea de seguir el derrotero. Ni los consejos de sus amigos, ni las lágrimas de su mujer, lograron disuadirle. Al fin la pobre señora consiguió al menos que le acompañara un hombre perfectamente razonable: Rufino Palacios, su propio hermano....

—¡Ah! ¿Entonces la señora de Valverde es hermana de Rufino Palacios? Tienes razón... he allí un sujeto perfectamente equilibrado, a pesar de su oficio. ¿No es periodista?

—Cabal; pero ya no lo es porque murió y en muy mala ocasión por cierto... No alteremos, sin embargo, el curso de los sucesos.

—Sí, observó Román, con la inflexión sarcástica que solía dar a su acento, veremos más adelante cómo murió esa persona equilibrada que se fué en compañía de un loco a cometer insensanteces.

Como tantas otras veces el brillo extraño de los ojos del original hombrecillo me había puesto miedo. ¿Qué pasaba por su privilegiado cerebro? Renuncié como siempre a adivinarlo.

—Te he dicho que la mina fué encontrada, dije... El viaje no resultó, por tanto, una locura. Valverde y Palacios se marcharon en seguida a los Estados Unidos con objeto de negociar allá su descubrimiento y lo consiguieron. Una poderosa compañía de Minneapolis pagó a Godofredo por su descubrimiento una suma enorme, entiendo que algo como dos millones de dólares. Por desgracia, ya el hombre estaba solo: su cuñado había fallecido en Nueva Orleans poco después de haber desembarcado.

—El loco quedó suelto, observó Román... ¿Qué iba a ser del pobre, sin la vigilancia del hombre equilibrado?

—Ese es precisamente el secreto de Holmes. Lo que me resta de la historia es muy sencillo. La misma tarde del día en que Valverde recibió de la compañía compradora, el valor de su descubrimiento, puso un telegrama a su esposa anunciándole el envío inmediato de una gruesa suma de dinero, y su regreso para una fecha muy próxima. La señora de Valverde recibió en tiempo oportuno una letra por algo más de un millón de pesos, pero su marido no llegó en ese vapor, ni tampoco en los siguientes: Se telegrafió al cónsul de Chile en New York, la policía yankee se puso en campaña, y pocos días más tarde, la infeliz señora supo la nueva fatal: su marido había sido asesinado entre Saint Paul y Minneapolis, a orillas del Misisipi. El móvil del siniestro crimen era seguramente el robo; Valverde llevaba, en efecto, consigo, la casi totalidad de la inmensa fortuna que acababa de adquirir.

—¡Caramba! exclamó Román... ¡Cosas de loco!... No fué en verdad pequeña imprudencia.

—Aguarda, que falta lo mejor. La señora de Valverde, aconsejada por algún amigo oficioso, creyó que tratándose de una suma tan considerable, se imponía cualquier sacrificio, a fin de recuperarla. Se fijaron en Sherlock Holmes, y se envió al famoso detective inglés un extenso telegrama con todos los detalles del caso y cinco mil libras esterlinas, para los primeros gastos.

—Yo hubiera quedado satisfecho, con otros tantos pesos, dijo Román; pero el



—Señor, tengo el gusto de presentarle a mi amigo Román Calvo.

otro es extranjero. Nunca nos curaremos de esta manía.

Me reí interiormente de la cómica mortificación de Calvo.

—Holmes podía llegar primero a los Estados Unidos, objeté. Quizás tuvieron esa circunstancia en cuenta.

—Pero... ¿Encontró la plata?

—Algo mejor que eso. Quince días después la señora de Valverde recibió de Minneapolis un breve telegrama firmado por Holmes. Sólo contenía estas palabras: "Puedo asegurar que su marido no ha sido asesinado; sigo en su busca." Después de esta noticia tan halagüeña como inesperada, transcurrieron bastantes semanas de completo silencio. Al fin de larga y ansiosa expectativa, otro despacho, dirigido esta vez desde Gernsbach, Gran Ducado de Baden, puso en forma trágica, término a la extraña aventura. "Conviene a usted y a todo el mundo, decía el telegrama, poner punto final a nuestras investigaciones." Como comprenderás, la señora de Valverde, más desconsolada que nunca, no quiso conformarse con ese brusco y terminante laconismo. Consiguió de Holmes a fuerza de súplicas y de dinero que viniera a Chile y aquí le tenemos...

Román Calvo, muy agitado, se había puesto de pie. Sus ojos brillaban como carbunclos, bajo sus espesas cejas. Su voz era temblorosa.

—Vean lo que he perdido estúpidamente, mientras corría tras de los coleópteros en las serranías de Pemehue. ¡Canastos! ¡Cosas de gringo!... ¡Lo que a ellos se les ocurre! ¡Son el diablo!... Y ¿qué dice la gente?

—Mil patrañas; suposiciones malévolas. Imaginan a Valverde autor de las peores monstruosidades y hasta asesino de su cuñado el que murió en Nueva Orleans.

—¿El hombre equilibrado?

—Justo. Otros suponen que Sherlock Holmes se equivocó en Minneapolis al afir-

mar que Valverde estaba vivo, que fué tras una pista falsa y que al darse cuenta de ello, ha querido salir del paso en cualquier forma.

—Esa teoría tiene la marca legítima de Santiago, pero es absurda. ¡Un inglés! ¡Un hombre tan serio!... Lo que puede haber en el fondo es un pequeño error de psicología social...

—¿Qué quieres decir?

—Dios me entiende.

No me fué posible sacar a Calvo ni una palabra más.

II

Lo confieso. Casi esperaba la visita que me anunciaron al día siguiente al terminar mi almuerzo. Es casi una costumbre de las personas que necesitan de Román Calvo, el dirigirse a mí.

Doña Irene Palacios de Valverde, es una mujer muy hermosa y distinguida. Representa a lo más treinta años, y me pareció de una inteligencia y equilibrio nada comunes. Su conferencia conmigo fué muy diversa a lo que hubiera imaginado. No hubo en ella ni lamentos ni sollozos. Con ese perfecto dominio de sí mismo que es el privilegio de las grandes damas, me expuso su caso tranquilamente, como si se tratara de un suceso normal.

—Usted conoce mi desgracia, señor Fuenzalida, me dijo tristemente, con voz dulce y casi resignada... No extrañará pues que haya acudido a usted.

—Al contrario, señora, repuse inclinándome; casi lo estaba deseando. ¿Necesita usted de Román Calvo?

—Sí. El sólo es capaz de salvarme. No... yo no podría vivir bajo el peso de esa horrible duda que ha puesto ese señor Holmes sobre la memoria de mi esposo. Hubiera preferido llorarle muerto.

—¿Se niega entonces a dar mayores explicaciones?

—En forma que no me deja lugar a ninguna esperanza. Esos ingleses tienen un carácter tan rígido y sostenido... "Señora, me ha dicho, es inútil que usted insista; ya tuve el honor de comunicárselo desde Londres; sé perfectamente lo que aconsejo a mis clientes; lo mejor es no pensar más en el asunto." Le juré que, para mi temperamento, lo peor era la incertidumbre; que quería conocer la verdad. Le hice presente que aquí se supone de mi pobre Godofredo cuanta atrocidad puede imaginar la maledicencia. Todo lo que logré obtener de él es que desmentiría bajo su firma en un diario esos rumores siniestros, tan ampliamente, añadió, como su conciencia se lo permitiera... Es un hombre de hierro.

—Y muy soberbio, agregué; el doctor Watson lo ha echado a perder: lo mima demasiado.

—No me hable de ese otro gringo soso, dijo doña Irene con cierta viveza. Se pasa la vida escuchando a su amigo como si fuera un oráculo... Me dan tentaciones de sacudirle. No corre sangre por las venas de esa gente... Yo no sé, pero las mujeres solemos ver más lejos que los hombres más hábiles... Nadie me quitará de la cabeza que en todo este horrible asunto hay algún error... Godofredo, en el fondo, era bueno y me quería... Yo sigo creyendo en él.

—Vamos... No se aflija, señora. Román descubrirá el misterio.

Dije esto con voz no muy segura. Una horrible sospecha comenzaba a trabajar mi cerebro. ¿Tendrían razón esta vez los mal intencionados? ¿Sería por ventura el marido de esa infeliz señora el asesino de su propio cuñado? ¿Cómo explicar de otro modo la singular conducta de Sherlock Holmes?

Doña Irene pareció penetrar mi pensamiento.

—En todo caso, añadió, cualquiera que sea la verdad, yo quiero saberla. El no era malo... Acaso han convertido en un crimen lo que fué un extravío, un acceso de...

—No diga usted más, señora, dije conmovido... Lo comprendo.

En efecto, mis sospechas tomaban ahora otro giro. Aquel hombre, un tanto neurasténico, violento, desigual, acaso habría sido víctima de una perturbación morbosa.

—¿Conoce el señor Holmes, pregunté, los antecedentes de su marido?

—Con todos los detalles imaginables. Mi abogado, don Temístocles Cordero se encargó de comunicárselos por telégrafo. El inglés hizo infinitas preguntas antes de en-

cargarse del asunto.... Nada se le ocultó.

La señora me refirió sobre el extraño caso algunas circunstancias que yo ignoraba hasta entonces y que por su naturaleza íntima no habían sido publicadas por la prensa.

Parece en efecto, que el matrimonio Valverde nunca estuvo más unido que en los meses que precedieron a la catástrofe. Godofredo, arruinado ya casi por completo, se pasaba el día entero en su casa, sacando solitarios al naipe o resolviendo problemas de ajedrez. Apenas iba muy de tarde en tarde al Club de Septiembre. Esa misma reclusión forzada debió contribuir no poco a desarrollar en su cerebro la idea fantasmagórica y aparentemente absurda de seguir el viejo derrotero, en busca de la mina.

—El pobre parecía humillado por su desgracia, me dijo la señora; se manifestaba cariñoso y complaciente como si con ello quisiera purgar sus ligerezas. Desde su partida no dejó semana sin escribirme, siempre con afecto y casi con ternura. Aquí tiene usted sus cartas: quizás su amigo Calvo, como es tan habilidoso, encontrará en ellas alguna clave para resolver el problema.

Doña Irene puso en mis manos un legajo de papeles bastante voluminoso. Leí detenidamente algunas de esas cartas. En realidad, nada encontré digno de llamar la atención. Eran de índole doméstica y apenas se referían a negocios sino en términos muy generales. Así se lo dije a mi hermosa visitante.

—Las llevaré a Román, con todo, agregué. Estoy seguro de que mi amigo tomará este asunto con interés; aunque él no lo confiese, arde en deseos de medirse con Sherlock Holmes.

Apenas la señora se hubo despedido, partí como una exhalación en busca de mi amigo. Después de tres horas de inútiles pesquisas, le encontré al fin comiéndose unos emparedados en el Restaurant de la Quinta Normal. Había ido a consultar en las colecciones del Museo algo referente a un bicho raro que encontrara en las serranías de Pemehue.

Contra su costumbre, no puso esta vez objeción alguna a la idea de emprender una nueva aventura policial.

—Trae acá esos papeles, me dijo con alguna brusquedad sentándose junto a una de las mesillas del verandah.

Se puso a leer las cartas una tras otra y con una calma muy extraña en su carácter. Yo espiaba los menores gestos de su fisonomía pero la encontré siempre impenetrable.

—Estos ingenieros no tienen sintaxis, exclamó de pronto, interrumpiendo la lectura. Pediremos cerveza.

Y el extraño personaje se enfrascó de nuevo en su lectura inmóvil como una estatua.

—Muy bien, dijo, después de doblar el último de aquellos papeles... Puedes decirle a la señora de Valverde que estoy a sus órdenes, pero con una condición... Tú vas a proporcionarme una entrevista con Holmes.

—¡Caramba! No será fácil. Nuestros incansables festejadores no le dejan en paz ni a sol ni a sombra. Además, él está resuelto a no decir una palabra y ese inglés para guardar un secreto vale a lo menos tanto como tú.

—Por eso, le cogeremos de sorpresa. Te juro que lo haré cantar. Ahora mismo te diriges donde don Luis Walker a cuya hacienda, entiendo que se llama Las Cabras, está invitado nuestro hombre para mañana. Con él arreglarás los detalles de la entrevista. Es menester que yo me presente de improviso y que, si es posible no haya más testigos que tú y en el peor de los casos, el doctor Watson... Una emboscada de sobremesa ¿Entiendes?

—Entiendo.

III

Sherlock Holmes se manifestó encantado cuando supo que su permanencia en Las Cabras iba a ser una especie de paréntesis en la vida agitada y empalagosa que estaba llevando desde su llegada a Chile. Sólo le acompañaríamos el doctor Watson, Luis Walker y yo. No se hizo, por supuesto mención de Román Calvo, quien se fué en el mismo tren, pero disfrazado de guaso y en un carro de tercera.

Salimos de Santiago en el tren de las ocho y media de la mañana y llegamos al

fundo a la hora de almuerzo. Como no soy el historiógrafo de Holmes, prescindiré de las muchas y divertidas observaciones que el gran detective londinés efectuó en el camino, y que el doctor Watson siempre lleno de entusiasmo, se apresuraba a anotar en una carterita.

Nos sirvieron de almorzar en un lindo cenador del jardín. No necesito ponderar aquí las excelencias de la hospitalidad de Las Cabras. Walker ese día se excedió a sí mismo. Con eso está dicho todo.

Después de los postres, nuestro anfitrión, con cualquier pretexto, nos dejó solos, frente a una botella de Cognac Chavanneau y de una caja de magníficos habanos.

Como suponía a Holmes hastiado de preguntas sobre sus éxitos policiales, me abstuve de llevar la conversación a ese terreno. El seguramente me lo agradeció.

De pronto, y cuando ni yo mismo lo esperaba, vimos venir por una de las avenidas del jardín a Román Calvo. Su aspecto no tenía, a primera vista, nada de extraordinario. Blusa de kaki, sombrero cucalón, polainas cubiertas de lodo, bastón de punta herrada; era un perfecto excursionista de campo.

—¡Román! tú por aquí, exclamé fingiendo sorpresa. ¡Qué casualidad tan agradable! ¿No conoces al señor? Es el célebre Mr. Sherlock Holmes... Señor, agregué, dirigiéndome a este último... tengo el gusto de presentarle a mi amigo Román Calvo... Mr. Holmes... el doctor Watson...

Dije esto rápidamente, y, contra mi voluntad, un tanto confuso. La idea de habérmelas con el extraordinario detective, en ánimo de hacerle una jugarreta, era, como se comprende, bastante para perturbar mi aplomo.

Holmes y Watson se inclinaron, sin embargo, con exquisita cortesía, al estrechar la mano de mi amigo.

—¿Quiere usted una copa de Cognac? preguntó el primero, al parecer sin pizca de malicia. Su excursión debe haberle fatigado... Pero... o mucho me equivoco, o es usted entomólogo también... Lo noto en los alfileres de forma especial que lleva prendidos en la solapa... Excelente idea... Un sport de esta especie sirve maravillosamente de disfraz en una profesión como la nuestra... Porque, si no he oído mal, tengo el honor de hablar con el célebre detective Román Calvo...

Mi amigo se inclinó sin pestañear. Había en las frases de Holmes cierta ironía de buen tono, y desde luego comprendí que se burlaba de nosotros. Nunca me he sentido más mortificado. Watson nos miraba disimuladamente con el rabillo del ojo, mordiéndose el bigote como para sofocar la risa.

Después de chupar de nuevo su cigarro, el inglés continuó.

—Se ha enlodado usted lastimosamente las polainas, señor Calvo, dijo dirigiéndose siempre hacia su víctima... ¿Dónde diablos se ha metido? Los resultados de la entomología... ¿No es así? ¿Quiere otra copita de Cognac?

—Muchas gracias, repuso Román, con voz tan serena que casi logró tranquilizarme.

—¡Qué tal, Watson! agregó Holmes, interrogando a su compañero con aire satisfecho... ¿No se lo anuncié esta mañana?

—¡Maravilloso!... ¡Maravilloso!, exclamó el aludido con sincero arrobamiento.

—Pshs... A mi edad se tiene ya alguna experiencia... La cosa era muy sencilla...

—¡Oh! No diga usted eso, Holmes, yo estoy maravillado. ¿Cómo pudo usted adivinar antes de salir del hotel que nos encontraríamos aquí con el señor Calvo?

—¿No lo entiende usted todavía? No he conocido un hombre de menos malicia.... Era obvio... Apenas supe que el señor Fuenzalida sería nuestro **único** compañero en esta excursión campestre, me dije a mi mismo: "apostaría que don Román Calvo no anda muy lejos"... No me he equivocado. La señora Valverde desea conocer algo más acerca de la suerte de su marido... Son las mujeres tan obstinadas... Pero usted comprenderá, señor, que ha sido trabajo perdido... hablemos de otra cosa... ¿Gusta usted de un habano?

Esta vez el tono del detective era de franca impertinencia. Watson, incapaz de contenerse por más tiempo, rompió a reír. Yo estaba tan mortificado que de buena gana le habría dado un tapabocas para po-

ner término a su hilaridad. Román Calvo no se inmutó, sin embargo.

—¡Ah! ¡Ya! dijo con sencillez encantadora. Usted se imagina entonces que yo vengo a interrogarlo sobre el asunto de la señora Valverde... La suposición no es ilógica... Hace honor al talento de usted... Muchísimo honor... Tuve en efecto esa intención, pero desde esta mañana he cambiado de modo de pensar... Conozco ya el negocio lo bastante, y si usted lo permite, creo conocerlo en algunos particulares mejor que usted...

Contra lo que yo esperaba, las últimas palabras de Calvo no tuvieron otro efecto que excitar aún más la risa del doctor Watson.

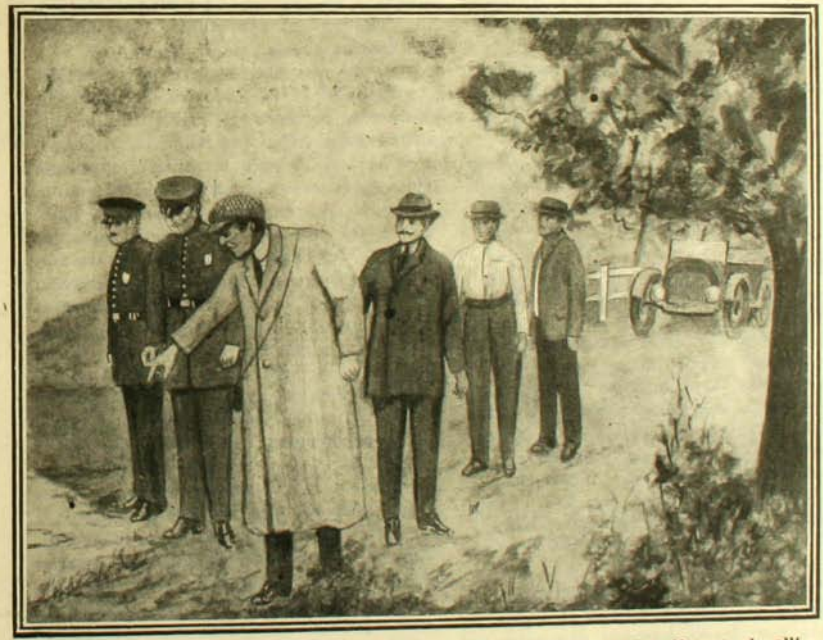
—¿Por qué se ríe usted tanto, doctor?, pregunté, incapaz ya de contenerme por más tiempo.

—Porque mi prodigioso amigo me anunció también que el señor Calvo iba a decirnos algo parecido a lo que está diciendo.

—Esta adivinación del señor Holmes, ya no es tan lisonjera para mí, dijo Calvo con perfecta calma... Es en efecto un recurso policial bastante antiguo, el fingirse en posesión de la verdad como medio de descubrirla... Pero yo tengo en mucha estima la inteligencia de este caballero para acudir respecto de él a medios que ya son triviales aún entre los más infelices agentes de la policía oficial... Si el señor Holmes lo permite, le comunicaré, pues, un detalle del misterioso asunto que con tanta sagacidad ha desenredado, y que él ignora todavía...

No sé describir la actitud de Sherlock Holmes, al escuchar estas últimas palabras. Se puso de pie, irguiéndose, como para no perder un centímetro de su estatura, y, cerrando a medias los ojos, con aire de supremo desdén, paseó su mirada de alto a abajo por el hombrecillo que tenía delante.

—¿Cómo sabe usted que yo ignoro el detalle de que habla?, dijo... Por lo demás, sepa que no me interesa.



Y mostró a los policías estupefactos un sitio no más de cien yardas distante de allí.

Y el detective se encogió de hombros al tomar de nuevo su asiento.

—A pesar de todo, repuso Román sin inmutarse, tendrá usted la gentileza de escucharme dos palabras.

—Hable usted cuantas quiera, dijo Holmes, sirviéndose con ademán indiferente y distraído una copa de Cognac.

—Lo que debo comunicar a usted es tan serio que necesito decírselo a solas, sin testigos... Me permite usted un momento?

El inglés se levantó de su asiento con el gesto del que debe sufrir por buena crianza las impertinentes solicitaciones de un mal criado. Román lo cogió familiarmente de un brazo, y ambos se alejaron unos pocos pasos por una de las avenidas del jardín.

Román Calvo sacó entonces de la faltriquera un papel plegado en muchos dobleces y lo puso en manos de Holmes.

Fué un cambio mágico. El rostro del gran detective londinés se puso densamente pálido. Pero es hombre que sabe disimular sus impresiones. Vino hacia nosotros pausado y correcto.

—¿Hay por aquí cerca alguna oficina telegráfica?, me preguntó cortésmente.

—A menos de dos kilómetros... En Las Cabras.

—Va usted entonces a tener la bondad de hacer que lleven allá este despacho, dijo, mientras escribía apresuradamente en una hoja de su libro de memorias... Es urgente.

Hice venir un mensajero.

—No tengo por qué ocultar a los señores, dijo Holmes, el contenido de este telegrama. Es para el director de "El Mercurio", y su objeto es pedirle que suspenda hasta nuevo aviso, la publicación de un comunicado que le envié esta mañana. El amigo Calvo, añadió, ha coincidido en forma maravillosa con mi manera de apreciar el asunto de Valverde... El comprende ahora, mejor que nadie, la necesidad de mantener la cosa en la más completa reserva...

Román asintió con una leve inclinación de cabeza.

—Pero, el detalle que mi distinguido colega ha descubierto, agregó el inglés un tanto mortificado, aconseja suspender por ahora la publicación del desmentido que ofrecí a la señora de Valverde, sobre los siniestros rumores que circulan sobre su esposo...

Era de ver la cara del doctor Watson. Miraba a Román con una estupefacción sin ejemplo. No se había el pobre imaginado que iba a encontrarse en este rincón del mundo con una especie de rival de su ídolo.

—Estamos entre profesionales, puede decirse, añadió Holmes, arrellanándose en una butaca de lona. El señor Calvo es un policía de gran fuerza, amigo Watson, puedes referirles nuestras investigaciones en los Estados Unidos y en Europa... Al fin y al cabo esta extraordinaria aventura la hemos de continuar juntos... ¿No es así?

—Como usted quiera, repuso Calvo con una frialdad magnífica.

IV

El doctor Watson sabe narrar, como les consta a los lectores del "Strand Magazine". Estuvo en sus glorias refiriéndonos las últimas hazañas de su héroe.

—Desde que Sherlock recibió por cable, los detalles de la desaparición del señor Valverde, comenzó el inglés, no le fué difícil comprender que había en el asunto algo más de lo que la policía americana viera en él. No es en efecto normal que un individuo, por extravagante que sea, cobre en billetes de banco una suma de casi dos millones de dólares la encierre en un maletín y se largue a viajar con tan peligrosa compañía, en un automóvil. Más raro es todavía que al ponerse en marcha para su país, tome alguna letra por una parte relativamente insignificante de su fortuna para remitírsela a su mujer... con ánimo de llevar él mismo personalmente una cantidad muchísimo más considerable.

—Es en efecto necesario ser policía del Gobierno para no prestar atención a tales incongruencias, dijo Román.

—En cuanto llegamos a los Estados Unidos, las sospechas de mi amigo se tornaron en certidumbre, continuó el doctor Watson. Minneapolis y St. Paul constituyen una especie de ciudad doble, cuyas partes están separadas todavía por una ancha zo-

na de terrenos eriales. Sin embargo los caminos que comunican la ciudad manufacturera, que es Minneapolis y la ciudad comercial que es St. Paul, se encuentran bastante poblados, a excepción del más largo de todos, que bordea las orillas del Misisipi; pues bien, el señor Valverde, que llevaba millones en su maletín, escogió precisamente ese camino, el más arriesgado y solitario de todos.

—Parecía en busca de una ocasión para que lo asesinaran, dijo Holmes sonriendo.

—¡Admirable! ¡Interesantísimo!, exclamó Román con gran contentamiento de Mr. Watson.

—Holmes, cuyas poderosas facultades ustedes conocen, prosiguió el entusiasta narrador, no pudo menos de observar que los autores del supuesto crimen habían hecho gala de una torpeza inaudita. El suceso ocurrió la noche del 9 de mayo de este año, de 1910. El señor Valverde vivía como huésped en el hotel Arlington House de Minneapolis. Esa tarde, después de cobrar en billetes de mil dólares el precio de su mina, en el City Trust, tomó la célebre letra para su esposa en otro establecimiento: el German American Bank. En seguida, liquidada su cuenta de hotel, partió solo, piloteando él mismo su automóvil en dirección de New York, donde, según lo dejó dicho, pensaba embarcarse para Chile.

—Absurdos sobre absurdos, observó Holmes. Emprender un viaje tan largo en automóvil y con tanto dinero.

—¡Inverosímil! dijo Calvo con sencillez. Cuatro veces bestias los tales policías de Minneapolis.

—Ahora viene lo bueno, continuó Watson... La investigación del crimen sólo fué iniciada mes y medio más tarde, cuando, alarmada ya la señora Valverde al no tener noticias de su marido, que debía, según sus cálculos, llegar a Valparaíso en el vapor "Huasco", el 19 de junio, telegrafió al cónsul chileno de New York. Pues bien, a pesar del tiempo transcurrido, las huellas del crimen eran visibles todavía, como si intencionalmente sus autores lo hubieran dispuesto ad hoc. Habían precipitado el automóvil del señor Valverde en el Misisipi, rompiendo para ello un vallado de madera que separa el camino del río en esa parte. La policía advirtió el desperfecto, aún no reparado, y el coche fué encontrado bajo veinte pies escasos de agua.

—Más bien parece que se hubiera querido fingir un accidente, dije un tanto pensativo.

—El señor tiene razón, asintió Holmes, pero la policía americana prefirió creer en un asesinato con robo. La inmensa suma que llevaba la víctima así parecía indicarlo... Por otra parte, ningún auto, por poderoso que sea, tendría bastante fuerza para romper aquel vallado, ni aun corriendo a toda velocidad.

—Nos trasladamos con mi amigo al sitio del siniestro, continuó el doctor Watson, y no bien hubimos llegado, Sherlock prorrumpió en una carcajada homérica. "Han querido dejar la prueba de su crimen, rompiendo este vallado, me dijo; ello no era absolutamente necesario para ocultar el carruaje." Y mostró a los policías estupefactos un sitio no más de cien yardas distante de allí, en que el río corría junto al camino, sin protección de ningún género.

—**Touché**, amigo Holmes, exclamó Calvo con entusiasmo. Nadie como usted para percibir esos detalles al primer golpe de vista.

Me pareció notar en el acento de Román un dejo casi imperceptible de ironía.

Watson prosiguió su interrumpido relato, después de dirigir al detective chileno, una mirada de gratitud casi afectuosa.

—Los antecedentes de la supuesta víctima en poder de Holmes, justificaban por otra parte plenamente las primeras sospechas de mi amigo. Le sabía un hombre medio desequilibrado, versátil, mal marido, dado al amor y a los placeres, capaz de sacrificarlo todo a sus caprichos.

—Conozco el autor por la pintura, observó Calvo; esas informaciones dibujan de cuerpo entero, no tanto al pobre Valverde, como al abogado de su esposa, don Temístocles Cordero, que las proporcionó... Es un asiduo concurrente al salón colorado del Club de la Unión, lo que basta para tener una idea de la benevolencia de sus juicios.

—Por esta vez al menos, no se equivocó, dijo Holmes.

Román Calvo se limitó a encogerse de hombros.

—Además, no fué nada difícil a mi amigo, siguió diciendo Watson, descubrir en parte el móvil de la voluntaria desaparición de Valverde.

—El señor Calvo parece que tiene antecedentes para completar, y aún diría rectificar, mis apreciaciones en cuanto al móvil, dijo Sherlock Holmes, casi balbuceando. Ello no es extraño, porque ha podido disponer de antecedentes que no me fueron proporcionados.

Watson se quedó mirando a su ídolo como quien ve visiones. Por primera vez en su vida le oía que alguien era capaz de rectificar un descubrimiento suyo.

Calvo puso con mucho tacto fin al incidente.

—No importa, dijo. Mi teoría, a lo que entiendo, no excluye la del señor Holmes; al contrario, ambas se completan. Continúe, usted, señor Watson.

—En efecto, continuó el aludido, ya más satisfecho, apenas llegado a Minneapolis, el señor Valverde se enamoró perdidamente de una dactilógrafa de la Crown Iron Works Co. Según se nos informó, se trata de una muchacha preciosísima, capaz de justificar las mayores locuras y de una virtud a toda prueba... Valverde estaba comprometido a casarse con ella. Pero el matrimonio no se efectuó, como era natural, durante la permanencia de nuestro hombre en los Estados Unidos. La señorita Sutter, este es el nombre de la hermosa doncella, le acompañaba sí en calidad de secretaria, para despistar así a los murmuradores. Este escándalo explica también el extraño itinerario escogido por Valverde cuando hubo de trasladarse a su mina en el Perú, para mostrarla a los ingenieros de la Casa que iba a adquirirla.

—¿Traficaba por la vía de Amazonas y Pará? ¿No es así? En, efecto, resulta un poco más largo y fatigoso que por Mollendo y el istmo de Panamá. Pero en la costa del Pacífico viajan muchos chilenos y seguramente al señor Valverde no le convenía que el escándalo de la señorita Sutter llegase a oídos de su mujer.

—Sobre todo, añadió Holmes, teniendo como tenía formado el propósito de abandonar para siempre su país y su familia. Así se comprende que prefiriese las incomodidades de esa travesía, muy interesante, sin duda para un turista, pero nada recomendable para un hombre que viaja por negocios.

—Con estos antecedentes, la convicción de Sherlock quedó formada, prosiguió el doctor Watson. Valverde había arrojado al río su automóvil para hacer creer en un crimen, escapándose en seguida al extranjero para reunirse en algún punto convenido de antemano a su adorada señorita Sutter. Desde el primer momento mi amigo adivinó que ese punto debía estar situado en la provincia canadiense de Manitoba.

—¿Por qué?

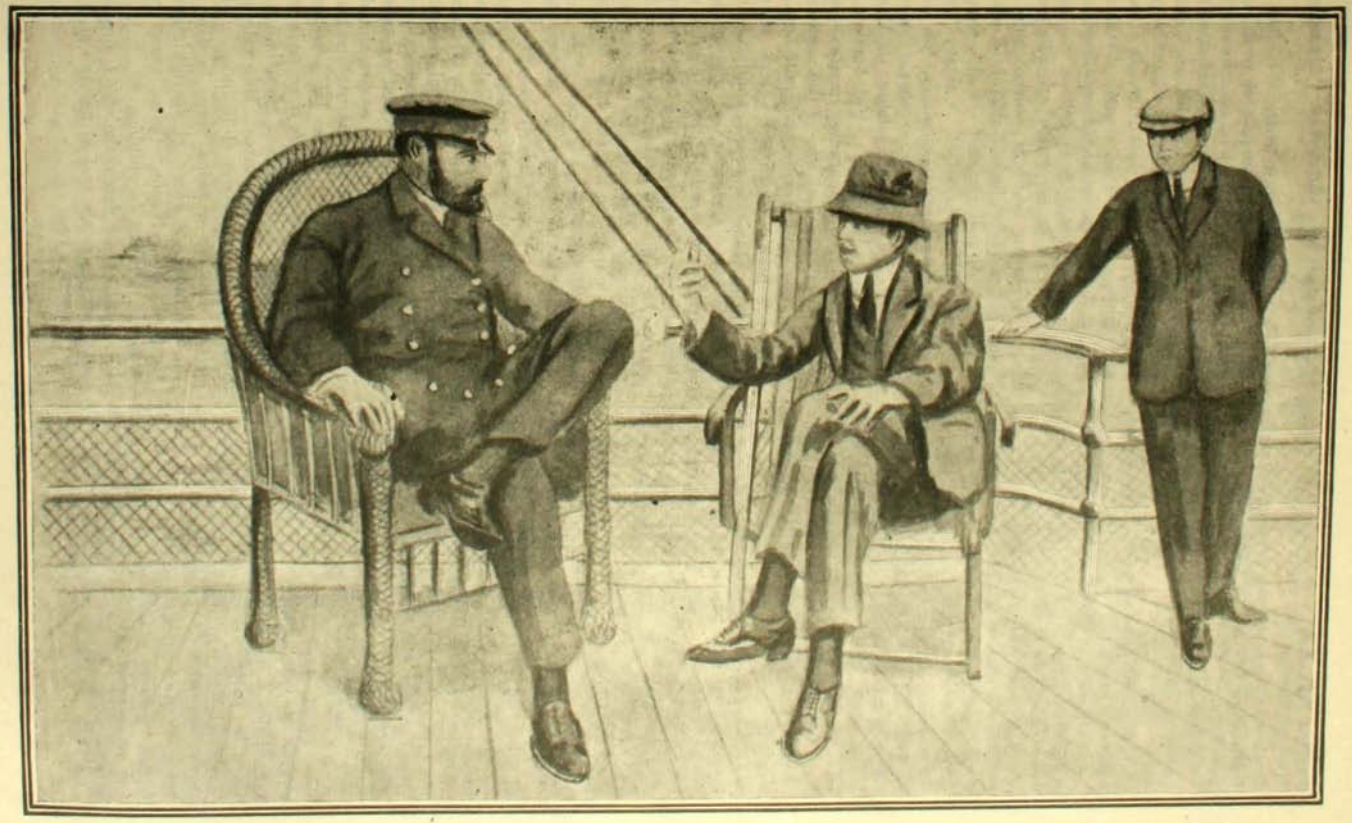
—Todo individuo que desea ocultarse o desaparecer, procura ante todo salir al extranjero: ahora bien, la frontera del Canadá corre a sólo trescientos kilómetros de Minneapolis. Además la legislación de la provincia de Manitoba es la más favorable del mundo para los matrimonios irregulares, de esos que en otros países significarían un delito de bigamia. Nadie pregunta allí a los contrayentes su origen ni su estado, como que el matrimonio se disuelve también por la simple voluntad de cualquiera de los cónyuges declarada ante un simple ministro de fe. Esa tierra nueva, sin tradiciones, recién poblada por aventureros de todas las razas, fué sin duda elegida para legalizar un amor que en otra forma no habría jamás aceptado la virtud intachable de la señorita Sutter.

—¡Caramba con la virtud!, observé... Después que ha recorrido como secretaria del otro, medio continente... Y luego un matrimonio a la moda de Manitoba. ¡Qué diablos! ¡Si es lo mismo que nada!

—Recuerde usted, señor Fuenzalida, repuso Holmes suavemente, que se trata de una virtud norte-americana y de un novio millonario.

—¡Ah!... Ahora comprendo... Tiene usted razón.

—Fué, pues, para mi amigo, cuestión de juego encontrar la pista del señor Valverde... La filiación del sujeto es por otra parte inconfundible. Es cierto que en último caso podría él teñirse de otro color sus cabellos y sus bigotes de un rojo subido muy raro de encontrar; podría también



El viejo marino sonreía encantado.

abandonar su monóculo, pero no borrar la cicatriz que le cruza la frente y la ceja izquierda...

—Si, observó, Román, es un recuerdo de la batalla de Pozo Almonte que llevará toda la vida.

—¿Conocía, pues, el señor Holmes, esos detalles?, pregunté.

—Ya lo creo... De otro modo, ¿cómo iba a seguir semejante pista?, repuso Román, encogiéndose de hombros.

—Pero, dijo Watson, la mejor señal para reconocer a nuestro hombre era la señorita Sutter, cuya extraordinaria hermosura no permite olvidarla tan fácilmente. Apenas llegamos a Winnipeg, capital de Manitoba, un mozo del Hotel Cosmopolitan, nos describió maravillosamente a la pareja que buscábamos. Según parece, Valverde y la señorita Sutter se habían casado ya...

—Perdone una interrupción, dijo Calvo; ¿encontraron ustedes la partida de matrimonio?

—No señor, repuso Sherlock Holmes, ni tampoco hace falta; pero, de las averiguaciones practicadas en Winnipeg, resulta que, o se casaron bajo nombres supuestos, o la ceremonia se verificó en otro punto de la provincia.

—Perfectamente.... Adelante, amigo Watson.

—Me queda muy poco que añadir, contestó el interpelado. No era seguramente el propósito de Valverde y su novia, el de enterrarse para siempre en aquel país rudo e inclemente, con inviernos cuya temperatura media no sube de veinte grados bajo cero... Para salir de Manitoba, hay tres caminos a más del de Estados Unidos, que Valverde habría de evitar... el ferrocarril del Ontario que conduce al San Lorenzo y a los puertos del Atlántico; el Canadian Pacific Line, cuyo término es Vancouver, ciudad marítima con comunicaciones fáciles y líneas de vapores hacia casi todos los países del mundo, y por último, la vía del lago Winnipeg y los portages del río Nelson hasta la factoría de York en la bahía de Hudson. Esta última ruta es la menos conocida y traficada de todas, porque no es practicable sino en los meses de verano, únicos en que la bahía de Hudson está libre de hielos. A pesar de todo, ese es el camino más corto entre Winnipeg y Europa, y será seguramente el preferido, durante la buena estación, cuando un ferrocarril haga desaparecer las actuales incomodidades del trayecto. Holmes supuso que tal camino habría sido el adoptado por un hombre deseoso de perderse en el maremagnum y en los placeres de la Europa.... No se equivocó... Luego supimos, por un telegrama, que la belleza radiante de la señorita Sutter había causado gran sensación entre los osos polares que la Compañía peletera de la Bahía de Hudson emplea en su factoría de York. La pareja se había embarcado en el "Calgary" vapor de la mencionada compañía, con destino a Bremen... "Es necesario buscar ahora en los garitos más célebres de Europa", me dijo Sherlock... "al hombre le gusta el juego". Empezamos nuestras pesquisas por Baden Baden y no fué necesario ir más lejos... Valverde vivía allí bajo el nombre supuesto de Simón Peters, en un chalecito solitario a medio camino entre Baden Baden y Gernsbach... Encontrado el pájaro, el honor de Holmes estaba satisfecho, y por las razones que ustedes comprenderán fácilmente, telegrafió a la señora de Valverde, anunciándole que convenía a ella y a todos, no llevar más adelante las investigaciones...

—Sin embargo, observé, un misterio tan absoluto...

—Sí señor, absoluto, repuso Holmes, con alguna sequedad. Casado Valverde con arreglo a la ley en una colonia británica, ninguna acción civil ni criminal podemos instaurar en su contra. Está protegido por el derecho escrito. ¿A qué perturbar entonces, el corazón de la infeliz esposa abandonada? ¿A qué arrojar inútilmente una mancha sobre su hogar? Dadas las preocupaciones reinantes en este país el segundo matrimonio de Valverde es una bigamia que le deshonra a él y a los suyos... Más vale que pase por muerto, como él lo quiso... Es lo que conviene a todos, como lo dije en mi telegrama... Ahora el descubrimiento efectuado por el señor Calvo, acaso nos aconseje cambiar de opinión...

—¿Cuál es ese descubrimiento?, preguntamos ansiosamente casi al unísono el doctor Watson y yo.

—Parece, dijo Sherlock Holmes muy quedo que el cuñado de Valverde, don Rufino Palacios no murió en Nueva Orleans, como nuestro hombre lo telegrafiara falsamente a Chile, sino en un punto que aún ignoramos, en su viaje a dicha ciudad... ¿Qué pudo inducir a ese desequilibrado, a ese insensato, a anunciar a su hermana aquella desgracia, ocultándole en parte la verdad?... Es lo que ahora averiguaremos, añadió, en compañía del señor Calvo, si a él le parece.

Por toda contestación, Román estrechó vigorosamente la mano del detective inglés.

—Me resta una duda, dije cavilosamente... Si usted creyó preferible que la señora Valverde tenga por muerto a su esposo ¿a qué fin le telegrafió desde Minneapolis, anunciándole que estaba vivo?

—¡Una ligereza! ¡Una imperdonable ligereza!, dijo Sherlock Holmes, con magnífica convicción... Pero no soy responsable de ella añadió, mirando de reojo a su compañero.

El rostro del doctor Watson, se puso encarnado como una grana.

—No quise, balbuceó, retardar por un segundo tan buena noticia para la infeliz señora...

—¡Sí! dijo sarcásticamente Holmes, ¡Muy buena la noticia!... **Une blague**, amigo Watson, **une blague**...

... ...

Apenas me encontré a solas con Román Calvo, no pude contener mi curiosidad por más tiempo.

—¿Querrás decirme, le pregunté, como averiguaste que Rufino Palacios no murió en Nueva Orleans?

Por toda respuesta, él me alargó un pedazo de papel.

—Aquí tienes, me dijo, lo que hice leer hace un momento a nuestro detective de Londres.

Era un telegrama escrito en inglés. Decía lo siguiente:

"Nueva Orleans, 2 de noviembre. Román Calvo, Santiago de Chile. Practicadas investigaciones pedidas por usted. Valverde desembarcó solo en esta ciudad Diciembre último. Vino por vapor Arkansas. Comunicó a vice-cónsul chileno que su cuñado Rufino Palacios falleció en viaje entre Bolivia y Estados Unidos. W. Smith."

—Pero, ¿cómo se te ocurrió pedir esa noticia?

—Muy sencillo. Sabía a punto fijo que Holmes no había ido a Nueva Orleans ni practicado allí investigaciones. Era pues fácil darle una sorpresa por ese lado.

—Lo admirable, observé, es que hayas recibido respuesta tan luego. Sólo ayer tarde te encargaste de este asunto...

Román Calvo rompió a reír estrepitosamente.

—Eres cándido como un inglés de campo, dijo. Si no hay tales pesquisas. El telegrama lo escribí yo mismo esta mañana en la oficina del Cable... Era el único medio de arrancarle la verdad a Sherlock Holmes.

De pronto interrumpió su hilaridad.

—Aunque acaso, murmuró, le hayamos engañado con la verdad.

V

Dos días más tarde, preparábame para salir con rumbo al Club de la Unión, cuando penetró en mi escritorio Román Calvo, acompañado de Sherlock Holmes y del doctor Watson. Parecían los tres mejores amigos del mundo.

—Ya comprenderás el objeto de nuestra visita, dijo Román.

—No... pero... tomen asiento. Supongo que será para algo muy bueno.

—Ya lo creo... Mañana sales para Europa con el doctor Watson.

Como se ve, Román Calvo está acostumbrado a disponer de mí como de lo propio.

—¡Mañana!, exclamé... ¿Te has vuelto loco?

—Es preciso. Tú eres mi historiador y no puedes dejarme en descubierto con estos señores. Inspírate en el ejemplo del doctor: él siempre está dispuesto a abandonar sus enfermos para acompañar a su hombre. El viaje será muy corto... Se trata de una excursión deliciosa: Baden Baden, Carlsbad, Monte Carlo, etc... Hay que buscar a Valverde. El doctor Watson no quiere encargarse él solo de la comisión...

—¿Y tú?... ¿Y el señor Holmes?

—Nosotros también tenemos trabajo por delante. Ya nos reuniremos más tarde en Europa. Pero, mientras practicamos algunas perquisas aquí en América, es necesario aprovechar el tiempo. No sea que el pájaro desaparezca de nuevo.

—Recuerdas, dije, que Valverde debe conocerme, siquiera de vista, como yo lo conozco a él. En cuanto me divise las empluma y ustedes no le verán el polvo.

—Muda usted de cara y asunto concluído, señor Fuenzalida, dijo Sherlock Holmes. Entre el amigo y yo nos comprometemos a dejarlo como nuevo.

La perspectiva del viaje comenzaba a halagarme.

—Entonces es cosa hecha... dijo Calvo, adelantándose a mis últimas vacilaciones. Antes de partir recibirás nuestras instrucciones completas.

—¿Y el disfraz?

Pasaremos por aquí mañana a las cinco.

... ...

Cuando al día siguiente nos embarcamos en el expreso de la tarde, en la estación del Mercado, nadie hubiera reconocido al doctor Watson y a Miguel de Fuenzalida, en dos rastacueros curtidos por el sol de los trópicos que tomaron asiento en un coche de primera con rumbo a Buenos Aires. Calvo al igual que Holmes poseía maravillosamente la ciencia del disfraz.

Ambos presentábamos rostros de un moreno subido y cabellos negros como ala de cuervo. Las patillas de Watson eran cerradas y luengas; las mías en forma de chuletas. Añádase, a esto una indumentaria vistosa y churrigueresca, y se comprende que nadie nos reconociera.

Omitiré los detalles de nuestro viaje. Watson y yo apenas nos veíamos a la hora de las comidas. El es loco por el Bridge y yo por el Rocambor. Dicho se está que no pudimos convencernos mutuamente ni de las excelencias de uno y otro juego, ni de la superioridad de los respectivos detectives cuyos altos hechos historiamos. Convinimos en no hablar sobre esos temas, y, gracias a tan prudente acuerdo conservamos la mejor armonía hasta Europa.

Las instrucciones que teníamos eran muy simples. Se limitaban a buscar al ex-marido de la señora Valverde, transformado ahora en cónyuge de la bella y **virtuosa** señorita Sutter por todos los sitios de placer más afamados de Europa, empezando naturalmente por los centros de juego.

—Es el vicio que más se arraiga en el hombre, había dicho Sherlock Holmes... Tarde o temprano lo encontraremos donde haya timbirimba en grande.

En Baden Baden tuvimos fiasco completo. El supuesto Simón Peters había abandonado su chalecito a fines del verano.

—Debimos haberlo sospechado, dije a Watson. Ahora es la estación de la Riviera.

—¿A Monte Carlo, entonces?

—A Monte Carlo.

Por cerca de una semana, nadie entró o salió del célebre Casino del minúsculo principado de Mónaco, sin que Watson o yo lo examináramos. Habíamos convenido en turnarnos rigorosamente para esta vigilancia.

Me iba ya abandonando la esperanza, cuando una tarde, al sentarme a la mesa, en el Hotel Métropole, ví entrar al doctor Watson, radiante de entusiasmo.

—Al fin, exclamó; ya lo tenemos. Acabo de ver a nuestro hombre al salir del Casino... Le he seguido en un automóvil hasta su alojamiento... Vive en el Hotel de la Paix en La Condamine, a dos pasos de aquí... Come ahora en la Terraza con unas damas muy hermosas... Juraría que una de ellas es la señorita Sutter...

—La ex-señorita Sutter, rectifiqué.

—Tiene usted razón repuso Watson, haciéndose el gracioso. La ci-devant mademoiselle Sutter.

El buen doctor estaba feliz con su descubrimiento.

Cinco minutos más tarde descendíamos junto al Hotel de la Paix.

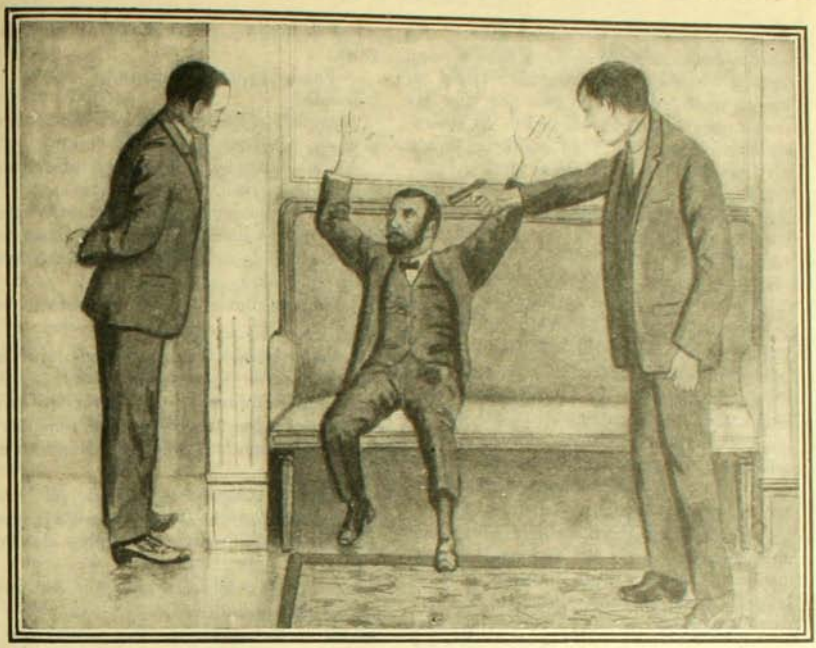
—Con prudencia, me dijo Watson. Lo mejor es espiarle sin que nos vea.

—¡Hombre! ¿Qué nos ha de conocer?

—Sin embargo, como dice Sherlock Holmes, cuando se hace policía no hay precauciones inútiles.

Una de las manías de Watson es suponerle a su detective aforismos dignos de M. de La Palisse o de Pero Grullo.

—Ahí, junto al comedor, me dijo, hay un



—Arriba las manos, le grité, apuntándole mi Browning.

gabinetito con ventana sobre la Terraza. Está a obscuras y constituye un excelente punto de observación.

Subimos al sitio indicado. Watson se precipitó hacia la ventana.

—Allí está, me dijo, señalándome, al través de los vidrios, una mesita a cuyo alrededor estaban sentados un caballero y dos damas lujosamente vestidas.

Me quedé helado... ¡Aquel hombre no era por cierto Godofredo Valverde!

Watson adivinó en mi rostro algo de lo que por mí pasaba.

—¡Es el mismo, afirmó enérgicamente, podría jurarlo!

—Amigo, le dije, usted sufre un error... Ese no es el Valverde que buscamos.

—Usa ahora la barba entera, repuso Watson, pero es él mismo... No olvidaré nunca su rostro...

Me quedé mirando fijamente a mi interlocutor. Con el aturdimiento fuí descortés.

—Si el sujeto que come en esa mesa, dije, es el que ustedes encontraron en Baden Baden, eso significa que el infalible Mr. Holmes ha seguido tras de una pista falsa.

Nunca hubiera proferido semejante blasfemia. El doctor Watson quedó como petrificado; sus ojillos azules, de ordinario tan suaves y dulzones brillaron de coraje y una risa estridente, nerviosa, desagradable sacudió sus mandíbulas.

—¿Qué se han imaginado ustedes de Sherlock Holmes?, exclamó cuando la indignación y el estupor le permitieron articular las primeras palabras... ¿Qué se han imaginado?, repito... ¿Es esto un juego de niños?... ¿Piensan que una afirmación de mi amigo es cosa para ser puesta en duda, así entre dos chupadas de cigarro?... Pues, señor, voy a confundirle... eso le enseñará a medir sus expresiones en lo futuro... Sherlock Holmes no sospecha que ese es Godofredo Valverde...

sabe que es él... ¿Entiende? sabe... No sólo le hemos seguido la pista paso a paso, sino que con el auxilio de un retrato, mi amigo pudo comprobar una por una las transformaciones que ese sujeto ha operado en su fisonomía... ¿Tiene usted acaso idea de lo que es el moderno arte del disfraz? ¿No ha llegado a su noticia de que hay establecimientos en que pueden cambiarle a usted hasta la forma de la nariz?...

Aquel gringo empezaba a incomodarme... No quise, pues, darme por batido.

—Puede usted decir cuanto quiera, le repuse con fingida calma; pero yo fuí condiscípulo de Godofredo Valverde, y hasta el año último lo he estado viendo casi diariamente en Santiago... Aquí no se trata de narices ni de caer de ojos... no, señor, es el conjunto, el contorno mismo de la cara... Vuelvo, pues, a asegurarle que no estamos frente a Valverde.

—Me imagino, dijo Watson, conteniendo a duras penas la ira, que estamos perdiendo el tiempo... Esta discusión es ociosa y no es mi ánimo continuarla... Siga usted esperando a su Valverde imaginario, que entre tanto yo no perderé de vista al verdadero, al que come sentado en esa mesilla...

Y, encogiéndose de hombros, se marchó, después de hacerme una leve pero ceremoniosa inclinación de cabeza.

Me retiré al hotel, presa de las más extrañas dudas. La seguridad de Watson había logrado perturbar mi primer convencimiento. Apenas pude conciliar el sueño. Al fin, una idea me tranquilizó a medias.

—Quizás, pensé, no se trata de un error de Holmes, sino de ese doctorcito, que no parece muy avisado.

... ...

Acababa de despertar la mañana siguiente, cuando sentí golpear a la puerta de mi alcoba. ¿Sería Watson? ¿Vendría a confesar su equivocación y a pedir disculpas de su impertinencia?

—Adelante, dije.

La puerta se abrió, y ví penetrar por ella a Román Calvo...

—Román, exclamé incorporándome en el lecho, qué a tiempo llegas.. Todo se lo llevó el demonio... Seguimos tras una pista falsa...

—Vamos... tranquilízate... ¿qué ha sucedido?

Le referí el incidente de la noche anterior sin perdonar detalle.

El me escuchó con calma placentera, sonriendo y frotándose las manos.

—No te preocupes del doctor Watson, me dijo; esta mañana partió en el expreso para su nebuloso Londres... Nos topamos en la estación.

—Irá avergonzado, confundido de su torpeza.

—Nada de eso. Confiesa, Román, que has obrado muy de ligero. ¿Cómo pudiste imaginar que Holmes y el doctor se equivocasen al seguir una pista tan sencilla...

—¿Estás loco?... No te digo que no era él?

—Y yo te aseguro que anoche, al través de una ventana del Hotel de la Paix, viste comiendo en la Terraza al hombre que buscamos.

Me restregué los ojos creyendo ser víctima de una pesadilla.

—Si no lo reconociste, eso prueba que el disfraz es bueno, continuó Calvo... levántate que tenemos trabajo por hoy.

—¿Y Holmes?, pregunté.

—En Londres... Ha querido dejarnos a nosotros solos el desenlace de la aventura... y los honores de la jornada.

Había en los gestos y ademanes de Calvo, en las inflexiones de su voz, cierta misteriosa socarronería, cuyo misterio ansiaba yo descifrar.

Me vestí en dos minutos, y, después de desayunar a la carrera salimos a la calle.

Con gran sorpresa de mi parte, Calvo pasó frente al Hotel de la Paix sin detenerse.

—Necesito evacuar una diligencia previa, me dijo.

Junto a los baños, el extraño hombrecillo se detuvo, hizo una seña con la mano al patrón de una elegante canoa de gasolina anclada junto al muelle y le pasó algo como una tarjeta. El marino saludó entonces militarmente.

—Adelante, me dijo Calvo, invitándome a entrar en la canoa.

—Querrás decirme lo que significa esto? interrogué.

—Paciencia, repuso él, llevándose un dedo a los labios.

Atracamos junto a un yate de regio aspecto pintado de blanco, en cuyo palo de mesana ondeaba un gallardete bicolor. Un oficial salió a nuestro encuentro sobre la escalerilla de acceso.

—Aguarde usted un instante, dijo a nuestro amigo, mientras tomaba una carta con sobre blasonado que éste le había puesto en la mano.

Vi entonces al oficial dirigirse hacia un señor ya anciano de aspecto venerable que, sentado en un cómodo sillón de mimbre y vestido con sencillo uniforme de marino, leía atentamente un grueso volumen. El desconocido hizo una señal de asentimiento.

—Pase usted, señor, anunció el oficial a mi amigo, inclinándose cortésmente.

—Ten paciencia unos minutos, Miguel, ya vuelvo, me dijo Román.

Se sentó junto al anciano y empezó a hablarle con cierta animación no exenta ni de respeto ni de finura. Cuando estaba de humor, el extraordinario detective hacía maravillosamente el papel de gran señor.

No pude escuchar ni una palabra de la conversación. El viejo marino sonreía encantado y en su fisonomía se dibujaba vivo interés.

Tras un buen cuarto de hora, el anciano se puso de pie, y, seguido de Román, penetró en la cámara de popa.

Momentos después, Calvo estaba de nuevo junto a mí.

—Ahora, a tierra, me dijo, bajando la escalera.

—¿Querrás explicarme, al fin?, le pregunté en cuanto estuvimos en la escalera... ¿Quién es ese señor?

—¿No lo reconociste?

—¿Valverde?

—¡Dale con Valverde! Has estado delante de su Alteza Serenísima, Alberto Honorato de Grimaldi, duque de Valentinois y príncipe de Mónaco, soberano absoluto del pequeño país en que nos encontramos.

—¿Y a qué objeto esta regia visita?

—Necesitaba carta blanca y aquí la tengo, repuso mostrándome un gran pliego sellado con las armas del príncipe.

—¿Cómo lograste abordarle?

—¡Vaya que eres curioso! Conseguí para él en Londres una recomendación del duque de Sutherland por intermedio de nuestro viejo amigo Lord Weymore. Y basta de preguntas que ha llegado el momento de la acción. Mientras yo termino una corta diligencia, tú vas a despojarte de ese disfraz de rastacuero, inútil ya y me esperas en el gabinete de lectura del Hotel de la Paix. No tardaré mucho.

Todo aquel misterio me tenía horriblemente intrigado. Cumplí sin embargo, sin discutirlas, las instrucciones de mi amigo. Diez minutos después era yo de nuevo Miguel de Fuenzalida. Román Calvo se me reunió al poco rato.

—Ahora, mucha calma y resolución. Vamos a sorprender a ese pícaro en su propia guarida... Entraremos en su dormitorio, y tú, sin vacilar le apuntas tu revólver ordenándole levantar los brazos... Lo demás corre de mi cuenta...

—Pero, ¿si es un error?

—No, Miguel, no es un error.

La escena se desarrolló con la rapidez del rayo. De un empujón abrimos la puerta del alojamiento que Román me indicó. Junto a la ventana el desconocido de la Terraza leía un periódico.

—¡Arriba las manos!, le grité apuntándole mi Browning.

Un grito involutario se escapó de la garganta del individuo.

—¡Fuenzalida!!!, exclamó... ¡Román Calvo!

En ese momento, yo también lo reconocí... Quedé como paralizado por la sorpresa.

—¡Rufino Palacios! murmuré...

—¡Sí! rugió Calvo, con voz de trueno... ¡Rufino Palacios! El cobarde, el infame asesino de su hermano político Godofredo Valverde, el usurpador de su nombre y de su fortuna, el novio de la señorita Sutter en Minneapolis... aquel cuyo rastro siguió Sherlock Holmes..., el Simón Peters de Baden Baden ¡Ahora no se escapará!... Va a pagar todos sus crímenes.

La reacción natural se había operado en el alma del bandido.

—¿Con qué derecho? murmuró temblando.

—¡Con este, repuso Román triunfante, señalándole el pliego del príncipe de Mónaco... Ahora vamos a cuentas... Bajo esa ventana puedes ver un piquete de carabineros... A una señal mía entrarán a prenderte... ¡fratricida!... La extradición estará otorgada hoy mismo... Tengo promesa formal de su alteza... Subirás al patíbulo... Puedes, sin embargo, salvar la vida...

El miserable yacía casi exánime en su sillón...

—¡Piedad! exclamó.

—Tú no la tuviste, dijo Román... Allí en Santiago una infeliz mujer... tu hermana... llora desconsolada la pérdida de su esposo y su deshonra... En consideración a ella te otorgaré la vida, si devuelves ahora mismo la fortuna que usurpaste....

—La he perdido, balbuceó Palacios, lívido de terror.

—¡Mientes!... Sé que has ganado en Baden y aquí más dinero del que nunca soñaste poseer... Responde... Si tardas un instante, me basta hacer una señal por esa ventana... y lo pierdes todo con la vida...

—¡Acepto!, balbuceó gimiendo el otro. Mañana devolveré ese dinero.

—¡Ahora mismo!... Vamos... Una carta para el agente del judío Blümen...

El asesino se incorporó como un autómata y escribió sobre la mesa algunas líneas bajo el dictado de Calvo.

Este dobló el papel, y después de guardarlo en la faltriquera, con mucha calma tomó las manos de Palacios y las aseguró con un par de esposas.

—¡No! protestó el cobarde, sin dejar de temblar... No es eso lo convenido...

—Tranquilízate... No te prenderemos... Una vez en mi poder esos valores, regresaré y entonces podrás marcharte... Siempre te quedará algún fruto de tu infamia... Tus ganancias de juego... No, Fuenzalida, no guardes la pistola... Te quedarás vigilándole... Si hace un ademán, si pronuncia una sola palabra, agitas por la ventana tu pañuelo y asunto concluído.

Román salió entonces de la pieza. Oí chirriar la llave en la cerradura.

... ...

Transcurrió una hora larga. El bandido, anonadado no hizo casi ningún movimiento... Los minutos me parecieron siglos... Al fin resonaron de nuevo los pasos de Calvo por el corredor.

Mi amigo entró llevando bajo el brazo un pequeño maletín.

—Aquí está todo, dijo triunfalmente... Hasta el último centavo... Ahora puedes desatar a ese hombre: es un pícaro con suerte. Tiene dos horas para abandonar el principado. Mientras tanto nosotros dejaremos esto en lugar seguro.

VI

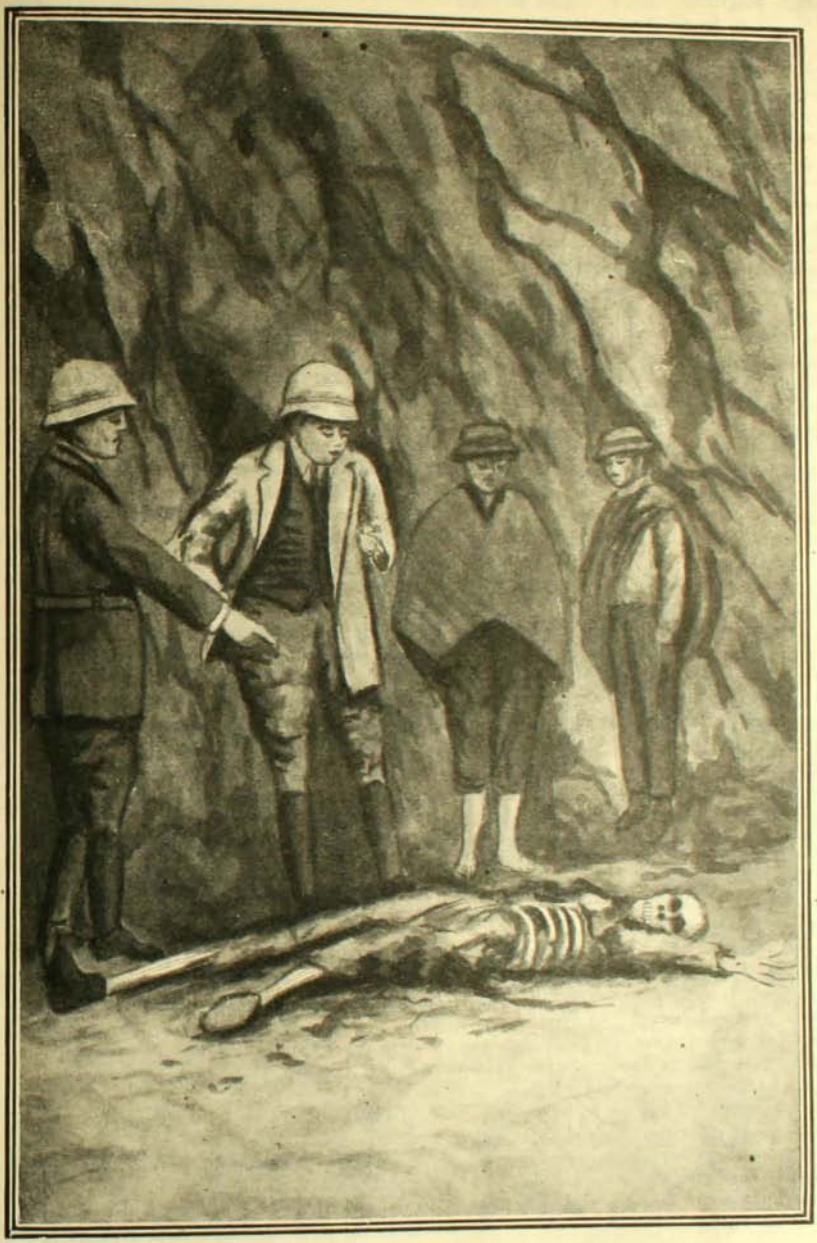
Yo ardía de impaciencia por conocer la clave de aquel enmarañado misterio. Mientras, sentado en un sofá del Credit Lyonnais, aguardaba a que Calvo terminara el depósito de su botín de victoria, mil suposiciones estrambóticas cruzaron por mi cerebro. ¿Cómo pudo cometerse aquel asesinato que el propio Holmes imaginara simulado y del que aparecía autor un individuo cuya muerte había anunciado la víctima algunos meses antes...? ¿Cómo logró ese audaz e inteligente bandido despistar a un hombre como Holmes y hacerse pasar él mismo por Valverde? ¿Qué papel jugaba en el asunto la celebérrima señorita Sutter? ¿Cómo había desenredado Calvo desde Santiago aquella extravagante intriga?

Lancé sobre mi amigo ese turbión de interrogaciones apenas nos encontramos solos.

—Calma, Fuenzalida, me contestó. Las emociones de la mañana me han abierto el apetito... Almorzaremos en la Terraza del Hotel de la Paix, junto a la propia mesilla que ocupó anoche aquel tunante, y donde, sin duda ahora no lo encontraremos. Allí te lo referiré todo.

En efecto, apenas hubimos despachado el primer plato (caviar en block) Román comenzó a hablar.

—Tomé interés por el negocio desde que



Al fin señalé triunfante a Holmes un cadáver destrozado.

me diste cuenta de él en la pastelería de Camino. Algunos detalles me parecieron desde luego sospechosos: el pobre Valverde era un deschabetado y un bohemio, y la intriga suponía un hombre de gran calma y friamente malo. Mi ilustre colega no supo ver eso, pero no es culpa suya. sólo conocía a los personajes por las referencias que le enviara desde Santiago un individuo agrio, mal psicólogo, incapaz de distinguir entre un pícaro redomado y un pobre diablo de ocasión. Es una prueba de que en materias de policía más vale un infeliz como Román Calvo trabajando en su casa que todo un Sherlock Holmes trabajando en la ajena.

—Vaya; deja modestias a un lado y adelante.

—Luego la lectura de las cartas de Valverde a su esposa me puso sobre la verdadera pista... Comprendí que no todas eran redactadas por la misma persona aunque ni el más hábil calígrafo hubiera notado la menor diferencia en las firmas. Estaban por lo demás escritas en una misma máquina, de viaje, marca Corona. Pero las más antiguas contenían errores de sintaxis que en vano busqué en las posteriores. Valverde, como todos los ingenieros era mal gramático y llegaba al extremo de usar de la preposición de frente a complementos acusativos. ¡Ya ves que barbaridad!... Holmes, no muy ducho en el español, tampoco pudo notar tal circunstancia. No me fué difícil establecer la fecha precisa de aquellos cambios... Valverde no era más experto mecanógrafo que gramático: las letras de su escritura presentaban ligeras desigualdades: las unas se imprimían con más vigor que las otras. En cambio la escritura del que tomó su nombre, la de Palacios, digámoslo de una vez, es limpia y pareja... Ahora bien, la última carta legítima está fechada en Cusihuasi, así se llama la famosa mina del derrotero, en 29 de octubre de 1909, y la primera falsificada por Palacios en Lampa, departamento de Puno, el 3 de noviembre... Eso te hará comprender que desde su primer viaje el falso Valverde tomó el estrambótico camino del Amazonas para dirigirse a los Estados Unidos... Nada tenía que ver con ello, pues, la señorita Sutter.

—¿Cómo no paró mientes en ello Sherlock Holmes?

—Porque tomó como punto de partida de sus investigaciones el supuesto asesinato de Minneapolis... En su caso me habría ocurrido lo mismo.

—Maravilloso.

—Quedaba fijar exactamente el punto preciso en que Palacios asesinó a su cuñado... Nada más sencillo. Salieron ambos de la mina, no seguramente camino del Amazonas sino de Mollendo...

—Evidente.

—Palacios cambió de dirección apenas cometido el crimen, y llegó a Lampa el 3 de noviembre; luego no tuvo materialmente tiempo de alejarse más de una jornada en dirección a Mollendo... Entonces señalé con el dedo en el mapa, el tambo de Incallabamba, como el punto extremo a que debían extenderse mis investigaciones a partir de la mina... ¿Comprendes?

—Claro que comprendo.

—La conducta de Palacios, con los antecedentes que teníamos era ya muy fácil de adivinar; se puso el monóculo de la víctima, se dió un machetazo por donde el otro lo tenía, enrojeció sus cabellos y su barba con agua oxigenada, y, seguro de no encontrar compatriotas en el trayecto, bajó el Ucayali y el Amazonas hasta Pará, y tomando el nombre, el pasaporte y los papeles de Valverde, fué a negociar la mina, no a los centros más conocidos y visitados por los comerciantes y turistas chilenos, sino a Minneapolis, donde probablemente no llega jamás ninguno... Para justificar el misterio en que habría de rodearse, fingió su aventura con la señorita Sutter... ¿Vas entendiendo? Ya ves que se trata de un pillo muy hábil... Todos esos detalles denuncian al periodista, al hombre equilibrado, al lector de literatura criminal.... La idea de anunciar su propia muerte desde Nueva Orleans fué un golpe maestro, imitado acaso del famoso Becker.

—Magnífico... Pero hasta aquí sólo veo presunciones...

—Precisas y concordantes... Aguarda, sin embargo... No me cupo la menor duda de que Holmes, el primer detective del mundo sin duda alguna, habría seguido la

pista de Palacios, tomándolo por Valverde, desde el sitio del crímen simulado de Minneapolis... Tampoco era su culpa... En Estados Unidos la policía le mostró un retrato del prófugo y así no podía menos de equivocarse. Conoces la estratagema de que me valí para arrancar a nuestro hombre el secreto de sus pesquisas... y cómo logré que Holmes y Watson se nos asociaran para continuar la aventura. Era preciso: sólo ellos podían reconocer a Palacios en el nuevo disfraz que ha adoptado en Europa...

—¡Bravo! ¡Estoy orgulloso de ti!

Sin participar a mi colega la verdad de mis descubrimientos, le indiqué la conveniencia de que visitáramos juntos la mina de Cusihuasi, so pretexto de averiguar el móvil que pudo tener Valverde para anunciar en forma tan rara la muerte de su cuñado... Llegamos a la mina, y allí se confirmaron mis suposiciones: Valverde y Palacios habían partido para Mollendo el 30 de octubre... Continuamos el rastro hasta el tambo de Incallabamba. El camino corre en todo el trayecto por una meseta fría y desnuda, tan llana como la palma de la mano. El terreno, duro como piedra, cubierto de concrecencias salinas no es a propósito para ocultar un cadáver... Me convencí de que nada había ocurrido antes de Incallabamba, donde se llega al caer de la tarde.

Aquel es un tambo, como muchos otros de la sierra del Perú. Consiste en una simple choza de piedra, refugio para los caminantes y completamente desierto... Ni siquiera hay agua por las cercanías, lo que era un dato importante.

—¿Por qué?

—Sin agua para ablandar el terreno es imposible, a menos de usar la dinamita, abrir una fosa capaz de ocultar un cadáver.

Hice un minucioso registro del tambo y sus alrededores; nada encontré por lo pronto, y comenzaba a inquietarme, cuando mis ojos se fijaron en un detalle topográfico. A doscientos pasos del tambo, una quebrada profunda, casi cortada a pico interrumpe la meseta... Es un abismo de muchos centenares de metros, a cuyo fondo probablemente nunca había descendido persona viviente... Mis pesquisas se dirigieron al borde del precipicio... Allí topé con ésto que pienso guardar en mi colección como un recuerdo precioso.

Román Calvo me presentó un cabo de lápiz muy pequeño, sin otras señales que una manchita de tinta y las letras A. W., sin duda las iniciales del célebre fabricante A. W. Faber, grabadas en plata.

—Este lápiz, dije a Holmes, perteneció sin duda a Valverde.

—A un ingeniero, convengo, repuso mi interlocutor. La mancha es de tinta china y sólo usan de ella los ingenieros y los dibujantes y el lápiz es muy duro para un artista... Pero a más de Valverde pueden haber traficado otros ingenieros por aquí.

—Pero no empleados en la Dirección de Obras Públicas de Chile.

Holmes me miró sin comprender... Es muy hábil, pero como extranjero ignora ciertos detalles.

—Sepa, le dije, que el jefe de nuestra Oficina Fiscal de artículos de escritorio, es un funcionario modelo: cuida de los intereses confiados a su cargo como si fueran propios. El año pasado obtuvo de la casa Faber una considerable rebaja en la provisión de lápices, a condición de cambiar por caracteres de plata los de oro que emplea en el mote de sus mercaderías aquel fabricante (1). Las letras A. W. del lápiz son de plata... luego...

—No diga más: es obvio. Pero Valverde no ha venido al borde de este precipicio con buen fin... Aquí encontramos acaso la clave de la desaparición de su cuñado, me observó Holmes pensativo.

—Ya lo creo: hay que descender al fondo de la sima.

Nos bastaba explorar con el auxilio de dos montañeses indígenas, la vertical del sitio en que encontráramos el lápiz. La pesquisa de ese espantoso abismo nos ocupó varias horas del día siguiente... Muchas veces temimos desnucarnos; pero el inglés es buen alpinista y yo no lo soy tan malo... Al fin señalé triunfante a Holmes un cadáver destrozado, al pie de un

(1) Histórico.

altísimo farellón de rocas escuetas y desnudas. En esos climas secos del desierto los restos orgánicos no se descomponen como es sabido... Yo reconocí al momento esos fúnebres despojos...

—¡El cadáver de Palacios!, exclamó Holmes.

—No señor, le dije, es el cadáver de Godofredo Valverde.

Y le referí, punto por punto, la historia que conoces.

Mi colega es un hombre de carácter. La escuchó sin pestañear.

—Esto me prueba una cosa, dijo al fin, con voz entera.

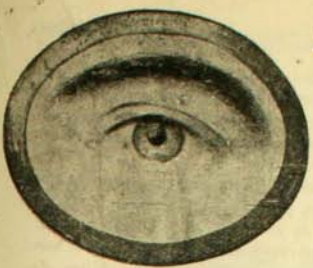
—¿Qué?

—Que bien se está Sherlock Holmes en Londres y Román Calvo en Santiago.

MINIATURAS DE OJOS

Por el Dr.

G. C. Williamson



















(El Dr. Williamson, entusiasta investigador artístico, ha tomado una parte importantísima en hacer revivir el exquisito arte antiguo de la miniatura de ojos.)

FUE una moda curiosa la que indujo a nuestros abuelos a poseer sus ojos pintados en miniaturas por los principales artistas de la época.

Es posible que el cuidado extremo con que algún pintor de miniatura copió el ojo en un retrato, pudo sugerir la idea que éste era suficientemente bello para ser por sí solo objeto de una pintura; o, quizás, el caso de un hijo que partía a tierras lejanas, hizo pensar a su amorosa madre en guardar, a falta de un retrato completo, para el cual no había tiempo disponible, la representación de uno de sus ojos.

Acaso el origen de la moda ha provenido del deseo expresado por algún amador de mantener siempre a su lado la copia del ojo de su amada, y ella, accediendo a su petición le hubiese ofrendado ese retrato para que velara por él en todos sus viajes.

Alguien dice que Cosway estableció la moda cuando pintó para el Príncipe Regente, "el primer caballero de Europa", el ojo de la señora Fitzherbert, a quien el príncipe agradeció el lindo obsequio enviándole la miniatura de uno de sus ojos. Cualquiera que haya sido la razón de la moda, ésta creció con considerable rapidez y los grandes miniaturistas de la época se dedicaron exclusivamente a ella.

En el valioso archivo de Jorge Engleheart, cuidadosamente conservado, que ha sido trasmitido de generación a generación, hay coleccionada gran cantidad de miniaturas de esta especie. Pintó los ojos de seis miembros de la familia Beauchamp, varios de la Metcalfes, de la de Plowdens y de la de

1. Miniaturas de ojos pintados por Ricardo Cosway, Jorge Engleheart y otros famosos miniaturistas. La más pequeña de la izquierda corresponde al ojo del doctor Williamson, autor del presente artículo, pintado por Alyn Williams, quien ha tratado de resucitar el arte de la miniatura de ojos. Se halla colocada en un anillo.

Paget, familia esta última que agregó después a la dignidad de Par el condado de Uxbridge y el marquesado de Anglesey. Media docena de los ojos de los Beauchamp se encuentran en la actualidad en posesión de sus descendientes, y damos aquí la copia, agregada a otros ejemplares del trabajo de este artista.

En ellos demuestra el pintor su habilidad para introducir un rizo o dos, el extremo de la mejilla y una línea que sugiriera la nariz, con el objeto de hacer la pintura más interesante y el parecido más exacto. Llama la atención la perfección del dibujo, y el hermoso brillo que se nota en el ojo revela la obra de un gran artista

Cosway pertenecía a la Corte del Príncipe Regente, mientras que Engleheart era pintor miniaturista del Rey.



2. Tres miniaturas atribuidas, la primera y tercera a Cosway, y la del medio a Engleheart. Esta pertenece a la marquesa de Bristol.



3. Miniaturas de los ojos de seis miembros de la familia Beauchamp, pintadas por Jorge Engleheart, en 1804.

Existe una curiosa serie de ojos de los siete hijos de Juan Lumsden, de Cushnie, Aberdeenshire, atribuída a Cosway. Sólo uno de ellos es de un niño, y el artista le ha dado a este retrato un sello de energía y de confianza en sí que no aparece en ninguno de los de las seis hermanas, en los cuales ha puesto cierta melancolía característica de la época. Estas miniaturas que han sido ahora colocadas sobre brazaletes y otras joyas, forman una valiosa y curiosa serie de ornamentos.

¡Qué agrado causaría tener la certeza que un par de ojos que pertenecen al señor Haines, representan realmente a Lord Nelson y a Lady Hamilton, cuyos nombres llevan!

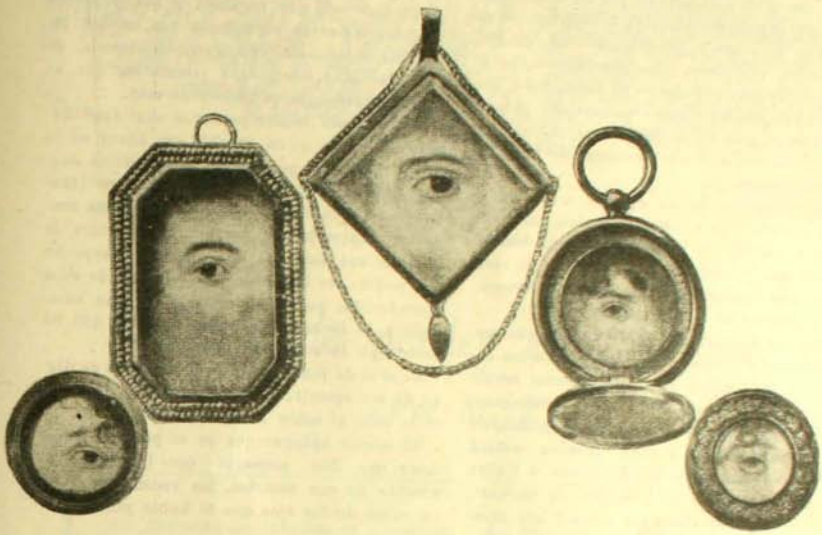
Uno de ellos de sorprendente belleza, pertenece evidentemente a una mujer, y el otro a un frío y austero hombre de acción, aunque creeríamos notar en él cierto destello de alegría y de afecto.

Un ojo pequeño, probablemente obra de Engleheart, está pintado en una pieza de marfil en forma de corazón y hay quizás un símbolo en la estructura de la joya. Otros han sido colocados en anillos y en hebillas de cinturón.

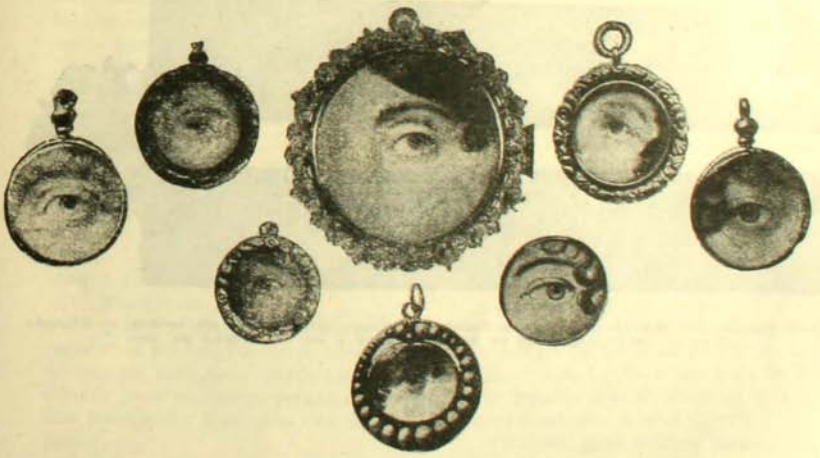
Engleheart fué imitado en este arte por su sobrino, J. D. Engleheart, de quien se conservan dos grandes y encantadores ojos colocados en medallas de oro adaptables a una cadena de reloj o a un brazalete. Pertenecen probablemente a dos hermanas y ambas muestran el cabello rizado.

Vaslet, autor de varias de las pinturas que pueden verse hoy en el Merton College y que vivió en York y en Bath, se dedicó también a pintar ojos. Otro miniaturista fué Freese, que exhibió sus obras en el Royal Academy, en 1800. Su ojo tiene un carácter particular, y como se destaca sobre un fondo sombrío, parece pestañear cuando se le observa detenidamente.

De Grimaldi, que gustaba tanto del uso del café en sus telas y que era un hombre extraordinariamente melancólico, se cuenta que se dedicó a esta especie de miniatura, pintando entre varios ojos el de su encantadora sobrina Isabel Dawe, inteligente miniaturista



4. Las dos miniaturas de la izquierda corresponden a los ojos de la señora Fitzherbert y la mayor de ambas es obra de Ricardo Cosway. El ojo del medallón es el de Lady Blessington.



5. Miniaturas de artistas famosas. En varias el pintor ha agregado un rizo o dos para lograr mejor efecto. La inferior se halla rodeada de una hermosa cadena de perlas que representa una serpiente. La mayor es de Grimaldi y hay otras tres ejecutadas por Sharpe.

también, pero más notable por su talento musical, quien se vió obligada a soportar los caprichos enfermizos de que padecía su tío. Grimaldi, que poseía gran imaginación, ha sido ciertamente pródigo en el tamaño del ojo, el cual es grande y bastante hermoso, y revela en sus líneas cierta melancolía que nos hace recordar a algunos miembros de la familia del artista.

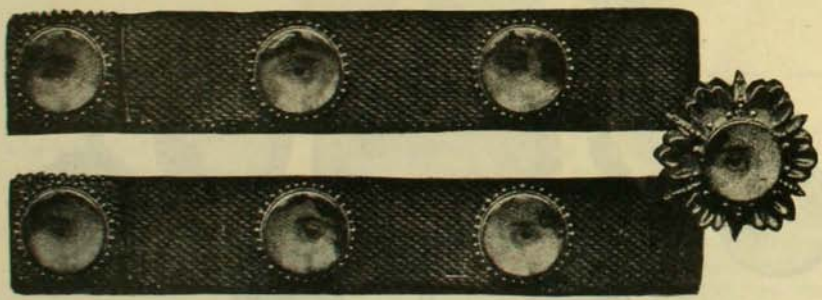
La colocación de los ojos es, a veces, de gran interés. Una culebra de perlas, que tiene la cola cogida con la boca, arrollada alrededor de una miniatura, es un símbolo de eternidad que demuestra la afección, que traspasa los límites de la vida humana.

Otro ojo se halla dentro de un pequeño medallón que a primera vista es igual a los corrientes, pero que a un toque especial revela el retrato de la adorable Lady Blessington, cuya belleza admiró a Londres a principios del siglo diecinueve y cuyo nombre estará siempre asociado con los de Byron y Count d'Orsay. Esta miniatura es obra de Stewart, el anciano que amaba a los niños y que acostumbraba proveer sus bolsillos de bombones y confites con que regalaba a sus pequeños modelos mientras reproducía sus caritas infantiles, coronadas con gorritos blancos, en sus conocidas miniaturas circulares, que se destacan sobre un pálido verde mar.

Uno de sus contemporáneos era José Federico Sharpe, quien exhibió sus obras en la Royal Academy, poco antes que la Reina ocupase el trono y pintó muchos ojos, encontrando generalmente la manera de darles una simpática expresión de acecho, que sugiere la idea de una sonrisa. Los ojos de Sharpe no han podido ser imitados, pues algunos de ellos reproducidos por otros artistas, no han escapado a la melancolía propia de ellos que no poseen en la miniatura original.

El arte de pintar ojos en miniaturas es digno de ser resucitado, y, en el hecho, tal honra le cabe al señor Alyn Williams.

El mayor aplauso que se le puede dar, es decir que dos personas que ignoraban el nombre de sus modelos, los reconocieron en un rasgo de los ojos que él había pintado.



6. Los ojos de los siete hijos de Juan Lumsden. Estas miniaturas, atribuidas a Ricardo Cosway, están colocadas en dos brazaletes y en un broche de oro.



En el Paddock.

El arte de perder en las carreras

Por M. P.

Dibujos de M. P.

LAS carreras de caballos se componen de dos elementos bien distintos:

1.o Los jugadores.

2.o El dinero de los jugadores.

Hay también los caballos, dirán ustedes? Cierto, hay también los caballos. Pero, éstos no tienen sino una importancia muy relativa, porque no son los caballos los que corren, como persisten en creer algunas personas mal informadas.

Son los jugadores.

Estos corren a las boleterías de apuestas mutuas. En seguida, corren detrás de su dinero.

Es lo que se llama una carrera de fondos.

El jugador, en esta carrera, es invariablemente batido: jamás logra alcanzar su dinero. Lo cual a nadie causa extrañeza, porque bien sabemos que el dinero se va an rápidamente...

Pero, lo que divierte verdaderamente al jugador es perder. Porque el hombre no se divierte un poco sino cuando pierde plata. Cuando gana se aburre, porque no se gana sino trabajando. Y no gana sino para poder perder....

Se puede, pues, sentar, con toda osadía, el principio siguiente:

La gran distracción de las carreras es la de perder.

No tiene usted sino que mirar a su alrededor, después, naturalmente, de haber escrutado sus bolsillos.

Usted pierde.

El señor Morel pierde.

El señor Fuentes pierde.

El señor León pierde.

Todo el mundo pierde, sin exceptuar a los caballos, que ganan muy raramente.

Y, sin embargo, espíritus ligeros y versátiles se encarnizan en buscar los medios de ganar en las carreras. Elaboran sistemás científicos, publican importantes volúmenes, proponen a los jugadores mil y una manera de ganar. Todos estos estudios no sirven para nada, puesto que ganar es imposible. Lo que se debe enseñar a los jugadores es el arte de perder, el arte de **perder** bien en las carreras. Este arte no es lo que un pueblo vano piensa. Es también una ciencia. Un buen sportman ha de perder **científicamente**. Mientras más pierda científicamente, más se divertirá....

¿Existen, pues muchas maneras de perder en las carreras?

No, si se va hasta el fondo de las cosas.

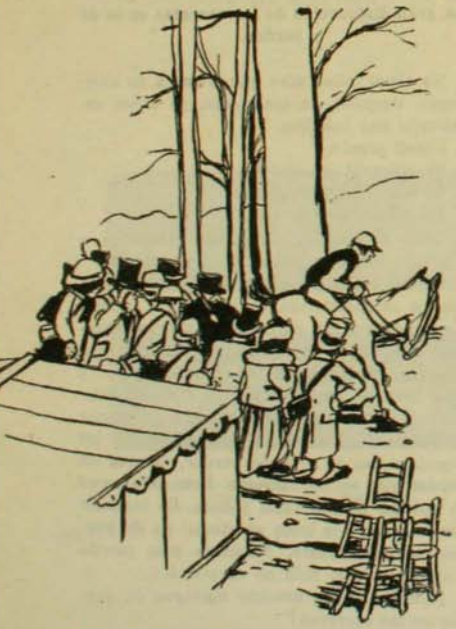


EL JUEGO DE LAS COINCIDENCIAS.—El jugador debe anotar todas las coincidencias, todos

No existe, en realidad, sino un solo medio: el de jugar. Y es un medio radical.

Pero, si no hay sino un medio, hay en cambio treinta y seis maneras. Son estas maneras las que importa conocer.

Vamos a enumerar algunas.



UN RACIOCINIO.—Sabiéndose que Bayaceto ha batido la semana última...

I.—El raciocinio.

"Razonar las carreras" es una manera muy elegante, aunque un tanto vieja, de perder en ellas. Pero conduce a muy enormes gastos, por lo cual no sabríamos recomendarla a todos.

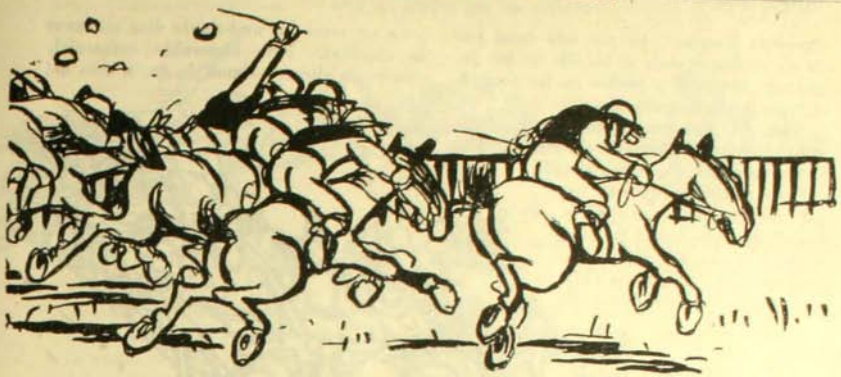
Los sportsmen que no gozan, en estricto minimum, de una renta de cien mil pesos, obrarán prudentemente no adoptando este procedimiento.

Se adivina con facilidad en qué puede consistir el raciocinio en las carreras. Se trata, simplemente, para el jugador, de suponer que los caballos que corren razonan como él, que juega.

Hé aquí algunos tipos de raciocinios en las carreras:

1.o Sabiéndose que **Bayaceto**, con 54 kilos, batió la semana pasada a **Cancerbero**, con 44 kilos, hoy, con los mismos pesos, **Bayaceto** debe volver a ganar a **Cancerbero**. (Por cierto, **Bayaceto** no gana)

2.o Sabiéndose que **Bayaceto** ha batido la semana pasada a **Cancerbero**, pero sabiéndose también que los caballos, como los hombres, cambian de opinión, **Cancerbero** debe ganar a **Bayaceto**. (Ahora, es **Bayaceto** el que gana.)



los fenómenos que observe. Así, el sportsman ha hecho su servicio en la artillería, y en la primera carrera hay un caballo llamado "Cañón"...

3.o Sabiéndose que **Chiflón** es un crack invencible y que **Don Floro** es un chuzo inservible, **Chiflón** no puede ser batido por **Don Floro.** (En este caso, gana **Don Floro.**)

4.o Sabiéndose que **Chiflón** es un crack y que **Don Floro** es un pingo; sabiéndose también que los mejores caballos suelen ser batidos por los más malos, es preciso jugar a **Don Floro.** (Inútil es decir que **Don Floro** pierde.)

5.o Sabiéndose que **Salfate** es un jockey de mérito y que **Concha** monta horriblemente mal a caballo; sabiéndose también que la cuestión de monta es capital, el caballo montado por **Salfate** llegará ciertamente primero. (Y es el caballo montado por **Concha** el que gana.)

6.o Sabiéndose que la cuestión de la monta no tiene ninguna importancia y que Concha, aunque muy mal jockey, puede ganar como cualquier otro, es preciso jugar el caballo de **Concha.** (Y es el de **Salfate** el que "se pasea" por la cancha.)

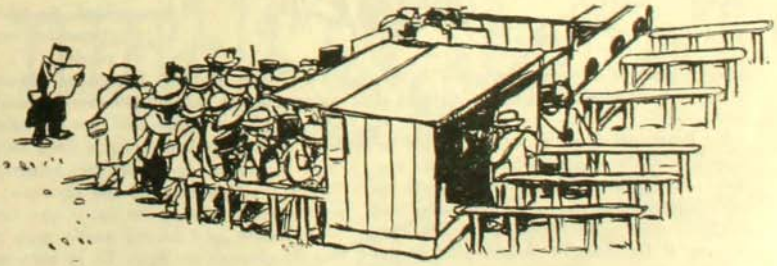
7.o Sabiéndose que **Baratija** es gran favorita, hay que jugarla. (**Baratija** pierde.)

8.o Sabiéndose que **Baratija** es gran favorita, no se debe jugarla. (**Baratija** gana.)

II.—El dato.

Si el raciocinio en las carreras es un lujo de los más costosos y que es preciso dejar a los millonarios, todos, en cambio, podemos beneficiarnos con el dato.

¿Qué es un dato?... Un filósofo del siglo pasado (1) ha dicho: "El dato es una canalización misteriosa que une los bolsillos de los jugadores a las boleterías de

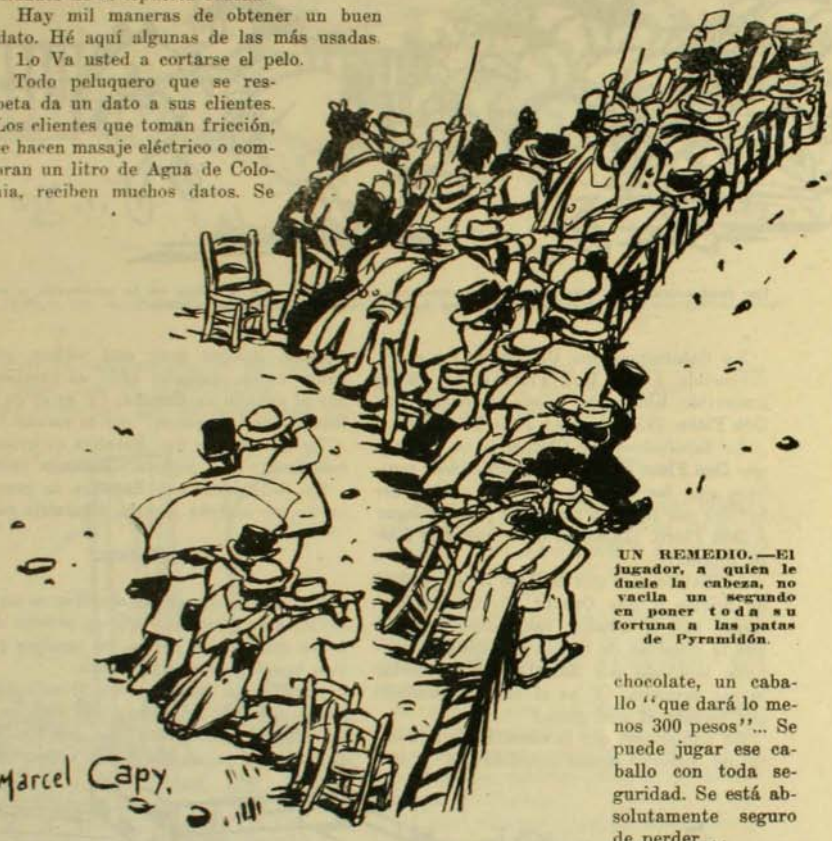


LOS JUGADORES.—Ellos corren a las boleterías de las Apuestas Mutuas, en seguida corren tras de su dinero.

Apuestas Mutuas." Es por este canal por donde el dinero deja el bolsillo de los jugadores para irse a perder en las profundidades de la Apuesta Mutua.

Hay mil maneras de obtener un buen dato. Hé aquí algunas de las más usadas.

1.o Va usted a cortarse el pelo. Todo peluquero que se respeta da un dato a sus clientes. Los clientes que toman fricción, se hacen masaje eléctrico o compran un litro de Agua de Colonia, reciben muchos datos. Se pierde, como es natural, con estos datos; pero, en todo caso, usted se ha cortado el pelo.



UN REMEDIO.—El jugador, a quien le duele la cabeza, no vacila un segundo en poner toda su fortuna a las patas de Pyramidón.

2.o Entra usted en un café. Se pide un Oporto y se despliega negligentemente una revista de carreras. El mozo comprende inmediatamente que tiene que habérselas con un sportsman y le confía un dato seguro, que él ha obtenido de un sobrino del primo de la mujer del chauffeur del preparador.

3.o Camino del Club Hípico, compra usted a un vendedor ambulante diez centavos de chocolate. Este honorable industrial, contra sus diez céntimos, le da, a más del chocolate, un caballo "que dará lo menos 300 pesos"... Se puede jugar ese caballo con toda seguridad. Se está absolutamente seguro de perder...

4.o Ya en el Club Hípico saluda usted cortésmente a cualquiera vieja damisela y le pregunta "si no sabe algo por casualidad". Inmediatamente ella le dará un dato "que le acaban de enviar por telégrafo." Porque los jugadores no son egoístas: dan generosamente todos los datos que tienen.

5.o Existe, por fin, un medio muy práctico de obtener un dato. Es la auto-sugestión. Es decir, que uno no tiene sino que figurarse que es poseedor de un dato Escoger un caballo, al azar, sobre el programa, y



dice para sí: "Me han dado este caballo." Al cabo de algunos minutos, uno está convencido en efecto que tiene ese dato Ya no le queda sino perder, además, una fuerte suma... Pero hay que desconfiar. Estos datos suelen a veces ser excelentes, porque a la casualidad le gusta mucho burlarse de la gente.

Al fin de cuentas, dirá alguno, en la vida corriente, ¿son en realidad los datos tan invariablemente malos?...

¡No!... Con todo, nada hay que temer a este respecto. Porque no se juega jamás un dato, cuando es bueno... Se da, ese día, a los "otros". Y "los otros" lo olvidan con desprecio.

Es de creer que el dato tiene un olor. Si huele bien, nadie lo quiere...

III.—Coincidencias. Signos exteriores

Un verdadero sportsman, digno de este nombre, debe estar persuadido que todo en el mundo se relaciona con las carreras. el sol, la tierra, los astros, todo gira alrededor de las Apuestas Mutuas. No es precisamente el sistema de Galileo, pero Galileo no frecuentaba los hipódromos.

El jugador debe, pues, anotar todas las coincidencias, todos los fenómenos que observe y sacar de ellos preciosas indicaciones para las carreras.

Este sistema es muy interesante, y procura sanas emociones a aquellos que lo emplean.

Damos algunos ejemplos corrientes.

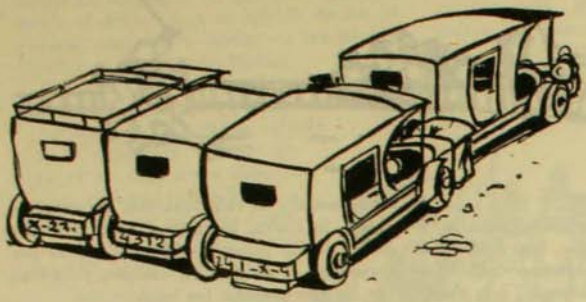
1.o El sportsman encuentra en la mañana un carro fúnebre con las iniciales B. D. o F. T... Es esa una advertencia de los dióses. El sportsman jugará en la tarde todos los caballos cuyos nombres comiencen por B. o D. o F. o T.

2.o El sportsman inaugura un traje nuevo. Jugará a todos los caballos nuevos, es decir, inéditos. (Muy recomendado.)

3.o El sportsman tiene dolor de cabeza y hay un caballo que se llama Pyramidón



OTRO RACIOCINIO.—Sabiéndose que "Salfate" es un jockey de mérito y que "Concha" monta horriblemente mal...



EL NUMERO DEL AUTO.—El sportsman juega todos los números 4, 3, 1, 2.

(o Aspirina, o Fenacetina...) El jugador, ante una coincidencia tan curiosa, no vacilará un segundo en poner toda su fortuna en las patas de **Pyramidón**.

4.o El sportsman, al irse a las carreras, toma el auto 4312. Jugará, pues, con los ojos cerrados, a todos los números 4, 3, 1 y 2. Y se arruinará también con el caballo N.o 10, porque las cuatro cifras del auto dan ese total.

5.o El sportsman está de luto. Ahora bien, un propietario tiene los colores siguientes: chaqueta negra, gorra negra. El sportsman jugará con toda confianza a los caballos de ese stud.

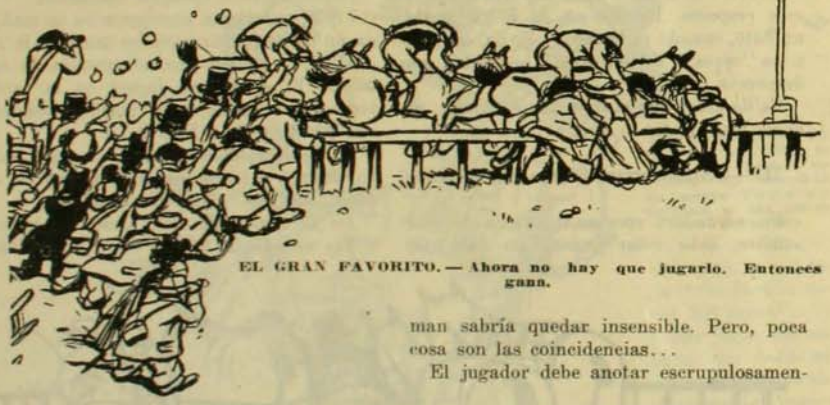
6.o El sportsman ha comido ensalada en el almuerzo, y hay un caballo que se llama **Lechuga II**... Poner doscientos pesos a **Lechuga II** es un deber que se impone.

7.o El sportsman ha tenido, la víspera, una pequeña escena con su mujer, y un caballo corre con el idílico nombre de **Goces del Hogar**. El sportsman no puede dejar de jugar a este crack simbólico...

8.o El sportsman ha hecho su servicio militar en la artillería, y en la primera carrera hay un caballo llamado **Cañón**.

Ante tan emocionantes coincidencias, ningún verdadero sportsman sabría quedar insensible. Pero, poca cosa son las coincidencias...

El jugador debe anotar escrupulosamen-



EL GRAN FAVORITO. — Ahora no hay que jugarlo. Entonces gana.



EL DATO DEL PELUQUERO.—Se pierde, como es natural, con estos datos, pero, en todo caso, Ud. se habrá cortado el pelo.

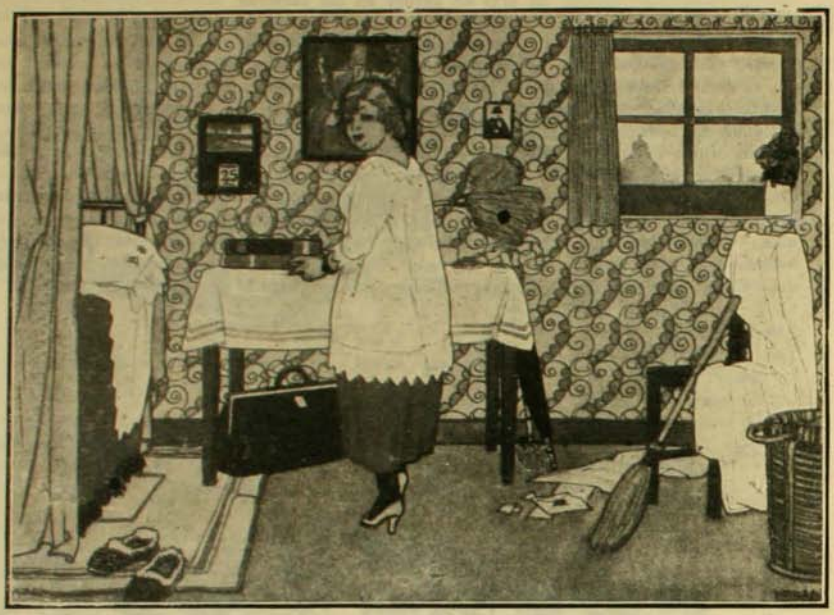
te sus sueños de la noche y sacar de ellos fuertes conclusiones para las carreras del día siguiente. Debe interrogar a los astros, estudiar la atmósfera, descifrar los libros antiguos. En todas partes puede hallar una noticia hípica del mayor valor. En el Diccionario, en la Enciclopedia Inglesa, en el Corán, en la Biblia, en la Odisea, en el libro de Teléfonos, hay, para el jugar ingenioso y laborioso que sabe descubrirlos, indicaciones precisas para las carreras del Club Hípico, del Sporting Club, del Hipódromo Chile, de Barrancas, etc.

Las veletas de los edificios pueden ser también de una gran utilidad para los sportsman, como asimismo los barómetros, los niveles de agua y los microscopios...

Si por mala suerte, uno de nuestros, lectores, aplicando las reglas de nuestro pequeño **Compendio sobre el arte de perder en las carreras**, llegase un día a ganar, que no se desespere por tan poco: que vuelva a jugar el domingo siguiente. Y entonces perderá todo lo que quisiere, y aún más.



TODO SE RELACIONA CON LAS CARRERAS.—El cielo, la tierra, los astros giran alrededor de las Apuestas Mutuas.



El comendador Pinho

Por Eça de Queiroz

A madame de Jouarre.

He aquí, mi excelente madrina, lo que ha "visto" y "hecho" desde mayo en la famosísima Lisboa—**Ulyssipo pulcherrima** — su admirable ahijado. He descubierto un compatriota y pariente mío, de las Islas, que vive hace tres años construyendo un sistema filosófico en el piso tercero de una casa de huéspedes de la travesía de Palha. Mi pariente, que se llama Procopio, es un espíritu libre, emprendedor y diestro paladín de las Ideas generales, y que, considerando que la mujer no vale los tormentos que ocasiona, y que los ochocientos mil reis de un olivar bastan y sobran para un espiritualista, ha consagrado su vida a la Lógica, y sólo se interesa y sufre por la Verdad.

Es un filósofo alegre. Habla sin dar gritos. Tiene un excelente aguardiente de moscatel, y yo trepo gustoso dos o tres veces por semana hasta su oficina de metafísica, para enterarme si el alma dulce de Maine de Biran, que es su guía en los viajes por el Infinito, entrevió al fin, a través de sus últimos velos, la Causa de las Causas. En estas piadosas visitas voy poco a poco conociendo algunos de los huéspedes que en ese tercer piso de la travesía de Palha disfrutan una buena vida ciudadana por doce tostones diarios, sin contar el vino y la ropa lavada. Casi todas las profesiones en que se ocupa la mesocracia portuguesa están allí fielmente representadas, y de este modo puedo estudiar fácilmente, como en un índice, las ideas y los sentimientos que en nuestro año de gracia constituyen el fondo moral de la nación.

No carece de encantos esta casa de huéspedes. El cuarto de mi primo Procopio tiene una estera nueva, una cama de hierro, filosófica y virginal; vistosos visillos en las ven-

tanas; rositas y pájaros por las paredes, y en todo ello mantiene un rígido aseo una de estas criadas que sólo produce Portugal, bella moza de Traz-os-Montes, que, arrastrando sus chanclos con la indolencia grave de una ninfa latina, barre, friega y arregla todo el piso; sirve nueve almuerzos, nueve comidas y nueve cenas; cose los botones de pantalones y calzoncillos que los portugueses pierden constantemente; almidona las enaguas de la señora; reza el rosario de su aldea, y aún le queda tiempo para amar desesperadamente a un barbero vecino suyo, que está decidido a casarse con ella cuando le empleen en la Aduana—y todo esto por tres mil reales de soldada. El almuerzo se compone de dos platos sanos y abundantes: huevos y biftec. El vino procede del propio cosechero, un vinillo leve y precoz, hecho con arreglo a los venerables preceptos de las **Geórgicas**, y muy semejante, sin duda, al vino de la Rethina—**quot carmine dicam, Rethica?**—. Las tostadas, hechas al fuego vivo, son incomparables.

Y los cuatro cuadros, ornamento de la sala, son un retrato de Fontes, el estadista ya muerto, a quien veneraban los portugueses; una estampa de Pío IX, que sonríe y bendice; una vista del Valle de Collares, y dos doncellas besuqueando una tórtola, y que inspiran todos ellos las saludables y tan necesarias ideas del Orden social, de la Fe, de la Paz campestre y de la Inocencia.

La patrona, doña Paulina Soriana, es una señora de cuarenta otoños, frescachona y rolliza, con el cuello muy grueso, y toda ella más blanca que el matinée blanco que usa siempre con la falda de seda roja. Tiene el aspecto de una excelente señora paciente y maternal, de buen juicio y de buena economía. Sin ser rigurosamente viuda, tiene un hijo, también gordo, que se come las uñas y estudia en el Instituto. Se llama Joaquín, y por cariñosa abreviatura, Quinciño. Esta primavera estuvo enfermo de un duro mal que le obligaba a inguigitarse infinitas horchatas y a tomar baños de asiento. Doña Paulina le destina a la burocracia, la carrera que cree, muy justamente, más segura y más fácil.

—Lo esencial para un rapaz—afirmaba hace varios días la apreciable señora, después del almuerzo y montando una pierna sobre otra—se arregla pronto. El trabajo es poco y el sueldiño seguro a fin de mes.

Doña Paula está tranquila respecto de la carrera de su hijo. Gracias a la influencia—todopoderosa en estos reinos—de cierto amigo suyo, el señor consejero Vaz Netto, le reservan en el Ministerio de Obras Públicas o en el Ministerio de Justicia, un puesto de escribiente para Quinciño. Incluso, en vista de que a Quinciño le suspendieron en los últimos exámenes, el ya mencionado señor consejero Vaz Netto acordó que lo mejor era que no terminase sus estudios en el Instituto, ya que mostraba tan poca afición a las letras, y que tomara posesión inmediatamente del destino.

—No obstante—añadió la buena señora, al honrarme con estas confidencias—, a mí me gustaría que Quinciño terminase sus estudios. No es que lo necesite ni por causa del empleo, como Vuestra Excelencia puede comprender, sino por gusto, simplemente.

Por lo tanto, Quinciño tiene ya su porvenir agradablemente garantizado. Además, supongo que doña Paulina ahorra para él un prudente peculio. En la casa, muy acreditada, hay ahora siete huéspedes, y todos ellos fieles, permanentes y gastando en los extras de 45 a 50.000 reis mensuales. El más antiguo y el más respetable—que es precisamente al que conozco—es Pinho, el brasileño Pinho, el Comendador Pinho. El es quien anuncia todas las mañanas la hora de almorzar—el reloj del comedor está parado desde Navidad—saliendo de su cuarto a las diez puntualmente con su botella de agua de Vidago, y yendo a ocupar en la mesa, ya puesta, pero todavía vacía de gente, su silla: una silla especial de mimbre con un almohadón de viento. Todos ignoran la edad, la familia, la tierra en que nació, los trabajos en que se ocupó en el Brasil, y hasta los orígenes de su encomienda. Llegó una tarde de invierno en un paquebote de la Mala Real; pasó cinco días en el lazareto; desembarcaron con él dos baúles, la silla de mimbre y cincuenta y seis latas de dulce. Alquiló uno de los cuartos de esta casa de huéspedes, que tenía ventana a la calle, y aquí empezó a engordar pacíficamente y risueñamente con el 6 por ciento de sus títulos. Es un individuo rechoncho, bajito, con la barba grisácea y la carnación de un tono obscuro de café; va siempre vestido de casimir negro, y lleva lentes de oro pendientes de una cinta de seda, que, de cuando en cuando, en la calle, en las esquinas, desenreda de la cadena de oro del reloj, para leer, interesado y lento, los carteles de los teatros.

Preside su vida una de esas prudentes regularidades que de modo tan admirable concurren para crear el orden en los Estados. Después de almorzar, se pone sus botas de caña, lustra su chistera y marcha, muy despacio, hasta la calle de los Capellistas, donde tiene el corredor Godínez su escritorio, en el cual pasa dos horas, sentado junto al balcón, con las velludas manos cruzadas sobre el puño de la sombrilla. Después se mete la sombrilla bajo el brazo; con saboreada parsimonia sigue la calle del Ouro, deteniéndose a contemplar, de cuando en cuando, a las señoras más elegantes o a las victorias de más lujosa librea, y llega hasta el estanco de Sousa, en el Rocío, donde bebe una copa de agua de Canecas y reposa hasta que la tarde refresca. Se encamina entonces a la Avenida para gozar del aire puro y del lujo ciudadano, sentado en un banco, o bien da una vuelta al Rocío bajo los árboles, con el rostro erguido y dilatado por el bienestar. A



las seis se recoge, se quita y dobla su abrigo; se pone las zapatillas de tafilete; se endosa una cómoda americana de algodón, y cena, repitiendo siempre de la sopa. Después del café, da un paseo higiénico por la Baixa, con detenciones pensativas, pero sonrientes, ante los escaparates de las confiterías y de las tiendas de modas. Algunos días sube al Chiado, da vuelta a la esquina de la calle Nova da Trindade, y regatea, plácido y firme, una entrada para el Gimnasio. Todos los viernes entra en su Banco, que es el **London Brazilian**. En los crepúsculos dominicales visita, recatadamente, a una moza gorda y limpia que mora en la calle de la Magdalena. Cada trimestre corta los cupones de sus títulos.

Así, pues, toda su existencia tiene un pautado reposo. Nada le inquieta, nada le apasiona. El Universo, para el Comendador Pinho, consta de dos únicas entidades: él propio, Pinho, y el Estado, que le da el 6 por ciento. Por lo tanto, el Universo es perfecto, y perfecta la vida mientras Pinho conserve el apetito y la salud, gracias a las aguas de Vidago, y mientras el Estado continúe pagando fielmente el cupón. Bien poco le basta para contentar las dos porciones de alma y de cuerpo de que aparentemente se compone. Esa necesidad que todo sér vivo—incluso las ostras, según afirman los naturalistas—tiene de comunicarse con sus semejantes por medio de gestos o sonidos, es muy limitada en el Comendador Pinho. A mediados de abril sonríe y dice, desdoblando la servilleta:

—Ya tenemos el verano encima.

Todos asienten y Pinho goza. A mediados de octubre se pasa la mano por la barba y murmura:

—Ya tenemos encima el invierno.

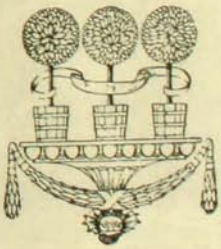
Y si algún otro huésped disiente, Pinho enmudece, porque teme las controversias. Se conforma con este honrado intercambio de ideas. Con tal de que en la mesa le sirvan una sopa suculenta y en un plato bien hondo, para que pueda llenarlo dos veces, se considera feliz y da las gracias a Dios. En cuanto a esas otras necesidades de la inteligencia y de la imaginación, que Humboldt encontró incluso en los botocudos, se satisfacen con el **Diario de Pernambuco**, el **Diario de las Noticias** y alguna comedia del Gimnasio o de magia. En las funciones del sentimiento, Pinho sólo pretende modestamente—según reveló un día a mi primo—"no coger una dolencia". Con la cosa pública está conforme, gobierne quien gobierne, con tal que la Policía mantenga el orden y no se produzcan en los principios y en las calles disturbios nocivos al pago del cupón. Y, por último, en cuanto al destino ulterior de su alma, Pinho —según me aseguró él mismo—"sólo desea, después de muerto, que no lo entierren vivo". Incluso, respecto de un punto tan importante como es el mausoleo para un Comendador, Pinho es poco exigente: le basta una piedra lisa y decente con su nombre y un sencillo **Orad por él.**

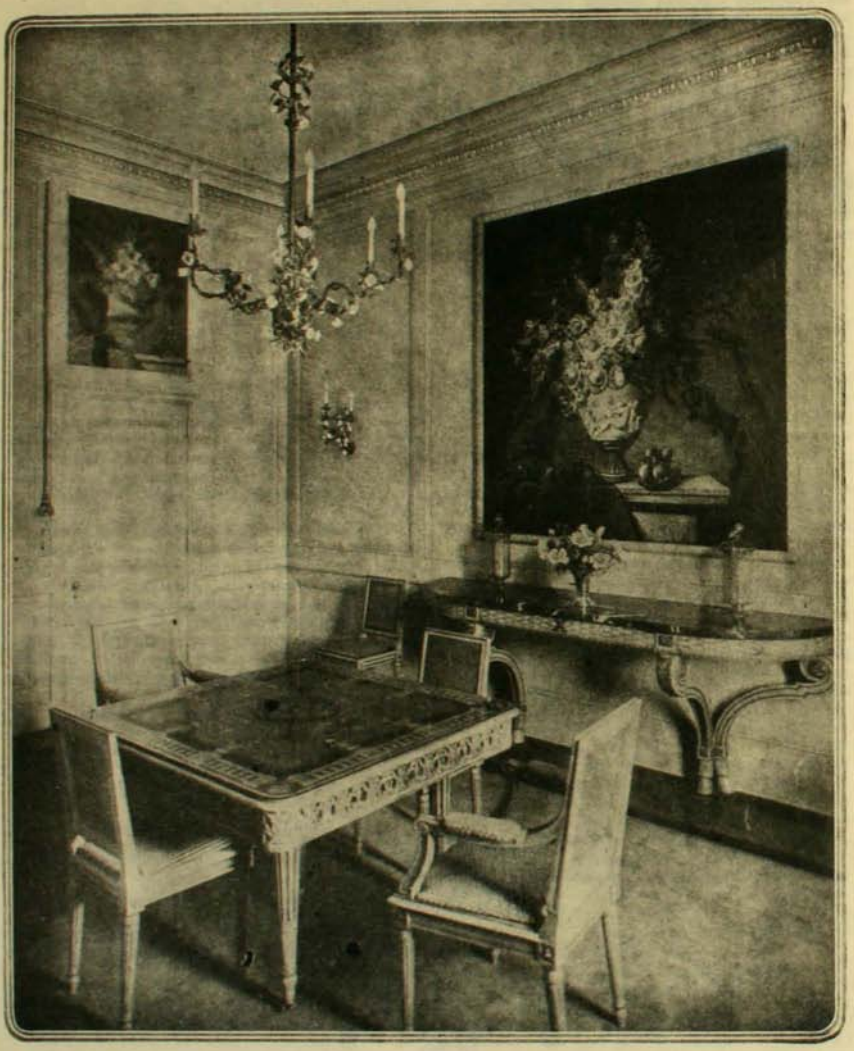
Cometeríamos un error, sin embargo, mi querida madrina, suponiendo que Pinho sea ajeno a todo cuanto sea humano. ¡No! Estoy seguro de que Pinho respeta y ama la Humanidad. Lo que sucede es que, a lo largo de su vida, la Humanidad se fué restringiendo excesivamente para él. Hombres, hombres serios, verdaderamente merecedores de ese noble nombre, y dignos de que se les muestre reverencia, afecto, e incluso se dé por ellos un paso que no canse mucho, sólo exis-

ten para Pinho los rentistas o prestamistas del Estado. Teniendo esto en cuenta, mi primo Procopio, con una malicia inesperada en un espiritualista, le hizo en cierta ocasión la confidencia de que yo poseía ¡muchos papeles!, ¡muchas pólizas!, ¡muchos títulos!; y la primera vez que fuí a la casa de huéspedes, después de esta revelación, Pinho, ligeramente ruborizado, casi conmovido, me ofreció una cajita de dulce envuelta en una servilleta. ¡Hecho enternecedor que explica aquella alma! Pinho no es un egoísta, no es un Diógenes de levita negra, hurañamente metido dentro del tonel de su inutilidad. No. Tiene toda la humana voluntad de amar y de proteger a los hombres que sean sus semejantes. Ahora bien. ¿Quiénes son para Pinho sus genuinos semejantes? Los prestamistas del Estado. ¿En qué consiste la protección para Pinho? En ceder a los demás aquello que a él no le sirve. Ahora, a Pinho ya no le sienta bien la guayaba, y en cuanto supo que yo era un rentista, un semejante suyo, un poseedor de títulos como él, no vaciló en cumplir su humano deber, y me protegió entregándome, ruborizado y feliz, una caja de guayaba dentro de una servilleta.

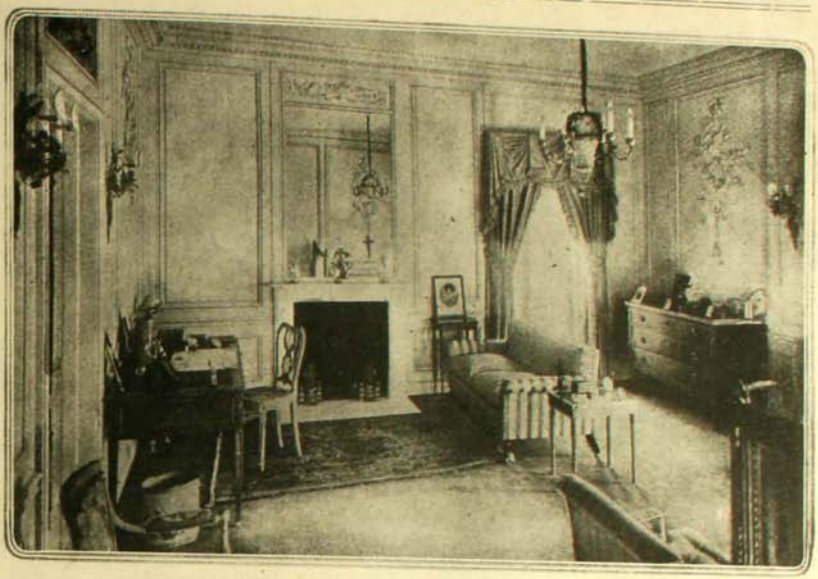
¿Es el Comendador Pinho un ciudadano inútil? Ciertamente que no. Hasta para mantener, estable y sólido, el orden de una nación, no hay mejor ciudadano que este Pinho, con su placidez de costumbres, su fácil asentimiento a todos los actos de la cosa pública, sus cuentas bancarias, comprobadas todos los viernes; sus placeres recónditos con higiene y con recato; sus reticencias y su inercia. De Pinho nunca podrá salir ninguna idea o hecho afirmativo o negativo que atente a la paz del Estado. Gordo, pacífico, pegado al organismo social, sin contribuir a su movimiento, pero sin contrariarlo tampoco, Pinho presenta todos los caracteres de una excrecencia sebácea. Socialmente, Pinho es un lobanillo. En estos tiempos en que el Estado se ve lleno de elementos morbosos y parasitarios que lo succionan, lo infeccionan y lo sobreexcitan, esta inofensibilidad de Pinho puede ser considerada, en relación con los intereses de orden, como una cualidad meritoria.

Adiós, mi querida madrina. Ya vamos con el décimoctavo día de lluvia. Desde el comienzo de junio y de las rosas, que en este país de sol sobre azul, en la trigueña tierra del olivo y del laurel, caros a Febo, está lloviendo, lloviendo con hilos cerrados de agua, continuos, impertubables, sin soplo de viento que los ondule, sin rayo de luz que los diamantice, tendiendo desde las nubes a las rúas una blanda trama de humedad y de tristeza, donde el alma se agita y se rinde como una mariposa presa en una tela de araña. Estamos en pleno versículo XVII del capítulo séptimo del Génesis. Y en el caso de que estas aguas del cielo no cesaran, deduciré que las intenciones de Jehová para con este pecador país son diluvianas. Y no considerándome menos digno de la gracia y de la alianza divinas que Noé, voy a comprar madera y alquitrán para hacer la segunda arca con arreglo a los buenos modelos hebraicos o asirios. Y si por casualidad, dentro de algún tiempo, una paloma blanca batiera con las alas sus cristales, anunciará que he llegado yo al Havre con mi arca, llevando conmigo, entre otros animales, a Pinho y a doña Paulina, para que, más tarde, cuando hayan bajado las aguas, Portugal se repueble provechosamente y el Estado tenga siempre Pinhos a quienes pedir dinero prestado y gordos Quinciños con quienes gastarse el dinero que pida a los Pinhos.





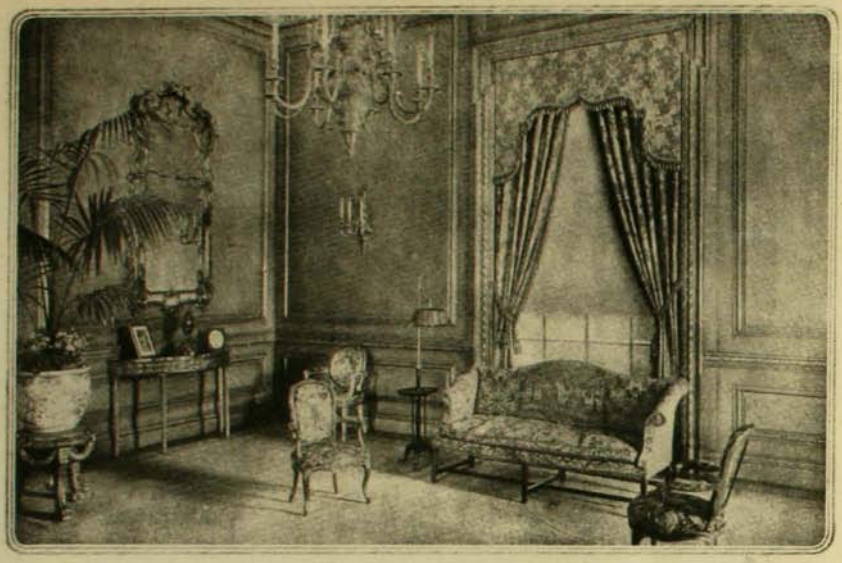
He aquí un hermoso comedor en que parece revivir maravillosamente el espíritu de Luis Seige. Las paredes son de un verde gris amarillento con panneaux pintados sobre las puertas y la consola. Las cortinas son de tafetán crema. La consola con mármol negro; encima, cristales de Venecia.



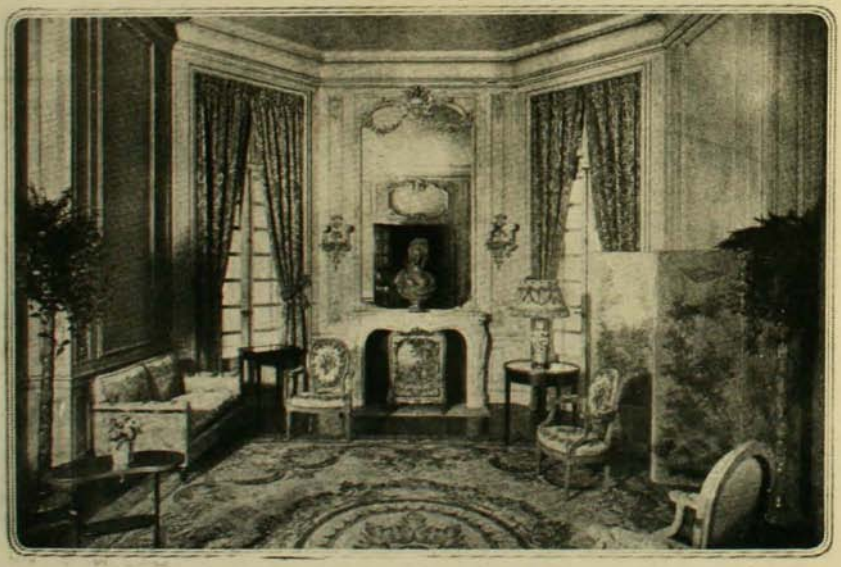
Un rincón de dormitorio. Paredes con panneaux color gris pálido, cortinajes y adornos rosa.



Otra vista del domitorio, con cama Luis XV, con la característica decoración de murallas y cortinas de la época.



En este salón impera la majestad. Paredes con frescos color verde, cortinaje verde y rosa.



Saloncito amarillo y verde; lindo alfombrado Savonerrie.

LOS OJOS DE ORO

Por Muriel F. Hine

UNA noche obscura y neblinosa de noviembre. Las distantes lámparas de gas de St. James, trataban en vano de romper la obscuridad, que cubría a Londres, como una mortaja, derramando un círculo enfermizo de luz a su alrededor, y haciendo aún más intensa la obscuridad, cuyo peligro era aún mayor, que sin aquella luz irregular.

En su departamento de solterón de Ryder Street, Eustaquio Erroll reposaba plácidamente, una pierna sobre la otra, ante el fuego chispeante de la chimenea. Cerca, la taza de café, aún no concluída y uno copa de licor. Encendió su cigarrillo y, al arrojar su buena bocanada de humo azulado hacia el techo, se repitió por décimaquinta vez, que su felicidad sería ilimitada, a no ser por la encarecida invitación de la señora Miles-Banks, que lo obligaba a desafiar aquella noche fría y neblinosa.

Golpeó con el pie a su perro que dormía. "¡Eh, Soda, ¿qué dices de eso?". Pero el perro abrió perezosamente los ojos, meneó imperceptiblemente la cola y se durmió otra vez sobre las patas delanteras. Frente a sus ojos, bajo el espejo, que colgaba sobre la chimenea, estaba la enojosa tarjeta. Aún no era posible leer. "En ayuda de...." y la discreta frase: "Precio una guinea", complementando el anuncio.

Aquella era la dificultad.

"Si me hubiera dejado pagar, siquiera, "dijo en voz alta". Si hay algo que yo odio, continuó en torno de queja, es eso del pago. ¿Qué dices tú, viejo; debemos lanzarnos?".

Tomó una moneda que estaba sobre la repisa y la lanzó al aire. "Si es cara me quedo contigo, Soda, y si es sello"—tomó la moneda que caía brillando, bajo la luz eléctrica — "...¡voy!". ¡Caramba! Era sello. Después de un cigarrillo final, dejó su cómodo aposento. Azotado por el aire cortante de afuera, hacía su camino con precaución. El caballo se resbalaba, o se detenía al bajar, casi patinando por Picadilly, entre el ruido desagradable de los ómnibus y los cabs. Eustaquio maldecía su mala estrella en general, y particularmente la hospitalidad de la señora Miles-Banks, de una manera que habría hecho estremecerse de indignación a la benemérita señora que lo invitaba.

Pasada la esquina de Hide Park, el cabriolé siguió su marcha bamboleante, atravesando Knigthsbridge y bajando por el interminable camino de Kensington. Cuando el coche se detuvo frente al famoso salón de baile, y una oleada de agradable aire caliente le recibió en el vestíbulo, alegremente alumbrado, Eustaquio Erroll sintió que se le confortaba el espíritu. Al avanzar, sacándose los guantes, entre la muchedumbre risueña, en medio de la cual se encontraba su invitante, se hallaba completamente feliz de haber venido.

—¡Malvado!, dijo la señora Miles-Banks, con aquella manera juguetona que le era peculiar, en el momento de estrechar la mano enguantada del caballero. "Siempre tarde; siempre el último en llegar, señor Erroll".

El satín de su vestido recargado de adornos, crujió al lanzar un suspiro lastimero, y al volverse hacia dos jovencitas, no muy llamativas, que permanecían detrás de ella. "Mis sobrinas", dijo. Erroll se inclinó y sonrió gentilmente, al inscribir su nombre en las tarjetas que ambas le alargaron, siendo esa la manera obligada de aprovechar sus dos guineas.

Hecho esto, después de unos cuantos cumplidos para la señora tía, se retiró para dirigirse a su sitio habitual, bastante ventajoso, cerca de la puerta del buffet, desde donde le era fácil observar a las muchachas, que entraban y salían del bra-

zo de sus parejas, y pescar las confidencias de las viejas señoras galantes, que atemorizadas por los altos y bajos del disparejo piso del espléndido salón de baile, se habían reunido en el pequeño salón del lado.

—"Aún más que extraordinario", dijo una voz atiplada detrás de él. "Una extraña, diría yo". Si hubiera dicho "una serpiente" aquella voz, no habría sido menos agria. Erroll volvió lentamente la vista, hacia el objeto de la discusión. Al hacerlo una mujer pasó por su lado hacia el salón. Lo primero que le llamó la atención, fué el modo maravilloso de andar, las exquisitas proporciones de su porte gracioso, y la riqueza de su pelo de cobre que brillaba con tonos dorados y rojos sobre la frente estrecha y blanca. Cuando la observaba, con involuntaria ansiedad, ella fué invitada a bailar, y se perdió en el torbellino de la alegre y multicolora muchedumbre.

—"Un estilo pésimo", continuó la condenadora voz detrás de él. "Yo me moriría de tristeza, si mis niñitas se hicieran de esa notoriedad".

Una extraña irritación se apoderó de Erroll, que se volvió mirando cara a cara a la mujer que hablaba. Estuvo a punto de soltar la carcajada. La vieja era la madre de una docena de muchachitas, que jamás en su vida habían llamado la atención.

II

Erroll subió sin premura, al salón de refrescos, riendo interiormente de la actitud que se gastaba la señora para censurar. Al llegar arriba, debió detenerse para dar paso a una pareja que descendía, y tuvo un estremecimiento al reconocer que la doncella apoyada en el brazo del hombre, era la misma que ya le había preocupado. La examinó rápidamente con el espíritu crítico de todo hombre de mundo, y no descubrió en ella el más insignificante detalle desagradable.

Iba vestida vaporosamente de luto, circundada la graciosa cintura con un lazo obscuro adornado de hermosas perlas. Un collar de estas mismas, se envolvía en su cuello y caía sobre las espaldas admirablemente modeladas, cuya belleza resaltaba por el contraste del traje negro, que a la vez hacía más intenso el maravilloso color de su cabellera. Tenía ésta tonos de oro obscuro y otros del rojo más encarnado. Las cejas y las largas pestañas eran obscuras.

Al tomar rápidamente los detalles de su apariencia, sintió la exaltación de todas aquellas perfecciones y comprendió totalmente la naturaleza de su sentimiento, el más vehemente deseo de su vida, cuando ella se detuvo un segundo en los peldaños y la miró abiertamente a la cara. "Perdón, señor", dijo ella, con un suave acento extranjero, al rozarle con el velo de su falda, al pasar por el pequeño espacio que él le había hecho, aproximándose al muro.

Entonces, él vió sus ojos.

El había pensado que ellos pudieran ser café, tal vez negros; a lo más, azules; pero, su color en realidad era casi imposible de definir pues, a él le parecieron del ámbar más claro y pálido, con enormes pupilas obscuras, llenos de tragedias silenciosas, que se encendían y se hacían profundos a cada emoción, bajo las largas pestañas.

Erroll detuvo su aliento, que se escapó en un suspiro. Un momento después, al bajar los peldaños, ella se perdió de vista. Mientras permanecía de pie allí, una vieja frase, casi olvidada, de sus canciones de infancia, cruzó por su espíritu:

"Y llamaron a la bella princesa "Ojos de oro"....

Anduvo mecánicamente por el salón de refrescos.

Bebió un vaso de licor, que un mozo le alargó; pero sus pensamientos se revolvían en su cerebro. Tuvo un sobresalto, cuando una mano cayó pesadamente en su hombro y una voz detrás de él, dijo:

—"¡Aló, Erroll! ¿Cómo está Ud?".

Haciendo un esfuerzo volvióse y se encontró ante un hombre corpulento, de grises cabellos, que debía llevar escrito en la frente alta, y de apariencia pensativa, "Abogado"; sus ojos eran azules y penetrantes.

—"Bertram", dijo impulsivamente. "Ud. es el hombre que necesito". Había descubierto la insignia que lo distinguía,

como el jefe de la reunión. "Necesito saber— ¿puede Ud. decírmelo pronto? — quién es esa señora que...; "pero, el otro le interrumpió riendo:

—"¿Quién es esa señora que...?" repitió con malicia. "Mi querido Erroll, qué extraña curiosidad para un hombre de cerebro tan bien sentado como el suyo!".

—"¡No regatee, que hay un buen comprador!", dijo el más joven de los hombres con precipitación. "Yo realmente **debo** saberlo, y Ud...Ud. no me ayudará si es que ya la ha descubierto; apostaría. Viste de negro, su pelo es rojizo y sus ojos maravillosamente dorados".

Al momento su amigo se puso grave. "¡Ah!", dijo pausadamente, "Madame Vroski". Hizo una pausa y continuó: Sí, la conozco; pero muy poco. Es decir, la encontré en Moscow hace algunos años, cuando tuve que ir por el caso de esa Condesa Cracovitch, usted recuerda, aquello que publicaron los diarios, aquel asunto con Nicolás Fredovna. Esta noche ella me reconoció. Yo me incliné... He visto antes esos maravillosos ojos dorados. Mi memoria suele fallarme, y cuándo y dónde, no podría decírselo; pero, tome nota, Erroll, yo creo que es un asunto difícil..."

Pero su consejo no fué atendido.

—"¿Me la presentará Ud.?", preguntó con avidez.

Una sombra de disgusto pasó por su rostro severo, al notar la mal disimulada excitación del joven.

—"Eso me atormenta", dijo con despreocupación. "No puedo recordar el sitio; pero estoy seguro que yo la he encontrado antes, y no en las mismas circunstancias de ahora. Algo no del todo recomendable. Tenga cuidado, Erroll. Yo se la



Eustaquio Erroll reposaba perezosamente.

presentaré, por supuesto, si Ud. insiste; pero las mujeres rusas, Ud. sabe, no son siempre del todo honestas".

Erroll soltó una carcajada.

Aquel era el peor de los abogados, se dijo; siempre hallando misterios y tratando de adivinar crímenes. En seguida tomando del brazo a su amigo, bajaron ambos alegremente y, ya dentro del salón de baile, Erroll sintió latir el corazón anticipadamente.

Y así fué cómo, antes de que hubiera transcurrido una media hora desde que la vió por vez primera, se encontraba murmurando incoherentemente. "¡El placer de una danza!", y mirando lleno de admiración aquellos ojos de oro...

III

—"¿Me diría Ud. todo lo que se relaciona con ello, y me permitiría ayudarla? Ud. no se imagina lo inmensamente grato que me sería servir a Ud. de alguna manera, aunque fuera pequeña". Erroll, rogaba con toda la fuerza de su voz profunda y persuasiva.

Olga Vroski cerró su gran abanico austriaco, con un rápido gesto de resolución y lo miró de frente. Estaban en un pequeño salón de grandes cortinajes, donde él la había conducido después del quinto baile.

—"Sí", dijo ella lentamente, con su extraño acento. Sus ojos se encendieron, al posarse sobre el hombre que estaba junto a ella. "Me parece que querré". Hizo una pausa momentánea, y posó con suavidad su mano enguantada sobre el brazo de él. "Ud. es militar ¿no?, y un caballero. En Inglaterra es una excelente recomendación". Alzó levemente los hombros y continuó:

—"Lo que me inquieta, es la suerte de mi hermanita. Ella y yo somos huérfanas. Es joven; acaba de cumplir dieciséis años. Ella vino a Inglaterra para entrar a un colegio y encontró", su rostro se obscureció cómo si pasara por su espíritu un deseo de venganza, "un caballero... o algo así... Quizás sea dura la palabra; pero, era un miserable. Se hizo amar de ella, una niña, Ud. entiende. Ella le escribió, porque no desconfiaba. El le hizo regalos. Primero, cosas pequeñas, una flor, guantes, etc. Entonces vine a Inglaterra a ver a mi hermanita, la pequeña Vera. Es tan dulce y tan sencilla. Me lo dijo todo, y me mostró el último regalo".

Alzó bruscamente la cabeza, y pasó su mano sobre la masa de hermosos cabellos, con un gesto que él ya conocía.

—"Fíjese", ella abrió las manos con un gesto desconsolado y dramático; su rostro pálido se coloreó. "Era un brazelete, diamantes, dignos de... ¡ah, cielo!... ¡Cómo podía saberlo ella, ella que nunca había tenido sino joyas humildes y pequeñas. Pobrecita!"

Se detuvo. Erroll, profundamente interesado, la observó; mientras un centenar de emociones, se retrataban en el móvil rostro de ella.

—"Ud. no debe pensar mal", continuó con ansiedad. "¡Mi pequeña Vera! ¿Cómo podría saberlo? ¡Es tan joven!"

Erroll se sentía abandonado de su cinismo mundano, y dijo simplemente. "¿Por qué lo iba a creer?". Ella retribuyó sus palabras con una sonrisa brillante, y agradecida.

—"Gracias a Dios, ¡llego a tiempo! El le escribe para que se vaya con él, encontrándose dentro de tres noches. Ella, pobre chica, odia el cansancio del colegio, los largos y tristes paseos, las aburridas lecciones cotidianas. Y es claro, prefiere casarse con un hombre hermoso, y llevar valiosas joyas. Imagínese qué tentación para una colegiala. ¿N'est-ce pas?".

—"Ella me lo ha confesado todo. Me ha mostrado las cartas del valiente héroe de su novela. Yo indagué entre mis amistades, y supe...." Se detuvo un momento. Sus manos se crisparon y sus bellos ojos, se encendieron. "¡Era necesario todo eso!...." concluyó ella.

Erroll respetó su silencio, conteniendo su impaciencia. "¿Y bien?", interrogó con gentileza.

—"Mañana"—dió un suspiro de satisfacción—, me iré con ella a Rusia, a mi querido Petrograd. ¡Ah! Volver a sentir sobre mi rostro las brisas del Báltico! Ver otra vez a mi querido y viejo Kronstadt alzarse salvaje y fiero".

—"¡Mañana!" ¿Ud. abandona Ingla-



Una mujer pasó rápidamente a su lado, hacia el salón.

terra?". La voz de él, se había turbado visiblemente y la señora Vrosky, despertando de su ensoñación, sonrió.

—"Pero, volveré", dijo con suavidad, "no es por largo tiempo; volveré". Hubo un momento de profundo silencio; pues él no podía hablar y ella no quería hacerlo. En seguida, ella continuó con vehemencia: "Primero está mi deber. Si estoy aquí esta noche, es sólo por esto. Yo debo ver a ese distinguido caballero, y devolverle sus generosos regalos. Pero, ¡oh! temo..." De pronto su modo cambió. "Temo hallarme con él". Se volvió hacia su amigo, como si buscara su simpatía o su consejo. La caballerosidad de Erroll, se manifestó ante su angustia.

—"El vendrá esta noche", dijo ella atropelladamente. "Es una cobardía, lo comprendo, pero yo tengo miedo. ¿Qué tengo qué decirle? Yo conozco tan poco el inglés. La excitación me cegaría, y entonces, todo el salón, todo el gran mundo lo sabría; y mi Vera...mi pequeña Vera..." Rompió a llorar, cubriéndose la cara con las manos.

Era más de lo que Erroll podía soportar. Gentilmente le ofreció su consuelo.

—"No es necesario", afirmó. "Yo lo veré por Ud". Déjeme hacerlo. Yo le diré lo que Ud. desea. Le devolveré sus regalos y le enrostraré su conducta."

Su voz temblaba de excitación, y sentía estremecerse sus nervios, con la gentil firmeza que sienten los hombres fuertes cuando se presenta la ocasión de batirse por la mujer a quien aman. Ella tomó con ansiedad sus manos y sus ojos brillaron.

—"¿Lo hará Ud. por mí? ¿Se los devolverá por su propia mano, para que jamás vea yo su maldita figura?".

El se inclinó. Sus labios, casi la rozaban.

—"Haré todo eso. Es insignificante". Su voz, se hizo débil y tierna. "Y todo lo que Ud. me pida, todo, por esos ojos de oro".

IV

—"Perdón, señora, si la interumpo; pero necesito hablar con Ud.".

Erroll, miró con extrañeza a un hombre, que acababa de separarse de la multitud, y que se inclinaba, con cierto aire de humildad, ante su hermosa compañera.

Ella miró duramente al hombre y retiró su mano del brazo de Erroll. En seguida murmuró una palabra de disculpa y acompañó al recién llegado hasta una salita contigua, sumida en semi-obscuridad. Mientras esperaba impaciente, Erroll trataba en vano de descubrir el rostro de Olga. De pronto una extraña frase, llegó a sus oídos, en un momento en que el ruido del salón se hizo menos intenso.

—"Por supuesto; pero, sería mejor ir con tiento, señora".

Las palabras no tenían mayor significación; pero, la voz del hombre era tan familiar, que Erroll instintivamente tuvo un movimiento de extrañeza. En aquel mismo momento, ella se acercaba a él. La palidez intensísima de su rostro, y la mirada extraviada de sus lindos ojos, no pudieron menos que llamarle la atención.

—"De qué se trata", inquirió él.

Ella se inclinó levemente, para apoyarse en el brazo de un sillón, como si temiese caerse.

—"De... Vera", dijo con lentitud. "Sírvase buscarme mi capa, señor Erroll. Debo irme al momento".

El tomó el boleto numerado. Ella aparentaba estar tan de prisa que Erroll no se atrevió a preguntar más, y corrió a cumplir su petición. Al llegar a la escala, volvió la mirada, y la vió que conversaba, gesticulando vehementemente, con aquel hombre extraño, el cual permanecía de pie ante ella, indiferente por completo.

Erroll sintió nacer la duda "¿De qué se trataba? ¿Quién podía ser aquel individuo?", se pregunta, mientras le examinaba desde lejos. Sentía un irresistible deseo de maltratarle, al regresar, trayendo la larga capa negra colgaba de su brazo.

La señora Vrosky se adelantó a cogerla.

—"Vera ha sufrido un contratiempo", dijo con rapidez. "Está muy enferma mi pequeña Vera, y me voy a casa al momento... Adiós... Adiós!" Se envolvió apresuradamente en su capa. Erroll sostuvo la mano que ella le alargó, firmemente entre las suyas.



Quien verá a la señora Vrosky en su casa, seré yo.

—"Un momento", rogó él. "¿No podría, al menos, verla sin contratiempos en su casa?".

Ella se hizo hacia atrás, casi con frialdad. El individuo extraño se entrometió.

"—A la señora Vrosky, la veré yo, en su casa".

Su tono había sido tan brusco y desagradable, que el militar a duras penas pudo sostener sus manos convulsas. Pero se contuvo y, dirigiéndose a su reciente compañera, le dijo:

—"¿Querría Ud., señora?".

Durante un momento ella dudó; pero, como la mirada de Erroll exigía una respuesta, y el otro hombre había sacado el reloj para ver la hora con un gesto significativo, se apresuró a contestar:

—"Sí, sí. Debo irme... lo siento mucho; pero debo irme...Mi pequeña Vera".

Ella tomó el brazo que le ofrecía su nuevo compañero. Erroll, como si soñara, desde la parte alta de la escalera, le vió cruzar el vestíbulo y salir por las puertas giratorias a la espesa neblina de afuera. Oyó el ruido que hizo la puerta del coche al cerrarse y una orden apresurada. Se había ido, y con ella se había ido también para siempre aquella noche de su vida...

V

Mientras regresaba entristecido al salón de baile, Erroll recordaba con cierto

consuelo que había dado a Olga Vrosky su dirección, y que ella le había prometido escribirle, a su regreso de Rusia, y fijar un día para volverse a encontrar. Mecánicamente empezó a calcular el tiempo que duraría su ausencia, tomando en cuenta el tiempo que permanecería en su querida ciudad. Había vuelto a su sitio acostumbrado. El baile estaba en plena animación. Un enérgico impulso de desagrado lo hizo abandonar su puesto y cruzar la puerta más cercana. En el mismo momento, otro hombre hacía lo mismo, y no pudo evitar el encuentro. Le rozó bruscamente.

Cuando se volvió para darle explicaciones, tuvo un estremecimiento. Acababa de reconocer al hombre del cual Olga le había hablado en su conversación, hacía un momento. Recordó la vehemencia de sus últimas palabras: "Debo irme... Mi pequeña", y la mirada significativa de sus ojos.

Murmuró algunas palabras convencionales de cortesía. Al mismo momento observaba con atención al sujeto, preparando su plan de acción. Era un hombre de mediana estatura con apariencia de extranjero. Sin duda, a causa del color de cera de su rostro, resaltaban sus ojos obscuros y su pelo negro cortado en brosse. Y aquí estaba la peculiaridad que la señora Vrosky le había hecho notar en su descripción. En la obscura cabeza resaltaban cinco pequeñas marcas blancas, como si una mano maravillosa, al posarse sobre ella, hubiera dejado la huella de sus dedos en aquellos cinco puntos donde el cabello se había vuelto tan blanco como el de un anciano.

El extranjero iba a seguir su camino después de haber respondido gentilmente a las explicaciones de Erroll, cuando éste le detuvo con un gesto. "Tengo encargo de hablar con usted", dijo con rapidez.

Los obscuros ojos del hombre parecieron despertarse bajo la espesura de las cejas al fijarse con severidad sobre su interlocutor, y se dirigió hacia las palmeras que rodeaban el salón de baile. El otro lo siguió. Ambos estaban así libres de observación.

Erroll y su bella compañera habían hablado sobre la manera de efectuar la entrega de las joyas, evitando la posibilidad de un escándalo y habían acordado que las entregaría silenciosamente, diciendo que así se lo encargaba "una señora rusa". No debía mencionarse nombre alguno. El otro debía comprenderlo todo al romper la envoltura del paquete.

De esta manera procedió. Erroll observaba atentamente el rostro del hombre que tenía a su lado. Esperaba ver una mirada de sorpresa, de indignación, posiblemente contestaría de una manera airada. Pero, lo que sucedió en realidad no pudo menos que llenarlo de admiración.

Cuando el extranjero tuvo en sus manos la caja que debía entregarle, después de haberle dicho simplemente: "Una señora rusa me encarga devolverle esto", sin abrirla siquiera la deslizó dentro de uno de sus bolsillos; y con una expresión, más de agradecimiento que de molestia, dijo con un acento notablemente extranjero: "Se lo agradezco mucho, señor".

Erroll quedó más que asombrado. En primer lugar, se había imaginado que el villano de la historia era inglés. Sin embargo, recordó que ella no se lo había asegurado. El enigma se le hizo aún más extraño y profundo, cuando el extranjero agregó: "¿No tiene algún otro recado de la señora?"

Erroll movió la cabeza negativamente. Una sonrisa iluminó el rostro del otro. "Entonces, gracias, de nuevo, señor", dijo. "¿Podría librar de mi presencia al señor?" y antes que el caballero inglés hubiera dicho una palabra, el desconocido se escurrió detrás de las palmeras y se perdió entre la multitud.

VI

Contra su costumbre, a la mañana siguiente del baile, Erroll se levantó temprano.

En vano había tratado de conciliar el sueño. Había pasado toda la noche en un estado nervioso atormentador. Su cerebro afiebrado ideaba hipótesis tras hipótesis para tratar de aclarar el misterio que exasperaba su curiosidad y que, al mismo tiempo, turbaba la confianza que deseaba tener en la mujer que lo había fascinado. Oía sonar las horas en los relojes distantes. Las cuatro, las cinco, después las seis.

Por fin cayó en un adormecimiento, turbado por la repetición incesante de la extraña partida y la mirada casi de terror que había tenido para su intempestivo compañero.

¿Por qué se había ido con él? ¿Quién era? ¿Y por qué había tolerado ella esa familiaridad de sus maneras? La sangre de Erroll hervía al recordar la fría insolencia de aquel hombre. Ella debía haberlo impedido. Por primera vez reparó que se había sobresaltado cuando él la interrogó sobre lo que acababan de decirle. Pero, ¿por qué la señora Vroski no le había dicho que el misterioso villano no era inglés, sino tal vez ruso como ella? Y, en seguida, la conducta singular del hombre cuando le había entregado el cofre. Erroll estaba casi seguro que el individuo esperaba aquello. Se lo había agradecido con un vivo sentimiento de gratitud. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Todas estas interrogaciones surgían en su cerebro cuando las primeras luces grises del amanecer se filtraban a través de los cortinajes de su ventana. Por último, cayó en un sueño pesado, sin ensueños.

La luz se hizo más y más fuerte. El reloj de St. James dió lentamente las siete. ¿Qué... qué significaba eso? De un salto abandonó el lecho. Alguien le había llamado. Era su voz, la voz de ella, turbada por la angustia. Cuando logró posesionarse de sus sentidos comprendió que había vuelto a soñar. Tuvo ira y abandonó bruscamente el lecho. Corrió los cortinajes y abrió la ventana.

Brillaba el sol. La frescura del aire le dió alivio. Algunos empleados y muchachos caminaban presurosos a lo largo de las calles desiertas en dirección a sus ocupaciones. Una delgada capa de hielo sobre los techos y el pavimento cubría la suciedad del día anterior. Londres se veía hermoso.

Acostarse de nuevo le parecía absurdo y Erroll, contento de hallarse en pie a tal hora, se vistió reposadamente. Después llamó a Soda que al verlo en pie se desconcertó tanto como la patrona. El perro saltaba a su alrededor, describiendo círculos de alegría, cuando se lanzaron bajo el sol tempranero. Pasaron por Pall Mall y la Plaza de Waterloo, donde Erroll se detuvo para comprar el diario a un suplementero de voz chillona. Continuó por el Parque de St. James.

A medida que avanzaba desplegaba las páginas del periódico perezosamente y leía los títulos "Parlamento". "Sud-Africa: Muer-



Sus habitaciones fueron registradas.

tes violentas en el Transvaal". "El Gran robo de joyas: Sensacional arresto en un baile de Londres."

¿Qué era eso? Se detuvo sin aliento casi, ajeno a todo lo que le rodeaba, mientras devoraba las líneas que seguían.

"Sabemos que la fuerza de policía de Londres ha sido otra vez burlada y de una manera tan audaz que no esperamos pueda aclararse el misterio que rodea este gran robo de joyas".

"Haremos una breve historia de lo ocurrido. Parece que hace algunos días, Scotland Yard recibió aviso de Rusia, donde una o dos de las célebres piedras habían sido descubiertas, sin haberse logrado encontrar las más preciosas de ellas, entre las cuales se cuentan los famosos diamantes de Ethinton".

"De acuerdo con esto, anoche, en un baile de caridad de Kensington, el detective Jerrold arrestó a una mujer rusa, que se hacía pasar bajo diferentes nombres—Señora Zvott, Vroski, Rolszo, etc.,—y que es antigua conocida de la policía, desde que se vió implicada en el gran robo, con escalamiento y fractura, de París, hace algunos años".

"Mientras ella permanecía en el baile, fueron registradas sus habitaciones. Se lograron recoger algunos documentos comprometedores; pero no las joyas. Se supuso que las llevaría consigo. Se le siguió al baile donde fué arrestada sin que nadie se diera cuenta del asunto. Por qué la señora Vrosky tuvo el atrevimiento de presentarse en un baile público sabiendo que era vigilada por la policía, no lo sabemos. Lo cierto es que, conducida a Scotland Yard y registrada, no pudo encontrársele joya alguna".

"Ha sido detenida, sin embargo, a consecuencia de otras acusaciones del extranjero. Se espera el acto de extradición."

"Se ha notificado a la policía que un cierto Polsky, de nacionalidad polaca, ha obtenido pasaje en Liverpool para América, por la White Star Line. Este sujeto debió ser arrestado en el mismo baile; pero, la casualidad impidió hacerlo, pues debe haber llegado momentos después del arresto de la señora Vrosky, de manera que ambos no han podido hablarse."

"El misterio del robo de las joyas de la princesa, parece haberse hecho más y más profundo. Nosotros expresamos nuestra simpatía hacia las desgraciadas autoridades que anoche parecían sentirse seguras de encontrar la rápida solución del misterio".

... ...

Algunas horas después, en su sombrío aposento de los Tribunales, Bertram leía con interés los mismos párrafos. Su cerebro se iluminó y apareció en su espíritu la escena lejana. En las calles blancas y soleadas de París. Se vió otra vez en el gran tribunal de la ley, oyendo el elocuente alegato de Maître Monnard que suspendía la atención de la sala con la magia de su voz al desenvolver sutilmente el largo y misterioso curso del gran robo de París. Y veía sobre el banquillo destacarse la figura solitaria de la mujer vestida de negro.

El sol penetraba por una estrecha ventana y fingía como un halo de fuego alrededor de la masa de sus cabellos de cobre. Bertram observaba, al mirarla, que ella levantaba los ojos con firmeza al encontrar su mirada escrutadora. El veía, con silenciosa admiración, brillar a través de las obscuras pestañas, aquellos ojos que parecían de oro.

Y el conspicuo miembro del Concilio del Rey se sonrió frunciendo el ceño al dejar el periódico; pues no es una cosa insignificante, en estos tiempos, poseer una espléndida memoria y probar que ella falla raras veces.

Pero a Eustaquio Erroll, por muchos días, el recuerdo le persiguió como una maldición...

Anatole France

LOS PANES NEGROS

Tu tibi divitias stolidissime congeris amplas
Negasque micam pauperi:
Advenit ecce dies qua snevis ignibus ardens
Rogabis aquae guttulam.
(Navis stultifere, 1507, fo. XIX.)

EN aquel tiempo, Nicolás Nerli era banquero en la noble ciudad de Florencia. Cuando sonaba tercia, estaba sentado en su pupitre, y allí estaba todavía cuando sonaba nona. Prestaba dinero al Emperador y al Papa. Y si no lo prestaba al diablo, era porque temía hacer malos negocios con aquel a quien llaman el Maligno, y que abunda en ardides. Nicolás Nerli era audaz y desconfiado. Había adquirido grandes riquezas y despojado a mucha gente. Por esto era muy honrado en la ciudad de Florencia. Habitaba un palacio donde la luz que Dios creó no entraba sino por ventanas estrechas; en lo cual era prudente, porque el alojamiento del rico ha de ser como una ciudadela, y aquellos que poseen grandes bienes hacen bien en defender por fuerza lo que han adquirido por astucia.

El palacio de Nicolás Nerli estaba, pues, guarnecido de grillos y cadenas. Por fuera, los muros estaban pintados por hábiles obreros, que habían representado ahí las Virtudes bajo la apariencia de mujeres, y los patriarcas, los profetas y los reyes de Israel. Las tapicerías, extendidas en las habitaciones, ofrecían a los ojos las historias de Alejandro y de Tristán, tales cuales son referidas en las novelas. Nicolás Nerli hacía brillar sus riquezas, en la ciudad, por medio de fundaciones piadosas. Había edificado fuera de los muros un hospital cuyo friso, esculpido y pintado, representaba las acciones más honorables de su vida; y en reconocimiento de las sumas de dinero que había dado para la conclusión de Santa María la Nueva, su retrato estaba suspendido en el coro de esta iglesia. Ahí se le veía arrodillado, con las manos juntas, a los pies de la Santí-

sima Virgen. Le reconocían todos por su bonete de lana rojo, por su rostro anegado en grasa amarilla y por sus ojillos vivaces. Su buena mujer, Mona Bismantova, de aire honrado y triste, permanecía del otro lado de la Virgen, en la humilde actitud de la oración. Este hombre era uno de los primeros ciudadanos de la República; como no había hablado jamás contra las leyes, y porque no se había cuidado de los pobres ni de aquellos que los poderosos del día condenan a multa y destierro, en nada había disminuido la estimación que adquiriera a sus ojos por su gran riqueza.

Entrando, una tarde de invierno, más tarde que de costumbre, en su palacio, fué rodeado, en el umbral de su puerta, por una tropa de mendigos desnudos, que le tendían la mano.

El los apartó con palabras duras. Pero el hambre les hacía feroces y atrevidos como lobos. Se formaron en círculo a su alrededor y le pidieron pan con voz bronca y lastimera. Y se agachaba ya para recoger piedras y tirárselas, cuando vió venir a uno de sus servidores con un canasto de panes negros sobre su cabeza, destinados a los hombres de la caballeriza, de la cocina y de los jardines.

Hizo signos de que se aproximara, al panadero, y, tomando a manos llenas del canasto, tiró los panes a los miserables. Luego, entrado en su casa, se acostó y se durmió. Durante su sueño fué atacado de apoplegía y murió tan repentinamente que aún se creía en su lecho cuando vió, en un lugar "mudo de toda luz", a San Miguel, iluminado por una claridad que salía de su cuerpo.

El arcángel, con sus balanzas en la mano, cargaba los platillos. Reconociendo en el platillo más pesado las joyas de las viudas, que guardaba en prenda, la multitud de raspaduras de escudos que había retenido indebidamente, y ciertas piezas de oro muy hermosas, que él solamente poseía, adquiridas por usura o por fraude, Nicolás Nerli comprendió que era su vida, ya terminada, la que San Miguel pesaba en ese momento delante de él. Esto lo puso atento y receloso.

—Señor San Miguel, dijo, si pone de un lado todas las ganancias que he hecho en mi vida, tenga la bondad de colocar en el otro las hermosas fundaciones por las cuales he manifes-

tado magníficamente mi piedad. No olvide la cúpula de Santa María la Nueva, a la cual he contribuído con un tercio; ni mi hospital fuera de los muros, que he edificado enteramente con mi dinero.

—No haya temor, Nicolás Nerli, respondió el Arcángel. Nada olvidaré.

Y con sus manos gloriosas puso en el platillo vacío la cúpula de Santa María y el hospital con su friso esculpido y pintado. Pero el platillo no bajó un punto.

El banquero fué presa de una viva inquietud.

—Señor San Miguel, volvió a decir, recuerde bien. Ud. no ha puesto de este lado de la balanza ni mi hermosa pila de agua bendita de San Juan, ni el púlpito de San Andrés, donde el bautismo de Nuestro Señor está representado al natural. Es una obra que me ha costado muy cara.

El Arcángel colocó el púlpito y la pila de agua bendita por encima del hospital en el platillo; pero éste no descendió. Nicolás Nerli comenzó a sentir su frente inundada de un sudor frío.

—Señor Arcángel, preguntó, ¿está Ud. seguro de que sus balanzas son exactas?

San Miguel respondió sonriendo que, no habiendo sido hechas según el modelo de las balanzas que usan los lombardos de París y los prestamistas de Venecia, no carecían de un ápice de exactitud.

—¡Cómo! suspiró Nicolás Nerli con el rostro descolorido, esa cúpula, ese púlpito, esa pila, ese hospital con todos sus lechos, no pesan más que una paja, que una pluma de pájaro!

—Ud. lo ve, Nicolás, dijo el Arcángel, hasta aquí el peso de sus iniquidades sobrepasan en mucho la ligera carga de sus buenas obras

—Voy a irme al infierno, entonces, dijo el florentino.

Y sus dientes crujían de espanto.

—Paciencia, Nicolás Nerli, repuso el pesador celeste, ¡paciencia! aún no hemos terminado. Nos queda esto.

Y el bienaventurado Miguel tomó los panes negros que el rico había tirado la víspera a los pobres. Los puso en el platillo de las obras buenas, que descendió súbitamente mientras el otro subía, y ambos platillos quedaron a nivel. El balancín no se in-

clinaba a derecha ni izquierda y la aguja marcaba la igualdad de ambos pesos.

El banquero no creía a sus ojos.

El glorioso Arcángel le dijo:

—Ya lo ves, Nicolás Nerli, no eres bueno ni para el cielo ni para el infierno. Anda, ¡vuelve a Florencia! Multiplica en tu ciudad esos panes que has dado de tu mano, en la noche, sin que persona alguna te viera, y serás salvado. Porque no ha sido bastante que el cielo se abriera al ladrón arrepentido y a la prostituta que lloró. La misericordia de Dios es infinita: ella salvará también al rico. Que tú seas ése. Multiplica los panes cuyo peso ves en mis balanzas. ¡Vete!

Nicolás Nerli despertó en su lecho. Resolvió seguir el consejo del Arcángel y multiplicar el pan de los pobres, para entrar en el reino de los cielos.

Durante los tres años que pasó sobre la tierra después de su primera muerte, se compadeció de los desgraciados y fué gran limosnero.



FOLLETIN

Mr. Grex de Monte-Carlo

Por E. Phillips Oppenheim

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

(CONTINUACION)

CAPITULO XII

"¡No me puedo ir!"

Hunterleys estuvo mirando un rato a su esposa mientras jugaba. En realidad jugaba grueso y por vez primera notó en ella síntomas alarmantes. Estaba sentada, indiferente al parecer, pero había en sus ojos un brillo desacostumbrado y en su boca una contracción sospechosa. Llevaba ya casi tocando con ella un cuarto de hora, cuando ella vino a notar su presencia.

—¿Me necesitas? preguntó.

—No corre prisa, replicó él; si después me concedes unos minutos, te lo agradeceré.

Lady Hunterleys se levantó. Estaba elegantemente vestida de blanco y negro, aparecía pálida, y mirándola detenidamente se notaba la línea violácea de sus ojeras como si estuviera muy falta de sueño.

—Será mejor que me retire. Estoy con la suerte más negra, pero no quería dejar mi sitio sin un pretexto. ¿Qué se te ofrece, Henry?

—Deseo hablar contigo un momento. Pero este sitio no me gusta y se me crispan los nervios. ¿Querrías venir conmigo en un paseo hasta Mentone, por ejemplo?

—Como tú quieras, respondió ella mirándole sorprendida. Espera, que voy por mi abrigo.

Hunterleys alquiló un automóvil y partieron. Tan pronto como salieron de la ciudad sacó él de su bolsillo una hoja de papel y la extendió sobre sus rodillas.

—Violeta, dijo, haz el favor de leer esto. Ella levó las cortas líneas en que se ordenaba al gerente del Banco Inglés entregar al portador la correspondencia de sir Henry. Entonces se quedó mirándole con extrañeza.

—No comprendo.

—¿Has escrito tú esto? preguntó él.

Violeta le miró indignada.

—Cómo se te ocurre, exclamó ¿Qué me importa a mí tu correspondencia?

Esta negativa tan natural, tan obvia fué para él una sorpresa. Llamó de nuevo la atención de su esposa hacia la hoja de papel.

—Violeta, suplicó, fíjate bien en esto. Aceptando sin duda tu palabra de que no has sido tú la autora de este escrito, ¿no ves que la letra es una perfecta imitación de la tuya y que la firma es una ingeniosa falsificación de la mía?

—Sí que está bien imitada mi letra, admitió ella; y en cuanto a la firma ¿quieres decirme que realmente no es tuya?

—Claro que no, aseguró él. Todo es una falsificación.

—Pero, ¿quién puede tener interés por tus cartas?, preguntó incrédula. ¿Y por qué te las dirigen al Banco?

—Violeta, contestó él al momento, desde los incidentes que dieron por resultado nuestra separación, y en los que tal vez me quepa alguna responsabilidad, sabes que hemos prometido no tocar este punto y no quiero ser yo el que falte a mi palabra. Todo lo que puedo decirte es que hay en mi vida muchas cosas que tú apenas conoces, porque no me diste suficiente confianza.

—Tú debiste tratarme con más, contestó ella.

—Imposible, recaleó él, desde el momento que intimaste con un hombre que es mi mayor enemigo bajo todos conceptos.

—Juzgas muy mal a Mr. Draconmeyer. El te aprecia, puede decirse que es un inglés. Ha sido el más ardoroso defensor de una alianza comercial estrecha entre Inglaterra y Alemania para asegurar la paz. Ha formado parte de una delega-

ción que fué a verse con el emperador, a este mismo fin. Ha hecho más que nadie con sus discursos y remitidos en los diarios para llegar a una completa inteligencia entre Inglaterra y Alemania. Pero dejemos esto. ¿Quieres decirme por qué me has mostrado esa esquela falsificada?

—A eso voy, contestó él. Ten un poco de paciencia. Quiero hacer un recuerdo. Mi única petición hecha al darte tu libertad y la mitad de mis rentas, fué que dejases tu amistad con los esposos Draconmeyer. La primera persona con quien te encuentro a mi llegada a Monte Carlo es Mr. Draconmeyer. Supe que habías venido con ellos y estabais en el mismo hotel.

—Tu petición no era razonable, protestó ella. Linda y yo fuimos compañeras de colegio. Es mi amiga más querida y además está inválida. Creo que si la abandonara se moriría.

—Me inspira profunda simpatía Mrs. Draconmeyer, replicó él al punto, pero tú eres mi esposa. Me estoy esforzando en abrirte los ojos, no para reanudar nuestras relaciones sino para que comprendas la verdad en lo que toca a Mr. Draconmeyer. Acabas de preguntarme por qué te mostré ésta carta falsificada. Voy a decírtelo. Mr. Draconmeyer es el falsificador.

Violeta se echó hacia atrás en su asiento y se quedó mirándole con desconfianza.

—De modo que Mr. Draconmeyer ha falsificado esa nota para apoderarse de tus cartas .

—No sólo esto, continuó Hunterleys, sino que lo ha hecho en tal forma que yo pudiera creer que tú le habías ayudado. No conoces a Mr. Draconmeyer. Es un intrigante de primera, que bajo la apariencia de su posición comercial en Londres es un espía de Alemania. Está aquí en interés de su país, estudiando el ambiente general, y en espera de que se presente la oportunidad para la guerra inevitable. Tú creerás que está aquí en Monte Carlo por placer y por la salud de su esposa. Nada de eso. En este momento está tramando un infame complot, cuyos detalles todavía no puedo decirte. Por último, te repito lo que te dije en nuestra primera entrevista aquí: ese hombre está enamorado de ti.

—¡Henry!, exclamo ella.

—No comprendo cómo puedes estar tan ciega, continuó Hunterleys. Conozco bien al hombre. Ya en Londres te puse en guardia contra él. Esta falsificación tenía por fin separarnos aún más.

Ese hombrecito de gris que sigue tus pasos por todas partes es un espía de que él se vale para hacerte creer que yo te vigilo. Eres libre para obrar como te plazca, Violeta, pero, si algo te importo yo y aún tú misma, yo te ruego, que regreses a Londres cuanto antes y renuncies a esa odiosa amistal.

Después de un momento de silencio, durante el que mil recuerdos se agolparon a la mente de Violeta, dijo ésta.

—No puedo admitir, Henry, que sea cierto cuanto dices de Mr. Draconmeyer; pero díme: si me resuelvo a salir esta noche de Monte Carlo, ¿vendrás conmigo?

Hunterleys quedó suspenso. Sus ojos brillaron. Pero la memoria le presentó al punto su misión. Estaba atado de pies y manos.

—Cuánto me agrada tu invitación, Violeta, contestó. ¡Si yo pudiera!

Instantáneamente Violeta cambió de actitud. El temor de un rechazo la indignaba, temblaban sus labios.

—¿Quiere decir que no vienes? Oye. Vas a ordenar que arreglen mis maletas, para partir en el tren de ocho a Londres, a París, a cualquier parte. Pero, si vienes conmigo. He aquí todo lo que replico a cuanto tú me has dicho de Draconmeyer. Estoy dispuesta a perder un amigo que ha sido siempre conmigo la amabilidad y la consideración misma. Pero, no importa. ¿Vienes conmigo?

—Violeta, no puedo, replicó él roncamente. No insistas en esto, te lo suplico. No puedo irme. No soy dueño de mis actos.

—¿Que no lo eres? repitió ella incrédula. ¿Qué significa esto?

—Significa que estoy aquí en Monte Carlo no por mi propio gusto. Significa que tengo algo que hacer, un objeto...

—¡Absurdo! le interrumpió ella casi con rudeza. No hay nadie que tenga sobre tí más derecho que el que yo tengo. Reclamo tu obligación de esposo.

—Ten presente que tu ofrecimiento me agrada en extremo y que si yo fuera libre no vacilaría un momento en aceptarlo. ¿No me crees, Violeta?

—Dime en tal caso terminantemente qué es lo que te impide el complacerme. No me basta que me digas que no puedes salir de Monte Carlo, necesito saber por qué no puedes salir. Te he pedido que me acompañes a donde quieras, soy tu esposa... ¿Nos iremos?

—¡Te repito que no puedo! exclamó él angustiosamente. Créeme, Violeta.

Esta se bajó el velo de repente. El le tomó la mano, que permaneció insensible entre las suyas. Trató de llevarla al terreno de las confidencias, pero era tarde; el momento de la inspiración había pasado. Ella lo escuchaba como quien oye llover. De pronto le dijo.

—Dejémonos de conversaciones. Haz el favor de conducirme al hotel. Ya es muy tarde para volver al Club.

—No me dejes así, insistió él.

—¿Quieres decirme por qué rehusas mi ofrecimiento?

—¡Tengo un asunto importante!

El auto se detuvo. Ella se bajó.

—Lo más importante era yo, recalcó ella al bajarse y entrar en el hotel.

CAPITULO XIII.

Miss Grex en casa

Ricardo Lane en su camino a la villa Mimosa iba admirando los frondosos árboles que a uno y otro lado sombreaban la amplia avenida. Al fondo álamos corpulentos, purpúreos rododendros cuajados de rosas blancas y rojas. A una vuelta del camino aparecía una larga galería llena de plantas y rosales, que terminaba en una ancha terraza de donde se veía el mar.

La villa parecía más bien un palacio y desde la puerta abierta del invernadero, situado frente a la plazoleta, podían admirarse infinidad de flores, que exhalaban un perfume embriagador. A la entrada del palacete, antes de que tocase la campanilla, se le presentó un sirviente.

—¿Está Mr. Grex en casa?, preguntó Ricardo.

—No está, señor, se le contestó inmediatamente.

—¿Podría ver entonces a Miss Grex? Miss Grex tampoco está, señor.

Ricardo quedó en suspenso, pero precisamente en ese momento salía Miss Grex del invernadero. Llevaba un traje de piqué blanco y un sombrero de anchas alas. Bajo el brazo un libro y en sus manos un quitasol. Al ver a Ricardo quedóse sorprendida. El avanzó uno o dos pasos hacia ella, con el sombrero en la mano.

—Me he tomado la libertad de preguntar por su papá, Miss Grex, expuso Lane. Como él no estaba en casa pregunté por usted.

La joven estaba confundida. Era imposible esquivar la mano que se le tendía. Llena de vacilación le dió la mano, la que Ricardo estrechó sin demostrar, al parecer, ganas de soltarla.

—Este es el más hermoso sitio que he visto en Monte Carlo, exclamó entusiasmado.

—Me alegro, murmuró ella, que Ud. lo encuentre tan bonito.

A la sazón estaba él junto a ella y el sirviente un poco retirado, a sus espaldas. La joven miró alrededor.

—¿Le dijo mi papá que viniese? preguntó la joven en voz baja.

—No, confesó Ricardo. He buscado la ocasión infinidad de veces, pero parece que no está dispuesto a ejercer la hospitalidad. En último caso, no me importa. Es con Ud. con quien yo quiero hablar.

Ella se mordió los labios, esforzándose por contener una sonrisa.

—Pero yo tampoco le he dicho a Ud. que venga, le recordó ella gravemente.

—Es verdad, admitió Lane un poco confundido, y no acierto a explicarme la razón. Dígame, ¿es Ud francesa, inglesa o qué?, preguntó él resueltamente. Varias veces he querido saberlo.

—No estoy segura de mi nacionalidad, observó ella.

—Bueno, hablemos de otra cosa. En mi país cuando uno desea algo de una joven y no hay un motivo racional que lo impi-

da, se le habla y se la solicita. Ud es una hija que depende de su padre; éste no quiere que la cortejen, pero esta situación no puede durar siempre. Yo tengo el hábito de hacer siempre mi voluntad, y cuando me propongo alguna cosa no hay obstáculo que me haga retroceder. Desde el momento que la ví a Ud. resolví hacerla mía.

—¡Suya! repitió ella.

—Mía.

La joven se quedó mirándolo casi estupefacta. Ricardo era buen mozo y simpático; de todo su porte exterior se desprendía una especie de efluvio de honradez y de energía; y en sus ojos grises se reflejaba la bondad y la confianza. Ella aparecía más hermosa que nunca. Sus cejas eran de una línea perfecta, su boca deliciosa.

—Ya veo que Ud. me considera, dijo de pronto el joven, como una de esas hermosas plantas que tiene Ud. en su conservatorio. Ante Ud. me encuentro acobardado.

Esta vez la joven se rió manifiestamente con una risa que a Ricardo le pareció de un timbre el más armonioso.

—¿De veras?, exclamó ésta. No le tenía a Ud. por cobarde, sino todo lo contrario, por uno de los hombres más arrojados que puede haber.

—En fin, algo es algo, declaró él. ¿No podríamos sentarnos por aquí y conversar un poco?

—Ella meneó la cabeza.

—Ya le he dicho a Ud., protestó, que nosotros no recibimos visitas. Si mi papá viniese en este momento y lo viese aquí, tendría un gran disgusto. Temo que se mostrase demasiado duro, y yo tendría que sufrir por haberle permitido hablar conmigo.

—No creo que haya de llegar en este momento, observó Ricardo sonriendo ligeramente. Yo tengo muy buen carácter, pero no permito rudezas conmigo.

—Afortunadamente no puede regresar hasta dentro de una hora, insinuó ella.

—Entonces podemos sentarnos en la plazoleta, si Ud. gusta, aunque sólo sea un cuarto de hora.

—Bien, consintió ella, tal vez sea éste el mejor medio de deshacerme de Ud.

Lo invitó a seguirla. En un ángulo de la villa había una larga terraza de piedra con amplios ventanales abiertos. A su frente un grupo de mimosas y rododendros, y más allá el azul infinito del Mediterráneo. La joven se dejó caer en una silla de junco.

—Puede Ud. sentarse, dijo ésta, exactamente el tiempo necesario para yo convencerle de que su pretensión es imposible. No quiero parecer loca o descortés, pero le diré que desde que mi papá y yo vivimos aquí nos hemos impuesto una condición inquebrantable, la de no adquirir ninguna amistad, sea cual sea.

—Qué cosa más extraña, exclamó Lane. ¿No lo encuentra Ud. raro?

—Esto es sólo, prosiguió ella, por un poco tiempo. Mi papá está aquí con cierto objeto y tan pronto logre éste, nos iremos. Para lograr este objeto satisfactoriamente es condición indispensable que vivamos tan retirados de todo trato social como sea posible.

—La verdad que esto es raro. ¿Quiere Ud. decirme de qué nacionalidad es?

—No veo la necesidad de decírselo.

—Ud. habla correctamente el inglés, pero se nota en Ud. un ligero acento. No sabe Ud. qué encantador es este acento. No sabe Ud.....

Se detuvo de pronto, como si hubiera perdido la inspiración.

—¿Qué es lo que no sé?, preguntó la joven con una franca sonrisa.

No me atrevo a decirle. No quisiera ofenderla, no quisiera que Ud. me tomase por un loco, pero a Ud. le consta que he tenido la desgracia de enamorarme de Ud.

Hechóse a reír ella, inclinándose hacia atrás en su butaca y medio entornando los ojos.

—¿Es así como se declaran en su país a las jóvenes que apenas se les conoce?, preguntó ella.

—En mi país y en todos, replicó al instante Ricardo. La única diferencia que hay es que en mi país decimos lo que sentimos y hablamos la verdad.

Hubo un momento de silencio.

—¿Sabe Ud., continuó ella, que ningún joven ha osado hablarme nunca en esta forma?

—Será porque ninguno la ha querido a Ud. tanto como yo la quiero, afirmó él. Por otra parte, comprendo que no se hayan atrevido. Yo estoy terriblemente cohibido. Tengo miedo de decirle lo que le estoy diciendo, pero me sobrepongo porque hablo de corazón, y si no dispongo más que de un cuarto de hora para estar con usted, comprenderá que no puedo desperdiciar el tiempo. He de decirle a Ud. que no hay joven en el mundo a la que yo pueda mirar en adelante, y si Ud. no llega a ser mi esposa, seré el hombre más desgraciado de la tierra.

—Yo no puedo ser su esposa, le dijo ella enfáticamente. Nada tan imposible como esto. Entiendo que no insistirá Ud. después de lo que le digo.

El se quedó mirándola fijamente, casi sorprendido.

—Mientras yo no sepa que Ud. está comprometida no desistiré jamás. ¿Dígame, de veras que no hay ninguno otro?

—De veras. Todavía no he encontrado quién sea de mi agrado. Ud. es preciso que me olvide y sepa que en mi país no acostumbran las jóvenes a hablar de estos asuntos antes de desposarse.

—No comprendo. ¿Y cómo pueden casarse si no se les pide?

—Estas cuestiones preliminares, explicó ella, las arreglan siempre los padres.

—Eso no es justo, afirmó él confidencialmente. Debe Ud. renunciar a esa idea. ¿De modo que, según eso, es su papá el que ha de escoger su prometido?

—Sin duda alguna.

—¿Y Ud. se resigna a aceptar un desconocido sin haberlo visto antes en su vida?

—No es preciso haberlo conocido. Esto sucede casi siempre entre gentes de mi posición, recalcó ella irguiendo la cabeza. Hay que aceptar el sacrificio.

—¿Su posición? repitió él al momento. ¿Qué significa ésto? ¡Ud. no es una reina, o cosa parecida!

Ella sonrió.

—No, confesó ella, no soy una reina, pero....

—¿Pero qué?

—Es preciso que se retire, insistió ella levantándose bruscamente. Ha pasado el cuarto de hora. No debo seguir aquí conversando con Ud. En realidad si mi papá regresara, el disgusto sería enorme. Entre nosotros no se acostumbran estas cosas.

—Señorita, exclamó Lane suplicante, créame Ud., la amo apasionadamente; nunca he sabido amar así; nunca más amaré tampoco. ¿Es posible que me vaya sin una esperanza?

Ella le miraba casi con temor. Sus mejillas estaban encendidas y sus ojos brillaban con un fulgor extraño.

—Creo que es Ud. sincero. Aún más, puedo asegurarle que me agradan sus palabras. Pero todo es inútil. Hágame el favor de retirarse, se lo suplico.

—¿Cuándo vuelvo?

—Nunca. No debe Ud. volver nunca, no lo olvide. Desde luego no sería Ud. recibido. Podrían llegar a oídos de mi papá sus visitas y esto le disgustaría sobremanera.

—Bueno, ¿dónde puedo verla, y cuándo? Porque es preciso que Ud. sepa que no desisto de mi empeño, a pesar de cuanto me ha dicho.

—Es Ud. el hombre más porfiado que he visto en mi vida.

—La razón es, murmuró inclinándose un poco hacia ella, porque la adoro a Ud. con delirio.

Quedó la joven confusa. Parecióle escuchar un lenguaje nuevo. Todos sus antiguos hábitos y prejuicios se desvanecieron.

—No puedo convencerle a Ud., protestó ella con voz conmovida. Imposible disuadirlo.

—¿Estará mañana por la tarde en el Club?, prosiguió él.

—No tengo seguridad, pero es muy probable. No se lo prometo.

Ricardo le tomó de repente la mano y la obligó a mirarle a los ojos.

—Vaya mañana en la tarde, por favor, suplicó él, y regáleme la rosa que trae Ud. al pecho.

Rióse la joven alegremente.

—Si la rosa supone su partida....

—Pudiera ser, interrumpió él, pero al menos me hará feliz.

Ricardo descendió a la ciudad. Al llegar a la plaza, frente al casino, se le acercó un desconocido.

—¿Ud. es Mr. Ricardo Lane?

—El mismo, contestó Ricardo. No recuerdo conocer a Ud.

—Nunca me ha visto, señor, a no ser que me hubiera visto en su visita a la cárcel. Soy un oficial de policía. Me han comisionado para hablar con Ud. respecto de ese pequeño asunto de La Turbie.

—Todo está arreglado, replicó Lane. Sir Henry Hunterleys y yo tenemos nuestro abogado que nos defienda.

—Precisamente, replicó el oficial. Mr. Grisson es muy inteligente. Pero hay un punto de vista que considerar, nada favorable por cierto para Uds., un inglés y un americano. El asalto está aquí prohibido y castigado. A pesar de eso es muy corriente. El hombre que Ud. atacó es natural de Monte Carlo. Hasta cierto punto, el Principado está en el deber de defenderlo.

—¿Cómo, a un bandido pillado en flagrante delito de robo?

—Señor, aquí todo el mundo roba, despacheros, hoteleros, pungas de la calle. A mi me han comisionado para que dé un aviso al señor. Sería prudente que en el primer tren saliese Ud. de Monte Carlo.

—¿Y por qué diablos me he de ir?

—En primer lugar porque ese hombre a quien Ud. maltrató tiene muchos amigos y compañeros que se vengarán de Ud. Actualmente se le vigila a Ud. y se le sigue a todas partes, y la policía del Principado tiene bastante que hacer para tener que dedicar su personal a escoltar particulares y a prevenir atentados. En segundo lugar, no es seguro que el fallo del tribunal la semana próxima sea satisfactorio para Ud.

—Entonces, interrumpió Ricardo, quiere decir que sus jueces y magistrados o como se llamen son unos bandidos y sus leyes una estupidez.

—En interés suyo le digo, señor, que se vaya, pues si Ud. logra escapar a la venganza de estos bandoleros, es muy fácil que no se escape de conocer el interior de una celda de las prisiones de Mónaco.

—No le temo, contestó Lane secamente. Si algo de esto ocurriese me embarcaría en mi yacht, izaría la bandera norteamericana, y si era víctima de cualquier atropello aseguro a Ud. que la cosa metería ruido.

—El señor obraría con mucha más prudencia evitando cualquier contratiempo.

—Amigo mío, ni con un batallón de policía me harían a mí dejar este sitio hasta que no me convenga, y por ahora está muy lejos de convenirme. Puede Ud. notificárselo así a la persona que le dió esta comisión.

El policía se encogió de hombros.

—Yo he cumplido mi misión, señor. Ud. puede hacer lo que guste.

Hizo una pequeña reverencia y se retiró. Ricardo siguió en dirección al club y poco después se encontró con Hunterleys.

—Oiga, ¿ha visto Ud. cosa más curiosa?, exclamó. Un comisionado acaba de detenerme en la calle para intimarme que abandone Monte Carlo, por el asunto ése de los bandidos. Quizás sea el mismo que habló con Ud. ¿Qué se propone esta gente?

—En cuanto a mí, contestó Hunterleys, son obvias las razones para alejarme; pero no comprendo el motivo de querer alejarlo a Ud. A menos que....

Se detuvo de repente.

—A menos qué, interrumpió Ricardo. Me gustaría saber el motivo.

—¿No se le ocurre? Creo que no hay en Monte Carlo persona interesada en que Ud. se vaya, como no sea Mr. Grex.

Ricardo asintió al momento.

—¿Pero este Mr. Grex tiene alguna influencia aquí?

—Ya lo creo, replicó Hunterleys, y no poca, y Mr. Grex me parece que es de esos que no reparan en medios cuando algo se proponen.

—Me parece que no me tiene muy buena voluntad, dijo Ricardo pensativo. Yo fuí a verlo a su casa.

—¿Vió a Ud. Miss Fedora?

—Sí. La joven me dió a entender que su papá no me miraba con buenos ojos. Pero ella me dió esta rosa que aquí traigo y una cita para mañana en el Club.

Hunterleys pareció muy extrañado.

—Estoy viendo, Ricardo, que hay algo de genial en sus procedimientos.

—Tal vez, pero ¿quiere Ud. decirme por qué estando enamorado no había de ir a verla? ¿Quién es ese Mr. Grex? Yo no



Draconmeyer, que muellemente recostado en una poltrona la estaba esperando, tiró el diario que tenía en las manos y corrió a recibirla.

digo más, concluyo Lane con energía, sino que aunque sea el Sultán de Turquía o el Czar de Rusia, yo he de casarme con su hija irremisiblemente.

CAPITULO XIV

Comida para dos

Faltaban pocos minutos para las ocho de la noche cuando Lady Hunterleys salía del Club y atravesaba la plaza en dirección al Hotel París. Caminaba de prisa, sin mirar a ningún lado. Llegó a la puerta y se quedó como indecisa un momento. Draconmeyer, que muellemente recostado en una poltrona la estaba esperando, tiró el diario que tenía en las manos y corrió a recibirla.

—¡Tan tarde que llega Ud.! le dijo.

—Me entretuve en el Casino, contestó Lady Hunterleys. Quería ver si cambiaba la suerte.

—¿Y cambió?

—Ni un momento. Estoy cansada. Me parece que esta noche no voy a comer. Si es caso, mandaré que me lleven a mi cuarto alguna cosa.

Draconmeyer se manifestó contrariado.

—¿Por qué no viene a comer así? replicó éste. Después puede ir a cambiarse traje, si quiere. Siempre que Ud. falta a la comida parece que no hay gusto para nada, y esta noche sobre todo....

Violeta vaciló un momento. Tenía verdaderos deseos de estar sola y de descansar. Pero se acordó de la pobre invá-

lida, para quien su compañía a la hora de comida era el único placer.

—Bueno, consintió Violeta, en diez minutos más soy con Uds.

Entró ésta al ascensor y Draconmeyer quedóse esperándola mientras encendía y fumaba un cigarrillo. Las volutas de humo lo trasladaron a remotos tiempos y regiones. Como en cinta cinematográfica se representaron a su imaginación los días lejanos pasados en su patria, de la que tanto tiempo estaba ausente, sus negocios que fueron tantos como sus éxitos, su amistad con Violeta, que, poco a poco, insensiblemente, había ido convirtiéndose en un amor apasionado y oculto, seducido por la belleza y los encantos de la hermosa señora de Hunterleys.

La llegada de ésta cortó de pronto el hilo de sus pensamientos.

Draconmeyer se levantó de su butaca y dando el brazo a Violeta, llegaron a su mesa, que esperaba vacía.

—¿Pero, y Linda? Me pareció entenderle que me esperaba y que estaba aburrida...

Draconmeyer meneó la cabeza.

—No recuerdo haberle hablado de Linda, protestó él. Después del té se sintió mal y se retiró a sus habitaciones: Yo estaba desesperado esta noche al tener que comer solo.

Sentóse Violeta tras un momento de vacilación. Draconmeyer acercó su silla un poco más hacia ella. La pantalla de la luz parecía separarles con su sombra del resto del comedor. El mozo sirvió el vino en los vasos.

—Esta noche, dijo Draconmeyer, he pedido champagne. Parecía Ud. tan abatida cuando llegó... Bebamos antes que nada.

Ella obedeció, sonriendo amablemente.

—Tiene Ud. mucha razón, contestó ella. Estoy abatida. Todo el día he estado con una suerte perra, perdiendo sin compasión.

—Eso no debe importarla, observó él sonriente. Estamos en la ciudad del placer. Hay que desechar toda preocupación. Y si en este mundo hay alguien que no deba inquietarse por nada, ésa es Ud.

—Ud. siempre tan amable, murmuró ella.

—Me acuerdo ahora de aquellas nuestras tardes en Londres, prosiguió él, cuando acostumbrábamos hablar de música antes de ir a la ópera. ¡Qué deliciosas tardes ésas! Recuérdelas, y olvide que ha perdido un puñado de luises, lo que no tiene importancia. Y aun cuando fuera cual fuese la causa de su pena, olvide todo eso y no piense más que en divertirse. Hoy he tenido carta de un amigo, distinguido escritor a quien ambos admiramos. Después se la leeré. También tengo aquí la lista de las óperas para la semana entrante. En la compañía lírica figura, por cierto, esa joven Felicia Roche, la protegida de su esposo.

—¿Protegida de mi esposo? repitió Violeta. No sé nada de eso.

Draconmeyer pareció cohibido un momento.

—Cuánto siento... replicó éste. Creí que Ud. sabría. Pero su esposo se lo dirá si Ud. le pregunta. El es quien le ha costeado su educación artística y a él le debe sus triunfos. Pero Ud. debe conocerla de nombre.

—Jamás se lo he oído pronunciar a mi esposo. Henry no siempre me ha hecho objeto de sus confidencias.

—Entonces siento haber tocado este punto, prosiguió él como apenado. Creía verdaderamente que Ud. estaría al cabo de este asunto.

Leeremos, si a Ud. le parece, primero la carta de Mauricio y después le contaré a Ud. una historia.

La comida transcurría agradablemente. Draconmeyer era un charlador delicioso. Violeta estaba ahora erguida la frente, pálidas las mejillas, hablando y riendo con animación. No era posible que continuase por más tiempo amando a un marido que la menospreciaba, un hombre cuyos falsos sentimientos de dignidad lo alejaban de su lado.

—Yo le suplicaría, insinuó él, cuando ya la comida tocaba a su fin, que me tratase Ud., si en ello no tiene inconveniente, con un poco más de confianza.

Ella lo miró fijamente, casi recelosa.

—¿Qué es lo que Ud. quiere?

—Ud. tiene contrariedades que se calla, prosiguió él. Si en algo estima Ud. nuestra

amistad, yo la invoco para que en nombre de ella me las comunique. Pienso que tal vez habrá tenido Ud. algún disgusto con su esposo, y que esto o esa pérdida que ha tenido de dinero, es lo que la tiene contrariada. De cualquier forma no debe Ud. dejarse abatir demasiado: ¿Puedo influir en algo con su esposo?

—No hay nadie que pueda influir en este caso, replicó ella con tono inconscientemente duro. Henry es porfiado, y tengo la convicción de que ya nada le importo tampoco. Esta tarde, esta misma tarde, agregó ella inclinándose en la mesa hacia adelante y temblándole ligeramente la voz, le invité a que nos marcháramos.

—¿A salir de Monte Carlo?

—Sí. No quiso. Dijo que tenía que quedarse aquí por ciertas misteriosas razones. Le rogué me dijese qué razones eran ésas, pero nada me dijo. Esto ha sido el colmo. Me ha negado su confianza. Ha rehusado el esfuerzo que yo hice para una reconciliación. Ya todo es inútil.

Draconmeyer hizo un gran esfuerzo para no descubrir la salvaje alegría que se traslucía en sus ojos y dijo inclinándose hacia ella.

—Estimada señora, si lo que Ud. me dice no me sorprende, hay motivo para ello. Yo sé cuál es el misterio que envuelve a su esposo, y voy a decirle por qué éste no quiere salir ahora de Monte Carlo. La causa es Felicia Roche, que debutará en el Opera House mañana por la noche. ¡Hé ahí el motivo! No había querido decírselo, pero ya todo el mundo lo sabe. Es preferible que Ud. sepa la verdad. Discúlpeme, pero pienso sinceramente que su esposo no es digno de su interés, mucho menos de su cariño. Si yo me atreviese....

Se detuvo por un momento. Tenía que medir bien sus palabras.

—A veces, continuó, su situación me hace acordarme de la mía propia. Creo que no hay nadie en el mundo tan solo como yo. Hace ya años que Linda puede considerarse muerta para mí, física e intelectualmente. La pobre no puede despertar ya otro sentimiento que el de la compasión. Si yo hubiera tenido un hijo, o al menos si, como lo anhelé siempre, hubiera yo encontrado un sér con quien consolarme, o si Ud., mi querida amiga, (perdóneme que me atreva a llamarle así) pudiera ser un poco más amable conmigo, todo cambiaría para mí en este mundo.

Ella volvió la cabeza y le miró fijamente. Parecióle a Draconmeyer que ella estaba demasiado en guardia.

—¿Ud. tiene algo más que decirme, no es cierto? preguntó ésta.

El vaciló. El tono de la voz de Violeta no invitaba a la confidencia. Por un momento pensó jugar el todo por el todo, pero lo detuvo el temor de perder.

—Sí, quiero decirle una cosa, declaró al fin con aire de suma confianza. Quiero hablarle de la mísera cuestión de dinero. Tengo una renta de la que, por muchas locuras que hiciese, difícilmente podría gastar la mitad. Una especulación que realicé la última semana que estuve en Inglaterra, me produjo una utilidad líquida de más de un millón de marcos. Mientras tanto, Ud. se mostraba contrariada esta noche por haber perdido un puñado de monedas. Pues bien, yo quiero que Ud. me permita hacer algo más que llamarme simplemente su amigo. Quiero que Ud. me dispense también el honor de ser su banquero.

Ella lo miraba fijamente, tratando de penetrar en su interior.

—Amigo mío, replicó Violeta, creo que es Ud. sincero, pero Ud. sabe que no es posible pasar por alto los convencionalismos sociales, aun cuando éstos no sean siempre muy razonables.

El hecho de que una señora acepte dinero de un hombre, aunque éste sea un amigo, opino que es de esos convencionalismos que es preciso respetar. Francamente, mi primer impulso, hace unos momentos, fué pedirle a Ud. que me prestase mil libras. Pero ahora comprendo que no debo hacerlo.

—Cuánto siento que piense Ud. así. Eso me demuestra lo poco en que tiene Ud. nuestra amistad.

—Mal hace Ud. en pensar así. Créame Ud. que sé apreciar debidamente su amabilidad, y salvo en esto de aceptar dinero, estoy pronta a demostrárselo.

—Pero si aquí no se trata de un regalo, agregó él tratando de convencerla. Aun cuando yo fuera para Ud. el ser más ex-

traño, ningún inconveniente implicaría el que yo fuera su banquero. Ud. necesita dinero. ¿Va Ud. a pedírselo a su marido?

—Imposible, contestó ella. Hace poco me anticipó un trimestre de mi pensión, y en la situación que estamos no debo molestarlo más.

—Y entonces, ¿cómo se las va Ud. a arreglar para conseguir dinero?, preguntó él amablemente.

Ella se quedó mirándole confundida.

—Realmente no lo sé, le soy franca. Henry me da una pensión de dos mil quinientas libras al año. Tengo gastadas ya mas de novecientas y estamos en Febrero, y ya nada me queda por percibir hasta fin de Junio.

—De modo que le resta bien poco.

—Ni siquiera lo suficiente para pagar el hotel.

—Sí que son críticas sus circunstancias, exclamó él sonriendo. Necesariamente tiene Ud. que acudir a un banquero. Pues bien, yo reclamo el derecho de preferencia. Me firmará Ud. una orden de pago, es decir, no se necesita tanto, dos o tres cheques con fecha de Junio, Agosto y Octubre, por ejemplo, y le cargaré por el préstamo un interés de cinco por ciento. Puedo facilitarle mil libras.

Brillaron los ojos de Violeta. ¡Mil libras en aquellas circunstancias! Mil libras contantes y sonantes de que podría disponer aquella noche. Podría tentar fortuna y buscar el desquite. Decidió admitir la oferta.

—Tiene Ud. un modo de ofrecer, que no es posible rehusar. Sí, es preferible que le deba a Ud. este favor antes que a un extraño.

—Vaya, me alegro de que al fin se muestre Ud. razonable. Y no olvide, añadió cariñosamente, que Monte Carlo es lugar de diversión y hay que gozar mientras aquí se esté. Trate, pues, de divertirse y si la suerte se le muestra contraria, no le importe, que alguna vez ha de cambiar. Ahora, si Ud. gusta, iremos fuera a tomar el café. Yo voy a traerle el dinero y Ud. puede firmarme los cheques.

Se fué y volvió a los tres minutos.

Aquí tiene Ud. las mil libras. Le he cargado en cuenta un interés de cinco por ciento; buen negocio para mí, pues facultado para negociar con la plata del Banco hasta al tres y medio por ciento, me queda una buena utilidad, y puedo de sobra pagar esta comida.

Violeta aparecía rejuvenecida. El pensar en el juego que iría a hacer aquella noche la enajenaba de contento.

—Verdaderamente es Ud. encantador. No puede Ud. figurarse el placer con que esta noche voy a acudir al Club. Tengo la seguridad de que he de ganar, porque es bien sabido que dinero llama dinero.

El sonrió.

—Valor y decisión, aconsejó. No pierda Ud. el tiempo en pequeñas posturas. Juegue firme, que es el único medio de ganar.

El se levantó y su mirada se encontró con la de ella un momento. Violeta se sintió medio turbada. Pero se sobrepuso a la pasajera turbación. Era demasiado tarde para retroceder. Si es que él la admiraba, en resumen, sería sólo uno de tantos de sus admiradores.

CAPITULO XV

Política Internacional

La villa Mimosa brillaba deslumbrante, a todo el rededor ardían infinidad de luces ocultas entre el follaje de los árboles. Sólo un cuarto parecía sumido en la obscuridad, y precisamente en ese cuarto estaba concentrada toda la vida de la quinta. Las cortinas estaban echadas, la puerta firmemente cerrada. En torno a una mesa cuatro hombres estaban sentados y conversaban seguros de su absoluto aislamiento. Tenían el aspecto de conspiradores.

Mr. Grex se movió nerviosamente en su asiento y dijo mirando a Draconmeyer.

—M. Donaille ha venido llamado por mí urgentemente a esta conferencia. Antes de abrir toda discusión me ha rogado advierta a Uds. terminantemente que ésta no es propiamente una conferencia o consejo. Estamos aquí reunidos sólo por casualidad. Nuestro amigo Selingman, desde luego, que es un gran vividor, está aquí como de costumbre gozando las delicias de la estación. Draconmeyer es igualmente un

habitué. Yo aunque no lo soy, llevo aquí ya varios meses y a nadie puede extrañar mi presencia. Y en cuanto a Ud., M. Douaille, es un buen parisién y es sabido que todo buen parisién hace todos los años su peregrinación a la Meca de los placeres. Nos encontramos aquí esta noche puramente como amigos y nada más.

—Precisamente, precisamente; interrumpió uno de los asistentes, hombre de regular edad, más bien grueso, con una cinta roja en el ojal. Precisamente nuestro encuentro es casual. No tiene ningún carácter oficial. Por otra parte, prosiguió Douaille, ni sé siquiera lo que aquí se va a tratar. Y hasta vengo con algún recelo, pues parece ser que se prepara algo en contra de una nación que está al presente con nosotros en la mejor amistad. Por consiguiente, toda entrevista no casual implicaría para esta nación amiga una ofensa imperdonable.

Intervino entonces el genio de Selingman.

—Yo tengo algo que decir, replicó éste, pero no puedo. No tengo ni un cigarrillo que fumar. He llegado cubierto de polvo, pero nada de esto parece que nota nuestro huésped. ¡Oh! ¿pero qué veo?, agregó levantándose de pronto. Mr. Grex, usted perdone.

Atravesó el cuarto y descorrió una cortina en un rincón, dejando al descubierto una despensita llena de licores, vasos, dulces, pastas, frutas.

Selingman volvió al centro de la pieza con una copa en una mano y un sandwich en la otra.

—Por mi parte, continuó, guerra a toda formalidad. Me he visto en casos como éste en Berlín, en Roma, en Viena. He estado sentado con grandes políticos, discutiendo asuntos transcendentales, pero hoy la cosa es distinta. Se trata sólo de una idea que tenemos Draconmeyer y yo, idea a la que Mr. Grex parece inclinado, y que procuraremos inculcar a M. Douaille. Lo conseguiremos o no, pero siempre nuestras conversaciones serán las de cuatro amigos que se han encontrado en la estación veraniega.

M. Douaille, que acababa de apurar una copa de champagne y fumaba un rico veguero, hizo señales de asentimiento.



Selingman volvió al centro de la pieza con una copa en una mano y un sandwich en la otra.

—Aplaudo y agradezco la actitud de nuestro amigo Selingman, declaró éste. Verdaderamente yo no estoy aquí para celebrar tratados sino para cambiar ideas, mientras gustamos del rico champagne y los deliciosos habanos de nuestro huésped.

Si alguno quiere tratar de política mundial, tratemos, que el tema es sobrado interesante para personas como nosotros.

Mr. Grex asintió con la cabeza.

—Si la cosa pareció en un principio demasiado grave, la culpa es mía, dijo éste; pero nunca pretendí dar a esta entrevista un carácter de seriedad oficial. Desgraciadamente, M. Douaille, ni Ud., ni yo estamos actualmente a cargo de los asuntos extranjeros de nuestros países. Podemos, por tanto, hablar con entera libertad. Nuestros países, (el suyo y el mío) están hoy día ligados por una alianza. El suyo tiene una cuasi alianza con otro país. Yo le diré a Ud., clara y terminantemente, que esa alianza no es bien mirada en San Petersburgo.

M. Douaille sacudió la ceniza de su cigarro y se quedó sumido en honda meditación.

—Mr. Grex, dijo, ese rumor nos ha llegado oficialmente muchas veces.

—Lo creo, replicó Mr. Grex, pero lo que Ud. no sabrá y yo voy a decirle categóricamente es que mi país no consentirá nunca una triple alianza entre Rusia, Inglaterra y Francia.

M. Douaille apuró su champagne.

—Entonces, ¿quiere Ud. decirme, Mr. Grex, prosiguió M. Douaille, qué otra combinación podría encontrarse tan a propósito para conservar el **statu quo** en Europa? Lógica y geográficamente no hay otra. Rusia está en situación de absorber toda la atención de Austria y aun de invadir la costa norte de Alemania. Los diez mil hombres, más o menos, que podría presentar Inglaterra, serían de un valor incalculable por muchas razones: primera porque siempre es conveniente una mezcla de sangre; segunda porque el ejército regular que nos mandase sería un espléndido material de combate; y tercera, porque podrían tomar una posición hacia el Oeste y emprender con éxito un movimiento de flanco hacia el Norte. Presumo yo que la flota alemana no se presentaría a combate, en cuyo caso la inglesa estaría en condiciones de operar sobre la costa Septentrional alemana. Todo ésto, desde luego, ha sido tratado y discutido largamente, y la próxima guerra ha sido localizada de doce modos diferentes. Pero sea como sea no se ha encontrado una combinación de potencias tan razonable ni tan favorable a mi país.

Mr. Grex asintió.

—No encuentro en cuanto Ud. ha dicho ni una palabra reprochable, declaró este, excepto que su idea es simplemente la idea superficial y corriente del vulgo respecto a una próxima guerra probable. Confundizemos nosotros un poco más. Acepto todos los puntos que Ud. presenta en apoyo de su teoría sobre la triple alianza. Y hasta admito que la guerra haya de realizarse en las condiciones que Ud. establece. Pero, veamos. La guerra, si viene, no puede ser decisiva. Habrá una pérdida inmensa sangre y de dinero y los únicos que ganarán con ella serán el Japón y América. Hasta los mismos vencedores quedarán aniquilados y en relativa desventaja con estos dos países. La flota alemana podrá ser encerrada, pero no destruída. La inglesa seguirá con su poder. Ni una invasión francesa tendrá éxito en Alemania ni una alemana en Francia. La guerra se prolongaría y todo el dinero iría para América. Rusia no pelearía por su existencia y entraría a la guerra sin entusiasmo, por cumplir con la alianza. Nada podría esperarse de ella, y no habría por tanto temor de que echase mano de todas sus reservas y dejara indefensa su frontera Oriental, para invadir el centro de Europa con fuerzas bastantes para dominar a Alemania. Esto podría ser, pero no será. Todos lo sabemos.

M. Douaille, pensativo, fumaba.

—Bueno, dijo al fin; todo eso será cierto pero no será. Todos lo sabemos.

nosotros deseamos es el **status quo**, lo que el mundo quiere es la paz, y pienso que, de haber guerra, tardará mucho en producirse.

Selingman, apurando su vaso, interrumpió.

—Permítame que le diga que está Ud. en un error. Escúcheme el amigo, entiéndalo bien, el amigo no el político. Yo soy alemán, Ud. francés, y puedo asegurarle que si dentro de tres años su país no ha solucio-

nado la cuestión de Alsacia y Lorena, Alemania le declarará la guerra.

M. Douaille tenía la expresión de un hombre incrédulo.

—Por qué nadie ha de comprender, prosiguió Selingman, lo que Alemania quiere y necesita? Puedo asegurarle, M. Douaille; que nosotros no odiamos a su patria; por el contrario, la queremos, y deseamos una Francia próspera; sin embargo, si la situación internacional no cambia entraremos en guerra y voy a decirle por qué. Vamos a ir a la guerra por la conquista de Calais, y cuando lo tengamos ¡oh Dios mío!, concluyó Selingman reverentemente, entonces empezará nuestra misión. Para ésto necesitamos a Francia no como aliada que sería un imposible, sino como amiga, marchando si no unidas por lo menos acordes. Lo que nosotros queremos de Francia es que dirija su vista hacia otra parte, como, por ejemplo, Egipto.

Los ojos de M. Douaille brillaron como un relámpago.

—Piense bien Ud. en esto, M. Douaille, y basta por esta noche, tengo que ir al Sporting Club. Otro día seguiremos tratando del asunto. Vamos Draconmeyer, llévame Ud. en su auto a Monte Carlo.

Mr. Grex, mi querido anfitrión, buenas noches, continuó, estrechando su mano con profundo respeto. De sobra las merece quiere como Ud. posee vinos y cigarros tan excelentes.

CAPITULO XVI

Un trato con Juan Coulois

Selingman y Draconmeyer, cómodamente instalados en una mesita, esperaban presenciar el estreno del famoso bailarín Juan Coulois, mientras pedían un suculento menú para el almuerzo, menú escogido por Selingman como buen gastrónomo. Draconmeyer hizo señas al maitre d'hotel para preguntarle:

—¿Hay baile esta noche?

—Cómo no, señor. Baila la señorita Melita.

—¿Sola?

—No, con un joven francés, Juan Coulois, contratado por la temporada.

Draconmeyer dió señales de aprobación.

—Coulois se llama, murmuró por la bajo al oído de Selingman tan pronto como el maitre d'hotel se alejó.

El local se fué llenando por momentos. Les fué servida la sopa. Selingman empezó a comer con apetito. Draconmeyer desganadamente, bebiendo sin embargo más que de costumbre. El vino no le producía ningún efecto, a no ser un brillo extraño en los ojos. Mientras comía, Draconmeyer miraba la gente que entraba y se acomodaba en sus asientos. Selingman parecía absorto en honda meditación. Ambos sin embargo parecían extraordinariamente interesados cuando la señorita Melita, con traje andaluz, salió a bailar acompañada de un hombre flaco, mal encarado. Una cosa era digna de notarse. Aunque Selingman era un tenorio incorregible amigo de las faldas hasta la exageración, no paraba mientes en la bailarina, sino en su acompañante, y al concluir el baile él y Draconmeyer aplaudieron calurosamente. Con la botella de champagne en alto hizo señas al bailarín de que se acercase, y éste con un movimiento de hombros que denotaba indiferencia, se acercó condescendiente.

—A ver, mozo, una silla para Mr. Coulois, un vaso y una botella de champagne.

—Señor Coulois, le felicito; pero permítame un secreto. Aquí el que baila es Ud., ella hace muy poca cosa. No tiene iniciativa. No hace más que imitarle a Ud.

El bailarín quedóse mirando con curiosidad. Se conocía que le habían agradado las palabras de Selingman.

—El público no comprende esto. Ella es la que se lleva los aplausos. Tiene buenas pantorrillas y sabe encandilar los ojos, y eso basta. Pero tiene Ud. razón no sabe bailar ni tiene gracia. ¡A la salud de Ud., caballero!

Selingman se inclinó más hacia la mesa.

—Coulois, murmuró, los lobos merodean de noche, ¿no es así?

El hombre se quedó sorprendido, mirando fijamente a Selingman.

—¿Quién es Ud.? preguntó.

—Los lobos duermen de día, repitió Selingman.

El bailarín tranquilizóse de pronto al oír el doble santo y seña.

—Discúlpeme, señor, dijo, pasé un momento intranquilo. ¿Cómo ha podido Ud. penetrar nuestro secreto?

—No se preocupe Ud. de eso, mi amigo, dijo Selingman tranquilizándole. Nosotros tenemos nuestros planes y nos valemos de los medios que más nos agradan para realizarlos. Martín, el jefe de los lobos, me ha servido ya en muchas ocasiones. Ahora como está preso por el asunto ése de la Turbie, no puede hacerlo y acudo a Ud.

—¡Martín! el se tiene la culpa. ¿Y qué es lo que Ud. desea?

El director de orquesta preludió un musical. El baile iba a empezar de nuevo. Coulois se despidió al momento.

—Tengo que bailar, dijo; discúlpeme, volveré despues.

Draconmeyer exclamó, en cuanto el bailarín se hubo alejado.

—Es muy expuesto lo que estamos haciendo, Selingman. Mucho mejor hubiera sido haber mandado a Allen o cualquier otro, a entenderse con este hombre.

Selingman volvió la cabeza.

—Mire, Draconmeyer, este es uno de los casos en que los agentes son peligrosos que hubiera visto a alguien tratar aquí con Juan Coulois habría tal vez sospechado, cosa que no puede ocurrir viéndonos a nosotros. Nosotros somos simplemente dos concurrentes que hemos tenido el capricho de felicitar a Coulois. A los hombres de mi servicio secreto no podría utilizarlos en contra de Hunterleys. Por otra parte, la suerte nos favorece. ¿Qué cosa más natural que los lobos quieran vengar al aprehensor de su capitán?

Verdad es que fué ese joven americano el causante de la derrota, pero fué Hunterleys el que aprenhendió a Martín.

Nada más natural que la venganza.

Concluyó el baile Los dos aplaudieron entusiasmados. Coulois, después de hacer una reverencia insolente a sus admiradores, volvió a ocupar su asiento.

Se echó hacia atrás en su silla, cruzó las piernas, y apuró el vaso de un solo trago.

—Vamos derecho al grano. ¿Qué es lo que desean Uds. de mí? ¿Qué hay que hacer?

—Habérselas con el hombre que aprehendió en la Turbie a vuestro jefe Martín.

Brillaron los ojos de Coulois.

—¿Fué un inglés? murmuró.

—Efectivamente, asintió Selingman. Su nombre es Hunterleys, Sir Henry Hunterleys. Vive en el hotel París, cuarto No. 189. Se le suele ver en la Terraza, en el café de París y en el Sporting Club. Va todas las mañanas al Banco Inglés por la correspandencia, la lee en su cuarto, después va al correo y suele dar sus paseos por las afueras.

—Bueno, bueno, está bien, la cosa es clara, exclamó Coulois. En los cafés y cantinas de Mónaco ha habido personas que se han reído de nosotros por ese asunto de la Turbie. Dicen que los lobos se han dormido. Ya lo veremos. El asunto es de importancia. ¿Cuánto paga Ud., y cuánto tienpo ha de estar la víctima de baja?

—El pago, dijo Selingman, serán doscientos luises y el atacado ha de tener cama por lo menos para cuatro días. Draconmeyer interrumpió de repente.

—Oiga, dijo al oído de Coulois, ¿tan pusilánimes son los Lobos que no sirven mas que para escalabrar y torcer piernas? Esos doscientos luises se convertirán en quinientos, Juan Coulois, con tal que el individuo no vaya a parar al hospital, sino al cementerio.

Hubo un momento de silencio. Selingman echóse atrás en su asiento, mirando a su compañero con tamaños ojos. Juan Coulois se humedecía los labios con la lengua.

—¡Quinientos luises! repetía por lo bajo.

—¿No es bastante? preguntó al punto Draconmeyer. No me gustan las cosas a medias. Un hombre herido puede restablecerse antes de lo que convenga. Si no le bastan quinientos luises diga cuánto quiere, pero con tal que proceda resueltamente. Quiero saber si los Lobos son capaces de hacer lo que se puede cuando se lleva un cuchillo al cinto.

La cara del bailarín aparecía impasible, llenó su vaso y bebió.

—¡Un asesinato, exclamó! ¡Nosotros los

Lobos robamos, asaltamos, herimos pero matar! hum!!... la cosa tiene sus bemoles.

—Y también sus ventajas, recalcó Draconmeyer. Si no le bastan quinientos luises le daré seiscientos. Con este dinero se puede hacer algo de provecho.

Selingman se inclinó hacia adelante en su silla.

—Oiga, oiga, mi amigo, va Ud. demasiado lejos. Nunca me ha hablado Ud. de esto. ¿Qué tiene Ud. en contra de Hunterleys?

—Que es inglés, respondió Draconmeyer con firmeza. Detesto a todo inglés.

—¿Y no será, mi amigo, alguna venganza suya?

—Tal vez, replicó inmediatamente Draconmeyer.

—En fin, el trato está hecho, exclamó Coulois. No hay más que hablar. Acepto la proposición, pero debo decirle, señor, que la mitad de la suma se me ha de dar anticipada. La otra mitad después. Por lo demás no tema y pierda cuidado, que los lobos saben cumplir su palabra. Coulois volvió a bailar. Los dos hombres le miraban fijamente. El rostro de Draconmeyer aparecía indiferente. En el de Selingman se retrataba algo así como la repulsión.

—Draconmeyer, exclamó éste, tiene Ud. mucha sangre fría! Aquí está Ud. sin decir una palabra sobre lo que acabamos de hacer. Por mí parte, le confieso, siempre me conmueven estos casos, tengo un corazón sensible. Háble me, Draconmeyer, con su filosofía. Me siento nervioso.

Draconmeyer volvió la cabeza, levantó la copa y bebió intencionalmente.

—Amigo mío, exclamó, mi única filosofía es ésta. Un niño cuando quiere algo llora y patalea por conseguirlo. ¡Un hombre cuando conoce la vida y no es tonto paga lo que cuesta y lo consigue!

(Continuará)



VERANEO MODERNISTA

La muy noble señora,
sublime ejemplo de virtud cristiana,
deja el lecho a esa hora
en que de oro y de grana
el cielo lentamente se colora
con el tibio fulgor de la mañana.
y después, ante el cura
de una iglesia cercana,
a sus plantas murmura,
muy quedo y entre dientes,
todos los pecadillos inocentes
cometidos durante la semana.
Y cumplida la santa penitencia
con que el cura castiga sus pecados,
casi siempre inspirados,
más que por la maldad, por la inocencia,
sale del templo con serena calma,
tranquila la conciencia
y de todo pecado limpia el alma.
La muy noble señora
que, por lo honesta, en lo sublime raya,
va a la playa a esa hora
en que hay más "tiburones" en la playa;
y al presentarse allí, deslumbradora,
dando a la luz sus mágicos encantos,
que inspiran las más locas sensaciones,
en pecadores trueca a los más santos...
¡La santidad es flaca en ocasiones!
El hombre la contempla embelesado,
y de prodigio tal en la presencia,
se siente en la conciencia
el suave cosquilleo del pecado.
Y cuando irrumpe su divina planta
las encrespadas olas,
el mar se agita de placer, y canta
sus más enamoradas barcarolas.
Templa su fiero impulso el oleaje,
truécase el huracán en suaves brisas,
y las olas, rindiéndole homenaje,
a sus divinos pies mueren sumisas...


ALIMENTO MEYER
ES EL MEJOR
¿Por qué da a su niño el
Alimento Meyer?
Porque es el único que recomiendan los especialistas de todo el país.
ALIMENTO
MEYER



¡LA MARCA DE CONFIANZA!

EN cualquier parte de nuestro planeta adonde su destino le conduzca, encontrará Ud. confirmado el que la Cruz Bayer, como marca de confianza, ha establecido y tiene bien cimentada la incontestable reputación de las Tabletas Bayer de Aspirina y sus combinaciones.

Bien sea en la zona tórrida, con su sol de rayos abrasadores; bien en las regiones polares, de frío severo y perpétuo; o bien en las templadas latitudes, con sus temperaturas fluctuantes, las Tabletas Bayer de Aspirina constituyen el remedio universal y de confianza, que todo el mundo puede identificar fácilmente, mediante la Cruz Bayer que se ostenta en cada tableta y en cada envoltorio de los frascos que las contienen.

Abril 1918

PACIFICO MAGAZINE

PRECIO UN PESO



Pennsylvania
VACUUM CUP
TIRES



ESTOS SON LOS UNICOS NEUMATICOS QUE VERDADERAMENTE NO PATINAN EN PAVIMENTOS MOJADOS O GRASIENTOS.

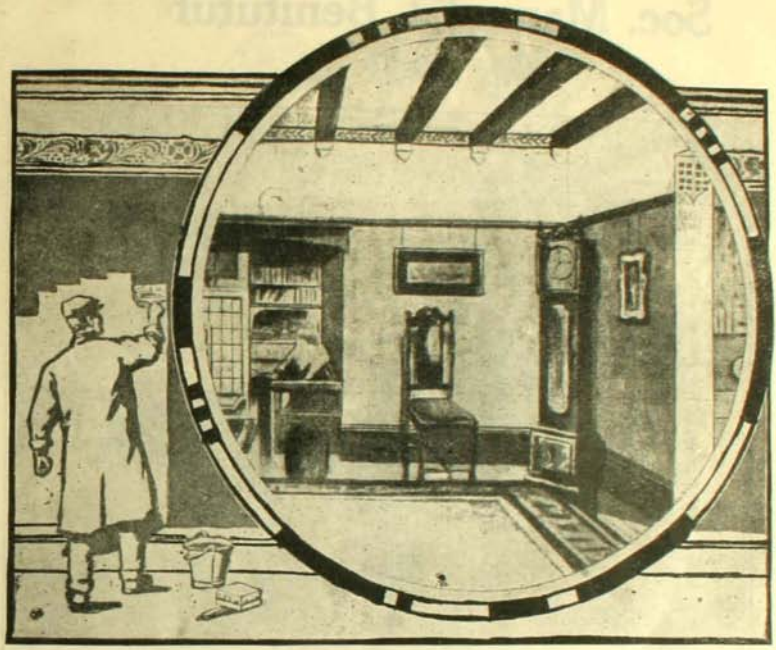
Este peligro de patinar está salvado por el principio y adherencia por succión, que es el único método que se conoce hasta la fecha, mediante el cual las proyecciones de caucho pueden agarrar firmemente en una superficie dura, lisa o mojada.

Unicos Agentes:

MORRISON Y CIA

VALPARAISO SANTIAGO

MATOLIN



La más pura y sólida de todas las pinturas al agua conocidas hasta hoy día. se adhiere a todos los materiales, como fierro, madera o papel pintado.
Para emplearla no se necesita aceite ni aguarrás, sino simplemente agua.
Para mayores datos y precios diríjase a sus únicos agentes

Williamson, Balfour & Co.

VALPARAISO

Williamson & Co.

Soc. Com. Harrington Morrison & Co.

VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



PINOT RESERVADO

Es y será siempre el preferido

33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646

ARTICULOS DE INVIERNO



GATH & CHAVES ofrece el más completo surtido en **artículos especiales para Invierno**; cuanto se puede necesitar para el frío se encuentra en nuestra Casa.

Para **SEÑORAS**: Preciosas **pieles** recibidas directamente de la más famosa peletería parisien **"REVILLON FRERES"**; **Sombreros, Abrigos, Trajes** y todas clase de confecciones, modelos auténticos de renombrados modistos de París, conocidos ya de la distinguida clientela de **GATH & CHAVES**; Ropa Interior, bonetería y lencería muy fina y de abrigo, en extensa variedad de calidades.

Para **CABALLEROS**: **Sobretodos y Trajes**, varios modelos de alta novedad, estrictamente a la moda, en paños y casimires de fantasía, calidades finas; Hongos y Calañeses de las marcas **"Borsalino"**, **"Stetson"** y **"Niágara"**.

Para **NIÑOS Y NIÑAS**: Gran existencia de **Vestidos, Abrigos y Trajes**, esmeradamente confeccionados, en elegantes y variados modelos, calidades recomendadas.

Espléndido surtido en **Ropa de cama, calentadores** y toda clase de **accesorios para calefacción**; gran variedad en **Guantes** de las acreditadas marcas **"FOWNES"**, **"REYNIER"** y **"DENT'S"** en todas las medidas, para **Señoras, Caballeros y Niños**, y cuanto puede ocurrir para procurarse el más delicioso confort.

Gath & Chaves Ltd.

CON SOLO $ 5.00

Ud. puede participar en todos los afamados sorteos de los bonos del Canal de Panamá, que se verifican en París cada trimestre:

15 de febrero	15 de mayo
16 de agosto	15 de noviembre

Capital social: 720 millones de francos.

Los intereses se reparten por medio de sorteos, con los siguientes premios anuales:

dos de	500,000 fr.	cuatro de	10,000 fr.
dos de	250,000 fr.	cuatro de	5,000 fr.
cuatro de	100,000 fr.	veinte de	2,000 fr.
	doscientos de	1,000 fr.	

Todos los bonos que no salen premiados se reembolsan con 400 fr. cada uno; nadie pierde su capital.

NO ES LOTERIA

El pago de los premios y el reembolso de todos los bonos son garantidos por el Gobierno Francés. No hay inversión más segura ni más atrayente. Es el mejor regalo para los niños, el mejor ahorro, el mejor seguro.

Entrega de los bonos a vuelta de correo.

Listas y prospectos gratis.

M. MASBOU

Sto. Domingo 969 - Casilla 1885 - SANTIAGO

LOS PIANOS DEL PAPA

S. S. Pío X era aficionadísimo a la música, y muy perito además, en este arte.

En el Vaticano poseía una colección de pianos que era, seguramente, la mejor del mundo.

Todos estos pianos eran regalos, ya de los fabricantes ya de los fieles católicos de diferentes partes del orbe. Estaban allí representadas las más famosas marcas americanas, alemanas y francesas.

LO QUE INDICAN LAS CANAS

Enrique IV pasaba el Sena en una barca, y observó que el barquero tenía la barba negra y la cabeza completamente blanca. Al preguntarle la causa, contestó el pobre hombre:

—Señor... Esto consiste en que he trabajado más con la cabeza que con las mandíbulas.

Recordando esta explicación, una vez que se le presentó un embajador que tenía el pelo negro y la barba canosa, el monarca le dijo a un gentilhombre:

—Este diplomático ha trabajado más con las mandíbulas que con la cabeza.



EL GRAN COGNAC NACIONAL

BANDERA CHILENA

Fabricado con los mejores Piscos de Chile

Según cartas certificadas de don Tomás Cox Méndez, del fundo Cucha-Cucha, Chillán; de Juliá Vicens y Cía., de Rapel; y de don Enrique Appelgren, Los Andes, se recomienda no sólo por su excepcional calidad, sino por su moderado precio, estando al alcance TANTO DE LAS FAMILIAS COMO DE LOS OBREROS.

Se encuentra en los principales almacenes y por mayor en la Fábrica

Calle RIO JANEIRO Núm. 397 - Casilla 265
Teléfono Inglés 148 - SANTIAGO
Establecido en 1882.

CORINA LOPEHANDIA y Cía.

Grandiosa Exposicion Blanca



Fabricantes:

FRATELLI CASTAGNETO

SANTIAGO

Fabricantes de ropa blanca bordada y cocida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

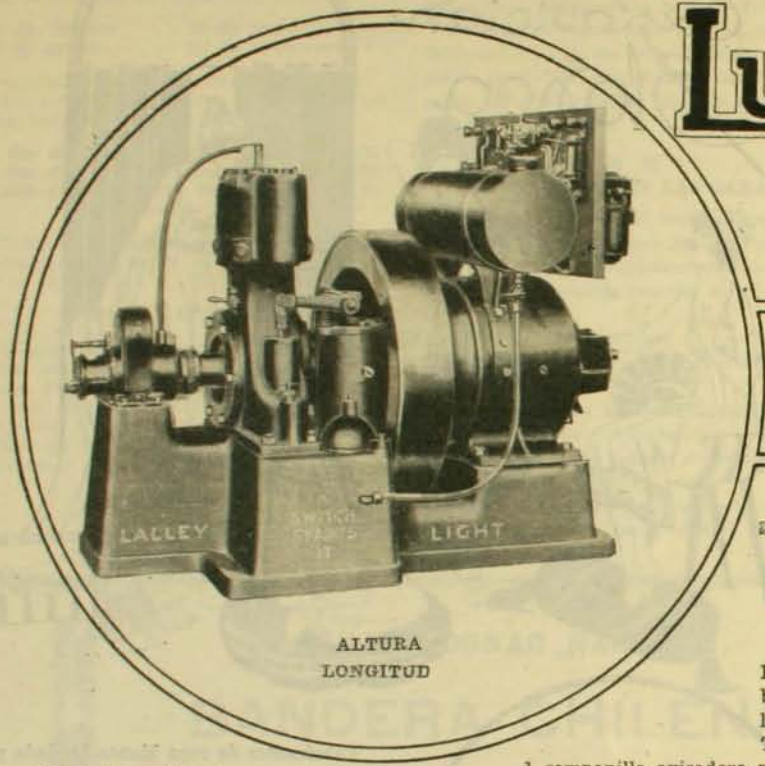
Nuestros precios tienen una enorme ventaja sobre cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

Agradeceremos pida datos, muestras y precios a otras parte y confrontar con los nuestros y se convencerá de la **gran ventaja** de los artículos de nuestra fabricación.

Altura: 53½ cm.
Longitud: 68½ cm.

LUZ ELECTRICA Y FU

Luz



ALTURA
LONGITUD

La planta
y un niño

Primer Pr
la EXPO
SANTIAGO

ESPE

La Planta compl
buena base de hi
lo en servicio in
Tanque de agua
1 campanilla avisadora para la batería y
en servicio.

BATERIAS: Tipo especial de 16 celdas.

GENERADOR: Tipo SF, construído espe

IGNICION: Magneto de alta tensión, co
complicaciones.

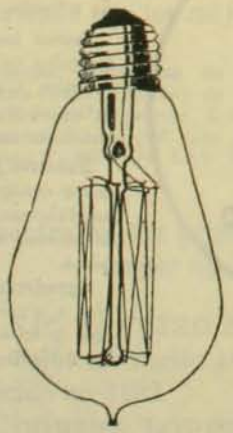
CARBURADOR: De nuestra propia ma
con ajustes permanentes para poner

CAPACIDAD: 82 luces de 20 watt. Peso

DE HOY, SIN FALTA, EL PRIMER PA
FELICIDAD.

ECHE HOY MISMO SU CARTA AL CO

¿Está Ud. satisfecho con andar a tropezones en la obscuridad, noche tras noche, con lámparas a parafina, aceitosas, anticuadas y de mal olor?



365 DIAS AL AÑO LUZ LALLEY AHORRA PLATA, TIEMPO Y TRABAJO.

LUZ ELECT

VALPARAISO: Casilla 93,

ERZA PARA SU HOGAR

Lalley

UNA PLANTA ELECTRICA COMPLETA PARA HACIENDAS, CASAS DE CAMPO, HOTELES, HOSPITALES, GARAGES, TALLERES, Y EN GENERAL PARA TODAS APLICACIONES.

"Lalley" es de 1.000 Watt
la pone en movimiento : :

emio y Diploma obtenidos en
SICION DE AGRICULTURA DE
EN 1918



Unica planta eléctrica de cojinetes de bolas.

CIFICACIONES

ELECTRICIDAD
EN EL HOGAR

eta consiste de un Motor, Dinamo y Magneto, sobre una erro. Tablero distribuidor, alambrado y listo para poner- mediatamente. Tanque para combustible y lubricación. para enfriamiento. Batería "WILLARD" (16 celdas), direcciones completas para montar y poner la planta

32 volt., 120 Amper, horas.

cialmente para las Plantas "LALLEY".

nectado directamente sin espirales, celdas secas u otras

nufactura, construído dentro de la base de la Planta, en movimiento y hacer funcionar la Planta.

de la Planta: 159,7 kilos.

SO PARA UNA NUEVA VIDA DE PROSPERIDAD Y

RREO PIDIENDO MAS PORMENORES A



LUZ "LALLEY" PAGA
POR SI SOLA!

RICA "LALLEY"

OFICINA CENTRAL: Blanco, 505

SUMARIO

	Págs.
Teniente 1.° don Armando Cortínez	339
Los empleados públicos, Alberto Edwards	340
El solo de oros, Ronquillo	351
Semana Santa	361
El sepulcro acusador, Diego Zamora	379
Acrobacia	397
La conferencia de la paz en París	402
Concurso de Dibujantes	403
Las damas chilenas	411
Las mujeres de ingenio, Ernest Gaubert	417
Carlitos, Baldomero Lillo	424
Mr. Grex de Monte-Carlo, (Folletín) E. Phillips Oppenheim	431

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación, es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

PORTADA:

"La Madona", atribuída a Murillo; cuadro que se avalúa en $ 250,000, y que pertenece a nuestro Palacio de Bellas Artes.

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. XIII.—Santiago de Chile, abril de 1919.—Núm. 76 | — Que mañana

PROPIETARIOS: Alberto Edwards, Joaquín Díaz Garcés.



Teniente 1.o don Armando Cortínez, que ha realizado la travesía de la cordillera en un Bristol 110 H-P.

LOS EMPLEADOS PUBLICOS

Por ALBERTO EDWARDS

Refiere la crónica, o mejor dicho la leyenda, que "El Ferrocarril", antiguo y casi olvidado decano de la prensa santiaguina, poseía una abundante colección de formularios impresos para artículos de fondo o notas informativas, de manera que los redactores sólo tenían el trabajo de llenar, cuando se presentaba la ocasión, los huecos respectivos.

Así, por ejemplo, el formulario de los incendios, decía así:

"Ayer a las.... las campanas del cuartel general de bombas dieron la señal de alarma. El fuego había iniciado su obra destructora en el almacén.... de propiedad de.... situado en la calle.... N.o.... Las diversas compañías de bomberos acudieron con su premura acostumbrada al sitio amagado. Después de.... horas, el voraz elemento hubo de ceder ante los titánicos esfuerzos de los denodados defensores de la propiedad. Alcanzaron, sin embargo, a quemarse los siguientes edificios:"

....

"El juez del crimen de turno, acompañado de su secretario, se trasladó desde los primeros momentos al lugar del siniestro, y procedió incontinenti a tomar las declaraciones del caso. Fué reducido a prisión el propietario del almacén en que se originó el incendio, pero, momentos más tarde, se le concedió la libertad bajo fianza".

"Damos a continuación la lista de los seguros comprometidos... etc... etc."

Las fórmulas para editoriales no eran mucho más complicadas. La novedad no hacía falta en esos benditos tiempos.

A este respecto hemos avanzado, pero no mucho, y las tradiciones de "El Ferrocarril" no se han perdido del todo. Nuestros diarios continúan repitiendo siempre las mismas cosas, como si las tuvieran escritas de antemano, y ya casi sabemos de memoria lo que van a decir en cada circunstancia.

Se quiere, verbi gratia, ponderar las ventajas de la alianza liberal.

"Ha jurado el nuevo Ministerio, dirán con asoladora uniformidad los periódicos partidarios de dicha combinación política. Era ya tiempo: la opinión se sentía fatigada de esas coaliciones híbridas entre partidos antagónicos, que no ofrecen garantía alguna de unidad y solidez. El Gabinete Pérez-Sánchez, formado como está por hombres de ideas afines, responderá, no lo dudamos, a los anhelos del país, ansioso de un Gobierno fuerte e inspirado en los principios... etc., etc."

El lenguaje de los coalicionistas no es mucho más variado que digamos.

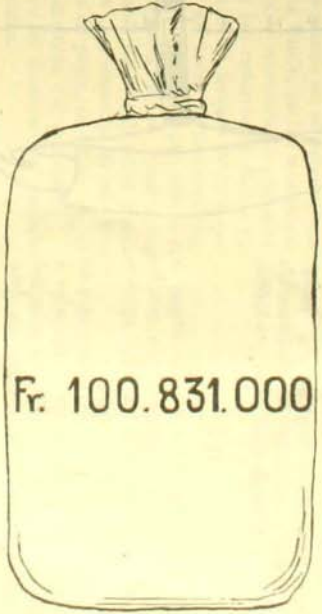
"En las actuales delicadas circunstancias, no dejarán de repetir, se impone a los hombres patriotas de todos los partidos, el olvido de añejas divisiones. La tregua doctrinaria que acaba de pactarse permitirá a nuestros poderes públicos dedicar todas sus actividades al estudio y solución de los hondos problemas nacionales de la hora presente... etc., etc."

Resulta siempre, o casi siempre, que en el primer caso la alianza de los partidos afines se transforma muy luego en una desastrosa merienda de negros, y que, en el segundo, los hondos problemas nacionales permanecen vírgenes de toda solución, a pesar del olvido de las cuestiones doctrinarias... Ello no importa. El clisé alianc[illegible]ista y el clisé coalicionista sobreviven a todos los fracasos y se quedan esperando pacientemente una nueva ocasión de salir a luz. Así nuestro periodismo, como nuestra política, están condenados a dar vuelta eternamente como rocines de tahona, alrededor de la misma moledera.

¡Dios nos libre muy especialmente de los editoriales sobre la inestabilidad del cambio y de los ministerios! Son temas preferidos y siempre de una deplorable actualidad. Incontables columnas han sido impresas alrededor de ellos.... Las frases pueden variar, pero no el fondo, o mejor dicho, la falta de fondo. Se repite cada vez el mismo concierto de vaciedades, sin que brille jamás una idea nueva y práctica, un argumento positivo y de verdadero valor. No es raro que el sistema parlamentario y el curso forzoso continúen tan frescos, burlándose de aquella inundación de tinta.


Fr. 90. 250. 000.




Fr. 100. 831. 000



La verdad es que, sea dicho sin ofender a nadie, nuestros hombres de prensa estudian muy poco, o porque no tienen tiempo para ello, o porque se les exige una labor enciclopédica. Así prefieren no salir de la serena región de las generalidades insustanciales y de las frases hechas.

No son por supuesto de recomendar en la prensa las disertaciones eruditas plagadas de números y de complicadas estadísticas. Al contrario: un artículo de diario ha de ser, sobre todo, breve y sencillo. Pero este desideratum no se alcanza a fuerza de ignorancia; el que domina un tema será claro, ameno y sobrio al dilucidarlo; el que apenas lo sospecha traslada sin quererlo las nieblas de su cerebro a lo que escribe y será difuso, enigmático y fraseador; sabios e ignorantes se quedarán sin entender una palabra de tales producciones.

II

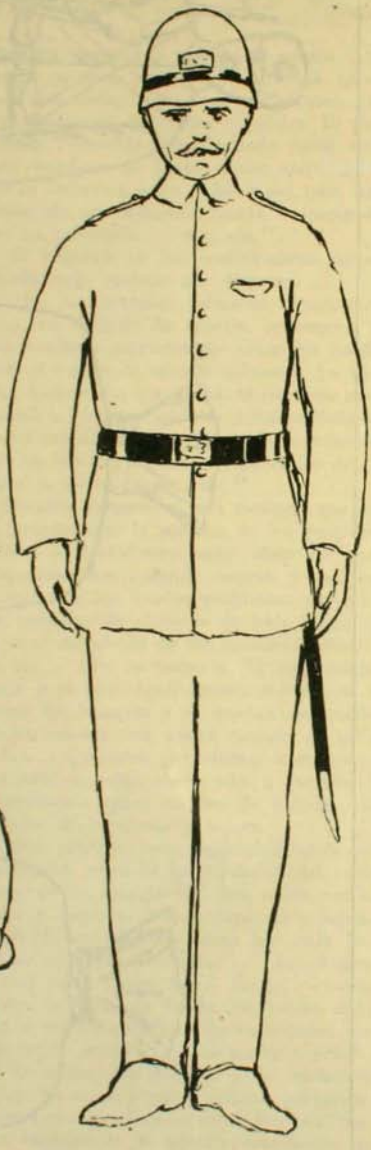
Entre las vulgaridades periodísticas a que me vengo refiriendo, hay una que ha contribuído no poco a extraviar la opinión pública en materia financiera.

Cada vez que se producen dificultades de ese orden, los diarios se creen obligados a repetir una vez más que la causa principal de nuestros desequilibrios rentísticos debe buscarse en el excesivo costo de la administración y en el desarrollo de la empleomanía.

La intención es excelente, pero acerca de este punto como acerca de otros, aquellos graves censores de la prensa, no se creen obligados a precisar la extensión y la naturaleza del mal que deploran.

En este punto, los flamantes directores de la opinión, se han topado, como por casualidad, en las publicaciones estadísticas, con una cifra de bulto, y sin mayor examen la lanzan a todos los vientos con entonación lírica.

"El Ministro de Hacienda, dicen, sólo







piensa en aumentar las contribuciones, en suprimir gastos que son indispensables al progreso del país y en comprometer el crédito del Estado. Entre tanto el Fisco derrocha anualmente en pagar empleados inútiles más de cien millones de pesos!! Por ese cáncer que corroe nuestra situación financiera, debía comenzar el Gobierno su obra regeneradora, en lugar de arrojar nuevas cargas sobre el ya exhausto contribuyente, y de comprometer la seguridad del país con ridículas economías en el sagrado presupuesto de la defensa nacional y de limitar el ya exiguo de instrucción y las obras públicas más indispensables a nuestro progreso... etc."

Aquella cifra monstruo de los cien millones continúa resonando en el salón colorado del Club de la Unión, en las trastiendas donde se reúnen a murmurar los opositores de aldea, en las redacciones de los periódicos y hasta en el Senado de la República... Queda en todas partes establecido, como verdad inconcusa, que sólo a la criminal complacencia de los gobernantes para con esa horda de holgazanes y paniaguados políticos que consume al año más de cien millones de pesos, se deben las perturbaciones financieras del momento.

He oído sobre la materia los comentarios más divertidos.

—La administración está pésimamente organizada, me decía un banquero. Gasta en empleados cerca del cincuenta por ciento de los fondos que maneja, mientras en mi Banco sólo destino a sueldos del personal menos de un dos por ciento de los capitales que pongo en circulación.

—No lo extraño, le repuse; precisamente el Gobierno acaba de prestar cien millones a los salitreros con un desembolso total en empleados de quince mil, pero no todas las funciones del Estado se asemejan comó ésa a las de un Banco. Si se trata de defender al país contra sus enemigos extranjeros y contra los malhechores en el interior, el gasto consiste precisamente en pagar militares, marinos y policiales que atiendan a esos objetos; el sagrado presupuesto de instrucción ha de emplearse también en su mayor parte en pagar maestros que instruyan; la administración de justicia no es sino el conjunto de magistrados que se ocupan en ese Ministerio y a los que es necesario pagar también un sueldo... No veo cómo podría atenderse a tales necesidades sociales por otros medios.

—Yo no me refiero a eso, me repuso aquel censor de la alta banca, sino a los ciento y tantos millones que se derrochan en empleados inútiles.

—Pues bien, le contesté, si de esos ciento y tantos millones resta usted los que se destinan a los militares, marinos, policiales, profesores y jueces, ya no serían ciento y tantos sino apenas poco más de veinte.

—Siempre es una gruesa suma, insistió mi interlocutor, que era testarudo. Ella podría economizarse en sus tres cuartas partes.

—¡Ya lo creo! Suprimiendo al Presidente de la República, a los Ministros, a los intendentes y gobernadores, a los curas, a los tesoreros fiscales, a los empleados de









aduana, a los ingenieros de obras públicas, a los vacunadores, al correo, el telégrafo, el servicio diplomático y consular, etc.

—En todos esos servicios, arguyó el banquero, existen muchos ociosos, mucho de excesivo...

—Convenido... pero la suma total de lo que se gasta en ellos es de veinte y tantos millones... ¿Quiere usted que estudiemos juntos un plan de economías?... Tengo aquí los datos completos...

Era yo entonces Ministro de Hacienda y los tenía en realidad, como que uno de mis primeros cuidados fué el de estudiar aquel problema.

—No se moleste usted... No me sobra el tiempo.

Y se fué al salón colorado a repetir lo de los ciento y tantos millones con el mismo énfasis que antes.

III

A riesgo de fatigar la paciencia del lector, voy a estudiar con él ese plan hipotético de economías, no en general y a fuerza de frases, sino de cerca, como si nos encontrásemos en consejo de ministros, y ante la obligación de proponer soluciones prácticas. Ello, como se verá, resulta mucho más complicado y difícil que murmurar a la buena de Dios.

Un estudio semejante no es inútil. El servirá a lo menos para explicar a muchos, sobre todo en provincias, el fenómeno, a primera vista extraño, de esos eternos críticos que todo lo encuentran malo desde abajo, y después, llegados a las alturas, resultan casi siempre tan derrochadores (según su antiguo criterio) como los estadistas cuya gestión antes censuraban.

Vamos a tomar como base el presupuesto de 1918.

Reduciendo a moneda corriente los pocos sueldos que se pagan en oro, dicho presupuesto consultaba la suma de 108.454,097 para el pago de empleados públicos.

¿Cómo se descompone esta cifra? Vamos a verlo.

El gobierno central, esto es la Presidencia, el Congreso, el Archivo de Gobierno, los Ministerios y la Estadística cuestan anualmente al Estado 1.899,000 pesos en empleados. Por supuesto, este ramo es uno de los que sirven de pasto con más frecuencia a los comentarios desfavorables de los que se quejan de empleomanía.

El personal de los Ministerios es principalmente el objeto de tales críticas. Vamos, pues, a introducir en él con todo vigor el escalpelo.

No se nos exigirá, sin embargo, que suprimamos el sueldo del Presidente, ni el de su único secretario, ni el de los Ministros y sub-secretarios de Estado, ni los veinte mil pesos que cuesta el Archivo General de Gobierno, cuyo personal es a todas luces insuficiente, ni los secretarios de las Cámaras. Tales sueldos sumaban un total de 412,000 pesos en dicho presupuesto. Queda para introducir economías la cantidad de 1.487,000 pesos. En ellos figura el Congreso por 500,000. No conozco las interioridades de ese servicio, que no depende directamente del Gobierno, y, a riesgo de cometer una injusticia enorme, voy a suponer lo peor: que haya una mitad de empleados inútiles. Tenemos, pues, por ese capítulo, una economía de 250,000 pesos. Los Ministerios, excluyendo los sueldos de los Ministros, y sub-secretarios, gastan en empleados 688,000 pesos. Puede que en algunas de esas oficinas haya más personal que el indispensable, pero no es el caso de todas. En Hacienda, por ejemplo, hay ahora menos empleados que en 1890, cuando yo pertenecí a ese servicio. En ciertas épocas ha sido preciso trabajar allí hasta las altas horas de la noche, para no atrasar el despacho. Si en todos los Ministerios fueran exigidos tales sacrificios, no comprendo cómo se encontrarían personas competentes que por $ 12,000 desempeñaran puestos que exigen preparación especial, como los de jefes de sección, sin dejarles un momento para ayudarse en las necesidades de una modesta subsistencia.

Puedo afirmarlo con pleno conocimiento de causa. Dentro de nuestro régimen administrativo actual, no sería posible realizar una economía superior a 120,000 pesos en el personal de los Ministros, sin perturbarlos gravemente. Debo confesar, sin embargo, que transformando las diversas direcciones de servicios en otras tantas jefaturas de sección, como es práctica

en otros países, no sólo se suprimirían trámites y dilaciones inútiles, sino que se podría economizar una suma acaso tres o cuatro veces superior. Semejante reforma radical no deja de presentar, con todo, serios inconvenientes, dada la poca estabilidad de los Ministerios y los hábitos de nuestros políticos. La administración perdería, en efecto, gran parte de la independencia que aún le queda frente a las vicisitudes de los partidos.

Nos queda la Oficina de Estadística, ramo que personalmente dirijo. Este servicio no sufriría nada con la supresión de unos pocos empleados, siempre que se aumentasen las horas de trabajo. Sin embargo, sería injusto proponer tal reforma con los sueldos actuales. Los jefes de sección, por ejemplo, hombres especialmente preparados y que cuentan el que menos con veinte años de servicio, ganan sólo setecientos cincuenta pesos. Si se les exigiera absolutamente todo su tiempo, sin dejarles la posibilidad de algún trabajo suplementario para ayudar a su subsistencia, habría que rentarlos mejor. Del estudio que he practicado al respecto, resulta que semejante reforma, sería, aunque conveniente bajo el punto de vista administrativo, más gravosa que el régimen actual.

Las Intendencias y Gobernaciones importaron en sueldos 447,760 pesos en 1918. Para reducir esta cifra habría que suprimir provincias o departamentos, lo que no es en modo alguno aconsejable, o rebajar los sueldos de los respectivos funcionarios, ya por demás mezquinos. No hay economía posible en este ramo.

Los empleados de Correo y Telégrafos figuran en el presupuesto de 1918 por 6.391,934, correspondiendo a cada uno de estos servicios aproximadamente la mitad de esta suma. No sería imposible encontrar economías que hacer en ellos, sobre todo en las direcciones superiores y en algunas de las administraciones más importantes. Pero se trata, en todo caso, de detalles insignificantes. La casi totalidad de los empleados de esos ramos, desempeñan funciones de tal naturaleza que, para suprimirlos, habría que suprimir también las respectivas oficinas, con grave daño del buen servicio público. Lo que se ha hecho ya en este orden de economías más bien peca de excesivo, porque no es justo privar, como ha sucedido, a una localidad de correo o de telégrafo, so pretexto que las entradas no bastan a cubrir los gastos. Las comunicaciones no deben ser sólo un negocio para el Gobierno, sino también y en primer lugar un instrumento de progreso y mejora social. Así se considera este problema en todos los países civilizados.

La policía de seguridad, incluyendo los carabineros, costaron en sueldos 17.655,501 pesos en 1918. Apenas cuentan en esa suma por una muy insignificante parte los empleados propiamente tales. Casi la totalidad se invierte en oficiales y guardianes. Todas las provincias se quejan de la insuficiencia del personal de policía y carabineros, y con mucha razón. Lejos de ser posible una reducción, lo contrario es más bien aconsejable. En cuanto a los sueldos, todos saben la dificultad con que se tropieza para encontrar guardianes siquiera medianamente idóneos. En cuanto a los jefes, baste decir que los prefectos ganan alrededor de 4,000 en las cabeceras de provincia y de 3,000 en las de departamento!

Los empleados en la Asistencia Pública y en la higiene, devengaron 2.299,926 pesos en 1918 incluyendo 38,950 pesos los médicos de ciudad, 52,160 los inspectores de las casas de préstamos, 650,830 pesos los vacunadores, inspectores sanitarios, etc., 13,600 pesos los empleados del Consejo de Habitaciones Obreras, y 1.508,386 pesos la administración de todas las aguas potables de la República.

Esta última suma se emplea casi en su totalidad, no en empleados superiores o de oficina, sino en guardianes y obreros.

Ignoro si serían posibles economías en estos servicios, cuyo funcionamiento no conozco de cerca. Supongámoslo así, sin embargo, y pongamos al haber de nuestra cuenta unos 400,000 pesos hipotéticos.

Los sueldos y asignaciones de los ministros del culto católico, importaron 1.135,610 pesos en 1918. Mientras ese servicio corra en parte a cuenta del Estado, apenas se conciben economías en él. Al contrario: el número de diócesis y el de parroquias es relativamente mucho más reducido en Chile que en casi todos los demás países. Hay

aquí un párraco o vice-párroco por 10,000 habitantes. En Francia hay uno por mil.

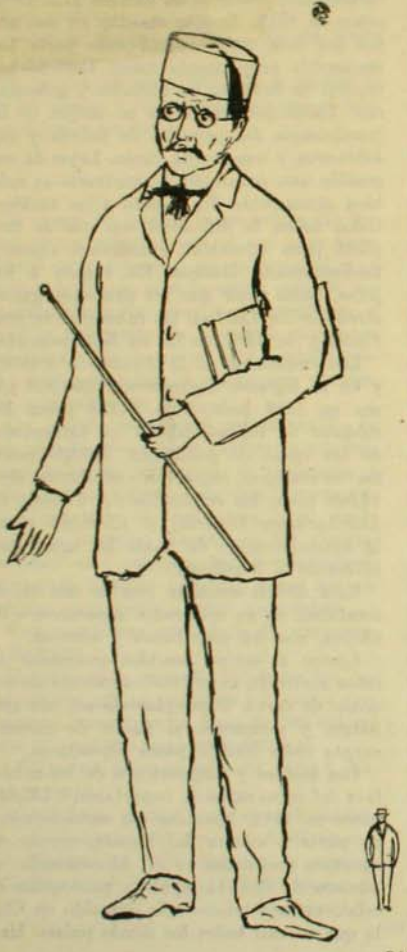
Los magistrados del orden judicial devengaron en sueldos en 1918 la suma de 3.837,200 pesos. Para rebajar esta suma habría que suprimir tribunales, esto es, Cortes de Apelaciones o departamentos. Hay, es cierto, algunos ministros demás en algunas Cortes y se ha pensado alguna vez en suprimirlos. Ello importaría un menor desembolso de 84,000 pesos.

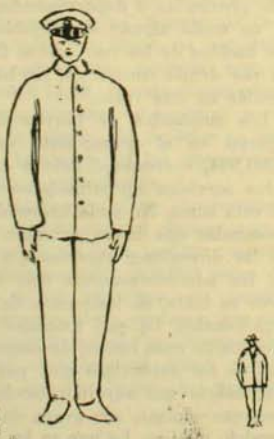
En cambio, la justicia de menor cuantía se administra en Chile por funcionarios ad honorem con grave perjuicio de los intereses de los pobres, cuyas causas se ven de ordinario desatendidas.

El Registro Civil cuesta en empleados al Erario $ 972,825 anuales. Para suprimir empleados en este ramo, habría también que reducir las circunscripciones, ya harto más escasas de lo que exige un servicio normal. He aquí funcionarios tan ociosos como indispensables. Los sueldos que devengan son, por otra parte, ridículamente bajos y sin relación con la importancia social de sus deberes. Sería quizás aconsejable rentarlos mejor y encargarlos, al mismo tiempo, de la justicia de menor cuantía.

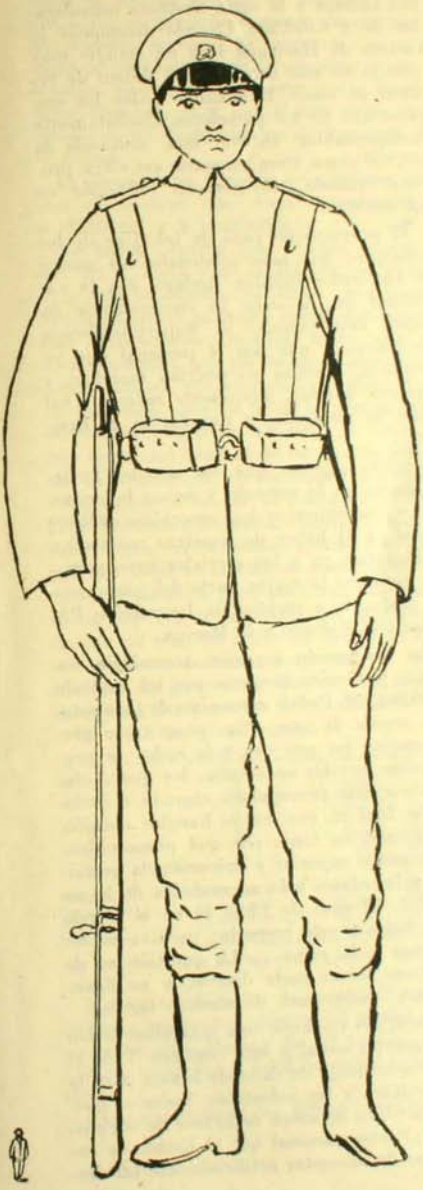
Los alcaides y guardianes de cárceles, penitenciarías y presidios, ganan en conjunto 2.060,372 pesos. Lo que se ha dicho de la policía puede repetirse por lo que respecta a este servicio. Es en general bastante escaso de personal y muy mal remunerado.

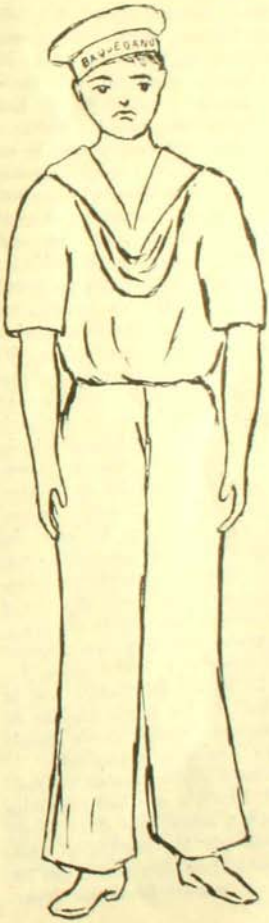
Reduciendo a papel moneda los sueldos devengados por los funcionarios diplomáticos y consulares, percibieron éstos en el año indicado 1.315,900 pesos. He aquí un gasto que siempre ha sido tema preferido para el escándalo de los murmuradores, no porque se dude más especialmente de la utilidad del servicio diplomático o del consular, sino acaso porque aquellas altas situaciones, en apariencia tan brillantes y





cómodas, excitan más que otras la envidia. Cuando las dificultades financieras de 1914, se rebajó el presupuesto diplomático en cosa de 200,000 pesos oro. Muy pocos meses más tarde, los mismos diarios que continuamente predican la supresión de empleos inútiles, dieron en afirmar que aquella reforma tenía comprometida en forma grave la situación internacional de la República. El presupuesto quedó, pues, restablecido en su anterior integridad.







El Ministerio de Hacienda es el más fecundo en empleados de ésos de escritorio y pluma tras la oreja, de ésos, en fin, que para el vulgo constituyen la totalidad de los que reciben los ciento y tantos millones del presupuesto.

Comenzaremos por las altas oficinas de Hacienda, las cuales consumen un total de 1.817,840 pesos anuales en sueldos. Estos se distribuyen así:

Comisión de puertos, $ 83,080; Oficina proveedora de artículos de escritorio, 29 mil 800 pesos; Defensa Fiscal, $ 211,660; Tribunal de Cuentas, $ 496,900; Dirección de Contabilidad, $ 398,900; Casa de Moneda, $ 159,600; Dirección del Tesoro, $ 127,200; Emisión Fiscal, $ 86,100; Delegación Fiscal de Salitreras, $ 156,600.

Evidentemente, una reorganización moderna de estos servicios mejoraría bastante nuestra administración rentística; pero sería hacerse ilusiones imaginar que se obtendría de dicha reforma alguna economía digna de ser tomada en consideración.

Así, el Tribunal de Cuentas no presta en modo alguno servicios en relación con la gruesa suma que cuesta su mantenimiento. Para que su acción fiscalizadora, útil aún hoy día, fuese verdaderamente provechosa sería preciso reformar los anticuados y formalistas procedimientos de ese viejo organismo que huele a la lejana colonia.

Hoy sólo se fiscalizan papeles y comprobantes que cada funcionario puede arreglar a su sabor si tiene bastante desvergüenza para ello. Para que la labor del Tribunal fuese eficaz sería necesario crear un verdadero cuerpo de inspectores volantes cuyo costo sería sin duda superior a lo que puede economizarse en la Oficina.

Podría sí, acaso, obtenerse una pequeña economía, no superior a 50,000 pesos, fusionando la Dirección del Tesoro con la de Contabilidad. En las demás oficinas de Hacienda, buscando mucho puede quizás realizarse otra economía equivalente.

Las Tesorerías Fiscales cuestan en sueldos $ 863.315. También son indispensables estos funcionarios sobre todo dado el reciente desarrollo de los impuestos internos. No es posible, por otra parte, que haya menos de un tesorero fiscal por departamento.

El presupuesto en sueldos de las Aduanas alcanza a la suma bastante considerable de $ 6.602.900. Cuando desempeñé la cartera de Hacienda hice un estudio muy prolijo de este servicio, con ánimo de reducir su costo. Eliminando todos los empleos que no me parecieron absolutamente indispensables obtuve una economía de 600.000 pesos. Para aumentar esa cifra, propuse también una pequeña reducción en los sueldos.

El proyecto no pasó de tal. Uno de los senadores que más condenaba los gastos en empleados inútiles, declaró, con la autoridad que le daba la circunstancia de haber desempeñado la Superintendencia de Aduanas, que con el personal que yo proponía, aquéllas no podrían marchar, y que era, además, imprudente reducir a tal clase de empleados a una ración de hambre.

Quiero suponer que ese senador tuviese razón en lo segundo y no en lo primero, e inscribiremos los concebidos 600,000 pesos en el haber de nuestras economías.

Llegamos ya a los servicios cuyo personal consume la mayor parte del presupuesto destinado a sueldos: la Instrucción Pública y el Ejército y la Marina.

La instrucción superior, secundaria, especial y técnica consume por tal capítulo $ 10.263,209. Podría excusarme de todo estudio acerca de esta cifra, porque son precisamente los que con más ardor se pronuncian por las economías, los que declaran ser este presupuesto sagrado e inviolable. Diré sí, que, en mi humilde opinión, el Estado no tiene por qué proporcionar instrucción superior y universitaria gratuitas a las clases más acomodadas de la sociedad. El caso de Chile es en el mundo casi único a este respecto; pero... no toquemos a la reina... La cuestión es de doctrina, como suele decirse, y no financiera... Sale, pues, de nuestro terreno.

Haré, sin embargo, una sola observación de carácter social a este respecto. Todo el mundo se queja de falta de brazos para la agricultura y las industrias. Todos se quejan también de sobra de brazos de oficinistas. ¿Parece racional que el Estado se encargue de aumentar artificialmente tal des-

equilibrio, por medios tan onerosos como la gratuidad de la enseñanza superior?

La Instrucción Primaria absorbe $ 14 millones 236,820 anúales en sueldos. Creo que nadie se quejará de exceso de empleados en este servicio. Al contrario: si hubiese de implantarse en forma seria la enseñanza primaria obligatoria, sería necesario disponer, para dar abasto a las necesidades, de doble número de maestros, a lo menos.

El personal del Ejército y la Marina recibe en sueldos una suma considerable: $ 18.220,457 y $ 14.404,095.

No puede negarse que el costo en sueldos del Ejército y de la Marina, no guardan, aparentemente, en Chile proporción con la eficiencia militar y práctica de nuestras instituciones armadas, sobre todo si se las compara con las de los países europeos. Causará, por ejemplo, a primera vista escándalo, que en 1913 el presupuesto de Guerra y Marina ascendió en Chile a una suma casi igual al de las cuatro naciones balcánicas que en ese mismo año estuvieron a punto de dar al traste con el Imperio Otomano. Bulgaria, Servia, Grecia y Montenegro, en conjunto, apenas gastaron más que Chile en la defensa nacional, cuando se preparaban para ese formidable conflicto. Con esa suma mantenían en tiempo de paz un efectivo sobre las armas de 120 mil hombres, teniendo preparado un contingente de guerra de 450,000, sin tomar en cuenta las reservas territoriales!!

He aquí las cifras exactas:

Países	Presupuesto	Ejército permanente	Efectivo de guerra
Grecia . . .	30.331,000 Fr.	25,227	115,200
Bulgaria . . .	40.500,000 ,,	61,298	190,500
Servia	29.500,000 ,,	34,141	132,000
Montenegro .	500.000 ,,	1,000	12,000
	100.831,000 Fr.	121.666	449,700

A más del Ejército de tierra, Grecia y Bulgaria mantenían, dentro del mismo presupuesto, una Marina de 53 buques, con 117,000 toneladas y 8,605 hombres de efectivo.

¿A qué comparar las cifras precedentes con las nuestras? Chile gastó en ese mismo año sólo un diez por ciento menos que los cuatro países aludidos, en total, o sea 90.250,000 francos. El personal de nuestro Ejército permanente es, a lo menos, cuatro veces inferior al aludido... y no es superior el de nuestra Marina.

Tan monstruoso desequilibrio obedece, sin embargo, a causas muy sencillas. Así, por ejemplo, en Europa el servicio de conscripción es gratuito o poco menos; aquí es rentado. El costo de la vida y el del material de guerra es mucho mayor en estos países de América que en las viejas naciones industriales del otro hemisferio.

La oficialidad, tan cara en Chile, no lo es o no lo era en países aristocráticos en que el título de oficial se busca como una distinción honorífica y no como un medio de ganarse la vida, por las clases más ricas y consideradas de la sociedad, lo que no ocurre, por cierto, en estos nuestros patriciados de mercaderes, que afectan desdeñar la profesión noble por excelencia.

Antes de 1891, la oficialidad, sobre todo la del Ejército, era considerada como clase media, y en general, por sus hábitos, su franciscana pobreza y su escasa cultura, merecía el sitio subalterno que ocupaba.

Hoy esto ha variado radicalmente. El oficial quiere, con mucha razón, llevar vida noble, como sus colegas de Europa... Por desgracia, no posee, como aquéllos, medios propios de sostener su rango, y las rentas públicas han debido llenar este vacío, pagando los costos nada insignificantes de la transformación social de nuestro Ejército... Ello es un nuevo comentario del célebre aforismo de Burke, cuando afirmaba que el espíritu aristocrático era indispensable para la defensa barata de las naciones.

Las obras públicas consumen en sueldos $ 2.080,200. La naturaleza esencialmente variable de este ramo del servicio público no permite establecer con exactitud si en un momento dado hay o no en él exceso de personal. Sin embargo, como es nuestro ánimo suponer siempre lo peor en casos dudosos, agregaremos una economía de 250,000 pesos, del todo hipotéticos, a las cantidades que hemos ido registrando.

Sumemos ahora éstas, y tendremos el siguiente resultado:

Economías posibles, en el mejor de los casos, sin tocar el Ejército, la Marina y la Instrución

Congreso	$ 250,000
Ministerios	120,000
Asistencia	400,000
Oficinas de Hacienda	50,000
Aduanas	600,000
Obras Públicas	250,000
	$ 1.670,000

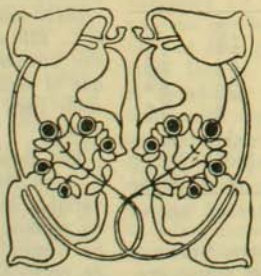
Suprimiendo, pues, no sólo lo que es posible suprimir, sino también lo que hemos supuesto, por ignorancia del respectivo servicio que se puede rebajar, hemos llegado a la cifra de un millón seiscientos setenta mil pesos de economía sobre sueldos de empleados públicos.

¿No es verdad que en presencia de esta cifra aparece ahora monstruosamente absurdo, el dicho aquel con tanta frecuencia repetido, de que bastaría suprimir la mitad de los empleados públicos para no necesitar de reformas financieras de ninguna especie?

Acaso se creerá que exagero. Estoy casi seguro de lo contrario. Puede sí, que en algún detalle mi memoria no esté muy fresca, pero recuerdo perfectamente que cuando con detención hice, hace ya más de cuatro años, un trabajo análogo al que acabo de esbozar para el público, llegué a un resultado muy parecido, a lo menos en cifras totales.

¿Se comprende ahora, por qué los Ministros de Hacienda no comienzan por este **cáncer** cuando se topan con dificultades financieras? ¿Vale la pena arrojar a la calle unos pocos centenares de pobres diablos, en momentos difíciles en que por lo regular no hay trabajo en la industria privada, con el único objeto de disminuir el déficit en una cantidad casi inapreciable?

No; no vale la pena. Por eso los más rígidos censores, los mismos que desde sus casas se han desgañitado pidiendo reformas trascendentales en este orden de cosas, cuando se encuentran ante el problema concreto y práctico, acaban por donde habían comenzado los estadistas que antes censuraran.



EL SOLO DE OROS

Por Ronquillo

—¡Que me traigan el prisionero!—gritó con voz estentorea el capitán Acedo, desde la puerta de la choza que le servía de alojamiento y, a la vez, de oficina de despacho.

No tardaron en presentarse dos soldados de la compañía, fusil al brazo, que llevaban en medio a un hombre con traje semi paisano, semi militar, con las manos atadas a la espalda con fuertes ligaduras. El prisionero era un mozo de veinticuatro o veinticinco años, vigoroso sin ser de gran estatura, moreno mas por el sol que por el color natural de la piel, grandes ojos negros muy animados y vivos y aire de resolución y energía bien acentuado en el varonil semblante; vestía un traje de buena calidad, como de campesino acomodado, pero desgarrado en algunos sitios, y traía cubierta la cabeza por una especie de gorra militar y ceñidos los riñones por un cinturón de que colgaba la funda de una espada.

—¿Cómo se llama Ud?—preguntó el capitán, con el mismo tono recio y fuerte con que había dado la orden pocos momentos antes.

El prisionero se encogió de hombros y respondió sin asustarse por los gritos del viejo militar:

—¿Qué importa mi nombre? Llámeme Ud. como quiera, capitán.

—¡Advierta Ud. que con su negativa echa a perder más su causa!

—¡Bah! Si de todas maneras me han de fusilar, lo mismo da que me fusilen por punto de más o menos.

—¿Conoce Ud., pues, la ley? ¿Sabe Ud. que su acción tiene pena de la vida?

—Lo presumía a lo menos.

—Pues sépalo Ud. a punto fijo,—y agregó el capitán, con el tono de quien recita algo aprendido de memoria—: todo el que intente pasar de sorpresa por este camino en dirección a la banda argentina, será detenido y condenado a prisión, al arbitrio de S. E. el Gobernador del Reino; todo aquel que intente forzar la guarnición del camino por violencia, será pasado por las armas, con todos los que le secunden en la tentativa: Ud. intentó forzar la guarnición con un grupo de hombres, ha violado las órdenes militares, fué cogido con las armas en la mano y en consecuencia será fusilado; así habrá un perro insurgente de menos.

—Aproveche Ud. que estoy amarrado para injuriarme—replicó el prisionero con calma, pero chispeándole los ojos con la indignación — si tuviera las manos libres, ya habría pagado Ud. bien cara esa insolencia.

—¡Bravatas a mí! ¡al capitán Acedo... al capitán Vinagre, como me llaman?

—Pues hágame Ud. desatar, tome una espada, déme otra a mí y veremos quién es más valiente y más caballero en el combate: si el español capitán Vinagre, o el perro insurgente chileno.

—Si es tan valiente, ¿cómo se dejó Ud. tomar prisionero? ¿cómo no se hizo matar en la refriega?

—Porque mi espada se rompió en la lucha, y porque varios de los suyos me atacaron por la espalda.

—¡Alférez Rondalla!—gritó el capitán.

—¡Presente, mi capitán!—contestó un oficial de la compañía, desde la puerta de otra de las chozas que formaban el pequeño campamento.

—¿Es verdad que el prisionero fué cogido por la espalda?

—Sí, mi capitán: peleaba heroicamente y había despachado a varios de mis hombres, pero lo atacaron otros de sorpresa y lo tomaron.

—Pues, entonces, perdone Ud., prisionero, la dureza de mis palabras; creí que se había dejado coger como un cobarde. Sin embargo, esto no lo libra de la sentencia.

—Desde que comenzó la lucha por nuestra independencia, consagré mi vida a la patria: ¿qué más da morir hoy u otro día? He cumplido mi deber.

—¿Es Ud. creyente?

—Sí.

—Pues tiene Ud. dos horas para prepa-



Se presentaron dos soldados fusil al brazo que llevaban en medio a un hombre...

rarse a morir. Son las dos de la tarde, a las cuatro será fusilado. ¡Alférez Rondalla!

—¡Presente, mi capitán!

—Si por casualidad pasa algún fraile por el camino, deténgale y que ayude a bien morir al prisionero. Y ahora ¡al calabozo!

El prisionero dió media vuelta, diéronla sus guardianes y los tres se encaminaron a la choza que servía de prisión.

—¡Por la Virgen del Pilar!—exclamó el capitán.—¡Es un valiente, pero la ley es ley, y él un enemigo del Rey, mi señor!

II

El capitán volvió a su choza, se sentó, se levantó nuevamente, dió algunos paseos, volvió a sentarse, salió del cuarto, se paseó al aire libre, reprendió duramente a cuantos soldados encontró a mano, por cualquier motivo, volvió a sentarse, volvió a los paseos y a cada rato iba dando muestras de más endiablado humor. Llevaba ya algunos días de estar de guardia con su compañía en aquella unión de caminos que enderezaban, a través de la cordillera, hacia la República vecina, para evitar que siguieran emigrando hombres a engrosar las filas de los patriotas de San Martín, y el aguerrido veterano se aburría espantosamente en aquel oficio de perro guardián, tan ajeno a sus energías de hombre de batalla.

Y se aburría sin remedio alguno, sin la más leve diversión, sin libros con que matar las horas, sin incidentes de ninguna importancia: la tentativa de aquel mediodía y la siguiente refriega habían sido un entretenimiento demasiado breve, el fusilamiento tardaría dos horas en llegar y apenas era un episodio insignificante... ¡Uf! Aquello era para morirse de tedio y desesperación.

—¡Con siete mil bombas!—bramaba para sí.—¡Si pudiera formar un terno de tresillo!

Era ésa una de las grandes pasiones del capitán Acedo. No comprendía la vida sino con dos clases de operaciones: en la batalla, acuchillando enemigos; en el descanso, jugando al tresillo con tres o siquiera dos buenos compañeros; pero sin cuartel, así en el combate como sobre el tapete, a todo rigor, corneta en la boca y sable en mano.

—¡Alférez Rondalla!—gritó con voz de trueno en uno de esos arrebatos de mal humor sobreavinagrado por el aburrimiento.

—¡Presente, mi capitán!

—¿Todavía no ha aprendido Ud. el tresillo?—preguntó con verdadera furia.

—No, mi capitán; desde esta mañana, en que me reprendió por ello, mi capitán, hasta este instante, no he logrado conocer ese juego.

—¡Es Ud. un hombre inútil! ¡un mal militar! ¡un mal español!

—Pero ya sabe mi capitán que el teniente Castroviejo lo juega.

—¿Y qué saco yo con un solo compañero? ¡Es Ud. un imbécil! ¿No sabe Ud. lo que quiere decir tresillo? ¿Cree Ud. que puede



Porque mi espada se rompió en la lucha y por que vaisor me atacaron por la espalda.



—Todavía no ha aprendido Ud. el tresillo?

haber tresillo con dos? ¡Retírese Ud. de mi vista!... ¡Largo de aquí!

Volvió a sus paseos furiosos y precipitados, con un mal humor que iba creciendo de instante en instante; pero de repente le vino una idea.

—¡Alférez Rondalla!

—¡Presente, mi capitán!... Todavía no he aprendido tresillo.

—¡Silencio! Vaya Ud. inmediatamente a preguntar al prisionero si sabe jugarlo.

El alférez se alejó y volvió en un minuto.

—El prisionero contesta que sí—informó el alférez.

—¡Al fin encuentro un hombre, un verdadero hombre!—gritó el capitán, con el rostro iluminado por el contento.—¡Vaya Ud. a traerlo en seguida!... ¿Ya está Ud. de regreso?

El alférez partió y volvió con el prisionero entre los dos guardias.

—¿Sabe Ud. jugar al tresillo?—preguntó Acedo.

—Sí, capitán.

El capitán se quedó mirándolo fijamente, sin hablar, y así estuvo lo menos un minuto.

—¡Desátenlo y váyanse Uds.!—ordenó a los guardias.

Estos soltaron las ligaduras del prisionero y se alejaron.

—Alférez Rondalla, vaya Ud. a reemplazar al alférez Castroviejo y que se venga aquí inmediatamente.

Rondalla se alejó para cumplir la orden. El capitán sacó el reloj y dijo al prisionero:

—Son las 2¼, y le quedan a Ud. una hora y tres cuartos de vida; entre mezclar, repartir las cartas y hacer un juego se invierten cinco minutos, término medio: ¿no es así?

—Sí, mi capitán.

—Pues bien, alcanzamos a jugar veintiuna partidas: si yo gano once o más de ellas, a las 4 lo hago fusilar; si las gana Ud., lo pongo en libertad. ¿Le acomoda?

—Sí, capitán: es gran generosidad suya darme esa probabilidad de vida.

—Pero con una condición ¿eh?

—¿Cuál?

—Que en caso de triunfar Ud., me da su palabra de honor de no hacer armas contra el Rey.

—No acepto, capitán: o la libertad absoluta, o me hace Ud. fusilar a las 4.

El capitán soltó un juramento, apretó los puños con ira rabiosa, dió unos paseos, pero se aplacó.

—Acepto, a pesar de todo—dijo;—tengo facultades completas, hasta la de perdonar la vida a un prisionero.

—Pero—objetó éste,—voy a jugar contra dos y las probabilidades estarán contra mí.

—No: los juegos que pierda o gane el alférez Castroviejo no se tomarán en cuenta; sólo valdrán los suyos o los míos.

—Convenido, capitán.

En ese momento llegaba el alférez Castro-

viejo y el capitán le explicó lo convenido; el alférez sacó una mesa coja, la cubrió con una manta y por asientos colocó unas sillas de montar; entre tanto el capitán sacaba naipes, de que estaba provisto como jugador apasionado.

Sortearon la colocación: el capitán quedó entre el prisionero, por la izquierda, y el alférez, por la derecha.

—¡Oros para el que corta!—gritó el capitán Acedo—los bastos no cuentan.

Cortó el naipe y quedó a la vista un tres de copas.

—¡El alférez da!... ¡Y ahora, a la mano de Dios!

III

El tresillo es un juego de suerte, sin duda alguna, pero en él, más que en cualquier otro, influye para los resultados el ingenio o la destreza del jugador. Tiene muchas reglas, pero éstas son guías para los medioeres solamente, como las cuerdas que se usan en los baños de mar para los que no son diestros en la natación; un jugador de imaginación viva y buen observador, que sepa apreciar los movimientos de fisonomía de sus compañeros y que aproveche bien los menores incidentes, lleva una gran ventaja, aunque sus compañeros tengan igual destreza que él en lo que pudiera llamarse la mera técnica del juego.

El prisionero era mozo vivo, inteligente, agudo y observador perspicaz, y conocía muy bien la técnica del tresillo, pero tenía una gran desventaja: el capitán y el alférez se conocían mutuamente, sobre todo "se sabían" el modo de jugar, mientras que ambos eran absolutamente desconocidos para aquel condenado a muerte. Además, la situación moral era otra desventaja muy grande para él: sus compañeros, si perdían, nada arriesgaban: si perdía él, perdía también la vida; pero de todos modos había ganancia, pues, como lo había dicho él mismo al capitán, se le daba así una probabilidad de vivir y quedar libre, cuando ya se encomendaba a Dios al pie del patíbulo.

En el momento en que el alférez daba por primera vez las cartas, el prisionero hizo una pregunta:

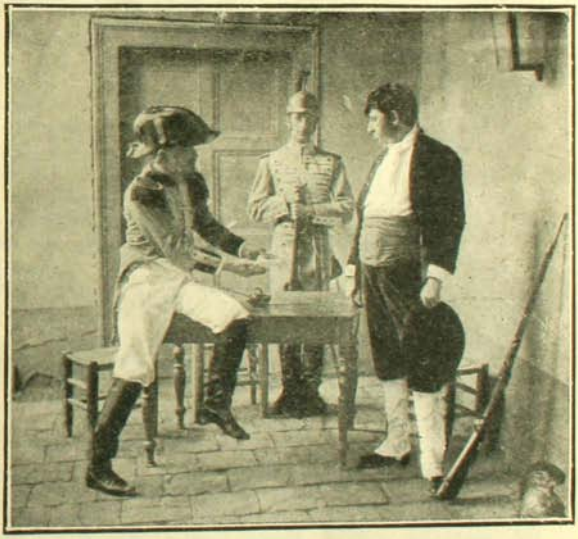
—¿No tomamos en cuenta, capitán, la calidad de los juegos?

Meditó el capitán un momento y contestó:

—Sí: el primer solo de oros decide la cuestión. Si Ud. lo juega y lo gana, queda libre en seguida; si lo juego y lo gano yo, cuatro tiros.

A las primeras jugadas, los tres se reconocieron recíprocamente como habilísimas manos, y el prisionero comprendió que estaba obligado a usar de extrema prudencia, pues cada caída suya y cada triunfo del capitán era un paso dado hacia el fusilamiento.

No obstante esta prudencia, la suerte se puso decididamente en contra suya: entró varias veces con excelente punto de partida, con tres y cuatro bazas seguras, pero al ro-



—No acepto, capitán... o la libertad absoluta o me hace usted fusilar.

bar le tocaban siempre cartas falsas, se reunían los aliados y los reyes en poder de los contrarios, y el prisionero caía como piedra, entre los gritos del capitán, que, sin querer ofenderle, no podía abstenerse de celebrar su propia victoria. Así, al cabo de tres cuartos de hora, llevaba el prisionero sólo tres juegos en favor suyo, mientras el capitán había anotado ocho, sea en victorias propias, sea en caídas del contrario.

Mas, a esa altura la suerte comenzó a cambiar; mejor dicho, el prisionero empezó a sacar partido de su propia imaginación y de su espíritu de observación: el peligro de la muerte no le quitaba la serenidad; por el contrario, aguzaba su ingenio. Al cabo de esas once partidas ya había conocido el sistema, el modo de jugar y las nerviosidades del capitán y las puso a contribución para beneficio propio: desde entonces ganó dos juegos más el prisionero y cayó con otros dos su formidable contendor. A las 3½ de la tarde llevaba, pues, el prisionero en su haber siete juegos ganados directamente o puestos al contrario, mientras que el capitán permanecía en los ocho de antes.

Pero la fortuna, mujer al cabo y tornadiza, volvió otra vez las espaldas al joven para festejar al viejo, contra lo asegurado siglos antes por Francisco I, después de Pavía.

Dió las cartas el alférez, el prisionero se encontró sin ninguna que valiera para una entrada y pasó.

—¡Juego!—gritó el capitán.

—¡Bien!—respondió el alférez.

—¡Espadas!—dijo el primero, se descartó de cuatro naipes y robó otras cuatro.

—¡Malas espadas!—dijo el alférez.

—¡Las tomo!—dijo el preso, y comenzaba a robar cuando el capitán gritó:

—¡Juego tendido! Cuatro matadores séptimos y bergantín. Llevo nueve.

Dió las cartas el prisionero; pasaron el capitán y el alférez y jugó aquél:

—¡Bastos! ¡Robo cinco!

Robaron y el capitán volvió a gritar:

—¡Codillo tendido! Seis triunfos, de espada, mala y cuatro blanquillas, correlativos de seis para abajo. ¿Jugó Ud. con aurora quinta?

—Sí, capitán.

—Y no robó nada, sino falsas para mis reyes. Llevo diez; ¡a la otra, cuatro tiros!

Dió el alférez, pasó el prisionero, que se vió perdido por las cartas que había recibido, y más perdido todavía cuando oyó gritar al capitán:

—¡Juego!

—¡Bien!—dijo el alférez.

—¡Copas!

—¡Malas copas!

—¡Las tomo!—respondió el condenado a muerte.

El capitán robó cuatro; el preso, una solamente; el alférez cinco, y dominó una carta.

—Doy mano—dijo el prisionero—: ahí va el rey de bastos.

—Servido—contestó el capitán y dió el tres del palo; el alférez dió otro basto chico.

Caballo de bastos jugó el prisionero.

El capitán dió otro basto chico y el alférez se fué de una carta de oros.

—Sota de bastos—dijo el condenado.

El capitán dió un respingo y soltó una maldición, pero se repuso y jugó otro basto blanco.

—¡No importa!—gritó reponiéndose— ¡El juego es mío!

El alférez soltó otro oro; el prisionero dobló la tercera baza y jugó el rey de oros.

—¡Aquí estoy yo!—gritó el capitán y echó sobre el rey el caballo del triunfo.—¡Ahí va!

—Pero yo estoy aquí, mi capitán—dijo el alférez—y debo cumplir mi deber. Contrafallo: rey del triunfo.

El capitán soltó un nuevo juramento con una verdadera serie de matadores en materia de maldiciones. El alférez jugó entonces una carta blanca de espadas y el prisionero falló con un triunfo. Ya no fueron unas cuantas maldiciones, fueron blasfemias las que soltó el capitán, loco de ira y golpeando la mesa con furia tremebunda.

—¡Siete millones de legiones de demonios, y siete mil infiernos! ¡Me han puesto un juego con cuatro matadores quintos, un rey y una falla!

—Llevo diez también, capitán—dijo con mucha calma el prisionero.

—¡Diez cada uno!—gritó como un trueno el capitán, verdaderamente vinagre en esos momentos.

—Nos falta la decisión; la partida undécima.

—¡Vamos a ella inmediatamente! ¡Y que me traguen los infiernos si me gana esta última!

El capitán volvió a su asiento, con el rostro enrojecido por la ira.

Dió el prisionero las cartas y pasaron todos: se tenían miedo; diólas en seguida el capitán y volvieron a pasar; tocóle después el turno al alférez.

El prisionero miró sus cartas y se encontró con el cinco y el seis de oros, rey y dos de copas, rey y siete de espadas y tres bastos chicos.

—No tengo absolutamente nada—pensó, mientras los otros lo "semblanteaban"—es seguro que alguno de mis compañeros tiene juego grande y estoy perdido.

Pero de repente le cruzó por la mente una de esas ideas audaces, las que han dado la victoria a los grandes generales y resolvió irse a fondo: el todo por el todo.

—¡Juego!—dijo con tono tranquilo, sin embargo.

—¡Juego más!—contestó el capitán, con una sonrisa burlona.

—Juegan bien los dos—dijo el alférez.

—Más yo todavía—replicó el prisionero.

—¿Más Ud.?—preguntó el capitán Vinagre, con un gesto en que se sublimaba su apodo.—¡Juego solo!

—Solo de mano—insistió el condenado a muerte, siempre con la misma calma.

—¡Solo de oros!—gritó el capitán, dando un golpe que hizo bailar la mesa coja.

—Solo de oros de mano—volvió a decir el preso, sin inmutarse absolutamente.

—¡Solo de oros Ud.!—rugió el capitán, hecho un león rapante.—¿Está Ud. loco? ¿Quiere irse derecho al patíbulo?

—Lo veremos, capitán.

—Lo veremos, sí; pero lo veremos con cuatro tiros en el corazón y el tiro de gracia en las sienes.

Y con rabia echó cuatro cartas sobre la mesa y robó otras tantas en reemplazo, y robó otras cuatro también el alférez. El capitán miró al prisionero con aire de compasión por algunos momentos, y después le dijo

—Ud. lo ha querido: dé el primer paso hacia el fusilamiento.

El prisionero jugó el rey de espadas.



La suerte se puso decididamente en contra suya.



—Tiene usted razón y nosotros somos unos gaznápiros indecentes.

—¡Pasa!—dijo el capitán jugando una carta del palo.—Pero mi compañero va a decapitar ese rey.

No lo decapitó el alférez sino que sirvió también una carta chica de espadas.

—Una baza no es nada—dijo el capitán—¡a la otra!

El prisionero jugó el siete de espadas.

—¡Bien! ¡Me ha pillado en dos espadas!... ¡Alférez, enláceme ese siete.

No lo enlazó, sino que dió otra carta pequeña de espadas.

—¡Caramba!—gritó Acedo, nuevamente colérico—¡Ud. no es capaz de fallar nada!

—Tampoco ha fallado Ud., mi capitán—respondió el alférez.

El prisionero jugó el rey de copas; el capitán sirvió el cuatro, con nuevos juramentos, y se quedó mirando al alférez.

—¡A ver, qué hace Ud., hombre!

—Lo mismo que Ud., mi capitán: seguir la jugada.

Y echó el tres de copas; la ira del capitán subió a enorme altura.

El prisionero, con suma calma, jugó el dos de copas:

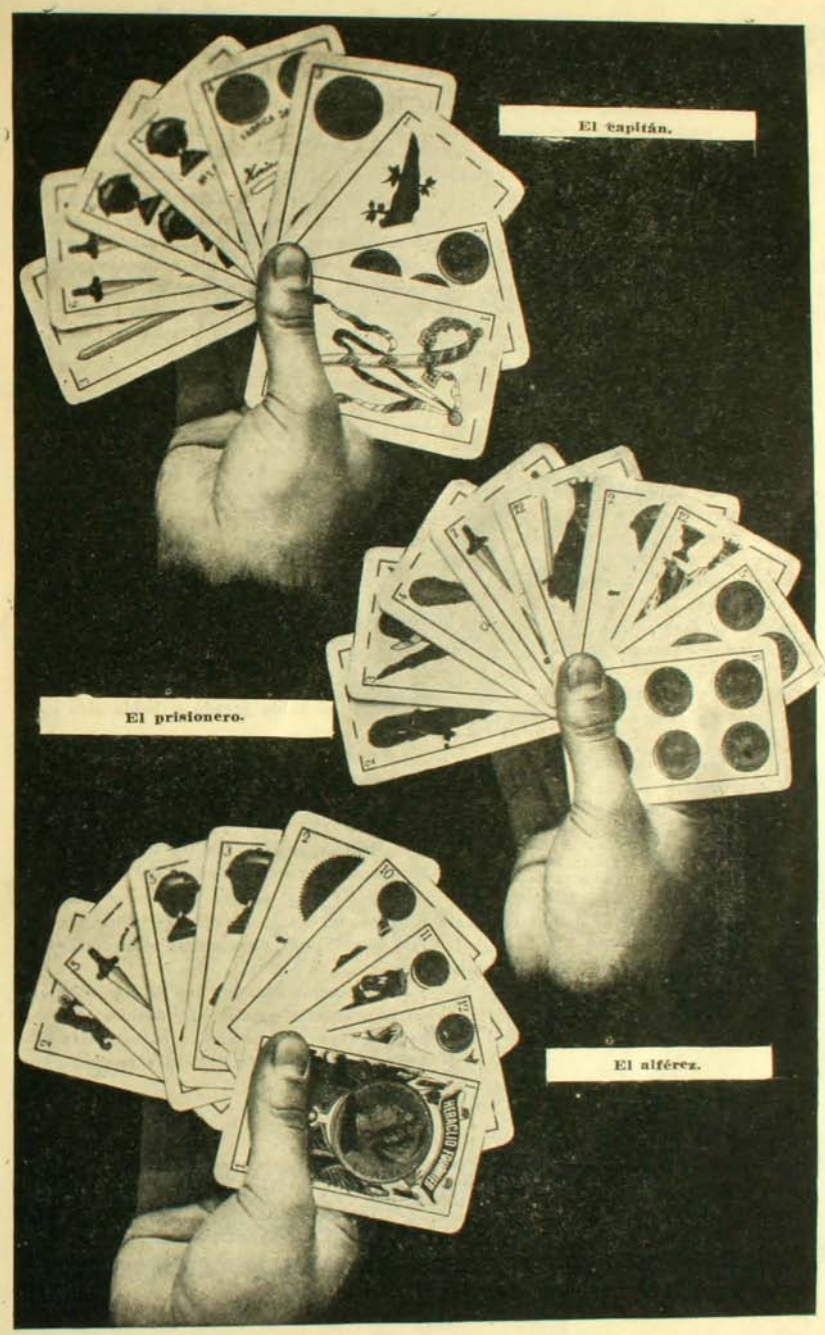
—¡Ahí va!

—¡Demonios crudos y diablos ensartados! ¡Venga el infierno y arrástrenme del pelo por animal! ¡Me ha pillado con dos copas falsas!... ¡Ahí va el seis!... ¿Será capaz Ud de no fallar tampoco eso, alférez de los demonios?

—Lo que Ud. no pueda, mi capitán, tampoco lo puedo yo—respondió acongojado y sudoroso el alférez, al mismo tiempo que ponía sobre la mesa el cinco de copas.

El capitán ya no habló: se le hincharon los carrillos como si fuera a estallar, sopló como un huracán y al cabo de largo rato soltó una blasfemia estupenda.

—¡Lleva cuatro bazas el maldito!... ¡Una más y se lleva el solo!... ¡Pero aquí lo espero, aquí, aquí!...—gritó golpeando la mesa con las cartas que tenía en la mano.



EL SOLO DE OROS

El prisionero con mucha calma—pero calma aparente, pues por dentro se sentía agonizar—jugó en seguida el tres de basto y el capitán tiró el cuatro de oros, diciendo al alférez.

—Otra hará Ud., compañero.

Pero allí se produjo lo que el capitán no podía imaginar: el alférez, en vez de soltar la baza a su compañero, contrafalló con el dos del triunfo.

—¡Siete mil bombas!—rugió el capitán.—¡Alférez Castroviejo, es Ud. un mamarracho, un animal! ¡Rayos del cielo! ¿dónde están que no parten a este imbécil?

El alférez se agachó, como para dejar pasar la racha, recogió la baza y jugó la sota de oros.

—¡Caiga sobre Ud., alférez, la responsabilidad del juego! ¡O hace caer al prisionero o lo parto yo a Ud. con mi sable de Bailén!

El condenado a muerte comenzó a sonreír, pues ya vió segura su victoria, sobre todo al ver que, largando él el cinco del triunfo, el capitán tomaba la baza con el as de bastos.

—Es inútil que sigamos jugando, mi capitán,—dijo el prisionero.

—¿Se da Ud. por vencido?—gritó con acento de triunfo Acedo.—¡Le quedan diez minutos de vida!

—Por el contrario, capitán—replicó el otro—tengo asegurado el juego.

—¡Ja, ja, ja! ¡Asegurado el juego!... ¿Pero está Ud. loco? La cercanía del fusilamiento ¿le ha quitado la razón?

—Estoy más cuerdo que nunca; mi victoria es indiscutible: están Uds. endosados.

—¿Endosados? ¡No diga Ud. tan solemne disparate! ¡Ni que estuviera Ud. borracho!

—Sí, capitán, endosados: Uds. dos están cerrados a triunfos; Ud. tiene en mano la espada, la mala y el cuatro de oros, mientras su compañero tiene el quinto, el rey y el caballo...

—¿Cómo lo sabe Ud?

—Por el hecho de que el alférez le tomara la baza de bastos: él no pudo largársela; lo habría hecho si hubiera tenido triunfos más chicos que el cuatro de oros que Ud. jugó; si hubiera tenido él algún matador lo habría puesto en esa misma jugada, para no seguir quitándole bazas a Ud.; en consecuencia los matadores deben estar en poder suyo, y, jueguen como jueguen, Ud. hará tres bazas y su compañero dos. Y a la prueba me remito: juegue Ud.

—¡Demonios del infierno e infierno de los grandes diablos! ¡Tiene Ud. razón, y nosotros somos unos gaznápiros indecentes! ¡No hemos sabido poner el solo de oros más chico que se ha jugado desde que se inventó el tresillo!

Y el capitán Vinagre se tiraba el pelo a dos manos, mudo ya y rojo de ira, apoplético, a punto de hacer explosión; pero hubo de convencerse de que, desde el principio, el juego había venido encarrilado en aquella forma y no se había podido jugar de otra manera: era aquel un solo inverosímil, absurdo, un enorme contrasentido; pero el hecho era el hecho: se había jugado y había sido ganado.

—Promesa es deuda—dijo el capitán—y debo pagarla: no se dirá que un hidalgo español y militar ha faltado a su palabra. ¡Queda Ud. libre!

—¡Gracias, capitán! Es Ud. un hombre generoso, a pesar de su apellido de Vinagre.

—Pero Ud., el alférez y yo levantamos y firmamos un acta con todos los incidentes de este solo de oros, para eterna memoria de la cosa.

Diez minutos después, dos de los soldados de la compañía guiaban al patriota chileno para que pudiera atravesar la cordillera libremente en dirección a la otra banda.



SEMANA SANTA



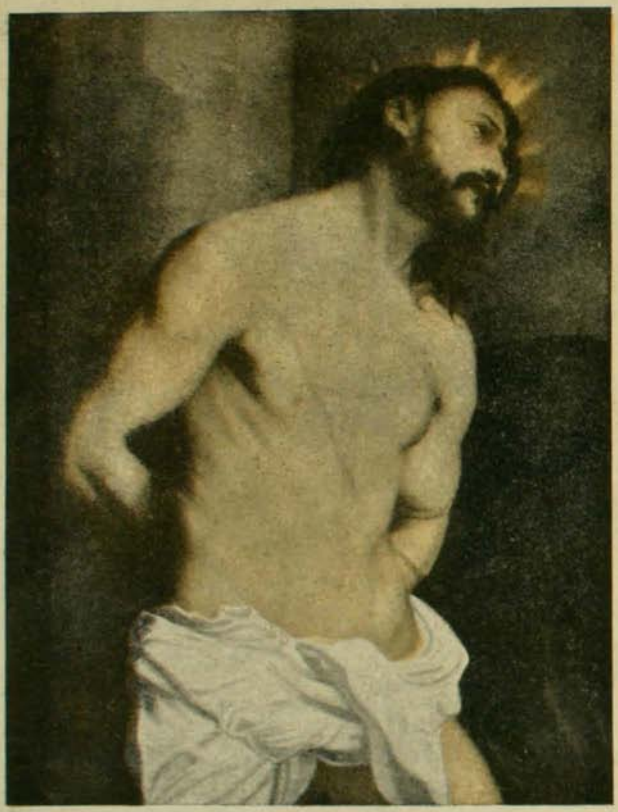
MATER DOLOROSA

Cuadro de Adolfo Echtler.



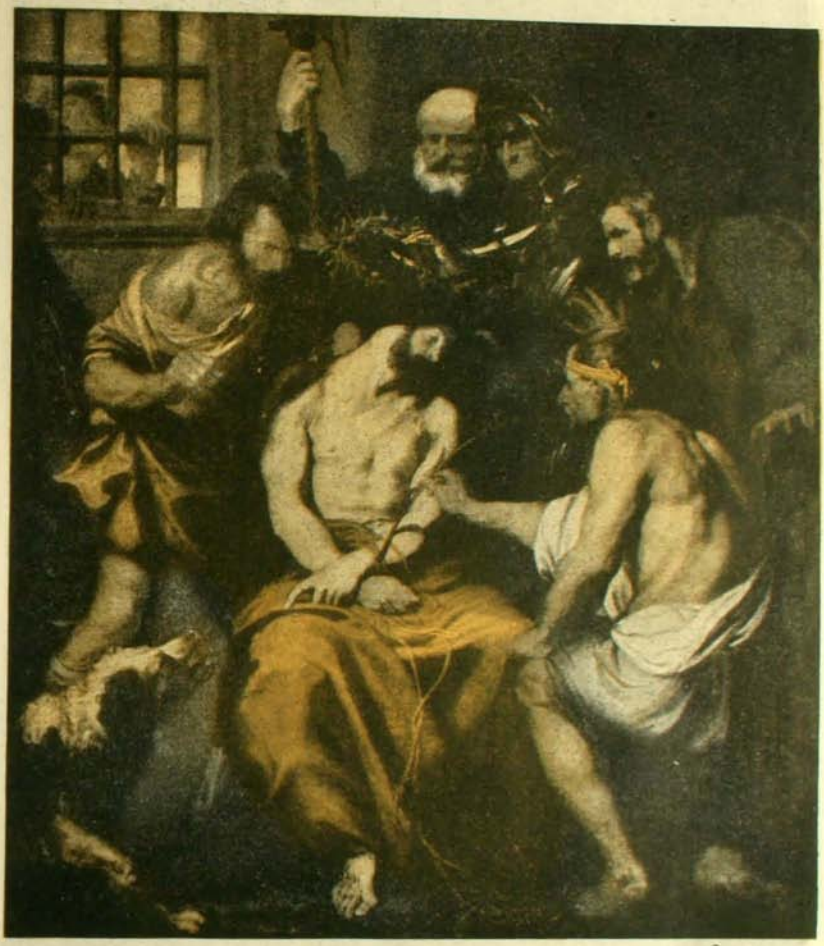
LA ENTRADA DE JESUS EN JERUSALEM.—"Y trajeron la asna y el pollino: y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima. Y una gran multitud de pueblo tendió también sus ropas por el camino: y otros cortaban ramas de los árboles y las extendían por el camino. Y las gentes que iban delante, y las que iban detrás, gritaban, diciendo: Hossanna al Hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor. Hossanna en las alturas."—San Mateo, Cap. XXI.

(Cuadro de Van Dick.)



JESUS ATADO A LA COLUMNA

(Van Dick.)



JESUS CORONADO DE ESPINAS.—"Y tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña en su mano derecha. Y doblando ante él la rodilla, le escarnecían, diciendo: Dios te salve, Rey de los Judíos."—(San Mateo, cap. XXVII).

(Cuadro de Van Dick.)



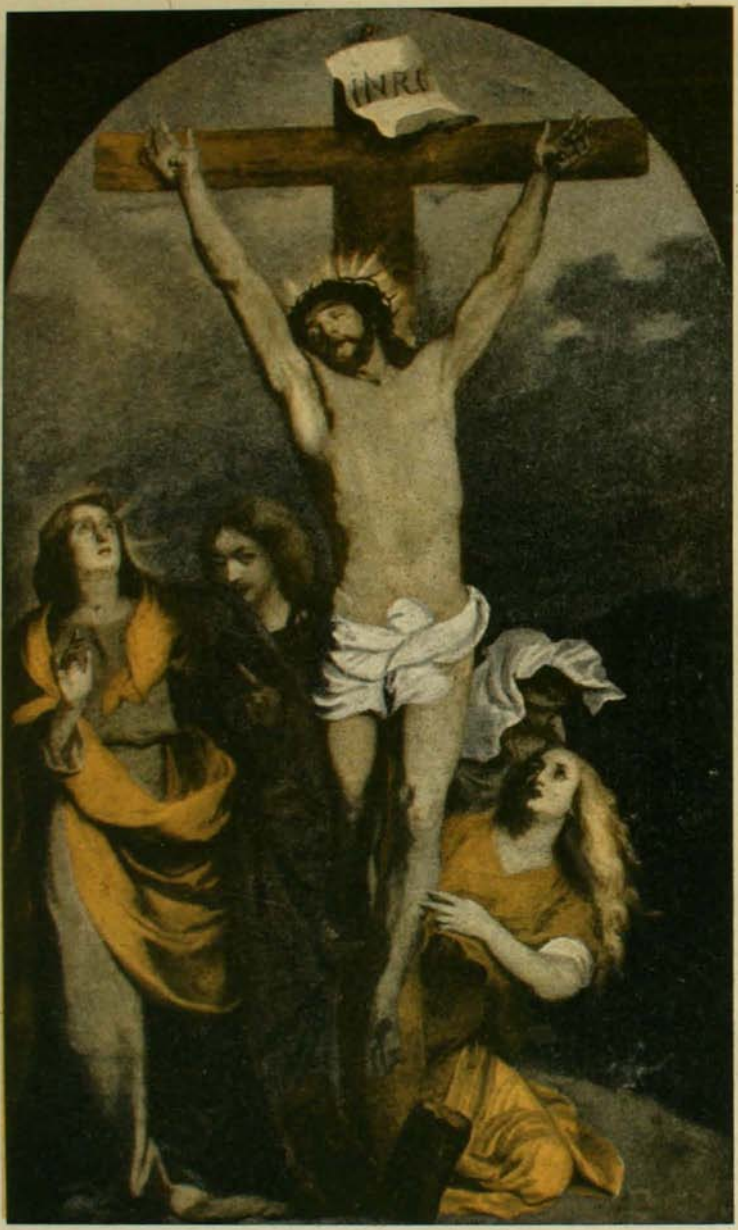
CAMINO DEL CALVARIO.—"Y llevando su cruz a cuestas, salió para aquel lugar, que se llama Calvario y en hebreo Gólgotha."—(San Juan, cap. XIX).

(Van Dick).



CRUCIFIXION DE JESUS.—"Y cuando llegaron al lugar, que se llama de la Calavera, lo crucificaron allí, y a los ladrones, uno a la derecha, y otro a la izquierda."—(San Lucas, cap. XXIII).

(Van Dick).



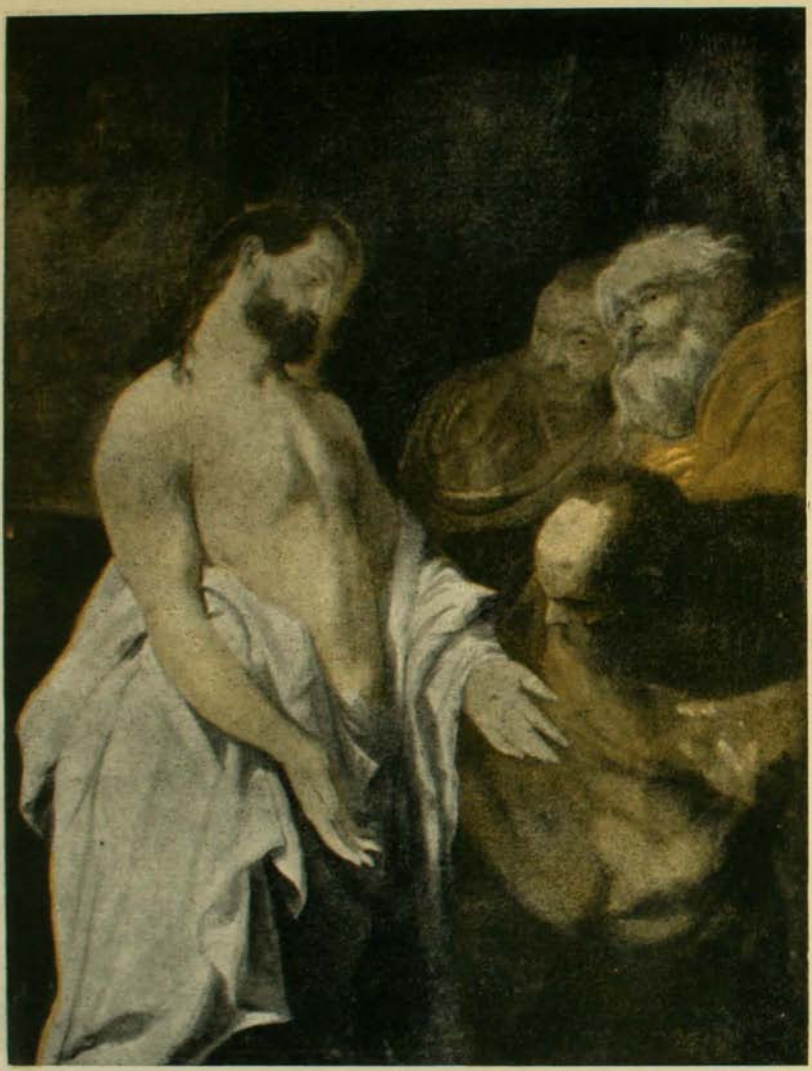
JESUS CRUCIFICADO.—"Y estaban allí muchas mujeres, que habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole. Entre las cuales estaba María Magdalena, y María, madre de Santiago y de Joseph, y la madre de los hijos de Zebedeo."—(San Mateo, cap. XXVII.)

(Van Dick)



JESUS SEPULTADO.—"Y Joseph compró una sábana, y quitándole, lo envolvió en la sábana, y lo puso en un sepulcro, que estaba abierto en piedra, y arrimó una losa a la boca del sepulcro.—Y María Magdalena, y María, madre de Joseph, miraban donde le ponían."—(San Marcos, Cap. XVI).

(Van Dick.)



LA INCREDULIDAD DE SANTO TOMAS.—"Y después dijo a Thomás: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano, métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel.—Respondió Thomás y le dijo: Señor mio y Dios mio.—Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, has creido: Bienaventurados los que no vieron, y creyeron."—(San Juan, cap. XXI).

(Van Dick).



El apóstol San Bartolomé



El apóstol San Matías

(Van Dick)



San Pedro



San Simón

(Van Dick)



San Pablo.



El apóstol Santiago.

(Van Dick)

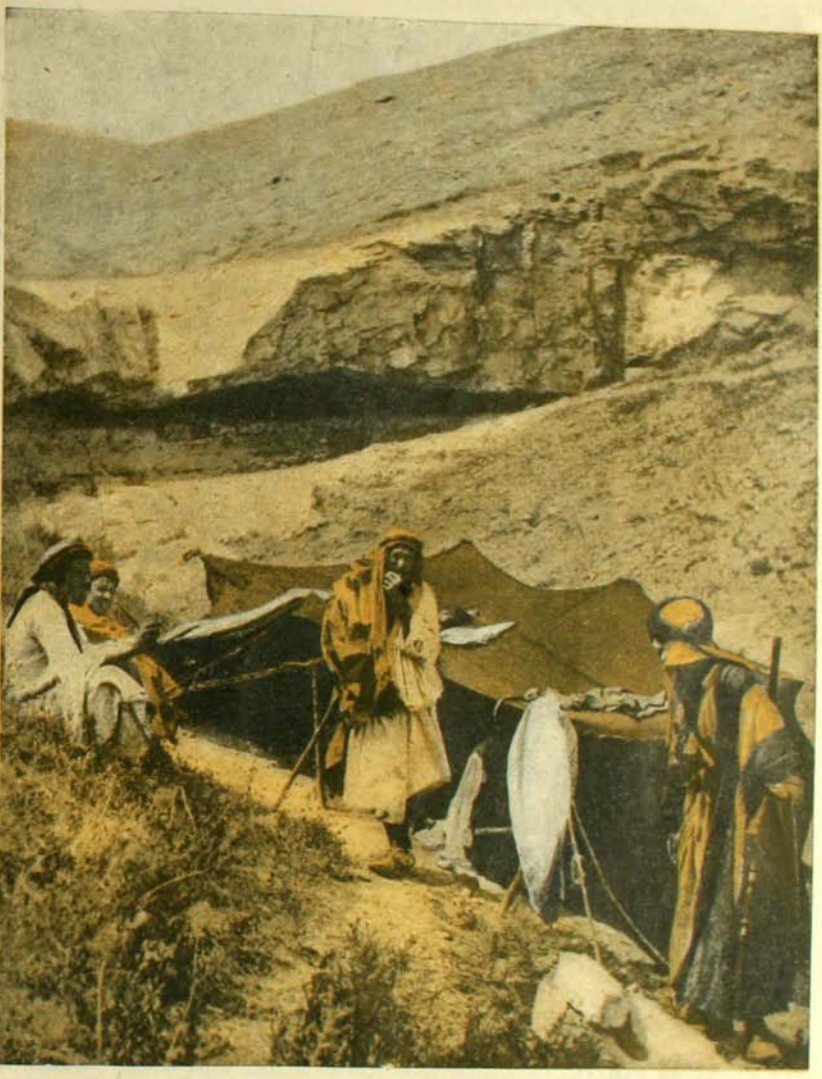


Santo Tomás.



San Mateo.

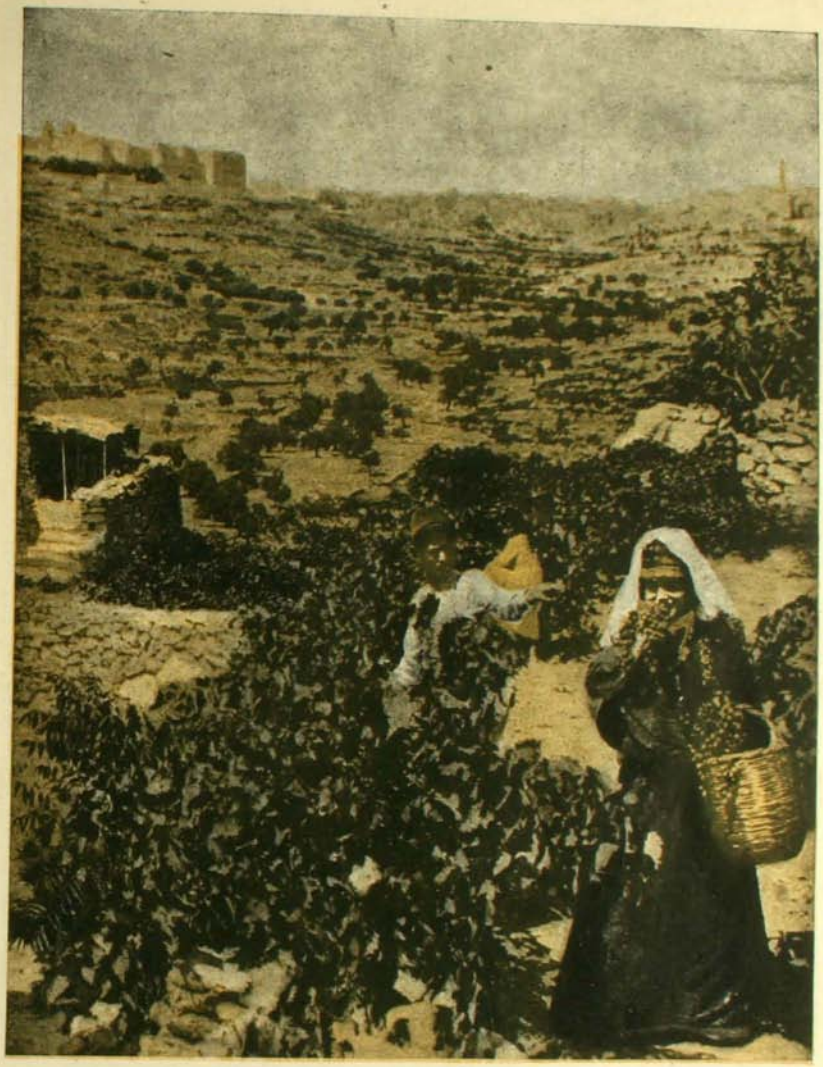
(Van Dick)



DAVID EN LA TIENDA DE SAUL.—Un campamento en uno de los valles áridos de la Judea. Algunos beduinos han acampado allí y desplegado sus tiendas sombrías en la región misma en que la envidia y el odio del rey Saúl perseguían a David errante, su sucesor, elegido por Jehová. "Y Saúl sentó su campamento en Gabac de Hachila, que estaba enfrente del desierto, sobre el camino; y David moraba en el desierto. Fueron, pues, David y Abisai a aquella gruta, de noche, y hallaron a Saúl echado y durmiendo en su tienda, y su lanza, hincada en tierra, a su cabecera." El desierto ha permanecido muy semejante, pedregoso, áspero, quemado por el simoún. Y son todavía las mismas tiendas negras de piel de cabra las que abrigan a los peregrinos, hoy día pacíficos. Sobre un lecho tan precario, tan grotesco, reposaba el rey lleno de rabia cuando el pastor predestinado llegóse hasta él.



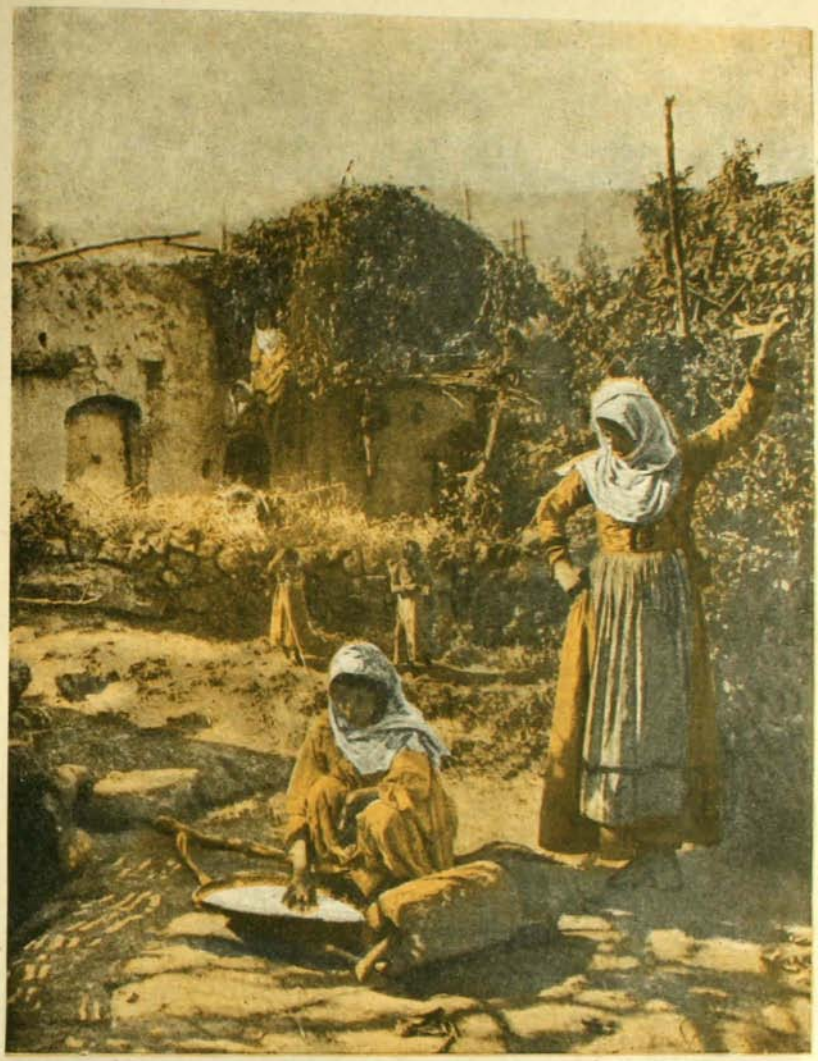
LA BURRA DE BALAAM.—En nuestra época todavía el asno es el animal de carga más comúnmente empleado en todo el Oriente. Sobre una burra viajaba el profeta Balaam, cuya historia se cuenta en el capítulo XXII de los Números. Balac, rey de Moab, hijo de Tsippar, había hecho llamar a este santo hombre a fin de que maldijera a los israelitas escapados de Egipto, que eran en sus Estados huéspedes molestos. Pero Balaam, advertido por Dios que era ése su pueblo elegido, rehusó largo tiempo responder a sus incitaciones. Sin embargo, una mañana, se decidió a seguir a los embajadores de Balac. "Se levantó, ensilló su burra y se fué con los señores de Moab. Pero, la cólera de Dios se inflamó, porque él se iba, y el ángel del Eterno se puso en el camino para oponerse a él..." En el equipaje en que esta fotografía nos muestra a este beduino, montado sobre su plácido borrico, se representa al desobediente profeta, caminando a lo largo de la pista quemada; y fué en un sendero semejante donde se enderezó a los ojos del animal, más clarividente que su amo, el ángel con la espada desnuda en su mano. "Y la burra deshizo su camino y se fué a través de los campos".



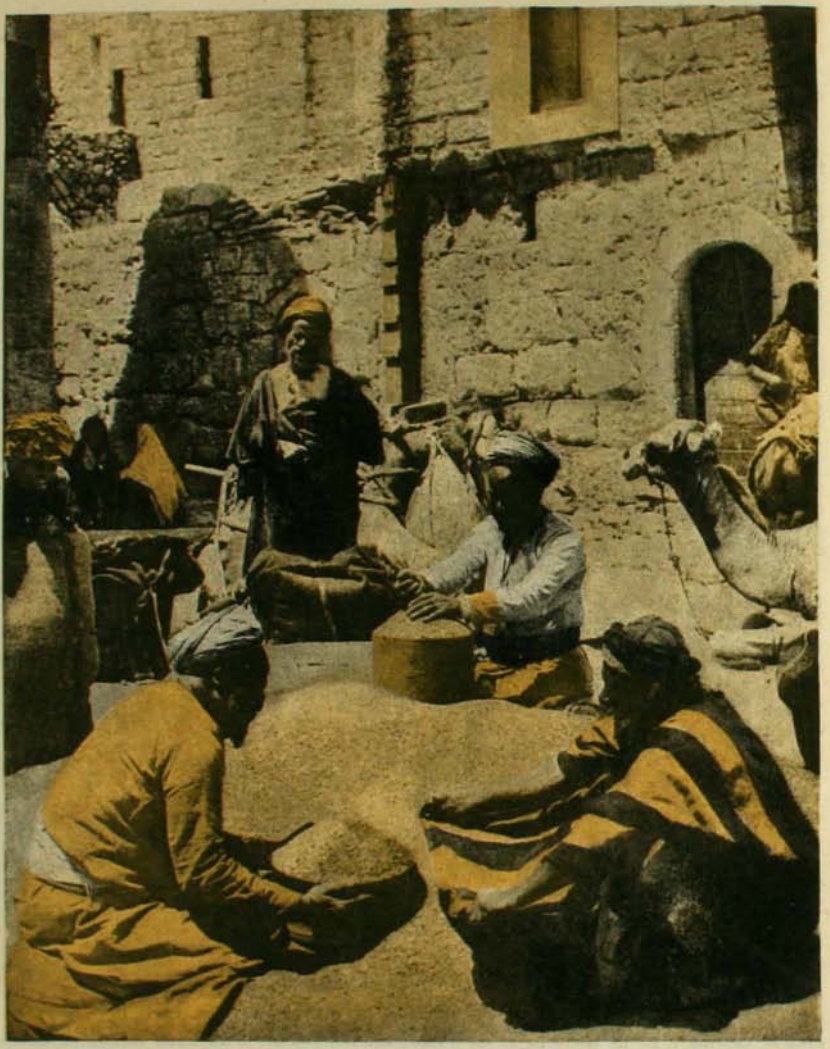
LAS UVAS DE LA TIERRA PROMETIDA.—En tanto los hebreos vagaban de desierto en desierto, añorando los peces del Nilo, el Eterno ordenó a Moisés que enviara al país de Canaán, que El destinaba a su pueblo, doce espías, escogidos a razón de uno por tribu, para reconocer la tierra así prometida a los deseos de Israel. "Vosotros veréis, les dijo Moisés, cuando los hubo escogido, cuál es ese país y qué pueblo lo habita, si es fuerte o débil, si el suelo es feraz o estéril, y si hay árboles o no, y tomad frutos de ese país." Los doce enviados subieron, pues, hacia el Mediodía y llegaron hasta Hebrón. ..."Llegados al torrente de Escol cortaron un sarmiento de viña con un racimo; y eran preciso dos hombres para llevarlos en una percha." El país, alrededor de Hebrón y Bethleem, no ha perdido nada de su fertilidad pasada. Las viñas alternan ahí con los olivos. El mismo sol de oro madura magníficos racimos de uva, pero mucho menos voluminosos que los de los lejanos días de Moisés.



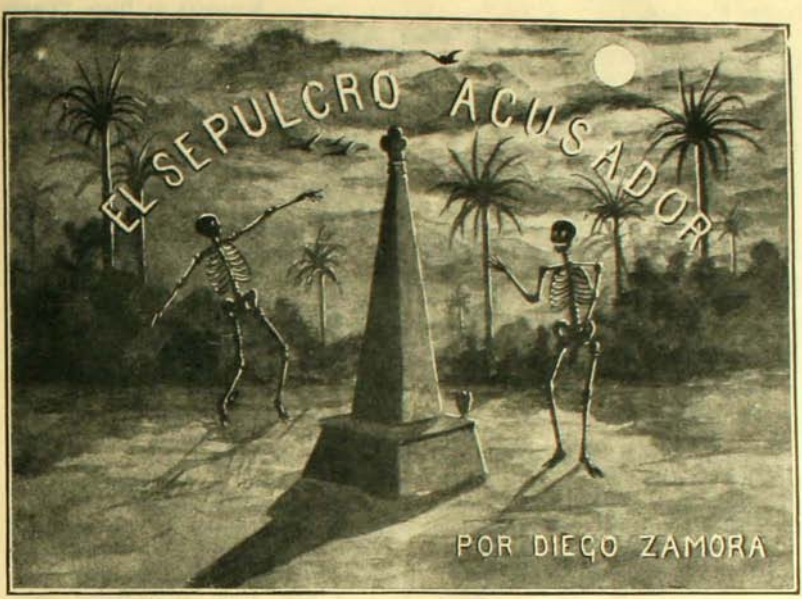
LA ESCUELA DEL PROFETA.—A la vista de esta escuela indígena de una modesta aldea de Siria, se podría evocar más de una escena bíblica. Pero, es ésta la escuela de Roma, la tierra natal del profeta Samuel, y el artista que la ha fotografiado llevó su pensamiento a la juventud edificante de aquel que por orden del Señor dió a Israel sus dos primeros reyes. El niño se había preparado en su misión divina desde la infancia: "Servía en presencia del Eterno, siendo muchacho, vestido con una túnica de lino. Su madre le cortaba y cosía los vestidos, que cada año le llevaba, cuando salía con su marido a ofrecer su sacrificio solemne." Debía seguir también una escuela semejante a ésta y, como estos niños, salmodiar, en pleno sol, en la buena estación, las Escrituras, en tanto arrullaban las palomas, haciendo eco a las voces pueriles. La ley ordenaba: "Instruye al niño en el comienzo de su vida".



LOS "TABERNÁCULOS" SOBRE LOS TECHOS, EN SIRIA.—Se dice en el libro de Nehemías (cap. VIII) que los jefes de Israel, los sacrificadores y los levitas, llegáronse donde Esdras el Escriba a fin de saber de él las voluntades del Señor. "Y hallaron escrito en la ley que el Eterno había dictado por boca de Moisés, que los niños de Israel debían permanecer en "tabernáculos" durante la fiesta solemne del séptimo mes... El pueblo fué pues a la montaña, y de allí trajo ramas de olivos y de otros árboles resinosos, ramas de mirto, ramas de palmeras; y cada uno construyó tabernáculos sobre su techo, en el patio de su casa, en los de la casa de Dios. Y así, todos aquellos que habían vuelto del cautiverio hicieron tabernáculos." ¿Quién sabe si esta costumbre que tienen hoy día las gentes de Siria de edificar sobre sus techos, en la estación cálida, umbrías cabañas de ramaje, no es una supervivencia de la fiesta bíblica de los tabernáculos? ¿Y si esos ramajes efímeros, que el sol pronto habrá disecado, no son imitados de aquellos que los hebreos construían por orden expresa del Eterno, sobre sus terrazas, en sus patios, en el dintel del templo? Los exégetas tendrían así la explicación de esa palabra "tabernáculo", cuyo sentido permanecía antes a nuestros ojos de niño, tan misterioso.



LA BUENA MEDIDA.—El Deuteronomio prescribía al pueblo de Jehová el ser muy escrupulosos en los pesos y medidas: "No habrá en tu casa dos clases de modio, uno grande y otro pequeño".



SI no hubiera sido por la presencia de aquel hombre venerable, enjuto y de luengas barbas blancas, yo habría hecho una buena digestión.

El almuerzo, aunque no muy abundante, estaba bien aderezado y los vinos con que ayudamos al trabajo del estómago y a la alegría, eran de primera calidad. Una de las cosas que distinguen más a un hombre viajado, es el conocimiento de las botellas.

Luego que yo diga que los comensales éramos sólo cuatro y que entre ellos figuraban Lloyd George y Venizelos, parecerá extraño que la jovialidad pudiera haber tenido cabida en aquella mesa. Es un error creer que los hombres que sobresalen en el mundo, sea por su sabiduría o por su aguda inteligencia, viven eternamente con el ceño contraído y la mente llena de arduos problemas. La realidad es totalmente diversa: en general, los hombres de ciencia y los estadistas son en la intimidad casi infantiles; ríen con franqueza y sienten una alegría voluptuosa al verse un momento libres de las tareas y de las responsabilidades que pesan constantemnete sobre sus hombros.

Lloyd George, de quien soy amigo muchos años antes de que llegara a ser la primera figura de Inglaterra. es un hombre jovial y de buen apetito.

Venizelos tiene en su charla la fluidez y el sencillo colorido que caracteriza a los hijos de Grecia.

Bien se comprende que la compañía de personas tan cultas y tan interesantes no podía menos de hacer delicioso aquel almuerzo inolvidable, que originó una de las aventuras de recuerdo más grato para el que escribe estas líneas.

Añádase a la dicha buena compañía el hecho de no encontrarnos en ningún restaurant de Londres ni de otra capital bulliciosa y perturbadora del pensamiento sano y tranquilo. Estábamos en Harrow, pequeña ciudad cerca del Canal de Paddinton y cuna desde el año 1590 de la célebre Escuela Clásica en que se educaron tantos hombres ilustres de Inglaterra.

El sitio era pintoresco, interesante la tradición de la ciudad y amena la compañía.

Cuando Lloyd George me invitó a este pequeño almuerzo no ví en ello nada de extraordinario, pues siendo, como soy, viejo amigo de este personaje, no era extraño que quisiera, en la intimidad, sacudir por un

instante las graves preocupaciones del momento, en una charla sencilla y fácil, salpicada de recuerdos de otra época, no tan grande para él como la actual, pero no por eso menos grata.

Así me expliqué también nuestro éxodo de Londres para ir a buscar a 17 kilómetros de distancia viandas que, aunque buenas, serían en todo caso inferiores a las que podían proporcionarnos los grandes restaurants de la capital.

Al encontrarme en Harrow con Venizelos, el hombre de la Grecia aliada, y al ser presentado al otro personaje griego de quien ya he hablado y de quien tendré muchísimo que hablar, comprendí que no era yo fuerte en las deducciones y que me había equivocado rotundamente al creer que Lloyd George quería solamente pasar conmigo un rato de agradable solaz.

Esta equivocación no hirió mi vanidad, primero, porque casi no la tengo, y segundo, porque estoy habituado a la vida al aire libre donde el sistema deductivo se usa sólo para seguir la pista de un búfalo salvaje o para escapar el pellejo del ataque hipócrita de un jaguar hambriento.

Con todo, no dejaba de intrigarme la presencia del viejo de las barbas plateadas. Me imponía su talante, admiraba sus modales y me sacaba de paciencia su obstinado silencio.

De vez en cuando, veía que sus ojillos grises, duros como el acero, me observaban, y entonces le miraba con fuerza y le obligaba a inclinar el venerable rostro blanco por el cual solían surcar, especialmente en la región de las sienes, pequeñísimas venas azules como zafiros.

Era este sujeto tan admirablemente pálido que las alas de sus narices parecían transparentes. Sus manos acusaban a un hombre aristocrático o a un músico que jamás hubiese hecho otra cosa que deslizarlas suavemente por el níveo teclado de algún piano.

Me imaginé que sería algún personaje de importancia que acompañaba a Venizelos o, más bien dicho, quise imaginarlo así para no preocuparme más del asunto.

Era en el mes de Agosto o Septiembre del año 1918, no recuerdo exactamente la fecha. Corrían aquellos días en que el martillo formidable del Mariscal Foch daba incesantes golpes sobre las ya desmoralizadas huestes de Hindenburg y de Ludendorff. Después de cuatro años de zozobras continuas, veían los aliados brillar la estrella del triunfo decisivo. Lloyd George no dejaba un instante de hacer alusiones a los hechos que se desarrollaban en el Continente. Chispeaban sus ojos con el fulgor de las esperanzas y de vez en cuando sus cejas pobladas casi se unían en el centro de un ceño adusto que el estudio y los actos enérgicos han surcado de hondas arrugas. Estas últimas señales indicaban los momentos en que la previsión del estadista formulaba en su mente las grandes líneas para el porvenir.

A la hora de los postres se conversaba largo y tendido acerca de la reconstrucción de la Europa, una vez que la victoria hubiera asegurado completamente el triunfo de las armas aliadas.

Lloyd George sonreía picarescamente ante las divagaciones de Venizelos, quien, excitado por el amor patrio, se imaginaba la reconstrucción del antiguo imperio griego, la expulsión de los turcos de Constantinopla y el reaparecimiento del brillo de antaño en toda su magnificencia sobre las cúpulas fulgurantes desde el Cuerno de Oro hasta el Hipódromo; desde Santa Sofía hasta el Gran Palacio.

Mientras el célebre estadista griego mezclaba la realidad a sueños un poco fantásticos, observé que el hombre de la barba blanca no quitaba un instante sus ojos de la espiral de humo que se desprendía de su cigarro habano, y que las transparentes alas de sus narices parecían temblar levemente.

Al final de esta charla, medio broma, medio verdad, Lloyd George dijo de modo grave:

—Dejemos de lado los recuerdos bizantinos, los Escalarios, los Candidatos, los Buselarios y los Maglabitas, y hablemos de algo práctico. Tal vez sí sería una solución para muchos problemas de la política europea la reconstitución, no ya propiamente del imperio griego, sino que la formación de un gran Estado que se apoyara en Constantinopla y que fuera dirigido por un príncipe de gran prestigio.



—¿De carne y hueso?—me interrogó sonriendo Lloyd George.

Mientras así se expresaba el Premier inglés, la inmovilidad del hombre de la barba blanca había llegado a los límites de la rigidez; se le habría creído esculpido en mármol.

—¿Quién podría ser ese príncipe?, interrogó Venizelos.

Se divagó y se recorría la línea de las casas reinantes desde la primera hasta la última página del Almanaque Gotha.

Lloyd George, casi riendo francamente, dijo:

—Lástima es que los Paleólogos hayan desaparecido, pues en este caso el desideratum sería encontrar un ascendiente de Constantino XII.

Miré al Ministro, me sonreí y dije:

—No sería tan disparatado como a primera vista parece encontrarse en cualquier confín del mundo con un Paleólogo auténtico.

—¿De carne y hueso?, me interrogó sonriendo Lloyd George.

Iba a contestar cuando el hombre de la barba plateada desplegó sus labios por primera vez.

—¿No sería mejor, dijo, que saliéramos al jardín a tomar el café?

Su voz era aguda y penetrante. Me pareció que en ese instante una emoción fuerte pasaba por su espíritu.

Accedimos a los deseos manifestados por el misterioso personaje y abandonamos el comedor.

Nos instalamos en un hall cerrado con vidrios que permitían la vista a un pequeño jardín. Era uno de esos sitios que los ingleses llaman baw-window y que con su sentido admirable del confort han sabido rodear de las más exquisitas comodidades.

Yo tenía mis motivos para que el asunto de los Paleólogos me interesara especialmente y no titubeé en reanudar mi conversación con Lloyd George.

—Existe en Jamaica, dije, una tradición muy curiosa respecto de la descendencia de Constantino XII.

No alcancé a concluir casi estas palabras: el hombre de las barbas de plata, visiblemente emocionado esta vez, me tomó del brazo en un elegante ademán y, mostrándome el jardín, me dijo:

—Yo no sé cómo se las ha compuesto el propietario de este hotel para conservar en tal clima ese castaño de la India que, aunque raquítico, no deja de tener un hermoso aspecto.

Lloyd George y Venizelos intervinieron luego en esta charla botánica y de pronto nos encontramos recorriendo con todo entusiasmo la flora mundial.

Algunos momentos después partíamos para tomar el tren que nos debía conducir a Londres.

Los Paleólogos habían sido olvidados por todos menos por mí, que hacía esfuerzos por recordar en detalles el texto de un manuscrito tan curioso como interesante para

el mundo. Aquel documento, que se refiere a los últimos días de la dorada Bizancio, podía serme muy útil en esos momentos.

Pero ¿a qué causa habría obedecido la nerviosidad del hombre de las barbas blancas al oírme iniciar el relato de tradición de Jamaica?

❦ ❦

A las dos de la tarde del día siguiente me encontraba en el despacho particular de Lloyd George. El Ministro me había dicho al despedirse de mí en la estación:

—Necesito hablarle y le espero mañana en casa a las dos de la tarde.

La conversación fué breve. Lloyd George es inglés y es ocupado. Con ello se dice todo.

Lo que a mí me había parecido una charla vana, no lo era en verdad. El Premier del Reino Unido de la Gran Bretaña pensaba seriamente en el descubrimiento de un descendiente de Constantino XII. No me explicó los detalles de sus proyectos y me dijo solamente:

—Yo os conozco bien y si habéis dicho que no sería imposible hallar en un confín del mundo un Paleólogo de carne y hueso, algún motivo habéis tenido para ello. Si es así, sería interesante para el porvenir de la Europa encontrarle sea donde se fuere. Tanto interés tengo en ello, que a pesar de ser vos quien sois me permito rogaros que pongáis manos a la obra, si es posible. Vuestra situación, vuestro valor y vuestra indomable energía, hacen de vos el único hombre capaz de realizar esta ardua tarea.

Contesté secamente:

—Si se trata del porvenir de la Europa, encontraré al último Paleólogo.

—Gracias, me replicó Lloyd George; mi invitación de ayer para almorzar ha tenido éxito. Sabía que vos me seríais útil. Lo que allí traté a la ligera, debía tratarse así, en broma, por incidencia, a causa de serios motivos políticos. No es el primer servicio que prestáis al mundo y a la corona, y permitidme que, de antemano, os lo agradezca en nombre de Su Majestad.

—Excusadme, dije, si os quito un momento. ¿Podéis informarme acerca de ese hombre de la barba plateada que almorzó ayer con nosotros.

—Es un caballero, me contestó Lloyd George, de muy noble procedencia griega, y que, en la actualidad, vive en Jamaica, donde posee algunas extensiones de terreno.

—¿Y por qué estaba ahí?, pregunté.

—Ha venido de sus plantaciones a ver a Venizelos, de quien es muy amigo, replicó Lloyd George. Le invité porque con ello creí hacer un acto de cortesía para con dicho estadista, a quien los aliados deben tan señalados servicios. No ha habido nada más.

—Gracias, respondí, alargando la mano a Lloyd George para despedirme.

Salí rápidamente a la calle, tomé un automóvil y, diez minutos después, Chundro, mi criado hindú, preparaba mis maletas para seguir viaje a Jamaica, mientras yo, cómodamente sentado en un sillón, comenzaba a formular mis planes ayudado por una aromática copa de whisky and soda.

❦ ❦

Creo que el secreto de los éxitos que he tenido durante mi vida variada y aventurera, se debe en gran parte a que siempre me he formado un plan y a que para realizarlo he procurado tener tiempo más que suficiente. Siguiendo esta norma de conducta, me embarqué en Southampton con dos a tres horas de anticipación al momento fijado para la partida del vapor de la Royal Mail que debía llevarme hasta Kingston, capital de Jamaica.

Armé sobre la cubierta más alta mi silla de campaña, me extendí cómodamente sobre ella y aspiré a plenos pulmones el cálido olor a brea que se desprendía de los botes salva vidas izados a ambos costados de la nave. El comienzo de un viaje es para mí como el comienzo de una nueva vida. Me sentía, pues, con fuerzas y con energías para todo; se alzaba desde el fondo del espíritu el grito rudo de la naturaleza, mi única verdadera amiga, mi única verdadera amante. Extraje de mi bolsillo el célebre manuscrito de que ya se ha hablado y me dispuse a recorrerlo.

Este manuscrito que fué entregado a mi padre en Niza hará 20 años atrás por un distinguido personaje griego, había sido leído por mí infinitas veces. El problema

del descubrimiento de un príncipe bizantino calzaba a mi carácter como las armas al guerrero, y, ahora que me hallaba en vías de solucionarle, me sentía feliz y potente.

Si aquel griego, antes de morir, conociendo la elevada posición de mi familia y la energía indomable de mi raza, confió al autor de mis días el secreto de la existencia de un Paleólogo para que alguna vez se hiciera justicia en tan obscuro y curioso asunto, no erró en sus esperanzas, puesto que ya estaba yo listo para atravesar el dintel de ese templo misterioso.

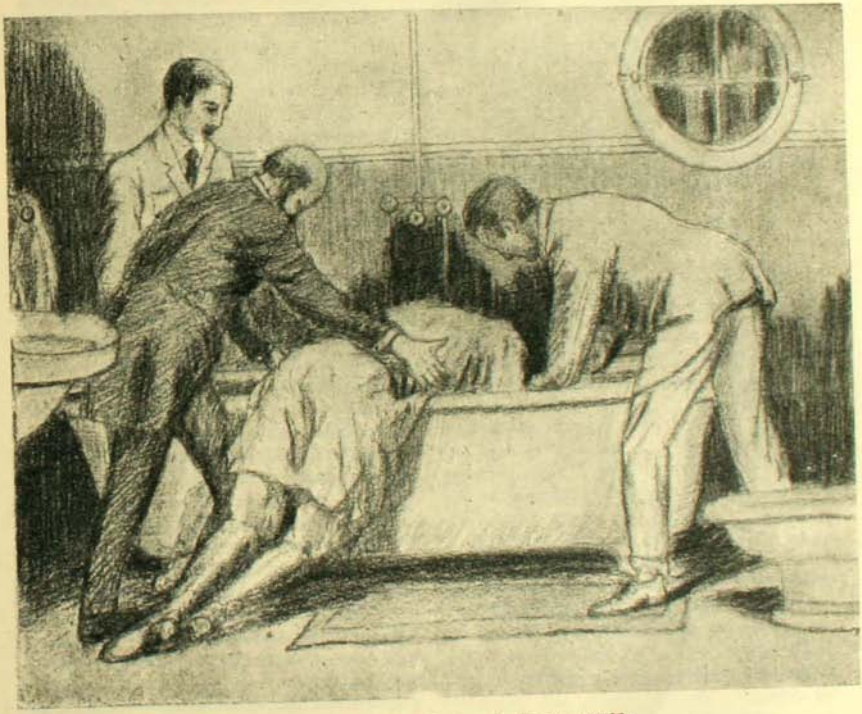
Trataré de resumir en pocas palabras el relato que encerraba el famoso manuscrito.

La toma de Constantinopla por Mahoma II borró con la sangre de sesenta mil griegos degollados los verdaderos vestigios de la familia imperial.

La historia cuenta que Constantino Dragases, el último Emperador griego, murió heroicamente en la defensa de la capital de su imperio, que su cadáver fué encontrado después mezclado con los cuerpos, aún palpitantes, de sus súbditos muertos en la feroz batalla. Fué reconocida la persona augusta del Emperador sólo por los escarpines rojos propios de las vestiduras imperiales.

Mahoma II hizo degollar el cadáver colocar la cabeza sobre lo alto de la columna de Justiniano y el cuerpo embalsamado recorrió todas las Cortes del Asia como emblema de la gloria del Sultán vencedor.

El documento a que me vengo refiriendo relata que el Gran Papias, o gran eunuco de la Corte, huyó de la Catedral de Santa Sofía en los momentos en que el pueblo hacía resonar en los ámbitos del



—Debo haber caído dentro de él sin sentido

(Dibujo de Genaro Prieto)

templo coloso sus imploraciones de piedad y de misericordia.

El Gran Papias, hombre de extraordinaria previsión y fidelidad al imperio, corrió al Gran Palacio y robó de él al hijo de Demetrius, el Porphirogenito, hermano menor de Constantino Dragases y cuyo apodo se debe al hecho de haber nacido en cuna de pórfiro, o sea, cuando su padre era ya Emperador.

De este modo el Eunuco salvaba la dinastía de los Paleólogos en el caso de que Dragases, que no tenía descendencia, pereciera en la refriega.

Parece que el Gran Papias, con el hijo de Demetrio, lograron embarcarse en una de las naves en que huyó el genovés Justiniano, General de las fuerzas que defendían a Bizancio, con los restos de su ejército despedazado y en compañía de muchos nobles y de fieles servidores del derrumbado imperio bizantino. Los fugitivos se preocuparon ante todo de garantizar la vida de ese retoño de sangre real que ellos estimaban destinado a renovar en lo futuro el brillo de la opulencia griega que parecía caer para siempre con la muerte de Constantino XII. Le depositaron en la isla de Lesbos, donde gobernaba otro Paleólogo, y allí se desarrolló envuelto en las sombras del más profundo secreto el hijo de Demetrio, el Porphirogénito.

El manuscrito no entra en mayores detalles posteriores y se limita a manifestar que el grupo reducido de personajes griegos que le componían en Atenas el "comité Filopaleológico"—sólo conocido por los iniciados,—obligó a la descendencia de Demetrio a salir de la Isla de Lesbos y establecerse en diferentes puntos, hasta que por el año 1880 esa rama Paleóloga se radicó definitivamente en Jamaica, donde vive hasta la actualidad disfrutando de las rentas que le producen las plantaciones que el citado comité adquirió para ella.

Los ciudadanos atenienses filopaleológicos guardan el último descendiente de Demetrio con la abnegación propia de los servidores de las grandes causas y cifran en él la esperanza de ver algún día reconstituído el Imperio de Constantino el Grande.

La aristocrática familia Cristóbulos se encarga desde remotos tiempos de velar por la seguridad del último Paleólogo, administra los bienes del real descendiente y vive consagrada todos los instantes de su existencia a la conservación de este débil hilo que une la edad contemporánea a las pasadas glorias del Bajo Imperio.

Hasta aquí, dice el manuscrito, se relatan los hechos en conformidad a lo que expresa la historia y a lo que exigen los intereses del secreto y misterioso "Comité Filopaleológico de Atenas". Sin embargo, muchas veces la realidad no está en manos de los doctos, ni menos en poder de los intereses creados, sino que reside en ciertas tradiciones que no han podido triunfar a causa de la escasez de medios, de influencias y de acción.

Es esta la parte más interesante del documento. Constantino Dragases, cuya cabeza fué puesta en lo alto de la columna de Justiniano y cuyo cuerpo embalsamado recorría gran parte del mundo, sobrevivió a la terrible hecatombe que dió a los turcos la posesión del Cuerno de Oro. Se recordará al íntimo amigo de Constantino, a su Protovestiario, al célebre historiador Phranzes, al hombre que fué su más leal súbdito y su mejor diplomático.

Phranzes no abandonó a su soberano y en aquel momento sublime en que el Emperador se arrojó sobre las huestes enemigas, después de gritar: "Ah! ¿No queda ni un solo cristiano que pueda, al arrebatarme la vida, ahorrarme el oprobio del cautiverio o la desgracia de perecer del acero de un infiel?", Phranzes, repito, en aquel momento, siguió al Emperador y cayó con él sobre los cadáveres de los últimos defensores de la fe.

Los encarnados escarpines y el resto de las vestiduras augustas fueron trasladados al cuerpo de un soldado, perteneciente al regimiento de los Candidatos, dos horas después de concluída la refriega, instantes en que Phranzes recobraba el sentido y podía apreciar los detalles de la situación.

El historiador desvistió rápidamente a Constantino, puso las ropas de éste a un miliciano cuya cara estaba hecha pedazos por las heridas y los golpes, y huyó con la persona del Emperador, semi desnuda, sobre la espalda.



El hombre temblaba ahora enteramente.
(Dibujo de Roberto Vergara)

En la casa de un modesto pescador, que conservaba tradiciones de fidelidad y que, a pesar de su condición humilde formaba en la fila de los azules, Dragases se restableció lentamente de sus graves heridas.

El único poseedor de este secreto fué el Legado del Papa, quien, como se sabe, se ocultó después de la toma de Constantinopla bajo un nombre falso a fin de evitar el pago de la enorme suma que habría costado el rescate de un representante de Su Santidad. ¿Cómo llegó Mahoma II a sospechar la sobrevivencia de Constantino XII? Nadie lo ha podido descubrir hasta ahora. El hecho es que el historiador Phranzes y su familia fueron horriblemente ultimados por los turcos y que el Legado del Papa mudó por segunda vez de persona para que Constantino, tomando el nombre supuesto que hasta entonces ocultara al diplomático del Vaticano, pudiera salir una bella mañana de verano en que el sol recamaba con plata las ondas azules del Cuerno de Oro, en una de las barcas custodiadas por genízaros, que llevaban a las costas del Adriático a los cristianos rescatados del cautiverio de Mahoma. Cuando este relato fué puesto en conocimiento del "Comité Filopaleológico de Atenas", cuando las personas que lo componían supieron que Constantino XII había casado y muerto en Sicilia bajo la protección soberana de la Iglesia, se regocijaron vivamente. Adquirieron también terrenos en Jamaica para los verdaderos descendientes del trono bizantino y creyeron con ello que esos frutos de la sangre real quedaban perfectamente ocultos y a salvo de todo ataque político en el fondo de aquella isla maravillosa en que sonríe la naturaleza y sobre la cual, como protección suprema, flota tranquilo el generoso pabellón británico. La misma familia Cristóbulos quedó a cargo del cuidado y vigilancia de ambas ramas Paleólogas. Sin embargo, pa-

rece que los intereses creados a favor de los descendientes de Demetrio hicieron su efecto, pues veinte años más tarde del establecimiento de la familia legítimamente heredera del trono de Constantinopla acaecieron extraños sucesos. Los descendientes de Dragases eran dos: una criatura de ocho meses o un año y un niño de 12 abriles.

No se sabe si con dolor o con júbilo el "Comité Filopaleológico de Atenas", recibió la noticia de que una extraña enfermedad, endémica en Jamaica, había concluído con los dos verdaderos Paleólogos, los cuales habían muerto en su casa de campo cercana a cierta ciudad.

El manuscrito continúa así: "Tengo razones para creer que los descendientes de Constantino Dragases no han muerto, sino que permanecen ocultos en Jamaica. La tierra de Santa Sofía ha rechazado los cadáveres de los nietos de Demetrio; la tumba de esta familia en Kingston ha revelado el secreto con sus extrañas convulsiones, y más bien para ser explícito, puedo decir que el único legítimo y verdadero hijo del último Emperador bizantino vive en Jamaica en...."

Y he aquí la terrible desgracia y el hondo misterio: las veinte páginas siguientes del manuscrito están borradas. Tienen el aspecto sucio de una carta copiada a la prensa con demasiada agua. Hay además en cada hoja grandes manchas de líquido, y en general esos papeles exhalan un extraño olor. No creo que se trate de una destrucción intencional. Mi padre no podía haber tenido interés alguno en tornar ininteligibles esas líneas. Parece más bien que alguna droga se haya derramado sobre ellas y borrado los rasgos de la escritura. Cualquiera que sea la causa de este hecho faltal, ella no es bastante para debilitar mi deseo de descubrir la incógnita, pensé, y con la mayor calma guardé en mis bolsillos el manuscrito que había leído detalladamente ya tantas veces.

Una completa bruma cubría la atmósfera y ocultaba los almacenes y depósitos del puerto de Southampton. La vibración potente de una sirena abrumadora hirió mis oídos. Momentos después los primeros ruidos del émbolo de las máquinas me indicaron que comenzabamos a marchar.

Abandoné mi silla de viaje para ir a ver la forma en que Chundro había dispuesto mis efectos, y bajé por una escotilla al segundo puente. Abstraído como estaba en la solución de mi problema, caminé sin fijar la atención en los que me rodeaban. Un stewart cargado de maletas me estrelló. El golpe fué recio. Abrí los ojos con rabia, dispuesto a enseñarle compulsivamente a ese criado su deber y ¡oh sorpresa! tras aquel equipaje marchaba el extraño hombre pálido, el griego de las patillas de plata, el individuo de las narices transparentes.

Sin poderme contener, le miré con fijeza y con aire de desafío. El pasó indiferente, sin dirigir a mí los ojos, frío, elegante, impenetrable. No sé explicarme por qué, sin motivo alguno, adivinaba un enemigo en ese anciano que tenía la gracia y el hielo de los reptiles.

* *

Desde que los últimos perfiles de la boscosa isla de White desaparecieron para nosotros, el mar comenzó a tomar un tinte verdoso obscuro. El cielo amenazaba encapotarse. Densas nubes negras lentamente, con pausa, como quien se prepara a conciencia para llenar una tarea, iban poco a poco cubriendo la bóveda celeste. Durante la comida, varios pasajeros abandonaron el comedor, víctimas del mareo, y a la hora del café el vapor danzaba como un loco impelido por enormes moles de agua que se estrellaban furiosas contra las paredes del barco. No se trataba propiamente de un temporal, pero sí de una regular tempestad.

El capitán, sabedor de mi presencia a bordo, me había tributado desde mi llegada exquisitas atenciones, circunstancia que me llevaba algo molesto, porque es para mí insufrible todo lo que coarta la independencia, por más que ello venga envuelto en las más delicadas formas.

Con mi pipa fuertemente apretada por los dientes caninos, contemplaba a popa la polifonía deliciosa de las olas que arremetían contra el barco y del viento que zumbaba corriendo desenfrenado hacia legiones ignotas.



La voz de Chundro me despertó.

(Dibujo de Genaro Prieto

—Si Ud. quiere, señor, me dijo una voz, podremos pasar a mi cámara, donde tengo whisky, naipes y cigarrillos.

Volví la cara y me encontré de manos a boca con el capitán, un inglés de barbilla rubia y ojos azules, seco de maneras, pero amable conmigo hasta la desesperación.

—Está bien, iré, respondí con tono bastante airado.

Seguí al marino por los diversos corredores y al pasar frente a la tablilla donde están colocadas las tarjetas de los pasajeros, un nombre hirió mi vista como si estuviera escrito con letras luminosas: "Ser-

gio Cristóbulos" leí sobre una cartulina corriente.

El apellido de la familia que cuidaba de los últimos Paleólogos me vino inmediatamente a la memoria. Sergio Cristóbulos, apelativo de origen griego, no podía corresponder sino al misterioso personaje que había almorzado con Lloyd George y conmigo.

—¿Conoce Ud. a este señor Cristóbulos?, pregunté al capitán, indicando con el dedo índice el nombre escrito sobre la tarjeta.

—Sí, señor, me respondió, desde hace mucho tiempo. Es este caballero un plantador en Jamaica y es una persona muy familiar para nosotros los capitanes de barco de esta línea, pues hace constantemente el viaje de Kingston a Southampton. Parece, agregó, un hombre de fortuna que vive satisfecho y que no gusta de aumentar sus amistades.

—Pues bien, dije yo, tendría interés en conocerle. ¿Tiene Ud. algún inconveniente para invitarle a jugar una partida de bridge con nosotros?

—Ninguno, me respondió el marino, y agregó: Voy a buscarle yo mismo.

Miró el tarjetero y refunfuñando dijo:

—Camarote 57. Tenga Ud. la bondad de subir a mi cámara mientras voy a convidar al señor Cristóbulos.

Y se perdió por uno de los pasillos del transatlántico.

No viene al caso ni es de interés citar y describir a las tres o cuatro personas que esperaban ya en la sala del capitán. Todas parecían gentes de bien, viajeros alegres y despreocupados. El cuarto apestaba ya a tabaco de Virginia y el mar continuaba cada vez peor. Me sentí contento.

Cinco minutos después el capitán llegaba con Cristóbulos y hacía las presentaciones del caso.

Antes de oír mi nombre, el viejo de la barba plateada se inclinó cortésmente ante mí y me extendió su mano color de marfil, diciendo al capitán:

—Ya tenía el agrado de conocer al señor.

Tomó asiento a mi lado y, muy por el contrario de lo que yo esperaba, comenzó a hablarme en tono tan afable que, a decir verdad, me desconcertó.

Me preguntó si iba a Jamaica, cuál era el objeto de mi viaje, y me ofreció su casa en Kingston, en la calle de la Reina (Queen Street).

Respondí que agradecía infinitamente sus atenciones y que seguramente iría a visitarle, pues quería hacer un contrato de cierta importancia, y para ello sus indicaciones me serían muy útiles.

Mientras tanto, mi interlocutor, lleno de buena voluntad hacia mí, me hablaba del clima de la isla, de la forma de los cultivos en las plantaciones, y describía la bahía de Montego como superior a la de Kingston. Los demás invitados del capitán se habían engolfado en esa eterna discusión sobre espiritismo que todos hemos oído alguna vez y de la cual nunca se saca nada en claro.

El capitán, con marcada timidez, dijo a los circunstantes, señalando mi persona:

—El señor tiene un criado indio que seguramente conoce algo de ciencias ocultas. Si él fuera tan amable...

—Comprendo, respondí, cortando la frase a mi interlocutor; efectivamente, Chundro entiende de estas cosas y es un médium de que he solido servirme en más de una ocasión.

Dos o tres individuos se precipitaron a la puerta del camarote en busca de mi criado hindú.

—Un cigarrillo, me dijo en ese momento el capitán, ofreciéndome una caja con algunos de buena marca egipcia.

—Gracias, respondí; prefiero cebar de nuevo mi pipa, que es mi fiel compañera de viajes en tierra y en mar.

Y acto continuo extraje de mi bolsillo mi tabaquera de goma e inicié la operación de preparar un buen taco.

Cristóbulos me dijo sonriendo:

—Soy un buen conocedor de tabacos y, sin embargo, me parece extraño el que Ud. usa.

—Es una mezcla, le respondí, de tabaco rubio del Canadá con holandés. Este último tiene la propiedad de dar al quemarse un aroma muy agradable que semeja mucho al olor de cuero ruso.

—Es curioso, me contestó Cristóbulos, extrayendo un poco de tabaco de la bolsa de goma; son hojas grandes como las de té.

En ese momento tuve ganas de reír. Chundro, con sus ropas blancas entera-

mente mojadas, aparecía en el dintel de la puerta con la seriedad de un verdugo.

Me pareció que Cristóbulos empalidecía.

Varias voces se apresuraron a explicar:

—Debe haber bebido, dijeron, pues le hemos encontrado dentro del baño enteramente vestido.

Yo que conozco la sobriedad de hábitos de mi criado, me apresuré a decir:

—No puede ser. Explícate Chundro, ¿qué ha pasado?

El hindú se inclinó profundamente y me dijo:

—No lo sé, mi amo. Después de tomar el café con los demás criados tuve un sueño extraordinario. He llegado tambaleando hasta el camarote de mi señor. Preparaba el baño que toma mi amo antes de acostarse y debo haber caído dentro de él sin sentido, dormido ya. Estos caballeros acaban de encontrarme allí y de despertarme. ¿Cuánto tiempo ha pasado? No lo sé.

Ignoro por qué mi mirada se fijó instantáneamente en el griego de las barbas plateadas.

El hombre reía a carcajadas, franca abiertamente y decía dirigiéndose a Chundro:

—No sería café el que tomaste, tal vez sería brandy.

—Está bien, dije; ya averiguaremos más tarde este asunto. Por ahora muda tus ropas y vuelve inmediatamente aquí porque necesitamos de tu temperamento de **médium.**

No le dejaron partir, le envolvieron en una capa de marino y le obligaron a sentarse frente a una mesa de juego.

Chundro tenía en sus ojos ese extraño fulgor que sólo le había visto en momentos de extremado peligro, cuando la vida de su amo podía ser de un momento a otro la presa de alguna tribu salvaje o de una bestia feroz. Volvió su cara hacia mí con aire interrogante.

Comprendí y dije:

—Tengan ustedes, señores, la bondad de apagar la luz y de dejar sólo una bombilla iluminada.

Así se hizo.

No quise abandonar mi puesto al lado de Cristóbulos a fin de observarle detenidamente. Yo estaba cierto de que los instantes que iban a trascurrir en seguida me traerían gran luz sobre el misterioso guardador de los Paleólogos y sobre el destino de tan noble familia.

Chundro tenía ya el lápiz en la mano y su fisonomía comenzaba a transfigurarse.

—¿Qué espíritu vamos a invocar?, dijo alguien.

—El de Constantino XII, respondí sin titubear.

Pude percibir un ligero estremecimiento en el viejo de las pastillas plateadas.

Chundro permaneció algunos momentos en silencio, mudo, en pleno estado de concentración.

Varias veces el lapiz saltó de las manos semi temblorosas del hindú. Después de algunas tentativas infructuosas para producir algo, mi criado se volvió rápidamente hacia mí y me dijo:

—Perdonad, mi señor, estoy confundido, algo pasa, el lápiz huye, creo que hay aquí algún elemento perturbador.

Una risa forzada resonó en la cámara del comandante. El griego decía, poniéndose de pie:

—Nunca he creído en estas patrañas, debe ser mi espíritu positivo el que perturba la sesión, prefiero retirarme.

A pesar de la semi obscuridad reinante, pude ver que los ojos de Cristóbulos aparecían más grandes, que los rasgos de su fisonomía acusaban un intenso sufrir y que las venillas color de zafiro resaltaban en su alba piel como pequeñísimas víboras sobre la nieve.

Le tomé violentamente de un brazo y le obligué a sentarse.

—Nadie se mueve, le dije en voz baja.

El hombre temblaba ahora enteramente. No articuló una sola palabra y quedó inmóvil en la posición en que yo le dejara. Hice un gesto de imperio a Chundro y éste volvió a adoptar su estática actitud.

Después de breves minutos Chundro escribía nerviosamente, con rapidez febril.

En seguida abandonó el lápiz y leyó con voz entrecortada:

—La persona augusta de un Emperador que defendió la fe no debe comparecer ante ciertos seres. La sangre inocente vertida

nubla la vista de los que estamos cercanos a la felicidad suprema y eterna.

Un silencio imponente reinaba en la sala. El miedo a lo sobrenatural y el horror de un pavoroso misterio ahogaba las palabras en las gargantas de los circunstantes. La silla de Cristóbulos temblaba entera. La respiración del griego era casi un ronquido.

—Sigue, grité a Chundro.

El pobre criado estaba visiblemente enfermo. Sin embargo, obedeció sin murmurar.

El mar había redoblado su furia; el movimiento de proa a popa era casi intolerable; de vez en cuando la salida de la hélice estremecía el barco como si fuera a quebrarse; las esquinas del camarote crujían extrañamente.

Parecía, sin embargo, que el levísimo ruido del lápiz del indio al correr sobre el papel se imponía sobre el tronar de la naturaleza enfurecida. Todos seguían con ávidos ojos el diminuto pedazo de grafita que iba imprimiendo los pensamientos del espíritu de Constantino XII.

Chundro se puso de pie nuevamente y leyó:

—Igual suplicio espera en el Averno a los que derramaron la sangre en la máquina infernal. Cuánta sangre...

En ese momento un terrible golpe de mar hizo tastabillear al lector. Un grito me obligó a volver la cabeza rápidamente hacia la derecha. El griego, como un loco, se mesaba las barbas y los cabellos y semi sollozando decía:

—Sí, mucha sangre, mucha, era un torrente el que salía de sus poros, lo llenaba todo, me ahoga, me ahoga...

Y en medio de estas frases huyó como un desesperado hacia afuera. Los circunstantes se precipitaron tras él.

Arrebaté de las manos de Chundro el papel escrito y alcancé a leer: "Castigo, venganza. Alex debe reinar, el patriarca de Constantinopla lo sabe".

A la mañana siguiente no quedaban sobre el mar otros rastros de la tempestad que algunos espumarajos blancos flotantes sobre las aguas verdosas.

Tomaba yo mi desayuno, un reconfortante plato de bacon and eggs, cuando divisé entrar, con gran sorpresa de mi parte, al griego Cristóbulos. Vestía una chaqueta cazadora de tinte gris obscuro, pantalones de franela blancos, zapatos y medias del mismo color. Se acercó cordialmente y se sentó a mi mesa.

—Bacon and eggs come Ud., mi querido amigo; voy a pedir lo mismo, después de la noche pasada necesito fortalecerme.

A pesar de su tranquilidad aparente, los rasgos fisonómicos de mi interlocutor acusaban bastante desgaste.

—¿No se ha sentido Ud. bien?, le pregunté afectando distracción.

—Vea, señor, me respondió con calma, sufro desde hace muchos años de una gran hiper--excitabilidad nerviosa, y esa terrible sesión de espiritismo de anoche me produjo tan extraña impresión que llegué al delirio, como Ud. pudo verlo; pero ni con tales cosas me convence Ud. Llego a creer que aprovechándose del cuadro pavoroso de la noche última Ud. y su curioso criado han urdido una broma bizantina, tal vez por mi origen griego, broma que en todo caso me ha propinado una mala noche y me ha dejado los nervios a la jineta.

—No acostumbro a hacer bromas, contesté secamente, y por lo que respecta a mi criado, Ud. sabe bien que esa clase de reacciones psicológicas son absolutamente ajenas al espíritu hindú. Yo no sé si creo o no en el espiritismo, agregué fijando vivamente mis ojos en los de Cristóbulos, pero puedo asegurar a Ud. que los sistemas medianímicos me han servido más de una vez para castigar a algún culpable.

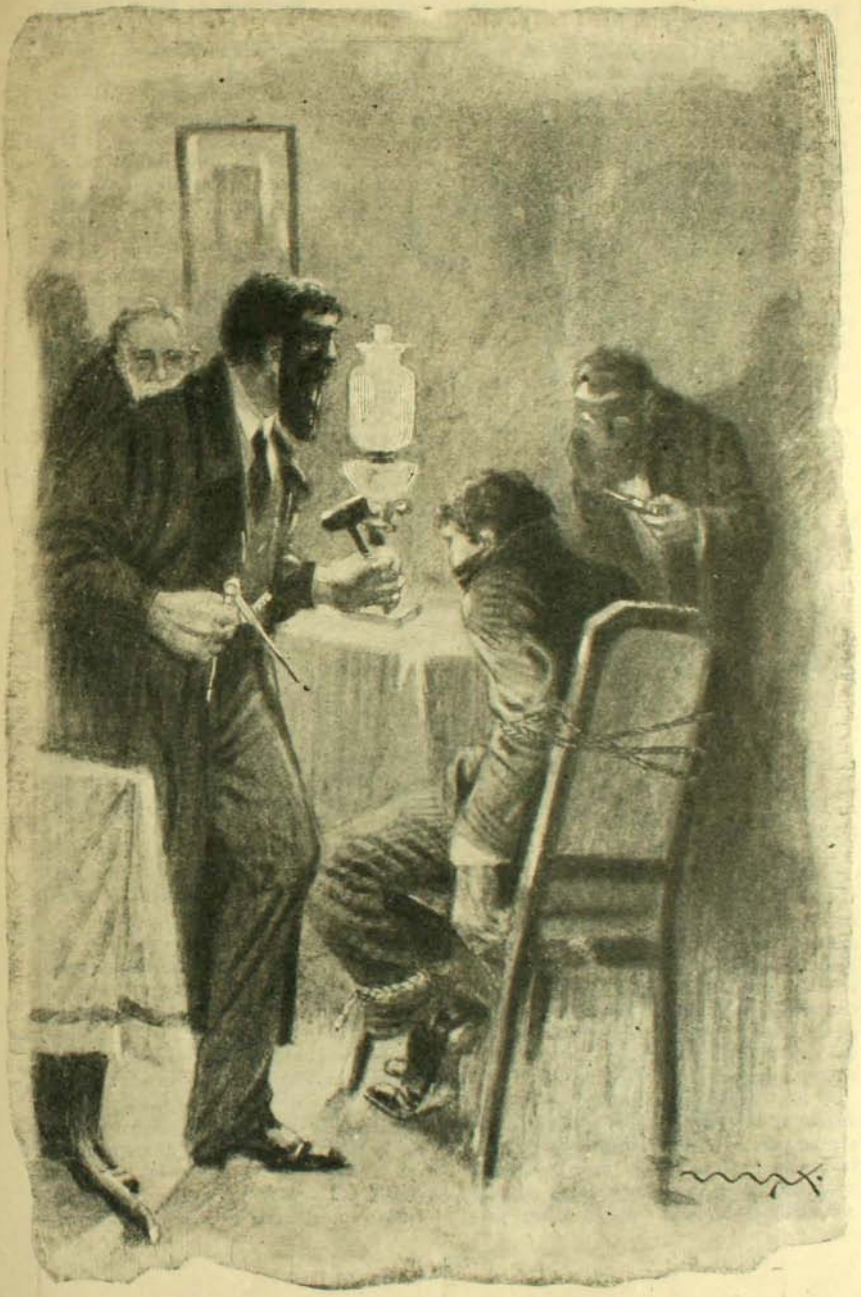
La cara del viejo no reveló la menor impresión. Se sonrió y me dijo frescamente:

—Además de espiritista es Ud. un atleta; me ha tomado Ud. anoche tan violentamente de un brazo que creo que aún conservo sobre él las señales del apretón.

—No creo, contesté, ser propiamente un atleta, pero estimo que soy capaz de atacar y de defenderme cuando ello es necesario.

En ese instante se acercaba a nosotros el capitán del barco. Alcanzó aún a decirme Cristóbulos con los labios apretados y con los ojos chispeantes de burla:

—Tenga Ud. cuidado, mi muy distinguido amigo, se lo digo porque le aprecio ya, hay muchas formas que vencen al músculo



Dos hombres con antifaz entraron y se acercaron a mí.

(Dibujo de Max)

y al espíritu; si estima usted su vida guárdela para cazar búfalos y no se arriesgue en aventuras peligrosas.

Durante el resto del viaje fué comentado alegremente el ataque nervioso del rico plantador griego de Jamaica, señor don Sergio Cristóbulos, y la augusta memoria de Constantino Dragases sirvió para toda especie de chanzas.

Mi amistad con Cristóbulos, a quien yo no perdía de vista, se había enfriado considerablemente. En general, todos habían ido abandonándome lentamente y hasta el capitán había disminuído el calor de sus atenciones.

Ello era perfectamente explicable. Además de que nunca he sido un charlador, esta vez hablaba menos que de costumbre porque mi única preocupación era el documento secreto, la misteriosa persona de Cristóbulos, las extrañas frases vertidas por el espíritu en la noche de la tempestad, y la tradición de la macabra tumba de Jamaica. Tenía ya algunas ideas más o menos claras, más o menos confusas sobre todo este enmarañado misterio, ideas que no debo exponer aún para no interrumpir la hilación correcta y cronológica de esta historia.

Además, mi vida a bordo no era del todo grata, pues tenía que cuidar de mi comida y de la de Chundro. Desde el intento de narcotización del hindú abrigaba fundados temores de que nuestra vida pudiera correr grave peligro en cualquier momento.

Después de mis conversaciones con Chundro había llegado al convencimiento de que Cristóbulos contaba con algún cómplice a bordo, en cuya compañía tramaban el registro de mi equipaje, y que para ello habían intentado adormecer al indio. Desde el día siguiente a la sesión de espiritismo, Chundro y yo comíamos los mismos platos en el camarote, prefiriendo siempre conservas que extraíamos de las latas por nuestras propias manos.

A veces cruzó por mi mente la idea de denunciar al griego ante la policía de Jamaica; pero no lo hice, primero, porque no tenía aún pruebas suficientes del atentado cometido contra Chundro y, luego después porque deseaba obtener del misterioso personaje todas las ventajas posibles para el éxito de mis propósitos.

Sin mayores contratiempos ni novedades, que la desaparición de mi necessaire, que intencionalmente había yo vaciado, y las continuas muestras de violencia hecha en el resto de mi equipaje, llegamos al fin, una noche estrellada y pura frente a la bahía de Kingston.

Traíamos un considerable atraso en el itinerario, debido a la falta corriente de carbón durante los días de la guerra.

Serían las tres de la mañana cuando enfrentamos la capital de Jamaica. No era esa una hora en que las autoridades marítimas del puerto pudieran recibirnos, de modo que el barco quedó anclado en las afueras esperando la madrugada.

Acostumbrado, como estaba ya, a sentirme mecido por las olas, la inmovilidad del vapor me impidió absolutamente dormir.

Calé un pijama más grueso, cebé mi pipa y subí sobre cubierta para gozar un momento del espectáculo de la tierra cercana, animada y rumorosa.

Era noche de luna, los cocoteros de la península que cierra la bahía, se alzaban como sombras elegantes y gigantescas; una que otra luz iluminaba la ciudad dormida y hasta mí llegaba un curioso perfume mezcla de algas marinas y de flores tropicales.

Aspiraba el humo del tabaco holandés a pleno pulmón, y quizás por la pureza de la atmósfera gustaba más que otras veces su sabor a cuero ruso.

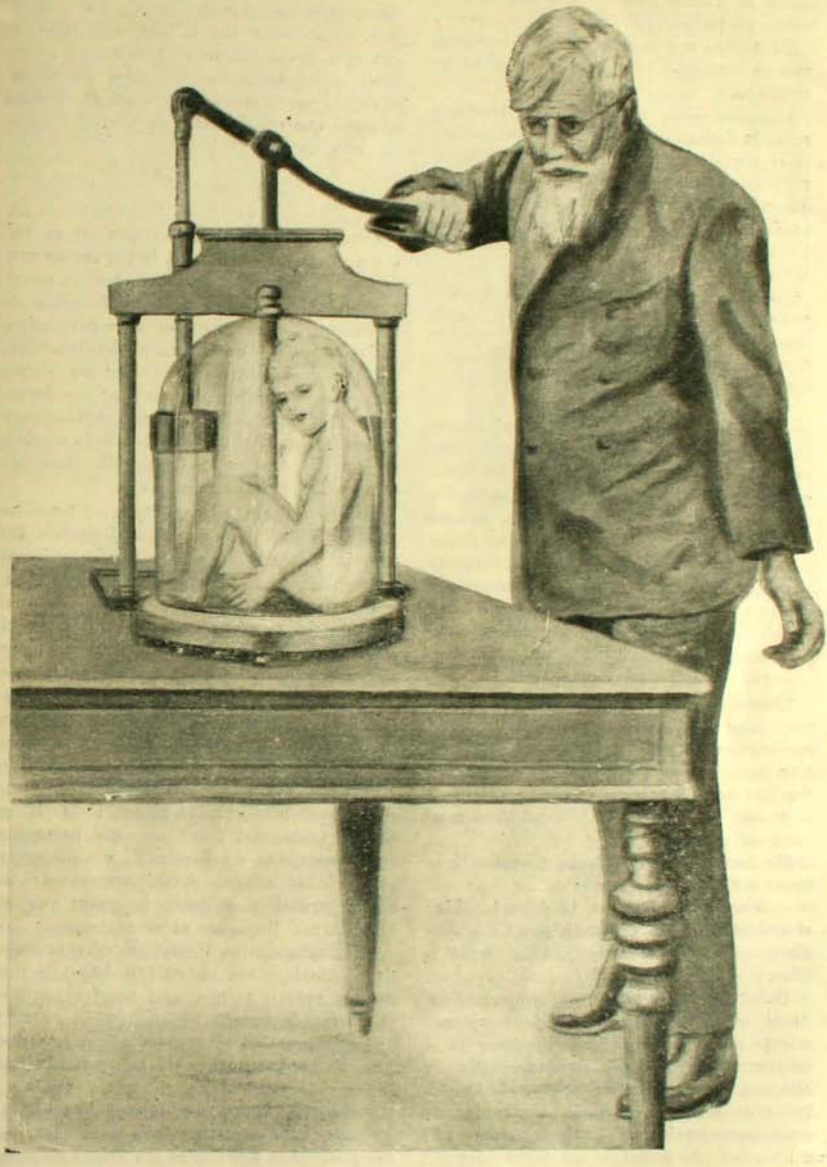
Me acuerdo que los contornos del paisaje fueron esfumándose lentamente ante mis ojos y que un vago sueño comenzó a invadir mi sér.

Al mismo tiempo me parecía que un enjambre de pequeños insectos luminosos me rodeaba por entero, trataba en vano, arañando el vacío, de atrapar alguno de ellos.

La voz de Chundro me despertó, yo sentía la cabeza horriblemente pesada:

—Señor, me dijo Chundro, había ido a vuestra cabina, a cuidar de vuestro sueño, como lo hago noche a noche desde que bebí el brebaje que me adormeció y no os encontré. He tenido un gran susto, amo mío.

Nada contesté, mis ojos se habían cerra-



...coloqué a la criatura bajo la campana de una máquina neumática, y achiqué la bomba.
(Dibujo de Eduardo Cruz)

do y mi cabeza se apoyaba pesadamente sobre mi pecho.

El criado me sacudía y yo a pesar de mis esfuerzos, sentía que la vida se me escapaba.

Chundro debió haber cargado conmigo, pues, lo único que recuerdo es que recuperé el sentido en mi camarote.

El criado me abría los ojos con sus dedos y ponía muy cerca de mí, casi hasta quemarme, una cerilla encendida. Oí que decía:

—Al fin reacciona la pupila.

Cuando el criado se dió cuenta de que podía responder de mi vida, me dijo gravemente:

—Amo mío, os han querido envenenar con atropina.

—¿Cómo lo sabéis?

—Muy sencillamente, contestó el hindú, he examinado vuestros ojos para inquirir en ellos la causa del letargo y he visto vuestra pupila horriblemente dilatada. He examinado todo lo que os rodeaba, incluso vuestra tabaquera, y al mascar las hojas de tabaco holandés, he sentido claramente el sabor de la atropina, el cual conozco por demás porque ella es muy usada entre los cazadores de Merut, a orillas del Yemna, para hacer perder la vista a sus presas.

—Ah, sí, me recuerdo, respondí.

Efectivamente, los cazadores de esa región dejan en los bosques pedazos de carne con algunos gramos de atropina. Ingerido este alimento, la bestia, por la dilatación máxima de la pupila no puede ya orientarse y casi siempre ciega, lo cual hace muy fácil su captura.

Me incorporé en el lecho y extendí la mano a Chundro diciendo:

—Gracias, hombre fiel, te debo la vida; si hubiera seguido fumando aquella endiablada pipa, ya mi alma estaría frente a Dios.

Todas las cosas tienen su compensación. Si el incidente del intento de envenenamiento me dejó un pequeño malestar en el cuerpo, fuí grandemente compensado de ello con la expresión de espanto de Cristóbulos cuando, sobre cubierta y antes de desembarcar eché a la cara del griego una gran bocanada de humo de mi delicioso y aromático tabaco holandés.

Desde el bote en que remaban ocho fuertes brazos coolíes, volví la cara hacia el vapor. Cristóbulos me miraba alejarme; en sus ojos había una mezcla de odio y de temor. Agité mi mano en señal de despedida. Al sentarme de nuevo en la chalupa observé que en el rostro de Chundro vagaba un picaresco fulgor.

* *

Cualquiera otra persona que no se hubiera encontrado víctima de las serias preocupaciones que me agitaban, habría admirado la tradicional belleza de la bahía de Kingston. Yo, sin atender a la hermosura del paisaje que me rodeaba, desembarqué, me abrí paso entre la multitud de negros mandaderos que pugnaban por apoderarse de mis maletas y me dirigí rápidamente a Myrtle Bank, el mejor hotel de la ciudad, situado en Harbor Street, calle llena de comercio y cercana a la playa.

Me instalé allí y luego bajé al precioso jardín tropical que está en el centro del edificio. Sentado en una glorieta, rodeada de palmeras me entregué a mis reflexiones.

Una hora después de meditar, me dirigía con un **cicerone** de color a visitar el cementerio. Era indispensable que yo viera por mis propios ojos la célebre tumba de la familia Witter, nombre bajo el cual, seguramente, se escondían los descendientes de Demetrio el Porfirogénito ya que la extraña tradición a que he aludido se refería, según mis averiguaciones, a dicho mausoleo. Atravesamos todo King Street (calle del Rey) con sus hermosas casas rodeadas de jardines y cubiertas por árboles añosos, divisé apenas el Parade Garden, y después de pasar por el Hipódromo, llegamos al cementerio.

La tumba de los Witter no ofrecía nada de particular: era un edificio bajo, de dos metros más o menos, con un frontispicio en forma de arcada.

—Dígame Ud., interrogué al negro, ¿qué hay de verdad acerca de la tradición que rodea esta tumba?

—Señor, me contestó el guía, en un inglés que sólo mi costumbre de viajar por las posiciones británicas era capaz de comprender, algún tiempo después que fué



...vi surgir cerca, muy cerca, una extraña visión: de la pared brotó una especie de nimbo fulgúreo y al centro de él apareció un sacerdote...

(Dibujo de Eduardo Cruz)

construída esta sepultura y enterrados en ella los cadáveres pertenecientes a la familia propietaria, hubo necesidad de hacer un trabajo en este sitio y se abrió la bóveda. Los ataúdes habían sido colocados cuidadosamente al nivel del suelo y sobre una tierra especial que la familia Cristóbulos que corre con los intereses de los Witter, hizo traer de una región muy lejana, que según dicen, es la patria de estos señores.

—¿De Constantinopla?, interrogué ansiosamente.

—No, señor, me contestó el negro, es una tierra con nombre de santo.

—¿De Santa Sofía?, pregunté imaginando que esta rama de los Paleólogos hubiera querido reposar sobre el sagrado polvo de la gran basílica oriental.

—Eso es, eso es, me replicó alegremente mi cicerone. Luego, agregó, que se hubo abierto la sepultura, se encontró que los ataúdes se habían levantado del suelo y que se encontraban apoyados en la pared. La familia Witter, creyó que se hubiera tratado de un robo e inició una prolija investigación de la cual no se obtuvo el menor resultado. Como se trata de gentes ricas y orgullosas, que todo lo pueden en la isla, la policía cerró herméticamente la tumba, después de colocar los ataúdes en la forma primitiva e hizo guardia durante tres meses para impedir cualquier atentado.

Después de dichos tres meses, se abrió de nuevo la sepultura y pudo verse que los cadáveres habían huído una vez más de la tierra para colocarse de pie junto a la muralla.

—¿Y qué piensas tú de esto?, pregunté.

—Señor, me respondió, yo creo que esta familia y todo lo que la rodea, está embrujada. Aquí hay algo del demonio.

(Concluirá)



La delegación chilena que representó a Chile co_ brillante éxito.

ACROBACIA

SU FASCINACION Y SUS PELIGROS



El público gusta del sensacionalismo. A esta demanda creciente de números de emoción responden los artistas del tablado y de la pista con el afán incesante de superación. Así, los últimos buscan la más difícil contorsión, el salto más arriesgado, la "prueba más emocionante", en fin; y en obsequio a la exigencia de los públicos, dislocan todos sus miembros en la pirueta mortal que les proporciona su sustento indispensable.



Los públicos europeos saben, sin embargo, corresponder con largueza al esfuerzo honrado de sus acróbatas predilectos. Los aplaude y mima con deleite, asistiendo multitud de expectadores a los grandes edificios de espectáculos, verdaderos palacios que en nada recuerdan nuestras pequeñas carpas de circos provincianos.

Hemos tenido ocasión de presenciar verdaderas notabilidades, estrellas de este arte temerario y uno de los más curiosos y arriesgados que recordamos es éste, sobre el cual tratamos de informar a nuestros lectores. Tuvimos ocasión de presenciarlo en el gran palacio de diversión de Londres, llamado Alhambra Theatre. Era ejecutado por dos gimnastas americanos: De Witt y Burns. Uno de ellos trepaba por una pértiga de veinte pies de longitud que el otro mantenía en equilibrio sosteniéndola sobre el pecho. Allí arriba, Mr. Burns ejecutaba una serie de pruebas maravillosas, durante las cuales el menor desliz le hubiera ocasionado, cuando muy menos, una dolorosa ruptura de huesos.

Pero la pareja de los jóvenes acróbatas americanos no pretendía solamente atormentar los nervios de los expectadores con su prueba sensacional; sino que, haciendo uso de un sabroso "humour" que poseían, entremezelaban graciosos chistes y gestos que lograban iluminar con una carcajada todos los rostros de esos londinenses tan seriotes con su trabajo cotidiano, duro y tenaz.





Por cierto que no era aquélla la primera vez que los empresarios de variedades habían contratado ejecutantes de tal prueba. El público ya la conocía por ser la excentricidad favorita de una "troupe" llegada a Londres desde el país de los crisantemos, estrenada precisamente en el Alhambra Theatre. Pero los astutos japoneses escogían siempre un artista pequeño y liviano, las más de las veces un niño, el cual no podía compararse en peso con Mr. Burns, el ejecutante "superior" de esta prueba.



Por lo demás, una pértiga—o "percha", como ellos la llamaban—es un peso respetable para descansar durante largo rato sobre el pecho de un individuo. Aquella que ellos usaban pesaba 25 libras, a la cual debían agregarse las 140 libras de Mr. Burns, el cual se mecía a su antojo en el extremo de ella durante diez minutos, a lo menos. Era necesario reconocer que Mr. De Witt, el de abajo, poseía admirables y resistentes músculos. Y cuando una concurrencia, convencida del mérito indiscutible del acto, insistía noche a noche en la repetición de ella, podemos legítimamente imaginar que el hombre de la pértiga en el pecho no se divertía tanto como " los bondadosos amigos del frente"...



Las fotografías con que acompañamos esta información servirán para dar una idea más o menos exacta de la naturaleza del trabajo de los dos acróbatas yanquis. Parte de nuestros lectores habrán tenido ocasión de ver en nuestro país, imitaciones que, por supuesto, no igualan a la legítima de que nos ocupamos.

Mr. De Witt empieza por empuñar la pesada pértiga con ambas manos, levantándola perpendicularmente y haciendo con ella juegos de aparente facilidad; pero la "percha" le juega una mala pasada y no responde a su destreza manual. El aprovecha el incidente para decir un par de chistes acompañados de graciosas muecas y predispone al público a su favor. entre tanto, el simpático excéntrico,—que tiene toda la robusta apariencia de un oso polar —ha encajado el extremo inferior de la pértiga de 20 pies en una especie de piquera sostenida por una correa que le envuelve el pecho y la cintura. Equilibrándola sin ayuda de sus manos coloca éstas a la espalda, formando una pequeña pisadera al unirlas.

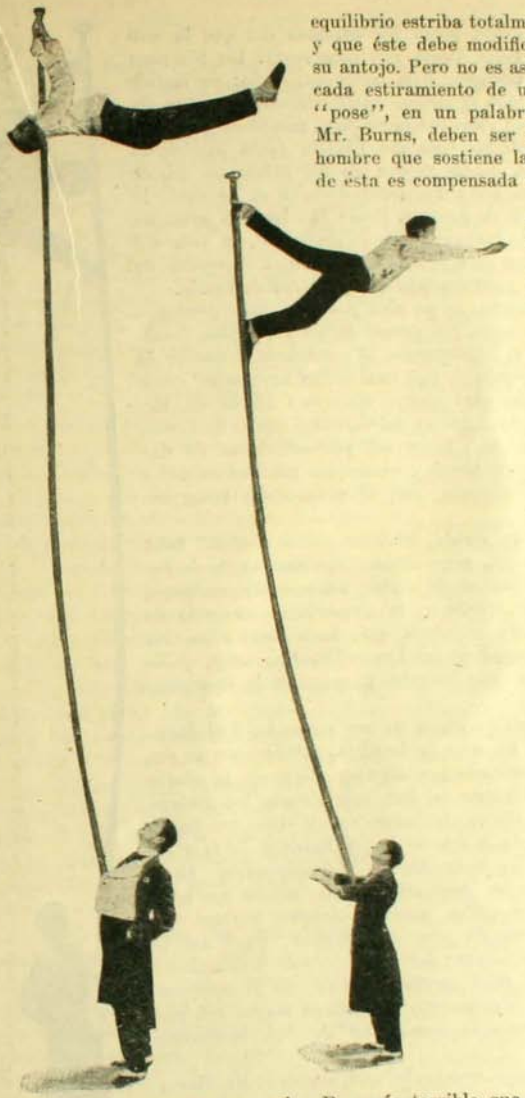
Entonces, con un rápido salto de pantera, aprovechando el disimulado apoyo de su compañero, Mr. Burns ha trepado como una exhalación hasta la mitad de la pértiga de los 20 pies. El público no ha tenido tiempo para percatarse siquiera de cómo se encuentra ya a aquella altura. En seguida empieza toda suerte de novedades acrobáticas cuya temeridad sobrecoje la admiración de los suspensos expectadores.



Balanceándose en la punta de la pértiga el actor está como en su casa. Aunque la "percha" es de fuerte madera de fresno, se enarca y zumba respondiendo a la terrible tensión causada por los movimientos ejecutados en todas direcciones. De repente, el gimnasta estira el cuerpo, sin esfuerzo aparente, en ángulo recto a la "percha", la cual se curva, como una serpiente, bajo la tensión. Cuando parece inevitable que Mr. Burns se rompa el cráneo contra el suelo, recobra el equilibrio, para ejecutar otra "pose", tan arriesgada que aún en tierra firme fuera un acto difícil. Sus piernas son capaces de hacer todos los ángulos del compás, haciendo caso omiso de la altura a que ellas se encuentran.



Veinte pies más abajo, su compañero está en atenta observación. No se le escapa ni el más mínimo movimiento del ágil atleta. Observa con la



equilibrio estriba totalmente en la pericia del de arriba, y que éste debe modificar la posición de la pértiga a su antojo. Pero no es así. Cada giro, cada movimiento, cada estiramiento de un brazo o de una mano, cada "pose", en un palabra, ejecutada por el cuerpo de Mr. Burns, deben ser prestamente observados por el hombre que sostiene la "percha" y cada inclinación de ésta es compensada con un movimiento de su parte.

El equilibrio se mantiene enteramente desde abajo. Toda la responsabilidad de la seguridad que debe tener el hombre que trabaja en la "percha", des-



atención de un gato en acecho. Por más terrible que sea la pirueta del hombre de arriba, el de abajo no pierde la serenidad. El sabe el importante papel que representa y conoce, además, la temeridad y seguridad de su compañero.

Al expectador podría parecerle, tal vez, que el



cansa sobre los hombros del que la sostiene. Basta con observarlo! Un pie para adelante, a la izquierda, atrás; ya inclina todo el cuerpo hacia adelante; a veces da un paso completo para mantener el equilibrio! Pero los ojos del público están pendientes de arriba. Nadie repara en los esfuerzos del de abajo, que logra mantener derecha en el vacío la larga pieza de madera. Pocos son los que notan su importante trabajo, pues la seguridad, la vida del hombre que gira a 20 pies de altura dependen de la pericia y sangre fría del que sirve de sostén.

El gimnasta, en su alta posición, hace prodigios con las piernas, las manos ágiles y los pies desarticulados y, lógicamente, al cimbrarse y oscilar la pesada "percha", a la cual deben agregarse—como hemos dicho—las ciento cincuenta libras de Mr. Burns, la caja torácica del servicial amigo de tierra, en cada minuto, tiene mil probabilidades de dar con el otro en tierra y romperles los nervios a los expectadores junto con el cráneo del temerario acróbata.

La pértiga puede doblarse como el débil tallo de una planta, pero ningún movimiento de terror sacude a ninguno de ambos actores. Sin embargo, tienen muy fresco en la memoria el recuerdo de cierta trágica aventura que, hace siete años, les salió al encuentro en Louisville, Kentucky, y de la cual sólo pudo librarlos la mano de la Providencia.

La historia es digna de ser conocida. Fué indudablemente un acto de infamia, dictado por la envidia, y ejecutado por alguien celoso de la gloria que honradamente se han conquistado los amigos De Witt y Burns. Actuaban en un circo que había salido en gira a través de los Estados de la gran República. En Louisville la representación tenía lugar sobre un escenario de pavimento un poco más que duro. Por aquellos tiempos usaban una "percha" de 30 pies de longitud, pues así lo permitía la altura del lugar donde trabajaban; con lo cual ellos querían probar que si entonces daban a su instrumento una altura mayor era por no permitírselo la comodidad de los escenarios comunes.

Sucedió, pues, una noche, que, mientras Mr. Burns ejecutaba una de las hazañas más sensacionales—de esas que dan un escalofrío de terror—se oyó un horrible "crac", espantoso en el silencio que guardaba la concurrencia con el aliento detenido. Sin duda la ruptura de la "percha" la había ocasionado la brusca pi-







rueta de Mr. Burns. Un grito, casi simultáneo, de horror vibró en todos los labios. El palo se había roto en la mitad. Todos vieron al atleta precipitarse desde las alturas. Las mujeres palidecieron y aun los hombres más fuertes cerraban los ojos o volvían la cara para no ver el espectáculo horrendo: la alfombra clara del escenario salpicada de una masa informe y aglutinada de sesos machacados. Pero, cuando atinaron a observar el trágico cuadro del infortunado, un alivio enorme, la mayor sensación de desahogo, hinchó todos los pechos, y la más franca alegría saludó con ¡hurras! al experto acróbata.

Sólo podía atribuirse a un milagro la maravillosa caída en dos pies. Mr. Burns estaba parado, en medio de la pista, con la mirada y los labios sonrientes, estrechando entre las suyas las manos temblorosas de emoción de su compañero.

La "percha" fué examinada en la parte rota. Al retirársele la envoltura en que ella estaba encerrada para aumentar su resistencia y flexibilidad, pudo observarse que la madera había sido aserrada en parte. Al producirse la presión por el brusco ejercicio hecho por Mr. Burns, la pértiga se había roto como una brizna de paja. El criminal atentado no era la obra sino de un infame rival, el cual escapó a la condena de la justicia sólo por la falta de evidencia que se exigía para penar su solapado atentado a los jóvenes artistas americanos. Pero, cómo se desarrolló esto, es otra historia.

Desde la noche de esta maravillosa escapada, contrajeron la costumbre de examinar, antes de cada presentación en público, el estado de su "querido compañero de trabajo", y así evitan volver a sufrir una emoción tan poco agradable como la relatada.

Tal vez el "acto" más sensacional del espectáculo que ofrecen Mr. Burns y Mr. De Witt es aquel con que ponen punto final a su representación. El primero acaba de concluir, sobre el extremo de la "percha", una última y hermosa prueba de soberbia acrobacia. El público le aplaude entusiasmo. El, sonriente y despreocupado, agradece la cariñosa manifestación, cuando he aquí que resbala fatalmente y se viene derecho, de cabeza, hacia tierra. El grito indispensable, angustiado, penetrante, horrible del público sobrecogido. Los veinte pies los recorre en un segundo. Ya va a atortillarse la propia cabeza y la de su amigo que le ha hecho el favor de sostenerlo en los aires durante diez largos minutos, cuando se le ve hacer un brusco movimiento con los pies y caer blandamente sobre ellos, ya en tierra firme. Aplausos delirantes, gritos de entusiasmo y sonrisas de Mr. Burns y de Mr. De Witt.

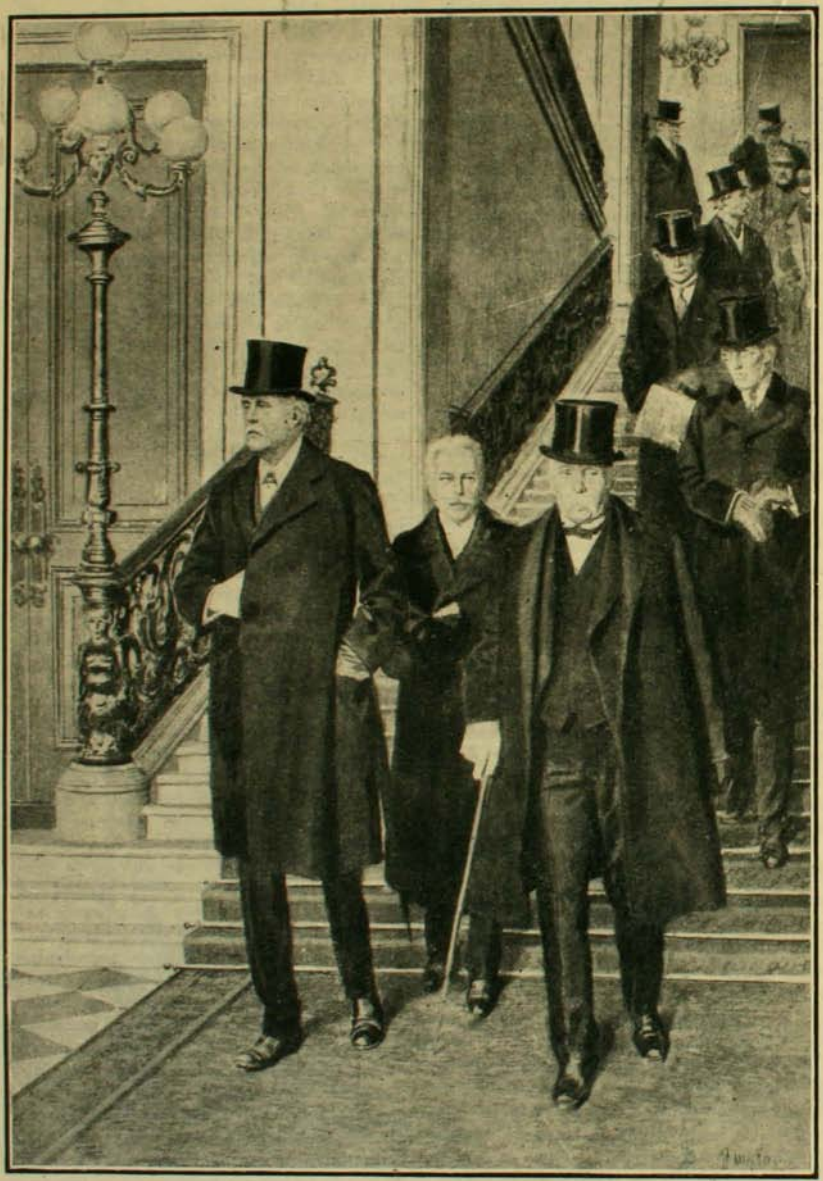
A menudo algún incrédulo se levanta para exponer sus dudas acerca de la limpieza absoluta del espectáculo. En una gran ciudad de los Estados Unidos, uno de estos hombres difíciles de convencer, de esos que tienen la petulancia de creerse invulnerables contra toda superchería, afirmó en alta voz que la "percha" debía estar sujeta, allá arriba, de alguna manera misteriosa que él no se atrevía a decir en qué podía consistir.

Lo invitaron cordialmente, desde el escenario, a subir para que, junto con otras personas igualmente interesadas e incrédulas, inspeccionaran la ejecución del acto. Subió, diciendo que él también era capaz de trepar por la "perchita esa". Se le ofrecieron todas las facilidades del caso. En efecto, pudo subir un poco; pero, mucho antes de llegar a la mitad, expresó su deseo de bajar, intimidado por el peligro, y le pidió a Mr. De Witt que inclinara la pértiga para alcanzar el tablado.

—"Pero si no puedo", le replicó el interpelado, sonriendo picarescamente al público. "¿No sabe usted que está amarrada allá en las alturas?..."

—"Pero si ya veo que no", dijo convencido. "¿Tendría usted la bondad de bajar la percha? ¿Quiere? Si aguarda usted un momento más soy hombre muerto."

La concurrencia estalló en regocijadas carcajadas. La situación del pobre y entrometido caballero era por demás incómoda. Mr. De Witt se la prolongó, sin embargo, por uno o dos minutos, y abusando de su pericia profesional, se permitió hacer algunas pruebas de equilibrio con la "percha", de la cual pendía gesticulando el atribulado señor que no creía... Por fin, le permitió poner pie sobre las tablas. Su estado de terror era tremendo y ni una palabra de reprensión se atrevió a murmurar. El público silbaba, aplaudía y gritaba a rabiar...



A la derecha del grabado, en primer término, se ve a M. Clemenceau, el viejo premier de Francia, cuya viril energía le ha conquistado la admiración universal, y a su lado están Mr. Balfour y Signor Orlando. Detrás de ellos, en la escalera, el Presidente Wilson y Mr. Lloyd George.

Concurso de Dibujantes

La partida a Europa de don Pedro Subercaseaux, nuestro antiguo y distinguidísimo ilustrador, ha colocado a los Directores de "Pacífico", en la necesidad de buscarle un reemplazante que mantenga en lo posible el nivel artístico en que esta Revista se encuentra colocada.

La empresa no es fácil, porque aunque abundan en el país los buenos pintores, no sobran dibujantes. El impresionismo, escuela que todo lo sacrifica al color y a los efectos de conjunto y que tan bien se acomoda al temperamento realista y a la holgazanería de la raza, no ama el dibujo y más bien lo desdeña. A lo menos ello es corriente entre los jóvenes artistas, que con deplorable frecuencia se sienten genios que nada necesitan aprender. Muchos demuestran talento, pero pocos son dueños y señores de su lápiz. No dibujan lo que quieren, sino lo que a la buena de Dios les resulta. La novelería revolucionaria no tiene tampoco pequeña parte en esta decadencia del dibujo.

La desgracia es que ningún impresionista alcanza éxito duradero en la ilustración, esto es, en una obra donde no es posible deslumbrar con el colorido. En cuanto a los revolucionarios y decadentes, suelen producir de cuando en cuando efectos que sorprenden, pero esos procedimientos artificiosos, falsos, demasiado personales e incomprensibles para la gran mayoría del público no tardan en fatigar.

He aquí el problema que los Directores de "Pacífico" han debido resolver. Encontrar un dibujante en un país cuya juventud artística desdeña el dibujo, por temperamento, presunción o falta de paciencia.

Con este objeto, nos hemos dirigido a algunos jóvenes artistas con quienes nos encontrábamos en contacto más inmediato y les pedimos nos ilustraran seis escenas de la historia de Diego Zamora titulada "El Sepulcro Acusador". Dichos temas fueron elegidos de modo que presentaran dificultades de diversa índole.

Tuvieron la bondad de acceder a nuestra demanda los señores Manuel Guerra, Jenaro Prieto, Alfredo Araya, Ramón Valenzuela, Roberto Vergara y Manuel Vega.

Presentamos hoy a nuestros lectores los resultados generales de esta especie de concurso, y sin pronunciarnos definitivamente sobre él, queremos adelantar los juicios que en general han merecido las obras de arte que en él figuran a algunas personas inteligentes.

En el primer cuadro, Chundro, el criado hindú de Zamora, ha caído de bruces, por obra de un veneno, sobre la tina de baño en el momento de ir a prepararlo en servicio de su amo. La escena ocurre a bordo de un vapor, y varios pasajeros acuden en socorro de la víctima.

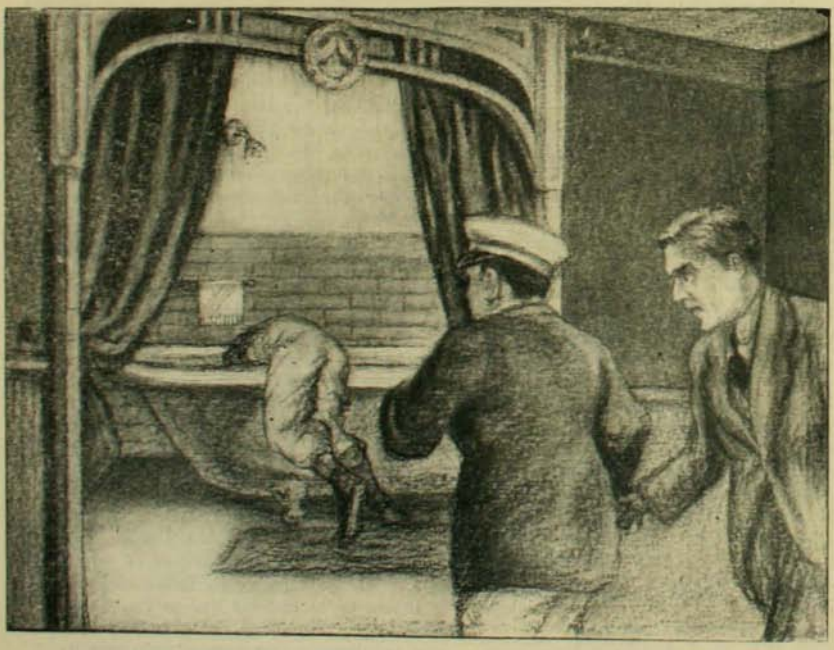
Trabajaron en esta tema los señores Prieto, Araya y Vergara. El dibujo del señor Prieto ha parecido el más correcto a casi todas las personas consultadas, si bien la obra del señor Araya aparece más concluída en los detalles.

El segundo cuadro tiene por escenario el camarote de un vapor. Varios individuos acaban de asistir a un experimento de espiritismo, en que Chundro, el medium hindú, ha dejado escapar terribles revelaciones contra el misterioso anciano Sergio Cristóbulos.

Ilustraron esta escena los señores Araya, Prieto, Vergara, Cruz y Vega. Las opiniones se han dividido entre las producciones de los tres primeros nombrados. El cuadro del señor Araya no carece de intensidad dramática y su dibujo es bastante correcto; el del señor Prieto se recomienda por su efecto de conjunto aunque las expresiones de los personajes pecan algo de excesivas. En cambio el señor Vergara estuvo, en nuestro concepto, bastante afortunado tanto en la composición, como en las actitudes y en la expresión. El dibujo del señor Cruz es a todas luces incorrecto, y el del señor Vega pertenece más bien al género de la caricatura y no corresponde en modo alguno a la índole de la historia que se trataba de ilustrar. En el mismo error ha incurrido este caballero en las demás obras que ha



(Alfredo Araya)



(Roberto Vergara)



(Alfredo Araya)



(Eduardo Cruz)

presentado al concurso, sin que ello obste a que se le reconozcan muy apreciables condiciones para el género que por temperamento parece preferir.

Para la ilustración de esta escena hemos preferido por de pronto la obra del señor Vergara.

El tercer cuadro representa el amanecer sobre la cubierta de un vapor. Se divisan en lontananza las luces del puerto de Kingston, en Jamaica. Diego Zamora yace sobre una silla de lona envenenado por la belladona. Sus pupilas se encuentran dilatadas y extiende las manos como queriendo atrapar en el aire invisibles insectos. El criado Chundro acude en su socorro.



(Ramón Valenzuela)



(Alfredo Araya)



(Manuel Vega)



(Alfredo Araya)



(Genaro Prieto)



(Manuel Vega)

Se presentaron sobre este tema seis cuadros: dos del señor Araya, y uno de cada uno de los señores Prieto, Valenzuela Vega y Cruz.

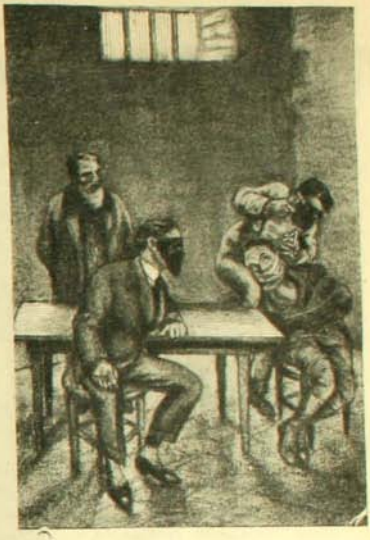
Los dibujos del señor Araya son correctos, pero la actitud de Zamora y la del hindú, no guardan entera conformidad con la situación que se trataba de ilustrar. Zamora no parece envenenado ni presa del delirio atrópico. Su gesto es en ambos el del que refiere una historia misteriosa. No se nota en Chundro ningún síntoma de alarma. Falta, pues, en esos dibujos, por otra parte muy recomendables, intensidad dramática.

A pesar de algunas incorrecciones de detalle, el dibujo del señor Prieto es muy superior por tales conceptos. Su cuadro es de mucho efecto y despierta desde luego bastante interés.

El señor Valenzuela ha hecho un trabajo lleno de novedad sobre este tema. Por desgracia este caballero pertenece a la escuela modernista, cuyos modos de expresión no se comprenden, desde luego, por los profanos. La figura de Zamora es interesante, pero no es la que corresponde a la la situación. El hindú, llama asimismo la



(Alfredo Araya)



(Roberto Vergara)



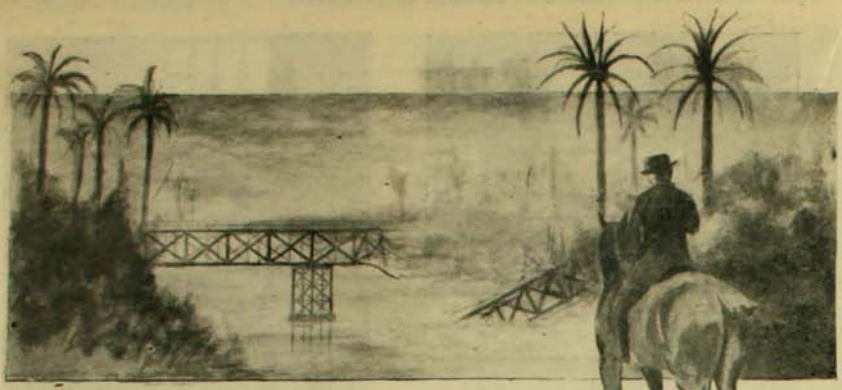
(Eduardo Cruz)



(Manuel Vega)



(Genaro Prieto)



(Eduardo Cruz)

atención, pero tampoco ni su rostro ni su actitud dicen nada de lo que está ocurriendo.

En cuanto al señor Vega su dibujo sobre este tema pertenece al género de la caricatura.

El cuarto cuadro representa una escena macabra. Diego Zamora ha caído en poder de Cristóbulos y de sus cómplices y se encuentra amordazado y sujeto a una silla por fuertes ligaduras. Un enmascarado se prepara a taladrarle el cráneo con la punta de un compás; otro prepara una inyección misteriosa. Cristóbulos contempla su obra sonriendo sarcásticamente.



(Manuel Guerra **(Max)**

Han interpretado esta escena los señores Araya, Guerra, Prieto, Vergara, Vega y Cruz.

Las opiniones de los técnicos se han dividido en esta ocasión. Casi todos prefieren el trabajo del señor Guerra; otros el del señor Araya.

La composición del cuadro de este último es muy correcta, así como el dibujo y actitudes de los personajes. El conjunto muy dramático. Es sin duda una de las mejores obras presentadas al certamen.

El señor Guerra, por haber tomado par-



(Roberto Vergara)



(Genaro Prieto)

te en el concurso sólo a última hora, únicamente alcanzó a ejecutar dos dibujos. Uno de ellos es sobre este tema. En él se ha mostrado un dibujante más experto que ninguno de sus competidores. A primera vista se adivina al artista que domina por completo su lápiz. Su técnica es irreprochable y en cuanto al cuadro mismo sugestivo y dramático. La composición sobria y bien concebida. Hemos preferido su obra para ilustrar aquella escena de la historia de Zamora.

Las demás ilustraciones presentadas sobre el tema en cuestión son bastante inferiores a las dos referidas.

En el quinto cuadro, Diego Zamora, llega a caballo al sitio en que acaba de ocurrir una formidable explosión. Un puente del ferrocarril de Kingston a Montego, en Jamaica, acaba de ser destruído por manos criminales.

Los señores Araya, Guerra, Prieto, Vergara, Vega y Cruz han tenido la bondad de ilustrar esta escena, que en sí misma no presenta gran novedad.



(Manuel Vega)

El paisaje tropical está muy bien tratado por los señores Vergara y Cruz y en forma también muy aceptable por el señor Araya. Como cuadro de conjunto, el de este último es muy agradable y armonioso.

La actitud de caballo y caballero corresponde muy bien en la obra del señor Vergara a lo que exigía la situación. Hay menos intensidad dramática en las de los señores Araya y Cruz. El caballo del último peca de tiesura y falta de vida: traiciona al dibujante novel.

La obra del señor Guerra, ejecutada con novedad y de una técnica muy superior, nos vuelve a demostrar en su autor un dibujante de verdad, seguro de sí mismo y dueño de todos los recursos de su arte. Sin embargo, hemos preferido ilustrar aquella escena con el dibujo del señor Araya, porque acaso corresponde mejor a la idea del autor de la historia.

El tema del sexto cuadro era muy difí-



(Ramón Valenzuela)



(Roberto Vergara)

cil. Zamora debe impedir que un tren ya cercano se precipite en el puente roto. Es de noche y no dispone ni siquiera de una caja de fósforos para encender una hoguera o hacer una señal. Adopta entonces un medio heroico: amarra su caballo sobre la línea y sube sobre sus lomos a fin de mantenerlo en pie, con ánimo de saltar a un lado en el momento de la catástrofe.

Los señores Prieto, Araya, Cruz, Valenzuela y Vergara han ilustrado este tema, cuya ejecución presentaba numerosos escollos. A los ojos de un profano que juzga a primera vista y por los efectos de conjunto, la obra del señor Prieto es la más dramática y de mayor efecto. Los técnicos le reprochan, sin embargo, algunas incorrecciones de dibujo y sobre todo de iluminación.

El dibujo del señor Araya, ejecutado con esmero y cuyos efectos de luz están bien estudiados, carece de animación. La actitud de Zamora y la de su caballo no guardan relación con lo trágico del momento.



(Alfredo Araya)



(Genaro Prieto)

Igual reproche puede hacerse a la obra del señor Vergara.

El señor Valenzuela ha compuesto para este escabroso tema una mancha de efecto que no traduce la situación ni es fácilmente comprensible. Su dibujo se aparta, además, en forma excesivamente revolucionaria de las leyes de la perspectiva.

Como conjunto, la composición del señor Cruz, sobre este tema, ha parecido a los técnicos preferible a los demás. El paisaje, la noche estrellada de los trópicos, los efectos de luz están interpretados en forma bastante feliz. Es cierto también que ni el dibujo del caballo ni la postura del jinete están a la altura del resto del cuadro.

Tal es, en pocas palabras, el resumen de las opiniones que sobre los trabajos referidos, han emitido técnicos consultados hasta ahora. La Dirección de "Pacífico" se prepara a estudiar más detenidamente este interesante certamen.

LAS DAMAS CHILENAS

CONVERSANDO CON DON HIGINIO OTERO

Por mucho que se frecuente y se conozca bien un medio social cualquiera, nunca se llega a tener de él ese dato pequeño, minucioso, diremos casi doméstico que constituye, en la mayoría de los casos, una base preciosa para aquilatar y penetrar la sicología de una persona o de un conjunto de individuos. Aquel célebre aforismo tan traído y vuelto a traer que dice: "No hay grande hombre para su ayuda de cámara" es en extremo exacto. Más sabe el **fournisseur**, el modisto, la manicure, del carácter y de la verdadera idiosincrasia de una dama, que el propio marido a quien pertenece por entero el corazón de aquella señora. A veces la etiqueta, el deseo de parecer bien, la voluntad de sobreponerse a los demás, los desagrados de la vida doméstica, hacen que una persona se presente en ciertas ocasiones cubierta de un velo de artificio que oculta su verdadero sentimiento y su íntima manera de ser. Tan exacto es lo que dejamos dicho, que ellos ha llegado a cristalizarse en algunas anécdotas. Cuéntase de un caballero que encargó a un pintor el retrato de su mujer. Una vez concluída la obra, trasladóse el cliente a casa del artista y, después de ver el cuadro, lejos de felicitar al pintor, le manifestó profundo desagrado por considerar que no había semejanza alguna entre la hermosa dama reproducida en la tela y la persona a quien debía retratarse. Mientras el artista, atónito, protestaba de la igualdad del modelo y del cuadro, pareció, en carne y hueso, la retratada esposa. Enorme fué la sorpresa del marido



El señor don Higinio Otero, propietario del Almacén.



Fachada de la Casa Otero.

al ver que su mujer, en ese medio de arte, de hermosas telas, de espiritualidad, transformaba completamente la expresión de su fisonomía, dando a su rostro una línea, un aspecto general completamente desconocido para él hasta entonces, y exactamente igual al que viera reproducido en la delicada obra del pintor.

Hace algunos días, discutíamos sobre nuestras damas, sobre su carácter, sobre su elegancia, sobre sus modales, en fin, sobre todos aquellos puntos que caracterizan los medios sociales elevados.

Alguien objetó a nuestras diversas observaciones que éstas eran superficiales y que, en verdad, nada sabíamos de exacto respecto de las damas de nuestra alta sociedad, porque ignorábamos ese detalle íntimo a que acabamos de aludir.

Nos decía nuestro contradictor:

—Para conocer bien a las señoras, es necesario hablar con la costurera, con el zapatero, con la manicura, y muy especialmente, con los comerciantes en artículos de lujo, pues es allí donde más se revela la idiosincrasia femenina en general.

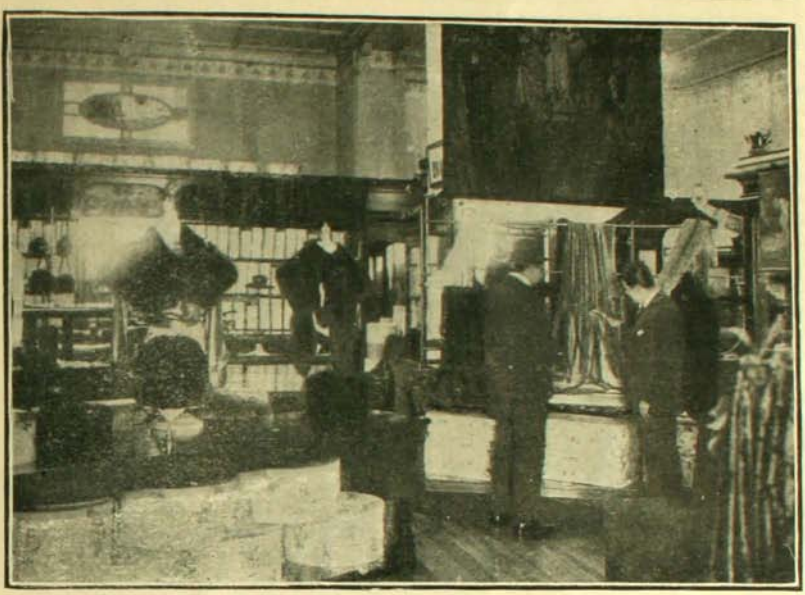
Artículos de lujo y para señoras, nos dijimos. Pues, vamos a la Casa Otero y reporteemos al jefe y propietario de ella, que es quien debe conocer más a fondo esa nota oculta de que se hace tanto alarde.

Pensarlo y hacerlo fué instantáneo. Nos marchamos a charlar un momento con el señor Otero, especie de gran sacerdote de este dalai-lama que permanece cerrado para el resto de los comunes mortales.

Mientras caminábamos por el centro de la ciudad, sacando el cuerpo a los automóviles, a los carruajes, y mientras veinte amigos trataban de retardar nuestra tarea, asegurándonos que teníamos tiempo de más y que alcanzábamos a tomar un aperitivo, pensábamos en que no podía sino que ser muy verdadera la idea de que Otero conocía a fondo a nuestras damas. Recordábamos que al comenzar las estaciones, este comerciante no exhibía sus novedades en las vidrieras, sino que engalanaba éstas, los mostradores y la casa entera con las más bellas flores, con surtidores de agua, con maniquíes diminutos que, lujosamente vestidos, se repartían en el césped. Sin duda, que aquel sistema era el mejor para halagar el sentimiento siempre delicado y romántico de las mujeres. Por más que se diga que el elemento femenino evoluciona hacia un horizonte más práctico, por más que veamos a menudo damas que consagran la mayor parte de



Costado derecho del Almacén del señor Otero.



Un marido generoso.

su tiempo a trabajos y quehaceres que nada tienen de poético, podemos estar seguros de que en el fondo de cada una de estas señoras vive con más o menos brillo, con más o menos intensidad, una lamparita encendida al Dios del Amor.

Llegamos a la puerta del lujoso almacén. Entramos un poco tímidos, cohibidos.

Era aquel un mundo de sedas y pieles en el cual no estamos acostumbrados a vivir, nosotros los hombres toscos y endurecidos en la lucha por la vida. Además, aquel recinto inspira siempre un pequeño temor a los maridos. Allí se funden y se transforman en plumas, en gasas, en **fourrures** los esfuerzos de la banca, de la agricultura, de la industria fabril y de los especuladores en Llallaguas.

Preguntamos por el señor Otero y se presentó ante nuestra vista un caballero de regular estatura, de barba y bigote claros, de ojos muy vivos y de ademanes desenvueltos. Nos hizo entrar a su escritorio y comenzó la charla.

El señor don Higinio Otero, que así se llama este distinguido comerciante, hablaba largo y tendido, como que se encontraba dentro de su terreno favorito.

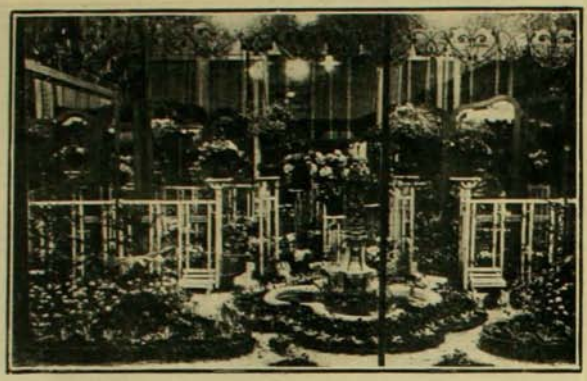
—¿Si yo conozco a la sociedad de Santiago?—dijo.—Baste decir que hace treinta años que trabajo en este negocio, que comencé vendiendo tras el mostrador, si no los mismos, por lo menos artículos similares a los que Ud. ve hoy en día en mi tienda. Algunas damas que vienen hoy para comprar aquí los atavíos de sus hijas que están de novias, estuvieron sentadas sobre ese viejo mostrador que me enseñó la manera de luchar en la vida, y las mimamos y las obsequiamos en aquella época pequeños regalos y objetos destinados a entretener su bulliciosa existencia infantil. Mi hermano José, que es el verdadero héroe de este negocio, pues es él quien elije y compra los vestidos en Europa, y yo hemos visto crecer y desarrollarse a la sociedad de Santiago en los últimos tiempos. Al hablar de desarrollo no sólo me refiero al natural crecimiento y a la mayor exquisitez del gusto hacia las cosas bellas y finas, sino que también al progreso económico. Me recuerdo,—agregó,—que era para nosotros, hace veinticinco años, un verdadero triunfo vender una tela que costaba cinco pesos el metro. Esa misma tela se vende hoy, corrientemente, todos los días, y vale cuarenta pesos.

El señor Otero resultaba un charlador

ameno y agradable, pero tenía un defecto que hacía imposible casi tratar con él: Se paraba cada diez minutos de su asiento llamado por diversas damas aristocráticas y corría de un lado para otro cargado de robes y manteaux.

Al fin conseguíamos atraparle de nuevo, y reanudar nuestra interrumpida conversación.

—Me preguntaban Uds„ — decía, — acerca del gusto de la mujer chilena en materia de telas y de modas. A este respecto puedo decirles que la alta aristocracia de este país es verdaderamente refinada, que los tonos y coloridos que prefiere son los más distinguidos que se exhiben en las casas de París. Y en esta materia se progresa extraordinariamente, pues, sea los continuos viajes a Europa, sea la mayor cultura, el hecho es que cada día mi clientela se vuelve más delicada y, por lo tanto, más exigente. Puedo decirles,—agregó,—que la **pelouse** del Club Hípico de Santiago, en un 20 de septiembre, no tiene nada que envidiar a la de Longchamps en materia de hermosura de mujeres, de tonalidades discretas, de corte elegante, de trajes bien llevados. Aún más, creo que no exagero al decir a Uds. que la dama chilena es la más elegante de Sud-América y al aseverarlo así lo hago porque he tenido ocasión de hacer comparaciones que resultan muy favorables para las damas de este país.



Arreglos de flores en los comienzos de estación.

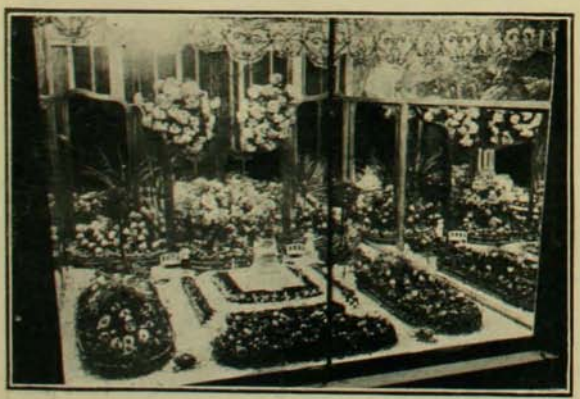
—Pero Ud., seguramente, que guiará en mucho el gusto de su clientela,—dijimos.

No obtuvimos respuesto; el señor Otero había desaparecido nuevamente. Esperamos un momento. Regresó con cara muy sonriente y trayendo un papel en la mano.

—Bravo,—le dijimos,—trae Ud. aspecto de haber vendido unos cuatro mil pesos.

Se rió el comerciante y nos dijo:

—No exagere Ud. la suma. Tengo fama de carero, pero estimo que ella es infundada. Los artículos que yo traigo para mi clientela valen hoy día tres o cuatro veces más, en Europa, que hace algunos años. Algunas clientes se van de aquí, pero yo sé que son como las golondrinas, y que volverán a la estación siguiente. Las damas chilenas son muy industriosas y cuando el artículo que se les vende es fino y durable, lo transforman, lo aprovechan y lo utilizan durante largo tiempo. Las cosas que vende Otero,— dijo riendo,— resisten al uso de va-



Arreglos de flores en los comienzos de estación.



Costado izquierdo del mismo Almacén.

rios años. De allí que aunque las cosas parezcan caras son, en verdad, económicas.

Pero, creo que Uds. me preguntaban acerca de que si yo ayudaba con mis consejos a la clientela. ¡Que voy a consejar, cuando se saben los figurines de memoria! Uds. no tienen una idea del profundo conocimiento de la moda que tiene la aristocracia de Santiago. El señor González, socio de la casa y gerente de la sucursal en Valparaíso, afirma lo mismo. Se les muestra un vestido y observan un botón, un pespunte que no esté estrictamente conforme a las últimas novedades. No sólo nada puedo hacer en esta materia, sino que soy un esclavo que trato, en lo que puedo, de satisfacer la creciente exigencia de estas damas que me favorecen con su presencia y sus compras en mi almacén. Tienen una memoria,— agregó,— extraordinaria. Esta señora que acaba de partir quería comprar una capa. Le mostré, entre otras, una del año último, e inmediatamente que la vió me dijo:

—No, pues, don Higinio. Esta es del año pasado.

Debo advertirles que, como se comprenderá bien, yo tenía en la última estación de invierno numerosas capas parecidas a la que me fué objetada, y, sin embargo, parece que esta dama las recordaba todas.

—Observamos,— le dijimos,— que su clientela tiene mucha confianza con Ud.

—Ah,—nos respondió,—ese es el secreto de la casa. Mi experiencia y mi conocimiento de la aristocracia chilena me enseña que hay que tratarla como ella se merece, es decir, abriéndole de par en par las puertas de la tienda, enviándole lo que necesita escoger y no desconfiando jamás de su buen espíritu y de su honorabilidad.

—¿Es verdad,—le interrogamos,— que las señoras son regodeonas y que, en la mayoría de los casos, lo revuelven todo y concluyen por no comprar nada?

—No sé,—contestó el señor Otero,—si revuelven o no. La casa está a disposición de ellas; hacen lo que les da la gana. Si no compran, no importa, ya volverán. Por lo demás, en el momento actual, no hay mucho que escoger en materia de tonalidades, pues predominan los colores obscuros, de modo que si quisieran tardar mucho en la elección no tendrían gran terreno para ello. Yo encuentro que la dama chilena, verdaderamente aristocrática, es una clienta fácil que sabe lo que desea y que conoce su valor. No quiero yo con esto de-

cir que no hayan ciertas personas que no pertenecen verdaderamente a la élite y que suelen ser más indecisas en sus determinaciones.

En general, la dama chilena le gusta ver todo lo que hay a la venta y ello me agrada muchísimo porque engendra un réclame para mí. La decisión, como he dicho, no se hace esperar. Yo sé a quien le vendo y tengo orgullo en decir que aquí no se pregunta el nombre de nadie, pues se conoce a todo el mundo.

—¿A qué horas viene especialmente su clientela?,—interrogamos.

—Hay que decir la verdad,—contestó el señor Otero.—Las señoras son perezosas en este país. Ni siquiera el lujo, que tanto les agrada, es causa suficiente para que abandonen temprano el lecho. Comúnmente no llegan las compradoras antes de las diez y media de la mañana. En la tarde vuelven a las cinco y media o seis.

—Tal vez habrá ahora cierta restricción en las compras,—observamos.

—Algo de eso observo,—contestó el señor Otero,—pero creo que no se debe a falta de dinero, sino que, más bien, a la falta de seguridad del futuro económico del mundo en general. Luego después la baja del cambio en esta estación, el recargo del oro en los derechos y otros factores europeos, han encarecido considerablemente los artículos, y es natural que el público se admire un poco de los precios, al principio. Pero luego vuelven porque, como ya he dicho, en esta sociedad es imposible aquello de "gato por liebre". Conocen perfectamente la calidad y el valor de las cosas y cuando se convencen de que no hay especulación, pagan con agrado.

—En una palabra, Ud. está contento en su negocio, señor Otero, y estima como fina y delicada a la sociedad que le favorece con su clientela.

—Les he dicho francamente la verdad,—nos contestó.—Y creo que mi opinión respecto de las damas santiaguinas es fundada porque se basa en 30 años de experiencia.

Nos despedimos del amable comerciante y abandonamos aquel recinto tan visitado y tan comentado en nuestros altos medios sociales.

Al salir pensamos: no es verdad que las señoras chilenas sean regodeonas, ni exigentes en sus compras; muy por el contrario, son fáciles elegantes, las más distinguidas de Sud-América, espléndida paga, conocedoras de la moda y de sus líneas, y hasta entendidas en valores y precios de telas. O es así o el señor Otero es muy galante y sabe mucho.





UN SALON BAJO LA RESTAURACION.—La sociedad literaria de la época era recibida en los departamentos de Mme. Ancelot, calle del Sena. Parceval de Grandmaison declama un poema; a su lado Mme. Victor Hugo y su marido ya célebre; en seguida la dueña de casa.

LAS MUJERES DE INGENIO

Por Ernest Gaubert

El ingenio de las francesas, hecho de sociabilidad y de gracia, de viveza y de encanto, de claridad, de salud, de rectitud y de malicia, permanece todavía como una de las más sólidas bases de eso que Rivarol llamaba "la universalidad de la lengua francesa". Fueron, no solamente sus ejércitos, sus poetas, sus pensadores, los que establecieron en el siglo XVIII la hegemonía de la lengua francesa: fué también y en primer lugar, la influencia de "la sociedad"; y quien dice sociedad dice salones, es decir, mujeres. Por sus cartas y por sus palabras, las mujeres no contribuían en poco a establecer la reputación del ingenio francés. Y cuando la influencia del teatro vino a añadirse a la de la sociedad, se vió bien que en un pueblo nervioso y de espíritu explosivo y centrífugo como el francés, para decir con M. Alfred Fouillée (La Psicología del Pueblo Francés), las mujeres, su deseo de agradar y el de los otros por agradarlas, su humor malicioso y combativo ejercerían un gran imperio sobre la dirección del espíritu de todos.

Las cualidades que han hecho la reputación que de ingenioso tiene el pueblo francés, ¿no son en su mayoría cualidades femeninas? Esa sensibilidad, esa imaginación viva, lógica, combinadora, esa audacia en la expresión y en el juicio, moderada por el deseo de agradar y por un cuidado constante de sociabilidad, esa aptitud para descubrir relaciones entre las palabras, para oponerlas, para ponerlas en armonía o en contraste: todas esas cualidades intelectuales, instintivas y desinteresadas, que son representativas del ingenio francés, ¿no lo son sobre todo del ingenio de las francesas? Un filósofo francés ha dicho: "Nuestro ingenio es menos un choque de personalidades que un choque de ideas de donde brotan chispas. Esto es, bajo la forma social de la vanidad mundana: deseos de agradar a los otros, divirtiéndolos.



María Antonieta.

Sin remontarnos a Mme. de Sévigné, a Mme. de Longueville, a ese espíritu mordaz de las Mortemart, sin cavar en esas minas inagotables de "palabras" que son Tallemant des Réaux o las pequeñas memorias, nos bastará buscar en los dos últimos siglos los más característicos testimonios de ese ingenio femenino, que no es tan despreciable como quiso decirlo aquel tonto, cuando declaraba a Sofía Arnould:

—¡Nada hay tan común como el ingenio: el ingenio corre por las calles!

—Es un rumor que los tontos hacen correr, le replicó la actriz.

Acabamos de nombrar a Sofía Arnould. Esta cantatriz, que fué en la Opera la mejor intérprete de Rameau y de Gluck, mereció igualmente por su belleza y su ingenio el seducir a los pintores y a los escritores, a la ciudad y a la corte. Si de ella nos han dejado numerosos retratos firmados por todos los maestros de su tiempo, las palabras que dijo no la pintan menos bien, y antes completan los rasgos que dibujaron Greuze o Carmontelle.

Era poco indulgente para con sus camaradas, que no la perdonaban su doble realeza de mujer bella y espiritual. Una de éstas, tan tonta como bonita, se quejaba de hallarse obsedida por una muchedumbre de adoradores:

—¡Hija mía! exclamó Sofía Arnould. Fácil te sería alejarlos. Te bastaría con hablar.

Uno de sus amigos, gran aficionado a los jardines ingleses que comenzaban entonces a invadir Francia, le hacía un día los honores del propietario. Todo era y por todas partes, rocas, cascadas, templos griegos y romanos.

—¿Qué le parece este río? preguntóle el castellano al borde de un arroyuelo.

—¡Realmente muy bien! Esto se parece a un río como dos gotas de agua.

En el teatro, dijo Sofía al oír que el público silbaba una mala comedia de Sauvigny, intitulada **"Le Persifleur"**:

—¡He ahí un padre que tiene hartos hijos en la galería!

Una actriz de segundo orden que trabajaba con ella y que trataba de disimular su edad con pinturas exageradas y vestidos juveniles, le preguntó un día:

—¿Cuántos años me da Ud?

—¡Ninguno! Ya tiene Ud. bastantes sin que yo se los dé.

Antes de ella, otra actriz de gran talento, Adriana Lecouvreur, había seducido al mismo Voltaire por la fineza de sus respuestas. Lord Peterborough le dijo un día:



Mme. D'Epinay.



De arriba a abajo: Marquesa Du Chatelet, Madame de Staël, Madame de Genlis.

—¡Vamos, señora! Que se me den muestras de mucha atención y de mucho ingenio.

—Por lo que hace al ingenio, le respondió la artista, no sabría haceros esperar, pero mi corazón no latirá sino cuando milord haya partido.

Las mujeres de calidad no tenían nada que envidiar a las artistas. La misma verbosidad las anima, y las palabras de la corte son del mismo metal que las de la ciudad y del teatro: ninguna época fue mas rica en réplicas nuas, en respuestas aladas, vivas y profundas.

Los salones de Mme. de Tencin, de Mme. de Boufflers, de Mme. Geoffrin, de Mme. Genlis, de Mme. du Deffand, de Mme. d'Epinay, de Mme. du Chatelet, fueron los laboratorios y los templos del ingenio en el siglo XVIII. Preciso es agregar el salón de Mme. Helvetius y algunos otros donde se reunían aficionados a las letras, escritores y filosofos.

Fontenelle fué uno de los asiduos del salón de Mme. de Tencin, y fué a él a quien ella le dijo, colocándole la mano sobre el pecho:

—No es un corazón lo que Ud. tiene ahí. Es cerebro, como en la cabeza.

Duclos ha escrito de Mme. de Tencin:

"Es imposible que haya alguien con más ingenio. Ella tiene siempre el de la persona con quien conversa".

De Mme. du Deffand se ha repetido mucho una frase a propósito de Saint Denis que, decapitado, caminó llevando la cabeza en sus manos:

—¡Es el primer paso el que cuesta!

Ella decía de la gran duquesa de Chaulnes, que tenía la manía de querer saberlo todo y de hacer numerosas preguntas:

—No puede ver un huevo sin preguntar: ¿quién lo ha puesto? ¿quién lo ha empollado?

De M. de Caylus, que se había hecho grabador porque se aburría a morir, dijo:

—Caylus graba para no ahorcarse...

Cuanto a Mme. Geoffrin, así juzgaba al abate Trublet:

—¿Trublet un hombre de ingenio? No: es un tonto frotado con ingenio.

La joven reina María Antonieta seguía el gusto de sus súbditos por los pintores, y en la exposición de pintura de 1777, en que Joseph Vernet exponía sus dos célebres cua-



De arriba a abajo: Madame de Longueville, Marquesa de Sévigné, Duquesa du Maine.



REINAS DEL INGENIO.—Este grabado, aparecido en las famosas "Memorias de un Burgués de París", publicadas en 1854, reproduce los rasgos finos y distinguidos de tres de las reinas del ingenio bajo la Restauración y la Monarquía de julio.

dros: **La Calma** y **La Tempestad**, ella le acogió con estas palabras amables y finas.

—Veo, Monsieur Vernet, que Ud. hace siempre aquí la lluvia y el buen tiempo!

Era en la época en que el duque de Chartres, reconociendo a una gran señora de la

Corte, enmascarada, en un baile de la Opera, le decía con bastante brutalidad sin temor a ser reconocido:

—Ahora lleva Ud. una máscara, señora, pero yo sé que vuestra belleza ha pasado...

—Como vuestro renombre, monseñor

Este siglo guardó el cuidado por la palabra espiritual hasta bajo la guillotina. Mme. de Pompadour había dado a las mujeres el ejemplo de esta intrepidez espiritual delante de la muerte. Cuando el sacerdote que acababa de llevarle los sacramentos, se disponía a salir, ella tuvo un gesto, le llamó, y muy bajo le dijo:

—Espéreme un instante, partiremos juntos.

En una representación de Ifigenia en la Comedia Francesa, en 1790, la velada fué tumultuosa y el público menudo manifestó con gritos su odio hacia los aristócratas. Aún más, una manzana fué lanzada al palco de la duquesa de Biron, que la recogió y la envió al día siguiente a Lafayette, con estas palabras:

—Permítame ofrecerle el primer fruto de la Revolución que haya llegado hasta mí.

Es verdad que grandes señores y grandes damas no habían querido escuchar ningún aviso de lo que habría de suceder, semejantes en esto a la duquesa du Maine, que exclamaba:

—A mí me gusta mucho la conversación. Todo el mundo me escucha y yo no escucho a nadie!

En la hora trágica, las frases de ingenio hicieron sitio a las de corazón, y en el destierro como en el cadalso, la mayor parte de estas mujeres ingeniosas supieron oponer a la muerte o a la miseria un rostro heroico.

Con el Imperio, los salones, donde según la voluntad del amo, se mezclaban las dos noblezas, la antigua y la nueva, se abrieron también a algunas burguesas. No parece ser que ellas estuviesen allí fuera de ambiente, y así dieron razón a Champcenetz que pretendía que, "desde el instante en que una mujer gusta, está siempre en su lugar".

Mme. P..., mujer de un proveedor del Ejército, una tarde de recepción, se vió objeto de las atenciones de un señor adicto al nuevo régimen. Molesta con las libertades del gentilhombre y sobre todo con sus miradas, ella le dijo:



—¡Retírese, señor, retírese! Ud. sabe, a nosotros los proveedores no nos gusta que se nos mire de muy cerca.

Cuanto a las respuestas de Mme. de Chevreuse o de Mme. de Stael, son demasiado célebres para que podamos repetirlas aquí.

El teatro volvía por sus tradiciones de ironía y de fineza.

Cuando Joachim Duflot, de la Comedia Francesa, autor hoy día desconocido, llevó una pieza al comité de lectura, los autores la rehusaron, y como el autor se batía en retirada, Rachel que estaba ahí dijo:

—El mismo Duflot que la ha traído, recula espantado!

María Dorval, la gran trágica romántica, pedía en una fiesta para los pobres. Tendió su bolsa a un rico industrial, y éste le dijo:

—No tengo un solo centavo.

—Entonces, tome, yo pido para los indigentes.

Mlle. Georges hacía en provincia el papel de Didon en una tragedia, y el director



De arriba a abajo: Adriana Lecouvreur, Augustina Brohan, María Dorval.

quiso, para honrar a la comediante, organizar una especie de homenaje público. En el momento en que la reina destronada subiría a la hoguera, un maquinista dejaría deslizarse en la punta de una cuerda una corona de laurel sobre la cabeza de la artista.

Desgraciadamente, el maquinista cometió un error, y fué el accesorio de la comedia que seguía a la tragedia, el que se balanceó en el extremo de la cuerda: la jeringa de Pourceaugnac.

—He aquí algo, dijo Mlle. Georges, capaz de extinguir el más hermoso fuego.

Y Didon descendió de la hoguera...

Una pariente piadosa decía a Madeleine Brohan, famosa artista:

—Te irás al infierno, porque estás en el teatro.

—¡Oh no! No tenga Ud. cuidado, que ya estoy en el purgatorio. Hay esperanza...

Mme. Allan, decana de la Comedia Francesa, había dicho cosas molestas para Agustina Brohan, hermana de Magdalena. Ella lo supo. Pasando por uno de los bastidores, se cruzó con dos de sus camaradas que discutían con animación.

—¿De qué hablan Uds.? les dijo.

—De la creación del mundo.

—Sobre este asunto, dijo riendo Agustina Brohan, no les puedo dar noticias: no estuve allí. Pero Uds. pueden consultar a Mme. Allan!

Un personaje muy feo y muy fatuo se vanagloriaba en toda ocasión de la suerte que tenía con las mujeres, y terminaba siempre con esta exclamación:

—Lo que es a mí, siempre me ha ido bien con las mujeres.

—Con excepción de su señora madre, dijo dulcemente Agustina Brohan.

Susana Brohan recibía los jueves en la noche. No eran todavía las doce de la noche cuando uno de sus admiradores se despidió de ella.

—¿Ya se va Ud., querido amigo? preguntóle Susana.

—Sí. He prometido ir donde Rachel...

—Lo comprendo... Le toca hoy comer de viernes!

No hay para qué advertir que Rachel era de una flacura famosa.

El de Mme. de Girardin era uno de los salones literarios más importantes. Teófilo Gautier nos ha dejado la descripción del departamento



De arriba a abajo: Mlle. Mars, Rachel, Déjazet.

y de las recepciones que daba. Las salas estaban tapizadas en un verde mar que se compadecía muy bien del color rubio de la dueña de casa; pero los morenos que se aventuraban a ir allá, se veían amarillos como limones.

Es preciso no olvidar el salón de aquella duquesa de Castries de quien dijo Balzac que era coqueta de nacimiento; ni el célebre salón de Mme. Ancelot, que hasta 1865 fué el lugar de reunión de una élite de escritores, hombres políticos y literatos. En casa de esta última, una tarde en que Duprez, el célebre cantante, era escuchado por una asistencia escogida, hizo su entrada la princesa Belgiojoso; estaba de luto por su madre, tan pálida, muda e inmóvil, que parecía una estatua de mármol.

—¿No la encuentra Ud. hermosa?, preguntó la dueña de casa a una de sus vecinas.

—¿La princesa? ¡Debió ser muy bonita en vida!

La actriz Dejazet fué una de las más encantadoras fantasías que puede soñar la imaginación. Nadie como ella supo dar todo su valor a un rasgo delicado.

"Ella sola, decía Teófilo Gautier, entre nosotros, chisporrotea de gracia y de ingenio. Sin tener más cuerpo ni más voz que esa cigarra a la cual la comparamos, ella ha emocionado y encantado a todo el que, en este siglo, ha tenido juventud y alegría".

Más tarde, el ingenio hecho de indulgencia y de afección, ese sentimiento de amistad entre hombres y mujeres, sentimiento "que tenía sus susceptibilidades, sus celos y sus sacrificios", según la expresión de Mme. Ancelot, iba a dejar sitio a un espíritu más acerbo, a un sentimiento de lucha entre el hombre y la mujer. Grandes señoras, que querían tener el aire y las maneras de las artistas, iban a la cabeza de la evolución. Aquella que Aureliano Scholl llama la duquesa de Risquenville (Mme. de Metternich) daba el tono. No era excelente.

Insultada por un abogado de malas causas, en el curso de un proceso, la princesa L. sonrió al hablar de este orador:

—Es un insolente. ¡Felizmente su reputación sirve de contraveneno a sus palabras!

La mujer de un político acababa de perder a su marido. Al día siguiente del entierro, algunos amigos ausentes de París fueron a hacerle visita y la encontraron sentada al piano.

—¡Esperábamos encontrarla en medio de una gran desolación!

—¡Ah, dijo ella, había que verme ayer!

La palabra de oportunidad, que sale naturalmente, es una de las características de la conversación de las mujeres en Francia. Es un encanto y es una arma, un arma temible cuyo alcance no siempre comprenden los extranjeros.

(Traducido especialmente para el "Pacífico Magazine")



Mozart en casa de la duquesa de Pompadour.—(Fragmento del cuadro de M. V. de Paredes, salón de 1898).



En mis excursiones por los alrededores del pueblo me encontré con un grupo de casitas semi ocultas por los frondosos árboles.

Baldomero Lillo

CARLITOS

En mis excursiones por los alrededores del pueblo, me encontré un día frente a un grupo de casitas semi ocultas por los frondosos árboles que bordeaban el camino. En una de estas viviendas, sentada delante de la puerta, había una mujer que tenía en el regazo un niño pequeño. Al ver la criatura me detuve sorprendido preguntando con interés:

—¡Qué hermoso niño! ¿Es suyo?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Carlitos.

—¿Qué edad tiene?

—Quince meses cumple esta semana.

Después de acariciar al pequeñuelo, maravillado por la gracia y donosura de su carita de ángel, continué mi camino pensando en la absoluta falta de parecido entre la madre y el hijo. El niño era rubio, blanco, sonrosado. Los sedosos y blondos cabellos, los ojos azules, la fina naricilla y la boquita de rosa le daban un aspecto encantador. Y estos rasgos, que acusaban en la criatura una acentuada selección de raza, contrastaban de tal modo con las toscas facciones de la mujer, con sus obscuros y pequeños ojos, su casi cobriza piel y su lacia y negra cabellera que parecía imposible existiese entre ambos alguna afinidad, por remota que fuese.

¿Serían acaso tales desemejanzas un capricho de la naturaleza? Pero, así y todo, resultaba el caso de una extravagancia excesiva, revolucionaria, desconcertante, a menos que... Al llegar aquí interrumpió mis reflexiones el recuerdo de un pequeño detalle: al contestarme afirmativamente que el niño era de ella, noté que la mujer bajaba la vista al mismo tiempo que su obscuro rostro se coloreaba débilmente. ¿Aquel rubor lo producía la grata emoción de la madre al proclamarse tal o tenía un origen menos elevado? Bien podía ser, pensé, que esto último fuese lo correcto.

Desde entonces, y cada vez que pasaba por aquellos sitios, me detenía frente a la casita para acariciar de paso al pequeño.

De repente interrumpí estos paseos y cuando algún tiempo después volví a reco-

rrer el sombreado camino encontré cerrada la puerta de la vivienda. A mis llamados salió de la casa próxima una mujer con los brazos desnudos impregnados de espuma de jabón a quien interrogué:

—¿Y Carlitos?

Carlitos esta enfermo, muy enfermo.

—¿Qué es lo que tiene?

—No se sabe, algunos dicen que es empacho.

—¿No podría verlo?

—No está aquí. La Jacinta lo llevó esta mañana donde una señora que ha prometido mejorarlo.

Protesté indignado:

—Qué torpeza. Debía ver a un médico y no a una curandera.

—Ha visto, señor, a todos los del pueblo, pero quiere que se lo pongan bueno en un día. Si en dos o tres no mejora le cambia los remedios. Es que la pobre, señor, está desesperada y si el niño se muere hasta podía volverse loca. No se ha visto nunca un cariño igual porque ni a los hijos...

La interrumpí para decirle con extrañeza:

—¿Cómo, ¿qué no es su hijo? Pero si ella misma me aseguró que lo era cuando se lo pregunté.

—Así les dice a todos, pero la verdad es que lo sacó de la Casa de Huérfanos cuando sólo tenía dos meses.

Era tan evidente el deseo de mi interlocutora de charlar sobre aquel asunto que decidí complacerla, y en tanto tomaba asiento en un banco situado junto a la puerta, le dije con fingido asombro:

—¿Entonces allá se regalan las criaturas? Me parece muy extraño que se hagan semejantes obsequios.

—No, señor; no los regalan, los entregan para criarlos y como a la Jacinta se le había muerto su última guagua, una amiga le aconsejó que sacase un huerfanito para ganar los veinte pesos mensuales que se pagan a las nodrizas. Así lo hizo. Fué allá y trajo a Carlitos. No tenía más obligación que llevarlo una vez al mes para que el doctor lo examinase. Para una pobre como ella los veinte pesos fueron un gran alivio; tenía para pagar la casa y aún le sobraba algo. Estaba por esto muy contenta y cuidaba mucho al niño que era muy bonito y se iba embelleciendo de día en día. Cuando cumplió los seis meses era una verdadera preciosidad, tanto que la Jacinta no podía salir con él a la calle sin que la gente no la atajase para celebrarlo y hacerle cariño. Ella se puso con esto muy oronda, y como había dado en decir que era hijo suyo, de tanto repetirlo creo que acabó por creerlo también ella misma. Fué tanto el amor que le tomó que ya no vivía sino para él. Carlitos era su



Sentada delante de la puerta había una mujer que tenía en su regazo un niño pequeño muy bonito.

vida, su mundo, su todo. Cuanto centavo caía en sus manos lo empleaba en comprarle vestidos, capas, gorritas, cintas, encajes. Y su mayor afán era vestirlo y arreglarlo para salir con él a lucirlo por todas partes. Cuando le decíamos que no se sacrificase tanto por una criatura que luego tenía que devolver, se le llenaban los ojos de lágrimas y se quedaba callada, sin contestarnos una palabra.

Un día vino muy alegre a decirme que le habían asegurado que si una nodriza dejaba de ir a cobrar sus mensualidades hasta enterar cien pesos, podía considerarse dueña del niño, pues la Casa ya no lo reclamaba. Si la criatura era mujer el sacrificio era sólo de cincuenta pesos, una mitad menos que los hombres. Por más que le dije que no se creyese de cuentos y que lo único que sacaría siguiendo esos consejos era perder la plata junto con el niño, ella se afirmó en su idea. Y como lo tenía pensado, cuando llegó el fin del mes no lo llevó a la ciudad para presentarlo ante el médico de la Casa, como era su obligación, y lo mismo hizo los otros meses. Y, aunque parezca mentira, el caso es que nadie ha venido a reclamárselo hasta ahora mismo.

Cuando se enteraron los cien pesos que le debían por la crianza, la Jacinta casi se volvió loca de gusto, porque consideró que ya nadie podía quitarle a Carlitos. Hay cosas que una no comprende. ¡Perder tanta plata y todavía echarse encima la carga de un hijo ajeno! Y después trabajar, sacrificarse de la mañana a la noche en lavar y planchar para vestirlo y adornarlo como una muñeca y con un lujo que sólo gastan los ricos. Y ella tan contenta. No, señor, sólo una persona que no está en su juicio puede hacer esas cosas.

—Pero, señora, le argumenté, esta acción de su amiga y vecina revela su buen corazón y como no tiene hijos bien puede adoptar un huérfano y sentir por él un gran cariño. No son raros los casos en que una madre adoptiva sea tan abnegada y amante como una madre de verdad.

La mujer sonrió irónicamente en tanto me decía:

—¿Entonces usted no sabe que la Jacinta tiene dos hijos: un hombre y una mujer?

Admirado respondí que no lo sabía.

—No es raro, señor, que usted no lo sepa porque su madre nunca sale con ellos y cuando un forastero pasa por aquí les tiene prohibido que se acerquen. Los voy a llamar para que usted los conozca.

Y acercándose a la casa empezó a gritar:

—¡Micaela, Juan, vengan!

Casi al punto, por una esquina de la casa, aparecieron dos niños, los cuales, al verme, se quedaron en actitud temerosa. La pequeñuela preguntó:

—Madrina, ¿para qué nos quiere?

La mujer los detuvo un instante haciéndoles algunas preguntas acerca de una tarea que les había encomendado y los despidió dándoles nuevas instrucciones. Luego se volvió para decirme:

—¿No los encuentra parecidos a ella?

—Sí, repuse, se le parecen mucho. ¿Qué edad tienen?

—La Micaela tiene diez años y el niño seis.

—¡Diez años! exclamé, si no representa más de siete ¡y tan delgada, tan flacucha!

—Pero qué quiere usted, si estas criaturas pasan una vida tan martirizada. La Jacinta, si no es para castigarlos, no se preocupa de ellos. Ya se cómo los tiene, descalzos y casi desnudos.

—¡Vaya! ¿qué no los quiere, entonces?

—No sólo no los quiere sino que parece que los odia. Casi no hay día que no les desee la muerte. La que más sufre es la Micaela, porque tiene que cargar a Carlitos que está tan consentido que sólo quiere pasarlo en los brazos. Parte el corazón ver a esa pobrecita, tan endeble como es, andar todo el santo día con ese niño tan pesado a cuestas. Y pobre de ella si el regalón se pone a llorar porque la Jacinta, entonces, se vuelve una fiera. Una vez que tropezó y cayó con él, si no voy yo a defenderla, creo que la hubiera muerto. Como le digo, hay cosas que una no comprende. A mí se me ocurre que si le hubiera tocado un niño menos bonito, tal vez la Jacinta no se hubiera encariñado tanto con él.

Después de cambiar con la mujer algu-

nas palabras más sobre el mismo tema, me levanté para continuar la interrumpida caminata, pensando en el ignorado drama que se desenvolvía en aquellas humildes habitaciones, tan tranquilas en apariencia.

Pasaron algunos meses y ya empezaba a olvidar esta historia, cuando un día al caer la tarde me encontré otra vez frente al grupo de casitas. Al ruido de mis pasos se abrió una puerta y apareció en ella la misma mujer que tantos informes me había dado acerca del huérfano.

Al reconocerme me dijo, con aquella sonrisa que era en ella característica:

—¿Usted vendrá a saber noticias de Carlitos?

Y sin esperar mi respuesta continuó:

—Ya no está aquí. La Jacinta se fué a vivir al pueblo, pero ya no tiene con ella a su preferido. Se admira usted ¿no es cierto? Pero cuando sepa dónde se encuentra ahora el niño se admirará mucho más. Si yo no se lo digo usted no lo adivinaría nunca.

Y, clavando en los míos sus



Y el niño cayó de bruces en el brasero en que se calentaban las planchas.

risueños ojos agregó con lentitud solemne:

—Carlitos está en la Casa de Huérfanos.

La sorpresa embrolló mis ideas un momento, pero recobrándome repuse:

—¡Bah! ahora comprendo, se lo reclamaron y tuvo que entregarlo. ¡Pobre mujer, cuánto habrá sufrido!

La sonrisa de mi interlocutora se acentuó:

—Nadie lo ha reclamado, dijo. Ella misma, sin que se lo pidieran, fué a devolverlo.

Contemplé con asombro a la mujer y balbuceé intrigado:

—No es posible, no puede ser. Algo habrá sucedido. Tal vez usted no sabe...

La lavandera, que parecía gozar extraordinariamente con la sorpresa que sus noticias me producían, segura de tener un oyente que no desperdiciaría una sola de sus palabras, entró en la casa y salió, en seguida, trayendo una silla que me ofreció solícita:

—Señor, siéntese un ratito mientras le cuento cómo han pasado las cosas.

Apenas me vió cómodamente instalado, prosiguió:

—Usted recordará que cuando estuvo aquí la última vez, Carlitos estaba muy enfermo. Cuando ya habíamos perdido la esperanza de que salvase empezó a mejorar y, tan ligero, que en unos pocos días quedó completamente bueno. Conociendo lo extremosa que la Jacinta era con él puede ya imaginar lo contenta que se pondría. No le pondero si le digo que poco faltó para que se volviese loca de gusto. Y ya no fué cariño sino idolatría lo que sintió en adelante por la criatura. ¡Y qué cuidados y qué afanes para que nada le faltase! A la Micaela, con estas regalías de Carlitos, le tocaba la peor parte. Tenía que andar con él en los brazos, pasearlo y entretenerlo a veces días enteros. Si el consentido soltaba el llanto en el acto acudía la Jacinta, gritando hecha un basilisco:

—¿Por qué llora el niño; qué le has hecho, pícara?

Y llovían los pellizcos, las bofetadas y los palos sobre la pobre chiquilla. Créame, señor, que al oír sus lamentaciones sentía hervirme la sangre, pero tenía que contenerme ya que nada podía hacer sino compadecerla.

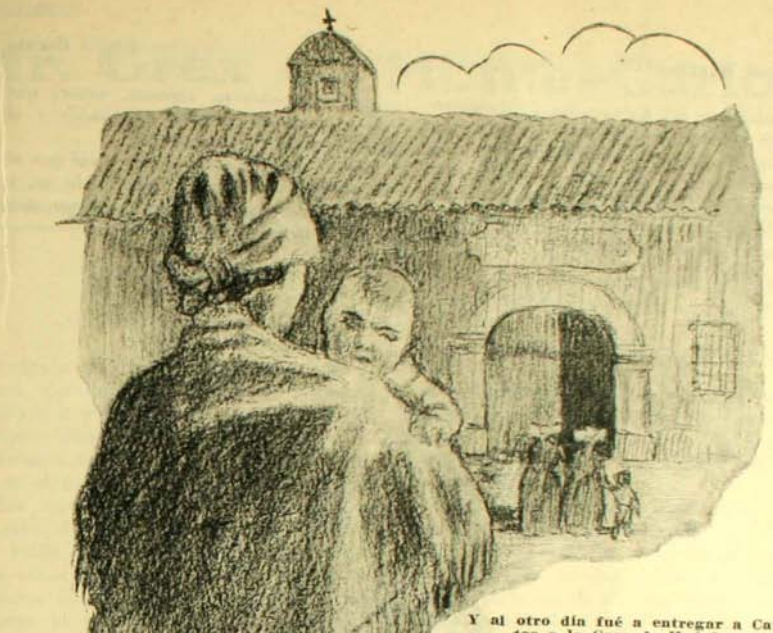
Así iba pasando el tiempo, cuando un día que la Jacinta estaba en la pieza planchando la ropa, a un descuido, el niño, que ya principiaba a andar cayó de bruces en el brasero en que se calentaban las planchas. ¡Dios nos ampare, señor. Cuando mi comadre lo levantó, la cara, las manos y los bracitos eran una llaga viva!

Ya puede usted figurarse la desesperación de la Jacinta. Parecía una loca y corría de aquí para allá con el niño en los brazos sin atinar a nada. Al fin, oyendo lo que le decíamos, lo envolvió en su pañuelo y salió disparada con él para la botica.

Por suerte las quemaduras eran sólo por encima, así que el niño sanó muy pronto, pero el pobrecito quedó tan defectuoso con su carita llena de costurones y, para mayor desgracia, perdió también un ojo; quedó tuertecito. ¡Qué lástima tan grande nos daba verlo tan cambiado! No era ni la sombra del Carlitos de antes. ¡Así, señor, tanto mejor habría sido que hubiese muerto cuando tuvo aquella enfermedad! Así nos habríamos ahorrado ver lo que hemos visto.

Porque lo más triste de todo fué que la Jacinta comenzó a perderle el cariño. Ella, que no salía de la casa sin llevarlo también a él, empezó desde entonces a salir sola. Yo, que estoy aquí al lado, fuí viendo cómo día a día iba cambiando con la pobre criatura. Los cuidados y las regalías se acabaron para siempre para Carlitos. Ya ni la Micaela lo tomaba en brazos y todo el tiempo andaba botado por el suelo hecho una compasión por la falta de limpieza. Ahora sí que podía llorar a su gusto porque nadie le hacía caso. Y menos mal si todo no hubiera pasado de aquí, pero la Jacinta comenzó muy luego a rezongar cuando el niño la molestaba. De los retos pasó a los pellizcos y a las palmadas. A cada momento desde aquí sentía yo los gritos del tuertecito y los de mi comadre que chillaba y maldecía llena de rabia.

No se comprende, señor, cómo Dios permite estas cosas. Dolía el alma ver el abandono en que pasaba Carlitos. Como ya andaba por todas partes a veces llega-



Y al otro día fué a entregar a Carlitos a la Casa de Huérfanos.

ba aquí. ¡Si usted lo hubiera visto se le habría partido el corazón! Apenas cubierto el cuerpecito con unos trapos y tan desaseado que no había por donde tomarlo. Al verme, lo primero que hacía era pedirme pan, y con qué ansia comía, pues estaba siempre hambriento.

Por eso fué un alivio cuando supe que la Jacinta andaba haciendo diligencias para devolverlo a la Casa de Huérfanos. Como ella no se atrevía a ir, encargó a una persona que preguntase si le recibían el niño. Le contestaron que sí, que lo recibían, pero como mi comadre no había cumplido con las condiciones de la Casa no tenía derecho a reclamar las mensualidades atrasadas que se le debían por la crianza.

Al otro día que supo la contestación, fué a dejar a Carlitos: lo lavó, lo peinó y le puso una ropita limpia.

Cuando ya se iba, todas salimos a despedirlo. ¡Si usted hubiera visto lo contento que estaba! En su alegría de verse otra vez en brazos besaba y abrazaba a la Jacinta. ¡Pobre ángel! tal vez creía que mi comadre lo llevaba a pasear por el pueblo.

Cuando al fin se fueron y volvimos a nuestros quehaceres, créanos, señor, que todas teníamos los ojos empañados y el corazón como en un puño.

Dije adiós a la mujer y me alejé por el camino que se extendía delante de mí y que me pareció por vez primera largo, monótono y lleno de polvo.



FOLLETIN

Mr. Grex de Monte-Carlo

Por E. Phillips Oppenheim

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux (CONTINUACION)

CAPITULO XVII

Otra vez el deber

Sentado Hunterleys en su butaca de la ópera, aquella noche, abstraída en honda meditación y rememoraba insistente los ya pasados días de su vida. Recordaba los deliciosos momentos transcurridos al lado de su esposa única mujer que en el mundo había logrado interesarle, su breve luna de miel, el trabajo abrumador que en seguida había caído sobre sus hombros y que fué causa de que descuidara un tanto sus deberes de marido; la resignación de su esposa al principio, sus quejas después, sus protestas y por fin la separación. Entonces fué cuando renovó su intimidad con Linda, intimidad que fatalmente había roto su felicidad conyugal. ¿De quién era la culpa? Tal vez de él, que demasiado engolfado en los negocios de la política, no había prestado a la esposa toda la atención debida, ni había por otra parte tenido con ella la intimidad y confianza necesarias. ¿Por qué todas las mujeres habían de ser Dalilas?

Sin abandonar un momento sus preocupaciones y pensamientos, salió Sir Henry del teatro. Estaba a la puerta, vacilante, sin saber adónde dirigirse, cuando sintió que le tocaban el brazo.

—¡Hola, David!, exclamó al ver al que le tocara. ¿Me esperaba usted?

El joven echó a andar al lado de Hunleys.

—Estuve a buscarle en el hotel y me dijeron que aquí lo encontraría, contestó el joven en voz muy baja. ¿Podremos vernos más tarde, por ejemplo, a la una?

—Cómo no, aseguró Hunterleys. ¿Y Sidney, dónde está?

—Trabajando en este momento. A las 12½ estará en casa, si no le sucede algún contratiempo. Creo que necesita hablar con usted.

—Iré, asintió Hunterleys. ¿Cómo está Felicia?

—Perfectamente, pero ella misma se está matando, replicó el joven. Se preocupa demasiado. Convendría que usted le diese ánimo esta noche. Ella esperaba que hubiera usted ido a verla.

—No faltaré, prometió Hunterleys.

Rápida y disimuladamente alejóse el joven y Hunterleys, tras breve irresolución, tomó el camino del club. Entró y se dirigió al salón de la ruleta. Miró en rededor, pero no vió señales de Violeta. Fué entonces a la sala de baccarat, pero tampoco estaba allí. ¿Habría ido quizás a la ópera?

En el bar se encontró con Ricardo Lane, que estaba sentado, casi en completa soledad. El joven le acogió con entusiasmo.

—Venga a tomar una copita, Sir Henry, suplicó. Me estaba aburriendo soberanamente.

Hunterleys se sentó junto a Ricardo.

—Un whisky con soda, ordenó. ¿Qué es lo que hace aquí tan solo, Ricardo?

—La estaba esperando, pero aún no ha llegado. He recorrido todas las salas y no la he visto.

—¿No fué a la ópera? preguntó Hunterleys.

—Sí fuí, contestó Ricardo. Estuve allí todo el primer acto, pero ella no estaba...

Me fuí entonces a Villa Mimosa por ver si la veía, pero ni por esas.

—De modo que ningún caso ha hecho usted de los consejos que le di?

—¿No le parece a usted que ya soy un poco grandecito para gobernarme por mí mismo? preguntó Lane sonriendo. Además, para algo hay aquí un cónsul norteamericano; nada tengo que temer.

—Mr. Grex es persona de gran influencia, sugirió Hunterleys.

—¿Quién diablos es, pues, mi futuro suegro?, preguntó Ricardo casi incomodado. Hay alrededor de él y de su casa una atmósfera que no acierto a comprender.

—Ni la comprenderá nunca, observó Hunterleys secamente. Bueno, tal vez dentro de uno o dos días esté yo en condiciones de revelarle quién es Mr. Grex. Esta noche, imposible.

—Ahora que me acuerdo, dijo Lane; a su esposa la vi hace unos momentos y me preguntó por usted. Estaba en su sitio de costumbre en la ruleta, pero me dijo que iba a salir a dar una vuelta. No sé si se habrá ya ido.

Hunterleys pidió al momento disculpas y se retiró. En el corto trayecto entre el restaurant y las salas de juego encontróse de frente con Violeta. Saltóle el corazón al verla. Aparecía pálida, con grandes ojeras, como si un gran dolor se reflejara en su semblante. En la primera mirada que dió a su esposo hizo olvidar a éste casi por completo sus pasadas divergencias; había algo en todo su semblante que inspiraba verdaderamente piedad. El acercó una silla y se sentó junto a ella.

—Me dijo Ricardo que necesitabas hablarme, comenzó Hunterleys.

—Le pregunté si te había visto, hace unos momentos, contestó ella. Pero temo que mi deseo te parezca interesado.

—¿Quieres que te facilite algún dinero? ¿Has perdido?

—Sí.

—Ven y te lo daré. Pareces fatigada.

Se levantaron y juntos fueron hasta el bar.

—¿Un poco de champagne? preguntó él.

—Mejor quisiera té, replicó ella.

—Si no te molesta mi advertencia, permíteme que te diga que has tomado demasiado en serio tal vez la cuestión esta del juego. Si has estado poco afortunada, no te importe, yo puedo adelantarte algo. En este caso, si quieres, mañana por la mañana cuando vaya al Banco te traeré dinero. Ahora puedo darte unas cien libras si te parece.

¡Cien libras! ¡Si él hubiera sabido que sólo en las dos horas anteriores había ella perdido más de mil!

Sacó él los billetes de la cartera y se los dió.

—No quiero jugar más esta noche, exclamó Violeta.

—Muy bien hecho. Lo mejor es que vayas a acostarte y mañana puede ser que se vuelvan las tornas.

—Ojalá. Pero aunque no tengo ganas de jugar no quiero retirarme aún a mis habitaciones. Quédate aquí conmigo una hora más acompañándome y después quizás te acepte el que me lleves a cenar algo.

—Lo siento en el alma, pero tengo una cita a la una y no puedo faltar.

—¿Una cita?

—Desgraciadamente. Habría tenido el mayor placer en cenar contigo, Violeta.

—¡Una cita a la una!, repitió ella. Es cosa verdaderamente rara.

—No lo niego, pero te aseguro que siento infinito tenerme que ir.

De pronto ella se inclinó hacia él. Cambió la expresión de su rostro. Una vez más apareció ante sus ojos la Violeta de antaño, que tanto conoció. En sus labios se dibujaba una sonrisa sarcástica.

—No te vayas, por favor, Henry. Estoy sola y me siento apenada esta noche, sin ganas de ver a nadie. Llévame a cenar al Café París. En media hora, si quieres, podemos terminar.

—Lo siento de veras, interrumpió él en un tono que no admitía réplica. Lo siento, pero no puedo faltar a la entrevista que tengo pendiente y no sé cuánto tiempo iré a tardar.

—¿Y no podría saber qué clase de cita es ésa tan imperiosa y urgente? preguntó ella intrigada y con marcado disgusto. No pensaba preguntarte nada pero en vista de tu tenaz negativa a complacerme.....

—No puedo decirte, contestó Hunterleys. Lo único que puedo decirte es que he dado mi palabra y que no puedo faltar.

Violeta se levantó al momento.

—Me había olvidado, exclamó ésta. Ya sé que no tengo el menor derecho a tu confianza, perdona mi indiscreción. Voy a ver si tus cien libras me dan la suerte.

—¡Violeta!

Retiróse ésta haciendo una pequeña re-



—¡Por fin!—exclamó la joven,—por fin!

verencia, medio de tristeza, medio de despecho. Hunterleys la vió sentarse en su asiento de costumbre a la mesa de la ruleta. El quedó un rato de pie, a su lado, viéndola jugar. Después dió media vuelta y salió.

CAPITULO XVIII

Una conferencia a medianoche

Hunterleys no se detuvo en el hotel más que el tiempo necesario para tomar un abrigo y un bastón y cambiar de sombrero. Salió por una puertecita excusada y se dirigió a las afueras de la ciudad. Una o dos veces detuvo su marcha en el camino examinando cuidadosamente si alguien lo seguía. Al llegar al Hotel del Príncipe de Gales atravesó la calle. Desde aquí caminó a toda prisa y torció tres veces a la derecha. Por último llegó a una puertecita baja, empujó y entró a un jardincito. Atravesó una calle de árboles y rosales y llegó hasta una pequeña quinta. Una figura esbelta, airosa de mujer le salió al punto al encuentro en el hall y le tendió ambas manos.

—¡Por fin!, exclamó la joven, ¡por fin! ¿Por qué se ha retrasado tanto?

El estrechó cariñosamente las manos que se le tendían y la miró a la cara fijamente. La joven aparecía pálida y demacrada, con pronunciadas ojeras, que acusaban el desvelo o el sufrimiento.

—¿Para qué excusarme, Felicia? Déjame mirarte aquí tranquilamente a la luz de la luna, que harto he sentido no poder venir antes. Pero no fué culpa mía. Las ocupaciones....

La joven se puso grave de pronto. Apretó el brazo de Hunterleys con las dos manos y lo llevó hacia adentro.

—Ya lo sé, afirmó ella. A pesar de que estamos en Monte Carlo ahí están Sidney y David que no descansan un momento. No he querido preguntarles qué cosa tan grave traen entre manos, pero tengo ganas de que esto se acabe, sea lo que sea.

—¿Y cómo van esos ensayos, Felicia?

—Los ensayos van bien, contestó ésta mirando a Hunterleys con arrobamiento. Lo terrible es la noche del debut. Me sé divinamente la partitura y el papel, pero no las tengo todas conmigo. La otra noche tuve una pesadilla espantosa. Estaba en escena, veía filas y filas de caras, miles y miles de ojos que me miraban y yo quería cantar, hacía esfuerzos, pero la voz se ahogaba en mi garganta. Y usted estaba también allí, y los otros...

El se echó a reír con ganas.

—Voy a hablar con Sidney. Es preciso que uno de los dos te saque mañana afuera, a pasear al campo.

—Si están tan ocupados, se lamentó ella. No tienen tiempo de preocuparse de mí. Creo que lo mejor será que usted vaya a verlos, porque si supieran que usted está aquí y yo le he entretenido un minuto no me lo perdonarían.

Entraron por fin en la casa, y Hunterleys se separó de la joven y entró por una puerta a la izquierda. El joven que se había acercado a él a la salida de la ópera, estaba en una habitación, de pie, con las manos en los bolsillos, en medio de un promontorio de papeles y diarios. Sobre el piso, en estantes, en mesas y sillas, libros, papeles, pipas, tabaco, todo en revuelta confusión. En un hueco, sobre la mesa, una máquina de escribir y al lado, en la pared, un aparato telefónico. Un hombre de un gran parecido con Felicia estaba, en un extremo de la estancia, leyendo con interés, y se levantó como un resorte en el momento de entrar Sir Henry.

—Bonita la oficina de un corresponsal de prensa, exclamó Hunterleys. En mi vida he visto un desbarajuste más grande. Me extraña que tolere esto Felicia.

—No la permitimos entrar aquí, interrumpió su hermano. ¿Está cerrada la puerta?

—El asunto se complica, dijo el otro Hoy iba en auto por el camino de Cannes y creo que he sido el primero que he visto a Douaille.

—Yo también lo vi, afirmó Hunterleys. Yo estaba paseándome por las afueras de la población.

—Douaille, continuó Roche, fué directamente a Villa Mimosa, donde le esperaba Mr. Grex. Draconmeyer y Selingman llegaron después cada cual por su lado, a las diez. La Villa Mimosa está cada día más inaccesible. Actualmente no me queda allí

más que un amigo, que está empleado como sirviente. Las tres cuartas partes de los criados no hablan más que ruso, de modo que mi hombre, aunque listo y dispuesto, no es mucho lo que puede hacer. La entrevista tuvo lugar en la biblioteca, y duró como hora y media. Selingman y Draconmeyer salieron juntos con aire satisfecho. Media hora después Douaille salió con dirección a Mentone, al Splendid Hotel, donde se hospedan su señora y sus hijas. En la conferencia no se escribió una sola letra.

—¿Luego es cierto que ya han comenzado las conferencias?, preguntó Hunterleys.

—Indudablemente, afirmó Roche. Pero pienso que la reunión de esta tarde estuvo destinada a los preliminares, fué como una sesión preparatoria. Espero que algo he de saber de lo que allí se dijo.

—Si siquiera pudiéramos tener una idea de lo que se trató... Pero no nos queda más campo por ahora que el de las suposiciones. Preciso será que sepamos algo concreto porque en meras hipótesis no podemos fundarnos.

—De eso me encargo yo, contestó Roche. El otro día estuve examinando el terreno y estoy decidido a todo. Tengo mi plan preparado y a no ser que tengan patrullas de servicio permanente mientras conferencian, yo he de meterme en el redil. He roto un vidrio de la bóveda de la biblioteca y por ahí escucharé.

Hunterleys asintió con la cabeza. Estaba en esos momentos sumamente atareado leyendo unas carillas de papel que el otro joven le había presentado. Media hora lo menos estuvo leyendo, haciendo de vez en cuando anotaciones al margen con un lápiz. Cuando concluyó de leer las cuartillas, se las devolvió al joven, se sentó a una punta de la mesa y sacando un montón de telegramas de la prensa, fué leyendo y escribiendo durante un buen rato. Terminada esta tarea, repasó lo escrito y luego se echó atrás en su asiento y quedó un rato pensativo.

—Esto lo mandará usted mismo en persona desde Cannes, Briston. Ya sabe, telegramas de prensa para el "Daily Post". Si el operador del telégrafo le preguntase qué significa ese número 1, después de "Daily Post", dígale que indica simplemente la columna editorial a que el mensaje va destinado.

—Buena idea, dijo Roche. Telegramas cifrados a "Downing Street" pueden despertar sospechas.

—Desde aquí no las despertarían, afirmó Hunterleys, pero es preferible no correr el riesgo. Mucho cuidado mañana, Sidney.

—No veo qué me puedan hacer sino echarme, Sir Henry, recaleó Roche. Tengo en mi bolsillo mi carnet de periodista del "Daily Post", y todos mis papeles en regla. Además, la prensa de Monte Carlo publicó la noticia de mi nombramiento de corresponsal, y la del de David Briston como corresponsal fotógrafo de una Revista ilustrada. De modo que si necesitamos tomar alguna fotografía, tenemos el pretexto a la mano. Tengo la idea de presentarme a Mr. Douaille, pidiéndole una interview.

Hunterleys meneó la cabeza.

—No haga tal. El hombre está nervioso, tengo la seguridad, y esto le pondría en guardia. Y además, fíjese, no sabemos si él procede honradamente. El hecho de haber venido a escuchar a estos bergantes no quiere decir que él esté de acuerdo con ellos, ni que vaya a caer en la trampa. Otra cosa. Supongo que en caso de que cayesen ustedes en mano de ésos, ¿no llevarán nada que pueda comprometer?

—Pierda cuidado, se apresuró a contestar Sidney. Somos nada más que periodistas y nada nos hallarían de particular, que pudiera siquiera infundirles sospechas. Por otra parte aquí está Felicia. Todo el mundo sabe quién es ella y sabe que es mi hermana. De manera que si llegasen a sorprendernos en Villa Mimosa no podrían tomarnos sino como periodistas celosos, y por tanto no nos iban a ahorcar por tal delito.

Hunterleys aceptó un cigarro y lo encendió.

Debo advertirles una cosa, dijo gravemente Hunterleys. Este lugar no es por el estilo de los demás países de Europa. Ustedes pueden creerse muy seguros, pero no conviene confiar demasiado.

Hablando de otra cosa, al entrar he visto a Felicia. Creo que no querrán ustedes que la muchacha se concluya.

—¿Que se concluya?, exclamó su hermano.

—¿Que se concluya?, repitió David. ¿Cómo puede ocurrírsele tal cosa?

—Opino que está demasiado excitada y nerviosa, les dijo Hunterleys. Es necesario que alguno de ustedes la saque mañana al campo, de paseo.

—Yo no puedo perder un momento, replicó su hermano.

—Yo la sacaré, dijo al momento Briston. Mañana no tengo nada que hacer hasta que vuelva Sidney.

—Bueno, sáquela y cuídela mucho, advirtió Hunterleys. Y en cuanto a Ud. Sidney, no pretendo intimidarle, pero demasiado sabemos que si algún peligro hay en nuestra tarea es usted el que ha de correrlo; tenga, pues, mucho tiento en Villa Mimosa. No creo que las leyes de este Principado le favorecerían mucho si esa gente le detuviese por sospechas de que fuera un agente del Servicio Secreto de Inglaterra.

Roche sonrióse levemente.

—Pienso exactamente lo mismo, dijo éste; pero ya veremos medio de que nada ocurra.

Hunterleys halló fuera en el hall a Felicia que lo estaba esperando.

—Una futura **prima donna**, dijo Sir Henry simulando enojo, debe acostarse a las 10.

—Una futura **prima donna**, contestó Felicia, no siempre puede hacer lo que quiere. Si me acuesto temprano no puedo conciliar el sueño. Esta noche estoy sumamente nerviosa. No hay nada peor que la incertidumbre, ¿verdad?

—Así es, pero no te apures; cierto que la misión de tu hermano es peligrosa, pero él es un individuo prudente y precavido y sabrá salir del compromiso.

—Y... ¿y Mr. Briston?

—Ah, por ése estáte tranquila. No corre riesgo ninguno en esta empresa.

Felicia respiró libremente. Andando habían llegado a la puerta. Al despedirse dijo la joven.

—Muy pronto sabré ya mi suerte. ¿Es Lady Hunterleys, agregó, la que vi ayer en la Terraza?

—Sí, aquí está Lady Hunterleys.

—¿No debería yo ir a hacerle una visita? Es tanto lo que usted ha hecho por mí, que no sé como manifestarle mi agradecimiento.

—Ve, si quieres, contestó Hunterleys.

—Perdóneme, pero no sé qué noto en usted; parece agotado, abatido.

—Mi querida niña, no te apures por mí; vete adentro y cuídate mucho, que harto lo necesitas. Piensa que está en juego tu porvenir. Canta y conmueve mañana los corazones, para que dejes muy alto el nombre de Inglaterra.

—Pero yo voy a cantar en francés.

—No importa; tu nombre es inglés, y si triunfas te han de llamar la **prima donna** inglesita.

CAPITULO XIX

Llévame!

Al día siguiente por la mañana se presentaba Ricardo en el Hotel París.

—Hola!, exclamó al ver a Hunterleys. No hay novedad hasta la fecha, por lo que veo.

Hunterleys asintió. Acababa de llegar en ese mismo momento del Banco y tenía un paquete de cartas en la mano. Ricardo tomó asiento en la punta de una mesa.

—He dormido en el yacht, dijo éste. A las seis me levanté y me dí un buen baño. Tengo entendido que se proyecta una gran partida de golf en la Turbie. Si usted quiere podemos dirigirnos allá.

—Mucho lo siento, pero no puedo. Tengo mucho que hacer y tengo que contestar unas cartas con urgencia.

—Que me ahorquen si puedo entender lo más mínimo de sus negocios. Está usted de vacaciones, en un lugar de recreo y nunca le falta que hacer.

—Esa conferencia internacional de que le hablé me está dando muchos quebraderos de cabeza.

—¿Y su señora? ¿Cómo le fué por fin ayer en el juego? Parece que la suerte no la mima mucho.

—Eso poco importa. Violeta juega por puro sport, y no creo que llegue a cien libras todo lo que haya podido perder en su vida.

Ricardo, que la había visto perder no cien sino mil en pocos momentos, cambió bruscamente de conversación, pues no era su ánimo meterse en interioridades de nadie ni descubrir a Violeta.

—Y dígame, Hunterleys ¿cuándo me acompaña usted con su señora a una excursión en mi yacht?

—Por mí es imposible por ahora.

La conversación fué de pronto interrumpida por la llegada de un mozo con una esquela para Hunterleys.

Este la abrió y leyó sus cortas líneas. "Querido Henry: Si pudieras dedicarme unos minutos te agradecería mucho que vinieras a mis habitaciones. Tuya Violeta."

Hunterleys estrujó el papel entre sus dedos.

—Dígale a Lady Hunterleys que soy con ella en un momento más.

Ricardo tomó su sombrero y su bastón.

—Ya que se ofrece la ocasión recuérdele a su esposa la cuestión del paseo en yacht.

—Se lo diré, prometió Hunterleys. Si usted quiere, puede esperarme aquí hasta que vuelva.

Hunterleys salió dirigiéndose al ala opuesta del edificio, donde Violeta tenía sus habitaciones. Encontró a ésta en un saloncito, sentada ante un pequeño escritorio, sobre el que se lucían con profusión hermosos bouquets de rosas. Al verlo llegar, Violeta se levantó con presteza.

—¡Qué amabilidad la tuya en venir tan pronto! ¿No te perjudicará este tiempo que te quito?

—En absoluto. No estaba haciendo nada. Estaba charlando con Ricardo.

—Parece que has tomado gran confianza con ese joven.

—Es un buen muchacho y me interesa por sus amores entusiastas, que son todo un poema. ¿Y cómo es que tú has madrugado tanto hoy?

—Es que no he podido dormir en toda la noche. Estoy ya cansada, aburrida de estar aquí y quisiera....

Se detuvo indecisa un momento.

—Los Draconmeyer no quieren irse aún. Piensan quedarse lo menos un mes más. Linda lo va a sentir infinito, ya lo sé, pero yo quisiera irme, quisiera que me llevases de aquí.

Hunterleys quedó un momento paralizado de sorpresa. Se había hecho la idea de que el llamado de su esposa obedecía a razones de dinero y se sorprendió ante aquella salida inesperada.

—¿Que te lleve?, replicó él. ¿Quieres decirme que deseas regresar a Londres?

—A Londres o adonde tú quieras, replicó ella. Linda me va a echar mucho de menos. Mr. Draconmeyer ha sido conmigo, agregó levantando los ojos y poniéndolos fijamente en su marido, sumamente amable y atento, pero... tengo ganas de irme. Quisiera que me lleves de aquí.

—Violeta, te aseguro que me sorprende oírte.

—No veo por qué tanta sorpresa, respondió ella. Tú sabes que yo soy así, rara, caprichosa; mil veces me lo has dicho. Llévame a Londres o a París, o adonde quieras.

—Violeta, no hay nada en el mundo que yo viera tan de buena gana como esto. Por mí, ahora mismo te pediría que arreglases las maletas; pero no puedo salir de Monte Carlo por el momento.

—¿Que no puedes salir de aquí?, preguntó ella burlonamente. ¿Cómo es eso, querido mío, cuando tú eres aquí un pez fuera del agua? Tú no juegas, tú no piensas más que en tus asuntos políticos, ¿cómo puede ser que no puedas dejar Monte Carlo?

—Pues no puedo dejarlo, replicó él, hasta dentro de unos días.

Ella se quedó mirándolo fijamente, pintada en su rostro la incredulidad.

—Ya en otra ocasión me has dicho algo parecido, Henry, y lo encuentro verdaderamente absurdo. Es preciso que me digas la verdad. Tú aquí no tienes negocios. Viajas por placer. ¿Por qué no puedes escoger a tu gusto este sitio u otro cualquiera?

—Créeme que no puedo. ¿Quieres ser amable, Violeta y no preguntarme más sobre este particular? En unos días más estaré a tu disposición y será para mí el mayor placer complacerte.

—¿Pero no comprendes, interrumpió ella impaciente, que es ahora, en este mismo momento, cuando yo quiero que nos vayamos? Tengo mis motivos. Quiero salir de aquí inmediatamente. Más tarde no sé si pensaré lo mismo. Yo te ruego que me lleves... Por favor.

Ella le tendió ambas manos, que él estrechó atrayéndola hacia sí hasta que casi sus labios se juntaron.

—¿Nos iremos esta mañana?, murmuró ella.

—Imposible, replicó él, pero, Violeta...

Esta se retiró bruscamente de él, poseída de un acceso de furor.

—¿No puedes llevarme? ¿Y no me dices el motivo? Bien. Acuérdate que te he suplicado. Me quedaré, pero...

Alguien llamó suavemente a la puerta con los nudillos.

—Adelante, gritó ella. ¿Quién es?

La puerta se abrió al punto. Draconmeyer apareció en el umbral. Miró a los dos esposos, sorprendido.

—Cuánto siento haber interrumpido, murmuró. Ustedes disculpen.

—Entre, Mr. Draconmeyer, dijo ella Tenga la bondad de pasar. ¿Cómo ha amanecido Linda esta mañana?

Draconmeyer sonrió un tanto tristonamente al entrar.

—Quejándose, como siempre, contestó. Creo que ha pasado una noche infernal. Yo venía a ver si se sentía usted con ganas de dar un paseo en auto esta mañana.

—Con mucho gusto, asintió ella. Voy a arreglarme inmediatamente. Henry se iba a ir ya precisamente, ¿no es verdad?, agregó dirigiéndose a su marido.

—Desearía, sin embargo, decirte algo, declaró Hunterleys mirando a Draconmeyer.

Este se dispuso a salir inmediatamente, pero Violeta lo detuvo.

—Ahora no, suplicó. Si algo tienes que decirme efectivamente, Henry, puedes mandarme una esquela, y si no, mejor nos vemos a la noche en el Club. Ahora hagan el favor de retirarse los dos, porque quiero cambiarme vestido para la excursión. En media hora estoy lista, Mr. Draconmeyer.

—El auto está pronto, contestó éste.

Hunterleys vaciló un momento. Miró a Violeta, quien le devolvió la mirada con altanería. Ambos salieron de la pieza sin decir palabra. Draconmeyer llamó al timbre.

—¿No piensa usted dejar Monte Carlo por ahora, Sir Henry?, preguntó.

—Por ahora no, replicó Hunterleys con calma.

Sin más palabras se separaron. Hunterleys volvió a sus habitaciones, donde aún le esperaba Ricardo.

—Dígame, ¿tiene usted aquí un criado a su servicio?, preguntó el joven.

—Ninguno.

—He visto a un individuo que entró aquí en cuanto usted se fué, anduvo de aquí para allá como buscando algo y cuando vió que yo estaba aquí se marchó.

Hunterleys tocó el timbre. Se presentó un mozo.

—¿Es usted el mozo de este piso? preguntó Hunterleys.

—Sí, señor.

—Acaba de estar en mis habitaciones, durante mi ausencia, un mozo o criado registrando no se qué. ¿Quién era ése?

El mozo se encogió de hombros.

—En este piso no hay más mozo que yo, dijo.

—¿Y entonces quién puede haber sido?

—Puede que haya sido el sastre, pero este nunca viene sin orden expresa. Yo he estado aquí todo este tiempo, pero no he visto a nadie.

—Bien, yo daré cuenta de esto en la administración.

—Algún rata de hotel, quizás, dijo Lane tan pronto como el mozo se marchó.

—No sé, pero lo cierto es que en este Monte Carlo suceden cosas muy raras. Hay gente aquí que trata nada menos que de reformar el mapa de Europa y no me extrañaría que buscasen algo que no se les haya perdido.

Ricardo se encogió de hombros.

—Yo no comprendo nada de nada y por el momento nada me interesa tampoco. Usted me habla y por un oído me entra y por otro me sale lo que me dice. Soy una especie de idiota, ¿verdad? Usted sabe lo que hice la otra noche. Me fuí a la villa después de comer y encontré la plaza con centinelas en patrulla, como si temiesen algún atentado anarquista. Me paseé sin ser visto por los alrededores de la villa y traté de verla por si salía a la terraza. Fué inútil, no salió, pero esta noche vuelvo.

—Veo que es usted incorregible. Sigue en sus trece sin hacer caso de mis consejos. Vamos hasta la oficina del administrador, si usted gusta, que quiero ver el asunto del individuo ese.

Bajaron. En la escalera se encontraron de frente con Draconmeyer, que bajaba acompañando a Violeta, y seguidos ambos de su camarera.

—Lady Hunterleys parece de muy buen humor esta mañana, dijo Lane.

—Así es en efecto, asintió Hunterleys ceñudamente.

CAPITULO XX

Draconmeyer astuto

Habían salido ya de la población y llegado a las cumbres montañosas antes de que Violeta desplegase los labios. Draconmeyer iba guiando feliz y satisfecho sin hablar palabra. Hombre agudo y astuto como era comprendía todo el valor del silencio en aquellas circunstancias.

De pronto Violeta rompió el silencio y dirigió a Draconmeyer esta pregunta a quema ropa.

—Querría usted contestarme una pregunta con toda franqueza?

—¿Por qué no?

—Es respecto a mi marido, continuó ella. Conozco y me consta que ustedes no se miran bien. No sé qué pasa entre ustedes que uno a otro se desacreditan y se censuran; pero piense usted que soy yo la que necesito saber la verdad y yo le pido que me la diga sinceramente. Dice Henry que está retenido aquí por no sé qué asunto de índole política. Yo le he pedido que se explique, pero se niega a darme ninguna explicación. Mi pregunta es ésta. Dígame: ¿usted cree posible que Henry esté desempeñando alguna misión confidencial del Gobierno?



Draconmeyer apareció en el umbral.

—Yo no puedo responder a usted más que esto, dijo Draconmeyer. Su esposo está en la oposición. Lógicamente hablando no parece probable que el Gobierno se valga para sus servicios de un adversario.

—¿Está usted persuadido de que no puede haber comisión que él esté aquí desempeñando?

Draconmeyer dejó asomar a sus labios una sonrisa burlona.

—Tan seguro como de que estoy aquí con usted. Además, tengo la seguridad que a nadie se le ocurriría venir aquí a Monte Carlo a tratar asuntos graves. Aquí se viene a divertirse.

—Le daré a usted la clave del enigma. Felicia Roche la cantante, hará su debut esta noche. Todo el mundo sabe el interés que en esto tiene su esposo de usted y protector de la joven diva. Se le ha visto visitarla a altas horas de la noche.

—Basta, gracias por sus informes, interrumpió ella.

En aquel momento el auto, en una vuelta del camino, llegaba frente a la bahía de Mentone; a un lado quedaba Monte Carlo, detrás las montañas. Violeta extendió su vista en derredor, pero sus profundas reflexiones apenas si le dejaron darse cuenta del hermoso panorama que tenía delante.

—Me va a permitir una palabra, dijo de pronto Draconmeyer. Yo quisiera quedarme aquí por unas horas para aspirar esta brisa deliciosa; usted está contrariada y pensativa por lo que le he dicho y yo lo lamento, pero al fin y al cabo tendría usted que saberlo. En mi concepto su esposo no merece su preocupación ni menos su interés. ¿Qué hombre en el mundo habría rechazado su invitación para acompañarla?

Draconmeyer había dejado su mano entre las de Violeta, que abstraída en sus pensamientos no la retiró. Al contacto de aquellos dedos codiciados sintió él hervir la sangre en sus venas y a sus labios acudió un torrente de palabras. Pero se contuvo. Corría riesgo de perderlo todo. Ya llegaría pronto ocasión más oportuna; entre tanto era más prudente esperar.

Habían llegado a San Remo y se dirigieron al Hotel.

—Está usted aquí mejor, lejos de Monte Carlo, para tranquilizarse. Almorzaremos aquí y más tarde regresaremos.

Aceptó Violeta y luego se acomodaron en un rincón apartado en la Terraza del Hotel. El habló durante todo el almuerzo alegre y animadamente, pero de asuntos generales; fué sólo al servirse el café cuando la conversación se hizo completamente personal.

—¿Me permitiría usted que le hablase con entera franqueza unos momentos?, comenzó él inclinándose un poco hacia ella. Usted está apenada, tiene sus amarguras ¿por qué no compartirlas con sus amigos? Las circunstancias quieren que yo, al igual de usted, me encuentre solo en la vida. Linda es casi como si no existiese. Nada ansía tanto mi corazón como un sér amigo con quien poder comunicar mis penas y con quien poder compenetrarme. ¿Por qué no había de serlo usted? Por su parte usted sufre la más cruel indiferencia de su marido, la veo angustiada, y no puede usted figurarse el dolor que me causa verla así. Además, sé que usted está afligida por la vil cuestión de dinero. ¿Por qué no he de tener la felicidad de aliviarla siquiera en eso?

Violeta pareció despertar un poco de su letargo, y se quedó mirando a Draconmeyer fijamente.

—Aún no me ha dicho usted, continuó éste, cómo le fué en el juego la noche pasada.

—Perdí hasta el últimos centavo, confesó ella. Ese fué el motivo por el que llamé a mi esposo esta mañana y le pedí que me llevase de aquí. Tengo horror a este sitio. Mi suerte parece que se ha ensombrecido para siempre.

El sonrió ligeramente.

—¡Que usted hable así! ¡Y por tan poca cosa! Todo se reduce a que me firme usted algunos cheques más con fecha de este año, o del que viene, o del otro, que eso no importa. Toda mi fortuna está a su disposición. Si usted tiene el capricho de perder mil libras esta tarde, y dos mil o más esta noche, piérdalas sin cuidado.

Ella rióse de buena gana.

—Habla usted como un príncipe, murmuró ella, y sin embargo usted sabe que eso no es posible.

—¿Por qué?, preguntó él al punto.

Violeta se levantó apresuradamente. Notaba en el ambiente algo que la abochornaba, que la avergonzaba casi.

El salió a disponer el auto sin decir una palabra más y a poco partieron. Fué ya casi al llegar a Monte Carlo cuando Draconmeyer particularizó su conversación y dijo:

—Es preciso que tenga usted dinero. No hay necesidad de que pida nuevo anticipo a su marido. Voy a traerle unas mil libras. Más tarde me dará usted los cheques.

—Ya he aceptado de usted más dinero que el que debiera, Mr. Draconmeyer, protestó ella. ¿Sabe Linda los préstamos que usted me ha hecho?

El se encogió de hombros.

—¿Qué necesidad hay de que lo sepa? Nada la he dicho. Tampoco comprende lo que es el entusiasmo del juego.

Violeta sentía no sé qué angustia desconocida. Comprendía perfectamente que a pesar de su exterior aparentemente tranquilo, había en aquel hombre algo que infundía temor. Se sentía como el pájaro que acechado en su vuelo por el cazador está en inminente riesgo de caer.

—Bien; como supongo que tendré que quedarme aquí, no puedo estar sin jugar. Aceptaré, pues, mil libras más, si usted quiere prestármelas.

—Se las mandaré en seguida al hotel. Y no se apure por los cheques, y fírmelos a largo plazo. Acuérdese que tiene que vivir y contar con lo necesario.

—Tengo que ganar. Ganaré lo suficiente para devolverle hasta el último centavo.

—No quiero precisamente que pierda usted, pero conste que sería para mí un placer poder volverle a facilitar más dinero y hacerle un nuevo servicio.

Llegaban al fin de su paseo, cuando Mr. Draconmeyer tocó el brazo de Violeta, mientras asomaba a sus labios una sonrisa diabólica. ¡Decididamente le favorecía la suerte! Por la escalera del hotel Ciro bajaban Felicia Roche y Sir Henry Hunterleys. Violeta los miró un momento. En seguida volvió la cabeza.

¡Qué encuentro más importuno!, murmuró ella.

¿Nos veremos luego en el Club?

—Seguramente, replicó Mr. Draconmeyer. El dinero se lo enviaré a su habitación.

—Gracias mil por su amabilidad, y gracias por haberme dicho la verdad.

—Espero que no vacile nunca en acudir a mí, dijo él al estrechar su mano al despedirse, en todo cuanto se le ofrezca.

CAPITULO XXI

¡Asesinato!

Selingman, con un gran cigarro en la boca, estaba sentado en la plaza del casino, mirando los pichones. Acababa de regalarse con un espléndido almuerzo y su único deseo era hallar con quien charlar. Draconmeyer había salido en auto con Lady Hunterleys; Mr. Grex pasaba casi todo el día en conferencia con el visitante francés; y la señorita Nipon había ido a pasar el dia a Niza. No tenía, pues, con quién charlar, y eso para él era terrible. De pronto sus ojos se fijaron en un individuo que estaba sentado a corta distancia de él, un hombre de apariencia decente, pero tenebrosa, vestido todo de negro, de cara amarillenta y ojos hundidos. Selingman se dirigió hacia él.

—¿Cómo va eso, Allen?, preguntóle ahuecando un poco la voz.

Mal, contestó.

—¿Todavía nada, eh? inquirió Selingman, tomando una silla y sentándose junto al sujeto.

—El hombre es de por sí reservado. Parece que supiera que se le espía. Todo cuanto escrito recibe lo destruye sistemáticamente. Es difícil pillar a un hombre así. Por otra parte, en sus habitaciones nadie entra más que el mozo de servicio, y todo está siempre en orden. Ayer pude introducirme en ellas y registrar su canasto de papeles; el de mayor tamaño no alcanzaba el de diez centavos. Lo único que pude ver fué un sobre que recibió ayer por la mañana y que tenía el timbre de "Servicio de S. M." y el sello de Downing Street.

—Pues es preciso adelantar algo más, repuso Selingman con gravedad.

—Yo no puedo hacer colchones sin lana.

—Es que la lana se busca, insistió Selingman, tirando su cigarro. Lo que nosotros necesitamos saber es si Hunterleys conoce algo de nuestras maquinaciones aquí. El está ojo alerta, no me cabe duda. Tiene aquí un agente conocido y otro que se supone, ambos trabajando bajo sus órdenes. Necesitamos tener una de las cartas que recibe de Londres.

—Yo he estado en su cuarto a diversas

horas, le he espiado dentro y fuera de él, valiéndome de un ardid y empleándome como mozo de sastrería, lo que me da frecuente acceso al hotel; pero todo ha sido inútil. Además, no hay medio de abordarle. No hace vida de Monte Carlo; no tiene amigos, ni juega, ni hace correrías con camaradas. ¿Cómo diablos armarle una trampa?

—Bueno, bueno. Constancia y listo el ojo, que al que no se le encuentra por un lado se le busca por otro. Y si necesita dinero vaya a verme.

—Es usted muy amable, señor. Ahora voy a ir otra vez al hotel. Sir Henry estuvo ahí casi toda la mañana, pero se fué a almorzar donde Ciro y tengo media hora por mi cuenta para ver si algo se consigue.

—Buena suerte, exclamó Selingman. ¿Quién sabe si algo se logra de repente? Si quiere, puede ir después a verme. Yo voy a mi hotel.

Selingman llegó a sus habitaciones y se acostó para dormir la siesta. Pero a poco despertóle un ruido de pasos y se incorporó sobresaltado en la cama.

—¿Quién es?, preguntó.

A los pies del lecho apareció un hombre con traje de chauffer, que apenas vió Selingman, medio dormido aún.

—¿Quién diablos es usted?

El visitante se quitó sus anteojos.

—Soy Juan Coulois, le respondió.

Selingman se tiró al momento de la cama.

—¿Y qué quiere usted?, preguntó. ¿Qué busca usted aquí?

—Todo está terminado, afirmó Coulois mostrando una daga ensangrentada.

—¿Ya?

—Hace un cuarto de hora. Acababa de llegar de almorzar y estaba sentado en su escritorio. He obrado con destreza, a las mil maravillas. Ni un grito alcanzó a dar. Ahora salgo del país y me voy a una hospedería a las montañas, donde si llega el caso no faltará quien declare que a la hora del crimen estaba yo allí. Estas cosas hay que saber arreglarlas, señor. Sólo queda cumplir lo convenido, ya usted recordará.

Selingman asintió y sacó su cartera. Contó los billetes en silencio y se los dió al asesino, que los guardó en su bolsillo.

—Hasta la vista, señor, exclamó alargándole la mano. Esta noche nos veremos si usted va al café. Pienso estrenar un nuevo baile titulado, la Danza de la Muerte. No falte usted, señor.

Salió cerrando la puerta tras de sí.

Selingman quedóse un momento perplejo. ¡Y cosa extraña! Dos lágrimas asomaron a sus ojos. Después hizo un movimiento de hombros y exclamó:

—Esto es consecuencia de la partida empeñada; ¿qué hacerle?, son lances del juego.

CAPITULO XXII

Golpe en falso

Selingman lanzóse a la calle inundada de sol, como el que sale de una lóbrega mazmorra. Todavía pesaba sobre él la impresión de la tragedia producida. A medida que se acercaba al hotel París sus pasos iban haciéndose más lentos. Miró de lejos el edificio del hotel casi con miedo. Por delante cruzaban mujeres regiamente ataviadas, una multitud abigarrada de distintos países y nacionalidades. Allí cerca estaba el comisario de policía rodeado de unos cuantos agentes, tranquilo, indiferente. Se conocía que ninguna noticia tenía aún del horrible drama que en el hotel acababa de producirse. De pronto, una mano se apoyó en su hombro. Volvió la cabeza y se encontró con Draconmeyer.

—¿Qué tal, amigo filósofo, exclamó éste, qué cara es ésa tan solemne? Le ha entristecido verse todo el día de hoy tan solo?

—¿No sabe usted nada?

—¿De qué?, preguntó Draconmeyer.

—De lo que ha pasado ahí, dijo señalando al hotel.

—Nada; de ahí vengo; acabo de dejar a Lady Hunterleys.

—Pues todo ha concluído, exclamó Selingman roncamente. Juan Coulois acaba de estar a verme y me lo ha comunicado. Todo ha concluído.

—Venga para acá, dijo Draconmeyer; sentémonos y hablemos despacio. Francamente, aunque de un momento a otro esperaba este desenlace y tenía que ser así, me ha sobrecogido la noticia. ¿Cree usted que ya es conocida?

—Me parece que no, dijo Selingman. Cou-



—Todo está terminado,—afirmó Coulois...

lois lo encontró en sus habitaciones, sentado en el escritorio. Dice que fué cuestión de segundos. Fué a verme, me llevó el cuchillo y me mostró las manos ensangrentadas. Ahora está escondido en las montañas.

Selingman y Draconmeyer se sentaron bajo un frondoso limonero.

—Tiene usted razón, dijo el último. Todavía no debe saberse nada. Quizás no se descubra el hecho hasta la hora de comer. Muerto...

Selingman observaba a su compañero con una especie de curiosidad. No parecía horrorizado, en su rostro no se notaba ni la más ligera sombra de remordimiento. Por el contrario, aparecía como satisfecho, rejuvenecido.

—Amigo mío, exclamó Selingman, me consta que es usted de los nuestros, de los que con más empeño ha trabajado por nuestra causa. Pero confíeseme francamente. ¿No hay algún motivo particular de resentimiento entre usted y el ya cadáver Sir Henry Hunterleys?

Draconmeyer miró a todas partes, fijó luego la vista en su compañero y dijo con inusitado calor, brillándole los ojos.

—Sí, si lo hay. Se lo diré con franqueza, ya que ha llegado el momento de confesarlo.

Hay una mujer a quien he hecho el ídolo de mi existencia y por la que sería capaz de todo en el mundo. Soy patriota, quiero a mi patria con delirio y he trabajado por ella sin descanso, como usted, Selingman. Pero el amor en este caso ha guiado mi mano; mi corazón estaba interesado en la partida.

—¿Ama usted a Lady Hunterleys?

—Y es posible que sólo ahora venga usted a descubrirlo? Aunque no hubiera sido mi enemigo político, aun cuando no se hubiera puesto por medio para desbaratar nuestros planes, hubiera llegado un día en que lo habría matado... ¿Oye?, se interrumpió de pronto. Un auto a toda prisa. Se nota agitación. Sin duda se ha descubierto el drama.

Efectivamente. Un auto, cargado de policías, corría en dirección al hotel París y se detenía frente la puerta principal del edificio. El primero en descender del auto fué un oficial de uniforme gris.

—El comisario de policía, murmuró Selingman y un médico de ciudad vienen en él. Ya está el asunto descubierto.

Los dos amigos se levantaron y atravesaron la calle en dirección al hotel. Al entrar, el portero los saludo quitándose el sombrero.

—¿Qué ha pasado aquí, Pedro?, preguntó Draconmeyer. He visto entrar al comisario de policía.

El hombre titubeó. Se veía que estaba confundido. Por fin, como haciendo una señal de resignación, se decidió a decir la verdad.

—Es el caballero ese inglés, Sir Henry Hunterleys. Se le ha encontrado muerto en sus habitaciones.

—¿Muerto?, preguntó insistiendo Draconmeyer.

—Como una piedra, señor. Arriba está el comisario. La ambulancia está detrás para llevarse el cadáver a la Morgue.

En aquel momento Selingman oprimió el brazo de Draconmeyer. Violeta llegaba y les saludaba sonriente. Llevaba un vestido blanco y negro y sombrero negro con grandes plumas blancas.

Era la hora del té y empezaba a salir y entrar la gente. Violeta llegó hasta los dos amigos. Estos quedaron mudos, como petrificados.

—Le estaba esperando, Mr. Dracomeyer, dijo Violeta sonriente.

Draconmeyer se acordó de pronto del fajo de billetes que le traía del Banco. Quiso hablar, pero le faltaron palabras. Selingman parecía incapaz de abrir la boca. Ella se quedó mirándoles asombrada.

—¿Qué es lo que les pasa a ustedes dos? exclamó ella. ¿Quién me acompaña al Club? Quiero ir a ver si alguna vez me favorece la suerte.

Draconmeyer dió dos pasos hacia adelante. Estaba ya dueño de sí y aparecía grave pero solícito.

—Lady Hunterleys, dijo, siento tener que darle una mala noticia, pero ha ocurrido un pequeño accidente. Temo que su esposo esté herido. Si usted quiere, váyase un momento a sus habitaciones, que yo iré a informarme de lo que hay y pasaré a comunicárselo.

Violeta se puso densamente pálida. Le



—¡No es Henry, no es Henry!...

dió una especie de desmayo, pero al ir Draconmeyer a sujetarla, le rechazó enérgicamente.

—¿Un accidente?, preguntó. Yo misma voy a enterarme de lo que pasa.

Tocó el timbre del ascensor, que apareció casi en el acto. Draconmeyer fué también al ascensor con ella.

—Lady Hunterleys, insistió, yo le suplico que haga lo que le digo. Permítame ir a dejarla a sus habitaciones. Yo explicaré a usted todo lo sucedido. Su esposo no ha de poder verla ni hablarla, porque no la reconocerá. Lamento decirlo, pero es preciso que se prepare usted a todo.

Habían llegado al piso. El mozo abrió la portezuela y ella salió.

—¿Supongo que no me irá usted a decir que ha muerto?

—Mucho me temo que así sea, asintió Draconmeyer.

Violeta echó a correr entonces hacia las habitaciones de su esposo, apartando de sí a Draconmeyer. Guardando la puerta, por fuera, estaban cuatro o cinco agentes. Ella les dijo.

—Permítame pasar. Yo soy Lady Hunterleys.

—No se puede pasar; está dentro el comisario.

—Soy la esposa de Sir Henry Hunterleys. Déjeme pasar de una vez.

Y se abrió paso y entró. En el lecho yacía un bulto cubierto con una sábana. Al verlo dió un grito.

—Señora, suplicó el comisario, tenga la bondad de serenarse. En este cuarto ha ocurrido una tragedia, pero no estamos seguros. Valor, señora.

El comisario levantó la sábana, quedando a la vista el rostro macilento de un cadáver.

—¿Es éste su esposo, señora?, preguntó el comisario.

—¡Gracias a Dios, no!, gritó ella. Pero, ¿era éste el del accidente? ¿Este es el que creían que era mi marido?

—Se le encontró aquí, sentado ante el escritorio de su esposo, señora, explicó el comisario. No hay ningún otro muerto ni herido.

Ella comenzó a gritar entonces.

—¡No es Henry, no es Henry! y salió del cuarto, bajando las escaleras apresuradamente.

CAPITULO XXIII

Amago de tormenta

En su revuelta sala de trabajo David y Roche trabajaban sin descanso.

Hunterleys, después de almorzar con Felicia y haber obsequiado a ésta un rico collar de perlas como regalo por su debut aquella noche, en "Aída", se fué a ver con sus aliados.

—Cuánto celebro que haya venido, exclamó Sidney Roche al ver entrar a Hunterleys.

—¿Hay algo de nuevo?

—Nada de particular. Frenhofer estuvo aquí hace un rato.

—¿Frenhofer?, preguntó Hunterleys.

—Sí, el hombre de mi confianza que sirve en Villa Mimosa, explicó Roche. Me temo que esta noche va a haber tarea seria.

—Así lo he pensado yo también, afirmó Hunterleys.

—Me ha comunicado Frenhofer que no sabe por qué parece que ellos han redoblado la vigilancia. La casa está llena de servidumbre y no son menos de doce los que vigilan el terreno, y entre ellos dos o tres detectives particulares.

—Mal se pone la cosa.

—Usted y yo conocemos la idea general del complot, pero hay algunos detalles que pienso puedan discutir esta noche, y que tienen una importancia enorme. El primero es la fecha y el segundo los términos en que se le ha de hacer a Douille la proposición. Además, y esto es más importante que todo, nos resta conocer la actitud que adoptará Douaille ante esa proposición.

—Y hasta entonces, nada podemos presumir de lo que ha de hacerse, dijo Hunterleys reflexionando. Douaille puede muy bien no doblegarse a nada y permanecer incorruptible.

—Así debemos esperarlo por el honor de su propio país, dijo solemnemente Roche. Sin embargo, una cosa tengo por segura. Han de hacerle proposiciones tentadoras, y él, que es un gran estadista, ha de verse perplejo ante el interés de su país y el honor de la palabra empeñada.

—Será una interesante cuestión moral, declaró Hunterleys, demasiado complicada para que vayamos ahora nosotros a discutirla, Sidney. Dígame, ¿está usted verdaderamente resuelto a poner en práctica esta noche su plan?

—Es indispensable, replicó Roche. Frenhofer me espera para arreglar la proyectada cuestión esa del techo. La sala en que se verificará la conferencia está casi aislada del resto del edificio.

—¿Y cree usted que no sospecharán nada de lo del techo?, preguntó Hunterleys, receloso.

—En absoluto. Se ha quitado un vidrio y todo está listo para que yo pueda entrar en la casa. Frenhofer prenderá las luces en la cocina y pedirá al momento un electricista por teléfono. Yo acudiré al llamado vestido de mecánico, con mi saquito de herramientas. Una vez dentro, yo me arreglaré para llegar al sitio donde se quitó el vidrio y de ahí al cuarto donde va a celebrarse la conferencia. El único temor es que las noches están de luna llena y pudiera ser que a la luz de la luna alguien me descubriese y entonces todo se perdía.

—Terrible sería el peligro para usted, Roche.

—Ya lo comprendo, ¿pero qué hacerle? Es preciso descubrir el complot y no he de vacilar en arrostrar un peligro cuando se trata de servir a mi patria. Debo hacerlo y lo haré. Felicia es lo único que me dolería dejar. Pero no le faltaría la protección de usted y además Briston es un buen muchacho y mirará por ella.

—¿Y en caso de que lo pillaran a usted?... empezó a preguntar Hunterleys.



Con la boca medio abierta y las rodillas temblonas, quedóse mirando la aparición que se le presentaba.

—Las herramientas que yo voy a llevar son las usuales de un ratero y mi traje será el de un obrero del país. Si me pillan, podrán tomarme por un ladrón, pero no por un espía. Desde luego, si Douaille, al abrirse la sesión, declara que no acepta el proyecto, yo inmediatamente tomo las de Villadiego.

—Tiene usted razón en todo, observó Hunterleys. Como esa gente llegue a convencer a Douaille de que puede Francia recuperar sus provincias perdidas sin derramar una gota de sangre, a expensas sólo de Inglaterra, el francés se encontrará ante un problema muy difícil, y vacilará mucho tiempo. Ha tenido todo el día para pensar en eso; lo que haya resuelto sólo Dios lo sabe.

Roche selló una carta que había estado escribiendo y se la entregó a Hunterleys.

—Bien, dijo; todo lo dejo en orden. Si yo desaparezco misteriosamente de pronto, quiere decirse que se trata de la misteriosa desaparición de un corresponsal de prensa y nada más.

—Buena suerte, pues, amigo, le dijo Hunterleys. Si libra usted de ésta creo que podemos ya cantar victoria.

—La victoria se la deberemos a usted, que fué quien descubrió toda la trama. Hasta la vista, Sir Henry.

Se estrecharon las manos, permaneciendo así ambos un momento en imponente silencio. El asunto revestía caracteres de enorme gravedad.

—¡Buena suerte!, repitió Hunterleys ansiosamente.

Dió media vuelta y se marchó.

CAPITULO XXIV

Hunterleys sospecha un asesinato

El conserje del Hotel París era un hombre de gran estatura y de imponente aspecto. Pero al ver a Hunterleys atravesar la calle y subir las escaleras del hotel, pareció como si le hubiesen petrificado. Olvidóse por completo de su habitual cortesía. Con la boca medio abierta y las rodillas temblonas, quedóse mirando la aparición que se le presentaba. Hunterleys miró hacia atrás frunciendo ligeramente el entrecejo. Esta incidencia, aunque rara e inexplicable, habría pasado al momento sin darle mayor atención, si ya dentro del hotel no hubiera Hunterleys observado en el jefe de servicio una actitud igual para con él. Hunterleys cruzó el hall y tocó el timbre del ascensor.

Al penetrar en el ascensor, el mozo a cuyo cargo estaba su manejo, salió de él a todo escape, y con los ojos casi fuera de las órbitas; parecía un loco escapado del manicomio.

—Venga inmediatamente, ordenó rudamente Hunterleys, y lléveme a mi piso.

El mozo obedeció a duras penas y con marcada repugnancia. Cerró la puerta, oprimió el botón, y el ascensor comenzó a subir.

—¿Qué es lo que les pasa a todos aquí?, preguntó enfurecido Hunterleys. ¿Ha sucedido algo? ¿Por qué ese susto a mi vista?

El mozo hizo un gesto, pero no contestó una palabra. El ascensor llegó. Se abrió la puerta.

—El piso del señor, murmuró el mozo.

Hunterleys salió y se dirigió a su cuarto. Al llegar, un guardia que vigilaba en la puerta por el lado de afuera, le detuvo.

—¿Qué es lo que hace usted aquí?, preguntó Hunterleys.

El guardia saludó.

—Estoy aquí por orden del director de policía, señor.

—Pero este es mi cuarto, protestó Hunterleys. Yo necesito entrar.

—No se puede entrar, señor, replicó el agente.

Hunterleys palideció ante el gendarme.

—¿Querrá usted decirme de una vez qué es lo que pasa?, insistió Hunterleys. Soy Sir Henry Hunterleys. Este es mi departamento. ¿Por qué se me prohibe entrar?

—Hay orden del Director de Policía, señor.

Hunterleys se retiró malhumorado. En ese momento llegaban el jefe de servicio del hotel y el administrador. Hunterleys se acercó a éste último con aire angustiado.

—Señor Picard, exclamó, ¿qué es lo que significa esto? ¿Por qué hay un policía a la puerta de mi habitación y se me prohibe la entrada?

M. Picard era un hombre alto, de cabello negro, de porte y aparencia correcta. pero aparecía un tanto confundido.

—Monsieur Sir Henry, explicó, un lamentable suceso se ha producido en su cuarto. Le he mandado arreglar otro y he hecho trasladar a él todos sus enseres. Es un departamento mejor aún que el suyo, pero pagará por él el mismo precio.

—Pero, ¿qué es lo que ha sucedido en mi cuarto?

—Señor, replicó el hotelero, un pobre diablo que había perdido cuanto tenía, se metió allí mientras Ud. no estaba y se ha suicidado.

—¿Que se metió en mi cuarto? ¿Cómo puede ser si yo lo dejé cerrado y traigo la llave en el bolsillo?

—Por lo visto entró por el cuarto de baño. Yo siento infinito lo que sucede, pero le repito que su nuevo departamento es

aún mejor y está en este mismo piso, de modo que el señor no saldrá perjudicado. Señor, permítame darle mi más sincera felicitación. Como el suicidio se verificó en sus habitaciones, en un principio corrió el rumor... se creyó que era Ud. mismo el desgraciado.

Hunterbeys se quedó un momento pensativo. Ahora comprendía de pronto el por qué de la extraña impresión que produjera su llegada en todos. Otras ideas le vinieron a la mente.

—Mire, señor Picard; desde luego nada tengo que objetar al cambio de habitación que me ha hecho. Pero quiero saber algo más acerca del suicida ese que se mató en mi departamento, quisiera verlo.

—Difícil será eso, señor, contestó el administrador. Las leyes de Mónaco son muy estrictas en estos casos.

—Está muy bien, protestó Hunterleys, pero no puedo comprender qué es lo que ese hombre fué a hacer a mi departamento. ¿No puedo ir yo allá por un momento?

—Imposible, señor; nadie puede entrar sin el permiso del comisario de policía.

—Quiero entonces hablar con ese comisario, insistió Hunterleys.

M. Picard se inclinó.

—El comisario creo que está en el departamento del señor. Le comunicaré los deseos de monsieur Sir Henry.

—Mucho se lo agradeceré. Yo espero aquí en mi nueva habitación.

Hunterleys estaba sentado al borde del lecho, sumido en mil ideas encontradas, cuando unos leves golpes sonaron a la puerta y entraron el comisario de policía y el administrador.

—¿El señor deseaba hablar conmigo? preguntó el comisario.

—Sí, contestó Hunterleys; se me ha dicho que un hombre se ha suicidado en mi departamento, pero no me he podido explicar el motivo por que ese hombre estuvo allí. Yo deseo verlo. Puede que lo conozca.

—Ya está identificado el desgraciado. Se trata de un mozo de una sastrería de lujo de la localidad, que por lo visto ayer jugó una cantidad de la casa, que no era suya, y como lo perdió todo se mató.

—Entonces, si se le conoce, podrá Ud. decirme su nombre?

—Cómo no, señor; se llamaba James Allen. El señor, tal vez, lo recuerde. Era un hombre alto, delgado, pálido, de buena presencia, pero de aspecto un poco desagradable.

—¿No podría ver el cadáver?

El comisario se encogió de hombros.

—Pero, señor, si ya todo está terminado. El doctor expidió el certificado. Se va a levantar el cadáver y se le enterrará al anochecer.

—Admirable modo de disponerlo todo, a no dudar, observó Hunterleys; pero a pesar de todo yo deseo ver el cadáver, repito. Ud. me conoce. Soy Sir Henry Hunterleys.

El comisario saludó respetuosamente.

—Eso es contra la ley, señor, repuso.

—Entonces, ¿a quién debo dirigirme? Porque insisto en repetir a Ud. que yo necesito ver ese cadáver y voy a decirle la razón. No se trata de mera curiosidad. Quiero convencerme de que efectivamente ese tal Allen se ha suicidado.

—Pero si está muerto, señor...

—Ya sé, pero pudiera ser también que hubiera sido asesinado, ¿no es así?

—¡Asesinado!

M. Picard levantó las manos con horror. El comisario sonrió un poco despectivamente.

—Pero, señor, arguyó este último, ¿quién iba a tener interés en asesinar a un pobre diablo?

—¡Y en mi hotel! agregó M. Picard.

—¡Eso es imposible!

—Y ridículo.

Hunterleys quedó callado mientras caía aquel diluvio de exclamaciones.

—Señor comisario, y señor Picard, dijo Hunterleys por fin; comprendo su extrañeza y hasta cierto punto es natural; pero tengo mis razones para pensar como pienso y sin querer por eso perjudicar el buen nombre del hotel, M. Picard, ni protestar del certificado del doctor, yo quisiera examinar un momento el cadáver.

El comisario quedóse pensativo un instante.

—Sea como Ud. quiere, consintió por fin gravemente; teniendo en cuenta su modo de pensar, añadió enfáticamente.

Los tres salieron del cuarto, atravesaron el pasillo y entraron al cuarto del sui-

cidio, cerrando M. Picard la puerta detrás de sí.

Bajo una sábana se distinguía en el lecho la figura rígida de un hombre. Hunterleys levantó la sábana y examinó el cadáver. Después lo tapó de nuevo con respeto.

—Sí, dijo; este hombre ha venido varias veces a traerme recados de la sastrería. Creo que se llamaba Allen, según Ud. me dijo. Pero dígame, señor comisario, ¿cómo puede un hombre matarse a sí mismo dándose una puñalada por la espalda desde el hombro hasta el corazón?

El oficial levantó sus manos.

—Señor, eso no es cuenta nuestra. El doctor ha dado el certificado y nada nos toca que hacer.

Hunterleys sonrió amargamente.

—Ya había yo oído decir que pasaban casos como éste. Descuiden Uds. y tengan confianza en mí, señor comisario, y señor Picard. No diré una palabra de lo que sospecho. Pero tengan Uds. por seguro que este hombre ha sido asesinado, y asesinado por alguien que quería mi vida. Fíjense Uds. que entre los dos existe cierto parecido.

El hotelero se puso densamente pálido.

—¡Asesinado! exclamó. Imposible. Un asesinato aquí! Increíble.

—En fin, sea lo que sea, tenemos el certificado del doctor, dijo el comisario encogiéndose de hombros.

—Yo por mi parte, dijo Hunterleys saliendo de la pieza, no sólo estoy satisfecho, sino agradecido. De modo que no hay nada más que hablar.


El mejor
alimento
para niños,
enfermos
y
convalecientes
ALIMENTO FOSFATADO
DOCTOR MEYER
ALIMENTO MEYER

MENE TEKEL

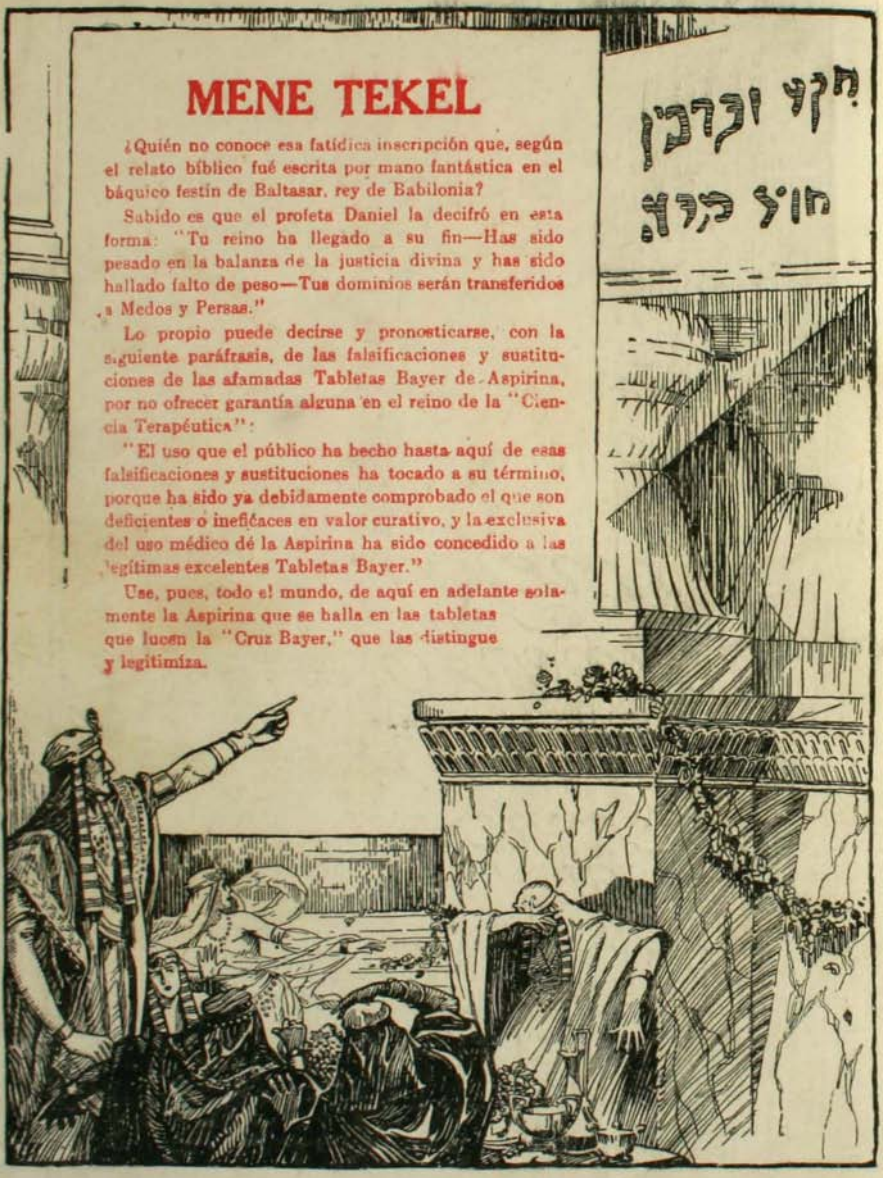
¿Quién no conoce esa fatídica inscripción que, según el relato bíblico fué escrita por mano fantástica en el báquico festín de Baltasar, rey de Babilonia?

Sabido es que el profeta Daniel la descifró en esta forma: "Tu reino ha llegado a su fin—Has sido pesado en la balanza de la justicia divina y has sido hallado falto de peso—Tus dominios serán transferidos a Medos y Persas."

Lo propio puede decirse y pronosticarse, con la siguiente paráfrasis, de las falsificaciones y sustituciones de las afamadas Tabletas Bayer de Aspirina, por no ofrecer garantía alguna en el reino de la "Ciencia Terapéutica":

"El uso que el público ha hecho hasta aquí de esas falsificaciones y sustituciones ha tocado a su término, porque ha sido ya debidamente comprobado el que son deficientes o ineficaces en valor curativo, y la exclusiva del uso médico dé la Aspirina ha sido concedido a las legítimas excelentes Tabletas Bayer."

Use, pues, todo el mundo, de aquí en adelante solamente la Aspirina que se halla en las tabletas que lucen la "Cruz Bayer," que las distingue y legitimiza.



Emp. Zig-Zag.

PACÍFICO



MAYO
1919

PRECIO:
UN PESO



EL CALZADO DE

"JOHNSTON & MURPHY"

ES EL ESCOGIDO POR LOS HOMBRES
QUE VISTEN CORRECTAMENTE.

Casa Norte-Americana.

246 — Estado — 246

AGENTES GENERALES

M. ARTIGAS Y Cía.

Ahumada, 235-239. — Casilla 2970
SANTIAGO

VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



PINOT RESERVADO

Es y será siempre el preferido

33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646

CON SOLO 5 PESOS

Ud. puede participar en todos los afamados sorteos de los bonos del Canal de Panamá, que se verifican en París cada trimestre. No hay inversión más segura ni más atrayente. No es lotería, nadie pierde su capital Próximo sorteo: el 16 de Agosto. Entrega inmediata. Listas y prospectos, gratis.

MARCELLIN MASBOU

Sto. Domingo 969 Casilla 1485 - SANTIAGO

APUESTA MACABRA

Beachy, domador de caballos, y muy conocido por sus apuestas en todos los hipódromos de los Estados Unidos, acaba de demostrar que hasta sobre la muerte se pueden hacer apuestas.

En el mes de julio había caído gravemente enfermo.

El médico que le asistía, interrogado por el enfermo, declaró:

—Creo que podrá usted vivir aún tres semanas.

—Bueno, doctor. ¿Quiere usted apostar quinientos dólares a que vivo más de tres meses?

—Aceptado.

El importe de la apuesta fué depositado en manos de Mr. John Skein, propietario del hotel.

Hace pocos días Beachy recibía la visita de Skein.

Este hizo entrega de los mil dólares, que en depósito conservaba en su poder.

Beachy había ganado la apuesta. Pero al día siguiente murió.

Su muerte, al ganar la apuesta, no había impedido a la enfermedad hacer sus progresos aniquiladores.—**Prudencio Landue.**

GALANTERIA TURCA

Mustafá Bajá, que en un tiempo fué embajador de Turquía en Berlín, tenía la costumbre de llevar siempre consigo una caja de dulces, que repartía entre las señoras que encontraba en las casas que visitaba.

Un día de recepción en la embajada dió tres dulces a una señora, mientras que las demás sólo recibieron uno del personaje turco.

Intrigada y, más que intrigada, encantada por esta deferencia, hizo todo lo que pudo, hasta que consiguió hablar con Mustafá Bajá, darle de nuevo las gracias y preguntarle el por qué la había tan amablemente distinguido, dándole tres dulces y a las demás uno solo. El embajador dijo, haciendo una reverencia: "Porque usted, señora, tiene la boca tres veces más grande que las demás."—**José Antonio.**

¡VALIA MAS...!

Un día, en Santa Elena, decía el conde de Las Casas, que acompañó a Napoleón I en su destierro:

—Señor, puesto que habéis sido dueño de Prusia, yo, en vuestro lugar, cuando fuisteis a visitar el sepulcro de Potsdam, en donde está depositada la espada del gran Federico, la hubiera tomado y me la habría ceñido.

—¡Vaya una simpleza!—contestó Napoleón;—yo tenía la mía.—**Corso.**

LEONIDAS

Cuando el ejército de los persas se acercaba a Termópilas, dijeron a Leonidas, general de los espartanos, que el enemigo era tan numeroso que el sol se obscurecía por las flechas y las azconas, a lo que les replicó Leonidas:

—Tanto mejor, combatiremos a la sombra.—**Bubi.**

SENTIMIENTOS PATRIOTICOS: DOS GENERALES FRANCESES

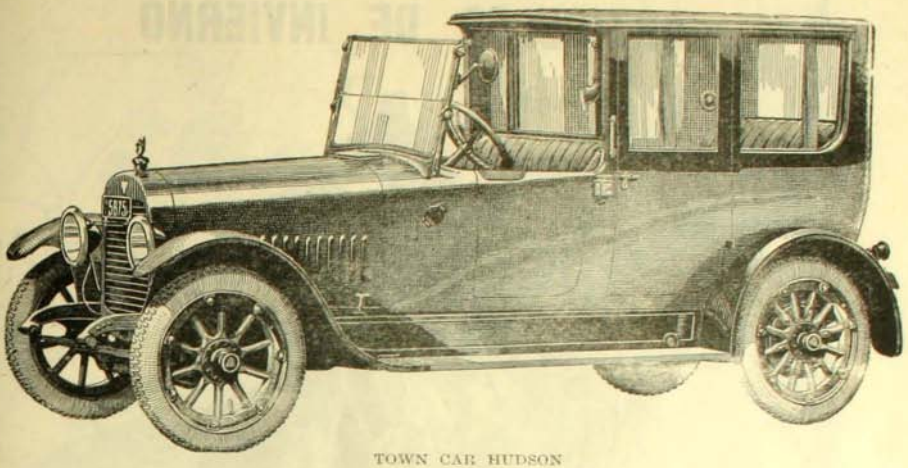
Un general francés a quien, en el furor del combate, le vinieron a decir que su hijo acababa de ser muerto, respondió:

—Pensemos ahora en vencer al enemigo; mañana lloraré por mi hijo.

Este rasgo magnánimo recuerda una bella palabra de Saint-Hilaire, teniente general de la artillería, al mando de Turena.

El mismo tiro del cañón que mató a este gran capitán, el salvador, la gloria de Francia, quitó el brazo a Saint-Hilaire. El tenía al lado suyo a su hijo de 11 años de edad. A la vista de la desgracia acaecida a su padre, el niño se echó al cuello de él, llorando y sollozando:

—Mi muerte no es nada, hijo mío,—le dijo, mostrándole a Turena extendido y muerto:—hé aquí al que hay que llorar.—**Trujillo.**

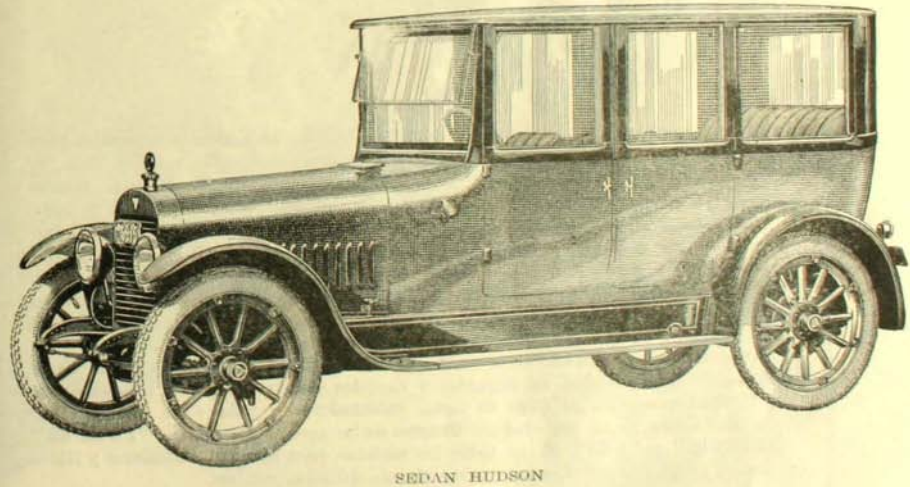


TOWN CAR HUDSON

El refinamiento más perfecto en materia de Carrocerías de lujo presentan los modelos de coches cerrados Hudson Super-Six. A sus grandes comodidades, une una belleza de conjunto que en vano tratan de igualar sus imitadores.

Están montadas sobre el mismo chassis Hudson Super-Six, que tanta fama tiene y sobre cuya superioridad es superfluo insistir. En efecto, pocos automóviles gozan de una admiración tan universal ni de tan merecido prestigio como él.

Nuestras existencias de los modelos Limousine y Town Car están bastante reducidas con las últimas ventas; por lo tanto, recomendamos a los interesados darnos sus órdenes sin demora.



SEDAN HUDSON

ENVIAMOS CATALOGOS A SOLICITUD

GRAHAM, ROWE & Co.

IMPORTADORES

ARTICULOS DE INVIERNO



GATH & CHAVES ofrece el más completo surtido en **artículos especiales para Invierno**; cuanto se puede necesitar para el frío se encuentra en nuestra Casa.

Para **SEÑORAS**: Preciosas **pieles** recibidas directamente de la más famosa peletería parisien **"REVILLON FRERES"**; **Sombreros, Abrigos, Trajes** y todas clase de confecciones, modelos auténticos de renombrados modistos de París, conocidos ya de la distinguida clientela de **GATH & CHAVES**; Ropa Interior, bonetería y lencería muy fina y de abrigo, en extensa variedad de calidades.

Para **CABALLEROS**: **Sobretodos y Trajes**, varios modelos de alta novedad, estrictamente a la moda, en paños y casimires de fantasía, calidades finas; Hongos y Calañeses de las marcas **"Borsalino", "Stetson" y "Niágara"**.

Para **NIÑOS Y NIÑAS**: Gran existencia de **Vestidos, Abrigos y Trajes**, esmeradamente confeccionados, en elegantes y variados modelos, calidades recomendadas.

Espléndido surtido en **Ropa de cama, calentadores** y toda clase de **accesorios para calefacción**; gran variedad en **Guantes** de las acreditadas marcas **"FOWNES", "REYNIER"** y **"DENT'S"** en todas las medidas, para **Señoras, Caballeros y Niños**, y cuanto puede ocurrir para procurarse el más delicioso confort.

Gath & Chaves Ltd.


El Aceite BAU
SIEMPRE ES EL PRIMERO
INSUPERABLE
BAU
GONZALEZ SOFFIA & C
VALPARAISO

Grandiosa Exposicion Blanca



Fabricantes:

FRATELLI CASTAGNETO

SANTIAGO

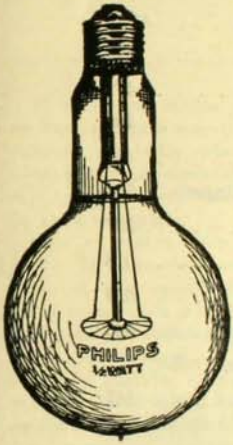
Fabricantes de ropa blanca bordada y cosida a mano.

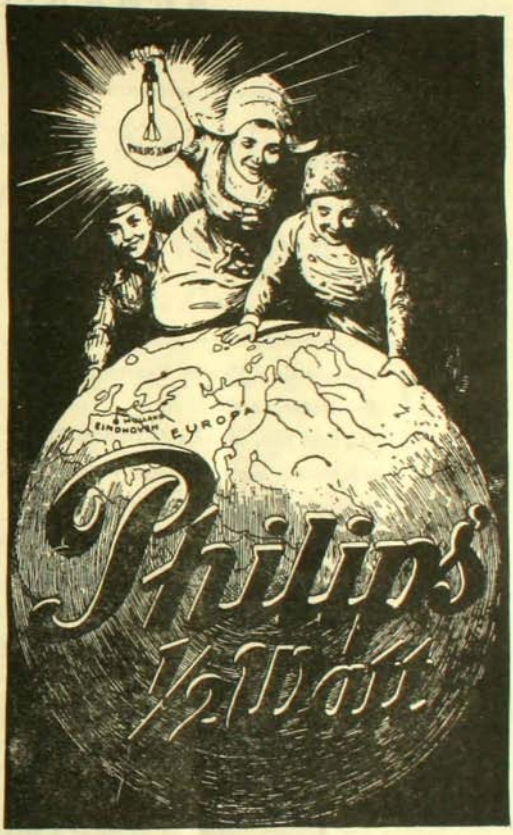
Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

Nuestros precios tienen una enorme ventaja sobre cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

Agradeceremos pida datos, muestras y precios a otras parte y confrontar con los nuestros y se convencerá de la **gran ventaja** de los artículos de nuestra fabricación.

PHILIPS
ARGA





AMPOLLETAS

las cuales son renombradas por su economía en consumo de corriente y de larga duración.

EN TAMAÑOS DE 25 A 3000 BUJIAS

Nuevas Remesa a precios reducidos.

Agentes Generales:

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO **SANTIAGO**

SUMARIO

Págs.

¿Por qué y cómo el barómetro anuncia el viento y la lluvia?, J. B. C. 451

Combate Naval de Iquique. 459

Protectora de la Infancia. 467

Escuela militar de Aeronáutica, J. P. L. 469

Página cómica. 474-b

Exposición de Arte. 474-c

Fotografía Artística. 476

Comentando a Charles Maurras. 477

Fotografía Artística. 490

El primo rico, comedia de **Charles Foley**. 491

Los hebreos contemporáneos y modernos, **Luis Singer**. . 502

El sepulcro acusador, **Diego Zamora**. 507

Hay serpientes de serpientes, **Edmond Perrier**. 518

El Box en Chile, **José Risopatrón Lira**. 529

La jura de don Felipe II en Santiago. 543

Mr. Grex de Monte Carlo, **E. Phillips Oppenheim**, (folletín). 547

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación, es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. XIII—Santiago de Chile, mayo de 1919.—Núm. 77 | — Que mañana

PROPIETARIOS: Alberto Edwards, Joaquín Díaz Garcés.

¿Porqué y como el barómetro anuncia el viento y la lluvia?

CICLONES, HURACANES Y TROMBAS

Por J. B. C.

El ciclón que tantos perjuicios ocasionó en Santiago hace muy pocos días, fué considerado por todos como un fenómeno absolutamente extraordinario y anormal. Se dijo que desde 1887 no se había presenciado nada semejante.

Esto es exacto, pero sólo hasta cierto punto. El clima de la capital de Chile es acaso el más apacible del mundo; muy raras veces sopla aquí el viento en forma de ocasionar molestias y aún las brisas son raras. Sin embargo, en el sentido científico de la palabra, vivimos en una zona de ciclones: todos o casi todos los temporales de agua que fecundan los campos de nuestras provincias centrales durante los meses de invierno, pueden calificarse de tales.

¿Qué es un ciclón? Simplemente una tempestad giratoria, como el nombre lo indica. **Kyklos** en griego, **Cyclus** en latin significa círculo.

¿Cómo se producen esas tempestades giratorias? Por una causa cualquiera la atmósfera se calienta y enrarece en una parte determinada de la tierra. El aire se hace más liviano, más tenue y tiende a elevarse como sucede con el que encierra esos globos de papel que se encumbran por medio del fuego. Esta rarefacción del aire es indicada por una baja del barómetro; por eso el conjunto del fenómeno lleva el nombres científico de **depresión**. La zona en que se produce una de estas despresiones tiene por lo general la forma de un círculo, en cuyo centro la tenuidad del aire es mayor y por tanto el barómetro baja más. Si con la velocidad del pensamiento nos alejáramos de ese centro, en cualquiera dirección veríamos subir el barómetro poco a poco hasta llegar al límite de la zona de depresión, donde ya la pesantez del aire es normal.

Se comprende fácilmente que esa zona de baja barométrica constituye en la atmósfera una especie de vacío relativo. El aire tiende a llenar ese vacío y se precipita hacia el centro en forma de viento, más violento a medida que se acerca al centro de ella.

Dadas estas explicaciones, parecería a primera vista que el viento debiese soplar directamente desde todos los puntos exteriores de la depresión hacia su centro, pero no sucede así. El aire gira en espiral alrededor del centro que se encuentra en calma. La dirección de ese movimiento circular es en el hemisferio sur, en Chile por ejemplo, en el mismo sentido que los punteros de un reloj. Así al Norte de una depresión, el viento es del oeste, al este del centro, sopla del norte, al sur del centro hay viento del este, y al oeste del mismo centro hay viento sur. Como se trata de un movimiento circular del aire, el viento sopla pues alrededor del centro de una

depresión en todos los sentidos imaginables como lo muestran las flechas en la figura adjunta.

Las depresiones de que estamos hablando no permanecen en el mismo sitio en que se forman, sino que avanzan en una dirección determinada, arrastrando consigo la zona de vientos que circunda su centro.

Cuando una depresión se acerca a Santiago, por ejemplo, el barómetro comienza a bajar poco a poco hasta el momento en que el centro se encuentra más cercano a la ciudad, y en seguida, cuando dicho centro comienza a alejarse, el barómetro a su vez sube de nuevo hasta recobrar su altura normal.

El camino que de ordinario siguen las depresiones es muy conocido en Europa. En Chile el fenómeno ha sido menos estudiado.

Veamos, sin embargo, qué sucederá, si una depresión avanza de Norte a Sur, siguiendo su centro la dirección de la línea A B C de la figura N.o 2.

Cuando el centro de la depresión llega al punto A, su borde alcanza a Santiago, el barómetro comienza a bajar en esa ciudad y el viento soplará del noreste, como lo indican las flechas, pero muy suavemente porque, como hemos dicho, la violencia del viento, muy pequeña en los bordes de la despresión, sólo aumenta en las cercanías del centro. El viento del noreste, como viene del lado de tierra es seco, y en ese instante no lloverá y el cielo se conservará sereno. Los agricultores que desean o temen un aguacero, saben sin embargo al ver que el barómetro está bajando que se acerca un trastorno atmosférico y que acaso van a tener agua. Ello no es seguro, pero sí probable.

Cuando el centro de la depresión llega al punto B. la ciudad de Santiago se encuentra ya mucho más cerca de dicho centro, el barómetro estará aún más bajo y la violencia del viento será mayor y soplará del norte. Es ya una corriente de aire más húmeda porque viene de los trópicos, donde la evaporación de las aguas es muy activa a consecuencia del calor. El cielo se comienza a cubrir de nubes y acaso ya caen los primeros goterones.

A medida que el centro de la depresión camina desde el punto B. hacia el punto C, el barómetro comienza a subir en Santiago, porque el centro de la depresión va alejándose de la ciudad, pero el viento habrá girado al noroeste, que es el más húmedo que hay en Chile, porque no sólo viene de los trópicos sino del mar. Por eso es muy común que las grandes mangas de agua aquí caigan, no mientras baja el barómetro sino en el momento de subir. Cuando el barómetro anuncia la lluvia, no es un síntoma de que esté produciéndose.

Pero si la depresión, en lugar de seguir la ruta indicada en la figura N.o 2, sigue la que aparece en la figura N.o 3, las cosas no ocurrirán en la misma forma.

Al llegar el centro de la depresión al punto A, la baja del barómetro comenzará en Santiago, pero el viento soplará del sureste y será seco. Cuando el centro de la depresión se encuentra en B., o sea en el punto de su camino más cercano a Santiago, la baja del barómetro habrá llegado a su máximum, y el viento será del sur y siempre seco. Mientras la depresión se aleja hacia el punto C, el barómetro subirá en Santiago hasta llegar a sobrepasar su nivel ordinario, y el viento habrá girado poco a poco hasta soplar del suroeste. Así pues, el tránsito de esta depresión no habrá ocasionado vientos húmedos, ni por consiguiente lluvias.

El lector se explicará, pues, por qué no todas las bajas del barómetro se resuelven en agua, y por qué suelen chasquearse a este respecto los sedientos e insaciables agricultores de rulo.

Las figuras que acabamos de explicar, son puramente imaginarias. En realidad no se conoce bien en Chile el camino que de ordinario siguen las depresiones. Sea como sea, se comprende que a veces su trayectoria trae lluvias para el centro de Chile, y otras veces no.

¿Hay algún medio de conocer con anticipación y a punto fijo si una depresión barométrica traerá o no agua? Evidentemente. Si al iniciarse la baja del barómetro se examina la dirección del viento, sobre to- a cierta altura sobre el suelo, por ejemplo mediante el movimiento de las nubes,

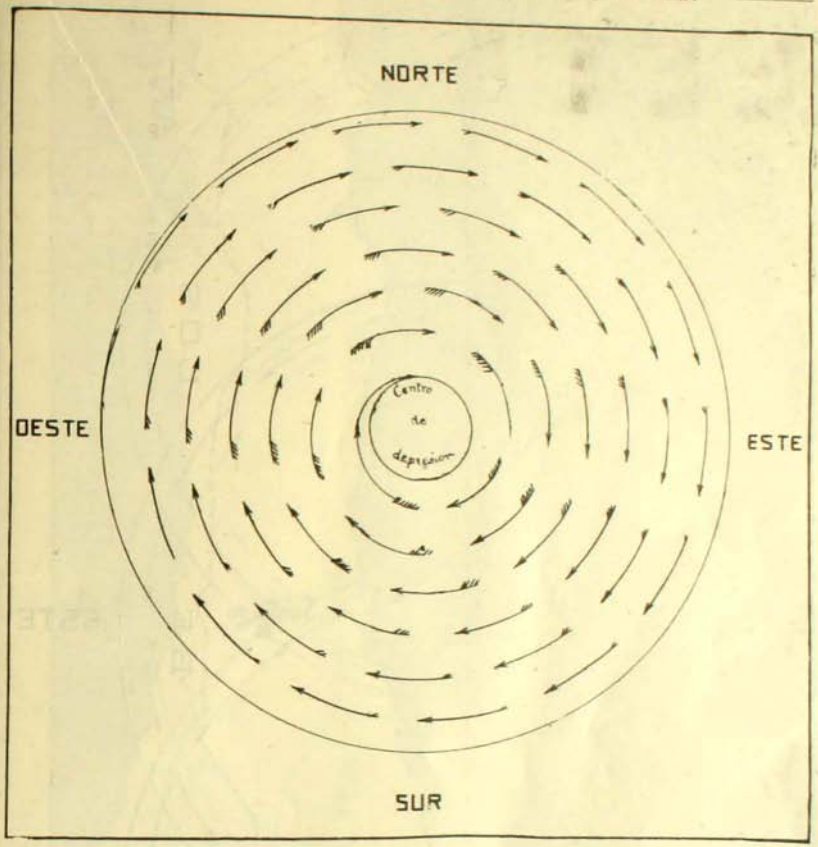


Fig. I.—Régimen de los vientos alrededor de una depresión barométrica en el hemisferio austral.

y después van anotándose con cuidado los cambios de dirección que se producen en el mismo viento a medida que baja el barómetro, es muy sencillo predecir si los vientos serán o no más y más húmedos en las horas siguientes.

Por desgracia, no siempre es fácil averiguar la dirección del viento en las alturas, ya porque el cielo está sereno y no pasan nubes, o por ser de noche. Además, en este montañoso país, vivimos al fondo de valles estrechos y rodeados de montañas que alteran la dirección general del viento, circunstancia que puede inducirnos a error.

Hay, sin embargo, algunos síntomas indirectos que nos permiten conocer con cierta aproximación el punto de donde sopla el viento. La atmósfera se pone muy clara hacia aquel lado, y brumosa y sucia al lado opuesto. En Valparaíso, cuando el viento va a soplar del norte o del noroeste, la costa se descubre por esa dirección hasta una distancia casi inc.eíble. Suele distin-

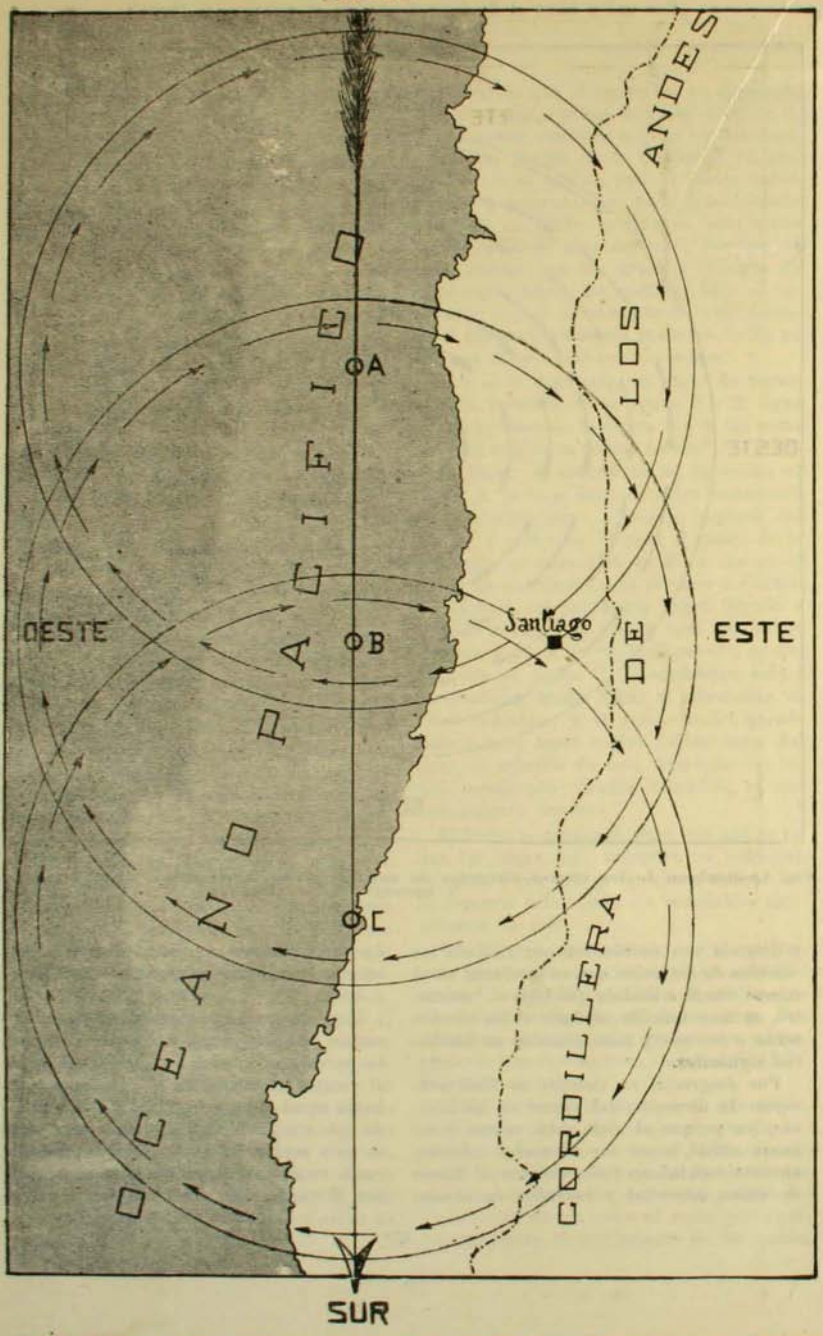


Fig. 2.—Régimen de los vientos en Santiago al pasar una depresión por el oeste. (Invierno)

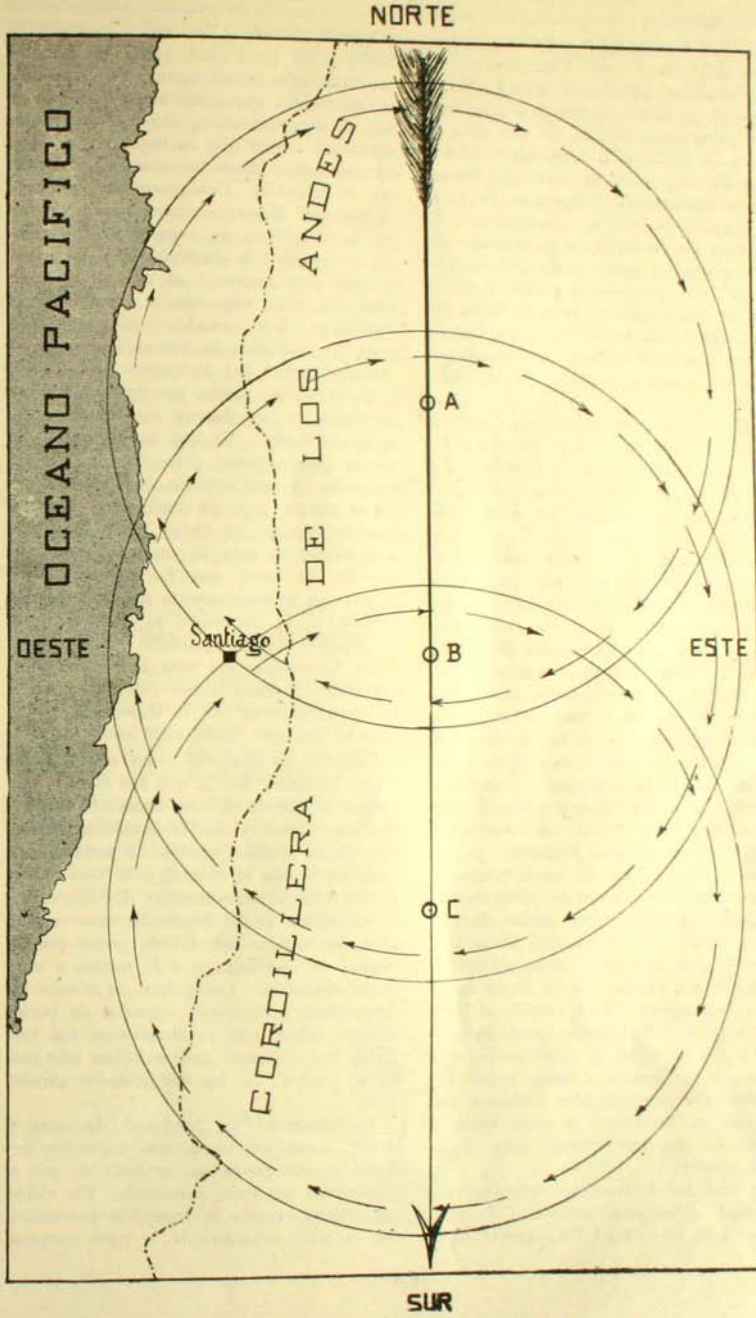


Fig. 3.—Régimen de los vientos en Santiago, al pasar una depresión por el Este. (Verano)

guirse entonces el cerro llamado La Silla del Gobernador, situado cerca de Pichidangui, donde lo llaman Cerro de Santa Inés, y que presenta la forma de una silla de montar. La Silla del Gobernador tiene 870 metros de alto, o sea el doble que los cerros que espaldean a Valparaíso. Si se ve tan pequeñito es porque se encuentra a 90 kilómetros de distancia, y la redondez de la tierra tapa el cerro hasta los 700 metros, de modo que solo es visible desde la playa de Valparaíso la cumbre desde los 700 metros hasta los 870 que es lo más alto de esa célebre eminencia. Por eso parece surgir como una isla desde el medio del mar.

En Santiago no hay como en Valparaíso un cerro alejado que sea de ordinario invisible para mostrarse sólo cuando va a llover. Pero la mayor o menor pureza de la atmósfera, la claridad con que se divisan éstos o aquéllos de los cerros que rodean la ciudad por todas direcciones, pueden reemplazar para un observador atento a la Silla del Gobernador. Sin embargo, repetimos, en medio de estas montañas es fácil que la dirección del viento sea modificada por accidentes locales.

Lo más seguro para conocer si una baja de barómetro va a traer o no lluvia, es consultar a la vez el higrómetro, que es un aparato que indica la mayor o menor humedad de la atmósfera. Hemos visto antes que cuando una depresión barométrica va a traer lluvia, los vientos van haciéndose **más y más húmedos**, y que cuando una depresión no va a resolverse en agua, como en el caso de la figura No. 3, los vientos **permanecen secos** durante todo el paso de la depresión. Si la baja del barómetro va pues acompañada de una subida del higrómetro, la lluvia es segura o casi segura. Si en cambio el barómetro baja y el higrómetro queda estacionario o tiende a bajar también, es casi seguro que no vamos a tener agua. Los agricultores experimentados conocen este fenómeno en Santiago, y raras veces se engañan en sus predicciones, como lo he podido observar.

¿En qué se diferencia, entonces, una tempestad o temporal ordinario de viento y agua de un ciclón? Unicamente en detalles y en intensidad, como un temblor se diferencia de un terremoto.

Los vientos que giran alrededor del centro de una depresión, son más o menos violentos según que la baja del barómetro sea más o menos acentuada en el centro mencionado. Cualquiera se explicará el por qué. Mientras mayor sea dicha baja, la diferencia de presión del aire entre el centro y la circunferencia de la depresión será mayor y el aire se precipitará con más violencia a restablecer el equilibrio. Los grandes ciclones vienen pues acompañados de ordinario por bajas extraordinarias del barómetro.

En el último ciclón que pasó por sobre Santiago, no se observó sin embargo esta circunstancia. Es que la violencia del viento puede tener otras causas. Si la depresión es muy extensa, la distancia entre el centro y la circunferencia es muy considerable, y por tanto el desequilibrio atmosférico se reparte en una gran extensión, de modo que los vientos resultantes son necesariamente más suaves. En cambio, si la depresión es poco extensa, se produce un desequilibrio muy brusco entre la presión del aire entre dos puntos muy cercanos, como son el centro y la circunferencia de la depresión, y los vientos son por tanto muy violentos.

También se observa, como está señalado en la figura No. 1, que los vientos que rodean el centro de una depresión se hacen más y más violentos a medida que se aproximan a dicho centro. La zona de calmas, que ocupa el centro, está pues rodeada de ráfagas huracanadas. Evidentemente el centro de la depresión que originó el ciclón último ha debido pasar por la ciudad de Santiago, o a lo menos a muy corta distancia. Los golpes de viento intermitentes y furiosos, seguidos de períodos de calma, que se observaron esa mañana, son síntomas que se notan sólo junto al centro de las tempestades giratorias.

En resumen: un temporal de agua y viento tiene por causa una depresión extensa o poco profunda, es decir en que el barómetro no baja demasiado. Un ciclón se origina cuando la depresión barométrica es muy considerable, o poco extensa,

en forma de que se producen grandes desequilibrios atmosféricos en un corto espacio. El máximum de la fuerza de los vientos se produce siempre en las vecindades del centro, el cual permanece en calma.

Las trombas no son sino depresiones muy pequeñas en extensión, pero en las cuales la presión baja muchísimo. A veces el área en que se observa la baja del barómetro no tiene más de cien metros de diámetro. Entonces se producen esos torbellinos que recorren un corto espacio, arrasándolo todo, alrededor del vacío que se ha formado en el aire. Las nubes de polvo en forma de columna que son tan comunes en los desiertos, como por ejemplo en la pampa del Tamarugal, no son sino depresiones pequeñísimas que nacen y mueren en pocos minutos. Su origen suele ser una piedra o una mancha de arena que calienta el aire más que en las vecindades.

¿Cuál puede ser la rapidez del viento? Algunas cifras al respecto pueden ser interesantes.

Un viento cuya velocidad no alcanza a medio metro por segundo, o sea a 2 kilómetros por hora, no es perceptible para el hombre ni alcanza a mover siquiera las hojas más delicadas de los árboles.

Un viento entre medio metro y cinco metros por segundo, o sea de 2 a 18 kilómetros por hora, no pasa de ser una brisa leve que se percibe en las manos y en la cara y agita las hojas pequeñas.

Si el viento alcanza una rapidez de 5 a 10 metros por segundo o sea de 18 a 36 kilómetros por hora, hace ondear las banderas y agita no sólo las hojas sino las ramitas tiernas de los árboles.

Un viento que corre de 10 a 15 metros por segundo, o sea 36 a 54 kilómetros por hora, puede calificarse ya de bastante fuerte. Agitará por tanto las ramas gruesas de los árboles.

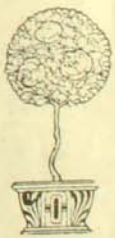
Un viento cuya rapidez alcance de 15 a 20 metros por segundo o sea de 54 a 72 kilómetros por hora, que es la de un tren expreso de los más corrientes, puede calificarse de fuerte. Agitará las ramas más gruesas de los árboles y los troncos de pequeño diámetro.

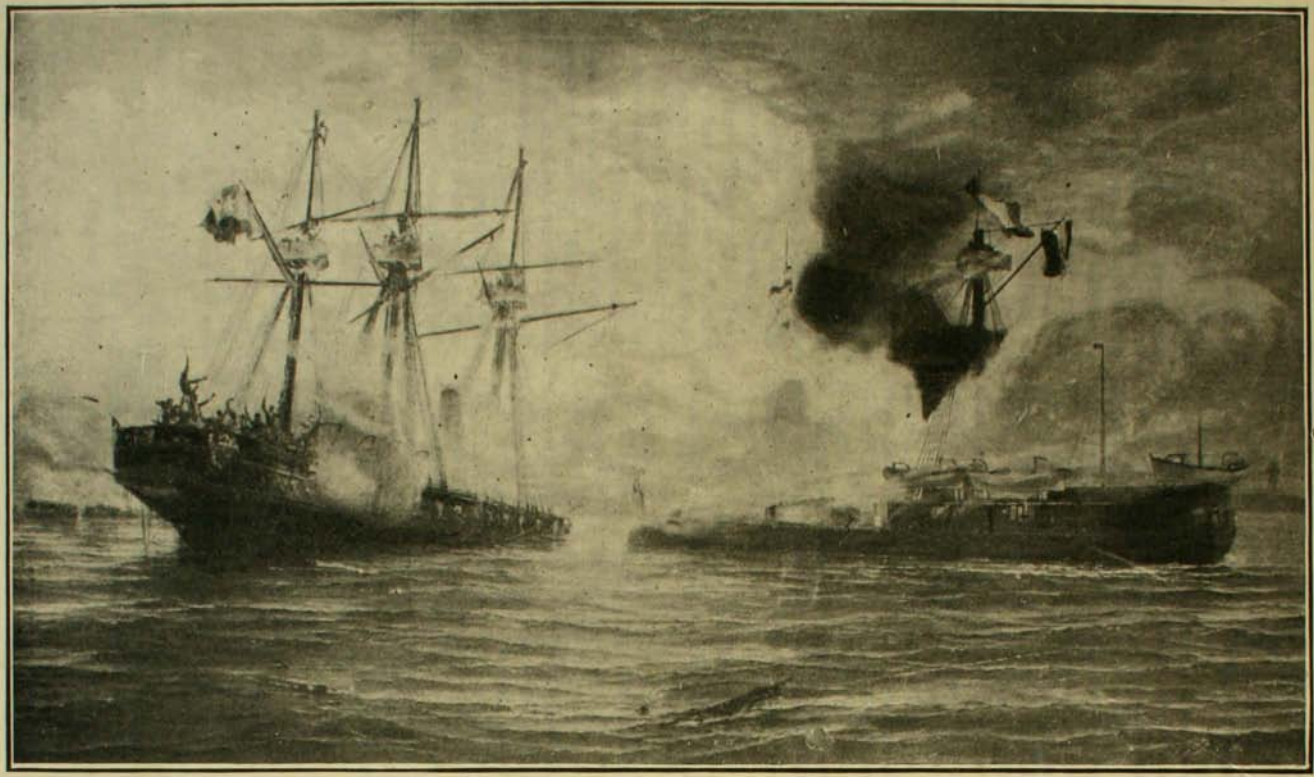
Un viento de 20 a 30 metros por hora, o sea de 72 a 108 kilómetros por hora, la de un expreso de gran velocidad, es un viento violento y capaz de producir algunos destrozos: sacude todos los árboles, aún los más poderosos, y rompe las ramas y los troncos no muy fuertes.

Un viento de más de 30 metros por segundo o sea superior en velocidad a 108 kilómetros por hora, será un huracán que derribará chimeneas, arrancará los tejados y desarraigará los árboles.

En uno de los huracanes más terribles de que se conserva memoria, el de Manila, en octubre de 1882, la velocidad del viento alcanzó a 54 metros por segundo, o sea 194 kilómetros por hora. En ese momento el viento voló con el aparato destinado a registrarlo.

Se ve por estas cifras, que los aviones rápidos de nuestros días que surcan a razón de 200 y más kilómetros por hora, son más veloces que los más destructores huracanes.





El combate de Iquique.—Cuadro de Sommerscales, que es el primero que se ha hecho sobre el memorable suceso. Fué pintado dos meses después del combate.

Combate Naval de Iquique

No conocemos mejor manera de conmemorar el glorioso combate de Iquique, que la de leer los sencillos relatos de los que en él actuaron. Toda la literatura que después se ha hecho, si bien ha vibrado de patriotismo, no puede alcanzar la elocuencia de esas líneas simples, de sobriedad militar, que cuentan la hazaña tal como fué, sin pretensión de engrandecer con frases artificiosas lo que de suyo es insuperablemente heroico.

Leamos, o volvamos a leer, ese capítulo santo de nuestra historia, con el espíritu místico y el ademán de plegaria y adoración del creyente, que repasa una y mil veces los evangelios sagrados.

Parte pasado por el segundo comandante de la "Esmeralda", don Luis Uribe.

Tengo el honor de poner en conocimiento de V. S. que el 21 del presente, después de un sangriento combate de cuatro horas con el monitor peruano **Huáscar**, la **Esmeralda** fué a pique al tercer ataque de espolón del enemigo.

El honor de la bandera ha quedado a salvo, pero desgraciadamente tenemos que lamentar la pérdida de tres de sus más valientes defensores: el capitán Prat, el teniente Serrano y el guardiamarina Riquelme.

Como a las 7 horas A. M. del día indicado, se divisaron dos humos al Norte: inmediatamente se puso el buque en son de combate.

A las 8 horas se reconoció el **Huáscar** y poco después la fragata **Independencia**. Se hicieron señales a la **Covadonga** de venir al habla, y el capitán Prat le ordenó tomar poco fondo e interponerse entre la población y los fuegos del enemigo. Al movernos para tomar la misma situación se nos rompieron los calderos y el buque quedó con un andar de 2 a 3 millas. A las 8 horas 30 minutos, la acción se hizo general. La **Covadonga** se batía con la fragata **Independencia**, haciendo al mismo tiempo rumbo al Sur, y la **Esmeralda** contestaba los fuegos del **Huáscar** y se colocaba frente a la población, a distancia de 200 metros de la playa.

Nuestra posición era, pues, ventajosa; pero como se nos hiciese fuego desde tierra con cañones de campaña, matándonos tres individuos e hiriendo a otros tantos, el capitán Prat se vió obligado a ponerse fuera de alcance. En este momento, 10 horas A. M., una granada del **Huáscar** penetró por el costado de babor y fué a romperse a estribor, cerca de la línea de agua, produciendo un pequeño incendio que fué sofocado a tiempo por la gente del pasaje de granadas.

Mientras tanto, el **Huáscar** se había acercado como a 600 metros y a esta distancia continuó la acción cerca de una hora, sin recibir otra avería que la que dejo indicada. Viendo el **Huáscar** el poco efecto de sus tiros, puso proa a la **Esmeralda**.

Nuestro andar impidió al capitán Prat evitar el ataque del enemigo; su espolón vino a herir al costado de babor, frente al palo mesana y los cañones de su torre, disparados a toca pañoles antes y después del choque, hicieron terribles estragos en la marinería. El capitán Prat, que se encontraba sobre la toldilla desde el principio del combate, saltó a la proa del **Huáscar**, dando al mismo tiempo la voz de ¡AL ABORDAJE!

Desgraciadamente, el estruendo producido por toda la batería al hacer fuego el **Huáscar**, impidió oír la voz de nuestro valiente comandante; y de los que se encontraban en la toldilla con él, sólo el sargento pudo seguirlo: tal fué la ligereza con que se retiró la proa del **Huáscar** de nuestro costado. El que subscribe se encontraba en el castillo de proa y desde ahí tuve el sentimiento de ver al bravo capitán Prat caer herido de muerte al pie mismo de la torre del **Huáscar**. Inmediatamente me fuí a la toldilla y tomé el mando del buque. Mientras tanto, nos batíamos casi a boca de jarro, sin que nuestros proyectiles hiciesen el menor efecto. En cambio, las granadas de este último hacían terribles estragos: la cubierta y entrepuente se hallaban sembrados de cadáveres.

Volvió el **Huáscar** a embestirnos con su espolón directamente al centro del buque. Goberné para evitar el choque, pero la **Esmeralda** andaba tan poco que no fué posible evitarlo y recibió el segundo espolonazo por la amura de estribor. Esta vez el teniente Serrano, que se encontraba en el castillo, saltó a la proa del **Huáscar**, seguido como de doce individuos. En la cubierta de este último no se veía un enemigo con quien combatir, pero de la torre y parapetos de popa salía un mortífero fuego de fusilería y ametralladoras. El valeroso teniente Serrano y casi todos los que lo siguieron, sucumbieron a los pocos pasos. La ligereza con que se retiraba de nuestro costado la proa del **Huáscar** y el poco andar de la **Esmeralda** para colocarse a su costado, único modo como habría podido pasar todo el mundo a la cubierta del enemigo, hacían imposible todo abordaje. Por este tiempo, nuestra tripulación había disminuído enormemente. Teníamos más de cien individuos fuera de combate; la Santa Bárbara inundada y la máquina había dejado de funcionar. Los pocos cartu-

chos que quedaban sobre cubierta sirvieron para hacer la última descarga al recibir el tercer ataque de espolón del enemigo. El guardia-marina señor don Ernesto Riquelme, que durante la acción se portó como un valiente, disparó el último tiro; no se le vió más y se supone fué muerto por una de las últimas granadas del **Huáscar**. Pocos momentos después del tercer espolonazo, se hundió la **Esmeralda** con todos sus tripulantes y con su pabellón izado al pico de mesana, cumpliendo así los deseos de nuestro malogrado comandante, quien, al principiar la acción, dijo: "**Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo; espero, pues, no sea ésta la ocasión de hacerlo. Mientras yo esté vivo, esa bandera flameará en su lugar, y os aseguro que si muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber**".

Los botes del **Huáscar** recogieron los sobrevivientes, y en la tarde del mismo día fuimos desembarcados en Iquique en calidad de prisioneros.

Acompaño a US. una relación de la oficialidad y tripulación que han salvado y que se hallan presos en este puerto.

Dios guarde a US.

LUIS URIBE.

Al señor Comandante General de Marina.

Parte pasado por el comandante del "Huáscar", don Miguel Grau.

Comandancia de la 1.ª División Naval

A bordo del monitor **Huáscar**, al ancla en Iquique, mayo 22 de 1879.

Benemérito señor General en Jefe del ejército del Sur: Conforme a las instrucciones verbales que recibí del señor general director de la guerra en el puerto de Arica, me dirigí a ésta con la división naval de mi mando, compuesta del monitor **Huáscar** y de la fragata **Independencia**, y al arribar a él, donde se encontraban sosteniendo el bloqueo los buques de guerra chilenos corbeta **Esmeralda** y cañonera **Covadonga**, emprendí el ataque contra ellos batiendo a la **Esmeralda**, que se mantuvo en el fondeadero, y mandando a la **Independencia** en persecución de la **Covadonga**, que huía en dirección al Sur.

No me es posible, por la premura del tiempo, dar a V. S. los detalles de este encuentro, que desde luego ha podido V. S. apreciar por sí mismo desde tierra, y concrétome por tal causa a decir a V. S. que notando después de la primera hora del combate que nuestra posición en la boca del puerto no nos permitía hacer buenas punterías a causa del movimiento de la mar, y sabedor que la **Esmeralda** se mantenía muy pegada a tierra por parte Norte de la población, porque tenía su frente guarnecido por una línea de torpedos, según me lo indicó el capitán de corbeta y de este puerto, don Salomé Porras, que vino a bordo al principiar el combate, a la par que temiendo herir a la población con los tiros de mi buque, me decidí a entrar por la parte del Sur, pegándome lo posible a la isla, a fin de atacar con el espolón; pero como la **Esmeralda** salió entonces por la parte del Norte, siempre muy próxima a tierra, cambié de propósito y goberné sobre ella directamente.

En dos ocasiones se defendió presentando la aleta en una y la proa en la otra, y el combate tenía lugar entonces con tiros de fusilería y ametralladoras, estando los buques en contacto.

Finalmente, dispuestos los dos cañones de la torre para dispararlos lo más cerca posible del buque enemigo y embistiendo por la tercera vez a toda fuerza con el espolón, el disparo de los primeros y el golpe de este último, dado en el centro de su costado, sumergieron casi inmediatamente la **Esmeralda** entre las doce horas diez minutos pasado meridiano.

El combate había terminado después de tres horas cuarenta minutos de una tenaz resistencia.

La fragata **Independencia**, batiendo en caza a la **Covadonga**, logró aproximársele hasta embestirle con el espolón en la punta denominada Gruesa; pero como este último buque navegase muy pegado a tierra, próximo el momento de darle el golpe, sufrió la primera un violento choque en sus fondos contra una roca desconocida y cubierta, choque que le inutilizó su máquina y dió por resultado la pérdida del buque, arrojado por la mar sobre los arrecifes de la Punta.

Terminada la acción del **Huáscar** con la sumersión de la **Esmeralda** y después de haber salvado a los náufragos de este último buque y recibídolos a mi bordo, me dirigí en demanda de la **Independencia** que tenía a la vista en la Punta Gruesa, ya mencionada, con el ánimo de ayudarla al apresamiento de la **Covadonga**; pero ésta desde que se apercibió de la dirección que llevaba, se alejó con toda fuerza con rumbo al Sur.

La perseguí durante tres horas y después de notar a la pasada el estado en que se encontraba la **Independencia**.

Mas, considerando que la distancia de diez millas que próximamente me separaba de la **Covadonga** no podía estrecharla antes de la puesta del sol y ser en tal caso más conveniente ir en auxilio de la **Independencia**, viré y me dirigí sobre ésta.

Pronto pude apreciar que la pérdida de la fragata era total.

Mandé mis embarcaciones por la gente que

había a bordo de ella y dí órdenes de incendiarla.

Esto cumplido, he regresado a este puerto.

Adjunto a V. S. la relación de las bajas habidas en la dotación de este buque, de los muertos del enemigo, cuyos cadáveres han sido recogidos, y de los prisioneros.

Remito a tierra para su sepultura los cadáveres, para su curación los heridos y a las órdenes de V. S. los prisioneros.

Al terminar, réstame manifestar a V. S. que durante el combate todos los empleados del buque de mi mando han cumplido satisfactoriamente con su deber.

Todo lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. S. para los fines que haya lugar.

Dios guarde a V. S.

MIGUEL GRAU.

Carta del Vice-cónsul inglés en Iquique, Mr. Jewell, a un su hermano.

(Traducción)

Mayo 23 de 1879.

Mi querido Ralph:

La escuadra chilena, con excepción de la **Esmeralda** y la **Covadonga**, abandonó este puerto el sábado último, dejando estos buques para mantener el bloqueo, lo que hicieron hasta el miércoles 21, en que, con gran sorpresa, aparecieron el **Huáscar** y la **Independencia**, muy de mañana, en el puerto y se aproximaron gradualmente hasta que a las 8.30 A. M. el **Huáscar** enarboló la bandera peruana y disparó un primer cañonazo, que fué inmediatamente contestado por los buques chilenos. Desde ese momento empezó una lucha encarnizada.

La **Covadonga**, abandonando la bahía, puso proa al Sur y se dirigió hacia la bahía Molle, adonde la **Independencia** trató de seguirla, con el deseo evidente de apresar el buque; mientras la **Esmeralda**, cuyo capitán luchó con la audacia más resuelta, combatía con el **Huáscar**. Se colocó muy cerca de la ciudad con el objeto de impedir que el **Huáscar** le hiciera fuego sin dañar a la población. Sin embargo, al fin tuvo que avanzar un poco, y entonces el **Huáscar**, aprovechándose inmediatamente de esta ventaja, se preparó para irle al encuentro. Por último, a las 11.50 A. M., la **Esmeralda** se fué a pique, después de uno de los combates más audaces y más heroicos, contra toda esperanza de salvación, que recuerdan los anales de la guerra marítima.

El capitán, en el último momento, trató de abordar al **Huáscar** y consiguió saltar sobre cubierta, matando a un teniente y siendo últimado él mismo. Su nombre era Prat, uno de los hombres más simpáticos que he conocido. Si algún hombre ha merecido una estatua por su valor, Prat la merece.

No sé a cuánto ascendía la tripulación del buque, pues aunque el **Huáscar** lanzó inmediatamente sus botes, sólo se salvaron unos cuarenta, entre ellos diez oficiales.

Entre tanto, algo parecido pasaba en la **Covadonga**, que se batía huyendo de la **Independencia**, manteniéndose muy cerca de la costa, adonde no podía ser seguida, pues calaba mucho menos que el buque peruano. Por fin, se dirigió a Punta Gruesa, donde hay una larga y ancha extensión de rocas hasta muy afuera. En este momento ambos buques estaban muy cercanos: la **Independencia** se lanzó a toda máquina y trató de alcanzar a su contrario, pero no pudo detenerse o girar con suficiente prontitud y se estrelló contra las rocas, naufragando totalmente. Los peruanos, comprendiendo que no quedaba ninguna esperanza, le prendieron fuego. La **Covadonga** se hizo afuera a toda máquina y navegó hacia el Sur; supongo que habrá llegado a Chile.

Todo el mundo, peruanos y extranjeros, elogian con los más elevados términos la manera como lucharon los buques chilenos, y aunque éstos han perdido la **Esmeralda**, eso no es nada en comparación de la pérdida de la **Independencia** para los peruanos.

Entre tanto, el bloqueo se ha suspendido por uno o dos días; pero indudablemente tendremos muy luego de vuelta a los chilenos.

M. JEWELL.

Parte pasado por el Jefe del Estado Mayor peruano, don Antonio Benavides.

Estado Mayor del Ejército del Sur

Iquique, mayo 21 de 1879.

Señor General en Jefe del ejército:

Cábeme el honor de dirigirme a V. S. con el objeto de acompañar los partes que el señor coronel comandante general de la primera división y el jefe accidental de la brigada provisional de artillería pasan a este Estado Mayor General, y a la vez narrarle los hechos sobre el movimiento que tuvieron las fuerzas existentes en esta plaza, durante el combate naval que empeñaron las naves peruanas **Huáscar** y fragata **Independencia** con las chilenas **Esmeralda** y **Covadonga**, que permanecían bloqueando este puerto.

A poco más de las 7 A. M. se avistaron

dos vapores que venían del Norte, y como a las ocho se dejaron conocer que eran las naves nacionales ya indicadas. Avanzadas sobre el puerto, a las 8½ rompieron el fuego sobre las chilenas, que lo verificaron también. Mientras esto sucedía, trató la **Covadonga** de escaparse hacia el Sur, acompañada del transporte **Lamar**, perseguidos éstos por la **Independencia**; y aprovechando su poco calado, fueron a guarecerse a la ensenada de Molle. Creyéndose entonces que allí serían **rendidos**, dí orden al batallón Cazadores del Cuzco Núm. 5 de línea, marchara inmediatamente sobre esa playa **a fin de tomar los individuos que pudieran desembarcar huyendo de los fuegos de nuestra fragata.** No sucedió así, pues, aprovechando, repito, de su poco calado, continuaron muy pegados a la costa y la **Independencia** en su seguimiento. Hasta esta hora, que son las 2 P. M., no se sabe el resultado de tal persecución.

Como al Norte del puerto estuviese empeñado el combate entre el **Huáscar** y la **Esmeralda**, ésta, huyendo, se acercó tanto a la playa de la ensenada del **Colorado**, que se **supuso también que allí se rendiría.** Queriendo aprovechar, como en Molle, si desembarcaban **prófugos**, se destacó el batallón número 7 Cazadores de la Guardia, que fué situado a la ceja de dicha ensenada, ordenándose además a la brigada de artillería de la primera división viniera inmediatamente a ocupar un puesto desde el que podría dirigir sus fuegos a la **Esmeralda** con algún provecho. Así se verificó, y en cuanto las piezas rompieron sus fuegos lo mismo que nuestros nacionales que guardaban ese punto, **fueron contestados por la artillería de dicho buque y su guarnición por el espacio de media hora**, habiéndose visto obligada por esto a abandonar el puerto, haciendo rumbo al Norte. Entonces el **Huáscar** a toda máquina se fué sobre ella, y después de un rudo choque la echó a pique a las 11.40 A. M., **sucumbiendo HEROICAMENTE con sus tripulantes.**

Indescriptible, es, señor general, el entusiasmo y decisión que tanto la fuerza de línea como los guerdias nacionales han manifestado al presenciar este combate naval que **hará época en los anales de la historia contemporánea.**

Testigo presencial, V. S., de cuanto dejo referido, habiendo cumplido fielmente las órdenes que me impartió para la situación de las tropas, que ya se encuentran en sus respectivos cuerteles, sólo me resta felicitar a la nación, a nuestra marina y a V. S. por el triunfo alcanzado hoy sobre las naves enemigas que sostenian el bloqueo de este puerto.

Dios guarde a V. S.—**Antonio Benavides**, jefe de Estado Mayor.

Notables cartas cambiadas entre don Miguel Grau y la señora Carmela Carvajal de Prat.

Monitor **Huáscar**.—Pisagua, junio 2 de 1879.

Dignísima señora:

Un sagrado deber me autoriza a dirigirme a usted, y siento profundamente que esta carta, por las luchas que va a rememorar, contribuya a aumentar el dolor que hoy justamente debe dominarla. En el combate naval del 21 próximo pasado, que tuvo lugar en las aguas de Iquique, entre las naves peruanas y chilenas, su digno y valeroso esposo, el capitán de fragata don Arturo Prat, comandante de la **Esmeralda**, fué, como usted no lo ignorará ya, víctima de su temerario arrojo en defensa y gloria de la bandera de su patria. Deplorando sinceramente tan infausto acontecimiento y acompañándola en su duelo, cumplo con el penoso y triste deber de enviarle las para usted inestimables prendas que se encontraron en su poder, y que son las que figuran en la lista adjunta. Ellas le servirán indudablemente de algún pequeño consuelo en medio de su desgracia, y por eso me he anticipado a remitírselas.

Reiterándole mis sentimientos de condolencia, logro, señora, la oportunidad para ofrecerle mis servicios, consideraciones y respeto con que me suscribo de usted, señora, muy afectísimo seguro servidor.

MIGUEL GRAU.

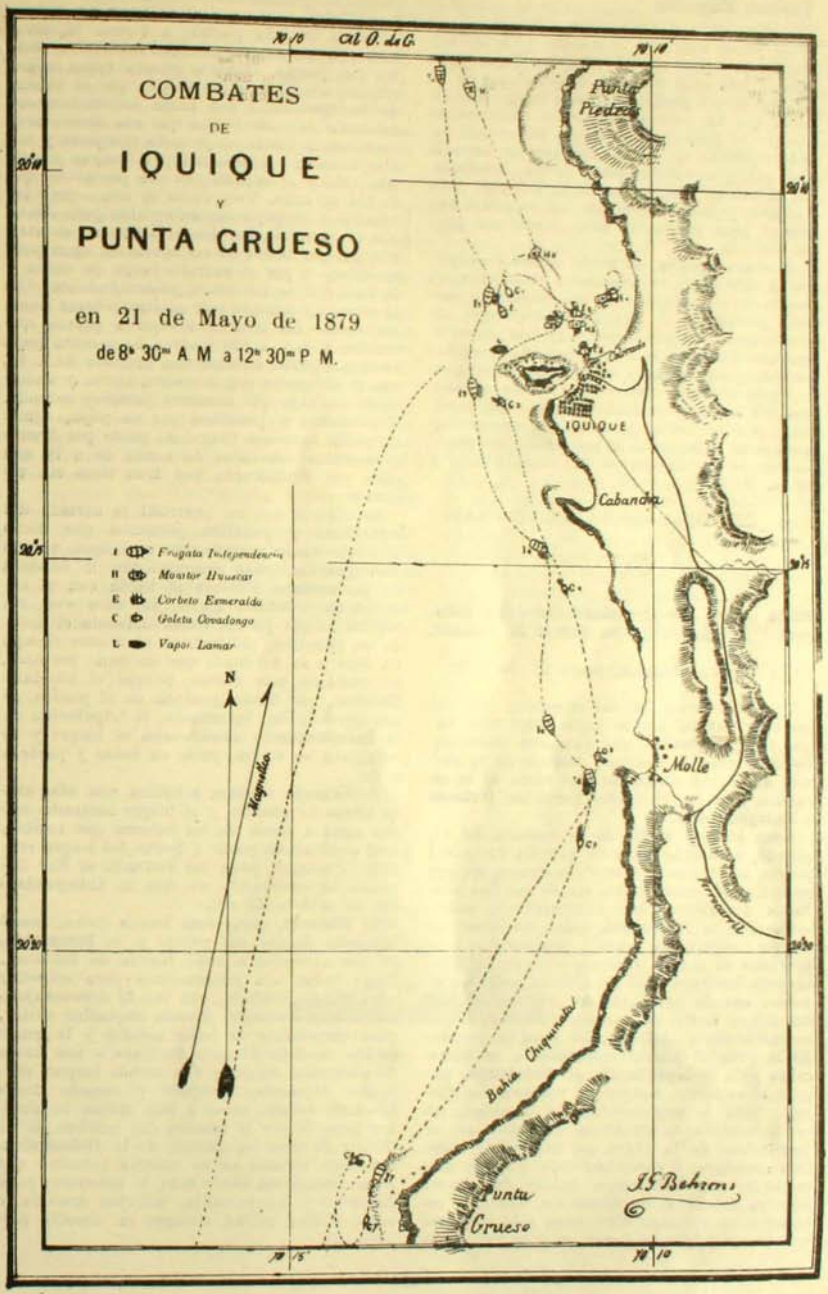
Valparaíso, agosto 1.° de 1879.

Señor don Miguel Grau

Distinguido señor:

Recibí su fina y estimada carta fechada a bordo del **Huáscar** en 2 de junio del corriente mes. En ella, con la hidalguía del caballero antiguo, se digna usted acompañarme en mi dolor, deplorando sinceramente la muerte de mi esposo, y tiene la generosidad de enviarme las queridas prendas que se encontraron sobre la persona de mi Arturo, prendas para mí de un valor inestimable, por ser, o consagradas por su afecto, como los retratos de familia, o consagradas por su martirio como la espada que lleva su adorado nombre.

Al proferir la palabra **martirio**, no crea usted, señor, que sea mi intento inculpar al jefe del **Huáscar** la muerte de mi esposo. Por el contrario, tengo la conciencia de que el distinguido jefe, arrostrando el furor de innobles pasiones sobreexcitadas por la guerra, tiene hoy el valor, cuando aún palpitan los recuerdos de Iquique, de asociarse a mi duelo


COMBATES
DE
IQUIQUE
Y
PUNTA GRUESO
en 21 de Mayo de 1879
de 8h 30m A M a 12h 30m P M.
I Fragata Independencia
II Monitor Huascar
E Corbeta Esmeralda
C Goleta Covadonga
L Vapor Lamar
N
Punta Piedras
IQUIQUE
Cabancha
Molle
Punta Gruese
J.S. Behrens

y de poner muy alto el nombre y la conducta de mi esposo en esa jornada, y que tiene aún el más raro valor de desprenderse de un valioso trofeo poniendo en mis manos una espada que ha cobrado un precio extraordinario por el hecho mismo de no haber sido jamás rendida; un jefe semejante, un corazón tan noble, se habría, estoy cierta, interpuesto, a haberlo podido, entre el matador y su víctima, y habría ahorrado un sacrificio tan estéril para su patria como desastroso para mi corazón.

A este propósito, no puedo menos de expresar a usted que es altamente consolador, en medio de las calamidades que origina la guerra, presenciar el grandioso despliegue de sentimientos magnánimos y luchas inmortales que hacen revivir en esta América las escenas y los hombres de la epopeya antigua.

Profundamente reconocida por la caballerosidad de su procedimiento hacia mi persona y por las nobles palabras con que se digna honrar la memoria de mi esposo, me ofrezco muy respetuosamente de usted atenta y afma. S. S.

CARMELA CARVAJAL DE PRAT.

Parte pasado por el comandante de la cañonera "Covadonga", don Carlos A. Condell.

Antofagasta, mayo 27 de 1879.

Tengo la honra de dar cuenta a US. del combate que ha tenido lugar entre este buque y la **Esmeralda**, que quedaron sosteniendo el bloqueo de Iquique, después de la partida del buque almirante y el resto de la escuadra, con los blindados peruanos **Huáscar** e **Independencia**.

Eran las 6 y media de la mañana del 21, cuando, encontrándonos de guardia fuera del puerto, avistamos al Norte dos humos, los que poco después reconocimos ser de los dos blindados antedichos. Inmediatamente lo comunicamos a la **Esmeralda**, quien nos puso señal de "seguir sus aguas", poniéndonos acto continuo en son de combate y saliendo afuera para batirnos. Las ocho de la mañana sonaban cuando una bala del blindado **Huáscar** dió en medio de nuestros dos buques, que se encontraban al habla. En seguida, poniendo la proa el blindado **Huáscar** a la **Esmeralda** y la **Independencia** al **Covadonga**, empezó el combate, rompiendo nosotros los fuegos. Vista la superioridad del enemigo, así como también la treintena de botes que se destacaban de la playa en auxilio de nuestros enemigos, y comprendiendo que por más esfuerzos que hiciéramos dentro del puerto nos era difícil, si no imposible, vencer o escapar a un enemigo diez veces más poderoso que nosotros, resolví poner proa al Sur, acercándome lo más posible a tierra. Mientras tanto, la **Esmeralda** quedaba batiéndose dentro del puerto. Durante cuatro horas consecutivas soportamos los fuegos que el blindado **Independencia** nos hacia sostenidamente, habiendo recibido varios que nos atravesaron de banda a banda el palo de trinquete y nos rompieron las jarcias del palo mayor y palo trinquete y el esquife con sus pescantes, que se fué al agua. Tres veces se nos acercó enfilándonos de popa con su espolón para echarnos a pique. En las dos primeras no se atrevió, sea por temor de no encontrar agua para su calado o por el nutrido fuego de cañón y de fusil que le hacíamos, contestándonos ellos lo mismo, y además con ametralladoras desde las cofas. La tercera tentativa parece que era decisiva y a 250 metros de nuestra popa recibió algunos balazos con cañones de a 70, que lo obligaron a gobernar a tierra y varar-se en un bajo que nosotros pasamos rozando. Gobernamos a ponernos por la popa, donde no podía hacernos fuego. Al pasar por frente le metimos dos balas de cañón de a 70 que ellos nos contestaron con tres tiros sin tocarnos.

Saludamos con un ¡**hurrah**! la arriada del estandarte y pabellón peruanos que dicho blindado hacía tremolar en sus topes, viendo reemplazadas estas insignias por la bandera de parlamento. Púseme al habla con el comandante rendido, quien, de viva voz, me repitió lo que ya me había indicado el arrío de su pabellón, pidiéndome al mismo tiempo un bote a su bordo, lo que no pude verificar, no obstante mis deseos, porque el blindado **Huáscar**, que había quedado en el puerto, se nos aproximaba. Intertanto, la tripulación de la **Independencia** abandonaba el buque y se refugiaba en tierra, parte en botes y parte a nado.

Trabajando nuestra máquina con sólo cinco libras de presión, y el buque haciendo mucha agua a causa de los balazos que recibió, creí aventurado pasar a bordo del buque rendido. Proseguí, pues, mi retirada al Sur llevando la convicción de que la **Independencia** no saldría de allí.

El **Huáscar**, que, como hemos dicho, quedó batiendo dentro del puerto a la **Esmeralda**, se nos acercaba a toda fuerza de máquina. Tomé todas mis precauciones para empeñar un segundo combate, que por lo desventajoso de nuestra situación parecía imposible evitar, pues carecíamos de balas sólidas y la gente estaba rendida después de cinco o seis horas de sostenido combate con ambos buques enemigos. Momentos después y cuando dicho blindado estaba como a seis millas de nuestra popa y por la cuadra del vencido, lo ví dirigir su proa en auxilio de la **Independencia**. Este retraso en su marcha permitió que avanzáramos un tanto más, lo necesario para distinguirlo nuevamente, minutos después, y como a diez millas, siempre en nuestra persecución.

Con la caída del día y la obscuridad de la noche, perdimos de vista al enemigo; y tratando de aprovechar la brisa que soplaba en esos momentos, hice rumbo al Oeste. Proseguí navegando con ese rumbo hasta las doce de la noche, hora en que, creyendo que el **Huáscar** hubiese cesado en su propósito, me dirigí hacia tierra, gobernando convenientemente.

Recalamos a Tocopilla, donde el buque recibió, con auxilios de carpinteros enviados de tierra, las reparaciones más urgentes, tapando los balazos a flor de agua; y proseguí al Sur en la mañana del 24 tocando en Cobija a las 2 y media P. M., donde recibimos al vapor del Norte que condujo al contador a Antofagasta y a los heridos, con la comisión de verse con el general en jefe para pedirle un vapor que fuera a encontrarnos, pues el buque no andaba más de dos millas y seguía haciendo mucha agua. A veinte millas de Antofagasta recibimos el remolque del vapor **Rimac**, que nos condujo a este puerto, donde fondeamos a las 3 A. M. del 26.

Supongo que US. tendría desde ayer datos de la acción.

Terminaré este parte lamentando la pérdida de nuestro compañero el doctor don Pedro R. 2.° Videla, que dejó de existir horas después del combate a consecuencia de una bala que le llevó los dos pies; y en el equipaje, la muerte del grumete Blas 2.° Téllez, y del mozo Felipe Ojeda. Hubo cinco heridos, pero no graves, entre los cuales se cuenta el contador del buque, que recibió dos balazos.

Hago una especial recomendación del teniente 1.° don Manuel J. Orella, cuyo valor, serenidad en su puesto, y resolución a bordo han sido ejemplares. A la vez recomiendo particularmente el buen desempeño del ingeniero 2.° don Emilio Cuevas, bajo cuya dirección está la máquina.

Los oficiales, tanto de guerra como mayores, se condujeron valientemente y cada cual estuvo siempre a la altura de su deber y de su honor, como oficial y como chileno. Respecto a la tripulación, supo cumplir con su deber; y hubo momentos tales de entusiasmo, que cada cual manifestó que estaba resuelto a morir, obedeciendo al generoso sentimiento patriótico de no entregar el buque.

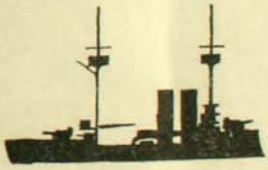
Por el próximo vapor comunicaré a US. más extensamente detalles sobre el combate.

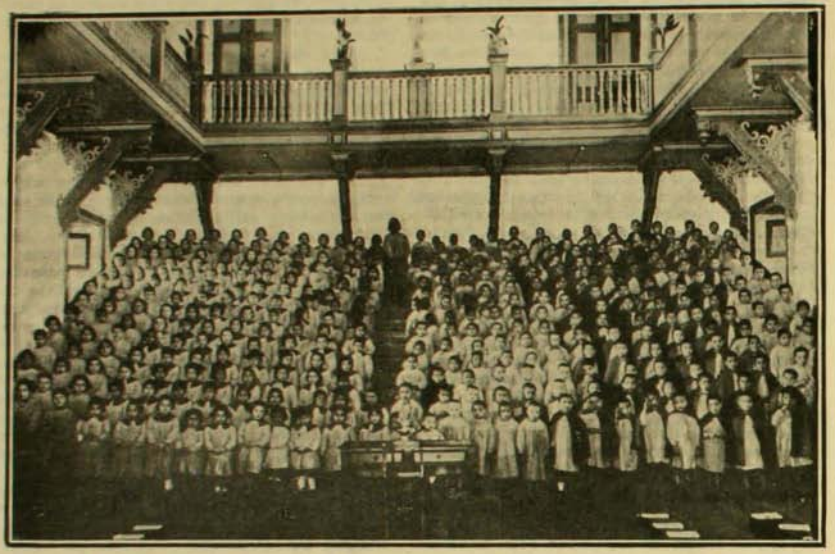
Al querer dar término a la presente, el **Huáscar**, que entra del Sur a las 12 y media P. M., empeña el combate con nuestro buque y los cañones de tierra, y en este momento (las 6 h. 45 m.) cesa el fuego, pues el **Huáscar** se hace afuera.

A bordo no ocurre novedad y como siempre, la oficialidad y tripulación corresponden a la confianza de la patria.

Dios guarde a US.

CARLOS A. CONDELL.



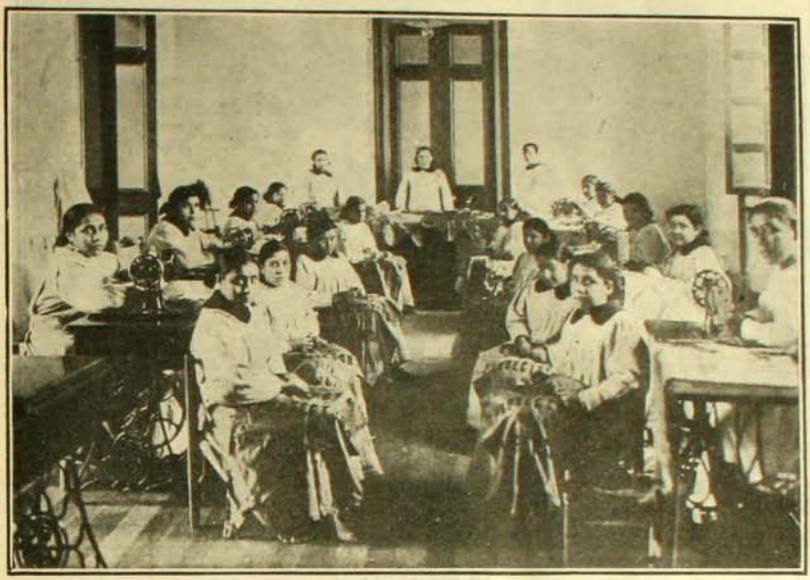


El salón de actos.—Hermoso grupo de niñitos y niñitas que en las ocasiones solemnes se convierte en un magnífico coro de más de quinientas voces.



En clase.—Sección de niñitas.

NUESTRO FOTOGRAFO



Taller de costura.—Las alumnas de costura hacen la ropa de todas las asiladas, aprovechando en su labor el vestuario deshechado por el Ejército. Dentro de poco las máquinas serán movidas por electricidad. En la fotografía se ve a las alumnas confeccionando los estandartes para la gran colecta del 4 de junio próximo.



En clase.—Sección de hombres.



La Enfermería



El estandarte que recorrerá las calles de Santiago pidiendo ayuda para la mantención y progreso de la Protectora de la Infancia.

Escuela Militar de Aeronáutica

Por J. R. L.

Los precursores

Dentro del temperamento audaz de nuestro pueblo ningún ramo de las ciencias modernas podía encontrar un ambiente más propio para su desarrollo que la aviación.

Apenas esta ciencia dió en el mundo sus primeros pasos, aparecieron en Chile los amantes de conocerla y practicarla y aún antes de que el Gobierno tomase a su cargo el impulsarla y darle vida nacional ya hubo intrépidos que no titubearon en exponer su vida para descubrir sus misterios y gozar sus majestuosas impresiones.

Varios fueron los pilotos civiles que con esfuezos propios lograron invadir los imperios del aire y entusiasmar al público con sus audaces aventuras. Luis Acevedo, que fué el primer mártir del valiente apostolado, cayó ante el dolor y la veneración de sus admiradores el 13 de abril de 1913.

Clodomiro Figueroa fué poco después el primer audaz que desafió la mole de los Andes, empresa gigantesca que venció no al corazón del piloto sino al motor del pequeño avión.

Mientras tanto, el penquista David Fuentes, el popular "viejo Fuentes", recorría las regiones australes del país llevando por los aires entre la trepidación del motor la buena nueva de las conquistas del cielo.

Y, por último, el talquino Emilio Castro Ramírez, era con los anteriores otro de los precursores de la obra que pronto iba a iniciar el Gobierno.

Cada uno de estos pilotos había educado su energía y su voluntad en las filas del ejército y al aspirar a los triunfos y a la gloria lo hacían para prepararse para cuando la Patria solicitara sus servicios.

Tal concurso, por patriótico que fuera, necesitaba estar encauzado en los estrictos límites de la disciplina militar y es por eso que el Gobierno, comprendiendo la importancia que para la solidez de su prestigio tendría, resolvió crear



Fundadores de la Escuela de Aviación: General de división, jefe del Estado Mayor General, Sr. Aristides Pinto Concha; Ministro de la Guerra, Sr. Jorge Matte y capitán Sr. Manuel Avalos P.



Coronel Sr. Pedro P. Dartnell, director de la fuerza aérea nacional.

La Escuela Militar de Aeronáutica,

Y fué así como bajo la Presidencia del Excmo. don Ramón Barros Luco, y por decreto supremo de 11 de fefrero de 1913 se creó este establecimiento que tan brillantes frutos debía dar con el tiempo.

Fueron sus fundadores y organizadores, el Ministro de la Guerra, en esa fecha, señor don Jorge Matte Gormaz, quien no sólo perseguía un alto espíritu de grandeza militar, que a su cargo correspondía, sino que obraba impulsado por su elevado temperamento sportivo, de que siempre ha dado pruebas; el General de División y jefe del Estado Mayor General don Arístides Pinto Concha y el capitán aviador don Manuel Avalos Prado, recién llegado a su patria, después de haber sido enviado a Europa a estudiar Aviación en compañía del teniente 1.o don Eduardo Molina Lavín.

La Escuela Militar de Aeronáutica ha tenido desde su fundación los siguientes directores: Capitán don Manuel Avalos Prado, desde su fundación hasta abril de 1915.

Mayor don Carlos E. Lira Quintanilla, hasta enero de 1919, y Mayor don Armando Díaz A., quien la dirige actualmente y bajo cuya acertada dirección la Escuela va dando pasos asombrosos de progreso.

El mayor Díaz, su actual Director tiene 24 años de servicios en el Ejército.

Los frutos de la Escuela

Desde su fundación hasta la fecha han funcionado en la Escuela seis cursos de alumnos con los brillantes resultados que todos conocen.

Así como la Escuela ha tenido sus héroes también ha tenido sus mártires.

Ellos han sido:

Teniente 1.o don Francisco Mery, muerto trágicamente el 11 de enero de 1914, piloteando un aparato "Bleriot", de 50 H. P. que se le invirtió a 50 metros del suelo.

Teniente 1.o don Alejandro Bello, desaparecido el 1.o de marzo de 1914, en un aparato "Sánchez Besa", de 80 H. P., en circunstancias que efectuaba un raid a Cartagena, para optar el título de piloto militar.

Sargento 1.o don Adolfo Menadier, fallecido el 17 de agosto de 1914, a consecuencia de una caída en un biplano "Breguet", 80 H. P., a la altura de Santa Rosa.

Teniente 1.o don Tucapel Ponce, y teniente 1.o don Emilio Berguño, fallecidos en Molina el 7 de abril de 1915, a causa de una caída en "Breguet", biplaza, de 100 H. P., prestando sus servicios en las grandes maniobras de ese año.

Teniente 1.o de la Marina, don Pedro N. Luco, muerto el 18 de octubre de 1916, en circunstancias que rendía sus pruebas para optar al título de piloto aviador. Salió de la cancha de la Escuela y al virar en la esquina sur del Cuartel de Ferrocarrileros tocó un alerón del aparato contra un árbol, produciéndose la caída fatal.

Al lado de las figuras de estos mártires de la aviación militar chilena, la Escuela nos presenta las gloriosas figuras de sus héroes.

Ellos son:

El capitán don Dagoberto Godoy, que con la modestia de quien en su temperamento tiene la grandeza por hábito, cruzó la cordillera de los Andes el 12 de Diciembre de 1918, acometiendo y salvando una de las mayores hazañas con que pueden soñar los dominadores de los aires, y

El teniente 1.o don Armando Cortínez, quien, para hacer pendant a la hazaña de su camarada, traspasó esa misma cordillera yéndose a Mendoza el 5 de abril recién pasado y volviendo al seno de los suyos el 16 del mismo mes, para mostrar al mundo que los aviadores militares chilenos no sólo pueden llevar muy lejos la gloria de la Patria, sino que también saben volver a ella trayéndole el aplauso y la admiración de sus vecinos.

A los nombres de estos grandes hombres que dan lustre a la Escuela que los formó, hay que agregar el de un muchacho valiente, que después de templar su espíritu en las alturas que ilumina el sol que lo vió nacer, ha ido lejos a emprender vastas empresas, uniendo su nombre al de los grandes constructores europeos de máquinas aéreas. Nos referimos a Luis O. Page, salido aviador del primer curso de nuestra Escuela de Aeronáutica Militar.

Los servicios de la Escuela

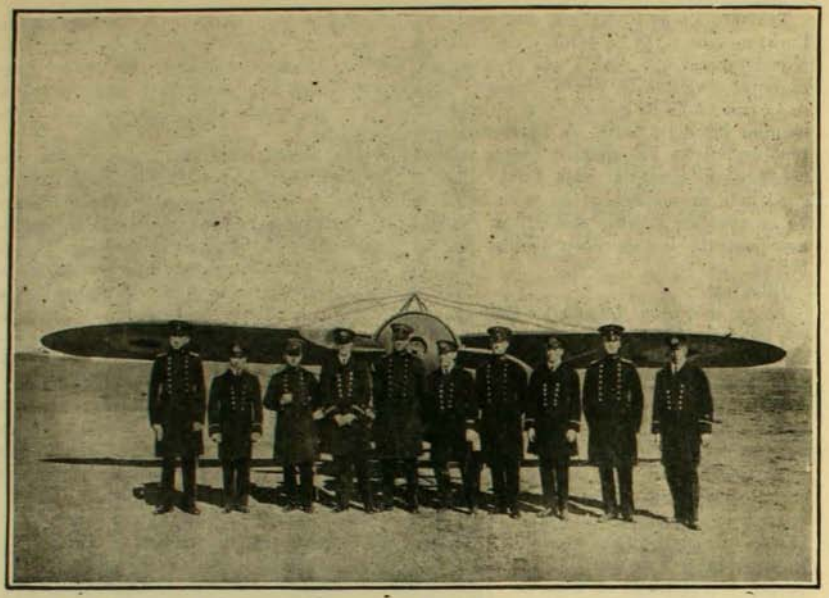
Con la enorme importancia y desarrollo que ha tomado el servicio aéreo, el local de la Escuela se ha hecho tan deficiente que el Supremo Gobierno ha resuelto últimamente la construcción de nuevos hangares y edificios, cuya terminación sería obra de patriotismo apresurar.

En la actualidad la Escuela cuenta con talleres para la construcción de aparatos, provistos de secciones de mecánica y carpintería. Estos talleres, desde la fundación de la Escuela, están dirigidos por el ingeniero mecánico señor Pedro Andrade. En estos talleres se ocupan con preferencia materiales del país, se construye toda clase de repuestos de madera y se reparan todos los motores de aeroplanos y automóviles.

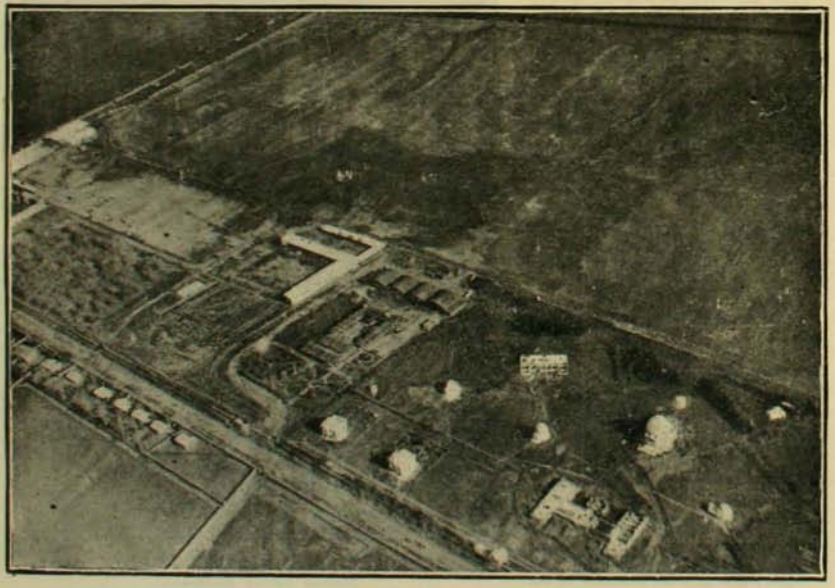
Falta todavía una fundición de acero, con lo que se construirían motores, consiguiendo de este modo hacer completa la construcción de aviones nacionales. Este



Mayor Sr. Victor Huston, consultor técnico de la fuerza aérea nacional.



Alumnos del 6.o curso.



Escuela de Aeronáutica, vista desde un aeroplano a 800 metros de altura.

gasto sería de tanta utilidad para el país que no dudamos que el Gobierno hará cuanto antes los sacrificios que sean necesarios para salvar esta deficiencia.

El personal

Actualmente la Escuela cuenta con el siguiente personal de pilotos militares:

Capitán señor Arturo Urrutia.
Capitán señor Diego Aracena.
Capitán señor Dagoberto Godoy.
Teniente 1.o señor Augusto Magnan.
Teniente 1.o señor José Arredondo.
Sargento 1.o señor Filemón Lizama.

El curso actual de alumnos consta de oficiales del Ejército y de la Marina.

Estos alumnos hacen estudios prácticos de vuelos ye siguen clases teóricas de Aeronáutica, Matemáticas, Mecanismo y Motores, Meteorología, Telegrafía, Topografía, Inglés y Esgrima.

Con el objeto de que estas clases se hagan en forma útil y den los mejores resultados se han hecho las instalaciones del caso como ser: Estación Meteorológica, Gabinete de Fotografía, Estación Radiotelegráfica, etc.

Un gran paso

Gracias a las inteligentes y patrióticas gestiones de nuestro Ministro plenipotenciario en Londres, Excmo señor don Agustín Edwards, se contrató, a fines del año pasado en Inglaterra al distinguido y científico piloto militar, mayor señor Víctor Huston, para que reorganizara los servicios de aviación, conforme a los adelantos y a las experiencias que con la gran guerra han obtenido los países europeos, y a él le ha cabido la suerte de preparar a los primeros oficiales chilenos que pilotearon los aparatos "Bristol", cedidos a Chile por el Gobierno de S. M. Británica, entre los que han descollado los vencedores de los Andes, capitán Godoy y teniente Cortínez.

En esta acertada labor ha sido hábilmente secundado por el ingeniero aeronáuta de nuestra Marina, señor Fernando Solano.

Dirección de la Fuerza Aérea Nacional

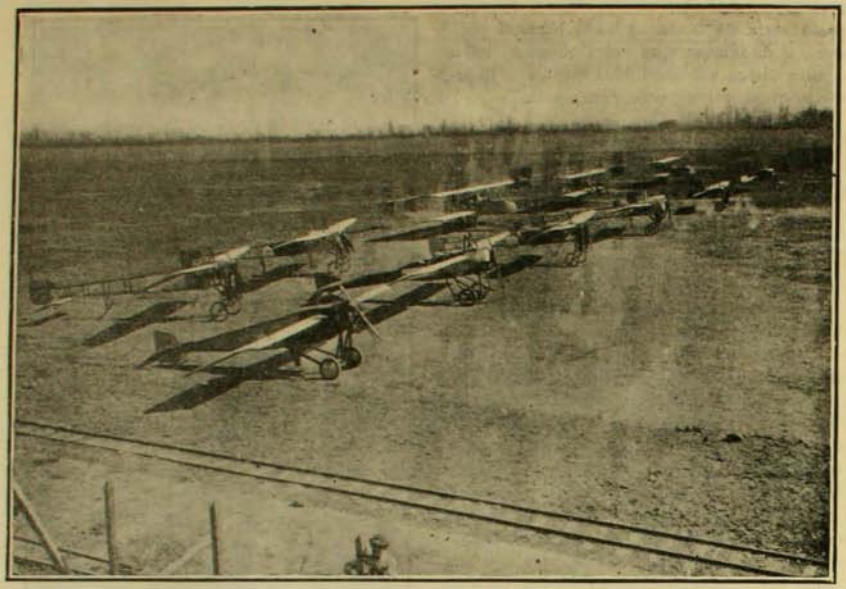
Ultimamente se han separado los servicios de Aviación tanto del Ejército como de la Marina y se ha creado un departamento especial bajo el nombre de "Dirección de la Fuerza Aérea Nacional".

Jefe de esta importante repartición es el Coronel don Pedro P. Dartnell, distinguido y meritorio jefe de nuestro Ejército que con justicia debe ser ya General de la República, cuando esta breve información vea la luz de la publicidad.

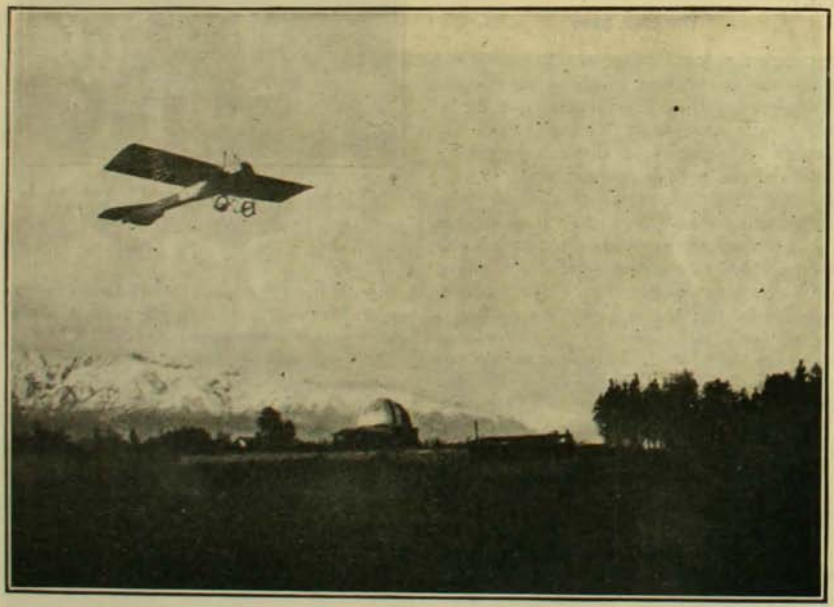
Este activo jefe ha sido desde la fundación de la Escuela de Aeronáutica Militar uno de sus más inteligentes y esforzados impulsadores.



Mayor Sr. Armando Díaz, director de la Escuela Militar de Aeronáutica.



El primer escuadrón de aparatos que tuvo la Escuela Militar de Aeronáutica.



Un aeroplano "Deperdussin" en vuelo sobre el aeródromo.

Por las publicaciones de la prensa se habrá impuesto ya el público de que se piensa crear nuevas unidades de Aviación, tanto de aeroplanos como de hidroplanos, para lo cual trabajan activamente el jefe de la Fuerza Aérea, Coronel Dartnell y el Mayor señor Huston.

Con la llegada al país de nuevas máquinas de instrucción se dará comienzo a la preparación de todos los pilotos militares en tareas tácticas y largos recorridos.

Conocido el interés que el Gobierno ha tomado por lo que a la aviación militar se refiere, sabiendo el decidido apoyo que le presta la prensa y la opinión pública, observando la intrepidez de nuestros pilotos y la actividad de los jefes, oficiales y demás personal de la Fuerza Aérea Nacional no es aventurado decir que Chile marcha a la cabeza de los países sudamericanos en los servicios de aviación.

Y es justo que así sea, ya que el temperamento propio de la raza se funde en un solo pensamiento para admirar e impulsar las empresas audaces, como lo demostró el país entero en el grito formidable de alegría y de júbilo con que saludó las hazañas de Godoy y de Cortínez.

La Naturaleza nos ha brindado el mejor campo de entrenamiento, poniéndonos por barrera para salvar las lindes de la gloria, a la más alta cordillera americana; el pueblo ha contribuído a alentar a los héroes, confundiendo con ellos en uno solo el latido del alma nacional y el Gobierno ha sabido encauzar en una norma justa de progreso la aspiración del país.

Los frutos deben corresponder a esta unión de grandes voluntades.



Monumento a los mártires de la aviación de Chile, que existe en la Escuela de Aviación.



Cuando la bencina está cara.



De izquierda a derecha: Luis Strozzi, M. Magallanes Moure, Jenaro Prieto Letelier, Alfredo Araya.

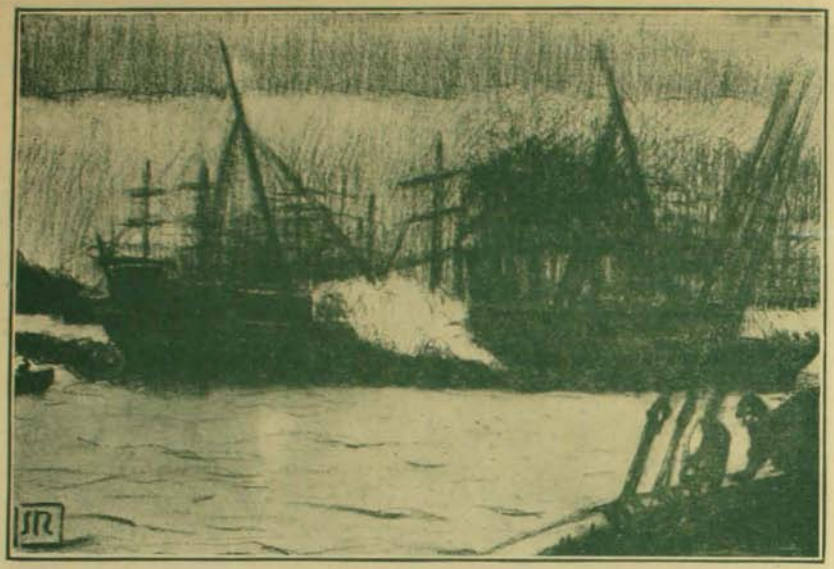
Exposición de arte

Prieto, Strozzi, Araya, y Magallanes

Cuatro artistas que no presumen de profesionales de la paleta, pero que sienten cariño, y se ve que muy sincero, por el arte de la pintura, se han reunido en simpática camaradería, y, juntando algunas de sus producciones, han abierto una exposición, que es la primera de la temporada de invierno.

Rembert, el artista fotógrafo tan conocido de nuestro público y tan celebrado por él, ha dado albergue, en su espacioso y bien situado establecimiento, a la obra de estos pintores sin pretensiones, que acaso por lo mismo que no las tienen, o porque no las manifiestan, logran lo que a muchos profesionales les es negado: producir la agradable impresión de que lo que hacen es fácil y espontáneo, libre de complicaciones y rebuscamientos.

Esto, que para algunos exigentes, de esos que no saben lo que exigen, pudiera parecer defecto o demérito, es, si bien se con-



Rincón del puerto.—M. Magallanes M.



Un rancho.—M. Magallanes M.



Rincón de la Recoleta.—Luis Strozzi.



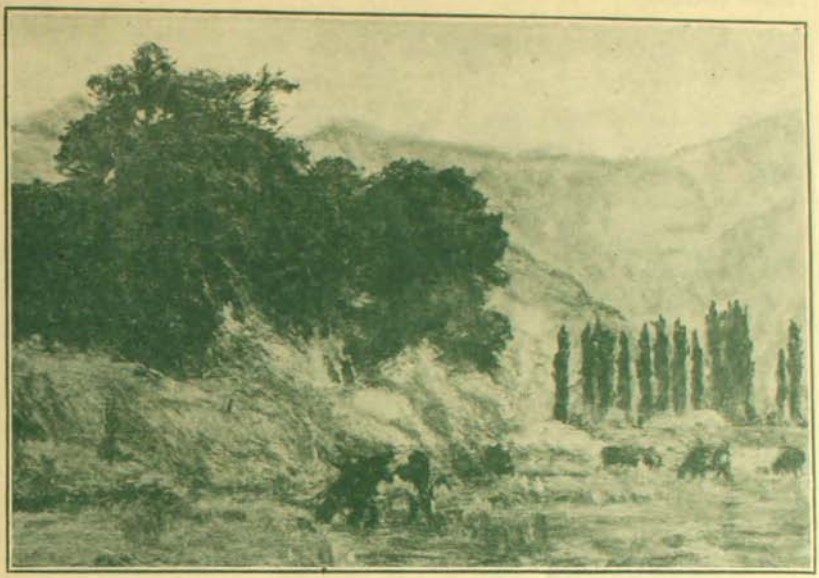
Paisaje de Otoño.—Luis Strozzi



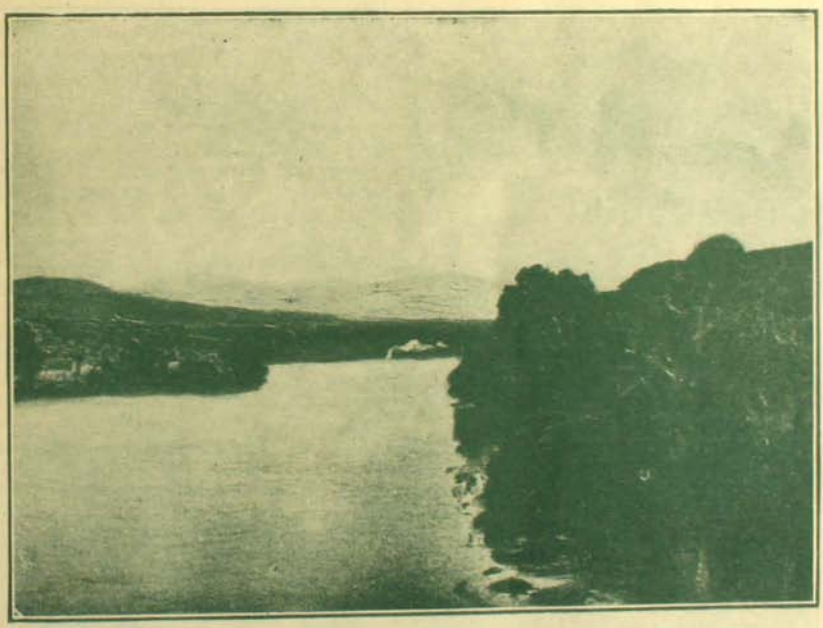
Olivos.—Jenaro Prieto.



Paisaje—Alfredo Araya.



Pataguas.—Luis Strozzi.



Paisaje.—Alfredo Araya.



La ola.—M. Magallanes M.



Riberas del Rio Bueno.—Alfredo Araya.



Patio del convento.—Jenaro Prieto.



En la loma.—Jenaro Prieto.

sidera, una cualidad que, aparentemente por lo menos, se hallará en toda obra de arte que merezca el nombre de tal. No es el esfuerzo desmedido ni la pretensión desconsiderada los que cuentan en la apreciación de la labor artística; ni la actitud más o menos solemne del artista frente a lo que trata de realizar ha de influir en el juicio que de su obra nos formemos. El resultado de lo que el autor hizo, es decir, la obra misma, es lo que vale. Allí está todo. Y en el caso de los Prieto, Araya, Strozzi y Magallanes Moure, puede decirse que, sin pretender grandes cosas, han llevado a cabo una serie de pinturas y dibujos que agradan, que dan placer al expectador y que despiertan en él ese deseo que sólo hacen nacer aquellas cosas que nos impresionan con deleite: el deseo de posesión.

Campos, horizontes de nuestra tierra, ranchos y arboledas de nuestros campos, visiones de nuestras montañas y nuestros mares, impresiones de paisajes soleados o brumosos; evocaciones, felices casi siempre, de nuestra admirable naturaleza; cielos luminosos o velados, sonrientes en la alegría de las mañanas de sol, graves en la seriedad del medio día, melancólicos en la profunda meditación del atardecer, tristes en la congoja de la noche que llega. No han ido los artistas a rebuscar fórmulas europeas en las revistas ilustradas, ni originalidad estupefaciente en la murga de armonías raras o de líneas retorcidas. Les ha bastado dejarse impresionar por la visión de nuestros paisajes para producir ese amable conjunto de telas y dibujos, en que la espontaneidad y la frescura del color y la variedad de los asuntos tratados, despiertan francamente el interés del visitante.

A los que con acertado criterio prefieren colgar en sus habitaciones un paisaje nacional, en vez de una pacotilla extranjera, esta exposición les da una buena oportunidad de satisfacer tan noble y culta afición.

M.



Señorita Violeta Wightman Hoffman.

Comentando a Charles Maurras

(Apuntes de un realista)

Un fenómeno histórico, sugestivo y notable que se verifica en la actual etapa que la humanidad recorre, lo constituye el hecho de que las doctrinas extremas que imperan hoy en tantas parte del mundo y principalmente en Rusia, se han detenido en las fronteras de Francia. Todos los países europeos, cual más, cual menos se ven corroídos por la horrible llaga política. El antiguo imperio de los Romanoff ha sido devorado. La Hungría está al borde de la ruina. Alemania, el país ordenado y sumiso por excelencia, el organismo viviente, el reloj administrativo político y militar, no es hoy ni sombra de lo que fué. Fuerzas extrañas, desconocidas, intensas, demoledoras, hacen presa del ex-imperio y la república naciente es caótica, indefinida y sujeta a los más duros vaivenes y a las pruebas más crueles. En Inglaterra la convulsión existe latente en las antiguas y libres sociedades de obreros. Italia y España tiemblan por el mañana y las demás naciones del viejo continente sufren todas la amenaza sangrienta y perenne del anarquismo en acción, del anarquismo llevado a la práctica, que hemos dado en llamar bolshevikismo.

Era de esperar que todas estas traducciones violentas de una democracia mal entendida, hubiesen prendido también en la cuna de la revolución, en la patria del socialismo que canta la Internacional, en el país apasionado y vehemente, donde se desarrollaron, hace más de un siglo, acontecimientos parecidos a los que hoy tienen por teatro a Rusia. Pero los hechos parece que contradicen la psicología y el atavismo históricos del pueblo galo y nos demuestran que el maximalismo no fructifica en el noble suelo de la madre Francia.

Interrogado hace poco sobre fenómeno tan admirable el jefe de los monarquistas franceses, Monsieur Charles Maurras, así ha contestado a las preguntas de los socialistas, Thomas y Renaudel: "El maximalismo no tiene raíces en Francia. Su única fuerza está en la situación de los jefes y miembros del partido socialista en el Parlamento. La opinión pública francesa es refractaria a esa idea como lo prueba la falta de agitación que se comprobó después de la condena de Malvy y de la absolución de Villain, el matador de Jean Jaurés. La situación de ánimo creada por la victoria es contraria a esa idea y lo son también todos los intereses conscientes. Sólo podría responderse a ella por excitaciones de los jefes o por descontentos individuales, que son fáciles de calmar."

Y no sólo ha dicho el ilustre leader, que en Francia es imposible un movimiento maximalista, sino que ha hablado de una probable reacción, de una posible vuelta al régimen monárquico, lo que para ciertos espíritus en los tiempos presentes será calificado de insólito y quizás de paradojal. Pero si estudiamos con serenidad la marcha seguida por la política francesa durante los cuatro años de guerra, lo que a primera vista nos sorprendería, tras un estudio tranquilo, será claramente perceptible para ánimos desapasionados y serenos.

Para nadie es un secreto que los políticos republicanos franceses no fueron afortunados en su actuación pública antes de haber sentido sobre ellos la mano de hierro de Clemenceau. Administrativamente la república francesa hizo un papel deslucido durante los días aciagos en que era incierta la victoria.

La censura era el tamiz que cernía las impresiones del público para que no pasasen aquellas que a juicio del censor fuesen desalentadoras o perturbadoras de la unión y el patriotismo necesarios para resistir al tenaz e incontrastable esfuerzo alemán. Era na-

tural que el soldado se resintiese de la aspereza de la lucha, era natural que sus quejas fuesen a descorazonar a los parientes, ya fatigados por la desastrosa y cruel prolongación de la guerra, era natural que esos parientes se reuniesen y comentasen lo que se les comunicaba y en el comentario fuesen envueltas las frases de desaliento, de fatiga infinita y de anhelo de descanso y término de tanta desgracia. Esto era lo que la censura quería evitar, y en realidad evitaba, tarjando en cartas y periódicos las frases y noticias que pudiesen disminuir la fe en la victoria, en la justicia de la causa o en la bondad del Gobierno. Pero había impresiones que no era posible atenuar, opiniones que se generalizaban y trascendían a todas partes a pesar de las cortapisas, prohibiciones y vigilancias. Se susurraba, se decía y se hablaba con amargura de la esterilidad del Gobierno republicano ante los problemas creados por la guerra. Se comentaba desembozadamente el hecho de que a principios del conflicto, ciertos gobernantes acogieran la movilización con frases de cruda protesta y el que algunos diputados se hubiesen opuesto a las leyes salvadoras cuyo perentorio despacho exigía la creciente ola de la invasión. Más tarde los austeros dirigentes trepidaron en conceder a Joffre la suma de atribuciones que las circunstancias requerían y otros parlamentarios llegaron hasta reclamar por la destitución que el generalísimo hizo de los jefes ineptos, cuyo puesto se debía a las influencias políticas o a sus afinidades masónicas.

No podía el masón Joffre, a juicio de ellos, separar del ejército a los cofrades que nada valían, pero que habían asistido con él a las logias y a las tenidas.

Por un milagro debido a la energía de dos o tres jefes clarividentes se había aceptado el servicio obligatorio de tres años; pero en cambio la costumbre de deliberar estaba difundida en el ejército a causa de la intervención continua de los políticos y masones en los asuntos militares. Puede decirse que los generales franceses, antes de que Clemenceau tomase las riendas del Gobierno, estuvieron en continuo choque no sólo con el enemigo exterior, sino con los ministros, los senadores y diputados, que no podían convenir ni aceptar el que las cuestiones de la milicia se tramitasen sin el beneplácito de ellos.

La masonería y la constante ingerencia de los gobernantes civiles en los asuntos militares habían originado en los generales la falta de seguridad en sí mismo, porque a cada paso veían su autoridad desconocida y suplantada por otras que podían más aunque supiesen menos en todo lo relativo a la defensa nacional. La discusión era constante en el parlamento, las opiniones allí se vertían con rapidez y abundancia deslumbradoras y los tribunos, desde su cómodo sillón de congresales, censuraban y enmendaban la plana sobre todo a los militares católicos que luchaban sin descanso en las trincheras y oponían sus pechos como barrera al invasor. Esa eterna discordancia entre los que nada hacían y los que lo hacían todo, entre los que opinaban y los que obraban, entre el elemento político y el militar era desalentadora para los que derramaban su sangre, luchando sin descanso, día tras día y noche tras noche en los montículos, en las hondonadas, escondidos en las trincheras y en el libre campo barrido por los obuses y la metralla. Desalentadora era también para el pueblo, modesto, sufrido y reflexivo, y para todos los franceses, que sólo querían el bien para el suelo querido en que nacieron.

Y ese desaliento convirtióse luego en angustia, en angustia pública, cuando se supieron los escándalos y las prevaricaciones de esos mismos políticos que tanto hablaban, tanto aconsejaban y tan poco hacían. Aún hoy, al volver la vista hacia atrás, todos esos acontecimientos llevan al ánimo la más profunda decepción. La negra historia en que aparecen como actores Caillaux, Malvy, Duval, Humbert, Lenoir, Turmel, Desouches y Bolo Pashá, en que cual más, cual menos, aparecían comprometidos todos los dirigentes de la política francesa; todos los nombres que en alguna forma más o menos expectable aparecían en los periódicos y en las revistas; todos esos nombres que a diario desfilaban del Elíseo a la Cámara de Diputados y desde ahí al Cuartel General del Ejército.

Permítasenos recurrir a una opinión exagerada pero sincera, ciega quizás, pero bien inspirada: las columnas de "L'Action Française", el diario de León Daudet, el que abrió los ojos a tantos franceses que aún creían en la incorruptible acción de los políticos republicanos. En uno de sus números el valiente periódico traía el siguiente artículo:

"Lo que hasta aquí se desprende de los debates de "l'affaire" del **Bonnet Rouge**, (los cuales serán completados por los debates de los demás "affaires" pendientes— principalmente en lo que a Caillaux y a Malvy se refiere) es que, **durante los tres primeros años de la guerra, la Francia ha sido traicionada día tras día.**

Esta traición tenía su centro en el Ministerio del Interior y, por derivación, en la Prefectura de Policía.

Esta traición tenía a su servicio un diario alemán escrito en francés, el "**Bonnet Rouge**" y diversos sucedáneos: la "**Tranchée Republicaine**", "**Les Nations**", la revista "**Demain**", la "**Agencia Primo**" la "**Agencia Republicana**" de Dolié, etc.

Y además apoyábase esta traición en cierto número de funcionarios más o menos conscientes del papel que desempeñaban. Entre éstos, hay que citar (1) en primera fila, (además del miserable Leymarie) a Maunoury (2), director del gabinete del prefecto de policía, a Dumas y a Mouton, de la prefectura de policía, a Pascalis, que ponía en comunicación a la Prefectura con la Seguridad General, a Sébille, a France, etc.

El doctrinario de la traición era José Caillaux, ex-presidente del Consejo de Ministros, agente alemán, hombre prodigiosamente infatuado, y a cuyas órdenes estaban una media docena de alemanes y alemanizados, entre los cuales figuraban, en primera fila, Emilio Ullmann, ex-director gerente del **Comptoir National d' Escompte**, Arturo Spizer y los Merzbach.

Caillaux es un traidor por cuanto ha procurado, durante la guerra, hacer triunfar la tesis de ese acercamiento franco-alemán a que debió su fortuna política anterior a la guerra y que fué, en aquel entonces, sostenida por el diario "Le Gil-Blas" de los Merzbach y los Rosenberg. Creíase dueño de la Cámara y del país hasta el punto de juzgarse capaz de trastornar nuestras alianzas en provecho del enemigo.

El preparador y organizador de la traición



León Daudet.

era Malvy, Ministro **inamovible** del Interior, en seguida miembro del Comité de Guerra, secundado por su jefe de gabinete y factótum Laymarie. Mientras Caillaux es el símbolo de un sistema, Malvy es pura y simplemente el símbolo de la venalidad. Hay que representárnoslo entre Guillermo Desouches (3) detentador del "fonds Hohenlohe", (o sea del dinero especialmente destinado por el enemigo para sobornar a los altos funcionarios franceses) y bribones de la laya de un Almereyda, de un Landau (4), de un Goldsky (5) o de ese Alfredo Dubarry, fundador del diario Derrotista "Le Pays" o aún de ese Sebastiano Faure, anarquista, polizonte, director del diario "Ce qu'il faut dire", o aún de ese Guilbeaux, director de "Demain" o finalmente de un Gastón Routier, empleado del Embajador alemán en España, príncipe Ratibor.

No hay un solo agente alemán, entre aquellos cuyos nombres han salido a plaza, que no haya estado en relaciones directas o indirectas con el miserable amante de Nelly Beryl, con el protector de la Kovacs y de Frida Lippmann, desde el primer día de la mo-

(1) El 15 de mayo, cuatro días después de publicado este artículo, Leymarie fué condenado por el Consejo de Guerra, en el asunto del **Bonnet Rouge**, a dos años de prisión y a 1.000 francos de multa.

(2) Por orden del general Guillaumat, gobernador militar de París, Maunoury fué reducido a prisión, como lo anunció el cable tiempo atrás.

(3) Desouches está preso por el asunto Humbert y será juzgado con el ex-director de **Le Journal**.

(4) El mismo día que Leymarie, Landau fué condenado a ocho años de trabajos forzados.

(5) Goldsky (su verdadero apellido es Goldschild) fué condenado el mismo día a 8 años de trabajos forzados y a la degradación militar.



Malvy.

vilización hasta el 22 de julio de 1917 (fecha de la caída ministerial de Malvy).

No hay uno solo de nuestros proyectos diplomáticos o militares, conocido por Malvy, que no haya sido comunicado por Malvy a su cuadrilla, y, por esta cuadrilla, al Gobierno alemán.

No hay un solo esfuerzo en contra del espionaje alemán que no haya sido contrarrestado por Malvy.

Entre los oficiales patriotas encargados de reprimir ese espionaje, no hay uno solo que no haya sido, primeramente, molestado por Malvy, y, finalmente, destituído por arte del mismo Malvy.

Durante dos años, Malvy ha subvencionado abiertamente al "Bonnet Rouge" y ha andado de jarana en los principales "bouges" de la capital, acompañado de Almereyda, su prefecto de policía particular y a la vez guardia de corps de Caillaux. Cuando, por casualidad, Malvy no podía ir al Vesinet, donde tenía instalada a la Beryl, era Almereyda quien iba en su lugar. Almereyda, en seguida Guilbeaux, con certificados falsificados, y, finalmente, Duval, (6), eran los corresponsales ordinarios de Malvy con los agentes alemanes establecidos en Suiza, en Zurich, en Ginebra y en La Chaux-le-Fonds.

Es claro que ahora no daré en este artículo los pormenores que poseo sobre todos estos puntos. Pero el gran maestre (en compañía con Almereyda) de las elecciones legislativas de 1914 y siniestro jaranero de Burdeos no perderá nada con la espera.

Al cabo de dos años, sabiendo que "La Action Française" poseía la clave de aquella traición, Malvy se arregló para que su connivencia criminal con la gavilla del "Bonnet Rouge" se hiciese menos patente. El procedimiento de que se valió para esto fué el que, en lenguaje comercial, se llama "contre-lettre". Más claro: ambos, Malvy y Almereyda, declararon, a quien quería oírselo, que ya no eran tan íntimos amigos como antes, que desde algún tiempo diferían de opinión en política. Pero siguieron estrechamente relacionados el uno con el otro y los funcionarios de la Sureté (oficina de Seguridad General) recibieron reservadamente de Leymarie el encargo de distribuir a la gente del "Bonnet Rouge" los mismos pasaportes que antes. Esto os explica las **contradicciones que hay entre la vigilancia a que pretendidamente estaban sometidos estos criminales, y los favores con que su Malvy-Beryl seguía colmándolos.**

Tenía que ser así. Malvy, por causa de su mala vida, estaba en poder de ellos, y la repartición de las ganancias de la traición no le permitía evadirse. Así, la necesidad en que se halló la alta policía de proceder a la detención del bandido (de Almereyda) fué seguida casi inmediatamente del asesinato de éste. Para cerrarle la boca a un maestro cantor de ese porte, había un medio, uno solo: estrangularlo. La cárcel de Fresnes se encargó de ello.

Ante semejante evidencia, ante tamaña acumulación de hechos y atentados, los politiqueros que debían a Malvy su elección o que habían sido colaboradores del "Bonnet Rouge" no podían sino confesar su error y poner a los criminales en manos de la justicia. Extraviados por el espanto y por la pasión política, prefirieron dar el vergonzoso espectáculo de media docena de sesiones de la moribunda Cámara dedicadas a la insensata apología del amante de Berly y del amigo de Almereyda. Inútiles manejos, aullidos sin provecho, puesto que una parte de la verdad es conocida ya y la otra parte lo será luego inevitablemente. Esto en el preciso instante en que la Alemania, valiéndose de la defección rusa, preparaba el consabido

(6) El 15 de mayo, Duval fué condenado por el Consejo de Guerra a la pena de muerte y fusilado poco después.

esfuerzo. Ignoro si en la historia existe otro ejemplo de semejante ceguera."

El cuadro que nos presenta Leon Daudet es realmente terrible y envuelve el desprestigio casi de la República.

¿Qué pensaría de todo esto el pobre soldado que durante cuatro años vivió la horrible vida del campamento, con la eterna y contínua amenaza de la muerte sobre su cabeza, qué pensaría, repetimos, de políticos como Caillaux, que aceptaban el oro extranjero para llegar a una paz deshonrosa? ¿Que fe acordarían los que iban al matadero, los que sufrían sin descanso, los que trabajaban en las fábricas, los que araban el suelo, el burgués y el labrador, el noble y el oficinista, qué fe acordarían a los que sin temores por la propia vida, así comerciaban con el honor de la patria?

Seguramente que el pensamiento popular ante tales hechos hacía un balance de los bienes y de los males que había traido la República a Francia y en él no salía muy bien parado el régimen de Gobierno entregado, como dice Gustavo Lebon, a un grupo que "comprende la palabra libertad como el derecho de perseguir a su antojo a sus adversarios".

Y ante la amenaza constante y terrible de una posible victoria alemana no disminuían los inmorales sistemas de los políticos. Seguían gobernando como antes de la guerra, sin dárseles un ardite que la patria estuviere en grave peligro. La masonería imperaba como antaño y Caillaux el inescrupuloso no desesperaba de conseguir sus propósitos ya que conservaba íntegro su poder. Dejemos la palabra a un periodista americano y rememoremos con él la vida pública francesa para darnos cuenta el poder y de la audacia de Caillaux. Hé aquí las revelaciones hechas por Mr. Charles Johnston, publicadas en uno de los suplementos de "The New York Times."

* *

"Joseph Caillaux, ex-jefe del Gobierno francés, cuyos procesos por traición esperan su turno, ve, quizás por la primera vez, perdida su inmunidad debido a las aclaraciones de Bolo, al responder al interrogatorio de la corte militar que lo condenó a la última pena.

La racha de su larga inmunidad puede ser quebrantada, esa inmunidad que le hizo posible enajenar, según sus más violentos acusadores, un territorio patrio igual en tamaño a la mitad de Francia; traicionar los intereses franceses y prostituir el honor de la nación con el fin de acumular una gran fortuna, sacrificando la información diplomática que llegaba a su poder como jefe del gobierno; dedicarse por años, y sobre todo durante esta guerra mundial, a cuantiosas intrigas internacionales contra su propia patria,—y hacer todo esto, no sólo sin castigo de ninguna clase, sino con una seguridad y un prestigio que lo colocaron al frente de las más notables personalidades de Francia, mirando confiado hacia una reelección de su alto cargo.

¿Cómo pudo Caillaux desempeñar en el escenario de la política francesa, y hasta en el del mundo entero, el papel de moderno Mefistófeles, sin purgar hasta ahora su pecado?

La contestación, de acuerdo con mis informaciones, es ésta: existe en Francia, en Italia y en los demás países latinos, una poderosa sociedad secreta que lleva el nombre de Francmasonería, aunque es completamente distinta de la Francmasonería de Inglaterra y Estados Unidos. Esta "Francmasonería Latina" ha venido, durante los últimos 25 a 30 años, desempeñando un papel dominador en la política de Francia, permitiéndole, con sus tentáculos, a manera de octópodo, dominar no sólo el mundo de la política, sino el militar y el financiero, siempre con cierto y definido propósito, y de esta "Francmasone-



Humbert.

ria Latina", en Francia Caillaux ha sido durante varios años uno de los principales directores. Es más, en una de las actividades de esta sociedad, Caillaux fué el jefe supremo. Por consiguiente, pudo valerse y se aprovechó de ese enorme poder secreto de la "Francmasonería Latina", primero para ejercer su inmensa influencia política; segundo, para fomentar una cuantiosa fortuna; y, tercero, para gozar de completa inmunidad, mientras otros hombres menos perniciosos encaraban los cargos que contra ellos hacía la justicia.

Hemos oído hablar con frecuencia del "gobierno invisible" en varios países; pero desde que se estableció la tercera República en



Caillaux.

Francia, aquella nación ha venido palpando su horrenda realidad. La mayor parte del tiempo transcurrido desde 1870, el verdadero poder central no ha estado en el palacio de los Campos Elíseos, residencia oficial del Presidente de la República, ni en el palacio Borbón o sea la Cámara de Diputados, sino en la rue Cadet, sede del Gran Oriente, centro viviente de la Francmasonería Latina en Francia. ¡Y en este templo del misterio, de la rue Cadet, Joseph Caillaux fué uno de los principales sacerdotes!

Para la conducción de su política esta gran sociedad secreta ha tenido tres voces de alarma, enunciadas por sus dirigentes: "Anticlericalismo, antimilitarismo, socialismo". En la ejecución de la primera, ha tratado de imponerle a Francia, no la verdadera libertad de religión como se practica en Norte América, sino el despótico ateísmo y materialismo que caracterizan a esta "Francmasonería Latina" y que la distingue de las respetables comunidades religiosas de Inglaterra y Estados Unidos en la deliberada eliminación de su ritual y de su prédica de toda ilusión hacia el "Gran Arquitecto del Universo".

Tal es la influencia de este militante ateísmo de la Francmasonería Latina en Francia, que cuando M. Méline era jefe del Gobierno se vió obligado en la Cámara de Diputados a defender personalmente a dos miembros de su Gabinete, a quienes atacaba M. Rabier, masón agresivo, porque el Ministro de Justicia había enviado a su propio hijo a una escuela religiosa, mientras el Ministro de la Guerra permitió que su hija recolectara dinero dentro de los muros de una iglesia, con destino a asuntos militares. M. Méline, uno de los más distinguidos estadistas franceses no influenciado por la Francmasonería Latina, ni por la rue Cadet, reprochó elocuentemente al orador del Gran Oriente, por su tiránico fanatismo.

Durante el tiempo en que Caillaux se iniciara en los primeros grados de la Masonería Latina, mostraba en verdad inusitada capacidad para las finanzas. Educado en la escuela de su padre, viejo Ministro de Napoleón III, este brillante joven, poseedor de gran fuerza de voluntad y envidiable talento, de distinguida posición, de poderosa fuerza magnética, con evidentes rasgos de aristocrática superioridad y prestigio, hizo una profunda impresión en sus más humildes hermanos de masonería, resultando de ello que ascendió rápidamente de grado en grado hasta llegar a ser uno de los más poderosos leaders del "Gobierno invisible", cuyas invisibles líneas se extendieron hasta Italia, y aún hasta el otro lado del Rhin.

Uno de los lazos de unión que Joseph Caillaux supo manejar con mayor ventaja, fué el grupo de banqueros internacionales, con sus raíces en Alemania y ramas en Francia, que tan excelente juego hizo en la política internacional, como, por ejemplo, la confusión de la deuda turca. Mediante sus íntimas relaciones con esos banqueros, Caillaux logró llevar a cabo sus especulaciones personales que lo hicieron millonario (y produjeron su caída del poder en 1911) y mediante también esas mismas fuerzas llegó a ponerse en con-

tacto con la enorme red de intrigas alemanas.

Es curioso notar que este amigo de las finanzas internacionales—y era sólo uno de los del grupo de la Francmasonería Latina que se debatían por profesar esta amistad—apareciera al mismo tiempo como el campeón del socialismo internacional. Los socialistas y los francmasones han laborado codo con codo durante años en la Cámara de Diputados y se unieron una vez más para "derrocar" la propaganda, y en las intrigas de una traidora "paz alemana".

La afiliación socialista fué en parte la causa del antimilitarismo que constituyó en una época la voz de alarma del Gran Oriente y de la rue Cadet. Se manifestó en forma muy difícil de comprender y hasta, al principio, de darle crédito: en la implantación de un esmerado sistema de espionaje, que se proyectó en todo el ejército francés, desde el mismo Ministerio de la Guerra en París; sistema de espionaje que tenía por objeto escudriñar la fe religiosa y prácticas de oficiales y clases, sobre todo de aquéllos de elevado cargo, con el deliberado propósito de diferenciar entre ellos aquellos oficiales cuya naturaleza religiosa poseía elementos más positivos que el ateísmo material, tal como lo requería la pandilla de la rue Cadet, que había abolido al Gran Arquitecto del Universo. El resultado natural fué que oficiales ambiciosos se esforzaron para ganar, no la ciencia militar, sino grados masónicos, como medio de ascensión. Bajo el Ministerio de Emile Combes este sistema de ascensos masónicos asumió tales proporciones que culminó en un gravísimo escándalo público, del cual fué centro el general André, Ministro de la Guerra, y en la caída del Ministerio de Emile Combes.

Pero las intrigas militares de la Rue Cadet tuvieron otro y hasta más peligroso resultado. Se recordará que, poco después que el general Joffre asumió el comando supremo del ejército francés, surgió un movimiento, con toda probabilidad inspirado por el mismo Joffre para aumentar el ejército francés en una mitad más, mediante la simple acción de pedirle a la juventud francesa que permaneciera tres años bajo banderas en lugar de dos: la ley de tres años, como llegó a llamársela. Esta ley no sólo era de vital necesidad como arma de defensa contra los bien conocidos propósitos de Alemania de atacar a Francia, sino que constituía, además, una medida que irritaba furiosamente al imperio alemán. No bien se propuso la ley, el agregado militar francés en Berlín comunicó al Ministerio de la Guerra en París que "de un tiempo a esta parte era cosa corriente encontrarse con personas (en Alemania) quienes declaraban que los planes militares franceses eran extraordinarios e injustificados. En cierto salón, un miembro del Reichstag, que no es un fanático, hablando de la ley de tres años en Francia llegó a decir que "¡constituye un desafío y no lo toleraremos!". Efectivamente, Alemania atacó a



Clemenceau.

Francia en 1914, antes que la ley de tres años de servicio se pusiera en práctica.

Pero no fué solamente en los salones de Berlín donde dicha ley, y su padrino M. Barthou, fueron severísimamente criticados. En la alta Cámara y en el Palacio Borbón, la unida falange socialista y la masonería latina pusieron la voz en el cielo contra el aumento del ejército francés, gritando: "¡militarismo!", e hicieron cuanto les fué posible, en nombre del espúrio "humanitarismo" de los socialistas, para entregar a Francia, desarmada y desorganizada, a la indulgente clemencia de los alemanes.

Cuán formidable fué la oposición de la "Masonería Internacional" para fortalecer el ejército en Francia se puso de manifiesto en un informe publicado a raíz de la caída

de Caillaux, en enero de 1912, y en el momento preciso en que la ley iba a entrar en vigor:

"Se calcula que en el momento actual (1916) 300 diputados (de 580) y 180 senadores (de 300) son francmasones. La francmasonería dispone, por consiguiente, de una absoluta mayoría en ambas Cámaras legislativas. En cuanto se refiere a los Ministerios, en los últimos veinticinco años han estado también en mayoría los francmasones".

Hay, sin embargo, honrosas excepciones.

Cuando el Gobierno de Caillaux se vino abajo, Raymond Poincaré tomó las riendas del Gobierno, desempeñando el alto cargo de jefe hasta su elección para la presidencia de la República, el 17 de enero de 1913. Fué reemplazado en el Ministerio por Aristide Briand, quien formó su Gabinete el 8 de marzo del mismo año; M. Briand es otro de los estadistas franceses no influenciados por la política del "Gran Oriente", y lo mismo puede decirse de Jules Meline y Barthou, campeón este último de la ley de tres años, cuyo propósito era levantar ante Francia, y, por lo que ahora sabemos, ante nuestra civilización, una triple muralla de defensa contra Alemania.

Mucho más podría decirse de las actividades pro Alemania de la "Francmasonería Latina" en Francia, pero con lo expuesto me parece haber dicho lo suficiente, según creo, para demostrar el inmenso peligro que encarna el carácter de esta enorme red de intrigas secretas."



El padre del conde de París.

Hasta aquí Mr. Johnston.

La comparación, la reflexión y sus consecuencias han llevado seguramente al pueblo francés al resultado final de que sus sacrificios fueron poco apreciados por sus gobernantes, de que sus esfuerzos no merecían apoyo de parte de los mismos y de que nada servía luchar si los que debían infundir valor y resignación, tendían la mano interesada al enemigo. La desconfianza fué la consecuencia de estas premisas y el convencimiento de que los republicanos gobernantes de Francia, diputados, ministros, funcionarios y aún periodistas **nada llevaban en sí que resumiese y significase el ideal grandioso de la Patria por que se sufre y se muere.**

Hubo un tiempo en que Joffre arrastró las simpatías de la Francia entera, era su personalidad la que condensaba todo lo que se había hecho y se hacía en contra del enemigo todos los sacrificios de todos los franceses, todo lo que se sentía y se pensaba, todo lo que alcanza y todo lo que incluye la palabra Patria. Pero los gobernantes, los congresales y ministros creyeron que la autoridad confiada al generalísimo, era excesiva y que el prestigio que había alcanzado ante el país y ante el mundo, era quizás una amenaza para las eficaces instituciones republicanas..... Más tarde pasó lo mismo con Nivelle y después con Petain y nada nos asegura que no hubiese pasado con Foch si éste no hubiera tenido a su lado el apoyo poderoso del viejo "tigre".

Este último, Clemenceau, ¿qué ha sido, qué ha representado? Sencillamente la unidad, la centralización, la autoridad que no se dejaba invadir ni atropellar. Durante un año él ha sido el verdadero **monarca** de Francia y como tal puso el pecho firme a las exigencias, a los empeños, a las influencias de los masones, que a diario llevaban interpelaciones al Congreso, cuyo único objeto era desorientar y debilitar la defensa nacional. En una sesión memorable, cuando Clemenceau apenas se hacía cargo del poder, así contestó, a un discurso casi subversivo de un diputado: "He dado explicaciones acerca de la situación militar, ante el comité militar de la Cámara. No puedo decir más en público y me negaría a pedir una sesión secreta para dilucidar los asuntos de la defensa nacional. El país debería saber lo que ocurre en la Cámara, que controla al

Gobierno, puesto que el país controla a la Cámara.

Ciertas personas esperaban que yo tomaría medidas enérgicas en contra de algunos jefes militares que merecen la gratitud de la Patria; estas gentes están equivocadas: eso sería una cobardía que jamás cometeré."

Y en cada ocasión que los diputados se creían en el deber de pronunciar discursos con tendencias intervencionistas, la palabra de fuego del premier les hizo comprender que había un poder superior que no permitía que se siguiera en el terreno de la suspicacia y de la desconfianza, que había un poder superior que no admitía las influencias políticas que no temía a la camarilla de Caillaux y que ordenaba proceder enérgicamente en contra de los traidores, denunciados por León Daudet.

¿Será aventurado, pues, creer que la República no ha correspondido en Francia a las expectativas en ella fundadas; será aventurado creer que los políticos no han correspondido a las esperanzas que en ellos cifraron los franceses ansiosos de salvar a la Patria?

❦ ❦

Mientras tanto, al lado de aquellas gentes que tan poco comprendían su responsabilidad ante el país, había una casta desterrada, vilipendiada, excluída casi de los cargos públicos, y a la cual, en toda forma y en todos los tonos la República se encargaba de desprestigiar. Ella era la de los nobles, la de los realistas, que formaban todos en las filas, que peleaban todos sin discutir y sin tregua, la de los grandes nombres de Francia, jefes y soldados que desempeñaban el mismo rol que en los tiempos **en que había un hombre, un jefe, rey o emperador, que llevaba en sí y resumía la idea grandiosa de la Patria.**

Hoy no existe una sola casa de la vieja aristocracia francesa que no lleve luto por uno o más de sus miembros caídos en el campo del honor, durante la titánica lucha iniciada en agosto de 1914. En todos los grandes clubs de París se han fijado en los salones principales de sus edificios dos placas de mármol. En una de ellas se escriben con letras de oro los nombres de aquéllos de sus miembros que han perecido; la otra está reservada para aquellos que han merecido



El conde de París.

el reconocimiento oficial de sus actos de heroísmo.

A esas placas de mármol se les da el nombre de "Cuadros de Honor" y los nombres que en ella aparecen incluyen a algunos de los más ilustres que registra la historia de Francia en sus mil cuatrocientos años.

Josselin, duodécimo duque de Rohán, y decimocuarto Príncipe de Lion, era miembro de la Cámara de Diputados al estallar la guerra y en tal carácter se hallaba exento de prestar servicio militar. Fué de opinión, sin embargo, que representaría a sus electores de la Bretaña de una manera más eficaz en el frente de operaciones que en su curul del Palacio Borbón. Por tal motivo se alistó en su antiguo regimiento, el 2.o de Cazadores de a caballo, y recibió la Cruz de Guerra en la batalla del Marne, librada en 1914, en la que fué herido de suma gravedad.

Al restablecerse, volvió de nuevo al frente, voluntariamente, como oficial de los Cazadores alpinos de infantería, habiendo optado por ese cambio en vista del hecho de que la infantería entraba entonces al fuego con más frecuencia que la caballería. Herido una vez más, recibió en esta ocasión la Cruz de la Legión de Honor. En el momento en que convaleció de sus heridas, volvió por tercera vez al frente, y llevaba unos cuantos días en las trincheras frente a Verdun, cuando pereció gloriosamente en una acción de armas.

En febrero último, el joven Duque de Chevreuse dió la vida por su patria, como oficial del cuerpo de aviación, en el frente alemán.

Era el hijo mayor y el heredero del décimo Duque de Luynes, que pocas semanas antes recibiera la Cruz de la Legión de Honor por sus brillantes servicios en los frentes de Francia y de Rumania.

De una edad que había pasado bastante de los cincuenta años cuando estalló la guerra, y a pesar de ser el jefe reconocido del partido realista, de Luynes se incorporó a su antiguo regimiento, el decimoséptimo de Cazadores de a caballo y peleó en la batalla del Marne, de 1914, donde se ganó la Cruz de Guerra. Sus propios servicios, y el sacrificio de la vida de su hijo mayor, el Duque de Chevreuse, por la causa de la patria, se encuentran en todo de acuerdo con las tradiciones de su casa. Porque no debemos olvidarnos de que el padre del actual Duque de Luynes pereció heroicamente en la batalla de Patay, en 1870, durante la guerra franco-prusiana.

Entre los otros títulos que durante la presente guerra han dado la vida por la patria, figuran el duque y príncipe Ernesto de Arenberg, y el Duque Guy de Lorges, a quien ha sucedido su hermano Roberto, que también se alistó al comenzar la guerra como soldado raso y hoy se muestra orgulloso de sus galones de sargento, así como de la Cruz Militar, ganada en el frente de las operaciones.

Entre los muchos duques franceses que han perdido sus hijos en la guerra, no debemos olvidarnos del Duque de Lesparre y del duque de Poliguac; además, de Antonio de Orleans, hijo del heredero del trono, muerto en noviembre de 1918, en un raid aéreo.

Los ilustres apellidos de la Francia monárquica, estaban de tal manera unidos al país que los unos eran casi inconcebibles sin el otro, los unos eran el producto del otro; éste era complemento de aquéllos y viceversa y la palabra Rey era casi sinónima de Patria. Los políticos de la República son completamente ajenos a la Francia, a la entidad nacional, porque, en el mejor de los casos, pasan por las esferas del poder como meteoros, sin dejar rastros ni huellas. Su responsabilidad ante la opinión pública está tan dividida y depende de tanto factor que casi es ilusoria. La responsabilidad de los gentilshombres y de los funcionarios de la monarquía era constante, perenne, alcanzaba a las generaciones y en todo momento era controlada por el Rey. Los actuales miembros del partido monárquico no pierden esa psicología atávica y hoy, ante el espectáculo de los parvenus discutidores eternos y ante los gobernantes inescrupulosos de la República, siguen considerándose representantes del viejo honor francés y han dado su sangre y su vida sin quejarse al pie de la bandera tricolor, que para ellos representa lo mismo que el antiguo oriflama de las flores de lis. Ellos conservan el relicario del antiguo valor, de la hidalguía de antaño y del estricto cumplimiento del deber.

Ante las virtudes modestas, heroicas de los partidarios de la monarquía, ante su noble abnegación, ante su silencio tan digno como necesario, el sentimiento público se ha sentido impresionado y el espíritu de analogía se ha vuelto intuitivamente hacia las continuas salidas de tono de los representantes que se dicen elegidos por el pueblo. Nadie hoy día en Francia hay que no experimente desaliento y cansancio ante las explosiones del sectarismo, que no hace muchos años llevó a los gobernantes franceses hasta el proteccionismo estúpido a los masones, hasta establecer el espionaje en el Ejército, hasta provocar las persecuciones religiosas, más absurdas hoy que en los tiempos de Carlos IX.

No nos guía el apasionamiento ni el sectarismo. Miramos esta cuestión desde un punto de vista mucho más imparcial, más elevado y más sinceros que el que pueden suministrar los sentimientos religiosos, tomados como única norma de la vida; pero no es posible negar la evidencia, no es posible suprimir consideraciones ante la conducta que el Gobierno francés ha observado en los últimos años con la Iglesia Católica. Persecuciones inconcebibles en este siglo de libertad y tolerancia, en que todas las asperezas que dividen los más hondos ideales tienen que reducirse, suavizarse y acercarse. Persecuciones que llegaban hasta el seno de los conventos, donde mujeres inofensivas dedicaban su vida a consolar los dolores humanos, persecuciones que llegaban hasta la celda obscura y solitaria del que quería vivir ignorado para siempre, persecuciones que hacían pensar, sin querer, en los tiempos remotos en que Fernando el Católico e Isabel de Castilla decretaban la expulsión de los moros y judíos, hecho que constituye la principal causa del enorme decaimiento de la que en otros tiempos fué la

gran España. Política de persecuciones, política contraproducente, contraria a todos los principios democráticos, producto de la ignorancia y del orgullo de politicastro y demagogos de profesión.

La guerra, que tantas enseñanzas ha acumulado y tantos prejuicios ha extinguido, también ha hecho renacer en Francia una planta cuya raíz nada pudo arrancar.

El sentimiento religioso, el hecho de acercarse a lo sobrenatural en los momentos de prueba, se manifestó en todos los instantes en que un poder ultraterreno pesaba sobre las existencias en las trincheras, donde se llevaba aquella vida tan cercana al peligro. Nunca faltaba un hombre abnegado, silencioso y prudente que en las numerosas horas de exterminio elevase al cielo una plegaria, que al principio quizás fué mal comprendida, pero que al pasar de los días y los meses fué el alimento más potente del espíritu y quizás del cuerpo. Cuando el tiempo corrió, a nadie le causó risa ver a los soldados recogidos al pie del altar, porque el dolor acerca a Dios y todos los que rezan de nuevo, los que sienten la fe religiosa como consuelo y fortaleza, arrostran los peligros y las penas con ánimo más tranquilo y más sereno.

Y esos mismos clérigos, religiosos, monjas y frailes, sin insinuar siquiera la resistencia, ante el peligro de la madre común, acudieron a las filas, sin acordarse ni por un instante de las injusticias, de las humillaciones y de los atropellos de que fueron víctimas en muchas ocasiones y como oficiales, como pastores, como delegados del Maestro Divino, como enfermeros, como dispensadores de consuelo, como soldados, como angarilleros, nada escatimaron de su sangre, de su salud, ni de su vida. Seguramente que no todos los impulsores de la ley de 1901, que puso en ejecución el imprevisor de Combes, podrán decir lo mismo!

Todos estos hechos, todos estos fenómenos, todos estos acontecimientos ya pasados, no se escapan al comentario del pueblo inteligentísimo y justo, al comentario de todos los franceses cuyo espíritu se ha templado en los campos de batalla, y de ese comentario ha nacido una tácita justificación para los que antes fueron objeto de menosprecio, de burla, de persecución y una desconfianza cada día más acentuada respecto de los gobernantes malos, cuando no faltos de patriotismo.

* *

Pero entiéndase bien que eliminamos en la forma más amplia, más absoluta y más sin reservas, de todas nuestras consideraciones al gran Clemenceau. Al contrario, su actuación, su personalidad y su historia refuerzan nuestras ideas y nuestras opiniones. El, no sólo ha salvado a la Francia sino que sigue defendiéndola en las sesiones del Congreso de la Paz. Su figura gigantesca se ha impuesto al Presidente Wilson, que ha dado en considerarse la primera figura de la humanidad; en

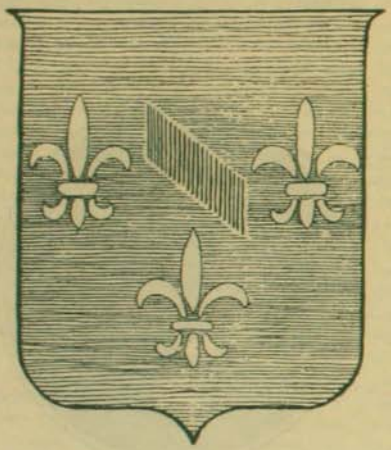


El duque de Orleans, heredero del trono.

cada declamación utópica del mandatario americano, la frase acerada de Clemenceau ha sabido encontrar lo iluso y lo irrealizable. Nada han podido las ambiciones idealistas del que se cree depositario de la tradición de Washington, ante los zarpazos del "Tigre", que merece ser el rey de Francia! Todos los delegados al Congreso de la Paz, todos los hombres conscientes de todas las naciones beligerantes han podido apreciar las diversas fases de la personalidad de Clemenceau. Aisladamente la Francia y el gran Ministro, son dos entidades que se comprenden y que se completan en la misma forma en que se completaban los gentileshombres con el rey, en que se unían la Francia con sus antiquísimos e ilustres nombres. ¿Cómo es que

los que se escandalizaban y escandalizan ante el poder real se han sometido tan en absoluto a lo omnímodo del poder de Clemenceau? ¿En qué han quedado los principios de libertad y firmeza de opinión, ante la sumisa y tímida actitud de los congresales ante Clemenceau?

Quizás se repite el caso de Boulanger... El espíritu monárquico, sus tendencias y su tradición se revelan en Francia. Hasta en los detalles, en los nombres, en los títulos, en las condecoraciones, hasta en esos acciden-



El escudo de los Borbones.

tes se hace ostensible el respeto que los franceses tienen por la forma de Gobierno que dió a su país tantos siglos de gloria.

* *

Volviendo a Monsieur de Maurras y a sus declaraciones ante los socialistas, debemos convenir en que el jefe realista está en la verdad. El ha estudiado, él ha observado, ha puesto al servicio de la causa su espíritu finísimo y en sus respuestas abarca todo el sentir de la Francia. Refiriéndose al caso actual, a la situación de su patria después de la victoria en tópicos precisos y cortantes ha expuesto la situación.

A su juicio, las consecuencias de la guerra dependerán de las condiciones de paz. La conservación de la unidad alemana y la falta de indemnización convertirían la victoria en desastre. Copiemos sus propias palabras: "es preciso que Alemania pague y que pierda su unidad de comando político. La ocupación de la ribera izquierda del Rhin es insuficiente para nosotros, pues sólo constituye una ilusoria vigilancia sobre los armamentos del enemigo. Sólo la destrucción de la unidad política alemana nos dará garantía plena.

Esto constituye, por otra parte, **la razón de nuestra causa monárquica**, pues nada ha habido de mayor eficacia que el esfuerzo incesante de nuestros soldados para defenderla. Nosotros nos hemos abstenido de violencias contra los gobiernos regulares, porque éramos la espada de Francia, que sólo debía emplearse contra el enemigo.

Pero estamos dispuestos a estrechar nuestras filas y a no faltar a nuestra idea en el momento oportuno.

Nunca como ahora, "L'Action Française" ha multiplicado sus demostraciones e ideas y nunca su obra ha dado mejores resultados, porque la guerra ha hecho reflexionar a todo el mundo y todos los espíritus están abiertos. En consecuencia, el desenlace de nuestra acción, que tiende al restablecimiento de la monarquía en Francia, está mucho más cerca que antes de lo que pensábamos, es decir, de que encontremos todos los espíritus instruídos y todas las voluntades convencidas.

La Liga de las Naciones no puede significar la reconciliación con Alemania. Si llega a existir alguna vez esa Liga, deberá ante todo tomar precauciones contra los alemanes, precauciones que, a su vez, constituyen las condiciones de seguridad particular de la Francia.

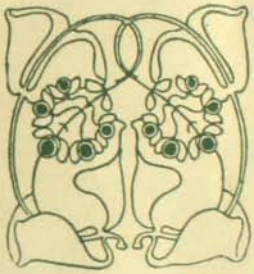
Solución internacional que muchos oponen a las condiciones de salvación de nuestro país, esa organización, en realidad, depende de éstas, pues es una quimera pretender que se establezca la una sin establecer las otras.

Un cambio de régimen gubernativo es siempre probable en Francia, desde que se estableció la República y mientras continúe siendo República. Entre nosotros, la democracia significa instabilidad, es decir, cambio próximo. La única cuestión es la de si ese régimen cambiará para fijar definitivamente la situación de Francia, y esa fijación no puede conseguirse sino con la monarquía.

La guerra no ha dejado ver otra cosa que el renacimiento del patriotismo, que nos ha traído consigo el bonapartismo de otros tiempos, ligado a ese sentimiento por la leyenda napoleónica.

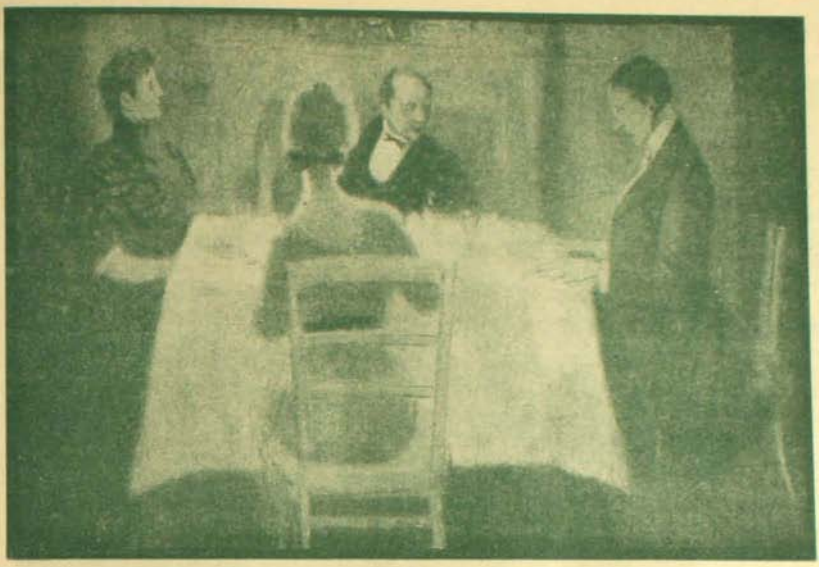
El beneficio de la unidad de Gobierno se ha sentido, no obstante, y la inteligencia del pueblo francés ha comprendido sus ventajas. Se notan cada vez más el descontento y el temor por la inseguridad de los intereses de Francia. Se busca un puerto de salvación y sólo falta que la opinión conciba el valor del principio hereditario para que la restauración de la monarquía sea reclamada."

En definitiva, pues ¿quiénes dieron en Francia pruebas de ineptitud para afrontar la situación creada por la guerra? Los políticos republicanos y masones. ¿Quiénes la salvaron? Clemenceau, que en realidad es hoy el monarca de Francia, y los ultramontanos, como el gran Foch, como Pau, Castelneau y muchos otros generales franceses, nobles, católicos y realistas. Las consecuencias de estos hechos las dejamos al criterio del lector.





Señorita Cármen Valdés Lira.



LIONEL (oliendo de lejos su plato, y rechazándolo ligeramente).—Si ustedes lo permiten, me abstendré... Han debido poner algo ahí dentro...

EL PRIMO RICO

Comedia de Charles Foley

PERSONAJES:

LIONEL	JUANA
CHAMOULOT	Mme. CHAMOULOT
BAUTISTA	JUSTINA

Es en casa de modestos burgueses. Un comedor a la antigua. Tres puertas: a la izquierda, al fondo, a la derecha. La mesa en segundo plano, a la derecha. Un reloj sobre la chimenea. Cerca de la chimenea, botón de campanilla eléctrica. Mezclados con las sillas del comedor, un sofá del salón, dos maletas y un mundo. Hay otros objetos que dan el aspecto de una pieza desordenada, como si sus dueños estuvieran de mudanza.

ESCENA I

Madame Chamoulot, Juana, Bautista y Chamoulot

Madame Chamoulot y Juana, ocupadas en costuras, están sentadas a la izquierda, cerca de la chimenea. Bautista pone el cubierto, a la derecha. Chamoulot, apoyado en el aparador, conversa con Bautista.

Juana (levantándose con impaciencia).—

¡Aquí no hace calor, tía!... ¿Quiere Ud. que ponga un palo al fuego?

Madame Chamoulot (agria).— Quédate tranquila. Nos ahogamos. ¡Cómo se ve que la calefacción no te cuesta un centavo a ti!

Juana vuelve a su asiento y continúa cosiendo.

Chamoulot (prosiguiendo su conversación con Bautista).—¡No necesitas decírmelo, Bautista! Desde el primer día observé que nuestro primo Lionel era millonario.

Bautista.—¡Solamente sus minas de América le producen cientos y miles! ¡Tan rico lo creo que jamás me he atrevido a reclamarle mis sueldos!

Chamoulot.—No, Bautista; en eso Ud. hace mal. Nada de confianza en materia de negocios. Yo siempre he aplicado este principio en mi comercio, y gracias a esto puedo ponerle mantequilla al pan. Yo que Ud., reclamaría.

Bautista.—¿Y por qué Ud., Monsieur Chamoulot, no le cobra pensión por el mes que lleva viviendo en su casa?

Chamoulot.—¿Yo? Es cosa distinta. Como pariente, no puedo manifestarle apuro. Lo que no obsta a que si ofreciera pagar, nosotros...

Madame Chamoulot (sin levantar la nariz de la costura).—¡Eso nos gustaría más!

Chamoulot.—Si fuera pobre...

Bautista (gracejo).—¿Le habrían hecho pagar adelantado?

Madame Chamoulot (levantándose para arreglar el mantel).—¡No lo habríamos recibido! Nuestros medios no lo hubieran permitido.

Juana (admirada, dejando su costura).—¡Vaya! ¿Y por qué?

Madame Chamoulot.—Porque los pobres comen siempre más que los ricos.

Chamoulot.—¡Muy cierto! Tú, por ejemplo, Juana, tan flaca como eres, apuesto a que comes el doble de lo que come tu primo.

Juana.—Ya lo sé; el primo tiene todas las cualidades... salvo una: ¡la exactitud! Comemos a las siete (señalando el reloj) y ya es la media. ¡Treinta minutos de atraso!

Madame Chamoulot examina el cubierto y hace quitar una botella a Bautista. Bautista sale.

Chamoulot (indulgente).—El reloj está adelantado.

Juana.—Yo lo adelanté hace poco rato.

Madame Chamoulot.—Te he prohibido que toques el reloj. Vas a concluir por echarlo a perder.

Chamoulot (indignándose).—¡El reloj de mi madre!

Juana.—¡Bueno! No volveré a tocarlo. Por otra parte, si me inquieta el atraso es por el estómago de mi tío. Ud. sufre con la menor espera. Cien veces me lo ha reprochado a mí... Cierto es que yo no vengo llegando de América, que yo no tengo minas de petróleo, que yo...

Chamoulot (interrumpiendo).—¡Te ha dado a ti con el primo!... Dime, ¿qué te ha hecho ese muchacho?

Juana.—Por de pronto me ha tomado mi pieza.

Chamoulot (encogiéndose de hombros).—¡Una pieza del porte de la mano!

Juana.—Al menos ahí veía claro, mientras que en el cuartucho obscuro donde estoy metida...

Chamoulot.—El primo ha hecho del salón su cuarto de fumar, de la entrada su sala de baño... ¿Dónde quieres que duerma?

Juana.—¡En el hotel!

Monsieur y Madame Chamoulot (indignados).—¡En el hotel!

Juana.—¡Ahí aloja el Rey de España! Pase que pidiera excusas por acaparar la mitad del departamento y de llenar el resto con sus maletas: podría una acomodarse con el primito; pero contraría todos los gustos de Uds. y trastorna todas sus costumbres, sin siquiera aparentar que nota que hay señoras en la casa. Es intolerable...

Se sienta bruscamente atravesada en una silla, cerca de la mesa.

Chamoulot.—¿Y qué te importa a ti? No somos nosotros los dueños de casa?

Madame Chamoulot.—Y bueno sería que pusieras los pies sobre la alfombra en vez de frotar tus suelas en el parquet. ¿Crees que yo voy a hacer venir al encerador todos los días? (Juana obedece nerviosamente) ¡Ah! Ahora déjame de-



LIONEL (de pie, sobrexcitado).—¿Han oído ustedes? ¡Que pase al salón!... ¡Esta niña se burla de mí!

cirte que eres una tonta, que en vez de ponerle mala cara al primo, mejor harías en sonreírle...

Juana (molesta).—¿Oye tío, los consejos que me da mi tía?

Chamoulot.—¿Y qué inconveniente habría puesto que no es casado?

Juana (ligeramente sofocada).—¿De modo que Uds. me aconsejan que me declare a vuestro primo?

Chamoulot.—Tanto como eso, no. Pero, en los tiempos que corren, por fáciles y amables que sean, las jóvenes se casan difícilmente. Es preciso ayudarse, ¡qué diablos! ¿Crees tú que yo me habría casado con tu tía si ella no hubiera puesto algo de su parte?

Madame Chamoulot (vejada y amenazante).—¿Qué quiere Ud. decir con eso, señor Chamoulot?

Chamoulot (intimidado y conciliador).—Quiero decir que tú me has seducido... (Movimiento de Madame Chamoulot)... seducido por tu encanto y tus gracias!

Madame Chamoulot (calmada).—¡En buena hora! Yo, por mi parte, bien pude hacerme rogar, porque (con jactancia) yo tenía dote!

Chamoulot.—Oh! ¡No muy grande que digamos!

Madame Chamoulot.—¡Sin duda; no sería muy grande cuando tú has hecho de ella un bocado!

Chamoulot (desconcertado).—¡Si pudiera decirse! La he colocado en mi negocio y te he entregado el interés.

Madame Chamoulot (haciendo una mueca).—¡En qué forma, Dios mío! (magnánima) Pero, no removamos las cosas del pasado. (A Juana) Tu tío tiene razón, hija mía: eres huérfana, eres pobre, y aunque nos prestas algunos menudos servicios, debes comprender que no hay porvenir para ti en esta casa.

Juana (melancólica y convencida).—¡Lo comprendo!

Madame Chamoulot.—Bueno, pues, si lo comprendes, debieras poner mejor cara al primo.

Juana.—De eso, no entiendo una palabra...

Madame Chamoulot (descontenta y con sequedad).—En todo caso, no pongas los pies sobre los palos de esa silla: le vas a sacar todo el barniz!

ESCENA II

Los mismos, Justina

Justina (entrando por la puerta de la izquierda con dos saleros, que coloca sobre la mesa).—¿Todavía no llega ese señor Lionel? ¡El asado se va a quemar!

Juana.—¡Y a mi tío que le gusta medio crudo!

Chamoulot.—Sí; me gusta el asado jugoso, pero bien cocido. Y con tal que le pongan un poco de comino...

Justina.—Ya le puse. (Gruñona) ¡Ni a las doce de la noche voy a concluir de lavar la loza!

Madame Chamoulot.—¡Justina, hágame el favor de ir a refunfuñar a su cocina!

Justina (retirándose).—Está bien. Allá me voy. ¡Siquiera ese ocioso de Bautista me ayudara en algo; pero no sirve para maldita la cosa. (Cerca de la puerta tropieza con la maleta y se detiene para frotarse la rodilla). ¡Me he pegado tan fuerte! No se puede dar un paso sin estrellarse con maletas. ¡Cuándo diablos dejará libre el camino ese señor! ¡Y todo... porque lo creen rico... porque se figuran que tiene minas de petróleo!... ¡Un cuento para engañar a los niños!

Chamoulot (a su mujer).—¿Oyes?... Un cuento para... ¡Pero, hazme el favor de escuchar!

Madame Chamoulot (a Justina).—¿Quiere mandarse cambiar más que ligero? Justina sale.

Juana (burlona).—¡Justina tiene derecho para hablar del petróleo, después de todo... es un alumbrado de cocina!

Madame Chamoulot (con gesto irritado, en voz baja).—Quieres callarte, desgraciada... ¡Ahí llegó el primo!

ESCENA III

Juana, Chamoulot, Madame Chamoulot, Lionel

Lionel entra por la puerta de la derecha, seguido de Bautista, que le quita su sobretodo.

Monsieur y Madame Chamoulot (con apresuramiento).— ¡Buenas tardes, primo! ¿Qué tal?

Lionel (dándoles un apretón de manos).— Muy bien, muchas gracias. (Tiritando) ¡No hace mucho calor en esta sala!

Coloca su sombrero en una silla, su bastón en una esquina.

Chamoulot (a Juana).—Hace una hora te dijimos que pusieras leña en el fuego.

Juana.—¡No! ¡Esto es damasiado!

Madame Chamoulot (interrumpiendo).— Ya que está Ud. aquí, primo, nos sentaremos a la mesa.

Toca la campanilla. Se sientan los cuatro. Bautista entra y sirve la sopa.

Juana (al sentarse).—¡No me disgusta comer! (burlona) Media hora de atraso parece larga cuando se tiene hambre...

Lionel (antes de sentarse, se acerca al reloj).—No se fíen de esta matraca: se adelanta atrozmente. Voy a ponerlo en la hora.

Juana (simulando espanto).—¡No toque el reloj! Está prohibido.

Lionel.—Para Ud. está prohibido seguramente, porque es una joven aturdida. Pero yo...

Hace girar rápidamente los punteros.

Juana.—¡Tío! ¡Va a echar a perder el reloj de tu madre!

Chamoulot (apaciblemente).—Puesto que él tiene la hora exacta...

Lionel vuelve a la mesa. Toma una cucharada de sopa, y luego hace signo a Bautista de que le quite el plato.

Madame Chamoulot.—¿No toma sopa, primo?

Lionel.—No, muchas gracias. No soy aficionado.

Madame Chamoulot.—¡Ah! ¡Si hubiésemos sabido!

Chamoulot.—Deberías saberlo. No es muy difícil pedir al primo que componga el menú.

Juana (con ironía).—¿Por qué no le envían a la cocina también? Y si quisiera ir al mercado...

Lionel (molesto).—Esta chiquilla quiere burlarse de mí!

Madame Chamoulot (interrumpiendo).— Bautista, llévese la sopa y traiga el jigote.

Bautista obedece, sale y luego vuelve a entrar.

Chamoulot (a Lionel).—Supongo que le gusta a Ud. el jigote.

Lionel.—Mucho.

Juana (con énfasis burlona).—¡Ah! ¡Qué felicidad!

Lionel (aparte, más y más molesto).—¡Me da en los nervios esta chiquilla!

Madame Chamoulot (al servir a Lionel). —Tenga, primo, la mejor tajada...

Lionel.—Si para Ud. no es inconveniente, yo preferiría otra. Esa no está cocida.

Madame Chamoulot (sirviéndole).—Tome, este pedazo le va a gustar.

Lionel (oliendo de lejos su plato y rechazándolo ligeramente).—Si me permiten, me abstendré de tomar... Han puesto ahí...

Madame Chamoulot.—No tiene diente de ajo...

Chamoulot.—Nada más que una pizca de comino.

Lionel (retirando ligeramente la silla de la mesa, como incomodado).—¡Ah, es eso! Ya me decía: ¡qué extraño olor! (Se levanta) Pero, no se preocupen Uds. No es nada. Esto pasará... (se dirige hacia la chimenea) ¡No puedo sufrir ese olor!

Vivamente, Monsieur y Madame Chamoulot se levantan y se acercan a Lionel. Sólo Juana permanece sentada.

Madame Chamoulot.—Vamos, primo, siéntese Ud. Se le va a servir otra cosa. (Hace señas a Bautista, que sale).

Lionel.—No se ocupen de mí, imagínense que ya he comido.

Chamoulot.—¿Quiere té?

Lionel (haciendo un gesto de disgusto).— ¡No!

Madame Chamoulot.—¿Una gota de ron?

Lionel (haciendo otro gesto de disgusto más acentuado).—¡Ni por nada!

Juana.—Yo le aseguro que este jigote está muy bueno.

Lionel.—¡Naturalmente! Era preciso contradecirme.

Chamoulot.—¡No le haga caso!

Lionel (a los Chamoulot).—¡Es fácil de decir...cuando no se tienen nervios! Intencionalmente, vuestra sobrina no cesa de contrariarme. Como no estoy acos-

tumbrado, esto me crispa!... Tanto más cuanto que no estaba mal dispuesto para con ella. La encontraba agradable, alegre, espiritual...

Madame Chamoulot.—Y ahora, ¿la considera Ud. muy tonta?

Lionel.—¡Ah no, eso no!

Chamoulot.—¿Fea?

Lionel.—Menos... Pero, odiosa, muy odiosa. Eso me pone agrio. ¡Ya no me reconozco!

Madame Chamoulot.—Es preciso ser indulgente. La pobrecita no ha tenido suerte. Dejándola pequeñita, sin fortuna, sus padres murieron...

Lionel.—¡Pero quién podría vivir con ella!

Chamoulot.—Cálmese Ud...

Madame Chamoulot.—¡Y no se quede de pie! (A Chamoulot) Acércale el sillón.

Chamoulot se precipita. Lionel se sienta. Juana se ha levantado y, afectando también algo de prisa, ha ido a tomar una alfombra, que coloca con toda seriedad, delante del sillón de Lionel.

Lionel (rechazando la alfombra con impaciencia).—¿Qué significa esto?

Juana (haciendo la ingenua).—Es para no ensuciar el parquet. ¿Se figura Ud. que mi tía va a hacer venir al encerador todos los días?

Madame Chamoulot (A Juana).—¿Qué tienes tú que meterte?

Chamoulot.—¡Vuelve a tu sitio!

Juana se sienta.

Madame Chamoulot (llena de solicitud, a Lionel).—¿Se siente mejor?

Chamoulot.—No deje las piernas colgando: hace mal al estómago.

Madame Chamoulot (a Chamoulot).—Acerca esa silla! (A Lionel) Coloque los pies sobre los travesaños.

Juana (de lejos).—¡Y el barniz, tía; atención al barniz!

Lionel.—Ese olor a comino me persigue...

Madame Chamoulot (tocando).—Voy a hacer que se lleven el jigote!

Juana.—¿Ya?

Lionel (dando un salto).—Esta chiquilla me molesta, y Uds. no le dicen una palabra!

Madame Chamoulot (A Juana).—¡Llévate esa fuente, Juana, llévala!

Juana.—¡Pero Uds. no han comido! Si el olor del comino incomoda al señor Lionel, ¿por qué no pasa al salón?

Lionel (de pie, gesticulando).—¿Han oído Uds.? ¡"Que pase al salón"! Es decir: que me vaya!... ¡Me echa a la calle!... ¿Y Uds. aceptan?... (bruscamente resuelto) ¡Pues bien, me voy, me voy inmediatamente!

Chamoulot (a Juana).—Andate. Eres una tonta. ¡Lo exasperas!

Madame Chamoulot (sujetando a Lionel).—Cálmese, por favor. Su cólera nos espanta...

Chamoulot (sujetándole también).—Nos deja mudos de estupor. Ud. no puede dejarnos en esa forma...

Lionel.—¿Lo creen Uds.?... Pues, lo van a ver: ¡no será muy largo! Mi bastón, mi sombrero, y me lanzo...

Madame Chamoulot.—Quince días... dénos quince días: nada más que el tiempo necesario para buscarle un alojamiento conveniente.

Lionel.—No; rotundamente no.

Chamoulot.—¿Ocho días? Tres días... ¡Mañana! Partirá mañana.

Lionel.—¡No! En seguida.

Madame Chamoulot.—Después de la comida, al menos.

Chamoulot.—Ud. no puede irse en ayunas.

Lionel.—Nada más que el tiempo de colocarme el abrigo.

Se acerca a tocar el timbre. Madame Chamoulot se precipita sobre el bastón en tanto que su marido se apodera del sombrero.

Madame Chamoulot.—¡Se irá sin bastón!

Chamoulot.—¡Voy a esconderle el sombrero!

Chamoulot y su mujer se precipitan fuera, llevando una el bastón, el otro el sombrero.

ESCENA IV

Lionel, Bautista

Bautista (entrando por la puerta del fondo).—¿El señor ha tocado?

Lionel.—Sí. Haga mis maletas y las lleva al Gran Hotel. Yo parto... es decir, yo quiero irme pero mis primos pretenden sujetarme.



(Monsieur y Madame Chamoulot entran bruscamente).—CHAMOULOT. — Dile pan, pan, vino vino... Yo estoy detrás de ti!

Bautista.—¿El señor está aburrido con su familia?

Lionel.—¡Desesperado!

Bautista.—Yo me encargo de vencer las resistencias. No me será muy difícil.

Lionel (escéptico).—Lo dudo... En fin, ensaye. Si puede evitarme una escena de ruegos...

Bautista.—¡Que el señor se tranquilice: no habrá lágrimas!

ESCENA V

Bautista, Chamoulot, Madame Chamoulot, después Juana.

Madame Chamoulot.—¡Se quedará!

Chamoulot (resuelto).—Si franquea el umbral de la puerta, marchará sobre mi cuerpo! (apostrofando a Juana, que sonríe) ¡Ríete, desgraciada, quizás es la única oportunidad de casarte la que se te va de las manos!

Juana (contrariada).—No lo crea Ud. No podía soportarme. No era por otra cosa por lo cual me disgustaba este señor. Si hubiera sido gentil, con mucho gusto yo habría hecho lo mismo con él...

Madame Chamoulot.—¡Muy a tiempo! Sencillamente acabas de perder tu porvenir.

Juana (sin acrimonia, más bien triste).—¡Ah! ¡Siempre ese reproche! Después de todo, ¿qué saben Uds. de su fortuna?

Chamoulot.—¡Es más porfiada! Bautista, una vez más explíquele Ud. cómo es de rico su patrón.

Bautista (aproximándose).—El se vanagloría de ser archimillonario; sin embargo...

Madame Chamoulot.—¡Cómo!

Chamoulot (sacudiendo su estupefacción).—Ud. nos ha dicho.

Bautista.—Muchas cosas más les hubiera dicho... para darles gusto.

Madame Chamoulot.—¿Y sus minas de petróleo?

Bautista (soltando una carcajada).—¡Vaya Ud. a saber! Lo más claro es que me debe dos años de sueldo.

Chamoulot.—¡Ud. es el que no ha querido cobrarlo por exceso de confianza!

Bautista (riendo nuevamente).—Y sobre todo... porque no habría sacado un centavo! (Con cara triste) Ahora puedo confesarlo: antes de venir aquí hemos tenido malos días.

Juana.—¡Pobre señor Lionel!

Chamoulot.—Es imposible.

Madame Chamoulot (febril).—Pruebas, dénos las pruebas.

Bautista.—Un ejemplo entre mil. En América, cuando invitaban al señor a comer, no tenía qué ponerse; era preciso que yo le prestara mi ropa.

Juana.—¡Dios mío!

Bautista.—Y si había alguna recepción oficial, tan mal representaba su papel, que estaba obligado yo a ir por él. ¡Estas cosas no se inventan!

Chamoulot.—¡Increíble!

Madame Chamoulot.—¿Y así continúa Ud. sirviéndole?

Bautista.—¿Creía Ud. que yo iba a perder lo que me debe? Me quedo para no perderle de vista... ¡No lo dejo un minuto! Sale llevándose la fuente.

ESCENA VI

Juana, Madame Chamoulot, Chamoulot

Chamoulot.—Somos unos idiotas... ¡Lo más idiota que hay!

Madame Chamoulot.—¡Y pensar que fuiste tú el que le quiso recibir!

Chamoulot.—¿Qué hablas tú? ¡Tú lo acariciabas de una manera indecente!

Madame Chamoulot (amenazante).—¿Qué quiere Ud. decir con eso, señor Chamoulot?

Chamoulot.—Yo me entiendo... Y corro a buscar su sombrero!

Madame Chamoulot.—¡Y yo su bastón! Ambos salen disparados.

ESCENA VII

Juana, después Lionel

Juana (dejándose caer sobre una silla).—¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho!

Lionel (entreabriendo la puerta).—No hay nadie...

Juana (levantándose, con voz muy dulce).—Sí, señor Lionel, hay alguien.

Lionel.—¡Está Ud. sola! Es una buena ocasión para evitar escenas de ruegos y ge-

nuflexiones. Señorita, voy a darla el gusto de irme inmediatamente.

Juana.—No hable así, señor Lionel, que me hace sufrir. Yo necesito decirle...

Lionel.—¿Cree Ud. de alguna utilidad prolongar una conversación penosa para nosotros dos?

Juana.—Oh! No... no para los dos. Quisiera explicarle...

Lionel.—Es una desgracia que yo tenga prisa...

Juana.—Se lo ruego, dos palabras solamente.

Lionel.—Me quedo sin sus palabras y me voy.

Juana (después de haber vacilado, emocionada).—He sido muy mala... y le pido perdón!

ESCENA VIII

Los mismos, Chamoulot y Madame Chamoulot.

Uno trae el sombrero, el otro el bastón. Se hacen signos de inteligencia.

Lionel, aparte.—¡Perdón! ¡Con qué voz ha dicho eso! Soy un imbécil, pero me ha emocionado! Me dan ganas de quedarme... ¿Para qué? (volviendo la cara) Ah! ¿Estaban Uds. ahí? (imperioso). Señora Chamoulot, le exijo que me restituya mi bastón!

Madame Chamoulot (con apresuramiento).—Aquí lo tiene, señor. Tómelo.

Lionel (sorprendido de este apresuramiento, toma su bastón; luego se vuelve a M. Chamoulot).—Señor Chamoulot, le ruego...

Chamoulot.—¿Su sombrero? ¡Helo aquí! Puesto que está decidido a partir...

Madame Chamoulot.—Nosotros no podemos retenerlo por fuerza...

Juana (interviniendo, siempre emocionada).—Aunque nos quedamos desoladas.

Monsieur y Madame Chamoulot (extrañados, mirándola).—¿Qué demonios le pasa a ésta?

Lionel (aparte).—Ha dicho bien eso la muchacha... Es una imbecilidad, pero estoy emocionado. (A los Chamoulot). Uds. no pueden retenerme por la fuerza, cierto es, pero yo no quiero tampoco causarles pena.

Madame Chamoulot.—Ya que hemos recibido el primer golpe...

Chamoulot.—Ya estamos dispuestos a todo...

Lionel.—Sí, pero he reflexionado... ¿A dónde ir?

Madame Chamoulot.—Al hotel.

Chamoulot.—El Rey de España va al hotel...

Lionel.—No podemos separarnos así, entre parientes. Uds. me pidieron quince días...

Madame Chamoulot (a su marido).—¿Te acuerdas tú de eso?

Chamoulot.—¡Absolutamente!

Lionel.—Pongamos ocho días... (silencio de los Chamoulot). Mañana, siquiera, ¿Me darán Uds. hasta mañana?

Madame Chamoulot.—Ud. parecía tan resuelto, que yo he tomado ya algunas medidas...

Chamoulot.—Sin hacer hincapié en que Ud. ocupa la pieza de Juana...

Juana (vivamente).—¡Oh! Por mí no hay cuidado, yo estoy muy bien... Esperaré lo que el señor Lionel quiera...

Lionel.—Eso es gentil.

Madame Chamoulot.—Sí, pero no es justo. Juana dirá lo que quiera, pero su situación no es envidiable.

Lionel.—¡Oh! entonces, voy a partir... (gesto de protesta de Juana). Partiré después de la comida... Porque, en fin, no es posible que me vaya en ayunas!

Madame Chamoulot.—Le prevengo que no se ha hecho cocer el asado...

Chamoulot.—Ni han quitado el comino, que Ud. no puede sufrir....

Lionel.—No importa; el apetito me ha vuelto.

Toca la campanilla.

Madame Chamoulot (bajo a su marido).—¡No tiene ni qué comer!

Chamoulot (entre dientes, con desprecio).—¡Lameplatos!

ESCENA IX

Los mismos, Justina

Justina.—Si la señora me ha llamado para que traiga el jigote... Le he puesto a cocer y le he quitado el comino.

Lionel y Juana se sientan a la mesa, uno cerca del otro.

Chamoulot.—¡Justina! ¿Quién manda aquí?

Justina.—¡Oh! no es Ud. con toda seguridad... ¡La señora!

Lionel ríe. Justina sale.

Chamoulot (a su mujer).—Este tragará todas las insolencias antes que perder la comida.

Madame Chamoulot.—¡Se irá! (alto y secamente). Esta escena me ha agitado. No nos sentimos bien y nos retiramos. Buenas noches, primo. ¿Tú vienes, Juana?

Lionel (a Juana).—¿Tiene Ud. deseos de dormir?

Juana.—¡Absolutamente!

Lionel.—La cosa va bien entonces. (Volviéndose hacia los Chamoulot). Buenas noches, primos; que duerman bien!

Chamoulot (retirándose, a su mujer).—¡Tiene un aplomo!

Salen.

ESCENA X

Lionel, Juana

Lionel.—¡Por fin! Henos aquí solos. ¿Puedo yo saber por qué me ha pedido Ud. perdón, señorita Juana?

Juana.—Por mis burlas. Me fiaba de las apariencias, y me decía: "Es joven, es buenmozo, es rico". Puedo burlarme de él: eso le formará el carácter. (Contrita) Pero, cuando he sabido que Ud. es pobre...

Lionel.—¡Ah! Ud. ha sabido eso...

Juana.—Bautista nos ha contado todo.

Lionel.—¿Entoncés es por eso, sin duda, por lo cual los Chamoulot se han puesto insolentes?

Juana (molesta).—No se puede creer eso.

Lionel.—¿Es por eso, al contrario, por lo cual Ud. sido gentil conmigo?

Juana.—¡Eso puede Ud. creerlo! Me ha dado tanta pena pensar que era yo quien provocaba su partida que por componer mi tontería habría hecho... ¡no sé qué! ¿Qué le pasa, señor Lionel?

Lionel.—Nada... no se preocupe... (aparte) Es idiota, pero esto me emociona!

Juana.—Yo quisiera predicarle la resignación... Pero, tengo tan poca para mí, que tengo la seguridad de hacerlo muy mal.

Lionel.—Cierto. Su porvenir no es de rosa. Huérfana...

Juana.—Hablemos de Ud. Lo mío no es interesante.

Lionel (con viveza).—Hay alguien a quien le interesa. ¿Quiere Ud. que le diga su nombre?

Juana (confusa).—No lo diga. ¿A qué nos llevaría eso?

Lionel (sonriendo).—A la Alcaldía y a la Iglesia, quizás.

Juana (melancólica).—¡Qué locura! Yo sin dote, Ud. sin fortuna...

Lionel.—Cierto, olvidaba que soy pobre. Nada de un lado, nada de otro, no es mucho lo que suma...

Juana.—¡No suma nada!

Lionel.—¿No cree Ud. que es bastante para formar un hogar? (tiernamente). Si de todas maneras ensayáramos! Ahora lo veo claro: yo sufría con sus burlas porque la amaba. No querrá hacerme sufrir más todavía, querida Juana. Diga que no lo hará... (le toma las manos y las lleva a sus labios).

ESCENA XI

Los mismos, Monsieur y Madame Chamoulot.

Entran bruscamente.

Chamoulot (a su mujer).—Dile pan pan, vino vino... ¡Yo estoy detrás de ti!

Madame Chamoulot.—Me va a explicar Ud. lo que significa...

Lionel (sin soltar los dedos de Juana).—Esto significa... que les pido la mano de la señorita Juana.

Madame Chamoulot.—¡No faltaba más! (A Chamoulot) Responde tú, yo me sofoco.

Chamoulot.—¡Ya es bastante, amigo mío! ¡Todo ha concluído! Desocúpenos el departamento.

Madame Chamoulot.—Y llévese a Bautista. No estoy dispuesta a seguir alimentando a ese ocioso.

Lionel.—¡Bautista! ¡Queda despedido desde este momento!

Chamoulot (sarcástico).—Falta saber si él querrá irse.

Madame Chamoulot (precipitándose sobre la campanilla) ¡Eso es, hagámosle venir! (A Chamoulot) Le va a reclamar sus sueldos... y aquí se arma la grande.

Chamoulot (frotándose las manos).—¡Nos vamos a reír!

Juana (a Lionel).—No se quede, señor Lionel: quieren humillarle. Yo hablaré a Bautista... Yo arreglaré todo.

Lionel.—Déjeme obrar, querida Juana, déjeme a mí...

ESCENA XII

Los mismos, Bautista

Bautista (muy afable).—¿El señor me necesita?

Lionel.—Sí. Queda Ud. despedido.

Bautista (consternado).—¡Despedido!

Juana.—Tengo un miedo...

Va a intervenir. M. y Madame Chamoulot la retienen.

Chamoulot.—Tú vas a ver. (A Bautista) ¡Exíjale sus sueldos!

Bautista (con humildad).—¿Quisiera saber en qué he disgustado al señor?

Chamoulot.—¡Imbécil! (soplándole). ¡Reclámele sus sueldos!

Lionel.—Ud. ha hablado de lo que no debía hablar.

Bautista (sin escuchar a Chamoulot).—Fué con buena intención. Yo creía agradar al señor.

Chamoulot.—¡No es eso! (a Bautista, tirándole de la manga) ¡Exíjale su dinero!

Bautista (rechazando a Chamoulot). Pero, déjeme tranquilo Ud! (A Lionel) Le pido, señor, que me excuse... Yo no quiero dejar su servicio... eso me causaría mucha pena...

Lionel saca su cartera del bolsillo.

Chamoulot (indignado).—¡Acobardó el imbécil!

Madame Chamoulot (que ha expiado el gesto de Lionel, bajo a su marido).—¡Si eres tú el imbécil! ¿No viste su cartera repleta de billetes?

Bautista.—El señor me había dicho que quería deshacerse de sus primos... Y yo creí que inventando que estaba arruinado, le dejarían libre...

Madame Chamoulot (con aplomo).—¿Y se figura Ud. que nosotros hemos creído esa farsa? Y si llenos de experiencia, nos hemos mostrado un poco duros con Ud., querido Lionel, era para enseñarle que en la vida no se puede jugar con la ruina, ni hacer bromas con la fortuna.

Chamoulot.—Perfectamente.... perfectamente... ¿Ud. se queda con nosotros, no es verdad, primo?

Lionel.—¿Qué dice la señorita Juana?...

Madame Chamoulot (sonriente, retirándose con discreción afectada).—Eso es, arreglen las cosas entre ustedes dos... ¿Vienes conmigo, Chamoulot?

Chamoulot.—¡Un instante! (A Lionel) ¿Tiene Ud. frío? ¿Quiere que pongamos leña en el fuego?

Lionel.—Gracias.

Los Chamoulot se alejan.

Bautista (a Juana, al retirarse).—Señorita, interceda por mí.

Lionel.—¿Dejamos a Bautista?

Juana.—¡Sí! Pobre muchacho...!

Lionel.—¿Y yo?... ¿Me quedo?

Juana.—¡Por cierto!

Lionel (tomándole las manos).—¿Y qué días nos casamos, querida Juana?

Juana (burlona).—El día en que Ud. sea pobre.

Lionel.—Será el día en que Ud. me deje de querer.

Juana.—Entonces, no lo esperemos... ¡Ese día no vendrá jamás!

TELON

Los Hebreos contemporáneos y modernos

Su evolución al través de los Siglos

Por LUIS SINGER

Hemos de seguir la marcha de los Hebreos al través de los países de su destierro desde hace más de dos mil años, y cuyo número es en la actualidad, según las últimas Estadísticas, de **Quince millones**, más o menos, distribuídos en tal forma que no hay nación donde los Hebreos no constituyan un elemento numeroso y progresista.

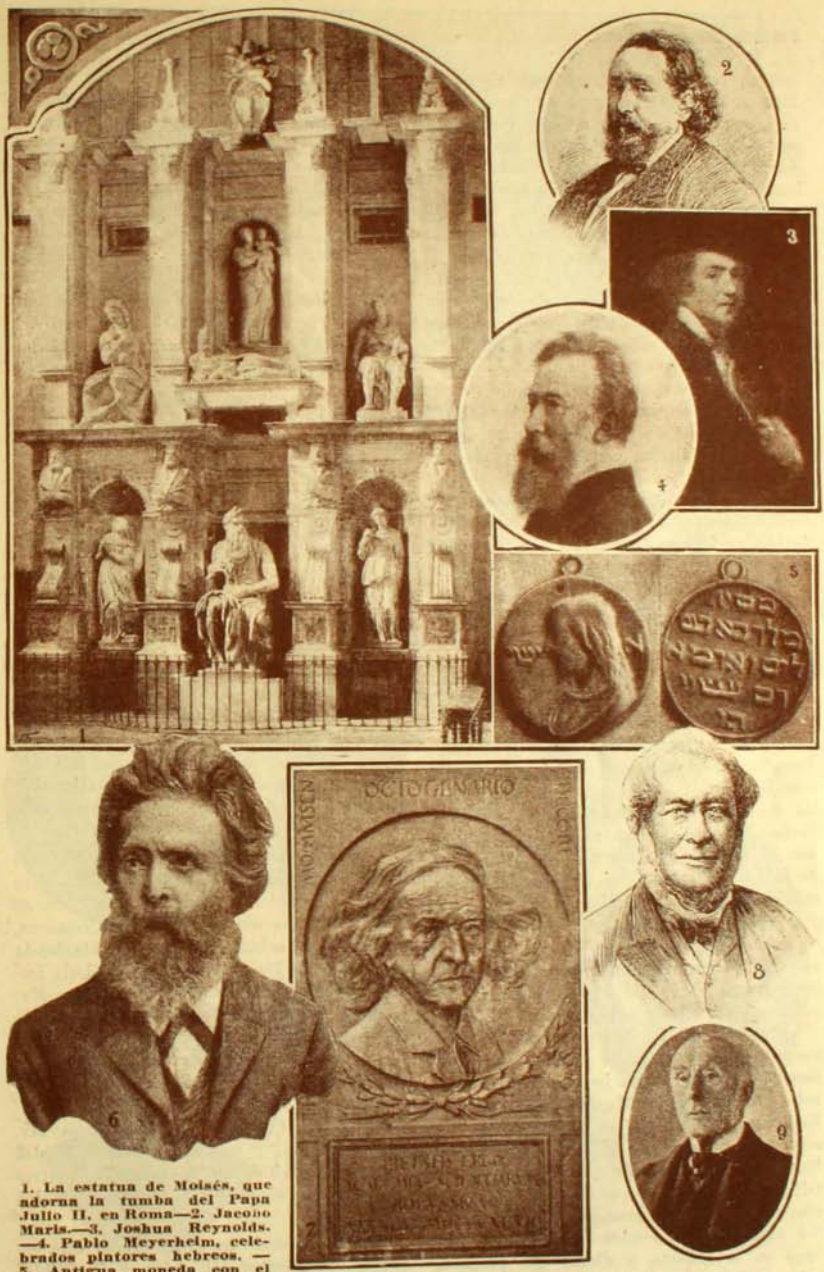
En los comienzos de la Edad Media los Hebreos se extendieron por la Arabia, Mesopotamia y Babilonia, fundando en sus Ciudades importantes Colonias, que sostuvieron grandes Centros de Educación, en los cuales los Rabíes enseñaron sus profundas Doctrinas a numerosos grupos de discípulos. Siguieron después a los Conquistadores del Norte de Africa, ayudando materialmente a la Conquista del viejo poder Visigótico de España.



Sr. Luis Singer, secretario del Centro Israelita, entusiasta propagandista del movimiento zionista en Chile.

Los Hebreos extendieron por el Oeste la antorcha de la Filosofía, floreció un Arte que pudo crear la Alhambra, se desarrolló la Poesía, anticipándose más de una verdad en las Ciencias Físicas. Cuando los primeros albores del renacimiento se esparcieron por Europa, los Hebreos, que iban y venían por todas partes, fueron los conductores más seguros del Arte y de las Ciencias, que recogían donde se encontraban en estado floreciente y llevaban a otras partes aún estériles y atrasadas. Por ellos se tradujeron al Arabe varios autores Griegos, pudiéndose de esta manera verter después a otras Lenguas europeas y hacerse accesibles a las nacientes Universidades del Occidente. Merced a ellos renació la Medicina y pasó a formar parte de las Ciencias Físicas. Fueron traductores, publicistas y corresponsales literarios en todo el Orbe conocido. Sus Escuelas de Montpelier en Francia, de Saleno en Italia y de Sevilla en España contaron gran número de sabios en todas las Ciencias.

Al empezar la época de la dispersión de Israel, fué necesario proteger al Judaísmo con una doble barrera moral que impidiera su disolución al contacto exterior. El Talmud fué esta muralla, y durante muchos años sirvió de principal o único alimento intelectual para los diseminados Hebreos. Muchas inteligencias han desarrollado sus facultades comprensivas merced a su detenido estudio, y más de algún Rabí educado en el Talmud ha cultivado con provecho otras Ciencias. En este libro se encuentran los principios de muchos filósofos Hebreos, y los primeros traductores de Aristóteles y Averroes pasaron su juven-



1. La estatua de Moisés, que adorna la tumba del Papa Julio II, en Roma—2. Jacono Maris.—3. Joshua Reynolds. —4. Pablo Meyerheim, celebrados pintores hebreos. — 5. Antigua moneda con el busto de Cristo, con inscripción hebraica.—6. Carlos Federico Klaus, ilustre naturalista israelita. — 7. El distinguido hombre de ciencia, Teodoro Momsen.—8. El eminente químico y físico hebreo, señor R. V. Bunsen.—9. El distinguido estadista inglés, de origen israelita, Lord Knutsford.

tud en las Escuelas Rabínicas. El pueblo Hebreo tenía Héroes y Sabios que competían con los mejores de otras tierras, leyes del tiempo de los Faraones que se obedecen aún, un Monarca cuyo reinado cesó hace tres mil años, pero cuya sabiduría es proverbial todavía en todas las Naciones de la Tierra, un Maestro cuyas Doctrinas ha modelado el Mundo entero civilizado. El más grande de los Legisladores, el más grande de los Administradores, el más grande de los Reformistas, ¿qué raza pasada o presente puede producir Hombres como éstos? Asombra considerar cómo este pueblo, esparcido durante siglos de siglos por todos los ámbitos de la Tierra, conserva intacta su solidaridad, y a despecho de todas las persecuciones de que ha sido objeto, el pueblo Hebreo ha seguido suministrando a las naciones hombres capacitados en todas las actividades del Saber humano, que han dejado y dejan aún, huella luminosa e imperecedera en la Historia evolutiva de los siglos.

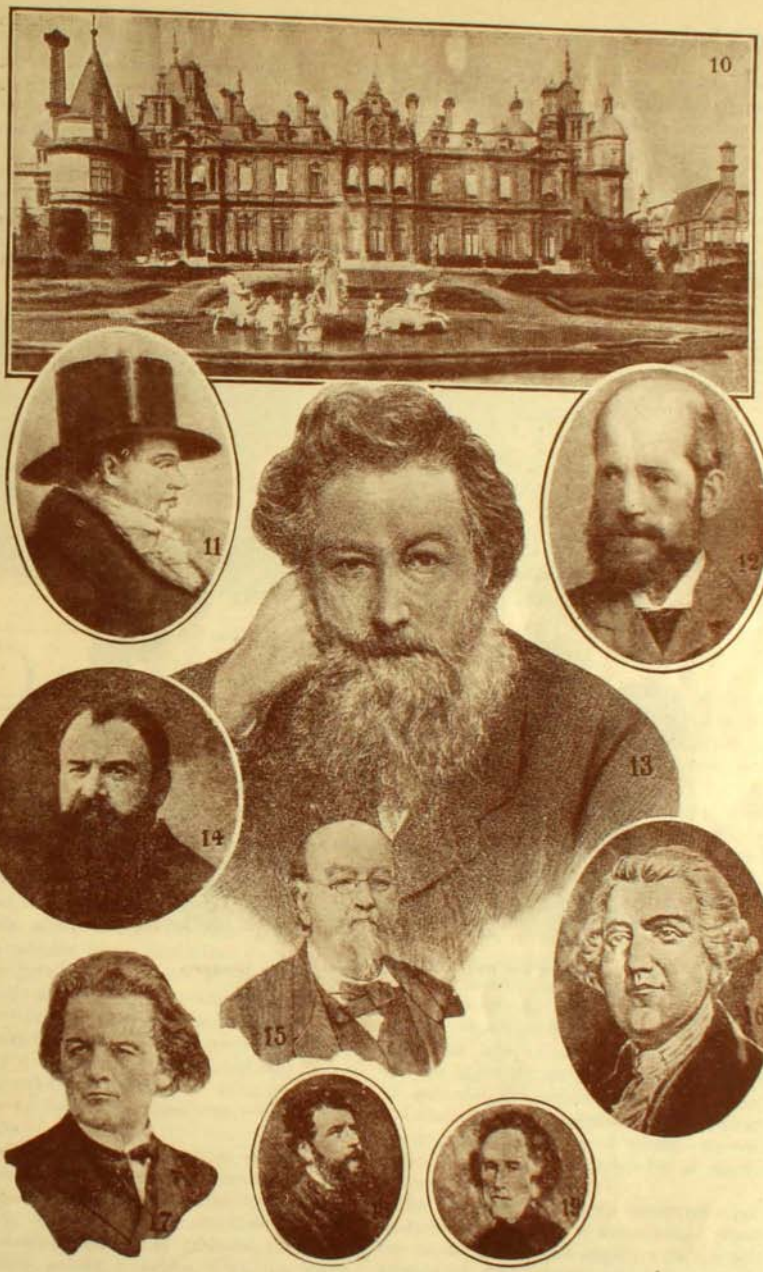
Examinemos por un momento los varios departamentos de la energía humana, y obtengamos una idea comprensible de lo que era y de lo que es el Hebreo en la actualidad. En la vida Militar, Israel libró antiguamente batallas encarnizadas al mando de valientes campeones como los Macabeos, y desde la época de su dispersión los Hebreos han peleado también en las filas de varias armas, suministrando buenos generales en varias banderas y causas. El soldado más distinguido procedente de la Línea Hebrea fué el general Mariscal Massena, cuyo verdadero nombre era Manassé, guerrero a quien Napoleón llamaba hijo favorito de la Victoria, uno de los más valientes, científicos y tenaces de los grandes jefes que el predestinado Corso llamó a su lado a pelear.

Volviendo a las Bellas Artes, los Hebreos han sido famosos como pintores, siendo muy celebrados los nombres de Jacobo Maris, Pablo Meyerheim, y Yosua Reinolds. En Música su gloria es de las mayores: Mendelssohn, Halevy, Moscheles, Meyerbeyer, Rubinstein, Moscovsky y Offenbach, compositores y ejecutores que estan entre los más grandes. Wagner escribió una Diatriba contra la influencia hebrea en la Música, y dícese que preparó una Composición especial para vindicar contra los Hebreos la superioridad del gusto, pero cuando llegó la Ejecución, ¡horror! vió los primeros violines en manos de sus contrarios, cuya negra pupila examinaba serenamente la complicada partitura que debía confundirlos. El hecho es que sólo entre los Hebreos pudo encontrarse Maestros, que fuesen bastantes hábiles para hacerse cargo de la ejecución. Como actores los Hebreos han sido también muy ilustres; con la Rachel y la Bernhard a la cabeza, sería fácil enumerar una lista larga y distinguida.

Siguiendo otros caminos más graves hallamos entre los filósofos al gran Spinoza cuya obra gigantesca es bastante conocida; Franke es grande en Medicina, Bernays de Bona es notable por su erudición en Griego, Benfey el primer estudiante de Sanserito, Auerbach a la cabeza de los novelistas Alemanes, Heine el jefe de los poetas, Moisés Mendelsshon, Lesing, Kave-Marx y Lasalle. En Francia se distinguieron también en el dominio intelectual los Israelistas: Max Nordau, Porto Riche, Tristán Bernard, Bernstein, Bergson y Erekman. Hombres de Ciencia y Médicos ilustres, como el Sabio Momsen, el biólogo Erlichc, Kock descubridor del Bacilo de la tuberculosis, los profesores Nothangel, Bernheim, de Nancy, Methnikoff Virchov, el químico Bunsen, el naturalista Claus y muchos otros.

Como estadistas y políticos los Hebreos cuentan también con una larga lista entre todas las naciones, sobresaliendo por su brillante actuación en Francia, Cremieux, Raynal y el actual Ministro de Hacienda M. Klotz, en Italia el ex-Premier Luis Luzati, el actual Ministro de Relaciones Exteriores Barón Sonnino y el Alcalde de Roma Ernesto Nathan. En Inglaterra, Lord Rotchild, Lord Salisbury, Lord Reading En Estados Unidos el Ministro de la Corte Suprema Mr. Luis D. Brandeis, y el presidente de la Cámara de Senadores Mr. Scherman etc., y según los últimos cables recibidos, también en Alemania y Austria están a la cabeza de todos los partidos políticos.

Los Hebreos de la Edad Media han escalado los puestos del poder, y frecuente-



10. Casa señorial de Waddersten, propiedad del barón Fernando de Rotchild. — 11. Nathan Meyer Rotchild, fundador de la casa inglesa del mismo nombre.—12. El barón Fernando de Rotchild.—13. Guillermo Morris, conocido poeta y artista israelita.—14. El ilustre escritor hebreo-francés, Tristán Bernard.—15. Emilio Erreckman, célebre naturalista francés, de raza hebrea.—16. G. E. Lessing, conocido autor hebreo.—17. Anton Rubinstein.—18. Bizet.—19 G. Meyerber, ilustres compositores hebreos.

mente se oyen exclamar voces de admiración que evidencian el poder intelectual y la intensidad de espíritu de esta raza, que lejos de sus patrios lares desde hace dos mil años, ha estado libando sus labios la copa de la amargura del desterrado.

La amargura ha pasado, y de sus pechos se escapa un grito de libertad, osado y claro como la apelación de los Macabeos, y ya se oye aquel canto melancólico y dulce que embriagaba el alma hebrea a las márgenes del Río Jordán, cuando las plateadas Harpas de David tocaban ante el Santo de los Santos en el Templo. Y esta guerra de trasformación mundial que ha terminado, ha traído también para los Hebreos la rama de Olivo de su Libertad, y ya se divisa en el claro horizonte el Arco Iris de su renacimiento a otra vida, en la antigua patria de su Raza junto al Jordán y a los Montes de los Olivos y Líbano.



Acción del Banco Colonial Israelita de Londres.



(CONTINUACION)

O de Dios, pensé yo al recordar que mi manuscrito se refería al rechazo de los despojos de los falsos Paleólogos, herederos del trono bizantino, por la sagrada tierra de Santa Sofía.

Verdadera o no la tradición, ella respondía perfectamente al enlace de mis ideas. Cristóbulos o los descendientes mismos de Demetrio ocultaban a los verdaderos Paleólogos, y en todo ello debía existir seguramente algún horrible crimen, pues no de otra manera podía explicarse el delirio del viejo griego en la sesión de espiritismo celebrada a bordo y el extraño fenómeno que se producía en esa tumba acusadora.

Regresé a Myrtle Bank resuelto no tanto ya a descubrir al último legítimo Paleólogo, cuanto a castigar el delito que aparecía en todo esto como una mancha misteriosa.

Pedí una revista industrial en que aparecían los nombres de los principales plantadores de Jamaica. Alex, se llamaba, según el espíritu de Constantino XII, el que debía reinar. Leí afanoso el rol y encontré quince o veinte Alex. La pista era complicada y difícil.

Llegada la noche me resolví a rondar un poco cerca de la casa de Cristóbulos para observar qué planeaba aquel hombre que seguramente estaría en vías de prepararme otro lazo.

Serían las diez de la noche, más o menos, cuando desembocaba en la esquina de Parade Garden con la calle de la Reina. Según lo dicho por el propio Cristóbulos, allí tenía él su morada. Pasé el Yam Club, el Hotel Park Lodge y llegué cerca de la casa de Orates, casi en las afueras de la ciudad, sin encontrar dato alguno que me pudiera indicar la casa del viejo.

Regresé y me detuve en Parade Garden a observar las curiosísimas plantas acuáticas que se desarrollan en los pequeños lagos de ese jardín admirablemente cuidado. Examinaba con la curiosidad del viajero aquella hermosísima flora, cuando de súbito recibí en el cerebro un violento golpe que me hizo perder el conocimiento.

Cuando volví en mí, me encontraba maniatado en una silla y amordazado. Recorrí con la mirada una amplia sala, sin más mueble ni más adorno que una mesa al centro y algunos sillones de paja. Frente

a mí, de pie, Cristóbulos, con los ojos iluminados por el triunfo, me decía:

—¿Lo queríais saber todo? Lo sabréis porque me sois simpático y porque os estimo. Soy hombre que me gusta atender a mis amigos; os haré la galantería de contaros una bella historia; pero, ¡ah!, y lanzó una estridente carcajada, no podréis repetirla y seréis mi amigo más discreto.

La ironía aguda brotaba envenenada y cruel de sus ojos grises, de sus labios pálidos y de sus manos crispadas.

—Venid, señores, dijo, y abrió una puerta que comunicaba con la habitación siguiente.

Dos hombres con antifaz entraron y se acercaron a mí. Uno de ellos extrajo de su faltriquera un martillo y un pequeño compás. Tomó varias medidas sobre mi cabeza y dijo:

—Es este el punto exacto, lado izquierdo, circunvalación de Broca, en el hueso parietal; es el centro de la palabra, quedará mudo para siempre. Y sin agregar una palabra más, golpeó brutalmente una de las piernas del compás con el martillo y... sentí un agudísimo dolor. Este horrible asesino me había perforado el cráneo. El compañero de tan atroz sujeto, después de observar detenidamente la herida, se acercó a la mesa central y preparó una especie de inyección.

Mis convulsiones y esfuerzos fueron inútiles. El líquido penetró por el diminuto agujero y una gota de él debió haber caído sobre mi masa encefálica.

—Bien, dijo tranquilamente Cristóbulos, ahora que habéis perdido el uso de la palabra y que en breve perderéis el de vuestras manos, puedo gozarme en referiros la alegre historia.

—Sacad la mordaza, exclamó.

Cuando me sentí libre del pañuelo que oprimía mi boca, pensé en tratar de hablar, pero la risa burlona de Cristóbulos y el horror de mi situación me lo impidieron.

—Discreto amigo, decía Cristóbulos, preparaos a oír, usad bien de los pocos sentidos que os quedan. Verdad es lo que sospecháis, y se acercaba hacia mí con aire sarcástico, mirándome fijamente y casi hasta rozarme con sus barbas. Verdad es, dos descendientes quedaban de Constantino XII. No necesito contároslo, lo sabéis, porque en vuestro poder está, estoy cierto, el manuscrito que durante tantos años ha perseguido el "Comité Filopaleológico de Atenas". Si a bordo no pude arrancároslo, en breve será mío, y vuestra lengua muerta no podrá denunciarme y vuestras manos quebradas no podrán escribirlo.

Sentí que gruesas gotas de sudor frío corrían por mis mejillas.

—Es verdad, repitió el hombre infernal, dos eran. Ni aún mudo como estáis os diré dónde se encuentra el que sobrevivió. El otro murió, pero no corrientemente; le maté de una manera genial.

El griego reía atrozmente.

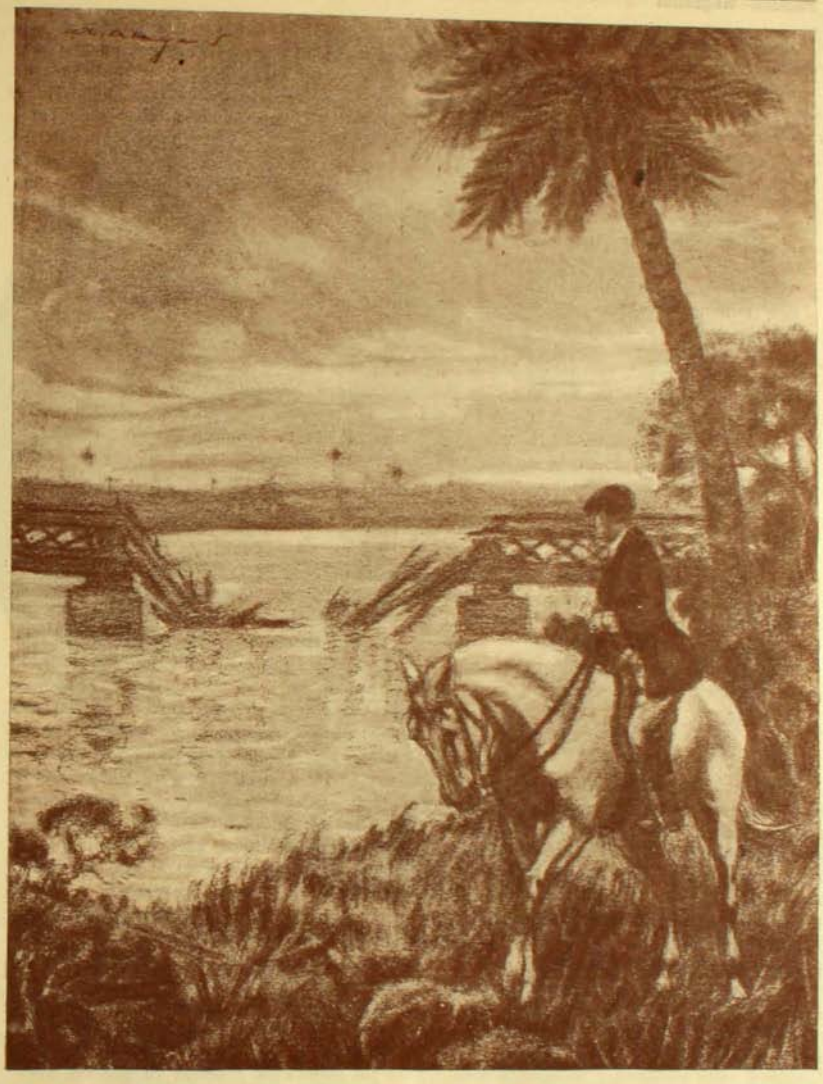
—Era una criatura aún, seguía el viejo arranqué de su cuna mientras dormía y le coloqué bajo la campana de una máquina neumática. Y achiqué la bomba. La sangre salía a torrentes de los poros del Paleólogo, llenaba la campana y el niño moría, moría bañado en su propia vida. Quedó pálido y enjuto como una cera, parecía dormido. Se creyó en un ataque, en una extraña enfermedad; no había señal alguna de herida ni de violencia.

Yo debía cumplir con las órdenes del "Comité Filopaleológico", cuyos intereses habían crecido y se habían desarrollado alrededor de los descendientes de Demetrio. La existencia de estos nuevos pretendientes al trono bizantino, habría traído graves consecuencias para la fortuna y para la situación que muchos ocupan hoy. El Comité se habría dividido, el secreto no habría sido tal y la influencia de ese organismo habría muerto. Había que matar a los hijos de Constantino y tengo miedo de las armas; por eso le ahogué así.

El otro escapó; era mayor y más difícil de concluir con él; la nodriza le escondió. Vivió, se formó a pesar de mis asechanzas, y hoy... eso no lo sabréis jamás, ni él mismo sabe quién es.

Un temblor extraordinario había invadido el cuerpo del griego, parecía haber entrado en una especie de delirio, sus mejillas cubiertas de hilos de plata se estremecían rápidamente, sus manos recogidas por la tensión nerviosa parecían inmensas arañas blancas.

—Siento la necesidad de referirlo todo.



El puente aparecía hecho pedazos. (Dibujo de Alfredo Araya)

Tengo miedo de lo hecho, exclamaba, y estoy dispuesto a cometer cualquier crimen para ocultarlo. Ya lo sabéis, ya lo sabéis todo, contadlo ahora a Lloyd George con vuestra lengua muerta. ¡Si se imaginara todo esto mi amigo Venizelos! Y gritó desaforadamente:

—Ahora, a las manos, quebrádselas.

Los dos hombres del antifaz se precipitaron sobre mí.

—Sujetadle bien, dijo Cristóbulos, es muy fuerte.

Me desataron y me condujeron hacia la mesa central. Me dejé llevar mansamente hacia el sitio del suplicio, y en el momento en que aquellos diabólicos hombres quisieron dejar caer sobre mis dedos una pesada maza, inflé de aire mis pulmones y mi pecho y grité con todas mis fuerzas:

—¡Socorro, a mí, socorro!

Los manipuladores de Cristóbulos habían observado mal. Soy zurdo y es sabido que en las personas de esta condición los centros cerebrales nobles, y entre ellos el de la palabra, se encuentran al lado derecho de la masa encefálica y no a la izquierda como ocurre normalmente. La hemorragia que quisieron provocar en la circunvalación de Broca había, pues, fracasado, y yo a pesar de mis temores que no fueron pocos, había estado todo el tiempo casi cierto de no haber perdido el uso de la palabra.

Al oírme gritar estentóreamente, Cristóbulos huyó, y me bastó un golpe a derecha y otro a izquierda para derribar rápidamente a mis victimarios.

Salté por la ventana al jardín y de ahí gané velozmente la calle.

❦

Constantinopla actual no sólo es bella ante los ojos materiales, sino que también ante los del espíritu. La hermosura de las cúpulas doradas y de los románticos minaretes acaricia el sentido del artista, al mismo tiempo que las ruinas de las murallas evocan en el recuerdo del historiador las incesantes luchas, los numerosos asedios que sufriera la tradicional metrópoli.

Atravesé el puente que une la vieja ciudad a la nueva, llevando en el alma la más extraña de las impresiones, aquella que desciende de lo alto y que prepara a los hombres para abandonar momentáneamente la tierra.

El patriarca de Constantinopla, después de oír la larga historia de mis aventuras para llegar a descubrir el sitio donde se ocultaba el último legítimo Paleólogo, me había dicho:

—Sólo Dios, único y eterno juez de los actos humanos podrá guiarnos en tan grave asunto. Vamos a orar a Santa Sofía; aun en medio de los emblemas musulmanes elevemos el espíritu hacia El y evoquemos los días en que la verdadera fe brotaba de las nueve puertas que comunican el atrio con el templo; los hermosos tiempos en que la gracia divina iluminaba con sus fulgores la cúpula de las 44 ventanas. Venid, hermano, y oraremos juntos tratando de que nuestros ojos vean al través de las pinturas mahometanas, que han ocultado los maravillosos mosaicos que figuraban el rostro de Cristo, la imagen del Salvador del mundo.

La hora fijada por el gran patriarca fué un atardecer. Las últimas plegarias del muezín habían volado sobre la ciudad, para llegar hasta la bahía, azul en su centro, roja en sus contornos, y perderse en ignotas regiones con los últimos rayos del moribundo sol.

Puede decirse que era ya casi de noche cuando llegué a la ciudad vieja, dejando tras de mí innumerables gentes, hijas de otras tantas innumerables naciones.

Llegué frente a la gran basílica, que presentaba el aspecto de una inmensa rotunda terminada en una gran cúpula. Desde que atravesé la puerta central, la majestuosa y profunda nave se reveló toda entera en su secular esplendor. A lo lejos, frente a los antiguos mosaicos que representan a la Virgen Santísima y que hoy están semiocultos por un tinte gris que, como dicen los autores católicos, será disipado un día por el soplo del Espíritu Santo, se encontraba orando el santo patriarca.

Me puse de pie a su lado y quise retemplar mi espíritu en ese medio de infinita grandeza y silencio. El patriarca levantó sus ojos hacia mí y me dijo:

—¿Recordáis la tradición que refiere la historia de aquel venerable sacerdote que celebraba el sagrado sacrificio de la Misa en los momentos precisos en que las huestes de Mahomet II penetraron en esta misma iglesia?

—Sí, venerable patriarca, respondí, sé también que las paredes de esta basílica se abrieron por sí solas y ocultaron en su fondo al sacerdote para evitar la profanación



El retemblar de la tierra, el calor quemante me hicieron comprender que la locomotora se encontraba ya sobre mí.

(Dibujo de Eduardo Cruz)

de las formas eucarísticas ya consagradas.

—Bien, continuó el anciano, sabéis, pues, que en este recinto, entregado ahora a un culto herético, existe, como muestra de que la religión cristiana no morirá jamás, la persona de N. S. Jesucristo. Dirijámonos a ella.

Y se entregó a una profunda meditación. Después de una media hora de augusta elevación de espíritu me pareció que el arco gigantesco de la cúpula crujía, al mismo tiempo que los grandes hemiciclos que se abren atrás y adelante de la bóveda, refulgían con una luz semi dorada. El silencio era completo. De súbito, mis ojos se dirigieron al brazo derecho de la cruz griega que forma el templo. Un leve ruido se dejó sentir en el fondo de esa ala, y en un instante supremo para mí vi surgir cerca, muy cerca de mi persona, una extraña visión: de la pared brotó una especie de nimbo fulgúreo, y al centro de él apareció un

sacerdote que tenía entre sus manos la forma eucarística. Sus ojos vagaban sin fijarse en cosa alguna humana, y de la expresión de su fisonomía fluía algo divino. Una voz suave y melodiosa llenó dulcemente la nave solitaria, y oí:

—No ha llegado la hora. El hijo de los cristianos, que todavía no reinará, Alex Brown, espera sin saber y triunfará cuando lo quieran los designios celestes.

Las sombras volvieron. El silencio fué profundo. Todo se esfumó. Oí decir:

—Señor, incorpórese usted; es la hora de la droga.

Abrí los ojos violentamente y me encontré transladado de Constantinopla a Kingston, en el Hotel de Myrtle Bank.

Desde la terrible perforación de mi cráneo habían pasado ya dos meses, época en que mi vida estuvo seriamente en peligro, en que la fiebre y el delirio se apoderaron totalmente de mí y en que graves perturbaciones agitaron todo mi ser.

Fuera de cuidado ya, dormía tranquilo el sueño reparador de la convalecencia y, de vez en cuando, como en la ocasión presente, surgían en mis letargos los fantasmas de los Paleólogos y de Sergio Cristóbulos.

Después del atentado contra mi persona, el viejo griego había desaparecido. La casa a la cual fuí conducido maniatado era propiedad del mismo griego y continuaba deshabitada, como lo estaba desde hacía mucho tiempo atrás.

Mi espíritu, que considero fuerte, no es de aquellos que han suplantado al Sér Eterno por obscuras divagaciones. Creo en Dios y en la justicia divina, pero ello no me lleva hasta inclinarme ante las supercherías. El sueño que acabo de referir me torturaba.

—Alex Brown, Alex Brown, me repetía a mí mismo.

Todo coincidía, ¿por qué no seguir esa pista? ¿Acaso no existía en toda esta tenebrosa historia un nefando crimen que castigar? ¿Acaso, probablemente, no dependería de mi acción el comienzo del triunfo de la fe en Oriente? Tantas cosas extrañas he observado en mis aventuras por el planeta que tengo motivos para sonreírme ante los que viven sin más horizonte que un laboratorio obscuro y estrecho.

—Traedme la lista de los plantadores, grité a Chundro. Ahí está, ahí, sobre esa mesa de bambú, agregué. El fiel criado puso en mis manos el libro en cuestión.

Lo revisé febrilmente y, por fin, en la página 43 encontré: Alex Brown, propietario de una plantación llamada Oracabessa, situada a 18 millas de Montego.

¡Era él? Qué importaba. Sea como fuera iría a Montego.

Al día siguiente, aún débil y enfermizo, escribí una breve carta a míster Brown, solicitando de él una entrevista para un negocio.

Esperé ansioso durante dos días la respuesta. Por fin, recibí una lacónica carta firmada Alex Brown, que decía: "Espero a Ud. el 27 en Montego, Boat Club, a las 2 de la tarde".

Ese día me sentí ágil y ligero. Se acercaba ya el final de la aventura, si es que mi intuición no me engañaba.

No necesito decir que a las 7 de la mañana me encontraba instalado el citado día 27 en el tren que va de Kingston a Montego. Los vagones de primera son del tipo americano, amplios, cómodos y con capacidad para gran número de personas.

El paisaje es hermoso. La vegetación tropical, por lo común muy frondosa pero no muy alta, se encuentra durante el viaje embellecida por inmensos y añosos mangos que tienden sus brazos milenarios sobre los arbustos, que luchan por alcanzar las caricias del sol.

El aire fresco que sopla al atravesar la sierra que divide la isla, acariciaba mi rostro deliciosamente. Hacía ya mucho tiempo que no me sentía así, tan unido a mi amiga la naturaleza. Todo parecía sonreír y presentar el aspecto de un resultado feliz. ¡Cuál no sería mi sorpresa al llegar a las 2 de la tarde al Boat Club y encontrarme con una esquela de Brown que decía así: "Excusad, señor. He sido llamado telegráficamente de Kingston por el industrial señor Sergio Cristóbulos para tratar de un negocio de interés. Regreso hoy mismo en el último tren".

Sin duda que yo había sido espiado. Junto con partir de Kingston había reapare-

cido el griego satánico. ¿Dónde se había ocultado? ¿Qué hacer? ¿Cómo evitar el terrible peligro que corría Brown?

En todo caso, el llamado de Cristóbulos me indicaba que la pista seguida por mí era la verdadera. Alex Brown era, sin duda, el verdadero Paleólogo y el griego trataba de evitar mi encuentro con el descendiente de Constantino Dragases. Pensé un momento y abandoné el temor de que el joven Brown pudiese ser asesinado, pues habría sido un grave error de Cristóbulos cargar con un nuevo crimen cuando me sabía poseedor de su horrible secreto. La muerte del legítimo Paleólogo y las galeras para el griego eran dos cosas simultáneas.

¿Qué pretendía entonces el extraño ejecutor de los designios del "Comité Filopaleológico de Atenas"? Sin duda que atentar contra mí en el propio Montego antes que contra Brown. Mi muerte, lejos del verdadero Paleólogo, significaba el éxito del "Comité Filopaleológico de Atenas", la desaparición del manuscrito reservado y la tranquilidad de Sergio Cristóbulos, el plantador.

No me sentí seguro en Montego y en el primer tren disponible me trasladé a un pequeño punto cercano llamado Bogue.

Hice el viaje, que no dura más de 30 minutos, con toda clase de precauciones para que mi persona pasara inadvertida.

Me disponía a esperar allí hasta las siete y media de la tarde, hora en que debía pasar el último tren proveniente de Kingston, y en el cual, seguramente, debía venir de regreso Brown, el Paleólogo. Cualesquiera que fueran los designios de Cristóbulos para contra mi persona, era indudable que ellos debían ejecutarse durante el día, ya que después, en la noche, estando yo al lado de Brown era difícil que se atreviese a tocarme, pues aun en el momento de exhalar el último suspiro podía yo revelar al legítimo descendiente de Constantino Dragases el secreto del crimen y del origen de su real nacimiento. Sin duda que el viejo griego había tratado de separarme de Brown para concluir con mis días sin que yo pudiera comunicarme con el vástago imperial.

Más o menos a las cuatro de la tarde llegué a Bogue. Alquilé un caballo y salí a dar un paseo por los campos cercanos.

El cantar de las cigarras, el parloteo de pequeños loros, el ruido incesante de las profundidades del bosque y la sombra apacible de los majestuosos mangos traía a mi espíritu tal tranquilidad y calma, que puedo decir que durante algunos instantes las sombras de Cristóbulos y de Alex Brown se esfumaron completamente en mi espíritu. Las palmeras se erguían gráciles y elegantes sin que la más leve brisa agitara sus verdes y coquetas cabelleras. Caía la tarde. La paz de esa hora del descanso parecía traer un singular silencio en cuyo fondo se destacaban más brillantes los misteriosos murmullos de la naturaleza. Sentí un crujido entre los matorrales e instintivamente detuve mi cabalgadura. El ruido se hizo más sensible. De súbito atravesó rápidamente frente a mí un jabalí salvaje; eché mano a mi rifle, a mi cuchillo de monte... Nada de eso llevaba, mi instinto de cazador me guió ciegamente; me había olvidado de que no estaba en Bengala ni en el Congo, sino que me encontraba de lleno en una aventura política e internacional. Sentí la nostalgia de la vida al aire libre, de las horas en que atisbaba la pieza, de los días en que el hombre siente toda su potencia al encontrarse abandonado de la civilización y frente a los deliciosos peligros de los elementos desencadenados y de la furia de esas nobles bestias montaraces que entregan su libertad junto con su último aliento.

Con sorpresa vi que era ya de noche. Para orientarme bien, busqué la línea férrea y caminé paralelamente a los rieles en dirección hacia Bogue. Tenía el tiempo justo para llegar al pueblo y esperar el tren.

Me disponía ya a poner mi caballo al galope, cuando un formidable estampido hirió la sagrada tranquilidad de los campos. Me detuve, miré hacia todos lados y alcancé a divisar a mis espaldas, a una legua más o menos de distancia, una humareda.

No titubeé un momento; mi amor al peligro pudo más que yo. Volví grupa a mi cabalgadura y emprendí desenfrenada carrera hacia el sitio de la catástrofe. Veía, en mi tren veloz, desfilar confusamente los

animales, los árboles y las pequeñas viviendas. En un relativo corto espacio de tiempo me encontré frente a un riachuelo de pequeñas dimensiones. El puente sobre el cual estaban tendidos los rieles de la vía férrea aparecía hecho pedazos. Los machones centrales habían sido volados, tal vez con dinamita; los maderos ardían aún. Miré en todas direcciones; ni un alma viviente se encontraba en los alrededores. Ello no me extrañó dada la apatía tradicional de los campesinos. Caminé un momento por la orilla del río y en dirección contraria al declive de las aguas, buscando con ojo experto un fácil pasaje. Atravesé sin mayor dificultad en un punto dado y me acerqué de nuevo hacia la línea, para obtener del cuidador del puente alguna noticia. No encontré vestigio alguno de garita de ferrocarrilero. Sólo vi en el suelo una bandera de señales hecha pedazos.

Descendí de mi caballo y al poner pie en tierra sentí bajo mis plantas una extraña vibración. Sin duda que era el tren que se aproximaba, el tren que conducía al último Paleólogo, cuya vida corría inminente peligro. No sé por qué el nombre de Cristóbulos pasó por mi mente fugaz como un relámpago. Tendí mi mirada hacia la vía férrea y en medio de la obscuridad de la tarde, casi de la noche puedo decir, divisé al monstruo de vapor que avanzaba bramando y derramando en el aire una fantástica lluvia de fuego. Serpenteaba con enorme velocidad por entre los campos, que surgían de las sombras iluminados por el potente foco de la locomotora.

¿Qué hacer? ¿Cómo detener el convoy? Brown iba a morir. ¡Ah, Cristóbulos, Cristóbulos! exclamé sin poderme contener.

Busqué en mis bolsillos nerviosamente una caja de cerillas; nada; me eché sobre la tierra y arrastrándome, entre escombros, procuré hallar alguna linterna, un objeto cualquiera que pudiera servirme para hacer señales. Nada encontré. La tierra vibraba bajo mi cuerpo agitada por el coloso que se aproximaba a la muerte en loca carrera.

Desesperado, fuera de mí, salté sobre mi caballo para ejecutar cualquier acto, no sabía en verdad cuál. Al poner mi mano sobre la montura sentí que tocaba la larga cuerda que se acostumbra llevar en aquellos campos, en la parte delantera de los arreos. A escape, tropezando, sin saber por dónde caminaba, até la punta a un grueso tronco de árbol y en seguida corté con mi navaja el cordel en la mitad. El otro extremo lo amarré fuertemente a un poste del telégrafo que se encontraba frente al tronco y al lado opuesto de la línea. Tomé de la brida a mi caballo, pobre víctima, y até sus patas delanteras al cabo de cuerda que partía del árbol, y las patas traseras al otro cabo que estaba unido al poste telegráfico.

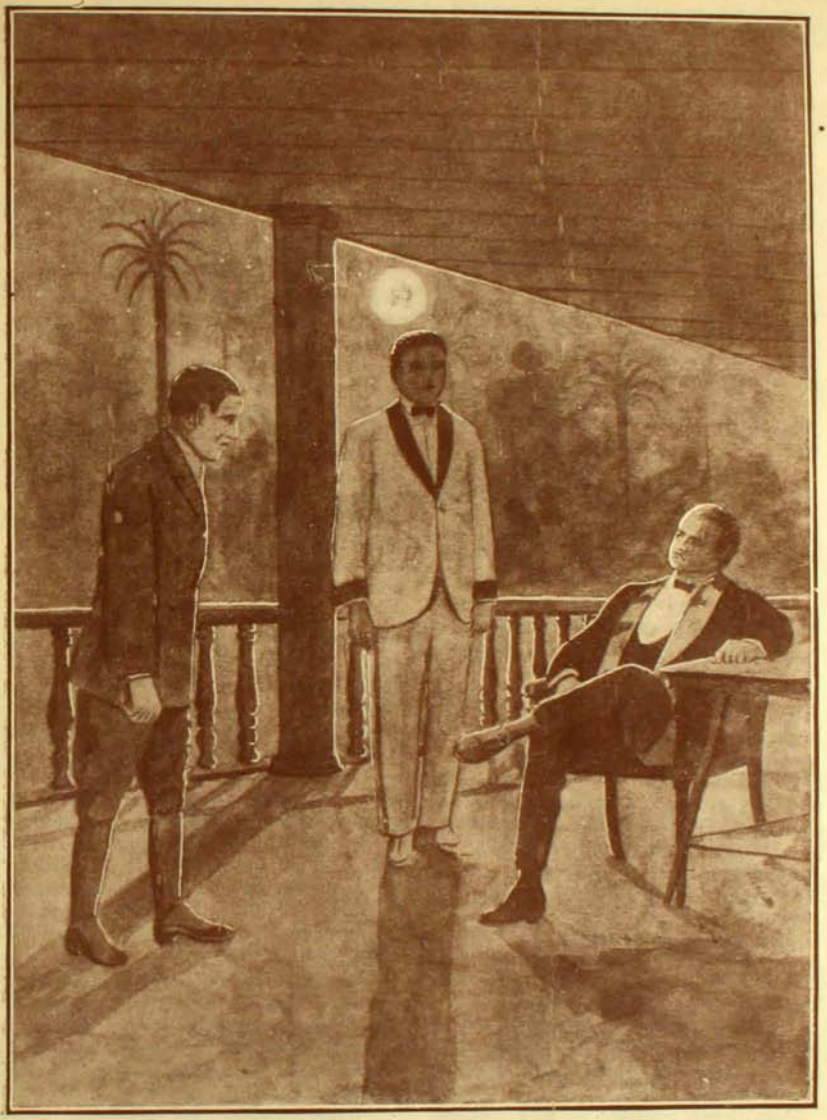
Faltaría un kilómetro de recorrido para que el tren llegara al puente y se precipitara en el abismo. La locomotora silbó fuertemente. El noble animal miró hacia el sitio de donde provenía el ruido, echó las orejas hacia atrás, tembló entero y observé en él esa actitud especial que toman los caballos cuando quieren arrojarse al suelo.

El tren estaba ya encima. Podría decirse que se sentía el hálito hirviente de la máquina. De un brinco monté sobre mi cabalgadura y con las riendas la sujeté violentamente. Sentía que el cuerpo del animal se agitaba y que hacía cuanto era de su parte por desatarse de las cuerdas que lo inmovilizaban.

Miré hacia el tren. El color del humo que despedía la locomotora me indicó que se había dado contra vapor, o sea que el convoy se detenía. Sin embargo, la disminución de la velocidad no era suficiente, y siempre el monstruo avanzaba a pesar de todo, movido por la inercia. Ya no podía ver más; el poderoso foco me hería los ojos y sólo distinguía una claridad inmensa, deslumbradora, que parecía arrebatarme de la realidad de la vida para llevarme a un mundo de infinita luz en que nada se siente, en que nada se ve.

El retemblar de la tierra, el calor quemante me hicieron comprender que la locomotora se encontraba ya sobre mí. Afirmé mis dos manos en la nuca de mi cabalgadura y salté sobre ella hacia afuera. Caí al suelo. Un vaho que hervía me cubrió el rostro, un ruido inmenso me atronó los oídos.

Me puse de pie elásticamente, como si mi cuerpo hubiera sido de goma. Treinta metros más allá, la locomotora, detenida al fin, resoplaba con infinito cansancio. A la



Allí, cómodamente sentado en un confortable sillón, me esperaba Alex Brown, el último Paléologo...

luz de las lámparas de los vagones, que se reflejaba en el suelo podía verse un inmenso charco de sangre. ¡Pobre animal!

* *

Los trasbordos necesarios para poder trasladar los pasajeros y equipajes hasta Montego debieron haber trastornado absolutamente el horario de míster Alex Brown, de quien recibí al día siguiente una carta invitándome a comer en su casa de campo. La epístola decía, según mi recuerdo, más o menos así: "He faltado dos veces a su cita en el Boat Club y quiero dar a Ud. una satisfacción, rogándole me dé el placer de acompañarme a comer esta noche en mi casa de campo... y etc."

Yo conocía ya a mi personaje; me lo hice mostrar en la tarde del siniestro, sin revelarme a él.

Fué uno de los que más calurosamente me felicitó por lo que llamaban mi hazaña y ya me regocijaba yo en mi interior al ver la sorpresa que míster Brown experimentaría al reconocer en el comerciante de frutas al salvador de su vida.

Partí ansioso de Montego esa noche. Además llevaba en mi bolsillo un periódico que contenía la más importante y la más sensacional de las noticias.

A las seis y media de la tarde tomé el coche de míster Brown, y a las siete, más o menos, un criado de color me introducía en una sencilla y hermosa mansión de campo, un chalet bajo, construído casi en su totalidad de material ligero y rodeado de algodoneros y otros árboles de aquella flora. Después de atravesar una cancha de lawn-tennis, llegué a una pequeña escalera que conducía a un amplio y hermoso verandah.

Allí, cómodamente sentado en un confortable sillón de mimbre, me esperaba Alex-Brown, el último Paleólogo, el legítimo descendiente de Constantino Dragases.

Su talante era tranquilo y reposado, su mirada altiva y dulce, sus ademanes amplios y fáciles. Me incliné ante él y dije mi nombre.

Alex Brown reconoció en mí inmediatamente al héroe de la aventura de la noche anterior.

—¡Bravo!, señor, me dijo, es para mí una grata sorpresa encontrar reunidos en mi huésped al hombre de negocios y al hombre de gran corazón.

Sonreí modestamente.

No tengo para qué describir mi comida con el Paleólogo, una hora deliciosa en que mi espíritu vibró intensamente al gozarme yo solo en la contemplación de aquel hombre, hijo de esas noblezas que se pierden en el confín de la historia e ignorante al mismo tiempo de su propia condición y de su propio valer.

A la hora del café y después de haber departido cordialmente sobre negocios, sobre el Gobierno de la isla y otros temas, le dije:

—¿Ha leído Ud. el diario de la tarde?

—No, me respondió, lo tengo por allí, no he tenido tiempo de hojearlo.

Saqué de mi bolsillo la hoja impresa y se la alargué doblada de manera que los ojos de mi interlocutor cayeran sobre determinado punto.

—¡Cómo, exclamó, no puede ser verdad! Mi amigo Cristóbulos el autor de tan terrible crimen. ¡Y se ha suicidado! ¡Qué horror!

—No os extrañéis, señor, le respondí, cosas más extraordinarias que éstas habréis de oír de mis labios. No dudo un instante de que vuestro fiel amigo Cristóbulos, aprehendido ayer con sus secuaces en los alrededores de la catástrofe, haya hecho volar el puente. Su suicidio no me admira tampoco; crímenes superiores pesaban sobre la cabeza venerable de ese anciano y es él quien ha puesto en peligro vuestra vida.

—No habléis así, me interrumpió el Paleólogo, es mi amigo, todo eso es inexacto. Por lo demás, ¿a qué horas puede haberse trasladado al sitio del siniestro un hombre con quien he almorzado ayer en Kingston?

Me sonreí y dije:

—En cualquiera de los trenes que parten después de las dos de la tarde. No perdamos tiempo, agregué; si es hora de enviar un cable desde Montego, tened la bondad de facilitarme un criado que llegue hasta la ciudad.

—Inmediatamente, me respondió.

Escribí a lápiz y en un papel cualquiera el siguiente cable dirigido a Lloyd George:

"En este instante soy el huésped del úl-

timo Paleólogo, legítimo descendiente de Constantino XII. Sergio Cristóbulos, amigo de Venizelos, se suicidó hoy. Os será fácil comprenderlo todo".

Alargué el telegrama a Brown y éste, después de leerlo, me miró atónito, como quien sueña.

Aquella noche no regresé a Montego, ni dormí, como tampoco durmió Brown.

Las horas transcurrieron en la más interesante de las conversaciones que haya yo tenido en mi vida. El Paleólogo oyó lo que su cerebro casi no podía comprender, leyó el manuscrito reservado que siempre llevé sobre mí para burlar las asechanzas de Cristóbulos, y al día siguiente, con los ojos llenos de nobles lágrimas, estrechó mi mano entre las suyas.

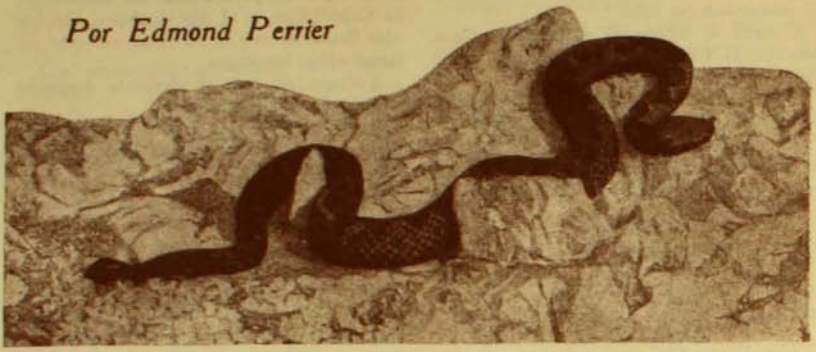
Acababa de leer el siguiente despacho llegado de Londres para mí:

"Sois siempre el mismo. Su Majestad me encarga agradeceros lo hecho.—Lloyd George".

FIN

Hay serpientes de serpientes

Por Edmond Perrier



VIBORA AMODITA.—Una de las tres especies de víboras que se encuentran en Francia.

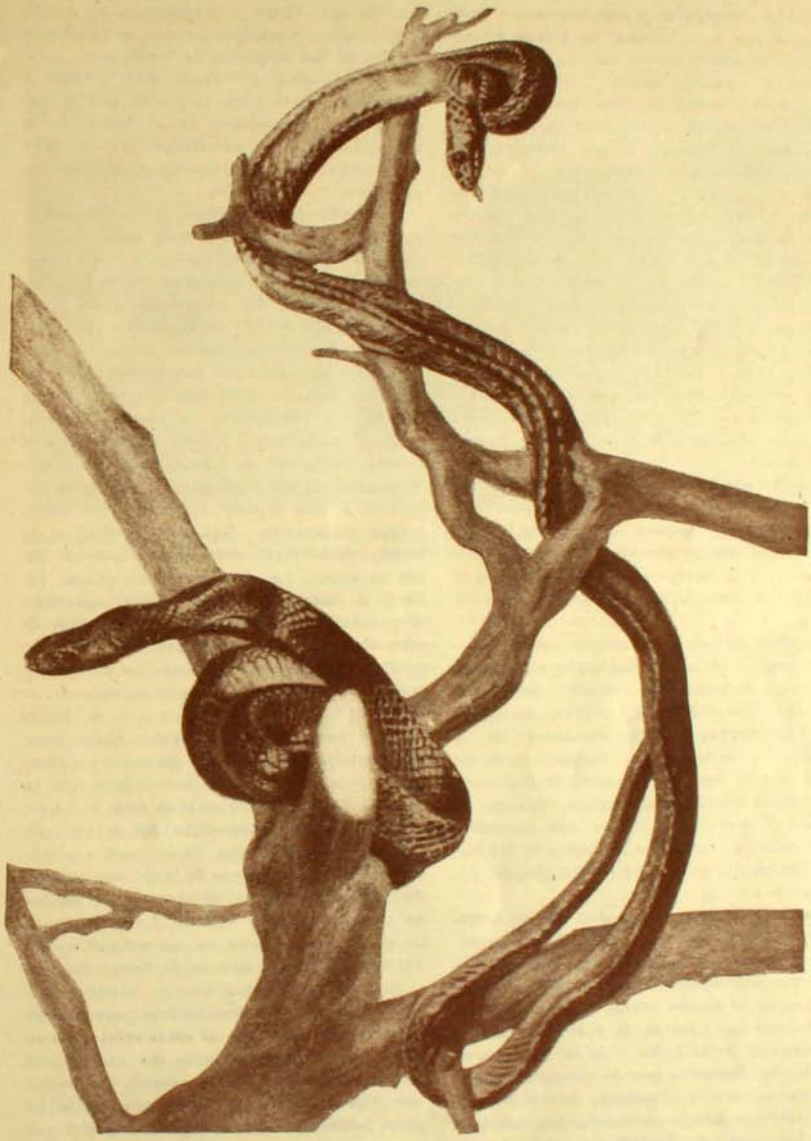
Presentamos en este artículo, escrito por un maestro en ciencias naturales, la más hermosa serie de fotografías de serpientes que se haya hecho. Fueron tomadas en el Jardín Zoológico de Anvers, tan rico en reptiles. La tarea, erizada de toda suerte de dificultades, fué hábilmente cumplida por un fotógrafo de nota.

Nada hay más hermoso que una serpiente; y se comprende que Eva haya cogido dócilmente la manzana de los labios de este sér encantador.

Pongamos a un lado todo temor y observemos atentamente una culebra convidada por el sol a un paseo matinal: ella salta, dicen; no, ondula tan muellemente que parece acariciar el suelo, describiendo en su superficie las más elegantes curvas sinuosas; esbelta, tiende el cuello, volviendo a un lado y a otro su fina cabeza, blandiendo su lengua bífida, como para experimentar una cierta satisfacción; no hay ninguna violencia en sus movimientos; aún en su fuga misma conserva su gracia toda; más a menudo, por otra parte evita la huida, que la oscilación de las hierbas o el crujir de las hojas secas puede traicionar, y, usando de su maravillosa soltura, prefiere escapar a la atención enrollándose en espiral, de manera de hacerse pequeñita, y ocultando su cabeza bajo los repliegues de su cuerpo. Desde ese instante, ella no piensa sino en inmovilizarse, y no hace, si la tocan, otra cosa que estrechar más y más las curvas de su espiral. Y cuando está así, bien tranquila, mirémosla de más cerca: no podremos menos que admirar las regulares cinceladuras que semejan sobre su cuerpo brillantes figuras de conchas; nos atrevemos a tocar prudentemente el simpático reptil, cuya frescura apreciaremos en el más cálido de los días; su resignación nos dará valor para tomarle en nuestras manos, que la temperatura estival habrá hecho quemantes; y cuando la confianza entre ambos sea completa, la culebra se desenrollará, se deslizará sobre nuestros brazos, no sin causarnos un temor voluptuoso.

Las culebras de nuestras regiones no son muy grandes; sin embargo, la culebra "a échelons", del mediodía de Francia, puede alcanzar a dos metros de largo; la culebra de Esculapio, que los antiguos consideraban como el emblema del dios de la medicina, alcanzan a 1 m. 60; la culebra de collar la sobrepasa un poco, con 1m. 70 de largo; y la culebra verde y amarilla llega a un porte análogo.

Estas dos últimas son las más hermosas especies francesas. La culebra de collar frecuenta sobre todo los estanques, y se alimenta de ranas y peces. La culebra verde y amarilla gusta al contrario de los lugares se-



UNA ES VENENOSA, AMBAS SON INOFENSIVAS.—La serpiente de coral (a la izquierda) vive en el Brasil; aunque muy venenosa, es inofensiva, porque su boca es tan pequeña que le es imposible morder; al lado, una culebra de la India (zamenis mucoso), que se alimenta de ratas.

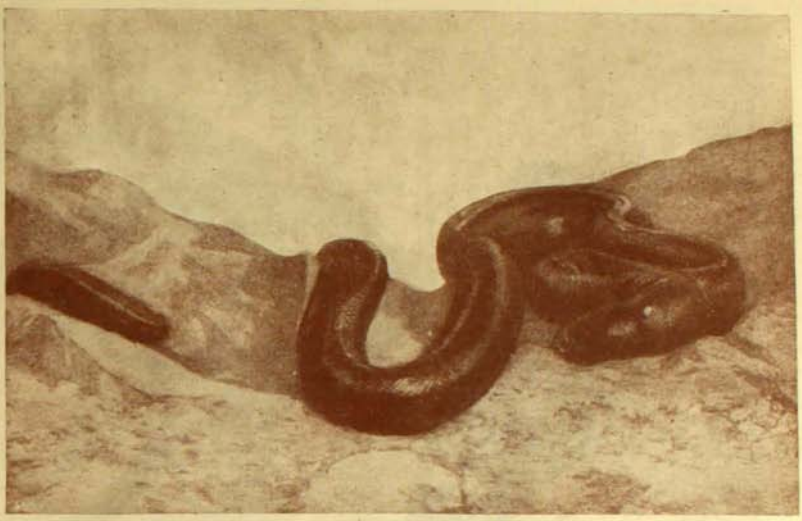
cos; come serpientes y lagartos menos fuertes que ella y no parece de humor acomodaticio; lo mismo ocurre con su próximo pariente, el Zamenis mucoso, que vive en la India y se alimenta de ratas. Pero, sus movimientos de cólera no son sino vanas demostraciones; la mordedura, por enérgica que sea, es absolutamente inofensiva. Yo he hallado y perseguido muchas veces culebras verdes y amarillas en los bosques de la Correze; la mayor parte no pedían otra cosa que salvarse; una sola volvió sobre mí, pero rápidamente deshizo su camino; otra se refugió en un muro de piedras secas; como no pudo esconder sino la mitad de su longitud, tomé con mis dos manos la otra mitad de su cuerpo libre y tiré con todas mis fuerzas; con gran sorpresa el animal se partió en dos; la porción que quedó en mi poder contenía una parte de las vísceras y huevos ya maduros.

Muchas serpientes exóticas tienen un colorido más brillante que las nuestras. Las más hermosas pertenecen al grupo de las Rodillo, así llamadas porque su cuerpo es casi cilíndrico y la cabeza es de una pieza con el cuerpo; su cola es corta y redonda en la punta.

Las Rodillo son regularmente anilladas de rojo coral y de negro; las mujeres del Brasil (donde son bastante comunes), se las pasan alrededor del cuello, a guisa de collar. Las **Cilindrophis**, sus representantes en la India y en las islas de la Sonda, son de un bello azul de acero o de un verde bronce ligeramente dorado, con bandas blancas; la cabeza y la cola son rojas; son serpientes tricolores. Las Coronelas anilladas de Méjico, de Guatemala y del Norte del Brasil son anilladas de rojo y negro.

Las serpientes de la familia de las **Dryophilidæ** viven casi exclusivamente en los árboles; habitan el Brasil, Madagascar, la América del Sur, la India, Mozambique y Australia; la mayor parte, tales como las Oxybeles y las Nasicas, de hocico alargado o punteagudo, de la India y de las Islas de la Sonda, las Passerita son de un verde magnífico por encima, y a menudo de un hermoso amarillo por debajo. Se confunden tan bien con las ramas de los árboles, alrededor de las cuales se enrollan, dejando solamente la extremidad anterior de sus cuerpos absolutamente inmóvil, que es muy difícil distinguirlas. Su cola larga y punteaguda, su cuerpo muy delgado y alargado, hacen de ellas unas serpientes tan elegantes de forma como agradables de color. Su flexibilidad permite a algunas de entre ellas, largas de tres a cuatro metros, mantenerse en el hueco de la mano cuando están enrolladas; pero su talla es generalmente más pequeña y se mantiene entre uno y dos metros.

Casi todas las serpientes son carniceras y la talla de sus presas aumenta, naturalmente, con la de ellas. Para quedar inofensiva no es preciso que una serpiente sea muy grande. Las Pitones del Africa, del Asia y de la Australia tropical, las Boas, que las reemplazan en América, pueden alcanzar hasta cinco o seis metros de largo; éstas se contentan a menudo con presas del porte de un conejo, que constituyen su comida habitual en las "menageries"; pero atacan tambien cabros, antílopes: se lanzan sobre su presa, la enlazan en sus repliegues, y consiguen reducirla a una especie de pasta, que luego tragan lentamente. Una vez ocurrió en la Menagerie de reptiles del Museo, que una Pitón se comió, por distracción, un grueso pañuelo de lana que le servía de abrigo. Sólo el guardián de la Menagerie fué testigo de este almuerzo fenomenal, pero bastantes leyendas trágicas corren sobre las Pitones y las Boas, desde el accidente mitológico de Laocoonte y sus hijos, para que se pueda aceptar éste sin inconveniente. Estos enormes reptiles han inspirado en todos los tiempos un profundo terror a los viajeros que les han encontrado, y que estaban bajo la impresión de los relatos emocionantes de los indígenas. Según éstos, las Boas pueden alcanzar hasta quince metros de largo, son capaces de atacar y devorar búfalos, y no vacilan en lanzarse sobre el hombre. La actitud hostil que toman a veces en las menageries las Pitones que ahí se educan, la fuerza de estos animales, la dificultad que un hombre encerrado en sus repliegues tendría para desasirse, permiten creer que si estos relatos no están absolutamente exentos de exageración, contienen sin embargo un fondo de verdad, que reposa sobre un cierto número de hechos felizmente raros. Algunas especies permanecen con gusto en el agua; las Eunectes de la Guayana y del Brasil pueden aún ser consideradas como serpientes acuáticas, aunque ordinariamente hagan sus presas entre



JUGUETE DE CHARLATAN.—Del género eryx; no es venenosa; se la encuentra en Egipto, donde los jugadores le fabrican cuernos y la hacen pasar por víbora del Sahara.

animales terrestres que se acercan a beber. Gustan también de las gallinas y de las ratas y van a buscarlas hasta en las embarcaciones. El Boa emperador de Méjico participa del mismo gusto por las ratas. Ha sido estudiado en el terreno por el sabio F. Bocourt, a la vez pintor distinguido y naturalista experto, quien recomienda la dulzura de este animal. Tenía varios en su casa, y sus hijitas, de edad de siete y nueve años, jugaban con ellos y los atormentaban de mil maneras, sin que ninguno de estos animales, tan mal reputados y que los antiguos mejicanos adoraban, hayan jamás hecho intención de sublevarse.

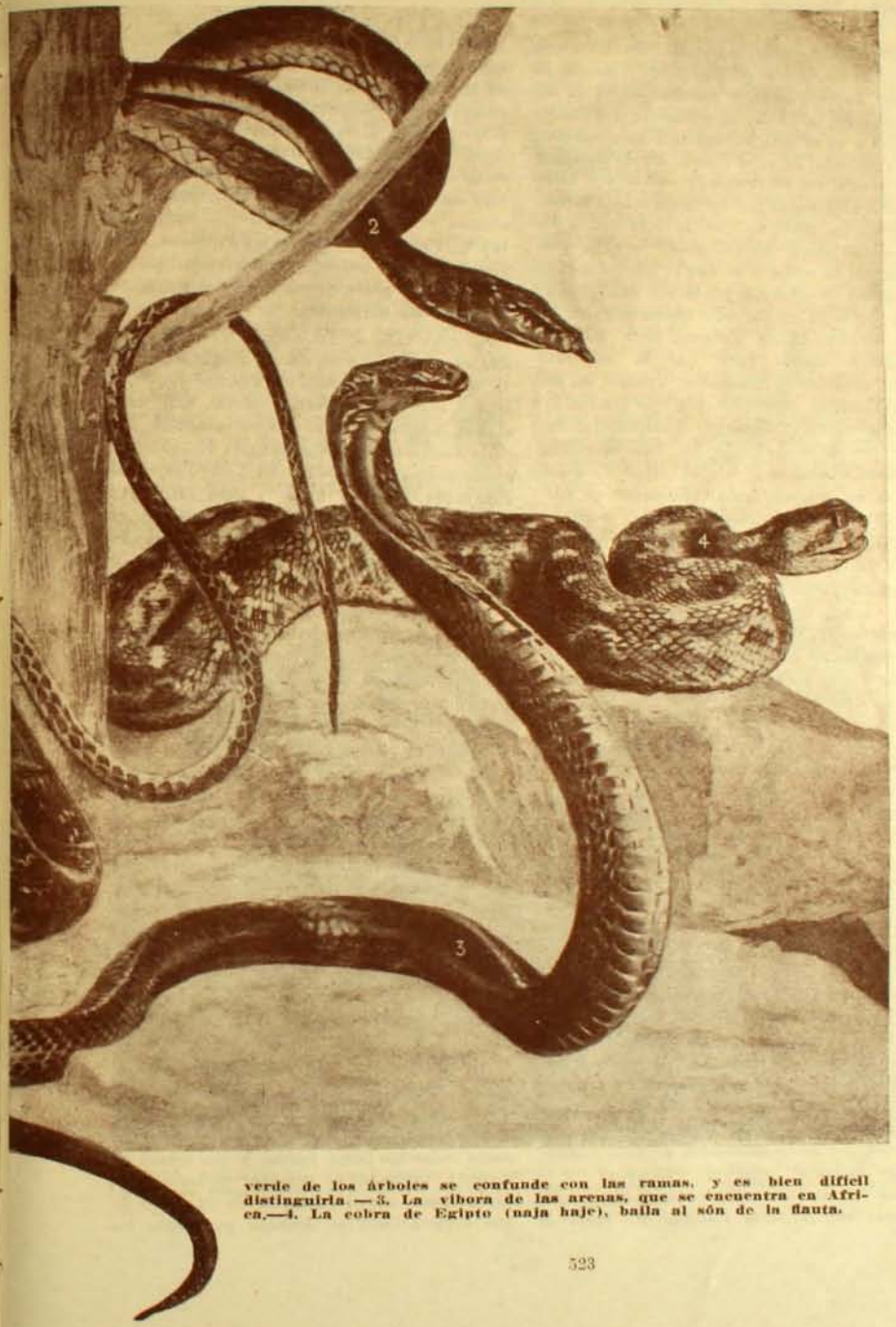
Las Pitones de la China vagan libremente por las casas y sus dependencias, y su presencia en un junco es considerada como un feliz presagio. Yo he leído que en América una Boa circulaba en una casa como lo hubiera hecho un animal doméstico. Y cuando sus dueños partieron, el pobre animal dió señales del más vivo dolor y murio súbitamente algunos días después de su partida. A pesar de los detalles dados sobre este acontecimiento, no me atrevería a asegurar que esa Boa murió realmente de dolor; pero ello no quita que no hubiera llegado a ser completamente familiar.

Si todas las serpientes fueran tales como la de que acabamos de hablar, estos reptiles serían para nosotros tipos de gracia y elegancia, pero hay serpientes de serpientes, y, desgraciadamente, un gran número de estos animales han sido dotados de ciertos dientes que son para aquellos que se aproximan el más temible peligro. Una herida hecha con esos dientes basta para inocular un veneno capaz, en dosis de algunos miligramos, de dar la muerte al más vigoroso de los hombres.

¿Cómo han adquirido estas serpientes esa potencia asesina? Hé aquí una evolución muy curiosa. Todas las serpientes tienen en las encías glándulas que contienen el mismo veneno que la sangre, y naturalmente, estas glándulas se abren a la superficie de las encías, en la vecindad de los dientes. Cuando son de pocas dimensiones, el veneno corre entre los dientes, permanece más o menos en su superficie, pero en tan pequeña cantidad, que una mordedura aún profunda no produce accidentes; es el caso de las Culebras, las Boas, las Pitones, etc. Si entre estas glándulas hay



REPTILES DE ASIA Y AFRICA.—1. Serpiente de anteojos de la India (naja tripudians): tiene la facultad singular de separar sus primeras costillas, de manera de transformar su cuello en una especie de escudo aplastado; sobre este escudo se dibuja una figura que representa groseramente el aspecto de un binóculo; de ahí su nombre.—2. La serpiente



verde de los árboles se confunde con las ramas, y es bien difícil distinguirla.—3. La víbora de las arenas, que se encuentra en África.—4. La cobra de Egipto (naja haje), baila al són de la flauta.

una que toma más desarrollo que las otras, su canal secretor engruesa, puede dilatarse en forma de recipiente, y formándose en la superficie de la encía, la sustancia del diente vecino a su orificio se reparte a su alrededor, sea creciendo, en cuyo caso el diente presenta una gotera, sea en círculo, y entonces el diente está atravesado por un canal más o menos central. La glándula que de esta suerte ha engrosado puede hallarse sobre la parte posterior de la encía y el diente que le corresponde no se presenta jamás sin una gotera: esta serpiente es llamada **Opisthoglyphe.** La posición del diente peligroso está en ellas demasiado oculta para que la serpiente pueda, al morder, inocular su veneno; es casi inofensiva; y es el caso de la culebra de Montpellier (Coelopeltis monspessulanum) que vive en el mediodía de Francia, en los terrenos rocallosos, y que es capaz de guardar en su estómago simultáneamente un mirlo, cuatro ratones y dos lagartos.

Cuando la gruesa glándula está situada cerca del orificio bucal, el diente que le corresponde puede estar simplemente traspasado de una gotera, en cuyo caso la serpiente es **proteroglyphe** o traspasado por un canal, y entonces es **solenoglyphe.** Estas dos categorías de serpientes son igualmente peligrosas. Cuando abren enormemente la boca, sus dientes venenosos toman una dirección hacia afuera de la boca, y les basta bajar bruscamente la cabeza para inocular su veneno.

Las terribles Cobras que, según las estadísticas oficiales, mataban en la India, aún en el año 1880, cerca de veinte mil personas por año, son proteroglyphes. Los Crótalos de los Estados Unidos son solenoglyphes, y se pueden colocar en la misma línea, desde el punto de vista de las consecuencias, las Cobras y los Crótalos.

Se comprende que animales tan peligrosos hayan suscitado un terror supersticioso. Los hindúes, en ciertas regiones, tratan de potencia a potencia con ellos; cuando las encuentran en sus moradas, lo que es muy frecuente, no les dan caza, sino que les hacen toda suerte de ruegos, con cumplidas maneras, para conseguir que salgan, y llegan hasta encargar a los sacerdotes de esta misión: jamás matan al importuno visitante.

Las Cobras tienen la facultad singular de separar sus primeras costillas, de modo de transformar su cuello en una especie de escudo aplastado. Sobre este escudo se dibuja, en las Cobras de la India, una figura que representa groseramente el aspecto de un anteojo; de ahí el nombre de "Serpent a lunette", que le dan los franceses. Este adorno falta en la Cobra de Egipto. Hace falta también este defecto al terrible Ophiophage que alcanza 4 metros de largo, y que habita la India, el sur de la China y las Filipinas, y se alimenta sobre todo de serpientes, lo que le ha valido de parte de los indios el título de **Reina de las Serpientes.**

Su gran talla le da todas las audacias: Cantor cuenta que un oficial fué atacado en el Anam por una madre ophiophage que vigilaba a sus pequeñuelos; el oficial, ante este ataque inesperado, huyó a toda velocidad, pero la serpiente lo persiguió hasta el borde de un río profundo, donde el oficial creyó salvarse ensayando ganar a nado la otra orilla; la Reina de las Serpientes se lanzó como él al agua, y el hombre no se salvó sino tirando su sombrero al reptil, que dió cuenta de él en pocos instantes.

Las Cobras tienen la facultad de enderezarse sobre su cola, balanceando su cuerpo como si bailasen. Los encantadores de serpientes, como se sabe, aprovechan esta facultad para formarse una renta. Acostumbran a estas serpientes a danzar en las plazas públicas al son de la flauta.

Las Cobras pueden también hacerse inmóviles y tiesas como una varilla por medio de una ligera presión de la nuca; se sabe el partido que sacó Aarón de esta particularidad para asegurar su influencia sobre el espíritu del Faraón de su tiempo. Se sabe también que el Faraón, habiendo hecho venir sabios y magos, éstos repitieron sin dificultad el milagro; pero la serpiente de Aarón se comió a las otras. ¿Fué Aarón tan astuto para no tentar sus experiencias sino después de haberse procurado una Reina de las Serpientes?

Al lado de las Cobras, la India está infestada por otras serpientes venenosas cuyo cuello no es dilatable, entre otras las Bongares, que matan, ellas solas, tantas personas como todas las otras juntas, y que tienen la molesta costumbre de penetrar en las habitaciones para cazar las ratas. En el curso de sus exploraciones se deslizan por entre los

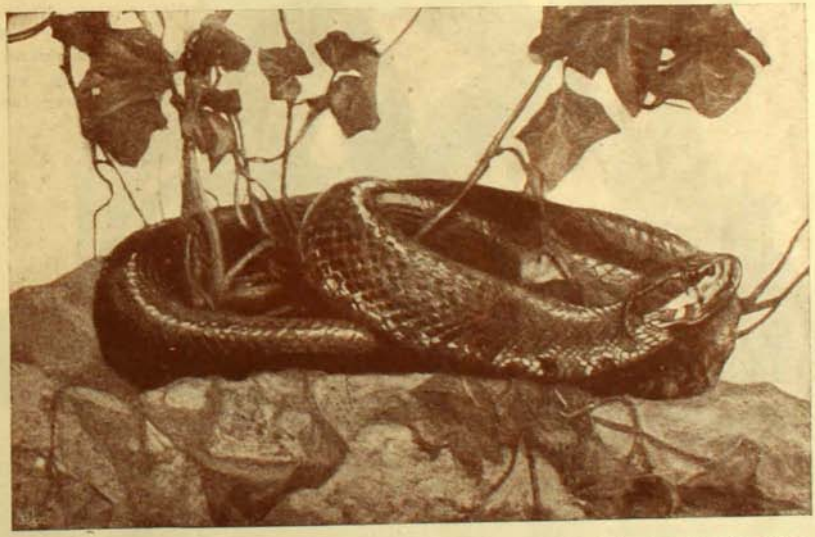
muebles, se apelotonan en los cojines y en las almohadas y pasan a ser así "los ángeles de la muerte".

La serie de serpientes proteroglyphes es completada por las serpientes de mar, las Hydrophis. Estas serpientes de mar no tienen nada de común con los animales misteriosos y gigantescos muchas veces vistos por testigos dignos de fe, que los han designado bajo el nombre de **serpientes de mar.**

No pasan más allá de un metro de largo, viven en las costas en rebaños numerosos y se les conoce inmediatamente por su cola comprimida en forma de aleta; están repartidas desde el golfo Pérsico hasta la América Central, en el Océano Indico y el Pacífico; se conocen más de cincuenta especies, todas muy venenosas, una sola vive en el lago Taal, lago de agua dulce de la isla de Lucon en las Filipinas. Como las víboras, estas serpientes son vivíparas.

Hay además verdaderas víboras de agua de dientes venenosos; habitan las aguas dulces de la América del Norte. Se alimentan principalmente de peces, de donde su nombre científico de Ancistrodon piscivorus, que reemplaza en la lengua corriente el de Mocasinos de agua. Las Mocasinos, propiamente dichos, o Trigonocéfalos, son serpientes del mismo género, pero terrestres, que habitan los Estados Unidos y se les conoce por su cabeza muy dilatada hacia atrás. Son vecinas de las Lachesis, Bothrops o "Fers de Lance", que habitan Méjico, y que los ingleses introdujeron por envidia en las plantaciones de caña de azúcar de las Antillas francesas, donde, en razón de su fecundidad, han llegado a ser una plaga. Estas serpientes alcanzan dos metros de largo, son vivíparas, y paren hasta una docena de culebrillas, que tienen al nacer 20 centímetros de largo y son de una notable vivacidad. Se ha ensayado luchar contra la multiplicación de estas serpientes oponiéndoles las mangoustes, que las atacan valientemente y se las comen; pero las mangoustes han llegado a ser, por su parte, demasiado numerosas y peligrosas para la caza.

Las Trigonocéfalas son tan venenosas como las Cobras y los Crótalos, o serpientes de campanillas. No difieren sino por la ausencia de la curiosa campanilla caudal, por la que



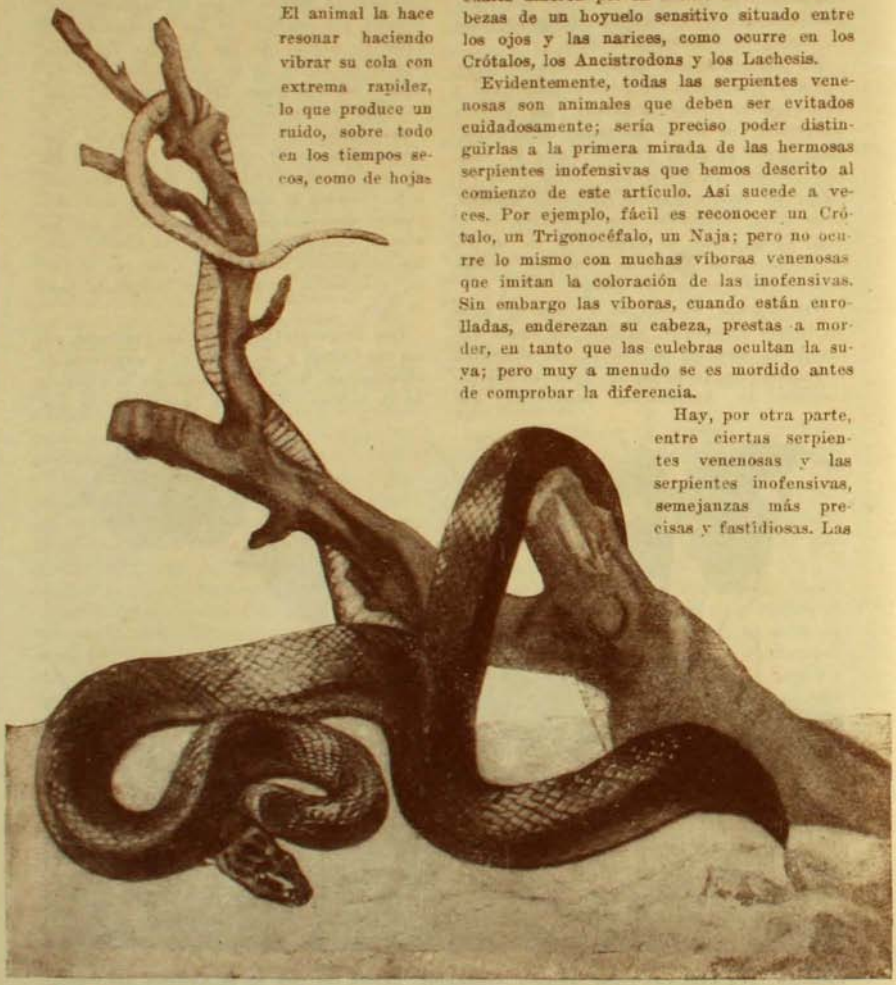
VIBORA ACUÁTICA.— Tiene dientes venenosos; habita los ríos de la América del Norte. Los peces constituyen su alimento habitual, siendo su nombre de Ancistrodon piscivorus, bajo el cual los naturalistas designan esta especie.

estas últimas señalan su presencia e invitan a sus enemigos a pasar de largo. Esta campanilla está compuesta de una serie de conchas de paredes córneas que no son otra cosa que los residuos de las mudas anuales del reptil, de modo que el número de sus capas indica su edad. El animal la hace resonar haciendo vibrar su cola con extrema rapidez, lo que produce un ruido, sobre todo en los tiempos secos, como de hojas secas que se pisan. Muchas especies de crótalos habitan la América del Norte; una sola la América del Sur. Los Crótalos pasan de dos metros de largo.

Las víboras francesas no son sino una reducción de esos terribles animales, de los cuales difieren por la ausencia sobre sus cabezas de un hoyuelo sensitivo situado entre los ojos y las narices, como ocurre en los Crótalos, los Ancistrodons y los Lachesis.

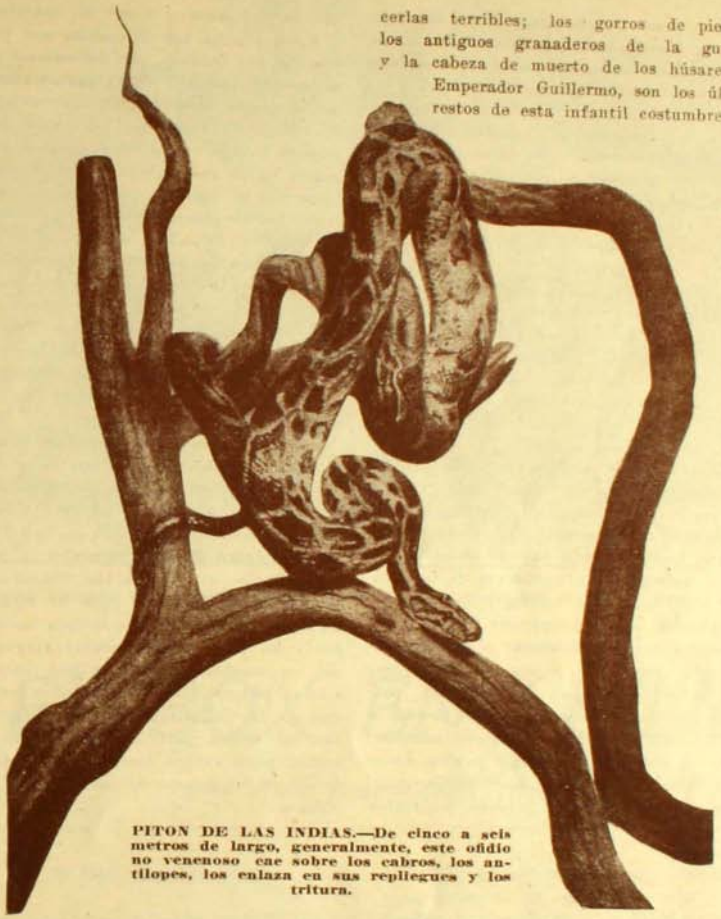
Evidentemente, todas las serpientes venenosas son animales que deben ser evitados cuidadosamente; sería preciso poder distinguirlas a la primera mirada de las hermosas serpientes inofensivas que hemos descrito al comienzo de este artículo. Así sucede a veces. Por ejemplo, fácil es reconocer un Crótalo, un Trigonocéfalo, un Naja; pero no ocurre lo mismo con muchas víboras venenosas que imitan la coloración de las inofensivas. Sin embargo las víboras, cuando están enrolladas, enderezan su cabeza, prestas a morder, en tanto que las culebras ocultan la suya; pero muy a menudo se es mordido antes de comprobar la diferencia.

Hay, por otra parte, entre ciertas serpientes venenosas y las serpientes inofensivas, semejanzas más precisas y fastidiosas. Las



LA SERPIENTE DE ESCULAPIO.—Los antiguos consideraban a esta serpiente como el emblema del dios de la medicina, y le consagraban templos.

cerlas terribles; los gorros de piel de los antiguos granaderos de la guardia, y la cabeza de muerto de los húsares del Emperador Guillermo, son los últimos restos de esta infantil costumbre. Las



PITON DE LAS INDIAS.—De cinco a seis metros de largo, generalmente, este ofidio no venenoso cae sobre los cabros, los antílopes, los enlaza en sus repliegues y los tritura.

Elaps, que son venenosas, están anilladas de rojo y negro, como los hermosos Scitalos, igualmente americanos, que son absolutamente inofensivos; felizmente, la boca de los Elaps es tan pequeña que les es bien difícil morder. Darwin pensaba que estos parecidos no son accidentales. Un animal inofensivo tiene interés en parecerse a un animal temible. Aprovecha del terror que inspira este último y que pone en fuga al enemigo. Así es como los antiguos guerreros revestían sus personas con trajes propios para ha-

serpientes verdes de los árboles, fuera de su mimetismo recíproco, presentan todavía otro; su color las hace invisibles sobre los árboles donde se hallan. Darwin cita casos numerosos de estas dos especies de mimetismo en los grupos más diversos del reino animal; es uno de los subterfugios por los cuales la victoria es a veces obtenida por la lucha por la vida. En la última guerra, los hombres han recurrido con todo éxito al **camouflage**, que viene a ser la misma cosa.

Los reptiles actuales, y sobre todo las ser-

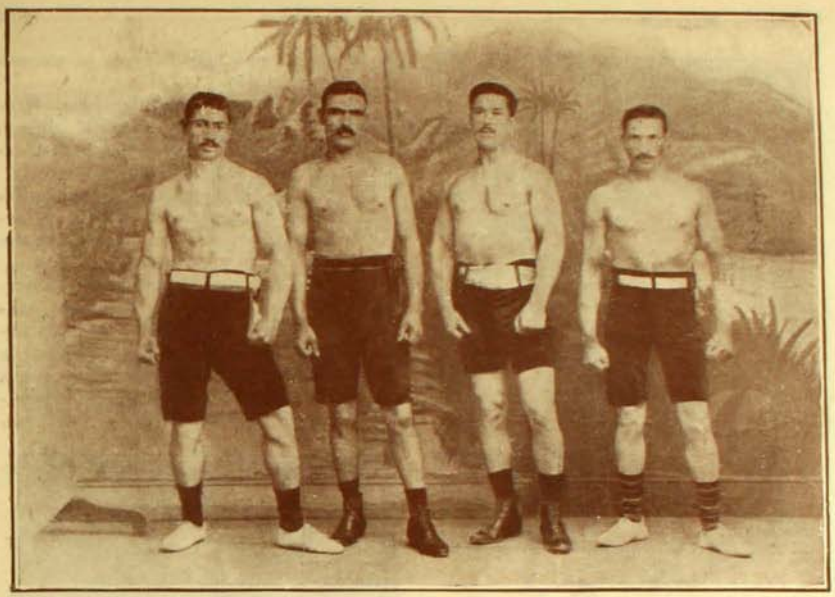
pientes, deben su existencia a otro subterfugio; la brevedad de los miembros o su ausencia permiten a un animal esconderse fácilmente. Durante el sueño invernal o estival al cual están condenados los animales de temperatura variable, los reptiles de patas cortas o sin patas han podido asegurarse inaccesibles escondites; los reptiles gigantescos de los tiempos secundarios, por el contrario, expuestos a todos los peligros han desaparecido de la faz de la tierra.

Mucho tiempo hemos estado sin defensa contra el veneno de las serpientes. Importantes rebuscas, aquéllas sobre todo de Cesaire Phisalix y del Dr. Calmette, de Lille, han puesto en manos de los prácticos, serums cuya eficacia es hoy día universalmente reconocida. La mordedura de las Najas y de los proteroglyphes en general, es poco dolorosa, pero el miembro picado se hincha; la hinchazón gana poco a poco el cuerpo entero, el sueño se hace invencible, la respiración más y más penosa; la muerte sobreviene de dos a siete horas. Cuando hay curación, es rápida y definitiva. La mordedura de los Crótalos y de los otros solenoglyphes es, por el contrario, muy dolorosa; los tejidos picados se ponen rojos, violáceos; el enfermo experimenta escalofríos y una sed horrorosa; se declaran hemorragias en diversas partes del cuerpo. Si una vena ha sido picada, la muerte puede sobrevenir en algunos minutos; si no, los fenómenos mórbidos pueden durar hasta veinticuatro horas. Su curación, cuando la hay, es lenta, y produce accidentes que tardan años a veces en manifestarse.

Estos efectos tan diferentes son producidos por dos venenos, uno del sistema nervioso, que M. Calmette llama **nevrotoxine**, otro de la sangre, **hemorragine**, que existen en el veneno de todas las serpientes, pero el primero domina en las solenoglyphes, y el segundo en los solenoglyphes. Contra ellos, M. Calmette ha logrado preparar en cantidad relativamente considerable un serum antivenenoso inyectando, en dosis más y más considerables, el veneno que los contiene a los caballos. Los caballos concluyen por quedar inmunes y el serum de su sangre es contra-veneno del de las serpientes. Hay, pues, un serum contra el veneno de las proteroglyphes y otro contra el de las solenoglyphes; pero M. Calmette ha preparado un serum mixto particularmente precioso.

Un cierto número de animales pasan por ser inmunes naturalmente contra el veneno de las serpientes, o por lo menos de algunas de ellas. La mangouste combate a las Cobras con un ardor y un éxito que han dado tema a **Rudyard Kipling** para uno de sus mejores libros; el erizo ataca también a las víboras, pero eriza sus púas de manera de no ser mordido; el puerco devora las serpientes y no parece experimentar ningún daño con su mordedura. Lo mismo ocurre con ciertos pájaros. Resulta de estas experiencias de M. Calmette, que esta inmunidad es real al menos para las mangoustes y los erizos, cuya sangre contiene sustancias destructivas del veneno de las Cobras y de las Víboras.





Primeros alumnos de la policía en las clases de box: Heriberto Rojas, F. Araya, J. Sepúlveda y Juan Concha.

EL BOX EN CHILE

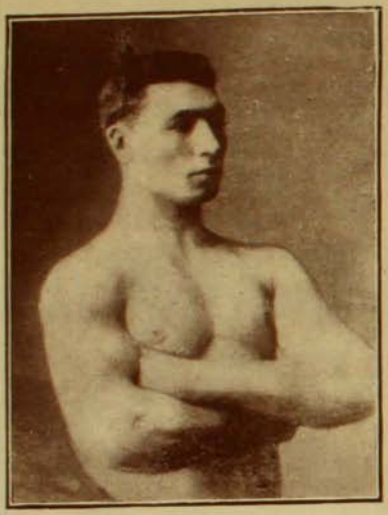
Por José Risopatrón Lira

El box, sport nacional

Cada país tiene su sport favorito, ya sea porque los caracteres del juego se acomodan mejor al temperamento de la raza y a sus cualidades o bien porque las condiciones del clima y del terreno se adaptan más en unas regiones que en otras a determinados ejercicios físicos o simplemente porque una moda los consagró en épocas de entusiasmo. El hecho es que en cada nación hay un sport que ha echado más hondas raíces.

Si quisiéramos saber cuál de estas ramas culturales del músculo en coordinación con el espíritu es la que en Chile debía aclimatarse más, y para averiguarlo estudiáramos las cualidades de nuestro pueblo, sus tradiciones, su idiosincrasia, no tendríamos mucho que discurrir para convencernos de que ninguno encuentra en la raza chilena un terreno más apto que el llamado "arte de la defensa propia". Y no por cierto bajo su aspecto de defensa, sino por lo que él enseña en el arte de atacar con éxito, de desplegar el máximum de las energías individuales y de cultivar la pujanza del músculo y el vigor del espíritu.

Conocidas las cualidades de la raza, formada por los descendientes de los aventureros castellanos y los indomables hijos



Heriberto Rojas.

de Arauco, cualidades que hermanan el valor, la resistencia y la decisión ante el peligro con la nobleza y generosidad ante el más débil, no es extraño que el box vaya tomando cada día mayor auge entre nosotros, ya que este sport necesita reunir, como ningún otro, en los individuos que lo practican, las citadas cualidades de caballerosidad, energía, resistencia y valor.

Por eso es que de algunos años a esta parte el box ha pasado insensiblemente a colocarse a la cabeza de los demás sports y hoy día puede considerarse como el sport nacional por excelencia.

Cuando se efectúa un match importante siempre se ven en las primeras filas de expectadores a personalidades conocidísimas de nuestro mundo social y político, y los Tocornal, los Zañartu, los Orrego, los Sanfuentes y muchos otros, políticos, hombres de negocios y profesionales distinguidos dan a los espectáculos de box un aspecto de reunión eminentemente nacional.

II

Los primeros pasos del box en Chile

Hace quince años, en nuestro país no se tenía sino una vaga idea de lo que era el boxeo científico.

Sólo de vez en cuando algún diario reproducía, a modo de información curiosa, los detalles de algún gran match verificado en Europa o Estados Unidos.

Fué por ese entonces, cuando, con la llegada al país de algunos maestros en el arte, se despertó en nuestra juventud el deseo de aprenderlo y practicarlo.

Las personas tímidas, los temperamentos pusilánimes y reacios a toda idea nueva se apresuraron a calificar el box con expresiones duras, y al ver la inutilidad de sus esfuerzos para eliminarlo de nuestras aficiones, le hicieron el vacío y ridiculizaron a los que se interesaban por su práctica.

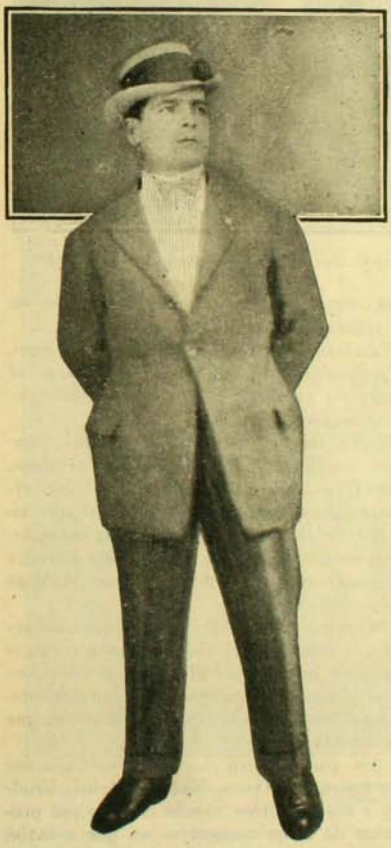
Fué necesario que personalidades distin-



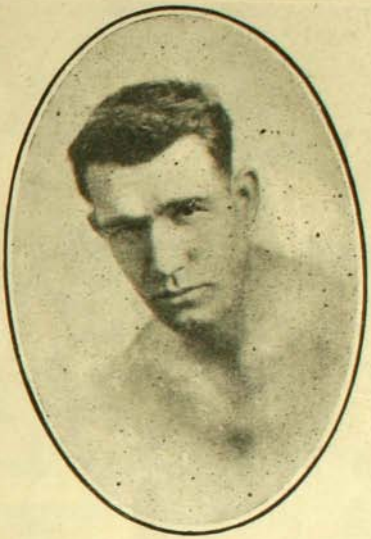
Manuel Sánchez.

guidas de la política y del alto comercio, que en sus viajes por el extranjero se dieron cuenta de su bondad e importancia, hicieran su elogio y propagaran su gusto, asistiendo a los primeros matches públicos que se hicieron en Santiago, para que la juventud le abriera paso franco y lo colocara en el lugar prominente que le correspondía entre sus sports favoritos.

El box a la alta escuela coincidía, casi en todos sus aspectos, con el sistema de las luchas individuales que se usaban en el país para poner término a disputas y enojos personales.



Jack Martinez.



Bob Devere, fallecido misteriosamente en Nueva York, hace poco tiempo.

Sólo faltaba ajustar la pelea "a la chilena", de rudeza primitiva, pero eminentemente humana, a las reglas del Marqués de Queensberry, que son lo que podríamos llamar "catecismo del boxeo".

Y apenas hubo en Chile quien enseñara esas reglas, aparecieron fácilmente los campeones, eso sí que con grandes deficiencias, pues su escuela era todavía embrionaria.

El primer profesor de box que tuvimos en Chile fué Juan Budinich, quien, deseoso de conocer a fondo el arte, se fué a los Estados Unidos y allí lo estudió con especial contracción, hasta encontrarse capacitado para regresar a su patria a ejercer su apostolado.

A su gimnasio acudieron jóvenes de la mejor sociedad de Santiago, y aun figuraron entre sus primeros alumnos algunos caballeros que estimulaban a los demás con su entusiasmo.

Con la implantación de las clases de box en la Policía de Santiago se formaron muy pronto boxeadores como Heriberto Rojas, el maestro Juan Concha y muchos otros.



Recuerdos del match Rojas-Mills, en que venció por puntos el campeón nacional.

Entre todos estos alumnos de las clases de box de la Policía de Santiago, muy luego se destacó la figura de Heriberto Rojas, que andando el tiempo llegó a ser el campeón sudamericano de todos los pesos.

Su dedicación al estudio, su vida metódica, ordenada y sin vicios, su salud y sus dotes intelectuales, le abrieron fácilmente las puertas de la celebridad.

Casi al mismo tiempo aparecía en los espectáculos populares un niño, que hacía exhibiciones del arte, que había adquirido casi por intuición, espontáneamente y demostrando aptitudes especiales y una escuela original, de movilidad asombrosa y de viveza admirable. Este niño fué venciendo invariablemente a cuantos se le pusieron por delante, y su carrera sportiva fué una cadena de triunfos que llegó al pináculo de la popularidad cuando Manuel Sánchez, que es a quien nos referimos, fué un hombre formado y salió de la patria con la resolución de aprender más, perfeccionarse y dejar bien puesto el nombre del país, cuyos colores paseaba victorioso en su cinturón de pugilista.

También a él, en su categoría de peso, le correspondió la gloria de conquistar el título de campeón sudamericano, que, invicto, conserva hasta el presente.

Entre Heriberto Rojas y Manuel Sánchez, en la categoría de peso intermedio, surgió también hace algunos años la brillante figura de Adolfo Morales, el que en la flor de su carrera falleció trágicamente, a consecuencia de una fatal caída durante un match con el peleador de color William Daly.

Mientras tanto, Heriberto Rojas aguardaba la llegada periódica de boxeadores extranjeros que venían al país a probar fortuna y ante los cuales dejaba indefectiblemente bien puesto el título de campeón, que ya ostentaba.

Así pasaron por los ring santiaguinos las figuras de Dunn, Kelly, Mitchel, Bradley y muchos otros, siendo el principal promotor de estos encuentros en que actuaba

Rojas, el activo manager y empresario, Jack Martínez, inteligente buscador de boxeadores, que ha sido a veces rudamente atacado, pero a quien hay que reconocerle el mérito de ser uno de los principales propagandistas del sport.

Como a Heriberto Rojas le faltaba la escuela de perfección, el ambiente de los países más adelantados en este arte, como carecía, casi en absoluto, de conocimientos para la defensa, un día, hace de esto tres años, llegó un mocetón de gran cartel en los rings americanos y el campeón nacional fué vencido por el malogrado Bob Devere.

La dura lección recibida fué tan bien aprovechada, que pocos meses más tarde, Rojas vencía, en quince rounds, al entrenador de campeones mundiales, Dave Mills, quien enamorado de este suelo hospitalario y de algo más que este suelo, se ha radicado definitivamente entre nosotros, formando aquí su hogar.

III

La Federación de Box de Chile

A iniciativa de algunas personas entusiastas por el sport que nos ocupa, y entre los que hay que reconocer como los propulsores más eficaces, al activo cronista sportivo de "El Diario Ilustrado", don Juan H. Livingstone, y al muy preparado redactor de sport de "El Mercurio", don Armando Venegas, se formó, hace tres años, la Federación de Box de Chile, de la que fué primer presidente el diputado don Rafael del Canto.

Esta institución, que en sus primeros actos demostró que su labor era efectiva y útil, cayó al poco tiempo en manos de otro Directorio que, por desgracia, no correspondió a los deseos de sus fundadores, pues, debido a lamentables traspiés cometidos, en los que no debemos ver sino una falta de costumbre en el manejo de estas cosas, tan grande como es la buena voluntad de los caballeros que la forman, no cuenta hoy día con la confianza del público ni de la prensa sportiva, con la que ha tenido constantes dificultades y rivalidades que conviene que no existan entre elementos que deben completarse unos con otros para hacer en común una labor fructífera.



Reunión en los salones de la Federación de Box, con motivo de la definitiva autorización municipal de este sport.



Dave Mills.

Sin embargo, hay que reconocer que en épocas difíciles para el box, la Federación ha hecho valer la influencia de algunos de sus miembros más distinguidos para salvar las dificultades.

Debido a que algunos matches habían dejado la impresión de que se trataba de arreglos, vulgarmente llamados "tongos", el box sufrió un período de decadencia y las autoridades llegaron hasta a prohibirlo en espectáculos públicos.

Fué en esta ocasión cuando la Federación de Box hizo una tesonera campaña que terminó con la autorización definitiva de este sport.

También hay que reconocer a esta institución el mérito de la iniciativa para premiar por subscripciones populares la obra sportiva de Heriberto Rojas y Manuel Sánchez.

IV

La iniciativa privada. El señor do Benjamín Tallman

En la iniciativa privada existe un elemento de valor inapreciable para el desarrollo del box entre nosotros.

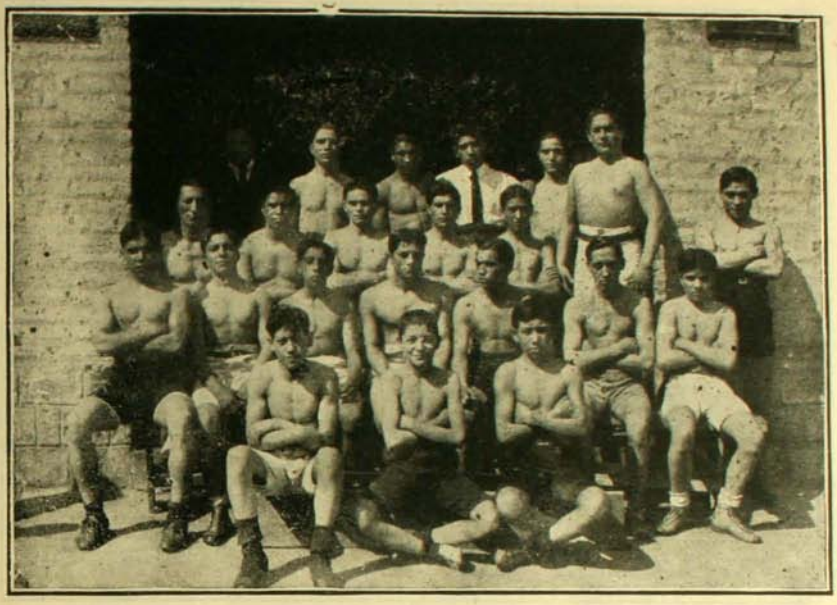
Es el prestigioso industrial don Benjamín Tallman, quien durante muchos años ha sido y sigue siendo el mayor benefactor de los boxeadores, de las instituciones sportivas y de cuanto con esto se relaciona.

El señor Tallman es hijo de un distinguido ingeniero norteamericano que se radicó en Chile a mediados del siglo pasado.

Su espíritu de iniciativa y de progreso hizo que ideara muchas de las grandes obras que hoy, al ser ya realidades, son honra de la capital. Así, él fué quien propuso a don Benjamín Vicuña Mackenna la idea de transformar el árido peñón del Huelén en lo que es ahora el incomparable Cerro Santa Lucía. La canalización del



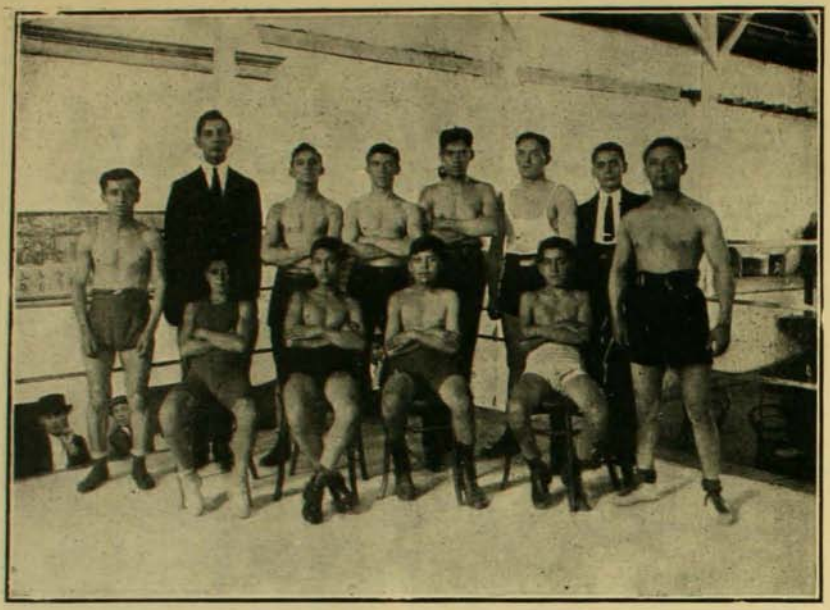
Señor don Benjamín Tallmann.



Socios del "Centro Deportivo Ursus".



Grupo general del directorio y socios del "Ce ntro Deportivo Benjamin Tallman".



Socios del "Intimidad Boxing Club".

Mapocho fué también una de sus geniales concepciones.

Cuando el padre del señor Tallman regresó de un viaje a su patria, se encontró con que estaban en vías de ejecución todos sus grandes sueños, y probablemente el tradicional "pago de Chile", que olvidó unir su nombre a estas obras colosales, apresuró el fin de sus días.

A su muerte, don Benjamín, su hijo, quedó muy niño, y como su madre carecía de recursos, llegó pronto el momento en que no tuvo ni los elementos indispensables para enviarlo al colegio.

Entonces fué cuando el niño demostró la energía de su voluntad y, dispuesto a luchar con la vida, entró de aprendiz de cigarrero.

En las horas que el taller le dejaba libres, en la noche, toreía cigarros que su madre vendía y con los que fué formando un pequeño fondo de ahorro.

Esto le sirvió al cabo de algunos años para instalarse por su cuenta, y con tesón y constancia logró reunir un día una suma de dinero que le permitió comprar la fábrica de cigarros de Echeverría, acreditada ya, y que estaba situada en el mismo local que hoy ocupa la fábrica de cigarros "La Intimidad", de propiedad del señor Tallman.

Este vigor férreo de su voluntad y de su esfuerzo le han hecho tener cariño a todo lo que significa energía y firmeza de carácter y es por esto que la escuela de su vida le ha enseñado que es humano proteger al que lucha por surgir.

Y a su lado se han levantado nuestras mejores figuras sportivas; las estrellas de nuestro atletismo, Manuel Sánchez, Jorquera, Alfonso Sánchez y otros muchos han sido satélites que han girado alrededor de su vivificante protección.

El ha ayudado eficazmente al entrenamiento de los profesionales, a las instituciones boxeriles que nacen y ha escudado con su prestigio numerosas empresas y ha creado valiosos premios para que los

disputen los aficionados que sinceramente sienten cariño por el sport.

V

La Asociación de Centros de Box

Bajo el patrocinio del señor Tallman se creó hace un año la Asociación de Centros de Box de Santiago, institución formada con el concurso de todos los centros sportivos de la capital que practican el box y que es hoy día el mejor elemento para el desarrollo progresista de este sport.

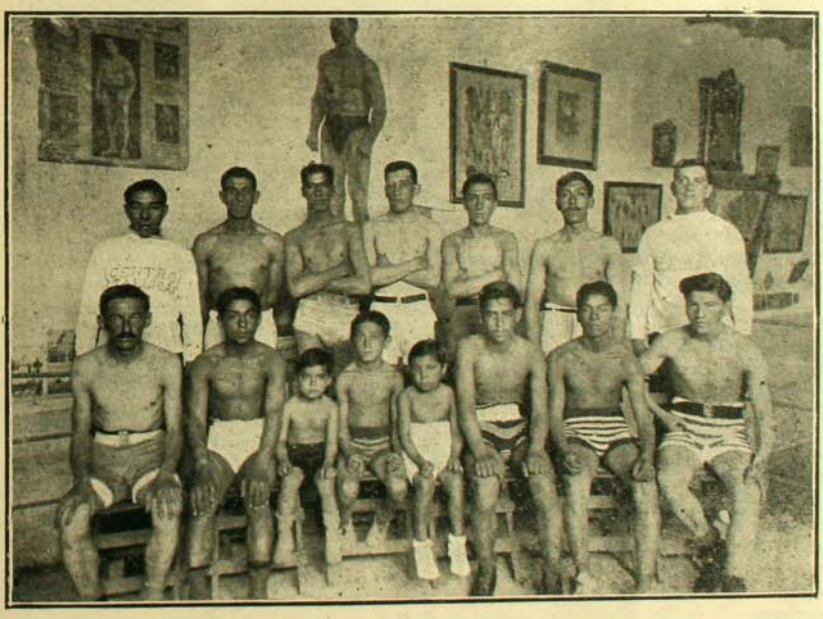
Actualmente forman la Asociación de Centros de Box de Santiago las siguientes colectividades:

Mundial Club (Sección box).
Centro Deportivo Ursus.
Esperanto F. B. C. (Sección box).
Centro Deportivo Benjamín Tallman.
Centro Ezequiel Vilches (Sección box).
Círculo Atlético Royal.
Club Atlético Centenario.
Boxing Club Manuel Sánchez.
Boxing Club Heriberto Rojas.
1.o de Mayo Infantil (Sección box).
Intimidad Boxing Club.
Federación Sportiva Maestranza (Sección box).
Federación de Mueblistas (Sección box).
Centro Deportivo París.
Raab Recoleta Boxing Club.
Chile Atlético Recoleta.
Academia Gimnástica Nacional.
Railway Boxing Club.

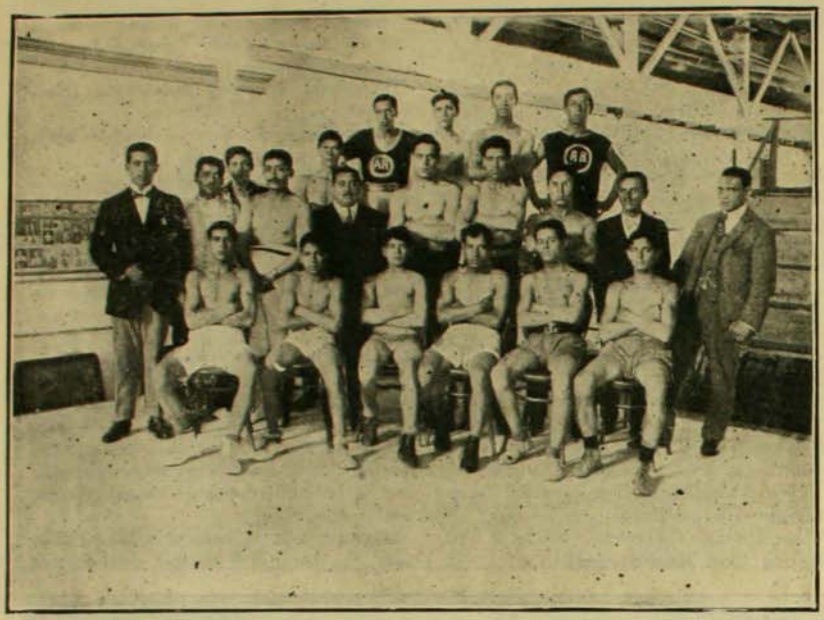
En una época en que tantos estragos hacen en la juventud las enfermedades sociales, toda obra que se ejecute encaminada a aminorar estos tristes efectos merece el aplauso y la decidida protección de cuantos aman el bienestar y el progreso moral de sus compatriotas.

Pocas son las obras que prácticamente hacen más bien a la juventud que aquellas que la reúnen con medios atrayentes, alejándola insensiblemente de los peligros naturales a la edad.

Mientras más se conoce la labor silenciosa que hacen los centros de box más



Socios del "Centro Deportivo Benjamín Tallman".



Socios del "Círculo Atlético Royal".

necesario se hace aplaudirla, fomentarla y velar por su éxito con verdadero cariño, con reconocimiento patriótico, ya que ellos trabajan incansablemente por desarrollar física y moralmente sanos a sus numerosos miembros.

Y estos centros son esencialmente populares, modestos en sus instalaciones pero de gran trascendencia social.

En ellos fraternizan, se juntan, se asocian, empleados de modestos recursos, obreros que se inician en su oficio y jóvenes que cursan los estudios para una carrera que servirá de sostén a sus padres necesitados.

Y en el hogar común del Centro de Box, aprenden a sentirse fuertes para la lucha de la vida, crecen sanos del cuerpo y del espíritu, como lo dice la sonrisa franca y sincera de sus rostros alegres y tranquilos, y en la comunidad social saborean los comunes éxitos, estrechando con lazos sólidos las bendiciones de la amistad y del compañerismo.

Allí conocen al amigo que en la hora de la necesidad será el único en tenderle la mano generosa.

Allí encuentran al que, conociéndolo y apreciando su conducta correcta y seria, lo llevará al hogar familiar, donde tal vez hallará a la futura compañera de su vida.

Hemos tenido oportunidad de conocer el alcance moral de estas instituciones, al saber que en ellas se dictan periódicamente conferencias en las que se habla con claridad de los problemas que afectan más hondamente al progreso y conservación de la familia y de la raza.

Temas que en muchos hogares no se han tratado nunca, por mal entendidos prejuicios, cuyas siniestras consecuencias muy luego se palpan, son tratados en estos centros por médicos y maestros, con la franqueza que les quita todo el maldito sabor de fruta prohibida y que les pinta con toda su repugnante desnudez el efecto fatal de los vicios.

Esta es la obra de los Centros de Box,

obra que con el correr de los años evitará que se abra un hospital en el local donde hoy se alza cada modesto gimnasio.

Y, sin embargo, hay quienes hostilizan esta labor y en los últimos días hemos sabido que la policía, por orden superior, pone toda clase de obstáculos a las reuniones que estos centros acostumbran celebrar semanalmente algunos y con mayor frecuencia otros.

VI

Industria nacional relacionada con el box

Con el enorme desarrollo que ha adquirido en estos últimos años el box, han nacido, naturalmente, algunas industrias relacionadas con este sport.

Las principales y más directamente unidas a su desenvolvimiento son la industria de guantes y la de zapatillas de box.

La traída del extranjero de guantes para box recargaba enormemente el precio de este artículo y esto fué lo que movió al señor Felipe Zúñiga a ensayar su fabricación con materiales nacionales.

La afición de este caballero por este sport, su contracción para practicarlo y hacer su propaganda, lo habían preparado para conocer como nadie los medios de llegar al fin que se proponía.

Y comenzó la fabricación de guantes de box con tanto éxito, que después de tres o cuatro años ha llegado a producir 1,500 piezas de guantes al año, teniendo su fábrica capacidad para una producción de 5,000 pares.

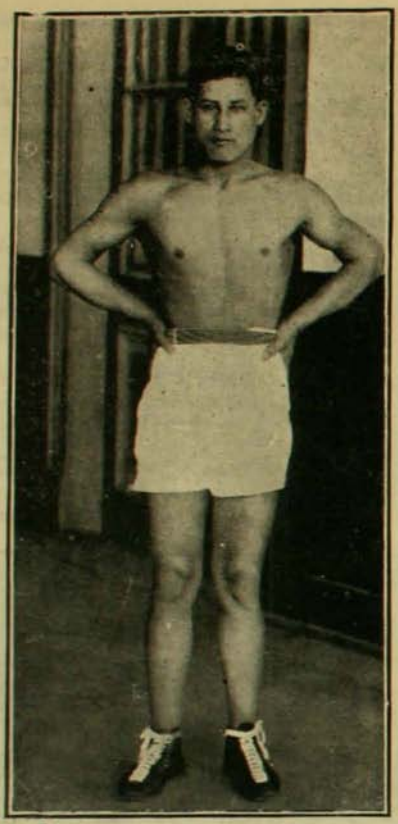
De esta cantidad Chile consume el 60 por ciento y del resto son los mejores mercados el Uruguay y la República Argentina.

También el Perú y Bolivia son buenas plazas para su consumo.

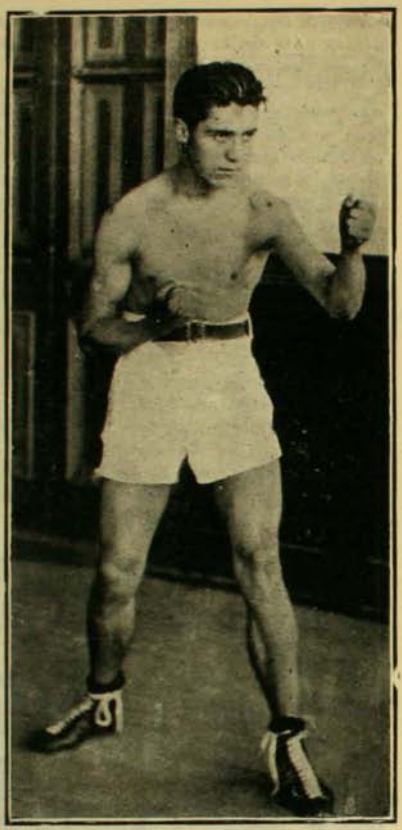
La fabricación de estos productos está



Grupo de aficionados del "Centro Deportivo Benjamín Tallman".



Los "ases" de la Asociación de Centros de man" y Carlos Abarca, 56



Box: Froilán Rojas, 57 kilos, del "Centro Tall- kilos, del "Centro Ursus"

tan perfeccionada, que hay profesionales que la consideran superior a la de los extranjeros.

Sam Mac-Vea, Bob Devere y Angel D. Rodríguez solicitaron del señor Zúñiga presenciar la fabricación de estos guantes para convencerse de que eran hechos aquí.

Profesionales como Dave Mills, Heriberto Rojas, Firpo, Angel Rodríguez, Manuel Sánchez, Lenevé, el maestro Concha y muchos otros no aceptan en sus peleas otros guantes que éstos de fabricación nacional.

Además de esto, el señor Zúñiga ha ampliado su industria con la fabricación de plataformas, punching-balls, nueces giratorias y todos los demás elementos relacionados con el arte del boxeo.

Pero al hacer este elogio de una industria nacional es doloroso tener que dejar constancia de que hay casas de comercio que exigen al señor Zúñiga una marca extranjera para sus productos, creyendo con este recurso darle un pasaporte seguro a la mercadería.

Y el productor ha tenido necesidad de marcar sus guantes con la palabra "Hansen", cuando su deseo habría sido que llevaran un nombre nacional como "Caupoli-

cán", "Heriberto Rojas" u otro por el estilo.

En cuanto a la fabricación de zapatillas para box, es admirable el grado de perfeccionamiento a que ha llegado esta industria entre nosotros y su factura es sin duda superior a la de los productos importados.

Existe la fábrica del señor José Dalgalarrando, cuya producción es confeccionada con materiales del país y ha llegado a monopolizar todos los mercados de la capital y las provincias.

VII

Los gimnasios particulares

Existen en Santiago numerosos gimnasios particulares, mereciendo ser citado especialmente el del "Santiago Ring Club" sociedad de jóvenes sportsmen que tiene vida próspera y que hace activa propaganda del boxeo.

En su sala se han efectuado matches de interés en los que han actuado como aficionados algunos jóvenes de la mejor sociedad santiaguina.

El activo profesor Luis A. Candia y el joven profesional Juan 2.o Novella, también poseen gimnasios que prosperan y en los que periódicamente se efectúan academias públicas para fomentar la afición.

El antiguo maestro Juan Budinich y el luchador romano ya retirado del ring Amadeo Pellegrini poseen también salas de clase con bien instalados gimnasios, dotados de elementos modernos y de grandes comodidades para los alumnos.

Entre los particulares merecen citarse las salas de box que poseen en sus domicilios los señores Alfredo Lacourt y Felipe Zúñiga.

VIII

Los aficionados

No terminaremos sin citar los nombres de los más entusiastas de nuestros jóvenes aficionados, que en su afán por popularizar el sport no han tenido inconveniente en exhibir en público algunas veces sus conocimientos y habilidades boxeriles.

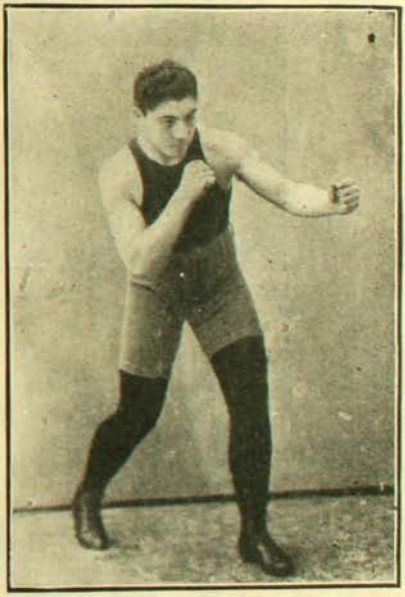
Los principales son: en el peso pesado don Adolfo Eugenín, don Alex Prieto y don Hernán Alessandri; en el peso mediano don Caupolicán Bruce, don Alfredo Lacourt y don Fernando de la Cruz y en el peso liviano don Guillermo Matte Hurtado, don Edmundo Larenas y muchos otros.

IX

En provincias

En las provincias también hay gran entusiasmo por el box y las principales ciudades en que se practica con interés son: Iquique, Antofagasta, Valparaíso, Curicó, Rancagua, Chillán, Concepción, Temuco y Valdivia.

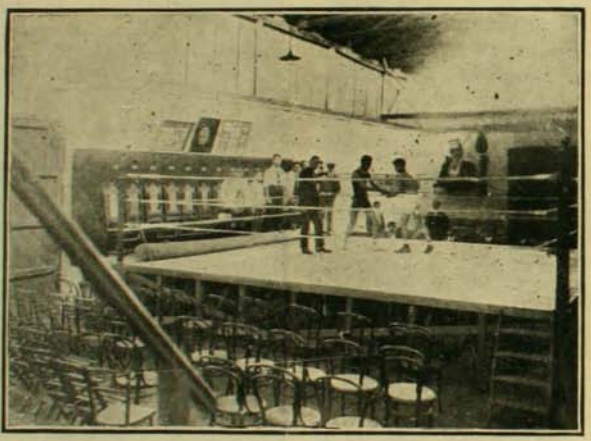
Es de esperar que viéndose los benéficos



Sr. Adolfo Eugenín, aficionado de peso pesado.

resultados que el box produce en la juventud y los beneficios que para el futuro reportará a la raza, todos los que tienen alguna influencia contribuirán con su eficaz ayuda a protegerlo, impulsarlo y velar por su prestigio cada día creciente.

Y no se olviden los que pueden hacer algo por el box que es este sport el que más endulza el carácter y modera las pasiones y que son los centros populares de box los que hoy día están llenando la misión más propicia para la salubridad moral de Chile.



Ring oficial de la Asociación de Centros de Box de Santiago.

La jura de don Felipe II en Santiago

El 27 de marzo del año de gracia de 1558, poco antes de las nueve de la mañana, a la salida de la misa mayor de la iglesia principal, se reunieron en "cabildo e regimiento los muy ilustres señores Alcaldes y Regidores" de la ciudad de Santiago para "platicar en cosas tocantes y cumplideras al servicio de Dios Nuestro Señor y de su Majestad e bien común de la ciudad."

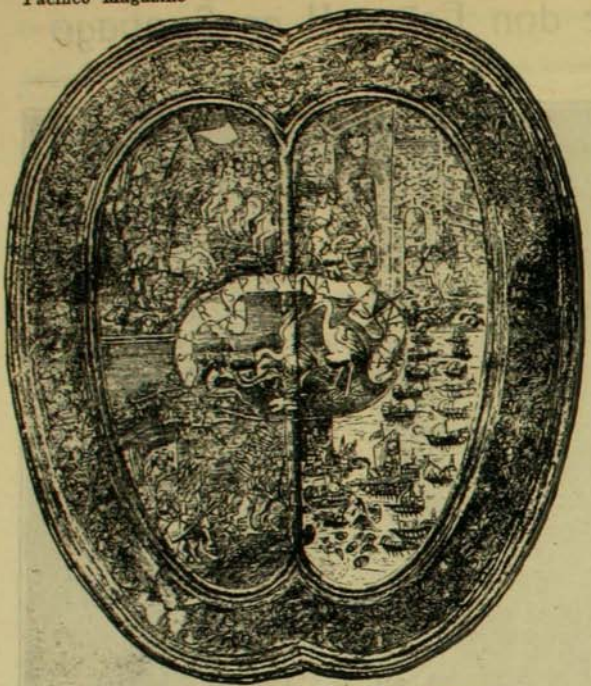
A poco de estar en sesión, se presentó a la sala y ocupó el sitial de la Presidencia "el muy magnífico señor licenciado Hernando de Santillán, Oidor de la Audiencia Real del Perú e Justicia Mayor e Teniente General de estas provincias de Chile".

Con ceremoniosa gravedad, sacó Santillán de la faltriquera de su jubón un pliego cerrado, lo besó reverentemente y lo pasó al escribano, significándole, más con el ademán que de palabras, que lo leyera.

Leyó éste el sobrescrito: "Por el Rey, al Concejo, Justicia e Regidores de la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo."

Al escuchar estas palabras todos los asistentes se pusieron de pie y escucharon con





Escudo de Felipe II. (Armería Real de Madrid.)

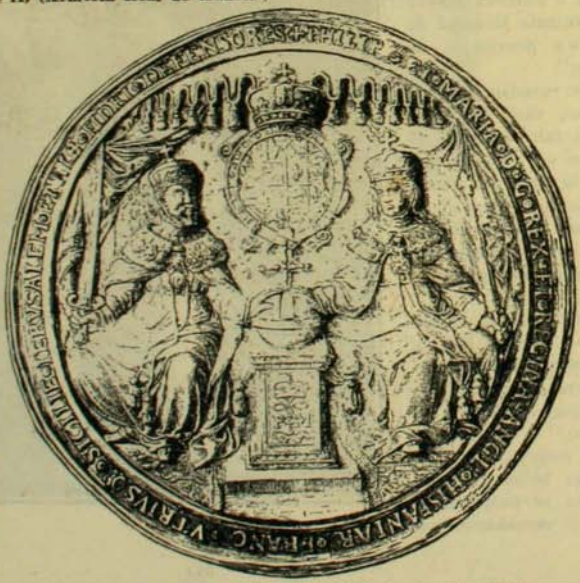
respetuosa devoción la lectura del documento.

¿De qué se trataba?

El Emperador Carlos V, en carta datada en Bruselas "a 16 días del mes de Enero de 1556 años" (más de dos había tardado en llegar a su destino) comunicaba al Cabildo que a causa de hallarse "impedido e falto de salud" había resuelto abdicar y traspasar a su hijo don Felipe, Serenísimo Rey de Inglaterra, los reinos, señoríos y estados de la Corona de Castilla y León "en que se incluyen esos estados de las Indias". Concluía encareciendo al Cabildo "que de la misma manera que si Dios hubiese dispuesto de mí, obedezcáis, sirváis e acatéis e respetéis al dicho Serenísimo Rey, cumpliendo sus mandamientos por escrito e de palabra, de aquí adelante, como de vuestro verdadero Señor e Rey natural, según e como habéis cumplido e debíades cumplir las mías propias, que, demás de hacer lo que sois obligados, me tendréis en ello muy servido."

Acordaron en el acto los cabildantes obedecer lo que se les mandaba y postergar, por ser tiempo de Cuaresma y estar ya muy próxima la Semana Santa, la ceremonia solemne de la jura, para el domingo siguiente al de Pascua Florida.

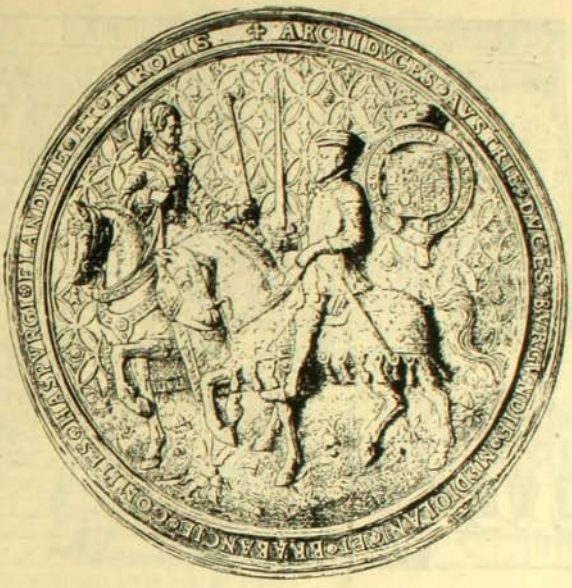
El día fijado, domin-



Sello de Felipe II y María de Inglaterra. (Anverso).

go de Cuasimodo, a las 8 de la mañana (no había en ese tiempo perezosos), las autoridades y el vecindario todo de la ciudad estaba congregado en la plaza principal, en torno de un "cadalso (tablado) firme e muy bien aderezado" que se había erigido frente a la casa del Cabildo (actual palacio de la Intendencia).

Encontrándose allí el Justicia Mayor, Santillán, el Obispo electo, Rodrigo González, los Alcaldes, Rodrigo de Quiroga y Juan Godínez, los regidores, el cura, Martín del Caso, los oficiales reales, los prelados de las órdenes religiosas, los vecinos más encumbrados "e otra mucha gente". El Alférez Real Pedro de Miranda enarbolaba un pendón de damasco con las armas reales. Los alcaldes y regidores estaban "vestidos de ropa rozagantes de carmesí."



Sello de Felipe II y María de Inglaterra. (Reverso).

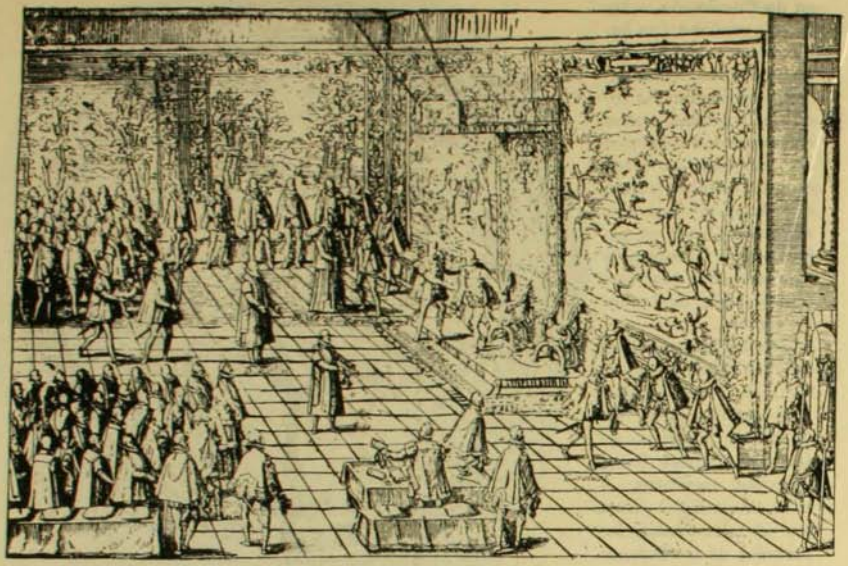
Permítaseme abrir aquí un breve paréntesis para cometer una indiscreción. Las rozagantes ropas de carmesí que vestían Alcaldes y Regidores habían sido costeadas por el Cabildo. En efecto, en sesión de 5 de Abril acordaron concurrir a la ceremonia con ropas de carmesí, "las cuales se saquen e compren de los propios del Concejo y cualesquier pesos de oro pertenecientes a él". ¡De tan remoto abolengo pueden preciarse los que hoy se hacen pagar por el Cabildo, no ya la ropa, sino hasta el alma!

El Justicia Mayor entregó la Real carta al escribano Tristán Sánchez, para que desde el "cadalso" la leyera. Hízolo éste, de **verbo ad verbum**, en alta voz, para que todos "las pudiesen entender".

Terminada la lectura, las autoridades y los vecinos principales, "estando en pie, las gorras quitadas", uno a uno, con el debido acatamiento, tomaron la carta, la besaron y se la pusieron "sobre sus cabezas", diciendo que, en obedecimiento de lo que su Majestad mandaba, recibían por su Rey y Señor natural "al muy alto e muy poderoso e Serenísimo Rey don Felipe", se otorgaban sus vasallos y le juraban obediencia.

Tomó entonces el Justicia Mayor el pendón con las armas reales y requirió del Alférez Mayor, Pedro de Miranda, el pleito homenaje debido. Hízolo éste, en nombre del señor Santiago, prometiendo "de alzar y tener el dicho estandarte en nombre del dicho muy alto y poderoso señor Rey don Felipe, Nuestro Señor, y para su Real servicio."

Acto continuo, el Alférez Real, con el pendón nuevamente en sus manos, "cabalgó en un caballo overo", lo movió "poco trecho" en todas direcciones, "apellidando" (exclamando): "España, Santiago, por el Rey don Felipe, Nuestro Señor."



Abdicación de Carlos V.

Repitió sus voces el concurso entero, sonaron "músicas de metales e atambores" y el Justicia Mayor cogió de una fuente "tostones de oro e plata" y los arrojó a la muchedumbre.

En seguida el Justicia Mayor, los señores del Cabildo y demás personas referidas, "por su orden, con sus gorras quitadas, llegaron hasta donde estaba el dicho Alférez con el dicho pendón, e las rodillas hincadas en el suelo, tomaron el canto postrero de dicho estandarte Real, lo besaron e pusieron sobre su cabeza... en señal de reconocimiento debido."

Luego el Alférez Real, seguido de toda la comitiva, paseó el estandarte por "la calle que va hacia nuestra Señora", (probablemente la del Estado o la de San Antonio actuales, que conducen al convento de San Francisco, donde estaba la imagen de nuestra Señora del Socorro) y "por otras las más principales de la ciudad", hasta llegar a la iglesia principal, donde penetró y colocó el estandarte junto al altar mayor, cantóse allí una misa "con mucha solemnidad" en que pontificó el Obispo electo y pronunció el sermón un religioso franciscano.

Terminada la misa, la comitiva pasó a dejar el pendón en la casa del Cabildo y el Justicia Mayor, en la de su habitación.

Así—hace largos tres siglos—la muy noble y leal ciudad de Santiago, que ese título le había otorgado una Real cédula, juró y reconoció a S. M. don Felipe II.



FOLLETIN

Mr. Grex de Monte-Carlo

Por E. Phillips Oppenheim

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux (CONTINUACION)

CAPITULO XXV

Draconmeyer se desespera

DRACONMEYER estaba de pie ante la ventana de su habitación, fija la vista en el inmenso azul del Mediterráneo, pero sin parar mientes ni en el azul del mar ni en la belleza arrobadora del paisaje que a su rededor extendía. Su pensamiento vagaba muy lejos, evocando los días pasados, y tratando de escudriñar el futuro que se cernía ante sus ojos con aires de tormenta.

El momento actual era crítico. Lady Hunterleys había mandado llamar a su marido, y si éste acudía al momento, Draconmeyer comprendía que había perdido el juego. Aquella entrevista en aquellas circunstancias echaría en un momento por tierra todos sus planes maquiavélicos, sus atrevidas combinaciones, sus esperanzas y sus sofocados anhelos.

Llegó un criado a quien preguntó ansiosamente:

—Lady Hunterleys, dijo éste, está recostada, señor. Dice que está sumamente fatigada y que, por favor, la disculpe.

Draconmeyer despidió al criado y empezó a pasearse impaciente por la habitación, las manos a la espalda, los labios fuertemente apretados. Pasaba en aquel momento por una de las crisis más agudas de su vida, pero, a pesar de todo, su cerebro se conservaba sereno. Sin embargo, le desesperaba la impotencia. Tenía que luchar contra los nervios de una mujer y aquello le confundía, porque de nada le servían sus habituales armas de combate.

Por otra parte, si Hunterleys se presentaba al momento, todo estaba perdido para él.

Pero Draconmeyer no era hombre de dejarse vencer fácilmente. Urdió al momento un plan, salió de su pieza, y por una puertecita de comunicación atravesó un salón elegantemente amoblado. En otra habitación contigua, tendida en una butaca junto a la ventana, había una mujer, de cabello gris y de albo rostro, que volvió un poco la cabeza al sentir entrar a Draconmeyer, como extrañada de aquella visita. La mirada angustiada de aquella cara pálida retrataba la tortura de un cordero que va a ser degollado.

—¿Cómo te sientes, Linda, para ir hasta las habitaciones de Violeta?, preguntó él a su esposa.

—Haré un esfuerzo, si ella me necesita.

—Tal creo. Violeta está bajo la ruda impresión de la tragedia y temo un acceso de histerismo. Convendría que fueras allá para distraerla y consolarla un poco.

La doncella que tenía a su cuidado, la ayudó a incorporarse, y apoyada en el brazo de su marido y con su bastón en la otra mano, atravesó el pasadizo y llegó hasta la puerta de la habitación de Lady Hunterleys, llamando con los nudillos.

Violeta estaba recostada en un sofá, y al ver entrar a Linda, se levantó y corrió presurosa a su encuentro.

—Linda, exclamó, tú aquí! ¡Por qué te has molestado! Creí que fuera Henry, agregó.

Draconmeyer volvió la cabeza para no dejar ver su impresión de desagrado.

—Habla con ella y entretenla lo mejor que puedas, murmuró él al oído de su mujer; no la dejes sola por nada. Dentro de diez minutos vuelvo a llevarte.

Salió dejando solas a las dos amigas, y bajó al hall. Allí vió a varios mozos comentando. El conserje parecía ya tranquilizado y las cosas iban tomando su aspecto

normal de costumbre. En la administración preguntó por Sir Henry Hunterleys.

—Acaba de subir hace un momento a sus nuevas habitaciones, departamento número 148, le dijo el conserje.

—¿No hay para él una esquela de su señora?, preguntó Draconmeyer. ¿Se la entregaron ya?

—Aquí está todavía. Con la impresión que me produjo la repentina aparición de Sir Henry no me acordé de dársela. Porque le diré a Ud. la verdad. Aquí se creyó en un principio que quien se había suicidado en las habitaciones de Sir Henry era el mismo, y de ahí nuestro estupor al verle aparecer.

—Lo comprendo, asintió Draconmeyer. Si Ud. quiere, déme esa esquela y yo mismo se la llevaré.

El conserje se la entregó sin vacilación. Draconmeyer volvióse inmediatamente a sus habitaciones y abrió el sobre. Contenía una esquela con estas solas palabras:

"Mi Henry, ven. Estoy agotada. Quiero verte.—Violeta."

Rompió la esquela con fruición en mil pedazos. En seguida volvió al departamento de Violeta. Ésta estaba ahora sentada en una butaca. Al sentir de nuevo llamar a la puerta, miró ansiosamente, pero su rostro cambió al ver entrar a Draconmeyer.

—¿No ha visto Ud. a Henry?, preguntó con ansiedad.

—Llegó hace unos minutos, replicó Draconmeyer, y ha vuelto a salir.

—¿Ha vuelto a salir?

Draconmeyer afirmó con la cabeza.

—Pienso que debe haber ido al Club. Su esposo de Ud. es hombre de nervio. Parece que todo esto lo ha tomado como un juego de sainete.

—¡Vaya un juego!, repitió ella palideciendo.

—Pasan tan a menudo hechos como éste en Monte Carlo... explicó Draconmeyer en el tono más natural. Aquí en el hotel se ve esto como un caso corriente.

—¿Habrá recibido Henry mi esquela?, le preguntó ella.

—Una iba leyendo en el hall, cuando yo le vi, contestó Draconmeyer. Tal vez fuera la suya. En la Administración dejó un papel que posiblemente sea para Ud. El se fué al Sporting Club y seguramente no regresará hasta la hora de comida.

Violeta permaneció pensativa, callada unos momentos. De pronto se puso en pie.

—Creo que es una solemne tontería afectarme y preocuparme de esta manera.

—Naturalmente, confirmó Draconmeyer. Lo que Ud. debe hacer es desechar esas preocupaciones. Está Ud. aquí abatida como si le hubiera sacudido una tragedia. Vamos juntos al club. Allí encontraremos a su marido.

Ella vaciló.

—No sé qué hacer. ¡Tal vez debiera mandarle otra cartita!

—Es preferible que vaya Ud. al club, recalcó convincente Draconmeyer. Ud. llega y lo ve antes de que reciba el mensaje.

—Bueno, asintió ella. En diez minutos estoy lista.

Draconmeyer llevó a su esposa a sus habitaciones.

—¿Has quedado complacido, querido? le preguntó ella cariñosamente.

—Por completo, replicó él.

Ayudola a acomodarse en su poltrona, y dándole un beso se despidió, dirigiéndose apresuradamente a su escritorio. Allí abrió uno de sus cajones, sacó una o dos esquelas sin importancia, de Violeta, invitaciones corrientes, las extendió delante de un pupitre, cogió una pluma y un pedazo de papel y escribió resueltamente:

"Te felicito por tu escapada, pero ¿por qué arriesgarse? ¿No valdría más volverse a Londres?—Violeta."

Puso el papel, ya escrito, un poco distante de los ojos y lo observó cuidadosamente. La imitación era perfecta. Metió la esquela dentro de un sobre, puso a éste la dirección de Hunterleys y bajó al hall. Allí dejó la carta en la oficina de la Administración, encargando la remitiesen a su destino cuanto antes. Volvió a cruzar el hall y esperó junto al ascensor a que llegara Violeta.

Estaba nervioso. Las cosas seguían su camino, pero la situación era crítica por demás.

Si ellos llegaban a encontrarse en aquel momento en el pasadizo o en el ascensor, todo estaba perdido para él. Los minutos que estuvo esperando se le hicieron eter-

nos. Por fin apareció ella, densamente pálida, viendo él con enorme regocijo que venía suntuosamente ataviada en traje de soirée, un rico vestido gris, con sombrero negro.

—¿Supongo que no habrá duda ninguna de que Henry está en el Club?, preguntó ella echando en torno suyo una mirada.

—Ninguna, aseguró él. Podemos tomar el té allí y tengo por seguro que allí le encontraremos.

Ella ya no opuso resistencia. Juntos se encaminaron al Club. Cada paso que daban era para Draconmeyer un motivo de alivio y de seguridad en el éxito. El le hablaba animadamente, sin darse cuenta de que ella apenas si le escuchaba. Llegaron al Club. Violeta miró ansiosamente en derredor.

—Voy a recorrer las salas a ver si veo a Henry, indicó ella.

—Muy bien, contestó él. Yo, entre tanto, tomaré mi asiento de costumbre y observaré un poco el juego.

Draconmeyer se estacionó ante la mesa de la ruleta, pero no fijándose en el juego, sino mirándola a ella disimuladamente. Violeta recorrió el salón de baccarat, volvió a la sala de la ruleta; cruzó el pasillo que separa las salas de juego, y llegó hasta el restaurant. No viendo a Sir Henry, volvió de nuevo donde Draconmeyer, pensativa, agotada, sin fijarse apenas en la mesa de la ruleta.

—Lady Hunterleys, exclamó de pronto Draconmeyer, esto es asombroso, verdaderamente estupendo. Dos veces se ha dado en menos de cinco minutos su número favorito, el 29. Siéntese un momento y pruebe suerte, porque parece que va a tenerla. Entre tanto, yo veré por ahí si encuentro a su marido.

Puso él en manos de ella un puñado de billetes y monedas. En aquel momento el croupier gritaba:

—"14 encarnado, pares y menor."

—Otro número de los míos, murmuró ella ya un tanto intrigada. Pero no tengo ganas de jugar.

—Ensaye unos cuantos golpes. Mire, aquí tiene una silla. Pruebe, que tal vez no se le presente mejor ocasión.

La tentación era irresistible. Con mano temblorosa apuntó el 14 pleno, el **cuadro** y la **columna**. La suerte siguió favoreciendo y burlando alternativamente a Violeta. Draconmeyer se retiró de la mesa de juego y se sentó un poco a distancia, sin perder de vista disimuladamente a Violeta, y gozando de su triunfo al haber logrado arrancar a Lady Hunterleys de sus preocupaciones. En aquel momento se le acercó Ricardo Lane.

—¿Sabe Ud. dónde anda Sir Henry?, preguntó.

—Apenas le he visto en todo el día, contestó Draconmeyer.

—Entonces voy a ir a buscarle al hotel. Tengo deseos de...

Lane se interrumpió de repente. Draconmeyer lo miró sorprendido. Y sintió por el joven un soplo de simpatía. Aquel joven, que él tenía por tonto, sentía hondamente la misma emoción que a él le embargaba por completo.

Lane estaba transfigurado, mirando con alegría inmensa una persona que en aquel momento entraba en el salón.

CAPITULO XXVI

Un galanteo extraordinario

Era Fedora, que graciosa y gentil recorrió las distintas mesas de la sala de juego depositando aquí y allá una moneda de oro, probando fortuna en todas partes, como mariposa que liba de flor en flor.

Como quien no se da cuenta de nada, ni se preocupa de la admiración que va dejando su belleza detrás de sí, Fedora pasó distraídamente por delante del joven Ricardo y siguió haciendo **posturas** en las distintas mesas de juego, hasta llegar a la de la ruleta.

Ricardo entonces se aproximó a la joven en el momento que ésta acertaba un **pleno**.

—¿Acostumbra Ud. siempre, miss Grex, acertar **plenos** con tanta facilidad?

La joven volvió la cabeza y lo miró tranquilamente.

—Cuánto sentí no verla esta mañana, prosiguió Ricardo. Fuí en mi auto por ver

si conseguía que Ud. me acompañase a dar un paseo.

—¡Qué ocurrencia! murmuró ella. Demasiado sabe Ud. que nunca podría yo salir sola a pasear con Ud.

—¿Por qué?

—¡Está Ud. loco, o por lo menos lo parece!

—Ud. tiene la culpa, ya que no me habla claro. Hay mucha gente aquí jugando y no se puede conversar tranquilo. ¿Por qué no nos sentamos un momento, quiere?

Vaciló la joven un momento. Luego, con un ligero encogimiento de hombros, echó a andar acompañada de Ricardo y fueron a sentarse a una salita que separaba el salón de juego, del restaurant.

—Bueno, empezó ella. No hay que olvidar que la otra noche Ud. nos salvó de un gran peligro. Hablaremos cinco minutos.

El le ofreció un sillón y se sentó a su lado.

—¡Qué placer poder hablar con Ud. a solas un momento!

—Quién sabe si después piense Ud. lo mismo. Yo siento tener que decirle lo que es mi deber.

—Bueno; ya me lo dirá Ud. más tarde, replicó él. Me dirá Ud. cuánto mejor se conducen las jóvenes en su país que en el mío.

—Gracias, replicó ella. Le diré a Ud. que no me interesa el conocimiento de la democracia. Su país no me importa en absoluto, ni por sus hábitos ni por nada.

—Muy mal hecho. Rusia llegará a ser democracia un día, téngalo por seguro. Casi estuvo a punto de serlo a raíz de la guerra con el Japón.

—Está Ud. en un error, aseguró ella. Rusia nunca será una República.

—Rusia lo será como tantos otros países, afirmó Ricardo insistiendo. Algún día se impondrá la voluntad del pueblo.

—Rusia no es como los demás pueblos. No hay nación en el mundo en que la aristocracia sea más poderosa.

—Eso es sólo cuestión de tiempo.

La joven se encogió de hombros.

—Tiene Ud. ideas con las que no puedo estar de acuerdo.

—Dejemos a un lado todas esas ideas. Hoy por hoy mi mayor, mi única idea, es Ud.

Ella lo miró arrugando ligeramente el entrecejo.

—Esas expresiones podrán ser bien recibidas en su país, Mr. Lane; pero en el mío son inconvenientes.

—¿No se le puede decir, por tanto, en su país a una joven que se la ama?

—Siempre que él y ella sean de una misma clase, puede consentirse a veces. Pero entre nosotros el matrimonio es más bien un convenio. La clase baja es la única que hace enlaces por amor.

El joven permaneció un momento callado. Ella tal vez se arrepintió de su dureza. A poco le habló con más dulzura.

—Ud. comprenderá que nosotros tenemos las ideas que nos han inculcado en nuestro país, Mr. Lane.

—Naturalmente, exclamó éste. Lo comprendo perfectamente. Por eso estaba yo pensando cómo me las arreglaría para enseñarla a Ud.

Fedora quedó estupefacta de pronto, pero en seguida se repuso.

—¿Son todos los hombres en su tierra tan confiados en sí mismos?

—Todos. Ese es el secreto de nuestro poder y por eso conseguimos cuanto nos proponemos.

—¿Y Ud. consigue siempre lo que se propone?

—¡Siempre!

—Pues si no quiere Ud. salir fallido no se proponga nunca un imposible, aconsejó ella.

—No hay ningún imposible para mí. Ud. trata de desalentarme, pero es inútil; no lo conseguirá. Yo no soy príncipe ni duque, ni nada de eso, pero si Ud. lo piensa bien y tiene corazón, verá que eso nada importa. Lo único que me da vergüenza es mi dinero, porque ése no lo he ganado yo. Si Ud. lo desea, puede vivir en palacios, puede ser hasta reina, que yo puedo comprarle una corona y un reino, pero presumo que después de todo Ud. no sería más que Mrs. Lane.

—Es Ud. verdaderamente imposible. ¿Cómo le quitara de la cabeza esas ideas absurdas?

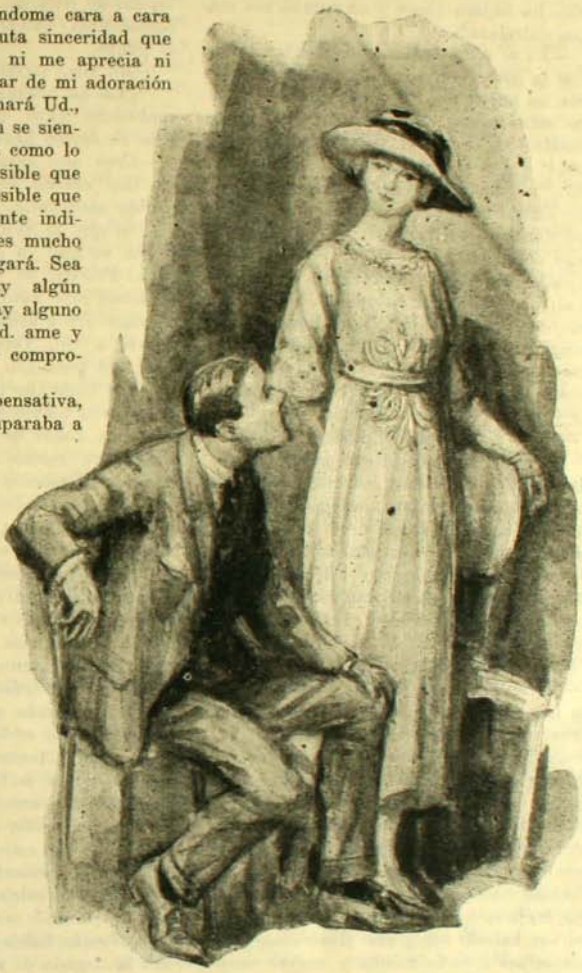
—Sencillamente, mirándome cara a cara y diciéndome con absoluta sinceridad que le soy indiferente, que ni me aprecia ni puede apreciarme, a pesar de mi adoración por Ud. Pero eso no lo hará Ud., porque cuando una joven se siente tan locamente amada como lo es Ud. por mí, no es posible que no sienta algo, no es posible que permanezca completamente indiferente. Ya sé que no es mucho su cariño, pero todo llegará. Sea sincera conmigo. ¿Hay algún hombre en el mundo, hay alguno en su patria a quien Ud. ame y con el que la ligue un compromiso?

La joven se quedó pensativa, con el ceño adusto. Comparaba a Ricardo con algunos jóvenes que ella conocía y constataba con asombro que él salía ganando en la comparación. Su vida, sus costumbres, su educación, todo se revelaba en ella contra un nuevo sentimiento que parecía apoderarse de ella y dominarla.

—Ya sé yo, prosiguió Ricardo, que no es mucho lo que yo puedo ofrecerle, pero su corazón no podrá menos de apreciar en lo que vale la entrega total de su amor en un hombre que no la ama a Ud. por ser de tal clase, o de tal posición, u otras razones por el estilo, sino que la ama porque sí, como no ha amado nunca y como nadie podrá amar más, como ya la amaba y la presentía antes de conocerla.

Ella movióse desazonada en su sillón. La conversación iba tomando un giro muy distinto del que se había ella propuesto.

—Veo que no tiene Ud. remedio, murmuró ella. Está Ud. desesperado.



—¿Por qué se va tan pronto? aún no hemos hablado lo suficiente.

—Se equivoca Ud. si tal piensa. Desde el momento en que la vi Ud. ha sido mi único pensamiento, y lo será hasta el fin de mi vida. Desde entonces espero; habrá dificultades, inconvenientes, pero tendré paciencia y venceré. Ya ve que no estoy desesperado.

El la miraba apasionadamente a los ojos. Ella los bajaba ahora y se miraba sus manos entrelazadas.

—No sé cómo hacerle comprender a Ud., dijo la joven con voz muy débil, que todo esto es imposible. En América pueden pasar estas cosas, pero en Rusia no. Suponiendo que Ud. sea sincero, suponiendo hasta que a mí me agradase su proposición, ¿se ha dado Ud. cuenta del horror que causaría en mi familia mi matrimonio (perdóneme), mi matrimonio con una persona de su clase?

—Déjelos que se horroricen, que al fin y al cabo algún día habrán de horrorizarse, y en cuanto a Ud., Miss Fedora, permítame que la llame así sin más títulos, alégrese de haber abierto los ojos a una nueva luz. Déjese de prejuicios. Tenga valor y resuélvase a la felicidad.

—Pero ¿cómo puede saber Ud. lo que yo soy? ¿Ni siquiera lo que parezco? Sólo hemos conversado unos instantes. Nada ha podido haber entre nosotros que le inspire una pasión tan profunda como Ud. me manifiesta; esto no es más que una locura. Y al verme discutiendo con Ud. seriamente estos asuntos, ahora me dan ganas de reírme. Sí, hay que reírse. Y Ud. es un loco de atar, Mr. Lane.

El joven meneó la cabeza.

—Mire, dijo Lane. A mí se me ocurren mil ideas pero me faltan palabras con que expresarlas. No sé por qué entre las mil jóvenes que he conocido en mi país, en Inglaterra o en París, no he conocido nunca ninguna que haya despertado en mí los sentimientos que Ud. me ha inspirado, que me haya robado la calma y haya trastornado todo mi sér y me haya inundado de felicidad como lo ha hecho Ud. Yo no podría explicar lo que siento a su lado como podrían hacerlo otros más ilustrados, pero la conclusión es la misma y eso no necesita explicación. Yo la quiero. Yo la amo a Ud., Fedora, y mi cariño será suyo mientras viva. Ud. vivirá donde quiera y como quiera, pero Ud. ha de ser mi esposa. No hay remedio.

Fedora quedó un momento como atontada. Estaban ambos sentados tras de una cortina y se hallaban solos en aquel momento en la salita.

De pronto sintió una mano oprimida entre las de Ricardo, y una sensación nueva, desconocida embargó su alma. Levantóse al punto.

—Me voy, exclamó ella.

—¿La he ofendido a Ud?, preguntó él suplicante. ¿Por qué se va tan pronto? Aún no hemos hablado lo suficiente.

—Creo que hemos hablado demás. No me doy cuenta verdaderamente cómo he podido escucharle...

—Es que la verdad se impone, Fedora, y Ud. ve que yo hablo la verdad. No se vaya, Fedora, no se vaya, mi bien. Conversemos otro ratito. Yo haré cuanto Ud. me diga. Iré a hablar con su papá o me la llevaré a Ud. Tengo aquí una hermana. Ella será para Ud. la mejor amiga...

—Por favor, no prosiga. Se lo ruego.

La joven volvió a dejarse caer en el sillón. Sus dedos se entrelazaban nerviosamente; su rostro aparecía pálido, presa de intensa emoción.

—¿Me he conducido mal?, preguntó él ansioso. Perdóneme, Fedora. No tengo costumbre de tratar con jóvenes y luego no sé qué me pasa, estoy como fuera de mí, pero tengo la seguridad de que no he obrado sino a impulsos de mi corazón. Yo la haré la mujer más feliz de la tierra. No tenga recelo ninguno, mi vida. Tenga confianza en mí y créame.

—Estoy viendo que es Ud. un hombre extraordinario, exclamó la joven al fin, y ya empiezo a tomarle miedo.

—¿Miedo a mí? No. Ud. se está temiendo a sí misma. A sus viejas ideas que caen por el suelo, a sus antiguos prejuicios de los que empieza a darse cuenta.

En aquel momento sonó cerca una voz y una risa de sobra conocidas de Ricardo. Este se levantó como movido por un resorte. Jamás había considerado tan oportuna la llegada de su hemana.

—Flossie, llamó. Ven acá. Cuánto me alegro que hayas venido. Voy a presentarte a Miss Grex. Mi hermana, Lady Weybourne.

Precisamente iba a rogar a Miss Grex que nos acompañase a tomar té, pero no tenía seguridad de que ella aceptase. Invítala tú y ruégale que nos acompañe.

Lady Weybourne sonrió.

—Tendré en ello un inmenso placer, confesó ésta. Ya tenía el gusto de conocerla de vista, Miss Grex, y alguien me dijo que era Ud. rusa. Supongo que no estará Ud. familiarizada con los usos y costumbres de nosotros los occidentales, pero, a pesar de eso, ¿no se dignará Ud. acompañarnos a tomar una tacita de té?

La joven vaciló. La situación era delicada para ella.

—Con mucho gusto les acompañaré, dijo al fin.

Sentáronse a una mesa junto a la ventana, y Lane pidió el té. Al principio Fedora permanecía callada, pero Lady Weybourne charlaba amable y animadamente. Poco a poco fué Fedora animándose también y pronto se formó una regocijada charla. Al levantarse de la mesa, fueron todos juntos a la sala de juego. Fedora miró el reloj de su pulsera y extendió su mano a Lady Weybourne.

—Mucho lo siento, dijo, pero tengo que retirarme. Tendré mucho placer en aceptar su invitación y pronto iré a verla, Lady Weybourne.

—Yo la acompaño hasta el auto, si no tiene inconveniente, dijo Ricardo.

Juntos dejaron el salón. Al bajar las escaleras del Club la joven miró a Ricardo casi temblando.

—Supongo que no interpretará Ud. mi actitud como de aprobación a cuanto Ud. me ha dicho.

—Yo nada interpreto, querida. Esto no es más que el principio. No puedo suponer que vaya Ud. a sentir tan pronto lo que yo siento por Ud., pero permítame confiar en que esto ha de suceder tarde o temprano, irremisiblemente.

Yo esperaré lo que sea necesario, pero yo la adoro a Ud. como no he querido nunca.

El le dió la mano para ayudarla a subir al auto. Partió éste y ella le saludó graciosamente. En seguida Ricardo volvióse al club y subió la escalera con la sonrisa en los labios, feliz.

CAPITULO XXVII

Jugando grueso

Violeta consultó su reloj y lanzó una exclamación de disgusto, apelando al croupier.

—Una tirada más, por favor. Su reloj está adelantado.

El croupier meneó la cabeza. Hombre galante hasta donde se lo permitía su oficio, habría deseado complacer a Lady Hunterleys, a quien, por otra parte, admiraba por su hermosura; pero el reglamento era estricto.

—Imposible, señora. Lo siento infinito, pero son casi las 8 y cinco y nos está estrictamente prohibido hacer una jugada pasadas las ocho. Venga Ud. a las diez y seguramente estará con buena suerte.

Violeta se volvió entonces hacia Draconmeyer, que estaba en pie detrás de su silla.

—¿Ha visto Ud. que fatalidad?, se lamentó ella. Dos horas he estado jugando con toda la negra y ahora que parecía que se me había compuesto la suerte y que acabo de acertar un pleno y un cuadro, se levanta el juego.

—Es la hora, arguyó Draconmeyer. Y es de lamentar, porque parece que empezaba a venirle la buena. Dígame, ¿tiene Ud. apetito?

—Nada. No pienso comer nada.

—Entonces ¿por qué no vamos al Casino?, sugirió Draconmeyer. Podemos tomar un sandwich y una copa de vino y Ud. puede seguir probando fortuna.

—Excelente idea, amigo mío. Ha tenido Ud. una buena ocurrencia. Señal inequívoca de que voy a tener suerte. Al Círculo, inmediatamente.

Llegaron allá y atravesando los salones del primer piso entraron a la sala de ruleta.

—Qué suerte, exclamó al entrar Violeta; mi silla favorita está desocupada. No cabe duda. La suerte me favorece.

—Por mi parte, yo también voy a entretenerme un poco, dijo Draconmeyer, sacando un grueso rollo de billetes.

—Aun cuando Ud. sienta apetito y tenga ganas de ir a comer algo, no me interrumpa y váyase tranquilo, que yo no quiero tomar nada.

—Muy bien, contestó él. ¡Buena suerte!

Ambos se pusieron a jugar cada uno a

un lado de la mesa. Por espacio de una hora ella ganó y él perdió. Hasta que ella le llamó una vez y le dijo:

—Llevo ya ganadas las mil primeras libras que me prestó y quiero devolvérselas ahora mismo.

El se encogió de hombros y protestó.

—No se preocupe de eso. Juegue no más tranquilamente. Por otra parte, tampoco tengo aquí los cheques. Y además trae mala suerte disponer de las ganancias mientras se está jugando.

Violeta siguió jugando; él quedóse a su lado, en pie, viéndola ganar aún, pues seguía la buena racha.

—Hágame caso, le dijo él al oído. Juegue grueso y aproveche la buena suerte. Yo he perdido diez mil francos en este ratito. Voy a ver si aquí cerca de Ud. cambia mi suerte y me desquito.

Tomó un asiento próximo y comenzó a jugar fuerte. Desde aquel momento comenzó a ganar y Violeta al mismo tiempo comenzó a perder.

La buena suerte había huído de ella por completo y por vez primera se confundió y perdió el dominio de sí misma. Sus ojos brillaban fosforescentes, su boca se contraía en muecas de desesperación, su rostro aparecía congestionado. Increpó duramente a un croupier porque tardaba en darle cambio. Draconmeyer, aunque aparentando no fijarse, se daba cuenta cabal del estado de ánimo de Violeta, y siguió jugando con la mayor tranquilidad durante más de media hora. Cuando al cabo de ese tiempo se levantó de su asiento y se acercó a Violeta tenía en las manos un enorme fajo de billetes.

—Estoy verdaderamente desesperada, exclamó al verlo Violeta. Hágame el favor de dejar de jugar un rato. Ud. me ha quitado la suerte.

Obedeció él sentándose como expectador, detrás de Violeta. Esta dió tres nuevos **golpes** y los tres los perdió. Metió entonces la mano en su maletín y lo encontró vacío. Entonces palideció.

—He perdido hasta el último luis, exclamó. No comprendo esto, creía que todavía estaba ganando.

—Pero ganará Ud. luego, aseguró él confiadamente. ¿Cuánto quiere Ud., diez mil o veinte mil?

Quiso rehuir, pero la vista de los billetes que él tenía en la mano la fascinó.

—Déme diez, nada más, dijo.

Draconmeyer se los pasó, y al momento ella los cambió en fichas. Su primer **golpe** fué en parte afortunado. El se acercó a su oído y le dijo:

—Acuérdese que ganando sólo una vez de cada doce, la cosa marcha bien.

—¡Natural, murmuró ella, natural! Lo tengo bien presente. Sólo es cuestión de capital. Pero voy a descansar unos cinco minutos.

—Véngase a tomar un sandwich. Realmente Ud. necesita tomar algo.

—Queda reservado el asiento para la señora, dijo el croupier. Yo estaré aquí aún dos horas más.

Violeta agradeció y se levantó. Atravesaron la sala de juego y bajaron al restaurant, al primer piso. Sentáronse en una mesita junto a la pared y Draconmeyer pidió unos sandwiches de **paté** y champagne. Mientras llegaban, ella sacaba cuentas y hacía cálculos en un papel. Draconmeyer la miraba, recostado muellemente para atrás en su silla.

—Todavía pierdo algo, sacando la cuenta desde el último préstamo de los diez mil. Creo que...

Se detuvo de pronto. Su cara cambió radicalmente de expresión al fijarse en una persona que acababa de entrar al Restaurant y se dirigía hacia ellos. Era Hunterleys. Violeta lo miraba temblorosa.

—¡Henry! exclamó. ¿Me buscabas a mí? ¿Sabías que estábamos aquí?

—¿Y cómo iba a saberlo? Estaba paseándome con David Briston mientras se alza el telón. Estamos en la Opera.

—¿En la Opera?, repitió ella.

—Es el debut de mi protegida Felicia Roche, con Aída. Si en el último acto se porta como hasta ahora, su consagración es un hecho.

—¿Por qué dices tu protegida?

—Cierto, debiera decir más bien nuestra protegida, puesto que no soy yo solo, sino que somos tres o cuatro los que protegemos a la hija del ilustre socio del Wig-

wan Club. La joven ha sobrepujado nuestras esperanzas y demasiado bien nos ha pagado.

—No lo dudo, replicó Violeta reticente.

Hunterleys no se dió cuenta de esta reticencia. Hubo un momento de silencio.

—¿Y cómo es que estás aquí? ¿No te gusta más jugar en el Club?

—Sí, pero se levantó la sesión a las ocho y me vine aquí por eso.

—Supongo que seguirá tu suerte envidiable.

—Tiene sus alternativas, pero concluiré por vencerla, estoy segura. ¿Recibiste mi esquela, Henry?

Violeta hablaba en tono suplicante. Draconmeyer, que escuchaba indiferente, hizo un gesto imperceptible de desagrado.

—Sí, gracias, contestó Hunterleys arrugando el ceño ligeramente. Pero no me es posible complacerte por ahora. Buena suerte te deseo.

Dió media vuelta y atravesó la sala del Restaurant hasta el otro extremo, donde se junto con Briston. Ella quedóse mirándole alejarse, pensando en sus palabras, cuyo sentido no alcanzaba a comprender.

—¿Vámonos?, le dijo Draconmeyer.

Se levantó al momento. Juntos atravesaron los salones y volvieron a la sala de juego del círculo.

-Mucho lo siento, dijo Draconmeyer apenado, pero tengo que dejarla a Ud. por el momento, pues tengo una entrevista inaplazable. Yo le suplico que se haga cargo de mis ganancias y vea lo que puede hacer con ellas.

Ella rehusó con energía.

—No, gracias; ya tengo bastante.

El se encogió de hombros.

—Tengo en el bolsillo veinticinco mil francos y no me parece prudente andar con tanto dinero encima. Téngamelo Ud. No juegue si no lo necesita, que no lo necesitará, ya que la suerte le acompaña, pero al menos siempre da confianza en el juego el hecho de saber que uno cuenta con una buena reserva para contrarrestar la mala suerte, si es necesario.

Sacó los billetes de su bolsillo y se los pasó. Violeta fijó en ellos una mirada ávida y los metió en su maletín.

—Yo se los guardaré, si quiere. No pienso jugar con ellos. Ya le debo a Ud. bastante y no quiero que suba la cuenta.

—Veinticinco mil francos. Recuerde mi consejo. Si la suerte se muestra propicia, juegue fuerte, que es el único medio de hacer algo.

CAPITULO XXVIII

A Villa Mimosa

Leve y ligera, cual si llevase alas en los pies, atravesó Violeta la sala de juego y los salones de acceso, llegando hasta la puerta del Casino. ¡Era feliz! Completamente feliz. Las últimas horas la habían transportado al pináculo de la felicidad y la fortuna caprichosa se había entregado rendida por fin a la hermosa inglesita.

Al bajar la escalera del pórtico se encontró de frente con su marido.

—¡Henry!, llamó ¡Henry! Ven conmigo, acompáñame hasta el hotel, y ayúdame a contar. He ganado hoy más de todo lo que había perdido hasta ahora.

Hunterleys escuchó estas palabras sin darles mayor importancia, como quiera que estaba muy lejos de suponer en qué escala había ella jugado.

—Cuánto me alegro de tu suerte, le contestó. Yo te miraré desde aquí para que nada te ocurra, pero discúlpame que no te acompañe porque tengo en estos momentos una entrevista urgente y no puedo alejarme de aquí.

—¿Una entrevista a estas horas? ¿A las once y media de la noche?

—Precisamente.

—¿Esperas quizás a Felicia Roche?

—¿Y qué de particular tendría?, respondió él gravemente.

—Nada, admitió ella, sólo que no alcanzo a comprender cómo tú puedes enredarte con una cantante, tú, un político ambicioso que nunca ha tenido más Dios que su ambición y ha mirado siempre las mujeres como un pasatiempo inútil. ¿Por qué has esperado para tus amoríos todos estos años y los emprendes ahora en mi propio daño?

El se quedó mirándola asombrado.

—Me parece que estás muy excitada, Violeta. No sabes ni lo que dices.

—Tal vez. ¿Recibiste mi esquela? ¿La que te mandé esta tarde?

—Sí.

No hubo más interpelación.

Violeta siguió su camino, llegó al hotel y entró en sus habitaciones, contrariada por la negativa, que no se explicaba, de Sir Henry Hunterleys, pero gozando en su interior la dicha de haber recuperado en el juego sus pasadas pérdidas y haber vencido a la suerte.

Hunterleys entró en el Casino y se encontró con David, que le estaba esperando.

Juntos salieron, atravesaron la plaza y encontraron a poco a Ricardo Lane, que les esperaba en su auto de carrera.

—Listo y a sus órdenes, Sir, exclamó al verlos el joven americano.

—¿Cabremos aquí tres en un caso de apuro?, preguntó Hunterleys.

—Caber sí, pero uno tendría que acomodarse en el suelo del auto.

—Con tal que se quepa, sea como sea.

—¿Y a dónde vamos?

—A Villa Mimosa.

Ricardo casi dió un salto, de sorpresa.

—¿Allí es la partida? preguntó.

—Allí, contestó Hunterleys. No olvide, Lane, ya se lo he dicho, que puede haber algún peligro, y que si Ud. no está dispuesto a arriesgarse sin necesidad, no tiene más que decirlo con franqueza.

—¿Cómo es eso? Hágame el favor de callarse. Voy con Ud. donde sea y a lo que sea. Ud. dígame qué es lo que hay que hacer.

—Ir a esperar en el auto en las inmediaciones del jardín de la Villa Mimosa, en un sitio que tenemos escogido ex-profeso. Estar allí con todas las luces apagadas, esperando una hora o dos o lo que se necesite, listos para, en un momento dado, echar a correr a toda máquina y llevando tal vez un tercero.

—Se hará todo como Ud. desea.

—Es Ud. un bravo muchacho, Lane, y no dudo que con su ayuda saldremos bien del apuro.

El auto partió para el sitio convenido.

CAPITULO XXIX

Por la patria

Junto a la tapia que rodeaba el jardín esperaba el auto, apagadas todas las luces, transcurriendo así un buen rato.

—Me parece que la cosa va larga, dijo Hunterleys por lo bajo.

De pronto Lane aplicó atento el oído, y casi instintivamente empuñó la palanca de gobierno.

—Parece que he oído algo, murmuró. ¡Escuchen!

Casi inmediatamente percibióse distintamente un rumor de voces, seguido de un disparo y un grito.

—Esté listo, exclamó Hunterleys poniéndose de pie. Me temo que le hayan disparados...

Se oyeron dos disparos más, pero ningún grito. A poco oyóse un confuso alboroto de voces y ruido de pasos que se aproximaban a todo correr. Un hombre llegó en ese momento a la cerca y asomó la cabeza, pero cayó sin fuerzas para escalarla. Hunterleys se bajó del auto y subió a la tapia.

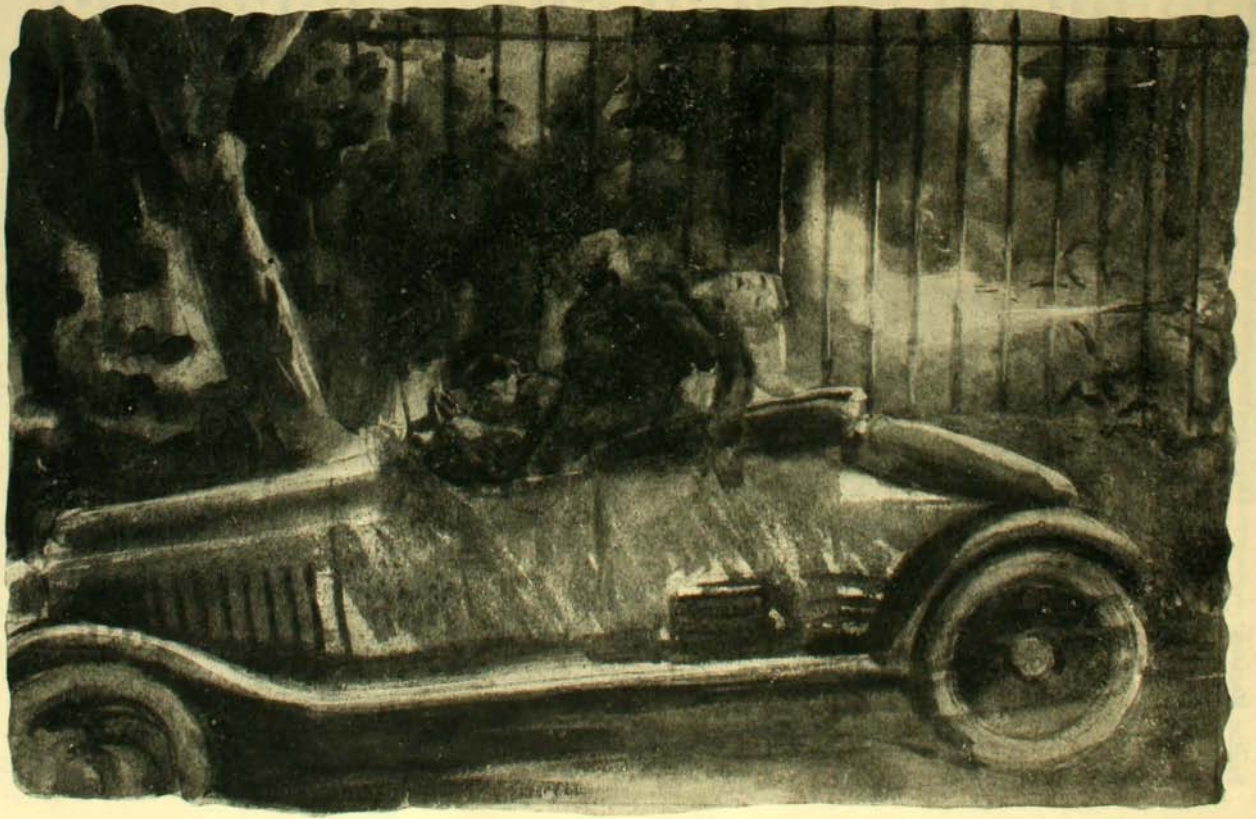
—Animo, amigo Sidney, le dijo por lo bajo. Estamos aquí. Un poco de valor. Incorpórese que yo pueda cogerlo desde aquí y está salvado.

Roche se puso en pie haciendo un esfuerzo supremo. Estaba lívido, cubierta de sudor la frente, y se esforzaba en hablar sin poder articular palabra. Hunterleys lo cogió por los sobacos, lo levantó por encima del vallado y le colocó en el auto ayudado por Ricardo. En aquel momento se dejaban oír ya ruidos de pasos presurosos y algunas detonaciones. Una bala pasó silbando por encima de la capota del auto. Este partió a toda máquina, lloviendo las balas detrás, pues los perseguidores ya se habían dado cuenta de la situación y atacaron sin escrúpulos.

—Ah malditos!, exclamó Ricardo al sentir rebotar una bala sobre la armazón. ¿Lo han herido?

Roche venía tendido sobre el asiento, y a su lado, de rodillas Hunterleys, atendiéndole con toda solicitud.

—Me han acertado bien, Hunterleys, murmuró Roche apenas perceptiblemente.



Roche venía tendido sobre el asiento...

Oiga. Al principio todo iba bien. Pude Oírlo casi todo. El francés nada dijo. Escuchaba no más. Grex habló sobre todos. Rusia no quiere la **Entente**. Inglaterra no tiene nada que ofrecerle. Le conviene más aliarse con Alemania. Rusia quiere expansión por el Oriente: la Persia, la India. Se habló de Constantinopla, de que Alemania marchara con un poderoso ejército a través de Calais, oponiendo Francia una débil resistencia. Hablaron de Francia como pronta a mirar por sus intereses, mandando sus fuerzas a la frontera y permitiendo una pequeña derrota, haciendo la paz por su cuenta y recuperando la Alsacia y la Lorena. Ella puede pagar. Alemania quiere dinero. Alemania... Alemania...

Las palabras murieron en la garganta del herido y dejó caer la cabeza. Hunterleys le sostuvo pasando su brazo por debajo.

—Tuerza a la derecha y después a la izquierda, Ricardo, ordenó. Vamos derecho al hospital. Allí debe estar esperándome el doctor inglés, según me lo prometió.

Hunterleys acercaba a los labios de Roche un frasco de aguardiente cuando el auto atravesaba el dintel del hospital. Bajaron al herido con todo cuidado en el hall, esperando al doctor, que, fiel a su palabra, esperaba.

—Puede vivir, exclamó éste después de reconocer detenidamente al herido. Su amigo puede vivir, pero necesita un cuidado extremo. De todos modos, no recobrará el sentido antes de 24 horas y si muere, morirá en su actual estado de desmayo. Por el momento nada más puedo decir.

Hunterleys y David salieron del hospital y juntos, a pie, se encaminaron hasta el Casino. Allí esperaba Ricardo con su auto.

—Ricardo, díjole Hunterleys. Necesitaría ir a Cannes lo más rápido posible para poner un cablegrama cifrado; ¿podría Ud. llevarme?

—Yo le llevaré a Ud. como un rayo, dijo Ricardo al momento. Déjeme tomar un whisky and soda para cobrar fuerzas y verá Ud. lo que es volar.

Se detuvieron un momento en el Café París, tomaron un trago y Ricardo se proveyó de cigarros. En seguida volvieron al auto y emprendieron a todo escape el camino de Cannes. Ricardo iba más serio que de costumbre.

—Pobre muchacho!, exclamó. Se ha portado como un valiente.

—Y lo es, afirmó Hunterleys. Siento que se quedase sin decir cuanto sabía, porque Roche sabe más, no cabe duda; y mucho me equivoco o su país entra también a la danza.

—No sé; nunca me he mezclado en asuntos de política. Y ahora casi me da vergüenza. Voy a ver si ahora, para pasar mi luna de miel con Fedora, consigo que me agreguen a alguna Embajada.

Hunterleys sonrió tranquilamente.

—A fe que puede Ud. conseguirlo. ¿Qué se le podría negar al yerno de Augusto Nicolás Iván Peter, Gran Duque de Vassura, Príncipe de Melinkoff, primo hermano de S. M. Imperial el Czar?

—Oh, ¿de modo que es ese?, exclamó Ricardo. ¿Por qué no me lo había dicho antes?

—No me convenía que alguien lo supiera, y la cuestión de su enamoramiento no podía para mí significar tanto como otros enormes intereses.

—Bueno, replicó Ricardo. De todos modos me es igual. Yo pediré a ese señor la mano de su hija; pero en todo caso no será ni un gran Duque, ni un Príncipe, ni una Majestad Imperial quien me pueda quitar a mi Fedora!

CAPITULO XXX

Si yo aceptara ese dinero...

En el Club hubo un momento de agitación extraordinaria. Una señora había caído desmayada en uno de los asientos a la mesa de la ruleta. Se la sacó al aire y Lady Weybourne, que estaba con su esposo en el salón de juego, acudió al momento al ver que la desmayada era Violeta, Lady Hunterleys.

Por fortuna, el desmayo de ésta fué pasajero y a poco abrió los ojos y fué recobrando el conocimiento.

—¿Qué me ha pasado?, murmuró. Me vine sin cenar y he aquí las consecuencias. Mil gracias. Pero esto no ha sido nada. Puedo irme sola hasta el hotel.

No queriendo aceptar la compañía de Lady Weybourne y su esposo, que se brindaban a acompañarla, Lady Hunterleys atravesó la plaza y se encaminó al hotel, encerrándose en sus habitaciones.

Despojóse de sus vestidos, se puso una amplia bata, despachó a su camarera y se quedó sumida en honda meditación, rememorando los incidentes pasados.

Su situación era desesperada. Había perdido en una sola noche más de cuatro mil libras y se encontraba ahora frente a una deuda odiosa que no podía ni sabía cómo pagar.

Asomóse un momento a la ventana. Por el lado de Bordighera las luces de la villa daban sus últimos parpadeos y el suave tinte de la aurora comenzaba a rosar las nubes por el oriente.

De pronto, a la indecisa luz del próximo amanecer, vió un auto que se detenía a la puerta del hotel. De él bajó una persona, en la que reconoció a su marido, Sir Henry Hunterleys. Le acompañaba Ricardo Lane, que guiaba el auto, y ambos venían cubiertos de polvo, como de una larga caminata. ¿De dónde vendrían a aquellas horas?, pensó.

Ricardo siguió en su auto y Hunterleys entró en el hotel. A poco, escuchando atenta, oyó Violeta el ruido del ascensor, después, rumor de pasos que se acercaban; pero los pasos siguieron de largo.

Iba ya Violeta a salir al pasadizo, para llamar a Hunterleys, cuando volvió a sentir ruido de pasos; creyó que Hunterleys



Y se quedó sumida en honda meditación, rememorando los incidentes pasados.

volvía, sin duda, y abrió; pero en vez de Hunterleys se encontró frente a frente a Draconmeyer.

—Ah, ¿era Ud?

—¿Cómo es eso, Violeta? ¿Todavía en pie?

Violeta vaciló un momento, teniendo aún en su mano el pasador de la puerta.

—¿Quería Ud. hablarme? ¿Quiere entrar? Entre. Precisamente, tengo que hablarle.

—Cierre la puerta, dijo Draconmeyer por lo bajo, apresurándose a aceptar la invitación que se le hacía.

Ella obedeció al instante.

—No tenga cuidado, dijo Violeta. Estoy en mi saloncito y puedo recibir a quien me plazca.

—Pero son las seis de la mañana, interrumpió él.

—Eso a mí nada me importa, contestó Violeta encogiéndose de hombros. Siéntese, y óigame, continuó. Yo he pedido a Ud. tres mil libras prestadas. Ayer me dejó Ud. en custodia, no sé por qué ni con qué objeto, mil libras. Pues bien, todo, absolutamente todo, lo he perdido.

—No deja de ser.

—Sí que es, y mucho. Ahora bien, yo no puedo pagarle. ¿Qué va Ud. a hacer en este caso?

El la miró receloso. En su voz había un tono extraño. Rápido, pensó lo que significaba la situación. Un paso en falso podía hacerle perder su afán y su trabajo.

—¿Y qué puedo yo contestarle?, dijo al momento. Lo único que puedo hacer, y hago gustoso, es rogarle que me permita obsequiarle ese dinero, como una pequeña prueba de mi amistad y de mi afecto.

Había salvado la situación. A haberse dejado llevar de su primer impulso, todo habría terminado. Así lo comprendió él al fijarse en el rostro de la dama, y respiró como el que acaba de salir de un gran peligro.

—Pero yo no puedo aceptar dinero de Ud., protestó ella.

—¿Ni del marido de Linda?

Tras un breve momento de indecisión, Draconmeyer repuso.

—Y si algún otro sentimiento hay en mí, permítame que me lo reserve. Me contento con esperar.

—¿Esperar qué?, insistió ella.

—Esperar que Ud. se convenza de que quiero ser su más sincero amigo y de que no hay nadie que más que yo desee su felicidad.

—¿De modo que si yo aceptara ese dinero, dijo ella tras breve pausa, no habría condiciones?

—Ninguna, en absoluto, contestó él.

Violeta se levantó. La tragedia había pasado y el desenlace no se había producido cual era de temer.

—Es Ud. muy generoso, le dijo. Mañana hablaremos de esto. Ahora hágame el obsequio de retirarse. Yo ya quedo tranquila sin la horrible incertidumbre que me devoraba.

Le tendió su mano, que él estrechó y besó ceremoniosamente. Ella sintió como si aquellos labios fuesen de fuego.

—Hasta mañana, murmuró, y se fué.

CAPITULO XXXI

La crisis se aproxima

Desde las selvas de Escocia, a todo el correr del motor y del tren de lujo, venía, llamado por Sir Henry Hunterleys, a Monte Carlo el muy honorable Meredith Simpson, miembro prominente del Gobierno de S. M. Británica. Avisado Hunterleys de su llegada por un telegrama desde Marsella, fué a la estación a recibirlo y juntos se encaminaron sin demora a los departamentos de Hunterleys en el hotel París.

A puerta cerrada conversaron largamente de los acontecimientos graves que se sucedían.

—Ha sido una suerte muy grande la suya, Hunterleys, dijo el Ministro, descubrir este complot, del que nosotros tenemos ya hoy día corroboración plena en Londres. El Embajador de Rusia está con permiso en San Petersburgo, con notable abandono de su misión, hace ya seis meses. Cuénteme cómo y dónde llegaron a sus oídos los primeros rumores del asunto.

—Fué en Sofía, explicó Hunterleys. Desde allí simulé un viaje de recreo por la

costa italiana y llegué aquí como simple turista. Aquí no tuve más ayuda que la de Sidney Roche, uno de nuestros hombres más decididos de nuestro servicio secreto, y que se halla actualmente postrado, gravemente herido.

—¿Y cómo fué eso?, preguntó con interés Mr. Simpson.

—Trató de escuchar la conferencia de Villa Mimosa desde el techo del salón donde ella había de celebrarse. Lo descubrieron y tuvo que escapar perseguido de cerca por los del complot, a tiros, alcanzándole dos proyectiles. Fortuna que yo había dispuesto las cosas en forma que pudiese escapar con probabilidades de vida que si no...

En el auto que tenía dispuesto para la huída, pudo, antes de caer desmayado, decirme algo de lo que oyó en la segunda conferencia. La primera no tuvo importancia, Donaille se limitó a escuchar prudentemente. La segunda fué ayer noche. La presidió Grex en representación de Rusia.

—¿Se refiere Ud. al Gran Duque Augusto?, interrumpió Mr. Simpson.

—Grex es el nombre con que aquí se ha presentado. Expuso la situación de Rusia. El pobre Roche no pudo oír sino el principio de la conferencia, pero con lo que oyó basta para formarse idea completa del plan concebido. Redúcese éste a inclinar a Rusia hacia occidente, todo lo más posible, hasta Constantinopla. No hay, desde luego, amistad ninguna entre Rusia y Alemania; pero al mismo tiempo Rusia nada tiene que temer de esta última, y ella lo sabe. Grex es franco. Rusia necesita mirar al oriente, y al decir oriente quiere decir Manchuria, Persia, China y hasta la India. Al mismo tiempo Rusia tiene conciencia, una conciencia que pudiéramos llamar diplomática. De aquí la conferencia. No desea aplastar a Francia. Alemania le presenta su proposición, que se conoce hasta cierto punto. Esta le cede Alsacia y Lorena y posiblemente hasta el Egipto, a cambio de su neutralidad, mientras ella destroza la flota británica. O rompiendo su neutralidad, puede poner un débil ejército en la frontera, que derrotado fácilmente por las fuerzas alemanas, permitirá a Alemania seguir avanzando victoriosa, no a París, sino a Calais, desde donde combatirá por el estrecho a la flota inglesa hasta aniquilarla. Entre tanto, Francia puede convenir una paz separada con Alemania, en magníficas condiciones. ¿Se da Ud. cuenta, Mr. Simpson, de lo que esto significa? Inglaterra es la única nación que puede dar a Alemania lo que necesita. Esto es lo que hasta ahora se sabe. Mayores detalles se darán sin duda en la conferencia de esta noche.

—Bueno, exclamó Mr. Simpson. Aquí lo más importante para nosotros es saber la actitud que adoptará Donaille. ¿Ud. no tiene presunciones de esto, a lo que cree?

—Hasta ahora no, respondió Hunterleys. Yo pensé presentarle mis respetos y visitarle para sondear el terreno, pero Ud. sabe que mi situación no es oficial, y personalmente somos casi desconocidos.

—Voy a mis habitaciones a cambiarme de ropa, dijo de pronto, levantándose, el Ministro. ¿Almorzaremos donde Ciro, eh? Yo no pensaba este año venir a Monte Carlo, pero ya que las circunstancias lo han querido, aprovecharemos la venida. ¿Ud. está solo aquí?

—Vine solo, dijo Hunterleys, y aquí me encontré con mi esposa, que vino con los esposos Draconmeyer.

El Ministro arrugó el ceño.

—Draconmeyer es un hombre funesto para nosotros; un intrigante redomado, que bajo su exterior de hombre de banca y de negocios, ha hecho más daño a nuestro país que todo un regimiento. Ha de llegar el día en que le ajustemos bien las cuentas, créame, Hunterleys.

Se despidieron. Hunterleys se fué derecho al hospital. Al llegar encontró con gran sorpresa a Selingman, que salía.

—¿Qué le trae a Ud. por aquí?, preguntó Hunterleys.

—Nada, contestó cínicamente Selingman. Vine a cerciorarme del estado de mi puntería, porque hasta ahora nunca había fallado el tiro cuando yo disparo. Pero anda Ud. con suerte. Su hombre parece que escapará de ésta sin visitar la morgue.

—No siempre gana el que juega.

—Paciencia. Y dígame, ¿fué Mr. Simpson el que llegó esta mañana en tren de lujo?

—El mismo.

—Magnífico. Quiere decir que la crisis se aproxima y ya nuestros propósitos son conocidos. Pero veremos. Tenga cuidado, Hunterleys, tenga cuidado. A Ud. hay uno de nosotros que lo aborrece, y no soy yo precisamente. Está Ud. empeñado en una ruda lucha y no sé cómo terminará para Ud.

Selingman siguió su camino, y Hunterleys lo vió alejarse tranquilo, dibujada en el rostro una sonrisa compasiva. Después entró en el hospital.

Sidney estaba aún sin conocimiento, aunque el médico abrigaba esperanzas de salvarlo, gracias a su vigorosa constitución.

Felicia, que estaba al lado del herido, prodigándole sus cuidados, corrió hacia Hunterleys.

—Sir Henry, le dijo, sé que Sidney se puso en este peligro voluntariamente; pero dígame: no querrá Ud. quitarme todo lo que quiero en la vida; no querrá volver a exponer a David a riesgos como éste.

—Tranquilízate, niña querida. Ya no hay más riesgos que correr y de todos modos tu prometido no sería el que los corriera. Sidney sanará y nada habrá de que tengas que lamentarte, agregó sonriendo.

Ella tomó su mano y la besó agradecida.

Hunterleys se despidió, y volvió al hotel París, donde encontró ya a Simpson, rejuvenecido, fumando un cigarro en el hall.

—Vamos a almorzar, dijo a Hunterleys al verle llegar. Después expondré a Ud. mis planes.

(Continuará).

Alimento Meyer



El Dr. PHILLIPPI, distinguido especialista en enfermedades de niños, sostiene que el ALIMENTO MEYER satisface completamente las necesidades de la nutrición infantil:

DR. OTTO PHILLIPPI W.—Claras 150. Teléfono Inglés 241.—Enfermedades de niños.—Consultas 1-3.—Santiago, Noviembre 20 de 1915.— El facultativo que subscribe certifica que el **"ALIMENTO MEYER"** para niños, **satisface completamente a todas las necesidades de la nutrición infantil,** ya sea como alimento completo o asociado a la leche, ya sea en casos en que la leche esté contraindicada.

Me hago un deber especial en recomendarlo a mis colegas, como el **mejor sucedáneo de los numerosos productos similares extranjeros.**

(Fdo.): Dr. O. PHILLIPPI W.

Los doctores don GILBERTO INFANTE, médico del Hospital de Niños "San Luis" y Médico de la Protectora de la Infancia, y don ADOLFO HIRTH, distinguido especialista en enfermedades de niños, lo creen superior a todas las harinas similares que se encuentran en Chile:

GILBERTO INFANTE VALDES.—Médico del Hospital de Niños, Catedral 1721.—Teléf. Inglés 1759.—Consultas de 1½ a 3.—Santiago, 26 de X de 1915.—He usado desde hace varios meses el **"ALIMENTO MEYER"** en mis servicios del Hospital de Niños, con resultados muy satisfactorios, sobre todo en los niños convalecientes y en los que no toleran la leche.

Lo creo superior a todas las harinas similares que se encuentran en Chile.

Dr. G. INFANTE V.

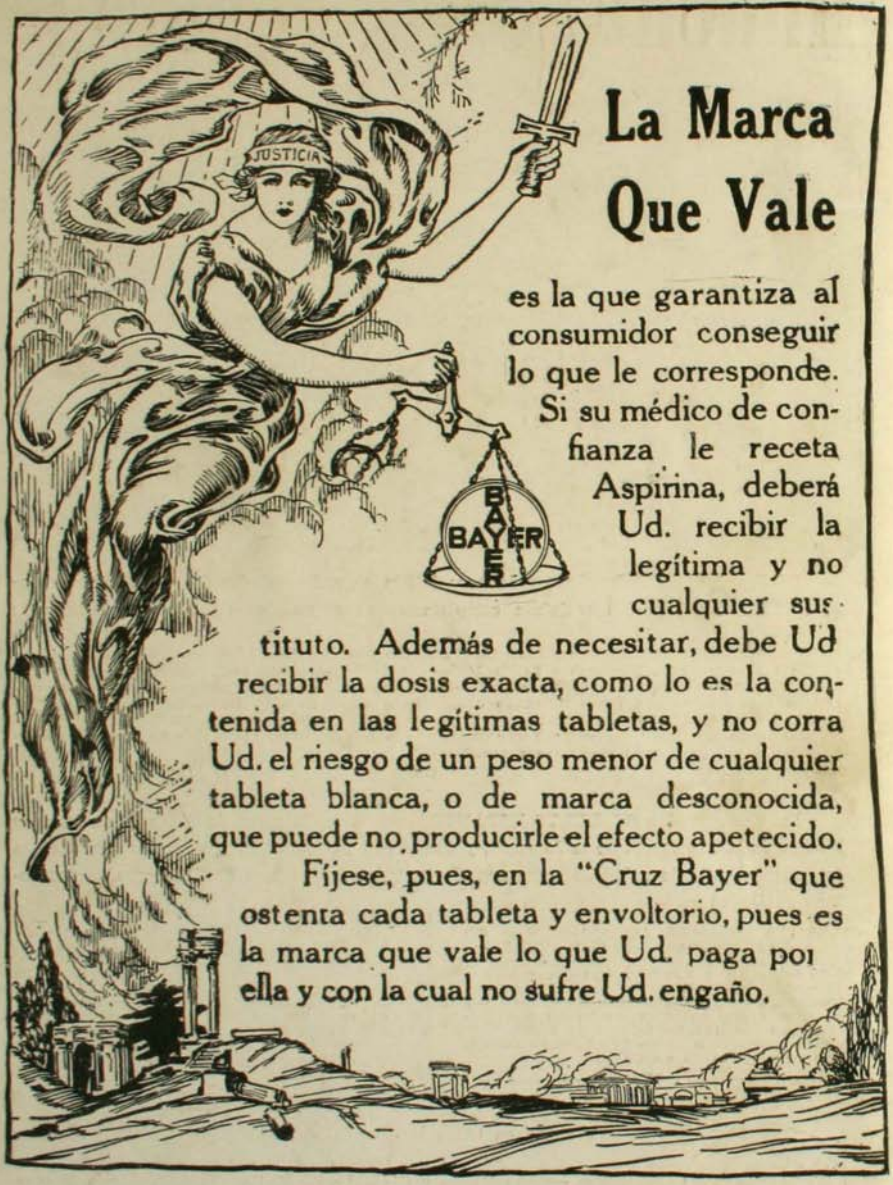
Dr. ADOLFO HIRTH.—Enfermedades de niños.—Consultas de 12½ a 2½.—Vergara 165.—Santiago, 16 de Septiembre de 1916.—El **"ALIMENTO MEYER"** es una preparación alimenticia para niños y enfermos, cuidadosamente preparada, de composición bien ideada y que da muy buenos resultados en la alimentación artificial del niño. **La considero superior a la generalidad de las preparaciones similares extranjeras.**

A. HIRTH.



De venta en todas las Boticas del país y Casa Gath y Chaves.

Por mayor: Daube y Cía.—Arestizábal y Cía.—Droguería Francesa.—Valenzuela y Torres.—R. Pablo Hanel.—G. Klimesch y demás mayoristas.



La Marca Que Vale

es la que garantiza al consumidor conseguir lo que le corresponde. Si su médico de confianza le receta Aspirina, deberá Ud. recibir la legítima y no cualquier sustituto. Además de necesitar, debe Ud recibir la dosis exacta, como lo es la contenida en las legítimas tabletas, y no corra Ud. el riesgo de un peso menor de cualquier tableta blanca, o de marca desconocida, que puede no producirle el efecto apetecido.

Fíjese, pues, en la "Cruz Bayer" que ostenta cada tableta y envoltorio, pues es la marca que vale lo que Ud. paga por ella y con la cual no sufre Ud. engaño.

Emp. Zig-Zag.

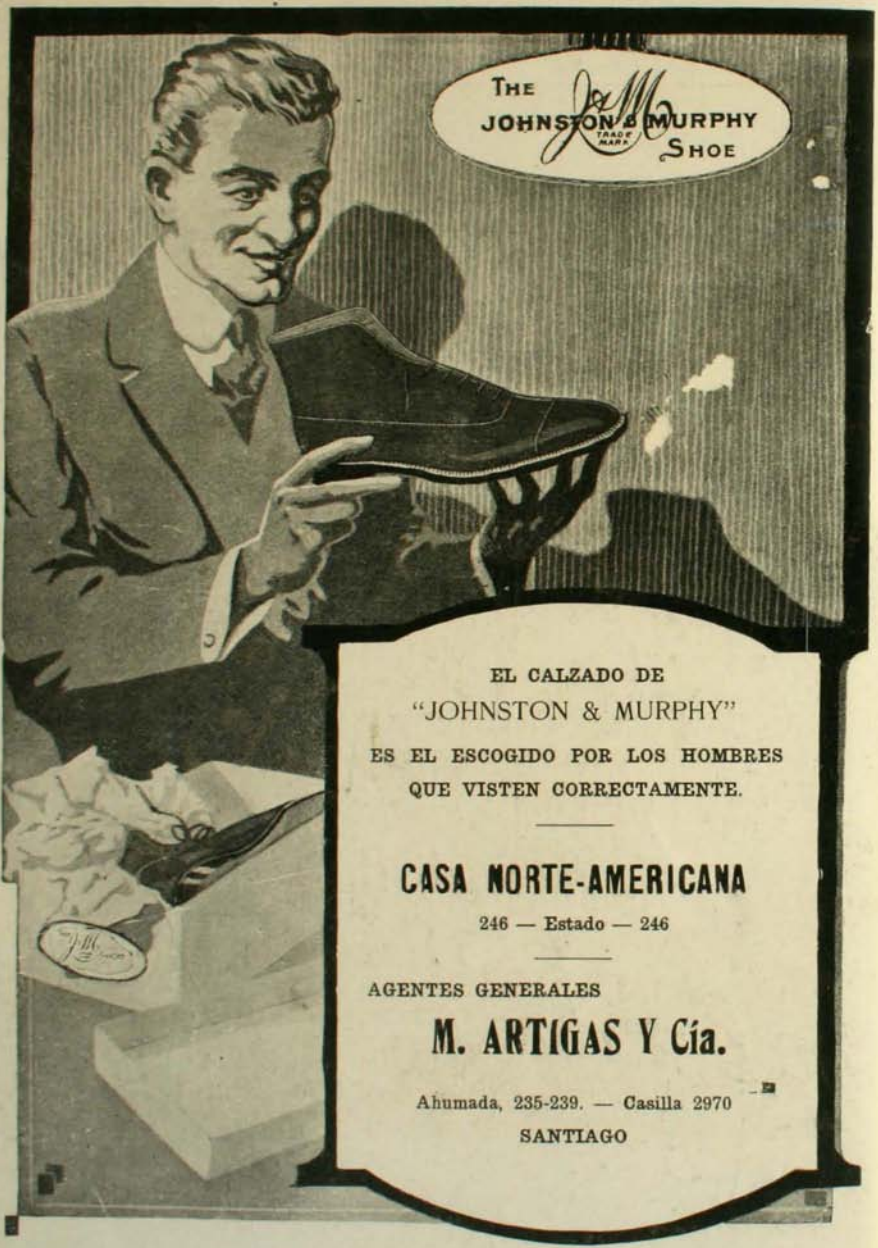
Paraguayo

Junio - Nº 78

Precio: $ 1.-

Magazine





EL CALZADO DE

"JOHNSTON & MURPHY"

ES EL ESCOGIDO POR LOS HOMBRES
QUE VISTEN CORRECTAMENTE.

CASA NORTE-AMERICANA

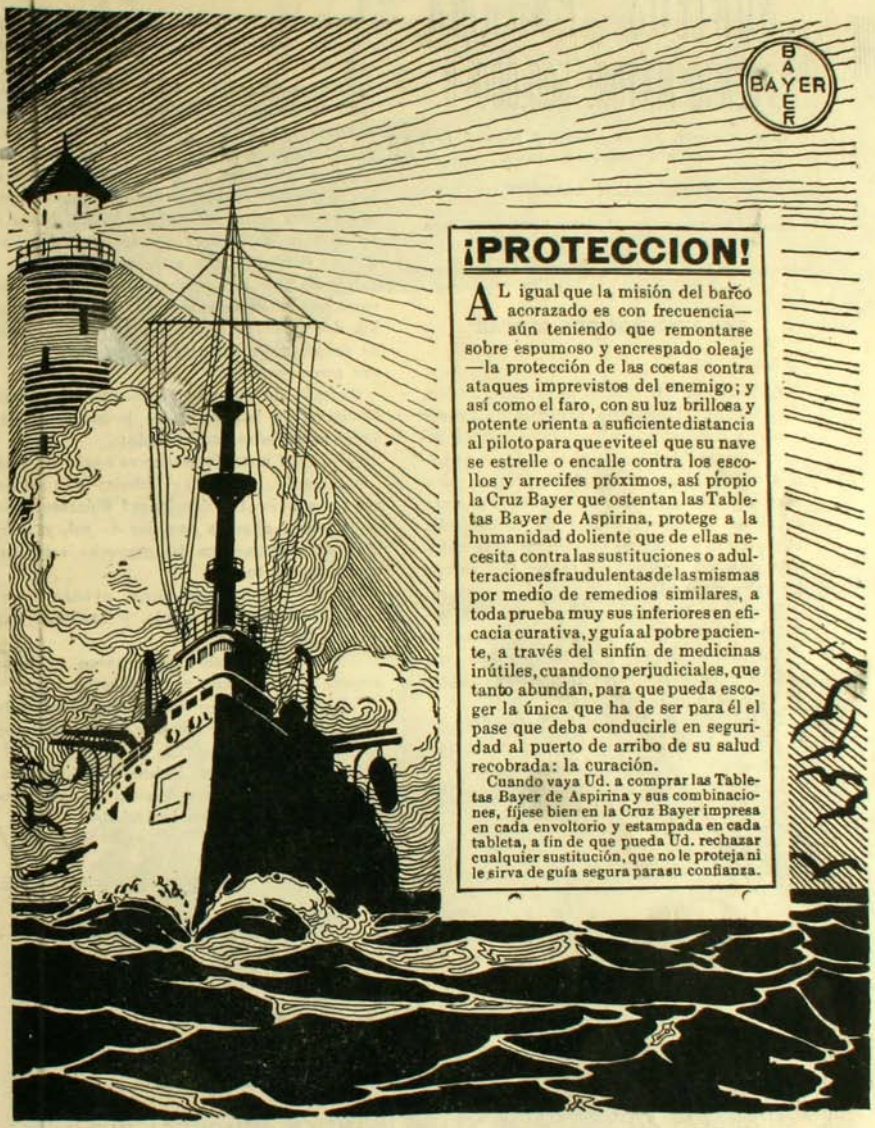
246 — Estado — 246

AGENTES GENERALES

M. ARTIGAS Y Cía.

Ahumada, 235-239. — Casilla 2970

SANTIAGO



BAYER

¡PROTECCION!

AL igual que la misión del barco acorazado es con frecuencia—aún teniendo que remontarse sobre espumoso y encrespado oleaje—la protección de las costas contra ataques imprevistos del enemigo; y así como el faro, con su luz brillosa y potente orienta a suficiente distancia al piloto para que evite el que su nave se estrelle o encalle contra los escollos y arrecifes próximos, así propio la Cruz Bayer que ostentan las Tabletas Bayer de Aspirina, protege a la humanidad doliente que de ellas necesita contra las sustituciones o adulteraciones fraudulentas de las mismas por medio de remedios similares, a toda prueba muy sus inferiores en eficacia curativa, y guía al pobre paciente, a través del sinfín de medicinas inútiles, cuando no perjudiciales, que tanto abundan, para que pueda escoger la única que ha de ser para él el pase que deba conducirle en seguridad al puerto de arribo de su salud recobrada: la curación.

Cuando vaya Ud. a comprar las Tabletas Bayer de Aspirina y sus combinaciones, fíjese bien en la Cruz Bayer impresa en cada envoltorio y estampada en cada tableta, a fin de que pueda Ud. rechazar cualquier sustitución, que no le proteja ni le sirva de guía segura para su confianza.

SORTEOS PANAMA

PREMIO MAYOR: 500,000 fr.

No es Lotería. No se pierde el capital. Listas y Prospectos Gratis.

MARCELLIN MASBOU

Santo Domingo 969.—Casilla 1485.—Santiago.

LOS PELIGROS DEL AZUCAR

Si hemos de dar crédito al profesor Fisher, de Chicago, el consumo excesivo de azúcar produce anemia, raquitismo, caries, y, en general, incapacidad para resistir a las enfermedades. El azúcar es un alimento casi puro, pero no contiene sales minerales. Por esta causa, si se ingiere azúcar sin moderación, el cuerpo se sobrecarga de elementos de nutrición que para asimilarse toman del cuerpo las sales necesarias.

El exceso de azúcar provoca una plasmolisis creciente de la sangre, que se revela en primer término por la incapacidad para resistir a las substancias dañinas que entran en el cuerpo.

El azúcar es un buen artículo de alimentación y un buen estimulante, pero en su forma desmineralizada constituye un peligro. El azúcar, como todos los grandes estimulantes, cobra después sus servicios.

UNA LECCION DE CORTESIA

Era antes de hacerse cargo Dubois de las elevadas funciones de primer ministro y de cardenal.

Pródigo en exceso cuando su ambición estaba en juego, Dubois se mostraba de una avaricia extremada con aquellos que él juzgaba incapaces de servir a sus intereses.

Era muy amigo de recibir pequeños regalos, y los cortesanos, sabiendo la influencia que ejercía sobre el regente Felipe (pues él había sido su preceptor), aprovechaban todas las ocasiones para serle agradables.

Un día, un lacayo fué encargado de llevarle una soberbia canasta de flores; éste había desempeñado ya varias veces esta clase de encargos sin haber jamás recibido la menor recompensa.

Cansado de cumplir un mensaje tan poco lucrativo, el lacayo colocó bruscamente las flores sobre la mesa, diciendo:

—He aquí unas flores que os envía mi amo.

—¡Cómo!...—exclama Dubois;—¿es así como tú cumples tus funciones? Siéntate; nosotros vamos ahora a cambiar de rol, y toma bien en cuenta para tu provecho esto que voy a enseñarte.

Dubois, tomando las flores, avanza respetuosamente hacia el criado, y haciendo una reverencia, exclama:

—Monsieur, mi amo me encarga se digne aceptar este pequeño regalo que os envía.

—Verdaderamente—replica maliciosamente el criado—eres muy amable; toma, aquí tienes dos escudos para ti.

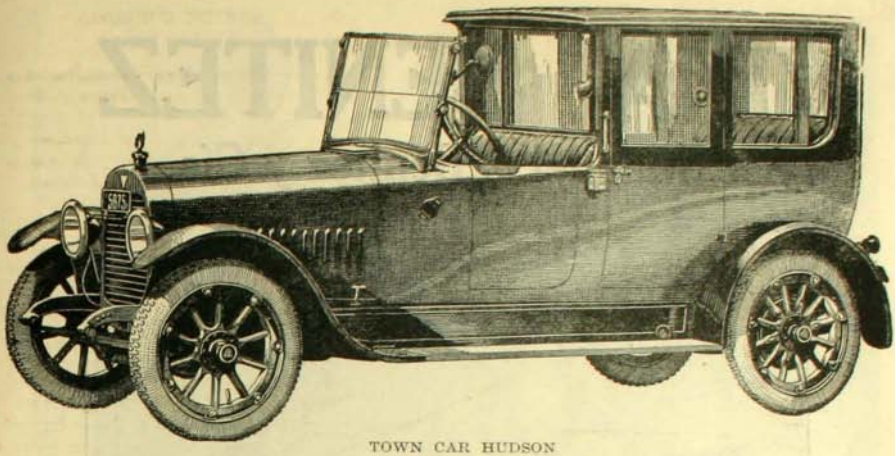
Ante esta respuesta, Dubois quedó sin contestación, y trató en adelante de mostrarse más generoso para con los criados.

"LA MUSA CRUEL"

Hermosa Novela del conocido literato

Señor N. YAÑEZ SILVA

APARECERA PROXIMAMENTE :: PEDIDOS: EMPRESA ZIG-ZAG

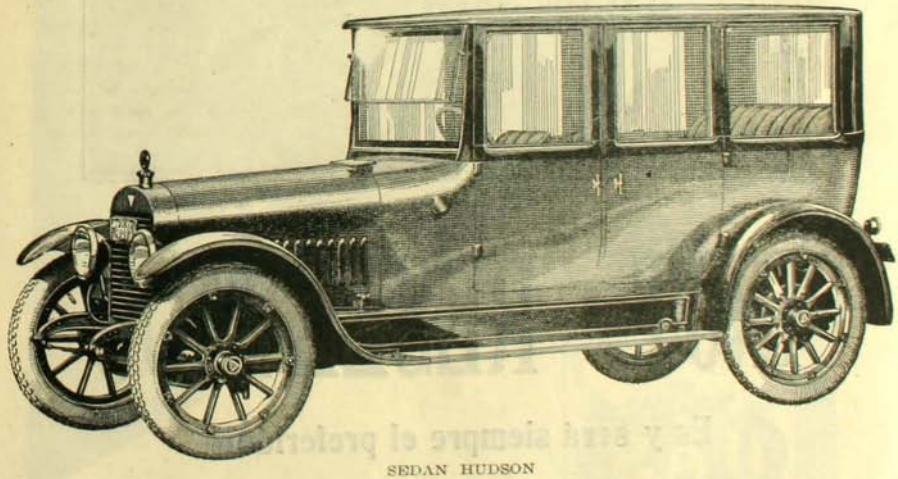


TOWN CAR HUDSON

El refinamiento más perfecto en materia de Carrocerías de lujo presentan los modelos de coches cerrados Hudson Super-Six. A sus grandes comodidades, une una belleza de conjunto que en vano tratan de igualar sus imitadores.

Están montadas sobre el mismo chassis Hudson Super-Six, que tanta fama tiene y sobre cuya superioridad es superfluo insistir. En efecto, pocos automóviles gozan de una admiración tan universal ni de tan merecido prestigio como él.

Nuestras existencias de los modelos Limousine y Town Car están bastante reducidas con las últimas ventas; por lo tanto, recomendamos a los interesados darnos sus órdenes sin demora.



SEDAN HUDSON

ENVIAMOS CATALOGOS A SOLICITUD

GRAHAM, ROWE & Co.

IMPORTADORES

VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



PINOT RESERVADO

Es y será siempre el preferido

33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646


El Aceite BAU
SIEMPRE ES EL PRIMERO
INSUPERABLE
BAU
GONZALEZ SOFFIA & C
VALPARAISO



PARA CABALLEROS

Es notoria la bien sentada fama de que gozan los **Trajes y Sobretodos** de la Casa **GATH & CHAVES.**

La moda masculina del presente Invierno se ha distinguido por los elegantes abrigos y **Gath & Chaves** sobresale evidentemente por la hermosa variedad de ellos; he aquí algunos de sus principales modelos: **"Kempton"**, **"Club"**, **"Cambridge"**, **"Ludlow"**, **"Imperial Raglant"**, **"Oxford"** y **Ulster**, especial para viajes.

En sus trajes no es menor la variedad, desde los de rigurosa etiqueta como **Frac**, **Jacquet**, **Smoking** hasta los trajes de Sport y de trabajo, breeches, pantalones de fantasía a rayas, etc., en estricta conformidad a la moda más elegante.

Ultimamente **Gath & Chaves** ha puesto sus Confecciones para Caballeros a precios bastante reducidos, oportunidad especial que ofrece a su distinguida clientela.

GATH & CHAVES LTD.



Fabricantes de Ropa Blanca bordada y cosida a mano.

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado,, pudiendo nuestros artículos superar con ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

Nuestros precios tienen una enorme ventaja sobre cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y lo atestiguan la enorme aceptación que el público nos dispensa.

Agradeceremos pida datos, muestras y precios a otra parte y confrontar con los nuestros y se convencerá de la gran ventaja de los artículos de nuestra fabricación.

FLLI. CASTAGNETO, Santiago.

SUMARIO

Págs.

MOTINES MILITARES, **Alberto Edwards**. 564
AMADO NERVO, la ascención cristiana del poeta, **L. F. C.**. 572
EL SECRETARIO DEL CLUB HIPICO, don Emilio Irarrázabal Eguiguren, **Manuel Mackenna S.**. 575
NOTA HIPICA, la Cátedra y las carreras mutuas en 1919, **Sportsman**. 577
EN EL CLUB DE LA UNION, manifestación ofrecida por los más caracterizados miembros de la prensa de Santiago a los ex-Redactores de "La Unión". . . . 583
LA DAMA DE LA RAZON PERDIDA, **Diego de Zamora** 585
BELLE BENNETT. 607
EL CINEMATOGRAFO. 608
PAGINA AGRICOLA, El clima de California y el de Chile.—Interesantes datos para la agricultura. . . . 615
EL CANCER, **Dr. G. Odin**. 621
FOTOGRAFIA ARTISTICA. 628
¡PEQUEÑA EQUIVOCACION...!, **Ruca-Diuca**. 629
CARLOS DORLHIAC Y SU OBRA, **Sara Hübner**. . . . 633
LOS ANIMALES EN EL ARTE DECORATIVO. 638
VIDA REAL, **N. Novoa Valdés**. 645
FOTOGRAFIA ARTISTICA. 650
LA IMPORTANCIA DE LA PROFESION DE INGENIERO. 651
LA MAS HERMOSA OPERACION QUIRURGICA, **Luis Artus**. 653
RTILLA SIN HUEVOS, **E. Richardin**. 661
¿QUE SE NECESITA PARA SER AVIADOR?. 664
Mr. GREX DE MONTE CARLO, **E. Phillips Oppenheim**, (Folletín).—Conclusión. 667
ECONOMIA DOMESTICA. 682

—La mejor manera de estimular y propender al progreso de una publicación, es favorecerla incesantemente, comprándola y recomendándola a sus amigos y relaciones.

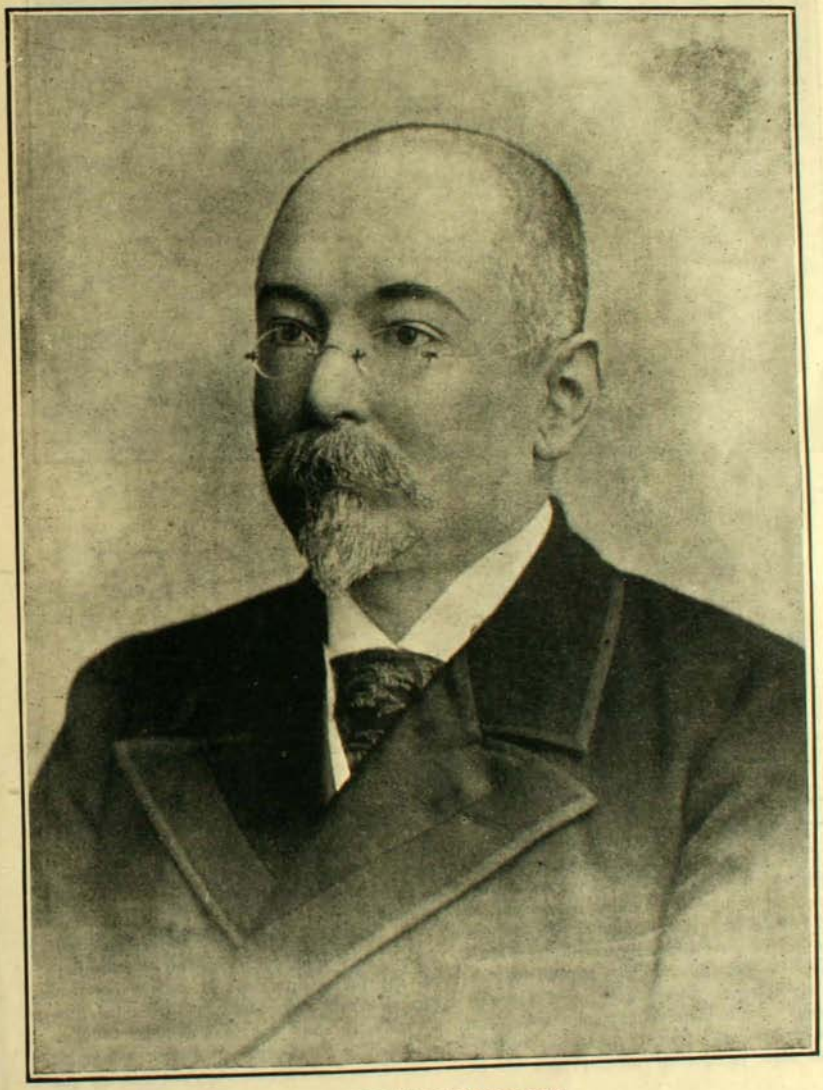
—EL PACIFICO MAGAZINE irá en cada número perfeccionando la realización de su programa.

NUESTRA PORTADA:

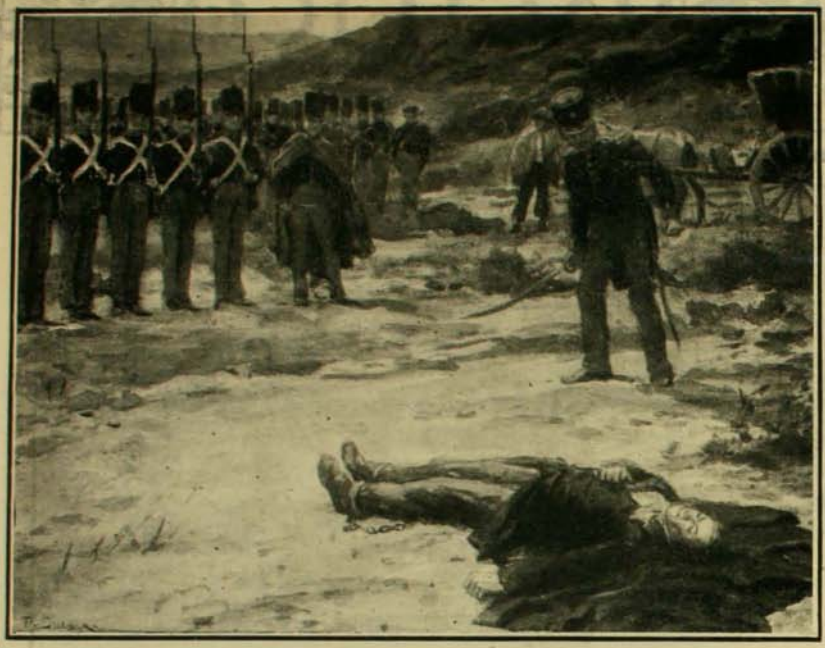
La calle Ahumada en 1902. — Cuadro de E. Lynch.

PACIFICO MAGAZINE

+ Que ayer | Vol. XIII—Santiago de Chile, junio de 1919.—Núm. 78. | — Que mañana



DON VALENTIN LETELIER
Fallecido el 20 de este mes.



La muerte de don Diego Portales.—Cuadro de Pedro Subercaseaux.

MOTINES MILITARES

Por ALBERTO EDWARDS

EL peregrino proyecto de regenerar el gobierno de Chile por medio de un motín militar ha causado en el país tal estupor, que no ha faltado quien proponga el manicomio como castigo de los autores de la reciente intentona. Digan lo que quieran, en Chile hay sensatez. Otros países de nuestra raza han pasado más de un siglo regenerándose por aquel procedimiento... y todavía no escarmientan. Hace dos años oí en Buenos Aires a un venezolano algo estadístico afirmar que en su patria se contaban ya ciento quince revoluciones militares en ciento dos años de vida republicana. Se juega allí a los generales-presidentes como aquí jugamos a los ministerios.

En ello todo está en empezar como cuando se come queso. El general A. salido de un cuartel se apodera del mando supremo por el derecho del sable, reforma la constitución, lo cambia y lo trastorna todo en el papel, y en seguida se dedica a mandar como Dios le da a entender, sin más ley que

su voluntad... Entre tanto, el general B. encuentra, naturalmente que las cosas siguen tan mal como antes, que su colega con banda es un inepto y un tirano, y que le felicidad pública exige que él a su vez arme una sargentada para reemplazar a aquel desastroso gobernante, por el consabido y contundente medio de las bayonetas.

El público, que lleva en las venas sangre española, aplaude a morir aquellas evoluciones con que le prometen venturas sin cuento, porque es muy sabido que siempre el gibierno actual es el peor de los imaginables y que nada puede perderse cambiándolo por otro.

¿Cómo es que Chile se ha librado de esta calamidad? serían largo y aburrido explicar histórica y filosóficamente la cosa. Bástenos para nuestra propia satisfacción repetir que tenemos buen sentido práctico y mucho respeto por las fórmulas escritas.

En este país de juristas y leguleyos hasta la independencia comenzó en solemne asamblea de graves señores bajo la presidencia de la primera autoridad de la colonia y citando los acuerdos del Consejo de Regencia, las Siete Partidas y el Fuero Juzgo. En España donde las cosas no suelen estilarse así, creyeron cándidamente que la junta de septiembre era más realista y goda que Fernando VII y el Consejo de Regencia se apresuró a reconocer su legítimidad: no conocían bastante aquellos peninsulares a estos ingleses de sud-américa, capaces como los otros de degollar a un rey sin apearle el tratamiento de majestad.

Ya en 1811 tuvimos sin embargo varios motines militares: el de don Tomás de Figueroa, español de nacimiento, en el mes de abril, y en el segundo semestre otros tres, cuyo héroe fué un joven de 27 años, que vestía elegantemente el traje de húsar y embobaba con su habilidad en manejar el caballo a las ingenuas muchedumbres de la época. Con todo fuerza es decirlo, aunque vaya en contra de nuestra tesis, los motines de Carrera no tuvieron resultados tan deplorables que digamos: el de septiembre dió al traste con un congreso bastante godo, y el de noviembre con otra mayoría de ideólogos que suscitaba resistencias a la revolución con sus manías reformistas, y nada hacía para prepararse a la lucha armada como era la oportunidad de hacerlo.

Mucha gente poco instruída en la historia de su país continúa creyendo que la época llamada de los pipiolos, entre la caída de O'Higgins y la revolución conservadora de 1829 fué un período de libertad y democracia en que el país marchaba rápidamente a ser un trasunto de la confederación suiza o algo por el estilo.

Nada más erróneo, el Pipiolaje no fué sino una invasión sudamericana en Chile. El Gobierno no era de nadie y mucho menos del pueblo. Pertenecía al primer audaz que quisiera cogerlo de sorpresa: hoy un charlatán que levantaba una poblada, mañana un coronel al mando de un regimiento, después un ambicioso que derramaba onzas de oro entre los agitadores de profesión y así sucesivamente.

Es imposible formarse una idea de cómo se practicaba la política en esos tiempos,



Don Diego Portales † el 6 de junio de 1837. Copia del cuadro existente en el Ministerio del Interior. Pintado en 1837 por Camilo Domeniconi, italiano, por orden del Gobierno. Portales viste el traje de teniente coronel que usaba como Ministro de la Guerra.

sin acudir al testimonio de los documentos contemporáneos. Las revoluciones eran tan frecuentes y tan sainetescas, que un curioso vecino de Santiago hizo levantar en su casa un mirador para divertirse en contemplarlas. El liberalismo de los pipiolos consistía en cambio en hacer la vista gorda sobre aquellos continuos escándalos. De allí la posterior manía de apellidar tiránicos a los gobiernos que más tarde supieron reprimir el desorden castigándolo.

Dos botones de muestra.

Habla un extranjero. La escena es en enero de 1827.

25 de enero.

"En la madrugada fué ocupada la plaza mayor por el número 7, la Escolta y la Artillería, y como a las 9 de la mañana se incorporaron los nacionales. (1)

"A la cabeza de la revolución estaba Campino (Enrique) que hizo proclamar por las tropas a Pinto por Presidente. Lo acompañaban Guzmán, Thompson, Cotapos, Arís, Orgera y Padilla. Los tres primeros dicen serán los ministros. El Congreso se reunió en la mañana y Campino le puso un oficio en que le manifestaba que el pueblo y las tropas habían proclamado a Pinto por Presidente; y el Congreso le declaró a él (Campino) por traidor y a todos los que le acompañaban, lo que le obligó a apersonarse en la Sala y expuso los motivos de la revolución, pero fué insultado por Benavente, y Campino la emprendió con todos, diciéndoles después de varias cosas que en el momento se retirasen, pues de lo contrario los obligaría ahacerlo a balazos, y como se resistiesen mandó despejar la barra y ordenó avanzase al mando del oficial Latapiat, que lo verificó, entrando a la sala con cinco soldados, y les dió la voz de fuego, que obedecieron dos soldados, y felizmente no salieron los tiros a pesar de haber prendido la ceba; joven paisano, cuyo nombre ignoro, en la zafacoca que hubo, alcanzó a quitar la espada al coronel Cáceres que corrió a escape y con ello contuvo a la tropa y evitó un desastre. Los más congresales se fueron despavoridos, y los que quedaron redoblaron sus insultos a Campino..., etc., etc."

En dimes y diretes con el Congreso, que había acudido a Freire en demanda de auxilio se mantuvo Campino en posesión de la ciudad ese día y los siguientes.

Oigamos a nuestro inglés:

"26 de enero.

"A las 6 de la mañana ocupaba Freire la plaza con algunos militares y paisanos, entre los primeros Blanco y Raulet, y habiendo llegado el oficial Latapiat con algunos soldados les mandó hacer fuego, y Freire cargó con su caballería, pero como se observase que se aproximaban la infantería y artilería mandó volver caras, y se retiró con dirección al puente, mas al volver la esquina del Palacio les dispararon un cañonazo a metralla y Latapiat los persiguió hasta el puente. En esta carga hubo de ser prisionero Raulet, y las tropas permanecieron en la Plaza todo el día, y no hubo más novedad que la de pasar una partida de caballería en seguimiento de Freire la que hizo alto en la Palmilla. Campino ofició al Congreso pidiendo la sanción de varios capítulos, siendo uno que se le autorizase como Presidente interino para levantar un empréstito de $ 100.000, otro ofreciendo retirarse a la Aconcagua con las tropas y otro que se nombrase a Pinto por presidente.

"27 de enero.

"Las tropas se mantuvieron en su misma posición. El Congreso no se reunió, y se le citó de nuevo haciéndole responsable de los males que siguiesen por su inasistencia, y tuvo efecto, durando la sesión hasta las once de la noche. Su resultado fué negarse a las proposiciones de Campino, pero le ofrecieron garantía a su persona y a todos los revolucionarios de correr un velo al hecho, y que Freire no sería Presidente.

"28 de enero.

"Se amaneció la tropa y lo único nota-

(1) Un regimiento así llamado. Desgraciadamente para el país, no existía aun entonces el partido nacional.

ble ha sido una Junta de Guerra en la que se acordó salir a batir a Freire que se hallaba en camino para Aconcagua con 600 hombres de milicia.

"29 de enero.

"Como a las tres de la mañana Maruri y Thompson hicieron contrarevolución, prendiendo a Campino, Guzmán, Latapiat, y en fin, a todos, pues no ha escapado ninguno, y así felizmente ha concluído una revolución que amenazaba grandes males."

Escenas como la referida eran cosa de un mes sí y otro no.

Imposible es enumerar siquiera los elementos de desorden que desquiciaban la sociedad en aquella época aciaga: las onzas de oro, los tribunos charlatanescos, ídolos de una plebe estúpida y los militares, revolucionarios de profesión, que alzaban el sable hoy por O'Higgins, mañana por la Federación, por la libertad y el mando absoluto, sin otra mira que el trastorno en permanencia.

Cuenta el general Cruz que el famoso guerrillero Manuel Rodríguez, dijo en cierta ocasión a O'Higgins, más o menos lo siguiente:

—"Yo entiendo que esto del sistema republicano exige que gobernemos todos por turno, a fin de irnos probando. Nadie debe permanacer muchos meses en el poder. Si yo fuese Director Supremo y nadie me hiciese revolución me la haría yo mismo."

Si tal era el predicamento de Rodríguez, preciso es reconocer que el plomo de Tiltil fué un plomo muy bien aprovechado.

Don Pedro Urriola, hijo de panameño, y algo tropical en consecuencia, era también un revolucionario de los finos. Antes de su trágica aventura del 20 de abril de 1851, había dado ya muchas y brillantes pruebas en este sentido.

El motín de julio de 1828, encabezado por Urriola es bastante pintoresco. Acerca de él extractaremos también las memorias de un testigo presencial.

"Como 20 días antes se recibió aviso que don Pedro Urriola en San Fernando había sublevado la guarnición de aquel pueblo compuesta del batallón Maipo N.o 6, como de 400 plazas, al mando de su comandante Castro; que el comandante y unos pocos oficiales habían sido presos; que también lo fué el intedente Lira y algunos vecinos y que las tropas proclamaron por intendente a Urriola.

"En el momento trató el Presidente de sofocar aquel movimiento y al efecto ordenó al general Borgoño saliese con el batallón 7 al mando del coronel Rondizzoni y



Tomás de Figueroa.

como 100 hombres de caballería al mando del coronel Tupper."

Se siguieron a estos hechos algunas operaciones militares de ópera bufa, a estilo centroamericano.

Un comandante Quintana (alias el Moro) que con un escuadrón de dragones se encontraba en las cercanías de San Fernando, hizo consentir a Borgoño "que estaba con él" y se ofreció para sorprender a Urriola. El engañado fué Borgoño, y mientras avanzaba sobre San Fernando contan-

do con el auxilio ofrecido, Urriola por otro camino se dirigió sobre Santiago. Entre tanto el jefe gobiernista entró sin desconfianza a la capital de Colchagua, donde las tropas de Quintana le recibieron con una descarga cerrada, a quemarropa y a traición. La división gobiernista fué así disuelta y dispersada.

Después de esta hazaña Quintana se unió con Urriola en marcha hacia Santiago.

El Presidente, general don Francisco Antonio Pinto salió el 17 con 460 hombres a defender la capital, tomando posiciones en la chacra de Ochagavía.

Oigamos a nuestro testigo contemporáneo:

"Día 18.

"Por la mañana se confirmó la derrota del general Borgoño en San Fernando por la traición de Quintana. Esto causó la mayor alarma en el pueblo. Inmediatamente salieron a reforzar al Presidente el resto de los cívicos y veteranos que había en ésta.

"A las 2 de la tarde se presentaron los sublevados a la vista del Presidente que



Manuel Montt.

permanecía en Ochagavía. Inmediatamente salió un parlamentario a preguntarles qué pretendían. Contestaron que mudar al Gobierno, pago de sueldos y garantía de vidas.

"A las 3 de la tarde el Presidente rompió el fuego con dos tiros de cañón y se armó la acción. Los sublevados se aproximaron y se tirotearon por algunos momentos, y en seguida con una carga de caballería dispersaron nuestras fuerzas y concluyó la acción quedando en el campo más de cien cadáveres.

"El Presidente se retiró a la Maestranza, en donde trató de reunir sus fuerzas para disputar la entrada a los sublevados que se situaron en la de Ochagavía.

El general Cruz quedó prisionero. Un edecán del Presidente salió mal herido y murió al siguiente día; un paisano hijo de don Joaquín Guzmán murió en la acción; un hijo del finado Sol también salió herido....

"Es demás pintar las agitaciones que sufrimos en la capital. Temíamos a los derrotados, a los vencedores y a la plebe que cruzaba las calles.

"Todas las puertas fueron cerradas y cada familia esperaba adentro un saqueo general. El comercio se reunió en la sala del Consulado y acordaron armarnos y rondar nuestras casas. Así pasamos toda la noche hasta el día siguiente.

"El Presidente no se dejó ver de persona alguna, y nadie sabía dónde estaba, porque a las oraciones había desalojado el palacio.

"Día 19.

"El pueblo ignorante de todo, corría por las calles, y cada uno preguntaba: ¿Qué hay? ¿Dónde está el Presidente? ¿Quién nos gobierna? ¿Qué harán los sublevados?

"A las 10 vino el Presidente a palacio acompañado de los generales Blanco y Cruz (que ya lo habían puesto en libertad) y algunos oficiales. El pueblo respiró con su vista, y antes de dos minutos estaban las salas de Palacio cubiertas de vecinos.

"El Presidente hizo una pequeña relación de lo ocurrido el día antes y concluyó

con decir que estaba dispuesto a morir antes que dejar el Gobierno con deshonra.

"Todos le aplaudieron y prometieron ayudarle...

"Se discutió sobre si la Asamblea podía o no reunirse; se hizo presente había cesado en sus funciones desde el momento en que el Congreso se instaló; sin embargo se acordó que hallándose ausente el Congreso y en atención a que Urriola no quería tratar con el Gobierno sino con la Asamblea, se reuniese ésta en la sala del Consulado con sólo el objeto de oír las proposiciones de Urriola y dar cuenta al Gobierno.

"En efecto, se reunieron éstos a las 2 de la tarde y mandaron una comisión a Urriola compuesta de don José Antonio Ovalle y don Diego Barros, para que trajesen a aquél, y contestó que había resuelto no venir en persona, porque estaba indispuesto, y que había dado sus poderes a don José Miguel Infante, a don José M. Guzmán, a Pradel y Maballanes, que éstos expondrían a su nombre sus intenciones.

"Con esta contestación se empezó a traslucir el plan que era de acuerdo con Infante, Padilla y demás de su facción; y se confirmó cuando vimos entrar por las calles dos partidas de hombres a caballo, capitaneadas una por Latapiat y otra por un hijo de don Francisco Valdivieso, gritando: ¡Viva Infante! ¡Viva Urriola!

"Al mismo tiempo que daban estos vivas tiraban dinero y tenían gran interés por inflamar el espíritu de la plebe; pero felizmente no fué así, porque esta recibía el dinero, pero no los acompañaron en sus vivas.

"Los comisionados no se reunieron hasta las oraciones; mientras tanto la Asamblea con un numeroso pueblo, en una palabra, todos los vecinos de Santiago, permanecieron firmes en la sala del Consulado esperando la comisión desde las 2 de la tarde, deseosos de saber las proposiciones de los sublevados.

"A la oración llegaron éstos y, tomando la palabra el señor Infante principió una oración tan larga y cansada como lo tiene de costumbre. Dijo que el motivo de la revolución presente era por que no se concedía a los pueblos el sistema de Federación



General Pedro Urriola.

que era lo que apetecían, que los pueblos estaban oprimidos y no gozaban de libertad, que la constitución que se trabajaba no presentaba todas las garantías que se deseaban, que la sangre que había corrido el día antes aún no era bastante.

"Por este estilo habló una hora y concluyó con decir que para fijar sus proposiciones quería oír a sus compañeros.

"En seguida tomó la palabra Pradel y propuso que ante todo declarase la Asamble si estaba habilitado del derecho de ciudadanía que le había privado el Congreso (días antes el Congreso lo había declarado fuera del derecho de ciudadanía por falso calumniante).

"El pueblo, en voces alteradas, le contestó que los poderes que tenía no eran del pueblo, sino de una fuerza sublevada; que de consiguiente podía hablar aun cuando fuese extranjero.

"Con esta declaración que ciertamente no esperaba, continuó con frases forzadas, y por último dijo: que no sabía qué proposiciones cabrían entre un pueblo vencido y un vencedor."

"Este fué el momento en que la causa se hizo nacional. Apenas se oyó tal pro-

posición, cuando todos a una sacaron sus armas, y gritaron: el pueblo no está vencido, tampoco lo está el Gobierno: ¡fuera! ¡fuera el diputado!

"El Presidente quiso poner orden, pero no fué posible. Jamás se ha visto un pueblo más excitado. Todos querían matar al diputado y desde ese momento no se oyó otra voz que: ¡el pueblo no está vencido!

"La comisión se acabó; fueron a avisar a su comitente el resultado de ella; mientras tanto el pueblo se fué a Palacio y protestó al Presidente morir a su lado.

"Toda esa noche la pasamos en los mayores cuidados. Los vecinos excitados blasfemaban por las calles y cruzaban armados; mientras tanto se sospechaba que los comisionados para vengar el desaire que recibieron, obligasen a los sublevados a venir sobre la capital; pero felizmente éstos permanecieron quietos y pasamos la noche sin novedad..."

No era poco en esos tiempos idílicos de la libertad y de la democracia, pasar una noche sin novedad.....

"Día 20.

"A las 7 de la mañana ya estaba el pueblo en la plaza deseoso de saber el resultado de esta contienda. A las 8 fué llamado don Diego Benavente por los sublevados, y le dieron sus poderes para que transara con el Gobierno bajo las bases: 1.o que se mudase el Presidente, 2.o que se pagase la tropa y 3.o que se les diesen garantías para sus vidas.

"A las 9 presentó Benavente las propuestas indicadas y fueron rechazadas por el Presidente. Siguieron comunicaciones de una y otra parte hasta las 2 de la tarde en que los sublevados mandaron decir que si no admitían sus propuestas vendrían y con las armas las harían cumplir.

"Se les contestó que vinieran, que el Presidente y el pueblo los esperaban. Mientras tanto el primero se puso la banda de Presidente y dijo al pueblo que aquella banda que le había confiado la República sólo se la quitarían con las bayonetas, y que él jamás entraría por proposiciones que fuesen deshonrosas para la nación.

Mas, como eran las tres de la tarde y los sublevados no aparecían se despidió el pueblo conviniendo con el Presidente que el primer movimiento se anunciase tocando fuego en las campanas de la Catedral.

"A las 4 de la tarde se hizo la señal de alarma porque se supo que los sublevados se movían. No es decible la agitación que esto causó. Jamás se ha visto un entusiasmo igual; al primer golpe de la campana, todo hombre tomó las armas, y atropellando sobre las lágrimas de sus familias, todos, todos se presentaron a la plaza a recibir sus huéspedes.

"En efecto, entraron éstos en la plaza batiendo músicas y tambores y con armas a discreción. El pueblo los recibió con el desprecio que merecían, nadie se acercó a ellos. Dieron unos cuantos vivas y el pueblo les contestó: ¡Viva el Pueblo! ¡Viva el Gobierno del señor Pinto!

"La plebe, que en algunos casos gusta del desorden, no se acercó a ellos; algunas mujeres pedían armas y los llenaban de insultos. Una tuvo el arrojo de presentarse al mismo Urriola que estaba al medio de la plaza y le dijo: aquí tiene usted un hijo mío; ayer me ha muerto usted uno; mate este otro, pícaro, ladrón!

"Otros muchos artesanos le hacían el mismo cargo por la muerte y heridas de sus hijos, hermanos y amigos.

"El pueblo se retiró a las salas de Palacio. Los sublevados permanecieron formados. El Presidente mandó llamar al jefe de los sublevados; vino el comandante de la infantería Vidaurre y con bastante energía le preguntó el Presidente, qué fuerza extranjera era la que estaba en la plaza. Contestó que era de Chile. Preguntó el Presidente qué pretendían. Contestó que lo diría privadamente al Presidente. Este se opuso y exigió hablase en presencia del pueblo. Contestó que le era imposible, que tenía asuntos privados que comunicarle, y que así como él había sido obediente al llamado del Gobierno, suplicaba que éste fuese condescendiente en oírle privadamente.

"Se le concedió, y entraron en un cuarto privado donde tuvieron una conferencia de más de una hora mientras tanto Urriola hizo publicar un bando deponiendo al señor Pinto y colocando en su lugar al señor Infante.

"El bando se fijó en las esquinas de la

plaza, y se retiraron a sus cuarteles de la Maestranza.

"La plebe al instante arrancó los bandos y los despedazó. El Presidente concluyó su conferencia con el comandante Vidaurre y se presentó en la sala. Su primera disposición fué ordenar se arracaran los bandos de las esquinas y se quemaran en medio de la plaza. No tuvo efecto porque ya los habían despedazado. Mandó llamar a Infante, y éste se ocultó. En seguida despidió el Presidente al pueblo y le dió gracias por la energía que había manifestado, y prometió que nada había que temer, que no podía decir el resultado de la conferencia con Vidaurre, pero que se retirasen tranquilos que al siguiente día todo sería concluído. Todos convinieron en retirarse con la condición que a la menor novedad se les hiciera la señal de alarma.

"Todo quedó en la mayor quietud, hasta las 10 de la noche que se esparció la voz que el general Borgoño venía entrando con sus tropas, y que iba a asaltar la Maestranza en combinación con Vidaurre.

En efecto la revolución que había comenzado con la traición de Quintana contra Borgoño, terminó con la traición de Vidaurre contra Urriola.

El plan de los revolucionarios era: Presidente, don J. M. Infante; Intendente, don Pedro Urriola; Ministro de Estado, Padilla; de Hacienda, Magallanes; Comandante de Armas, Latapiat..."

Tal fué nuestra vida republicana en aquella época de luctuoso recuerdo: el poder juguete de algunos inquietos o tribunos ambiciosos, mientras unos pocos ideólogos bien intencionados pretendían organizar al país por medio de constituciones muy liberales sin duda, pero que nunca fueron llevadas a la práctica. El fenómeno es netamente sudamericano. Este continente marcha a la vanguardia del mundo en materia de libertades teóricas y escritas, pero muchos de sus países se encuentran al nivel del Africa Central en cuanto a libertades y garantías efectivas y prácticas. El sable reina sin más contrapeso que la populachería y el desorden. Las turbas representan allá como entre nosotros durante el predominio del pipiolaje, el papel de los coros en las antiguas tragedias: aplauden, insultan, alzan y derriban reputaciones.



Ramón Freire.

Chile escapó sin embargo muy luego al predominio funesto del militarismo político que mantuvo en el atraso y la barbarie a las demás repúblicas de la América latina. Pero el grande hombre que supo agrupar los elementos responsables del país, que fundó sobre ellos un Gobierno digno de llamarse tal, que puso fin al desorden e inició en el país una era de prosperidad, envidia de la América, don Diego Portales, hubo de perecer, víctima él mismo, de un desesperado esfuerzo del monstruo que moría...

En los años que siguieron pueden es cierto recordarse nuevas intentonas a estilo pipiolesco, como la del mencionado Urriola y la de Cruz en 1851, pero la verdadera república estaba ya fundada.

A medida que el país avanzaba en organización, el militarismo fué desapareciendo de la escena, y ya sólo existía en el recuerdo de la historia... Hoy acaba de asomar de nuevo su temible cabeza... ¿Es que acaso nuestra vieja organización se encuentra enferma?... ¡Terrible problema!

AMADO NERVO

LA ASCENSION CRISTIANA DEL POETA

Por el Pbro. don **LUIS FELIPE CONTARDO**



Amado Nervo.

En un breve poema de su juventud, Edmundo Rostand desarrolla, con admirable vigor, esta idea que ha sido cara a muchos líricos modernos: **Debemos hacer florecer nuestro dolor.**

Des qu'on est décousi par un poignard nou-
[veau,
il faut en profiter pour se fleurir encore.
Plus on est malheureux, plus on doit etre beau!
Faisons tous nos malheurs en corolles eclore!
Servons nous du malheur. Un jour un jar-
[dinier
M'a dit cette parole ingenue et profonde:
"Si Job avait planté des fleurs sur son fu-
[mier,
Il aurait eu les fleurs les plus belles du
[monde!

Toda la poesía de Amado Nervo, después de sus primeros libros juveniles, tiene como alma esta idea. El renunciamiento humilde, sereno, generoso, que florece en el dolor de la vida, se exhala de sus más bellos poemas como un suave esplendor, como un aroma evangélico.

"Hoy has de sonreír al crüel enemigo
que ayer te hincó su dardo... Bien sé
[que anhelarías
quebrantar su soberbia...
mas, sólo habrás de darle la flor de tu son-
[risa,
y por cada punzante, por cada dolorosa
espina que te clave ¡devolverle una rosa!"

Y añade el poeta:

"Si una espina me hiere, me aparto de
[la espina...
¡pero no la aborrezco! Cuando la mezquindad
envidiosa en mí clava los dardos de su in-
[quina,
esquívase en silencio mi planta, y se enca-
[mina
hacia más puro ambiente de amor y caridad.
¡Rencores! ¡De qué sirven! ¡Qué logran los
[rencores!
Ni restañan heridas, ni corrigen el mal.
Mi rosal tiene apenas tiempo para dar flores
y no prodiga savias en pinchos punzadores:
Si pasa mi enemigo cerca de mi rosal,
se llevará las rocas de más sutil esencia;
y si notare en ellas algún rojo vivaz,

¡será el de aquella sangre que su malevolencia
de ayer vertió al herirme con encono y violencia
y que el rosal devuelve trocada en flor de paz!''

Y en seguida:

''¡Oh dolor, buen amigo, buen maestro de escuela,
gran artífice de almas...
hiere, hiere hasta el fin!
¡A ver si de ese modo
con un poco de lodo
forjas un serafín!''

Este estado de alma del poeta,—que constituye ya lo que Pablo Bourget llamaría un cristianismo inmanente—está relacionado por hondas raíces con su actitud espiritual ante el misterio del Universo. Su preocupación permanente del enigma no es la angustia atormentada de los grandes escépticos ante la muda impasibilidad de la Esfinge: es, más bien, el temblor humilde y sobrecogido de un alma que se postra ante lo Inefable, deseosa de entrever para adorar.

El poeta va ascendiendo lentamente hacia la luz, hacia la serenidad. Su espíritu descubre la armonía en donde la soberbia de la razón humana pretende sorprender el desconcierto en el orden recóndito de las cosas. Y el poeta invita a los hombres a adorar:

''Así como nos muestra sólo una faz la luna,
de la propia manera no vemos más que una
sola faz de las cosas,—como pensó el poeta.
Lá otra está en la sombra... Y por ser incompleta
la visión, ve asperezas en donde hay armonía,
y noche en el nublado que disimula el día.

San Agustín nos dijo que el mundo es un dechado
visto al revés: encima, Dios borda; al otro lado
multicolores hebras, con su red caprichosa,
despistan nuestros juicios... ¡Oh labor misteriosa
del bordador divino, ya todos te veremos,
cuando en nuestra ascensión milenaria lleguemos
al vértice del ángulo final, de cuyo punto
se abarca la sublime plenitud del conjunto.

Entre tanto, poeta, no murmures. Tu verso
sea uncioso, cual salmo de amor al Universo.
Quien trazó el plan del Cosmos, no puede a la razón
naciente de los hombres dar una explicación
que convenza: su lógica, no es la tuya de hormiga.
No juzgues, pues; adórale y deja que prosiga
sus intentos arcanos, su labor portentosa.
Que rize en espirales de luz la nebulosa:
que prenda sus translúcidas caudas a los cometas;
que plasme entre sus manos de titán los planetas;
que encienda las divinas antorchas estelares;
que empine las montañas y que ahonde los mares...''

Llega un momento en que, en la intensa vida interior del poeta, el enigma aparece a los ojos abiertos de su espíritu, concretado, hecho carne, hecho amor: es Cristo. Presiente, adivina, con las intuiciones de su genio y de su corazón, que lo Inefable es El. Y empieza entonces a buscarlo, a tender hacia El al través del campo infinito del Evangelio. Va preguntando a lo largo de la vida cómo se llega hasta El. Interroga al alma santa, encendida en caridad, ''cuya existencia es toda de los otros'':

''Por la infinita soledad
yo le busco de continuo,
con un alma viril... pero marchita,
que su riego divino
sobre todas las cosas necesita!
Enséñame, hermanita,
enséñame el camino''.

Ya el poeta es **substancialmente** cristiano. A él se le puede aplicar la palabra que Pascal pone en boca de Jesús: ''No me buscarías si ya no me hubieses encontrado''. Se ha producido **el milagro**. El poeta lo dice en estrofas muy bellas:

''¡Señor, yo te bendigo, porque tengo esperanza!
Muy pronto mis tinieblas se enjoyarán de luz...
Hay un presentimiento de sol en lontananza;
¡me punzan mucho menos los clavos de mi cruz!

Mi frente, ayer marchita y obscura, se le-
[vanta
hoy aguardando el místico beso del ideal.
Mi corazón es nido celeste donde canta
el ruiseñor de Alfeo su canción de cristal!

...Dudé, ¿por qué negarlo?, y en las olas
[me hundía
como Pedro, a medida que más hondo dudé.
Pero tú me tendiste la diestra y sonreía
tu boca murmurando: "Hombre de poca fe".

¡Qué mengua! Desconfiaba de ti, como si
[fuese
algo imposible al alma que espera en el Señor;
como si quien demanda luz y amor no pudiese
recibirlos del Padre: fuente de luz y amor...
Mas hoy, Señor, me humillo, y en sus cri-
[soles fragua
una fe de diamantes mi excelsa voluntad.
La arena me dió flores, la roca me dió agua,
me dió el simún frescura y el tiempo eterni-
[dad".

Después de realizado **el milagro**, el poeta conoce todas las firmezas de la esperanza puesta en el Señor. El sabe que, si alguna vez aparece dormido ante la angustia humana, **su corazón vigila:**

"En tanto que tú, presa de continuos do-
[lores,
con tus anhelos libras la más porfiada lucha,
e inútilmente pides la paz al escondido
Señor que mora en tu alma; pero que no te
[escucha,
porque no lo mereces... ¡o porque está dor-
[mido!
¡Recuérdalo! Quién sabe si **su corazón vela**
para que no zozobre tu barca en la procela...
Sacúdelo con fuerza si prosigue durmiendo;
clama en su oreja misma con desusado brío;
verás cómo, a la postre, despierta sonriendo,
te ampara entre sus brazos y murmura:
["¡Hijo mío!"

Y por último, en la plena madurez de su espíritu y de su corazón, el poeta afirma **íntegralmente** su fe y la opone con cristiana altivez a las negaciones de "la ciencia engreída":

"Señor, Señor, Tú antes, Tú después, Tú
[en la inmensa
hondura del vacío y en la hondura interior:
Tú en la aurora que canta y en la noche que
[piensa;
Tú en la flor de los cardos y en los cardos
[sin flor.

Tú en el cénit a un tiempo y en el nadir;
[Tú en todas
las transfiguraciones y en todo el padecer;
Tú en la capilla fúnebre y en la noche de
[bodas;
¡Tú en el beso primero y en el beso postrer!

Tú en los ojos azules y en los ojos obscu-
[ros;
Tú en la frivolidad quinceañera, y también
en las graves ternezas de los años maduros;
Tú en la más negra cima, Tú en el más alto
[edén.

Si la ciencia engreída no te ve, yo te veo;
si sus labios te niegan yo te proclamaré.
Por cada hombre que duda, mi alma grita:
["Yo creo"
¡y con cada fe muerta, se agiganta mi fe!"

Y cuando llega para el poeta la hora que la muerte ilumina con el misterioso esplendor de sus tinieblas, ante la imagen de Cristo crucificado, dice la palabra definitiva de su fe, que es también el último y el más alto de sus cantos:

"Señor, ya sé".



NECROLOGIA

EL SECRETARIO DEL CLUB-HIPICO

Muchas veces los hombres para manifestar sus cualidades necesitan de un agente eventual, que es la ocasión, y ocurre en muchos casos que ella es la que hace los genios, los héroes y los grandes merecedores de la estimación pública.

Es así como hace doce años un grupo de caballeros inspirados en la mejor cautela de los intereses que representaban en el Club Hípico, fueron a sacar de su natural modestia a don Emilio Irarrázabal para encumbrarlo a la secretaría de esa institución y entregar a su confianza los cuantiosos capitales con que ella gira anualmente.



Don Emilio Irarrázabal Eguiguren.

Tal designación, sujeta a la expectación pública desde el punto de vista social, y al mismo tiempo a la observación de todas las vinculaciones que irradia la hípica, fué aceptada fríamente, porque sólo obraban en su abono los antecedentes de gran caballero del nuevo secretario. Pero el tiempo, asesor supremo de todos los actos, fué realizando día a día la obra de prestigio con que ha terminado su labor el secretario del Club Hípico. Poco a poco fué creciendo y en tal forma el concepto administrativo de Irarrázabal, que ha muerto cuando el Club Hípico, montado como una máquina de infinitos resortes, todos ellos eran movidos, con expedición admirable, por su voluntad.

En efecto, durante el lapso de tiempo que se mantuvo en su puesto, se realizaron los mayores progresos que ha conocido la institución, la cual ya descansaba sobre la sólida base de constitución legal que le legara la administración anterior a la que fué dignamente presidida por don Carlos Campino.

Desde esa época, Irarrázabal, infatigable, activo, justo e inteligente, fué impulsando todas las iniciativas que recibía hasta convertirlas en la feliz realidad que presenta ahora la constitución interna y el aspecto de los recintos del Club, cuyo seno, abierto a manifestaciones sociales e internacionales, habla en el extranjero de nuestra cultura.

Su trabajo persistente y tenaz, prolongado a través de doce años sin ostentación y con sacrificios indecibles, ha dejado en la obra realizada las proyecciones de talento y de sentido artístico que lo adornaban; todo ello efectuado en esa forma opaca y sincera con que procede el espíritu del deber ajeno a toda compensación de vanidad, que le era, por otra parte, altamente merecida.

Pero la labor de Irarrázabal no fué solamente de orden material. Bajo su dependencia hubo un gremio numerosísimo cuya constitución particular emana de las resoluciones de la secretaría del Club Hípico; y es ahí donde la muerte de Irarrázabal abre una huella de dolor y desconsuelo. La caridad de sus sentimientos, pródiga en todo momento, había impuesto a cada uno de ellos una deuda de gratitud, y esas tristes lamentaciones que se oyen en su ausencia, llegarán hasta su espíritu para ensalzar en el cielo sus virtudes.

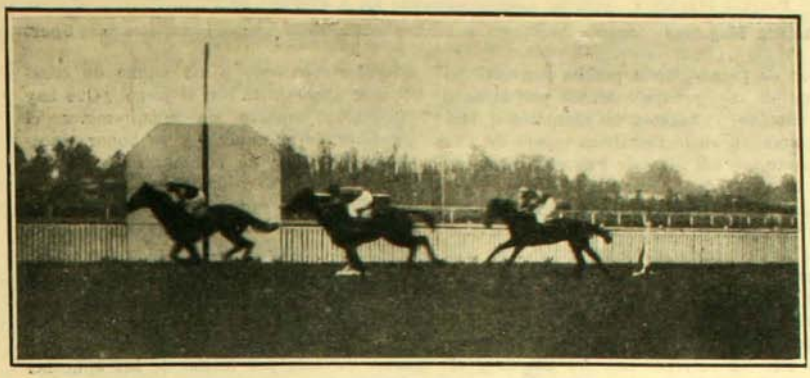
Se estima vulgarmente que el Club Hípico

es simplemente una asociación destinada a fines de placer y de sport, pero debe advertirse que, según es la forma en que se encuadran sus reglamentos y sus prácticas, es también una escuela de cultura y de trabajo, en donde el progreso nacional que persiguen los fines substanciales de la institución, en referencia a la raza caballar, van unidos a fórmulas educativas y económicas de las cuales ya se ha obtenido un positivo beneficio social. He aquí otra de las fases cultivadas empeñosamente por Irarrázabal con respecto a todo ese gremio, que, aprendiendo de sus consejos y lecciones, ha salido de antiguas prácticas para entregarse cada día más a un régimen de orden, de trabajo, de economía y de honorabilidad.

Y esta labor tenaz y abnegada, que durante los años de su representación alcanzó a lograr tantos beneficios, es el fruto de la perseverancia y consagración de ese caballero que destinó sus mayores esfuerzos en conquistar el bien de la más importante institución social del país, habiendo abarcado con clara inteligencia todo el verdadero concepto y alcance de su puesto.

Cuando en la primavera que viene surjan otra vez las flores que con mano apasionada cultivaba personalmente "don Emilio", como se le llamaba afectuosamente, sus amigos recogeremos de ellas, con la melancolía del recuerdo, el suave perfume que nos legaran sus sentimientos delicados de artista.

MANUEL MACKENNA S.



Llegada del Clásico Raimundo Valdés Cuevas.—1.o Old, 2.o Priorato y 3.o Botánica.

NOTA HIPICA

La cátedra y las apuestas mutuas en 1919

Por SPORSTMAN

COMIENZA a hacerse de moda en Chile cierta mojigatería laica que, si Dios no lo remedia, va a concluir por hacer este país prácticamente inhabitable. Los afiliados de esta nueva secta predican el exterminio de los viñedos y entonan salmos en loor de los sorbetes y limonadas; el biógrafo es para ellos un entretenimiento grotesco e inmoral, escuela de todo género de crímenes; las carreras de caballos un peligro para la sociedad, y así sucesivamente.

Si se limitasen a difundir sus doctrinas todo estaría muy bien y el mundo continuaría lo mismo que antes. Mahoma obtuvo de sus secuaces que se dejaran degollar gustosos por Allah y su profeta, pero en materia de bebidas predicó en desierto, y hasta el propio Emir de los Creyentes, si hemos de creer a Las Mil y una Noches, empinaba el codo de lo lindo.

Pero los apóstoles del neo puritanismo no se conforman con la propaganda pacífica de sus ideales, sino que pretenden moralizar a la fuerza, valiéndose del poder público. Algo peor que la inquisición nos está, pues, amenazando. Si Dios no lo remedia, llegará el día en que los infelices habitantes de la tierra no encuentren medio de solazarse en sus ratos de ocio, porque todo estará prohibido, como en los falansterios de los jesuítas del Paraguay. Será ello muy buena escuela para formar ciudadanos conscientes y dignos de la soberanía de que la Constitución los inviste, pero nos aburriremos soberanamente, sin otro recurso que tomar horchata y oír conferencias más o menos latosas.

No pretendemos hacer la apología del vicio. Muy por el contrario. Si de carreras de caballos se trata, confesaremos que no son pocos los desórdenes sociales que de ellas se derivan, pero igual cosa ocurre con todo lo humano. ¿Por qué no suprimir los periódicos, las reuniones públicas, los clubs y el baile? ¿Negará alguien que esas instituciones engendran innumerables males y abusos? Para quitar a las gentes toda oca-

sión de pecado, sería preciso convertir al país en una cartuja habitada por algunos ermitaños y anacoretas antipáticos, mal humorados, en la fastidiosa espera de una muerte que les libre de una vida aburrida e insoportable.

He sido testigo, y muy de cerca, de las horribles desgracias producidas por el juego a las carreras, pero nunca me ha pasado por las mientes el que deban prohibirse. El que nace deschavetado y con inclinaciones al juego, encontrará siempre medios de arruinarse aunque suprimamos no sólo las carreras sino los naipes y el **cacho**. Recuerdo que hace años los corredores de la bolsa de Valparaíso, en tiempos de paralización comercial, pasaban las horas muertas jugando al baccarat con los números de los tranvías que desfilaban frente a las puertas del establecimiento. La diversión sólo tuvo término cuando se descubrió que uno de los habitués tomaba nota del número de los carritos urbanos en la calle de ida, para apostar a la segura en la carrera de regreso.

Nada hay de inmoral en irse los domingos a las carreras y apostar en ellas conforme a los recursos de cada cual, por vía de entretenimiento y sin ánimo de constituirse una rentita con el juego. ¿Que hay insensatos capaces de comprometer el bienestar de su familia y su honor apostando alrededor de combinaciones más o menos fantásticas y absurdas? Muy lamentable; pero los santos laicos de ahora no conseguirán por cierto dotar de juicio a los que nacieron sin él... Antes que hubiese carreras, seguramente se arruinaban en el tapete verde más gentes que ahora.

No hace muchos días un mi amigo me anunció el propósito de auxiliar a sus gastos de vida por medio de las apuestas mutuas. A creerle, era propietario de un sistema que le iba a asegurar el éxito en forma matemática.

Al oír tamaño despropósito no se me ocurrió abominar de las carreras sino de la insensatez de mi interlocutor. Le pedí, sin embargo, que me explicase su sistema. Debía ser muy curioso.

—Es muy sencillo,—me dijo. La inmensa mayoría de los asistentes a las carreras no son hípicos de profesión ni entienden una palabra de caballos. Van por pasar el rato, y si apuestan es por el **favorito**, esto es, por el caballo que el vulgo estima con más probabilidades de triunfo. De aquí resulta que las apuestas se cargan en forma exagerada en pro de dicho favorito, y cuando éste gana, el dividendo que se reparte es muy exiguo. La Cátedra arriesga, pues, poco, pero sus probabilidades de ganancia son ínfimas, y a la postre, como no siempre acierta, sale perdiendo. Ese gran público es el que paga el pato en las carreras. La plata es de los que saben acertar los semi batatazos, es decir, de los que apuestan a un caballo que sin ser el favorito, tenga razonables probabilidades de triunfo. Aunque de cuatro carreras sólo se acierte en una, siguiendo ese sistema, la utilidad es segura.



Boa.

Desde el principio del mundo, los jugadores se creen en posesión de recetas infalibles para ganar siempre. No es ne-

cesario decir que no puede haber un error más funesto y más contrario al buen sentido que éste. Ninguna de dichas combinaciones resiste al más ligero análisis matemático, ni siquiera el juego a la doblona, que es de todas las más antigua.

Creí, sin embargo, que mi amigo habría hecho algunos cálculos y observaciones en que basara su tesis, pero en realidad no se trataba sino de una simple impresión de conjunto.

Aunque por mi parte no recuerdo haber apostado un sólo centavo a las carreras, tuve la curiosidad de comprobar las afirmaciones que acababa de oír.

Ante todo era necesario fijar la pérdida de la Cátedra, es decir, la de ese gran público, que, según mi interlocutor, es el que pierde neciamente su dinero en provecho de algunos apostadores bien informados y sutiles.

Supuse que un miembro de ese vulgo inocente hubiese apostado sistemáticamente al favorito de cada carrera veinte pesos, a saber, diez a ganador y diez a placé, que es, según se me informa, lo más corriente.

En seguida, para cada reunión de este año, tanto de Viña del Mar como del Club Hípico y del Hipódromo Chile, hice un balance de las utilidades y pérdidas obtenidas por aquel jugador teórico, sistemáticamente adherido a la Cátedra.

Pondremos por ejemplo las carreras del Club Hípico del 21 de mayo último. Hé aquí el resultado obtenido por el presunto catedrático:

N.o de la Carrera	Nombre del favorito	Dividendo por ganador	Dividendo por placé
1	Diurna.	40.70	22.00
2	Gracia.	——	——
3	Porro.	29.80	15.90
4	Detonación. . .	——	16.70
5	Eslabón.	——	——
6	Cervantes. . .	——	——
7	Porro.	28.70	16.20
	Total.	99.20	70.80
Gastado en boletos. . .		70.00	70.00
UTILIDAD LIQUIDA .		29.20	0.80

O sea una utilidad total de $ 30.00 justos y cabales.

Repetí la misma operación para las carreras de este año hasta el fin del mes de mayo, Estimo que los resultados obtenidos son de algún interés para los que creen que la Cátedra pierde siempre.

CARRERAS DE VIÑA DEL MAR.—BALANCE DE LA CATEDRA

Día	MESES	GANADOR		PLACE		TOTAL	
		Utilidad	Pérdida	Utilidad	Pérdida	Utilidad	Pérdida
5	Enero.	40.80	.....	32.40	.....	73.20	.....
12	Enero.	4.50	.....	23.30	.....	27.80	.....
19	Enero.	.....	13.00	.....	26.00	.....	39.00
26	Enero.	.....	14.80	.....	13.10	.....	27.90
2	Febrero.	.....	34.10	26.90	.....	.....	7.20
9	Febrero.	18.10	.....	.....	14.20	3.90	.....
17	Febrero.	3.80	.....	18.30	.....	22.10	.....
23	Febrero.	71.60	.....	10.00	.....	81.60	.....
2	Marzo.	.....	64.20	54.60	.....	.....	9.60
9	Marzo.	21.90	.....	12.80	.....	34.70	.....
17	Marzo.	.....	22.20	26.00	.....	3.80	.....
24	Marzo.	.....	49.50	.....	0.40	.....	49.90
30	Marzo.	.....	70.00	1.20	.....	.....	68.80
6	Abril.	5.80	.....	27.80	.....	33.60	.....
13	Abril.	59.60	.....	.....	4.40	55.20	.....
	TOTAL.	226.10	267.80	233.30	58.10	335.90	202.40

En resumen, dicho catedrático ha perdido $ 41.70 en sus boletos de ganador, y ganado $ 175.20 en sus boletos de placé, obteniendo una ganancia líquida de $ 133 50 centavos.

No fué, pues, en esas reuniones tan descaminada la cátedra. Se dirá que se trata de un fenómeno anormal, pero, como veremos, éste se ha repetido en las demás series que hemos estudiado.

La ganancia la obtuvo el catedrático jugando a placé, y perdió, aunque poco, con sus boletos de ganador. Muchos querrán deducir de este hecho que conviene seguir a la Cátedra tomando sólo placés. Sin embargo no ha sucedido lo propio en las reuniones del Club Hípico en las carreras de este otoño, como vamos a verlo, lo que prueba que en esta materia no conviene adelantar con ligereza conclusiones generales.



Old.

CLUB HIPICO.—BALANCE DE LA CATEDRA

Día	MESES	GANADOR		PLACE		TOTAL	
		Utilidad	Pérdida	Utilidad	Pérdida	Utilidad	Pérdida
20	Abril.	.....	37.40	.....	1.90	.....	39.30
27	Abril.	28.40	.....	13.80	.....	42.20	.....
5	Mayo.	39.30	.....	21.30	.....	60.60	.....
11	Mayo.	77.40	.....	.....	12.50	64.90	.....
18	Mayo.	98.30	.....	26.30	.....	124.60	.....
21	Mayo.	29.20	.....	0.80	.....	30.00	.....
26	Mayo.	42.60	.....	18.40	.....	61.00	.....
	TOTAL.	315.20	37.40	80.60	14.40	383.30	39.30

El resultado ha sido, pues, mucho más favorable para el presunto catedrático que en las carreras de Viña del Mar. Ha ganado $ 277.80 con sus boletos de ganador y $ 66.20 con sus boletos de placé, o sea un total líquido de $ 344.00. Al contrario de lo ocurrido con las reuniones correspondientes a las carreras de Viña del Mar, el grueso de sus utilidades las ha obtenido con sus boletos de ganador.

Veamos ahora los resultados obtenidos por la Cátedra en el Hipódromo Chile, durante los cinco primeros meses del presente año.

HIPODROMO CHILE.—BALANCE DE LA CATEDRA

Día	MESES	GANADOR		PLACE		TOTAL	
		Utilidad	Pérdida	Utilidad	Pérdida	Utilidad	Pérdida
5	Enero.	.....	21.80	.....	10.00	.....	31.80
12	Enero.	18.00	.....	.....	17.80	0.20	.....
19	Enero.	72.00	.....	23.80	.....	95.80	.....
26	Enero.	7.00	.....	18.40	.....	25.40	.....
2	Febrero.	77.20	.....	35.80	.....	113.00	.....
9	Febrero.	.....	6.80	37.80	.....	31.00	.....
16	Febrero.	21.00	.....	22.20	.....	43.20	.....
23	Febrero.	.....	15.00	.....	17.60	....	32.60
2	Marzo.	78.20	.....	18.20	.....	96.40	.....
9	Marzo.	7.00	.....	2.40	.....	9.40	.....
16	Marzo.	20.00	.....	.....	8.20	11.80	.....
23	Marzo.	.....	5.20	51.60	....	46.40	.....
30	Marzo.	22.80	.....	.....	2.60	20.20	.....
6	Abril.	14.80	.....	47.00	....	61.80	.....
13	Abril.	.....	.....	.....	.....	.....	.....
20	Abril.	.....	18.80	.....	6.40	....	25.20
27	Abril.	4.00	.....	.....	28.20	.....	24.20
5	Mayo.	13.60	.....	.....	8.20	5.40	.....
11	Mayo.	.....	11.60	.....	18.60	.....	30.20
18	Mayo.	.....	30.40	.....	42.00	.....	72.40
21	Mayo.	.....	28.20	.....	2.90	....	31.10
28	Mayo.	11.60	.....	0.80	.....	12.40	.....
	TOTAL.	367.20	137.80	258.00	162.50	572.40	247.50



Titanic.

En resumen, el catedrático ha obtenido en las carreras mencionadas, una utilidad líquida de 229.40 por sus boletos de ganador y de $ 95.50 por sus boletos de placé, o sea una ganancia total de $ 324.90.

Si fuese posible llegar a consecuencias generales en materias de azar como la presente, parecería resultar que, contra lo que pensaba mi amigo, el grueso público no es el que pierde dinero en las carreras de caballos. A lo menos en las tres temporadas que hemos considerado, la Cátedra ha tenido utilidades, modestas si se quiere, pero más o menos constantes.

¿Sucede lo propio a los que juegan utilizando datos de personas competentes en hípica?

Es de suponer, por de pronto, que los corresponsales de los diarios estén bien informados. Partiendo de esta hipótesis, he-

mos calculado, por el mismo método expuesto, las utilidades de un jugador, también hipotético, que hubiese constantemente jugado a los caballos recomendados por uno de los periódicos de más reputación.

El resultado de este cálculo no es nada halagador.

En las carreras de Viña del Mar dicho jugador habría perdido $ 377.60 por sus boletos de ganador y $ 31.90 por sus boletos de placé, o sea una pérdida total de 409.50 pesos.

En las carreras del Club Hípico en el presente año, habría perdido $ 122.80 por



Salpicón.

sus boletos de ganador y $ 123.80 por sus boletos de placé, o sea un total de $ 246.60.

En las carreras del Hipódromo Chile, el propio infortunado habría perdido $ 376.60 por sus boletos a ganador y $ 311.90 por sus boletos a placé, o sea una pérdida líquida total de $ 688.50.

En resumen, la cátedra ha ganado en todas las carreras estudiadas $ 802.40 y el presunto jugador dueño de buenos datos ha perdido $ 1.344.60.

¿Quiere esto decir que sea siempre recomendable jugar con la Cátedra? En manera alguna. Se comprende que si todos o casi todos los asistentes a las carreras apostasen siempre por el caballo favorito, no habría dinero que repartir entre los ganancioso. Es seguro además que, después de algunas temporadas favorables a la Cátedra, el público se incline a jugar con ella, echando a perder el negocio por obra de esa misma tendencia. Es imposible que haya reglas en juegos de azar. Si existiesen tales reglas, el juego fallaría por su base que es el albur. Por eso, los pretendidos dueños de martingalas andan de ordinario tan desprovistos de dinero como de sentido común.

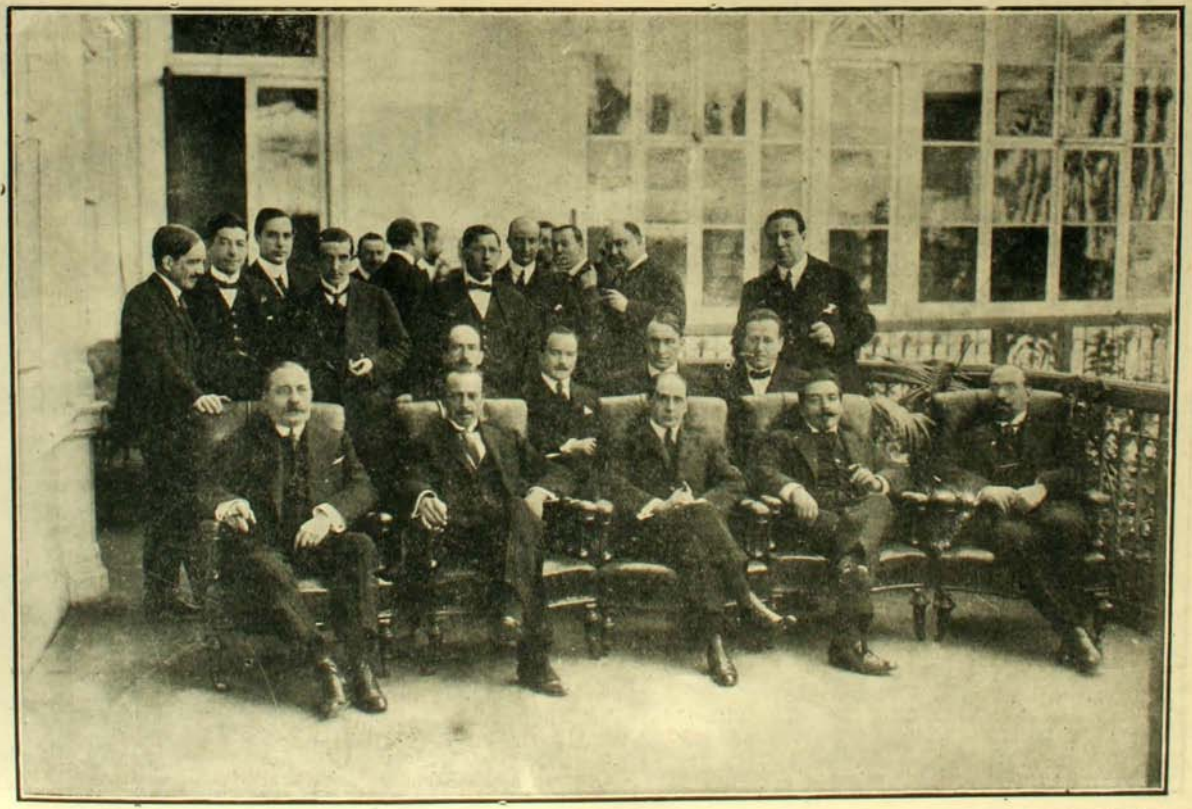
Escritas las líneas anteriores, se me informa, además, que en el Club Hípico no hay una sola taquilla para comprar boletos sino varias, de modo que no es fácil determinar con anticipación cuál es el caballo favorito. Se nos agrega que muchos de los jugadores más expertos apuestan gruesas cantidades en el último momento, de modo que el caballo que aparece preferido momentos antes de cerrarse la venta de boletos, deja de serlo en definitiva.

He leído en un guía alemán de Monte Carlo la observación un poco perogrullesca de que no hay reglas para ganar con seguridad en el Casino, pero que existe una que asegura a lo menos que se perderá poco, y es la de apostar poco también. No es necesario agregar que esta sana línea de conducta es también la más recomendable en las carreras.

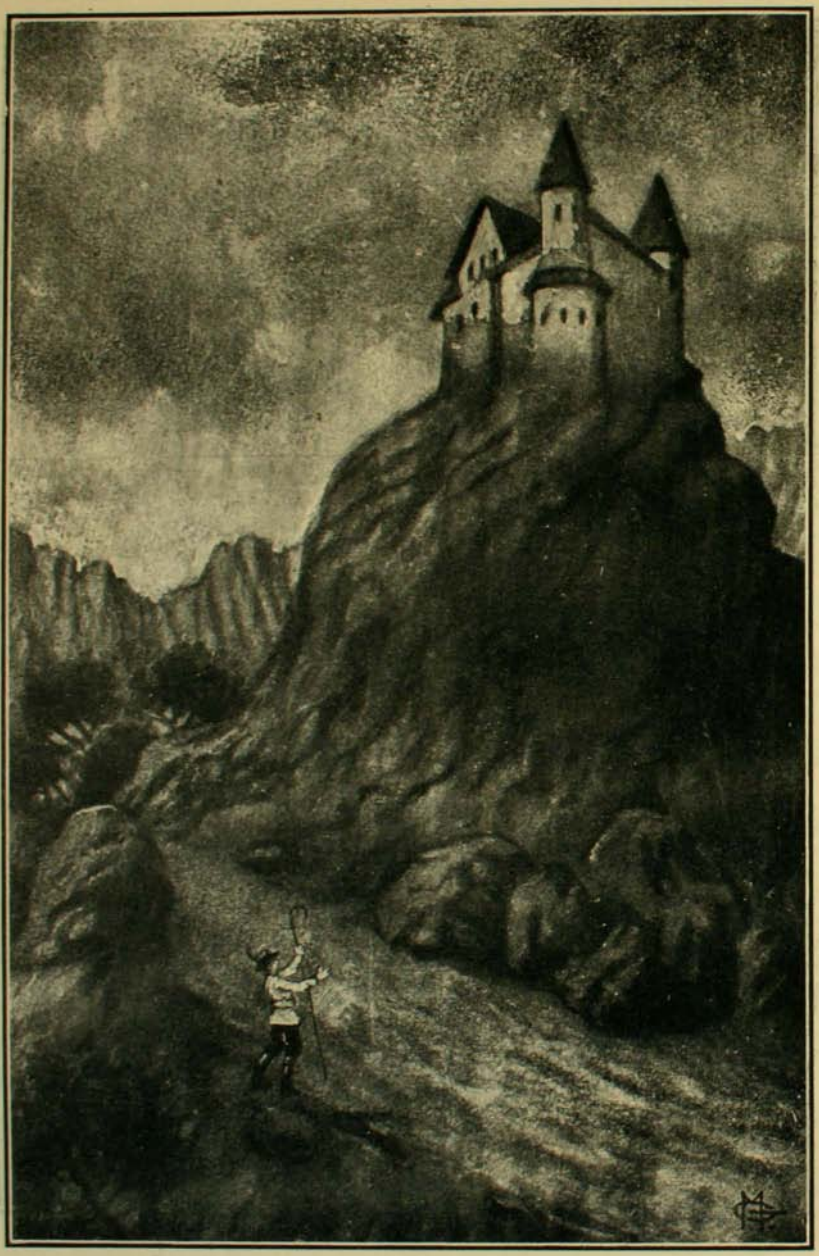
Por otra parte, las cifras que antes hemos presentado parecen demostrar que el público que acude al Club Hípico a pasar un día de honesto solaz y a apostar moderadamente con ánimo más bien de pagar sus consumos que de obtener ganancias fantásticas va en mejor caballo que el que elucubra combinaciones aparentemente ingeniosas en la esperanza de salir de apuros mediante un golpe de fortuna. Nuestras conclusiones numéricas son, pues, favorables a las carreras como entretenimiento y adversas a las carreras como juego y medio de enriquecerse.

El jugador es siempre la víctima... Por lo mismo que corre tras de lo extraordinario y de lo fabuloso... No es necesario hacer muchos cálculos para probarlo. La experiencia amarga de todos los días nos lo está demostrando.

EN EL CLUB DE LA UNION



Manifestación ofrecida por los más caracterizados miembros de la prensa de Santiago al ex-Director y ex-Redactores de "La Unión".





La dama de la razón perdida

Por DIEGO ZAMORA

Ilustraciones de Max.

No sé por qué el peligro me ha atraído siempre. Cuando vuelvo a Europa, dejando a mis espaldas la agreste vida de las regiones casi inexploradas, me siento pequeño, débil, casi miserable. Londres, París, San Petersburgo son para mí conservatorios donde la humana naturaleza se acostumbra a una temperatura dada, a una existencia monótona, donde brotan flores anormales y monstruosas, las hijas del refinamiento y del tedio.

Si las circunstancias me obligan a respirar el ambiente calenturiento de la Europa, tengo la costumbre de radicarme en Holanda, país en que al menos está latente ante los ojos del viajero la lucha del hombre contra la Naturaleza. Sabido es que los Países Bajos no han sido aún borrados de la superficie de la tierra por el mar que amenaza continuamente con sus moles de agua la seguridad de las ciudades, a causa sólo de que los pobladores de esas regiones han trabajado y trabajan continuamente en la defensa de esa tierra pobre y poco generosa que apenas si les da para el indispensable alimento. La disputa es secular. Brama y se encrespa el mar, y de la tierra baja surge el hombre, fuerte en espíritu y en inteligencia, y opone diques a la incontenible codicia de ese elemento en cuyo fondo gigantesco duermen, como escondidas por un avaro, incontables riquezas, innumerables tesoros. Los holandeses dicen con razón: "La costa no es obra de Dios, es obra de los holandeses".

Son, pues, muy comunes mis visitas a este país en que siento siempre a mi lado el rugir del gran monstruo, y en que veo su sangre deslizarse, hermosamente canalizada, por las Tierras Bajas.

Esta vez me había instalado en Haarlem, interesante ciudad situada a 18 kilómetros de Amsterdam. No siempre pernoctaba allí; a veces, en mis excursiones por el Gran Polder (laguna desecada) solía llegar hasta pueblos vecinos, donde me era grato permanecer algunos días. En este ejercicio de mi movimiento continuo me alejé en una ocasión hasta dos kilómetros al N. O. de Haarlem, donde se alzan las ruinas de la fortaleza de Brederode. Los alrededores de aquel sitio, donde existe además un bosque próximo, me cautivaron de tal manera, que resolví aceptar la invitación de un rumano que me brindó alojamiento en una casa sencilla, modesta y rodeada de un jardín embellecido por rosas y tulipas, flores que son el orgullo de aquella región.

Es curioso observar cómo en un sitio que el año 36 era el fondo de un lago tormentoso, que sepultó en su seno a tres poblaciones y que llegó hasta amenazar a Amsterdam, se levanten hoy día coquetos chalets, bellísimas construcciones, engalanadas con jardines admirablemente cuidados que lucen bellísimos ejemplares de las más delicadas plantas y flores.

De este punto de partida, mis caminatas hacia el bosque eran continuas; agradábame de manera sentir la soledad de aquel pequeño desierto vegetado en medio de la civilización y halagaba mis oídos el silbar del viento entre las hojas de las hayas...

Fuera de los campesinos, tan curiosamen-

te ataviados, con sus enormes pantalones y sus suecos de madera, nunca encontré en mi camino con quien cruzar una palabra, circunstancia que, por lo demás, constituía uno de los principales agrados de estas mis pequeñas excursiones.

Pero debo hacer una excepción. Más de una vez topé, sea yendo o viniendo de mis paseos, a un personaje tan misántropo y tan huraño como yo. Era un señor muy joven aún; representaría, a lo más, de 20 a 25 años de edad. Vestía elegantemente, su talante era esbelto y su aire concentrado y pensativo. Este gallardo mozo parecía no haberse dado cuenta jamás de mi presencia en esos lugares. Pasaba indiferente a mi lado, y su actitud era tan abstraída, que tengo para mí que en su retina no se grababan ni el paisaje, ni el color de la tierra que hollaban sus pies, ni el contorno de las gentes que caminaban a su lado.

No es la curiosidad, ni mucho menos, mi pasión dominante, pero concluyó por intrigarme este extraño sujeto.

Pregunté al rumano y éste, sin dificultad de ninguna especie, me impuso de cuanto yo quería saber. Se trataba de un joven francés, de familia noble, descendiente segundón de las ramas linajudas de Bretaña; se llamaba Guillaume de Courdec y habitaba los alrededores de Haarlem desde hacía tres o cuatro meses a la fecha. El motivo de su viaje a Holanda era el más interesante que haya podido nunca imaginarse. Al pensar en ello, brotaban en mi mente los matices más hermosos de la galana y vieja caballería. Guillaume era un enamorado, tipo siglo XII. Su amada, una joven inglesa, había perdido el juicio, y su padre, gran señor británico residente en París, había adquirido para ella una vieja mansión señorial situada un poco más allá del hermoso bosque, objeto de mi visita. Y ahí, cerca del rumoroso canal y no lejos de las perennes hayas, moraba sola, con dos cuidadores, la joven inglesa de la razón perdida. Courdec, en la imposibilidad de separarse absolutamente de su dama, sin morir, había arrendado un confortable "cottage" donde lloraba su desgracia después de rondar, inconsolable y apasionado, las murallas que aprisionaban su amor y su felicidad.

El hecho era romántico a rabiar. Mientras el rumano me lo refería, poniendo en la voz vibraciones de ternura impropias de su edad, y cuando a veces veía aparecer en sus ojos acerados los fulgores del amor o el brillo titilante de las lágrimas, se alzaban ante mí los nombres de Amadís de Gaula, Rolando, El Cid Campeador, y me parecía que alguien susurraba a mi oído la **Chanson de la Rose.**

Todo esto caía sobre mi agreste temperamento como una violenta tempestad de agua en las tierras cálidas del trópico. Verdad es que odio la sentimentalidad por doctrina y en el hecho, y ello me excusará de que en mi interior me pusiera yo a reír cruel y sardónicamente de la miserable forma en que perdía su tiempo Guillaume, joven vigoroso, fuerte, si no es capaz de detener un rinoceronte por el cuerno, por lo menos de destripar un tigre de una sola cuchillada.

Una especie de indignación, mezclada de menosprecio, me obligó un día, contra mis principios de hombre bien educado, y, por lo tanto, muy tolerante, a detener en mi camino al Caballero de la Dama de la Razón Perdida.

Venía yo una mañana del bosque trayendo unas callampas cogidas por mi mano. Me preparaba a hacer gustar a mi rumano callampas a la salvaje, o sea, en la forma que las adereza Chundro, mi criado hindú, cuando estamos en campaña y no tenemos otros elementos que los indispensables.

Más o menos a un kilómetro antes de llegar al poblado, divisé a Guillaume de Courdec que, seguramente sin almorzar, se dirigía al castillo encantado para regar con sus lágrimas el musgo que indudablemente se adheriría a la muralla secular. No pude contenerme al ver la sublime tontería de este joven y, no sé si con buen o mal espíritu, le detuve so pretexto de pedirle fuego para encender mi pipa. Guillaume, muy cortésmente, me ofreció un elegante yesquero de plata que extrajo de un bolsillo de su chaqueta cazadora. Junto con ver la mirada afable y dulce que salía de los ojos verdes del semi adolescente y junto con observar la sonrisa medida y cortés que animó sus labios, me arrepentí de mi movimiento y, debo confesarlo, casi tuve vergüenza de mí mismo. ¡Qué culpa tenía aquel infeliz de haberse dejado tomar por ese extraño delirio que le venía royendo el alma y sorbiendo el seso! Quise darle una satisfacción, o más bien, para decir mejor, dársela yo a mi propia conciencia, y me torné amable y cortés.

—¿El señor vive en los alrededores de Haarlem?—pregunté con ese tono de salón que me crispa los nervios.

—Sí, señor,—me contestó Guillaume.—Tiene usted su casa en la Avenida Bilderjidik, número 45. Me sería muy grato recibirle, aunque, por ahora, me siento un poco indispuesto y los médicos me han prescrito un reposo absoluto.

—Cuando se encuentre usted restablecido será para mí muy honroso aceptar su galante invitación—agregué alargándole una tarjeta sin seudónimo, con mi verdadero nombre.

Guillaume leyó rápidamente y, en seguida, con aire de estupefacción, me interpeló:

—Señor, ¿usted en estas tierras, con ese traje y llevando vituallas como un mandadero...?

Me sonreí y le dije:

—Estoy en cura, como usted, pero mi enfermedad es muy diversa a la suya.

El joven Courdec se sonrojó levemente y me respondió:

—Le ruego, señor, si algo sabe, no se burle de mí. Tengo 22 años y a esa edad el corazón es débil y las lágrimas son fáciles.

Me reí ya francamente y le manifesté que que me ponía a su disposición para operarle siquicamente.

Guillaume sonrió también esta vez y dijo:

—Ya tenía noticias de que usted era el hombre más extraño del siglo. No quiero que me crea usted loco; tal idea en usted me perjudicaría grandemente. Si es verdad que quiere usted honrarme con su visita, me sería muy grato esperarle esta tarde en casa, antes de la comida; tal vez oyéndome no me juzgue usted con tanta indiferencia y con tanta ironía.

Acepté yo la invitación, nos despedimos cordialmente, y mientras él seguía su camino al torreón de las lágrimas, yo enderezaba mis pasos hacia mi alojamiento, sin dejar un instante de mirar las callampas que me abrían un apetito digno de un lapón.

El atardecer me sorprendió embebido en la lectura del sistema de caza de los antílopes en Rodesia. Tan enfrascado estaba en este exquisito estudio que puedo decir que me había olvidado totalmente de Guillaume de Courdec y de la Dama de la Razón Perdida. Si no hubiera sido porque Chundro, molesto ya por nuestra inacción en Holanda, no se hubiera plantado como la estatua del Comendador en el dintel de mi puerta, en actitud de quien espera órdenes, mi lectura no habría concluído tan pronto. Esta respetuosa estratagema del criado, la cual se repetía casi a diario, me sacó del reino de Nemrod. El pobre hindú me hacía presente en esta forma plástica su deseo de emprender nuevas correrías y su esperanza de recibir, en cualquier momento, la grata orden de hacer maletas. Le miré sonriente y le dije:

—Todavía no ha llegado la hora, Chundro. Por el momento, dame mi bastón y mi sombrero porque deseo hacer una visita.

Quince minutos después preguntaba yo por su amo al jardinero del señor de Courdec.

No tuve largo tiempo que esperar. A los pocos instantes fuí introducido a un coquetto foumoir, cuyo piso medía Guillaume a grandes pasos y con aire de honda preocupación.

Las primeras palabras que me dirigió el señor de Courdec revelaban una tortura, más bien dicho una lucha interior. El pudor de los sentimientos profundos, el temor al ridículo, mi actitud fría y, tal vez sin quererlo, un tanto irónica, oponían un dique a la espontaneidad de aquel joven corto de años y de experiencia.

Después de frases entrecortadas, de ademanes embarazados, Courdec se dejó caer sobre un sillón y, con angustia en el tono de la voz, me dijo:

—No importa. Aunque se burle usted, he de hablar y referirlo todo. Si no tiene usted el recuerdo escondido de alguna ternura juvenil que sirva de eco a mis palabras y si mi relato pasa por el espíritu de usted como la sombra sobre el vidrio, sin dejar rastro alguno, al menos llegará usted al convencimiento de que no estoy loco y de que no merezco el desdén de las personas de la cultura y de la alcurnia de usted.

Yo estaba afirmado en el recodo de una de esas coquetas ventanillas de poquísima altura, tan corrientes en aquel país. Un palidísimo rayo de sol penetraba a través de los cristales e iba a herir la ensortijada cabellera de Courdec, quien ocultaba en ella, nerviosamente, los dedos de su mano derecha. Yo seguía con mi vista el haz de luz hasta encontrarme con los cabellos de mi atri-

bulado interlocutor, que brillaban como un fino tejido de oro viejo herido por el suave reflejo de los vitreaux de alguna legendaria catedral.

El joven inició su relato así:

—Perdone, señor; la adoro con todas las fuerzas de mi alma, y tal vez mi vida está tan unida a la de Alice, que, al huir, su razón se llevó también la mía.

Hace un año que Mr. Peter Steelman comenzó a visitar la alta sociedad de París. Es un personaje distinguidísimo, de extraordinaria elegancia y de inteligencia sobresaliente. Sus riquezas son inmensas y provienen de trabajos efectuados en ciertas minas de América. A pesar de ser inglés, ha preferido radicarse en Francia porque es un hombre jovial, lleno de vida, que ama las tardes doradas del Bois y las primaveras polifónicas del Parc Monceau.

Una tarde del último invierno, fuí invitado a "gouter" en una vieja casa del Faubourg Saint-Germain y allí fuí presentado a la más bella y a la más dulce de las mujeres de este mundo. Aquella diáfana criatura de ojos negros y de cabellera color de miel, que tenía en sus mejillas la frescura de las manzanas de California, y que llevaba en sus labios la púrpura de los fresones, se llamaba Alice Steelman.

A veces, cuando me veo en la horrible tortura que hoy día me consume, tal vez maldigo aquella tarde brumosa en que en mitad de ese París cargado de vejeces y de extrañas complicaciones, conocí la juventud y el candor. No quiero serle pesado con una relación de detalles que sólo interesan al que ama y al que sufre; le diré solamente que vi a la hija de Peter Steelman una y otra vez, que la perseguí como un loco al través de los salones, de los teatros, de los conciertos, de los paseos... Mi alma parecía vivir exclusivamente de la misteriosa mirada de aquella criatura. Perdí el interés por el mundo entero, digo más, el mundo fué para mí un enemigo que la arrebataba de mis brazos, que la envolvía en deberes y obligaciones, que ataban con los lazos de la tradición y de las costumbres las fuerzas incontenibles de mi pasión. Me torné hosco, desagradable y huraño para todo aquello que no fuera ella, que no viniera de ella o que no la rodeara a ella.

Y usted, señor, que cree haber vivido, que cree que la felicidad consiste en la aspiración del viento cálido del desierto o en el ejercicio ultra potente de nuestras fuerzas físicas, no ha experimentado jamás la indescriptible, la infinita sensación que hace aún de mí un hombre capaz de subsistir. Alice me amó. Ella no es como las demás. Yo no necesité decirle mis ternuras; eran demasiado grandes para traducirlas en palabras y eran de aquellas que ahogan la voz y la razón. Fué Alice quien un día me dijo, con voz temblorosa y mientras dos lágrimas colgaban de sus pestañas brillando como pequeños diamantes: "Guillaume, je t'en veux, ¿por qué no me dices quién soy yo para tí cuando tú sabes quien eres tú para mí?"

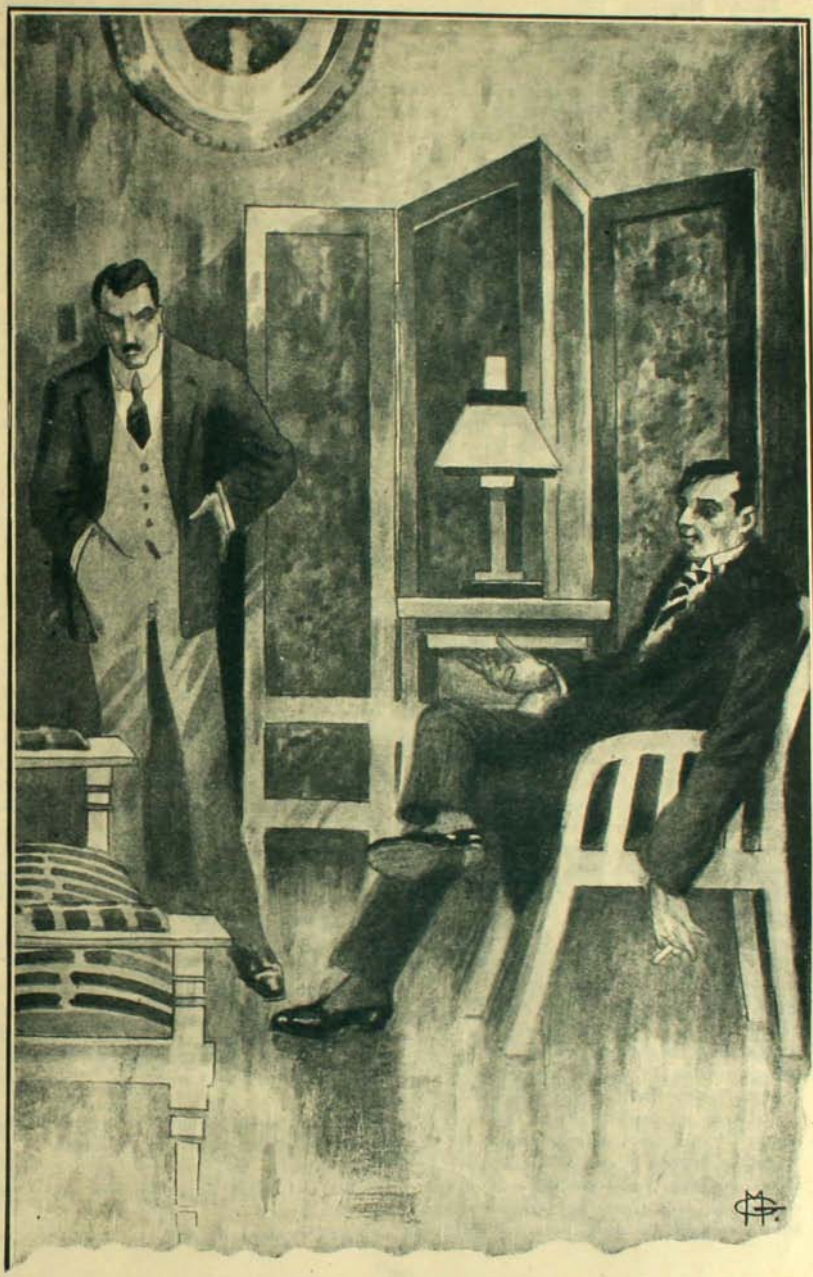
Ignoro qué pasó después. Alice dejó de frecuentar la sociedad y vivía prisionera voluntaria en la magnífica mansión de la Avenue Víctor Hugo. Ya en el colmo del dolor y de la angustia, le escribí dos letras. Vertí en ellas toda mi ternura; no había en mis palabras ni una sombra de despecho por más que las dudas asaltaban mi alma. La quiero en forma tal, que sé que aunque ella me olvidara, me despreciara y me aborreciera no se cortaría ni se interrumpiría la columna perfumada del incienso que quemo a esta mi diosa en el altar que le tengo erigido en el fondo de mi alma.

A esta altura del relato, Guillaume comenzó a llorar amargamente. Se puso de pie y se paseaba inquieto, tratando de ahogar su emoción. Por fin, se detuvo en el centro del cuarto y me dijo con voz agria:

—Me es imposible seguir hablando. Sepa usted solamente que la vi, que tal era su flacura y su demacración, que me costó reconocerla; que me dijo que ya no me amaba, que me trató tan mal como nunca pude imaginarme y que, al despedirse, me dió, prendida de mi cuello y en medio del más desesperado llanto, el primero y el último beso.

Dos meses después partía, inconsolable, Mr. Peter Steelman acompañado de su hija, en viaje a este país, donde entre el bosque y el mar han sepultado, tal vez para siempre, mi única felicidad, mi única razón de ser en este mundo sembrado de enemigos y de irónicos.

Debo confesar que esa palabra irónicos me hirió. En verdad, aquel pobre adolescente sufría de manera capaz de enternecer a un fakir en pleno nirvana. Confieso que Guillau-



—¿Cómo, qué quiere Ud. decir con eso?—dijo C. Courdec.

me y su maldita historia iban ganando terreno en mi espíritu. No se crea con esto que yo le acompañaba en su desvarío. Conservaba todavía demasiado clara mi razón y no dejaban de sorprenderme algunos puntos de esta novela a lo Vizconde de Vogüe.

Sin dar mayor importancia a la ternura del asunto, le pregunté secamente:

—¿En qué parte de América hizo su fortuna el señor Steelman?

—No lo sé,—me respondió Guillaume.— América es grande y nosotros los europeos la conocemos muy poco.

—¿Y suele venir el señor Steelman a ver a su hija?

—Sí, casi todos los meses. La visita de este caballero es mi único consuelo, porque él comprende mis lágrimas y ambos compartimos nuestro dolor común. Es muy bueno; trata de tranquilizarme ofreciéndome un viaje de negocios, para el cual pone a mi disposición los capitales que se necesiten. El cree que la locura de Alice no tiene remedio y que yo soy muy joven aún para consumirme en un dolor que él llama estéril. Yo no puedo conformarme con la idea de abandonar estos lugares.

—¿Qué médico ha dado una opinión tan pesimista?

—Algunos en París. Aquí no viene ninguno.

Guardé silencio un momento y después le pregunté:

—¿Y no le llama a usted eso la atención?

—No,—me respondió,—puesto que la enfermedad no tiene remedio. Usted no se imagina cómo estaba en nuestra última entrevista. Cuando pienso en esos momentos, me parece que su estado debe ser muy grave. Dios hará de mí y de ella lo que quiera,— agregó con gesto dolorido.

—¿Nunca ha tenido usted la curiosidad de preguntar al señor Steelman el origen de esa fortuna que usted cree tan cuantiosa? ¿Sabe usted si existe ella efectivamente? Vea, estimado amigo, — agregué, — es usted aún muy joven y se deja seducir por las brillantes apariencias de una regia mansión en la Avenue Víctor Hugo y por la jovialidad y simpatía de un hombre que es generoso, espontáneo y que trata de conquistarse las voluntades. De todo lo que usted me lleva relatado, yo saco consecuencias que, desgraciadamente, nada tienen que ver con el atribulado corazón de usted, pero que tal vez a la larga puedan significar un mayor consuelo que el que le trae a usted el hecho romántico y lamentable de ir a llorar día y noche frente al encierro de su amada.

De Courdec abrió los ojos asombrado, como quien oye la voz de un sér de ultratumba.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir con todo eso? Le juro que no comprendo una palabra.

Me sonreí y seguí hablando:

—Lo que yo veo claro en este asunto es muy poca cosa. El señor Steelman es inglés y, contra todas las características de la idiosincrasia británica, ha abandonado a Londres para radicarse definitivamente en París. El origen de su fortuna es punto menos que desconocido, o usted lo ignora, pues eso de minas en América huele más bien a cuento de imaginación que a un negocio real y palpable.

—Pero si es ingeniero,—me interrumpió Courdec.

—No corte usted el hilo de mis reflexiones con frases infantiles,—dije—y proseguí:

—Este extraño inglés, desterrado voluntario de su tierra y millonario por obra de una nebulosa, tiene una hija encantadora, que de un momento a otro y sin motivo alguno despide a su novio, en seguida se vuelve loca y es transportada a un castillo a Holanda. Su padre viene rara vez a verla, los médicos no la visitan jamás, se le mantiene lejos de todo recurso científico y, todavía, se trata de hacer perder a los que verdaderamente la aman toda esperanza de que su salud pueda mejorar. Confíeseme usted, mi querido amigo, que todo esto es bien extraño.

—Verdad, verdad,—repetía maquinalmente Courdec, como si no comprendiera el sentido de sus palabras.

De súbito levantó la cabeza y, con aire vehemente, me dijo:

—Señor, oiga usted un dato, una luz: he oído hablar algunas veces a Mr. Steelman de las costumbres de Alaska, a propósito de sus numerosos viajes, pues debo decirle que es un hombre que ha recorrido el mundo entero.

—¿A propósito de qué,—pregunté—ha hablado con usted sobre esas regiones?

—Ha sido,—me contestó Courdec,—explicándome el origen de unas pieles muy curiosas que posee.

—¿Sabe usted de qué era la mina o las

minas que le proporcionaron tanta fortuna a Mr. Steelman?

—De oro,—me contestó con toda seguridad el interpelado.—Muchas veces, el señor Steelman ha disertado largamente sobre los sistemas en uso para la explotación de minas y lavaderos de oro, manifestando que él los ha empleado en sus trabajos.

—Lo que dice usted es perfectamente lógico y debe ser exacto. El año 1894 se descubrieron en Alaska minas y lavaderos de oro que atrajeron a esos sitios grandes cantidades de aventureros y de industriales. No sería nada raro que Mr. Steelman se hubiese contado entre los primeros o entre los segundos. El hecho de que posea raras pieles de Alaska y que conozca perfectamente los sistemas de explotación de tales fuentes de riqueza demuestra de una manera evidente que nuestro hombre ha estado alguna vez en aquellas heladas regiones. Esta certidumbre mía se une a otra: a la de que en todo esto hay un misterio que se hace necesario esclarecer, y estas circunstancias se unen también al tedio que me ocasiona la inacción prolongada en que vengo viviendo desde hace tanto tiempo. ¿Comprende usted?

—Algo, pero, francamente, no acierto a darme cuenta exacta de lo que Ud. quiere decir.

Me reí ampliamente.

—Que me voy, que lo sabremos todo, que le digo a usted el adiós.

—Pero, ¿adónde va usted?—me preguntó atónito de Courdec.

—¿Adónde? Pues a Alaska.

De Courdec me miraba de hito en hito, creyéndome tal vez loco.

Me despedí de él con un fuerte apretón de manos y le dije:

—Usted me esperará aquí y llorará cuanto quiera. No se separe usted de estos lugares; es necesario vigilar. No cuente a nadie nuestra conversación y escríbame a las direcciones que le iré dando durante mi viaje.

De Courdec, pálido, entre el asombro y la alegría, me acompañaba hasta la verja del jardín y me repetía:

—Gracias, señor, gracias.

Salí a la calle y me pareció la noche más hermosa y más clara que las del Bósforo. Me sentía lleno de vida y fuerzas. ¡A Alaska! ¡Qué feliz iba a estar Chundro!...

Por la primera vez en la vida, vi temblar a Chundro.

—Los lobos, señor, los lobos,—me repetía.

Y, en efecto, muy a lo lejos, se sentía resonar como un eco lúgubre el ahullido largo y penetrante de la manada hambrienta e implacable que se venía acercando a medida que el viento llevaba hacia el Oeste el olor de nuestra frugal y caliente cena.

Habíamos salido de Ratze, pequeño pueblo situado en el interior de Alaska, en dirección a la mina que fué de Peter Steelman. Nos había sido por demás fácil encontrar cuanto dato necesitábamos para reconstruir, en esa tierra, la vida que había llevado en ella el excéntrico inglés: teníamos ya derroteros completos, mapas de la región, expertos de buena voluntad nos acompañaban, y, por fin, estábamos en posesión de un dato tan sugestivo, que me había renovado las fuerzas para la prosecución de mis averiguaciones: sabíamos que Peter Steelman había sido comunero en la célebre mina con un inglés muy fino, de distinguidas maneras, elegante en extremo, pero jugador empedernido, perezoso e inútil, y, por fin, de carácter arrebatado, impulsivo y de temerario arrojo. El sujeto en cuestión llamábase John Wellsborough, y había llegado a Alaska en el mismo vapor que traía a Peter Steelman. Ambos habían comprado la mina, que no parecía valer gran cosa. Mientras Steelman perdía la energía, las horas y la salud sacando pequeñas porciones de oro, John Wellsborough jugaba en Ratze la participación que le cabía en tan mezquinas utilidades. La vida, lógica en sus conclusiones, llevó a cada uno de estos amigos al fin que le correspondía según sus obras y según sus méritos. Wellsborough, acusado de jugar con cartas marcadas, mató a su acusador de un balazo y pagó su crimen en la horca. Pocos días antes de sufrir el castigo de sus crímenes, John Wellsborough vendió, según escritura pública extendida en la misma cárcel, a su amigo Peter Steelman la parte que hasta entonces era de su propiedad en el negocio modesto de la dorada mina. Tuve ocasión de ver la copia exacta de este documento que en una de sus cláusulas decía:

"Vendo a Peter Steelman lo único que poseo, más por agradecimiento que por el deseo de obtener un dinero que de nada puede

servirme ya. El trabajó la mina y su esfuerzo le ha hecho, en verdad, el único dueño. Mientras él vivió vigilante, como un perro guardián, al lado de nuestro pobre tesoro y lo cuidó y lo hizo fructificar, yo gasté en vicios lo que me correspondía y ellos y mi pereza hicieron que el mundo dejara caer sobre mí la más atroz de las calumnias. Sea para mi fiel amigo Steelman el producto de su labor y de su honradez y para mí el castigo de mi vida licenciosa, pero no del crimen que se me imputa. En esta hora solemne declaro ante los ojos de los hombres, como mañana lo haré ante los de Dios, que soy inocente del asesinato del americano Smith".

Las declaraciones de Wellsborough me habían impulsado a hacer mis investigaciones para poder apreciar hasta qué punto eran verdaderas aquellas protestas de inocencia.

En verdad, el expediente respectivo era minucioso y bien llevado. Después de su lectura, no cabía ya la menor duda de que el criterio judicial había sido recto. Las cosas habían acaecido de la manera siguiente: Wellsborough, en compañía de su colega y compinche de juego, el americano Smith, habían invitado a jugar al australiano Webbs, empleado de la mina Steelman y Wellsborough, quien, recién pagado, venía a pasar algunos días de descanso a Ratze. Webbs se había negado en un principio, pero, instigado por sus amigos, había aceptado la partida.

Después de una hora y media de juego, durante la cual el americano había perdido más de lo que tenía, se descubrió que las cartas que se estaban usando eran marcadas. Smith no titubeó en inculpar a Wellsborough de este delito, y aquél, viéndose insultado, lo derribó de un tiro de revólver en el cerebro. Parece que durante la disputa, Wellsborough arrojó las cartas a la cara de su contendor y que éste se dió vuelta para recogerlas del suelo y guardarlas como una prueba de las malas artes usadas en la partida. Ese fué el momento que aprovechó el asesino para matar a su víctima.

Este relato, hecho por el australiano ante los Tribunales, fué aceptado como rigurosamente exacto por el juez de la causa, pues estaba confirmado por las declaraciones de los testigos que, al ruido del disparo, entraron a la pieza y alcanzaron a oír a Smith que, en medio de las convulsiones de la agonía, señalaba a Wellsborough, gritándole: ¡Asesino! Además, se había encontrado en el suelo, con una cápsula menos, el revólver de Wellsborough, arma de gran lujo, que llevaba, grabadas en oro, sobre la cacha de marfil, las iniciales del asesino. Las mismas declaraciones de Wellsborough le condenaban. Había manifestado pertenecer a una familia británica de alta alcurnia, había expresado después que sus padres le habían expulsado del hogar por su pasión por el juego y por haber contraído clandestinamente matrimonio con una danzante húngara, que representaba en los music-halls de Londres. Manifestaba también haber sido uno de los mejores tiradores de revólver de Gran Bretaña, habilidad que le había permitido ganar un gran premio consistente en la lujosa arma de su propiedad a que ya he aludido. Respecto del crimen mismo, manifestaba ser inocente, pero no podía señalar a la persona del verdadero asesino y se contradecía lamentablemente al querer precisar el punto de donde había partido el disparo.

Cualquiera que fueran los hechos, resolví, en medio de los misterios y de las tinieblas que me rodeaban, irme directamente al eje de la cuestión, o sea a la mina misma, donde, seguramente, encontraría preciosos datos sobre Steelman ya que, como es sabido, las personas que trabajan en esta industria guardan la tradición de cada propiedad, el recuerdo de la vida de sus diversos dueños, costumbres, etc., con una exactitud digna verdaderamente de llamar la atención.

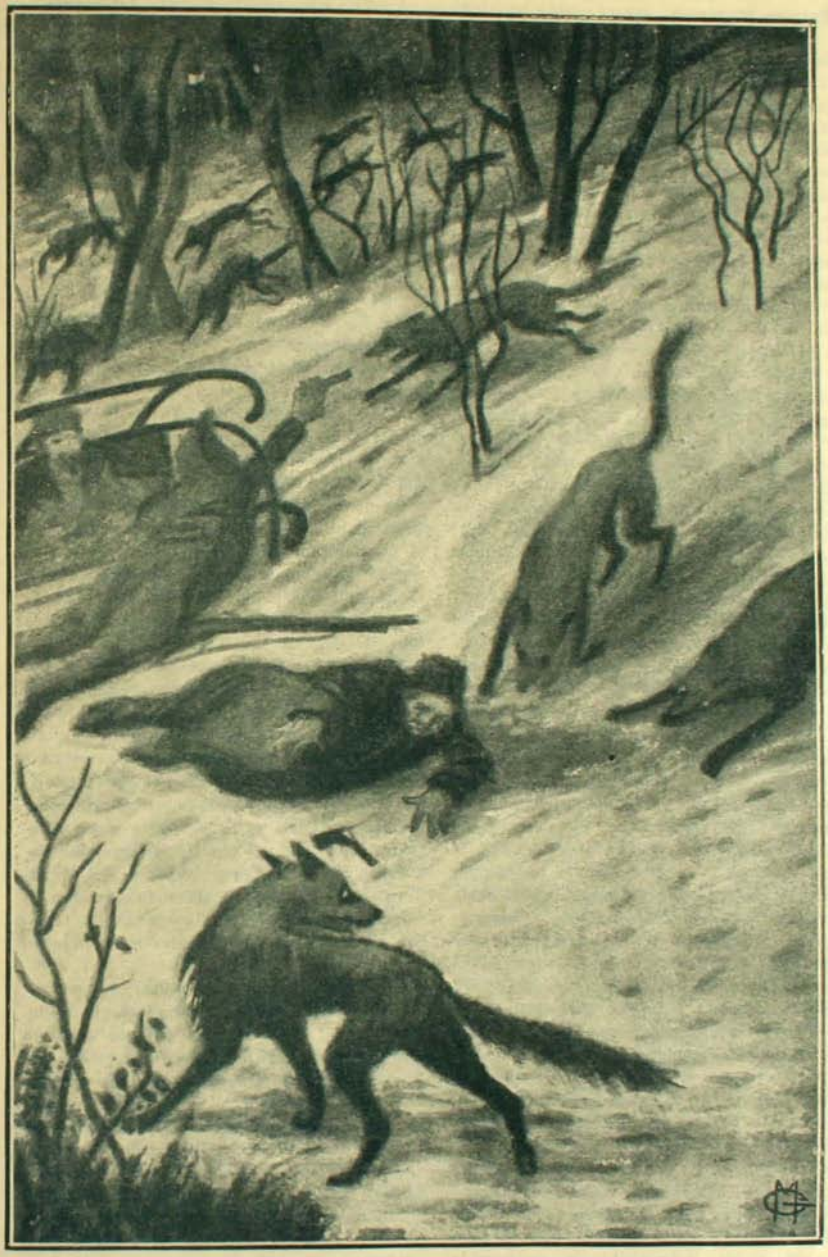
La mina quedaba cerca del fuerte de Jucén, del otro lado del río y no lejos de los Snow-Mounts (Montes nevados).

Nunca imaginé lo que había de acaecerme en esta sencilla excursión.

El invierno había ya avanzado bastante, el río estaba helado y la nieve cubría totalmente los caminos.

Nos equivocamos en el cálculo de la resistencia de los perros que arrastraban los trineos, y, para dar descanso a estos nobles animales, marchamos lentamente, y debido a esta circunstancia tuvimos que caminar algunas veces al comenzar la noche, para llegar a poblado antes de que ella se hiciera completa.

En una de estas ocasiones perdimos el rumbo, y después de marchar penosamente hasta la madrugada nos detuvimos en una lla-



Las fieras nos atacaron furiosamente.

nura sin asomos de vegetación y totalmente cubierta de nieve. Al primer rayo de luz, los guías examinaron el horizonte y declararon palmariamente que estaban extraviados. Los perros, totalmente extenuados, se echaban sobre el hielo y de sus colgantes lenguas rojas, que se agitaban con el temblor de la última fatiga, se desprendía, en medio del hálito condensado, la baba tibia que caía sobre el cristal del suelo para solidificarse allí en breves momentos.

Era materialmente imposible pensar en la continuación de la jornada.

Envueltos en nuestras pieles y metidos en el fondo de los trineos esperamos hasta el atardecer, hora en que dispusimos una cena ligera y frugal. Algunos momentos después, en medio del absoluto silencio de la Naturaleza, sentimos a lo lejos un ruido extraño, algo así como el quejido prolongado de una persona que está herida y que llama en su auxilio. Los perros alzaron las orejas, olfatearon a la distancia y corrieron a agruparse, los unos juntos a los otros, como un rebaño de corderos. Vi que nuestros guías, extremadamente pálidos, cambiaban algunas palabras en kadrak (lengua indígena), cuyo sentido no comprendí. Pero mi ignorancia no duró sino breves minutos. Los guías me gritaron: ¡Debajo de los trineos, apronten las armas, los lobos vienen! y acto continuo ambos se arrojaron debajo de su vehículo y trataron de cubrirse con la nieve movediza que acababa de caer. Comprendí el inmenso peligro e imité los movimientos de nuestros conductores. Chundro se tendió a mi lado y no quiso ocultarse en el hielo, para poder manejar mejor su carabina. El ruido se hacía cada vez más distinto y vigoroso; aquella trágica sinfonía se escuchaba en la soledad como un grito de muerte. Los perros, siempre en grupo, se habían acercado a los trineos, escarbaban la nieve furiosamente, y, a cada instante, dirigían sus ojos al horizonte, con mirada angustiosa.

No podríamos precisar cuánto tiempo esperamos; en esa situación los minutos se convertían en horas; guardábamos el más profundo silencio; Chundro temblaba, no sé si de frío o de miedo. Nunca le había visto así.

De pronto surgió ante nosotros una especie de pequeño polvo de nieve que se levantaba del suelo; luego después, aquella masa blanca se hizo más visible, y, en seguida, pudimos divisar en medio de ella, como envueltos en una nebulosa, los cuerpos grises de los sanguinarios animales que se acercaban a carrera tendida. El ruido era ensordecedor; aquellas fieras hambrientas aullaban en una forma loca. Sonó un disparo; era alguno de los guías que hacía fuego. Aquello, lejos de intimidar a los lobos, pareció enardecerlos; en un instante estaban ya a doscientos metros de nosotros.

La noche comenzaba a caer, y en medio de las sombras divisábanse los ojos de fuego de las fieras, que brillaban como centellas aterrorizadoras.

El encuentro fué rápido. Las carabinas disparaban unas tras otras, los perros se defendían como locos de la furia de los atacantes y los lobos corrían por sobre nuestros trineos tratando de descubrir la presa que sus delicados olfatos les anunciaban. El gruñido de los animales que luchaban, los aullidos dolorosos de los que caían heridos y el continuo estampido de los disparos formaban una algarabía ensordecedora. Había ya perdido yo todo temor en medio de la excitación de la pelea y hacía tiros certeros sobre el piño de las fieras.

Me pareció observar en medio de la batalla que las carabinas de los guías callaban; al menos no sentía ruido del lado derecho. Como pude y con la mayor rapidez, dirigí a ese sitio una furtiva mirada y pude darme cuenta instantáneamente de la horrible tragedia que ahí tenía lugar: el trineo había sido volcado y los lobos, en masa compacta, como un pelotón de avispas, se disputaban el botín. Tuve la intención de salir de mi escondrijo y hacer fuego sobre la manada, pero comprendí que era ello temerario y me resolví a defender mi pellejo en la mejor forma.

Desde hacía algunos momentos, me era casi imposible fijar las punterías porque se levantaba del suelo un fino polvillo de hielo que casi me cegaba, al mismo tiempo que me impedía respirar. Disparaba con los ojos cerrados y sólo sentía a mi alrededor los gritos ensordecedores de la feroz lucha. De pronto oí un agudo silbido, como el de una racha de viento que se desarrolla violenta y a gran rapidez; al mismo tiempo pasó por sobre nuestro vehículo una verdadera lluvia de nieve floja que se metió por todas las hendiduras y llegó hasta nosotros cubriéndonos

completamente. Yo casi no podía hacer movimiento alguno y temía morir enterrado vivo; el viento se hizo más impetuoso aún y, por fin, un ciclón, una verdadera tromba de nieve azotó contra el trineo y lo volcó completamente. Me sacudí como pude y me incorporé, teniendo siempre en mi mano la carabina lista. Vi que Chundro trataba de hacer lo mismo, pero que el viento lo arrojaba al suelo. Quise mirar alrededor y no pude. Era ya la noche y estábamos envueltos en un torbellino de nieve. Después de algunos momentos, durante los cuales permanecimos Chundro y yo con los ojos cerrados y fuertemente prendidos del trineo, el vendaval empezó a ceder y ya nos fué posible, al menos, abrir los ojos y darnos cuenta de cuál era nuestra situación.

Los lobos habían huído, escapando del terrible remolino. Estábamos en salvo, y después que nos dimos cuenta de ello no pudimos menos de cambiar con mi compañero una mirada llena de alegría.

Inspeccionamos el campo; los perros habían muerto casi todos y sus cadáveres yacían cubiertos por la nieve; dos canes estaban a nuestros pies, terriblemente magullados y nos miraban con ojos suplicantes. Después de esta ojeada, avanzamos hacia el otro trineo. Removimos el polvo de hielo. Quiero más bien evitar la descripción de lo que allí encontramos. Sépase solamente que ambos guías habían sido horriblemente devorados por los lobos y que apenas si era posible reconocer en aquellos saguinolentos despojos a esos dos robustos hijos de Alaska.

Cuando después de tres días de marchar a pie, siguiendo el rumbo bien incierto que nos indicaban los fieles perros, medio muertos de fatiga, de hambre y de frío, divisamos las pequeñas chozas plateadas por la nieve que forman los caseríos que se recuestan al pie de los Snow-Mounts, sentimos en nuestras almas del júbilo del náufrago que ve alzarse ante sus ojos el espectáculo de la tierra tibia y generosa.

No todo había de ser desventura en tan fatal empresa. En aquella modesta aldehuela encontramos a un hombre ya entrado en edad que había sido capataz de Steelman, quien nos disuadió de nuestro proyecto de ir hasta la mina, alegándonos que, una vez extraviada el verdadero camino, no podríamos, si no queríamos deshacer lo andado, llegar hasta ella sino atravesando la montaña, intento completamente inútil en esa época del año.

En cambio, este viejo sujeto me dió numerosos datos sobre Steelman, con quien había vivido en la mayor intimidad, en medio de las soledades de aquellos desiertos. En verdad, la vida de este extraño personaje no había sido, hasta el momento del gran alcance que le permitió transpasar la mina en una suma fabulosa a una fuerte compañía norteamericana, otra cosa que la existencia ruda y dolorosa de un luchador. Sin embargo, mi informante me aseguraba que después de la muerte de Wellsborough, le había visto siempre agitado y nervioso y que una noche había tenido ocasión de oír una especie de disputa entre Steelman y el australiano Webbs. El altercado le sorprendió por cuanto Steelman manifestaba siempre un carácter muy afable y atribuyó el enojo de su patrón a las insolencias de Webbs, aventurero díscolo y de malas costumbres.

El viejo minero creía que podía haberse tratado de cuestiones de intereses, pues vió que al fin y a la postre, después de varios días que ambos hombres se miraban con enojo, Webbs había entregado a Steelman un papel que éste último había hecho pedazos. Por una de aquellas costumbres propias de la desconfianza y de la malicia genuinas entre los mineros, el viejo se había dado maña para conservar algunos de los pedazos de aquel documento, que se salvaron, si no de la escoba, por lo menos de ese mil de detalles que en este mundo hace desaparecer las cosas.

Compré, por una suma bastante apreciable y previo un absurdo juramento de reserva, aquellos girones de papel.

Después de las dificultades habidas entre Steelman y Webbs, éste había partido para no regresar nunca más a la mina.

Steelman, enriquecido súbitamente por la negociación antedicha, obsequió gruesas sumas de dinero a sus trabajadores y se marchó de la región dejando entre aquellas gentes el mejor de los recuerdos.

Después de ocho días de estada en aquel caserío, que dediqué al estudio de las costumbres de esos pobladores, lo cual me valió el aprendizaje del poco **ounalaska** (idioma indígena) que conozco, regresé a Ratze

con mejor suerte que a la ida y trayéndome una buena colección de pieles de zorro azul y de castor.

Encontré allí una interesante carta de Guillaume de Courdec, en la cual El Caballero de la Dama de la Razón Perdida, después de las consiguientes quejas amorosas al estilo de égloga pastoril, me imponía de algunos sucesos acaecidos últimamente y relacionados con la persona de Steelman. Este señor, perseguido por la desgracia, según decía Guillaume, acababa de perder a su amigo íntimo, el amigo de su alma, a quien sentaba siempre a su mesa y a quien dispensaba sus mejores atenciones. El difunto llamábase Henry Stanley, había sido compañero de viaje de Steelman y su muerte había tenido por causa una rápida y extraña enfermedad, ante la cual los médicos habían quedado completamente atónitos. Alice continuaba encerrada en su castillo y según las informaciones de su padre, había entrado en un período de completo idiotismo que le causaría en breve la muerte.

La misma noche de mi llegada a la ciudad llamé a Chundro, modelo de prolijidad y de paciencia, y le entregué los pedazos del famoso documento para que viera modo de reconstituirlo en cuanto fuera posible.

El trabajo de Chundro arrojó el siguiente resultado: podía leerse el comienzo del escrito, que decía: "Declaro para...", más adelante "ser único", en seguida "mil libras", y, por fin, la firma entera de Steelman.

¿Sería éste un documento comercial? Sin duda que podía serlo, pero también podía no serlo. Pasé toda la noche en cavilaciones y me resolví regresar a Europa tan luego como me fuera posible. Si era verdad que hasta ese momento no tenía ningún indicio claro que me permitiera formarme concepto de tan embrollado asunto, también es exacto que las cosas se complicaban cada vez más, todo lo cual me inducía, a medida que el tiempo pasaba, a creer más firmemente en que la locura de Alice debía estar rodeada de algún extraño misterio. La trágica muerte del socio de Steelman, la repentina riqueza de éste, su cambio de carácter después de la ejecución de Wellsborough, su disputa agria con Webbs por una cuestión de dinero, todo esto no me cabía en la cabeza como un asunto fácil y sencillo. En Alaska nada más podía averiguar y, en cambio, me atraía hacia la Europa la forma misteriosa en que había muerto ese señor Stanley. Se trataba, según de Courdec, de una inflamación comenzada en la muñeca de la mano derecha, desarrollada rápidamente en todo el brazo, y, por fin, de una fiebre violentísima que había llevado las cosas a un desenlace fatal en menos de diez o doce días. Steelman, que tenía grandes amistades en el cuerpo médico por sus frecuentes dádivas a las clínicas, había colocado a la cabecera del enfermo a profesionales de su confianza y éstos no habían podido detener el mal y se habían limitado a manifestar que se trataba de un caso extraño de septicemia.

Decidido, llamé a Chundro a la mañana siguiente y le di la orden de aprontar todo para regresar. Me oyó impertubable, pero pude observar que el arreglo de maletas se hacía esta vez más lentamente que en la ocasión de nuestra venida.

Al desembarcar en Calais, sentí una alegre sorpresa, pues encontré a de Courdec que, avisado por mí de mi llegada, me esperaba nervioso e impaciente en aquel puerto.

Llegué a creer que se encontraba mejor de su grave dolencia amorosa, pues no de otra manera acertaba yo a explicarme el hecho extraño de que el Caballero hubiera abandonado a la encerrada Dama. Después de abrazarle, lo primero que hice fué inquirir el motivo de su aparente ingratitud para con la desventurada Alice.

—¿Usted por aquí? ¿Y Alice en Holanda? —le pregunté.—Esto no está bien; no procedía así en el siglo XIII el Caballero de la Espada Roja.

De Courdec, visiblemente emocionado, me respondió:

—Es usted tan bueno, le debo a usted tanto, que me encuentro en el deber de aceptar sus burlas; pero no he abandonado a Alice sino por muy pocas horas.

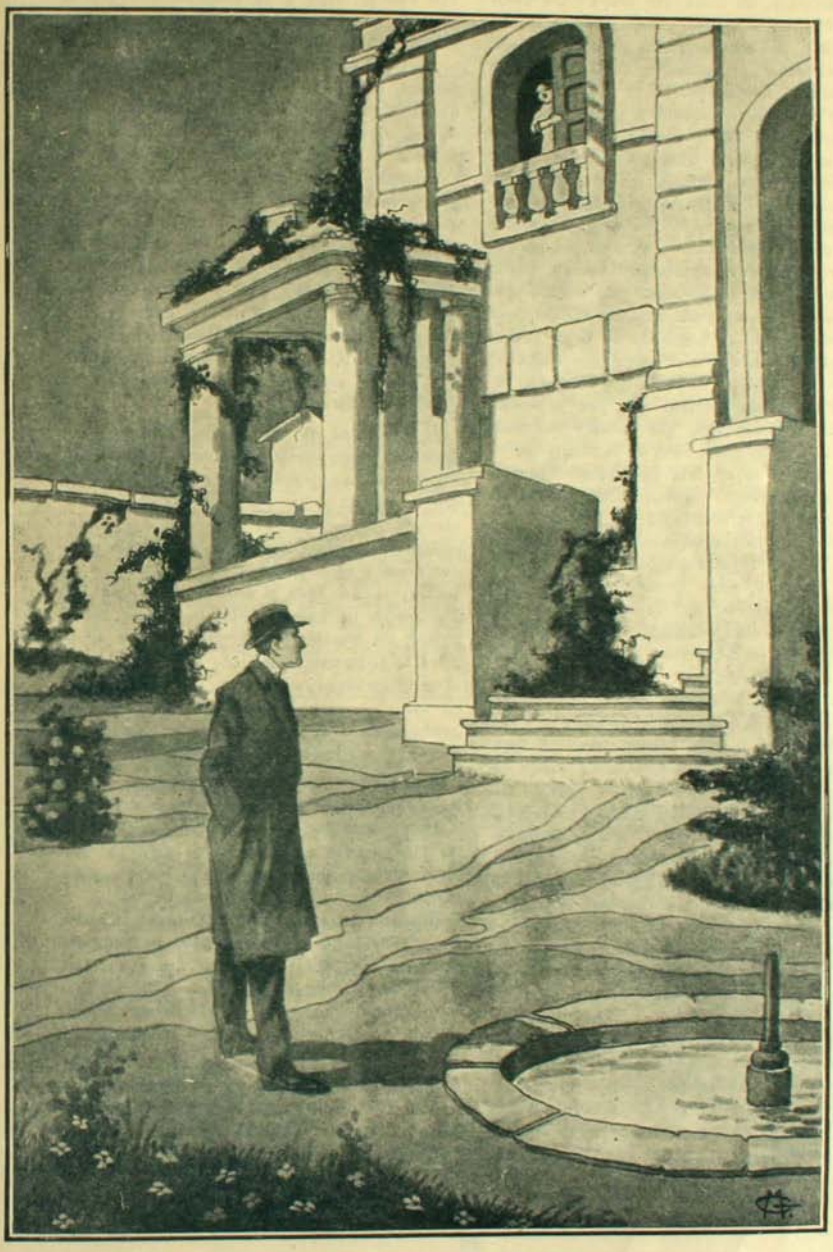
—¿Cómo así?—le pregunté.

—Alice no está ya en Holanda—me respondió;—se encuentra en un manicomio de París.

—¿Y a qué se debe este cambio de ideas en el señor Steelman?

—A una imprudencia mía, que es larga de contar, pero que acentúa las sospechas que han nacido en usted y comienzan claramente a surgir en mí. Es largo de referir; vamos al hotel y ahí conversaremos.

Las palabras de Guillaume me interesaron



En una de las ventanas del encierro, apareció una deliciosa figura.

sobremanera, de modo que despaché a Chundro con mi equipaje y arrastré inmediatamente a mi compañero al primer café que encontramos a la mano, a fin de no perder un minuto de tiempo.

En mi opinión, la sombra comenzaba a esclarecerse. Me había venido de Norte América a Inglaterra a fin de inquirir acerca de los antecedentes de los personajes de mi aventura. Steelman era perfectamente desconocido en Londres, y por lo que respecta a Wellsborough pude convencerme de que era rigurosamente exacto cuanto éste había declarado ante la justicia. Era verdad que pertenecía a una gran familia inglesa, que su padre lo había expulsado de Gran Bretaña por su pasión por el juego y a causa de su matrimonio con la bailarina húngara, pero se me había referido allí, por la misma familia Wellsborough, que de este matrimonio había nacido una niña de la cual nada se sabía y que se suponía que hubiese sucumbido, a causa de los rigores del clima de Alaska, antes de la muerte de su padre.

Antes de poner a mi amigo al corriente de estos hechos, quise oír el anunciado relato.

De Courdec, muy turbado, comenzó por darme toda especie de excusas por la indiscreción que había cometido y que, según él, podía perjudicar el éxito de la empresa. Refiriómе en seguida que, guiado por la agitación en que le habían dejado mis sospechas respecto de Steelman y de su hija y por la nerviosidad que le ocasionaban las noticias que yo le enviaba de Alaska, había interrogado al señor Steelman, en uno de los viajes de éste a Holanda, más de lo necesario, llegando a entrar en detalles sobre la vida de Alaska y concluyendo, por fin, dentro de su loca curiosidad, por cometer la más atroz de las indiscreciones. Guillaume había inventado una historia de viajes, nada fea como cuento de imaginación, pero que tenía el grave defecto de figurar en ella, no recuerdo en qué punto, el australiano Webbs.

A pesar de que al oír ese nombre Steelman no dió pruebas exteriores de alarma ni de turbación, su conducta para con de Courdec varió considerablemente. Desde ese momento evitó su compañía, regresó pronto a Francia y, por fin, sin que el enamorado galán se lo sospechara, hizo venir a París a la Dama de la Razón Perdida.

De Courdec sólo tuvo noticias de este hecho cuando llegó a su conocimiento que el Castillo que encerraba el objeto de sus ternuras estaba por alquilarse.

A esta altura del relato no pude menos de sonreír, imaginando el torrente de lágrimas que de Courdec habría dejado caer a los pies de las musgosas piedras del torreón vacío.

Nada se escapa a la penetración de un sér enamorado. Eso lo saben por demás los suegros y las suegras que cuidan de sus hijas y que se oponen a sus ternuras. Guillaume habría sido capaz de dar la vuelta al mundo en busca de su Dama, y, sin necesidad de ello, después de trajines van y trajines vienen, descubrió que Alice estaba en París, recluída en el Manicomio de la Salpetrière.

En una palabra, Steelman tenía algo grave que ocultar, estaba sospechoso y trataba de desviar la pista.

Si es verdad que esta nueva situación podía dificultar nuestros planes, también es exacto que no dejaba de favorecerlos, pues era más fácil llegar hasta Alice en un manicomio público que en una casa de propiedad privada, cuyo cuidado se confiaba a criados fieles y bien pagados.

Conversamos toda la noche con de Courdec. Me impuse de todos los detalles de la enfermedad de Stanley y me guardé muy bien, vista la indiscreción de este joven, de comunicarle las noticias que traía de Londres. Está visto que los enamorados son como los profesionales: se les saca de su esfera de acción y no hacen más que disparates.

A la mañana siguiente, impuesto ya de todo lo que deseaba saber, partimos a París.

Antes de tomar el tren, previne a Chundro de que no debía alarmarse si algo extraño me sucedía y que si me notaba enfermo me condujese a casa del doctor Dejerine.

Durante la travesía, de Courdec miraba extasiado, tal vez si soñando, la campiña francesa tan admirablemente cultivada, tan delicadamente verde, que más parece un juego para niños que la tierra fértil que alimenta a todo un bravo y enérgico pueblo.

Yo me paseaba violento y nervioso en el estrecho departamento, molestando intencionadamente a de Courdec a cada momento. Luego después le hablaba sobre mis facultades físicas, le aseguraba que yo era incapaz de sentir cansancio, que podría dar la vuelta al mundo sin experimentar fatiga y

que me preparaba para correr sin parar desde París hasta Burdeos.

De Courdec solía mirarme un tanto sorprendido.

Para darle pruebas de mis extraordinarias energías, le propuse ponerme a dar saltos durante todo el tiempo que durara el recorrido hasta la capital, y acto continuo hice algunas volteretas.

Guillaume, entre sonriente y serio, me pidió que me tranquilizara, pero yo seguí en mi constante afán de demostrarle que mis fuerzas eran tales que creía combatir hasta con la muerte y tal vez llegar a ser inmortal. Por fin, le expresé que si él no volaba era porque no quería, dado lo fácil que era resolver el problema: si un hombre por medio de un brinco puede vencer en un momento dado la fuerza de gravedad, podría una vez que se encuentra a cincuenta centímetros del suelo dar lo que se llama un salto mortal y desarrollar violentamente su cuerpo hacia arriba, con lo cual quedaría ya a dos metros de altura; repetido este acto numerosas veces, sería sencillo subir gradualmente tantos metros como saltos mortales se hicieran en el aire. Concluí por decirle que yo hacía este ejercicio continuamente y que lo había aprendido a los creyentes en la diosa Kahali, que se salvaban así de la persecución de la justicia.

Mi interlocutor, ya seriamente alarmado, me miraba de hito en hito.

No era extraño que creyese que estaba loco, pues un hombre que se ríe del amor y que se marcha a Alaska con la misma facilidad con que se muda de camisa, ya lo es un tanto para la generalidad del mundo.

No cesé de hablar con vertiginosa rapidez y sobre los más extraños temas hasta que llegamos a París. Mi compañero me rogó que no me moviera del vagón mientras él buscaba a Chundro para que éste viniera a recoger nuestro equipaje. Acepté gustoso.

Un momento después divisé a ambos conversando. De Courdec hablaba al hindú en voz baja y con precipitación. Vinieron en mi busca y me condujeron con todo cuidado a un coche. Courdec no dejaba un instante de mirarme.

Me encontraba ya, después de 24 horas de clausura, un tanto fatigado. Además, los viejos pabellones de la Salpetrière no son del todo gratos y seguramente que no pueden ser amables para un sér que, como yo, prefiere las inclemencias del aire libre al confort debilitante de los clubs y de los boudoires, a trueque de vivir en plena Naturaleza.

Mi llegada a la Salpetrière había sido precedida de los más cómicos incidentes. Guillaume de Courdec no había dejado, durante una semana, de visitarme en mi hotel, convenciéndose poco a poco y a medida que el tiempo pasaba, de mi completa locura. No puedo negar que la comedia me aburrió alguna vez pero era necesario llegar al logro de mi propósito sin que el indiscreto joven se diera cuenta de mi estratagema. Al fin, resolvió Guillaume consultar un médico, que no fué otro que el doctor Dejerine, a quien indicó Chundro como hombre de mi confianza. El examen clínico fué graciosísimo. El criado hindú, prevenido por mí, expuso con la solemne seriedad que le es habitual, los antecedentes de mi persona. Dijo que hacía uno o dos años venía observando en mí una gradual excitación que me obligaba a desarrollar una actividad de trabajo superior a las fuerzas normales de un hombre, e interrogado acerca de las enfermedades que yo hubiera podido experimentar, manifestó perentoriamente que yo debía sufrir alguna, pues, de tiempo en tiempo, me sometía al tratamiento de una serie de inyecciones hipodérmicas. El doctor, gravemente penetrado de su papel, me hizo varias preguntas destinadas a inquirir el estado de mi mente, a las cuales respondí como era necesario para llevar el diagnóstico donde yo lo deseaba. El profesor Dejerine llamó a un lado a de Courdec y, según lo he sabido después, declaró que yo estaba atacado de parálisis general progresiva y que desesperaba de salvarme.

Fuí designado a la Salpetrière, tal como yo lo deseaba, y al llegar allí, de Courdec me dijo:

—Es necesario que permanezca usted aquí unos ocho días, porque el médico le encuentra muy débil.

—¿A mí débil?—interrogué furioso.

—No se alarme usted,—dijo tímidamente mi interlocutor.

—Yo no soy ni podré ser jamás débil hasta que concluya mis doce trabajos, y usted no sabe lo que se pesca, porque aquí no ven-

go a restablecerme sino que a terminar mi faena.

—¿Cuál faena?

—¿Y me lo pregunta usted, insolente? ¿No sabe usted que soy Hércules y que debo finiquitar aquí mi undécimo trabajo?

Dicho esto, entré resueltamente a la Salpetrière, dejando a de Courdec atónito y francamente enternecido.

Mi empresa se hacía más difícil de lo que yo hubiera podido imaginar. A pesar de mis esfuerzos por averiguar dónde se encontraba el pabellón que encerraba a Alice, tuve que dejar transcurrir largos ocho días sin poder obtener dato alguno preciso. Mis cuidadores guardaban, sobre toda materia, mayor silencio que las tumbas faraónicas. Además, parecían incorruptibles. Comenzaba ya a fastidiarme el sainete o comedia que me veía obligado a representar cuando los médicos, viendo que mis estrafalarias ideas desaparecían lentamente, me autorizaron a pasear por los jardines sin mayor vigilancia que aquella que envolvía la confianza de los doctores en su ciencia. Continué comportándome lo más cuerdamente posible dentro de mi afectada locura y fuí, con disimulo, agrandando día a día el radio de mis excursiones. Una quincena más tarde recorría el establecimiento entero, distribuyendo sonrisas a los sirvientes y cuidadores. Luego supe que en los últimos pabellones del fondo, a mano derecha, se encontraba asilada una joven de origen inglés, a quien su padre hacía custodiar especialmente, pues, según se decía, su locura era peligrosa al punto de haber atentado contra la vida de su progenitor, impulsada por extrañas acusaciones que a éste hacía en medio de su delirio. Por supuesto que no desperdicié la noticia y fingiendo la natural curiosidad que este caso había de despertar en todos los que le conocieran, di vueltas y más vueltas alrededor del pabellón referido. Desesperaba ya de poder penetrar en él, cuando un día cualquiera tuve la sorpresa de ver entreabrirse, al caer la tarde, una de las ventanas del encierro, y aparecer en ella la deliciosa figura que, con tanta pasión, me había descrito de Courdec. No perdí mi presencia de ánimo. Me detuve frente a la prisionera y la miré dulce y francamente, pero fijando con seguridad mis ojos en el nacimiento de su nariz. En seguida, antes que ella desapareciera, la llamé por aquel que yo estimaba su verdadero nombre. Sin dejar de mirarla un instante, dije: "Alice Wellsborough". La muchacha se estremeció, vi en ella la intención de huir. Con confianza, le ordené mentalmente no moverse. Alice tembló ligeramente y permaneció en su sitio. "Volveré mañana a esta misma hora", agregué, y seguí tranquilamente mi paseo, sin volver la cabeza atrás.

Al día siguiente produjose una escena parecida. Durante toda la noche estuve pensando psíquicamente en Alice y ordenándole que no faltara a nuestra cita. El éxito fué completo; por lo demás, yo no dudaba de él un instante. He hecho mil experiencias de esta clase siempre con buen resultado. Mientras hablé con aquella frágil criatura, no dejé de mirarla decididamente y en forma hipnótica. Ella quiso saber quién era yo y por qué la había llamado por un nombre que ella negaba ser el suyo. Me abstuve de satisfacer su curiosidad y me limité a manifestarle, siempre en forma de orden, que debía depositar toda su confianza en mí, que poseía el secreto de su existencia y que alrededor de mi persona flotaba el espíritu de Guillaume de Courdec. Cuando pronuncié este nombre, gruesas lágrimas brotaron de sus ojos.

—Dulce niña, le prohibo que llore; Courdec la ama y el día de la felicidad se acerca,—la dije.

Ella me respondió:

—Haré cuanto usted quiera; siento la invencible necesidad de obedecer, pero dígame usted quién es, porque hay muchos enfermos y especialmente uno, que ronda mi pabellón con aire extraviado y extraño. Tengo miedo,—agregó—y quisiera saber a quién me estoy confiando.

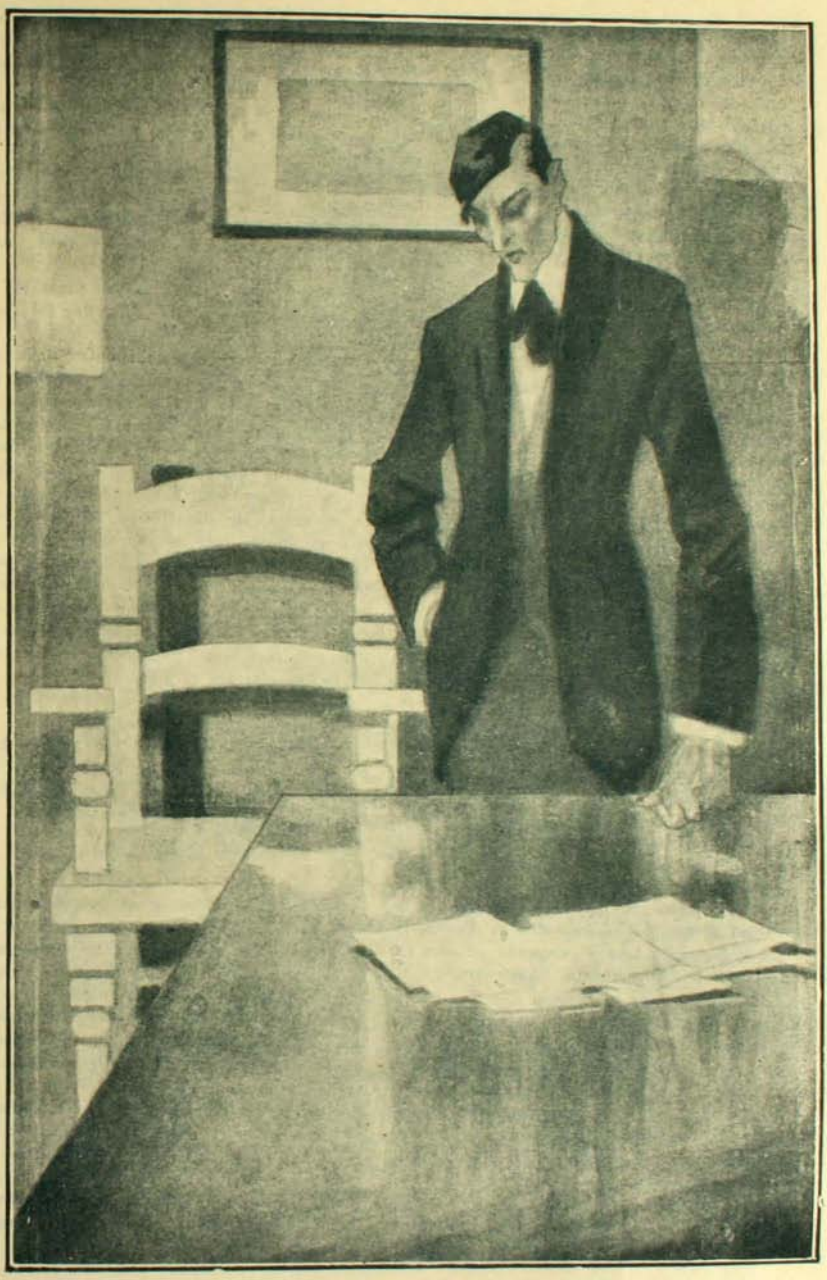
Redoblé la fuerza de mi mirada y respondí:

—Obedezca. Mañana a las doce de la noche golpearé a su puerta. Si puede salir, abra usted esa ventana.

Alice quiso decir algo; la miré fijamente y me alejé.

No me era difícil salir de noche de mi departamento; nadie me vigilaba ya y podía hacer de mi capa un sayo. Así, a la hora indicada, atravesé sigilosamente los jardines y llegué al pie de la ventana de Alice. Se acercaba el momento decisivo en que, a mi buen entender, debía yo saberlo todo.

Había prevenido a Chundro, que me visitaba diariamente, que esa misma noche sal-



¿Sería aquello un documento comercial?

dría yo de la Salpetrière por la puerta excusada que da al frente contrario del que queda vis-a-vis del Jardín de Plantas. Se trataba de una pequeña salida de servicio fácilmente abordable y de la cual teníamos ya una llave fabricada personalmente por el propio Chundro y hecha a la vista de un molde de cera sacado por mí en una de mis numerosas excursiones. La dicha llave estaba en poder de mi criado, pues necesitaba aún de algún pulimento que debía terminarse aquel mismo día.

El cielo estaba despejado y la luna brillaba en forma desagradable para un hombre que debía llevar a cabo planes misteriosos.

Alice no pudo darme acceso al pabellón y tuve que contentarme con hablar con ella desde la ventana. Me dijo que estaba muy vigilada y que temía que las cuidadoras la sorprendieran. Durante toda nuestra conversación miraba siempre de un lado y de otro, manifestando la mayor inquietud, tanto que yo mismo llegué a alarmarme, y aún creí ver varias veces la sombra de alguien que se ocultaba al lado izquierdo del pabellón. En una noche de luna es fácil ver fantasmas.

El tiempo breve y la circunstancia de que una sorpresa cualquiera pudiera valer a mi defendida un encierro en Australia, me obligaron a ser por demás conciso. En dos palabras referí a Alice mi amistad con de Courdec, mi viaje a Alaska y todas mis sospechas. Alice, llorando desesperadamente, comenzó a referirme la historia de su infortunio. Me dijo que su padre había muerto injustamente en el cadalso y que Steelman, que era un criminal, presa de una pasión por ella, la había cortejado y hecho sufrir de cruel manera, y que, por fin, amenazado su supuesto padre de que Alice declararía la verdad de los hechos acaecidos en Alaska, la había declarado loca y encerrado primero en Holanda y después en la Salpetrière.

Interrogada por mí acerca de cómo había llegado ella a penetrar en un misterio que seguramente Steelman escondía en el más profundo secreto, me respondió que Stanley, viendo el tormento a que Steelman la sujetaba, arrepentido de sus propios actos y compadecido de ella, le había relatado todo.

—Stanley ha muerto,—le dije,—y de una manera misteriosa; pero refiérame luego el secreto de esta extraña situación.

Alice había dado comienzo a su relato con profunda amargura y tristeza cuando me sentí violentamente tomado por el cuello por dos manos de acero que amenazaban ahogarme. Aún alcancé a gritar:

—Acepte el amor de Steelman. Jure guardar reserva; es necesario que usted salga de aquí.

No atiné a defenderme por manifestar mis órdenes a Alice, y caí en tierra, oprimido por el monstruo que me golpeaba sin cesar. Esta fiera me arañaba, me abofeteaba, me mordía, y gritaba continuamente:

—Muere, perro infiel; no se arrebata así no más la esposa a San Luis, Rey de Francia.

Luchamos con encarnizamiento. Aquel demonio de loco poseía fuerzas de gigante. Logré desasirme de él y combatimos entonces a puño limpio. En un momento dado el enajenado pareció huir, pero en verdad lo único que hizo fué correr a armarse con una barreta de jardinero que había quedado por allí en el suelo. Me dió tiempo suficiente para dar un silbido, que me es característico, y anunciar así a Chundro el peligro. La puertecilla excusada se abrió inmediatamente y ya en compañía de mi criado desarmamos a San Luis Rey de Francia y le dimos una paliza suficiente como para dejarle tranquilo hasta que clareara el alba.

Miré hacia el pabellón de Alice. Todo estaba herméticamente cerrado.

Salimos apresuradamente porque se dejaba sentir ruido de pasos. Seguramente que nuestra desesperada lucha había alarmado a los cuidadores del establecimiento.

Quince días de cama no son agradables para nadie y menos para mí. A pesar de que la fiebre había disminuído considerablemente y ya podía estimarme fuera de peligro, sentí siempre una dolorosa flaqueza que era especialmente molesta en estos momentos en que yo necesitaba de toda mi actividad y de toda mi energía. Ya en posesión de la verdad y próximo al desenlace final, la sangre me hervía en el cuerpo impulsada por el coraje y la impaciencia. Alice, una vez fuera de la Salpetrière, había continuado, según mis consejos, aceptando las manifestaciones amorosas de Steelman, quien, triunfante ya, pensaba en partir de Francia para ra-

dicarse en otro país donde habría de celebrar su matrimonio con la hija de Wellsborough. Steelman, a quien me hice presentar, me había considerado como un amigo agradable que, lejos de entorpecer sus propósitos, más bien, por ciertos actos inexplicables para él, parecía facilitar la realización de ellos. Fuí el íntimo de la casa; allí lo supe todo y la confianza que en dicha intimidad tenía fué la que estuvo a punto de perderme.

Steelman seguía con vivo interés todas las incidencias del proceso seguido en aquella época a Madame Caillaux, y era su costumbre ir a todas las sesiones de la Court d' Assises. Pasaba en ello días enteros, los cuales aprovechaba yo para transladarme a la casa de l'Avenue Víctor Hugo y oír de los propios labios de la bella Alice el relato de este misterio tanto tiempo perseguido y para acordar el desarrollo de nuestros planes en lo futuro.

Steelman, que nunca había visto en Alice otra cosa que una verdadera hija, sintió despertarse en él el fuego de una pasión de la madurez, desde que el amor por de Courdec hizo brillar en los ojos de la joven la chispa de la emoción y de la ternura. Podría casi decirse que los sentimientos de Guillaume y los de Steelman se desarrollaban paralelamente. Cuando este último vió perdida toda esperanza, manifestó a Alice que su matrimonio con de Courdec era absolutamente irrealizable, porque la noble familia bretona a que pertenecía el galán, rígida en costumbres y en principios, como lo son en general los provincianos de sangre azul, no había de permitir la unión de un su miembro con la hija de un asesino que había muerto ahorcado.

La infeliz niña, que hasta entonces había considerado a Steelman como a su verdadero padre, sufrió con valor el horrible choque originado por tan espantosa revelación. Se decidió a abandonar al objeto de su amor sin confiarle el atroz secreto.

Desde ese día las exigencias de Steelman se hicieron cada vez mayores y la vida de Alice se transformó en un horrible suplicio. En su alma pura y cándida brotó la idea de desposarse con aquel a quien ella consideraba su único benefactor y a quien debía entonces una situación a la cual no se estimaba merecedora y a quien debería más tarde el incomparable servicio de haber unido su vida a la existencia de la hija de un criminal.

Stanley, el amigo íntimo de Steelman, seguía paso a paso el drama que se desarrollaba en el frágil corazón de la pobre muchacha de ojos negros y de cabello de color de miel. Un día, Stanley, con aire adusto y preocupado, solicitó hablar a solas con Alice. Esta, que nada podía temer de aquel hombre de confianza en su hogar, accedió y oyó de boca de aquel hombre el más extraño relato. Stanley no era otro que Webbs, el australiano, antiguo compañero de Steelman. Mediante el precio de mil libras, Webbs había consentido en perder a Wellsborough, aprovechándose de la pasión de éste por el juego. Se había provisto de un naipe con cartas marcadas, y había denunciado el hecho durante el juego. Con anterioridad de algunos minutos, había robado del bolsillo trasero del pantalón el revólver a Wellsborough. En un momento determinado, cuando el tercer jugador se inclinaba para recoger del suelo las cartas que Wellsborough le había arrojado a la cara, disparó por detrás de Wellsborough e hirió de muerte al americano Smith. El primero de éstos, en medio de la cólera que le causaba el verse acusado de tramposo y de ladrón, no pudo darse cuenta del sitio de donde había partido el proyectil fatal. Todo el mundo, incluso la justicia, creyó ver al asesino en Wellsborough y éste murió en la horca.

Steelman, desde el momento en que compró conjuntamente con su socio la mina causa de tantas riquezas y de tantas desgracias, comprendió que era inmensamente rico; ocultó su verdadero valor mientras llegaba el momento de deshacerse del copropietario. Más tarde, desaparecido Wellsborough, la vendió en un precio fabuloso, y, tal vez perseguido por los remordimientos, se hizo cargo de Alice, la hija de su amigo, y la llevó con él a Europa.

Webbs concluía su relato diciendo:

—Fuí la causa de la pérdida de tu padre por la suma de mil libras; no tengo valor de sacrificar también a la hija y por eso hablo. Defiéndete y si ese hombre miserable niega su crimen, dile que él sabe que Webbs tiene la prueba; que esta prueba le ha hecho inclinarse muchas veces y le cuesta mucho dinero. Quiero obrar así porque estoy cansado del crimen y del **chantage**, del cual vivo

desde que, para desgracia de Steelman, apareci de nuevo a su lado. Quiero reparar lo hecho porque la conciencia me tortura horriblemente y habré de defenderte.

Alice lanzó sobre Steelman la fatal acusación y desde entonces desapareció para ella la libertad. Encerrada en Holanda primero y después en la Salpetrière, desesperaba ya de volver a la vida, pues todas sus protestas y declaraciones eran tomadas como síntomas de enajenación mental.

Desde que oí la verdad y el infortunio de esta desgraciada criatura, no pensé en otra cosa que en apoderarme de aquella prueba a que Webbs había hecho referencia. Pero el australiano había muerto y yo estaba seguro de que el documento estaba ahora en poder de Steelman.

La desgracia suele traer la felicidad. Un día, la Court d'Assises suspendió la sesión pública y Steelman llegó a la Avenue Víctor Hugo cuando nadie lo esperaba. Sin duda que sorprendió nuestra conversación con Alice, pues su amabilidad para conmigo se redobló en forma casi chocante. Temeroso de que estuviera en pleno conocimiento de lo que yo tramaba, quise convencerme de ello, y por medio del concierge llegué a imponerme de que Steelman había regresado el día fatal, dos horas antes de que yo saliera de su casa. Era indudable que lo había oído todo. Fingí no darme cuenta de nada y seguí visitando la casa de la Avenue Víctor Hugo con perfecta tranquilidad.

Steelman me había comunicado sus proyectos de viaje y yo notaba que todas las gestiones conducentes a ese fin tomaban un giro rápido.

Ocho días después de lo acaecido, caí enfermo en cama con una inflamación en el brazo derecho, seguida de una fiebre violenta.

A pesar del trastorno de salud, no olvidaba un instante la situación de la infeliz Alice. Los nombres de Steelman, Wellsborough y Webbs danzaban en mi cabeza.

De Courdec venía a verme continuamente, convencido de que si mi ataque de locura había pasado, el de Alice continuaba. A fin de que no entorpeciera mis planes, le había hecho creer que, efectivamente, su Dama estaba totalmente perdida y que si había sido devuelta de la Salpetrière a su hogar, era porque estaba próxima a morir.

Guillaume había adelgazado considerablemente y sus facciones no ocultaban el dolor de su corazón. Desde que me vió enfermo, no dejó de prodigarme las más delicadas atenciones y cuando yo quería dispensarle de ellas, me decía:

—Déjese cuidar, amigo mío; necesita vivir; yo abandonaré este mundo seguramente luego que ella haya partido.

Una tarde le interrogué con brusquedad:

—¿Querrá usted decirme todos los detalles de la enfermedad de Stanley?

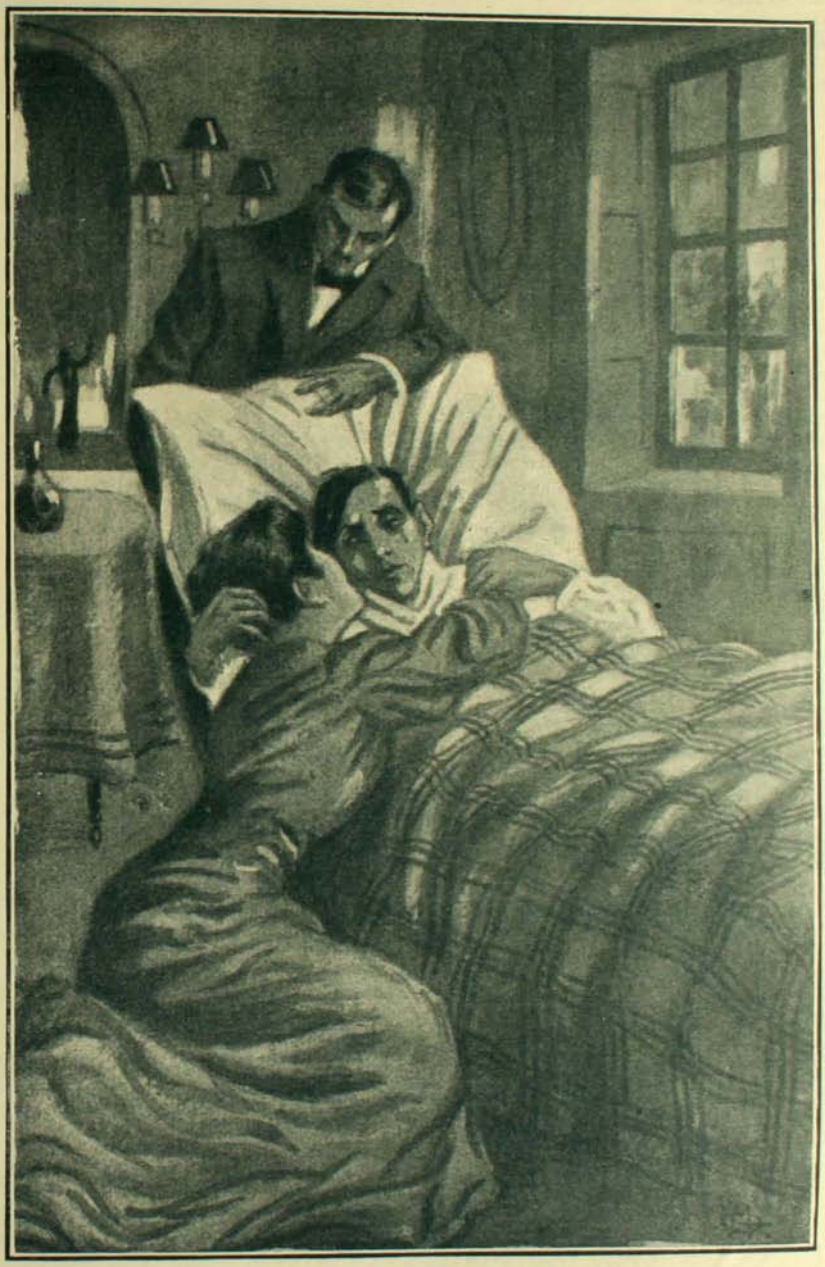
De Courdec palideció y yo comprendí por qué. Los síntomas de mi dolencia eran iguales a los que caracterizaron la que llevó a la tumba al asesino de Smith.

Luego que mis sospechas fueron confirmadas con el terror de Guillaume, llamé a Leraing, el facultativo que me atendía, y le participé mis temores, al mismo tiempo que le referí que, dos o tres días antes de caer a la cama, me había pinchado, muy ligeramente, la muñeca con un bisturí muy curioso que Steelman me mostraba.

Hecho el análisis de la sangre, se descubrió que yo tenía inoculado el virus de descomposición de los cadáveres, o sea, que el raro bisturí había cortado antes que a mí el cuerpo de algún difunto. Todo aparecía claro: la amistad de Steelman con el cuerpo médico, sus dádivas y visitas a los hospitales, el convencimiento de que yo era poseedor de su secreto, todo indicaba que había tratado de asesinarme en la misma forma en que dió fin a los días de Webbs.

Sin hacer el menor ruido, y ocultando estos hechos a la prensa y a la opinión pública, se dió conocimiento de ellos a la policía; con mucha dificultad pudo hacerse la autopsia del cadaver del australiano, ya muy descompuesto, y pudo comprobarse científica y fehacientemente el hecho criminal.

Steelman no había partido, esperando seguramente mi muerte para marcharcarse confiadamente, pero mi mejoría había desbaratado sus planes, y el infame, cegado por el amor a Alice, había resuelto emprender el vuelo con su presa quién sabe a qué regiones, donde no pudiera seguirle mi delación acusadora. Por lo demás, me parecía que Steelman no estaba completamente cierto de que Alice me lo hubiera revelado todo, porque entonces habría desconfiado de ella misma y la habría vuelto a encerrar. Tal vez si su intinto había partido, no de la cer-



Allee me abrazó efusivamente.

teza, sino que de la duda, que suele ser peor que aquélla.

En todo caso, el hecho es que Steelman debía venir a hacerme su visita de despedida, sin contar que la policía había escogido ese mismo momento para echarle la garra. Mientras el asesino sería detenido en mi propia habitación, un grupo de agentes debía penetrar en la casa de la Avenue Victor Hugo y hacer el registro de ella. Ese mismo día se había llevado a efecto la importantísima diligencia de abrir una maleta, perteneciente a Webbs, que la justicia había sellado y lacrado en el día del fallecimiento de éste. Mi esperanza de que la célebre prueba no hubiera podido pasar a manos de Steelman y que se encontrase aún entre los papeles de Webbs se había realizado. Ya era dueño de cuanto necesitaba. Los jirones de papel que había comprado en Alaska al viejo minero debían ser, si no una copia de aquel documento, por lo menos una adulteración de él. Yo pensaba que Webbs, ante las instancias de Steelman, le hubiera entregado una falsificación del documento comprobatorio del criminal contrato a fin de guardarse el original y poder hacer de él, más tarde, un arma que le permitiera extraer dinero de los bolsillos del enriquecido aventurero.

Para facilitar los pasos de la justicia, había solicitado de Alice que viniera con su padre, aunque corriera el riesgo de que la viera de Courdec, y se diera cuenta del engaño en que le teníamos.

Se comprenderá, pues, la situación molesta en que me encontraba por no hallarme suficientemente fuerte y dueño de mis facultades en los momentos que habían de seguirse.

Estaban ya los hombres de policía apostados en mi pieza de toilette cuando, a las cuatro de la tarde más o menos, llegó Steelman acompañado de la encantadora Alice. Les ofrecí asiento y después de responder a las preguntas que sobre mi salud ellos me hicieron, llamé a Chundro y le dije fríamente:

—Haga entrar a esos señores.

Penetraron los policiales y, sin decir una sola palabra, se apoderaron de Steelman y le colocaron esposas.

No sé si sería más digno de descripción la sorpresa de aquel hombre o el espanto de Guillaume que, ignorante de todo lo acaecido, entraba en ese momento provisto de un paquete de drogas para mi uso.

Me apresuré a calmarlo diciéndole:

—No se alarme usted, mi amigo, ni se moleste por mis engaños. Su felicidad está próxima.

De Courdec, embobado y sin quitar los ojos de la encantadora Alice, que le sonreía tiernamente, se desplomó sobre un sillón.

Steelman, pálido y rígido como un acero, permanecía de pie, mudo de confusión y de ira.

—¿Qué significa todo esto, caballero?—me preguntó al fin con aire desafiador.

—Se lo explicaré a usted inmediatamente, —respondí, al mismo tiempo que extraía del cajón de mi mesa de noche el documento que le había de perder. Leí tranquilamente y en voz alta:—"Declaro, para los efectos de la justicia, ser el único culpable en el asesinato del americano Smith, quien ha sido muerto por mi orden y previa la recompensa de mil libras esterlinas.—Peter Steelman".

El criminal no articuló una sola palabra en su defensa, sino que se dirigió a los agentes y les dijo con tono reposado:

—Señores, vamos.

Un segundo después quedábamos solos y el espectáculo cambiaba radicalmente. Guillaume y Alice, sentados en un sofá y con las manos entrelazadas, lloraban de alegría, sin dejar de mirarse. Alice vino hasta mi lecho y me abrazó efusivamente, mientras de Courdec besaba mis manos. Sentí que las lágrimas de Courdec caían ardientes sobre mis dedos. No sé si sienta bien a mi carácter confesar una debilidad, pero las circunstancias me excusarán, y por fin, ¿por qué no decirlo?, cuando Alice se separó de mí tuve que enjugar una lágrima que corría por mi mejilla. ¿Sería mía o de ella?



BELLE BENNETT



M. Fisher.

El Cinematógrafo



Mildred Harris.

Para que "Pacífico Magazine" inicie hoy una sección permanente, que trate de empresas cinematográficas, de nuevas películas, que contenga pequeñas biografías de actores notables, todo lo cual irá acompañado de las mejores ilustraciones, no necesitamos ponderar el interés que en el mundo entero despierta el Cinematógrafo. Mejor es callar lo que mucho y por muchos es sabido.

Margarita Fisher es, sin duda alguna, de las actrices que en la pantalla se dedican al trabajo ingenuo, la de mayor éxito. Entró desde muy joven a la American Film Corporation, y empezó como todas, con papeles secundarios, que no fueron del agrado del director. Un día, una escena provocó una discusión acalorada y una ruptura de relaciones. Entonces Margarita decidió demostrarle a su director que ella era más de lo que él creía.

Para eso, pidió un argumento a un repórter amigo, quien lo hizo. Sobornó a varios operadores y solicitó ayuda a algunos compañeros. Hicieron, secretamente, una cinta, y, una vez concluída, invitaron al presidente y demás jefes de la American a una exhibición privada, y Margarita triunfó plenamente. Esa misma tarde firmaba contrato con la American, como primera actriz, y el director de propaganda daba orden de publicar en todas partes retratos, antecedentes y mentiras sobre la repentina estrella. Y, desde entonces, Margarita Fisher figura a la cabeza del elenco de la American con Mary Miles Minter, Gail Kane y William Russell...



Nazimova.

Alla Nazimova.—Esta genial trágica no es rusa, como todos la creen. Nacida en Inglaterra, contrajo matrimonio con un ruso, con el que vivió feliz durante cuatro años, al cabo de los cuales enviudó. Dedicóse entonces al teatro, y usó para la réclame el nombre que la ha hecho célebre. Antes de trabajar para el cine tuvo largas dudas, pues creía que en él no existía verdadero arte, hasta que Mr. Selznick la convenció. Inicióse en la pantalla con la gran película "Esposas de Guerra", que es un intenso drama en favor de la paz. Después fué contratada por la Metro Pictures, casa en la que actualmente actúa, y en donde ha filmado cintas como "Revelación", "La Linterna Roja" y otras, que han enorgullecido al arte cinematográfico americano.

Fairbanks y Chaplin.—Publicamos una fotografía de estos dos grandes artistas, los más aplaudidos en Norte América. En ella puede verse a Carlitos y Douglas manejando un temible auto... de juguete. Nótese la cara de profunda expectación que tiene Chaplin, y la simpática risa de su compañero. Como se sabe, estos dos artistas, en compañía de Mary Pickford

y Griffith, han formado una Sociedad para explotar personalmente sus producciones y librarse así de las casas manufactureras.

Mildred Harris.—Damos una fotografía de grande interés para nuestros lectores. Es de la afortunada mujer de Carlitos Chaplin. Esta boda fué tan sensacional, que revolucionó, no solamente los círculos cinematográficos, sino el mundo entero, a tal punto que



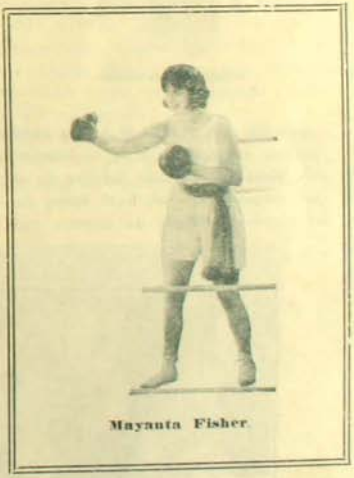
Fairbanks y Chaplin, los dos mejores amigos del mundo.



Peggy Hyland

se dice se recibieron en Estados Unidos más de 83.000 telegramas, indagando sobre la veracidad de la noticia. Si se hubiera tratado del matrimonio del Kronprinz no habría existido, seguramente, tanta curiosidad.

Peggy Hyland.—He aquí una excelente actriz que hasta hace poco era una desconocida para nuestro público. Pero la presentación de la hermosa Glucksmann Ideal "Para maridos solamente" ha sido capaz de mover la opinión en favor de Peggy en tal forma, que hoy es una de las favoritas del público. Peggy en la vida real es muy parecida a como nos la suponemos en sus fotodramas. Traviesa, de una picardía simpática e inteligente, es capaz de jugar con los más hábiles y de reírse hasta del mismísimo Satanás.



Mayanta Fisher





LOS PROXIMOS ESTRENOS

Una de las cintas que se anuncia con mayor insistencia es **Houdini**, película en 15 series que ha hecho verdadero furor en los Estados Unidos.

El argumento se basa en cierta misteriosa historia de una sociedad que se dedica a robar inventos, para patentarlos a su nombre. Figura en ella un extraño muñeco, construí-



Ruth Stonehouse.



Houdine.



Margarita Marsh.

Gracias a la gentileza de sus importadores, la Casa Lepage de Max Glucksmann, podemos adelantar algunos detalles de esta cinta, que, estamos seguros, hará época en los anales cinematográficos de nuestro país.

do completamente de hierro, y que obedece a las órdenes de una tercera persona que no se sabe quién es. Al paso de este muñeco nada hay que pueda resistirle. Las murallas caen hechas pedazos y las puertas se destro-









zan. Las balas resbalan sobre su dura coraza y las armas blancas se rompen al chocar con ese cuerpo. Posee una fuerza extraordinaria y, apretando los brazos, es capaz de deshacer los más poderosos obstáculos.

Quien defiende los derechos del bien es el célebre mago Houdini. Los antecedentes de este actor no pueden ser mejores. Harry Houdini es el más célebre burlador de cárceles del mundo. Las pruebas que ha ejecutado autorizan para creerle único en su género. En efecto, entre su documentación, posee Houdini un certificado del presidente de la cárcel de Washington, en el que acredita haber encerrado al artista en la celda número 2, la misma en la cual estuvo, hasta la fecha de su ejecución, el asesino del Presidente Garfield. Pues bien, Houdini logró escaparse de ella, encerrar a los guardianes, cambiándoles las ropas, y sacar de sus celdas a todos los otros reos del primer piso de la cárcel.

Todo esto lo hizo en 25 minutos, ante los ojos atónitos de los que presenciaban la prueba. Acreditan que no usó herramienta especial ninguna, que no tomó ninguna llave de los bolsillos de los guardianes, y que solamente mediante ciertos movimientos y presiones sobre las chapas, abría las rejas y se soltaba las esposas.

Estas pruebas, que ejecuta también en la cinta, no son de tan grande efecto como las que pasamos a relatar. Manatiado por sus enemigos, se le coloca una camisa de fuerza. Entre tanto, uno de los secuaces del muñeco, atormenta a la muchacha en un segundo piso. Houdini la salva..., pero con los pies. ¿Cómo? Nos lo han prohibido contar los importadores de la cinta; solamente nos autorizan para decir que... en fin, más vale que se vea la cinta.

En otra ocasión se le pone una camisa de fuerza, se le mete dentro de un cajón que se ata con cadenas y cuerdas y se arroja el cajón con su contenido al mar... Y Houdini se salva en 32 segundos, como acreditan los documentos que consigo trae la cinta.

Sillas electrocutoras, estanques llenos de agua, ácido nítrico, bombas que estallan y una infinidad de peligros que solamente la fantasía yanqui puede crear, son juguetes para este hombre que ha emocionado a todos los públicos del mundo.

Por lo que dejamos expuesto, comprenderán nuestros lectores qué clase de cinta es ésta y el éxito que le está reservado obtener.





Damos algunas escenas de esta película



Grandes artistas de la casa "Metro" que son estrellas y cobran sueldo de estrellas, aunque el presidente de la compañía declare a tambor batiente que vale más un buen argumento que toda una constelación.

LA POBRE ESTRELLITA OPULENTA

"Dormir, soñar, tal vez morir". Estas tristes ideas se prestan a muchas otras, más o menos tristes, por ejemplo: "Trabajar, amar, morir".

Para la diminuta Viola Dana vendrá de ese orden de ideas un recuerdo y un consuelo que aliviarán su inmensa pena. Antes de su duelo he podido ver sus ojos brillantes de dicha, su juvenil y radiosa personalidad esparciendo alegría de vivir.

Procuré hacerla hablar de sí misma, de sus pasatiempos, de sus famosas compras de sombreros, etc. Todo fué inútil.

Me repetía que su marido entró a la oficina de revisión militar con sesenta y dos compañeros, y que él fué el único que fué considerado físicamente perfecto.

—Es claro que era perfecto,—decía con convicción.

No es frecuente esto de ser juzgado "perfecto".

Ignoro si los ojos de Viola Dana son famosos, pero sí sé que merecen serlo. Parecen dos límpidos topacios verdosos y desempeñan un gran papel.

—Yo no sé por qué debía caer esta doble desgracia sobre una persona tan pequeña como yo—dice Viola con voz quejumbrosa. Era bastante desgracia perder a mi marido, Dios lo sabe; pero también perdí en él a mi director. Procuro ser valiente, pero mi caso es muy cruel...



Viola Dana.

Indudablemente es cruel. Pero hay en ella una vitalidad material, una elasticidad y un vigor moral que auguran que esta pequeña "estrella" tan brillante no será nublada, que seguirá brillando.

Hay golpes que parecen caer al azar, donde no debieran caer. Viola y su marido eran excelentes esposos y camaradas. Todos sus hábitos, sus gustos y sus intereses coincidían.

Este golpe no debió herir a la gentil artista, que sólo cuenta con 21 años de edad.

—¡Qué notable camarín!—exclamo para distraer su atención.

Era verdaderamente notable; el cielo raso de color rosa Du Barry, el piso de un azul turquí y los cortinados color morado decadente.

—¡Qué terrible es!—dijo Viola regresando del más allá y sonriendo.—El color Du Barry fué elección de Emma Wehlen, el azul fué de la Barrymore y los cortinados, de la Nazimova. El empresario creyó que me gustarían y los hizo colocar aquí.

—Me alegro de que no sea usted la que ha elegido estas tapicerías—le dije.

—Pero yo tengo mis caprichos originales—repuso—y se lo voy a probar.

Sacó de un mueble y enarboló en el extremo de su índice, extendiendo el brazo, una peluca rojiza con rigos a lo Mary Pickford.

—Es para mi papel de "Diana Ardfway"—dijo.—Diana tiene cabellos rojos y se supone que es una especie de ingenuo vampiro. Juan se oponía a esta extravagancia, pero yo insistí, discutí, hice ademanes y amenacé con llorar. ¡La obtuve!—concluyó con aire de triunfo.

La gente cree que yo no tengo sentido común, pero se equivoca—dijo, y agregó sonriendo:—creo que es a causa de mi pequeña estatura. Juan cree en mi buen sentido y me encargó que este invierno cuando fuera a California comprara una casa yo sola y que la amueblara y la habitara. Aquí se vive en hoteles pero hace falta un home.

Hace tres semanas que no trabaja, pero ayuda a Shirley Mason a escaparse para casarse. Shirley también es muy pequeña, y confundieron a Viola con la novia y casi la casaron. La novia estaba llorando en un rincón.

Viola Dana tiene un gran terror de envejecer.

—Creo que la vejez es la peor de todas las tragedias. Me cuido muchísimo. ¡Y ya tengo 21 años! pero esto es un secreto.



Un trio de excelentes artistas: 1. Dorothy Dalton. — 2. William S. Hart. — 3. Bryant Washburn.


WILLIAM DESMOND

El clima de California y el de Chile

INTERESANTES DATOS PARA LA AGRICULTURA

En las naciones densamente pobladas de la vieja Europa, la tierra, cultivada metro a metro con escrupuloso esmero, no alcanza a producir lo suficiente para el consumo de sus numerosos habitantes y las demás riquezas naturales son explotadas con igual escrupulosidad. Así esos países, para conservar su población y su rango en el mundo han debido dirigir los capitales y los brazos que les sobran hacia la industria manufacturera, con cuyos productos pueden comprar los alimentos y materias primas que les hacen falta, dando trabajo y empleo a la muchedumbre de sus desocupados y a las inmensas sumas de riqueza acumuladas por el ahorro de los siglos.

Este hecho económico suele ser olvidado en Chile con frecuencia lamentable. Es, en efecto, difícil que un país nuevo, poco poblado, cuyas campiñas permanecen en buena parte improductivas por falta de brazos y que debe pedir al extranjero hasta los capitales para explotar sus propias minas, pueda competir victoriosamente en la manufactura, con pueblos que sólo subsisten artificialmente a fuerza de industria y en los cuales se observa un desequilibrio económico contrario al nuestro: lo que a ellos le sobra, esto es capital y trabajo, nos falta a nosotros; lo que nosotros tenemos, esto es, riquezas naturales, les falta a ellos.

Por otra parte, ¡cuán precaria no aparece la grandeza nacional fundada en la industria! Acabamos de ser testigos de una terrible guerra engendrada principalmente por los odios de agrias competencias comerciales. Los mercados del mundo, estrechos ya para recibir el exceso de productos manufactureros, han sido disputados a sangre y fuego en los campos de Europa. Nunca, en cambio se ha visto obligada una nación a desenvainar el sable para conquistar el derecho de vender su trigo o sus minerales...

La lección es elocuente. Ella nos enseña que el fundamento más sólido y envidiable de la riqueza de los pueblos, es el que se deriva del desarollo de las industrias extractivas y que sólo cuando llega el caso desgraciado de haberse agotado aquellos recursos naturales puede pensarse cuerdamente en tomar parte en la angustiosa y encarnizada lucha de los países obligados a subsistir artificialmente transformando ajenas materias primas y alimentándose también de lo ajeno.

Ciertamente, no es éste el caso de Chile. Mucho nos queda por hacer antes de que nuestro rico suelo se encuentre exhausto por una explotación activa y completa, antes que se agoten nuestros yacimientos mineros. Los esfuerzos de un bien entendido proteccionismo han de ser, pues, dirigidos a fomentar la agricultura y la minería. Cálculos bastantes científicos permiten afirmar que nuestra producción agrícola podría fácilmente triplicarse si para ello hubiese capitales y brazos en cantidad suficiente. ¿Es oportuno entonces copiar sus teorías a los pueblos que ya nada o casi nada les queda que hacer en ese terreno? Dejo al simple buen sentido la repuesta.

Uno de los problemas más interesantes de ese orden y que ha preocupado ya a muchos hombres patriotas, es el de la producción de frutas en Chile. Se observa que nuestro clima se adapta admirablemente a esa industria tan interesante y que constituye para la California una riqueza más pingüe y estable que la que obtuvo en otro tiempo de sus lavaderos de oro.

En verdad, de todos los países del mundo, California es el más parecido a Chile bajo el aspecto agrícola. Aquí como allá el aire es seco, el cielo luminoso, las lluvias

escasas y principalmente invernales, la temperatura templada con relación a la latitud, etc. Agréguese que la región frutal de California depende, como en el centro de Chile, del regadío artificial, como elemento indispensable para el cultivo.

No hay, es cierto, ni puede haber una igualdad absoluta entre ambas zonas. Creo utilísimo señalar en pocas pero precisas palabras las similitudes y diferencias de nuestro clima con el de aquel estado de la Unión Americana. Así podremos apreciar hasta qué punto pueden aplicarse entre nosotros los cultivos frutales de aquel país, cuyos progresos serían para nosotros el mejor campo práctico de experiencias.

California se encuentra en el hemisferio norte y Chile en el hemisferio sur. Allá es, pues, verano cuando aquí es invierno y vice versa. ¿Constituye ello una ventaja o un inconveniente para nosotros? Ambas cosas a la vez. Por una parte las frutas maduran en Chile en la época del año en que no se producen ni en California ni en ninguno de los países de la zona templada del norte, es decir, ni en Europa ni en los Estados Unidos. Gracias a las facilidades crecientes de las comunicaciones y al uso de los frigoríficos, podríamos, pues, proporcionar fruta fresca a los grandes mercados consumidores en una estación en que les sería imposible obtenerla de otro país productor. Los demás de la zona templada austral o no son aptos para el cultivo de las frutas, como la Argentina, o están demasiado lejos de los centros de consumo, como la Australia. Esto es sin duda una ventaja, pero acaso también la estación de invierno no incita tanto como la calurosa al consumo de la fruta, y esta circunstancia acaso perjudicaría a nuestra exportación en fresco, que habría de verificarse necesariamente en los meses de febrero o abril, que corresponden en el otro hemisferio a los de agosto y octubre de nuestro clima.

Estudiemos ahora las otras circunstancias del clima. El estado de California se extiende en el hemisferio norte entre los paralelos 32 y medio y 42, o sea en la situación geográfica que corresponde a la zona de Chile comprendida entre el valle de La Ligua y Ancud. Se ve, pues, que no puede hablarse del clima californiano como de algo igual e invariable. Allá existen tantas diferencias entre un extremo y otro del territorio como aquí las hay entre la cálida y luminosa provincia de Aconcagua y la isla de Chiloé con sus brumas y sus aguaceros. Adelantaremos desde luego que la principal zona frutera de California es la más cercana al Ecuador, que es donde se producen las naranjas, mientras el otro extremo sólo es apto para las manzanas y las peras, lo mismo que en Chile.

Tomemos como punto de partida la ciudad de San Francisco, ciudad la más importante de aquel Estado, y su puerto principal. Está situado San Francisco bajo la latitud de Lebu, pero su clima es aproximadamente el de Concepción. La tempera-

CLIMA DE

LOCALIDADES	Latitud	Altura en metros	Temperatura media
San Francisco	37°48′	52	13.39
San Luis Obispo	35°18′	62	14.94
Santa Bárbara	34°23′	263	15.56
Los Angeles	34°03′	117	16.67
San Diego	32°43′	29	16.33
Sacramento	38°35′	23	15.56
Fresno	36°43′	110	17.22
Menlo Park	37°27′	..	14.28
San José	37°20′	47	14.44
Mount Hamilton	37°20′	1400	11.11
Aptos	36°58′	34	13.33
Hollistes	36°21′	95	14.94
Riverside	33°58′	284	17.22
San Bernardino	34°06′	350	16.67
Stockton	37°52′	8	15.61

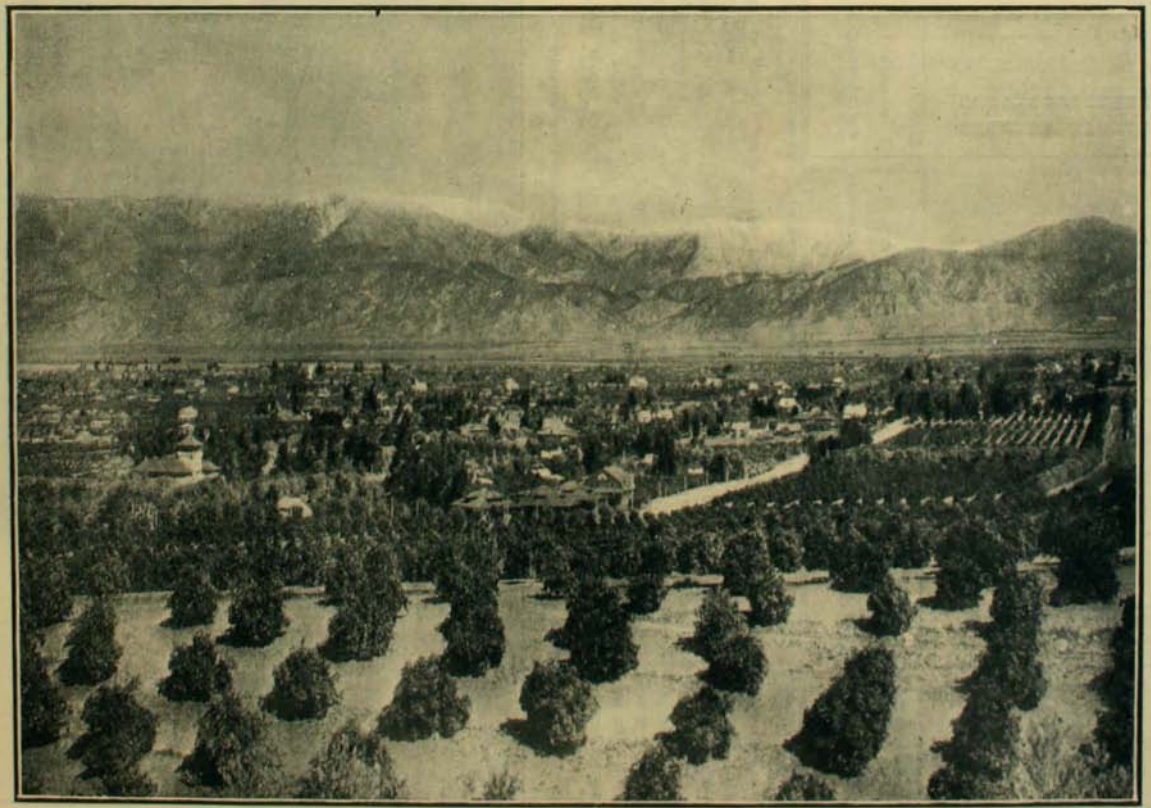


Cortina de arbolado de eucaliptos que resguarda a un limonar en California

tura media es allá de 13°, 4, mientras la de la reina del Bío-Bió es de 13, 3. Los extremos de calor y de frío son, sin embargo, mayores en San Francisco: se ha observado allá una máxima de 37°, 8 contra una de 36° en Concepción, mientras la mínima de la metrópoli californiana es de 6° 5 grados bajo cero, contra sólo un grado bajo cero en Concepción. Las lluvias caen únicamente en invierno en San Francisco y se prolongan más hacia el otoño y la primavera en la ciudad chilena. El agua caída allá es por término medio sólo de 615 milimetros al año, esto es, sólo un poco más que en Valparaíso, mientras en Concepción el término medio de las lluvias es

CALIFORNIA.—Cuadro comparativo

Temperatura máxima	Temperatura Mínima	Humedad relativa	LLUVIA EN MILIMETROS		
			Media	Máxima	Mínima
37.78	6.67	82	614.7	1178.5	254.0
41.11	5.56	69	533.4	1076.9	208.3
41.60	1.94	74	424.6	985.5	172.7
42.78	2.22	71	398.8	1021.0	121.9
38.33	.....	78	241.3	701.0	76.2
43.33	7..	68	492.7	886.4	213.4
45.56	6.67	57	256.5	492.8	124.5
41.11	6.67	..	416.6	683.2	228.6
40.00	7.78	..	378.4	650.2	139.7
34.40	10.56	62	817.9	2286.0	434.3
32.78	3.33	..	650.2	962.6	315.0
40.56	7.22	..	312.4	487.7	154.9
44.44	3.33	..	254.0	642.6	101.6
43.33	5.00	64	396.2	942.3	147.3
.....	....	..	391.2	696.0	162.6



Preciosa vista panorámica en un valle de California. En primer término los naranjos creciendo frondosos y allá en lontananza las montañas con sus crestas cubiertas de nieve.

casi doble y alcanzan a 1322 milímetros en promedio. En cambio la humedad atmosférica es mayor todavía en San Francisco que en Concepción (82% contra 79%). La humedad relativa de Valparaíso es de 72% y la de Santiago de 69%. El cielo es también más luminoso y asoleado en San Francisco que en Chile.

Pero el clima de San Francisco no es el típico de la zona frutera en California. Muy por el contrario: sería tan absurdo considerarlo tal, como si quisiéramos darnos cuenta de las condiciones climatéricas del valle de Aconcagua por las de Valdivia.

El gran centro productor de frutas es allí la ciudad de Los Angeles, situada no lejos del mar por los 34° de latitud, esto es hacia la altura de nuestra provincia de Colchagua.

La temperatura media de Los Angeles es sin embargo muy superior a la de Chile a igual distancia del ecuador. Alcanza a 16° 7, es decir que es un promedio entre la de Copiapó y la de Taltal. En la región agrícola de nuestro país, las localidades que más se le aproximan son Ovalle con 15° 4, San Felipe con 15° 0 y Los Andes con 15° 3. La gran altura de nuestro suelo es la causa de esa temperatura inferior, a que deben contribuir también las nieves de la cordillera que no existen en California en tanto grado.

Esta diferencia de temperatura es sobre todo sensible en la estación de verano. La máxima de Los Angeles alcanza a 42° 8 contra 34° 2 en Ovalle, 38° en San Felipe y 34° 5 en Los Andes. En cambio la temperatura ha descendido en Los Angeles durante el invierno a 2° 2 bajo cero, contra un grado sobre cero en Ovalle, 2° 8 bajo cero en San Felipe y 1° 0 bajo cero en Los Andes. Las lluvias no son allá más abundantes que en Santiago y Los Andes, y los cultivos dependen casi exclusivamente del regadío artificial.

La humedad relativa de Los Angeles (71 por ciento) se aproxima a la de Valparaíso y es mayor que la de Ovalle, San Felipe y Los Andes.

De las anteriores comparaciones se deducen las consecuencias siguientes.

El clima de Los Angeles es más favorable que el de la generalidad de las localidades fruteras del centro y centro-norte de Chile para el cultivo de todos aquellos árboles que requieren una gran suma de calor, principalmente en el verano para madurar en condiciones óptimas, como los naranjos, limoneros, duraznos, etc. A este respecto, sin embargo, la diferencia práctico no parece muy considerable.

Debe preferirse para establecer negocios de plantación en grande escala los sitios más cálidos de los valles traversales desde el sur de Atacama hasta Aconcagua.

No todas las frutas subtropicales, como v. g. los paltos podrán cultivarse en Chile en idénticas condiciones que en California.

Aún al norte de los Angeles, en el gran valle longitudinal del río Sacramento que tanto parecido tiene en el mapa con el valle longitudinal de Chile, las condiciones climatéricas son bastante diferentes a las de aquí. Por de pronto la altura sobre el nivel de 31 mar de ese valle es insignificante, y de allí una considerable elevación de las temperaturas media y máxima sobre las correspondientes en Chile. Sacramento por los 38° 35′ de latitud esto es en la situación de Temuco, goza de una ttemperatura media equivalente a la de las localidades más favorecidas de nuestro valle de Aconcagua, siendo su máxima de 43° 3 y su mínima de 7° 2 bajo cero. Hace allá pues, más calor en verano y más frío en invierno. Para encontrar en Chile mínimas de siete grados bajo cero había que acercarse bastante a Punta Arenas (mínima en 1917 de esa ciudad, 5° 8 bajo cero).

Fresno, por los 36° 43′ de latitud, correspondiente en Chile a la de Chillán, tiene una temperatura media igual a la de Antofagasta, máximas de 45° 6 y mínimas como Punta Arenas.

Las condiciones climatéricas de esa zona son pues más favorables que las del centro de Chile para las frutas que requieren fuertes calores para su madurez, y muy inferiores a las de nuestro país, para los árboles que temen los grandes fríos ;

Los datos anteriores demuestran, pues, que, si hay semejanza entre el clima de California y el de Chile en cuanto al régimen de la temperatura y de las lluvias, no hay ni puede haber identidad absoluta. Se ve

de California como de una cosa única. Aquel, país, tan extenso como casi toda nuestra zona agrícola, presenta tantas variaciones como ésta.

Es por consiguiente necesario al tratar de introducir aquí los cultivos frutales de allá, averiguar primero la localidad de California de que se trata y tener en cuenta las diferencias de clima señaladas, sobre todo en el caso de vegetales que exigen una gran suma de calor particularmente en el verano.



EL CANCER

Por el Dr. G. ODIN

El cáncer es a la vez una de las enfermedades más antiguamente conocidas y la que ha procurado más variedad de opiniones a la ciencia médica. Este término de **cáncer** fué antaño aplicado a la casi totalidad de los tumores, aún a las afecciones gangrenosas, y hasta fines del siglo XVIII se continuaba denominando así a todas las producciones accidentales, con tendencias a ulcerarse, que sobrevivían a la extirpación de la parte atacada y susceptibles de provocar la muerte. Pero, ninguno de entre los médicos y los sabios de esa época pareció haber buscado determinar la naturaleza del terrible mal. En 1773, el cirujano Bernard Peyrilhe en su **Memoria sobre el Cáncer**, que le valió un premio de la Academia de Dijón, llegaba a la conclusión de que era tan difícil definir el cáncer como curarlo, y cerca de treinta años más tarde, en 1803, la Sociedad del Cáncer, fundada en Londres, inscribía a la cabeza de su Boletín esta fórmula que no necesita comentarios: "El cáncer es completamente desconocido".

El comienzo del siglo XIX vió nacer una ciencia nueva que, bajo el nombre de **Anatomía Patológica General**, hizo hacer a esta cuestión importantes progresos. En Inglaterra, los trabajos de Burns, de Abernethy y de Wardrap; en Francia, los de Laënnec y Gruveilhier; en Italia, los de Scarpa, llegaron, si no al descubrimiento de la causa del cáncer, por lo menos a un ensayo de clasificación basado sobre los caracteres clínicos de los tumores.

Pero no era ése todavía sino un conocimiento em-

La lucha contra el cáncer.—El Dr. G. Odin sellando una ampolleta que contiene su sérum contra el cáncer.

brionario del mal, y es preciso alcanzar a los primeros estudios de histología patológica para encontrar una teoría verdaderamente científica relativa al cáncer.

La histología es, como se sabe, la parte de la anatomía que trata de los tejidos orgánicos; aplicada a la patología, o estudio de las causas de las enfermedades, ella debía aportar a la medicina recursos preciosos. Sin embargo, la acogida hecha en Francia a la nueva ciencia fué poco favorable y la histología patológica, nacida en Alemania, tuvo muchas dificultades para triunfar entre nosotros del desfavor del mundo médico. Su defensor fué H. Lebert, alumno de J. Muller y Schoenlein, y que había estudiado con estos maestros de ultra-Rhin. Detrás de él se colocaron sabios de genio, tales como Broca, Robin, Follin, espíritus audaces que se lanzaron resueltamente en la vía de las investigaciones micrográficas.

Con el microscopio en la mano, se dedicaron al estudio de los tejidos patológicos, y fué así como Lebert llegó a formular su teoría de la célula cancerosa específica. Para él esta célula es un elemento tan netamente determinado como los otros elementos anatómicos de los tejidos normales y todo humor que contiene células cancerosas es un cáncer.

Esta teoría es hoy día, y desde hace mucho tiempo, reconocida como anatómicamente errónea; desde 1854, el profesor Velpeau combatió las afirmaciones de los micrógrafos e hizo justicia a la doctrina de las células específicas del cáncer. Pero queda en el activo de Lebert y sus colaboradores el mérito de haber definido netamente el tumor fibroplástico, hasta entonces confundido con el cáncer propiamente dicho.

Llego en esta rápida exposición histórica a las dos teorías que largo tiempo se disputaron el favor de los sabios.

La teoría de la irritación, de Virchow

Para el gran médico alemán Rodolfo Virchow, la cuestión del cáncer se reduce a esto: bajo la influencia de una causa irritante cualquiera, que sobre otro punto no hubiese producido sino una infección simplemente inflamatoria, puede ocurrir que la irritación dé lugar al desarrollo de un tejido especial que no es otro que el tumor específico del cáncer. La tumefacción y el tumor no tendrían, pues, sino una sola y misma causa: la irritación. Esta causa primera puede, por otra parte, ser producida sea por un agente mecánico, tal como un choque, sea por un agente químico, una **acrimonia**.

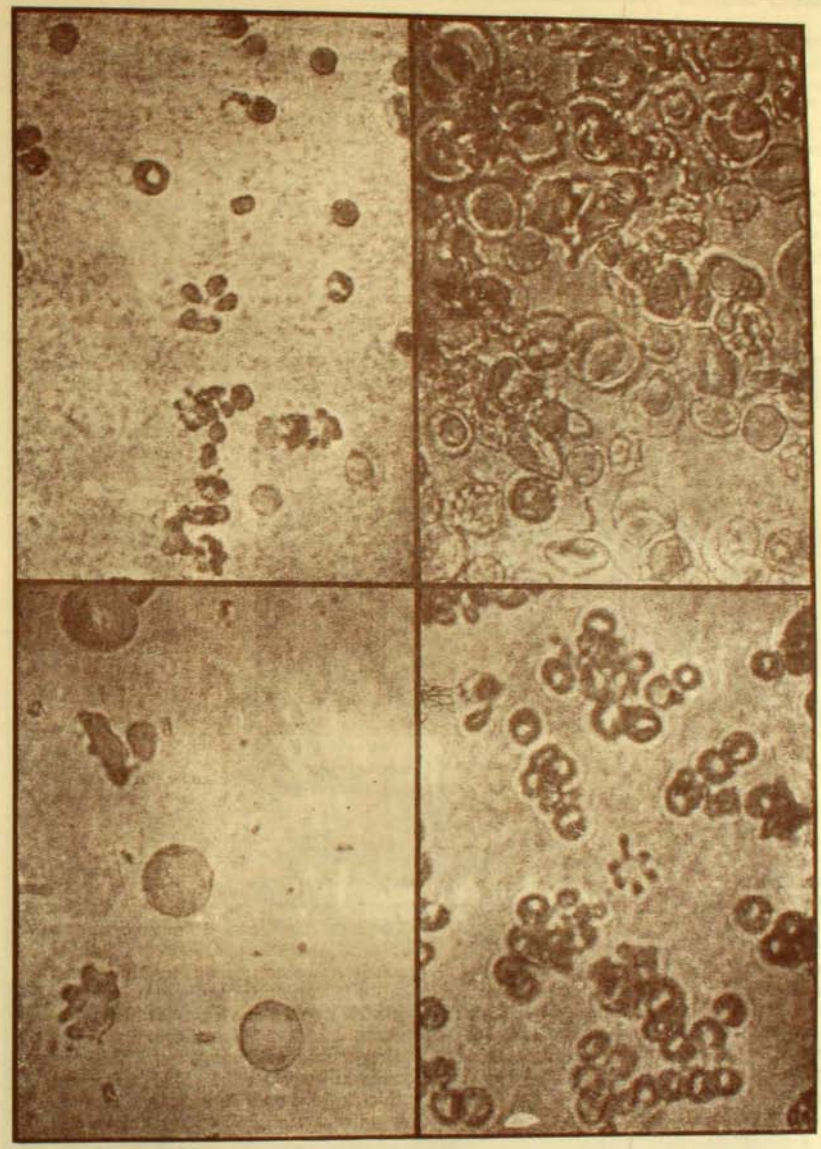
En apoyo de esta tesis, llamada del **carcinomo alveolar**, Virchow hacía notar que ciertos traumatismos son seguidos de cáncer.

Esta doctrina, en favor de la cual la escuela alemana manifestó una notable unanimidad, tenía la ventaja,—o el defecto—de ser excesivamente simple. Ella fué, por otra parte, bastante nefasta a las robustas científicas sobre el cáncer, pues se descuidó en adelante y por mucho tiempo, todo estudio acerca del origen y de la evolución de los elementos propios de los tumores, para consagrarse exclusivamente a la determinación de la estructura alveolar del cáncer.

Tenía contra ella, esta teoría, el hecho grave de no reposar sobre ninguna analogía en la economía patológica, y, en suma, no hacía sino substituír a la célula específica de Lebert, la expresión del tejido específico, todavía más inverosímil.

La teoría epitelial de Cohnheim

La tesis sostenida por Federico Cohnheim es a la vez más seductora y más científica. Ella reposa sobre los datos de la embriogenia y de la histología normal. Habiendo estudiado sucesivamente la forma de los cánceres en los diversos órganos más frecuentemente contaminados por el mal,—estómago, riñones, hígado, etc.,—Cohnheim creyó encontrar en todos los casos examinados un origen epitelial, lo que le llevó a resumir así su doctrina: Los tumores tienen por causa la presencia de gérmenes embrionarios quedados sin empleo en el momento de la formación de los diversos órganos. Estos gérmenes pueden permanecer en el tejido que les ha dado nacimiento o evadirse a un tejido vecino de otra especie. Su existencia no importa fatalmente la aparición del mal; ellos pueden quedar definitivamente inofensivos en el estado de germen, sin que el organismo sea afectado. Pero, pueden también desarrollarse por una causa cualquiera, mecánica o química. En este caso, aumentan de volumen y dan nacimiento a un tumor cuya naturaleza varía como varía el germen. ¿Estaban las células destinadas a formar tejido



Las formas del microbio del cáncer.—Los elementos del protozoario, en la sangre de los cancerosos, afectan una extrema variedad de formas; bajo la influencia del reactivo preparado por el Dr. Odin, se ve la lucha del microbio contra los glóbulos rojos de la sangre, sobre los cuales se lanza como sobre una presa.

muscular?: forman un **mioma**. Por el contrario, ¿eran ellas de naturaleza epitelial?: producen entonces un cáncer...

He dicho que la tesis de Cohnheim es seductora... Desgraciadamente, me es preciso agregar que lo es solamente en apariencia. Si vamos, en efecto, a la base de esta teoría, si examinamos friamente sus principios, estaremos obligados a reconocer que ella se apoya exclusivamente sobre suposiciones y sobre hipótesis. Ella necesita, en cierta manera, la aceptación de un axioma y su primer defecto es constituir una petición de principios: el de los gérmenes embrionarios



Una de las formas del microbio.—Entre las diversas formas adoptadas por el microbio, he aquí una de las más curiosas, la del trébol de seis hojas alrededor de un núcleo bastante vago.

que subsisten en estado latente en el organismo.

Su éxito fué grande, sin embargo. Ciertos autores han tratado de conciliarla con la de Virchow y han profesado una teoría mixta. Pero, en el curso de estos últimos años, la de Cohnheim ha continuado ganando terreno sobre la de su rival.

Los comienzos de la teoría parasitaria

Correspondía a la ciencia moderna derrotar a esas doctrinas antiguas, cuyo fundamento no se había demostrado mediante prueba verdaderamente perentoria.

Fué así como poco a poco se desarrolló la idea de que el cáncer podría muy bien ser la consecuencia de la existencia de un protozoario en la sangre de los enfermos. Esta suposición, basada sobre la analogía de otras afecciones de este género, se ha encontrado confirmada por la experimentación, la histología y la bacteriología.

¿Confirmada? Ilustres colegas, a los cuales me place rendir homenaje, Ruffier, Sandakewitch, han comprobado, en efecto, en las células cancerosas, la existencia de figuras semejantes a los microbios. Pero no se ve generalmente en estas formas sino el resultado de células en vía de disgregaciones, que afectan la apariencia de parásitos.

El doctor Doyen, por su parte, ocupándose de esta cuestión, descubrió en ciertos tumores un organismo al cual dió el nombre de **micrococcus neoformans**, que declaró tener por el agente específico del cáncer. Deseoso de experimentar esta verdad, inoculó en ratas algunas porciones de tumor. Estos animales tomaron el cáncer, pero en una forma insuficientemente caracterizada.

Con todo, esto bastaba para confirmar la nueva opinión relativa a la teoría parasitaria, y era ya un gran punto establecido.

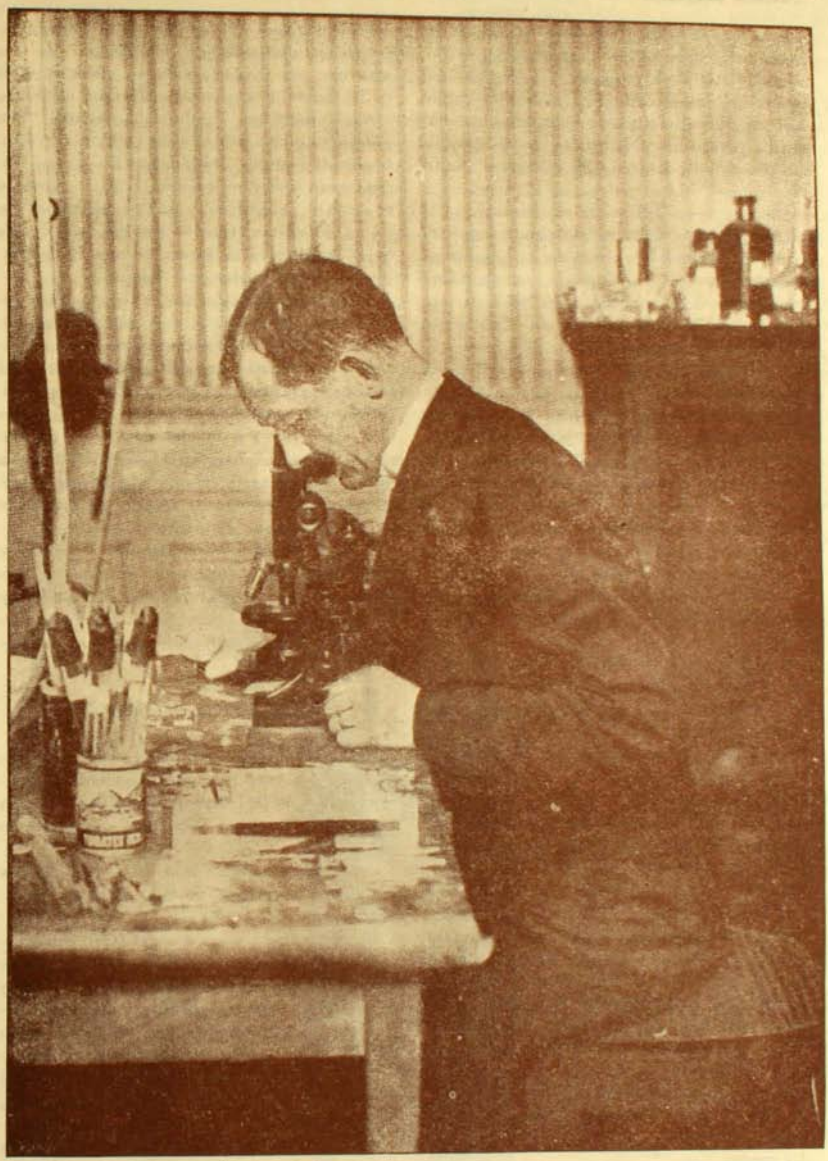
Tal era la situación cuando, aprovechando la experiencia de mis predecesores, me decidí a consagrarme más especialmente a la rebusca de este parásito.

Desde luego, un hecho me llamó la atención. Las enfermedades parasitarias que se generalizan, tienen siempre a la sangre como vehículo del protozoario. Me puse, pues, a estudiar particularmente la sangre de los cancerosos, persuadido de que ahí, solamente, estaba la clave del problema a la solución del cual la ciencia médica se dedica desde hace un siglo.

Muy pronto adquirí la certidumbre de no haberme equivocado, y creo poder afirmar hoy día que en todos los casos de epiteliomas, un examen minucioso permite constatar indefectiblemente la presencia de un organismo en la sangre de los cancerosos.

Sobre los 79 casos observados, ni uno solo ha venido a contrariar esta teoría. En todos he hallado elementos particulares que afectan la forma de amibas y que están animamados de movimientos amiboides.

He querido confirmar mi tesis tentando una contra prueba. Para esto he tomado 29 pipetas con sangre de personas sanas y las he sometido al examen microscópico. En 28 casos, a pesar de una paciente investigación,



El Dr. Odin en su gabinete de trabajo.—Haciendo un examen micrográfico sobre la sangre de un canceroso y estudiando los movimientos de los elementos y sus modificaciones. Se estudia perfectamente hoy en día, gracias a los engrandecimientos considerables que ha conseguido la óptica moderna, la vida microbiana en sus manifestaciones más misteriosas.

me ha sido imposible descubrir la menor traza de este organismo al cual atribuyo la formación y el desarrollo del cáncer. El caso 29 era el de un hombre de setenta y dos años. En éste encontré algunos ejemplares del elemento parasitario. No vacilo en decirlo, no en virtud del principio "la excepción confirma la regla", sino porque la edad del sujeto tomado como campo de experiencia, autoriza a poner en duda la perfecta integridad y el funcionamiento normal de su organismo.

Estimando que en ninguna materia tanto como en la de experimentación, es de temer el fenómeno de la auto sugestión—fácilmente se cree lo que se desea—he tenido buen cuidado de confirmar mis primeros ensayos con exámenes de sangre de cinco cancerosos y de tres no cancerosos que me han sido facilitados por la Escuela Normal superior, bajo el control de M. Matruchet. La presencia o la ausencia del parásito del género hematozoario, para el cual he propuesto el nombre de **Hemamaeba neoformans**, me ha permitido diagnosticar sin error, y las ocho veces el diagnóstico bacteriológico que yo formulaba concordó exactamente con el diagnóstico clínico establecido por el doctor de Keating-Hart.

Sin entrar aquí en detalles demasiado técnicos, sólo me resta decir algunas palabras sobre la naturaleza y la forma de este organismo parasitario.

El profesor Jaboulay, uno de los primeros que ha realmente afirmado la causa verdadera del mal, decía que el microbio del cáncer debía ser bastante vecino del que provoca el paludismo. Nada más exacto. Se aproximan mucho desde todos los puntos de vista.

Es una amiba que afecta las formas más diversas. Se entiende por amibas unos protozoarios microscópicos de cuerpo esferoidal constituídos con protoplasma incoloro o amarillento, generalmente homogéneo; se desplazan gracias a seudopodos, o ramificaciones que se estrellan a su alrededor. La observación al microscopio de una gota de sangre de un canceroso, permite constatar la presencia de un número considerable de elementos, que recuerdan bastante el aspecto de las castañas de la India que conservaran su concha rugosa.

Cada aspereza de esta concha parece corresponder a un núcleo, o, lo que es lo mismo, que hay varios núcleos por elemento. Estos elementos están animados de movimientos de translación. Se manifiestan de dos maneras, sea fijados sobre los glóbulos rojos de la sangre, sea al estado libre en el sérum.

Sus formas son regulares y variadas. Tan pronto se dirían alfileres de corbata o crisantemos de pétalos muy apretados y muy finos, como una raqueta, una cruz, un rosetón de cuatro, cinco, seis, siete elementos, un trébol de cuatro, cinco o seis hojas; a veces también adoptan la forma de una H de brazos paralelos de desigual longitud.

Al lado de estas formas, se encuentran todavía cuerpos esféricos cuyo parecido es notable con los que Laveran ha descrito a propósito de la amiba del paludismo; pero en el caso del parásito del cáncer, estos cuerpos esféricos están dotados de brazos más o menos numerosos (de 4 a 14) los cuales, en un momento dado, se disgregan y se desplazan a saltos. Ocurre también que una de las extremidades de estos brazos se infla en forma de pera o cabeza de serpiente.

Resulta de estas observaciones repetidas y verificadas, que seguramente estamos en presencia del organismo específico del cáncer, y su presencia en la sangre de un individuo permitirá afirmar que este individuo es canceroso.

¿Es curable el cáncer?

La bacteriología sería una ciencia bien vana si no poseyera preciosos conocimientos para el alivio de la Humanidad. Hallar la causa del mal es una gran cosa, pero curarlo es lo que vale.

Contra este terrible mal la ciencia médica y quirúrgica habían tentado diversos tratamientos.

El tratamiento médico o paliativo comprende el conjunto de los medios terapéuticos destinados a evitar la operación, en el caso en que ésta ofreciera peligros demasiado serios para el enfermo. Se han propuesto como específicos de la diatesis cancerosa el mercurio, la belladona, las aguas ferruginosas, el clorato de potasa y, desde hace algunos años, la electricidad. En los casos de tumor no ulcerado, el cuerpo médico ha preconizado la aplicación de pomadas resolutorias, tales como los emplastos de Vigo y el ungüento mercurial. Por fin, las ulceraciones profundas han sido generalmente combatidas con anti-

sépticos y soluciones yodadas, bromuradas o arsenicales.

Pero se puede afirmar que el tratamiento más efectivo y el más usado es el tratamiento quirúrgico, practicado, sea por compresión, sea por extirpación del tumor.

El primero de estos procedimientos no puede ser utilizado sino en el comienzo de la afección cancerosa. El puede tener por resultado atajar su progreso, pero sólo sirve en la generalidad de los casos para retardar el desarrollo del mal, y tarde o temprano es preciso llegar a la operación radical. Esta debe ser hecha con gran amplitud, de manera de desprender completamente los tejidos sanos que rodean el tumor, por la ablación de todos los tejidos mórbidos.

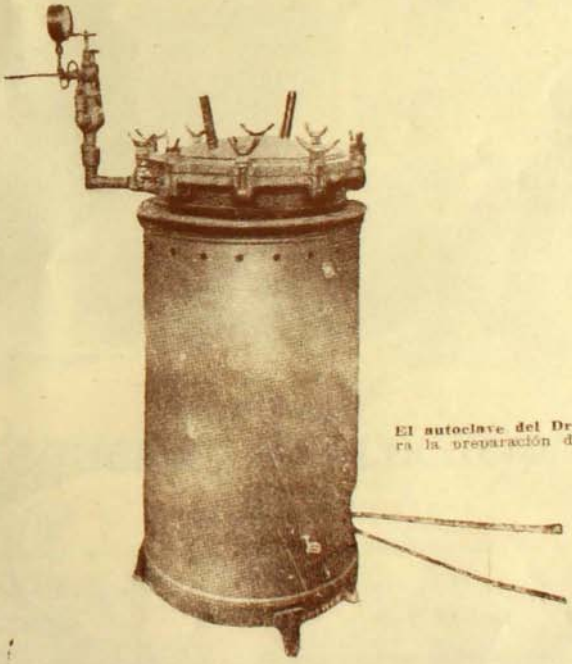
Desgraciadamente, la ablación o extirpación misma no es sino un remedio momentáneo, y hasta hoy día ha sido impotente para evitar la recidiva.

En adelante, preciso es decirlo y repetirlo muy alto, el análisis bacteriológico de la sangre es una cosa que se impone, desde el instante que la duda nace en el espíritu del enfermo. El permitirá, si la presencia del organismo parasitario se revela, atacar el mal antes de que tome proporciones, y en caso negativo podrá evitar muchas operaciones inútiles y dolorosas.

Está próximo el día en que la cirugía no tendrá que intervenir en la cuestión. Del mismo modo que Pasteur encontró el virus rábico, así también el cáncer deberá tener su sérum propio.

Es preciso descancerizar de alguna manera la sangre que las toxinas han envenenado, quitarle lo que contiene de impuro, y para esto no hay sino un medio: matar el microbio dejando a la sangre todo su vigor.

Este sérum necesitará todavía muchos estudios, pero no desespero, antes de poco, de llegar a determinar exactamente su contenido, en la esperanza de que mis modestos trabajos, al llevar al hombre un remedio contra el más terrible de los males que afligen a la Humanidad, habrán contribuído también a engrandecer el dominio de la ciencia y ayudar al triunfo de la vida sobre la muerte siempre emboscada.



El autoclave del Dr. Odin.—Para la preparación de su serum.



Srta. Victoria Larrain Morandé. (Foto. Rembert).



Pequeña equivocacion...!

Por RUCA-DIUCA

—Oye: me voy a acostar
y me harás el gran favor
de venirme a despertar...

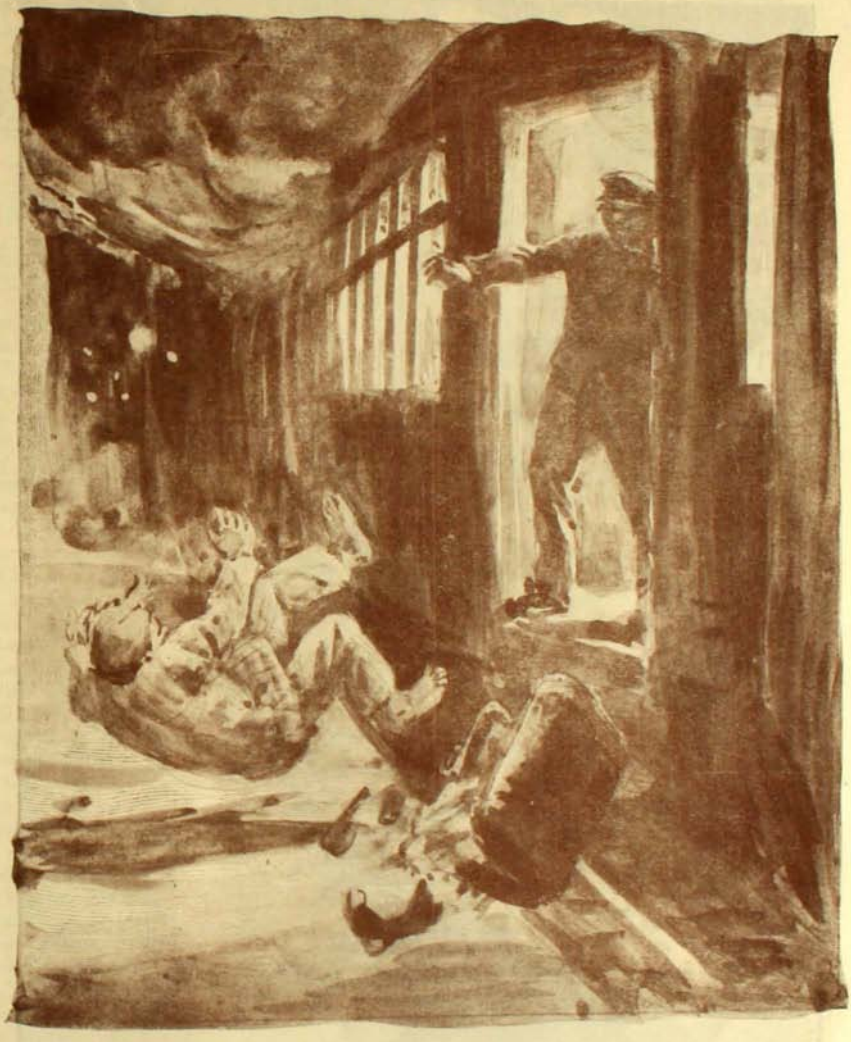
—¿En dónde baja el señor?
—En Talca, hombre. Y ten presente
que tengo el sueño pesado...

—No tenga, señor, cuidado,
le serviré puntualmente.
—Pero, no vaya a ser cosa
que te vayas a olvidar,
sería cosa horrorosa...
—No pensaré en otra cosa,
puede usted irse a acostar.
—Pero, mira: no soy dueño
de mi persona en la cama,
soy tan pesado de sueño
que tengo fama de leño...
—Aquí es inútil su fama.
Así es que duerma, y mañana
será una cosa tan cierta:
o sale usted por la puerta
o lo echo por la ventana!
—¡Bravo! Pues ya no me inquieta
pasarme... ¿Así es que mañana...?
—Lo arrojo por la ventana
cual si fuera una maleta!
¿Lo entiende?...
—¿Y aunque proteste
o esté yuyo como nalca?...
—Cueste, señor, lo que cueste
usted se quedará en Talca.
—Toma esos pesos...
—Señor,
esto es mucho para mí...
—No importa, pero ¡ay de ti!
si te olvidas...
—Su temor,
se lo vuelvo a repetir,
no tiene razón de ser:
vaya tranquilo a dormir
¡ya verá al amanecer!

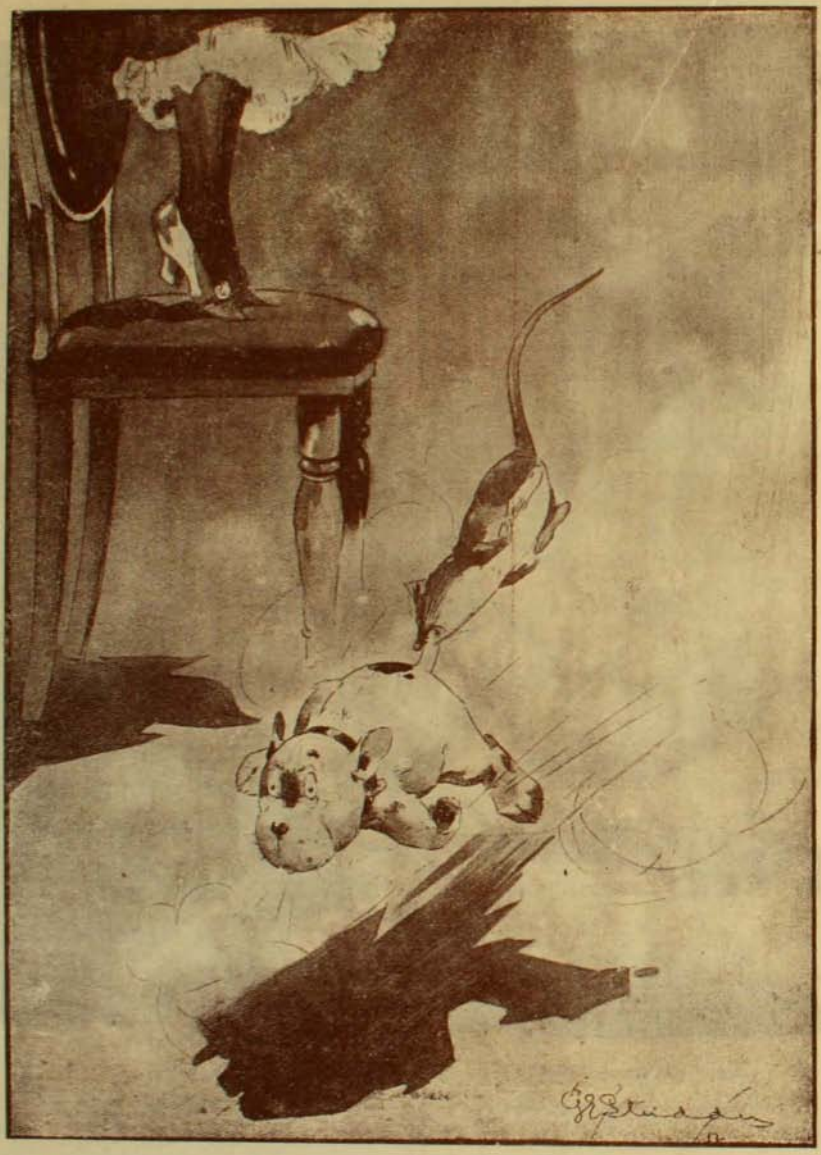
Siguió el nocturno corriendo,
caminando, caminando;
mientras unos van durmiendo
siguen los otros roncando.

.. ..

Un pitazo. Al fin! ¿Qué tal?
Lindo viaje, extraordinario.
¡El tren llega a itinerario
a la vieja capital!
—¡Santiago! ¡Santiago!...—el mozo
anuncia a los pasajeros;
vuelan maletas, sombreros...
¡Qué confusión! ¡Qué alborozo!
En medio de tanto ruido,
brusco, sale un caballero,
entre despierto y dormido,
y pregunta a un pasajero:
—¡Dígame, por compasión!,
¿qué significa este estrago?
—Pues, ¿que no ve la Estación?
—¿Qué estación? ¿La de Santiago?
¡Por vida de San Canuto!
¡Mozoooo!...
—¿Señor? ¿Su equipaje?
—Mira, pedazo de bruto!
animal... bestia... salvaje...
¿No te encargué me dejaras
en Talca? ¿No te encargué
cien veces anoche que
en Talca me despertaras?
En balde estiras tu hocico
imbécil...



—Pero... Señor!
—Toma... trompeta... borrico...
Toma... toma...
—¡Por favor!
que ya mi culpa pagué
con... aquel otro señor
que a viva fuerza bajé
en Talca... ¡Si esto no es nada
con lo que me dió... aquel otro...
que me dió cada patada...
digna de un hijo... de potro!...



De cómo a veces se tiene miedo de los más pequeños. Hé aquí que un ratón valiente pone a bestias y gentes en derrota.

CARLOS DORLHIAC

Y SU OBRA

NUNCA ha habido en Chile una exposición de este género. Nadie ha extraído del dibujo conjuntos más acabados y más admirables. Nadie ha producido una obra más esmerada, y a la vez más liviana, más espontánea, más llena de emoción.

Es necesario haber estudiado la naturaleza con alma, y tener la pasión serena de los grandes maestros, para poder transmitir con tal amor, y tanta exactitud, la poesía de los árboles, de las iglesias y de las calles viejas.

Da fastidio al hablar de obras verdaderamente extraordinarias como éstas, ver cómo la ligereza de los críticos ha gastado los términos elogiosos, prodigándoselos a diestra y siniestra, a individuos que no tienen siquiera las facultades de un amateur de buen gusto.

"Las pataguas", un grupo de estos árboles amontonados y recogidos, como abrazados espiritualmente en uno de esos días extáticos de sol, es algo tan admirable, que podría presentarse con indiscutible triunfo en los mejores museos de Europa.

El dibujo de Dorlhiac es perfecto, lleno de vibración, de firmeza, de serenidad. La hora, el ambiente, están sugeridos de una manera maravillosa. Cada una de sus obras es como una frase bíblica, llena de sencillez y de profundidad.

No hay temas aglomerados; no hay una plumada hecha para producir efecto. Todo surge nítido, hondamente sugestivado por la poesía del artista.

Quizás porque la obra de Dorlhiac está toda ejecutada a pluma, porque carece de color, la simplicidad, la sencillez de la línea se destaca con mayor interés, con mayor fuerza; es como si el artista nos diera al



Mujer del pueblo.



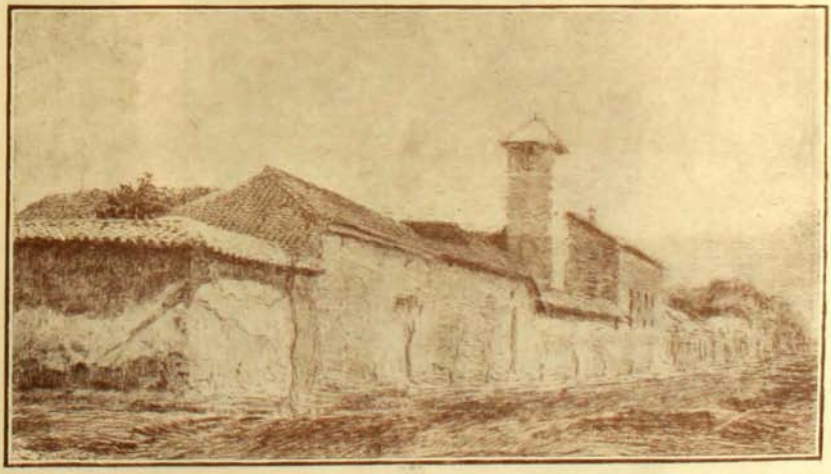
Iglesia de San Vicente (Chillán).



Huerto y capilla franciscanos.



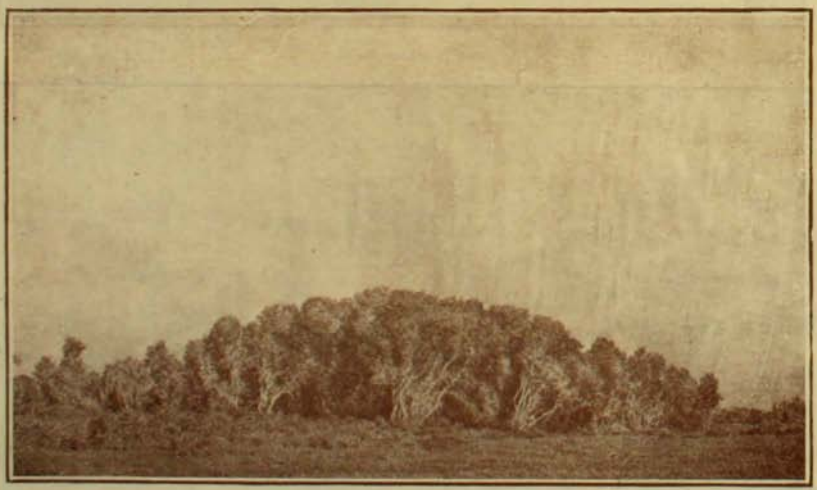
Claustro viejo.



Convento.



Capilla franciscana.



El bosque de pataguas.

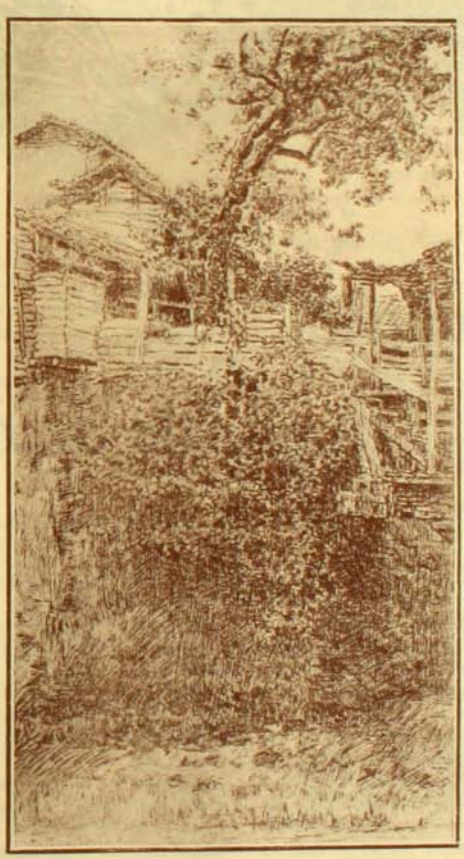
desnudo el alma de las cosas. Hay vida en cada detalle de sus obras, que son una poesía, un canto, una leyenda.

Dorlhiac no imagina, siente, y, con delicadeza infinita, derrama su alma sobre la más pequeñita de sus obras.

Nuestro público, justo a veces en sus manifestaciones, ha visitado diariamente la Exposición Dorlhiac. Su apertura fué un verdadero acontecimiento artístico. No sólo en los centros pictóricos, sino en los salones, en los paseos se ha comentado con efusión el triunfo de este artista, que en silencio y con tanta honradez elaboró su obra.

Y nuestro Gobierno ha interpretado bien este unánime concierto de justas alabanzas, adquiriendo para el Palacio de Bellas Artes uno de sus cuadros más hermosos.

SARA HÜBNER.



En el barranco.



Una ornamentación original: La raya mosaica, el tehodún y el malararat.

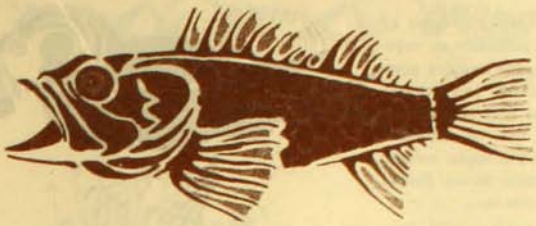
Los animales en el arte decorativo

El animal, en todos los tiempos, ha ejercido una especie de fascinación sobre los hombres: los egipcios adoraban el Buey Apis, el Escarabajo Sagrado y la Serpiente, y todos los pueblos de la antigüedad tenían verdadera pasión por lo relativo a la vida animal.

El hombre prehistórico guardaba de sus cacerías a través de los grandes bosques el recuerdo de los animales gráciles o terribles y lo traducía en dibujos grabados sobre las paredes de las cavernas-habitaciones (dibujos generalmente notables por su verdad, en los cuales un simple trazo definía perfectamente el género y carácter de cada animal). Los asirios fueron también grandes aficionados a los animales y los griegos han sabido decorar sus ánforas con dibujos de antílopes, gacelas, monos y leones.

En nuestros días, en que la fauna sólo es conocida por las fotografías, los museos y las obras de zoología, es cosa más frecuente recurrir a la flora para decorar nuestros objetos; los pueblos antiguos, por el contrario, adornaban más fácilmente un vaso con un animal que con una flor; sólo los japoneses, esos reyes del bibelot, parecen haber continuado la tradición antigua.

Sin embargo, la fauna nos ofrece innumerables riquezas y un inmenso campo de estudio; el artista puede encontrar en ciertas especies de animales, las formas más propias para sugerir el decorado y las variedades más susceptibles de recibir una interpreta-



Sebasta dactilóptera.

ción decorativa. El animal, cualquiera que sea el género a que pertenece, posee siempre, con exclusión de ciertos detalles anatómicos, a veces vulgares o feos, líneas de conjunto a menudo armoniosas y elegantes que agradan a la vista y son, por consiguiente, poderosamente decorativas. Quien dice encanto de la vista, dice de algo decorativo, puesto que la decoración es un atavío hecho únicamente para nuestro placer y para satisfacer el goce de nuestra retina o el afinamiento de nuestras sensaciones.

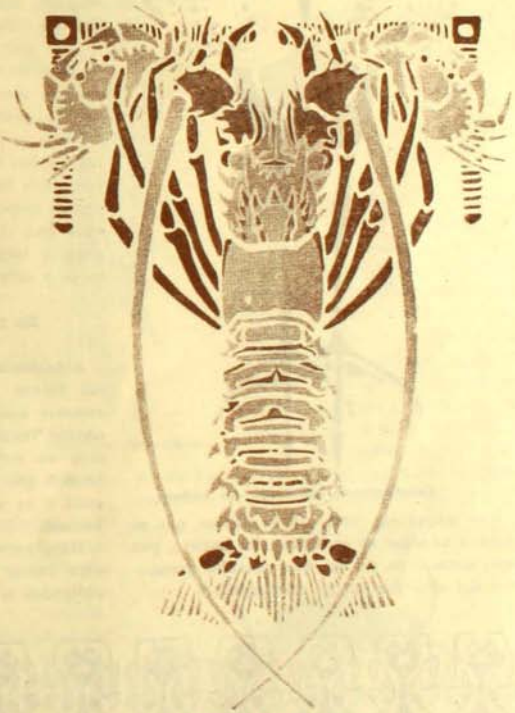
Hagamos valer estas líneas armoniosas, quitemos al animal su carácter, suprimamos ciertos detalles inútiles y obtendremos un **animal decorativo**.

Los griegos supieron comprender esto: sus frisos de leones que se ostentan en zonas superpuestas sobre las ánforas corintias son maravillosos ejemplos de interpretación ornamental; con unas cuantas líneas supieron dar la soltura felina de los lomos, la musculatura enérgica de las patas, la fuerza brutal de las mandíbulas; y este dibujo sólo es una simple decoración, una simple imagen destinada a ilustrar un vaso.

Los pueblos antiguos, en todas sus felices representaciones de la fauna, se han limitado a desfigurar ciertas especies, a modificar las leyes naturales, y hasta a combinar en un solo tipo ciertas formas provenientes de individuos diversos. De esa suerte crearon esos monstruos que en todo tiempo han desempeñado un papel preponderante en la escultura ornamental y el arte decorativo.

Aun cuando el gusto de lo maravilloso, de lo extraño y de lo sobrenatural sea una de las causas primordiales de estas creaciones extraordinarias, es preciso ver también en ellas el juego de las imaginaciones fantásticas.

No contentos con obedecer a una función decorativa, la mayor parte de estos monstruos servían todavía para expresar, muy a menudo, ideas abstractas y símbolos: obsér-



Langosta y langostino.

vense si no esas hileras de esfinges, seres híbridos, leones con cabeza humana; su repetición, al formar delante de los templos egipcios una larga avenida triunfal, ¿no despierta una de las más poderosas fórmulas del arte ornamental? En tanto que su dualidad constructiva nos recuerda que cada esfinge es la afirmación del principio de la fuerza unido a la soberana inteligencia.

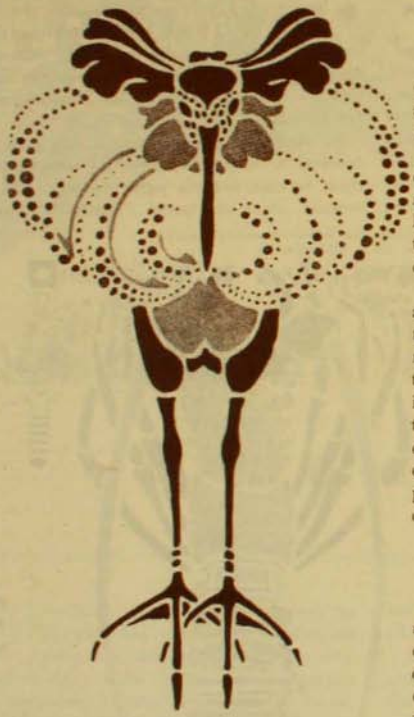


Cirrhata del Japón.

El éxito de estos seres monstruosos ha sido grande; su adaptación a las leyendas ha sido tan perfecta, que los encontramos a través de todas las civilizaciones.

Las artes de la Edad Media están llenas de quimeras, de reptiles extraños, de unicornios, de leones heráldicos, de animales fabulosos; y estas creaciones originales no se extinguen, lanzando su último esplendor, sino con los últimos días del Renacimiento.

Hoy día, toda reproducción animal que se alejara de las formas anatómicas reales no tendría oportunidad alguna de ser aceptada; no nos queda sino el recuerdo de estas misteriosas y poéticas ficciones; la encantadora ingenuidad de la construcción de estos monstruos nos hace ahora sonreír; pero, no olvidemos respetar estas viejas fórmulas porque ellas han sido un auxiliar precioso del arte popular bajo todas sus formas: cuentos locales y arte decorativo regional.



Combatiente en traje de bodas.

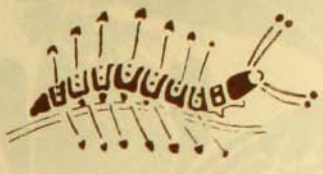
Los magníficos toros alados asirios, que se pueden admirar en el Museo del Louvre, ¿no son, acaso, una de las más notables creaciones del arte decorativo monumental?

Es preciso estilizar el animal

Actualmente, si miramos a los animales como fuente decorativa, no nos es necesario cometer ningún error científico o anatómico; ciertas fantasías o caprichos de la imaginación no serían comprendidos por todos; es preciso que cada especie esté netamente indicada y se aproxime, lo más posible, al tipo normal.

Hay, por otra parte, bastante que hacer en este orden de ideas para que nos veamos obligados a recurrir a formas nuevas.





El animal considerado con su relieve es muy difícilmente aceptable en la decoración moderna; ciertos insectos pueden, sin embargo, servir para el atavío femenino: collares, anillos, peinetas; también los reptiles; y la serpiente, ¿no es acaso un brazalete? Pero, no es en los animales de ciertas dimensiones donde encontramos la dificultad; no dificultad de realización, sino dificultad de aplicación; nos faltan, en efecto, los vastos monumentos con sus grandes muros por decorar, que los orientales ponían a la disposición de sus escultores decoradores; no tenemos las vastas catedrales góticas y sus mil pináculos, ni los misteriosos templos indios, como el de Elefanta, en el cual la bóveda está sostenida por soportes en forma de elefantes.

Es preciso resignarnos a nuestras exigencias modernas y a nuestra pobreza monumental; no podemos mirar al animal sino como una expresión gráfica.

Procuraremos mostrar, muy rápidamente, la variedad enorme de dibujos ornamentales que puede sugerirnos el estudio de la fauna.

Desde luego, hay toda una serie de animales que llevan sobre sus cuerpos un verdadero atavío decorativo; como una mujer revestida de su más suntuosa toilette, de magníficos colores y finos bordados, una mariposa puede ofrecernos, en sus alas, los más notables dibujos de orfebrería, de encajes, y tejidos, y colores los más diversos y mejor escogidos que sea posible imaginar; las hay que imitan las riquezas brillantes de los esmaltes bizantinos, y otras las discretas armonías de las pálidas turquesas y las transparencias de las perlas.



Panthea coenobita.

Las orugas, esos seres que se consideraban malamente como repugnantes, poseen una librea maravillosa y variada, según su especie; obsérvense esas dos especies tomadas al azar y se verá que cada anillo de su cuerpo presenta un decorado geométrico; el mismo motivo se encuentra repetido sobre todos los anillos, creándose así una repetición ornamental que es una verdadera enseñanza, pues demuestra que las leyes de la Naturaleza son las mismas que las que emplean los hombres para el mismo uso.

La mayor parte de los insectos tienen en sus élitros motivos dispuestos ingeniosamente, que forman combinaciones geométricas curiosas y originales; los insectos más horrorosos tienen su coquetería; las arañas ocultan, en la reunión de sus patas velludas, un abdomen surcado de zig-zags, artesonados, cruces y otros motivos. Desde la más humilde chinche de los bosques hasta el más grande de los coleópteros, hay millares de insectos que viven en las praderas y los bosques



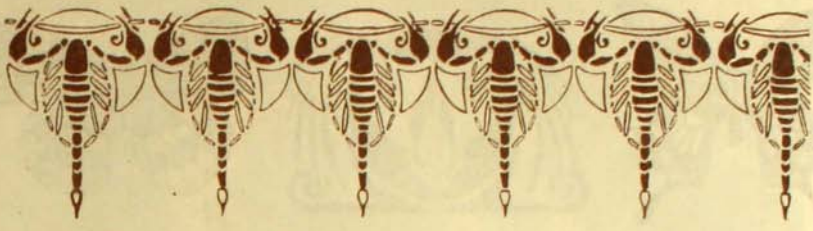


Hoja de biombo.—Bucros, toco, trochilius, pájaro mosca, cyrtotrachus.

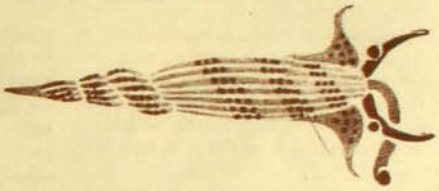
con un cuerpo trabajado y decorado como una alhaja.

Los moluscos tienen habitaciones suntuosas; las conchas de bonitas formas tienen sobre sus espirales y circunvoluciones manchas sembradas con orden, semilleros ornamentales del más feliz efecto.

Se puede sacar de estos ejemplos una en-



señanza de composición decorativa. Todo ahí está en su lugar, todo es armonioso en su proporción y en su función: las mariposas del día tienen tonos claros y luminosos; las mariposas de noche, por el contrario, tienen una decoración y unos colores apropiados a su papel y a su género de vida; son sobrias, siendo ricas, muarés o aterciopeladas, sobre un fondo de cielo negro; los insectos que voltejean al sol y a lo largo de los arroyos, como las frágiles libélulas, tienen todos las riquezas del oro y de la plata; los insectos de los países cálidos son extraordinarios de brillo y de vida, en tanto que los de los países fríos son opacos y piden solamente a la forma su belleza.



Se encuentran, evidentemente, exageraciones, como esos picos enormes de los buceros y de los tocos; pero, aparte de algunos specimen bizarros y originales, los tipos normales, armoniosamente construídos, abundan; sea en los pájaros, en los peces, en los reptiles o en los insectos, las bellas formas forman cantidad. Véanse, como por ejemplo, esos combatientes en traje de novios, graves, y con su cabeza aureolada de plumas desgreñadas. ¿Puede verse un pájaro más gracioso? Si el animal no lleva en sí mismo una decoración, nos interesa por su forma.



Los peces, a pesar de una apariencia general uniforme, ofrecen al decorador los coloridos más brillantes y las formas más sorprendentes. Desgraciadamente, el artista se evade siempre a las dificultades de realización de los estudios documentados, porque los peces no poseen sus tonos magníficos y la soltura ondulante de su cuerpo sino en medio del elemento en que viven. Entre los peces en forma de huso: el maque-









Cabeza de cirrhata.

reau, cuyas escamas tienen reflejos irisados, el pez volador, el salmón, la anguila, la perca, cuyo cuerpo está surcado de bandas negras, son las variedades más notables. Entre los peces chatos, las especies más originales son: el rodaballo, el lenguado y la raya mosaica.

En suma, el mar guarda seres extraños, verdaderos monstruos, como el erizo de mar, de forma globular y erizado de picos, y como el hipocampo o caballo de mar.

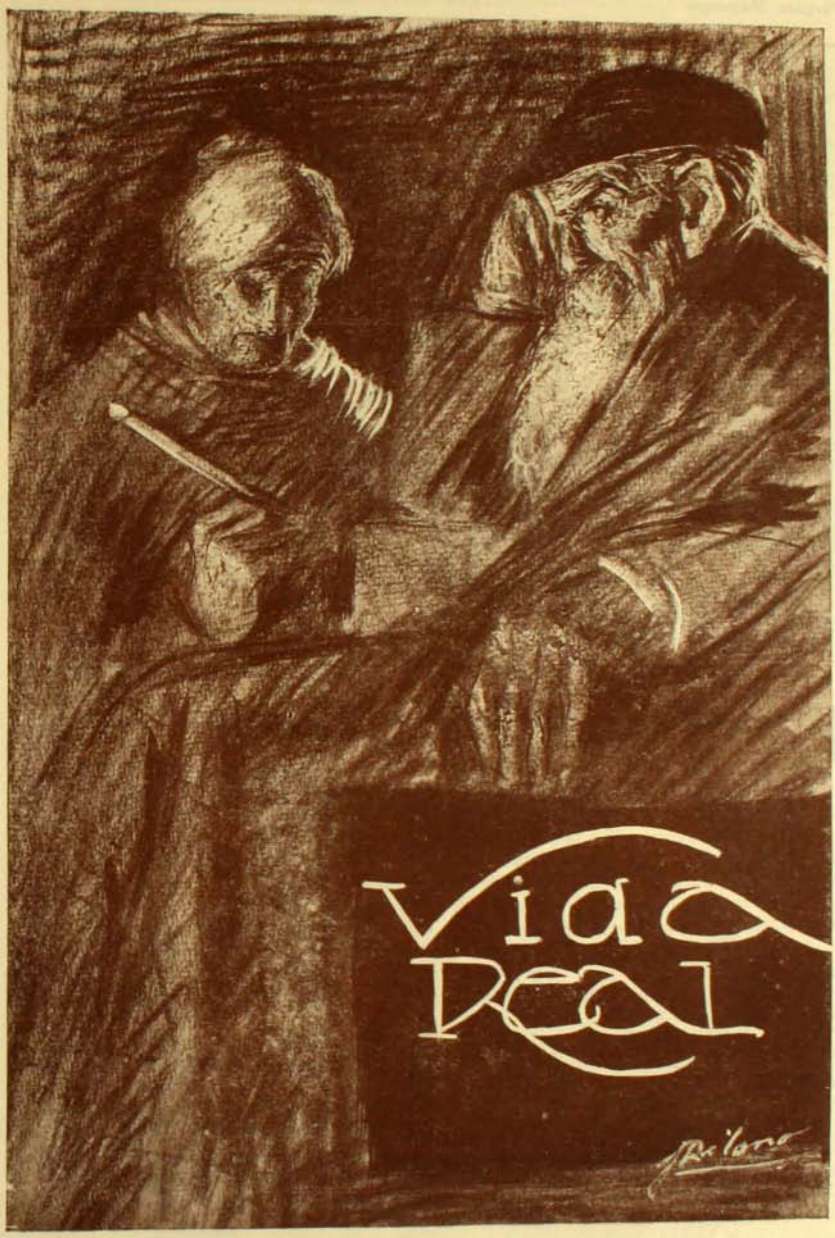
Los dibujos que acompañan a este artículo son interpretaciones decorativas; hemos tomado un ejemplo en cada variedad, que hemos estilizado, es decir, traducido de una manera particular.

La estilización consiste, sobre todo, en la valorización de ciertos detalles, en la acentuación de ciertas líneas capaces de proveer, por su carácter, un aspecto francamente decorativo; así, para las orugas, hemos insistido en el decorado de los anillos; para las mariposas, en las disposiciones rigurosamente simétricas de la ornamentación de las alas; para los tocos, sobre los enormes picos surcados de estrías. Cada especie tiene sus particularidades, y no hay sino descubrirlas y utilizarlas.

En resumen, vemos que todo esto que existe en la Naturaleza es capaz de interesarnos desde diversos puntos de vista; si la fauna se ofrece a la vez al estudio científico y al estudio artístico, esto prueba que el hombre ha sido siempre empujado por el deseo de profundizar los misterios que le rodean al mismo tiempo que por la rebusca de la Belleza bajo todas sus formas.



Manta religiosa.


Vida
Real



ERA el 20 de junio del año 1917, aniversario del matrimonio de los esposos de Zuloaga. Llovía afuera sin clemencia, la soledad peculiar de las horas duras del invierno dominaba como una lápida mortuoria sobre la ciudad de Santiago. Adentro, en el modesto saloncito de la casa que durante 20 años había abrigado piadosamente el vaivén de la vida matrimonial de aquella pareja, se encontraban dos seres: un anciano de 70 años a lo menos y una mujer que aparentaba haber recorrido con dolor 60 inviernos bajo el peso fatal del destino.

El hombre miraba distraídamente con ojos opacos el monótono chisporrotear del fuego que ardía exangüe y moribundo en un antiguo brasero de cobre. Las piernas del anciano estaban envueltas en un amplio y confortable chalón; su cuerpo, sobre el cual colgaba un grueso paletó, parecía estar ya rígido, de tal manera eran pocos, lentos y difíciles los movimientos de aquel hombre.

A veces el fuego parecía reír despidiendo chispas fugaces que iban, allá, a esos sitios en que nada existe y en que nada se ve.

El viejo no se inmutaba por ello, las profundas arrugas que surcaban su cara permanecían inmóviles, la huella de los años que se fueron, ordenaba la vida de ese sér en tal forma que era para él indiferente el momento actual, y sin valor la palidez de los pocos días que más tarde podían venir.

—¡Ay!, exclamó quejumbroso el viejo. Me duelen mucho las piernas, fricciónamе.

La señora de Zuloaga, seca como un espino solitario en medio de la verdura de los campos, alzó lentamente su cabeza, y, dejando caer sobre sus rodillas los palillos que durante más de una treintena se

habían agitado en continuo movimiento, dijo:

—Voy, espera.

Se levantó de su asiento, dura, angulosa y fría, y, llevando sus antiparras a la altura de la frente, se dirigió con paso seguro hacia una mesa de caoba que descansaba sobre tres imponentes garras de leones y en cuya cubierta había algunos frascos, drogas y un paquete de algodón.

La señora de Zuloaga friccionó a su marido con energía, con dedicación y con absoluta seriedad.

Los quejidos leves y las dolorosas contorsiones del infeliz anciano, torturado por el reumatismo, síntesis aguda de ciertos brillantes esplendores de la vida, pasaron por sobre el espíritu de la señora Zuloaga como el eco lejano de palpitaciones ajenas, de sentimientos fríos e indiferentes para su alma ya también rugosa.

Cuando la anciana concluyó su tarea y volvió a dar vida a aquellos diminutos palillos de los cuales brotaban, como hijos de una ciencia mágica, calcetas para pequeños, vistosas galas destinadas a vestir la juventud, bandas sedosas para cubrir los cuerpos ateridos de la vejez, levantó de nuevo lentamente las gafas, suspiró y dijo:

—Cosme, no te ofendas si en un día como hoy hablo y exteriorizo cosas que se agolpan ya de una manera intolerable sobre mi cabeza sexagenaria.

—Di lo que quieras, balbuceó don Cosme.

La vieja suspiró de nuevo y comenzó a decir: ¿Has pensado alguna vez, Cosme, en la vida que se ha ido? ¿Has pensado alguna vez en lo que ha sido de mí, pobre mujer, que durante toda una existencia no ha hecho otra cosa que acudir a ti para calmar tus dolores, para hacer más llevadera la pobreza en que vivimos hace más de 20 años?

Don Cosme frunció el entrecejo. Los palillos parecieron adquirir una extraña velocidad entre los nerviosos dedos de la anciana.

—¿No tenía yo acaso derecho a vivir como otras?, continuó doña Dolores. Recuerda bien lo que fuimos y lo que somos. Era yo una morena de ojos claros en los cuales vibraba como en el centelleo de las estrellas la esperanza del amor, de la vida satisfecha, amplia y generosa. ¡Cuántas cosas, soñé! Llegaste a mí cual precursor de días de eterna placidez, en medio de los que brillaría yo como una joya que sería sólo para ti; pero que causaría también la envidia y la admiración de los demás.

Tú eras tierno, traías en el fondo de tu alma un caudal de conocimientos, de delicadezas, de matices que me atrajeron. Me hablaste en una lengua maravillosa en que se mezclaban las grandes concepciones del arte, las altiveces del hombre y la entrega humilde del esclavo. Creí. Más tarde pude ver que no sé por qué causa que hasta ahora ignoro, me abandonabas lentamente. Tu energía se deshacía como leve espuma; mientras otros ganaban fortunas, sentaban a sus mujeres en un trono brillante de lujo y de ternura, nosotros compramos con increíbles esfuerzos esta modesta casa, en que se ha apagado en tus labios el canto del cisne y en que he visto implacable y dura extenderse sobre mi existencia vacía la fatal mano de la muerte. Miró hacia atrás y la página de mi vida está en blanco, no he vibrado, nada he sentido, el pasado es monótonamente obscuro y silencioso y hoy debo confesártelo, Cosme, en el fondo de mi espíritu se levanta una sorda protesta contra ti, que me engañaste, y, ¿por qué no decirlo?, tus achaques me irritan, y mi alma como una fuente turbia y cenagosa, destila en las profundidades de los años una gota lenta pero constante de amargura y de dolor.

Una que otra lágrima se deslizaba caprichosa por entre las arrugas del rostro senil.

Esos ojos que las vertían estaban ya semi secos. En el final de la existencia todo muere y todo se esteriliza.

Don Cosme tosió con el crujido de algo que se rompe. Se enderezó quejándose, y luego que estuvo un poco más firme sobre su silla dijo:

—Dolores, no insultes la paz de nuestra vida. No protestes contra lo que se fué, ni contra lo que vendrá. Cosas hay más duras que lo que acabas de decir. Nunca quice hablar; tú has abierto el dique, óyeme:—Cuando conocí a la morena de ojos claros que brillaban como las estrellas, de-



posité en su frágil y adorable persona el inmenso tesoro de mis ternuras de 20 años. Era bella, su voz cantaba las melodías del norte con el fuego emocionante y doloroso de una grande alma. El lenguaje encantado con que la hablé, y al cual te has referido, tenía en su espíritu un eco que me llenaba de fuerza, de vigor y que hacía de mí un titán de las cosas materiales y también de las espirituales. Creí y nos unimos, y mientras yo vertía el caudal inapreciable de mis ardorosos sentimientos de la juventud, rodeando a mi Dolores de todas mis ternuras, se apagaba lentamente en ella, ahogado por la vida rutinaria, ese grito de frescura y de arte que antes me llamara como el clarín anunciador de una eterna felicidad, y mientras trabajaba sin éxito para surgir en los negocios, me empeñaba, ya con verdadera angustia, por despertar en ella a la morena de otros tiempos. Pero todo era inútil, parecía que la estrella material y la espiritual se obscurecían conjuntamente, que las frutas y las flores de mi jardín perdían, al mismo tiempo, las unas su sabor y las otras su fragancia. Y mis nervios se inquietaron, y mi vida se extenuó en un árido sacrificio, y busqué en la sociedad alegre de los amigos, de las fiestas lejanas al hogar la satisfacción de este infinito anhelo que me ha roído siempre el espíritu. Y murió en mí la poesía, y el arte, y la vida. No encontré nada, sino que la lenta y progresiva frialdad de tu alma y también el avance lento y progresivo de la gota. Te he visto mirar con ansiedad ua felicidad y el bienestar de otros y me he bebido las lágrimas que hubiera debido derramar ante la imagen hecha pedazos de nuestro amor. Miro hacia atrás y las páginas del libro de mi vida están en blanco, el pasado es monotónamente obscuro y silencioso. No culpemos a nadie, Dolores; ésta es la implacable existencia; medita y trata de comprender lo que no puedo decir. Duro sería analizar más, pero sí debo declararte que al contemplar el movimiento continuo de esos palillos que van y vienen sin cesar, agitados por manos marmóreas que nada sienten, descubro en el fondo de mi alma la misma fuente turbia y amarga que los años engañosos y la maldita vida han hecho nacer en tu corazón.

El viejo se incorporó y apoyándose en un bastón marchó lentamente en dirección a una puerta. Al llegar a ella volvió la cara hacia la compañera de su existencia y la dijo:—Dolores, no te olvides, te lo he dicho ya veinte veces, es necesario mantener cerradas las ventanas de mi cuarto.

Desapareció, y algunos instantes después pudo oírse el ruido seco de dos zapatos que caían al suelo uno tras del otro.

Pasó cerca de media hora. El eco de la respiración fatigosa y dolorida del sueño del anciano llegó hasta la habitación donde agonizaba el fuego dentro del viejo brasero de cobre.

Los palillos detuvieron su eterno marchar.

En medio del chasquido de la lluvia un sonido vibrante se desprendió de un badajo conventual, se desparramó en ondas claras por la ciudad dormida y fué a morir en los arrabales, junto con los hijos de la miseria. Y el sonido se repitió otra vez, y otra vez, hasta doces veces. Eran las doce de la noche.

Doña Dolores se arrodilló ante una imagen de la Inmaculada Concepción y, tendiendo sus ojos hacia lo sobrenatural, murmuró: "Hay flores cuya lozanía y frescura jamás pasan y coronas que no se marchitan; éstas son las que vos esperáis de vuestros hijos..."

Parecía que aún se dejaban sentir lejanamente las últimas vibraciones de la campana conventual. Concluía el vigésimo primer aniversario del matrimonio de los distinguidos esposos de Zuloaga.

N. NOVOA VALDES.



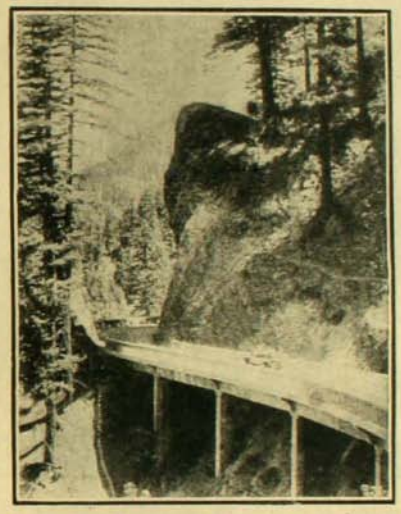


Srta. Matilde Sanfuentes de la Fuente. (Fot. Rembert).

La importancia de la profesión de ingeniero

El desarrollo de la Agricultura, de la Industria, como el perfeccionamiento de los medios de Transporte, dependen de la habilidad del ingeniero. Esta es una verdad que la han comprendido y hecho suya en la práctica, muchas naciones de las que en la hora presente ocupan los primeros puestos en la escala de la potencia económica del mundo.

La posibilidad de desarrollar extensas relaciones comerciales, enteramente descansa sobre el trabajo de los ingenieros. Es verdad que se puede cambiar un artículo por otro sin la intervención de peritos, pero para que el producto de las minas y los buques de un país sea cambiado con aparatos mecánicos de algún otro, a fin de que las riquezas mundiales sean aumentadas, es indispensable que sea aceptada la dirección y administración por el ingeniero, el precursor en el desarrollo de las relaciones industriales, comerciales y políticas.



Uno de los muchos puentes de hormigón armado en la carretera Columbia, construida en las laderas de las montañas del Estado de Oregón, en Estados Unidos. (Fotografía tomada de "Ingeniería Internacional")

En Chile, donde existen cientos de oportunidades que pueden ser otras tantas fuentes de riquezas, minas sin explotar, campos y recursos para inmensas industrias, tantas empresas que convertirían a sus organizadores en millonarios, en Chile, donde todo nos induce forzosamente a que nos convirtamos en industriales, puesto que en ello descansa nuestro porvenir, ¿cuál será el papel de nuestro ingeniero y cuál su preparación técnica para que contemos por asegurada la realización de este anhelo nacional? En el talento primero y en la energía después de nuestros profesionales presentes y futuros, palpita esa responsabilidad.

En este sentido, grande es la importancia que debemos dar a la profesión de la ingeniería entre nosotros, esforzándonos en que todos los que militan en las filas de tan honrosa cuanto difícil carrera, se hallen rodeados del prestigio y la eficiencia que demanda la responsabilidad de su cargo, a fin de que las obras que realicen y las empresas que emprendan, lleven en sí el sello de la garantía y del éxito.

La ingeniería es símbolo de civilización dondequiera que florece. Donde hay grandes obras de ingeniería hay grandes aspiraciones nacionales; hay garantías para el capital y un espléndido porvenir para todos los hombres de buena voluntad. Y así, basta igualmente contemplar o ver reproducido en libros y revistas cuanto ha creado el hombre en obras portentosas de in-



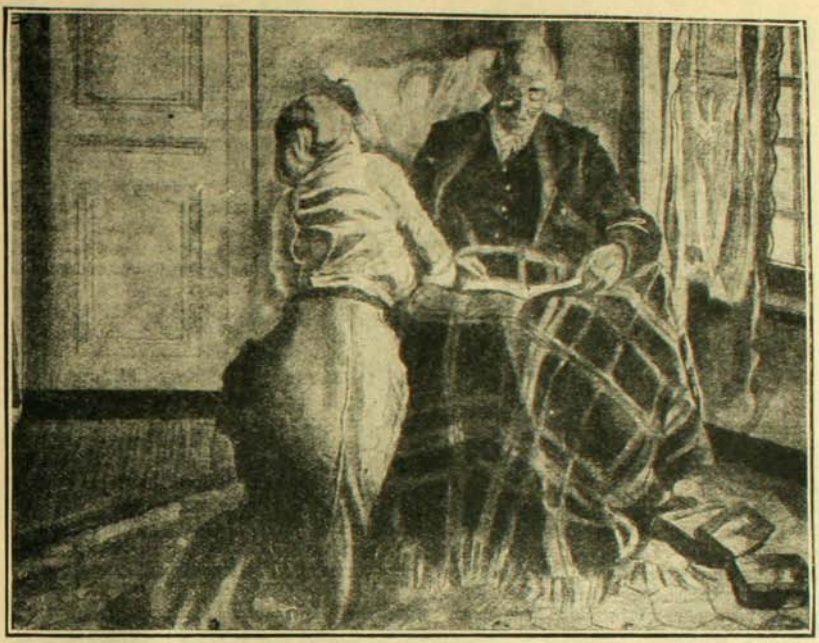
Canal de hormigón armado, construído en las faldas deleznables de una montaña en los Estados Unidos. (Fotografía tomada de "Ingeniería Internacional").

geniería contemporánea, para medir por ellas la civilización y el espíritu progresista de una nación o de un pueblo.

Estas consideraciones nos ha sugerido la interesante revista "Ingeniería Internacional" que acaba de aparecer editada por la conocida empresa norteamericana "Mc Graw-Hill Company Inc", revista que a la ventaja de hallarse totalmente escrita en castellano, une el prestigio de la casa editora, propietaria de las revistas técnicas más importantes del mundo.

Si esta noticia ha de causar grato placer a los ingenieros chilenos, no será menor el que experimentarán al saber que la "Mc Graw-Hill Company Inc" ha establecido ya su representación en el país a fin de que las relaciones nuestras con la mencionada empresa sean mantenidas con toda la eficacia que es dable esperar.

En el "Grand Hotel" de esta ciudad, en donde se ha instalado provisoriamente la oficina de la "Mc Graw-Hill Company Inc", tuvimos la oportunidad de conversar con su gerente, Mr. Hood, quien nos manifestó que la revista "Ingeniería Internacional" se ha publicado con el propósito de que los ingenieros y los industriales de las dos Américas, por medio de ella se comuniquen tanto sus ideas técnicas como el resultado práctico de sus últimas experiencias. Y se espera, nos agregó, que esta nueva publicación será el forum de los mejores pensadores de habla española, en donde viertan sus ideas y experiencia individual para que puedan ser aprovechadas por todos. Si en nuestra opinión, dentro de pocos años más, la ingeniería ha de realizar maravillas en nuestro país, estamos seguros que "Ingeniería Internacional" puede contribuir muy eficazmente a este resultado, y los beneficios que de ello se derivarán serán un título de gloria no sólo para nosotros, sino también para la organización de tan importante revista.



MARTIR DE SU CIENCIA.—El doctor Templey en la casa de salud donde ha sido condenado a concluir sus días, relee delante de su mujer las páginas que proclaman su inocencia a los ojos del mundo científico.

La mas hermosa operación quirúrgica

Por LUIS ARTUS

Señor—me dijo el abogado que me condujo hasta la célebre casa de locos de Matteavan, cerca de New York,—tengo el sentimiento de anunciarle que mi ilustre e infortunado cliente, el Dr. Grovenor Templey, de Cincinnati, rehusa recibiros. Me dice que ni su orgullo ni su reposo se lo permiten. Yo, como nadie, estoy obligado a respetar lo uno y lo otro. Excúseme de no haber insistido.

El proceso escandaloso, el crimen del doctor, su condenación a muerte a causa de su mutismo inexplicable, la tesis médica, que había dividido en dos campos a los facultativos del mundo entero, la apelación, la revisión del proceso, la habilidad del abogado que había alegado la locura y obtenido que Grovenor Templey fuera encerrado durante toda su vida como un demente, estrechamente vigilado, en una casa de salud, todo esto me movió a cruzar el océano. Quería entrevistar al condenado,

conocer de sus propios labios los motivos secretos, las excusas de su acto, tan misterioso, tan difícil de explicar.

—Participo de su percance y desgracia, —me dijo el abogado. Yo hubiera deseado que algún día se rehabilitase a uno de los más grandes y más nobles inocentes que hayan sido juzgados y condenados en el mundo. Entre tanto, dos sentencias definitivas han sido pronunciadas, nada puede ya modificar el porvenir del Dr. Templey, que terminará sus días, inútiles y tristes, en un lujoso departamento del asilo donde solamente Molly, su cómplice, su mujer, su admiradora,—¡la hermana, no obstante, de su víctima!—lleva y conserva con amor y por amor el gusto de la vida. Puedo, sin embargo, torcer su voluntad expresada, adelantándome, ¿quién sabe?, a sus intenciones. Venga a mi casa. Yo le confiaré el proyecto de defensa del doctor: algunas páginas que él debía leer delante de los jueces. Renunció a ello, y creo que hizo bien. La confesión del crimen se desarrolla ahí con las menores circunstancias. Con eso no hubiera podido yo conseguir el segundo veredicto, menos severo. Y, sin embargo, ¡qué almas están allí pintadas! Almas de héroes antiguos (y no hablo de la suya solamente, como verá), almas de "superhombres", así es como se dice hoy, me parece....

Y helas aquí, fielmente transcritas, las pocas páginas que el doctor me confió:

"Señores Jueces, mi conciencia no me reprocha nada. Hoy día, delante de ustedes, yo reivindico la responsabilidad de lo que he hecho. Si he aparecido rehuyéndola y si otra dos personas, a quienes ustedes han implicado como mis cómplices, han procedido de igual modo, es porque hemos temido la estupidez de la ignorancia y la crueldad de vuestros juicios. Pero, pensándolo mejor, no quiero ya para mis actos ni atenuaciones ni interpretaciones. Tales como los cumplí, en todas sus circunstancias de tiempo y de lugar, tales los referiré. Sólo deseo que vuestra conciencia sea bastante alta para comprenderlos.

"Un día, venía yo de visitar a un pobre cliente, James Holygood, que se decía el más desgraciado de los hombres, y con toda razón, puesto que, siendo excelente obrero, lleno de salud, acaba de ser amputado de ambas piernas, a la edad de treinta y cinco años. Yo me había encargado de hacer la operación. Los huesos habían sido hecho trizas por consecuencia de un terrible accidente de usina. James era pobre y estaba a cargo de su linda hermana Molly, cuya belleza no tengo por qué ponderar, ya que acabáis de verla y escucharla, pero cuya dulzura y bondad para el inválido eran incomparables.

"Yo me interesaba por la hermana tanto como por el hermano. Muchas veces, aun había divisado la eventualidad de hacer de ella Mme. Grovenor Templey, y con gusto uno y otra hubiésemos comparecido delante del pastor, si la prudencia no me hubiese impedido fundar una familia.

"A despecho de los descubrimientos quirúrgicos que el señor Procurador ha querido proclamar como "portentosos"; a despecho de un trabajo encarnizado, de la gloria que comenzaba, mis recursos eran precarios; todo lo que ganaba, y algo más, lo gastaba en experimentos que producirían en el porvenir el bien de los hombres y la prolongación de la existencia. ¿Cómo asociarme en estas condiciones a una mujer, a una mujer amada, sobre todo, que, sin aportar nada en ayuda de mi tarea, me hubiera tomado una parte de mi vida útil, una parte de bien común a los otros hombres, y del cual yo era depositario? Molly, que es clarividente y sensible, me comprendía y sufría.

"Yo pensaba en estas cosas, en la desesperación de James, en la dulzura resignada de Molly, al recogerme a mi modesto alojamiento.

Un corazón de cinco millones.

"Al llegar a mi casa, encontré a tres enfermos que esperaban mi vuelta: una joven madre que daba el pecho a su hijo, una mujer pobre y, por fin, M. Bergwiller, el millonario rey del acero, que reconocí a la primera mirada, por haber visto tantas veces su retrato en diarios y magazines. Les juro que cada uno pasó según su turno de llegada: la joven madre primero, en seguida la anciana; que no hice nada por abreviar el relato de sus miserias y que puse



DOS DESESPERADOS.—Un fuerte olor de gas se esparcía en la pieza: el desgraciado James yacía en su lecho, con la cabeza tumbada, y contra su mano que colgaba se apoyaba el cuerpo de su hermana.

todo el cuidado y la reflexión posibles para conseguir su alivio. Y, sin embargo, el corazón me latía con mucha fuerza. M. Bergwiller es conocido por el uso noble que hace de su inmensa fortuna. Le alabo por haberla adquirido por su actividad y su inteligencia, en detrimento, sin duda, del rebaño humano. ¡Qué importa! A ese precio él puede dirigirlo, conducirlo hacia una existencia más feliz y menos estúpidamente material. Me imaginaba que quizás M. Bergwiller había oído hablar de mi injerto humano, y que era su concurso el que iba a ofrecerme. ¡Qué porvenir de gloria y de dicha entreveía yo! Y la dulce Molly tendría su parte.

"—Doctor, me dijo al entrar M. Bergwiller, le ruego examinarme atentamente. Es la verdad, desde luego, lo que le pido; la necesito, y puesto que no ignora quien soy, no dudará de que estoy pronto a pagarla."

"Ustedes acaban de ver, en esta barra, a mi rico cliente, robusto, lleno de vida, capaz de las mayores tareas. Aunque la conversación que acabo de relatarles se remonta a algunos meses, les afirmo, y por otra parte, ustedes han recibido su propio testimonio, que M. Bergwiller era entonces un pobre cuerpo destrozado. Estaba minado por un mal cuyo secreto comprendí rápidamente y sin mayor trabajo: una grave enfermedad del corazón, una miocarditis crónica. Sus pulsaciones arrítmicas alcanzaban apenas a 23 por ciento.

Estaba sujeto a síncopes frecuentes, y a pesar del estado perfectamente sano del resto del organismo, era la certidumbre de una próxima muerte para un hombre como él, incapaz de reposo y necesario, por otra parte, al trabajo.

"El leyó en mi rostro la sentencia que iba a darle.

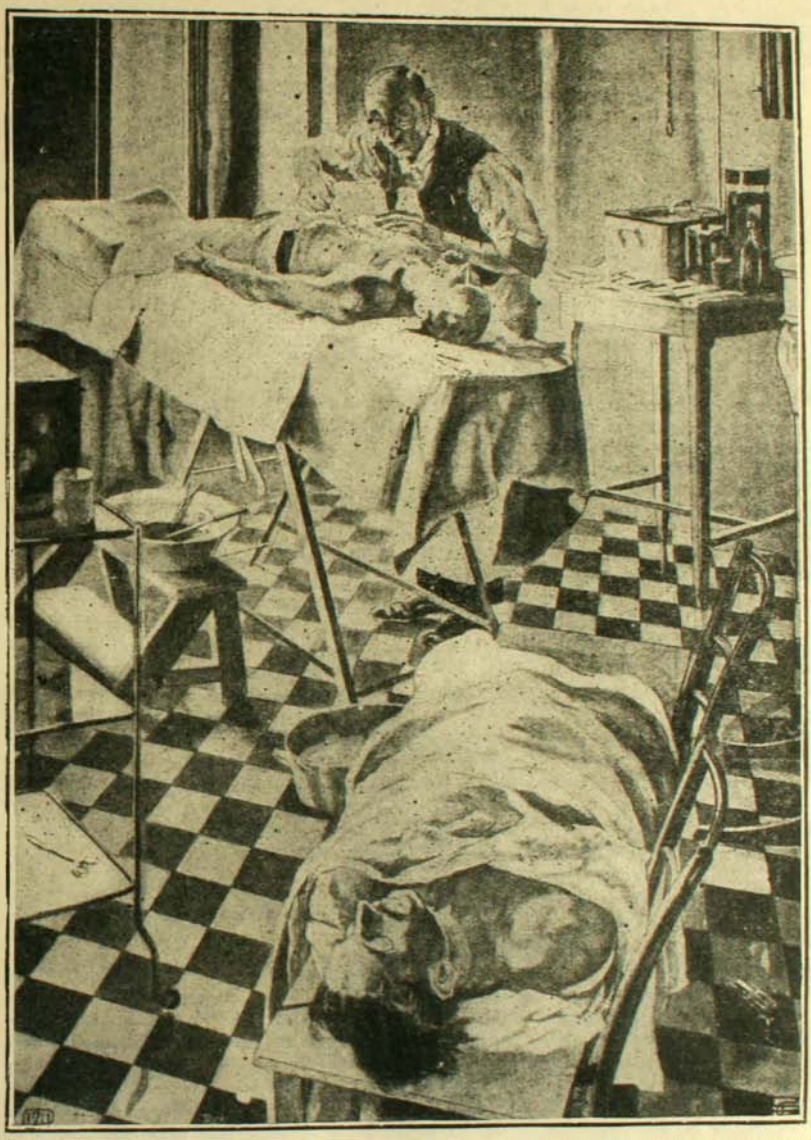
"—Bueno, me dijo, estoy perdido. Los más eminentes de entre sus colegas me lo han dicho ya, y yo mismo lo siento. Otro cualquiera no haría sino inclinarse ante un decreto tan motivado, pero yo no lo acepto. Quiero vivir todavía largo tiempo, plenamente. He puesto quince años en adquirir mi fortuna; necesito treinta para gastarla. Doctor, yo creo que usted puede ayudarme en esto, y que lo hará."

"M. Bergwiller conocía mis trabajos, había leído todas mis comunicaciones relativas a transplantaciones de órganos sobre animales de la misma especie; las conclusiones que de esas experiencias había sacado: la posibilidad que entrevía, que prometía, de tener éxito próximamente sobre el hombre, tan bien como sobre el animal. Estaba al corriente de mis menores publicaciones. En casos desesperados, yo tenté, no sin felicidad, audaces operaciones. El lo sabía. El día en que, siguiendo el método del Dr. Carrel, el sabio francés, me atreví a coser el corazón de aquel marino que había sido apuñaleado por un camarada en los docks de Nueva York, no vió él en ese párrafo de crónica sino una confirmación en sus certidumbres. Para abreviar, hé aquí lo que me propuso:

"—Es un corazón nuevo lo que preciso, un corazón fuerte y sano, capaz de impulsar en mis arterias y hasta mi cerebro, una sangre vivificada por ese perpetuo movimiento que es el único secreto de la vida, el gran secreto que vanamente persiguieron los alquimistas de las antiguas edades. Para repartir entre usted y los herederos de aquel que consienta en sacrificar su vaga humanidad en beneficio de un hombre integral y poderoso para el bien, hay un millón de dólares. Si ocurre que yo muero en el curso de la operación que usted tentará, habré hecho lo necesario, y doy mi palabra de honor de que nadie, en cuanto a mí concierne, le molestará. Reflexione. Vendré mañana por su respuesta..."

"¡A quién sino a Molly, a quien amaba, hubiera confiado mis incertidumbres y mis angustias? En esto pensaba cuando me dirigía a su casa. Sobre la moralidad de lo que se me proponía, confieso que no sentía escrúpulo alguno.

"Que un sér miserable vendiera, por el bien de sus hijos—su única razón de existir—un cuerpo inhábil para su magnífica tarea, asegurando así la salvación de un alma santificada por el sacrificio, me parecía sublime, a la verdad, pero natural, y humildes animales han dado algunas veces a los hombres tan flagrantes ejemplos de abnegación. Las dificultades eran de otro orden. ¿Dónde encontrar el desgraciado, no aniquilado por la pobreza, que no hubiera



UNA EXPERIENCIA SENSACIONAL.—El doctor, después de haber extraído del cadáver de James el corazón, que latía todavía, introdujo la víscera palpitante en el pecho del millonario filántropo.

buscado un consuelo en la borrachera o en otro vicio cuyas fatales consecuencias le hiciesen inepto para la sustitución que yo pensaba hacer?

Me era preciso, con toda probidad, asegurar a M. Bergwiller un órgano robusto, que le permitiera realizar sus sueños generosos. Era menester la paridad de edad y de sexo con la perfección de la salud; y la salud, de ordinario, predispone mal a la melancolía y al suicidio.

"Señor juez, le juro que cuando golpeé a la puerta de James Holygood, no me abrieron, no me respondieron, a pesar de mi insistencia. Inquieto, advertido quizás por un presentimiento, hice saltar la cerradura de un puntapié, y entré. Inmediatamente advertido de lo que pasaba por un fuerte olor a gas de alumbrado, me fuí derechamente hacia la ventana, y después de muchos esfuerzos, porque estaba remachada, conseguí abrirla. Entonces solamente volví la vista al aposento, y pude ver: sobre su lecho, el desgraciado James, con su cabeza vigorosa tumbada sobre los almohadones; contra su mano que caía reposaba la mejilla de su hermana. Molly estaba extendida sobre el parquet, con el busto sostenido por la madera del lecho y el velador. Pronto conseguí volverles a la vida. Acababan apenas de perder el conocimiento: el aire vino y mis cuidados disiparon sin trabajo los primeros síntomas de envenenamiento.

"Las razones de su acto desesperado no necesitaba adivinarlas, porque demasiado bien las conocía. James vivía inconsolable de la pérdida de sus piernas. Cuanto a Molly, más que el fardo de la miseria, maldecía la crueldad de su destino que le hacía imposible su matrimonio conmigo. Molly me amaba, y pienso que todavía me ama como yo la amo.

"Cuando se sintieron del todo bien me preguntaron el motivo de una visita que parecía providencial y que, yo creo también que lo era, que nada la hacía probable, puesto que les había dejado algunas horas antes y que no estaba en mis costumbres la de visitarles dos veces en el mismo día. Entonces, les hice el relato que acaban ustedes de oír, y que les maravilló. Participaron a la vez de mi entusiasmo y de mi ansiedad.

"Les expuse que en caso de obtener éxito, no vacilaba más en desposarme con Molly; ella vendría a ser de esta suerte la compañera de un hombre feliz, y también, —yo lo tenía por seguro—la digna socia de un sabio ilustre. Fué entonces, señor Juez, cuando germinó en el noble cerebro de James el proyecto que ejecuté y que es el que me trae a vuestra presencia. James quería su parte de los dólares del millonario. La quería para dotar a su hermana, porque para él su invalidez le hacía la vida insoportable, y nos anunció que su resolución era irrevocable: de una manera o de otra, antes de veinticuatro horas estaría muerto. Ni las lágrimas de Molly ni mis súplicas pudieron nada con él. Era claro para mí, lo habría sido para usted, a quien ninguna pasión oscurece el juicio, que lo iba a hacer como lo decía. Este hombre había comprendido mis fines. Era ya el hermano de mi alma. Quizás había soñado con asociar su nombre a los más espléndidos descubrimientos que haya robado a la naturaleza, y a Dios mismo, el genio del hombre. Me habló largamente, y lo que él me ofrecía, lo acepté. Y que mi abogado no siga alegando mi desinterés. Luego nos apercibimos él y yo de que, por mi matrimonio con Molly, heredera de 500.000 dólares, conservaba yo la totalidad de la suma prometida por M. Bergwiller. Para realizar mis esperanzas científicas, no necesitaba menos de un millón de dólares.

El crimen de un sabio.

Dos horas después, M. Bergwiller estaba extendido sobre mi mesa de operaciones, dormido por el cloroformo. James, mi pobre y querido James, con la mirada firme y sonriéndome, abrió los brazos; entre ellos me lancé y apreté contra mi corazón ese pobre cuerpo mutilado, en que habitaba todavía el alma más generosa. Jamás he querido y admirado con terneza y admiración parecidas a ningún sér humano; y

jamás un beso como el que nos dimos, habrá sido dado ni recibido. Ningún amor terrestre, ningún entusiasmo podrían alcanzar al sentido en esos momentos. Me solté de sus brazos y sin vacilar, sin temblar,—no tenía el derecho de hacerlo—descargué mi revólver sobre su sien.

"Yo hubiera podido adormecer previamente a mi amigo con una inyección subcutánea de scopolamine; habría podido romper sin sufrimientos el hilo de tan hermosa vida; pero era el corazón de James el que yo quería, su corazón palpitante, su corazón latiendo todavía. No era conveniente que la letargia atenuara su fuerza vital, esa fuerza que en adelante no era de James ni era mía, y de la cual yo era responsable ante el que dormía sobre la mesa de mármol y que, con las paredes del pecho abiertas, esperaba.

"Y he cumplido en cincuenta y tres minutos la más hermosa operación que haya sido jamás tentada.

Dr. Grovenor Templey."

A pesar de mis instancias, me fué imposible forzar las severas consignas y ver, aunque fuese de lejos, al Dr. Templey. Obtuve, sin embargo, permiso para penetrar en Matteavan, y crucé en las alamedas del parque a la hermana de James Holygood, la mujer hoy día del prisionero.

La belleza de Molly era la que yo me esperaba. Una expresión de profunda melancolía afirmaba más las líneas puras de su rostro.

—El Dr. Templey,—me explicó el abogado que me acompañaba, no dispone en su reclusión de la libertad de experiencias necesaria a sus trabajos. Esto le tiene desesperado, y la locura le amenaza.

¡Ya no quiere a Molly!





Juana tenía la silueta elegante del espárrago, la piel aterciopelada del durazno...

LA TORTILLA SIN HUEVOS

Por E. Richardin

Ilustraciones de Alfredo Araya.

JUANA tenía la silueta elegante del espárrago, la piel aterciopelada del durazno y los labios más rojos que una cereza de los bosques. En sus frescas mejillas, de color de rosa como un rábano tierno, sonreían picarescos hoyuelos, y sus cabellos dorados cual mantecada de otoño, caían en bucles coquetos sobre su frente de tintes cálidos y provocadores de fruta madura.

Sus orejas, verdaderas joyas, estaban tan delicadamente dibujadas como las finas callampitas del Berry. Agreguen ustedes, si les place, ojos tan negros como la zarzamora y dientes más blancos que la dulce leche de las almendras.

Juana llevaba un trajecito color verde lechuga, alrededor del cuello una cinta amarilla como la flor del zapallo y sobre la rubia cabellera un pañolón rojo de capuchina. ¿Era esto todo? No. Juana era del Perigord, y, pueden ustedes creerlo, de su perturbador corpiño se exhalaba un dulce aroma de trufas...

Juana, **cordon-bleu** ideal, era la cocinera de mi tía Elisa, vieja muy devota, pero que habría arrojado al fuego un confesonario para cocer una perdiz.

Su discípula, Juana, se distinguía sobre todo en la fabricación de una increíble variedad de tortillas que agradaban particularmente a su patrona. No necesito decir que yo aprovechaba de las piadosas meditaciones de mi tía para hacer frecuentes visitas a Juana, cuyas salsas perfumadas me fascinaban tanto como sus gracias divinas.

Lleguemos en fin al día memorable en que la linda cocinera inventó en un rapto de sublime inspiración la **Tortilla sin Huevos**. Me corresponde en parte el honor del descubrimiento. He aquí cómo ocurrió la cosa... Juana iba a preparar para el almuerzo una tortilla de callampas, el plato favorito de mi tía. Entré en el momento preciso en que la niña, la cabeza inclinada sobre el fogón, mostraba ante mis ávidas miradas un cuello deslumbrador entre cabellos rubios...

¿Qué quieren ustedes?... No pude menos de imprimir en aquel cuello un prolongado beso de amor, irresistible, loco. Juana lanza un grito, hace un movimiento brusco, la sartén se vuelca, la manteca se inflama, y, en mi turbación, doy un empellón al canasto de los huevos que, al caer, improvisa una inmensa tortilla sobre el pavimento. Y heme allí, la boca abierta, todo confundido, más blanco que una col, mirando las cáscaras vacías y el rostro burlón de Juana... No había un huevo más en toda la casa, ni donde encontrarlos en la vecindad... ¿Qué iba a suceder?

—Muy bien, dijo Juana con encantadora picardía, ya que esto ha ocurrido voy a hacer una tortilla sin huevos. Verás qué fácil es.

Podía tutearme. Yo era un muchacho de quince años.

La veo aún, subiéndose hasta el codo la manga de su chaquetilla, arreglando su coqueto pañolón y tocándose con un dedo la frente como para buscar la inspiración. No tardó en encontrarla. Hela aquí a la obra.

Muy delicadamente desholleja unas papas cocidas y las corta después en pequeños pedazos. Cerca de ella, sobre el fogón, aguarda la sartén con un buen trozo de mantequilla fina, que chisporrotea y se deshace como un ensueño.

La manteca hierve y canta. En el momento en que va a obscurecerse, Juana, con un gesto rápido, arroja las papas en la sartén y las deshace suavemente con el cucharón como si quisiera hacer una pasta de oro.

Sobre ese manto unido, compacto, amarillento, arroja sal, pimienta, ajo y perejil finamente picados y algunas gotas de aceite de oliva... Después, dando con el man-



No pude menos de imprimir en aquel cuello un prolongado beso...

go de la sartén un golpe autoritario, como si quisiera derribar un ministerio, Juana voltea vivamente la tortilla, cuscurrosa y dorada, que se desliza desde la sartén humeante hacia un plato de porcelana blanco y bien caliente.

¡Un encanto para el olfato, un placer para la vista, un regalo para el paladar, un triunfo para el arte culinario!

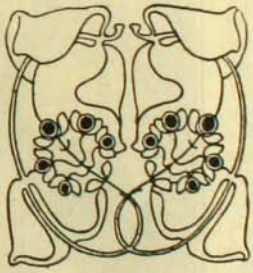
Brillat-Savarin lo ha dicho: "El que encuentra un plato nuevo es harto superior al que descubre un planeta". Así yo no dudo por un instante en colocar sobre el astrónomo Leverrier a la gentil cocinerita, que, por otra parte, con sus ojos negros y sus cabellos de oro, me pareció siempre mucho más interesante que el viejo miembro del Instituto.

Ante el apetitoso invento de Juana, mi tía quedó como petrificada de admiración. La famosa **Tortilla sin huevos**, tan sencilla como todas las grandes ideas y las concepciones geniales, tuvo un éxito inmenso en el Perigord y en las comarcas circunvecinas. En cuanto a Juana, mujercita muy práctica, aprovechó de su renombre culinario para casarse con un juez de instrucción, que no tardó en morir de gota, dejándola heredera de muy hermosas fincas.

Tal es la historia de tan suculenta tortilla, hija legítima de un beso de amor sobre un cuello dorado.

Ese plato rústico y coqueto, de penetrante sabor, es un precioso recurso para los pobres que gustan de las tortillas y no tienen a su disposición ni huevos ni gallinas.

Esta página ligera y sabrosa, recuerdo de mi primera juventud, la consagro a Juana, a sus rosadas mejillas, a sus rientes hoyuelos, a sus cabellos rubios, a su genio culinario y a su excelente **tortilla sin huevos**, cuya receta dedicaría de buena gana a los filósofos, a los filántropos, a los moralistas, a los políticos, a los hombres de Estado, cocineros todos que han roto muchos huevos sin conseguir muchas veces hacer una mala tortilla.



¿Que se necesita para ser aviador?

LAS cualidades que debe poseer un aviador son de dos órdenes: cualidades morales y aptitudes físicas. Estas últimas comprenden: la resistencia al dolor, la fuerza muscular, la agilidad y el perfecto equilibrio de los movimientos. Y son éstas precisamente las cualidades que desarrolla en el más alto grado la práctica bien comprendida de los deportes favoritos de la juventud moderna, especialmente el foot-ball y el box.

Sin embargo, como fácilmente se comprende, estas aptitudes no bastan para calificar a un candidato como capaz de ser un buen aviador; es preciso que posean además las más altas cualidades morales: sangre fría, coraje, idea del sacrificio y, por fin, la cualidad que domina a todas las otras: ¡el honor! Para asegurarse, pues, de que los candidatos aviadores poseen todas las cualidades físicas y morales que exige su prestigiosa carrera, es indispensable sujetarles a exámenes rigurosos antes de admitirlos al ejercicio de la quinta arma.

Por lo que hace a las aptitudes físicas, conocemos todas las pruebas a que es necesario someterlos; pero, ¿cómo apreciar sus cualidades morales?

A ello se ha llegado midiendo las reacciones que resultan de las impresiones recibidas por los sentidos, reacciones llamadas **reflejas**. Se ha partido de la idea de que, siendo la sangre fría y la decisión en el juicio dos cualidades que están estrechamente aliadas con el valor, la comprobación de la presencia de aquéllas es garantía de que éste existe.

Pero, antes de entrar en el detalle de las pruebas impuestas al candidato, es indispensable explicar lo que significan las reacciones **reflejas**; un ejemplo muy simple y conocido de todo el mundo hará comprender lo que este término significa.

Cuando un ruido violento e inesperado se hace oír, toda persona, indefectiblemente, sufre un temblor de su cuerpo: este temblor es el resultado de una impulsión nerviosa, producida por la sensación del ruido que ha golpeado nuestro nervio auditivo; es un movimiento **reflejado** como la onda sonora es **reflejada** por un obstáculo; de donde, reflejo quiere decir reflejado.

Este ejemplo nos hará comprender cómo se ha llegado, utilizando los aparatos que nos proponemos describir, a calcular la



Los sobresaltos involuntarios, los latidos del corazón, etc. provocados por el ruido inesperado de una detonación son cuidadosamente estudiados en los candidatos a aviadores.

amplitud de las reacciones nerviosas que pueden provocar ciertos impulsos venidos del exterior. La medida de estas reacciones, la amplitud de estos reflejos, permiten apreciar varias de las aptitudes necesarias a los aviadores.

Cómo se miden los reflejos provocados en un candidato por un tiro de pistola inesperado

Notando la influencia de las emociones sobre la respiración, sobre el corazón y sobre el temblor de las manos, es como se miden las reacciones producidas; y se utilizan con este fin los métodos y los aparatos en uso en los laboratorios de fisiología experimental. La escena representada en la fotografía facilitará nuestras explicaciones. El hombre que se va a examinar, después de haber rodeado su pecho con un **pneumógrafo**, puesto en una de sus manos el **dedal de Hallion y Conte**, y de tomar con la otra el aparato de **Verdin** para determinar el temblor, se sienta cerca de una mesa en la cual se encuentra un cilindro registrador de **Marey**, provisto de su mecanismo de relojería y tres tambores inscriptores. Un tubo de caucho une cada uno de éstos al pneumógrafo, al dedal y al temblador de Verdin y les trasmite sus variaciones. Las puntas correspondientes inscriben entonces sobre el papel teñido con negro de humo que recubre el cilindro y al cual las ruedecillas de relojería hacen dar vueltas de manera uniforme, los movimientos de la respiración, del corazón y el temblor. Las pruebas consisten en disparar un tiro de revólver cerca del candidato, en hacer explotar magnesio en su proximidad, en aplicar un trapo empapado en agua fría sobre una parte descubierta de su piel y en inscribir las curvas sobre el cilindro de Marey. Los gráficos miden la intensidad de las reacciones, como tambien la duración del accidente nervioso que éstas provocan.

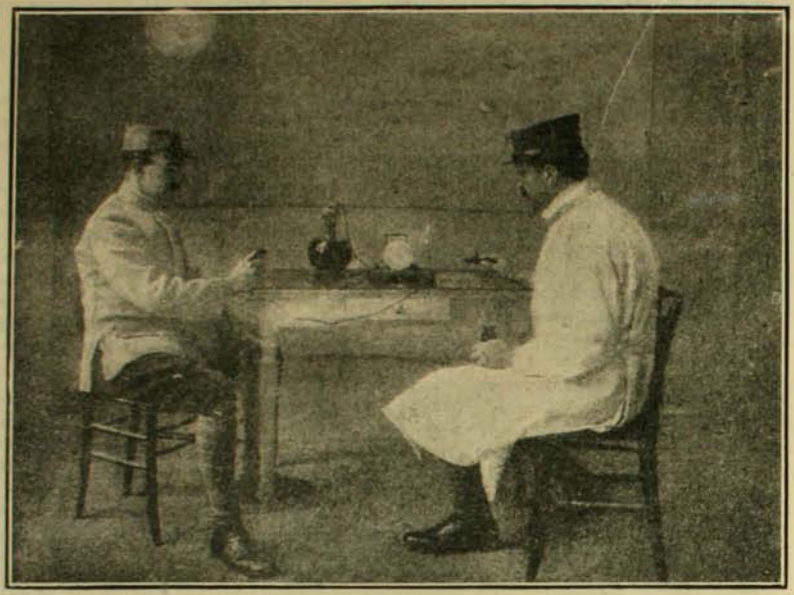
Cómo se miden la decisión y la rapidez en el juicio

Se emplea para medir estas cualidades tan necesarias a los aviadores un aparato llamado **cronómetro de Arsonval**, el cual permite determinar qué fracción de segundo transcurre entre la recepción de una impresión visual, auditiva o táctil, y la reacción del sujeto examinado.

Se comprende la importancia práctica de este factor en el dominio de la aviación militar. Supongamos un soldado abordo de un aeroplano. Acaba de descubrir, por ejemplo, un cañón cuya vista le ocultaba un repliegue del terreno. ¿Cuánto tiempo necesitará para ejecutar una maniobra a fin de evitar los obuses y los shrapnells? Si un viento violento amenaza súbitamente la seguridad de su aparato, ¿cuántos segundos pondrá para apoderarse del timón, que asegurará su alejamiento de la zona atmosférica peligrosa?

Pero, antes de ver a un aspirante-aviador sufrir estas delicadas pruebas, recordemos en pocas palabras el funcionamiento del **Cronómetro de Arsonval**, que servirá para examinarlo. Este instrumento comprende, como órgano principal, un movimiento de relojería que hace girar una aguja delante de un cuadrado dividido en 100 partes, a la velocidad de una vuelta por segundo. Las aletas de un regulador Foucault imprimen al aparato una marcha constante durante una docena de minutos. Un eje formado de dos partes, de las cuales la primera queda en conexión con las ruedas del mecanismo, y la segunda se engrana con aquéllas gracias a un plato de bordes dentados que muerde sobre un disco de fieltro, trasmite la impulsión a la aguja, en tanto que un ligero resorte une el eje móvil de esta última contra el eje fijo. La otra cara del plato móvil portador de la aguja, hecha de fierro dulce, se encuentra frente a frente de un pequeño electroimán. Cuando la corriente de una fuerte pila al bicromato o de un acumulador pasa por éste, el plato del eje móvil se encuentra atraído, los dientes se alejan del fieltro y la aguja permanece inmóvil. Pero cuando se abre el circuito, el pequeño resorte asegura de nuevo el engranaje del plato dentado contra el disco de fieltro y el eje fijo gira llevando con él la aguja.

Veamos ahora cómo se procede para aplicar el cronómetro de **Arsonval** en el examen de las aptitudes de los candidatos.



Ver y juzgar con extrema rapidez el menor incidente capaz de constituir un peligro, responder inmediatamente por el gesto apropiado para evitar ese peligro, tales son las cualidades que debe poseer un aviador, cualidades que se pueden medir experimentalmente, como se vé en el grabado.

El operador, teniendo en su mano un pequeño martillo que le sirve para producir un ruido al golpear sobre una caja vacía, que determina al mismo tiempo la abertura del circuito, se sienta enfrente del sujeto. Por su lado, el hombre asegura, mediante una presilla, la cerradura de la corriente. El camino recorrido por la aguja, que se lee en centésimas o semi centésimas de segundo sobre el cuadrante, mide el tiempo de reacción del candidato.

De manera análoga se procede para determinar las **sensaciones táctiles** de un individuo; se toca ligeramente, con el mismo martillo, un punto de su cabeza o de sus manos y se lee sobre el cuadrante del cronóscopo los tiempos de reacción, en tanto que para darse cuenta de las **sensaciones visuales**, le basta al experimentador con tocar dulcemente el martillo colocado sobre la mesa. La aguja se pone entonces a girar y el sujeto la detiene, por medio de la presilla, desde el instante en que se da cuenta del desplazamiento de la dicha aguja.

Para los buenos candidatos a la aviación, las medias de diez determinaciones sucesivas de cada género de sensaciones han arrojado las cifras siguientes: 14 a 15 centésimas de segundo para las reacciones psico-motrices auditivas o sensitivas y 19 centésimas de segundo para las de origen visual. Por otra parte, los experimentadores consideran como ineptos para el servicio aeronáutico a los jóvenes cuyos tiempos de reacción son mucho más lentos. Ciertos sujetos han dado, por ejemplo, tiempos de reacción que oscilan entre 17 y 33 contésimas de segundo para las impresiones auditivas; 20 y 39 centésimas de segundo para las sensaciones táctiles; 22 y 48 centésimas de segundo para las impresiones visuales.

Folletín

Mr. Grex de Monte-Carlo

Por E. Phillips Oppenheim

Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

(CONTINUACION)

CAPITULO XXXII

Un encuentro interesante

Hunterleys inclinóse de pronto hacia adelante en la mesa y dijo a Mr. Simpson casi al oído:

—Va a quedar resuelta la cuestión de si hace usted o no su visita a M. Douaille. O mucho me equivoco o vamos a tener un encuentro interesante. Se acerca M. Douaille y su comitiva.

Efectivamente, por la entrada del gran comedor de la terraza venía el mismo propietario del hotel de Ciro a dar colocación a un grupo, entre continuas reverencias. Formaban el grupo Mr. Grex, su hija y Lady Hunterleys por una parte y M. Douaille por otra con Draconmeyer, Lady Weybourne, Selingman y la condesa de Hausson.

Los nuevos huéspedes se dirigieron a una mesa contigua a la que ocupaban Hunterleys y Mr. Simpson. Al pasar, Lady Hunterleys saludó a su marido, quien respondió con una inclinación de cabeza.

Un almuerzo en honor de Douaille, dijo Hunterleys.

—Veo que su esposa está en el campo enemigo, observó Mr. Simpson. Draconmeyer viene a hablarme. Esto se pone interesante.

Draconmeyer y Selingman se acercaron a cumplimentar al Ministro inglés.

—Esto es de muy buen agüero, exclamó Selingman tendiendo su mano al Ministro. Cuando Mr. Meredith Simpson se da vacaciones no hay duda que el barómetro político marca "buen tiempo".

—Se agradece el buen concepto, contestó sonriendo el Ministro. Pero me complazco en ver que no soy aquí el único hombre de estado que se da un descanso.

Selingman echó una mirada alrededor y replicó.

—Así es en efecto. Parece que todos los países hubieran enviado aquí en vacaciones a sus hombres de estado. Y qué lugar éste, agregó mirando a Hunterleys de un modo que parecía casi una seña o un guiño. Aquí las crisis políticas no significan nada al lado de la rueda giratoria. Irá usted, naturalmente, por el Club, a la sala de juego.

—¡Cómo no! asintió Mr. Simpson. ¿A qué viene uno, entonces, a Monte Carlo?

—¿Y cómo quedaron los negocios por allá en la ciudad?, preguntó Draconmeyer.

—¡Así, así!, respondió el Ministro. Algo flojos; pero eso es fruto de la estación. De todos modos me temo no estar muy fuerte en negocios de Bolsa; confieso que sólo me preocupan los políticos. Oí sin embargo que ayer bajaron algo los consolidados.

Mr. Draconmeyer arrugó el entrecejo.

—Es inexplicable. Hace unos meses, cuando era de temer una guerra europea, pase que bajaran los valores, pero hoy día que el horizonte está tan despejado, francamente no comprendo. Cada día se nos va haciendo a los banqueros más difícil operar. Los envidio a ustedes los políticos, Mr. Simpson.

Mr. Simpson se encogió de hombros.

—En realidad ustedes tienen la culpa de lo que les pasa. Explotan ustedes el pánico. Basta una palabra pronunciada en el Parlamento o en el Reichstag para que haya fluctuación en los mercados.

—Tal vez seamos demasiado sensibles.

En seguida se retiraron a su asiento. Al pasar por delante de Douaille, Selingman murmuró a su oído unas palabras. Al momento se volvió Douaille e hizo a Simpson una profunda reverencia. Al contestar és-

ta, Douaille se levantó y fué a estrechar la mano del inglés, quien lo recibió de pie.

—¡Mr. Simpson!, exclamó el francés, es para mí un gran placer ver que usted se acuerda de mí.

—¿Y cómo no acordarme, señor? Está aún muy fresca su última visita a Londres, en que me cupo el honor de recibirlo en la Municipalidad y no habrá un inglés que olvide su discurso en aquella ocasión.

M. Douaille agradeció con una profunda reverencia.

—¿Supongo que pasará usted aquí sus vacaciones?

—Acabo de llegar, contestó Mr. Simpson, y no dispongo más que de unos días. Pero espero tener el placer de verlo por aquí.

—No es difícil aquí encontrarse con los amigos. Hoy almuerzo con mi amigo,—nuestro común amigo diría mejor,—que pasa aquí por Mr. Grex.

—¿Podré tener el honor de devolver a usted su atención y saludarlo?

M. Douaille se esponjó.

—Poco pienso estar aquí. Pero siempre será un honor para mí su visita. Yo resido en la Riviera, en el Palace Hotel.

—No perderé la oportunidad de hablar con usted de cosas que a ambos nos interesan.

M. Douaille se despidió. Simpson lo vió alejarse con la satisfacción pintada en el rostro.

—Esto es interesante, Hunterleys, interesantísimo, dijo cuando Douaille se hubo retirado. Este encuentro ha sido providencial.

Douaille y sus acompañantes por un lado, y Simpson y Hunterleys por otro se entregaron al placer de saborear un buen almuerzo animado de amena conversación y buen humor. Tocaba el almuerzo a su fin cuando dejóse ver en la terraza Felicia, la nueva diva ya consagrada con su triunfo de la noche anterior; echó una mirada en rededor y se dirigió resueltamente a la mesa de Hunterleys, quien se levantó a recibirla impaciente.

—Nada de nuevo. He venido a darle un recado urgente de Frenhofer. Dice que necesita hablar con usted inmediatamente y que le espera en la Rue de Chaussures, en el Bar de Montmartre.

Hunterleys se volvió hacia Simpson y le dijo:

—Se trata de nuestro asunto; es algo urgente. Volveré a tomar el café.

Hunterleys dejó el Restaurant en compañía de Felicia. Al salir, Violeta les echó una mirada terrible.

CAPITULO XXXIII

Suerte propicia

El Bar de Montmartre era un pobre chinchel obscuro y retirado, frecuentado por carreteros y al que se bajaba por algunos tramos de piedra carcomida, pues estaba en un sótano.

La llegada de Hunterleys produjo entre los clientes del Bar gran asombro y al punto se acercaron a él todos, ofreciéndole sus servicios. Pero el mesonero, que debía estar previamente advertido de la llegada del personaje, dijo a los consumidores una palabra y con reverencias extremosas invitó a Hunterleys a pasar al interior del establecimiento, a un cuartito reservado.

Allí estaba Frenhofer en interesante coloquio con una joven, que huyó tan pronto apareció Hunterleys.

Frenhofer saludó con todo respeto.

—Perdone, señor, que lo haya traído a este lugar, pero tengo mis razones, era urgente y como Roche no puede venir, he preferido hablar con usted en persona. Le agradezco que haya venido en seguida. Hay nuevas sensacionales. Puedo revelar al señor el lugar donde se verificará la nueva reunión. Si el señor tiene suerte y astucia, en su mano está descubrir toda la trama que se ha propuesto desbaratar. Pero antes de todo, permítame dar una orden.

Tocó la campanilla. El dueño mismo del bar acudió al llamado.

—Una botella de aguardiente, del mejor que tenga, Henaut; ¿oyó?, del mejor que tenga.

—El señor disculpe, continuó Frenhofer cuando el cantinero se hubo retirado; yo conozco a esta gente y sé que nada hay mejor para tenerlos de parte de uno que

pagarles cinco veces su valor por una buena botella. El cantinero cree que vamos a hacer un negocio de venta; perdón por tal idea.

—Nada me importa lo que crea con tal que sea mudo, contestó Hunterleys.

Llegó el aguardiente. El cantinero puso sobre la mesa la botella con tres vasos. Frenhofer brindó por la salud de todos y por el éxito del negocio; el cantinero se retiró cerrando cuidadosamente la puerta y los dos quedaron solos y en libertad de hablar sin temores.

—Señor, dijo en seguida Frenhofer, podemos hablar con libertad. Esto hay. Se ha discutido mucho sobre el sitio en que habría de celebrarse la próxima reunión, que será también la última. M. Do-



—Aún me queda el último recurso,—exclamó Draconmeyer.
—Y a mí también,—contestó Violeta oprimiendo el botón de la campanilla eléctrica.

uaille parece que estaba muy impresionado y no ha querido por nada que se celebre en Villa Mimosa, a pesar de ser lugar seguro. Por fin han acordado lo siguiente: Mr. Grex conoce un naviero alemán, un tal Schwann, que tiene en el puerto de Mónaco un yacht en arriendo. Pues bien, se ha acordado arrendarle el yacht por una semana y celebrar allí en la noche la conferencia definitiva. Yo he sido escogido por mi patrón para arreglar con el alemán este asunto y a eso voy ahora.

—¿Un yacht? repitió Hunterleys.

—Y fíjese en una cosa importantísima, agregó Frenhofer. Mi patrón no ha visto nunca el yacht de ese alemán. A bordo no es difícil poder ocultar una docena de hombres. La tripulación, heterogénea y nada escogida, puede comprarse. Todo puede arreglarse. Lo único difícil en este caso es mi situación. Es peligrosísima y francamente, no tengo deseos de conocer las cárceles de San Petersburgo. Yo tengo que escapar. Por otra parte, lo confieso, soy ambicioso; he servido además a la causa con abnegación y no me han arredrado los peligros. El que ahora me espera no es el menor y para resguardarme necesito diez mil francos.

—Frenhofer, contestó al momento Hunterleys, nunca hemos tenido ninguna queja de usted. Yo por mi parte estoy satisfecho de su celo y su inteligencia. Dentro de una hora tendrá usted en su poder un cheque contra el Banco Inglés.

Los ojos de Frenhofer brillaron como carbunclos.

—El señor es un príncipe, murmuró. Ahora vamos a los detalles. Si el señor se determina yo le insinuaría me acompañase a la oficina de ese señor Schwann.

Hunterleys no contestó por el momento. Pensativo y cabizbajo se paseaba por la pieza. Una idea se había apoderado de él.

—Frenhofer, dijo al fin, tengo un plan. ¿Está usted seguro que Mr. Grex no ha visto nunca ese yacht?

—Nunca lo ha visto sino con el anteojo desde el balcón de su villa.

—¿Y va a ir abordo esta noche?

—A las diez saldrá de Villa Mimosa. Un bote los esperará a él y sus amigos en el embarcadero para llevarlos abordo.

Hunterleys pensó un momento.

—Frenhofer, expuso, mi plan es éste. Un amigo mío tiene un yacht en la bahía. Yo creo que me lo prestaría. ¿Por qué no sustituir por éste el que su patrón piensa arrendar? De este modo todas las dificultades quedaban resueltas.

—Magnífica idea, repuso Frenhofer; pero ¿y si mi patrón se sirve del teléfono para cualquier detalle?

—Usted alquila el yacht de Schwann, según se le ha ordenado, replicó Hunterleys, y da usted orden de que no deje la bahía hasta que se le ordene por teléfono. Entonces será el yacht nuestro el que esté pronto para recibir a los huéspedes de Villa Mimosa.

—Admirable, declaró Frenhofer. Por otra parte, el yacht de ese Schwann está fletado por un millonario, de modo que si Mr. Grex ve lujo, no puede extrañarle nada.

—Bien. Quedamos, pues, en que a las diez estará el bote en el atracadero de la Villa Mimosa. Ahora vaya usted a verse con Schwann. A las 4 me encontrará usted aquí de nuevo para que me diga si todo marcha sin novedad. Yo le daré también algunos detalles sobre el yacht de mi amigo por si su patrón le hace alguna pregunta.

Hunterleys volvió al Restaurant de Ciro, rejuvenecido y feliz, pensando en la nueva aventura. El almuerzo de los del complot aún no se había terminado. Mr. Simpson saboreaba un cigarro entre sorbos de café. Hunterleys ocupó de nuevo su sitio y pidió café.

—Vengo de ver a ese pobre muchacho, exclamó alto, de modo que le oyesen los de la mesa vecina, que sufrió ayer un accidente. Está gravísimo. Su hermana vino a avisarme.

Siguieron hablando de cosas sin importancia y a poco ambos se levantaron.

Ya en la calle, lejos de la vista de los otros, exclamó Hunterleys oprimiendo el brazo de su compañero.

—Simpson, la suerte nos favorece. Douaille es nervioso y no quiere más conferencias en Villa Mimosa. Buscando lugar seguro han determinado alquilar un yacht. Yo tengo un amigo que me prestará el suyo y voy a hacer un cambio. En vez de embar-

carse en el yacht arrendado, haré que se embarquen en el de mi amigo y son nuestros.

Mr. Simpson oía estupefacto a su compañero.

—Dígame, Sir Henry, exclamó. ¿Es cierto lo que oigo o estoy loco? ¿Es posible que usted, un miembro del Parlamento, un ex-Ministro, se halle metido en intrigas de esta clase y vaya a cazar como zorzales al Gran Duque Augusto, a Douaille y a Seligman? Esto parece más bien un cuento fantástico.

Hunterleys sonrió ligeramente.

—Realidad, realidad pura. Venga conmigo al hotel. Voy a remover cielo y tierra para encontrar a mi amigo.

—Haga usted lo que quiera. Le confieso que en una discusión política con Douaille haría lo mío. Pero en estas cuestiones de intrigas me considero inútil.

Entraron al hotel París. Hunterleys hizo algunas averiguaciones. Nada se sabía de Mr. Ricardo Lane. Un mozo le dijo que aún estaba en sus habitaciones.

Hunterleys subió en ascensor y llamó a la puerta del cuarto de Ricardo. El corazón le saltó de gozo cuando oyó una voz que le gritó: "adelante". Pasó y cerró la puerta tras de sí.

Ricardo, extrañado, se incorporaba en la cama, medio dormido aún, restregándose los ojos.

—¿No sabe usted qué hora es?, preguntóle Hunterleys.

—Ni ganas. El mozo me despertó a las ocho, pero le dije que si volvía a molestarme le pegaba un tiro.

—Son cerca de las tres. Bueno. Yo necesito de usted. Usted me dijo que contara con usted si lo necesitaba y vengo a reclamar su palabra.

—Aquí estoy listo para cumplirla.

—¿Tiene usted preparado el yacht?

—Listo para acudir a los diez minutos, contestó Ricardo enfáticamente. Le diré a usted que tenía las cosas así ordenadas porque pienso llevarme a Fedora hoy o mañana.

—Pues es preciso que postergue usted su rapto. Yo necesito el yacht para hoy.

—Suyo es, contestó inmediatamente Ricardo. Le daré una tarjeta para el capitán.

—Escuche. Lo que yo quiero es esto: Grex y su comitiva han acordado arrendar un yacht de un alemán que hay en alquiler en el puerto, y van a usarlo esta noche, a las diez, para conferenciar con Douaille. Yo he pensado sustituir ese yacht con el de usted, secundado por uno de los míos, que está a las órdenes de Grex y ha sido el encargado de arrendar el yacht. Necesito, pues, que su yacht eleve anclas y se acerque a Villa Mimosa; que a las diez manden de su yacht un bote al atracadero de Villa Mimosa para que recoja a Mr. Grex y sus amigos y los lleve a bordo. Necesito además que quite usted la bandera americana, y oculte de la vista a los marinos americanos, de modo que se vean sólo los de otras nacionalidades. El yacht de Schwann es costero y es como otro cualquiera, de modo que no es fácil que noten la diferencia. Ahora le agradeceré me lleve a bordo, para trazar mis planes y ver modo que lo oigamos todo.

Ricardo Lane oía embelesado aquella maquiavélica intriga maquinada por Hunterleys.

—Asombroso, magnífico, exclamó. Es usted un sér extraordinario. Soy de los suyos. Si esto parece un cuento de las mil y una noches.

Tiróse de la cama, tocó el timbre desesperadamente, y corrió al teléfono.

—Pronto, ordenó al mozo, el baño, en seguida. Mi traje de sarga azul.

—¿Va a desayunar el señor?

—¡Oh, el desayuno! Tráigame una taza de café puro. Apúrese. Aló! ¿con el conserje? Habla usted con Mr. Lane. Que me pongan el auto a la puerta antes de 15 minutos.

Siéntese Hunterleys un momento. Fume mientras tanto o haga lo que guste; al momento soy con usted y estamos en marcha.

—Es usted un bravo muchacho. Lo espero en el hall.

—Antes de un cuarto de hora soy con usted.

CAPITULO XXXIV

Café para uno solo ...

En la mesa de Mr. Grex y M. Douaille terminó el almuerzo al fin entre la más animada de las charlas. Mr. Grex se hallaba en vilo, pues quería coger a solas por su cuenta a M. Douaille y por otra parte no quería dejar a su hija con Lady Weybourne, cuya intimidad había venido últimamente a comprender con marcado disgusto.

Por fin Mr. Grex y Douaille se fueron solos a dar un paseo en auto.

Draconmeyer, que esperaba esta ocasión, dijo entonces a Lady Hunterleys.

—Linda me dijo que quería verla a usted. ¿Quiere que nos lleguemos allá un momento?

—Bueno. Yo voy a mis habitaciones, pero pasaré un momento a verla primero.

Dejaron el restaurant y se dirigieron al Hotel París.

Al llegar a las habitaciones de Linda, fué grande el asombro de Violeta de no encontrar allí a su amiga. Ya Draconmeyer, al entrar, se había apresurado a cerrar la puerta, guardándose la llave.

—No se extrañe, Violeta. Me he valido de esta estratagema para traerla aquí. Linda esta en Mentone. La mandé esta mañana con su camarera. Necesitaba de una vez hablar con usted a solas y ya no puedo aguantar más.

Violeta aparecía tranquila, sin sobresalto.

—Bien, exclamó. Usted dirá lo que se le ofrece.

Draconmeyer la miró intensamente, con ansiedad infinita. Su actitud pasiva le desconcertaba la resignación. ¿Era un sistema de defensa? Por otra parte, la presencia de aquella mujer tan hermosa como adorada, hacía hervir su sangre en las venas, la encontraba más bella y seductora que nunca con sus grandes ojos azules, sus formas esbeltas, su rostro impecable. Mientras el corazón le saltaba inquieto, ella sonrió de pronto.

—Voy a sentarme, dijo amablemente; hágame el favor de explicarme con entera franqueza cuanto tenga que decirme.

Se sentó en un sillón junto a la ventana. Sus manos descansaban sobre la falda, y sus ojos, casual o intencionalmente, se fijaron en la argolla nupcial que llevaba en su mano.

Draconmeyer hizo un gesto de disgusto al fijarse en la dirección de aquella mirada.

—Violeta, empezó éste, es tiempo ya de que hablemos claro. Hace mucho que deseaba esta ocasión. He batallado mucho con mis sentimientos, pero éstos me han vencido y ya no puedo esperar más. Se lo diré francamente. Hace tiempo que mis negocios no me preocupan; mis intereses no me importan; mi única preocupación, mi único pensamiento es usted.

Perdóneme. Usted sabe mis circunstancias. Linda puede decirse que ha muerto hace diez años. Yo me encuentro solo, me siento abandonado; yo necesito un alma que me comprenda, un sér en quien depositar mi ternura, mis ansias de cariño. Ese ser es usted. La esperanza de su correspondencia es lo único que me ha alentado de dos años a esta parte, pero ha llegado la hora de las revelaciones, ya no puedo esperar más...

—Naturalmente, ahora que le debo a usted cuatro mil libras es hora de hablar, interrumpió ella.

—¿Entonces cree usted que yo pretendo comprarla?, preguntó él sacando de sus bolsillos los cheques y haciéndolos mil pedazos. Ya está usted libre de su deuda. Puede usted, si así lo quiere, salir de este cuarto y retirarse.

Ella no se movió, pero a pesar de esto, comprendió él que poco o nada había adelantado con su recurso. Comenzó a temblar, y su rostro se puso pálido como el de un cadáver.

—No sé si me habré expresado bien. Hasta cierto punto quiero comprarla, pero lo que quiero es su afecto de amiga, su afinidad de sentimientos, el placer de su amistad. Yo sé sus ideas y sentimientos incorruptibles, conozco su instinto puritano, su rigidez de principios, y la inquebrantable lealtad que guardará siempre al hombre que le dió su nombre. Yo no pretendo rebelarme contra todo eso. Tal vez he obrado también demasiado ligero. Perdóneme. Yo no espero que sea usted mi amante, yo sólo

pido que sea mi amiga, mi confidente, mi compañera. Yo no pido más que verla, poderla ver todos los días de mi vida, que acepte mis obsequios, que me conceda en su corazón un lugarcito modesto. Yo no pido más que las migajas de la mesa. ¿Es esto mucho pedir, Violeta?

Su mano temblorosa trató de asir la de ella, que le rechazó incontinenti.

—Muy bien, exclamó Violeta. He tenido paciencia suficiente para escucharle. Si alguna excusa le debo por haber parecido alentar cualquiera de esos pensamientos es ésta: Yo soy como la generalidad de las mujeres. No me conozco enteramente hasta que no se presenta la ocasión oportuna. Pues bien, ahora ya se presentó y ya me conozco. Sepa usted que nada tengo que darle ni concederle. Lo que usted pide es completamente imposible. Sé que hice mal en admitir su dinero, pero la fiebre del juego me cegó. Es cuanto tengo que decirle.

El trató de protestar y dió un paso adelante hacia ella, con la cara congestionada, los ojos casi saltados de sus órbitas.

—Aún me queda el último recurso, exclamó desesperadamente.

—Y a mí también, contestó Violeta, mientras oprimía enérgicamente un botón de la campanilla eléctrica, disimulado en la pared.

Inmediatamente se oyeron pasos que acudían presurosos. Violeta se dirigió a la puerta y abrió.

—Aquí está el mozo que usted llamaba, Mr. Draconmeyer, exclamó ella mirándole por encima del hombro. ¿No quería usted café? Dígale a Linda que más tarde vendré un ratito a verla.

Lady Hunterleys se fué. El camarero, de pie en el umbral de la puerta, preguntó:

—¿Café para uno o para dos?

—Para uno solo, y con mantequilla, ordenó Draconmeyer.

CAPITULO XXXV

Un nuevo mapa de Europa

En el elegante camarote del yacht, Mr. Grex y sus invitados, muellemente repantigados en poltronas de cuero, abrían la sesión entre el humo de ricos vegueros y teniendo delante el burbujeante champagne.

—Nuestro anfitrión se ha excedido a sí mismo, exclamaba Selingman. Verdaderamente no se puede pedir más, sobre todo tratándose de un yacht arrendado. El confort es regio y estos vinos, y estos cigarros exquisitos.

—Lo esencial, contestó Mr. Grex, es que aquí no hay temor de que los malditos espías ingleses sorprendan nuestro secreto. Aquí podemos hablar alto y claro sin miedo ninguno. Supongo, M. Douaille, que aquí estará usted tranquilo.

—Sí, contestó éste sin vacilación; aquí lo estoy. Podemos, pues, hablar sin rodeos, clara y terminantemente, si les parece. La proposición que se me hace es ésta: Alemania nos devuelve Alsacia y Lorena y respetará como sagrado el territorio francés a condición de que se le permita ocupar Calais por un año; ¿no es eso?

—Exacto, afirmó Selingman apurando una copa. Y voy a ser explícito. Alemania no quiere invadir a Inglaterra. Tenemos aún fresca la lección de nuestra conquista en Francia. No queremos repetir la prueba. Tenemos por otra parte cuantiosos intereses comerciales en Londres. Conste, pues, que no es la conquista de Inglaterra lo que queremos. Lo único que deseamos es quebrantar su poder naval y quitarle sus colonias, demasiado grandes para ella. Sud Africa será para Alemania, India para Rusia, Egipto para Francia. Lo demás fácilmente se supone.

—¿Y qué es lo demás?, preguntó M. Douaille.

—Lo demás, declaró Selingman, es precisamente lo esencial. Destruída la flota británica, la doctrina Monroe no es más que una faja de papel. Sud América es la herencia natural de Alemania; allí está nuestro Eldorado, M. Douaille. Esa región, tarde o temprano ha de ser nuestra, y cuando más pronto sea menos sacrificios costará. La doctrina Monroe está buena para Norte América, pero si quieren aplicarla en Sud América tendrán que habérselas con Alemania. Ya conoce usted todo nuestro plan. La Alianza franco-rusa está casi resuelta. La **entente** cordiale no será para Francia

más que un "cacho". M. Douaille, apelo a su sentido común, a su buen criterio, que no podrá menos de comprenderlo así. Como hombre de Estado, ¿se atreverá usted a tomar sobre sus hombros un peso y una responsabilidad tan enormes? ¿Podrá usted desechar nuestra oferta de devolver Alsacia y Lorena? ¿Le parece, a más de eso, poco presente el de Egipto, todo por un poco de pasividad por su parte para dejarnos hacer? ¿Qué les ha dado a ustedes Inglaterra? ¿Por qué entonces sacrificarse por ella?

M. Douaille se acomodó aún mejor en su sillón.

—Todo eso está muy bien; pero sin la armada inglesa se destruye el equilibrio del continente.

—Se destruye el equilibrio conforme hoy se entiende, objetó Mr. Grex. Y francamente, en medio de todo, la nación que en mi concepto sale ganando más con los planes de mi amigo Selingman, no es Alemania sino Francia, que quedaría con el control absoluto del Mediterráneo. El Egipto caería en sus manos. Seguiría después Malta y Chipre. Francamente, el precio que Alemania está dispuesta a pagar es considerable.

—Pero suponiendo que nosotros permanezcamos neutrales, ¿cree usted, Herr Selingman, que sería tarea fácil destruir la armada británica?

—Nosotros tenemos nuestro plan, afirmó solemnemente Selingman. Sabemos que esto nos demandaría un enorme sacrificio de hombres y barcos, pero el triunfo sería nuestro.

—¿Y si América sospecha las intenciones de Alemania y manda sus barcos?

—¿Por qué había de sospechar? Sus políticos no se preocupan de los acontecimientos de Europa. No tiene tampoco Servicio Secreto. No hay temor de que eso ocurriera. Considere usted nuestras proposiciones y resuélvase por lo que más pueda convenir a su país.

M. Douaille dudó y pensó unos momentos antes de contestar.

—Yo no soy más que un ciudadano francés, dijo, un delegado sin poderes para pactar. Expondré estas ideas a mi Gobierno.

—¿Pero simpatiza usted al menos con nuestro proyecto?, preguntó Selingman.

—Yo he pensado algunas veces, confesó Douaille, que el actual estado de cosas habría de cambiar. Desde luego, agregó dirigiéndose a Mr. Grex, si su país acepta la proposición de Herr Selingman, Francia tiene que reconsiderar su situación respecto a Inglaterra. La raza anglo sajona tendrá que luchar por su propia existencia. Pero téngase siempre presente que detrás están los Estados Unidos de América, nación que posee más recursos que ninguna.

—Y téngase presente también, interrumpió Selingman, que no sabe emplearlos, que no es un país militar, que no puede imponer por la fuerza su doctrina Monroe...

Aquí fué el golpe de efecto. Una voz extraña, de marcado acento americano, se hizo oír. Los cuatro conferenciantes volvieron la cabeza, maravillados. Por la puerta del camarote que comunicaba con el salón de concierto, aparecía Ricardo Lane, con su habitual actitud tranquila, sonriente.

—¿Señores, exclamó, me permitirían terciar un momento en este debate?

CAPITULO XXXVI

Jaquemate

De los cuatro conferenciantes, Selingman fué el primero en recobrarse.

—¿Quién diablos es usted y cómo ha venido hasta aquí?, le preguntó.

—Soy Ricardo Lane y he venido por el salón de concierto.

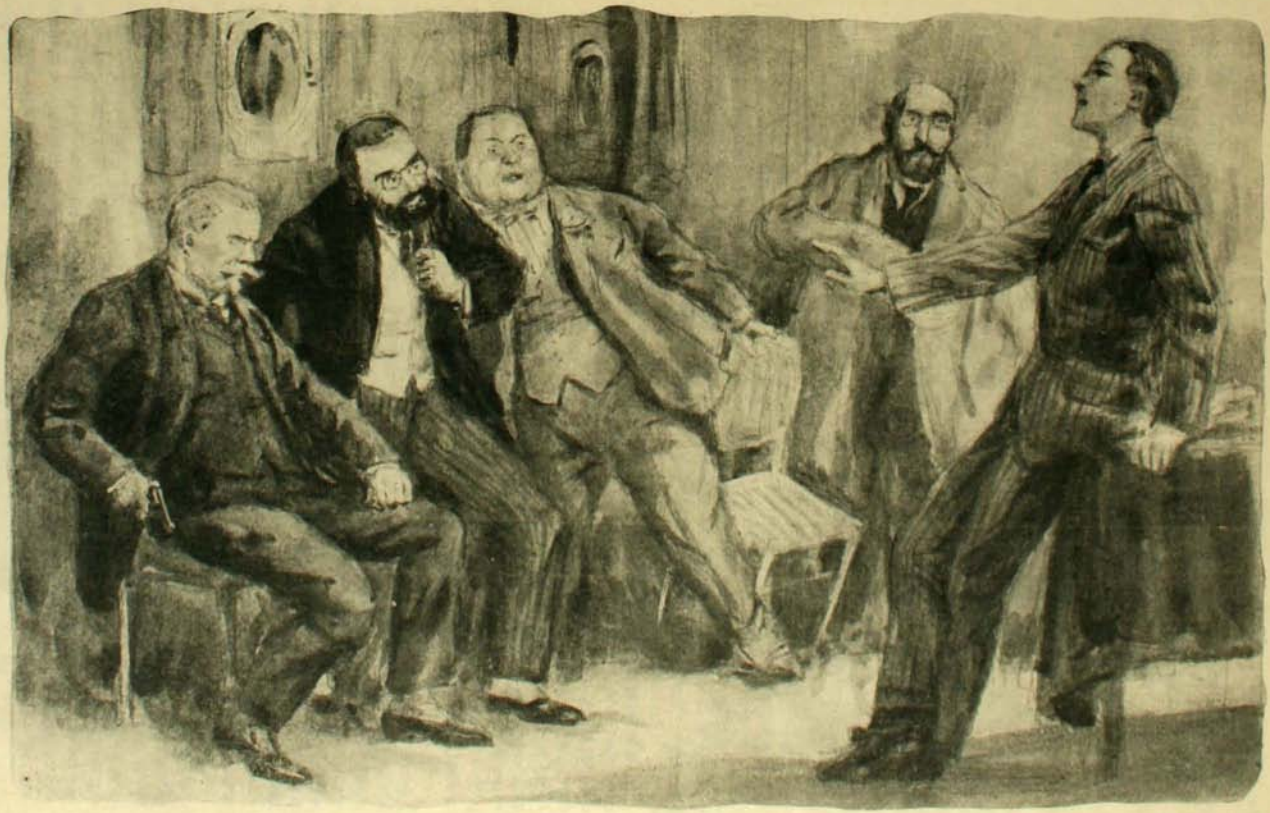
Hubo un momento de silencio. Mr. Grex cogió del brazo a Selingman murmurando algo a su oído. En los ojos de ambos brilló como un relámpago cuando Lane se acercó a ellos.

—¿Quiere usted tener la bondad de explicarnos su presencia aquí?, ordenó Mr. Grex.

—¡Está gracioso! ¡Preguntarle al dueño qué hace en su propia casa! ¿No seré yo el que deba de hacerles esa pregunta?

—¿Qué quiere usted decir?, preguntó Draconmeyer, que fué sin duda el primero que se dió cuenta de la situación.

—Me parece que ustedes sufren alguna



—Hagan el favór de guardar los revólveres, que aquí no se necesitan,—dijo Lane.

equivocación, señores, contestó Ricardo. ¿Dónde creen ustedes que están?

—A bordo del "Christabel", el yacht de Schwann, replicó Selingman.

—Pues no, señor; están ustedes a bordo del "Minnehaba", de mi propiedad. Otro yacht salió del puerto al mismo tiempo que éste. Quizás ustedes se equivocaron.

—No cabe equivocación, gruñó Mr. Grex. Aquí hay una trama. ¿Quiere usted explicarnos?...

—No se sulfure usted, señor. Y hagan el favor de guardar los revólveres, que aquí no se necesitan. No tengan cuidado, que nada les pasará. Quiero sólo tomar parte en la discusión que ustedes tenían.

Tocó un silbato. Abrióse una puerta al extremo del camarote como por vía de encantamiento y pudieron ver los conferenciantes una larga fila de marineros formados y en espera. Un despensero con el uniforme de abordo entró al llamado.

—Reynolds, sirve champagne, ordenó Ricardo, y trae cigarros.

Ricardo se sentó en la mesa y prosiguió cuando el hombre se retiró.

—Perdonen ustedes que me haya entrometido en este asunto. Yo no pensaba terciar en él; vine sólo por acompañar a un amigo, pero he oído apreciaciones que me tocan de cerca y por eso me meto. ¿Está usted seguro, Herr Selingman, de lo que ha expuesto?

Selingman miró fijamente al joven americano, pero no dijo nada.

—Se equivoca usted de medio a medio. Yo soy un americano y le digo: cierto que somos un pueblo comercial, que no estamos preparados, pero sepa usted que llegado el caso yo pondría a disposición de mi patria un acorazado, y lo que haría yo lo harían treinta o cuarenta de mis conciudadanos con la mayor facilidad. En días podríamos improvisar una flota. Respecto a hombres, no es pequeña la reserva de que podemos echar manos en el occidente.

Apareció el despensero, seguido de tres camareros, con vasos y botellas. Ricardo se sirvió y convidó a los otros.

—¿No me acompañan ustedes? ¿Prefieren su vino? Como gusten.

Ninguno se movió. Ricardo se sentó más cómodamente y prosiguió.

—No se figuran ustedes el interés con que he escuchado su conferencia. Pero permítanme que no esté conforme. Si llegara el hecho de que Alemania tratase de aniquilar la flota inglesa, tendría que luchar también, sépanlo, con la americana, y no es ya cosa fácil destruir a las dos, ¿eh? Yo por mi parte, en cuanto llegue a mi patria daré la voz de alarma. Al principio tal vez se rían en Washington, pero tengo amigos que me secundarán.

Mr. Grex se puso en pie.

—Mire, señor, dijo, toda vez que somos sus huéspedes sin desearlo, ¿se nos permitirá retirarnos?

—Veremos. Ustedes vinieron sin mi venia. Se marcharán cuando me plazca.

—¿Quiere decir que somos sus prisioneros?

—Tanto como eso no. Pero necesito hacer algo en tierra y mi labor es más fácil estando ustedes a bordo. De modo que tendrán que esperar unas horas, hasta que dé orden de desembarcarlos a ustedes.

M. Douaille se levantó de su asiento.

—Joven, exclamó; yo me voy con usted. Yo no soy aquí conferenciante, sino simplemente un agente y sin carácter oficial ninguno. No quiero verme envuelto en ningún escándalo de esta especie. Yo ruego a usted que me permita irme.

—Como guste, señor.

Juntos salieron. Al salir exclamó Ricardo:

—Señores, pueden ustedes disponer del yacht mientras estén aquí. Pidan lo que deseen, que todo está a su disposición. El despensero tiene órdenes de obedecer sus deseos.

Subieron a cubierta y allí se les juntó Hunterleys. Se embarcaron en una lanchita y en animada plática Douaille y Hunterleys desembarcaron por fin.

—He pasado el rato más delicioso de mi vida, pensaba Ricardo, mientras fumaba alegremente y presenciaba la charla de los dos ilustres políticos.

CAPITULO XXXVII

Luna de miel

Hunterleys había visto al honorable Meredith Simpson y M. Douaille aquella mañana

temprano. En seguida se dirigió hacia el hospital con el objeto de indagar si Sidney Roche estaba fuera de peligro, para llevar a la Villa las buenas noticias. Se detuvo un tiempo mayor del que acostumbraba, charlando con el director del Banco. Después, desde la Terraza, observó con profunda ansiedad hacia un punto de la bahía. El "Minnehaba" había partido. Mr. Grex y sus amigos estaban, pues, libres. Hunterleys regresó al hotel sumamente pensativo. En la entrada se encontró con que acababan de desenganchar los troncos de un coche que ya le era familiar. Acercóse para leer las iniciales y éstas eran las de su esposa.

—¿Partirá hoy la señora Hunterleys?, preguntó a un mozo.

—Por el tren de la noche, señor. Debía haber tomado el "Côte d'Azur" de la mañana; pero no había sitio en él.

Hunterleys quedó perplejo. Antes de comer volvió a preguntar por ella; pero aún no había llegado al hotel. Un empleado creía haberla visto dirigirse al Sporting Club. Hunterleys, después de dudar un momento, siguió esa dirección. Le intrigaba aquella imprevista partida. Sabía muy bien que los Draconmeyers pensaban quedarse un mes más. Mientras seguía su camino, subiendo las gradas del Club, se hacía contradictorias reflexiones. Buscó a su esposa en el sitio que ella frecuentaba; pero no estaba. Dió un vuelta por los salones, hasta encontrarla entre los expectadores de la mesa de baccarat y se acercó a ella.

—¿No juega usted?

Ella se sobresaltó al oír su voz. Llevaba un traje sencillo, de viaje; los ojos sombreados por ojeras violáceas que acusaban su fatiga.

—No,—respondió,—no juego.

—Según entiendo, usted piensa partir hoy día.

—Vuelvo a Inglaterra,—dijo ella.—Esto ya no me divierte.

El comprendió al momento que algo había sucedido y un extraño sacudimiento recorrió su cuerpo. La invitó cortésmente:

—Como usted no juega, podríamos sentarnos un momento. Me gustaría conversar con usted.

Ella accedió sin responder y le siguió hacia uno de los divanes del salón de ruleta. El observó:

—Su lugar favorito está ocupado, por ahora.

—He dejado ya el juego,—contestó ella suspirando.

El la miró un tanto sorprendido.

—Como usted lo sabrá tarde o temprano, —continuó ella, los ojos muy abiertos,— prefiero decírselo desde luego. He perdido cuatro mil libras del señor Draconmeyer. Regreso a Inglaterra para conseguirme dinero propio y pagarle al momento.

—¿Le pidió usted esas cuatro mil libras prestadas al señor Draconmeyer?, preguntó él con incredulidad.

—¡Sí! Fué una tontería, lo reconozco. He perdido hasta el último penique; pero creo que no soy la primera mujer que pierde su cabeza en Monte Carlo,—agregó ella un poco desafiante.

—¿Sabe el señor Draconmeyer que usted va a partir?,—preguntó él.

—Aún no,—contestó ella después de un momento de duda.—Tuve ayer una entrevista con él y me impuse de que debía pagar el dinero sin ninguna dilación. Además, creo que me conviene abandonar a Monte Carlo, rompiendo, por el momento, mi alianza con la gente de aquí.

Aunque la historia era por demás vulgar Hunterleys encontraba en su voz acentos musicales.

—Me alegro mucho,—dijo él lentamente, que usted sienta de esa manera. Draconmeyer no es un hombre a quien yo vea con agrado que mi esposa le deba dinero por un tiempo mayor que el estrictamente necesario.

—Su estimación es por demás exacta,— confesó ella. Lo siento mucho, Henry.

El se puso de pie, presa de una inspiración repentina.

—Venga usted conmigo y le pagaremos a Draconmeyer sin necesidad de recurrir a sus ahorros. Acompáñeme usted.

—Henry, exclamó ella con angustia, supongo que usted no irá a jugar! ¡No! Siga mi consejo y no juegue.

El se rió y replicó confidencialmente:

—Veremos. ¿Creía usted que yo era un fatalista? En realidad lo soy. Todo cuanto yo había esperado ha sucedido hoy día.

Usted se ha disgustado con Draconmeyer, le hemos dado jaquemate a Mr. Grex y he bebido a la salud de Felicia y David Briston!...

—¿Felicia y David Briston?, preguntó ella apresuradamente.

—Usted sabía, por supuesto, que estaban de novios. Esta mañana, después de haber ido al hospital, me dirigí a la Villa y los encontré preocupados de fijar el día de la boda.

—¿De novios?—murmuró ella mirándolo vagamente. Porque, yo creía...

Una oleada de sangre coloreó súbitamente sus mejillas. Empezaba a entender. Era Draconmeyer quien le había hecho creer aquellas cosas y el corazón le latía con violencia.

—¡Henry!, dijo con voz apagada.

El acababa de acercarse a la mesa. Cambió cinco mil francos y mientras contaba sus fichas se volvió hacia ella y le dijo:

—Voy a jugar siguiendo su costumbre. Siempre me ha parecido muy interesante. Vea: el último número era veintidós. Voy a jugar al veinte, y a todos los **carrés.**

Cubrió por completo el número veinte. Hubo algunos momentos de hondo silencio mientras la bolita giraba; al fin cayó en el pequeño hueco.

—¡**Vingt-huit, noir, passe et pair!**

Hunterleys había perdido y sonreía.

—Nuestros números se dan vuelta, dijo alegremente. No me cabe duda. ¿Sabe usted que ésta es la primera vez que yo juego desde que estoy en Monte Carlo?

Ella lo miró medio temerosa. Esta vez acababa de jugar al veintinueve con el máximun en **plein** y todo el **carré** y los **chevaux.** Otra vez el momento de silencio, el girar de la bolita y la voz del **croupier:**

—¡**Vingt-neuf, noir, impair et passe!**

Ella se apretó a su brazo y murmuró: ¡Henry!, pero él volvió a reír y le contestó:

—Abre la bolsa; la llenaremos pronto.

No tocó su juego. Giraba el treinta y uno. Ganó dos **carrés** y dejó empezar de nuevo el juego sin hacer ningún cambio en el suyo. El número siguiente fué diez. En seguida colocó el **máximun** al número catorce, **carrés y chevaux.** Otra vez la pausa y otra vez la voz del croupier.

—¡**Quatorze rouge, pair et manque!**

Hunterleys no desmostraba nerviosidad alguna. Reunía sus ganancias y repetía su juego. Esta vez acababa de ganar uno de sus **carrés.** Durante media hora continuó jugando. Después de algún tiempo el maletín de Violeta estaba lleno y Enrique empezaba a canjear sus fichas por billetes. Hizo un pequeño cálculo mental y comprendió que había ganado más de lo que necesitaba.

—Mi última apuesta, — dijo con frialdad.

El número anterior había sido veintiséis y él colocó el máximun al veintinueve, los **carrés, chevaux,** la columna, color y la última docena. Sentía los dedos nerviosos de Violeta apretarse en su brazo. Alrededor de toda la mesa un pequeño estremecimiento recorría el círculo de jugadores. El **croupier** anunció el número veintinueve, impar!....

Llevaron sus ganancias a un saloncito vecino, donde Hunterleys pidió té. Violeta tenía las mejillas encendidas. Contaron el dinero. Había alrededor de cinco mil libras. Violeta exclamó:

—Enrique, creo que nunca se ha visto un **coup** más maravilloso.

—Ni más oportuno, replicó él alegremente. Mire, alguien viene.

Draconmeyer había entrado a la pieza y buscado con la vista algo en todas direcciones. De pronto los vió, dudó un momento, y concluyó por acercarse a ellos. Dirigiéndose a Violeta dijo:—Acabo de ver a Linda; siente de todo corazón su partida.

—Me duele mucho dejarla, replicó Violeta;—pero creo que he permanecido por mucho tiempo en Monte Carlo. A propósito, Mr. Draconmeyer, tenemos un pequeño asunto que arreglar, respecto al dinero que usted me facilitó.

Draconmeyer permaneció silencioso, mirando a ambos esposos. Hunterleys observó con frialdad empezando a contar los billetes:

—Cuatro mil libras, según me dice mi esposa. Ha sido usted muy cortés haciendo el papel de banquero de mi esposa. Sin duda quiere usted que se le cancele. Podemos hacerlo al momento. Nuestra situación nos haría difícil efectuarlo después.

Draconmeyer sonrió forzadamente y exclamó:

—Mis queridos amigos, me había olvidado de este pequeño asunto. Hagan ustedes como gusten. Y continuó, después de guardar los billetes en el bolsillo:—Me parece que debo felicitarlo, Sir Henry, por haber concluído felizmente sus asuntos. Su país le debe a usted una deuda difícil de pagar. Ha triunfado en toda la línea, demorando lo inevitable.

Hunterleys dijo con cortesía:—Creía que usted había sido detenido en el yatch por mucho tiempo.—Desembarcamos en la Villa, replicó Draconmeyer, esta mañana al mediodía. Usted no ignora tal vez la sorpresa que nuestro joven amigo de América le ha preparado a Mr. Grex.

—No sé nada concreto, dijo Hunterleys.

—Se ha casado con la hija del Gran Duque Augusto, hoy a las doce, en Niza. Su Alteza Serenísima acaba de recibir un anuncio telefónico.

Violeta dió un pequeño grito, avanzando su cuerpo sobre le mesa, llena de ansiedad.

—¿Quiere usted decir que se han fugado?

Draconmeyer asintió y dijo:

—Todo Monte Carlo habla en este momento de eso. El Gran Duque ha hecho todo lo posible por evitarlo, pero ha sido inútil. No les distraeré por más tiempo.

—¿Nos encontraremos tal vez en Londres?, preguntó Hunterleys cuando vió que Draconmeyer se disponía a partir.

—Me parece que no. Los doctores me han dicho que el clima de Inglaterra sienta mal a la salud de mi esposa, y por mi parte nada me resta que hacer en aquel país. Me han ofrecido un viaje a Sud América y creo que me conviene aceptarlo.

Haciendo una inclinación se retiró. Violeta lo vió alejarse con los ojos encendidos y dijo, en voz baja, a su esposo:

—Me parece un cuento maravilloso, Henry. Usted no se imagina qué gran peso para mi conciencia era esta deuda y cómo empezaba a odiar a Draconmeyer.



Fedora observaba el yacht insistentemente.

El se sonrió y dijo:

—Bastante le odiaba ya. Ahora, dígame cuáles son sus proyectos...

—Aún no los tengo; salvo el deseo de abandonar esta ciudad tan pronto como pueda.

—Parece que las fugas están de moda,—dijo él inclinándose hacia ella. ¿Qué piensa usted? ¿No podríamos comer juntos donde

Ciro y tomar el último tren a Niza para visitar a Ricardo y su esposa y en seguida seguir a Cannes y regresar por último a Inglaterra?

Violeta lo miró llena de felicidad; su rostro se rejuveneció. Había en sus ojos algo que le hacía recordar a él los días de aquellos tristes meses que en vano había dedicado para encontrar el olvido de aquella mujer.

—Henry, he sido muy tonta. Si me perdonaras una vez más te prometería no hacer más locuras.

Hunterleys se puso de pie vivamente.

—He tenido mucho de culpa, dijo; no podría decirte toda la verdad, pero en todo esto no ha habido sino una infame conspiración. Draconmeyer, Selingman y el Gran Duque eran los culpables; mientras tanto yo sufría y trabajaba. Ahora todo ha concluído, por fin, esta mañana, en el yatch de Ricardo. Hicimos cuanto pudimos. Ahora soy libre y pasaremos las vacaciones juntos.

Violeta alargó sus manos que se entrelazaron fuertemente con las de él; se puso de pie y salieron juntos. Hunterleys había experimentado un cambio maravilloso. Estaba alegre y rejuvenecido.

—Ven. Llaman a esta ciudad la Ciudad del Placer y sin embargo son éstos los primeros momentos felices que yo paso en ella. Volveremos al hotel y haremos enganchar nuestros troncos. Después, adonde Ciro, a visitar a Ricardo... Y ahora, a qué vas apostar tu dinero?

—Me parece que empezaré con el número veintinueve, dijo ella con su risa armoniosa y cristalina.

* *

Días después comían con Ricardo y su esposa en el Casino de Cannes. El cambio en esta pareja era impresionante. Fedora había perdido la elegante frivolidad de Monte Carlo. Parecía haber vuelto a su niñez; era sumamente feliz. Ricardo, por otra parte, estaba más serio. Mientras esperaban los automóviles, atrajo a Hunterleys hacia un lado para decirle: Nos iremos a Biarritz, haciendo estaciones. El yatch nos encontrará allí para partir en él, inmediatamente, hacia América.

—¿Y no lo sabe Fedora,? preguntó Hunterleys.

—Ni lo sospecha. Usted sabe cual es mi deber y voy a tratar de cumplirlo. La gente necesita que se le convenza y va a oír la verdad, que yo debo decírsela a grandes voces. Mi grito será allá: ¡Despierta, América! como aquí fué: ¡Despierta, Inglaterra!

—No desmaye, Ricardo, ni por un momento. Los hombres que poseen la verdad y no temen sembrarla a todos los vientos, acaban por triunfar. La gente habla de ellos con cierta lástima, oye lo que ellos dicen, duda de la fuerza de sus razonamientos y suele no escucharlos; pero, al final, triunfa el bien. Su pueblo y el mío son reacios para creer y para entender, pero la verdad entra en ellos si uno la grita siempre y fuerte. En nuestro país vamos hacia allá, al establecer el Servicio Nacional. Ya llega su automóvil. Feliz viaje, Ricardo.

El joven rió con naturalidad y dijo:

—Nada tengo en mi vida para darle a Fedora que ella no tenga. Pasaremos nuestros primeros días en absoluta soledad. Ahora nuestros lacayos conducen los equipajes que harto les costará tenerlos listos. ¿Me permite, Henry, hacerle una pregunta impertinente?

—Usted tiene derecho para hacer las que guste, replicó Hunterleys. Diga no más.

Ricardo dijo con cierto embarazo:

—¡Nada!, que les veo a ustedes encendidos en un extraño rejuvenecimiento...

Hunterleys se sonrió.

—Le diré la verdad, amigo mío. Usted verá: hace años, cuando partimos para nuestra luna de miel, al cabo de una semana hubo entre nosotros un pequeño contratiempo y regresamos de súbito a Inglaterra. Después, nos habíamos olvidado de concluir esa luna de miel interrumpida. Ahora lo estamos haciendo.

Las dos mujeres descendían las gradas del Casino, bajo las miradas de todos. Eran las dos mujeres más bellas. Ricardo ayudó a su esposa a subir al automóvil. En seguida, de un salto, ocupó su sitio en el volante, y dijo:

—Esta noche en Hyeres y mañana en Marsella. El sábado en Biarritz. Permaneceremos una semana allí y después: ¡Despierta, América!

El automóvil se deslizó rápidamente. Hunterleys y su esposa permanecieron agitando las manos desde la terraza.

—Algo han dejado esos muchachos en mi espíritu que me hace sentirme absurdamente joven, dijo Hunterleys mientras se perdían en la distancia. Ahora, Violeta, vámonos de compras. Quiero obsequiarte con flores y chocolates.

—¿Y después?

—¿Qué quieres tú que hagamos después?

—Quisiera, dijo Violeta oprimiendo con dulzura el brazo de su esposo,—que fuéramos donde aquel inglés que arrienda Villas y encontrar una a la orilla del mar, muy escondida y muy linda, cerrar todas las puertas, no dar a nadie nuestra dirección y que te olvidaras del mundo, de tus labores, de todo, excepto de mí...

—Y así entonces reconciliarnos, dijo Hunterleys riendo suavemente.

—Así son las mujeres, tú sabes,—murmuró Violeta.

Ambos esposos se perdieron entre la multitud que hormigueaba por las calles de la populosa ciudad.

FIN

ECONOMIA DOMESTICA

Los frejoles y el modo de guisarlos

Apenas hay en la Cocina Chilena un plato más sabroso y popular que los frejoles. Hoy que el quintal métrico de la apetecible leguminosa vale cincuenta y más pesos, es preciso tratarlos con alguna consideración al cocinarlos. No es más caro hacer un plato bueno que otro malo.

Creo, pues, de gran utilidad para los lectores del Pacífico, darles algunas recetas de frejoles, sencillas y baratas unas, más complicadas otras, pero todas buenas y ensayadas prácticamente antes de darlas al público.

Frejoles a la chilena

Se remojan los frejoles en agua fría por algunas horas.

Se hierven con un poco de bicarbonato de soda, hasta que estén blandos.

Sin dejarlos enfriar se colocan en una coladera, se les enjuga y se les lava con agua hirviendo.

Se echan inmediatamente en esta salsa: Una cabeza de cebolla, dos tomates, un diente de ajo; todo picado se fríe en una cucharada de aceite y dos de color; se agrega una cucharada de harina.

Se vacian en esta salsa los porotos y se dejan hervir en ella dos horas, a fuego lento.

Frejoles Isabel

Se remojan, hierven, enjugan y lavan los frejoles en la misma forma que en la receta anterior.

Se echan en la siguiente salsa que se tiene lista:

Se cuecen tres pimientos y se les raspa la comida. Se remoja pan y medio en leche y se deshace. Se fríe todo ello en color, con una cebolla picada.

Se aclaran con leche y se echan los porotos en la salsa, donde se dejan hervir dos horas a fuego lento.

Frejoles Isabel

Se remojan, hierven, enjugan y lavan los frejoles como se ha dicho en los frejoles a la chilena.

Se echan en la siguiente salsa:

Una cucharada grande de mantequilla, un pedazo de zapallo cocido y deshecho y una cebolla picada. Se fríen los frejoles ya cocidos en esta salsa, y se aclaran con leche y se dejan reposar a fuego lento.

Frejoles a la Casilda

Se remojan, hierven, enjugan y lavan los frejoles como se ha dicho en los frejoles a la chilena.

La mitad se pasa por el cedazo.

Se pica cebolla, un poco de perejil y medio tarrito de pimentones en conserva. Se agrega una cucharada de mantequilla y dos de aceite. Todo ello se fríe en color hecha con manteca.

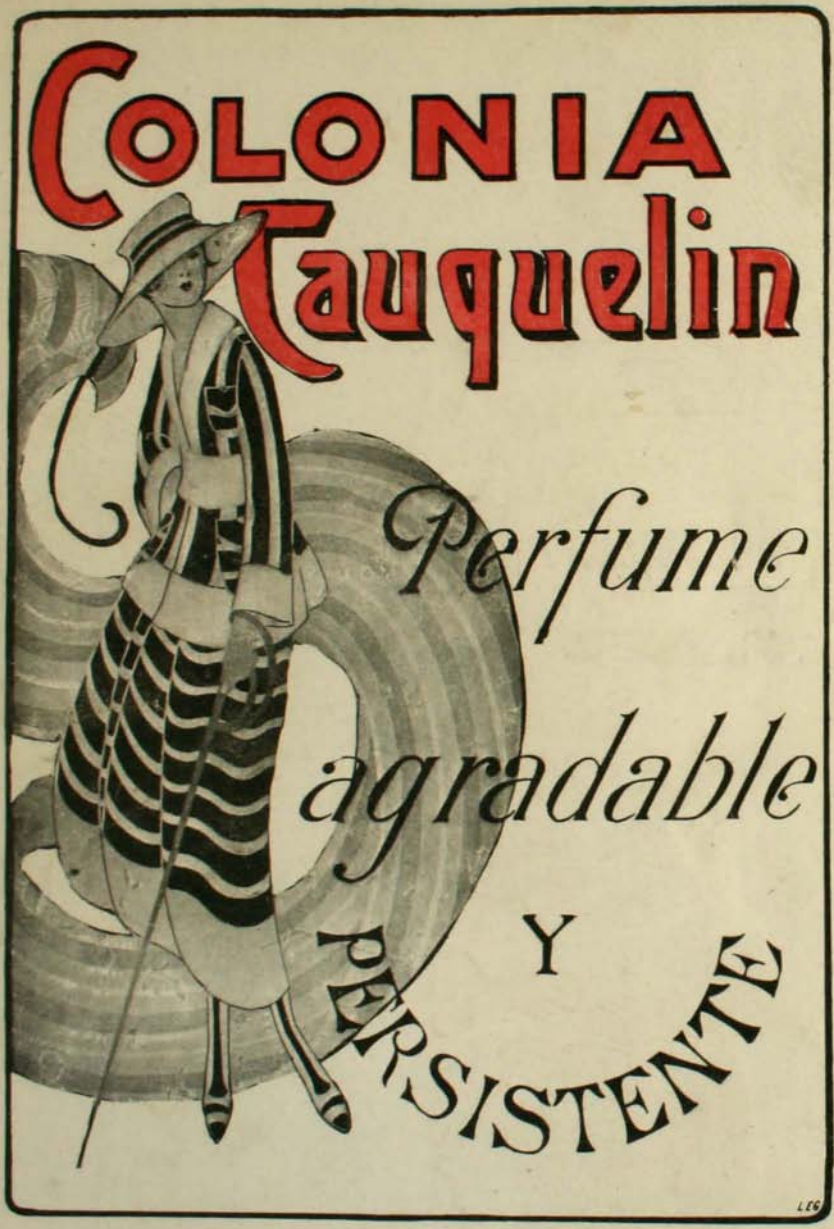
Los frejoles enteros se tienen armados en otra cacerola con sólo el caldo necesario para que no queden en seco. Se les pone un poco de comino y de cebolla en escabeche bien picada.

A los frejoles molidos se les pone un poco de zapallo asado también molido, y una cucharada de harina deshecha en leche y preparada en otra cacerola aparte para que no quede dura. Se juntan después con los frejoles enteros y se ponen a fuego lento, con la salsa de cebolla y pimentón descrita anteriormente.

Al servirlos se adorna la fuente con perejil y huevo duro picados.

Todas las anteriores recetas son sabrosísimas, pero la última es de chuparse los dedos.


ALIMENTO MEYER
ES EL MEJOR
¿Por qué da a su niño el
Alimento Meyer?
Porque es el único que recomiendan los especialistas de todo el país.
ALIMENTO
MEYER



Emp. Zig-Zag.